R.176 R. 33 E-1 T-6 n-3

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

Director: D. ANGEL SALCEDO Y RUIZ

COLABORADORES

SEÑORAS:

Orrea (Esperanza), Valencia (Carolina).

SEÑORES:

Aguilar (Francisco), Alonso (Bachiller), Bustos (M. del)
Balbin de Unquera (Antonio), Col (P. Fr. José), Calatayud Bonmati (Vicente),
C. P. M., Caro (Rodrigo), Chao (José María),
Echegaray (Carmelo), Fernández Hidalgo (Eugenio), Ferraz (Gustavo), Galindo y de Vera (León),
G. Bravo (Enrique), Gómez (Valentín), J. F., J. R. (P. Agustino),
Hidalgo de Mabellán (A.), Isern (Damián),
Jiménez Campaña (F.), Lasso de la Vega (Angel), Landero (J. G.), Lecanda (J. J. de),
Lopez Núñez (Alvaro), Lozano (G.), Marqués de Valdeflores, Minguela (P. Toribio), Mistigris, Mompó (Gonzalo),
Muns (Francisco), Montguyán, Muiños Sáinz (Fr. Conrado),
Olmedo (Antonio), Obispo de Madrid Alcalá,
Pérez Nieva (A.), Polo y Peyrolón (Manuel), P. Zúñiga (Juan),
R. G. R. N., Ruiz (Gustavo), Ragine, Salcedo (Angel),
Serrante y Sans (Manuel), Toral y Sagristá (Juan), Uriarte (Fr. Eustoquio),
Vargas (Pedro), X.

TOMO XIV

CORRESPONDIENTE AL AÑO DE 1891

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL (GRANADA) Sala Sección Serie Libro n.º

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS DE GRANADA - BIBLIOTECA -

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO Y OROVIO
CALLE DE LA BOLA NÚM. 8
1891

ÍNDICE GENERAL DE MATERIAS

TEXTO

A

Aguilar (D. Francisco).—El ferrocarril del meridiano; págs. 14 y 15.—Cuestiones económicas: La reforma arancelaria; 23, 24, 25 y 26.—Necesidad de una nueva provincia: 54 y 55.—Desde Filipinas; 270 y 271.—Perspectiva de viaje; 307 y 310.—Desde Manila: La fiesta del Rosario; 350, 351 y 354.
Alonso (Bachiller).—Revista literaria; 71 y 74.—El P. Félix; 206 y 207.—Pedro A. de Alarcón; 223, 226 y 227.—Estudios históricos: Alberoni; 239 y 242.—Bibliografía; 306, 307, 323 y 354.
Arzobispo de Valencia.—El Adviento: Pastoral; 371, 372, 373 y 374.

B

Busto (M. del).—La electricidad; págs. 15 y 79.
Bouhoars (F.)—Traducción del P. J. R., Agustino: Las tres Vírgenes negras, 116, 117, 118, 119, 134, 135, 147, 149, 150, 151, 166, 167, 179, 181, 182, 195, 198, 199, 211, 213, 214, 215, 227, 230, 231, 243, 245, 247 y 263.
Ballón de Unguera (D. Antonio).—El doctor de Hipona; 267; 268 y 269.—La enseñanza católica; 284 y 286.

C

Colón y la Rábida (capítulo de un libro); págs. 10 y 11.
Coll (P. Fr. José).—Cartas de Indias; 70 y 71.—El Jubileo de la Porciuncula; 221.—Los alrededores de la Rábida; 370 y 371.
Calahayud Benmati (D. Vicente).—La Santísima Faz que se venera en Alicante; 82, 83, 84, 86 y 87.
C. P. M.—Uno como hay muchos; 111 y 114.
Cuento del P. Coloma; 130, 131 y 134.
Coloma (P. Luis).—La corte de Luis XV; 364, 366, 367 y 370.
Caro (Rodrigo).—El P. Tajo; 237 y 238.

CH

Chao (José María).—Album de poesías: La Asunción de María; págs. 355 y 356.

D

Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá en la distribución de premios á los jóvenes obreros del Patronato de San José; páginas 335, 338, 339, 340, 341 y 342.

E

Echegaray (Carmelo).—La familia cristiana y la Orden Tercera de San Francisco; págs. 294, 295, 311, 312, 326, 327 y 343.

F

Fernandez Hidalgo (Eugenio).—El castigo de Roma; págs. 77 y 78.
Ferrer (Gustavo).—El sepulcro de Pilatos; 255 y 258.—Una hechicera famosa; 271 y 274.—La cuestión del cuadro Santa Isabel, Reina de Hungría; 287 y 290.—San Juan de la Cruz, 347, 348 y 350.

G

Galindo y de Vera (D. León).—Las leyes sobre la propiedad; págs. 4, 5, 6 y 7.
G. Bravo (Enrique).—La buena semilla; pág. 87.—Amores á María; 242 y 243.—San Juan de la Cruz; 370.
Gómez (D. Valentín).—Un suceso literario; pág. 92, 93 y 94.
Un Gaditano (D. Sebastián Herrero) Obispo de Córdoba; págs. 254 y 255.

H

Hidalgo de Mobellán (A.)—Te Deum lau damus; págs. 173 y 174.

I

Isern (D. Damián).—Jesucristo; pág. 82.

J

J. Fr.—Boletín religioso; en todos los números.
Jiménez Campaña (Fr.)—El triunfo del Ave María; págs. 26, 27, 59, 61 y 62.—Las alas del genio; 74, 75, 102, 114 y 115.—Al niño Dios; 127.—Una madre; 143 y 146.—La campaña de las Escuelas Pías; 258.—Bibliografía; 287.—Al Amarguillo después de la inundación de Consuegra; 306.—Sin hogar; 325.

L

Lasso de la Vega (D. Angel).—Nubes de estío; Un capítulo de Pereda; Alonso de Acevedo; su poema «La creación del mundo;» págs. 38, 39, 42, 43, 44, 45 y 46.—El licenciado Baltasar Parreño; 156 y 158.—Santa Teresa de Jesús y D. Francisco de Quevedo; 275, 276, 277, 278, 290, 291, 292, 293 y 294.
Landero (J. G.)—Requiem político; 58 y 59.
López Núñez (A.)—El hipnotista andante; págs. 68 y 70.—La perla de Hixen II; 162, 163, 178, 179, 194, 195 y 210.
Lecanda (J. J. de).—La iglesia magistral de Alcalá de Henares; págs. 171, 172 y 173.
Lozano (J.)—Los cautivos de Paterna; págs. 29 y 30.

M

Marqués de Valdeflores.—La quincena; todos los números, excepto el 7.°
Mistigris.—Teatros; págs. 27, 28, 29, 46, 55, 56, 58, 75, 76, 77, 99, 110, 111, 127, 129, 147, 163, 165, 166, 191 y 193.
Minguela (Fr. Toribio).—El P. Gabino; págs. 94, 95, 96 y 98.
Mompó (D. Gonzalo).—La última novela del Sr. Polo y Peyrolón; pág. 126.
Muns (D. Francisco).—Bibliografía; págs. 238 y 239.
Movimiento Católico.—La cuestión social y el señor Obispo de Madrid-Alcalá; pág. 302.
Montguydn.—Mr. Hasmel; pág. 223, 324 y 325.
Muñoz Sáinz (Fr. Conrado).—¡Ya llega el tren! págs. 334 y 335

O

Olmedo (Antonio).—Grabados todos los números.
Obispo de Madrid.—Pastoral; pág. 15, 16, 30, 31, 32, 47, 48, 62 y 63.
Orrea (Esperanza),—El cochero de Carlos V; 252 y 254.—La infancia de Van Dyk; 269 y 270.—Los dos huérfanos; 286 y 287.—Gualtero y Griselda (historia italiana); 299, 300, 301 y 302.

P

Pérez Nieva (A).—Los gurriatos.—El puesto del café; pág. 22 y 23.
Polo y Peyrolón (Manuel).—Un capítulo de la novela «Quien mal anda, ¿cómo acaba?»; 102 y 103.—Un paseo por Mallorca; 140, 141, 142, 143, 158, 159, 162, 174 y 175.—S. E. por dentro; 258, 259, 261 y 262.—La caridad; 316 y 317.—Anécdotas ejemplares; 370.
P. Zúñiga (Juan).—El sello; 115 y 116.
Propaganda católica.—El Ilmo. Sr. Obispo de Palencia; 221 y 222.

R

R. G. R. N.—D. Francisco J. García Rodrigo; pág. 139 y 140.
Ruiz (Gustavo).—Manterola; 331 y 332.
Racine. (Traducción de Víctor Suárez Capalleja).—Atalia; 356, 357 y 358.

S

Salcedo y Ruiz (D. Angel).—Las maravillas del amor (novela); pág. 7, 10, 47, 58, 75, 207, 210, 255, 278 y 279.—Pedro Antonio de Alarcón; 302, 303 y 305.—La quincena; 106 y 107.—La vuelta á la patria; 146.—La literatura española en el siglo XIX; 188 y 189.—La fiesta del Carmen; 204 y 206.—Buen emperador y mejor cristiano; 317, 318, 319, 322 y 323.—Blanco y Negro, 332, 333 y 334.
Serrano y Sans (D. Manuel).—Album de poesías.—La conversión de San Agustín; 127.
San Luis Gonzaga y su centenario, por un devoto de San Luis.

T

Toral y Sagristá (D. Juan).—El peso de una lágrima; pág. 195.

U

Uriarte (F. Eustoquio).—La ópera nacional en España; pág. 326.

V

Valencia (Doña Carolina).—Para siempre.—Album de poesías; pág. 12, 13 y 14.—A la memoria del Sr. Obispo de Palencia.—Album de poesías; 213.
Vargas (D. Pedro).—La casa de Te; 20, 21 y 22.

X

X.—De todas partes; pág. 11 y 12.—Gran suceso literario; 108, 109, 110, 124, 125, 126, 155 y 156.—Un ramo de flores; 222 y 223.—Heráldica; 262 y 263.—El reino de Patones; 274 y 275.—Un libro curioso; 334.—Ultimos escritos de Alarcón; 354 y 355.



GRABADOS

Retratos.

Rdo. P. Larroca; pág. 1.
D. León Galindo y de Vera; 4.
D. José Amalio Muñoz; 12.
Rdo. P. Jiménez Campaña; 20.
D. Manuel Alonso Martínez; 24.
D. José Valero; 31.
Excmo. Sr. Marqués de Cubas; 33.
D. José María de Pereda; 36.
Juan de Juanes; 52.
Hernán Cortés; 65.
D. Francisco de Asís y Aguilar, Obispo de Segorbe; 68.
D. Eduardo Barrón; 76.
Alonso Cano; 84.
Fr. Gabino Sánchez; 92.
Eugenio Fernández Hidalgo; 96.
El P. Francisco Blanco; 108.
Rdo. P. Manuel Puebla; 124.
Su Santidad León XIII; 128.
D. Francisco Javier García Rodrigo; 140.
Francisco Zurbarán; 204.
Ilmo. Sr. D. Juan Lozano y Torreira, Obispo de Palencia; 219.
Carlos Dolci; 221.
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Sebastián Herrero, Obispo de Córdoba; 252.
D. Eugenio Sellés; 256.
D. Pedro Calderón de la Barca; 257.
D. Eduardo Rosales; 265.
Selgas; 284.
Van-Dik y el Conde de Bristol; 285.
Rubens; 300.
El general Wolseley; 317.
Tomás Bretón; 329.
D. Eduardo Dato Iradier; 346.
Rivera; 356.
D. José Gisbert y Pascual; 378.

Monumentos.

Monasterio de San Cucufate del Valle; pág. 8.
Cláustro de ídem; 9.
La Catedral de Manila; 17.
Castillo de Fohsdorf; 28.
Puente del Infierno en los Pirineos; 45.
Palacio Real de Madrid; 105.
Iglesia de San Mauro en Alemania; 154.
Interior de la Iglesia de San Roque (París); 185.
Vista general de El Escorial; 188.
Una torre del Monasterio; 189.
Casa de la Compañía; 196.
Escalera del Monasterio; 196.
Cementerio de El Escorial; 197.
El facistol; 197.
La Biblioteca; 197.
Puente de Cobas; 193.
Basílica de Covadonga; 207.
San Francisco el Grande; 215.
Monasterio de Guadalupe; 224.
Nuestra Señora de la Guardia; 244.
La Catedral de Zamora; 249.
Castillo de Chillón en Suiza; 253.
Iglesia de Montmartre en París; 261.
Catedral de Palermo; 268.
Teatro de San Carlos en Nápoles; 269.
Toledo: Puerta de Visagra; 301.
Colegiata de Toro; 314.
Abside del Monasterio de Nuestra Señora de Ripoll; 324.
El cláustro de ídem; 325.
Fachada principal de la Seo de Urgel; 361.
Monasterio de Buxedo; 372.
Colegio de Calatrava en Salamanca; 380.

Arte.

El Niño Jesús dormido; pág. 5.
Alicante: Paseo de los Mártires; 21.
El carro (La ciudad vieja); 29.
¡Pobre niña! ¡Santas mujeres!; 42.
Las conferencias en Nuestra Señora de París; 44.
Cuadro de Meisonier; 49.
Jerusalén en el siglo XII; 56.
Vista de Belén; 57.
Cuadro del hambre; 59.
El castigo de Roma; 72.
San Jerónimo penitente; 77.
Después del descendimiento; 81.
Alegoría de Semana Santa; 85.
La Presentación de Nuestra Señora en el Templo; 90.
La pesca; 100.
La Hermana de la Caridad; 101.
El bibliófilo; 112.
El sueño del soldado; 113.
El puente de la Concordia (París); 116.
La rendición de Granada; 117.
Altar votivo de Nuestra Señora; 121.
Escudo pontificio; 125.
Pectoral; 125.
El Papa orando por la paz del mundo; 129.
La Sagrada Familia; 138.
El Vesubio; 144 y 145.
Un concierto; 148.
Isla de Mallorca: El torrente de Pollensa; 149.
El Angelus; 160.
Los dos polos de la vida; 161.
¿Quién lo gana?; 164.
Marina; 165.
San Francisco de Asís; 170.
Un cáliz; 172.
Casulla bordada por doña Inés Brunetti; 173.
Banquete infantil; 176.
Un chubasco; 177.
Escenas de la Conserjería; 180.
Cofre; 181.
Díptico; 181.
A los baños; 192.
Un paisaje de los alrededores de El Escorial; 196.
El descendimiento de la Cruz; 205.
A la lista; 212.
El diluvio universal; 213.
Lámpara gótica; 220.
Recuerdos de la antigua España; 225.
Cruce de los tranvías; 225.
Velocípedo acuático; 228.
Melburne (la calle de Colins); 229.
San Jerónimo; 233.
San Agustín y Santa Mónica; 236.
Estátua en piedra de San Agustín; 237.
Cascada de Budha; 240.
El buen Samaritano; 241.
Cercanías de Roma; 260.
El bosque; 276.
La Concepción de Juan de Juanes; 281.
Un Dominico; 288.
Después del lance; 292.
Guido D'Arezzo ensayando un método de canto; 297.
Los favoritos de la niña; 308.
Un pescador; 309.
Juventud y ancianidad; 316.
Buenos amigos; 321.
La soberanía de la mujer; 332.
Una taberna en Flandes; 333.
El mal ladrón; 336.
Paisaje de invierno; 337.
Un discípulo improvisado; 339.
La valenciana; 340.
Vista de Sua-Kin; 348.
Paisaje; 349.
Pensativa; 352.
Antecámara de la Inquisición en Venecia; 355.
Estatua de Rivera en Valencia; 397.
Paisaje de Oriente; 364.
La noche; 377.
San Juan Evangelista; 378.
Costumbres romanas (encuentro de dos Cardenales); 381.
Elche; 384.
María Inmaculada; 385.
Ruinas sagradas; 389.

Costumbres.

El invierno; págs. 13.
La Misa en la aldea; 25.
El Rastro; 38.
Uno más; 42.
Contrastes de la vida; 54.
Una futura madre de la patria; 60.
Alrededor del caserío; 69.
Recuerdos de Granada; 73.
Ayer y mañana; 93.
Rancho de gitanos; 97.
Pescadora escocesa; 109.
Un aficionado á la música; 132.
En la zona tórrida; 133.
Emigrantes italianos; 141.
Tiempos de antaño; 157.
El veraneo; 208.
En tiempo de veda; 209.
Un descanso; 228.
La vida en el campo; 272 y 273.
El gaitero; 277.
La venta de un caballo; 293.
Una murga en la Habana; 304.
El cartero en Rusia; 305.
Tipos populares; 320.
Un bazar en ciudad mora; 365.
Quietismo musulmán; 368.
El pastor (regreso á la aldea); 374.
La cocina popular en Nápoles; 383.
Ir por lana; 387.
Las joyas del sultán; 388.
Un argonauta atrevido; 391.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

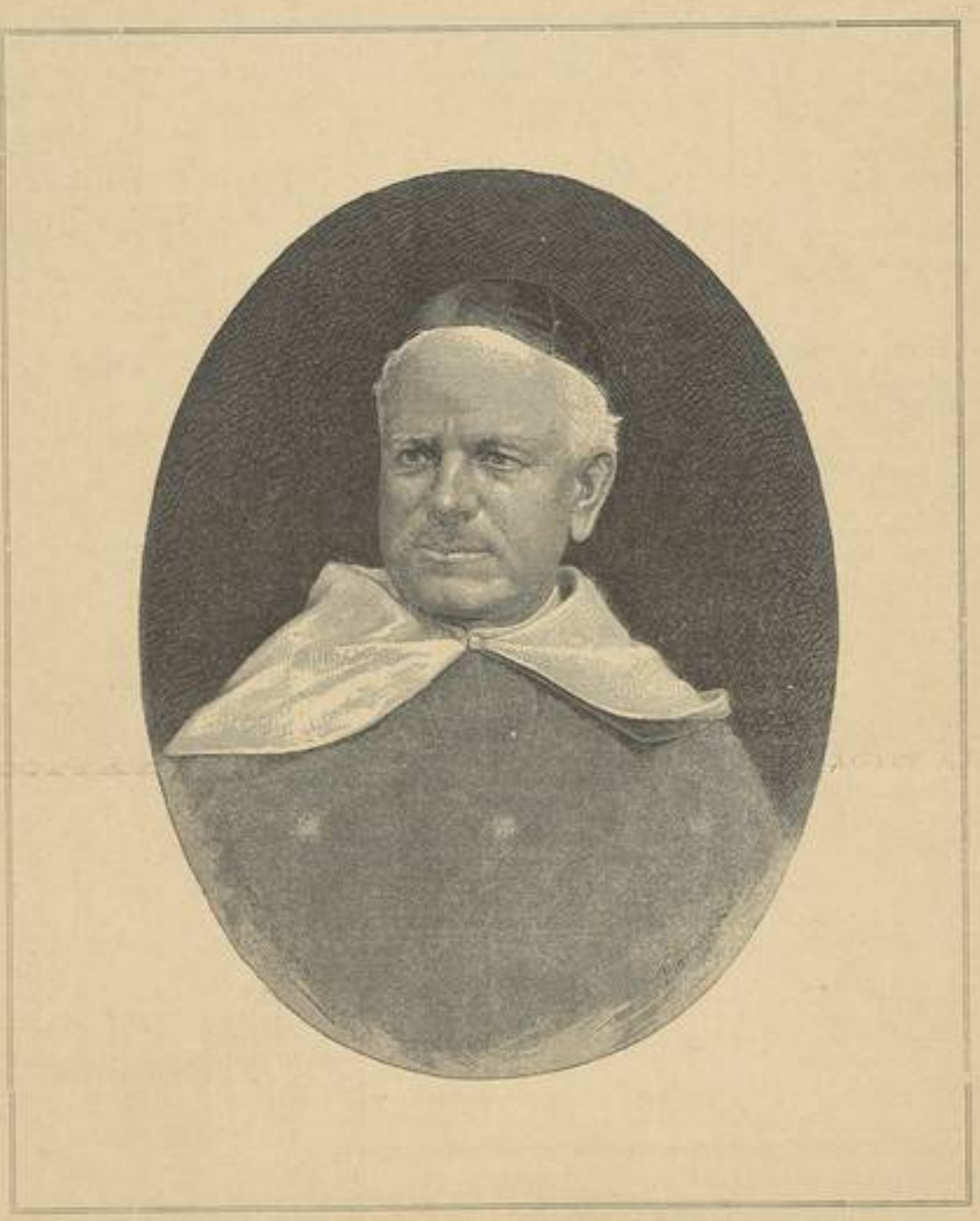
REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. NÚMERO 1.º—Madrid 15 de Enero de 1891. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 pe. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pe. fs.
Un año..... 5 »



REVERENDO PADRE LARROCA

† el 8 de Enero último.

SUMARIO

Texto.

Á nuestros lectores. — *La quincena*, por el Marqués de Valdeflores. — *Grabados*, por Antonio de Olmedo. — *Boletín religioso*, por J. V. — *Las leyes sobre la propiedad*, por D. León Galindo y de Vera. — *Las maravillas del amor*, novela por D. Angel Salcedo y Ruiz. — *Colón y la Rábida* (capítulo de un libro).—*De todas partes*, por X.—Album de poesías: *¡Para siempre!* por Doña Carolina Valencia. — *El ferrocarril del Meridiano*, por Francisco Aguilar. — *La electricidad* (apuntes), por M. Bustos. — *Pastoral del Sr. Obispo de Madrid* (continuación).

Grabados.

El Rmo. P. Larroca. — D. León Galindo y de Vera. — Jesús dormido. — El Monasterio de San Cucufate de Vallés (dos vistas).—D. Amalio G. Muñoz. — El invierno.

Á NUESTROS LECTORES

La Ilustración Católica entra en el XVI año de su publicación, y en el segundo en que ve la luz bajo los auspicios de la Junta Central de organización católica.

Un pasado de diez y seis años es garantía sólida de porvenir.

Pero no conviene dormir sobre los conquistados laureles. Hay que responder al favor del público con mejoras y adelantos que lleven á todas partes las buenas y amenas lecturas contenidas en nuestra Revista, y cuya propagación es el objeto principal de la misma.

Á este fin hemos introducido las mejoras que podrán apreciar nuestros lectores por el presente número.

La Ilustración Católica se publicará en números quincenales de á diez y seis páginas de texto y cuatro de anuncios cada uno.

Dará en el presente año triple número de grabados *por lo menos* que en cada uno de los años anteriores.

La Redacción fija que antes no se componía más que del Director, se ha organizado de modo que responda á las necesidades de *actualidad* que exigen ya todos los lectores.

Además, se ha aumentado el número de colaboradores.

Las condiciones materiales, como papel, etcétera, se han mejorado extraordinariamente.

El servicio de repartidores y correos se ha organizado de modo que la Revista vea siempre la luz pública en los días señalados, 15 y 30 de cada mes.

Á fin de trimestre regalaremos á nuestros suscriptores un Suplemento ilustrado.

Á pesar de todas estas mejoras, los precios actuales no sufren alteración alguna.

Ahora, lo que es menester es que el público católico corresponda á nuestros esfuerzos; y que nuestros suscriptores no se contenten con seguir siéndolo, sino que procuren propagar entre sus parientes, amigos y conocidos La Ilustración Católica.

La Dirección

LA QUINCENA

¡Un año más! dicen los necios.

¡Un año menos! dicen los sabios.

A medida que pasa el tiempo, nos acercamos más á la insondable eternidad.....

Los años corren, y no vuelven.

¡Qué filósofo el que inventó aquel cantar!

La Noche Buena se viene,
La Noche Buena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

¡Cuántos que acaban de celebrar la Noche Buena de 1890 no verán la Noche Buena de 1891! ¡Cuántos hogares, ahora llenos de todas las comodidades, de todos los regalos de la vida, se verán á fines de 1891 tristes, solitarios, quizás abandonados de los que hay son su vida y su encanto! ¡Cuántos hijos huérfanos! ¡Cuántas esposas viudas! ¡Cuántas madres sin los hijos que son su alegría, su vida misma!

***

Pero no lloremos. La muerte, que parece una de las mayores verdades de la vida, es, sin embargo, una mentira como cualquiera otra. No hay muerte: lo que muere aquí abajo, allá arriba resucita. La materia se transforma, y sigue viviendo á su modo; el espíritu vuela. La muerte, lo único que tiene de terrible, de cruel, de espantoso, es la separación temporal que impone á los que se aman. Pero la fe, esa mensajera de Dios, aun esa crueldad la mitiga con sus divinos consuelos y esperanzas.....

¡Quién fuera niño!

Yo me volvería niño, aunque no fuese más que por el placer de esperar que los Reyes Magos me trajesen golosinas en la noche del 5 de Enero.

Dicen los desabridos y tercos racionalistas:

«No engañéis á vuestros hijos. No les embauquéis. No les enseñéis mentiras. Eso de la venida de los Reyes Magos es una farsa, y es indigno de un padre enseñar á sus hijos farsas, á sabiendas de que lo son.»

¡Ah, filósofos.....!

¡Qué poco entendéis de este artefacto que se llama espíritu humano!

Mirad:

Cuando llega la noche del 5 de Enero, yo me pongo muy serio, y les digo á mis hijos:

— Poned en el balcón vuestros zapatitos nuevos. Cuando sea muy tarde, vendrán los Reyes Magos montados en caballos blancos, y á todos los niños que han sido buenos durante el año les regalarán ricas golosinas, dejándolas depositadas en los zapatos. A los que hayan sido malos, ó no les regalarán nada, ó les dejarán carbón ú otra cosa fea ó desagradable.»

Y veréis lo que pasa.

Que mientras que yo voy á la confitería á comprar las golosinas que han de regalar los Reyes á mis hijos, mis hijos se quedan pensando en si han sido buenos ó si han sido malos, esto es, se quedan haciendo examen de conciencia, y se quedan comprendiendo que hay un poder superior á ellos y superior á mí, que premia á los buenos y que castiga á los malos.

¿No os parece bien eso?

A mí se me antoja que es sublime filosofía, y me parece que la enseño por medio de un sencillo y tradicional apólogo, que nada tiene de ofensivo para la cultura de la humanidad en general, ni para la de mis hijos en particular. Y se me figura que mis hijos han de decir el día de mañana:

—¡Pobre padre mío! ¡Y cómo se afanaba por enseñarnos y complacernos!

***

Más que la ramplona filosofía de los racionalistas me agrada lo que hacen en Alcoy la noche de Reyes, y que según cuentan es como sigue:

El día antes, uno de los casinos de la ciudad, llamado *El Panerot*, al cual pertenece gente alegre y de buen humor, pasa una invitación á las familias para que dispongan los regalos con que desean obsequiar á sus niños.

Escogidos todos los regalos, que consisten en caballos de cartón, muñecas, dulces y mil diversas chucherías, se depositan, sin que los chiquitines se enteren, claro está, en las afueras de la ciudad.

Al anochecer, una numerosa comitiva, de la que forman parte los tres reyes vistosamente engalanados, jinetes en briosos corceles, músicas, pajes y acompañamiento vistosísimo, provisto de centenares de luces de bengala, hace su entrada en la población en medio de una algarabía indescriptible.

Calcúlese el efecto que producirá en los niños el lujoso y fantástico séquito. Todos esperan los presentes de que son portadores los misteriosos monarcas.

Melchor, Gaspar y Baltasar avanzan lentamente, con la solemnidad propia del caso y como corresponde á su alcurnia. Detiénense frente á la primera casa que ostenta en sus balcones racimos de criaturas que manotean y reclaman á voces los regalos regios de que han oído hablar, y con los cuales han soñado lo menos diez noches consecutivas.

De pronto se abre paso entre la muchedumbre uno de los pajes: auxiliado por los de la comitiva, adosa en la pared una larga escala de mano y trepa por ella hasta los balcones donde aguardan los ansiosos niños.

— ¿Vive aquí una niña llamada Fulanita? — pregunta gravemente el regio emisario.

— Sí, aquí vive — le contestan.

— Pues de parte de Sus Majestades traigo para ella esta muñeca, á cambio de un poco de pienso para sus fatigados caballos.

Imagínese la estupefacción del angelito al ver que era verdad lo de los Reyes, y más verdad todavía lo que sus papás le habían anticipado.

Hácese el cambio: el paje entra el regalo, desciende con un saquito que contiene una menuda ración de pienso para los corceles reales, saludan Sus Majestades con solemnes reverencias y prosiguen su camino, repitiendo la operación tantas veces como regalos tienen que ofrecer.

***

Quizás llegue tiempo en que nada de esto se pueda hacer, porque los impíos hayan conseguido convencer á muchos necios de que es irreverente y poco serio, y poco conforme á la majestad de la misma Religión.

Que así empiezan siempre los *Dios-me-perdone* de los impíos:

Diciendo que la honesta alegría cristiana es impúdico regocijo, y que la noble ficción del arte es mentira abominable.

En nombre de ese falso rigorismo degollaron Calvino en Ginebra, Cromwell en las Islas Británicas y Robespierre en Francia.

Y degollarían en España los librepensadores, si pudieran hacerlo.

El Marqués de VALDEFLORES.

GRABADOS

El Rmo. P. Larroca, Maestro general de la Orden de Predicadores (pág. 1).

El Rmo. P. Fr. José María Larroca, septuagésimocuarto Maestro general de la Orden de Predicadores, nació en San Sebastián el día 10 de Septiembre de 1813. Tomó el santo hábito dominicano en el convento de San Telmo de Azpeitia el 21 de Octubre de 1829, y de allí fué enviado al convento de Vitoria, donde comenzó su noviciado el día 3 de Noviembre del mismo año. En 1834 fué trasladado al

grandioso convento de San Pablo de Burgos, donde continuó brillantemente su carrera de Teología.

Arrojado de su celda por la revolución iniciada en Madrid en 1834 y extendida en los siguientes por todas las provincias, vióse precisado á emigrar á Francia, donde pasó algunos años trabajando sin cesar en el ministerio de las almas y cautivándose las más tiernas simpatías. Vuelto á España, bien á pesar de cuantos en Francia le habían tratado, dedicó todo su vivo ingenio á la restauración de la Orden, comenzando por las Religiosas Dominicas expulsadas de San Sebastián, á quienes proporcionó nuevo convento con iglesia en Uba. Su vida la consagró, así en Azpeitia como en San Sebastián y otros pueblos vascos, á la predicación y al confesonario. Durante el cólera de 1854 hizo verdaderos prodigios de caridad, volando en auxilio de los apestados y remediando toda suerte de necesidades.

Guiado por el dedo de la Providencia y agitada su mente por una idea tan atrevida como feliz y grandiosa, comenzó su nueva conquista por los valles de Asturias, bajo las bendiciones de María, creyendo que en ninguna parte como allí debía iniciarse la restauración de una Orden eminentemente española, fundada y engrandecida por la misma Virgen.

Muy pocos días habían pasado cuando á las puertas del monumental colegio de Corias se oyó tocar á hombres venerables, encanecidos en la predicación y en la enseñanza, hastiados de su largo disfraz, que ansiaban vestir nuevamente aquel cándido cendal que manos impías les habían arrebatado. Siguiéronles muy pronto multitud de jóvenes de alma bellísima, la flor de las escuelas, escogidos sin duda por la Providencia, y puestos bajo el cuidado de tan ilustre restaurador, para que fueran un día el gozo y corona de Santo Domingo de Guzmán.

Pero vino la revolución del 68; cerróles las puertas, los cohibió, y la fuerza tan poderosa y expansiva de su alma llegó á absorber la fuerza del cuerpo, muriendo muchos en los albores de su vida.

El P. Larroca, como Profesor, Maestro de Novicios y Rector del Colegio, sucesivamente, veíase siempre rodeado de éstos sus adorados hijos, primicia gloriosa de su amor y trabajos, á quienes infundía á todas horas su celo, su prudencia y su sabiduría. Ni él gozaba ausente de ellos, ni ellos podían vivir lejos de él. Era un padre, un maestro, un amigo que se miraba tiernamente en los ojos de sus novicios, y cuyas penas y alegrías le eran propias. «Solo me ví algún día en este colegio, decía él repetidas veces, y solo consentiría verme de nuevo si no fueran ellos lo que son.»

En Septiembre de 1872 fué nombrado socio del Rmo. P. Jandel, Maestro General de la Orden, y laureado Maestro en Sagrada Teología el día 4 de Noviembre, con la obligación de residir en Roma.

En 1879, á la avanzada edad de 60 años, fué nombrado Visitador y Vicario General de la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas. Cual si hubiera tenido la agilidad de un joven, recorrió las provincias de Nueva Vizcaya, Isabela, Cagayán y Pangasinán, y estuvo á punto de visitar las Misiones de China y Tung-King, cuando un despacho telegráfico le anunció que había sido elegido Maestro General de la Orden (30 de Septiembre de 1879). Vuelto seguidamente á Europa, desechadas sus renuncias y sus lágrimas, tomó posesión del Generalato en La Minerva, el día 1.º de Febrero de 1880.

Anciano septuagenario, como era entonces, visitó en brevísimo tiempo Bélgica, Holanda, Inglaterra, Irlanda, América del Norte, Lombardía, Austria, Polonia, dos veces á Francia y España, y celebró en Lovaina un Capítulo general con asistencia de casi todos los Provinciales del mundo.

Era el Rmo. P. Larroca de trato amenísimo y delicado, de circunspección suma en los negocios, y hablaba perfectamente cinco idiomas. Los Papas Pío IX y León XIII pusieron en él ilimitada confianza.

El fallecimiento del P. Larroca, ocurrido en Roma el día 8 de Enero próximo pasado, es un acontecimiento luctuosísimo para la Iglesia Católica, para España y para la esclarecida Orden de Predicadores, una de cuyas grandes figuras y amadísimo Padre era el finado.

D. León Galindo y de Vera (pág. 4).

Publicamos hoy un magnífico artículo inédito de D. León Galindo y de Vera, verdadera joya de ciencia y literatura que podrán apreciar nuestros lectores, gracias á la nunca desmentida amabilidad de la familia del ilustre jurisconsulto y escritor católico. Con este motivo honramos también nuestra Revista con el retrato del amigo del alma de Aparisi y Guijarro, que era este retrato deuda de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA no pagada á su tiempo. D. León Galindo era catalán; nació en Barcelona á 28 de Septiembre de 1819. Su padre era Coronel de Infantería, y como su madre de ilustre prosapia. Estudió en Valencia, recibiendo á los veinte y un años la borla de Doctor en Derecho. Desempeñó diversos Juzgados y una plaza en la Dirección general de los Registros del Ministerio de Gracia y Justicia. La revolución de Septiembre lo lanzó, como á Nocedal, Aparisi, Suárez Bravo, Selgas y otros al campo carlista, siendo colaborador de Aparisi en sus más celebrados folletos, y mereciendo que el Gobierno lo desterrase de Madrid y le embargase sus no muy pingües bienes. En Estella fué bien recibido por D. Carlos, que le consultó en algunos negocios graves. ¡Cuánto hubiera ganado aquel Príncipe siguiendo en un todo los consejos de los hombres como Galindo! Á la conclusión de la guerra volvió á Madrid, y no se dedicó ya hasta su muerto, ocurrida el viernes de Dolores, 12 de Abril de 1889, sino á trabajos de bufete y literarios.

Era D. León Galindo un hombre de mérito excepcional como jurisconsulto, como poeta, como historiador y como hablista. Pocos en la presente centuria escribieron el castellano con tanto atildamiento, tanto respeto á los clásicos y tanta elegancia. La Academia Española le abrió sus puertas en Diciembre de 1873, tomando posesión del cargo en 25 de Febrero de 1875. «Su discurso de entrada, escribió á raíz de su muerte el ilustradísimo Director de *El Vasco*, Sr. Liñán; versó «sobre la autoridad de la Academia en cuestiones de lenguaje», y fué contestado por D. Fermín de la Puente y Apecechea en otro bellísimo, que leyó, como él sabe hacerlo, D. Manuel Cañete, menos las últimas palabras, que pronunció el Sr. Puente. Aún parece que estamos oyendo y presenciando aquella hermosa escena. *Recibe en mi abrazo el abrazo de Aparisi*, dijo el antiguo académico al abrazar con verdadera ternura al hermano, más que amigo, de D. Antonio Aparisi y Guijarro.»

Muchas y magníficas obras ha dejado el Sr. Galindo que lo acreditarán ante la posteridad y ennoblecerán á su descendencia. El *Diccionario de Escrich* y los *Comentarios á la ley Hipotecaria*, son verdaderos monumentos de saber. Su oda *A la paz*, publicada hace años en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, es una filigrana. Pero quizás en ninguna ocasión brillaron tanto el ingenio, el sentimiento y la galanura en el decir de D. León Galindo como en la biografía anecdótica que escribió de su amigo Aparisi y Guijarro, y que figura al frente de la colección de las obras de aquel grande hombre.

El Niño Jesús dormido (pag. 5).

Este lindo cuadro, verdadero idilio cristiano, representa á Nuestro Salvador Jesús apaciblemente dormido. ¡Qué delicadeza de líneas! ¡Qué morbidez en las carnecitas!

Vista del Monasterio de San Cucufate del Vallés (pag. 8). — Claustro del Monasterio de San Cucufate del Vallés (pag. 9).

Es el Vallés una comarca de la provincia de Barcelona, hoy comprendida en el partido judicial de Granollers. Los paisajes del Vallés son verdaderamente románticos. El célebre Monasterio de San Cucufate, del que damos dos vistas, es uno de los sitios predilectos de los excursionistas barceloneses.

D. José Amalio Muñoz (pag. 12), fundador de «La Ilustración Católica».

Hace poco se celebró el aniversario de la muerte del fundador de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, Don José Amalio Muñoz, cuyo retrato no hemos podido publicar hasta hoy.

Era el Sr. Muñoz un joven é inteligente industrial, dueño de una bien surtida imprenta de la calle de Segovia, y comprendiendo que en medio de las numerosas publicaciones de todo género que había en España, no existía ninguna *Ilustración* verdaderamente católica, acometió la difícil y arriesgada empresa de publicar una, que con principios modestos pudiera algún día tener vida é importancia digna de su noble objeto.

El Sr. Muñoz padecía una enfermedad incurable de pecho, que le llevó al sepulcro á los pocos años de fundada la obra mejor de su corta y laboriosa existencia. Pero los pensamientos buenos y provechosos, aunque tropiecen con grandes dificultades, son siempre fecundos; y aunque LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA no es hoy todavía lo que quisiéramos que fuese, al fin vive y prospera de año en año, y Dios querrá bendecirla para que aumente sin cesar en circulación y, por lo tanto, en interés literario, artístico y material.

Este recuerdo que dedicamos al malogrado fundador de nuestro periódico, sería incompleto si no suplicásemos á nuestro lectores que rogasen á Dios por el alma de aquel á quien LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA debe su existencia.

El invierno (pág. 13).

No necesita explicación este grabado. Él solo se explica, y en estos días, además, todo el mundo lo comprenderá fácilmente. ¡Qué frío hace!

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso. 2.ª quincena de Enero.

15. Juev. S. Pablo, primer ermitaño, y S. Mauro, Abad.

16. Vier. S. Marcelo, Papa y mártir, y S. Fulgencio, Obispo y confesor.

17. Sáb. S. Antonio, Abad.

18. Dom. II después de la Epifanía. El Dulce Nombre de Jesús. La Cátedra de S. Pedro en Roma, Santa Prisca y Santa Pascasia, vgs. y mrs., y Santa Estefanía.

19. Lun. S. Canuto, Rey, y S. Mario y compañeros mártires.

20. Mart. S. Fabián, Papa, y S. Sebastián, mártires.

21. Miér. Santa Inés, virgen y martir, y S. Fructuoso y compañeros mártires.

22. Juev. S. Gaudencio, S. Anastasio y S. Vicente, Patrón de Valencia, mrs.

23. Vier. FIESTA ENTERA en el Arzobispado de Toledo y Obispado de Madrid-Alcalá. S. Ildefonso, Arzobispo de Toledo, y S. Raimundo de Peñafort, de la Orden de Predicadores.

Indulgencia plenaria para los que visiten una iglesia de la Orden de Santo Domingo.—Exige confesión y comunión.

24. Sáb. Nuestra Señora de la Paz, y San Timoteo, Obispo y mártir.

25. Dom. de *Septuagésima*. La conversión de San Pablo, apóstol, S. Ananías, y Santa Elvira, virgen y mártir. — *Indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero. — *Se saca ánima*.

26. Lun. S. Policarpo, Obispo y mártir, y Santa Paula, viuda romana.

27. Mart. S. Juan Crisóstomo, Obispo y doctor. San Julián y compañeros mártires.

28. Miér. S. Julián, Obispo de Cuenca, S. Valerio, Obispo, la Aparición de Santa Inés, y S. Tirso y compañeros mártires.

29. Juev. S. Francisco de Sales, doctor de la Iglesia, Obispo, confesor y fundador de la Orden de la Visitación.

30. Vier. Santa Martina, virgen y mártir, y San Lesmes, Abad.

31. Sáb. S. Pedro Nolasco, fundador de la Orden de la Merced, San Ciro, mártir, y Santa Marcela, viuda.

Cuarenta Horas.

No hay ejercicio piadoso más fecundo en bienes espirituales para el cristiano. Empezó tan saludable devoción en Roma, á fines del siglo XVI. Clemente VIII, en su Bula *Graves et diuturnae*, recomienda á los fieles que, postrados dia y noche ante Jesucristo expuesto en los altares, le rueguen para aplacar la divina Justicia y alcanzar los efectos de su misericordia.

Madrid debe la gracia de las *Cuarenta Horas* al gran Pontífice Benedicto XIII, que la concedió en 4 de Mayo de 1727, con las mismas indulgencias que en Roma, y dispensa de reservar el Sacramento á la entrada de la noche. El que gestionó esta concesión fué el Arzobispo de Toledo, D. Diego de Astorga.

La concesión fué temporal en un principio, pero Su Santidad Pío IX se dignó convertirla en perpetua por Bula de 26 de Enero de 1856.

Las diligencias precisas para ganar la indulgencia plenaria de las *Cuarenta Horas* son: haber confesado y comulgado en cualquier iglesia; visitar el templo donde estén las *Cuarenta Horas*; hacer esta visita mientras está patente el *Santísimo Sacramento*; orar á Dios por la exaltación de la Iglesia católica, por la extirpación de las herejías, por la paz y concordia de los príncipes cristianos, por el Sumo Pontífice, por la salvación de los pecadores y por la tranquilidad del reino.

En cuanto al género de oración que ha de hacerse, el Papa Benedicto XIV tiene por bastante la vocal hecha devotamente; y así, según varios autores, será suficiente rezar la estación mayor al Santísimo Sacramento; pero el que á la vocal pueda añadir la mental, éste será digno de alabanza, añade el citado Papa en su Encíclica *Inter praeteritos*, de 3 de Diciembre de 1749.

He aquí, durante la quincena que empieza hoy, la distribución de las *Cuarenta Horas* en las iglesias de Madrid.

Día 15. Parroquia de San Martín.

Días 16 y 17. Escuelas Pías de San Antonio Abad. (Es la fiesta titular).

Días 18, 19 y 20. Parroquia de San Sebastián.

Días 21, 22 y 23. Parroquia de San Ildefonso.

Días 24 y 25. Colegio de la Paz.

Días 26 y 27. Religiosas Jerónimas de la Concepción (calle de Lista).

Días 28 y 29. Religiosas Salesas (calle de San Bernardo).

***

El día 7 de Enero se abrieron las velaciones que no se cerrarán hasta el 6 de Abril. Los que antes del 7 contrajeron matrimonio sin velaciones, deben apresurarse á cumplir el precepto eclesiástico en este tiempo hábil.

***

Los que no hayan renovado las Bulas, deben comer de vigilia todos los viernes.

J. F.

LAS LEYES SOBRE LA PROPIEDAD

La *propiedad es un robo*, dijo Proudhón, y antes que Proudhón lo habían dicho otros, y la Europa escandalizada se tapó primero el rostro, y después dijo: «¡Bah! ¡quién ha de hacer caso de semejantes locuras! La propiedad es tan sagrada, tan universalmente reconocida, tan inherente al hombre; está tan viva en la conciencia pública, tan sancionada por el transcurso de los siglos, que es inútil el trabajo que se gaste en defenderla.»



DON LEÓN GALINDO Y DE VERA.

Y en efecto, así parecía; porque si la propiedad es un robo, resulta que los propietarios son unos ladrones.

Si los propietarios son unos ladrones, han de haber robado á alguno; porque no se concibe ladrón sin robado.

Los robados han de ser por fuerza los que no tienen propiedad, porque los que la tienen son los ladrones.

De derecho natural es que á los robados ha de restituírseles lo suyo; pero como si á los no propietarios se les entrega la propiedad, pasan de robados á ser ladrones, ladrones por ladrones, *beatus qui possidet*.

Lo particular es que, á poco de haber fallado tan soberanamente Proudhón, sostenía, si mal no recordamos, un pleito en Bélgica reclamando el derecho de propiedad de unas obras que le habían reimpreso furtivamente.

Si fuera mi ánimo hoy defender la propiedad de los ataques científicos del filósofo de Charenton, bastaría con lo dicho; porque, ó era un bribón teórico, que predicaba lo que no creía, ó un bribón práctico, que al defender lo suyo robaba convencido de que robaba, mientras que los demás propietarios objeto de sus iras robaban cándidamente, con la blancura de alma de un inmaculado cordero, creyendo que lo que había sido suyo seguía siendo suyo.

Pero no es tal mi propósito, sino precisamente demostrar que el horror mayúsculo que nos asalta al oir el nombre de Proudhón, ha de rebajarse á la categoría de un horror ordinario, de un horrorcillo de tres al cuarto; y que su culpa, que tanto exageramos los que tenemos media docena de estadales, ó una de tejas, tiene atenuantes.

Tal es el flaco de nosotros los voceros: defendemos todo lo defendible, y cuando no hay defensa en lo humano, suavizamos, atenuamos, limamos las asperezas de tal modo, que hacemos creer que las púas de un montés puerco-espín se han convertido, si no en sedosas lanas de un falderillo, en inofensivas cerdas de un lechonzuelo.

El caso es que, soltado á los cuatro vientos lo de «la propiedad es un robo», la frase iba cundiendo de un modo alarmante entre los que no habían podido llegar á ser ladrones, es decir, entre los pobres.

La teoría pronto hizo prosélitos, porque había millares que no tenían y querían tener.

Y los prosélitos, como es natural, trataron de ver realizada cuanto antes su doctrina; y desesperados de convencer á los poseedores con argumentos, acudieron á las armas.

Estalló la revolución de París, refrenada por Cavaignac, y corrió la sangre á torrentes: los no propietarios, vencidos en la lucha, variaron de táctica: las teorías de las castas sociales, de pobres y ricos; del derecho al trabajo; de la explotación del hombre por el hombre; de los desheredados del banquete de la vida; de la propiedad legítima y la ilegítima, etc., etc., reemplazaron insidiosamente á la máxima de Proudhón.

Los Gobiernos callaron; el pensamiento es libre, la conciencia humana, independiente de toda traba; las ideas sólo deben atacarse con las ideas.

Y el pensamiento libre, y la conciencia independiente, y la idea atacable sólo por la idea, se extendió subterráneamente, creció y se convirtió en la *Commune*.

Doscientas mil bayonetas la apoyaban, y á la cárdena luz de los incendios se leía inscrita en la bandera roja, con toda su crudeza: *La propiedad es un robo*.

Al ver amenazado, combatido el derecho de propiedad por las muchedumbres, se conmovió Europa, los propietarios se agruparon en torno de los Gobiernos, los Gobiernos adoptaron medidas severísimas, la palabra orden se invocó, y con la represión legal del hecho violento creyeron atajado el mal.

¡Insensatos, que olvidan que no basta castigar con una mano lo que se fomenta con otra! ¡Que dar el ejemplo y anatematizar la copia, aunque exagerada, es un absurdo! ¡Que la represión física, aislada de la moral, detiene por un tiempo más ó menos largo, pero limitado! ¡Que propagar la causa é impedir el efecto, es un trabajo estúpido!

¡Vamos, escritor! me diréis, ¿te burlas de nosotros? ¡Los Gobiernos fomentar, dar ejemplo, propagar las causas que han desarrollado la doctrina de que son lícitos los ataques á la propiedad! ¡Los Gobiernos que sostienen ejércitos, aumentan escuadras, crean tribunales, emplean polizontes, pagan verdugos, prenden, destierran, agarrotan, fusilan á los reos! Por Dios, que sostener tal cosa, es querer abusar de nuestra credulidad y buena fe.

¿Qué queréis? yo soy así. Se me han metido en el magín dos cosas: que el cangrejo al que daba lecciones su padre para andar vía recta y al mismo tiempo le veía andar torcido, á pesar del consejo anduvo siempre tan torcido como su padre; y que los Gobiernos, en materia de respeto á la propiedad, son cangrejos padres.

Porque el ejemplo puede más que la palabra.

Porque los hechos del Gobierno son como los



EL NIÑO JESÚS DORMIDO.

redobles del tambor en la cripta de Napoleón: mil ecos los repiten, los extienden, los agrandan, hasta el punto de formarse el ruido de un terremoto.

Es como el grano de mostaza que germina y se convierte en árbol robustísimo.

Es como la pedrezuela que derriba el águila en la cumbre de los Alpes, rueda y atrae la nieve y llega á la base convertida en un alud que sepulta un pueblo.

Desde el momento en que dijísteis: «la nación está necesitada, pues echemos mano de los bienes de las comunidades; á la nación le sería útil, pues expropiemos al dueño, dijísteis sin quererlo: *la propiedad no es sagrada; la propiedad puede atacarse, siempre que á la nación le interese poco ó mucho.*»

Y los filosofastros populacheros, las cabezas ardientes, los hombres de malos instintos y de pervertidas pasiones, sacando la quinta esencia, proclamaron los deletéreos principios:

Lo útil siempre es justo.

Ante la conveniencia del pueblo, desaparece el derecho de los particulares.

Y si esto es cierto, filosofemos un poco.

El bien de los muchos es preferible al derecho de los pocos. Por la utilidad de la nación puede despojarse á unos para enriquecer á otros: la nación la forman los más: los más somos los que no tenemos: luego somos la nación. La propiedad no es una institución sancionada por el Decálogo al preceptuar: *no hurtarás;* es simplemente un hecho social. Transformemos, pues, las bases sociales: los hechos se amoldan á las ideas reinantes, á las necesidades existentes, á las evoluciones cósmicas..... Liquidación social.

Ahora bien: si la utilidad, si la conveniencia de la asociación permiten que se despoje á los propietarios en favor de ella, esto es, de la mayoría colectiva de los ciudadanos, ¿por qué no ha de ser lícito despojarlos en favor de las individualidades de esta misma mayoría?

Si el derecho de los menos ha de ceder ante la utilidad de los más, lo que poseen los propietarios, que son los menos, deben cederlo en beneficio de los no propietarios, que son los más. Lo útil para la nación siempre es justo para la nación: lo útil para un particular, ha de ser igualmente justo para ese particular.

Y he aquí que mil, cien mil, un millón de personas que en Europa, ni habían imaginado siquiera que podía discutirse el derecho de propiedad, hablan, se mueven, se agitan, disputan, niegan, protestan, atacan á los propietarios, porque el Gobierno les ha suministrado argumentos con sus teorías y con su práctica.

¿Creéis que no?

Examinemos una de las leyes.

Se declaran nacionales todos los bienes del Clero secular y regular, encargándose el Gobierno de su manutención decorosa, etc., etc.

¿Por qué esto?

Porque había demasiado bienes amortizados y la nación se empobrecía; — porque en manos de particulares producirán más; — porque así se afianzan las gloriosas conquistas de la civilización; — porque..... porque.....

Por lo que queráis: motivos, protestad los que os plazcan; en último resultado, todos se reducen á que lo creéis útil porque habrá más productos, más circulación, más riqueza, más comodidades: lo concedo, no estoy de humor de disputarlo, pero los mayores productos, la mayor circulación, la mayor riqueza, las mayores comodidades, ¿os dan el derecho de privar á los dueños de sus bienes?

Entonces, ¿por qué no los arrancáis á los que no trabajan sus tierras? ¿Á los que no recomponen sus casas? ¿Á los que no cultivan según los últimos adelantos? ¿Á los que no edifican, aprovechando útilmente el terreno? Confiscádselos: dadlos á quien trabaje, recomponga, cultive, construya mejor; que de ese modo obtendrá la nación más producto y mayor bienestar los ciudadanos.

Pero diréis: la nación tiene ciertos derechos sobre la propiedad de las Comunidades; nunca se ha mirado lo mismo la de los cuerpos jurídicos que la de los particulares; hay cierto dominio eminente en la sociedad sobre los bienes de los asociados que en casos necesarios hace lícita la apropiación, etc., etc.

Enhorabuena; no voy á meterme en tan profundas cuestiones: todo lo acepto: más aun; concedo hasta ¡oh legisladores! que tenéis un derecho cierto, incontrovertible para despojar al Clero, á los frailes y á las monjas; pero derecho apoyado sólo en esas intrincadas metafísicas, en esas argucias legales magnificadas por las cabezas de primer orden; en esos ergotismos, que no están al alcance de la multitud.....

¿Y no es cierto que el pueblo, que el vulgo, que parte del pueblo, qué porción del vulgo los creía dueños indubitados? ¿Que ha mirado la desamortización como un despojo? ¿Que juzga que la habéis

decretado, no por el derecho, sino por la conveniencia? ¿No se ha sostenido, además, esa opinión por toda la prensa absolutista? ¿Por casi toda la moderada? ¿Por el Clero en masa? ¿Por los Obispos, Pastores, Inspectores y Rectores del pueblo cristiano?

Pues bien: aunque sea infundada, no dejaréis de convenir en que, para una gran porción de españoles, la amortización ha sido un ataque directo á la propiedad, lo que en el lenguaje enérgico de España se llama un robo.

Habladles en contra de vuestros hechos: no os escucharán. Explicadles sutiles diferencias, pretextos que nunca faltan: ni los entienden, ni los admiten.

A vuestros argumentos, siempre os contestarán: Se les dejó por testamento, y habéis invalidado la voluntad sacrosanta de los moribundos.

Se les traspasó por donación, y habéis quebrantado la voluntad libre del dueño.

Compraron, y les habéis arrebatado las fincas sin devolverles el precio.

Poseían hace 300 años, y los habéis despojado.

Luego ni testamento, ni contratos, ni larga posesión dan derecho, sino la voluntad de la nación.

Enronqueced, legisladores, gritando á voz en cuello: el sagrado derecho de propiedad..... ¡la propiedad inviolable....! ¡la propiedad, fundamento de toda civilización....! en vano: más daña un ejemplo, que enmiendan cien sermones.

Y los males que esta ley y otras leyes de igual naturaleza han producido y producirán con un movimiento general y violento, como general y violenta ha sido la medida, contribuyen también á aumentarlos la práctica de otros, que si bien en esfera más reducida, ejercen su maléfica influencia con no menor intensidad.

Hablemos de una, de cualquiera, de la ley de Enajenación forzosa, por ejemplo.

Y no es que nosotros neguemos en absoluto el derecho de la sociedad á expropiar al ciudadano de sus bienes: no, nosotros nos quejamos del abuso, de la latitud del principio, del modo con que se ejecuta. La expropiación, mal gravísimo y solamente tolerable como se tolera el homicidio en propia defensa, debiera ser el último recurso y en el extremo.

— Pues eso mismo decimos; pues eso mismo hacemos, afirmaréis rotundamente.

¡Ah, legisladores amigos! ¡ah, gobernantes queridos! que del dicho al hecho hay gran trecho.

La propiedad es inviolable, proclaman las leyes: á nadie puede obligarse á que enajene la propia si no es por causa probada de utilidad pública. Verdad, eso dicen las leyes; pero al día siguiente se proyecta un paseo más bonito que el que hay, donde se reunan los ociosos y se citen los artilleros y las niñeras; la alineación de una calle, que podría seguir, como hasta entonces, un poco torcida; el ensanche de una plaza que había servido á trescientas generaciones con la extensión que tenía; un camino inútil ó que puede abrirse por cualquier otro lado; una obra, en fin, de lastimoso ornato, que imagina este alcalde ó el otro ayuntamiento, como motivo de alto renombre para su administración en los fastos de la aldea.

Y como si la vida de los pueblos fuera de un día, se proyecta, se señala la obra, se informa, se declara de pública utilidad; ni se pregunta á los propietarios si quieren enajenar los terrenos: se obra sultánicamente, y se emprenden las obras *sin previa indemnización muchas veces*, contra lo expresamente mandado.

Y cuando se quejan los dueños, se los contesta: tenga usted paciencia..... el bien público es antes que el particular.

Sí, es cierto; el bien público es antes que el particular; pero es cuando el beneficio de ambos, el objeto en que ese bien consiste, es indispensable para la vida social y antitético con el del particular.

Derecho contra derecho, venza la asociación: utilidad contra utilidad, venza la pública á la privada. Pero la simple *utilidad* del común no puede, no debe vencer el *derecho* del ciudadano.

Para exigir tal sacrificio, es indispensable que el país tenga una necesidad absoluta de la obra y haya apurado todos los medios que la razón dicta para conseguir la cesión voluntaria: la persuasión, el incentivo de la ganancia, el patriotismo, todas las pasiones, todos los sentimientos, todas las virtudes.

¶ ¡Lo contrario es suponer que la asociación lo es todo, y los asociados nada; es atacar la propiedad en su forma más sagrada; es enseñar á los fautores de desórdenes y revueltas que se respeta la propiedad mientras no interesa despreciarla; es decirles: buscad pretextos, apoyaos en cualquier sofisma, y no temáis. Todos los bienes son del Estado: declaradlo en alta voz, y hecho que sea, los que no tenéis, reclamad; que si la fuerza os acompaña, se os dará y poseeréis con el mismo derecho que *poseían* los dueños: la aquiescencia de la asociación.

Y aun cuando esto no fuese; aun cuando exageráramos nuestros temores, ¿no produce un mal inmenso y de funestísimas consecuencias el que hoy, en que todos los lazos de la patria y de la familia están relajados, se obligue al propietario, por cualquier capricho, revestido de formas legales, á veces por una miserable cantidad de dinero, á ceder el lugar donde han nacido, han vivido, han muerto sus ascendientes? ¿La heredad regada con el sudor de sus ancianos padres? ¿El árbol bajo el que ha recibido las tiernísimas caricias de su madre y ha jugado pequeñuelo con sus hermanos?

Para mí nada hay más grande que el espectáculo de un poder omnipotente, del poder nacional, inclinando su frente ante el derecho del humilde ciudadano.

En Roma, cada campo que de público se convertía en privado, se consagraba con ritos religiosos: «saltar la cerca de un campo vecino, era un crimen capital..... Jamás se dieron leyes, ni aun se pensó en dar leyes que atentasen á la propiedad..... hubiese sido un indigno sacrilegio. La Religión protegía contra todo ataque la tierra de cada ciudadano y el sepulcro de sus padres [1]. »

Federico II plantaba sus jardines: un molinero se obstinó en no venderle por ningún precio su heredad: los jardines quedaron irregulares.

—¡Lástima grande! le decían los favoritos del Rey: apoderaos de esa propiedad que tercamente se os niega; sois absoluto. —No, les contestó: esa irregularidad de mis jardines será ejemplo perenne de que en Prusia el derecho del pobre puede más que el gusto del Soberano.

El Beato Juan de Rivera, favorecido por Felipe III, Virrey de Valencia, ante cuya privanza, talento y santidad se humillaban respetuosamente los más grandes señores; aquel hombre rectísimo y severo, de quien se aseguraba que durante su mando no había quedado impune ningún malhechor de baja ni de alta esfera, levanto á sus expensas, y bajo la protección real, el magnífico Colegio de *Corpus Christi*, monumento del culto y de la instrucción: una miserable casa de cincuenta pies cuadrados le impedía edificarlo según el plano; porque la dueña, una viejecita infeliz, pobre viuda, se negó á enajenar por el doble, por el triple, por el déclupo de su valor, la herencia de sus padres.

El poderoso Virrey, ante cuya justa voluntad se doblegaba todo, respetó las afecciones de la anciana, y la casita quedó, afeando el edificio. La muerte llegó: los herederos convinieron en la venta, y entonces se concluyó el Colegio según se había trazado. La utilidad pública era incuestionable, mas no había absoluta necesidad, y el derecho del propietario recibió un homenaje por parte del Gobierno, que le honra, y á su siglo [1].

Ahora decidme de buena fe: si en los actuales tiempos se tratase de embellecer á Madrid, de agrandar una oficina, de la cosa más pequeña que directa ó indirectamente pudiera estimarse de utilidad ó de ornato público; y un molinero resistiera la enajenación, ó una viuda se negase á abandonar su casa, aunque les triplicasen el precio, decidme: ¿se les respetaría? Decidme: ¿se tendrían en cuenta sus sentimientos generosos y levantados, que les impulsaban á hollar la riqueza, ante el recuerdo de sus afecciones de familia?

No: se formaría expediente, y cuando rehusasen: la venta, se nombrarían peritos, se les notificaría, se les concederían tres días para hacer observaciones sobre la justicia de la tasación, y al cuarto, en nombre de la Ley, la azada mercenaria arrancaría los árboles que había plantado para sus hijos, y la piqueta inexorable derrumbaría los techos que cubrían las cunas de sus nietezuelos.

Y cuando gimieran profundamente, arrojarían á sus pies el precio y les dirían: ahí está lo que vale: la nación paga: ¿por qué lloráis? Amabais esos árboles y esas ruinas; consolaos, porque ahí tenéis el precio de vuestros recuerdos: se han tasado en un tres por ciento sobre el valor real de las fincas; nada se os debe.

No, no: la vida del corazón no se paga: el amor que tenemos á cuantas cosas inanimadas nos representan á nuestros padres, á nuestros hijos, á nuestras esposas, vale algo más que un puñado de plata.

Tasad esos sentimientos, cotizadlos en lugar de tributarles respeto profundísimo, y poco á poco veréis suceder al amor de la familia, al amor de la patria, la indiferencia, la especulación, la sórdida hambre del oro.

No, no: acordaos de la Escritura [2]:

«Habló, pues, Achab á Naboth diciendo: dame tu viña para hacerme un huerto de hortalizas, porque está cercana y contigua á mi casa, y te daré en cambio de ella otra viña mejor; ó si crees que te acomoda más, el precio que merezca en dinero.

»Al cual respondió Naboth: guárdeme el Señor de darte yo la heredad de mis padres.»

Guardaos, pues, de arrebatar á nadie, aun pagándosela con creces, la heredad de sus padres; porque la sociedad que tal hace, será maldita, como Achab.

. . . . . .

Pero ahora noto que me exalto contra la pobre ley de Enajenación forzosa, y, en verdad, no lo merece.

Confiésome culpable, pues hubiera podido dejarla á la derecha ó á la izquierda, por inocentísima, y ejemplificar mi doctrina con otras cien veces peores.

Con la Hipotecaria, que hace depender el dominio de la forma.

Con la de Minas, en que se prescinde del terrícola y todo se resuelve por el principio de utilidad, siendo escuela práctica de latrocinios legales.

Con la de señoríos, en que se sientan principios contrarios á toda doctrina, sancionándose inicuos despojos.

Con la de Incautaciones, en que se proclama el robo sacrílego.

Con la de..... pero bastan las citadas para mi objeto.

¿Negaréis todavía, con lo que os he dicho y con lo que os indico, que los legisladores ilustrados son

---

1 Eduardo Laboulaye: *Del derecho de propiedad en Europa.*

1 La tradición pretende que una estatua de mármol que existe en uno de los patios del Colegio, la mandó colocar el fundador, en recuerdo de la entereza con que la pobre, defendiendo la casa heredada, se atrevió á oponerse á su omnipotente voluntad.

2 Lib. III de los Reyes, cap. XXI, vers. 2 y 3.

los que más han contribuído á difundir las doctrinas contrarias al derecho de propiedad?

Desengañaos: os lo dije al principio. Los Gobiernos son el cangrejo padre que, predicando las rectas, anda por las torcidas.

No lo han inventado los predecesores de Proudhón, ni Proudhón; no: las leyes de los países civilizados son de hecho las inventoras, fautoras y ejecutoras de la famosa máxima:

La propiedad es un robo.

León GALINDO Y DE VERA.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

Algo así como anonadado bajo el peso de una gran sombra que salía no sé yo de dónde, me envolvía entre sus pliegues negros, y caía lentamente sobre mi pensamiento, oprimiéndolo, ahogándolo.....

Si la frase no fuese cursi á fuerza de atrevida, expresaría yo lo que me sucedía entonces diciendo: mi alma no podía respirar.

Así, así era el efecto sentido: esa angustia suprema de la disnea se produce también á veces en el alma. Como al cuerpo falta en ocasiones el oxígeno, al alma le faltan ideas claras, imágenes precisas, deseos concretos. El pensamiento quiere seguir obrando; pero no puede. De aquí la disnea espiritual.

Y llegaba yo á perder la noción de mí mismo. Pero ¿qué? ¿Estaba yo enamorado de Angela? ¿Quién era Angela? ¿Por qué había ido yo allí? ¿Por qué me había subido á la ventana? ¿Por qué cometía tantas ridiculeces? ¿Por qué cavilaba sobre tantas tonterías? ¿Por qué había dejado encerrada en mi cuarto á Doña Remedios? Todo, todo lo que me había acontecido, todo lo que había hecho, todo lo que había imaginado y discurrido era sencillamente absurdo, una serie de extravagancias, no sujetas á ningún plan ni dependientes de ninguna unidad, que no venían de ningún principio ni caminaban á ningún fin..... ¿Y qué decía á todo esto aquella Psicología que me enseñaron en el Instituto, explicada tan aparatosamente por aquel señor de blanca barba y ojillos grises, que se creía un sabio siendo en realidad un erudito majadero? Pues no me decía más sino que en mi alma había tres fuerzas distintas: la voluntad, entendimiento y la memoria. ¡Valiente cosa para sacarle á uno de un atolladero! ¡Valiente noticia para esclarecer las negras profundidades del alma humana....! Bien; ¿y qué....? Entendimiento, memoria y voluntad..... ¿Revelaba eso acaso el por qué de ser yo un botarate?

Porque lo era, eso es indudable. Me había enamorado perdidamente de una muchacha, y me resultaba luego que no conocía á la muchacha en cuestión. Había hecho locuras, me acababa de exponer á que me tomasen por un salteador nocturno, y, sin embargo, luego no había conocido á la que, según yo, me sugería tantos disparates líricos. ¿Era ella, pues, la que me los había inspirado, ó era yo mismo el que me los inspiraba y el que los hacía, siendo á la vez legislador y ejecutor de las leyes estrafalarias á que me ajustaba y que obedecía?

De todo esto deduje yo una consecuencia, y es que era yo un buen chico, aunque disimulado, y que por serlo estaba harto de Doña Remedios y de su torpe concupiscencia, y me había prendado de aquello en que mi fantasía fingió afectos puros, un porvenir de castidad y de honradez, algo de lo que la educación de mi madre y mi padre había fijado como medioambiente definitivo é inevitable de mi vida ordinaria.

Y observad: cuando llegué á esta conclusión, quedé completamente tranquilo; mi espíritu quedó en absoluta calma, como aplomado.....

Y entonces pensé que Ángela vivía, dentro de mí mismo, vida de imagen, vida que yo le prestaba y á cuyo calor sus facciones se determinaban y concretaban dentro de mi teatro interior, y su fisonomía era en ocasiones dulce, en ocasiones airada, según mi propio pensamiento las animaba en uno ó en otro sentido.

Y entonces también tuve lástima, una intensa, profundísima lástima de Remedios. ¿Por qué airarme yo contra ella? ¿Qué era Remedios? ¿Una vil criatura? ¿Y acaso yo era otra cosa? ¿Que era una perdida? Está bien. Pero yo, ¿no era otro perdido? Luchas había en mí; ¿por qué no había de haberlas también en ella? Quizás no las hubiera ya; pero ¿no las había habido? Era más tosca que yo, y quizás en eso estuviera toda la diferencia; ella podría no saber explicar lo que sentía como yo me lo explicaba; pero en el fondo, todo igual. Pensando en esto, se me revelaba la insoportable monotonía del sér humano, la repetición de un *yo* que quiere vanamente destruir ó negar la soberbia de cada uno; pero que es siempre idéntico á sí mismo, las mismas pasiones, el mismo orgullo, la misma necedad en el fondo.....

Tuve lástima, repito, de Remedios, y la lástima que me inspiró sugirióme la idea de ir á salvarla del encierro en que yo la había puesto en un arranque de inverosímil quijotismo.....

Fuí hacia mi casa. Ya eran cerca de las diez de la noche. Cuando llegué al portal, estaba cerrando la portera.

— Buenas noches, señorito, me dijo, se recoge usted muy temprano.

— No sé si me recogeré todavía.

— ¿Qué va usted á hacer por esas calles, con la noche tan fría que hace?

— Bien, subiré.

La cara de la portera no demostraba la menor malicia; luego (pensé yo) no había ocurrido nada ruidoso.

Subí.

La criada que me abrió la puerta tampoco reveló ni pizca de asombro en su semblante.

— ¡Diablos! pensaba yo. Pero ¿qué es esto? Remedios, al quedarse encerrada en mi cuarto, ha debido gritar, llamar fuerte siquiera. El escándalo se ha debido armar. ¿Cómo es que nadie se ha enterado de eso?

Con este pensamiento crucé el pasillo. Llegué á mi cuarto, introduje la llave en la cerradura, se abrió la puerta con la facilidad que otras veces. El cuarto estaba oscuro. Yo apelé á los fósforos, como de costumbre. Sentía miedo por lo mismo de encontrarlo todo en calma. Encendí la vela de la palmatoria. Luego volví, y cerré la puerta con llave. Avancé hacia la ventana, delante de la cual tenía mi mesita de estudio. Entonces, desde un rincón, desde el rincón en que estaba la percha con mi ropa, salió firme y serena una voz que me dijo:

— ¡Buenas noches!

Yo quedé profundamente aterrado.

Era Remedios que me saludaba.

XI

OTRA DECORACIÓN

— ¿Tú aquí?

— ¿Y por qué no había de estar?

— ¡Ah!

— ¿Querías que armase un escándalo? ¿Querías que comprometiese á mi marido?

— ¡Valiente cosa lo que á ti te importa tu marido!

— Más que lo que te parece á ti. Mi marido es..... mi marido, y tú eres un mequetrefe, con quien nada tengo de común más que el vicio.

— Muy remontada está usted, señora mía. No esperaba esas máximas esta noche antes de acostarme.....

— Pues son las que tú me has predicado más de una vez; son las tuyas, si no eres un hipócrita de punta. Y son, después de todo, las mías y las de todo el mundo.

— Vamos, déjate de eso. Vengo con un humor de perros.

— Figúrate qué humor tendré yo después de tantas horas de reclusión.

— Está bien. No esperaba yo, te lo juro, encontrarte aquí.

— Sí, claro. Tú esperabas que yo me hubiera puesto á dar voces, que hubiera acudido la pupilera, y que mañana ó esta misma tarde hubiese sabido mi marido este lance, y que yo estaba encerrada en tu cuarto..... ¡Qué bonito....! Y todo, para que tu moralidad hubiese quedado en su punto. Hace tiempo, amiguito, que te conozco. Sé que me despreciabas, por lo mismo que accedí en mala hora á tus pecaminosos deseos. Pero lo que tú no sabes es otra cosa; que por mucho que tú me despreciaras, te despreciaba yo más. Tú no podrás figurarte nunca el asco que me has infundido; me has parecido siempre un dominguillo, un juguete de mis vicios; un mozuelo feo, que por ser feo me gustaba; un hombrecillo ruín; sin fuerzas para ser hombre de bien y queriendo serlo; sin energía para ser un canalla, y apeteciendo interiormente conseguirlo. ¿Crees, acaso, que yo no tengo mundo? ¿Crees que soy una chiquilla? Pues te equivocas, necio. Ahora, ábreme la puerta, que me voy sin armar ruido ni escándalo. Ya sabré yo cómo explicarle esto á mi marido. Y mañana, cuando se lo haya explicado y me acuerde de la aventura, me reiré de ti y de tu ruin venganza. Ea, adios.....

Remedios se había puesto de pie, desplegando en su semblante y actitud esa suprema majestad de mujer ofendida en su amor propio, que es la suprema majestad de la tierra.

Yo me sentía delante de ella verdaderamente humillado.

Tan humillado, que sin poderlo remediar, me enternecí.

— ¡Ay, Remedios! le dije, ¡No te vayas!

— ¡Qué gracia! me contestó en ademán y tono chulescos.

— Mira, Remedios, tú tienes más talento que yo. Ahora lo conozco. Pero ten piedad de mí.....

— Es lo que mereces, y yo te lo concedo. Ya tengo lástima. Eres un chiquillo, y nada más.

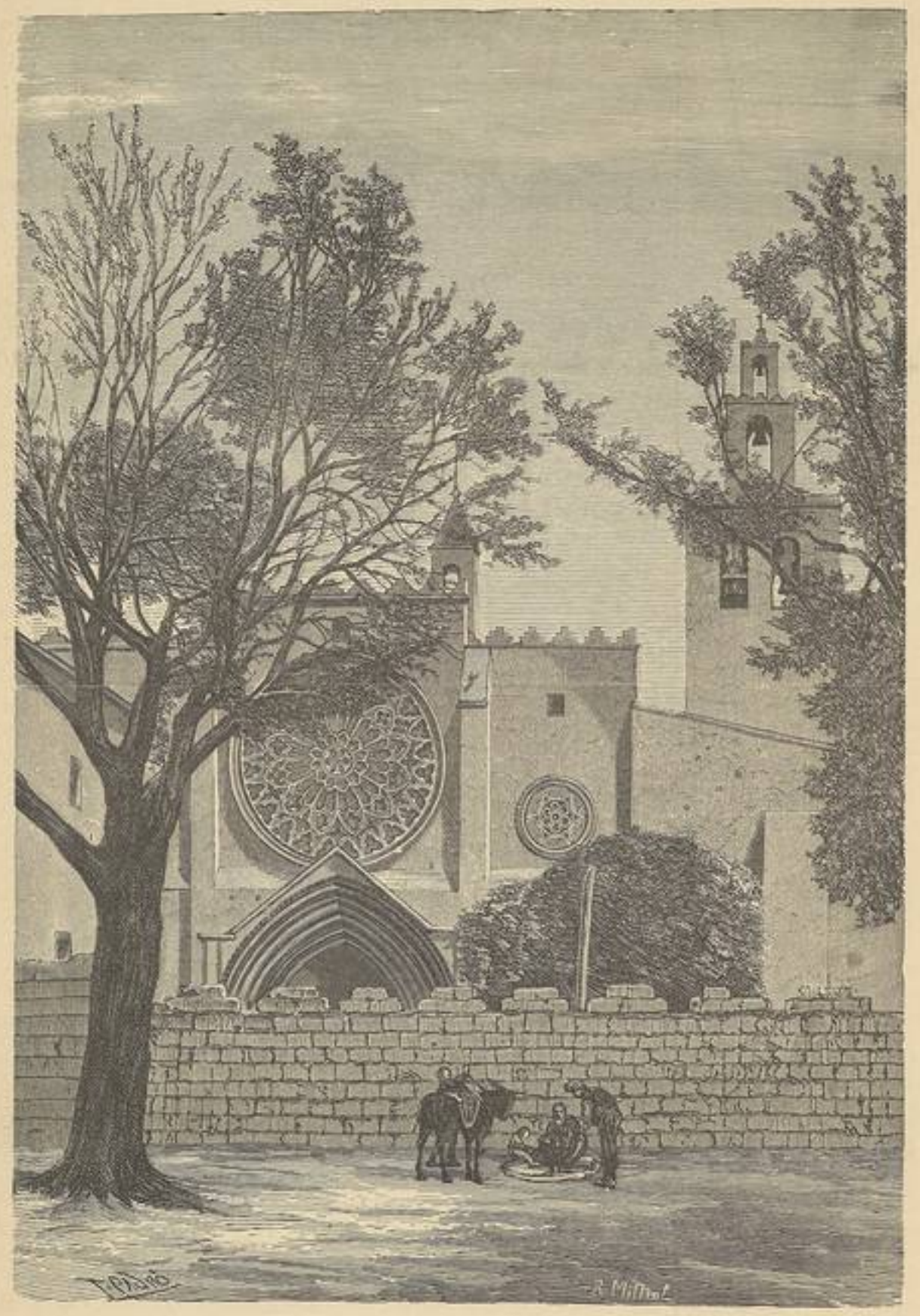
— Sí, créelo, eso soy. Yo no sé lo que me hago. El que inventó la palabra *botarate*, me presintió. Pero tú, te lo repito, ten misericordia de mí.....

— Mira, tú tienes razón en todo. Yo soy una vieja insoportable, que debería quedarme rezando el rosario en vez de andar en estos vergonzosos trapicheos, y tú eres un muchacho que empieza á vivir.....

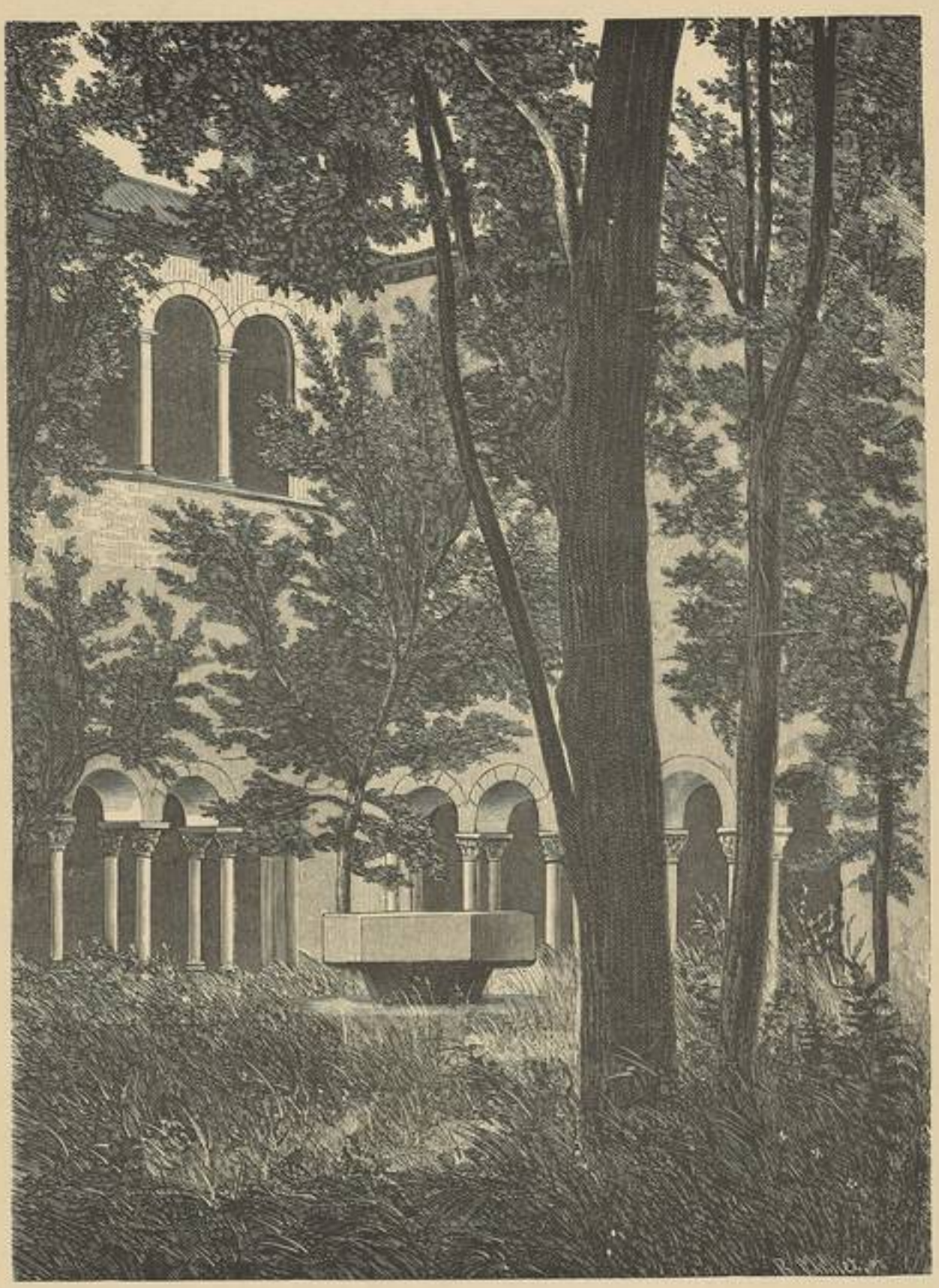
— Pero más corrompido que tú.

Dos pecadores que comprenden que son pecadores y que se atreven á confesárselo mutuamente, son dos personas que empiezan á ponerse en lo razonable. Dos viciosos que se desprecian el uno al otro, son dos sujetos que se conocen. Cuando los cómplices se atreven á decirse las verdades, es imposible casi el delito.

Yo despreciaba á Doña Remedios, y al mismo tiempo me sentía inferior á ella, ó lo que es igual, que me despreciaba á mí mismo más que lo que la



VISTA DEL MONASTERIO DE SAN CUCUFATE DEL VALLÉS.



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE SAN CUCUFATE DEL VALLÉS.

despreciaba á ella. ¿No sucedería cosa muy parecida á Remedios?

Me dijo:

— Yo quiero á mi marido. No sé, no acierto á explicarme por qué le he faltado. Y aún menos por qué le he faltado con un necio como tú. Ea, ábreme la puerta.

Yo, por no saber qué hacer, ni qué decir, le puso la llave en la mano.

Y Remedios, sin mirarme siquiera, se dirigió á la entrada del cuarto. Yo la seguí. Espera, le dije, veré si hay alguien por el pasillo. Fuí delante de ella, explorando el terreno, abrí la puerta de la escalera; la acompañé hasta la de la calle. Cuando salió, le dije: Bien, te acompañaré. Y ella delante, yo detrás, fuimos silenciosos á través de las calles solitarias.

(Continuará.)

UN LIBRO NOTABLE

COLÓN Y LA RÁBIDA

Tal es el título de un libro que á la hora presente habrá principiado á imprimirse en esta corte, debido á la pluma del muy Rdo. P. Fr. José Coll, Definidor general de la Orden de San Francisco en España, autor bien conocido por otras varias publicaciones. Como las cuestiones que se ventilan en aquella obra son de interés palpitante, y el P. Coll ha examinado los mejores archivos para documentarla en lo posible, creemos que su aparición ha de verificarse bajo los mejores auspicios. Por de pronto, ya el Congreso de americanistas presidido por el jefe del Gobierno ha acordado, según nuestros informes, la completa restauración del monasterio de la Rábida, lo cual avalora más el siguiente artículo, que es el tercero de la obra del P. Coll, para cuya inserción en La Ilustración Católica nos ha autorizado el dicho Padre.

Dice así:

CAPÍTULO III

LOS FRANCISCANOS EN LA RÁBIDA

Una tradición oral, registrada en el Códice de que hemos hablado en la nota estampada al principio del capítulo primero, refiere que en el año 1221 se establecieron los hijos de San Francisco en el convento de Nuestra Señora de la Rábida [1]. Aquellos primeros fundadores fueron, por lo visto, tan ejemplares, que se hacían querer y reverenciar de todos, gracias á lo cual eran abundantemente socorridos, no sólo por los cristianos, sino aun por los mismos moros. Antes que la comunidad de los Templarios evacuase aquel edificio, dícese que dos de ellos, llamados Frey Fernando Cruzado y Frey Benito Fernández, edificados de ver la santa vida que llevaban los franciscanos, vistieron su santo hábito ingresando en el noviciado.

Pretende la leyenda ó tradición oral sobredicha, que nuestro P. San Francisco hubiese estado en la Rábida en ocasión en que, procedente de Madrid y de Sevilla, se dirigía á Portugal. Pero á pesar de la minuciosidad de los detalles que en aquella relación leemos, nos parece un tanto dudoso aquel viaje. Por lo menos los autores de nuestra Orden no lo mientan, si bien confesamos que pudo haber ocasionado este silencio la circunstancia muy atendible de que, habiendo sido nuestros primeros cronistas todos extranjeros, quizá no tuvieron conocimiento de muchos hechos secundarios, ni siquiera se propusieron acotar punto por punto el itinerario de San Francisco en España, como es cierto.

Sin que nosotros, pues, podamos admitir, á lo menos como un hecho de todo punto incontestable, la visita de nuestro Seráfico Patriarca al convento de la Rábida, apuntaremos lo que se cuenta de la llegada de aquel Santo á Sevilla, donde le hospedó en su casa D. Fernando Alonso Ramírez, caballero opulento y de noble linaje, como descendiente que era de los Monsalves. Estando allí, dice la leyenda, sucedió que al atravesar un día por la plazuela donde solían ajusticiar á los reos, exclamó Francisco: «En este lugar se fundará un convento de mi Orden, célebre por su grandeza, y plantel fecundo de excelentes religiosos.» Y como si el anuncio hubiese sido una profecía, se edificó, en efecto, algunos años después en el lugar señalado el convento *Casa Grande de San Francisco*, que la revolución de 1835 destruyó, y en cuyo amplio perímetro se admira hoy la llamada plaza Nueva, ó de San Fernando, una de las más bellas y espaciosas de España.

«Desde Sevilla, continúa la tradición, pasó San Francisco á la Rábida, donde se detuvo algunos días y predicó en su iglesia, fortaleciendo á los cristianos en la fe y logrando ruidosas conversiones de los moros, entre otras la de Almanzorejo, gobernador de Palos.» Y terminando su narración, añade que, al tiempo de despedirse de sus hijos el Serafín de Asís, levantó sus manos al cielo, y bendiciendo aquella religiosa morada, habló de esta suerte: «El Todopoderoso mire por tu conservación, y María Santísima te impetre esta gracia, para que siempre sea aquí Dios alabado y glorificado, y su benditísima Madre reverenciada.» Y volviéndose á los frailes que quedaban en aquel venerable santuario de familia, díjoles: «Hijos, sabed que el infierno está muy rabioso contra esta habitación, por haber arrojado de ella el imperio de su diosa; pero la soberana Reina de los ángeles la defiende, y ella quiebra la cabeza á los espíritus infernales, y á pesar de los esfuerzos de Satán, esta mansión dichosa ha de perseverar.»

Apenas conocemos otra cosa de las antigüedades de la Rábida referentes á la fundación franciscana; parece, sin embargo, que aquella religiosa comunidad se mantuvo constantemente sin descaecer nada de su primitiva observancia y fervor.

Pero dijimos mal; conocemos otro relato; la tradición interesantísima de que también da cuenta la repetida leyenda, y que es como sigue: Corría el año de gracia de 1472; era llegado el día 7 de Diciembre, víspera de la Inmaculada Concepción, y platicando el P. Fr. Juan Bautista Pedroso, predicador conventual que era de la Rábida, con la gente de Huelva y de Palos que se ocupaba en las artes de las jábegas, emitiéronse diferentes pareceres acerca de si el día siguiente pescarían ó no; tomó la palabra el religioso y les dijo que en manera alguna se debía quebantar el precepto de la fiesta, pero que bien podían echar un lance para comer ellos y la comunidad.

Sucedió, pues, que no atreviéndose á alejarse mucho de la costa, por no engolfarse en el mar en un día tan solemne, los pescadores de Huelva, que se encontraban en un sitio llamado *Morla*, calaron el primer lance, y en medio del asombro y alegría que se deja discurrir, sacaron entre las redes la imagen de la Soberana Reina de cielos y tierra, la misma que había permanecido escondida en el fondo de aquellas aguas por espacio de 753 años; es decir, desde el 719, como dejamos dicho en el capítulo primero, hasta el 1472. Pero ¡oh fatalidad! el Niño Jesús que tenía antes en los brazos su celestial Madre, no salió más que la mitad de él, de la cintura para abajo; la otra mitad superior habíase quedado en lo profundo del mar.

Volvieron á echar la red, y en breve tiempo sacaron la parte que se había desprendido del Niño Dios. Tomóla en sus manos el mencionado P. Fr. Juan Bautista Pedroso, la aplicó sobre la otra mitad, y sin más diligencias quedaron ambos trozos tan perfectamente unidos, que no se conocía hubiesen estado nunca separados. Este prodigio tuvo al punto la mayor resonancia, sobre todo en Huelva, Palos, Moguer, Niebla y demás lugares de la redonda. Pero sucedió que aquellos dos primeros pueblos pusiéronse desde luego á contender entre sí, pretendiendo cada cual de ellos tener derecho sobre el codiciado hallazgo: los de Huelva por haberle extraído de las aguas, y los de Palos por haberse realizado tan buena pesca en los términos de su jurisdicción. Las disputas íbanse acalorando cada vez más; ninguna de las dos partes se mostraba dispuesta á ceder, llegando casi á hacer uso de las armas; por lo que tomando mano en el asunto el guardián de la Rábida, á quien desde el primer momento se había dado cuenta de lo que pasaba, díjoles que no era cuestión aquella para que vinieran á perderse los dos pueblos; que en todo caso parecía menor inconveniente poner el negocio en manos de la justicia, toda vez que se trataba de una cuestión de derecho.

Aquietáronse unos y otros al escuchar este razonable consejo; y para que nadie tuviera motivo alguno de queja, dejaron la efigie en el mismo sitio de la playa en que la habían puesto al sacarla del mar, levantando alrededor una tienda de campaña, que debía custodiarse mientras durase el litigio por centinelas de vista de uno y otro pueblo. Al punto se nombraron abogados por las dos partes, y de tal suerte enmarañaron éstos la cuestión que, enardecidos nuevamente los ánimos, principiaron los insultos, atropellos y desafíos, amenazando una conflagración general.

Viendo esto el padre guardián de la Rábida, se presentó en el sitio de la discordia, y les hizo ver que ellos, como cristianos y movidos principalmente en aquel caso por espíritu de devoción, debían comprender que lo más acertado era dejar el fallo en manos de Dios; con este motivo les propuso que pusieran la imagen en una barquichuela, y soltando la vela al viento la dejaran marchar sola adonde la llevara la Providencia. Así lo hicieron: colocaron á la gran Señora en un leño, izaron el trapo y lo dejaron ir á la ventura, notando desde luego que, franqueándose el paso á través del Odiel y rompiendo la corriente de este río, dejó sus aguas para entrar en las del Tinto, dirigiendo su rumbo hacia el desembarcadero de la Rábida, en cuyo sitio se detuvo con la misma firmeza que si hubiese estado varada; visto lo cual todos quedaron contentos y satisfechos; y dando gracias á Dios llevaron á la Emperatriz celestial á la inmediata iglesia de la Rábida, dejándola colocada en su altar mayor.

Esta sagrada estatua se venera en nuestros días en uno de los altares de su iglesia al lado de la Epístola, si bien la mayor parte del tiempo suelen tenerla en la parroquial de San Jorge de la villa de Palos. En la época, muy reciente, en que nosotros visitamos aquellos memorables sitios, hacía ya nueve meses que la habían trasladado á aquella población, mediante el permiso, ya se entiende, de la Diputación provincial de Huelva; de forma que al llegar por primera vez á la Rábida, viendo privada aquella estancia de la presencia de tan precioso tesoro, experimentábamos un vacío imposible de llenar. Nos permitimos, por consiguiente, dirigir una atenta comunicación al señor Alcalde de Palos pidiendo la devolución de la Virgen de los Milagros á su iglesia, y al punto, con una deferencia que nos dejó sumamente obligados, puesto de acuerdo con aquel Párroco, dió las órdenes oportunas para que al inmediato día siguiente fuera trasladada procesionalmente al convento, como en efecto se ejecutó entre los vítores de un pueblo numeroso que la aclamaba con frenesí.

1 Nuestro ilustrísimo Guzaga fija la fundación del convento de la Rábida en 1218.

La Virgen de la Rábida es de mediana estatura, más bien baja que alta, como que sólo mide 54 centímetros de alto y cuatro el pedestal sobre que descansa. La materia de que está formada es de alabastro; y aunque su escultura presenta reminiscencias del estilo ojival, el gusto de las épocas le ha dado, sin embargo, diversas modificaciones, no respetando, como era justo, su venerable antigüedad.

El cuerpo del Niño y el de la Madre han sido labrados de una misma piedra, pero hace algunos años que aserraron aquél por la cintura, á fin de poderlo vestir. Ahora bien: si el aserrar el Niño fué un verdadero acto de profanación, el vestir al Hijo y á la Madre viene á ser un atentado que la estética y la verdadera devoción condenan de consuno. Que se vista el esqueleto de un simulacro, santo y bueno; pero cuando éste es macizo como el de la Rábida, y tan venerable por su origen, su antigüedad, sus vicisitudes y sus milagros, eso es imperdonable.

En prueba de nuestra protesta contra esta añeja y deplorable costumbre, en seguida que la procesión de Palos volvió espaldas al convento de la Rábida, atrancadas las puertas de la iglesia por lo que pudiera sobrevenir, nos pusimos á desnudar la imagen, y desnuda se veneró, con gran contentamiento de los inteligentes, durante las tres semanas próximamente que hubimos de permanecer en aquel lugar de indelebles recuerdos.

Una tradición no interrumpida nos enseña, que delante de aquella imagen oró Cristóbal Colón. ¡Ah! ¡Con qué tierna, afectuosa y filial devoción pediría á la Reina del empíreo por el feliz éxito de la ardua y difícil empresa que sin cesar meditaba durante el día, y que, agitado y convulso, soñaría durante las largas horas de la noche! Sólo Dios sabe si aquel poderoso gigante logró abrir las puertas del Nuevo Mundo por haber recabado esta gracia con sus fervientes oraciones hechas á los piés de Nuestra Señora de la Rábida. Lo que sabemos de cierto es que, antes de la hora del alba del día 3 de Agosto de 1492, la oficialidad y tripulación de las tres carabelas, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, fueron procesionalmente á aquel convento para implorar los auxilios del cielo y ponerse bajo los auspicios de Nuestra Señora de los Milagros. Es un hecho que en dicho día Colón se confesó con el P. Fr. Juan Pérez, recibiendo el Pan de los ángeles en la Misa celebrada por éste, y que todos los demás alistados para hacer el viaje ultramarino siguieron su ejemplo, volviéndose después á Palos para dar el último adiós á sus parientes y amigos, de cuyos brazos difícil les fué el poderse arrancar. Tan grande era el espanto que les infundía la *mar tenebrosa*, que daban como por seguro que no volverían á verlos más.

Pero ¡oh bendita cuanto milagrosa Virgen de la Rábida! Vos, sin duda alguna, aceptasteis los votos de Colón y las plegarias de Fr. Juan Pérez, su mejor amigo; vuestros labios formularon una súplica, y el Omnipotente descorrió aquel velo en cuyos pliegues habíase hasta entonces ocultado un nuevo mundo. Bendita seáis, Señora, por siglos sempiternos, en el cielo, en la tierra y en el mar. Pueblos que fuísteis redimidos del pecado y de la muerte, celebrad la vida que os ha sido dada por la Virgen.

Vitam datam per Virginem
Gentes redempta plaudite.

DE TODAS PARTES

Honor al verdadero mérito.—Octavio Feuillet y los críticos franceses.—Opiniones de Janin, Saint Beuve, Zola, Daudet, Wolf, Houssaye, Lapommeraye, Claretie y otros.—Manuscrito precioso.—Monopolio de la linfa Koch.—Un triunfo para España.

Et. *Resumen*, con ser un periódico de tendencias nada favorables á los escritores católicos, ha publicado recientemente el retrato (por cierto no muy bien hecho) de nuestro insigne colaborador, eximio novelista, D. Manuel Polo y Peyrolón, y al retrato acompañan los siguientes párrafos, que con sumo gusto reproducimos:

«No es precisamente un niño, pero tampoco es tan viejo como su aspecto exterior pregona.

»Catedrático distinguido, filósofo notable, prosista correcto y elegante y poeta inspirado, Polo y Peyrolón goza de la estimación de todos, el cariño de muchos y el respecto de cuantos le conocen.

»En el Instituto Valenciano es una verdadera potencia, y su cátedra de Psicología, Lógica y Ética, verdadero modelo de lo que éstas deben ser.

»Es además bibliotecario del mismo Instituto, Comendador de Isabel la Católica, Socio de mérito de la Económica de Amigos del País de Alicante, correspondiente de la Real Academia de la Historia, individuo de la Academia romana de Santo Tomás de Aquino, de la francesa de Mont-Real, de la Comisión de monumentos históricos y artísticos de la provincia de Valencia, etc., y recientemente ha sido condecorado por León XIII con la cruz «Pro Ecclesia et Pontifice».

«Respecto á su vida literaria, conocidos son sus libros y folletos, prescindiendo de la multitud de artículos que llenan las columnas de las revistas y periódicos católicos.

»Todas sus obras han sido premiadas con medallas de plata en la Exposición regional Valenciana de 1883, de primera clase en la Aragonesa de 1886, y de oro en la Universal de 1886, habiendo merecido además elogios oficiales del Consejo de Instrucción pública y de la Real Academia Española y premios honorosísimos de otras corporaciones científicas y literarias. Muchos de estos escritos se han traducido y publicado en portugés, francés, italiano y alemán.

»Larga sería la tarea de relatar sus obras. Entre ellas figuran las tituladas *Costumbres populares de la Sierra de Albarracín*, *Los Mayos*, *Sacramento y concubinato*, *Solita*, *Borrones ejemplares*, *Bocetos de brocha gorda*, *Guía de Tierra Santa y relato de la primera peregrinación general española á los Santos Lugares en Octubre de 1881*, *Por París á Suiza*, *Vida de León XIII*, *Supuesto parentesco entre el hombre y el mono*, *Apología científica de la fe cristiana*, *Elementos de Psicología*, *Elementos de Lógica*, *Elementos de Ética*, *Compendio de Psicología*, *Lógica y Filosofía moral*, *Programa y cuadros sinópticos de Psicología*, *Lógica y Filosofía moral*, *Falsedad del origen semiano atribuído al hombre*, *Elogio de Santo Tomás de Aquino*, *El cristianismo y la civilización*, *Apostolado de la mujer en las sociedades modernas*, *Místicos amores de Santa Teresa de Jesús*, *Elogio biográfico del Papa León XIII*. *De la verdadera forma primitiva y actual del Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo*, *El naturalismo en la novela*, *Ignorancia religiosa é idolatría científica de los enemigos del catolicismo*, y *Quien mal anda, ¿cómo acaba?*, etc., etc.

»Polo y Peyrolón figura en la línea primera de los escritores católicos.»

Y por estos párrafos verán nuestros jóvenes escritores católicos cómo el verdadero mérito se impone, más tarde ó más temprano, á los mismos adversarios. No se necesita ser impío para que los mismos impíos, ó favorecedores de los impíos, tengan que rendirse á la evidencia y proclamar en alta voz las excelencias del ingenio agudo y perseverante. Tiempo era ya que Polo y Peyrolón fuese conocido aun del público anticatólico, siendo, como es, uno de los primeros escritores españoles contemporáneos.

***

Los principales periódicos de París han dedicado en estos pasados días la mayor parte de sus columnas á la persona y los escritos del insigne literato que ha acabado de vivir al terminar el año 1890.

Rebosan pormenores, particularidades y anécdotas los artículos consagrados á Feuillet; tratan de su vida en la quinta *des Palliers*, en Saint-Lo, su pueblo natal, donde pasaba los veranos conversando con los amigos, componiendo charadas y escribiendo novelas y comedias, que representaban entre ellos, y en lo que desplegaba su ingenio;—de la linda pieza, estilo Luis XV, *Los retratos de la marquesa*, escrita por encargo especial de la Emperatriz Eugenia, que, por única vez en su vida, trabajó como actriz en el teatro palaciego de Compiegne;—de su vida en Versalles, donde se instaló en 1886, huyendo del bullicio de París, y que dejó dos años más tarde por la gran capital, después de haber experimentado el pesar más terrible de su existencia: la muerte de uno de sus dos hijos en plena juventud;—de sus temporadas estivales en Clarens, á orillas del lago de Ginebra;—de su aversión á los ferrocarriles, que le hizo llegar á los cuarenta y cinco años sin haber ido jamás en un tren;—de su extremada sensibilidad, nerviosidad y susceptibilidad;—de sus aficiones de siempre á lo culto, elegante, fino y suave.

Pero, aparte de estos detalles, relativos á la vida del hombre, ofrece particular interés, por lo que el modo de ser literario de Feuillet se ha discutido, conocer la opinión de la crítica francesa tocante al escritor recientemente fallecido. É interesa, no sólo en aquel país, sino en el nuestro, donde, desde Doña Emilia Pardo Bazán en vida hasta *El Imparcial* en muerte, han tenido á empeño considerar como autor de segundo orden, convencional, artificioso y punto menos que afeminado á Octavio Feuillet.

Un periódico que le profesó siempre particular estimación, *Le Gaulois*, ha tenido la oportuna idea de consultar á los principales escritores críticos del día acerca del valor literario de Feuillet, después de exhumar los juicios de los críticos de otros tiempos, de aquellos en que el autor de *Chamillac* hacía sus primeras armas en el teatro y en el libro.

A propósito del estreno de *La novela de un joven pobre*, decía Jules Janin:

«El autor es un ingenio que centellea y lanza á su paso millares de chispas, sin deliberación y sin esfuerzo; por el contrario, con mucha naturalidad y donaire.

Es un escritor sólido y bueno que á nadie copia, y que es él, y nadie más..... »

—«Y además, ¡tanta piedad, tanto interés, tanta curiosidad, sonrisa tan encantadora, y á veces tan dulces lágrimas! ¿Qué más queréis y qué queréis mejor? La representación de *Montjoie* sugirió también al gran maestro de la crítica calurosas alabanzas.»

Otro crítico magistral, Saint-Beuve, habla igualmente con mucho elogio de Feuillet y de sus novelas, que las damas de la sociedad más selecta se disputaban como una especie de contraveneno, y de las que parecía como que decían: «Tomad; he aquí uno de los libros que se pueden leer.»

Paul de Saint-Victor, por último, lo retrató así:

"Es un espíritu distinguido y ático; un enviado de Atenas á los parisienses: no le pidáis la fuerza: el os cautivará por la gracia.»

Pero vamos á los jueces del día: Zola se ha expresado en estos términos:

«He conservado siempre cierta admiración hacia el talento de Octavio Feuillet.—No titubeo en proclamar á *M. de Camors* como un libro de gran fuerza *(très fort)*.—De cuantos novelistas ha tenido el idealismo, Octavio Feuillet es el único que permanece en pie y que subsistirá en lo porvenir, si los literatos no tuviesen, como los libros, su predestinación.»

Alfonso Daudet, que considera la muerte de Feuillet "como un luto para las letras francesas", ha referido que, cuando niño, *Dalila* y *Redención*



D. JOSÉ AMALIO MUÑOZ,
Fundador de La Ilustración Católica.

le fascinaron como páginas de Musset; que ha considerado siempre á *M. de Camors* como una novela muy hermosa, y á *Montjoie* como un drama muy conmovedor, y que Feuillet, «aunque no padecía el mal de estilo del que mueren algunos de nosotros, envolvía su frase, como su persona, de una seducción y un hechizo aristocráticos.»

«¿Quién se atreverá á disputar la fuerza de la concepción y la energía de estilo—ha manifestado Alberto Wolff—al hombre sin par que en la novela ha escrito el libro admirable de *M. de Camors*, el cuento *Julia de Trecoeur*, una obra maestra en pequeño, y en *Montjoie* ha planteado en la escena los más hondos problemas filosóficos?»

«Octavio Feuillet—ha dicho Arsene Houssaye con linda frase—un matrimonio de razón entre lo ideal y lo real, bajo la gasa discreta del sentimiento.

«Han dicho algunos que su teatro era una ilusión; mas, por ventura, el teatro, ¿es otra cosa que la verdad por la ilusión, ó la ilusión por la verdad? Lo que no es ilusión es el éxisto de Octavio Feuillet en el teatro y en la novela. Supo conservar un público selecto mediante una cualidad de la que hoy se mofan: el encanto.»

Lapommeraye opina que Feuillet tenía aún más talento del que demostraba, y que muchas veces el «Musset de las familias» era un verdadero Musset.

Para Ganderax es uno de los escritores franceses «más elegantes, mas puros y mas elevados», y Jules Clarettie, al saber la noticia de su muerte, se ha expresado de este modo:

«Saludemos aquel talento flexible y profundo, potentísimo bajo sus encantos, viril con gracias femeninas, seductor sutil, dramático magistral.» Este *Exquisito*, he aquí el vocablo que pinta este correctísimo literato, este maestro en el arte de escribir, este delicado, este *gentleman*, cuya pérdida es un duelo desconsolador para los que lo han querido, para el público que le guardó fidelidad, para las letras francesas, que sirvió gloriosamente y que noblemente ilustró.»

¿Bastan, ó no, semejantes epitafios para grabar la inmortalidad literaria en el sepulcro de Octavio Feuillet?

***

Una persona se ha presentado al Director del Observatorio Astronómico de Madrid, ofreciéndole una obra rarísima.

Es un manuscrito del propio marqués de Villena, tratando de astronomía y astrología.

Por esta rareza pide su actual poseedor 5.000 duros.

***

El proyecto de ley creando el monopolio de la linfa Koch, será presentado á las Cámaras prusianas dentro de pocos días.

Comprende la creación del monopolio: la de un establecimiento único donde se fabricará y se venderá la linfa, y de un Instituto de estudios bacteriológicos.

También fija la dotación que ha de darse á Koch.

***

Un español ilustre, el General Ibáñez, ha obtenido el gran premio Poncelet, de la Academia de Ciencias de París, destinado á recompensar la obra más útil al progreso de las ciencias matemáticas puras ó aplicadas. Esta honrosísima recompensa ha sido otorgada al General Ibáñez, que tenía muchos competidores, por sus grandes trabajos de triangulación.

X.

ALBUM DE POESÍAS

¡PARA SIEMPRE!

Todo en tranquila soledad reposa
En el ancho jardín de la abadía,
Á la luz apacible y misteriosa
Que irradia el cielo al declinar el día.

—

El céfiro del alba susurrante,
De la tarde á los últimos fulgores
Se levanta de nuevo refrescante
De su lecho de céspedes y flores;

—

Mas ni al pasar los árboles agita,
Ni la calma interrumpe con su vuelo:
Todo es quietud en la mansión bendita
Donde moran las hijas del Carmelo.

—

Todo calla en el huerto solitario
De claustros ojivales circuído,
Que limita el vetusto campanario
Por la mano del tiempo ennegrecido.....

—



EL INVIERNO.

Hermosa como el astro que fulgura
Cuando mueren del sol los resplandores,
Una mujer esbelta, blanca y pura
Contempla absorta las pintadas flores.

—

Junto al pilar marmóreo recostada
Con aire abandonado é indolente,
Quizá en graves ideas abismada,
Inclina al suelo la abatida frente.

—

Y hace más ideal y más hermosa
Su expresión de sin par melancolía,
La media tinta pálida y dudosa
De la postrera claridad del día.

—

Es la virgen prudente y candorosa
Que acaba de vestir el tosco velo,
Para emprender la senda fatigosa
De amor y de humildad que lleva al Cielo.

—

Es la tórtola tímida y cobarde
Que por huir del cazador temido,
Antes que tienda su crespón la tarde
Se acoge al casto y solitario nido.

—

Es la gentil gacela del desierto
Que del bullicio mundanal se ausenta;
La nave sin timón que busca el puerto
Huyendo del furor de la tormenta.....

—

Cual si cruzase su turbada mente
Una idea importuna y enojosa,
Pálida está su nacarada frente,
Triste la luz de su mirada hermosa.

—

—¡Para siempre.....! murmura, y es su acento
Rumor de lluvia que los campos riega;
Suave como la música del viento
Que en los floridos tomillares juega.

—

— ¡Para siempre....! repite, y de sus ojos
Lenta y furtiva lágrima resbala,
Y de sus labios húmedos y rojos
Hondo suspiro de dolor se exhala.

—

¿Qué sombríos recuerdos inundaron
Su dulce faz de súbita tristeza?
¿Qué visiones fatídicas velaron
De su mirar la virginal limpieza?

—

Acaso remembranzas de otros días
Que acuden en tropel á su memoria;
Acaso de sus muertas alegrías
La ya lejana cuanto dulce historia.

—

El rumor de sus fiestas mundanales
Por la postrera vez acaso evoca,
Al vestir hoy los ásperos sayales,
Los negros velos y la blanca toca.

—

Quizá en su santa vocación vacila,
Y está su pobre espíritu dudoso,
Como la luz de lámpara que oscila
Movida por el viento impetuoso.

—

Quizá vió á la parlera golondrina
Libre tender el atrevido vuelo,
Y envidió á la incansable peregrina
Que cruza errante la extensión del cielo.

—

Teme tal vez que en día no lejano,
De la bendita soledad hastiada,
Venga un deseo de placer mundano
Á manchar su existencia inmaculada.

—

Teme tal vez que cual vestal perjura
Irrite al Cielo con culpables quejas
Por la perdida terrenal ventura
De que la apartan las dobladas rejas.....

—

¡Oh, virgen de Sión! ¿por qué suspiras?
¿Por qué entornas los ojos celestiales?
¿Por qué en silencio y con tristeza miras
Las flores del jardín de las vestales?

—

¿Sientes perder en soledad amarga
Los deleites que ayer has despreciado,
Ó miras ya como insufrible carga
La cruz que libremente has abrazado?

—

No escuches las palabras lisonjeras
Que te dirige el tentador artero:
¡Ay! ¡qué fuera de ti si atrás volvieras
Sin celebrar las bodas del Cordero!

—

Desecha esas ideas tan mezquinas,
No llores más los bienes que has perdido:
Que hay más felicidad que tú imaginas
En servir al Señor que has elegido.

—

Pasadas estas horas de tristeza,
Brillarán para ti días mejores:
Que el camino del bien, cuando se empieza,
Sembrado está de abrojos, no de flores.

—

Tiempo vendrá en que sola y escondida
Serán tu paraíso estos jardines,
Y has de querer mejor perder la vida
Que abandonar sus plácidos confines.

—

Y hallarás su recinto solitario
De bendiciones y de encantos lleno,
Sin más mundo que el coro y el santuario,
La estrecha celda y el verjel ameno.

—

Y aquí vendrá el Esposo enamorado
Á llamar por las noches á tu puerta,
Y con acento dulce y fatigado
Dirá á tu tibio corazón: — ¡Despierta!

—

¡Apresúrate y ven, hermosa mía!
Que ya rompen las flores su capullo;
Ya pasó la estación lluviosa y fría,
Y se oyó de la tórtola el arrullo. —

—

Y si de sus palabras al sonido
Despertases por fin de tu letargo
Y vieras al Esposo que ofendido
Cansado de esperar pasó de largo;

—

Correrás en su busca presurosa,
Y pidiendo perdón de tu desvío
Enjugarás con mano cariñosa
Sus cabellos cubiertos de rocío.

—

Y serás en amarle tan constante,
Que nunca más, de noche ni de día,
Querrás perder del celestial amante
La dulce y suspirada compañía.

—

Y á la sombra del tilo y del granado,
En las tardes templadas y serenas,
Sestearás aquí con el Amado
Que apacienta entre lirios y azucenas.

—

Reposarás hasta que el sol decline
Su roja faz tras las floridas lomas,
Y el crepúsculo vago se avecine
Y se extiendan del huerto los aromas.

—

En frases de entusiasmo delirantes
Celebrarás las gracias del Esposo,
Más gentil que los cedros arrogantes,
Más que los hijos de Sión hermoso.

—

Y Él mirará los límpidos destellos
De tus serenos ojos de paloma,
Que hará el amor purísimos y bellos,
Como la luz que en el Oriente asoma.

—

Te alargará su diestra omnipotente,
Te llamará su esposa inmaculada,
Hacecito de mirra bien oliente,
Paloma de Hesebón, fuente sellada.

—

Revelará á tu espíritu adormido,
En éxtasis que el ánimo embelesa,
Misterios de ese amor desconocido
Que embriagó á la seráfica Teresa.

—

Derramará en tu pecho enamorado
Tal torrente de mística dulzura,
Que ha de hacer que ese espíritu angustiado
Desfallezca de gozo y de ventura.

—

Y aquí, lejos del mundo y del bullicio,
Te hará tan deliciosa esta vivienda,
Que has de juzgar tu heróico sacrificio
Para pagar su amor, mezquina ofrenda.

—

Hora aleja esos tristes pensamientos
Que de tu alma la paz han alterado;
Arroja ya dispersas á los vientos
Importunas memorias del pasado.

—

Llama á la Fe que en tu socorro acuda,
Pobre nave del cierzo combatida,
Que en el mar proceloso de la duda
Sin velas ni timón bogas perdida.

—

No quieras, simplecilla mariposa,
Buscar más luz para ostentar tus galas:
Que la llama, aunque bella, es engañosa
Y ha de quemarte las lucientes alas.

—

Cediendo á peligrosas tentaciones,
No dejes que atrevido pensamiento
Te lleve á recorrer otras regiones
Más allá de los muros del convento.

—

¿Qué has dejado allí tú, blanca paloma?
¿Qué es lo que el mundo á tu mirada ofrece....?
Las flores del placer tienen su aroma
Que al quererlo aspirar se desvanece.

—

Al traspasar del claustro los umbrales
Tomaste lo mejor de la existencia:
Que un siglo de venturas terrenales
No vale lo que un día de inocencia.

—

¡Feliz quién como tú no ha conocido
Del mundo las bastardas ambiciones,
Y rugir en su pecho no ha sentido
El hirviente volcán de las pasiones!

—

Da gracias á ese Dios que te ha guardado
Tras el cancel de sus macizas rejas;
Que por su inmenso amor no te ha dejado
Naufragar en el mar de que te alejas.

—

No pienses más en el placer mezquino
Que pudiera brindarte el suelo impuro,
Tú que has dado ya un paso en el camino
Que ha de llevarte al inmortal seguro.

CAROLINA VALENCIA.

FERROCARRIL DEL MERIDIANO

Nuestros lectores no ignorarán que se denomina así la vía férrea proyectada entre Madrid y Santander, pasando por Burgos; siendo muy apropiada la denominación con que se la conoce, porque, en efecto, seguría, en caso de construirse, el curso del Meridiano de Madrid, sin más desviaciones que las estrictamente indispensables para salvar los desniveles del terreno y las que haga precisas la pequeña distancia que media entre los meridianos de Madrid y Santander, ó sea, hablando en términos geográficos, la diferencia de longitud entre ambas capitales.

Hace ya algunos años que los santanderinos vienen acariciando la idea de ese ferrocarril, que les sugirió el deseo de emanciparse de la Compañía del Norte y de activar sus relaciones mercantiles con el centro de España y las comarcas productoras que se dilatan hacia el Norte y hacia el Mediodía de la sierra de Guadarrama. Tan excelente proyecto tropezó, apenas nacido, con la falta ó escasez de dinero, achaque muy común de nuestra querida patria cuando se trata de empresas de alguna monta, sobre todo si esas empresas tienen un fin meramente industrial; pero resueltos aquellos activos montañeses á no abandonar una idea cuya realización ha de abrir abundantes fuentes de prosperidad para su país, constituyeron un sindicato que se encargara de velar por el proyecto y de buscar recursos con que llevarlo á cabo.

Divulgada la idea en alas del alborozo que despertó entre los pueblos interesados, hubo, como es de suponer, de alarmarse la Compañía del Norte, que vió desertar el tráfico de sus líneas férreas á la del meridiano, independiente y rival de ellas, no siendo de extrañar que, en defensa de sus intereses amenazados, procure suscitar dificultades á la realización de la nueva línea directa entre las costas cantábricas y la capital de España. De donde resulta que los santanderinos tienen que luchar con dos enemigos de consideración: la escasez de fondos y la rivalidad de la Compañía del Norte. No nos proponemos tratar aquí este asunto desde el punto de vista de los intereses privativos de ninguna empresa, sino desde el punto de vista del interés nacional, ó de los intereses generales, como dicen otros, y desde nuestro punto de vista confesamos que el proyecto de vía directa entre Madrid y Santander merece todas nuestras simpatías, y que hacemos fervientes votos para que se construya y ponga en explotación cuanto antes.

No deseamos, ciertamente, que se arruine ninguna empresa; ¿cómo hemos de desearlo? La ruina de una empresa; particular, no trae consigo la ruina de la nación ó del país en que opera, pero sí le ocasiona un quebranto: los intereses generales prosperan ó decaen según que prosperan ó decaen los intereses particulares, y por eso quisiéramos ver siempre prósperas y boyantes las empresas mercantiles: industriales y mixtas que en España funcionan. Pero debemos distinguir entre los intereses de una empresa y la codicia de esa misma empresa, debe transigirse con aquéllos, mas de ningún modo con ésta.

Demos por supuesto, que no es poco suponer, que la Compañía del Norte vea disminuir los ingresos en sus cajas á consecuencia de la construcción del ferrocarril del meridiano. ¿Será eso motivo para que lamentemos la construcción de esa línea y procuremos impedirla? No. Una cosa es que la Compañía del Norte obtenga en lo sucesivo menos ganancias; otra cosa es que deje de obtener ganancia alguna, lo cual, ni conviene á la Compañía, ni á los intereses generales del país.

Supongamos, por ejemplo, que hoy esa Compañía obtiene ganancias como sesenta, y que mañana las dos Compañías obtienen, entre las dos, ganancias como ciento, correspondiendo cincuenta á cada una: la Compañía del Norte habrá perdido ganancias como diez, pero el país en general habrá obtenido ganancias como cuarenta.

Precisamente porque esperamos que el país resultará en gran manera beneficiado con la línea directa proyectada por los santanderinos, es por lo que rompemos una lanza en favor de esa línea y por lo que desearíamos persuadir á cuantos pueden que prestasen á la realización de esta obra todas las facilidades imaginables, y que dejasen de entorpecerla aquellos que, por un interés acaso mal comprendido, la combaten.

Un país sin vías de comunicación, sería como el cuerpo humano sin nervios, un semicadáver; y si España es esta España que hoy contemplamos, esta España que arrastra lánguida vida entre los desdenes de Europa, débese en gran parte á que carecemos, cual ninguna otra nación europea, de carreteras y ferrocarriles, de tal suerte, que los pocos que poseemos pertenecen en su casi totalidad á compañías extranjeras. España escasea de ferrocarriles porque es pobre, y es pobre porque escasea de ferrocarriles: todo cuanto nos conduzca á romper este círculo vicioso, debe merecer nuestro aplauso y nuestro apoyo, grande ó chico.

Según una estadística de 31 de Diciembre de 1887, los ferrocarriles de las principales naciones de Europa tenían respectivamente los kilómetros siguientes:

Alemania	39.570
Francia	34.234
Inglaterra	31.698
Rusia	28.518
Austria	24.708
Italia	11.616
España	9.492

Cierto es que en fin del año 1888 se computaron en España 14.937 kilómetros, 9.583 de ellos en explotación, 3.874 en construcción y 1.480 en comprobación; pero así y todo, ¿qué son 14.937 kilómetros para un país de la extensión que el nuestro? Francia es muy poco mayor que España, y, sin embargo, tiene más del doble de ferrocarriles que nosotros, sin contar los que haya construído desde 1887 hasta la fecha.

Es incalculable lo que habrá progresado y prosperado España el día en que las locomotoras recorran las líneas, en proyecto y en construcción, de Astorga á Plasencia, de Bobadilla á Algeciras, de Jaén á Granada y al Mediterráneo, de Linares á Almería, de Murcia á Granada, de Calatayud á Teruel y Sagunto, de Valladolid á Calatayud, la de Canfranc, la del Noguera-Pallaresa, la directa de Barcelona á Madrid, y la de Madrid á Santander ó del Meridiano.

La suma de actividades que un ferrocarril despierta, desarrolla y multiplica es innumerable, y no sólo contribuye de un modo directo á desestancar riquezas hasta el presente baldías é inútiles, sino que beneficia la riqueza circulante, con el ahorro de tiempo y de gastos que sin él son indispensables. Mueve las industrias directa é indirectamente, porque ya él de por sí es un producto de la industria que supone muchas industrias concadenadas, y porque facilita el transporte de mercaderías que de otro modo no hallarían consumo.

En el ferrocarril del Meridiano se hallan interesados, no sólo los santanderinos, sino los burgaleses y los madrileños; y si es cierto que ya se han encontrado capitales para llevara delante esa obra de tanta trascendencia, á las Diputaciones de las tres provincias corresponde singularmente remover cuantos obstáculos surjan para desbaratar el proyecto, sean del genero que fueren.

La estación en Madrid de este nuevo ferrocarril está destinada á emplazarse entre el Hipódromo y el paseo de Santa Engracia. Y ¿no ha de ganar Madrid con una estación ferroviaria del alcance de ésta en los confines del paseo de la Castellana? Y ¿no ha de ganar la provincia con una vía férrea que la cruce de Sur á Norte, poniendo en mutua y rápida comunicación las numerosas poblaciones que pululan hasta las gargantas del Guadarrama, y que seguramente saldrán de su inveterado marasmo con el trajín de las locomotoras, á la manera que han salido otras poblaciones de la misma provincia, entre ellas San Lorenzo, Getafe y Aranjuez?

No anda sobrada la provincia de Madrid de caminos, y son dignos de mejor suerte los habitantes que pueblan el territorio septentrional de la misma. Son pueblos laboriosos, que tiene maniatados la falta de comunicaciones y la enorme barrera del Guadarrama. Hora es ya de que entren en una era de movimiento, en un nuevo género de vida más fecundo en beneficiosos resultados, y para ello se hace imperiosamente preciso que la Diputación provincial de Madrid secunde los esfuerzos de las de Burgos y Santander en pro del ferrocarril del Meridiano.

F. AGUILAR Y BIOSCA.

LA ELECTRICIDAD

(APUNTES DE ACTUALIDAD)

Ha establecido la Dirección general de Correos y Telégrafos de Francia en París un nuevo medio de correspondencia rápida, ó sea la remisión á domicilio de comunicaciones urgentes dirigidas por las líneas telefónicas. Este nuevo servicio, llamado despachos telefónicos, fué inaugurado el 3 de Noviembre, extendiéndose por ahora á ocho estafetas, de las que reciben también telegramas en la parte de la ciudad comprendida entre el Sena y los boulevares, que es la de más movimiento comercial. Todo abonado desde su propia casa, y cualquier persona desde una estación telefónica, podrá telefonear á una de las otras siete estaciones, y el despacho será inmediatamente llevado al domicilio que en las señas se designe. La tasa es de 50 céntimos, y el número de palabras no debe de pasar de cien.

Parece que la electricidad, según leemos en un periódico francés, puede hacer concurrencia al Doctor Koch en la curación de la tuberculosis; pues según un químico de Viena, el *bacyllus virgula* no resiste los vapores de ácido cianhídrico que se respira en los talleres de dorado y plateado por medio de las pilas, y por lo tanto estos establecimientos reemplazarían con ventaja los establos parisienses, adonde los enfermos de aquella enfermedad van á respirar las cálidas emanaciones que pasan á través de menudas virutas de tablas de pino. Es lástima que el químico vienés no haya dado á conocer sus observaciones hasta después de haber descubierto el Dr. Koch su nueva medicación. Por lo demás, no es la electricidad, sino los vapores de ácido cianhídrico los que ejercen su acción en los tuberculosos, y no nos extraña, porque la medicina emplea hace muchos años el ácido cianhídrico sumamente diluído (pues es el veneno más enérgico) para la curación de las enfermedades del pecho.

El régimen aduanero y las industrias eléctricas.

Después de algunos años de expansión librecambista, que no ha producido el bienestar general de los pueblos de Europa ni de América, corrientes de proteccionismo se acentúan al acercarse la renovación de los tratados de comercio entre varias de las naciones de aquellas dos regiones. La iniciativa ha partido de los Estados Unidos, y ya se siente repercutir en Europa, como consecuencia de ese flujo y reflujo en busca de la prosperidad general, cuyo problema tiene el grave defecto de su inconstancia é instabilidad, por el gran número de causas que contribuyen á su escasa duración é ineficacia.

La industria francesa se apresta á la defensa, y con objeto de dar á conocer el estado de las eléctricas en el país vecino, y su temor á la competencia, presentamos á nuestros lectores algunos datos generales de un informe presentado por el Vicepresidente de la Cámara sindical de las industrias eléctricas á la Comisión de reforma de tarifas aduaneras. Debiéndose denunciar los tratados en 1892, la industria francesa, que siente ya la competencia de la belga, alemana y suiza, solicita derechos protectores para las eléctricas, de importancia secundaria en Francia cuando en 1881 se firmaron los actuales tratados.

En aquella época, dice el informe, «las aplicaciones del alumbrado eléctrico eran muy reducidas; la Telefonía empezaba su desenvolvimiento,» y puede decirse que la tarifa general de Aduanas no señalaba derecho alguno á los aparatos é instrumentos de esta ciencia.

Cinco años después, y en vista de los rápidos progresos de dicha industria, se reformó aquella clasificación. Las máquinas magneto ó dinamo-eléctricas que pesaron más de 30 kilogramos y clasificadas como «máquinas sin denominación» pagaron un derecho de 6 francos por 100 kilogramos; los accesorios para alumbrado eléctrico, tales como conmutadores, lámparas de arco, que se clasificaron entre los objetos de cobre, pagan un derecho de 20 francos por 100 kilogramos.

Las lámparas incandescentes se clasificaron como objetos de cristal, y están sujetas á un derecho de 18 francos los 100 kilogramos.

Tal es la situación en que se hallan las industrias eléctricas en Francia desde 1886. La Cámara sindical cree que no corresponde ni á las exigencias de la mano de obra, ni á la concurrencia que le hacen los países limítrofes. Aquéllas ocupan en Francia á más de cuatro mil obreros, y representan una producción anual de más de 30 millones de francos, por lo que sus intereses merecen se tengan muy en consideración, pues que vienen sosteniendo desde hace tres ó cuatro años una lucha constante con la fabricación extranjera.

De los datos que inserta el referido informe, resulta que el precio de las primeras materias empleadas por las industrias eléctricas francesas es superior en un 10 por 100 al que tienen en Bélgica, Alemania y Suiza; que la mano de obra es también un 50 por 100 más cara en Francia que en Bélgica; de un 40 á 100 por 100 más que en Alemania, según las provincias, y de un 100 por 100 más cara que en Suiza. Un derecho protector *ad valorem* se impone necesariamente.

M. BUSTOS.

CARTA PASTORAL

DEL

EXCMO. SR. OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

(Continuación.)

Y últimamente, mandó á los Seminaristas que con ese objeto ayunasen el miércoles, viernes y sábado de la semana inmediata después de la publicación de sus Letras Apostólicas, y que el domingo siguiente se acercasen á recibir los Sacramentos de la Penitencia y Comunión, para que de ese modo los Seminaristas de todas las naciones del mundo católico fuesen el escudo y defensa de la Religión [1].

Ante esa perseverante solicitud y oficial llamamiento de los Romanos Pontífices en favor de la institución de los Seminarios, principió un movimiento extraordinario para instalar éstos en todas las Diócesis. La obra era grandiosa, y aunque su ejecución ofrecía graves dificultades, se vencieron éstas sin dilación y con la urgencia que exigían las circunstancias en que se hallaba la Iglesia. Era espantosa la perturbación religiosa y social causada por el apóstata Lutero, y no podían verse sin horror los escándalos públicos que daban los sectarios de la herejía y del cisma. Era urgentísimo poner re-

[1] Bull., Rom. t. v, par. I, pág. 366.

medio á males de tanta magnitud, y San Ignacio de Loyola, que con mirada perspicaz había comprendido la índole del corazón humano y el estado de aquella sociedad, no cesaba de predicar que el medio seguro y eficaz de restablecer el orden y de combatir los atrevimientos y soberbias pretensiones de los herejes era mejorar los estudios y la educación del Clero.

El santo fundador de la Compañía de Jesús, una de las glorias más legítimas y más grandes de nuestra España, llevaba gran intimidad con el Cardenal Reginaldo Polo, cuya influencia y talento se habían hecho ya notorios en Inglaterra durante el tiempo que allí gobernó el Arzobispado de Cantorbery y desempeñó el cargo de Legado apostólico; persuadió á tan insigne purpurado de la bondad y utilidad de modificar y ampliar el método de enseñanza eclesiástica, y justificaba ese cambio con los felices resultados alcanzados en el *Colegio germánico*, fundado por el santo Patriarca antes del decreto conciliar sobre Seminarios. Esa misma variación estaba también justificada por los frutos abundantísimos que dió la escuela clerical, fundada en Florencia por el Papa Eugenio IV el año 1435, y por otros colegios que, Prelados muy ilustres de aquella época, habían fundado y reglamentado en forma distinta de la que tenían las antiguas escuelas clericales, y la suma de todos esos ensayos hechos con éxito favorable, y las continuas conferencias habidas por hombres experimentados en la enseñanza, sirvieron de provechosos precedentes, que apreciados en todo su valor por la sabiduría de los Padres de Trento, dieron ocasión para que el Santo Concilio ecuménico allí celebrado, asistido de las luces del Espíritu Santo, pronunciara su trascendental decreto, mandando erigir en todas las Diócesis los Seminarios Conciliares, y prescribiendo las reglas á que en los mismos debía sujetarse la enseñanza eclesiástica.

(Continuará.)

Los empleados de las oficinas centrales del Banco de España, competentemente autorizados para ello hacen saber que están dispuestos á entregar la cantidad de cinco mil pesetas de su propio peculio á la persona que denuncie, con suficientes pruebas, quién ó quiénes hayan sido los autores de la estafa de 124.500 pesetas, cometida el día 1.º de Diciembre próximo pasado al mismo Banco de España por medio de un talón de cuenta corriente firmado por D. Manuel Martínez.

Los empleados quedarán, además, reconocidos al denunciante y depositarán la expresada suma tan pronto como sea conocida la denuncia justificada, la cual se puede presentar en el Juzgado que entiende en la causa criminal, ó en la Secretaría del Banco.

CORRESPONDENCIA CON LOS SUSCRIPTORES

Valdeloguna. — C. G. — Recibida libranza.
Tuy. — F. C. — Idem íd.
Vitoria. — J. H. — Idem íd.
Sanlúcar de Barrameda. — M. M. — Idem íd.
Plasencia. — J. M. B. — Idem íd.
Granada. — F. C. C. — Idem íd.
Zamora. — E. de C. — Idem íd.
Ciudadela de Menorca. — R. del S. — Idem íd.
Alcalá la Real. — Casino. — Idem íd.
Cartagena. — Círculo Católico. — Idem íd.
Briviesca. — A. F. V. — Idem íd.
Santiago. — J. F. — Idem íd.
Mahon. — P. P. y O. — Idem íd.
Pamplona. — R. B. — Idem íd.
Astorga. —S. V. — Idem íd.
Córdoba. — C. P. — Idem íd.
Valencia. — J. R. Q. — Idem íd.
Gerona. — A. P. — Idem íd.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huerfanos, Juan Bravo, 5 — Teléfono 2.198.

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiherpética, antiescrofulosa, antisifilítica y reconstituyente.

Es la *única* agua que produce los saludables resultados que todos conocen, pues su uso general y constante durante *treinta años* así lo demuestra

No *confundir* la botella de **La Margarita** con la de otra agua que la ha *imitado* para que el público la confunda con aquélla. En competencia **La Margarita** con *todas* las similares, ó que pretenden producir iguales y aun *mejores resultados*, fué declarada *la primera* en la Exposición internacional de Niza, obteniendo la primera distinción, ó sea el

Único gran diploma de honor.

Hecho el análisis por **M. Hardy,** químico ponente de la Academia de Medicina de París, fué declarada esta agua la mejor de su clase; y del minucioso análisis practicado durante seis meses por el reputado químico Doctor D. Manuel Sáenz Díez, acudiendo á los copiosos manantiales que nuevas obras han hecho aun más abundantes, resulta que **La Margarita de Loeches** es, *entre todas* las conocidas y que se anuncian al público, *la más rica* en sulfato sódico y magnésico, que son los más *poderosos purgantes*, y la *única* que contenga carbonato ferroso y magnésico, agentes medicinales de gran valor como *reconstituyentes*. Tienen las aguas de **La Margarita** *doble cantidad de gas carbónico* que las que pretenden ser similares, y es tal la proporción y combinación en que se hallan todos sus componentes, que las constituyen en un específico irreemplazable para las enfermedades herpéticas, escrofulosas y de la matriz, sífilis inveteradas, bazo, estómago, mesenterias, llagas, tosrs rebeldes y demás que expresa la etiqueta de las botellas que se expenden en todas las farmacias y droguerías, y en el Depósito central, Jardines, 15, bajo derecha, donde se dan datos y explicaciones. En el último año se han vendido

más de dos millones de purgas.

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.

Hay tambien completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaraz.

ACEITE de HOGG



de **HÍGADO FRESCO** de **BACALAO,** *NATURAL y MEDICINAL*

El mejor que existe puesto que ha obtenido *la más alta Recompensa* en la Exposicion Universal de Paris de 1889

Recetado desde **40 AÑOS** en Francia, en Inglaterra, en España, en Portugal, en el Brazil y en todas las Repúblicas Hispano-Americanas, por los **primeros médicos del mundo entero,** contra las **Enfermedades** del **Pecho, Tos, Personas debiles,** los **Niños raquíticos, Humores, Erupciones del cútis,** etc.

Es mucho mas activo que las *Emulsiones* que contienen mitad de agua, y que los *aceites blancos* de *Noruega*, cuya ebullicion les hace perder una gran parte de sus propiedades curativas.

Se vende solamente en frascos **TRIANGULARES.**— Exíjase sobre la etiqueta el SELLO AZUL del **Estado Francés**

Solo Propietario: **HOGG,** 2, rue Castiglione, PARIS, y en todas las Farmacias.

Academia de segunda enseñanza.

Leganitos, 10, segundo derecha.

Clases de Religión y Moral, Latín, Retórica y Psicología, por un señor Presbítero, Doctor en Letras.
Clases de Derecho, por un Doctor.
Idem de Matemáticas, por un Subdirector de Comunicaciones.
Idem de Física y Química, por un Licenciado.
Idem de Francés é Inglés, por un Intérprete de Lenguas.

MELLERIO HERMANOS

3, Carrera de San Jerónimo, 3.

Unicos representantes en Madrid de la acreditada casa de orfebrería de los Sres. Christofle y Compañía, de Paris.

Premiados con diploma de medalla de oro en la Exposición Vaticana.

OBJETOS DE IGLESIA

É IMÁGENES DE CARTÓN PIEDRA, PASTA DE MADERA Y ESCULTURA

Hay á **2,50** pesetas reproducciones en metal del crucifijo ejecutado para Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo.

GRANJA DEL ATANOR

Calle de Moreno Nieto, 1, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)

MADRID

ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS

Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8

Estamperia, grabados, oleografías, *Vía-Crucis*, sacras, fotografías, etc.

IMÁGENES TALLA

Se hacen de encargo y con esmero en la ejecución.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. NÚMERO 2.—Madrid 31 de Enero de 1891. NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 pe. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 31 fr.
Un año..... 61 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pe. fs.
Un año..... 7 »

MONUMENTOS RELIGIOSOS



LA CATEDRAL DE MANILA.

SUMARIO

Texto.

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por don Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. V.—*La casa de ti* (escena japonesa), por D. Pedro Vargas.—*Los guerlatas: El puesto del cafre*, por A. Pérez Nieva, con ilustraciones de Butler.—*Cuestiones económicas: La reforma arancelaria*, por D. Francisco Aguilar y Blanca.—*Album de poesías: El triunfo del Ave María*, por el Padre Jiménez Campaña.—*A vuela pluma: Teatros*, por Mistgris.—*Las cantinas de Paterna*, por J. Lozano.—*Pastoral del Ilustrísimo Sr. Obispo de Madrid-Alcalá* (continuación).

Grabados.

La Catedral de Manila.—Rdo. P. Jiménez Campaña.—Alicante: Paseo de los Mártires.—D. Manuel Alonso Martínez.—La Misa en la Aldea.—Castillo de Fechidony.—El Cairo: La ciudad vieja.—Ilustraciones de Butler á un artículo de Pérez Nieva.—D. José Valero, actor dramático.

LA QUINCENA

¿Quién habla de otra cosa que de las elecciones? Las elecciones se imponen. Por arriba y por abajo, por el frente y por los flancos, no se oye mas que esto: *Yo quiero ser diputado.*

Por Madrid circulan innumerables candidaturas. Hay una muy simpática para todos los católicos: la del Sr. Marqués de Cubas.

Si el Marqués de Cubas no sale por Madrid, ¿quién va á salir? Esto preguntan muchos. Madrid debe al Sr. Marqués inmensos beneficios, obras monumentales de arte, y otras obras que aún valen más que las de arte: las de caridad.

Votar al Marqués de Cubas en las próximas elecciones es honrarse á sí mismo, es honrar á Madrid, y manifestar al Marqués algo de la gratitud que le debemos todos los católicos y todos los madrileños.

Electores de Madrid:

¡Á votar al Marqués de Cubas!

***

La cuestión obrera, la magna de nuestros tiempos vuelve á plantarse con caracteres verdaderamente alarmantes para el individualismo dominador en todos los Estados de Europa y América.

Ahora es Bélgica en donde 2.000 cargadores del puerto de Amberes levantan á grito herido la protesta del trabajo contra el capital; los negocios se han paralizado, los capitalistas retiran su dinero; pero esos 2.000 obreros claman diciendo: está bien; pero nosotros nos morimos de hambre; ¡pan, pan para nuestras mujeres y nuestros hijos!

¿Quién puede negar el derecho de los capitalistas que retiran de la circulación su dinero? ¿No es, por ventura, suyo ese dinero? ¿No lo han ganado ellos ó sus padres con el sudor de sus frentes? Pero tampoco, ¿quién puede negar el derecho de esos 2.000 cargadores que no quieren morirse de hambre?

La propiedad es sagrada. Lo dice el mismo Dios en su séptimo mandamiento: *no hurtarás*. El hurto supone propiedad; porque hurto es quedarse con lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Luego hay ajeno; luego hay dueño. Pero vivir, mientras se puede vivir, es un deber. Los propietarios y capitalistas defienden lo suyo; están en su derecho. Los obreros quieren vivir trabajando: ese es su deber y quieren cumplirlo.

Por eso hay conflicto. ¿Quién ha de resolverlo? Dícese que la ley. Pero la ley, ¿qué va á hacer? La ley no tiene más remedio que reconocer el derecho de los capitalistas á retirar su capital, y el derecho de los obreros á morirse de hambre cuando á los señores adinerados se les antoja retirar su dinero de la circulación. Pero, ¿tienen en realidad ese derecho los obreros?

Que un hombre se muera de hambre cuando carece de medios para vivir, es un punto discutible. Pero que un hombre deje morir á su mujer y á sus hijos, no es discutible: eso se opone á la naturaleza humana.

Los obreros, digámoslo con valor, tienen derecho á gritar: ¡no queremos que nuestras mujeres y nuestros hijos se mueran de hambre! ¡Dadnos trabajo!

El Estado es la ley, y el Estado no puede resolver eso. Se encuentra con los capitalistas por un lado, con los obreros por otro, ambos con derecho: los derechos incompatibles, ¿cómo armonizarlos?

Es que no es esta cuestión de derecho; es cuestión de caridad. No hay que decir para resolverla: esto es mío, y esto es tuyo; sino esto es nuestro, porque nos lo ha dado nuestro Padre que está en los cielos.

El Derecho es lo mío y lo tuyo. La caridad es *lo nuestro*. La palabra *nosotros* es palabra cristiana. Sólo el cristianismo puede sacar de esa palabra *nosotros* todo el misterioso jugo que contiene.

Por eso sólo el Cristianismo (y quien dice Cristianismo dice Catolicismo, y quien dice Catolicismo dice Iglesia, y quien dice Iglesia dice Papa y Obispos), es el que puede resolver fundamentalmente esa cuestión magna, de que la huelga de Amberes es manifestación accidental, pero elocuentísima.

***

Fuimos los primeros en dar la voz de alarma y en llamar las cosas por su nombre.

Fuimos los primeros en decir lisa y llanamente:

"De los tristes sucesos de Carolinas, nadie absolutamente tiene la culpa más que los pseudo-misioneros, y en realidad comerciantes metodistas, establecidos en aquellas islas."

Ellos, los protestantes norte-americanos, fueron los que soliviantaron á los kanakas contra las autoridades españolas; ellos los que instigaron á los referidos salvajes á cometer el horrendo crimen de asesinar á nuestros soldados; ellos los que armaron, municionaron y dirigieron á los rebeldes para que resistiesen metódicamente, con tenacidad estratégica, á nuestro valiente ejército de Assa; ellos los que artillaron las trincheras de Metalanin, convirtiendo este sitio en un pequeño Plewna ó Somorrostro, que ha costado la vida á cerca de un centenar de cristianos españoles; ellos son los únicos y verdaderos responsables de la sangre allí vertida, del desastre allí padecido, de la honra nacional allí torpemente mancillada.....

Y lo han hecho todo por odio á nosotros, por el odio que profesan á nuestra Religión, á nuestra raza, á nuestra cultura, á nuestra bandera, á nuestra historia, á todo lo que nos constituye como nación... Para ellos, educados en el fanatismo sectario, somos siempre el reino de Felipe II, y del Duque de Alba y de los grandes inquisidores..... Nos aborrencen desde la cuna, en la escuela, en el liceo, en la Universidad, en todas partes..... Por eso nos mandan á Carolinas esos agentes, mitad polizontes, mitad comerciantes, titulados misioneros; por eso, al abrigo de su bandera, han permitido que Cayo-Hueso se constituya en un centro filibustero; por eso tratan de arruinar el comercio y la agricultura de la isla de Cuba..... En todas partes no aspiran á otra cosa que á crearnos dificultades y enemigos.

Y lo lamentable es que hay españoles que dan la razón en todo y por todo á esos nuestros crueles, vengativos, implacables adversarios. Lo triste, lo bochornoso es que algunos españoles, se protexto de liberalismo, y de tolerancia y de civilización, se ponen de parte de nuestros jurados enemigos, los favorecen, ayudan y alientan, y tratan de imposibilitar toda medida de defensa por nuestra parte.

¿No se acaba de ver esto en Carolinas? Los metodistas sublevan á los kanakas contra nosotros; los metodistas proveen de armas y municiones á los rebeldes; los metodistas dirigen la defensa de las trincheras y asesinan desde ellas cobardemente á nuestros soldados. ¿Quién ayuda á éstos? Pues nadie más que los Capuchinos establecidos en Carolinas.

La misión capuchina es el único apoyo que encuentran en la isla nuestros soldados. Con éstos va al combate el heroico P. Agustín, un digno émulo de los grandes frailes españoles, que con la cruz en una mano y la bandera española en la otra han recorrido el mundo entero..... Pues bien; siendo todo esto cierto, también lo es que un periódico español, *El Globo*, pedía días pasados..... ¿qué? ¿Que se diese una gran cruz al Padre Agustín? ¿Qué se expulsase á los metodistas? Nada de eso..... Que se expulsase á los Capuchinos de Carolinas, y que el Gobierno español se convierta en protector de los metodistas..... ¡Qué bonito! Este es el patriotismo de los liberales españoles.

Y además. Ahora los metodistas reclaman por la vía diplomática indemnización de daños y perjuicios.

Y tendría que ver que se les concediera.

El Marqués de VALDEFLORES.

GRABADOS

Catedral de Manila. (Pág. 17.)

Asentada la ciudad de Manila en una magnífica llanura, á la desembocadura del río Passig, en situación tan ventajosa para el comercio del extremo oriente que un francés, Lapérouse, afirma que es la ciudad del mundo mejor situada; con más de 150.000 habitantes, centro del imperio español de Oceanía, es sin disputa una de las poblaciones más notables y digna de ser visitada por el viajero y conocida por el curioso. Después de Madrid, Barcelona y Habana, es la primera ciudad española. Y ¿quién no ve que es quizás la de mayor y más próximo porvenir?

Los terremotos que han castigado á Manila, han impedido que el aspecto monumental de la ciudad corresponda á su opulencia mercantil y á su importancia política. Desde su fundación han afligido á Manila tantos y tan desastrosos terremotos, que sólo la constancia española y el celo de las Órdenes religiosas han impedido un abandono que más de una vez hubiera llevado á cabo otra raza menos tenaz en sus empresas que la nuestra. Todo lo que se edifica en Manila tiene por fuerza un carácter provisional, que impide dar á las obras de arte ese aspecto majestuoso que en otras ciudades ostentan. Sólo con lo que se ha gastado en levantar la Catedral, destruída mil veces por los terremotos, hubiera sobrado para erigir un edificio como San Pedro del Vaticano y el Escorial juntos. Sin embargo, la Catedral, sin ser un templo que admire al que ha visto las grandiosas construcciones artístico-religiosas de Europa, es un monumento digno de la raza que lo ha erigido, y gústa por la riqueza que dentro de su recinto han atesorado los fieles cristianos españoles é indígenas. En la Catedral de Manila se tributa á Dios un culto suntuosísimo, que se impone fuertemente á la imaginación de los sencillos pobladores de nuestro imperio oceánico. Si, como se ha demostrado mil veces, la Religión católica es el alma de aquél imperio, bien puede añadirse que la Catedral de Manila es su centro, su capital, la ciudadela inexpugnable, por decirlo así, en que se mantiene con la Cruz de Cristo y, bajo su bendito amparo, la gloriosa bandera de Castilla.

Rdo. P. Campaña, de las Escuelas Pías. (Pág. 20.)

Si La Ilustración Católica no tuviese público más que en Granada y sus alrededores, para nada tendríamos que hablar aquí del P. Jimenez Cam-

paña. Porque, ¿quién no conoce allí á este humildísimo, y cuanto más humilde más celebrado escolapio? Entre Granada y el P. Jiménez Campaña hay cierta comunión espiritual: Granada es la musa predilecta del poeta calasancio; es su querida, diciéndolo en estilo figurado. Y Granada no tiene secretos para el poeta que la canta y para el Sacerdote que la instruye, deleitándola con todos los mágicos hechizos de la poesía y de la elocuencia.

—Padre, decía un granadino á un Misionero.—Aquí no predique usted de la gloria. Porque por mucho que usted se esfuerce pintando el cielo, cuando crea que las cosas no puedan ya pintarse mejor, saldrán las gentes diciendo: ¡Toma! pues para llegar á eso no se necesita salir de aquí; basta con darse un paseito por la Vega.

Eso es la Vega: un trasunto terrestre, una copia del mismo Paraíso.

Desde la celda del P. Campaña (ó mejor dicho cuarto, porque estos escolapios no quieren que sus cuartos sean celdas) se ve toda, desde los huertos que confinan con los arrabales de la ciudad hasta las cumbres blancas de Sierra Nevada. Tiene que oir el poeta calasancio describiendo esa vista panorámica de su ventana. Nos la describía á nosotros, en noche friísima de este mismo invierno, paseando á través de las severas y desmanteladas galerías de la Universidad de Alcalá; y á pesar del frío que taladraba nuestros huesos, creíamos sentir por las venas el calor del sol que vivifica las palmeras y los cinamomos junto á las nieves eternas que coronan la brava cordillera; creíamos ver desplegarse ante nuestros ojos, no los graciosos arcos del Renacimiento que rodean el patio de la Universidad Complutense, sino la majestuosa llanura, ante la que Amicis, el viajero italiano, quedó mudo de asombro. Palabras poderosas hemos oído; como la del P. Campaña, ninguna.

Y eso es en conversación familiar; que cuando sube al púlpito, aquello es un torrente de palabras armoniosas, henchidas de grandes y generosas ideas. Pertenece como predicador el P. Campaña á la buena escuela andaluza, en que brillan aún el insigne Obispo de Córdoba, D. Sebastián Herreros, el P. Lara y otros varios, aunque ya no muchos; es la elocuencia florida por excelencia, llena de una retórica tan abundante como sincera, calentada por los rayos del sol del mediodía, y que admirablemente se presta á las efusiones del amor cristiano y á la grandeza, vaga y poética, del dogma católico.

Como poeta, el P. Campaña merece, no uno, sino varios capítulos aparte. Es también en su trato con las musas un digno émulo de los grandes maestros de la escuela sevillana. Pero al lado del culto á la forma bella que caracteriza esta escuela, hay en el poeta escolapio una levadura romántica que da á sus composiciones superior encanto; Chateaubriand y Zorrilla han dejado en su espíritu huella indeleble, que se revela por la afición á lo legendario y épico, á lo histórico y tradicional, á todo lo que sale fuera del cauce ordinario de la vida presente. Nuestros lectores podrán apreciar en este mismo número y en los sucesivos algunas gallardas muestras del ingenio del P. Campaña en este linaje de altas empresas poéticas.

Y es humildísimo, como dije al principio. Y era completamente desconocido en España, fuera de Granada, hasta hace poco tiempo. En el periódico *La Fe* empezó á darse á conocer con unas muy bonitas correspondencias, que firmaba con el pseudónimo de *Tito Livio*. Después ha escrito algunos prólogos para colecciones de poesías de autores granadinos, y muchas composiciones que han visto la luz en la *Revista Calasancia* y en nuestra modesta publicación. Nos ufanamos como de una gloria de haber dado á conocer á muchos lectores el ingenio de este insigne maestro de las letras castellanas y hoy nos envanecemos de ser los primeros que hemos publicado su retrato.

Alicante. Paseo de los Mártires. (pág. 21.)

Una de las muchas riquezas abandonadas de España es el clima. Con el clima podríamos ganar mucho dinero los españoles si fuéramos mas listos. En invierno, *los bárbaros del Norte* que son ricos, quiero decir los lores ingleses, los príncipes rusos, los magnates alemanes y los millonarios yankées, bajan á Biarritz y otros puntos de Francia é Italia en busca de suaves brisas y hermosos días de sol. ¿Por qué no habían de venir á Málaga ó á Alicante? El clima de esta última ciudad es suave, ozónico constante, húmedo y de presión igual: nada tan bello como un día de sol de invierno en Alicante.

El paseo cuya vista damos á los lectores, está situado entre una fila de casas elegantísimas á la moderna y los muelles del puerto.

Las gallardas palmeras que forman el paseo, y en cuyo largo y verde ramaje, cuando el viento le ondea, hay, como dice un escritor ilustre, actitudes de manos que oran, de brazos cruzados y de cuellos tendidos al infinito para que la frente se bañe en la luz inmortal, y en cuyos hermosos racimos de dorados frutos se ve á la Naturaleza ofreciendo pródigamente sus riquezas, nos llevan con el recuerdo á otras civilizaciones dormidas en la ignorancia y entregadas á la inacción; pero el hormiguero de barcos que entran y salen en el puerto; el humo de las locomotoras que ennegrece las palmas y los dátiles; la algarabía que arman en varios idiomas los obreros del muelle y los marineros de los buques, esos modestos y sufridos obreros de la civilización, y las luces de gas, que alumbran por la noche ese bosque de árboles del desierto, nos ponen en presencia de un pueblo moderno, agitado por los intereses de un activo y constante comercio y buscando su bienestar en el trabajo. No puede darse más original contraste; no puede ofrecerse espectáculo más digno de estudio para el artista y el observador, para el sociólogo y el curioso.

No es extraño, pues, que sean muchos los viajeros que pasen por Alicante sólo por contemplar ese original y hermoso cuadro y por visitar la antigua ciudad de Elche, rodeada por algunos millones de palmeras que la dan el aspecto de un pueblo oriental, y separada de la capital de la provincia por un ferrocarril, el más extraño y pintoresco de España y acaso de Europa. Unos cuantos kilómetros corre por la orilla del mar, que baña materialmente las ruedas de la locomotora; de repente se mete en una gran llanura casi sin vegetación y sin habitantes, muy semejante á los desiertos de Africa, y luego cruza un largo espacio por entre aquel bosque de gallardas palmeras y cortando los huertos de frondosos granados que hay en los alrededores de la antigua colonia romana.

D. Manuel Alonso Martínez. (Pág. 24).

El fallecimiento de este jurisconsulto y hombre político, ha sido un acontecimiento que no ha de dejar de influir en la marcha de los partidos españoles. Era D. Manuel Alonso Martínez el prototipo de los políticos eclécticos y acomodaticios que tanto abundan en la época presente. Cuando figuraba en los partidos liberales, era el más conservador de sus correligionarios; y cuando le tocaba figurar entre los conservadores, era el más liberal de todos ellos.

Había nacido en Burgos, y allí empezó á distinguirse como Abogado. No tenía más que 28 años cuando el General Espartero lo hizo Ministro de Fomento. Después fué partidario acérrimo del General O'Donnell, cuya amistad le valió el Gobierno civil de Madrid y las carteras de Fomento, Hacienda y Gracia y Justicia. Con la república también fué Ministro, pero él dijo luego que no lo había sido sino de la *res pública*. Liberal conservador á la venida de D. Alfonso, fué el autor de la Constitución de 1876 que hoy nos rige. Él tuvo la responsabilidad mayor quizás en la redacción del art. 11. Más tarde se pasó á Sagasta y contribuyó á la fusión de sagastinos y demócratas.

En su vida privada era buen hombre. Amaba á su mujer como es debido en un marido cristiano, y nunca se han contado de él esas escandalosas aventuras que son el descrédito de otros hombres políticos. Por una de sus hijas, Casilda, tenía verdadera pasión. Ha fallecido cristianamente, edificando á todos con su resignación y valor ante la muerte.

Como jurisconsulto deja un recuerdo envidiable. Sus obras están bien pensadas y escritas. A él debe España el vigente Código civil.

La misa en la aldea. (Pág. 25).

Polo y Peyrolón tiene en sus cuentos y cuadros de costumbres bellos interiores de templos de aldeas. Nuestro grabado representa el interior de una modesta parroquia rural de Castilla en el momento de la celebración del santo Sacrificio. ¿Quién habrá inspirado esa fea costumbre que tienen los *paletos varones* de sentarse como las mujeres en el suelo, dentro del templo? El cuadro tiene *color* y sabor locales.

Castillo de Frohsdorf. (Pág. 28).

Es de interés hoy para los españoles esta residencia señorial de la vieja Austria, por ser una de las propiedades de D. Carlos de Borbón, el príncipe proscrito, que la heredó de su tío el Sr. Conde de Chambord, nombrado Enrique V por sus partidarios. Más notables que el castillo ó palacio de Frohsdorf son los parques que le rodean, uno de los mejores cazaderos de Europa.

El Cairo (la ciudad vieja). (Pág. 29).

El Egipto se remoza, se convierte rápidamente de nación africana en nación europea. Hoy es una verdadera colonia inglesa, mal que pese á nuestros vecinos transpirenáicos. Por eso quizás tienen mayor interés apuntes como el que publicamos de las viejas ciudades de Egipto, contado el carácter de la antigua regencia otomana.

***

Más grabados. (Ilustraciones de Butler al libro de Alfonso P. de Nieva, titulado *Los Gurriatos*).

Publicamos hoy un capítulo del nuevo libro de Pérez de Nieva, *Los Gurriatos*, y gracias á la generosidad del editor podemos también ilustrar nuestras columnas con algunos de los bellos fotograbados que avaloran la edición, y cuyos dibujos son debidos al lápiz fácil y donosísimo de Butler, que es un artista de verdad. Buena prueba de ello son los excelentes dibujos que honran hoy nuestra publicación.

D. José Valero, actor dramático. (Pag. 32).

Este insigne actor, que ha muerto en Barcelona, recogió en su larguísima carrera muchos laureles, y fué verdadero artista, dominando con brillantez los más varios y difíciles papeles. La última vez que trabajó en Madrid representó *Luis XI* y el *Drama nuevo* de Tamayo, en que rayaba á una gran altura. Van desapareciendo de nuestra escena los buenos actores, y en su lugar tenemos una colección de medianías engreídas, que creen que el arte es el artificio, incapaces de comprender la sublimidad trágica.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso — (1.ª quincena de Febrero).

Día 1. Dom. de *Sexagésima*. S. Ignacio y San Cecilio, obispos y mártires, y Santa Brígida, virgen. — *Indulgencia plenaria* como el 1.º de Enero.

2. Lun. FIESTA ENTERA. La Purificación de Nuestra Señora, y Santa Feliciana. Hay capilla pública en Palacio.

3. Mart. S. Blas, obispo y mártir, y el Beato Nicolás de Longobardo.

4. Miér. S. Andrés Corsino, obispo, y S. José de Leonisa, confesor.

5. Juev. Santa Agueda, virgen y mártir, y los Santos Mártires del Japón.

6. Vier. Santa Dorotea, virgen y mártir.

7. Sáb. S. Romualdo, abad, y S. Ricardo, rey de Inglaterra.

8. Dom. de *Quincuagésima*. S. Juan de Mata, fundador. — *Indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero.

Se puede, además, ganar indulgencia plenaria confesando, comulgando y visitando al Santísimo Sacramento en la iglesia donde se halle expuesto los tres días de Carnaval, bastando una sola visita durante todo el tiempo de la exposición. (Decreto de 23 de Junio de 1765). El Carnaval es fiesta gentílica; ningún cristiano debe tomar parte en ella, por los peligros que correrá el alma.

9. Lun. Santa Apolonia, virgen y mártir.

Luna nueva á la 1 y 58 minutos de la madrugada, en Acuario. Revuelto.

10. Mart. Santa Escolástica y S. Guillermo, Duque de Aquitania, confesor. — *Cierranse las velaciones.*

11. Miérc. *de Ceniza*. S. Saturnino, presbítero, y compañeros mártires, los Siete Siervos de María, fundadores, y el Beato Juan de Britto, de la C. de J. — *No se puede comer carne. — Principian los ayunos de Cuaresma.*

Desde este día hasta el 6 de Abril se puede ganar *indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero.

12. Juev. Santa Eulalia, vg. y mr., y la primera traslación de S. Eugenio.

13. Vier. S. Benigno, mártir, y Santa Catalina de Rizzis, virgen.

14. Sáb. S. Valentín, presbítero y mártir, y el Beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.

15. Dom. I de Cuaresma. Santos Faustino y Jovita, hermanos mártires, y el Beato Juan Bautista Machado, de la C. de J., y compañeros mártires.

Indulgencia plenaria para los socios de San Vicente de Paúl que comulguen y asistan á la junta general.

Las Cuarenta Horas.

Días 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7. Religiosas de Don Juan de Alarcón (por las Carmelitas Maravillas).

Días 8, 9 y 10. Oratorio del Caballero de Gracia.

Días 11 y 12. Iglesia del Buen Suceso.

Días 13 y 14. Religiosas Trinitarias.

Días 15 y 16. Iglesia de San Pedro de los Naturales (calle de la Torrecilla).

***

No hay tiempo más santo, ni más saludable para el cristiano que de veras busca su salvación, que la Cuaresma. La Cuaresma es la penitencia, y no hay al cielo más que dos entradas: ó inocencia, ó penitencia. Todo el que no sea inocente, debe ser penitente si quiere salvarse.

El ayuno cuaresmal está probado por autoridades irrefutables que es hasta higiénico. Y sin embargo, ¡qué pocos son los que en el siglo ayunan de veras! Se inventan enfermedades para darse el gustazo de decir: yo no puedo ayunar. Y los que no ayunan, pudiendo hacerlo, cometen gravísimo pecado mortal.

Las personas que quieran ser realmente cristianas, no hipócritas, consulten á su director espiritual sobre este punto delicadísimo del ayuno. La Iglesia no quiere imposibles; pero tampoco repugnantes farsas.

J. F.

LA CASA DE TE

(ESCENA JAPONESA)

El Japón ha sufrido una completa transformación de algunos años á esta parte. Relegadas al olvido sus antiguas tradiciones, para identificarse con mayor ó menor acierto con los usos y procedimientos de los



RDO. P. JIMÉNEZ CAMPAÑA,

de las Escuelas Pías.

hombres de la raza caucásica, ha perdido, considerado desde el punto de vista artístico y pintoresco, lo que ha ganado entrando á formar parte en el concierto de las naciones civilizadas.

¿Será este cambio duradero? ¿Habrá echado la evolución hondas raíces? *¡Chi lo sa!*

No es empresa tan fácil y hacedera cambiar de un modo radical y permanente la idiosincrasia de esas asiáticas poblaciones, que ufanas de su propia civilización, rechazan airadas toda ingerencia europea, y en las cuales suelen dar poco ó ningún resultado los cruzamientos de raza.

Apegados á sus antiguas costumbres, los japoneses lucharon denodadamente para contrarrestar la influencia de los «bárbaros del Oeste» durante más de dos siglos, hasta que sus propensiones imitativas, si no el propio convencimiento, indújoles á aceptar los adelantos con que el progreso los brindaba. Reñida fué la contienda, ruda la lucha; pero los esfuerzos de nuestros misioneros — esos héroes del Cristianismo — en primer lugar, y las gestiones de los diplomáticos — de esos policíacos de guante blanco — después, lograron alcanzar la victoria, si bien á costa de grandiosos sacrificios y dolorosísimas pérdidas.

Para estudiar, pues, para reseñar algunos de los usos y costumbres del imperio del Sol saliente, hay que remontarse á principios de siglo, á la época en que el régimen feudal estaba en auge y los príncipes ó *daimios* aún gozaban de omnímoda preponderancia, sosteniendo numerosos *clanes* de *samurais*, que todo lo avasallaban y hasta solían poner en jaque la misma imperial soberanía.

En aquellos tiempos de revueltas y motines, el *samurai* era la figura más saliente de tan extraño país, convirtiendo los desfiladeros de las montañas, las encrucijadas de los bosques, las calles y plazas en verdaderos campos de Agramante, donde él y otros nobles como él asalariados dirimían sus contiendas valiéndose por todo argumento del pesado sable que con sin igual destreza manejaban.

Uno de los *clanes* que llegó por aquel entonces á gozar de mayor prestigio y fama, tanto por el valor de sus partidarios como por la heroicidad de sus hechos, fué sin duda alguna el *clan* del Príncipe de Satouma, hombre sanguinario y ambicioso, que aspiraba al trono y era el representante fiel y genuíno del partido nacional, refractario y enemigo acérrimo de toda clase de innovaciones.

Aguerridos sus partidarios y dispuestos á desnudar el acero á las primeras de cambio, recorrían generalmente en pandillas los alrededores de las grandes ciudades en busca de aventuras donde mostrar pudieran el denuedo de sus pechos esforzados y el invencible vigor de sus nervudos brazos.

En las casas de té, en los teatros, en todos los sitios públicos de japonesas diversiones donde tenían á bien presentarse, recibíaseles como á verdaderos conquistadores, que podían disfrutar por derecho propio de todos los placeres habidos y por haber, dándose aquellas pobres gentes, apacibles de suyo, por muy honradas y satisfechas con que los caballeros de horca y cuchillo no despreciaran sus humildes dádivas ó se mofaran de sus inocentes esparcimientos.

Ocurrió, pues, que una turba de esos *samurais* de dos sables, en busca, como de costumbre, de aventuras, presentóse á la entrada de una casa de té ú hospedería que se hallaba en la linde de un frondoso bosque que pertenecía al *Tokto-Fu* (posesiones reales) y extendíase cual verdosa mancha de color entre el camino de la capital á Yokohama, alegrando aquel extenso horizonte.

Los nobles japoneses, con los *kimonos* abiertos, mostrando los abigarrados dibujos que sus broncead os pechos adornaban, los *obis* (cinturones) desceñidos y los rostros arrebatados por frecuentes y copiosas libaciones de *saki*, daban inequívocas muestras, por su aspecto y sus maneras, de hallarse, no sólo ebrios, sino dispuestos á hacer alguna de las suyas en cuanto se les presentara ocasión propicia para ello. Recibiéronlos en la casa de té con todos los honores que á su alta jerarquía correspondían, postradas de hinojos todas las *musmés* ó doncellas, hasta que ellos tuvieran á bien ordenarlas alguna cosa, y sentáronse sobre el blanco y terso *tatami* de finísima paja en una de las habitaciones más lujosas. A seguida pidieron á voz en grito más *saki*, que les fué casi en el acto presentado, metida la limpia botella del aguardiente de arroz en vistoso jarrón de porcelana lleno hasta los bordes de agua tibia, para que el licor predilecto de los japoneses no perdiera ninguna de sus alcohólicas y encomiadas virtudes.

Empezaron, ó por mejor decir, siguieron bebiendo sin tasa y contándose sus amores y amoríos, sus proezas y emboscadas, sin dejar de ensalzar de vez en cuando las cualidades de su augusto señor y dueño y abominando de los *itjintam*, extranjeros, con durísimas palabras, rebosando fanatismo y odio de raza.

— Creedme, decía uno de ellos, con los ojos centelleantes: hasta que no limpiemos el país de esa polilla, no viviremos tranquilos. Hay que perseguirlos sin tregua ni descanso, destruirlos sin compasión.

— *Muchashia* está en lo firme, exclamó otro de la partida, dando fuertes golpes en la mesa laqueada



ALICANTE. PASEO DE LOS MÁRTIRES.

que delante de sí tenía con la empuñadura de su sable. ¡Guerra á los extranjeros! Me han dicho que un buque de los bárbaros del Oeste acaba de fondear en la bahía de Tokío para intimidarnos.

—¡Y á mí, qué me importa eso! dijo uno que parecía el más jóven de todos. Como me llamo *Arinori Mori*, que si seguís hablando de esas cosas me marcho en el acto. ¿Hemos venido aquí á divertirnos, ó á revolvernos la bilis? ¿No me dijísteis que oiríamos cantar á la bella *Ochio-sam*?

— Sí, sí; tiene razón el jovenzuelo, dijeron todos á una. Que venga *Ochio-sam*. Queremos oirla cantar, admirar su deslumbradora hermosura.

Al ruído de las voces acudió una de las *musmes*, y al saber lo que se deseaba desapareció como una exhalación, en busca de la codiciada artista, volviendo al poco rato con ella asida de la mano.

Ochio-sam era una mujer jóven, alta y delgada, de ojos negros como el azabache y rasgados como la almendra, de tez blanquísima y delicada, nariz aguileña, boca diminuta, labios carnosos y sonrosados, dentadura de perlas y sedosa y abundante cabellera. Era una figura aristocrática y altiva, que atraía por la belleza de las curvas é imponía por la majestad y la corrección de sus ademanes.

Adelantóse con la soltura y el aplomo inherentes al arte escénico: la cantante del teatro imperial de Tokío, la *gueischa* más en boga entre la alta sociedad japonesa, sólo acudió al llamamiento al saber la calidad de sus oyentes, pues de lo contrario no solía prodigarse. Vestía una túnica de raso azul recamada de oro; en la parte delantera llevaba bordado con las alas desplegadas el *tzurn* sagrado, el ipis del Japón, y en la espalda un hermoso crisantemo, la flor favorita de las tiernas doncellas del Extremo Oriente. El cinturón que rodeaba su esbelto talle era del tejido más fino que darse pueda, sujeto por valioso broche de notoria antigüedad, y en su tocado alto y artístico lucía largas agujas de oro y plata con cabezas de coral y de ambar, que realzaban su ya natural belleza. Empuñaba en la mano derecha el *koto* con incrustaciones de marfil, dispuesto á tañirlo para acompañarse, y en la otra un precioso abanico, no sólo para darse aire con la gracia peculiar á las japonesas, sino para servirse de él en sus bailes ó cantares, convirtiéndolo en poderoso auxiliar de la mímica ó en incentivo del deseo.

Al verla tan hermosa y tan resuelta, los *samurais* quedáronse absortos y enloquecidos, sin quitarle ojo, cual si se hallaran contemplando alguna mágica aparición. Figurábaseles estar viendo al hada del Fujiyama, ó alguno de los séres superiores que revolotean alrededor de la flor del Loto.

— Caballeros — dijo ella, satisfecha como mujer y como artista del efecto que su presencia causaba— ¿qué deseáis que os cante? ¿La balada de la bella *Kukinoki*, que murió de pena al ver la sombra del zorro negro en el muro de su jardín, ó el sacrificio de los cuarenta y siete zorrines, cuyos huesos reposan en el cementerio de *Shiba*?

— Lo que tú quieras, radiante *Gueischa* — dijo *Arinori Mori* trémulo de emoción. — Las palabras que salgan de tus labios serán para nosotros el arrullo de la tórtola.

Ochio-sam hizo entonces una reverencia y empezó á tañir el *koto*, sacando de él extrañas harmonías, mientras con voz clara y vibrante cantaba la tiernísima balada de la hermosa Kukinosky, la perla del lago de *Hakone*.

— ¡*Yoroshiu deska*! muy bien — exclamaron ellos, poseídos del mayor entusiasmo. — Mientras haya mujeres como tú que sepan despertar el amor patrio con sus apasionados cantares, no hay miedo que los *itjinsam* puedan vencernos.

— ¡Ochio sam! — exclamó Mushashia — cántanos, te lo ruego, nuestro himno nacional, ese himno que nos hace latir el corazón y nos humedece los párpados cuando nos encontramos lejos de nuestras hermosas islas.

La *Gueischa* volvió á tañir su instrumento, y mirando fijamente á su auditorio, cual si quisiera electrizarlo con el flúido de sus miradas, cantó con voz enérgica y sonora el siguiente himno, que sólo á guisa de curiosidad transcribimos:

Chong kina, chong kina,
Chong, chong, hina kina,
Yokohama, hagasaki, Hakodate
¡Hoe!

Los *samurais* pusiéronse todos en pie, y con las manos puestas en la empuñadura de sus sables cantaron la última estrofa del himno nacional, lanzando un *Hoe* estentóreo, que repercutió por la casa de té cual reto lanzado á los enemigos del Imperio del Sol saliente, y fué á perderse entre las frondas y los lagos de la pintoresca campiña de la Suiza asiática.

— Caballeros — dijo Ochio-sam al terminar — dispensadme, pero tengo que retirarme. El sol se va ocultando detrás del Fujiyama, y necesito trabajar esta noche en el teatro de *Beten Dori*.

— Adiós, pues,— dijéronla entonces los *samurais* entregándola unos cuantos duros ó *ríos*, que ella aceptó sin hacerse rogar, con la dignidad propia de su clase — nunca olvidaremos los dulces acentos de tu voz. ¡Que Buda te proteja!

Y en cuanto se hubo retirado comenzaron á ensalzar los méritos de la artista, y á dolerse de que sus medios de fortuna no les permitieran tenerla asalariada para estar constantemente oyéndola. En eso estaban, cuando un ligero rumor que de la entrada del edificio partía llamóles la atención, cambiando por completo el curso de sus ideas.

Uno de los *samurais* asomóse entonces por la especie de trampa que sirve para dar acceso de un piso á otro en las habitaciones japonesas, enterándose de que el ruído que se oía motivábalo la llegada de unos extranjeros que venían en *jinrikohas*.

Los *coolies*, pobres parias que se pasan la vida tirando de esos cochecillos, estaban sudorosos y jadeantes entre las varas de sus vehículos.

—¡Compañeros! — exclamó *Mushashia*, que fué el que se enteró de lo que ocurría — extranjeros tenemos. Deben ser oficiales del buque que está anclado en la bahía de Tokío. La venganza es nuestra. ¿La dejaremos escapar?

— No; de ninguna manera — gritaron los demás con ademán airado. ¡Mueran los *itjinsam!*

— Bueno, dijo Arinori Mori; pero hay que proceder con gran cautela. Llegamos á esperarlos al campo. Conozco un sitio muy á propósito para tenderles una emboscada.

Dicho y hecho. Salieron todos los samurais con el mayor sigilo, envueltos en sus *kimonos*, los sombreros calados hasta las cejas y los rostros cubiertos con un pañuelo que á guisa de barbuquejo llevaban.

El sitio elegido era un bosquecillo situado cerca de un templo budista. Los bouzas habíanse retirado á descansar, y la más completa tranquilidad reinaba por todos aquellos alrededores.

Ocultos detrás de los árboles, con los sables desenvainados, parecían los japoneses espíritus maléficos, vampiros sanguinarios en espera de su presa.

Ni el más leve rumor venía á interrumpir el majestuoso silencio de la noche. Las estrellas brillaban en el firmamento y la luna subía cual refulgente meteoro por el azulado horizonte, lanzando suaves destellos en la campiña.

— Escuchad, exclamó de pronto uno de aquellos foragidos. Ya se acercan, oigo el ruído de los *jinsikshas*. Atención.

Los cochecitos tirados á brazo acercábanse con gran velocidad, y percibíase el rumor de las voces de sus ocupantes y las exclamaciones de los *coolies*.

—¡Valor, compañeros! gritó Mushashaia. Herid como sabe hacerlo el guerrero japonés. Que prueben esos perros el filo de nuestros sables.

Lo que ocurió después es innarrable. Brilló un azulado relámpago en la obscuridad, oyóse un grito, un solo grito desgarrador, y vióse unos cuantos bultos negros tendidos en medio de la carretera al pié de los vehículos abandonados.

Al poco rato una corneja pasó rozando el suelo ensangrentado, y un cañonazo que partía del buque anclado en la bahía de Tokío vino á turbar el silencio majestuoso de la noche, llamando á los oficiales que faltaban y que ya no volverían á ver más el *Home, sweet home*.

PEDRO VARGAS.

LOS GURRIATOS

EL PUESTO DEL CAFÉ

(A D. FEDERICO JOLÍ)



EDITABUNDO, pálido, trémulo, encogido, soplándose las uñas, pisando con fuerza para desentumecerse los pies descalzos, encendidas las mejillas por el cacheteo del aire matinal, con las sogas del oficio al hombro, trotaba Frasquillo calle abajo en busca del puesto de café donde se desayunaba á diario á vuelta de cinco céntimos. Las tripas, alborotadas é impacientes, le gruñían al muchacho pidiéndole alimento con estruendoso ronquido, y el muy granuja decíales soltando un terno redondo: ¡Sus queréis callar! ¡Pus no es poca la exigencia....! ¡Ahora comeréis, hombre, ahora comeréis....! Pero á la vez que dirigía tan consoladoras frases á sus propios intestinos, murmuraba el mozo, sin poder dominar su temblequeo: ¡con tal que la tía Guindilla me fíe! ¡Porque lo que es hoy no tengo ni una *mota*....! Y mortificado por esta idea, lagrimando de frío, hambriento y fatigoso, agachándose de cuando en cuando para coger las colillas que encontraba al paso, dió al fin con sus huesos la yerta criatura en la Puerta del Sol.

Minutos más minutos menos, todas las agujas del reloj de Gobernación marcaban las siete y media escasas, pues por aquel entonces no estaban enemistadas las tres esferas. Hacía una mañana brumosa y oscura, y el cielo, cubierto de un tropel de nubes grises, presagiaba un día de temporal, y allá se erguía en la torre del Ministerio la movible veleta, que fija en el Sur, ponía el visto bueno á las amenazas del horizonte. Un viento sucio y glacial soplaba de la calle Mayor, estrellando contra el pilón de la fuente los guiñapos y papelotes que arrebañaba del piso; y fuera del murmullo del aire, no repercutía ningún otro rumor en la gran plaza. Aquí y allí, al borde de las aceras, humeando sobre la lumbre las panzudas vasijas cargadas de café hirviendo, apilados los vasos y platitos en la esquina de la mesa portátil, á punto los frascos de guindas en aguardiente, los puestos ambulantes llamaban á gritos con sus aromas á los jornaleros de tránsito, invitándoles á tomar el desayuno. Algunas mesas no tenían aún público en torno; en otras la aguardentera, con el pañolón anudado á la espalda, servía enormes vasos de café con leche á los parroquianos, riendo y bromeando con los trabajadores, los municipales y los guardias de seguridad, que en bullicioso grupo mojaban en el cálido líquido combros y buñuelos. Ni un solo coche de alquiler se divisaba por aquellos sitios; todavía los primeros tranvías no asomaban por las calles de Alcalá, Carretas y Montera, y únicamente los ómnibus de los hoteles, parados junto á las anchas losas, aguardaban á los intérpretes para escapar en derechura á las estaciones del ferrocarril en demanda de los viajeros del correo. Las modistas más madrugadoras, garbosas y rápidas de andares, rebujadas en sus chales, y las domésticas menos perezosas llevando al brazo la cesta para la compra, cruzaban en todas direcciones, sueltas, por parejas, agrupadas, mientras el carro de la basura, alborotando con el tintineo de la campanilla, hacía su entrada triunfal en el recinto de la plaza precedido de una fila de barrenderos que levantaban grandes tolvaneras de polvo.

Sonándose con dos dedos y limpiándoselos después en la sucia pelambre, con la cara más risueña y amablota que pudo, se acercó Frasquillo al puesto de la tía Guindilla, y ganoso de conquistarla la dijo piropeándola, sin quitar ojo á la redonda bandeja atestada de churros:

— ¡Buenos días y frescos....! ¡Puñales con usté....! ¡Pues no tié ya armao tóo y no son más que las siete y *michi!*

La aguardentera se ladeó un tanto para mirar al chico, y con aire socarrón le respondió brutalmente, á la vez que abría la espita del depósito del café para servir un vaso al trapero de la barriada:

— ¡Mira, no te vengas con lilailas; lo que es que no tienes en el bolso ni un perro....!

La dueña del puesto había dado en la llaga. Frasquillo se puso como una amapola, y apremiado por sus tripas, creyendo obtener buen éxito, seducido por el perfume que la cafetera exhalaba de su vientre de zinc, fué á abrir la boca para contestar el hambre de su estómago: ¡se lo ha calao usté.... pero la aguardentera no le dió tiempo para desplegar los labios, y fosca y airada, con la brutal grosería de la clase ínfima, le dijo al rapazuelo, escupiéndole el insulto en su propio rostro:

— ¡Pus mira, yo no tengo que mantener á naide....! Cuando me pagues el rial que me debes, entonces te fiaré, y si no tiés donde ganarlo, lo robas; pero á mí no me vengas con pijoterías ni con préstamos....!

El pobre Frasquillo se quedó atónito, abrumado, estupefacto; esperaba el golpe, pero no la herida. ¡Y los intestinos que seguían rugiéndole, como si oliesen la vecindad del desayuno....! ¡Medrados estaban....! El primer impulso del granuja fué tirar un vaso de los del puesto á la cabeza de la Tía Guindilla, meter mano á los churros y echar á correr....! ¡Lo que es á piernas ligeras no había quien le ganase....! Pero el rapazuelo tenía también su orgullo, y la aguardentera no había de reirse de él. ¡Se lo juraba! Y con las cejas fruncidas, airado y rabioso, se trajo de un tirón hacia adelante la gorrilla de seda, escupió por la comisura de la boca y se puso á silbar la marcha de *Cádiz*. Inmovil y meditabundo permaneció un rato sin acertar á separarse del puesto; con vista de idiota siguió al ama de aquella cantina al aire libre, que á pasos cortos, para que no se derramase, llevó una copita de aguardiente al mayoral del ómnibus del hotel próximo, parado á medio metro de la mesa donde el café se servía; y como si el carruaje le diera la idea que buscaba, pasó por la faz de Frasquillo un relámpago, se le iluminaron los ojos con una explosión de alegría, se quitó del hombro las sogas que á cuestas llevaba, y rápido, con disimulo, con maña de prestidigitador, anudándola en un periquete por la fuerza de la costumbre, y de espaldas casi, para no perder de vista á la tía Guindilla, ató la recia tomiza á una de las patas del puesto, dejó la cuerda colgando para que arrastrase y no se notara, y acercándose al ómnibus por la trasera, fingió coger del suelo una punta de cigarro, se agachó, lió la soga por el otro extremo y á raíz del piso á una de las ruedas grandes, y complacido de su obra se alejó después despaciosamente, sin prisa, para no excitar sospechas, con aire de Napoleón I en Austerlitz, gozando de antemano del efecto de su travesura. Pero no le bastaba á Frasquillo figurarse lo que iba á suceder, quiso verlo, y para tener asegurada la fuga en caso de peligro, se refugió tras los carteles de la anunciadora enhiestos en su férreo marco en la Puerta del Sol, y allí esperó impaciente y desasosegado á que partiera el ómnibus de la fonda.

Tan..... tan..... tan..... dieron las ocho en el reloj del Ministerio, y al oir las campanadas soltó el mayoral del coche una blasfemia terrible. ¡Dónde tendría él la cabeza para habérsele pasado la hora....!



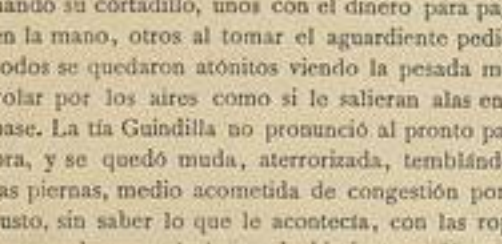
¡Y los viajeros del correo del Norte que estarían llegando á la estación....! Y requiriendo la tralla, sacudió dos latigazos atroces al tiro, y el ómnibus

arrancó con violento empuje al trote de las tres caballerías que le arrastraban. Estiróse entonces la cuerda hasta ponerse tersa, atrajo al puesto, el puesto vaciló, ladeóse, se empinó por una punta como si se encabritara, y todo el servicio vino abajo con un estruendo espantoso, precipitándose en un alud de revuelta loza, atropellándose al caer platos, frascos y vasos y quedando el piso cubierto de una alfombra de pedacitos de cristalería, mientras que el ventrudo tinajón del café, dislocado por la tapa, dejaba escurrirse hacia la alcantarilla de al lado un reguero de agua sucia, humeante, que señalaba su curso con un finísimo rastro de posos.

La sorpresa fué tremenda, y quién con un buñuelo en el aire, empapado en el café, quién empinando su cortadillo, unos con el dinero para pagar en la mano, otros al tomar el aguardiente pedido, todos se quedaron atónitos viendo la pesada mesa volar por los aires como si le salieran alas en la base. La tía Guindilla no pronunció al pronto palabra, y se quedó muda, aterrorizada, temblándole las piernas, medio acometida de congestión por el susto, sin saber lo que le acontecía, con las ropas empapadas por el chorro de hirviente café que la cayó encima al derrumbarse el puesto. Después se repuso, volvióle la luz á los conturbados ojos, distinguió la soga, causa del lance, alcanzándosele todo lo ocurrido, aunque sin vislumbrar quién fuera el autor del entuerto, se irguió con los brazos en jarras, se le arremolinó la sangre en el rostro, y con un arranque de fiera gritó entre espantosa sarta de ajos y moños: ¡ah, hijo de mala madre, el que haya sido, como yo le pille..... y vocеando ¡¡pára....! ¡¡pára! apretó á correr jadeante y desgreñada como una furia hacia el ómnibus del hotel, que huído y dando tumbos, con la mesa arrastras botando en los adoquines, al modo de estruendoso cometa, volaba al escape del desbocado tiro espantado por el estrépito que le seguía y por el vociferar de los transeuntes que corrían á detener el carruaje.

Enredóse al fin la soga en la columna de un farol, parándose el coche un momento; aprovechando tal coyuntura, se agarraron varios guardias á los cabezales del tiro, resbaló una de las caballerías, que hizo tropezar y caer á las otras, y allá fué rodando el montón informe á la entrada de la calle Mayor, arremolinándose en seguida la gente y llegando á poco desolada la tía Guindilla á contemplar los inservibles restos de su hacienda. Y mientras, detrás de los carteles de la anunciadora, frío é impasible, presenció Frasquillo el desastre, siendo acaso el único que en la Puerta del Sol no acudió al lugar de la caída, y encendiendo una punta de cigarro, sin hambre ya, satisfecho y alegre, se alejó á buen paso por la calle de Carretas, murmurando entre una elocuente letanía de desvergüenzas:

—¡Más me ha gustao el desayuno de hoy que si me hubiera comío un pavo....! ¡Bien se ha chinchao la tía Guindilla....!



CUESTIONES ECONÓMICAS

LA REFORMA ARANCELARIA

El mensaje de protesta elevado por el Círculo Mercantil de Madrid á los señores Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Hacienda contra la subida de derechos en algunas partidas arancelarias, ha venido á dár cierta notoriedad al Real decreto de 24 de Diciembre próximo pasado, en cuyo artículo segundo va puntualizada la elevación de tarifas aduaneras.

A su vez el mensaje ó exposición del Círculo Mercantil ha cobrado cierta importancia, merced á los comentarios un tanto vivos que han tenido á bien dedicarle algunos periódicos, ya en son de alabanza, ya en son de diatriba, al tenor de las ideas políticas por ellos respectivamente sustentadas. Colea aún el arancelario tema, y en medio de las preocupaciones y estrabismos de escuela, no dejan de crujir verdades como puños y relampaguear sofiones harto merecidos. Es un hecho que, aparte el voto particular de D. Segismundo Moret, nadie ha protestado, que sepamos, contra el referido Real decreto más que el Círculo Mercantil de Madrid, y el Sr. Alonso de Beraza desde las columnas de *El Liberal;* y es un hecho no menos cierto que han depuesto públicamente en pro del mismo muchas sociedades comerciales y fabriles, muchas empresas de arraigo y muchos particulares que tienen empeñados considerables capitales en industrias de diversa índole. Estos dos hechos son de por sí sobremanera elocuentes, y á nuestro entender, el que mencionamos en segundo término, ocurrido primeramente en el orden cronológico, ofrecía bastantes motivos al Círculo Mercantil para que, antes de divulgar su protesta, hubiese meditado un poco más y consultado mayor número de datos que el que brilla en su exposición.

No cabe la menor duda de que la polvareda levantada contra la elevación de derechos arancelarios, decretada en 24 de Diciembre último, por el Círculo Mercantil y por el Sr. Alonso de Beraza, es debida en gran parte á las afecciones políticas, tal vez más que al sólido conocimiento de las necesidades de nuestras industrias, y de ahí cierta crudeza de expresiones, cierto espejismo en la observación y apreciación de los hechos, cierta astucia en el cotejo de estadísticas y cierta coquetería, digámoslo así, en la alineación de los argumentos.

Claro es que nosotros empezamos por dejar á un lado el bagaje político, no sin protestar de que nos satisface singularmente la importancia y desarrollo que poco á poco van adquiriendo en nuestra patria las cuestiones de índole económica, hasta el punto de que lleguen á constituir distintivo de las diferentes parcialidades políticas que pugnan con intrepidez por hacernos felices á todos y desencenagarnos de la miserable decadencia en que vivimos empantanados. Afuera, pues, todo prisma político, y venga acá el prisma genuinamente económico.

Tres extremos abarca el Real decreto de 24 de Diciembre último, á saber: derogación de la famosa base 5.ª del Apéndice letra *C* á la ley del presupuesto de ingresos de 1.º de Julio de 1869; elevación de derechos arancelarios en algunas partidas; y por fin, creación de una comisión ó junta que estudie y proponga nuevos aranceles que hayan de regir desde 1.º de Febrero de 1892, fecha en que caducan los tratados de comercio hoy vigentes.

Más que la elevación de derechos en algunas partidas, ha sacado de quicio á los adversarios de este género de proteccionismo la derogación de la base 5.ª, que consiste en la disminución gradual de derechos aduaneros hasta dejarlos reducidos á simples derechos fiscales, ó sea á simples ingresos para el Tesoro, sin carácter alguno proteccionista respecto de las industrias nacionales. Advirtamos que esa base 5.ª, establecida por la ley de 1.º de Julio de 1869, fué ya derogada por un Real decreto de 17 de Junio de 1875 y nuevamente puesta en vigor por la ley de 6 de Julio de 1882, prevaleciendo hasta 24 de Diciembre de 1890, en que ha vuelto á ser derogada. No puede negarse que, á falta de otra buena cualidad, nuestra base 5.ª es una d nzante de primera.

Veamos en qué consiste la elevación de algunos derechos arancelarios, ya que los impugnadores del consabido Real decreto no han tenido la amabilidad de insertar en sus escritos una minuta comparativa entre los impuestos antiguos y los ahora vigentes, para mayor ilustración del público, que oye hablar de subidas de derechos y no sabe de qué derechos ni de qué subidas le hablan. Abusando del espacio de que disponemos, no hallamos inconveniente en presentar á continuación un cuadro demostrativo de las diferencias entre el Arancel anterior y el modificado por el decreto de 24 de Diciembre. Helo aquí:

Número de la partida.	ARTÍCULOS.	Unidad.	Derechos antiguos. — Pesetas.	Derechos actuales. — Pesetas.	Diferencia. — Pesetas.
187	Caballos castrados que pasen de la marca.....	Uno....	128,30	180	51,70
188	Los demás caballos y las yeguas.	Idem...	31,50	135	103,50
189	Ganado mular.....	Idem...	19,60	80	60,40
190	Idem asnal.....	Idem...	8,40	12	3,60
191	Idem vacuno.....	Idem...	13,80	40	26,20
192	Idem de cerda.....	Idem...	8,45	20	11,55
193	Idem lanar y cabrío y los animales no expresados.....	Idem...	1,40	2,40	1,00
232	Carnes en salmuera y tasajo.....	100 kil.	2,80	11,60	9,80
233	Carne y manteca de cerdo, incluso el tocino.....	100 kil.	15	50	35
234	Carne de las demás clases.....	Idem...	5,70	18	12,30
240	Arroz con cáscara.	Idem...	4	5,30	1,30
241	Arroz sin cáscara.	Idem...	8	10,60	2,60
242	Trigo.....	Idem...	4 32	8	3,68
243	Harina de trigo...	Idem...	6,48	13,20	6,72
244	Los demas cereales en grano (excepto el mijo)....	Idem...	3,20	4,40	1,20
245	Sus harinas.....	Idem...	4,90	7,15	2,25

Respecto al tercer extremo comprendido en el Real decreto, ó sea el referente al nombramiento de una comisón que entienda en la reforma del futuro Arancel, nada diremos, porque tampoco ofrece nada de particular.

Ahora bien: ¿dan pie las anteriores innovaciones introducidas en nuestra legislación arancelaria para promover las algaradas que el Círculo Mercantil y algún periódico librecambista han levantado? Nos parece que no. En todo caso, opinamos que debían haberse promovido en sentido contrario, es decir, para cantar albricias en honor de tan beneficiosa reforma.

La base 5.ª es sencillamente un absurdo, en cuanto parte del supuesto de que las industrias nacionales no necesitan de protección alguna arancelaria, lo cual de ningún modo puede admitirse. Las industrias nacionales deben ser protegidas con todos los géneros de protección imaginables, directos é indirectos, y si con los aranceles puede obtenerse también protección, á los aranceles debemos acudir para plantearla.

No debe concederse más franquicia á la importación de mercaderías extranjeras que la estrictamente necesaria para que los mercados extranjeros admitan los productos de exportación española. Cada nación de Europa sobresale en la fabricación de cierto número de artículos entre todas las demás, y consideradas de este modo en conjunto todas las naciones europeas, resulta que entre todas fabrican mejor la inmensa generalidad de los artículos que la industria española. ¿Cómo, pues, querríamos que nuestras industrias sostuviesen ni intentasen competencia siquiera con las industrias extranjeras, si dejásemos que los abrumadores sobrantes de sus productos inundasen á España sin cortapisa alguna?

Se ha dicho, y está de moda repetir, que para subir los aranceles se consulta con los centros productores, mas no con el público consumidor, que al fin es quien paga el pato; y nosotros diremos que si se fuera á consultar al público consumidor para



D. MANUEL ALONSO MARTINEZ,

† el 13 de Enero de 1891.

estas y otras cosas, acabaríamos por ser un rebaño atraillado por Inglaterra, Francia ó Alemania, porque el público consumidor no suele ver más allá de sus narices, como se dice vulgarmente, y vive alucinado por un perenne sofisma práctico, que conviene destruir.

Si un traje de paño inglés, por ejemplo, resulta más barato que uno de paño español, ¿qué consumidor no preferirá el primero al segundo? Y ¿qué consumidor no estará perfectamente seguro de que ha realizado una economía? Pues le diremos que esa economía es aparente, ilusoria, falsa. ¿Por qué? Porque si el dinero de ese consumidor se hubiese quedado en España, así como el de otros ciento y mil consumidores alucinados como él, en España lo gastarían los industriales que lo hubiesen percibido, con lo cual aumentarían el consumo en el interior del país, y dicho se está que aumentando el consumo se activan las industrias, se enriquece el comercio y se acrecienta la población, que es en último resultado lo que deben procurar las razas y las nacionalidades. Pero si los consumidores dan en surtirse de géneros extranjeros, aunque resulten más baratos que los nacionales, ¿qué ha de suceder sino que á la postre todo el dinero va á sepultarse fuera de España, los industriales quiebran uno tras otro, el comercio tartalea y la vida desaparece rápidamente de las ciudades y de los campos de la patria, mientras los mercados exteriores cantan victoria y se disponen á arrebatarnos hasta el último aliento?

Si el consumidor tiene que sacrificarse, ¡que se sacrifique!, pues al fin todos somos productores y consumidores simultáneamente, y á la fuerza han de reciprocarse nuestros intereses. Cuando no cabe la compensación, es cuando el consumidor entrega su dinero al comerciante y éste lo lleva á los centros productores del extranjero, porque tal cantidad ha muerto para España. Comprar géneros extranjeros porque sean más baratos que los nacionales y permitan economizar gastos, es cumplir el atinadísimo refrán de *pan para hoy y hambre para mañana*, muy propio de la imprevisión española.

Otro sofisma suele esgrimirse novísimamente para defender la condescendencia arancelaria, y consiste en presentar pomposas estadísticas del aumento que ha tenido la exportación é importación por nuestras aduanas, y ponderar el desarrollo de varias industrias, atribuyendo tales maravillas á la ligereza ó lenidad de los impuestos aduaneros. De este modo se puede demostrar fácilmente que el día es noche y viceversa.

Si dijéramos nosotros que las industrias nacionales se han desarrollado *á pesar* de la lenidad arancelaria, ¿qué se nos contestaría? Pues es una afirmación que está por lo menos tan en su lugar como la del párrafo anterior.

Las industrias progresan naturalmente, y para progresar vencen todo género de obstáculos. Nosotros creemos que progresan de un modo muy principal al amparo de la protección arancelaria, y no porque esa protección impida la derrota de nuestras industrias por las extranjeras, sino porque obliga ó estimula á los extranjeros á que vengan á implantar



LA MISA EN LA ALDEA.

y ejercer sus industrias en España. ¿No desean exportar á España porque sus productos son muy estimados y preferidos? Pues que traigan aquí su maquinaria, su ciencia y su práctica, y que dejen, al retirarse, quien los sustituya en sus florecientes establecimientos.

¿Han pensado los impugnadores del decreto de 24 de Diciembre si los progresos de la industria española son debidos más bien á esta causa que á la lenidad de los Aranceles? Pues que se fijen un poco y que nos contesten.

Con respecto á la subida de derechos para las partidas que quedan enumeradas en el cuadro arriba inserto, baste decir que todas ellas se refieren á primeras materias que en España se producen bien y abundantemente. Creemos que deben concederse las mayores franquicias á las primeras materias cuando éstas no se producen en el país ó se producen en condiciones tan penosas, que no pueden servir de cebo á ninguna industria; pero en otro caso, se puede llegar hasta á los derechos prohibitivos, que es lo verdaderamente acertado y patriótico. Lo absurdo es, en cambio, hacer pagar al petróleo derechos exorbitantes, cuando su carestía no beneficia á ningún producto nacional y los perjudica á todos, puesto que á la carestía responde el público aminorando el consumo y nada más, es decir, trabajando más de día y menos de noche, lo cual sin duda hará subir misteriosamente la renta de aduanas cuando con tanto ahínco se impuso la reforma por el anterior Gobierno.

Y ¿qué diremos de los calificativos que algunos diarios han tributado al Círculo Mercantil por sus protestas contra el Real decreto objeto de estas líneas? Que por desgracia tienen mucho más de exactos que de erróneos. Que en Madrid va germinando el verdadero comercio, el que brota junto á la industria y conoce sus palpitaciones y sus necesidades, no lo ignoramos: ese comercio calla y exporta.

Pero ese otro comercio que colma los escaparates de surtidos exóticos y los ilustra con inscripciones abigarradas, amenazando con una plétora de extranjerismo, ese es verdaderamente un campamento de comisionistas. Hasta las obleas se han convertido en *pains á cacheter* dentro de esos escaparates.

El comercio que podríamos llamar militante de Madrid, apenas se acuerda de las industrias nacionales más que para desdeñarlas y deprimirlas, complaciéndose á continuación en decantar las excelencias de los artículos extranjeros y refocilándose como si estuviese consiguiendo una señaladísima victoria. Exhibe objetos de Islandia, de Patagonia, del mar de Azof, del Tíbet, del estrecho de Bering, de Onomotapa, del Polo Artico, y del Antártico, de todas partes menos de España. Tal vez nuestras clases acomodadas adolezcan de extranjerismo en más de una ocasión; pero ¿qué hace el comercio de Madrid por combatir ese achaque y encauzar los caprichos y aficiones del consumidor? Absolutamente nada. Para todo está pronto menos para dar días de prosperidad á las industrias nacionales: su mejor hazaña suele consistir en ir á vaciar la gabeta á París, Londres ó San Petersburgo, volverla á llenar á Madrid y vaciarla nuevamente en Filadelfia ó en Moscow.

Se leen en los diarios de mayor circulación enfáticos anuncios del corte siguiente: «Fulano de Tal, conocido comerciante de esta Corte, acaba de salir para Novogorod y riberas del Eufrates, de donde regresará con un inmenso surtido de bollos y can-

grejos *extra*, que harán las delicias de su inagotable clientela. »

«Acaba de llegar del Cabo de Buena Esperanza el activo comerciante Don Mengano, con cuatro trenes de cajas de cerillas inglesas, superiores infinitamente á las de la tosca fabricación española. » Etcétera.

Optamos, pues, por que nuestros Gobiernos, obligados á mirar por el día de mañana y por la prosperidad omnímoda y total del país, tomen eficaces medidas para contrarrestar esos pugilatos de novelería, esas obcecaciones perniciosas, esas monomanías antinacionales, levantando entre el maniático y el objeto de su manía, tan alta como sea posible, la barrera de los Aranceles.

Distingue tempora et concordabis jura.

F. AGUILAR Y BIOSCA.

ALBUM DE POESÍAS

TRIUNFO DEL AVE MARÍA

I

Fiera indignación creciente
Arde en el Real de Castilla;
Rugen los nobles y el Rey
Arruga su veste rica.
Sobre los raudos corceles,
Con acicate y sin bridas,
Vuelan Córdoba y Pulgar,
Y Guzmanes y Tendillas;
Porque Tarfe el valeroso,
El arrogante en la liza,
El campeador más bizarro
De la Vega Granadina,
En la tienda de Isabel
Lanzó con mano atrevida
Dardo certero, que tiembla
Ostentando verde cinta.
Verde cinta que su mora
Zaida, la apuesta y la linda,
Por un ajimez le echara
Y él recogiera en su pica.
Nubes de polvo en la Vega
Y en el Real nubes de ira
El viento de la venganza
Levanta y arremolina.
Y á trechos lucientes cota
Y espada y cascos brillan;
Piafan los fieros brutos,
Los nobles ¡guerra! apellidan,
Y entre el polvo, que el sol dora,
Sólo á veces se divisan
Las plumas de las cimeras
De rojas y verdes tintas;
Y parece que los aires
Sus mismas aves envían
Contra el moro, que va huyendo
Medroso de su osadía.
Ya lo alcanzan; ya á su oído
Suenan claras y distintas
Voces de reto y de enojo,
Que cual flechas le acribillan.
— ¡Cobarde! — Pulgar le llama;
— ¡Traidor! — Gonzalo le grita;
— ¡Perro que ladras y huyes! —
Brama el Conde de Tendilla,
Y el Duque de Cádiz ruge:
— Ponce de León te cita;
Ven, que es justo que hoy á Zaida
Vuelvas roja la divisa. —
Ya es suyo; ya el resoplido
De los corceles que aguijan
Con las voces belicosas
A su oído se avecinan;
Mientras en el Real los ojos
De los guardias y meninas
De la Reina, con relámpagos
De gozo, cantan su dicha.
Mas fué en vano; que en Granada
Entróse Tarfe de prisa
Y cerró sus férreas hojas
La vieja puerta de Elvira.
Sombras de rabia y de encono
Ennegrecieron la vista
De los fuertes paladines
De la Reina de Castilla.
Se hizo noche á su venganza,
Y entróse en Granada el día,
Y entre nieblas de coraje
Al Real tornaron la brida.
Mudo de enojo y con calma
Que más delata su ira,
Pues parece estatua hermosa
Que labrara el mismo Fidias;
Puestos los ojos azules,
Pregoneros de desdichas,
En los ricos alminares
De la moruna mezquita;
Y en la cruz de su tizona
La mano invencible fija;
León en lo apuesto y bravo
Nacido en la ardiente Libia,
Pulgar el de las hazañas
En la más ardua medita
Que jamás vieron los siglos
Ni osó fraguar la mentira.
Y lo que piensa lo jura
Con la voz ensordecida,
Como los truenos lejanos
De la tormenta vecina.
Y los nobles, que lo escuchan
Enardecidos, se obligan
A cumplir su juramento
En empresa peregrina.
Y luego con dura saña
Los nobles brutos castigan,
Revolviéndolos airados,
Y al Real cristiano los guían.
Mientras se nublan de moros
Las murallas granadinas
Y las flechas á millares
Volando, á su oído silban.

II

Negra cerrazón envuelve
En sombras densas á Alhama
Y en su moda fortaleza
No relumbran las adargas;
El sueño rinde al soldado
Que atisba en las atalayas
Y tienta al membrudo alfarez,
Que cabecea á las ascuas.
Por las calles silenciosas
Sólo el viento leve pasa;
No hay un doncel en las rejas,
Ni se queja una guitarra.
Sólo un jinete brioso
Parado espera en la plaza
Y su corcel de impaciencia
Pega recias manotadas.
Y en tanto las vastas nubes
Ni se ahuyentan ni se rasgan,
Ni se barrunta la gente
Que airado el jinete aguarda.
— ¿Quién va? dijo al fin, oyendo
De otro corcel las pisadas.
— Tristán — una voz repuso.
— ¿Y los otros?
— Poco tardan.
— Mucho tardan, y la noche
¡Vive Dios! que va bien alta.
— Ya se acercan.
— Ya era hora;
Que presto rayará el alba;
Y mientras más se avecina
Más se afana mi esperanza,
Porque no se lleve el aire
Juramentos y palabras.
Servicios del Rey pusieron
Fuertes grillos á mis ansias;
Mas ya servido está el Rey
Y sin servir nuestra fama.
Callóse y quince jinetes
Metidos en sus corazas
Se acercaron saludándole;
Mas él les rugió: — á Granada. —
Y torciendo por callejas
Aquella hueste bizarra,
Iban espantando el sueño
Y despertando el alarma.
Con un chirrido de buho
Se abrió lenta una ventana,
Vieja ó buho apareciéndose
Curiosa y despeluznada.
La luz de su candilejo
Hirió temblando las armas
Del garzón que va delante,
Dándole el lleno en la cara.
Alta la férrea visera
Rostro hidalgo se destaca
De ojos garzos, que echan chispas,
Y de breve y blonda barba.
De aguerrido continente
Robusto el pecho levanta,
Donde tiene el heroísmo
Cristiano su propia casa.
Con diestra mano gobierna
El bridón en que cabalga,
Y lleva el cuento en la cuja
Fulgar el de las hazañas.
Reconocíólo la vieja,
Que harto común es su fama,
Y mientras cierra el postigo
Dijo chillona y enfática:
— ¿Con Pulgar ir los hidalgos?
Con alfileres pegada
A fe lleváis la cabeza
En arriesgada demanda. —
Bajó Pulgar la visera;
Pidióle al viento sus alas;
Picó de espuela al caballo;
Dejóle las riendas francas;
Y seguido de los suyos
Salió de la fuerte Alhama,
Como una tormenta ronca,
Que entre las sombras avanza.
No hay valladar que no brinquen,
Ni ancho arroyo, ni honda zanja,
Que no salven los bridones
Sin dejar su marcha randa.
Las plumas del capacete,
Que al aire ondulan gallardas,
En la indómita carrera
Van quedando entre las zarzas.
Mas no se quedan los ímpetus,
Que en el corazón se arraigan
Y van creciendo á medida
Que es más difícil la marcha;
Hasta que la luz del día
Los sorprende y los ataja,
Como un aviso del cielo,
Como un conjuro de maga.
En un paraje sombrío
Buscan agreste posada;
Porque en el tiempo de guerra
No sólo el malo se guarda.

Y allí el breñal agrio y áspero
Que habitan las alimañas,
Tal oculta su heroísmo
Como el pedernal la llama.
Por fin la noche sombría
Viene cual clara esperanza,
Y entre las nieblas envueltos
Siguen su carrera rápida.
Ya las sombras de los muros
De la morisca Granada
En su propio seno esconden
A aquella hueste cristiana.
Riberas del Dauro arriba
Pulgar silencioso avanza
Hasta dar con los estribos
De la *Puente de la Paja*.
Y allí, dejando el overo
Y seis valientes de guardia,
Con el resto fué avanzando,
Apercibidas las armas;
Y saltando unas acequias
Dentro la ciudad se hallan,
Discurriendo por sus calles,
Negras cuevas de ira y saña.
Ante tan grande heroísmo
Nimiedades son las fábulas
De los trabajos de Hércules
Y los fuertes Argonautas.
Mil torres hay que no duermen
Y ojos tienen sus murallas;
Una guerra que autoriza
Las más crudas represalias;
Un riesgo en cada latido;
Una muerte en cada casa
Y cien mil odios que afilan
Las cuchillas de sus lanzas.
Mas los peligros que el miedo
Despeluzna y agiganta,
El valor los ve mezquinos
Y el héroe vanos fantasmas.
Con alientos más briosos
Cuanto el riesgo más se agrava,
Llegan á la gran Mezquita,
Que altos alminares alza.
Pulgar, allí arrodillado,
Desnuda su fuerte daga,
Y al cielo alzando los ojos
Y con los ojos el alma,
Dijo: —Madre de Dios vivo,
Qus nos acorres y guardas
Y nos llevas al combate,
Siendo tú la capitana;
Tu dulce Nombre, que triunfa
De las corvas cimitarras
Contrarias á tu pureza,
Mi fuerte mano aquí clava.
Todo á tu nombre se humilla:
El mar besando la playa;
El monte en ondas de fuego;
El torrente en cataratas;
Y contra el hostil alarbe
Aun hoy tu victoria cantan
Las breñas de Covadonga
Y los campos de las Navas.
Triunfe aquí también glorioso,
Para que diga la patria:
Toda España por María,
Pues por María es Granada.
Y esto diciendo, en las puertas
Clavó sobre férreas chapas
Aquel *Ave* peregrino
Que siempre victoria alcanza.
— Bien haya tu fuerte mano,
Pulgar el de las hazañas,
Que hoy limpia el rostro á la Iberia
Del deshonor de la Cava.
No incendies con tardo fuego
La Alcaicería cercana;
Dispersa esa ronda mora
A tajos y á cuchilladas;
Arroja esa tea inútil,
Cabalga presto, cabalga,
Que despierta la pantera
Y estás metido en su jaula.
Ya estás libre..... ¿Oyes los gritos
Que la altiva ciudad lanza?
Es que el fuego de los cielos
Está ardiendo en sus entrañas.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

(Continuará.)

TEATROS

Á VUELA PLUMA

Tenemos las cuartillas delante, la pluma en ristre, y nuestro espíritu fluctúa y se apoca al pensar en la ingrata tarea que nos espera. ¡Cuánto estreno y cuánto fracaso en lo que va de año! Y no es por falta de ánimo, no señor, ni mucho menos. Pero la crítica es ocupación tan improba y pesada, que antes de lanzarse á ella es de todo punto imprescindible liarse la manta á la cabeza, y venga lo que viniere.

Las empresas están hoy día muy mal acostumbradas, hechas á que se empuñe el bombo y los platillos á cambio de algún favor de contaduría; los artistas cuentan ante todo con la ausencia del sentido moral por parte de los espectadores, y los que escriben para el teatro todo lo fían de la benevolencia del público y de la parcialidad de sus deudos y amigos.

¡Ah! la crítica no es oro, ni con mucho. Se va convirtiendo en un mito, y los que cumplimos fiel y lealmente nuestra misión vamos pasando á la categoría de erizos, ó poco menos, cuyas amargas verdades nos enajenan las simpatías, dejando casi siempre el nombre malparado, y hasta llegan á influir de un modo harto directo en nuestros ya exhaustos y anémicos bolsillos.

— Pérez, dice el director de cualquier publicación á la usanza del día — *mores pancesca* — hágame usted el obsequio de escribir la crónica de teatros.— Con mucho gusto, contesta el interpelado. —¿La quiere usted sola, ó con patatas? — Con mucha benevolencia y nada de mostaza. — Y Pérez hace su crónica, vierte en ella todo su repertorio encomiástico, hace alarde de su erudición á la violeta, hasta para tratar de las obras con pantorrillas, cobra su dinerito, y el director del órgano de la opinión pública y de la prensa no tiene más que abrir la boca para que le lluevan palcos y butacas, y *tutti contenti*.

Pero que se atreva el incauto Pérez á respirar por la herida, á decir lo que siente y lo que piensa de los *infundios* literarios, de los arreglos transpirenáicos con remiendos peninsulares, y entonces las cañas se vuelven lanzas. Ya no hay salvación posible, ni artículos, ni dinero, ni sonrisas estudiadas delante del espejo de la carátula y la farándula, ni cenas entre bastidores, ni meriendas, ni nada. Es decir, sí; á veces suelen convertir al pobre Pérez en merienda de negros, para escarmiento de los que como él se atrevan á emprenderla con las notabilidades del teatro moderno.

Nosotros creemos á ojos cerrados que el teatro debe ser la más alta manifestación del arte; es una debilidad como otra cualquiera convertirlo en oficio; hacer piezas como el que hace buñuelos, nos ha parecido siempre ardid bajo y ridículo.

Las traducciones, los arreglos, las composturas, eso que nos están sirviendo á diario en los primeros teatros de la corte, donde acude presuroso un público que se precia de inteligente y que paga además lo que le piden con nunca bien ponderada resignación, nos parecería casi disculpable si careciésemos de poetas insignes, de dramaturgos inimitables, cuyas producciones han asombrado al mundo entero.

Pero teniendo un teatro clásico como el nuestro, ¿quién nos manda ir á mendigar á nuestros vecinos los franceses sus tuberculosos frutos, para acabar de pervertirnos y estragarnos el paladar? ¡Sí, tuberculosos frutos!, pues ¿á quién se le oculta que ni con pinzas pudiérase elegir una colección de obras tan inmorales ó tan insulsas como las que están constantemente sirviéndonos en castellana salsa aderezadas?

Pero, en fin, basta de exordios y vamos al grano, pues el tiempo apremia y el camino que nos queda por recorrer es largo.

***

El *Teatro Español* ha puesto una pica en Flandes, pero una sola, durante este nebuloso y helado mes de Enero. Nos referimos al estreno de *El prólogo de un drama*, obra en un acto y en verso, original de D. José Echegaray, que se ha dejado en esta ocasión de ciencias exactas y de astrolabios.

En *El prólogo de un drama*, como en todas las obras del autor insigne, hay lucha de pasiones, deseos de venganza y cintarazos que es un primor; pero todo esto unido á una riqueza de ideas, á una lozanía en la versificación, á una energía en el decir, que pregonan muy alto que D. José no bebe en otras fuentes para sacar su inspiración que en las de esta hermosa tierra de España.

Todos los personajes que intervienen en el boceto artístico están pintados de mano maestra, y hay un rufián que bastaría por sí solo para consolidar la reputación de un escritor dramático, sea quien fuere.

El protagonista de la obra, Leoncio, es una figura brillantísima y que interesa desde un principio. Oigámosle con qué brío, con qué concisión relata el suceso que le trae iracundo y sediento de venganza al hogar.

. . . . . .
. . . . . .

LEON.º Mucha gente por la villa
alborozada y gozosa.
¡Nunca he visto más hermosa
ni más alegre Sevilla!
Se caminaba á empellones,
entre gritos y codazos,
hacia arriba muchos brazos,
y al viento muchas canciones.
El sol rozando el Poniente
y cegándonos los ojos,
y mandando rayos rojos
por encima de la gente.
Al fin, del todo se hundió
bajo el tendido celaje,
empalideció el paisaje
y el crepúsculo empezó.
Delante, el hombre que os digo
marchaba no sé con quién,
y junto á los dos también
y en los brazos de un mendigo,
una niña de tez clara
y de revuelto pelambre,
con la miseria y el hambre
retratándose en la cara.
Lo vistoso del rufián
por fin llamó su atención;
¡tanto dorado galón
y cintajo de Milán!
Y de su rostro hechicero
los ojos tristes y hundidos,
se fijaron sorprendidos
en la pluma del sombrero.
La mano hacia ella tendió,



CASTILLO DE FROHSDORF.

hizo presa con afán,
dió media vuelta el rufián
y la pluma se tronchó.
El miserable enrojece,
le da á la niña un revés,
quiere repetir después,
la sangre se me enardece,
su muñeca con mi mano
sujeto, y mientras la ciño
le rujo: «¡Quien pega á un niño
es cobarde y es villano!»
Al encontrar resistencia
él se revuelve y me mira;
hacia atrás el brazo tira,
se desprende con violencia
y con sonrisa procaz
diciendo: "¡Lo que te debo,
que hay para todos, mancebo!»
pone su mano en mi faz.
¡Un instante.....! ¡un siglo fué!
un coro de carcajadas,
mil figuras empinadas
gritando: «¡que no se ve!»
Se me desplomó Sevilla,
quedé loco y quedé ciego,
sentí pegada con fuego
una mano á mi mejilla.
En un grito el alma va.....
Hago círculo..... me encojo.....
saco mi espada..... me arrojo.....
¡el hombre no estaba ya.....!

. . . . . .

La ovación fué entusiasta y merecida. La señora Guillen, Donato Jiménez, Ricardo Calvo; en fin, todos los artistas que tomaron parte en la ejecución de la obra portáronse como buenos, excediéndose á sí propios. Aquello fué un verdadero torneo artístico, y no nos cabe la menor duda que cuantas veces se represente *El prólogo de un drama* se oirá con mucho gusto. *A tout seigneur, tout honneur!*

Pero no todo el monte fué orégano, como se verá á continuación.

Los tres ó cuatro estrenos que hubo después resultaron fracasos, *colapsos escénicos*, con lo cual está hecha la apología de la dirección artística del primero de nuestros teatros.

Para presentar antiguamente una obra, no ya en el Español, pero en cualquier parte, era preciso tentarse antes la ropa. Hoy, teniendo amistad con el bombero de servicio, con la aguadora ó con el tramoyista, basta y sobra para figurar en el cartel del coliseo más importante, *quoiqu'on ait vécu, ce que vivent les rosses.*

¿No se conoce á nadie en Eslava? Pues al Español con el mochuelo. Así es que se estrena *Pachón y..... pata.* El público se llama á engaño y protesta. Se estrena *Volver á tiempo*, y los espectadores deploran no haberse marchado con ídem, y se oponen con todas sus fuerzas á que los amigos del *finado* salven el nombre, por el temor muy natural de verse obligados á ensanchar el número de sus relaciones.

***

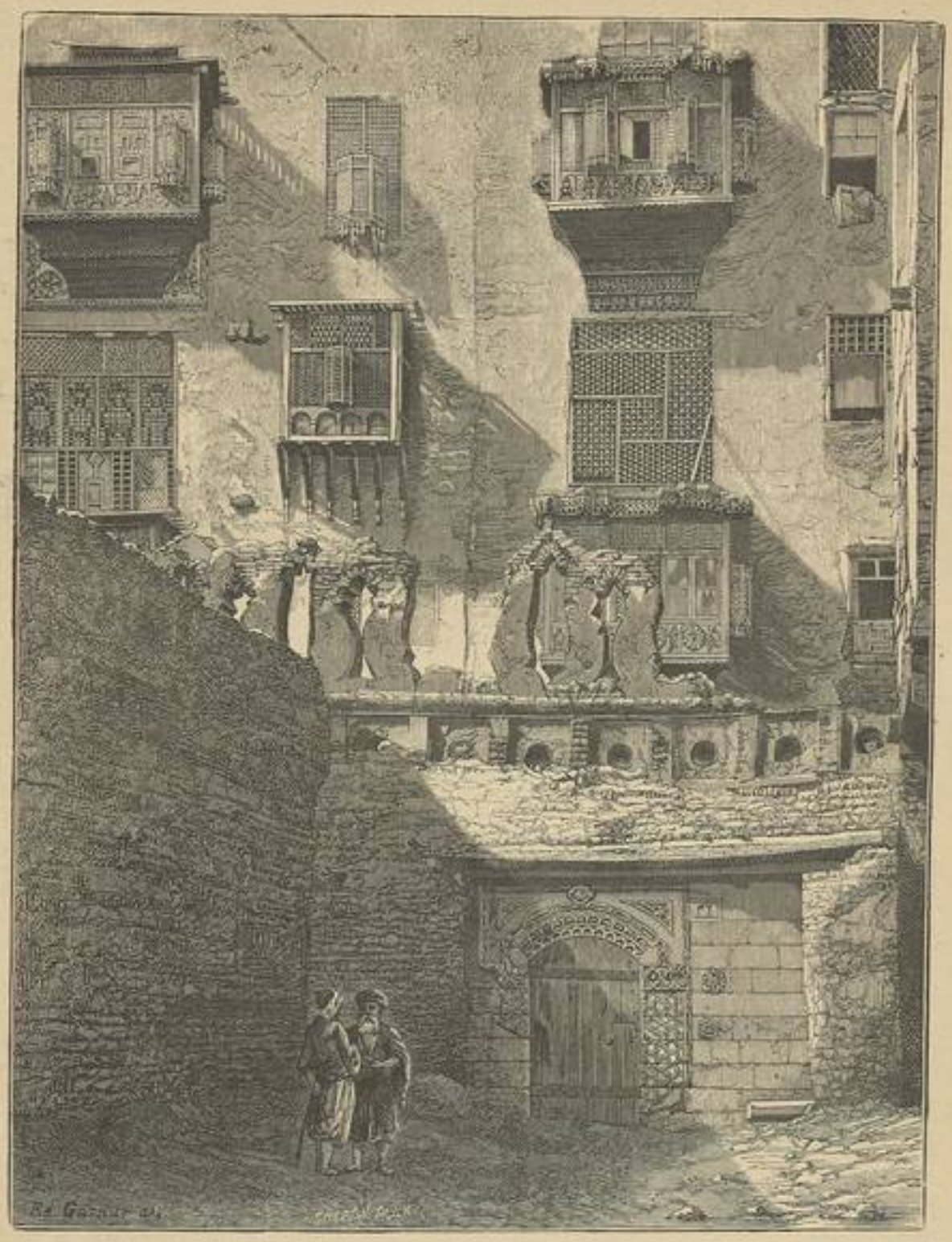
Los bombones, juguete en tres actos, de D. Mariano Pina Domínguez, estrenado en el teatro de la Comedia, obtuvo un éxito muy lisonjero. Es una traducción, pero bien hecha; y en la elección de la obra ha presidido el buen gusto, cosa muy digna de ser tenida en cuenta hoy, que tan desarrollada se halla la afición á verter sin el menor discernimiento. *Los bombones* recuerdan las obras del inolvidable Olona; no tienen desperdicio. Hay chistes de buena ley y situaciones escénicas de gran interés.

Los artistas que tomaron parte en el juguete hicieron gala de sus envidiables facultades, distinguiéndose las señoras Julia Martínez, Carmen Bernal y Carlota Lamadrid, y los señores Mario, Rosell y Mendiguchía.

También, y por no ser menos que su compañero de la misma calle, la Comedia ha hecho su correspondiente *plancha*, presentando al distinguido público que suele asistir al referido coliseo unas damiselas budapestantes que presumen de guapas y tocan toda clase de instrumentos. Tenemos entendido que ya han abandonado el santuario del arte por la pista de un circo; pero, de todos modos, la *plancha* se ha hecho, y bueno sería que Mario no olvidase que aún hay clases, y que las murguistas húngaras ó no húngaras deben irse con la música á otra parte.

***

Tres conciertos lleva dados la Sociedad dirigida por el Sr. Mancinelli, y en los tres ha obtenido grandes y merecidas ovaciones. A pesar de haber roto con la tradición, yendo á despertar los ecos vespertinos en el *Teatro Real*, nada ha perdido en el cambio, pues el regio coliseo se ve cada día más concurrido por selecto y distinguidísimo público, que aplaude á rabiar á la pléyade de profesores que Mancinelli guía y dirige con su incomparable batuta. La Sociedad de Conciertos tiene un escogido y variado repertorio, y no se da punto de reposo



EL CAIRO (LA CIUDAD VIEJA.)

para dar á conocer las novedades en materias musicales.

Los gnomos de la Al'hambra, hermosísima leyenda de Chapí, alcanza cuantas veces se interpreta, mayores aplausos, y es, por decirlo así, la nota brillante de la presente temporada.

Abrigamos la firme convicción de que no existe otra capital europea donde las sesiones musicales ofrezcan mayor atractivo y un programa más escogido, ni éste tenga una interpretación que supere á la de la Sociedad de Conciertos, que con tanto acierto dirige el maestro Sr. Mancinelli.

***

La *Zarzuela* cuenta con su *mirlo blanco*. Una niña, una preciosidad nacida á orillas del Mediterráneo y mecida al rumor de las palmeras, acaba de hacer su debut en *Campanone*, enloqueciendo al público, no sólo por su gracia y donosura, sino por los encantos de su voz, que brota de su privilegiada garganta con pasmosa facilidad.

Milagro Gorjé, se llama, pero debía cambiar su nombre por el de Ruiseñor Milagroso.

Cantó el difícil *rondó* de la divertida opereta de Mazza como pudiera hacerlo la más célebre cantante. ¡Qué seguridad en los *estacatos*! ¡qué aplomo en las *permatas* y *grupettos*!

Sin embargo, Milagro Gorjé es muy joven, demasiado joven, y está en la edad considerada como más peligrosa en la mujer. Bueno sería, pues, que sus padres no esforzarán sus facultades, que de no desaparecer pudieran mermarse con el quebrantamiento de su ya delicada salud.

***

Y ahora, benevolos lectores, no vayáis á creer que me dejo algún teatro en el tintero; no lo hago con intención dañina, sino con el buen deseo de perdonar los yerros y de olvidar los desaciertos.

¡Ah! se me olvidaba..... pues más vale tarde que nunca. *Very happy new gear.*

MISTIGRÍS.

LAS CAUTIVAS DE PATERNA

(EPISODIO DE LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS)

Acababa de entrar en su último tercio el siglo XVI.

La santa Cruz había sustituído á la media luna en las cúpulas de las mezquitas de Granada.

La voz del muezzín no salía ya de las ventanas

de los minaretes, y en cambio la vibrante campana de la catedral, aún no terminada por el inmortal Diego de Silva, llamaba á los cristianos á la oración y sus ecos repercutían en las 1.030 torres de la extensa muralla.

Al pie de la poética Alhambra mezclaba el Darro con sus arenas de oro las lágrimas de la raza expulsada, y el Marqués de Mondéjar, Gobernador general de Granada, batía á los revoltosos moriscos que afectaban el Cristianismo y hacían mofa y escarnio de nuestra santa Religión.

Habíales ganado varias batallas en Padul, la Alpujarra, Órgiva y castillo de Jubiles, y al llegar á Paterna cayeron cautivas en su poder la madre y hermanas del titulado rey de Andalucía, Aben-Humeya.

Encerradas en una vieja fortaleza y guardadas por un pequeño, pero suficiente número de soldados, no se les permitía comunicación con ningún sarraceno.

Diariamente, sin embargo, llegaba á la prisión de Paterna una joven morisca, acompañada de dos siervos de las ilustres cautivas, para preguntar por su salud y llevarlas la comida.

Un día, el jefe de la guardia, al reconocer las viandas y al ver entre ellas una redoma llena de un licor oscuro como el café, preguntó qué era aquéllo.

— Palamohud — contestó la jóven. Tomad, probadlo si queréis. Es una bebida exquisita que toman mis señoras después de la comida.

El cristiano sintió curiosidad de probarlo, y aceptando la invitación llevó á sus labios la copa en que la mora lo había escanciado.

— ¡Delicioso aroma y agradable al paladar! exclamó al saborearlo. Al fin, bebida de reina mora.

Desde aquel día hízose costumbre que, siempre que las tres moras llevaban la comida á sus señoras obsequiaran á algunos de la guardia con el tónico y estomacal palamohud.

Llegó esto á oídos de la reina mora y dió orden de que todos los días se sirviera á oficiales y soldados de la guardia el licor de bellota y plantas aromáticas que llamaban palamohud.

Así pasó algún tiempo. Los pobres Humeyas lloraban su cautividad sin esperanza alguna. La guerra no tenía término, antes bien había paralizado por entonces su desastrosa marcha, á causa de las discordias surgidas entre el Marqués de Mondéjar y el de los Vélez, á quien Felipe II había enviado para que compartiera el mando de las tropas.

Los moriscos habían adquirido nuevos alientos por esta causa, y grandes masas retrocedieron tomando posiciones en los campos de Almería y Canjayar, distante el primero diez leguas, y cuatro el segundo, del pueblo de Paterna.

Un día, al anochecer, llegó como de costumbre la joven mora con la comida para las prisioneras. Los guardianes, que esperaban el obsequio obligado, celebraron la visita. Cubrióse de tazas la tosca mesa, y jefe y soldados saborearon con delicia el palamohud.

La mora los servía. Divisábase en su semblante algo de inquietud, y, como nunca, aparecía prudente y resignada oyendo los requiebros y las indiscretas palabras de los soldados.

Cerró la noche. Uno de ellos pasó la comida á las prisioneras; los demás se desperdigaron por el cuerpo de guardia, los unos cantando y hablando los otros.

La joven mora se retiró, como tenía por costumbre, á algunos metros de distancia del edificio á esperar el recado de sus dueñas.

Una hora después reinaba en aquel recinto el más profundo silencio.

Seis moros, con otros tantos caballos lujosamente enjaezados, se acercaron á prudente distancia. La joven mora, acompañada de sus dos diarios guardianes, penetran en la pequeña fortaleza. Nadie sale á recibirlos, nadie pregunta, á nadie se oye. El cuerpo de guardia, en que tanto alborotaban antes los soldados, parece un cementerio.

— ¡Nuestra es la victoria! — exclamó la joven.— Mirad; los unos muertos, los otros dormidos. El narcótico ha vencido. ¡Gloria á Alá! No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.

Miraron al cielo, cruzaron los brazos, inclinaron la cabeza durante algunos segundos y penetraron en la prisión.

Al día siguiente, Aben-Humeya presentaba á sus tropas de Almería á su madre y hermanas, y todos juraron por Mahoma vengar en la cabeza de los cristianos el martirio de las cautivas de Paterna.

J. LOZANO.

CARTA PASTORAL

DEL

EXCMO. SR. OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

(Continuación.)

Sobre ese fundamento canónico, robustecido por la fuerza legal que se le dió después en muchos Estados, principió la acción del Episcopado católico á basar la enseñanza de las ciencias eclesiásticas y la educación del clero. De esa abundante y purísima fuente de doctrina brotan al momento en Italia el *Seminario romano* en la ciudad de los Papas, fundado por Pío IV; el de Treviso, por el Cardenal Amulio; el de Sabina, por el Purpurado Paleotti; el de Milán, por San Carlos Borromeo; el de Bérgamo y Padua, por el Cardenal Barbarigo; siguiéndose sucesivamente la fundación de esos centros docentes por los demás Prelados del Reino subalpino. Imítase en Bélgica ese mismo celo, y el Concilio de Malinas acuerda en 1570 que dentro de seis meses todos los Prelados de aquella provincia eclesiástica y de la de Flandes cumplan en sus respectivas Diócesis el decreto tridentino. El espíritu de que éste fué informado se hace sentir en las iglesias de Francia, y en el plazo de trece años celébranse allí muchos Concilios, que dan por resultado la erección de Seminarios en Rouen, Tours, Reims, Bordeaux, Bourges, Cambray, Avignon, Toulouse y otras populosas ciudades de aquel país.

Ese movimiento y laudable solicitud de las naciones europeas no podían faltar en nuestra España, que se ha distinguido siempre por su amor y adhesión á la Santa Sede Apostólica y por su fidelidad en observar y cumplir sus mandatos. Publicóse el decreto tridentino el 15 de Julio de 1563, y seis años después funda ya el Cardenal Cervantes su Seminario en Tarragona; le funda el 1580, en Huesca, el Prelado D. Pedro del Frago; los Obispos D. Sebastián Pérez, D. Mauricio Antonio de Pazos y D. Isidoro Casa de la Jara de Solorzano, los fundan el año 1583 en sus respectivas Diócesis de Osma, Córdoba y Mondoñedo; en los dos años siguientes hacen lo mismo los Obispos D. Alvaro de Mendoza en Palencia, y el Rdo. Gómez de Zapata en Cuenca; imítanles el año 1587 y 1588 los Rdos. Prelados D. Luis García de Haro, en Málaga, y D. Agustín Lezo Palomeque en Zaragoza, y en una palabra, fué tan digno de elogio el cuidado y esmero del Episcopado español por poner en práctica lo prescrito por los Padres de Trento, que hubo Prelado, como D. Pedro Guerrero, que se anticipó á los deseos de la Iglesia, fundando e Seminario de San Cecilio en Granada once años antes de que se promulgase la disposición conciliar [1].

1 Hay historiadores que sostienen haber sido establecido dicho Seminario mucho antes del año 1547, y que el Rdo. Sr. Guerrero no hizo más que darle Constituciones.

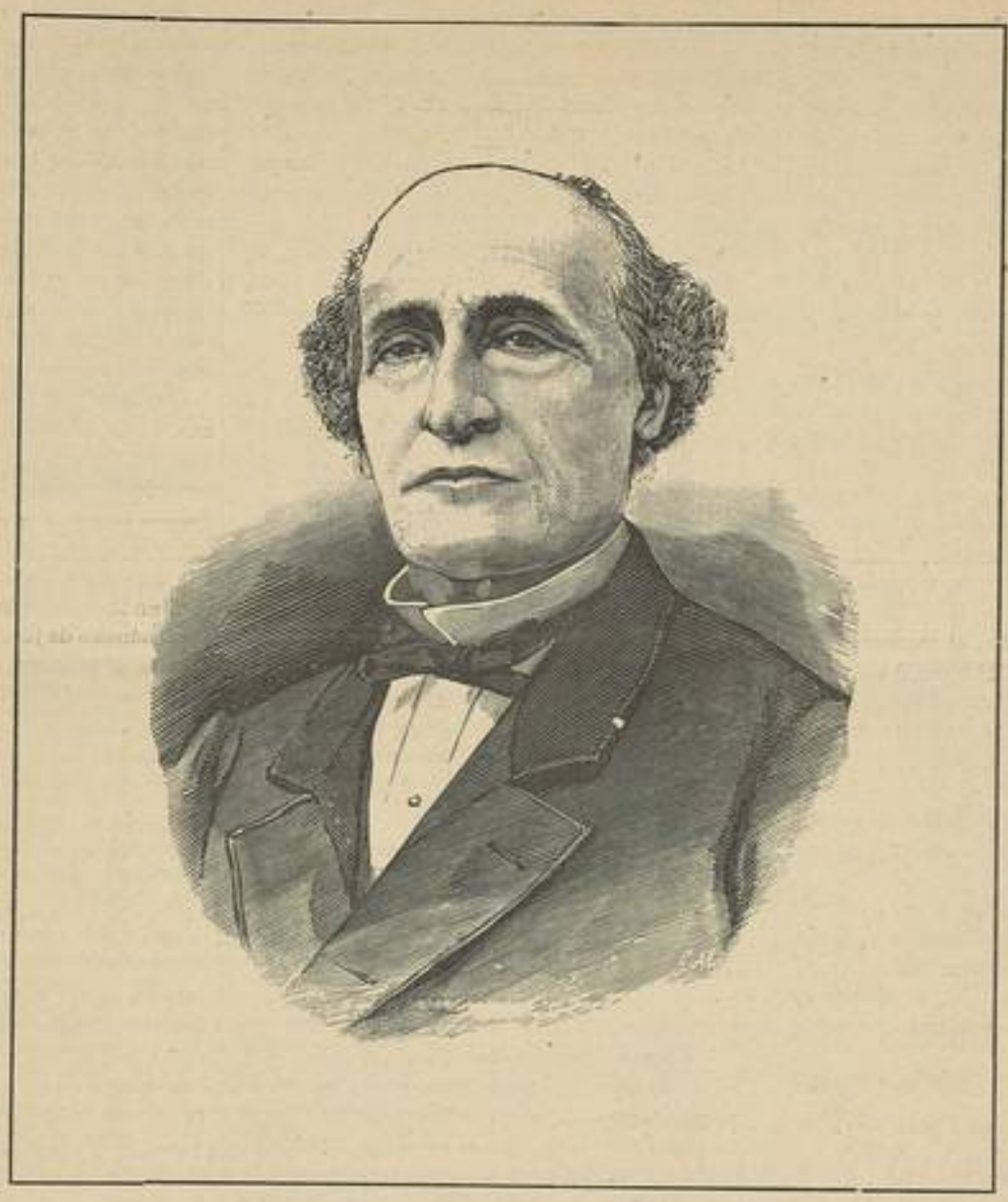
Ahora bien, amados hijos nuestros: siendo un punto de disciplina general eclesiástica de carácter obligatorio el que se erija en cada Diócesis un Seminario, no hay razón alguna para que la que ha sido confiada á nuestra solicitud pastoral se sustraiga á la observancia de esa ley común. Al contrario, atendida su extensión, el número de fieles y las circunstancias en que se encuentra, no habrá quizás ninguna otra que tenga mayor necesidad de dicha institución. Para el servicio espiritual y funciones del ministerio eclesiástico, en esta capital hacen falta 1.200 Sacerdotes, y quedan todavía fuera de la misma más de 216 parroquias, sin contar coadjutorías, ni anejos, ni ermitas, ni conventos, para cuya asistencia son necesarios otros 250 eclesiásticos.

Causanos gran pesadumbre el carecer de un edificio de capacidad bastante para educar el personal que se requiere para todos esos servicios. Estamos en el siglo XIX, y sin embargo, la escasez de recursos nos obliga á tener reducida la enseñanza á las condiciones en que se la daban á su clero los Prelados del primer siglo de la era cristiana. Destinaban ellos en su morada una habitación, y á ésta asistía el corto número de jóvenes que entonces se preparaban para la clericatura. Su situación era todavía más ventajosa que la nuestra, porque como tenían entonces menor número de fieles, podían atender á sus necesidades espirituales con menos personal eclesiástico, mientras que habiendo cambiado los tiempos y circunstancias, habiéndose variado notablemente los programas y planes de estudios, y habiéndose multiplicado, por la misericordia de Dios, el número de creyentes y de parroquias, se exige de Nós que preparemos y demos Sacerdotes, adornados de virtud y de ilustración, y en número proporcionado al movimiento y necesidades de la sociedad actual, sin proporcionarnos elementos para ello y sin disponer para ese fin más que de una estrecha habitación, destinada á enseñanza eclesiástica en nuestra morada, en donde hay y caben solamente 50 jóvenes, formando comunidad y siguiendo sus estudios para entrar después en el estado sacerdotal.

Sin embargo de eso, vosotros me pedís Sacerdotes instruídos, Sacerdotes de vida ejemplar, Sacerdotes para los pueblos, Sacerdotes para las ciudades, Sacerdotes para las parroquias, Sacerdotes para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, Sacerdotes para la predicación evangélica, Sacerdotes para el culto en las capillas públicas, Sacerdotes para quinientos oratorios privados, Sacerdotes para el confesonario, Sacerdotes para misiones, Sacerdotes para dirección de comunidades religiosas, Sacerdotes para la educación de vuestros hijos, Sacerdotes para las obras de celo, Sacerdotes para hospitales y asilos benéficos, y Sacerdotes, en fin, para cementerios, colegios de enseñanza y otras obras á las que deseáis dar por base la Religión.

Vuestros deseos son eminentemente cristianos, y desde luego los alabamos, bendecimos y damos nuestra aprobación. Pero, ¿cómo es posible que con una reducida escuela y con cincuenta estudiantes internos, que se educan en la misma para la clericatura, podamos atender á vuestras súplicas y llenar vuestras laudables y santas aspiraciones? ¿Cómo podría pretenderse de un Ministro de la Guerra que diera soldados para defender las fronteras de la nación, soldados para conservar el orden público, soldados para guardias, para guarniciones, para grandes paradas, para seguridad de los viajeros, y soldados, en fin, para vengar ultrajes inferidos al honor patrio, ó para prestar otros muchos servicios públicos, si antes se le niegan cuarteles en que albergar y disciplinar esas fuerzas, y academias en que se formen los oficiales y jefes para dirigirlas y mandarlas?

Una de las injusticias de este siglo consiste en



D. JOSÉ VALERO, ACTOR DRAMÁTICO.

exigir mucho de la Iglesia y quejarse de que no responde á las necesidades de actualidad, al propio tiempo que se la despoja del patrimonio que le fué legado por la piedad de las pasadas generaciones, y se la rehusan los medios indispensables para llenar en mejores condiciones su misión docente en bien de la sociedad. En interés de la Religión, de la moralidad de las costumbres, del derecho de propiedad, de la prosperidad de la familia y del respeto debido á la pública autoridad, se quiere un clero joven, piadoso, ilustrado, activo y que, colocado á gran altura del saber, combata todos los errores modernos con una lógica irresistible, esmaltada de delicadas formas y de un estilo lleno de poderosa atracción; pero al propio tiempo se descuida el asegurar los dos remedios sin los cuales el Clero así educado jamás se podrá alcanzar. El promover las vocaciones al estado eclesiástico es uno de ellos, y consiste el otro en disponer de un edificio de bastante amplitud, dotándole á la vez de un profesorado docto y experimentado, y de un esmerado material, que esté en armonía con la perfección de la enseñanza y con los adelantos de las ciencias en nuestros días.

En vuestras manos está la consecución de esos dos medios, y por lo que toca al primero, procurad no contrariar jamás las inclinaciones que, desde la infancia de vuestros hijos, se despierten en los mismos hacia el santuario y las prácticas de piedad. En vez de permitiros delante de ellos conversaciones peligrosas, de las que en su inteligencia puedan surgir dudas contra la Religión, ó en su corazón entusiasmos idolátricos por el oro ó el placer mundanal, al contrario, con vuestros consejos, con vuestro ejemplo y con testimonios exteriores de vuestra conciencia inspiradles honor y reverencia al sacerdocio; restituid á éste el puesto que le es debido por encima de las cosas humanas; decid á vuestros hijos primero que el deber más importante es el de amar y servir á Dios, y que bajo este concepto, la dignidad más alta y la ocupación más noble que puede haber sobre la tierra es la de consagrarse por razón de profesión y estado á su santo servicio y á la salvación de las almas; enseñadles que ante la voz de vuestra razón y la autoridad de vuestra fe los intereses materiales sólo tienen un valor relativo; que no pueden apetecerse como fin último, sino como simples medios, cuyo buen uso puede conducir á él, y que por su naturaleza nada significan, comparados con los bienes eternos, que nos están reservados en la otra vida; y finalmente, explicad á vuestros hijos el plan divino de la Redención, y declaradles que el Sacerdote es Embajador de Jesucristo cerca de los hombres, que está investido de divinos poderes, y que por su augusto ministerio vuelven los náufragos de la culpa al puerto de salvación. Predicad á vuestros hijos esas saludables máximas desde que los acariciáis en la infancia hasta que los amonestáis en su mayor edad, y veréis cómo muchos de ellos, auxiliados de la divina gracia, marchan resueltos al estado eclesiástico, huyendo de los peligros del mundo, como la inocente paloma vuela al palomar para librarse de las asechanzas del azor.

Una de las ventajas más notables que la antigua sociedad española tenía sobre la moderna consistía en que todas las clases de aquélla, no solamente reputaban como un alto honor, sino también como un deber, el preparar alguno de los vástagos de la familia para la milicia eclesiástica. Era un beneficio incomparable la reunión de individuos de todas las clases y jerarquías en el *real sacerdocio*, porque bajo las enseñanzas divinas y augusta autoridad del mismo se encontraban amparados todos los derechos y garantidas todas las libertades legítimas del organismo social. Esa alianza y representación de todos los estados, nobles ó plebeyos, en la jerarquía eclesiástica, estrechaba por modo admirable las relaciones entre todos, y borraba la inmensa distancia con que el genio de la discordia los ha separado, tan luego como abandonaron el puesto que les estaba reservado en el orden sacerdotal. Es un hecho innegable que desde que los pueblos principiaron á mostrarse ingratos á los incomparables beneficios recibidos de la Iglesia, y por haberla visto empobrecida, dejaron de acudir á ella como al santuario de paz, en donde se terminaban las discordias y se vigorizaban los vínculos de unión fraternal, han sido estériles é ineficaces todas las revoluciones y todos los cambios políticos con que se ha intentado

nivelar las condiciones y remediar el estado habitual de agitación, temores y anarquía que conturba la actual sociedad.

Y así como impregnando vosotros la vida y costumbres de vuestros hijos del espíritu de fe y de piedad podéis aumentar el contingente de vocaciones al estado eclesiástico, así también podéis contribuir, según vuestra posición y facultades, á la edificación del Seminario Conciliar, que es la esperanza de la Diócesis y el plantel fecundísimo de donde han de salir los ministros de la Religión y los maestros espirituales de los pueblos. Esa casa de oración, de virtud y de ciencia responde á una necesidad social, porque no hay sociedad, sea pública ó privada, que pueda subsistir sin una moral y sin principios religiosos, por donde se ve que los Sacerdotes que, después de educados piadosamente en el Seminario, se separan de éste para predicar la moral evangélica en su augusta sencillez, y la obediencia á las leyes, y el amor del prójimo, y todas las virtudes sociales, prestan un servicio público de importancia trascendental y son los verdaderos bienhechores de la humanidad.

(Continuará.)

ADVERTENCIA

El exceso de original nos obliga á no publicar hoy *Las maravillas del amor*. En el número próximo daremos ración doble para compensar la falta.

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 30 años
Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

LOS QUE TENGAN TOS
va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3.—Teléfono n.198.

GRAN CERERÍA



ESPECIALIDAD en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **CERAS PURAS DE ABEJAS** para el CULTO CATÓLICO, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS
en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FÁBRICA de BUJÍAS ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES
de todas clases y varios precios. **Cirios y blandones esteáricos** de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA ARTÍSTICA
8, Caballero de Gracia, 8
Estampería, grabados, oleografías, *Vía-Crucis*, sacras, fotografías, etc.
IMÁGENES TALLA
Se hacen de encargo y con esmero en la ejecución.

GRANJA DEL ATANOR
Calle de Moreno Nieto, 1, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)
MADRD
ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS
Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

ACEITE de HOGG



de HÍGADO FRESCO de BACALAO, *NATURAL y MEDICINAL*
El mejor que existe puesto que ha obtenido *la más alta Recompensa* en la Exposicion Universal de Paris de 1889
Recetado desde 40 AÑOS en Francia, en Inglaterra, en España, en Portugal, en el Brazil y en todas las Repúblicas Hispano-Americanas, por los **primeros médicos del mundo entero,** contra las **Enfermedades** del **Pecho, Tos, Personas débiles,** los **Niños raquíticos, Humores, Erupciones del cútis,** etc.
Es mucho mas activo que las *Emulsiones* que contienen mitad de agua, y que los *aceites blancos* de *Noruega*, cuya epuracion les hace perder una gran parte de sus propiedades curativas.
Se vende solamente en frascos TRIANGULARES.—Exíjase sobre la etiqueta el SELLO AZUL del Estado Francés
Solo Propietario: HOGG, 2, rue Castiglione, PARIS, y en todas las Farmacias.

LA MARGARITA EN LOECHES
Antibiliosa, antiherpética, antiescrofulosa, antisifilítica y reconstituyente.
Es la *única* agua que produce los saludables resultados que todos conocen, pues su uso general y constante durante *treinta años* así lo demuestra.
No *confundir* la botella de **La Margarita** con la de otra agua que la ha *imitado* para que el público la confunda con aquélla. En competencia **La Margarita** con *todas* las similares, ó que pretenden producir iguales y aun *mejores resultados*, fué declarada *la primera* en la Exposición internacional de Niza, obteniendo la primera distinción, ó sea el
Único gran diploma de honor.
Hecho el análisis por **M. Hardy,** químico ponente de la Academia de Medicina de Paris, fué declarada esta agua la mejor de su clase; y del minucioso análisis practicado durante seis meses por el reputado químico Doctor D. Manuel Sáenz Diez, acudiendo á los copiosos manantiales que nuevas obras han hecho aun más abundantes, resulta que **La Margarita de Loeches** es, *entre todas* las conocidas y que se anuncian al público, *la más rica* en sulfato sódico y magnésico, que son los más *poderosos purgantes*, y la *única* que contenga carbonato ferroso y magnésico, agentes medicinales de gran valor como *reconstituyentes*. Tienen las aguas de **La Margarita** *doble cantidad de gas carbónico* que las que pretenden ser similares, y es tal la proporción y combinación en que se hallan todos sus componentes, que las constituyen en un específico irreemplazable para las enfermedades herpéticas, escrofulosas y de la matriz, sífilis inveteradas, bazo, estómago, mesenterías, llagas, toses rebeldes y demás que expresa la etiqueta de las botellas que se expenden en todas las farmacias y droguerías, y en el Depósito central, Jardines, 15, bajo derecha, donde se dan datos y explicaciones. En el último año se han vendido
más de dos millones de purgas.

Academia de segunda enseñanza.
Leganitos, 10, segundo derecha.
Clases de Religión y Moral, Latín, Retórica y Psicología, por un señor Presbítero, Doctor en Letras.
Clases de Derecho, por un Doctor.
Idem de Matemáticas, por un Subdirector de Comunicaciones.
Idem de Física y Química, por un Licenciado.
Idem de Francés é Inglés, por un Intérprete de Lenguas.

MELLERIO HERMANOS
3, Carrera de San Jerónimo, 3.
Unicos representantes en Madrid de la acreditada casa de orfebrería de los Sres. Christofle y Compañía, de Paris.
Premiados con diploma de medalla de oro en la Exposición Vaticana.
OBJETOS DE IGLESIA
É IMÁGENES DE CARTÓN PIEDRA, PASTA DE MADERA Y ESCULTURA
Hay á **2,50** pesetas reproducciones en metal del crucifijo ejecutado para Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo.

BRONCES PARA IGLESIA
Primera Casa en España.
Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.
Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.
RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID
Antiguo depósito de San Juan de Alcaraz.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. NÚMERO 3. — Madrid 15 de Febrero de 1891. NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
1.º mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 pr. fs.
Un año..... 16

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »



EXCMO. SR. MARQUÉS DE CUBAS, DIPUTADO ELECTO POR MADRID.

SUMARIO

Texto.

La Quincena, por el Marqués de Valdeflores. — *Grabados*, por Don Antonio de Olmedo. — *Boletín religioso*, por J. I. — *Nubes de estío: Un capítulo de Pereda. — Alonso de Acevedo: su poema La creación del mundo*, por D. Angel Lasso de la Vega. — *Teatros*, por Mistigris. — *Las maravillas del amor* (continuación), novela, por Don Angel Salcedo Ruiz. — *Pastoral del Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá sobre la urgente necesidad de un Seminario Conciliar* (continuación).

Grabados.

Excmo. Sr. Marqués de Cubas, Diputado electo por Madrid. — D. José María de Pereda. — El Rastro. — ¡Pobre niña! ¡Santas Mujeres! — ¡Uno más! — Nuestra Señora de París (las Conferencias). — Puente del infierno en los Pirineos.

LA QUINCENA

No ha habido durante la quincena ningún asunto al que la gente haya concedido tanta importancia como á las elecciones. La Ilustración Católica no tenía en este negocio otro interés, personal por decirlo así, sino el del triunfo por Madrid del Sr. Marqués de Cubas, interés no dimanado ciertamente de la filiación política del Sr. Marqués (cosa que á La Ilustración Católica tenía y tiene por completo sin cuidado), sino de ser el Sr. Marqués, no sólo el arquitecto del Asilo del Corazón de Jesús, sino su protector más entusiasta y decidido. Pero ya habla de esto con extensión mi compañero Olmedo, y yo debo limitarme en esta sección á dar el parabién al Sr. Marqués y al pueblo de Madrid que lo ha elegido.

Y no ha sido este solo el éxito *de la casa* logrado por La Ilustración Católica en las últimas elecciones.

Los electores del distrito de San Germán, en la isla de Puerto Rico, se han acordado de nuestro Director, D. Angel Salcedo y Ruiz, y de golpe y porrazo lo han hecho Diputado á Cortes, mandándolo al Congreso con un acta, según los telegramas, de lo más limpio y lucido que se estila en materia de actas. Nuestra enhorabuena también al Sr. Director de esta Revista.

Merécenla igualmente todos los que se han presentado á los comicios y luchado con la bandera católica desplegada; todos los que antes de luchar han pedido la venia de los Prelados y hecho solemnes declaraciones católicas.

Entre éstos han triunfado muchos: el Sr. Nocedal, en Azpeitia; el Sr. Duque de Solferino, en Vich; el Sr. Marqués de Vadillo, en Pamplona; el Sr. García Romero, en Villanueva de la Serena; el Sr. Gil Robles en Salamanca, y otros que sería muy prolijo enumerar.

Han sufrido derrotas honrosísimas el profundo filósofo Sr. Orti y Lara y otros.

Lo que á pocos cabe en la cabeza, es la preterición con que el partido conservador ha dejado á un periodista suyo de tanto valer como el director de La Unión Católica, Sr. Isern.

Años y años hace que el Sr. Isern está en la brecha defendiendo al partido conservador. Por esta causa ha sufrido hondos quebrantos en su salud y en su bolsillo; y cuando llega la hora del encasillado, *catapláun*, que no lo encasillan, y eso que muchos importantes conservadores estaban empeñados en que el Sr. Isern saliese Diputado.

¿Es que los partidos no aprecian los servicios que les prestan los periodistas? Si así es, hay que convenir en que los partidos son soberanamente injustos, y en que más valiera á los hombres de mérito meterse á barrenderos que no á partidarios de esta ó de la otra bandera política.

Increible parece que en España, el pueblo que descubrió un mundo nuevo, la patria de Hernán Cortés y de Pizarro, de Magallanes, Elcano y Legazpi, se consideren con tan poca atención las cuestiones coloniales. En tanto que inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y en una palabra, todas las naciones de Europa, han llegado, en menos de un cuarto de siglo, á constituir verdaderos imperios coloniales, origen de cuantiosos ingresos para sus respectivas metrópolis, en España se desatienden estos asuntos, consagrándose, por regla general, más preferente atención á la crónica callejera de robos, asesinatos y suicidios, ó á los bizantinismos de la política. Y casi preferible es esta incuria á aquellas iniciativas poco meditadas que, tratando de implantar reformas insensatas, fomentan la levadura separatista, amenaza constante contra la integridad de la patria.

En Filipinas principalmente, de veinticinco años á esta parte, no puede ser más desdichado el rumbo emprendido, previéndose, si esto no se varía, proximos males. En Carolinas estamos haciendo una política desatentada, costándonos aquellas miserables y peladas rocas más de trescientos mil duros al año; sus constantes revueltas son de ejemplo funestísimo para las demás islas. Joló es una sangría abierta para el Tesoro. Mindanao, un campo de Agramante en que sujetamos hoy una ranchería mora y perdemos mañana una cristiandad. Utto Dato, ruín y asqueroso, se ha estado burlando de España durante mucho tiempo.

Esta triste situación se agrava con las audacias del partido filibustero, que envalentonado con protecciones de cierta clase, pudiera el día menos pensado producir en aquellas codiciadas posesiones extraños desafueros ó sangrientas perturbaciones. A combatir esta antipatriótica tendencia separatista, fomentada por el alemán Blumentritt (quien sin saber por qué se ha metido á redentor de *igorrotes*), y dirigida por el mestizo Rizal, autor de la iliteraria, atea y anti-española novela *Noli me tangere*, se encamina gran parte de un folleto recientemente públicado; todo un capítulo, el tercero, se dedica á la inserción de la censura oficial de dicha novela, en cuya censura su autor, Fr. Salvador Font, Agustino Calzado, pone de manifiesto los violentos ataques dirigidos por Rizal á la Religión del Estado, sus ofensas á los empleados del Gobierno y Tribunales de justicia, sus groseras injurias al Cuerpo de la Guardia civil, calificado por él de Cuerpo de forajidos sin corazón y sin entrañas, y sus tendencias abiertamente separatistas, punto adonde convergen los pensamientos y envenenadas reflexiones del autor.

El capítulo segundo del folleto está dedicado al estudio social y político del Archipiélago, indicando el peligro que pudieran representar para España los 125.000 chinos adultos y 500.000 mestizos de chino que allí se encuentran, enemigos de nuestra patria, salvo muy contadas excepciones, y frente á los cuales no se encuentran más que 14.000 españoles peninsulares y 8.000 insulares, que por fortuna, y gracias al influjo de las Órdenes religiosas, pueden contar hoy con la adhesión incondicional de la población indígena.

En el capítulo cuarto y último se indica la única solución posible para contener esa irrupción creciente y amenazadora del pueblo chino, pudiendo resumirse dicha solución en los siguientes términos: Colonización con elementos indígenas en la isla de Negros y en Cagayán, Pangasinán, Mindoro, Nueva Ecija y Zambales; colonización española en Mindanao y Joló.

Sólo de esta manera, y fomentando el influjo y secular prestigio de las Órdenes religiosas, podrá la enseña española continuar ondeando en aquellos dilatados territorios.

***

El Carnaval va desapareciendo como la Media Luna en Europa, esto es, *lenta, pero continuamente*. Este año, con hacer hermosos dias de sol, la concurrencia en el Prado fué extraordinaria, llamando como siempre la atención el número crecidísimo de carruajes de lujo con que cuenta Madrid.

***

La Compañía de Jesús acaba de perder uno de sus más distinguidos miembros, el R. P. Lecop, muerto repentinamente en Tours el día 29 de Enero, á la edad de 61 años.

El R. P. Lecop, á pesar de su humildad, ha sido más que un discípulo de San Ignacio. Este modesto religioso era un verdadero sabio. Tenía, sobre todo, un profundo conocimiento de la Historia de la geografía, que enseñó varios años en la escuela de Santa Genoveva; Profesor eminente, contribuyó á formar un gran número de alumnos, que se han hecho hombres distinguidos.

Debilitado en su salud, fué encargado del economato de aquella escuela y enviado más tarde con el mismo cargo á Tours.

En esta última ciudad el R. P. Lecop se ganó las simpatías de todos, por la benignidad de su carácter. Preocupado particularmente con los intereses de los obreros, recomendaba á sus patronos que le enviarán los más necesitados, pues tenía especial predilección por los pobres. En Laval instruía todos los domingos á los ancianos.

En Tours visitaba un establecimiento análogo, donde llevaba las limosnas del colegio. Los ancianos de este Asilo se complacían en mirarle, y gozaban conversando con él.

Tal ha sido la vida del R. P. Lecop: renuncia perpetua de sí mismo, de su persona, consagración de las fuerzas de su inteligencia á la educación de la juventud, y dar al mismo tiempo á los pobres los tesoros de la caridad; en una palabra, entregarse á la salvación de las almas y, á pesar de la persecución, perdonar siempre á sus enemigos.

***

Otra simpática y gran figura del mundo religioso ha desaparecido últimamente de esta vida: un cartujo que en el mundo fué un gran personaje, acaba de morir en la gran Cartuja de Francia.

Era el General Barón de Nicolay, vencedor de aquel fiero Schamyl de quien habla tanto Alejandro Dumas en su viaje al Cáucaso, y Gobernador general que fué de aquella provincia rusa.

El *Century Magazine* publica la segunda parte de los extractos que le han cedido los editores franceses de las *Memorias de Talleyrand*, el famoso diplomático, cuyas revelaciones son esperadas con verdadero afán por el mundo político de todos los países.

En el último número de aquella importante Revista inglesa encontramos párrafos que tienen para nosotros gran interés, por tratarse de una de las páginas más grandiosas de la historia de España, de la guerra de la Independencia.

«El Emperador, dice Talleyrand, me había hablado varias veces de su proyecto de apoderarse de España.

»Yo le combatí con todas mis fuerzas, exponiéndole la inmoralidad y los peligros de semejante empresa.

»Siempre acababa por atrincherarse en el peligro que podría acarrearle una diversión del Gobierno español hacia los Pirineos, el día en que encontrase obstáculos en las orillas del Rhin ó en Italia, y me citaba la desgraciada proclama del Príncipe de la Paz en la época de la Batalla de Jena.

»Yo refuté muchas veces aquella objeción, recordando que sería soberanamente injusto hacer á la nación española responsable de la falta de un hom-

bre á quien despreciaba y aborrecía, y que le sería más fácil derribar al Príncipe de la Paz que apoderarse de España.

»Pero me respondía que la idea del Príncipe de la Paz podría ser adoptada por otros, y que él no tendría jamás seguridad en sus fronteras de los Pirineos „.

Ocupándose del lazo que Napoleón preparó á los Príncipes españoles llevándolos al castillo de Valençey, propiedad de Talleyrand, cuenta éste cómo llegaron allí bajo la custodia del Coronel Henry, de la gendarmería escogida:

„ Los Príncipes eran jóvenes, y en ellos y alrededor de ellos, en sus trajes, en sus coches, en sus libreas, todo ofrecía la imagen de los siglos pasados.

» La carroza en que les ví llegar podía tomarse por un carruaje de la época de Felipe V.

»En Valençey dí yo á conocer á los Príncipes de España un género de libertad y de recreo que nunca habían conocido junto al trono de su padre.

»En Madrid nunca se habían paseado juntos sin un permiso escrito del Rey.

»Estar solos, salir dos veces al día á pasear por el jardín ó por el parque, eran placeres nuevos para ellos, y en toda su vida fueron tan hermanos como entonces.»

Aquí ocurrió la escena decisiva á que Talleyrand debió su desgracia.

„ El Emperador estaba molestado hacía mucho tiempo por la opinión que yo manifesté acerca de su empresa en España, y además le pareció que las disposiciones que adopté en el momento de la llegada de los Príncipes á Valençey eran excesivas para su seguridad.

»Así fué que, en cuanto llegamos á Nantes, tuvimos varias conversaciones, ó por mejor decir, discusiones irritantes.

»Una vez, entre otras varias, formando un aire provocativo, restregándose las manos paseando por la habitación y mirándome burlonamente, me dijo:

—»¡Ea, ya veis á lo que han venido á parar vuestras predicaciones sobre las dificultades que encontraría para arreglar los asuntos de España según mi manera de pensar; ya he acabado con esas gentes; todos han caído en las redes que les había tendido, y soy dueño de la situación en España lo mismo que en Europa!

»Impacientado por aquella jactancia tan injustificada en mi opinión, y sobre todo los medios vergonzosos que había empleado para lograr sus fines, le respondí, pero con calma, que no veía las cosas bajo el mismo aspecto que él, y que creía que había perdido más que ganado con los sucesos de Bayona.

— » ¿Qué quereis decir? — replicó.

— » Pues es muy sencillo, y os lo demostraré con un ejemplo. Cuando un hombre en el mundo hace locuras, tiene queridas y se conduce mal con su mujer, se le censurará, sin duda; pero si es rico, poderoso, hábil, podrá encontrar el perdón de la sociedad. Si ese hombre hace trampas en el juego, inmediatamente será arrojado de la buena compañía, que no le perdonará jamás.

— » El emperador palideció, se quedó cortado, y aquel día no me habló.

— » Pero puedo decir que desde aquel momento data la ruptura que, más ó menos marcada, hubo entre él y yo.

— » Nunca pronunció desde entonces el nombre de España, el de Valençey ó el mío, sin agregarles algún epíteto injurioso que le dictaba su mal humor.»

***

A uno de los Diputados elegidos recientemente, le detiene en la calle un amigo, y después de las enhorabuenas de rúbrica le dice:

— Vamos, y ¿de qué color te veremos en las Córtes? ¿independiente, conservador, ó gamacista?

— Hombre, de negro. No me gustan los Diputados con pantalones claros.

***

A otro Diputado novel le preguntamos:

Y ahora, ¿qué es lo primero que piensa V. hacer?

¡Yo....! Comprarme un frac.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES.

GRABADOS

Excmo. Sr. Marqués de Cubas, Diputado electo por Madrid. (Pág. 33.)

Las elecciones generales verificadas el 1.º de Febrero último, han ofrecido en Madrid el espectáculo de un gran acontecimiento político. Pocas veces se vió á los partidos acudir á la lucha legal con mayor entusiasmo y decisión, ni á los hombres importantes por su riqueza, historia y elocuencia trabajar con más fe por obtener los sufragios del pueblo. Nada le va, ni le viene á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA con tales cosas, que sólo se apuntan aquí á título de crónica imparcial de la quincena que acaba de transcurrir.

Lo que sí nos importa, y lo que nos ha llenado de íntimo regocijo, es el imponente triunfo logrado en las elecciones por el arquitecto ilustre que dirigió las obras del Asilo del Corazón de Jesús, y que ahora dirige con general aplauso las de la Catedral de Madrid; por el cristiano sincero y por el corazón de oro que supo comprender como nadie el espíritu de nuestra inolvidable Ernestina Manuel de Villena; por el opulento gran señor que reparte á manos llenas los beneficios, y cuyo caudal es como inmenso depósito de limosnas que se reparten con verdadero espíritu de Cristo entre los necesitados..... El señor Marqués de Cubas ha figurado en la lucha electoral como candidato ministerial; pero es universal opinión que más debe la candidatura ministerial al Marqués de Cubas, que no este señor á su inclusión en la candidatura. Por lo pronto, á Cubas le han votado hombres de las más distintas procedencias é ideas políticas. Los carlistas, según se dice, le han votado en masa á ruegos del insigne prócer Sr. Marqués de Cerralbo. Los obreros socialistas han desoído por esta vez las predicaciones de sus oradores ó charlatanes de club. En muchas candidaturas republicanas y fusionistas aparecía borrado un nombre de los del partido, y sustituído por el Sr. Marqués de Cubas, que ha sido también muy recomendado por periódico tan excelente y de tanta significación en el orden religioso como es *El Movimiento Católico*. Triunfo tan brillante no se recuerda en los anales de nuestro sistema representativo.

No en balde se consagra una existencia entera al bien de los semejantes, al amor de Dios, y por Dios del prójimo; no en balde se es protector nato de las Hermanitas de los Pobres y del Asilo del Corazón de Jesús; no en balde se dedican inteligencia, buen gusto, tiempo y pingüe caudal á la gloria de Dios y al bien del hombre; no en balde, en suma, se es el Sr. Marqués de Cubas. Cuando llegan ocasiones como esta, se ve claro lo que eso vale y significa.

Y lo que nos decía un amigo:

— ¡Qué á tiempo llamó Dios á Ernestina Manuel de Villena!

— ¿Por qué, hombre? le preguntamos nosotros.

— ¡Toma.....! Porque ahora hubiera tenido aquella bienaventurada que meterse á agente electoral..... Y ya ves que la cosa no pega.

En resumen: que nosotros no felicitamos al señor Marqués de Cubas por su triunfo electoral. Felicitamos al pueblo de Madrid por su buen acuerdo, y porque ha demostrado el 1.º de Febrero que es un pueblo *agradecido*.

D. José M. de Pereda. (Pág. 36.)

El acontecimiento literario de la quincena ha sido la publicación de la novela de Pereda *Nubes de estío*, en un tomo muy bien impreso, de 508 páginas en 8.º mayor, que honra los talleres de Tello, impresor de Cámara de S. M. Con decir que es de Pereda, queda hecho el elogio del libro por lo que se refiere á la sana intención moral, realismo de buena ley, color y sabor locales, y primores de estilo. Clarín, en uno de sus últimos *Paliques*, se queja con amargura de que el nuevo libro de Pereda no haya encontrado en la prensa diaria madrileña ni el agasajo de una simple nota bibliográfica. A esto contesta Urrecha en *El Imparcial* (día 9) que el público que lee novelas es muy escaso en España, y más escaso aún cuando se trata de novelas de tan fina labor literaria como son las del insigne santanderino.

Este, por supuesto, y también Clarín, todo lo achacan al menosprecio que, según ellos, sentimos los madrileños por todo escritor que no vive en la Corte. ¡Parece mentira que personas de tanto talento como Pereda y Clarín caigan en semejantes vulgaridades! Pues qué..... ¿vivía en esta Corte Fernán Caballero?, ¿vivía en Madrid el mismo Pereda? Y Clarín, ¿no vive en Oviedo? Y ¿acaso los madrileños no han admirado y leído á Fernán Caballero y Pereda, y los artículos y novelas de Clarín no meten aquí tanto ruído como si se escribieran en la Puerta del Sol?

No se sabe por qué; pero es el caso que Pereda siente una invencible aversión á Madrid y á los madrileños. Nos trata como si todos fuéramos unos holgazanes, desvergonzados y envidiosos de cuanto hacen los provincianos. A decir verdad, aquí hay un madrileño que tiene verdadera envidia de un provinciano: de Pereda por lo bien que sabe escribir. Pero no tema el autor de *Sotileza* que la envidia llegue hasta el innoble y estúpido extremo de negarle sus méritos y cualidades excepcionales.

A Pereda no le sentó bien por lo visto que algunos críticos objetasen á *La Montálvez* la pecaminosa falsedad en que incurrió allí el maestro santanderino al pintar con horribles colores las costumbres de las gentes aristocráticas de la Corte. Pues créalo Pereda, y no se incomode: en aquella pintura se equivocó de medio á medio. Nuestra aristocracia, como clase social, tiene graves defectos, ¿quién lo duda? Quizás le falta, entre otras cosas, el instinto de clase, la noción clara de sus grandes deberes en orden á la Religión y á la patria. Si se la examina individuo por individuo, ó familia por familia, también es seguro que se encontrarán en ella sin dificultad mayor marqueses tramposos, duquesas lascivas y otros y otras tunantes y tunantas por el estilo. Pero calumnia horriblemente á nuestra alta clase quien la pinte como un nido de asquerosas víboras, según aparece en algunas desdichadas páginas de *La Montálvez*. Por cada familia corrompida, hay en la aristocracia diez por lo menos que son modelo de toda clase de virtudes domésticas; por cada bribón ó bribona de alto coturno, hay cien titulados que son bonísimos cristianos y excelentes caballeros.....

¿Y del odio á Madrid? Dice Macaulay que para ser gran poeta hay que sentir con la candidez de los niños. El odio de Pereda es una niñada de gran poeta. No es mal palmetazo el que por esta inocente travesura suelta Emilia Pardo de Bazán á su colega santanderino.

„ Si Juan Fernandez [1] residiese en esta Corte,

[1] *Personaje de Nubes de estío.*

escribe Emilia (que en el fondo es un honradote poblachón, sobre todo comparado con Londres ó París); si frecuentase círculos, esferas, salones, zonas templadas, tórridas y glaciales, vería mucho malo y vitando, pero nada nuevo y original en materia de picardías; nada que, si se fija bien, no encuentre en su Santander y yo en mi Marineda, y en su olivo cada mochuelo. Los pecados capitales no pasan de siete, y aun cuando los consabidos *chicos* mojen la pluma en vitriolo para describir modos de pecar, ninguno describirán que no se conozca en la ciudad de Juan Fernández. Esto de creer que en las grandes poblaciones se peca más y por estilos muy perfeccionados, me recuerda la idea rara que suele formarse en París, porque de París todos los europeos somos provincianos. Residiendo algún tiempo en la capital de Francia, se convence uno de que no hay pueblo (en conjunto) más laborioso, más metódico, más dominguero, más caritativo, más económico y más morigerado. El que se pasa allí quince días y sólo busca picos pardos, tomará éstas afirmaciones por paradojas.»

Por lo demás, la última novela de Pereda es una maravilla de color y de estilo. Como muestra, publicamos á continuación de este artículo uno de sus más hermosos pasajes.

El Rastro. (Pág. 37.)

El Rastro es el emporio de los guiñapos, el puerto franco de la basura, el mercado universal de los desechos. Los comerciantes que desde la plazuela del Rastro hasta la Ronda de Valencia tienen establecidos sus reales á todo lo largo de la Ribera de Curtidores, disputan valientemente á la polilla los restos de todos los muebles, de todas las telas, hasta los cabellos de algunas mujeres, y todo lo vuelven á vender con ventaja. Hay quien se viste, se calza y se cubre la cabeza en el Rastro. Hay quien allí amuebla su casa. Hay quien la construye; porque en el Rastro se venden puertas, herrajes de balcones, todo lo necesario para erigir un palacio.

Antiguamente solían encontrarse en el Rastro verdaderas gangas, cuadros preciosos, muebles raros y magníficos, libros curiosísimos, etc. Hoy ya no hay tales cosas, ó por lo menos, si las hay alguna vez, no son tales gangas; porque los baratilleros ya saben lo que traen entre manos, aprecian el mérito de lo que lo tiene realmente, y se lo hacen pagar á peso de oro. A veces saben engañar perfectamente, y no es raro que suelten un azulejo de Valdemorillo por fino mosáico árabe. Nunca faltan ricos pedantes, coleccionadores tontos que se dejan engañar.

¡Pobres huéspedes que gemís en las casas de idem de Madrid! Sabed que las patronas son parroquianas asíduas del Rastro; y que la mayor parte de los catres de hierro, de los colchones de muelle, hasta de las sábanas, mantas y colchas que componen vuestras camas, en el Rastro se compraron, y dignos son de volver allí. Pero ¿qué queréis en este Madrid por 10 reales con principio y postres variados?

***

¡Pobre niña! ¡Santas mujeres! (Pág. 190).

El grabado se explica por sí solo. La desventurada se ha perdido; quizás sus padres la han abandonado..... Llora. ¿Hay nada más patético, más conmovedor que el llanto de un niño? Corazón de piedra necesita el sér humano que al oir ese llanto, augusto como una debilidad sublime, no se conmueve.... Pero es muy temprano; la población duerme y la niña está solitaria en la calle. Por fortuna dos santas mujeres aparecenen aquel momento, pues van á comprar las provisiones del día para los asilados del Hospicio de la ciudad: son dos ángeles en figura humana, son dos Hermanas de la Caridad, que con esto queda dicho tado. Las Hermanas se acercan á la niña, la consuelan y la acarician. Si sus padres murieron ó la abandonaron, la niña tiene ya familia, padres, madres, hermanos. ¡Oh sublime caridad, hija de Cristo!

***

¡Uno más! (Pág. 41).

Hoy yo, mañana tú, iremos todos á la eternidad. Nadie se exime de pagar ese terrible tributo á la justicia de Dios. El pensamiento de la muerte es santificante, y contribuye poderosamente á que vivamos bien. Es en invierno: la campiña de Madrid se muestra más melancólica que de ordinario; por la Ronda desfila el fúnebre acompañamiento. Hay en este cuadro verdadero color local, y una tristeza lúgubre que impresiona fuertemente al espectador.



DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

***

Nuestra Señora de París (Las conferencias de Nuestra Señora) (Pág. 44.)

París no es solamente la ciudad corrompida y endiablada que nos pintan novelistas y gacetilleros. En París hay mucho malo; pero también hay mucho bueno y buenísimo. Las Conferencias que se dan todos los años por este tiempo de Cuaresma en la hermosa Catedral de Nuestra Señora, constituyen ya una hermosísima tradición de apologética y de elocuencia católica. De esas conferencias estuvo encargado el P. Raulica, y luego el P. Lacordaire, y después el P. Félix, y últimamente el P. Montsabré, nombres los más claros y gloriosos de la moderna historia de Francia. Nuestro grabado representa el aspecto habitual del magnífico templo cuando está predicando el orador encargado de las Conferencias.

***

Puente del Infierno en los Pirineos. (Pág. 45)

Medrosas tradiciones refieren los orígenes de este antiguo puente, que salva por gigantesco arco el inmenso precipicio. Las gentes sencillas atribuyen su construcción al mismo demonio. ¡Como si el demonio fuese capaz de obra buena!

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso — (2.ª quincena de Febrero).

16. Lun. S. Julián y 5.000 comps. mrs.

17. Mart. S. Julián de Campadocia, mártir, San Claudio, obispo, y Santa Constanza. — *Anima.*

18. Miér. S. Eladio, Arzobispo de Toledo, y San Simeón, obispo y mártir.— *Témpora.* — *Indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero.

19. Juev. San Gabino, presbítero y mártir, y los Beatos Álvaro de Córdoba y Conrado, confesores.

20. Vier. S. León y S. Eleuterio, obispos. — *No se puede comer carne.* — *Témpora.* — Hoy y mañana, *Indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero.

21. Sáb. S. Félix y S. Maximiano, obispos, y el Beato Diego Carvallo, de la C. de J., mártir. — *Témpora.* — *Órdenes.*

22. Dom. II de Cuaresma. La Cátedra de S. Pedro en Antioquía, y S. Pascasio, obispo.

23. Lun. S. Pedro Damiano, confesor y doctor, Santa María, virgen y mártir, Santa Margarita de Cortona, San Florencio, obispo, y la Beata Isabel.

Desde las primeras vísperas de San Matías empieza el Jubileo plenísimo en los conventos de la Concepción Jerónima y Carboneras.

Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío VI concedió en 1777 indulgencia plenaria á los que, confesados y comulgados, visitaren la capilla de la Orden Tercera de Nuestra Señora del Carmen, el día de San Matías, desde sus primeras vísperas, rogando á Dios por las necesidades de la Iglesia.

24. Mart. S. Matías, apóstol, S. Modesto, obispo y confesor, S. Torcuato y 27 compañeros mártires.

25. Miér. S. Cesáreo, confesor.

26. Juev. S. Alejandro, obispo.

27. Vier. S. Baldomero, confesor.— *No se puede comer carne.*

28. Sáb. S. Román, abad y fundador, S. Macario y compañeros mártires. — *Anima.*

Las Cuarenta Horas.

Días 17 y 18. Religiosas Benedictinas de San Plácido.

Días 19 y 20. Capilla del Santísimo Cristo de San Ginés.

Días 21 y 22. Enfermería de la Venerable Orden Tercera de San Francisco (calle de San Bernabé).

Días 23 y 24. Religiosas Jerónimas del *Corpus Christi* (vulgo Carboneras).

Días 25 y 26. Parroquia de San Lorenzo.

Días 27 y 28. Iglesia de Jesús Nazareno.

***

Recomendamos á las oraciones de nuestros lectores las almas de los siguientes suscriptores nuestros que han fallecido últimamente:

Excma. Sra. Marquesa, viuda de Vadillo; D. Vicente Polanco, Párroco de Villalaco (Palencia); D. Leoncio Ubillos, Ingeniero Jefe de caminos en Zaragoza. — R. I. P.

S. T.



EL RASTRO

NUBES DE ESTÍO

UN CAPÍTULO DE PEREDA

Á CLAUSTRO PLENO

Oscuro en la escalera no había otra luz que la del mechero de la meseta del segundo piso, donde estaba el domicilio de *La Alianza Mercantil é Industrial para* etc., etcétera, el acaudalado Brezales tuvo que subir á tientas y con tropezones los primeros tramos, bisuntos, desnivelados y estrechos, y acometer después, con las manos por delante, los retorcidos corredores de la casa; porque de la luz del mechero, aunque estaba abierta de par en par la puerta de ingreso, no alcanzaba al interior más claridad que la estrictamente necesaria para que viera el entrante lo denso de las tinieblas en que se zambullía. Envuelto ya en ellas D. Roque, comenzó por arrimar su abrigo de verano á la pared, creyendo que le colgaba de la percha, que debía de estar por allí, sobre poco más ó menos, y, guiándose después por el rumor de las conversaciones de los consocios que se le habían anticipado, pudo llegar al salón que buscaba, sin detrimento grave de su respetable persona.

El tal salón era relativamente espacioso y estaba empapelado de oscuro, por lo que no alcanzaban á ponerle á media luz las de seis medias velucas que se quemaban en dos candeleros de cinc bronceado que había sobre la mesa presidencial, de modesto cabretón en blanco, con tapete verde y en dos palomillas de hoja de lata, contiguas á las jambas de la puerta. La mesa de cabretón, tres sillas adjuntas á ella y como cuatro docenas más, arrimadas á las paredes, componían el pobre pero honrado ajuar de aquella estancia de la casa entera, alquilada por lo más granado y pudiente del comercio y de la Industria, etc..... de aquel rico pueblo para tratar, con el necesario reposo y la debida comodidad, los asuntos enderezados al «fomento y desarrollo de los intereses locales.» Cuando se constituyó la sociedad, el Presidente (cuya elección fué una verdadera batalla, porque las falanges de Brezales, que le disputaban el campo, lucharon como leones), que era hombre de buen gusto, y otra docena de «despilfarrados» como él, trataron de vestir y de alumbrar el local con cierta *decencia* que, cuando menos le hiciera algo llamativo, ya que no resultara, ni con mucho, en consonancia con el esplendor de sus altos destinos.

Pero se presentó en la primera junta general un voto de censura fulminante contra los atrevidos, alegando los proponentes, entre otras cosas, que allí no se iba á hacer vida muelle y regalona á expensas de nadie, sino á trabajar y á desvelarse por el bien de todos, por el «fomento y desarrollo de los intereses locales»; que todos estos trabajos y desvelos estaban reñidos con los perfiles del lujo, sin contar con que el comercio, el verdadero comercio, el comercio de los sudores y de los honrados afanes era de suyo modesto, sencillo, y si bien se miraba, hasta un poco desaliñado y grasiento; que, después de todo, ¿qué más daba una banqueta de pino desnudo que un sillón de terciopelo, una araña de treinta luces que un candil de cocina? ¿Tenían algo que ver estas chapucerías de damisela con los importantes asuntos que iban á ventilarse en la casa de *La Alianza Mercantil é Industrial para el fomento y desarrollo de los intereses locales*? Vela más, colgajo menos, ¿daban ni quitaban razones en los debates que pudieran promoverse allí? Hubo entre los *agredidos* de este modo quien se atrevió á replicar humildemente (en vista de que estaba con los suyos, para aquellos y otros análogos particulares, en una insignificante minoría) que bien que el cogollo y nata de los acaudalados de la famosa plaza mercantil se sentara, para celebrar sus juntas más importantes, en banquetas de pino ó en el suelo, y hasta en cueros vivos, como los guerreros de Caupolicán, si esto les parecía más cómodo y más barato, y hasta les engordaba; pero, en cuanto al alumbrado, ¿por qué no había de aumentarse, siquiera con una libra de bujías, cuando las juntas se celebraran de noche, para no entrar á tientas por los pasillos y poder verse las caras los socios en el salón? Así como así, con el aumento de bujías y todo, no llegaría la cuota mensual de cada socio á media peseta.

Faltó poco para que se le zamparan por el atrevimiento los protestantes, cuyo *leader* era Brezales, no por roñoso, sino por haber sido derrotado por ellos en la elección de Presidente. Y como, demás de esto, se había presentado ya otra proposición, que tenía muchos partidarios en la sociedad, solicitando que éste se trasladase á un local que los firmantes habían hallado en un barrio más modesto, y que sólo rentaba cinco reales y cuartillo, importando muy poco, al lado de esta gran ventaja, las dos tabernas contiguas al portal y la pobreza mal oliente de los vecinos de la escalera, los de la minoría, por no perderlo todo, transigieron en lo del alumbrado, y así seguían las cosas.

. . . . . .

En esto se oyó, hacia la única mesa que había allí, el repiqueteo de una campanilla clueca, señal de que iba á comenzarse la sesión. Los concurrentes, sin dejar de fumar los que fumando estaban, fueron arrimándose á las paredes del local, descubriéndose poco á poco y sentándose en las sillas. Ocuparon las suyas detrás de la mesa el Presidente y dos individuos de la Junta directiva; y después de los trámites de reglamento, aquel señor, de buena traza por cierto, con palabra bastante fácil y no mal estilo, dió cuenta del objeto de la reunión. Hecho esto, dijo:

— El Sr. D. Sancho Vargas tiene la palabra.

El aludido por el Presidente era el hombre de los tres proyectos. Ocupaba una de las sillas arrimadas á la pared frontera á la mesa. Le hería de lleno la extenuada luz de uno de los cabos de la puerta, y se le distinguía bastante bien á tres ó cuatro pasos de distancia. No había nada más visto que él en la población, y quizás consistiera en eso el poco relieve que daba su persona en el flujo y reflujo, en el ir y venir del público semoviente. No chocaba por alto ni por bajo, por flaco ni por gordo, por guapo ni por feo; lo mismo *decía* su cara afeitada al rape que con barbas; igual le sentaba el vestido flojo y descuidado que el traje de media etiqueta, y tanto daba suponerle una edad de cuarenta años como de sesenta y cinco. Las dos cafan bien en su físico adocenado é insignificante. No era nativo de aquella ciudad, á la cual, siendo él muchacho aún, se había trasladado su padre desde otra relativamente cercana y donde la suerte no se le mostraba muy propicia en sus especulaciones mercantiles. Mientras fué mozuelo no se le conocieron otras aficiones que el atril del escritorio, el fisgoneo de las vidas ajenas y la compañía de los «señores mayores». Muerto su padre, continuó él, su heredero único, los negocios de la casa, ni muchos ni muy lucidos. Esto acabó de afirmar allí su reputación de juicioso y *serio*; y como hablaba en juntas, comisiones y corrillos *formales* y *ponía* comunicados en el «órgano de la plaza» sobre el ramo de policía y capítulos del Arancel de Aduanas, y nunca se sonreía, y además desdeñaba el trato de los hombres algo mundanos, artistas, poetas, y demás «gente perdida» de la sociedad, ciertos señores del comercio le admiraron, y aun le juzgaron por *listo* y por capaz de todo lo imaginable..... Y, como la espuma, desde entonces. . . . . desenfundó el hombre de los tres proyectos los papelotes del primero, y comenzó á dar cuenta de él. Decía el rótulo:

Medio de mejorar las condiciones higiénicas, económicas y morales de la masa obrera de esta capital.

Después de un preámbulo enorme, en que se discurría larga y perezosamente, hasta con citas en latín de *Breviario*, sobre la reciprocidad de deberes entre los pobres y los ricos; causas, concausas, efectos mediatos é inmediatos de las crisis mercantiles del mundo conocido, y por consecuencia de las actuales penurias «del proletariado trabajador»; y por fin y remate se exponía el modo razonado, «en el humilde concepto» del razonador, de redimir al obrero de aquella localidad de las dos tiranías más insoportables y perniciosas: la tiranía del propietario, y «la del aire putrefacto ó corrompido.» Para conseguir este gran triunfo, se fabricaría un barrio de obreros, al tenor de lo marcado en los croquis que acompañaban á la Memoria, en el extenso campo baldío «radicante» al extremo Oeste de la población. Las casas serían anchas y bajas, aisladas unas de otras, con su jardincito delante y su huertecito atrás; su comedor con estufa para el invierno, y una terraza al saliente para jugar las criaturas y tomar el fresco toda la familia en las noches de verano; amplia y bien soleada cocina, con servicio de agua á caño libre..... y por el estilo lo restante.

— Y ¿cuántas casas de esas entran en el proyecto? — preguntó un socio impaciente, no se sabe si con recta ó torcida intención.

— Todas las que se necesiten — contestó con altivez el sustentante.

— ¡Vamos! — replicó con suma humildad el otro — á razón de una por cada obrero que se presente. ¡Pues casas son! Y suponiendo que haya terreno bastante para construir esa nueva ciudad, ¿de dónde ha de salir lo que cuesta tan grande obra?

— De donde lo haya, y sin meter mano en las arcas de usted — respondió muy amoscado Sancho Vargas — como hubiera usted visto inmediatamente sin necesidad de preguntármelo. ¡Bueno estaría, señores, mi proyecto si, por aliviar las cargas de esa benemérita clase menesterosa, arrojara yo otra tan pesada sobre los hombros de los pudientes! ¡No, señores, no acabo de caerme de un nido! (¡Bravo! en algunas sillas. D. Roque guarda la frase feliz en su memoria, para utilizarla en la primera ocasión que se le presente.) Se cuenta con que el Ayuntamiento, disponiendo de lo que es suyo, ceda el terreno gratis, y con que el Gobierno de la nación dé el dinero necesario para las obras. (Rumores de varias clases en todas las filas del salón. El Presidente se rasca suavemente la cabeza con un dedo encorvado, y dice algunas palabras al Vocal de su derecha, que cierra los ojos y á su vez se rasca la barba con otro dedo, encorvado también).

— ¿Tendría la bondad de decirnos el Sr. Don Sancho — preguntó un socio muy cortés de la minoría — si ha de pagar algo por vivir en esas casas?

— ¡Buen nabo arrancaría el pobre obrero con el regalo que tratamos de hacerle — respondió con olímpico desdén el sustentante — si tuviera que pagarle en alquileres! Para no salir de tiranos, ¿á qué redimirle del casero, que le esquilma hoy?

— Entiendo yo, señores — dijo á esto un concurrente que era dueño de unas cuantas viviendas de gente pobre — que no son mayormente..... ¿cómo lo diré.....? correctas ciertas expresiones que el señor de Vargas ha dedicado á los dueños de casas de poco precio, y entiendo, además, que, como no se las ha dado hechas y de balde el Gobierno, á ninguna ley de arriba ni de abajo faltan cobrando, tarde y mal, la miseria que les paga el pobre que quiere vivir en ellas.

— ¡Oh, mi Sr. D. Celedonio! Yo le juro á «su señoría» quiero decir, á usted, con la mano puesta

sobre mi honrado corazón — exclamó entonces el orador, balanceándose mucho de medio arriba, de puro sumiso y complaciente, pero al mismo tiempo asombrado del poder de su palabra revoltosa y del arte que le había infundido el cielo para brillar "en su día" entre los adalides más famosos de "los Cuerpos Colegisladores" — yo le juro, repito, que no he tenido la menor intención de ofender á la honrada y benemérita clase de propietarios y contribuyentes por lo urbano. Si alguno ha entendido de otro modo esas palabras, pronunciadas en el calor de la improvisación, y no se cree satisfecho con esta declaración de un hombre que no miente jamás, yo las retiro desde luego. (*¡Bravo! ¡Muy bien! en las sillas de siempre*).

— Corriente, y á otra cosa — replicó el llamado D. Celedonio; — y ya que estoy en el uso de la palabra, tenga la bondad de decirnos el Sr D. Sancho quién va á pagar á los inquilinos de esas casas en proyecto el agua ó caño libre que ha de haber en ellas, y de dónde ha de salir el dinero para reparaciones y demás.

— Voy á satisfacer la curiosidad de usted — respondió el interpelado, — porque aquí consta ese considerable pormenor, como todos los que atañen al proyecto; y á su tiempo los hubiera conocido la sociedad, si las impaciencias de algunos no me hubieran obligado á cambiar de método en la exposición del plan entero. Esos dos importantes renglones á que usted se refiere se cubrirán con sobras, según el irrebatible cálculo que consta en la Memoria que quedará sobre la mesa, por medio de un impuesto sobre varios artículos de lujo, y de otro personal, sobre el pasaje trasatlántico que toque en este puerto en toda clase de embarcaciones. (*¡Ah! ¡Oh!*)

— Bien estará todo eso cuando usted lo ha hecho y lo cree realizable — díjole el D. Celedonio, probablemente con la mejor intención, porque no era hombre de segundas; — pero entiendo yo que va á ocurrir una grave dificultad el día en que esa nueva ciudad esté concluída, porque el Ayuntamiento haya dado los terrenos, el Gobierno el capital, y el impuesto sobre indianos y otros artículos de lujo se hayan dejado cobrar, como una seda; y esa dificultad es, entiendo yo, la de que al hacer el reparto de las casas, la mitad de la clase pudiente se va á declarar masa obrera. Yo, desde luego, pido una de esas casas más baratas y mejores que la mía, que no es del todo maleja. (*Risas y protesta en todo el salón.*)

— ¡Ah, Sr. D. Celedonio, Sr. D. Celedonio! — exclamó entonces el proyectista, con arrastres bondísimos de su voz amargurada — ¡que un hombre como usted, tan formal como usted, de la brillante posición de usted, tome á broma de mal gusto en asunto tan serio, tan elevado, tan trascendental, un proyecto que me ha costado á mí tantas horas de cavilar, tantas noches sin dormir, sin otra esperanza de galardón que el bien de una clase menesterosa, en este pueblo que casi me vió nacer! ¡Ah, Sr. don Celedonio, Sr. D. Celedonio! ¿Qué dejamos entonces para esa gentezuela de poco más ó menos que me tiene á mí por simple y se mofa de mi estilo? (*¡Bravo! ¡Mucho! ¡Admirable! ¡Intrigantes! ¡Envidiosos!*) Ya lo oís, y yo no lo he dicho. Ya lo oye el Señor Presidente; y cuando el río suena..... (*¡Eso, eso! ¡Por ahí le duele! ¡Duro, duro! — Consta en documentos que D. Roque Brezales gritó en aquel incidente ruidoso como un desesperado.*)

. . . . . .

El hombre gordo, de bigotes erizados y ojos de paquidermo, que no cesaba de murmurar por lo bajo desde que había salido á relucir aquel asunto, pidió aquí la palabra; pero con tal interjección y de tal modo, que el Presidente se apresuró á concedérsela, y lo hizo en estos términos:

— Diga usted lo que guste, Sr. Acémilas.

— Aceñas — rectificó el aludido, entre una explosión de risotadas del concurso. — Aceñas; Juan Aceñas, que no es lo mismo.

— Es cierto — añadió el Presidente, — y usted me perdone, Sr. D. Juan, la equivocación, que fué motivada por la semejanza de las dos palabras.

— Puede usted excusarse explicaciones — dijo Aceñas arrellanándose más á gusto en la silla, — y hasta quitarme el *Don*, aunque me sobra *din* para llevarle, porque á mí me tienen sin cuidado lo mismo las pullas de arriba que las risotadas de abajo; yo sé lo que soy y sé lo que es cada uno de los demás aquí presentes, y á esto me atengo..... Vamos, ¿no ha quedado sobrante un poco de risa para celebrar esta "animalada de Aceñas", como se llama por ahí á todo lo que yo digo.....? ¿No.....? ¡Qué pobres hombres éstos, que ni siquiera saben reírse á punto y sazón! Señor Presidente, yo empiezo por no levantarme para hablar; porque, si las sillas no se han puesto aquí para comodidad de los que las pagamos, no sé yo para qué canastos se han puesto..... Además, yo no entiendo de ese teatro que ahora se usa en estas reuniones, como si fuéramos á hacer leyes para la nación. ¡Comedias! (*Redobles de campanilla y advertencias del Presidente*). Voy allá de contado; pero que conste lo dicho. Todo lo que aquí se ha manifestado, principalmente en lo que toca á reformas del puerto, es una sarta de disparates. (*Protestas de muchos y en especial de Sancho Vargas y de Brezales*).

No hay que picarse, caballeros, porque lo que digo de lo que aquí se ha dicho, lo extiendo á lo que en el puerto se ha hecho..... Porque (*exaltándose brutalmente*) yo tengo también mi proyecto correspondiente, pensado por mí..... discurrido por mí..... estudiado por mí, paso á paso sobre el terreno; y quiero que este proyecto se conozca, y se estudie, y se ejecute..... y se ejecutará porque tengo medios, sin contar con los de ustedes, que no necesito, para hacer que se tome en consideración donde debe de tomarse. Este proyecto mío, que se imprimirá en su día para que le conozca el mundo entero, he querido explicarle aquí, aunque sólo por encima, porque supe que se iba á presentar otro esta noche, que es el del Sr. Sancho Panza..... digo, Vargas..... También yo confundo los nombres, Sr. Presidente. (*Este se muerde los labios, por no reirse, mientras sacude la campanilla, y Vargas vomita tempestades de indignación, coreadas por sus idólatras.*) Sólo que el Sr. D. Sancho tiene menos correa que yo, á lo que veo..... ¡Otro pobre hombre! Apurarse ahora por una asnada más ó menos de este borrico de Aceñas..... Sí, señor, de este borrico..... Así me llama usted á mí cuando me mientan delante de usted..... Pues ahora vamos á ver quién es más; y para ello, dígase y conózcase mi proyecto, y compárese con el suyo. (*Atención con sonrisas y socobras*).

El proyecto mío no se anda con miseriucas y chapucerías de cuartillo de agua más ó menos, quitado al caudal de la *badía*; yo tomo las cosas más en grande y más de lejos: ó echarlas patas arriba de una vez, ó no poner mano en ellas. En mi plan entra también la ciudad entera, con un desarrollo territorial de legua y media por el Oeste y Norte, y poco menos por el Nordeste y Sur clavado. Diréis..... "ésta es otra burrada de Aceñas." (*Risas y rumores varios.*)

Pues van á ver ahora los sabios de la matemática cómo no hay que estudiar en muchos libros para hacer esos milagros. Yo no me quedo en el puerto; yo salgo de él, y siguiendo la costa de la parte de acá, me planto en Cabo Chico, y desde allí saco un espigón, mar afuera, de una largura de dos millas, vara más ó menos, y de pronto tuerzo á la derecha, sesgándome un poco, y sigo con el muro hasta empalmarme con el peñasco de acá de la boca del puerto. Con esto consigo matar los temporales del Noroeste en aquel sitio, y la ganancia del territorio robado á la mar por los murallones. (*Asombro, carcajadas y hasta pateos.*) Naturalmente que á alguno le ha de escocer esto, sin saber lo que se pesca. ¡Como que la playa de baños y toda la pompa de lujos que anda por allí queda debajo del *rataplán!* (*Más carcajadas y más pateos.*) Pero no se paran á calcular esos inocentes propietarios, como lo he calculado yo, lo que valdrá un carro de tierra entonces en aquel sitio..... ¡cien veces más de lo que vale hoy! Ya está arreglado de esta suerte lo de la parte de afuera.

Vuélvome ahora al puerto, y desde la misma punta de él, por la banda de adentro, arranco otro murallón, aguas arriba, separándome hacia el Sur, sobre un kilómetro, de esa miseria de muelles que están en obra y estarán por muchos años, y al llegar como á la *metad* de la *badía* vuelvo de repente sobre la izquierda y la cruzo de parte á parte. (*Horror de exclamaciones.*) Me parece, señores, que la ganancia en tierra firme, por este lado, no es floja tampoco.

— Pero, hombre — interrumpió un concurrente algo socarrón, — ¿qué vamos á hacer de tantísimo terreno, como adquirimos de esa manera?

El hombre gordo se le quedó mirando unos instantes, con gesto y contorsiones tan pronto de ira como de burla, y al fin le respondio:

— Pues mire usted: con ser tanto, y sin contar las dos leguas de ensanche que yo doy por el Oeste, puede que se necesite todo, si es que llega, para construir la ciudad que ha discurrido el Sr. D. Sancho Panza..... digo, Vargas.

Lo que pasó no es para pintado. El aludido, puesto de pie, fulminó protestas contra el casi sacrílego agresor, y cargos durísimos contra el Presidente. Sus idólatras, con Brezales á la cabeza, hacían otro tanto, y hasta pateaban y esgrimían los puños; el Presidente desbadajó la campanilla á fuerza de zarandearla, otros señores declaraban que no les parecía el suceso para tanto vocerío, y esto sulfuraba más y más á los sulfurados. Aceñas, sin moverse de su silla, se reía como un inocente de los unos y de los otros, y azuzaba con sus gestos, provocativos de puro estúpidos, las iras de los más desbaratados. Se temió que iba á concluir á silletazos aquello, que por momentos se encrespaba; pero, por una feliz coincidencia, las luces de los cabos espirantes comenzaron á oscilar, como si el vocerío las asustara, produciéndolas desmayos; y el Presidente, tomando pretexto de ello, dió por terminada la sesión cubriéndose la cabeza. Cubrirse y espirar de golpe las seis luces de los cabos, no se sabe si por alguna corriente de aire establecida de pronto, ó porque se anegaran al fin en el exceso de sus lágrimas, fué todo uno.

Esto acabó de aplacar la borrasca como por encanto. Oyéronse algunos charrasqueos de fósforos de cocina, frotados contra las cajas; viéronse varios puntitos luminosos en la densa oscuridad, y guiándose con ellos, abandonó el salón la masa negra de los concurrentes, que parecía, por lo apiñada y presurosa, un rebaño de merinas.

José María de Pereda.

ALONSO DE ACEVEDO

SU POEMA, LA CREACIÓN DEL MUNDO

Es un asunto tan abrumador por su excelsitud, tan altísimo para el canto del poeta la creación del mundo salida del caos al sublime *Fiat* del Todopoderoso, que parece temerario intento sólo penetrar misterio tan profundo y describir con digna elevación la di-



¡POBRE NIÑA! ¡SANTAS MUJERES!



¡UNO MÁS!

vina obra de aquella primera semana de la existencia del orbe en que tomaron vida el firmamento y sus astros, la tierra y los mares y cuantos seres lo habitan, la naturaleza toda, sometida á una ley fija, asombrosa é inalterable. El lenguaje humano es falto de expresión para ensalzar debidamente al Hacedor de tantas y tantas maravillas; pero el hombre, poseído de instintivo sentimiento de gratitud y veneración, no puede menos de elevar el himno de alabanza á tan Inmensísimo Sér. Sólo le son dadas tan difíciles empresas al genio poseedor de ese algo divino que acude á engrandecer su inteligencia. Reproducir la luz del cielo, describir la hermosura del Paraíso y la súbita aparición de un mundo, sólo es dado al pincel de Murillo y á la lira del Dante, de Milton y el Tasso. No todos consiguen llevar los vuelos de su fantasía de igual manera á tan altísimas regiones. Si no con la misma inspiración, pero teniendo á veces muy semejantes rasgos, han existido poetas que, seducidos por la grandeza del asunto, y sintiéndose con alientos para cantar los primeros latidos de la naturaleza, han producido obras estimables que siempre ocuparán merecido lugar en la historia de las letras, y algunas de las mismas en la de nuestra nación. Cábele á nuestra patria ofrecer, tanto en sus tiempos antiguos como en otros más próximos, uno y otro poema consagrado á describir el nacimiento del mundo.

El poeta latino Draconcio, que tuvo su cuna en el suelo de la Bética, escribió en versos hexámetros y heroicos, el poema que tituló *De Deo (el Hexameron ó Divina Semana)*. En Dios reune toda la grandeza, el poder, la justicia, la piedad y el esplendor que puede concebir la inteligencia humana. Dominado por este pensamiento, canta la portentosa obra de la creación del mundo y la del hombre, á quien Dios dió la soberanía del mismo y formó á su imagen. Le sigue en aquélla durante los seis días en que se fué animando la naturaleza, resplandecieron los astros y tomaron vida los mares y los ríos, los árboles y las plantas, y los seres todos animados ó inanimados que cubren la tierra, pueblan el espacio y viven en las aguas. Su fin principal es ofrecer la excelsitud del Dios único.

Draconcio no era un puro latinista, ni podía serlo en la época en que floreció, de retroceso y barbarie y corrupción de las letras, pero no por eso dejan de ser muy dignas de estimación sus producciones. Bellezas tiene su poema, y la crítica no siempre ha procedido con entera justicia al consagrarse á su examen. La descripción del Paraíso terrenal á él debida es digna del poeta que siente y admira los encantos de la naturaleza. Otros pasajes que se refieren al mundo creado corresponden á lo sublime y grandioso del asunto.

En el siglo VII, un Prelado ilustre que reunía la santidad y el saber, el doctísimo Eugenio, á quien además acudió con su inspiración la sagrada musa, tomó á su cargo ofrecer enmendado de los errores que contenía el *Hexameron* de Draconcio, consiguiendo darle mayor realce y belleza. Añadióle un corto epílogo sobre los seis días de la creación que de antes tenía hecho. Así llegó á ofrecer con más ordenada forma el fragmento del poema *De Deo*, que se refería á la grandiosa obra del Hacedor y era el sólo conocido entonces.

Tambien al finalizar el siglo XVI tuvo la literatura francesa una obra en verso titulada la *Sepmaine ou Creation du Monde*, debida á Mr. Guillaume de Saluste, señor de Bertas, conceptuado en su tiempo como excelente poeta, la cual fué traducida á diversos idiomas y al castellano, en verso asimismo, por el presbítero Juan Dessi, llamándola *La Divina Semana ó Siete días de la Creación del Mundo*. Imprimióse en Barcelona en 1610. El poema francés merecía las alabanzas que obtuvo, más por la erudición, fantasía é inventiva de su autor, que por la forma é imágenes con que pretendió adornarlo. Un docto y apenas conocido español residente en Roma dió á la prensa en esta ciudad el año 1615, no una versión ajustada de aquél, sino una excelente refundición. Llamábase el afortunado poeta que tan airosísimo salió de su tarea el doctor Alonso de Acevedo, y su obra *La Creación del Mundo*. Es de sospechar que también tuvo presente, no sólo el original francés, sino la traducción de éste al italiano de Ferrante Guisone, á la que más se ajusta en ciertos pasajes.

Acevedo es muy digno del alto concepto con que se le considera en nuestra época por cuantos han apreciado las bellezas de su obra. No se limitó tan inspirado poeta ó reproducir literalmente los cantos de Salustio: introdujo en los suyos nuevos episodios; alteró perfeccionando cuanto creyó falto de buen gusto, y dió realce y mayor vida á lo que juzgó era bello, consiguiendo que más bien que el nombre de traducción pudiera darse el de original á su trabajo. El ilustrado colector de los *Poemas épicos castellanos* [1], tuvo el feliz acierto de dar al del sabio doctor lugar merecido entre los que son considerados como los mejores con que cuentan nuestras letras. Bien justifican preferencia tan honrosa el estilo nunca afectado y propio con que se halle escrito y el buen gusto que distingue su entonada versificación, exenta de los resabios del conceptismo, ya propagado en su tiempo. Olvídase cualquiera incorrección que en sus versos pudiera advertirse, ante el lenguaje digno, gallardo y brioso con que se expresan sus conceptos. Bien puede adjudicarse á Acevedo sin vacilación alguna el título de esmerado y notable poeta épico.

Muy poco se sabe de la existencia del mismo. Solo que fué natural de Vera de Plasencia y que se hallaba ausente de su patria cuando escribió su obra. Cervantes le llama *famoso* en su *Viaje del Parnaso*, y el citado colector de los poemas castellanos reproduce un hermoso soneto en elogio de la *Aminta* de Jáuregui, á él debido y hecho tambien en Roma.

Habremos, pues, de conformarnos á apreciar al docto Acevedo por su obra tan digna de detenido estudio.

En el canto primero de la misma ó primer día, Dios hace la luz y la separa de las tinieblas. Día llama á la luz y á las tinieblas noche. Todo sér creado eleva á Dios el himno de alabanza.

Que de Dios las grandezas inmortales
Publica el sol, que con su lumbre pinta
Los peces y los varios animales,
Que en torno ciñe la abrasada cinta;
La luna en los efectos desiguales
Que causa cuando mengua ó cuando quinta,
Y el cielo con sus fuegos soberanos
Manifiestan las obras de sus manos.

El poeta ha descrito lo que era el caos, y no con el acierto que en él es siempre de admirar, acaso por haberse ceñido en esta ocasión á traducir los versos del original francés, que no sobresalen por su claridad y buen gusto. De sentir es ciertamente que en un largo poema donde rara vez puede censurarse á su autor semejante falta, aparezca en su comienzo la que indicamos. Iguales son constantemente el lenguaje, el estilo y la versificación de Acevedo y sus conceptos propios de la grandeza del asunto. Bien lo demuestran las siguientes octavas:

Pero del cielo el Criador Inmenso
¿En qué ocupaba su divina mente
Antes que de la tierra el globo denso
Fuese puesto en el aire transparente,
Y al mar llevasen por tributo y censo
Los ríos el cristal de su corriente
Y las espigas rubias y crecidas
Ondeasen del viento sacudidas?

Antes que distinguiese el sol los días,
Y el aire en torno al fuego rodease,
Y el Océano en las ondas frías
De la tierra las faldas inundase;
Y antes que el tiempo por oblícuas vías
La carrera callada apresurase,
No estaba solo Dios, que en sí asistía
Gozándose en su Trina compañía.

Lástima es que tan frecuente uso haga Acevedo de asonancias tan próximas, privando á sus versos de necesaria armonía y sonoridad.

Los divinos labios del Hacedor pronuncian el supremo *Fiat lux*, y la luz se hace. El cantor épico entona á sus esplendores himno de gratitud y de admiración profunda porque por ella brillan asombradoras las bellezas de la creación, y porque ella es la alegría del alma. Considera asimismo como tregua y descanso para el hombre las nocturnas sombras que suceden á la claridad del día, con las que vienen las dulces horas del sueño, común amigo del pobre y el poderoso.

Acevedo termina el primer canto de su obra con la rebelión del soberbio Arcángel y su horrenda derrota en las llanuras de los cielos. La criatura más hermosa creada por Dios y destinada á su asistencia, se desvanece y engríe al advertir sus perfecciones.

Y con soberbio y áspero semblante
Contra su Dios ¡oh injusto pensamiento!
«¡Los astros pisaré, dice arrogante,
Y sobre el Aquilón pondré mi asiento!»

Su voz arrastra á rebeldía á otros espíritus que se le unen, participando de su temeraria arrogancia é indigno desacato.

De coro en coro por la ardiente esfera
Un confuso murmullo se levanta:
No hay sosiego ni paz, todo se altera;
Cada uno á tomar armas se adelanta;
Tal furor muestra la tempestad fiera
Con que á la tierra el mar turba y espanta
Cuando se sueltan del cóleo claustro
Del un lado Aquilón, del otro el Austro.

Luzbel presenta la batalla. Describela Acevedo con estilo miltoniano. Los cielos son palenque de lucha desigual y espantosa. Miguel es el caudillo de Dios: triunfa, porque ¿quién como Dios? El rebelde cae abismado en antros de tinieblas que le abren sus profundísimos senos para toda una eternidad. Ha dado fin el primer canto con el tremendo episodio que consternó las serenas regiones donde reside el Omnipotente.

En el segundo día (segundo canto) el Eterno separa las aguas y hace el firmamento llamándole cielo, y dicta sus fijas leyes á la naturaleza. Funcionan los elementos según dispone su inmensa sabiduría. Describe el poeta cómo éstos se ofrecen cuando braman desencadenados, llevándole á una bella digresión sobre el espectáculo que presentó el mundo cuando la maldad de los hombres provocó el diluvio, del que sólo se salvaron los seres que Noé albergó en su nave.

He aquí de qué manera describe Acevedo las celestiales regiones:

Del mundo la más rica arquitectura,
La rueda de los cielos más hermosa,
El sumo cielo, ardiendo en lumbre pura,
Sobre toda esta máquina reposa;
Donde entre flores siempre dura
La primavera fértil y olorosa;
Á las plantas que en fruto inmortal crecen,
Ríos de dulce néctar humedecen.
Debajo de estas ruedas celestiales
Puso de Dios la poderosa mano
Los varios elementos, de los cuales
Toma principio todo el gremio humano;
Las aves, los terrestres animales,
Aquellos que apacienta el Oceano,
La tierna yerba, la pequeña planta,
La que sobre el puro aire se levanta.

Detiénese después describiendo la formación de los vapores que producen las benéficas lluvias, las

1 *Biblioteca de Autores Españoles. Poemas épicos castellanos. Colección dispuesta y revisada por D. Cayetano Rosell.*

desatadas tempestades y los diversos vientos que se desencadenan sobre la tierra, y concluye esta segunda parte de su poema con el recuerdo de la batalla naval de Lepanto, deseoso sin duda de dar alguna variedad á un asunto que por su índole no puede ofrecerla. Tan glorioso episodio caracteriza aún más la obra del autor español. Podrían citarse una y otra fácil y rotunda octava del mismo, que confirmaría el concepto de excelente poeta en que es tenido Acevedo por los que conocen *La Creación del mundo* y han sabido apreciar su mérito.

En el tercer día reune Dios en un mismo lugar las aguas que se hallan debajo del cielo, y les da el nombre de *mares*, así como á la parte que las mismas abandonan, el de *tierra*. Mándale á ésta que produzca árboles y plantas de toda especie con sus granos y semillas. Acevedo describe los diversos cursos que siguen las aguas con verdadero lenguaje poético.

Como del ancho Nilo la profunda
Corriente en varios cuerpos se reparte,
Cuando los campos fértiles inunda,
Que aquí se junta y acullá se parte,
Allí corre derecha, allí asegunda
El natural triángulo á otra parte,
Y revolviendo por los aires juega
Fertilizando la agostada vega;
Tal es el lago que desde Occidente
Humedeciendo viene el Mediodía, etc.

Enumera el poeta el curso de los ríos, deteniéndose en los que fertilizan nuestra Península, y en especial en aquel que baña su patria. Pinta el nacimiento de las plantas, los árboles y las flores al transformarse la naturaleza.

Es una de las ocasiones en que más inspirado se ofrece.

Cual la viuda que con negro manto
Toda se cubre y pasa más enojos,
Con los suspiros del continuo llanto
Saca agua de las nubes de sus ojos;
Pero olvidada del funesto canto
Vistiéndose después ricos despojos
Y compuesta de joyas con gran arte
Risueña á las segundas bodas parte;
De este modo la esfera seca y dura
Que se mostró con pálidos colores
Cubrió el cuerpo después con vestidura
Recamada de yerbas y de flores;
Y á trechos esmaltando en la verdura
Diversas plantas grandes y menores,
Las madejas pintadas y frondosas
Rodeó con guirnaldas olorosas.

Después de estas bellas octavas continúa describiendo la diversidad de árboles y frutos. ¡Con qué agradable prolijidad, limpia frase y dulce tono va ofreciendo tan espléndidas galas de la naturaleza en sus albores! Menciona las piedras, los metales que en la tierra se producen y las virtudes medicinales que puso Dios en las plantas, terminando de este modo el tercer canto de la Creación.

Jehová da vida al sol, la luna y las estrellas en el cuarto. Les da lugar en el firmamento para presidir día y noche las maravillas por Él salidas de la nada. El poeta describe los diversos astros y constelaciones que fulguran en el cielo, sin parecer cansado é insistente. Con frecuencia hace oportuna alusión á las glorias y grandezas de nuestra patria, consagrando algunos versos á aquellos monarcas españoles más dignos de alabanza. Adviértese en Acevedo al hombre de profundos estudios y vasta erudición, notable por sus conocimientos mitológicos. La mezcla de lo divino y lo pagano, y el uso de las imágenes de la Fábula en los asuntos sagrados, á que tan dados eran nuestros antiguos poetas, objeto ha sido de las censuras de la crítica. Parece, en efecto, que nada menos acomodado á la poesía religiosa que el recuerdo de los símbolos y personajes del gentilismo. Sólo se explica por el influjo de los estudios clásicos en aquellos cantores de los divinos asuntos, en quienes siempre dejaban reminiscencias. Acevedo las ofrece en su obra. Es la materia que trata tan grande, tanto en su conjunto como en sus pormenores, que no es de extrañar la majestad de su acento y la elevación que á veces toma, como cuando se refiere al regio astro del día.

¿Cómo comenzaré tu loor jocundo,
Fuente de luz, gobernador del mundo?
. . . . . .
Mas cuando de lo alto presuroso
Cayendo inclinas el ligero paso,
Las doradas madejas deseoso
De bañar en las ondas del ocaso
Todo animal afloja perezoso
El natural vigor del cuerpo laso:
Tales efectos hace la presencia,
Oh Apolo, de tus rayos y el ausencia.
Como la delicada y fresca rosa
Que con el paro fuego de la lumbre
Sobre la verde base en que reposa
Ufana muestra la olorosa cumbre;
Y si la gracia de la vista hermosa
Cubre con añublada pesadumbre,
Ella, humillando al suelo su cabeza,
Marchita las mejillas de tristeza.

Ya es el quinto día de la creación. Dios da vida á los peces y las aves que baten sus alas en el éter. El autor describe con detalles minuciosos la variedad de aquellos moradores del mar y las diferentes artes que el hombre emplea para apoderarse de ellas y hacerlos su alimento. Vuela después con su musa á los espacios que pueblan multitud de avecillas; canta sus primores y les pide que unan á su voz sus harmoniosos gorjeos. Si no cautivase tanto su fácil y galana versificación y lo ingenioso de sus conceptos, llegaría á ser cansada y aun molesta sin duda tal descripción, por su prolijidad extremada.

En el día siguiente, ó sea el canto sexto, crea el Hacedor todos los animales que alientan en el mundo, desde la bestia corpulenta y salvaje hasta el diminuto reptil. «Creced y multiplicaos y llenad la tierra,» exclama entonces; y después se dice: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, y domine sobre los peces del mar, las aves del aire y los animales de toda especie.» Tomando un puñado de tierra forma el primer hombre, á quien llama Adán, y le coloca en un jardín de delicias. Sus sacrosantas manos forman del vil cieno al hombre frágil, que destina á ser inmortal. El cantor épico ofrece después á los irracionales creados por voluntad divina con las cualidades que les distinguen: al noble caballo, que comparte con el hombre los riesgos y fatigas de la guerra; al gigantesco elefante; al indomable toro; al ciervo y al jabalí, sin tregua perseguido por el cazador; al can fidelísimo; la venenosa víbora, y otros dañosos reptiles. Trata de las fieras de los bosques, y concede preferente lugar, como monarca de todos, al león de los desiertos, vencido en sus tremebundas iras por el valor y la astucia del hombre, y no olvida á la sanguinaria pantera y á otros animales feroces y temibles.

El soberano que ha de avasallar á estos indómitos seres es el hombre, á quien el Eterno ha dotado de razón é inteligencia.

El Hacedor del círculo estrellado
«Hagamos, dijo, al hombre á imagen nuestra,
Y á cuantos animales he criado
Sujete y dome su invencible diestra;
De los cielos el curso arrebatado
Penetre, y el viaje que el sol muestra,
Y con ingenio perspicaz posea
Cuanto ve y el Olimpo en sí rodea.»

Extensa y prolija es la pintura que el poeta hace del hombre, pero se halla tratada con rasgos llenos de elevación. He aquí cómo expresa el lugar que en el ocupa la inteligencia, el don más supremo que le fué concedido:

Y á la celestial mente dió morada
En la parte más ardua y excelente
Del cuerpo, porque en alto levantada,
Como desde un alcázar eminente,
Pueda domar la ira arrebatada,
Apagando al furor la llama ardiente,
Y á los demás afectos y pasiones
Ligar con fuertes grillos en prisiones.
. . . . . .
Los ojos, cuyos vivos resplandores
Igualan á los fuegos inmortales,
Vibrando de allí dentro sus fulgores
Por claros y diáfanos cristales,
Ilustran á las cosas inferiores,
Puestos en alto como dos fanales,
Y con el alma viven más unidos
Que no los demás hábiles sentidos.

El Padre Eterno coloca á Adán en el Paraíso. Recorre el poeta esta mansión de delicias, haciéndonos recordar la poética pintura del edén que habitó el primer hombre antes de su culpa, hecha por el inspirado cantor sevillano Reinoso, y la de Lista, el sabio maestro, en sus poemas, que ambos titularon *La inocencia perdida*.

Allí el influjo celestial conserva
Entre jazmines el verano tierno,
Allí entre flores la crecida yerba
Jamás teme el rigor del crudo invierno;
Y como de él y del ardor reserva
La clemencia del cielo al bosque eterno,
Los dones del otoño y primavera
Ocupan todo el año la ribera.

No acabaríamos si hubiésemos de copiar todos los versos que merecen aplauso.

Dios infunde á Adán en esta mansión de inefables goces profundísimo sueño, y de su misma carne forma á la mujer, su dulce compañera. Prohibe á ambos que toquen el árbol de la ciencia del bien y del mal, amenazándoles con la muerte.

Llega el séptimo día, en que el Eterno, satisfecho de su obra, descansa. Bendice á aquél y lo santifica.

¡Qué bella es la descripción hecha por Acevedo, en este séptimo y último canto, de las diferentes estaciones por que va pasando la naturaleza! Tememos ser con exceso prolijos y cansados reproduciendo sus estrofas, pero ha de permitírsenos trasladar á este paraje algunos de sus versos referentes á la misma. Habla de la dulce primavera y del estío con sus molestos rigores.

Falta á las fuentes el corriente río,
Con veneno á la tierra el cancro baña,
El sol despierta al riguroso estío
Encendiendo la pálida campaña;
Codicia el segador el bosque umbrío
Cortando con la rústica guadaña
A Ceres los cabellos á manojos
Que de espigas doradas son despojos.
. . . . . .
Cubren los montes las desnudas fuentes
Con lana espesa de bañada nieve,
El Aquilón con soplos inclementes
De los asientos los escollos mueve;
El anublado invierno turbias fuentes
Del ceño obscuro y blancas canas llueve,
Y desde la región helada y fría
El rigor perezoso al mundo envía.

Esta marcha sorprendente y misteriosa de todo lo creado es regida por el Eterno,

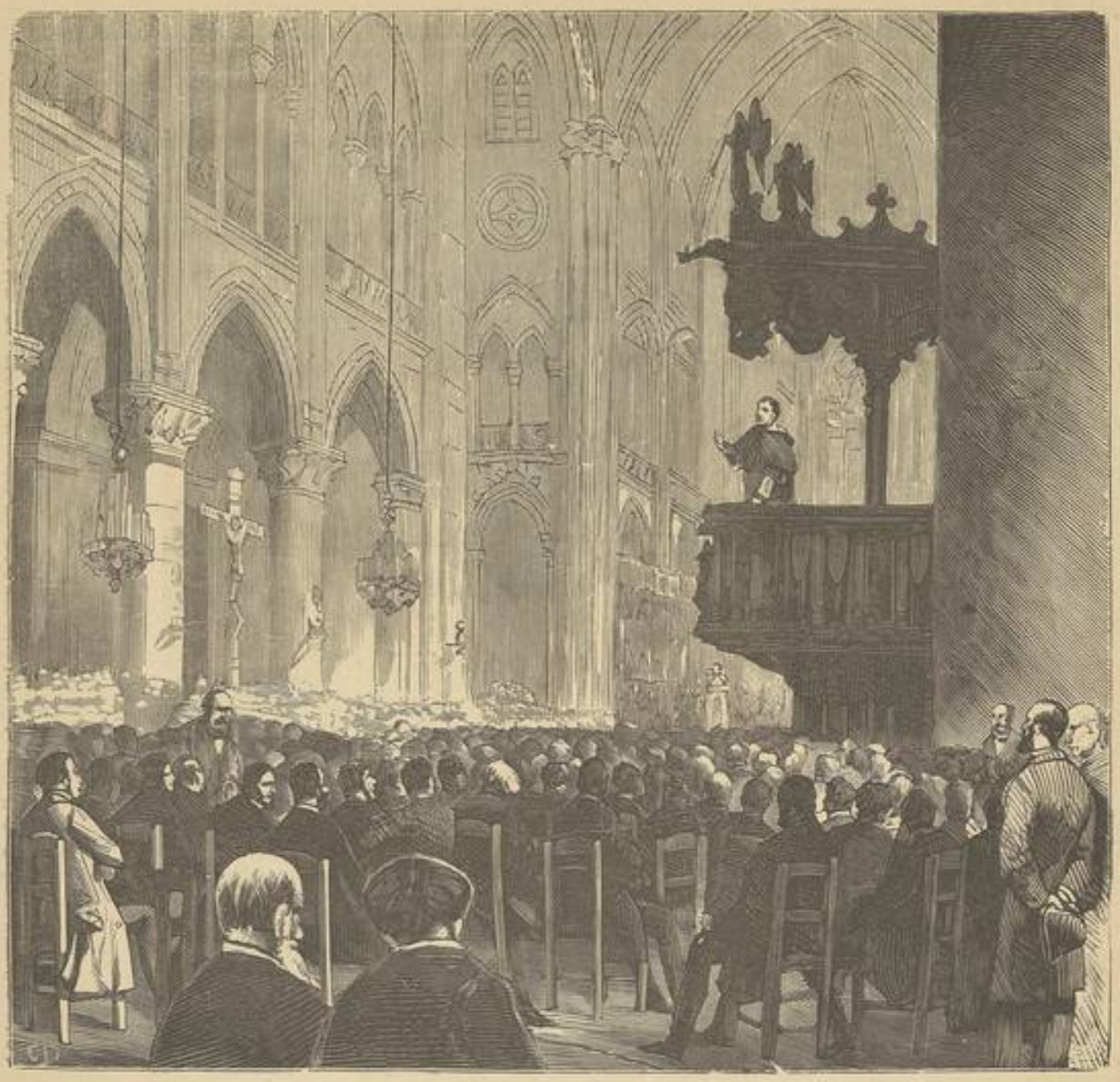
único y solo
Que con arrebatado torbellino
A los cielos sobre uno y otro polo
Con sólo el pensamiento abre camino.

Alguna vez brota de la lira de Acevedo algún amargo gemido, alguna reflexión moral, como cuando exclama:

No hay mal atroz por nuestra gran flaqueza
Que contra el hombre el hombre no maquine.

O bien cuando prorrumpe:

En fin, no es otra cosa nuestra vida
Que un extendido campo de pelea;
En la parte más honda y escondida
Del ánimo el andar Marte campea;
Y sin que la razón justa lo impida
Consigo mismo el flaco hombre pelea,
De un solo afecto ahora perseguido,
Ahora en varias partes dividido.
Ya al dulce amor se rinde y obedece,
Ya de su yugo la cerviz rehusa,
Ya como el fuerte acero se endurece,



LAS CONFERENCIAS EN NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

Ya blando su atrevido intento excusa;
Ya como fiero tigre se embravece,
Ya humilde su dañada rabia acusa,
Ya el insano furor le hiere el pecho,
En triste llanto y lágrimas deshecho.
Ya la cólera en llamas abrasada,
Torciendo ardiente los sangrientos ojos,
Con la hiel inficiosa derramada
Del corazón inquieto los despojos;
Otras veces la ira alborotada
Mitiga el rigor de sus enojos,
Y como escollo cuando el mar le embiste
De su apetito el ímpetu resiste.
Ya al enemigo ejército acomete
Como airado animal bañado en ira
Que, ignorando el mortal golpe, acomete
Contra las flechas que el contrario tira,
Y cuando la fortuna le promete
La victoria, venciendo se retira,
Como el lobo que habiendo hecho presa
Del cordero, partió á la selva espesa.
Ya estima y menosprecia juntamente,
Ya ignora, ya desprende, ya se olvida;
En fin, el hombre vive inquietamente
Desde la entrada hasta la salida,
Como cuando en el mar violentamente
Bate Boreas su furia embravecida,
Y las olas del rápido elemento
Contrastan con perpetuo movimiento.

Acevedo tuvo la feliz idea de dar término á sus cantos con el terrible episodio del Juicio final. En sus primeras páginas nace el mundo de la nada á la voz del Eterno; en ellas están su primera aurora, sus primeras galas y sus primeros seres; en ellas cobra vida el primer hombre, despertando los versos del poeta en toda ocasión la memoria del insigne vate britano, autor de la célebre epopeya *El paraíso perdido*. Acevedo cierra la suya con los últimos gemidos del mismo mundo que espira y de los hombres que abandonan el seno de las tumbas para ofrecerse en presencia del Juez inmortal. Acúdenos asimismo en este canto postrero el recuerdo del melancólico Young, también nacido en la patria de Milton, cuya fúnebre y enlutada musa tanto se complacía en vagar sobre los sepulcros entre las nocturnas sombras y en las escenas de espanto y tristeza, y cantó á su vez el tremebundo Juicio final y los últimos momentos de la naturaleza espirante. No terminó así Sabute su poema. El pensamiento de tan temible desenlace es completamente original de Acevedo. El mundo sumergido en tinieblas no es más que un caos, una inmensa ruina.

No creemos haber exagerado al encarecer las cualidades del excelente poeta español. El ilustrado Canónigo de Plasencia merece ocupar en nuestro Parnaso del siglo XVI señaladísimo lugar.

Un escritor aragonés y también poeta del pasado siglo, D. Bernabé Rebolledo de Palafox, Marqués de Lazán, trató el mismo asunto que Acevedo en la primera parte de su *Métrica historia sagrada, profana y general del mundo; sus tres primeras edades, sobre el libro del Génesis*, impresa en Zaragoza el año 1734. No es el mérito literario de este largo poema igual al de aquel á que acabamos de referirnos, que se halla escrito con acierto é inspiración. Si no se manifiesta su autor con la espontaneidad y buen gusto que revela en ocasiones, es sin duda porque vivía en una atmósfera literaria corrompida. Cuando no se muestra afectando el cultismo tan de moda entonces y abandona el lenguaje conceptuoso y confuso para emplear el natural y comprensible, limpio de metáforas y atrevidas hipérboles, es el cantor notable que hace uso de las imágenes con discreción y sabe dar á sus octavas rotundidez y armonía, sin falsas galas y artificiosos recursos. Lo mismo que Acevedo trata en el primer canto la creación del universo, siguiendo igual



PUENTE DEL INFIERNO EN LOS PIRINEOS.

marcha en la descripción de la maravillosa obra del Supremo Hacedor. El mundo, el empíreo, toman vida á su voz divina y poderosa. Luzbel revelado sufre el tremendo castigo de su soberbia. Animanse los animales de varia especie, nacen las plantas y alientan Adán y Eva, que juntos comparten las delicias del edén. El poeta narra tales portentos haciendo á la vez gala de su erudición en las notas marginales que pone á sus versos, demostrando siempre el verdadero ingenio en su digna expresión, aun en las ocasiones en que creyendo él mismo, así lo afirma, usar un estilo llano y natural, se deja influir por los vicios que dominaban á los cultivadores de las letras en su tiempo.

El Marqués de Lazán no puede ser un competidor de Acevedo en el grandioso asunto de la Creación del mundo, pero sí es un discreto cantor del mismo. Tenemos á la vista el abultado tomo en que se comprende su poema, escrito en veintidós cantos y dos mil noventa octavas. Fatigosa es su lectura por su excesiva extensión, pero bien podríamos escoger en él no pocas de éstas dignas de ser citadas. Sus primeras alabanzas son para

Aquel que abrevia en sí toda grandeza,
Trino en persona y uno en la substancia,
Con quien es el poder todo flaqueza,
Con quien todo el saber es ignorancia;
Con quien es la virtud toda tibieza,
Con quien todo lo acorde es disonancia,
Con quien es fealdad toda hermosura
Y todo el esplendor es sombra obscura.

Véase la bella descripción de las flores que muestran su gratitud al Sér Inmenso que les dió vida

Todo púrpura aquí la fervorosa
Rosa se enciende grata más que vana,
Adorando la mano poderosa
Con bellos labios de carmín y grana;
La azucena, ya cándida, ya hermosa,
Emulando el candor de la mañana,
No con menos respeto ni decoro,
Alaba al Criador con lenguas de oro.
. . . . . .
Nieve el carmín y la mosqueta grata,
Tesoro la retama y el junquillo;
Flores todas, las unas blanca plata
Y las otras feliz oro amarillo,
El azahar que en fragancia se desata,
Y el tulipán en su matiz sencillo,
Por tributo al Señor rinden felices
Plata y oro, fragancias y matices.

Al llegar á la creación del hombre y después de ofrecerle adornado con los dones físicos é intelectuales que debe á Dios, le presenta exento de todo temor entre las fieras, entonces sin malicia y también recién creadas.

Ni erizado el león en su presencia
Rugió, ni el toro se alteró atrevido;
No le causó pavor la corpulencia
Del robusto elefante, ni el bramido;
Ni del oso y del tigre la violencia,
Ni el silbo de la sierpe enfurecido,
Ni de todos la cólera impaciente
Pudo inmutarle mientras fué inocente.

Dados los tiempos en que vivió el Marqués de Lazán, es un notable poeta, porque en él se revelan las cualidades que distinguen á aquellos á quienes se concede con justicia tal nombre.

Antes que éste ilustre caballero hubiese tratado el mismo asunto que Acevedo, aunque no tan exclusivamente, un autor dramático de estirpe judáica, Antonio Enríquez Gómez, había escrito en el siglo XVII *en cuarenta octavas y verso heroico* su *Panegírico á la Creación del universo*, el cual se incluyó en su libro *Academias Morales de las Musas*, impreso en 1734. Adolece de los resabios del estilo *culto* en mayor grado que el poema á que acabamos de referirnos, siendo, por lo tanto, su lenguaje alambica-

do, obscuro y falto de las bellezas que dan la sencillez y la naturalidad, á las que tan admirablemente se une la verdadera poesía.

Débese también á la inspiración del docto agustino Fray Diego González un poema dedicado á Jovellanos, que no se llegó á terminar y lleva el título de *Las Edades*, refiriéndose á las cuatro del hombre. En su primer libro se admira la providencia de Dios en la creación del mundo, la complacencia del Soberano Creador en sus obras, la creación del hombre, compuesta de cuerpo y alma, y caos inmenso entre la naturaleza y el espíritu, y la providencia con que el Creador proporcionó estos dos compuestos para que compusiesen un todo.» No era la musa del autor del *Murciélago alevoso* acomodada á los asuntos serios; pero esta vez demostró al emprenderlos, si no una gran elevación, un ferviente espíritu religioso admirador de las divinas grandezas.

Otros poetas, algunos de tiempos recientes, inspirándose en tan grandioso asunto, han escrito obras más ó menos extensas. Debemos recordar al P. Valerio Giner, escolapio, autor de las interesantes y entonadas silbas que llevan por título *A la Creación*.

No tan sólo la poesía lírica cantó la maravillosa obra del Prepotente. Un fecundísimo autor dramático, gloria de nuestra antigua escena, á quien todo era fácil y hacedero y cuya fantasía hallaba inagotables fuentes de inspiración, el insigne Lope de Vega, vió motivo para una de sus producciones teatrales en la creación del mundo. Aunque tal asunto no es muy apropiado para este género de obras, llevólo á la escena en la que titulo *La creación del mundo y pecado del primer hombre*.

Tal vez en los tiempos que están por venir, algún genio de esos que señalan una época gloriosa para las letras, dotado de sobrehumanos alientos é inspiración divina, cante al mundo saliendo del caos á la voz del Creador en magnífica epopeya superior á los cantos homéricos. Los asuntos tratados por los grandes poetas épicos de la antigüedad se refieren á hechos mitológicos, y nunca pueden alcanzar la excelsitud del más grande de los acontecimientos. ¡Cuánta la pequeñez del hombre ante el poder infinito del Autor de todo lo creado, del inmortal Artista del universo! Pero el hombre, que le debe el sér, débele asimismo esa luz vivísima que puso en su mente. Con ella puede retroceder á remotísimos tiempos, sondear el espacio de los siglos, juzgar los sucesos de la historia y demostrar que, haciendo elevado y digno uso de las facultades dadas á su inteligencia, le es posible ser tan grande, que llene por sus obras con su nombre los ámbitos de ese mundo, creado por Dios y por su eterna voluntad confiado á su dominio.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

TEATROS

Á VUELA PLUMA

¡CRÍTICA tenemos! dirán para su capote, si es que lo usan, los empresarios de teatros, los cómicos, autores y demás comparsas líricas, escénicas, acrobáticas y coreográficas..... pues vapuleo seguro.

Y sin embargo, ¿qué hemos de hacer los encargados de transmitir las pulsaciones de la opinión pública por medio de las cajas, bien ó mal templadas, de la imprenta, sino ceñirnos á la verdad, respetando al pie de la letra el octavo mandamiento, que ¡anto se suele infringir en estos días tan aciagos para el arte en sus múltiples y diversas manifestaciones!

¡Pues no faltaría más que para congraciarnos á los *fariseos* que pululan ó pastan en el campo de las bellas letras, tergiversásemos la verdad, diciendo, por ejemplo, que el arte andaba por las nubes, cuando gatea ó más bien se arrastra por los suelos!

No, señores, no; nada de eso.

El que la haga, que la pague; y vamos andando. Y si entran muchos en el cotarro de las culpas, peor para ellos; que aprendan á sus expensas, que no se hizo la miel para la boca....., etc., etc., y que no todo ha de ser beber con guindas.

Ya sabemos, sí, sabemos hasta la saciedad que nuestras amonestaciones suelen caer en el pozo del olvido, y nuestras advertencias en saco roto; que tan difícil es impedir á un mal escritor ponerse en berlina, como á una mujer charlatana que modere su lengua; pero ¡qué importa! tenemos un deber que cumplir, y lo cumpliremos hasta el fin.

Sin embargo, en esta Revista daremos la preferencia á la música (tranquilícense los autores por horas), aunque esta no nos lo agradezca; pero tal andan la prosa y el verso, que más vale no ahondar el asunto, para evitar rozamientos.

La música, señores, anda de capa caída, ó capa rota entre nosotros, aunque nos esté mal el decirlo. Nos referimos al *bell canto*. De un par de años á esta parte ha dado un bajón, que ni las acciones del Canal de Panamá; pero cuando más se ha notado el descenso de la temperatura filarmónica, ha sido en esta temporada.

El *Teatro Real* no ha querido ser menos que la atmósfera, se ha congelado en unas cuantas *operitas* (las llamaremos así, si ustedes no lo llevan á mal), concretándose á ir encima del machito de un abono muy respetable, que habrá alegrado sin duda alguna los tiernos corazones de sus afortunados empresarios.

Mas lo que la empresa ha ganado *en espèces*, lo han perdido los oídos de los abonados, que al fin y al cabo están viendo desfilar por el palco escénico del regio coliseo una porción de artistas, todos muy simpáticos, pero que no se saben, por lo general, más que una *operita* por barba, y paren ustedes de contar.

De ahí deducimos que las óperas del gran repertorio deben haberse quedado en cartera para la próxima temporada, en la cual se volverá probablemente á subir los precios de las localidades, y seguiremos oyendo artistas de una sola pieza. Esto sin contar con que las *partituras* serán de la única y exclusiva competencia del bello sexo, convirtiéndose el teatro Real en una nueva isla de San Balandrán.

¡Ah señores! y después se quejarán algunos de que recordemos sin cesar el tiempo viejo, aquellos tiempos en que se cantaba ocho noches seguidas óperas como *La Africana*, el *Roberto*, *El Profeta*, *Los Hugonotes*, la *Favorita*, *Semiramis*, etc..... y no que ahora, con unas cuantas *wagneradas*, que la mayor parte del publico no entiende, salimos del paso.

Pero ¿á qué hablar, si lo que ocurre está en la conciencia de todos, aun de esos que sólo van al regio coliseo por rendir un tributo á la moda, enfundados en sus correspondientes *fraques* grano de pólvora!

En esta temporada ha habido lo que se llama entre bastidores *pato;* fuera de la Tetrazzini y de Stagno, que son dos verdaderos artistas con alientos para abordar las óperas de los grandes maestros, los demás han cantado porque sí, arrimando cada cual el ascua á su sardina, es decir, á su *operita*, y aquí paz y después gloria.

Y no es que nos extrañe, ni nos coja de susto que los artistas tengan una obra predilecta, no; pero de eso á convertirla en una especie de *cheval de bataille*, hay una diferencia enorme,

Los artistas pueden tener su ópera favorita, pero deben saber cantarlas todas bien.

El regio coliseo, por su importancia, por el público que á él concurre y por los precios harto subidos de las localidades, no consiente más que éxitos; lo contrario es defraudar las legítimas esperanzas de un público que, fundado en lo que paga, y de gusto ya muy hecho, distingue perfectamente cuando se le da gato por liebre, y es acreedor á toda clase de respetos y de miramientos.

Pocas audiciones quedan ya para dar fin á la temporada; pero créanos el Conde de Michelena y su distinguido socio el Sr. Velasco: como no se encauce la dirección artística y se posponga algo la cuestión administrativa *(¡business!)*, dejándose además de funciones de Inocentes, la *season* concluirá bajo malísimos auspicios, dando pie á que se hagan peores augurios para la temporada venidera.

A bon entendeur, salut.

***

Jovellanos. — Creemos haber dicho en uno de los números anteriores que somos entusiastas de la clásica zarzuela, y por eso complácenos en alto grado manifestar que el arte lírico-dramático español está de enhorabuena, gracias á los loables esfuerzos de D. Eduardo Berges, que no omite gasto ni sacrificio alguno para reavivar la afición, algo decaída de un público acostumbrado desde hace tiempo á solazarse con la música, por lo general ratonera, que suelen servirle en los teatros por horas.

El renacimiento de la zarzuela parece ser ya un hecho, y con un poco de constancia, es seguro que una porción de maestros descarriados y dispersos se agruparán alrededor del glorioso lábaro que empuña D. Eduardo Berges y simboliza la preciada herencia del inolvidable D. Francisco Salas.

El clásico teatro de Jovellanos se ve todas las noches rebosando gente, y no cabe duda que el público sano y honrado prefiere irse á solazar oyendo *La Tempestad*, *Marina*, *El reloj de Lucerna* y otras clásicas producciones, que ir á perder miserablemente el tiempo saturándose de *flamenquismo* y escuchando voces aguardentosas y afónicas.

***

El *Teatro de la Princesa* nos ha dado á conocer hace unos días un drama en tres actos y en prosa, original de D. Pedro Novo y Colson, titulado *El Pródigo*. Hay nombres que predisponen, y quizás esto influiría en que no le prodigasen los aplausos al autor al terminar la representación de la obra.

Sin embargo, hay en el drama escenas bien preparadas, como la del final del acto segundo, y personajes bien dibujados. En toda la obra se ve el deseo del autor de agradar al público; pero el argumento es inverosímil hasta lo sumo, y se halla en pugna constante con la sana moral y el recto juicio.

Figúrense ustedes que desde que se alza el telón hasta que se baja, el protagonista no piensa ni habla más que de suicidarse, y comprenderán ustedes fácilmente que las personas cultas y sensatas tenían que rechazar, como la hicieron, una obra que se basaba en un argumento tan inmoral y pecaminoso.

Nosotros sentimos el fracaso, pues conocemos de antiguo al Sr. Novo y Colson, deseándole, por lo tanto, mejor acierto para la elección de los cimientos que han de servir de base á sus intelectuales disquisiciones.

***

De los demás teatros nos ocuparemos otro día, pues hasta ahora siguen dando arreglos del francés ó juguetes cómicos en un acto, compuestos por ocho ó diez caballeros que suelen perder la ilación (¡claro, son tantos!) de tal modo, que ni ellos mismos se entienden, y menos yo, que no puedo permitirme el lujo de un taquígrafo que me acompañe y me refresque la memoria conforme van pasando las escenas.

Conque así, ustedes dispensen.....

. . . . . .

MISTIGRÍS.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

La casa de Remedios estaba muy lejos de la mía. El trayecto fué largo, y siempre silencioso. Había cierta lúgubre majestad en aquel paseo nocturno.

Llegamos por fin á la casa. Ella llamó al sereno. Era el momento en que yo aguardaba las explicaciones supremas. Pero no las hubo. Entró, y antes de perderse en el obscuro portal volvió la cabeza, y con un ademán de soberano desdén me dijo:

—¡Buenas noches!

Ya serían cerca de las doce. El barrio era uno de esos del antiguo Madrid que no tienen nada que envidiar en punto á silencio y tranquilidad á los de la más estadiza capital de provincia. Frente á la casa corría la tapia larguísima de un palacio viejo y destartalado; más allá, sobre una plazuela terriza y muy ancha, se proyectaba en inmensa sombra el campanario de la iglesia de un convento de monjas. Construcciones vulgares, pero enormes; casas de tres y cuatros pisos aparecían por todas partes, ya delineando la calle, ya obstruyéndola con panzas deformes y ángulos irregulares, ya formando un dédalo de travesías y callejas que venían á desembocar en aquella arteria relativamente principal. Yo me quedé absorto mirando las fachadas y el cielo, en el que la luna había conseguido romper las nubes, y desde el que llovía la luz plateada del astro de la noche..... No pensaba en nada..... Parecía que se había roto el hilo de mi existencia terrenal..... Me sentía estúpido.....

Fuí paseando. Seguí calles y calles, atravesé uno tras otro todos los barrios de la población, y no paré hasta el Prado. Y cuando me ví en el Prado subí hasta la Puerta de Alcalá, y por la Puerta de Alcalá, sin yo saber cómo ni para qué, llegué al punto de partida, á la verja del hotel de Ángela.

Un estremecimiento singular circuló por todas mis venas cuando palpé aquellos barrotes de hierro, cuando perdí la vista en el obscuro fondo del jardín, cuando descubrí entre la espesa urdimbre del bosquecillo las líneas del hotel, al que daba la luna un aspecto monumental. Todas las ventanas y balcones cerrados, ni un rumor saliendo de su recinto; el hotel parecía un misterio, un arcano, majestuoso y solemnísimo como los misterios de la naturaleza; Dentro estaba Ángela, eso era indudable; una vida que no era mi vida, una existencia sobre la que no tenía yo derecho alguno, ni deber de ninguna clase, con la que no me ligaba ningún vínculo, ni legal, ni moral, ni social, y que, sin embargo, venía influyendo hacía días en mi existencia con un influjo tenaz y decisivo, produciendo en mi alma una serie de revoluciones y reacciones extrañas, siendo causa de una porción de fenómenos interiores que sin ella serían totalmente inexplicables y absurdos. Me abismé en la meditación, filosofé de lo lindo, y la conclusión final en que vine á parar fué que todo lo que había pensado era simplemente un disparate, y que yo estaba real y efectivamente enamorado de Ángela, y que andando el tiempo, cuando pudiera, debería casarme con ella; porque eso era lo natural y lógico en amores de aquella especie.

Y cuando llegué á tal conclusión, paladeé un placer inefable..... Me sentí ya casado, ó por lo menos novio de Angela, y acudían en tropel las satisfacciones á revolotear sobre mi frente y á derramar en el interior de mi espíritu el divino licor de la paz dichosa. Lo ví todo claro, distinto, luminoso, y los recuerdos de la niñez se mezclaban con aquella esperanza de suma felicidad: mi madre apoyaba su cabeza venerable sobre el hombro de Angela; mi padre la llamaba *su hija;* mis hermanos, *su hermana;* mi casa era suya; el dinero que yo ganaba, por mitad era de los dos; el mismo fuego nos daba calor; en la misma mesa nos sustentábamos; una sola lámpara alumbraba su labor y la mía..... Y pasaban las noches en dulce vela, y los días en sueños de felicidad, y el mismo cielo quería tomar parte en nuestra ventura, y se rompía el firmamento, y aparecían angelitos alados que, volando, volando, no paraban hasta posarse sobre una cunita, envuelta en nubes de ricos encajes, como la inocencia blancos y como mis sueños vaporosos..... Lloré, sí, lloré (no me avergüenzo de recordarlo); un singularísimo enternecimiento se apoderó de mí, y ya sólo deploraba no tener á quién contar lo que me iba ocurriendo.....

Yo tenía muchos y buenos amigos; pero ninguno me parecía bastante discreto ni bastante delicado para ser depositario de aquellos secretos..... ¡Oh, pensé, nadie, nadie es digno de estas confidencias más que aquella que me espera, con más fidelidad y con más amor que Penélope á Ulises, aquella que me ama más que á todo en el mundo..... ¡Mi madre.....! ¡Qué lástima no tenerla á mi lado.....!

La noche corría, corría; pero ni me llamaba el sueño, ni se rendía mi pensamiento á la fatiga de tanto cavilar..... Ya á lo lejos percibía más allá del cerro de los Ángeles una faja blancuzca, primer anuncio de la aurora..... Aquí y allí cantaban algunos gallos..... El día se venía encima..... Una campanita de timbre argentino lo saludaba, sin duda llamando á los fieles á la misa primera.....

Era la campana de Atocha.

(Se continuará.)

CARTA PASTORAL

DEL

EXCMO. SR. OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

(Continuación.)

Por un principio de justicia, todos los que pertenecen á una sociedad están obligados á contribuir al levantamiento de sus cargas, en proporción de los beneficios que de ella reciben y de los recursos de que cada uno pueda disponer. Siendo vosotros los miembros de la sociedad religiosa de esta Diócesis, y careciendo la misma de una escuela normal de estudios eclesiásticos, en que se forme el personal que os administre los auxilios espirituales, que os consuele en vuestros infortunios, y que defienda vuestras fortunas, reprobando en nombre de la Iglesia los ataques al derecho de propiedad, parece muy justo el que concurráis con algún tributo, y en la medida gradativa de vuestra posición social á la realización de aquella obra de común utilidad.

No puede ocultarse á vuestra notoria ilustración la urgente necesidad de crear y proteger con preferencia ese centro diocesano de estudios fundamentales, si consideráis la gravedad de los peligros á que está expuesta la juventud con las ideas antirreligiosas y antisociales que se enseñan en nuestros días por los maestros del error. Se hace por éstos una propaganda activa y esfuerzos extraordinarios, para combatir la divina revelación en nombre de la ciencia, y para extinguir la fe católica en el corazón inocente, inexperto y generoso de los jóvenes que aspiran á obtener un título académico, y desean habilitarse para ejercer honradamente una profesión. Contra los consejos y enseñanzas saludables que han escuchado de los labios de sus padres en el hogar doméstico, se les dice que Dios no tiene existencia real, que la Religión es un sueño místico, la vida futura una quimera, Jesucristo un impostor, y la Iglesia un instrumento para vulgarizar la mentira y propagar la imbecilidad.

Con prestigios de autoridad académica, se les enseña que la razón humana es la fuente de toda verdad, que por su naturaleza es soberana, y por tanto independiente de toda autoridad paterna y de toda autoridad social; que en el hombre no hay alma espiritual é inmortal, ni libre arbitrio, ni responsabilidad moral [1]; que el ser humano es un puro animal, gobernado por leyes fatalistas y mecánicas; que no hay sustancia alguna que informe y sobreviva á su cuerpo, que su fin último consiste en procurarse la mayor suma posible de goces materiales, y, en una palabra, que la satisfacción pacífica y habitual de todas las concupiscencias de la carne es lo que constituye el cielo, y la privación de esos deleites es lo que debe reputarse como el único infierno verdadero.

¿Qué extraño es que un joven, imbuído en principios tan detestables, se abandone á sus pasiones, sacuda el freno de toda ley moral, sea de todo punto ingobernable, llene de amarga tribulación el corazón de sus padres, sirva de instrumento funesto á la anarquía social, y llegue á revestir los caracteres feroces de aquel animal terrible de quien dice Montesquieu [2] que sólo se siente libre y feliz cuando le es dado destruir y devorar?

La educación del hombre presagia sus obras, y de ordinario decide su porvenir; y cuando desde la infancia se apodera el error de su entendimiento y el vicio de su corazón, bien puede asegurarse que, sin un milagro de la divina gracia, andará siempre asociado á los enemigos del orden y de la verdad. Cuanto mayor sea su ilustración y mayor la suma de sus conocimientos, mayores desventuras pueden temerse de su influencia social. Por eso todo establecimiento docente, para ser provechoso á la humanidad, necesita de una brújula que señale los rumbos legítimos del progreso científico, y de una regla fija y segura que, al propio tiempo que permita á cada ciencia la justa libertad de desenvolverse, según sus propios principios, su método y sus deducciones [3], le ponga en armonía con las verdades fundamentales, que jamás es lícito negar. De ahí la necesidad de que los encargados de la enseñanza vuelvan sus ojos á la Iglesia católica, á quien Dios confió la regla suprema de verdad, la misión divina de enseñar á todas las gentes y el depósito y custodia de una doctrina pura é inalterable, que toda ciencia debe respetar, porque, además de contener verdades del orden sobrenatural, encierra también las fundamentales, que forman el patrimonio del género humano, que son la herencia de los siglos y la base de la sociedad, sin las cuales no hay orden moral, ni conciencia pública, ni verdadera civilización.

Las escuelas de enseñanza, emancipadas de Dios, y que no tienen por base la religión y la moral, son una calamidad pública y otras tantas minas de dinamita, destinadas á convertir en ruina las instituciones sociales, á formar generaciones ingobernables y á restablecer el reinado de la barbarie pagana, que es la muerte de la libertad y el sepulcro de la humana dignidad. No teniendo por fundamento una doctrina común, y profesándose libremente, en unas el racionalismo, en otras el ateísmo, en éstas el materialismo y en aquellas las leyes de la fatalidad, en vez de ser factores de progreso y fuentes de ilustración, al contrario, de sus lecciones tan absurdas no puede resultar más que la duda universal, y entonces el triunfo es del escepticismo, que se apodera de las almas y perturba las conciencias, y demostrado está que el escepticismo es y ha sido siempre el laberinto horrible del entendimiento y la muerte de las ciencias.

1 *Los irreprochables*, por el Sr. D. Joaquín Dicenta.

2 *Espíritu de las leyes*; l. XXIV, cap. II.

3 Carta del Papa Pío IX al Arzobispo de Munich, 11 de Diciembre de 1862.

Mirada desde este punto de vista la creación del Seminario Conciliar para la Diócesis, no cabe poner en duda su gran importancia y el bien inmenso que está llamado á producir. La enseñanza que en él ha de darse ha de estar en todo conforme con la sana doctrina de la Iglesia; y además de las asignaturas que taxativamente expresa el santo Concilio de Trento, se explicarán también otras, que el mismo indica con el nombre de *útiles y honestas*. En el número de ellas consideramos indispensable incluir, dada la índole de los estudios que con tanta actividad se cultivan en nuestros días, la Física, la Historia natural, las matemáticas, la Metafísica, la Ética, la Historia de la filosofía, algunas nociones de Química, de Geología, de Antropología, de Prehistórica, de Arqueología sagrada, de canto llano, los idiomas hebreo y griego y alguna de las lenguas vivas. La suma de conocimientos en todas esas materias, no sólo puede suministrar nuevas pruebas en favor de la verdad católica, sino que puede servir además para refutar con lógica irrecusable las objeciones que en el campo de las ciencias experimentales se levantan contra la divina revelación y contra la misma dignidad de la naturaleza humana.

Como el Seminario, por razón de su institución, ha de ser antes que todo una escuela eclesiástica destinada, no á formar hombres para las carreras civiles y profesiones de carácter profano, sino para formar Ministros de la Iglesia y maestros idóneos para enseñar la Religión á los pueblos, es evidente que en aquél debe tener un lugar preferente y principal la Teología dogmática y moral, porque siendo la fe el fundamento del bien obrar, el perfecto conocimiento de los dogmas católicos debe preceder al de la regla de las costumbres, que es la moral, cuya base segura no se halla fuera de la Religión verdadera. Ésta, de la que todas las demás son desviaciones excogitadas por la soberbia humana, se presenta al momento á la consideración del teólogo como un hecho inmenso que domina toda la historia, y, partiendo primero de la cuna del género humano con carácter irrecusable de una gran manifestación exterior y positiva de Dios, y remontándose después desde Adán hasta Noé, de Noé hasta Abraham, de Abraham hasta Moisés y de Moisés hasta Jesucristo, no puede menos de reclamar un estudio serio y profundo del Sacerdote católico para llenar su alta misión, y corresponder á los designios divinos, en los que se le exige que sea *luz del mundo, sal de la tierra* y *guardián de la ciencia*.

Con el estudio fundamental de la Teología llega á ver con claridad asombrosa el predicador del Evangelio que la Religión revelada estuvo consignada en libros auténticos y sagrados, y conservada también en la tradición cristiana, antes de que franquease las fronteras de un país para propagarse por toda la tierra; que está confirmada por hechos milagrosos de la divina omnipotencia, de los que recibe un carácter irrefragable de verdad; que su pasado se enlaza con su porvenir por el cumplimiento de admirables profecías en la divina persona de Jesucristo, origen de la pura doctrina y centro común de toda la historia; que se propagó con rapidez asombrosa en el mundo con medios desproporcionados á sus gigantescos resultados, á pesar de las persecuciones y obstáculos, humanamente invencibles, que contra ella se suscitaron en todas partes; que por amarla y profesarla derramaron millones de hombres su sangre á fin de dar así testimonio con heroica fortaleza de hechos exteriores y visibles, y no para lograr el triunfo de opiniones personales; y que ella, en fin, por la excelencia y sublimidad de sus dogmas, por la santidad de sus preceptos y por su acción incomparable ejercida sobre el individuo, sobre la familia y sobre la sociedad, no admite comparación con ninguna otra creencia sectaria de las muchas que vagan, como nubes sin rumbo fijo, por el horizonte de la historia, siendo ella sola la que encierra soluciones claras y precisas para todos los problemas de la vida humana, y la que jamás transige con el vicio ni con las concupiscencias desordenadas del corazón.

Al dominar el teólogo ese conjunto de verdades, comprende que no ha pasado aún del vestíbulo de la ciencia sagrada, y que le falta un espacio inmenso que recorrer. Se ofrecen todavía á su meditación la divina fundación de la Iglesia con sus notas, sus dotes, su jerarquía y con su *Maestro infalible*, que da vida é impulso á todas las obras del catolicismo: el augusto misterio de la Santísima Trinidad, la distinción de personas, la unidad de naturaleza, los atributos absolutos, la igualdad de perfección, la paternidad, la filiación, la aspiración activa y la pasiva, la generación eterna del Verbo, la procesión del Espíritu Santo, la coexistencia mutua de las tres Personas y las misiones temporales con todo un mundo de ideas que la Teología necesita metodizar y conocer antes de penetrar, alumbrada por la fe, en los profundos arcanos de la vida y esencia de la Divinidad; el dogma de la creación, grandioso poema, lleno de maravillas visibles é invisibles; el de la Encarnación, por el que todo se restaura y engrandece; el de la Redención, en que brillan juntos los atributos de la justicia y misericordia de Dios concertando la salvación del hombre; los misterios de la divina gracia, que solicita el consentimiento del alma para santificarla, respetando su libertad; los Sacramentos instituídos para comunicar al hombre en todas sus edades y condiciones el fruto de la Redención; y finalmente, la predestinación, el culto de los Santos y una serie innumerable de puntos difíciles que se relacionan con el dogma, son otras tantas materias, que el Sacerdote debe tratar y conocer para dar razón de la fe, que ha predicar en cumplimiento de su sagrada misión.

(Concluirá.)

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3 — Teléfono 2.198.

GRAN CERERÍA



ESPECIALIDAD en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **CERAS PURAS DE ABEJAS** para el **CULTO CATÓLICO**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS

en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FÁBRICA de BUJÍAS ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES de todas clases y varios precios. **Cirios y blandones esteáricos** de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

ACEITE de HOGG



de **HÍGADO FRESCO** de **BACALAO**, *NATURAL y MEDICINAL*

El mejor que existe puesto que ha obtenido *la mas alta Recompensa* en la EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1889

Recetado desde **40 AÑOS** en Francia, en Inglaterra, en España, en Portugal, en el Brazil y en todas las Repúblicas Hispano-Americanas, por los **primeros médicos del mundo entero**, contra las **Enfermedades** del **Pecho, Tos, Personas débiles**, los **Niños raquíticos, Humores, Erupciones del cútis**, etc.

Es mucho mas activo que las *Emulsiones* que contienen mitad de agua, y que los *aceites blancos de Noruega*, cuya epuracion les hace perder una gran parte de sus propiedades curativas.

Se vende solamente en frascos **TRIANGULARES**.— Exíjase sobre la etiqueta el SELLO AZUL del Estado Francés

Solo Propietario: **HOGG, 2, rue Castiglione, PARIS, y en todas las Farmacias.**

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.

Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaraz.

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8

Estampería, grabados, oleografías, *Vía-Crucis*, sacras, fotografías, etc.

IMÁGENES TALLA

Se hacen de encargo y con esmero en la ejecución.

GRANJA DEL ATANOR

Calle de Moreno Nieto, 1, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)

MADRID

ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS

Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. NÚMERO 4. — Madrid 28 de Febrero de 1891. NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 ps. fs.
Un año..... 18 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 21 fr.
Un año..... 40 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

BELLAS ARTES.



«1814.» — CUADRO DE MEISSONIER.

SUMARIO

Texto.

La quincena, por el Marqués de Valdeiglesias. — *Grabados*, por Antonio de Olmedo. — *Boletín religioso*, por J. V. — *Necesidad de una nueva provincia*, por Francisco Aguilar. — *Teatros*, por Mistigris. — *Las maravillas del amor* (continuación), por Angel Salcedo Ruiz. — *Requiem político*, por J. G. Landero. — ALBUM DE POESÍAS: *El triunfo del Ave María*, por el P. Jiménez Campaña. — *Pastoral* del Excelentísimo Sr. Obispo de Madrid-Alcalá sobre la urgente necesidad de un Seminario Conciliar (conclusión).

Grabados.

BELLAS ARTES — 1814. cuadro de Meissonier. — JUAN DE JEANES. — CONTRASTES DE LA VIDA. — JERUSALÉN EN EL SIGLO XII. — VISTA DE BELEN. — UNA FUTURA MADRE DE LA PATRIA. — APARICIO (cuadro del hombre).

LA QUINCENA

En la Academia de Jurisprudencia hubo las otras noches elección de cargos, y se armó tal gresca, que los señores Académicos, apuradas las razones, hubieron de venir á las manos.

¡En cuántos distritos electorales no han ocurrido últimamente hasta colisiones sangrientas con motivo de las elecciones!

En Guadalajara, donde han luchado entre sí dos hermanos, uno conservador y otro fusionista, se ha llegado hasta el homicidio.

Palizas han menudeado por todas partes. Y no digamos nada de los insultos. Estos, por escrito y hablados, han sido innumerables.

Esta terrible agitación de todo un pueblo; este desbordamiento salvaje de pasiones; este recrudecimiento y explosión de odios locales y regionales, estos insultos, estas palizas, estos homicidios, todo eso junto se llama libertad en lenguaje moderno.

Y no hay que darle vueltas; sin esa libertad no hay felicidad, ni existencia, ni dignidad posible para las naciones.

Las naciones deben gobernarse por sí mismas; *self government*, y para que se gobiernen por sí mismas, es necesario que se aporreen, que se hieran, que se insulten, que se maten los nacionales.

Así lo quiere el liberalismo; así lo proclama la civilización moderna.

Las elecciones, dicho sea con verdad, no son malas en sí mismas. El sistema electivo es un sistema de gobierno como otro cualquiera, con sus ventajas y con sus inconvenientes. La Iglesia lo aplicó con gran extensión en los primeros tiempos; hoy mismo el principio de la elección es admitido y consagrado por ella: el Papa es elegido por los Cardenales. En la mayor parte de las comunidades y órdenes religiosas, las autoridades son designadas por el voto de los de abajo.

Pero la Iglesia es madre de sus hijos, no sistemática doctrinaria como la civilización moderna. Y cuando vió la Iglesia que las elecciones populares eran fuente de grandes males para el pueblo, desbordamiento de pasiones, motivo de crímenes, restringió y modificó en este punto su antigua disciplina, y sin negar el principio de la elección lo aplicó con suma prudencia, formándose de este modo la admirable Constitución por que hoy se rige y gobierna la Iglesia. El Pontífice, según esa Constitución, es elegido por el Colegio de Cardenales, que obran en este punto como representantes ó delegados natos de todo el pueblo de Roma, elector de su Obispo. El Obispo de Roma es Pontífice, no por la elección del pueblo romano, sino por la expresa voluntad de Dios, que ha vinculado á la Sede Romana el Primado universal. El Pontífice nombra los Obispos, los Obispos á los Párrocos que han de auxiliarles en su misión Apostólica.

Dentro de la doctrina católica, la autoridad no es delegación de los súbditos. La autoridad es don de Dios á la sociedad humana. La autoridad viene del Cielo. El pueblo lo que hace, y puede hacer legítimamente, es designar la persona que ha de ejercer la autoridad. Una vez designada la persona, Dios es el que le concede la autoridad, el privilegio de mandar á los demás.

Pero para que la autoridad sea legítima no es necesario, ni mucho menos, que la designación de la persona sea por el voto popular. Cualquier sistema es bueno á tal fin, y siendo bueno cualquier sistema, es indudable y de sentido común que debe preferirse aquel que produzca menores quebrantos á la tranquilidad general, aquel que menos excite ó subleve las pasiones, aquel que desarrolle menos males.

Aquí está uno de los mayores errores, en el órden político, del liberalismo moderno. Se aferra, se empeña en que no hay más que un sistema bueno: el electivo. Cree que sin elección del pueblo no es posible autoridad legítima.

Por eso aplica ese sistema en todas partes, y en toda su brutal extensión, sin considerar las diferentes circunstancias de los pueblos, su historia, sus costumbres, su grado de educación, nada en fin: allí en donde domina el liberalismo, de grado ó por fuerza no hay más remedio que hacer elecciones: el sistema electivo se impone por la ley. Y ya llegan algunos liberales, como Salmerón entre nosotros, á considerar, no como un derecho, sino como un deber de los ciudadanos tomar parte en las elecciones: el no votar, según ellos, es un crimen, y debe castigarse con multa ó con cárcel. Tal es la despótica libertad moderna.

La cual, como se ve, no tiene nada que ver con la augusta y santa libertad cristiana.

***

La novela de Pereda últimamente publicada, *Nubes de estío*, ha dado lugar á una muy agria polémica entre el insigne novelista y Doña Emilia Pardo de Bazán. Á Doña Emilia le pareció que Pereda no entiende de costumbres aristocráticas como de costumbres de aldeanos, y que tiene ojeriza á los madrileños y á Madrid; y como le pareció, lo dijo en un artículo publicado en *El Imparcial*. Á Pereda por su parte no le pareció bien que Doña Emilia viese aquellos lunares en sus novelas, y ¡nada! que se armó la gresca. Pereda, como polemista, se ha revelado inferior á su ingenio y á su fama. Doña Emilia, cuyas novelas no pueden compararse ni de lejos con las de Pereda (Doña Emilia es una novelista detestable), se ha crecido en la polémica; porque Doña Emilia es admirable como articulista. De la discusión sale la luz, según dicen: hasta ahora, de ésta sólo ha salido polvo, y no es de esperar que salga otra cosa. Doña Emilia, que tan elogiada fué á los principios de su carrera por todos los literatos de campanillas, es ahora objeto de una verdadera cruzada: se conoce que los atenienses se han cansado otra vez de oir hablar de Arístides. Pero no es mujer la Pardo Bazán que se rinda fácilmente. Antes bien, mientras más atacada se ve, con mayores bríos se defiende, y tomando vigorosamente la ofensiva acosa á sus adversarios.

Cada profesión tiene sus vicios habituales, y según Debregne, la envidia es de los más frecuentes entre literatos. Á los literatos sucede algo de lo que á las mujeres de mundo: no se pueden ver unos á otros, y no pueden estar sino juntos. Por eso graves doctores han comparado la república de las letras con las casas de vecindad de gente pobre.

Pero los que en esto tienen más culpa son los amigos y admiradores de los ingenios. No hay literato de nombradía que no tenga su pequeña corte. Los de la corte son los que dicen al ingenio adulado: «Fulano se cree más ingenioso que usted..... Usted no debiera pasar eso..... Salga usted á su propia defensa»..... Y en efecto, el ingenio sale y..... se pone en ridículo.

Concluyamos:

Si los grandes hombres no tuvieran estas debilidades, nos olvidaríamos de que eran hombres.

***

El docto y venerable Obispo de Salamanca, con celo ferventísimo, propio de su alto ministerio pastoral, dirigió, no hace muchos días, su voz á sus diocesanos, previniéndolos de los funestos peligros con que los amenaza la horrible pasión del juego en la capital de su Diócesis, una de tantas en que el vicio campa á sus anchas como en país conquistado.

En Salamanca, como en otras partes, hay todavía fe, hay espíritu cristiano; y donde hay fe, donde hay cristiano espíritu, las tinieblas nunca son completas y la luz se engendra fácilmente. Así debieron entenderlo los directores del vicio, y al verse fustigados por el insigne Pastor, hicieron lo que denuncia un periódico en los términos vigorosos que al pie de la letra copiamos.

Dice:

"Desde la Cátedra santa de la verdad y en presencia del *mejor testigo*, denunció ayer el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo un hecho escandaloso, vergüenza para Salamanca y acerbo dolor para los católicos.

„Tahures de oficio, canallas, que la falta de sentido moral tolera en nuestra ciudad, y aun les agasaja y solicita, han ultrajado la santidad del Ministerio pastoral, la dignidad altísima del Episcopado con un asqueroso anónimo en que se contestaba con inverecundia la enérgica y sentida reprensión que el feo vicio del juego ha merecido de nuestro venerable Prelado.

„No ha bastado que la palabra pastoral caiga y se pierda, como la benéfica semilla en la maleza de las pasiones, y en la glacial indiferencia de los que están obligados á inquirir y reprimir actos inmorales que menciona y castiga el Código penal.

„La impunidad ha alentado á los *jugadores*, y torpe ó cínicamente han podido hacer llegar bajo sobre á las manos del Prelado un pliego timbrado, según nos pareció oir, con el rótulo de *Casino de Salamanca*, y en él una caricatura episcopal con una burlesca dedicatoria que firman *Los de la Torre*.„

Escribe á este propósito *La Semana Católica:*

»Ante hechos de esta naturaleza canallesca, parécenos que no hay protestas que puedan colocarse al nivel del horror que inspiran. En el hidalgo pueblo español no puede caber la mengua de ponerse de parte de una tahurería que reta al sentido moral por tan indecente y asquerosísima manera. En la tierra clásica del honor castellano, á ese reto cínico é inmundo sólo puede contestarse empuñando una escoba y procediendo á barrer tan leprosa inmundicia.»

Nos adherimos enteramente á las ideas manifestadas por nuestro excelente colega.

***

Acaba de publicarse en Bilbao la tercera edición de un devocionario manual titulado *El Angel de la Misa*, del cual se ha hecho una tirada de 185.000 ejemplares, con el fin de darlo á un precio sumamente insignificante.

Es un bonito libro de propaganda católica, que seguramente tendrá gran aceptación y servirá de gran provecho, sobre todo á los niños.

Lo recomendamos muy eficazmente á los señores Curas, maestros de escuela y libreros, y agradecemos al editor los ejemplares que nos ha mandado.

Véndese en la Librería Católica de Bulfy y Com-

paña, Bilbao, al precio de 10 céntimos ejemplar y 3 pesetas el ciento, franco de porte.

Para recibir el envío es preciso acompañar su importe al hacer el pedido, en libranza del Giro mutuo, sellos de 15 céntimos ó letra sobre Bilbao.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES.

GRABADOS

Bellas artes. — 1814 (cuadro de Meissonier). (Pág. 49.)

Puede discutirse la tendencia artística del insigne pintor francés que acaba de morir en París: lo que no cabe negar, es el mérito insigne del autor de *Waterlóo* y de *Mil ochocientos catorce*. Meissonier es una personalidad artística de primer orden, y su nombre y sus obras han de merecer de la posteridad el homenaje debido á los hombres y á las obras en que resplandece el genio.

Meissonier no pintaba en grandes lienzos. Á sus cuadros puede aplicarse la conocida frase de Luis XIV cuando le presentaron algunos lienzos de la escuela flamenca: *Que me quiten de delante esos muñecos*. Muñecos son también las figuras pintadas por Meissonier, si se atiende al tamaño. Pero ¡qué muñecos! Ya quisieran parecerse á ellos la mayor parte de los hombres gigantescos de que han inundado lienzos y lienzos enormes los pintores contemporáneos.

Los maestros antiguos pintaban para los claustros y salones de su época, que eran de proporciones extraordinarias; Meissonier ha pintado para el hotelito del rico moderno, en que todo es diminuto y lindo, nada grandioso. Sin embargo, él supo encontrar muchas veces la grandiosidad en lo pequeño, lo cual es difícil, pero no imposible, como se figuran algunos.

El cuadro que ofrecemos hoy á nuestros lectores es buena prueba de ello. No mide más que 30 pulgadas de largo por 20 de alto, y es, sin embargo, uno de los lienzos que más imponen por su augusta severidad de composición, trágica grandeza de su asunto, por la admirable revelación de toda una época de glorias sin número. Meissonier comprendió á Napoleón. ¿No basta esto para elogiar á un artista?

Mil ochocientos catorce, por otro nombre *Campaña de Francia*, fué expuesto en el Salón de 1864, y representa la vuelta de Napoleón á París después de la batalla de Romainville.

Va el Emperador en su famoso caballo blanco, y síguenle formando su estado mayor los Mariscales Ney y Berthier y varios Generales, entre quienes se reconoce á Drouot, de Flahaut y otro; por la izquierda, y en segundo término, avanza la infantería.

En el semblante contraído y meditabundo de Napoleón revélase el sufrimiento por el fracaso, y la preocupación de lo porvenir, que aparece enteramente nublado ante sus ojos. El rostro de Ney muestra á la vez resignación y coraje.

Berthier se agarra al caballo é inclina la cabeza, rendido por la fatiga y el sueño, dato perfectamente histórico, pues sabido es que el Mariscal, durante aquella serie de encuentros que precedió á la retirada, no se había apeado en dos días.

Este cuadro fué vendido en el mismo año de 1864 á Mr. Delahante por la suma de 70.000 francos, y ahora últimamente lo ha comprado el Gobierno francés para el museo del Louvre por la verdaderamente enorme cantidad de 850.000 francos. ¡Si vieran algo así nuestros pintores! Pero en España, ya se sabe: «es muy difícil adquirir gloria; pero en cambio tampoco se gana dinero».

Juan de Juanes. (Pág. 52).

Su verdadero nombre fué Vicente Juan Masip, y nació en Fuente La Higuera en el año 1523. Estudió en Roma con los grandes pintores de su época. Murió en 1579, en Bocairente (reino de Valencia).

Los cuadros religiosos de Juan de Juanes se distinguen por la suavidad de color y por el puro misticismo de las figuras. Nada tan hermoso por uno y otro sentido como el Salvador que se guarda en el Museo del Prado. Á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA corresponde la gloria de haber publicado (tomo de 1890, pág. 33) un artículo del notable crítico de Bellas Artes Sr. Belda, en que relató el descubrimiento artístico que hizo dicho escritor en la iglesia parroquial de Bocairente de un retablo preciosísimo del insigne pintor valenciano.

Contrastes de la vida. (Pág. 53).

Recomendamos á nuestros lectores los artículos que sobre la limosna está publicando en la *Revista Popular* de Barcelona su ilustre director D. Félix Sardá y Salvany. Para no dar limosna, muchos ricos salen con que los pobres son unos holgazanes viciosos, con que la limosna es una manera indirecta de fomentar la vagancia, y otras majaderías semejantes. Sardá y Salvany sale al encuentro de estas objeciones vulgarísimas (en todos los sentidos de la palabra vulgar), y materialmente las tritura con su dialéctica persuasiva y con su estilo tan bello y apropiado á las exigencias de la polémica periodística. ¡Lástima que no leyese todo el mundo los magníficos artículos de Sardá y Salvany!

Nuestro cuadro representa la limosna que da una bella Condesa á un mendigo que aguarda su paso en la calle. Hay entre este cuadro y el famosísimo de Murillo *Santa Isabel reina de Hungría* cierta vaga semejanza de asunto, por el contraste entre el lujo y la miseria, entre la hermosa figura de la mujer caritativa y el horrible aspecto del pordiosero: sin embargo, entre ambas composiciones media la misma distancia que entre una mañana nebulosísima de Diciembre y otra mañana espléndida y luminosa de Mayo.

Nuestra Condesa, ya se ve que no es una santa. Da limosna, sí, pero casi sin dignarse mirar al pobre socorrido. ¡Qué diferencia con la reina que con sus propias blanquísimas y augustas manos lava la cabeza de los tiñosos! Aquello es el cielo, esto la tierra; aquello la caridad, esto la compasión; aquello una santa, esto una dama. La composición de Murillo admirará á los hombres hasta la más remota posteridad; la que nosotros publicamos sólo puede servir como contraste y punto de comparación de la otra, y para entretener agradablemente á los lectores de una Revista. Sin embargo, no puede negarse nobleza á la figura de la dama, y el mendigo está muy bien dibujado.

Jerusalén en el siglo XII. — (Pág. 56).

El plano que ofrecemos á nuestros lectores es una verdadera curiosidad científica é histórica. Fué encontrado tan bello é instructivo monumento por el arqueólogo Lelewel en un libro manuscrito del siglo XII, y publicado por dicho autor en su obra *Geografía de la Edad Media*.

Cuando se levantó este plano, Jerusalén era ciudad cristiana, cabeza del reino fundado y regido por Godofredo de Bouillón. No se parece seguramente este plano á los magníficos que se hacen hoy: sus formas regulares y simétricas no son por cierto las propias de una ciudad, y menos aún de una ciudad de la Edad Media. Reproduce sin embargo con relativa exactitud la fisonomía general de los Santos Lugares y monumentos de Jerusalén, tal y como los encontraba el viajero, tal y como los veían los heroicos cruzados del siglo XII.

He aquí la explicación de los números que hay en el plano y que comprenden la ciudad santa y sus alrededores:

1. Puerta de David, al O. — 2. Puerta de Sión, al E. — 3. Puerta oriental de Josafat. — 4. Puerta septentrional de San Esteban. — 5. Calle de la Puerta de San Esteban. — 6. Calle del Monte Sion. — 7. Calle de la Puerta de Josafat. — 8. Camino de las Puertas Hermosas. — 9. Santo Sepulcro. — 10, *Roca salada* (piedra de la *Unción*). — 11. Gólgota. — 12. Calvario. — 13. Torre de David. — 14. Iglesia Latina. — 15. Mercado. — 16. Cambio de monedas! — 17. Claustro de Salomón. — 18. Templo (del mismo). — 19. Templo del Señor. — 20. Templo de Santa Ana. — 21. Piscina.

Cercanías de la ciudad á partir del Norte.

22. Monasterio de San Esteban. — 23. Monte del Gozo. — 24. Camino de la ciudad. — 25. Camino de Belén, dos leguas. — 26. Pesebre. — 27. Sepulcro de Raquel. — 28. Fuente de Siloe. — 29. Monte de Sion, Cenáculo. — 30. Aceldama, cementerio de los extranjeros. — 31. Bethania. — 32. Torrente Cedrón. — 33 Valle de Josafat. — 34. Monte Olivete, lugar de la Ascensión del Señor. — 35. Iglesia de Santa María. — 36. Sepulcro de la Virgen.

Estaciones de peregrinación agrupadas arbitrariamente al Este de la ciudad.

37. Jericó. — 38. Nazaret. — 39. Desierto. — 40. Lugar sexto, Excelso Monte. — 41. El Tabor. — 42. Pentápolis. — 43. Monte Líbano. — 44. Jordán. — 45. Mar de Galilea, mar Tiberiades, lago de Genezaret. — 46. Mar muerto. — 47. Lugar XL (cuadragésimo) donde ayunó el Señor. — 48. Monte donde el Señor fué objeto de las tentaciones del diablo. — 49. Sinaí. — 50. Roca de que Moisés hizo brotar agua. — 51. Monte Carmelo.

Se observa que la iglesia del Santo Sepulcro y el templo afectan la forma circular, mientras que presentan naves desiguales y largas prolongaciones la basílica de Bethleem y la mezquita de El Aksa.

Echase también de ver un tercer modo de reproducción para la iglesia de Santa María la Latina, erigida á principios del siglo XI por varios mercaderes de Amalfi. La figura que la representa (según indican las palabras *Ecclesia Latina* del plano) es la de una iglesia bizantina en la verdadera acepción de la palabra, á saber: un edificio cuadrado con tres ó cinco cúpulas semi-esféricas soportadas por robustos tambores.

El conjunto de la ciudad y la distancia relativa de los diversos puntos son meramente convencionales, mas no así la forma ni la distribución general de los monumentos.

La piedra designada con el nombre de *Lapis salsum*, es la llamada hoy de la Unción, casi en la cima del Gólgotha; las *Portae speciosae* son dos puertas gemelas, que antes de la elevación del terreno con la apertura de la calle de San Esteban daban comunicación al patio del Santo Sepulcro.

Las estaciones de los peregrinos están agrupadas arbitrariamente al Este de la ciudad: *Líbano*, *Jordán*, *lugar de la Cuaresma*, etc. Es de advertir que las cifras con que se designa este último, así como el monte de la *Tentación*, deben de corresponder á una especie de guía, con arreglo á la cual se hacían las peregrinaciones de la Edad Media, siguiendo un orden determinado.

Ninguna de las anteriores designaciones tiene aplicación á estos tiempos, mas no por eso deja de ofrecer el plano grande interés arqueológico, ni de reflejar la ardiente piedad de los cristianos de hace siete siglos.



JUAN DE JUANES.

Vista de Belén. (Pág. 57.)

Publicamos á continuación del plano antiguo de Jerusalén la vista de Belén, tal y como hoy la encuentra el viajero. La ciudad de David en que se consumó el mayor de los prodigios que la omnipotencia divina se ha dignado hacer en favor de los hombres, es hoy mísera aldea de adobes, que recuerda por su aspecto exterior é interior á los más humildes poblados de la Mancha ó de Aragón. ¡Qué cristiano, sin embargo, se acerca á aquella aldea sin profundísima emoción! ¡Quién no descubre su cabeza y no dobla la rodilla al descubrir las humildes casas! ¡Quién no reza el Credo, añadiendo: «aquí, aquí nació!»

Una futura madre de la patria. (Pág. 60.)

Estas sí que son verdaderas madres de la patria, y no como los padres que fueron elegidos el 1.º del mes. Ahora está ensayando su futuro oficio con un hermanito menor: la madre ha salido; la hermanilla y el perro han quedado de protectores del hogar. Decía Trueba que las mujeres son *niñas grandes*; en cambio Campoamor dice que toda mujer es *mujer desde la cuna*. Puestos á frasear, diríamos nosotros que, las mujeres dignas de serlo, son madres desde chiquititas. El instinto maternal es el que en nuestras dulces compañeras se revela antes que ningún otro, el que sobrevive á otros sentimientos menos puros, el que las acompaña hasta la senectud y el que siempre las hace grandes y respetables. — ¿Cuál es la mujer más ilustre? preguntó Mad. Stael á Napoleón. — La que ha tenido más hijos, contestó el guerrero coronado. En un sentido quizás parezca grosera la expresión de Bonaparte; pero en otro, manifiesta que se comprende verdaderamente la sublimidad moral de la mujer sobre la tierra.

Aparicio, cuadro del hambre. (Pág. 61).

En aquel terrible año de 1812, en que el cielo y la tierra, los hombres y los elementos parecían haberse puesto de acuerdo para acabar con nuestra infeliz patria, el hambre asoló la mayor parte de nuestras provincias. Habíase perdido la cosecha anterior, en parte por las inclemencias del tiempo, en parte porque muchísimos labradores, cansados de las expoliaciones del extranjero, no habían querido sembrar sus campos para que el fruto de su trabajo no fuese á engrosar los recursos del opresor.

Fué Madrid una de las poblaciones donde se dejaron sentir más los efectos del hambre.

Cortadas las comunicaciones por las guerrillas, sólo pasaban aquellos convoyes escoltados por tropas francesas constituyendo columnas bastante fuertes; y esos convoyes los acaparaba la administración militar francesa para el sustento de sus soldados y de los funcionarios del gobierno intruso.

Por otra parte, los negocios estaban completamente paralizados. Nadie emprendía edificaciones ni obras de género alguno. Todo el mundo había reducido extremadamente sus gastos, y cada cual parecía esperar, antes de hacer alguna cosa, á que se decidiera la suerte de la patria.

Así, el industrial apenas fabricaba, el comerciante apenas vendía, el obrero apenas trabajaba; y á la vez que todos veían disminuídos considerablemente sus recursos, veían enormemente aumentado el precio de los artículos de primera necesidad para la vida.

De esa manera, la gente, falta de alimento, desfallecía de tal modo, que caía muerta de hambre en las calles; comíase, como en plaza sitiada, toda clase de animales y desechos de vegetales, y con esto venían las enfermedades que semejante género de alimentación no podía menos que ocasionar.

Tan terribles momentos son los que recuerda el *Cuadro del hambre*, debido al pincel de D. José Aparicio, que demostró en su obra mejor intención que habilidad patriótica.

Un grupo de gente haraposa, llevando en sus rostros el horrible sello del hambre y en todo su cuerpo la marca de la más espantosa miseria, grupo compuesto de personas de distinto sexo y de todas las edades, ven llegar al gendarme que, en nombre de la beneficencia del rey intruso, les brinda con pan para sus famélicos estómagos.

El odio al invasor es más poderoso en el espíritu



CONTRASTES DE LA VIDA.

de aquellos madrileños que el hambre sobre su organismo, y todos rechazan el deseado alimento, porque les parecería al tomarlo que hacían traición á la patria.

Dos soldados franceses contemplan con sorpresa y casi con espanto aquel espectáculo, que les da á conocer la imposibilidad de someter á un pueblo que de tal modo resiste al más fiero de los tormentos, al tormento del hambre propia y de los seres más queridos, por no ligarse con el menor vínculo de gratitud á su opresor.

La intención, como se ve, es buena y patriótica. Pero el cuadro resulta muy amanerado por la exageración de los detalles y por el modo teatral de hallarse agrupadas las figuras, además de gran número de defectos técnicos que los pintores señalan en su ejecución, y que no le constituyen en modelo como dibujo ni como colorido.

Sin embargo, el cuadro es muy popular, y se ha reproducido muchas veces, ya en estampas, ya en figuras de cera. Mesonero Romano (el Curioso parlante) aseguraba que ningún paleto de los que vienen á Madrid por San Isidro deja de ver y admirar el *cuadro del hambre*, y que cuando vuelven á sus pueblos es uno de los puntos esenciales de sus narraciones descriptivas de las maravillas de la Corte.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso.—(Primera quincena de Marzo).

1. Dom. III de Cuaresma. El Santo Angel de la Guarda, S. Hiscio, patrón de Tarifa, S. Rosendo, obispo, patrón del obispado de Mondoñedo, Santas Antonina y Eudoxia, mártires, y el Beato Miguel Carvallo, de la C. de J., y compañeros mártires. — *Puede sacarse ánima.*

2. Lun. S. Lucio, obispo.

3. Mart. S. Emeterio y S. Celedonio mártires.

4. Miér. S. Casimiro, hijo del rey de Polonia, electo rey de Hungría, S. Lucio, papa y mártir, y S. Pío, obispo de Sevilla, mártir.

5. Juev. S. Eusebio y compañeros mártires, y el Beato Pablo Navarro, de la C. de J., y compañeros mártires.

6. Vier. Santa Coleta, virgen, S. Víctor y S. Victoriano, mártires. — *No se puede comer carne.*

7. Sáb. Santo Tomás de Aquino, doctor de la Iglesia, Santas Perpetua y Felicitas, mártires. — *Indulgencia plenaria* como en 23 de Enero.

8. Dom. IV de Cuaresma. S. Juan de Dios, fundador, y S. Julián, arzobispo de Toledo. — *Ánima.*

9. Lun. Santa Francisca, viuda romana, y la Beata Catalina de Bolonia.

10. Mart. S. Melitón y compañeros mártires.

11. Miér. S. Eulogio, presbítero y mártir, y la Beata Aurea, virgen.

12. Juev. S. Gregorio Magno, papa y doctor.

13. Vier. S. Leandro, arzobispo de Sevilla, y S. Rodrigo y S. Salomón, mártires de Córdoba. — *No se puede comer carne.*

14. Sáb. Santa Matilde, reina, la Traslación de Santa Florentina, virgen, y el Beato Leonardo Chimura, de la C. de J., y compañeros mártires.

15. Dom. de *Pasión*. S. Raimundo, abad de Fitero y fundador, y S. Longino y compañeros mártires.

Las Cuarenta Horas.

Días 1 y 2. Iglesia de Nuestra Señora de Atocha.
3, 4 y 5. Iglesia del Hospital de la Latina.
6 y 7. Religiosas de Santo Domingo (Claudio Coello).
8 y 9. Iglesia de San Juan de Dios.
10, 11, 12 y 13. Parroquia de San Ginés.
14 y 15. Escuelas Pías de San Fernando.

NECESIDAD DE UNA NUEVA PROVINCIA

Es ya convicción antigua en nosotros la de que debe erigirse en nuestra Península una nueva provincia, que complete el número de cincuenta entre las existentes, y se forme con porciones debidamente cortadas de varias provincias hoy colindantes, que desde luego nombraremos, y son las de: Albacete, Murcia, Almería, Granada, Jaén y Ciudad Real.

No hemos pensado nunca, ó hemos pensado muy poco, en que la distribución del territorio nacional en territorios provinciales, efectuada por los legisladores de principios de siglo, pudiera modificarse, como si la vigente *provinciación*, digámoslo así, fuese cosa fatal é independiente de la voluntad de los hombres, á la cual no tuviéramos más recurso que someternos á cierra ojos, venerándola por todos los siglos de los siglos sin el menor asomo de crítica y sin el menor intento de reforma.

En este punto, los pensadores catalanes han sido de los primeros en formular protestas, y han creído averiguar que la distribución de Cataluña en cuatro provincias no había obedecido á otro motivo capital que al de fraccionar una región peninsular perfectamente unida, establecer rivalidades intestinas en ella, imposibilitar por este medio ciertas reivindicaciones territoriales y poner á cubierto de peligrosas demandas la centralización, cada vez más pujante, de los tiempos modernos.

Conste que no juzgamos, ni queremos por hoy juzgar ese hecho, que tal vez sea materia de otros artículos. No queremos sino mencionarlo como nota digna de ser tenida en cuenta, como razón poderosa de que la vigente *provinciación* no es cosa infalible ni dogmática, sino reglamento mudable y ordenanza sujeta á mejora y progreso, como todas las obras, aun las más asombrosas, realizadas por el hombre.

Tal vez nuestros legisladores, al ordenar la actual distribución en provincias de nuestro territorio, atendieran más á conveniencias políticas, á consejos de la historia, siempre respetable, á insinuaciones del porvenir, más respetable aún, que entonces se coadunaron empujados por aquellas circunstancias; pero no puede negarse que enfrente de las inspiraciones políticas y enfrente de los halagos de la historia suelen alzarse razones poderosísimas, imponentes y avasalladoras, que aconsejan cosas distintas, cosas opuestas, no para derruir aquéllas y negarlas, sino para afirmarlas y fortalecerlas, dándolas otra savia y despertándolas á nueva vida. El carácter nacional se presta poco, muy poco, á estas indispensables variaciones, causa tal vez este achaque de los grandes fracasos de nuestra raza; pero es necesario moverlo, sacudirlo, educarlo al oportuno vaivén, porque todo es susceptible de educación, y la educación es progreso, suprema ley de la vida.

Aunque en apariencia se presenta contradicción algunas veces entre las conveniencias políticas, las administrativas y las económicas en el gobierno de los pueblos, no la hay, en realidad, ni es posible que la haya, siquiera el demostrarlo sea asunto pro lijo y objeto de otros estudios sociológicos, que aquí no pretendemos esbozar; y si nuestros antiguos legisladores, modernos relativamente, trazaron la actual división de provincias de nuestro territorio, atendiendo de un modo principal á razones políticas, bien hicieron, y no hemos de ser nosotros los que les acriminemos por ello. A quien hemos de acriminar seguramente, es al que ha perdido de vista las circunstancias que rodeaban é inspiraron á aquellos legisladores, y sigue creyendo que hoy predominan las mismas circunstancias, y que lo que entonces era conveniente lo es también de igual manera en nuestros días.

Si porque un paraguas ó un impermeable es una prenda eminentemente útil y casi necesaria en temporales de lluvia, vamos á llevarla á cuestas constantemente, aun en los días de más calor y de prolongada sequía, no cabe duda que nos pondremos en ridículo, proporcionándonos de paso una molestia tan inútil como pesada.

También pueden las instituciones humanas ser víctimas en su creación de errores y descuidos, así en su esencia como en sus cualidades accidentales! y claro es que el hombre tiene, no el derecho, sino el deber de examinarlas, de repasarlas continuamente, por lo mismo que son humanas ó defectuosas, con objeto de irlas corrigiendo y amoldándolas mejor á sus respectivos destinos, pudiéndose dar el caso de que una institución antigua cuadre bien á circunstancias modernas, pero que adolezca de vicios en su constitución, salvados los cuales, recobre nuevo brillo y ofrezca mayores ventajas que otras instituciones de nuevo modelo, asaz atrevidas é inoportunas.

Desde que, fijándonos en estas cuestiones, hemos venido estudiando el Mapa de España, hemos tenido cien ocasiones de averiguar los motivos por los cuales unas provincias españolas son mucho más extensas que otras, porque unas afectan formas más regulares que otras, siendo éstas casi circulares y aquéllas casi cuneiformes, teniendo éstas la capital en un extremo y teniéndola aquéllas en el promedio. Pero lo que no hemos podido comprender nunca, es la razón por la cual se ha dejado una extensión tan considerable de nuestro territorio como el que mencionamos, sin una capital de provincia.

No podemos admitir que se haya obedecido, al dejarlo, á conveniencias administrativas, á combinaciones políticas ni á necesidades económicas, ó sean exigencias del presupuesto de gastos, puesto que el gasto originado por la capitalidad de una población no influye de un modo decisivo en ningún presupuesto, ni lo recarga hasta el punto de que se considere como empresa inabordable. Hemos de creer que, al efectuarse la actual distribución provincial de la Península, se atendió principalmente á circunstancias del momento, satisfechas las cuales, se olvidaron ciertas necesidades, ciertas condiciones de la vida moderna, ciertos fundamentos de prosperidad, que de ningún modo han de perderse de vista, y que en determinados momentos han de pesar más en la balanza administrativa que cualesquiera otros. Hemos de creer que fué un olvido, un descuido, y nada más, lo cual no es poco.

Claro es que cada región podrá tener, y aun tiene, según hemos visto en la breve alusión que hemos hecho al Principado catalán, motivos de queja por el especial sistema que presidió á la distribución del territorio en provincias; pero nos es de todo punto imposible hacernos eco de tantas quejas, ni constituye nuestro objeto el examinarlas, ni creemos que todas ellas se hallen justificadas, pues en esto, como en todo, reinan vientos de preocupación y de fanatismo, muy á propósito para echar á pique la nave del Estado, según la historia enseña, pero muy poco para conducirla á puerto tranquilo y seguro. No pretendemos aquí interpretar las aspiraciones regionales ó regionalistas de ninguna comarca, sino responder á necesidades económicas é industriales de verdadero interés nacional.

Por eso nos hemos fijado muchísimas veces en la vasta extensión de territorio que separa á las capitales de provincia denominadas Albacete, Murcia, Almería, Granada, Jaén y Ciudad Real, y nos hemos

extrañado de que no figurase en medio de ella ninguna capital de provincia, independiente de estas seis. ¿Cómo es posible, nos hemos preguntado, que en esta inmensa región de España no se vislumbre una capital de provincia; cómo es posible que nuestros Gobiernos no hayan reconocido aún la necesidad de establecerla, ni los diputados por los diferentes distritos electorales que abarca la hayan proclamado en el Congreso, consumiendo todos sus esfuerzos para conseguir satisfacerla? ¿No les ha llamado aún la atención el que casi una cuarta parte del territorio español se halle de tal modo relegado al olvido, careciendo de toda suerte de vías de comunicación, de toda suerte de resortes industriales y mercantiles, como si fuese un pedazo del continente africano, y como si estuviese condenado á que jamás la memoria de los hombres parase mientes en él, sino cuando los estragos de las inundaciones ó los desastres de los terremotos logran conmover á Europa entera?

El actual Gobierno nos ha anunciado ya, en diversas ocasiones, desde que la Regencia lo llamó á sus consejos, su firme propósito de emprender una fecunda campaña administrativa y desarrollar una verdadera actividad en el acometimiento de obras públicas; y como ya antes de ahora ha sabido demostrarnos que entiende de convertir las palabras en obras, creemos que es llegado el momento de revisar la *provinciación* vigente y enmendar errores que á todas luces perjudican la prosperidad nacional, negándola estímulos y apoyo simultáneamente. No conviene gastar toda la actividad, toda la iniciativa y todos los recursos en reformas ó restauraciones de segundo ó tercer orden, que trascienden á oropel muchas veces, y que son más propias de gobiernos alocados y casquivanos, sino que conviene pararse en reformas fecundas y vitales, de esas que derraman vida por todas partes y encierran los gérmenes de un porvenir venturoso. Bueno es cuidar del cauce y desbrozarlo asiduamente, pero es mejor alumbrar manantiales, descubrir nuevas fuentes y consolidar núcleos de prosperidad.

La extensa región de nuestra Península á que nos referimos, es digna de la atención del Gobierno bajo el aspecto administrativo y económico que aquí la consideramos. Reforma urgentísima entendemos que es el sacarla de la postergación en que yace, poniéndola más en contacto, no sólo con el gobierno central, con la capital de la nación, sino con las diversísimas comarcas que la circundan, porque lo aconsejan razones de todo género, razones políticas, razones administrativas, razones económicas, razones industriales, razones militares y hasta, si se quiere, razones de justicia; porque el poseer la capitalidad de una provincia reporta, no sólo utilidad, sino también honor, y esa utilidad y ese honor no redundan sólo en beneficio del Estado, sino también de la población interesada y de la comarca perteneciente á lo que podríamos denominar su jurisdicción geográfica.

Trataremos en otro, ó en otros artículos, de especificar, razonándolos, los motivos todos que nos impelen á aconsejar á nuestros Gobiernos la reforma trascendental que en el presente despuntamos, y no terminaremos hoy sin expresar una y cien veces nuestra firmísima convicción de que es reforma del número de aquellas que se imponen irremisiblemente, de aquellas que acaso formen época en un ciclo gubernativo dado, si se plantea con prudencia y espíritu superior, y aun de aquellas que abren la puerta á nuevas reformas beneficiosas, augurio de mejores y más bonancibles tiempos.

No hemos de imitar servilmente á ningún país en el gobierno y administración del nuestro: hemos de consultar tan sólo nuestras necesidades nacionales, las necesidades de nuestro territorio, especialísimo como pocos; y si Francia tiene este ó el otro número de provincias, lo mismo que Alemania ó Italia, será porque así convenga á su respectivo país; pero el nuestro no se puede guiar por las necesidades del suyo. La reforma de la *provinciación* española se impone, decimos, y el Gobierno que la lleve á cabo merecerá seguramente bien de la patria y patentizará que sabe cuidarse cual ninguno de los *verdaderos intereses* del país.

F. AGUILAR Y BIOSCA.

TEATROS

Á VUELA PLUMA.

Pero, señor, ¿qué tendrán las bambalinas, los telares y demás artefactos del arte escénico, para atraer de tal manera á los incautos, para obligarles á patentizar públicamente su apocamiento y falta de sentido común?

¡Averígüelo Vargas!

Hoy día todos escribimos para el teatro. La *comediomanía* simple y compuesta se ha desarrollado entre nosotros con la misma intensidad que el arestín entre los gastos.

El que no puede funcionar solo, feliz é independiente, por falta de facultades inventivas ó intelectuales, recurre á hijo de vecino.

Nunca faltan amigos de buena voluntad, dispuestas á rendir ferviente culto á la diosa Talía.

Por cierto que la pobre diosa tendría que oir, si se pusiera al habla con los mortales, aunque fuera por teléfono.

¡Válgame Dios!, ¡y qué harta debe de estar la buena de la señora (c. p. b.)!

Drama por aquí, comedia por allá, juguete por acullá, en fin..... el diluvio de majaderías.

La producción nacional prospera como los melones y las calabazas; nos prodiga sus dádivas y sus dones á manos llenas.

Lo único que tiene de bueno, y hay que agradecérselo, y no poco, es que no se distingue como proteccionista.

Lo mismo le da h. h. que r. r..... allí donde ve alguna incongruencia, va y pica.

Y gracias á que no peca de políglota; pues si así fuera, hasta iría á buscar primicias de la literatura de los samoyedos, para sacarnos de juicio.

Si ahondase más (por mi parte *abrenuncio* en el fárrago cada vez más tupido é intrincado de nuestras obras modernas), nos encontraríamos que la mayor parte de ellas son arreglos de los demás idiomas europeos, residuos del *fumier* cosmopolita, rico en inmoralidades y extravíos.

Hay quien tiene una guía, que ni la de Botín (el de París) para su uso interno, donde poder elegir obras como peras en montón. Nomenclátor, anotado y todo con signos convencionales al margen, que dicen «esta es alegre», «esta es triste», «esta dramática», y *ainsi de suite*, una verdadera filatelia literaria para auxilio de las cabezas hueras pero ardorosas.

En fin, ¡si las tonterías se hicieran solas! Pero, no, señor; se hacen en colaboración, *a giorno*.

La juventud actual, *la jeune Espagne*, está ganosa de publicidad.

Necesita exhibirse, llamar la atención. Carece de ortografía, pero sabe versificar.

La salida á las tablas, aun cuando sea en clase de manifestación pacífica ó de palominos atontados, *viste mucho, ça pose!*

En las butacas puede haber alguna persona que influya de un modo directo en la existencia de los autores.

Allí puede estar la novia, el sastre, las suegras, las vecinas del cuarto de arriba y las amigas del piso de abajo.

Hay que exhibirse á toda costa, sin tener en cuenta los siseos, las protestas, los gruñidos.

¡Qué verdad es que no hay peor sordo que el que no quiere oir!

Además, la exhibición puede valer un ascenso en la escala social, ó en la administrativa. Conque á las tablas por todo, y vengan pitos.

Y así es que Pedro se agarra á los faldones de Juan, y Juan á los de Marcos, y Marcos á los de José, y este á los de su abuelo, ó pariente más cercano, y entre todos conciertan alrededor de la camilla, ó de la mesa del café, un juguete cómico en un acto, en prosa ó en verso, cosa que poco importa, pues tan mala es una como otra.

Urden la trama los benditos, se la comunican á sus respectivas costillas si es que las tienen, ó á sus parientes y testamentarios, y se cuidan muy mucho de hacer saber á voz en grito á sus superiores jerárquicos que tal día y á tal hora van á estrenarse en clase de autores por horas, ó de *simones* literarios y..... combinación artístico literaria al canto.

Se estrenan contra viento y marea, aplaudenles los amigos, suéltanles el correspondiente bombito los revisteros obsequiados con la correspondiente butaquita, y al día siguiente los *fariseos* hinchan los carrillos, dándola de personas, y hasta se atreven á esperar un ascenso, *los muy sin vergüenzas*, si es que militan en algún ramo de la administración pública, en pago sin duda de la pateadura recibida.

Por cierto, y esto sea dicho de paso, *á volapié*, que el Estado suele estar bien servido por esos *congrios* literarios, que cuando no están de ensayo están de gestación poética, y cuando no de estreno, escudando su nulidad bajo una capa de ilustración á la violeta y una exuberancia versificadora que llegaría á espantar, si no moviese á compasión por la pobreza y falta de novedad de que dan muestras sus cerebros de secano.

¡Pero, en fin, allá ellos! En el pecado llevan la penitencia, pues no hay enfermedad más peligrosa é incurable que la tontería de nacimiento.

Es muy probable que algunos de los que lean las anteriores líneas, digan para su capote que una cosa es predicar y otra dar trigo.

¡Convenido!

Pero á eso les contesto yo, con todo el respeto debido, que las tonterías no deben nunca hacerse á sabiendas, con premeditación y alevosía, y, caso de incurrir por descuido en ellas, tampoco hay que tomarlo á galardón, sino muy al contrario, arrepentirse y procurar la enmienda, en vez de buscar compañía para perpetrarlas.

Además, yo entiendo y creo que ustedes serán del mismo parecer, que nada hay tan vituperable como inducir al prójimo á pecar, ó hacerlo en comandita, por ser mayor el escándalo y peor el ejemplo.

Y aquí, si ustedes no me mandan otra cosa, haré punto final, pues el tema es socorrido, y sería el cuento de nunca acabar.

La quincena ha sido demasiado fructífera en obras teatrales, para dormirse en la suerte y no dar á cada cual su merecido.

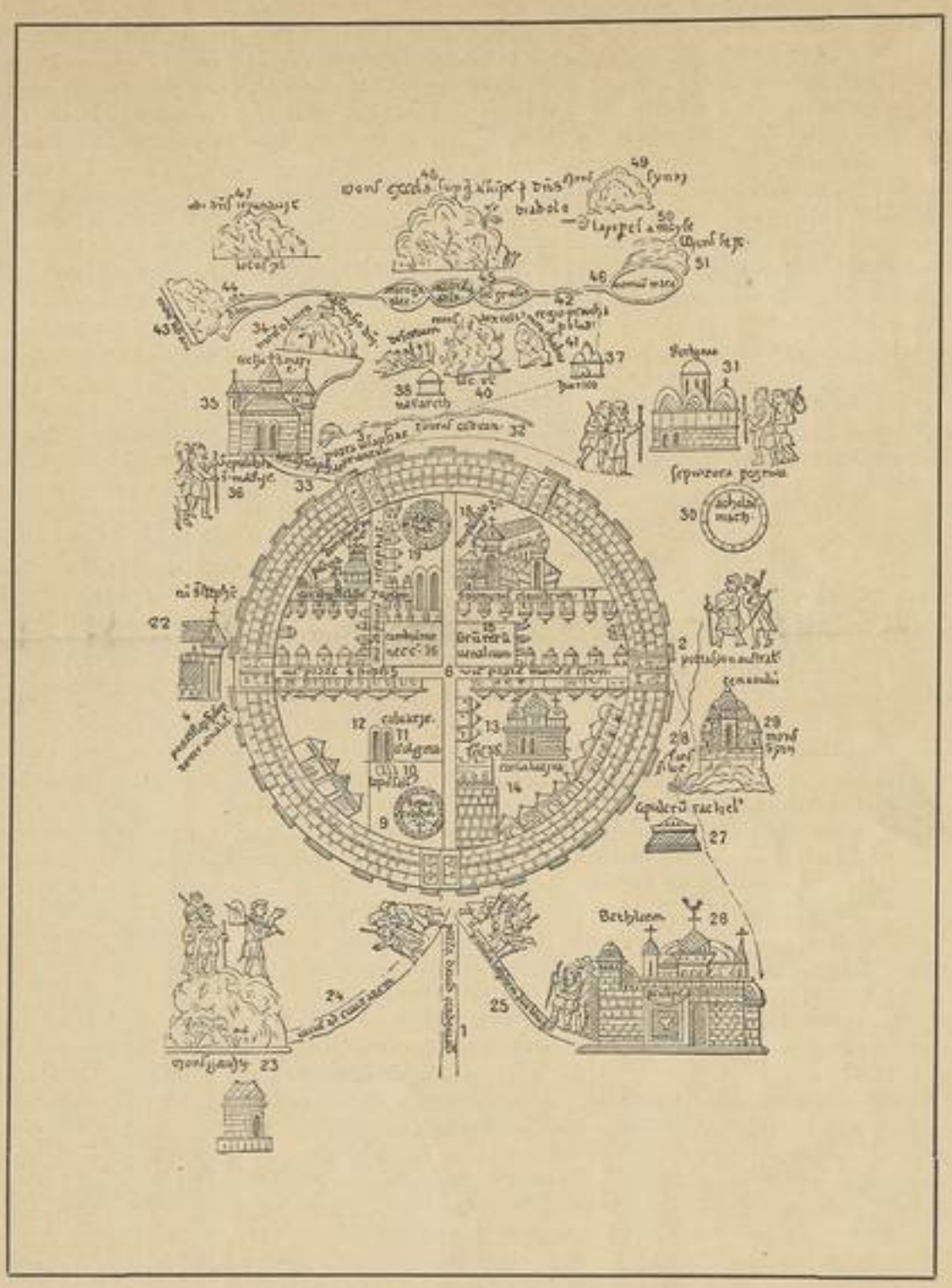
Sin embargo, aún no me he podido explicar el por qué cuando voy á emprenderla con el verso, me ocupo de la prosa, y cuando de la prosa, me dedico con todos mis sentidos á la música.

Ustedes dirán.

Yo, para mí, creo — y esto sea dicho reservadamente, para que nadie se entere — que debe ser exceso de imaginación, plétora literaria..... en fin, lo que sea, sonará.

***

¡Qué quincena, señores! ¡qué quincena! *¡What af orthnight! ¿Usted lo ha visto?*



JERUSALÉN EN EL SIGLO XII.

¡Aún no he vuelto de mi asombro!

Los estrenos han menudeado como el granizo—cuando cae se entiende—y pásmense ustedes.—Es decir, no; no se vayan ustedes á resfriar—se ha estrenado alguna que otra cosa buena, pero buena suavizando algo las antiguas asperezas que existían entre el público y los cosecheros de nuestros productos filarmónicos é intelectuales, tan aficionados á la fuchina literaria.

El *Teatro Español* ha puesto en escena un juguete cómico en un acto y en prosa, titulado *D. Juanito*, que ha gustado á los señores.

En esta obra, la colaboración no resultó contraproducente. *D. Juanito* es un juguete muy bien hecho y mejor pensado, y tiene además la inapreciable cualidad, en los tiempos que corren, de ser muy moral, por lo cual hay que dar la más cumplida enhorabuena á sus autores, D. Ramiro Blanco y Don Modesto Arias, que merecieron los honores del palco escénico.

Trátase en el juguete de un viejo verde que está trovando en un establecimiento balneario, y recibe el merecido castigo al final de la obra presentándose su mujer—pues el bribón era casado,—y la tela de araña urdida por aquel tenorio averiado se proponía atraer á sus redes á una preciosa criatura que tenía novio, y deja al viejo plantado, como era de esperar, con un palmo de narices.

Los actores todos llenaron sus papeles con *amore*, y desde el principio hasta el fin se notó bien á las claras que se había juzgado el juguete *por dentro* y llevaba el *visto bueno* de la Compañía, que no es poco.

La enhorabuena, pues, y adelante, que nunca es tarde para enmendarse.

***

Goula y *Mancinelli*, dos colosos de la música, contendiendo en buena lid para atraer al público á sus sesiones, que son otros tantos torneos filarmónicos, es el espectáculo que nos ofrecen el teatro Real y el del Príncipe Alfonso una vez á la semana.

El público, tan poco acostumbrado á tan nobles y levantadas luchas, no puede menos de congratularse por tan loable competencia, pues siempre sale ganancioso de ellas.

Las dos Sociedades de Profesores cuentan con un repertorio variadísimo y de primera fuerza, que hace pasar las horas como en un sueño, del cual nadie quisiera despertar; tal es el arrobamiento que producen en el auditorio con su admirable ejecución y su derroche de harmonía.

En la última sesión musical presentáronse al público de Madrid dos notabilidades en instrumentos de cuerda. El Sr. Sarmiento electrizó al público en la sala del Teatro Real con su violoncello, mientras el Sr. Thomson arrancaba nutridos aplausos en la del Príncipe Alfonso, sacando del violín notas al parecer imposibles, y que demuestran la habilidad de un consumado artista.

Entablada, pues, la competencia, que tanto viene á favorecer el desarrollo de la afición á la buena música, el deseo de todos es que aquélla siga y no decaiga un momento el entusiasmo y la energía de sus dignísimos intérpretes.

***



VISTA DE BELÉN.

En el *Teatro de la Comedia* ha habido un estreno, *La Duquesa de Altora*, que ha gustado hasta cierto punto.

El argumento está algo traído por los cabellos, y las escenas son algo cándidas é insulsas; pero la obra se halla presentada con mucha propiedad y hasta con lujo, y los actores echan el resto por salvarla, consiguiéndolo..... hasta cierto punto — ¡y va de repeticiones!

***

El *teatro de la Princesa* está de enhorabuena hace ya tiempo. ¿Si habrá encontrado su *Mascota*?

El Sr. Linares Astray ha venido á aumentar el balance de éxitos del referido coliseo con una comedia en tres actos, titulada *El camino de la gloria*, que ha puesto á su autor á dos dedos de alcanzarla, haciendo augurar que con el tiempo le acogerá decididamente en su seno por poco que persevere.

En *El camino de la gloria* destácanse los destellos del genio entre algunas ligeras nubecillas de inexperiencia, harto disculpable, por cierto, y que realza, si se quiere, el mérito incontestable del joven autor dramático, probando hasta la evidencia que se deja guiar de su propio criterio, sin buscar ayudas ni andadores, presentando, en fin, sus producciones tales y como han salido de su laboratorio cerebral.

Los tres actos, en prosa limpia y castiza, de que se compone la obra, están perfectamente acabados, y muestran que su autor posee una gran cultura, unido á un conocimiento sobresaliente de los recursos de la escena.

De la ejecución no hay que hablar, tratándose de una compañía modelo que cuenta con artistas tan afamados como María Tubau, Vallés, Amato, Alvarez y otros cuyos nombres están bien presentes en la memoria del público; con decir que ni bordada en cañamazo, está dicho todo.

El Sr. Linares Astray debe de estar satisfecho del éxito alcanzado, prenda segura de mayores triunfos, siempre y cuando no se duerma sobre sus laureles.

***

El público de buena fe se enternece, y los de *arriba* aplauden á rabiar en cuanto encuentran una oportunidad, lo cual llega á contagiar á los que presencian la función con ánimo sereno é imparcial.

La comedia tiene cierto saborcillo francés, que milagro será no se trate de algún arreglo; pero, en fin, á falta de pan, buenas son tortas.

***

Irene de Otranto, ópera estrenada en el regio coliseo con. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Según se ha dicho, no hubo necesidad de reformar los hábitos de los peregrinos, por cierto bastante averiados, pues para una sola noche..... puntos suspensivos, más vale callar!

Como lo he oído lo cuento, y *honni soit qui mal y pense*.

MISTIGRÍS.

P. S. — Cuando yo estrene, ya tendré el cuidado de avisarles á domicilio. El duelo se despedirá en el escenario; se prohiben los tomates y otras armas arrojadizas.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

XII

EL PASO DECISIVO

Me atrajo el són de la campana, y entre las sombras, ya muy desvanecidas, del matutino crepúsculo, llegué á la venerable basílica en el momento en que el sacristán abría la cancela del antiguo, destartalado y herboso patio.

Trabajo me costó al entrar en la iglesia atinar con la dirección que debía seguir: tan obscura estaba la nave. Sólo allá, muy lejos, en el fondo, brillaban como dos luceros las lámparas de plata que arden constantemente ante la imagen bendita de Nuestra Señora....

Una palidísima claridad de aurora empezaba ya, sin embargo, á correrse desde los altos ventanales por la blanqueada bóveda, que reflejaba fantásticamente aquella luz incierta sobre los remates de las pilastras y medio sacaba de las tinieblas los haces de banderas que festonean la cornisa del templo..... Aquella sombra, aquellas luces de las lámparas, aquella claridad fantástica de la bóveda, aquellos pendones, todo lo que veía, en suma, formaba un conjunto triste y solemne, algo que imponía por igual al espíritu que á los sentidos.....

Me arrodillé junto á un pilar, casi á tientas, y empecé á murmurar algunas oraciones..... No atinaba.

Me creía completamente solo.

Pero no lo estaba; porque junto á mí, al oído, murmuró alguien que yo no veía estas palabras:

— ¿Quiere usted confesarse?

No pude contener un extremecimiento nervioso..... Me asusté, y volví rápidamente la cabeza hacia el sitio de donde la voz había brotado. Entonces mis ojos, acostumbrados ya á las tinieblas, descubrieron en aquel sitio un confesonario, y dentro del confesonario la figura de un Sacerdote.

— Padre, contesté, no sé, sí, no..... no estoy preparado.

— Pues si quiere usted prepárese.....

— ¿Cómo?

— Que yo puedo ayudarle.

Me sentía cansado de espíritu y de cuerpo. No sabía lo que me pasaba, y me dejé atraer. Giré sobre las rodillas, y fácilmente, sin yo pretenderlo ni esquivarlo, quedé en la posición de un verdadero penitente.

Pero tenía deseos de hablar, eso sí, de contar á alguien lo que me ocurría, y me puse á contar al desconocido Sacerdote la historia que ya sabéis.

Él me oyó hasta el término, demostrando una singular atención.

Cuando hube concluído, tomó la palabra y me dijo, poco más ó menos:

— Todo lo que á usted ocurre, amigo mío, es muy lamentable, muy digno de considerarse y de estudiarse profundamente, para remediar lo que deba ser remediado, corregir lo que deba corregirse y fomentar lo que deba fomentarse..... Pero nada de lo que me ha contado es extraordinario, ni exige remedios heroicos..... Mire usted; todo lo que ha sucedido á usted puede resumirse en esto: *Usted ha perdido la tranquilidad de espíritu*. Perder la tranquilidad del espíritu es cosa mala en sí misma, es verdaderamente una desgracia; pero hay que tener en cuenta dos circunstancias, amigo mío: la primera, que en este mundo la tranquilidad del espíritu es muy rara, y nunca perfecta..... Usted se ha extrañado ahora de la tempestad, porque por vez primera la ha oído rugir sobre su cabeza..... Pero ¡ay! que por corta que sea su vida sobre la tierra, la oirá rugir infinitas veces, y muchas, más furiosa que ahora. Esto no es nada, hijo mío. Estos son cefirillos de primavera comparados con los huracanes que azotan de continuo la frente del hombre en este valle de lágrimas y miserias.....

La segunda circunstancia que hay que tener en cuenta, es que su intranquilidad de usted, lejos de ser un mal, es un grandísimo bien; es un beneficio palpable, manifiesto, de Dios. Usted en el vicio vivía tranquilo y en cierto modo feliz, con la felicidad llena de inquietud que puede acompañar y acompaña en efecto de hecho muchas veces á los pecadores..... La virtud es la que ha venido al alma de usted á declararle la guerra, á invadirla; ella es la agresora, ella la que ha perturbado la tranquilidad en que usted vivía..... Pero usted debe bendecir esa invasión; más aún, debe usted coadyuvar á ella como pueblo oprimido que se levanta contra su tirano cuando el libertador extranjero aparece armado en las fronteras..... El tirano de usted era el mal, el vicio, el crimen, y usted estaba en la felicidad de la servidumbre, en el oprobio de las ollas de Egipto; ha surgido Moisés; no se arredre usted ante la perspectiva del desierto. Detrás del desierto está la tierra de promisión. Si usted quiere llegar á ella, si usted apetece de veras comer algún día del fruto de la vid, á la sombra de la higuera propia, preciso es que ahora se levante, tome su báculo y siga al libertador á través del mar y del arenal infecundo. Los tiempos que próximamente se le preparan son de tribulación y de lucha..... Después vendrá el reposo. Esta, amigo mío, es la primera batalla que la vida, esto es, el demonio, el mundo y la carne coaligados, presentan á usted..... No hay que arredrarse, sino que conviene aceptar santamente el combate. Usted, sin embargo, no puede sostenerlo solo; necesita usted de Dios. De aquí la necesidad de la Religión. ¿Es que usted acaso creía que todo esto de la Religión era mera tesis teórica, enseñanza poética de su madre, recuerdo placentero de sus primeros años? No, hijo mío; es cosa práctica, cuya necesidad, más que en las cátedras y por medio de silogismos escolásticos, se demuestra á cada paso en la vida. Esas torturas del alma, ese vaivén de los sentimientos, ese torbellino de la imaginación, esa lógica disparatada, pero real, que se nos impone y nos aflige á despecho de nuestra misma inteligencia; todo eso clama por un regulador, por un péndulo, por un freno, por una vía clara y precisa, y ese regulador, péndulo, vía, lo que usted quiera llamarlo, no puede ser más que la Religión. Ella, ella sí, es la única. No lo es la ciencia, que sólo se dirige á la razón; no lo es el arte, que sólo busca el sentimiento; no lo es la política, que únicamente apetece lo que es útil; es ella, la Religión, que á la vez es razón, sentimiento, utilidad: lo único, en verdad, sintético que hasta hoy ha conocido el hombre sobre la tierra.

(Se continuará.)

REQUIEM POLÍTICO

Sucedió lo que tenía que suceder, dada la vida maleante y política que llevé por ese mundo de Dios.

Tantos sobresaltos, tantas contrariedades, tantas ambiciones y tantos goces, dieron al traste con mi flaca naturaleza, y el político que fué causa de tanta amargura se murió de la manera más dulce posible, pues dicen los médicos (si esta vez acertaron) que morí de *diabetes sacarina*.

Cerré los ojos á la luz, y en aquel instante tremendo mi espíritu, que pugnaba por desasirse de la

materia y volar en solicitud de la misericordia divina, de que tan necesitado se hallaba, se encontró sujeto más que nunca á lo que ya era *mi cadáver*, mientras una voz misteriosa me decía que en tan horrible situación había de permanecer en tanto que no hubiera un alma cristiana que con sus oraciones me abriera las puertas del cielo.

¿Dónde encontrar este alma?, pensé yo sumido en la más grande de las desesperaciones, recordando mi vida sin afectos y viendo que todos ponían en olvido mi espíritu por acordarse tan sólo de lo que fué mi cuerpo, y al que iban á adornar con toda clase de cintas, bandas y cruces.

No había transcurrido una hora de mi muerte cuando mi casa, que ya era pequeña para contener la gente que venía á enterarse de mi estado, más que por afecto á mi persona por deberes oficiales y cortesía política, se vió visitada por tres doctores que se habían ofrecido á embalsamarme, mientras otros dos querían á todo trance llevarse, el uno mi corazón y el otro mi cerebro, por ver sin duda si encontraban en estas vísceras muertas el secreto de mis triunfos políticos, que sólo lo hubieran encontrado en otra víscera que no se llevaron: el estómago.

—¡Pero señor!, decía, ¡que ni aun después de muertos tengamos tranquilidad los personajes políticos! Y pensaba con envidia en los que mueren obscuramente y son enterrados sin más ruido que el de las benditas oraciones que á mí me faltaban.

De las manos de los médicos, que con sus inyecciones desinfectantes y extirpación de vísceras me dejaron como nuevo en muerte, ya que en vida no pudieron hacerlo, me entregaron al brazo secular de mis criados, que acabaron por vestirme y echarme encima todas cuantas cruces, bandas y cintas habían puesto sobre mi pecho en mi larga carrera, bien la deslealtad, bien la vanidad, ó bien ambas cualidades reunidas.

Una vez lavado, afeitado y casi *trufado* por los doctores, que no se dieron punto de reposo hasta dejarme con un aspecto de hombre sano que ni en los días de más salud tuve, me trasladaron sin cerebro y sin corazón, es decir, sin las dos cosas que en toda mi vida había necesitado, á la sala, donde supuse me expondrían á la curiosidad pública, no sin que antes un escultor sacase mi mascarilla y un pintor trasladase al lienzo mi inmóvil fisonomía, artificial y profanamente embellecida por el arte de los embalsamadores.

Como ya había *entrado en caja*, pensé con fruición me dejarían descansar; pero la vanidad, diosa á quien había consagrado mi existencia, se complacía en atormentarme, haciéndome oir dialogos como el siguiente, que sostuvieron dos de mis criados:

— ¿Sabes, Juan, cuándo será el entierro?

— Hoy es lunes; de modo que hasta el viernes.... ya puede esperar S. E.

— ¿Y lo vamos á tener en casa hasta ese día?

— No. Mañana lo llevan á la Presidencia, y allí estará para que lo vea todo el mundo tres días.

— ¡Anda! ¡anda, y que no se va á lucir poco después de muerto! El entierro será cosa de ver.

— El entierro tendrá más que ver que una corrida de toros.

Oyendo conversaciones como la precedente, pasé la noche al cuidado mercenario de mis criados, que lo mismo se ocuparon de mi alma que los amigos políticos que en la habitación inmediata trazaban el plan de mi entierro, suntuoso espectáculo que iba á entretener por unas horas al pueblo de Madrid.

***

Llegó la mañana del siguiente día, y con ella llegó mi angustia al límite, pues me trasladaron á la Presidencia, donde como objeto en rifa, entre flores y cintas fuí expuesto á la curiosidad pública.

Todo Madrid, como diría uno de esos cronistas de salones que escriben en complicidad con el francés, desfiló por delante de mi cádaver.

Unos elogiaban el gusto de las coronas, otros se admiraban del lujo del catafalco, quién hablaba de la magnificencia del féretro como si hablase de un estuche de Ansorena; pero nadie se acordaba de mi alma, que presa de mortal angustia contemplaba aquel espéctaculo profano, en el que todos se hacían lenguas del lujo, de la riqueza, de la ostentación, pretendiendo borrar la terrible y severa grandeza de la muerte con los vanos oropeles del orgullo humano.

Fuera del color negro, aliviado por los colores de las flores, nada despertaba á mi alrededor ideas de tristeza que invitasen á la meditación y al recogimiento, y por esto, sin duda, era tan visitado mi cadáver, aun por aquellas personas que huyen de la vista de un muerto, cuando no es un muerto tan bien presentado como yo.

***

Por fin llegó el día del entierro. Temperatura agradable, sol madrileño, que vale tanto como decir sol espléndido, y en perspectiva desfile de personajes políticos, carrozas, músicas y tropa, eran seguros alicientes para que el divertido pueblo de Madrid se echase á la calle á gozar con el espectáculo de mi entierro. Así fué, y así lo pude ver cuando me colocaron en el coche-estufa, cubriéndome de coronas y cintas, que me hacían pensar si en vez de oir cantar el *Dies irae* oiría:

«Aquí le traemos
Un muerto muy majo,
Con cintas arriba,
Con cintas abajo.....»

. . . . . .
. . . . . .

Antes de ponerse en marcha la comitiva, sobre quiénes habían de llevar las cintas del féretro hubo un disgusto, no motivado ciertamente por el cariño que me profesaran los que las pretendían, sino por la etiqueta de los que se creían con derecho á llevarlas. ¡Siempre la vanidad! Se suavizaron las asperezas, y ví que las cintas las llevaban dos de mis más mortales enemigos, y uno de mis correligionarios que ambicionaba el puesto político que yo dejaba vacío.

Pasamos por delante del Congreso, y cuando creía que alguno de los que me habían llamado en vida querido amigo se acordaría de mi alma, ví con desaliento que no se cuidaban más que de seguir abrumándome de coronas, mientras una música entonaba la marcha de Chopín, que en sus notas me traía no más que reminiscencias mundanas.

El itinerario era muy largo. ¡Cinco horas de mortal angustia!

Primero el Congreso, poniendo ante mi conciencia toda la gárrula palabrería que en él había empleado para defender un día lo que atacaba en el siguiente; después el Ministerio, recordándome el interés político y la ambición personal triunfando de la justicia y de la equidad; más tarde el *Círculo*, que traía á mi memoria las mentidas amistades de los que me adulaban por conveniencia; en seguida las tropas, que ponían ante mis ojos las víctimas sacrificadas por mi ambición en cuantas revueltas y sublevaciones necesité utilizarlas para mi medro personal; y por último el Palacio, del que tantos honores recibí y pagué con la más negra ingratitud de mi vida.

¡Infelices! Pretendían hacerme un favor pasando mis míseros despojos, y no hacían más que prolongar el sufrimiento de quien como yo sólo necesitaba de las oraciones de un alma cristiana.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Llegábamos al cementerio. La campana de la capilla anunciaba con su triste tañido mi entrada en el campo santo.

Sentí que me colocaban en el suelo, y cuando me consolaba la idea de que todas las vanidades vendrían á estrellarse en la piedra de mi sepultura como se estrellan las olas en las rocas de la costa, oí hablar de mausoleos, estatuas, veladas literarias y funerales, en los que artistas eminentes formarían un programa que seguramente había de admirar por lo hermoso, si bien resultarían unas honras fúnebres que, antes que en la iglesia, tendrían su natural asiento en el teatro de la Ópera.

. . . . . .
. . . . . .

Empezó á desfilar el duelo, y cuando solo, abandonado de todos y sin esperanza de perdón, pero lleno de cintas y flores, pensaba con Beckquer,

«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»

un jornalero, quizá no contagiado todavía de las ideas antirreligiosas que yo había predicado, se acercó á mi sepultura, y contemplando con curiosidad mi lujoso féretro, dijo:

¡Pobre hombre!, recemos un Padre-nuestro por su alma.

J. G. LANDERO.

ALBUM DE POESÍAS

TRIUNFO DEL AVE MARÍA

(Conclusión.)

III

Solo vengo y solo os reto;
Salid, cristianos, del Real;
Porque en la anchurosa Vega,
Sólo hay un moro y no más.
Salid de vuestro escondrijo:
Que si no, habré de juzgar
Que sois tímidas palomas
Medrosas del gavilán.
En las sombras de la noche
Se ocultó vuestro Pulgar
Por clavar en la mezquita
Con el *Ave* su puñal.
Y yo os busco en pleno día,
Que no huye al sol la faz
Sino el que es bravo en las sombras
Y cobarde al clarear.
Siempre el sol vió mis hazañas,
Y de ello siente un afán,
Que hoy, por verme en el combate
Mira con más claridad.
Salid, cristianos, que os reto;
Que hoy el sol ha de cegar
A las chispas que á las cotas
Arranque mi yagatán.
Sangre del bravo Almanzor
Esfuerzo á mi pecho da,
Y os miro cual grajos viles,
Que espanta el águila real.
Venid, porque de estas luchas
Gusta vuestra reina audaz,
Y hoy puede ver más combates
Que da rugidos el mar.
Desde la nocturna hazaña
Me abrasa cólera tal,
Que mi aliento está encendido,
Pues es mi pecho un volcán.



UNA FUTURA MADRE DE LA PATRIA.



APARICIO, CUADRO DEL HAMBRE.

Salga Tendilla y afile
Su templada lanza más;
Porque son sus hierros cera
O es mi pecho pedernal.
Salga brioso y apuesto
El esforzado Aguilar;
Salga un Guzmán, que mi alfange
Bebe sangre de Guzmán;
Venga Gonzalo de Córdova
Y traiga al mismo Pulgar
En su ayuda de escudero,
Porque solo vendrá mal.
Y el osado *Ave María*
Miren bien en dónde va,
Porque humillado lo lleva
La cola de mi alazán.
¿Solo vengo, y solo os reto:
»Salid, cristianos, del Real;
»Porque en la anchurosa Vega
»Sólo hay un moro y no más.»
Esto dice á grandes voces,
Y con brioso ademán
El moro Tarfe, que vierte
Rabiosa espuma al hablar,
Y arrojando con coraje
De fiero reto en señal
Pesada y férrea manopla,
Pónese altivo á esperar.

IV

Conteniendo está Fernando
A sus bravos caballeros,
Porque desprecien y esquiven
Al moro Tarfe soberbio.
Pues quiere guardar sus brios
Para el asalto postrero,
Sabiendo que se malgastan
En atrevidos empeños.
Y los fuertes paladines,
Escuchando sus consejos,
Muy mal reprimen la cólera,
Pues no desfruncen el ceño.
Aún habla el Rey á los suyos,
Que le escuchan en silencio
De su lealtad á porfías
Y de su rabia á despecho;
Y los amigos de hazañas
Y peregrinos sucesos
Sienten de Pulgar la ausencia,
Que cumple un mandato regio;
Cuando hizo mesura al Rey
Hermosísimo mancebo,
Tan mozo, que aún no sombrea
Su rostro apacible el vello.
Su cabellera en cascadas
De rizos de oro cayendo
Sobre la fina gorguera,
Adorna su níveo cuello.
Brillan sus ojos azules
Con el furor de los cielos
Irritados, y se muestra
Como un leoncillo suelto.
—Señor—le dice á Fernando
—Si me dais licencia, puedo
Alcanzar en lid honrada
Mi espuela de caballero.
Dejad que castigue á Tarfe;
Pues va conmigo el denuedo,
Que me hierve por las venas
Y heredé de mis abuelos.
Dejad que el Ave María
Rescate del agareno;
Que no es bien que el cielo ande
A las plantas del infierno.
No mirad mis pocos años,
Pues me sobra el ardimiento,
Y el que por su Dios batalla
Lleva el valor de escudero.—
Garcilaso, Garcilaso —
Díjole el Rey al mancebo:
—El mi paje más querido
Y el de más atrevimientos;
Tu noble padre al morir
A mí te encargó pequeño,
Y no quiero que tu padre
Me reclame al hijo muerto.
Calma la impaciencia loca;
Que son tus años muy tiernos,
Y no pueden con la lanza,
Y con Tarfe y lanza menos.—
Levantóse taciturno
El pajecico bechicero
Entre aplausos de los bravos
Y advertencias de los buenos.
Alejóse melancólico
Solo con sus pensamientos,
Dejando asombro su audacia
Entre los soldados viejos;
Y estándose en comentarios
Del peregrino suceso,
Sobre si fueron palabras
Que lleva el liviano viento,
O asomos de valentía
Demostrada en campo abierto;
Si el Rey su venia otorgara
Y no fuera tan severo,

Óyese el trote sonoro
De hermoso corcel intrépido
Hacia la Vega marchando
Como un venablo ligero.
Avisaron de la nueva
Del corcel los pasos secos
Al aguerrido soldado,
El soldado al escudero,
El escudero al magnate
Y el magnate descompuesto
Al Rey, que corrió á los muros
Por la inobediencia trémulo.
Ya va á fulminar palabras
De castigo, de ira ciego,
Contra el osado que huella,
Sin temor, su real precepto;
Cuando mira las espadas
Del cristiano caballero
Y del arrogante moro
Como rayos reluciendo;
Y observa cómo se buscan,
Cómo hacen falso el encuentro
Y cómo sobre el escudo
Choca y retiñe el acero.
— Buen revés.
— Mejor parado.
— Brava estocada.
— Dió al viento.
— Huye el alfange.
— Lo huye.
— ¿Y ese tajo?
— Recio y bueno.
— ¿Quién cayó?
— Tarfe.
— ¿El cristiano?
— El cristiano está derecho,
Y la cabeza del moro
Nos enseña por trofeo.
— ¡Viva el paladín invicto!
— ¡De laurel sembradle el suelo!
— ¡Ya triunfó el Ave María
Y el Rey desarruga el ceño!
Esto gritan los soldados,
Mientras se escucha el acento
De timbales y clarines
La victoria repitiendo.
Y en todo el Real se levanta,
Como una nube de incienso,
Como una tromba de gloria
Un ¡vítor! que sube al cielo.
Y entre semblantes alegres
Llegó el vencedor apuesto
A la cámara del Rey,
Ni tranquilo, ni altanero.
Y una rodilla doblando
Con humilde acatamiento,
Mientras del Ave María
Alza en la pica el letrero,
Que sobre un mar de corazas
Semeja el faro del puerto;
Muestra cárdena y sangrienta,
Y de temeroso aspecto,
La cabeza del alarbe
Asida por los cabellos.
—¡Perdón! exclamó temblando,
—Perdón por mi atrevimiento.
—Y los brazos,—dijo el Rey
Al mejor de mis guerreros.—
Alzó la férrea celada
Agradecido y sereno
El paladín de sorpresa,
Hinchando todos los pechos.
Era el joven Garcilaso,
Que dió fin glorioso al reto,
Saliendo al campo vestido
Del mismo Rey con pertrechos.
Dióle el parabien la Reina,
Y sobre su escudo terso
Puso el mote peregrino,
Y el Rey le armó caballero.
Mas él, el invicto brazo
Al claro mote extendiendo,
Como al sepulcro de Cristo
El cruzado Godofredo,
A los vítores contesta:
— De María es el esfuerzo.

V Y ÚLTIMO.

Era el dos del mes de Enero,
Hermoso y riente día,
Que Mayo orlado de galas
Miró con amarga envidia.
La media luna se amengua
Y se pierde y se aniquila;
Pues ya está ardiendo en Granada
El sol de la Reconquista.
Las huestes cristianas llegan
Del Genil á las orillas
Con atavíos de triunfo,
Que está la ciudad rendida.
Y mientras canta la gloria
En las tropas de Castilla
Y los pechos se alborozan
Y rien las alegrías,
Una nube de tristeza
Sobre la Alhambra se inclina
Y baja lloviendo lágrimas,
Heraldos de las desdichas.
Es Boabdil, ya sin corona,
Que en yegua como la endrina
Viene escoltado de penas
Y negras melancolías;
Pues lentamente le sigue
Su triste corte vencida,
Moraima dulce y sus hijos
Y turba su madre Aixa.
Cuando con sombríos ojos
A nuestros Reyes divisa,
El *Zegrebí* reverente
Quiere bajar de la silla.
Y bajarase hasta el suelo,
Pero hay quien se lo impida;
Que al rey cristiano no placen
Las reverencias que humillan.
— Tuyos somos, Rey excelso,
Nuestra patria y nuestras vidas: —
Dice el moro, y sus palabras
Son las penas que suspiran.
— Tuyo es mi trono y mi cetro
Y es mi Alhambra tu cautiva:
Toma de este paraíso
Las llaves apetecidas.
Alah es grande y El lo quiere:
Mi lamentable ruina
Con caracteres de estrellas
En el cielo estaba escrita. —
Dijo, y el pesar ahogando
La yegua veloz castiga,
Que partió como una flecha
Corriendo loca y bravía.
Y allá de la sierra abrupta
En la enhiesta y blanca sima
Do el Rey Mulhacem reposa
Según tradición antigua,
Parece que el Rey levanta
La noble cabeza altiva
Y que con ojos de furia
A Boabdil huyendo mira.
Perdióse como una sombra
La alárabe comitiva;
Y las vencedoras huestes
Harto impacientes se agitan.
Que el gran Cardenal Mendoza
Con el Conde de Tendilla
Partieron para la Alhambra
E Isabel está intranquila;
Porque las morunas torres
Se ven solas y sombrías
Y no asoman las banderas
Pregonando nuestra dicha.
Por fin, como estrella hermosa,
Que al marino salva y guía,
En la torre de la Vela
La Cruz redentora brilla;
Y el pendón de Santiago
Y los heraldos que gritan:
—Que Granada es por los reyes
De Aragón y de Castilla.—
Y el ronco cañón retumba,
Y el corcel piafandó brinca,
Y timbales y clarines
El triunfo glorioso avisan;
Y los reyes y sus huestes
Van cayendo de rodillas
Y levantan á los cielos
Las manos agradecidas.
Y en las tumbas de los héroes
Que dieron la noble vida
Por su Dios y por su España,
Se alborozan las cenizas.
Y en medio de la ventura
Y no soñada alegría,
Hernán Pérez del Pulgar
Al buen Garcilaso mira,
Y le dice señalando
A la Cruz que se alza altiva:
—Este sí que es verdadero
Triunfo del Ave María.—

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

CARTA PASTORAL

DEL

EXCMO. SR. OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

(Conclusión.)

Y así como necesita estudiar la teología dogmática, que es la ciencia de la Religión, considerada como el conjunto de las verdades que hay que creer, así necesita también estudiar la teología moral, que es la ciencia de la Religión, considerada como el conjunto de los deberes que hay que cumplir. Al momento que el moralista inicia el estudio de la segunda, se le presenta el análisis de los actos humanos en sus elementos constitutivos, el conocimiento, la voluntad, la libertad, la conciencia en todas sus distinciones, la responsabilidad moral, causas que la disminuyen ó aumentan, la razón, la ley con todas sus divisiones y propiedades, los votos y su dispensa, las virtudes y los vicios con sus distinciones específicas y numéricas, las obligaciones del hombre consigo mismo, con Dios, con sus semejantes y con la sociedad, los contratos, sus efectos, la restitución y su obligación gradativa, así en el orden jurídico como en el orden moral, la materia, forma, sujeto y ministro de los Sacramentos, condiciones de su licitud y validez, disposiciones para recibirlos dignamente, las censuras, los casos de conciencia, y otros muchos tratados de aplicación de todas esas reglas y preceptos á la vida práctica, constituyen un programa inmenso de estudios, que exigen un esfuerzo supremo del espíritu y el heroísmo de una perseverancia sin igual.

Mas así como una magnífica Catedral, admirada

por sus espaciosas naves, por la altura de sus pilares y por el estilo gótico de sus grandes arcadas, necesita estribaciones y botareles en su exterior, que á la vez que de ornamentación la sirvan de defensa y conserven su estabilidad y solidez, así también el gran templo do se contienen las verdades de la fe y la regla de las costumbres, necesita de disciplina externa que le proteja con sus leyes, de historia que le justifique, presentándole en su acción, y de liturgia que revele su majestad y grabe su importancia en los corazones. De ahí la necesidad de otras ciencias auxiliares, ó complementarias, que sirviendo de honroso cortejo á la teología, propiamente dicha, aumenten su eficacia y su esplendor.

Hallándose contenidas las verdades de fe y la moral cristiana en las sagradas escrituras y en la tradición, es indispensable al teólogo, además del conocimiento de esas fuentes de doctrina revelada, poseer la ciencia exegética, para defenderlas de los ataques de una falsa crítica, y para interpretar los libros santos conforme al sentido y enseñanzas de nuestra Madre Iglesia. Es importantísimo para ese fin el saber vindicar la autenticidad y valor canónico de los mismos, averiguar la lengua en que fueron escritos, sus versiones, la extensión de su divina inspiración, y el explicarlos y esclarecerlos al tenor de las reglas de hermenéutica, empleando á la vez con ese objeto los auxilios que pueden suministrar la filología, la paleontología, la geografía, la arqueología, la historia, la patrología, los concilios y las bulas y cartas apostólicas de los Romanos Pontífices, en donde á través de diez y nueve siglos se ve desarrollarse y elevarse llena de sabiduría y esplendor la autoridad docente de la Iglesia, custodiando en medio de tenaces luchas y contradicciones violentas los tesoros literarios y científicos, acumulados por el trabajo constante de las lumbreras del cristianismo.

Por ser la Iglesia una sociedad perfecta é independiente, no se la podría concebir sin un poder legislativo y disciplinar; y las disposiciones y actos, emanados de ese poder en ejercicio durante veinte centurias, son los que constituyen el derecho canónico, de cuyo importantísimo estudio no puede prescindir el teólogo, si ha de estar en condiciones hábiles y ventajosas para defender los intereses, los derechos y la inmunidad de la Iglesia y de sus Ministros. Solamente con el conocimiento de ese admirable código eclesiástico, que lleva en sí mismo el carácter de sabiduría, de justicia y de equidad, es como puede comprenderse hasta qué punto ha penetrado su espíritu en las instituciones civiles, el mejoramiento y progresos que las mismas le deben, y la poderosa influencia que ha ejercido en materia de procedimientos de carácter civil y criminal por medio del Ministerio público eclesiástico, por las leyes protectoras de los derechos del acusado, por su respeto absoluto á las formas judiciales, por las precauciones tomadas para garantir el testimonio de los testigos, por las prescripciones, llenas de prudencia y de caridad evangélica, para lograr la conciliación, y por la forma preparatoria exigida antes de la introducción formal del recurso jurídico. ¡Ojalá que el derecho civil español, después de haberse inspirado sobre muchos puntos en el derecho canónico, no hubiera abandonado éste, é introducido disposiciones insostenibles referentes al matrimonio, á la familia, á la enseñanza, al fuego eclesiástico y otras muchas acciones del orden civil y social, creando así conflictos lamentables entre la conciencia y la ley, y entre la Iglesia y el Estado!

Después de ese vasto plan de estudios, aun esperan al Sacerdote católico otras ciencias auxiliares, cuya importancia no cabe desconocer. La teología mística para dirigir las almas conforme á las reglas y consejos de perfección; la liturgia sagrada, que suministra un rico arsenal de pruebas para la defensa del dogma; los preceptos de la oratoria, cuya observancia tanto contribuye á enaltecer la santidad y esplendor de la palabra evangélica, y á persuadir y convertir á los que rechazan la doctrina enseñada por la misma; y finalmente, la ciencia apologética y las reglas de una prudente y razonada controversia, para resolver las dudas, contestar victoriosamente las objeciones, descubrir los sofismas y esterilizar los argumentos que de los horizontes del humano saber vemos surgir en nuestros días, contra las verdades de nuestra Religión, y contra las venerandas instituciones de la Iglesia.

A poner en práctica, en cuanto sea posible, ese vasto programa de estudios, se encamina la construcción del Seminario Conciliar, y si deseáis, amados hijos nuestros, que éste sea un santuario de virtudes, un faro luminoso de doctrina religiosa y social, y una fortaleza invencible de armas científicas, levantada en la capital de la Diócesis, para combatir el racionalismo, el naturalismo, el positivismo y demás errores contemporáneos, que van invadiendo nuestra sociedad, causando inmensos males, que todos lamentamos, prestad vuestra cooperación para llevar á cabo obra de tanta importancia y de tan notoria necesidad. Considerad que para alcanzar los frutos abundantes que está llamada á producir esa institución diocesana, además del edificio material, hacen falta un docto y experimentado profesorado, esmerado material científico, rica y escogida librería, gabinete de física, laboratorio de química, colecciones de historia natural, ejemplares típicos para la botánica, y el mobiliario proporcionado á la amplitud del establecimiento, y al personal del mismo.

La fundación de algunas pensiones para los seminaristas, que se distingan por su conducta y su aplicación, es otro de los medios con que podéis contribuir á mejorar y engrandecer la enseñanza. Entre los estudiantes hay jóvenes de gran disposición, y de talento superior para el estudio de las ciencias y las letras; su índole apacible, la pureza de sus costumbres, su piedad y sus condiciones personales revelan una vocación verdadera al estado eclesiástico, y su procedencia es de padres honrados, de modesta posición social y muy recomendables por su laboriosidad y sentimientos cristianos. Mas careciendo de recursos para sufragar el gasto que originan los estudios, vénse obligados á interrumpir éstos, y á dedicarse á otros oficios manuales, en los que, por falta de aptitud para ellos, no hacen progreso alguno y son una medianía, mientras que habiendo continuado sus estudios en el Seminario, costeando los gastos de su carrera eclesiástica, hubieran podido ser algún día lumbreras de la Iglesia, y maestros sapientísimos, para enseñar á los pueblos las sendas del deber y de la felicidad. Un bien incomparable haríais vosotros, amados hijos nuestros, á la Religión y á la sociedad, tomando bajo vuestra protección los susodichos seminaristas, ó por lo menos auxiliándoles con vuestra caridad para proseguir algunos de sus cursos académicos.

Sería una de las satisfacciones más legítimas de vuestro corazón, y una de las emociones más dulces y consoladoras de vuestra vida, las que experimentaríais al contemplar aquel modesto y humilde seminarista, que con vuestro apoyo subió, como astro luminoso, las gradas de la ciencia, y logró la dicha de contarse entre los ungidos del Señor, elevando después, bajo los umbrales del santuario, fervientes plegarias al cielo, pidiendo para vosotros, para vuestras familias y para vuestras casas, abundancia de bendiciones y prosperidad en testimonio de gratitud á los favores que le dispensasteis. Reputaríais, también, éstos sobradamente recompensados con el gozo de ver brillar en el orden sacerdotal por su celo, por sus virtudes y por su ilustración, un ministro de la Iglesia, que esparce por todas partes las salvadoras enseñanzas del Evangelio, moraliza las costumbres públicas y privadas, consuela á la viuda, ampara al huérfano, socorre al menesteroso y lleva su caridad y abnegación hasta el heroísmo en todas las calamidades públicas y en todas las desventuras de la patria.

Ahí tenéis, amados hijos nuestros, los altísimos fines que se propuso nuestra Madre Iglesia en la creación de los Seminarios; y como obras de esa naturaleza y magnitud no pueden realizarse sin el concurso común de los que han de participar de sus beneficios, debiendo redundar en bien de todos vosotros el Seminario que ha de erigirse en esta Diócesis, de la que sois preclarísimos miembros y fieles muy ilustres por vuestra fe y por vuestra piedad, os rogamos y exhortamos encarecidamente á que cooperéis con vuestro auxilio y con el generoso desprendimiento, que tenéis ya acreditado en actos públicos y notorios de vuestra caridad proverbial, á la construcción de aquel alcázar de bendición, en donde han de formarse los vástagos del *real sacerdocio*, y de donde han de salir, unidas en íntimo consorcio, para bien de vuestras familias y de la sociedad, la fe y la ciencia, la moral y el buen ejemplo, la virtud y la ilustración.

Y mientras pedimos al Altísimo que os colme de favores celestiales, y os premie con abundante prosperidad las ofrendas que destinareis á la realización del pensamiento eminentemente cristiano, que dejamos indicado, en testimonio de nuestra predilección os damos á todos la santa bendición. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

CIRIACO MARÍA, OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.

Madrid 1.° de Diciembre de 1892.

LOS PRÍNCIPES DEL CONGO

Ha usted por un jabón — que da albor y perfuma
Al punto que la piel — al deber se abuma
Imitación feliz — del nácar que hermosea?
Sencillo es en verdad: — tendrá lo que desea
Sin que el bolsillo así — sufrir pueda avería;
Indague usté en cualquier — cabal perfumería.
En todas le dirán: — Mi franca idea expongo,
Recurra al Jabón de — los Príncipes del Congo.

Victor Vaissier — Roubaix — París

De venta en las principales perfumerías.

PRECEPTO CUARESMAL

El *¡Pum!* es indispensable á cuantos quieren observar el cumplimiento de dicho precepto, el tomar después de cada comida ó colación una copita de *¡Pum!* De este modo el estómago no se debilita y se atiende debidamente á tan sagrado deber.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.— Teléfono 2.138.

ACEITE de HOGG



de **HÍGADO FRESCO** de **BACALAO**, *NATURAL y MEDICINAL*

El mejor que existe puesto que ha obtenido *la mas alta Recompensa* en la EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1889

Recetado desde **40 AÑOS** en Francia, en Inglaterra, en España, en Portugal, en el Brazil y en todas las Repúblicas Hispano-Americanas, por los **primeros médicos del mundo entero,** contra las **Enfermedades** del **Pecho, Tos, Personas débiles,** los **Niños raquíticos, Humores, Erupciones del cútis,** etc.

Es mucho mas activo que las *Emulsiones* que contienen mitad de agua, y que los *aceites blancos de Noruega,* cuya epuracion les hace perder una gran parte de sus propiedades curativas.

Se vende solamente en frascos **TRIANGULARES.**—Exíjase sobre la etiqueta el SELLO AZUL del Estado Francés

Sólo Propietario: **HOGG, 2,** rue Castiglione, **PARIS,** y en todas las Farmacias.

GRANJA DEL ATANOR

Calle de Moreno Nieto, I, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)

MADRID

ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS

Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (etléfono 1.149).

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.

Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaraz.

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8

Estamperia, grabados, oleografías, *Vía-Crucis*, sacras, fotografías, etc.

IMÁGENES TALLA

Se hacen de encargo y con esmero en la ejecución.

Banco Hispano-Colonial.

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el décimonoveno sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.º de Marzo, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de los Estudios, número 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.181.750 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 1.181.750 billetes hipotecarios en circulación se dividirán para el acto del sorteo en 11.818 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo 12 bolas, en representación de las 12 centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títulos emitidos y los 1.181.750 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 7 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.647 bolas sorteables, deducidas ya las 171 amortizadas en los sorteos precedentes.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión Ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un Notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Abril próximo.

Barcelona 14 de Febrero de 1891. — El Secretario general, *Aristides de Artiñano.*

BANCO DE ESPAÑA

87.º SORTEO PARA LA AMORTIZACIÓN DE LA DEUDA DEL 4 POR 100

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortización de la Deuda al 4 por 100 la suma de 21.726.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 86.904.000 que determina la ley de 9 de Diciembre de 1881, corresponde en justa proporción por ambos conceptos á cada una de las cinco series en que se halla dividida la emisión las cantidades siguientes:

A	la	Serie	A	Pesetas.	880.000
»	»	»	B	»	3.142.000
»	»	»	C	»	6.391.500
»	»	»	D	»	4.525.000
»	»	»	E	»	6.787.500
			En junto, pesetas....		21.726.000

Las diferencias que en cada sorteo resulten de más ó de menos en las cuotas trimestrales fijadas para intereses y amortización, por la necesidad de acomodarla á lotes cabales, se toman en cuenta y se compensan convenientemente.

Para cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulación, y extrayendo á la suerte las que corresponden á la amortización del trimestre vencedero en 1.º de Abril próximo, según el detalle siguiente:

Series.	Bolas encantaradas.	Títulos que representan.	CAPITAL — Ptas. nominales.	Bolas que han de extraerse.	Títulos que representan.	Capital que se amortiza. — Pesetas.	A pagar por intereses. — Pesetas.	TOTAL de intereses y amortización — Pesetas.
A	12.449	124.490	62.245.000	51	510	255.000	622.450	877.450
B	8.894	88.940	222.350.000	37	370	925.000	2.223.500	3.148.500
C	9.045	90.450	452.250.000	37	370	1.850.000	4.522.500	6.372.500
D	2.561	25.610	320.125.000	10	100	1.250.000	3.201.250	4.451.250
E	1.921	19.210	480.250.000	8	80	2.000.000	4.802.500	6.802.500
	34.870	348.700	1.537.220.000	143	1.430	6.280.000	15.372.200	21.652.200

En los treinta y seis sorteos verificados hasta el presente se han amortizado:

De la serie	TÍTULOS.	Por un capital de — Pesetas.	Se han satisfecho por intereses. — Pesetas.	TOTAL satisfecho por intereses y amortización. — Pesetas.
A	15.510	7.755.000	28.926.900	31.681.900
B	11.060	27.650.000	85.457.750	113.107.750
C	11.250	56.250.000	173.817.500	230.067.500
D	3.190	39.875.000	123.056.250	162.931.250
E	2.390	59.750.000	184.577.500	244.327.500
	43.400	191.280.000	590.835.900	782.115.900

Los sorteos tendrán lugar públicamente en el salón de Juntas generales del Banco, sito en la calle de Atocha, núm. 32, el día 2 de Marzo próximo, á la una en punto de la tarde, y los presidirá el Gobernador ó un Subgobernador, asistiendo además una Comisión del Consejo, el Secretario y el Interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducirlas en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

La Administración del Banco anunciará en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que hayan salido en los sorteos.

Oportunamente se publicarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortización.

Madrid 14 de Febrero de 1891. — El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

El Consejo de Gobierno ha acordado que desde el lunes 23 del actual, y hasta nuevo aviso, que se fijará en su caso en las respectivas oficinas, se admitan en negociación por el Banco y sus Sucursales los cupones del vencimiento de 1.º de Abril próximo venidero y de los anteriores, de la deuda perpetua al 4 por 100 exterior y de los billetes hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, así como estos mismos billetes amortizados, con la bonificación de 2 y 75 céntimos por 100.

También ha acordado el Consejo que se descuenten, desde el día 3 de Marzo inmediato, los cupones del mismo vencimiento próximo de la deuda perpetua interior, los de la amortizable al 4 por 100 y títulos de ésta amortizados y los de las obligaciones del Tesoso, á razón de 4 por 100 anual. El *mínimum* de percepción por descuento será el importe correspondiente á catorce días, y en ningún caso bajará de 15 céntimos de peseta por cada factura.

Los interesados que tengan en depósito ó en garantía de operaciones en el Banco y en las Sucursales títulos de la deuda exterior ó billetes hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba podrán percibir, desde el indicado día 23 del corriente, el importe de los cupones ó billetes amortizados con la bonificación expresada, sin otro requisito que la presentación del correspondiente resguardo de depósito ó póliza de préstamo ó de crédito con garantía.

Para descontar los valores á que se refiere el segundo párrafo que estén depositados ó en garantía de operaciones, bastará también la presentación del resguardo ó pólizas respectivos.

Madrid 18 de Febrero de 1891. — El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

CORRESPONDENCIA CON LOS SUSCRIPTORES

Vitoria. — J. J. de A. — Recibida libranza.

Castellón. — *Círculo Católico.* — Idem idem.

Bilbao. — A. E. — Idem íd.

Réus. — M. A. M. — Idem íd.

Tardajos. — J. G. — Idem íd.

Pulpí. — P. N. — Idem íd.

Pamplona. — R. B. — Idem íd.

Santander. — R. de la V. — Idem íd.

Burgos. — G. L. M. — Idem íd.

Aranda de Duero. — F. de la M. — Idem íd.

Cabuérniga. — L. C. — Idem íd.

Alicante. — A. S. A. — Idem íd.

Segovia. — L. G. — Idem íd.

Villafranca del Bierzo. — L. B. — Idem íd.

Coria. — E. E. — Idem íd.

Zaragoza. — C. R. — Idem íd.

Olot. — P. B. — Idem íd.

Moraleja del Vino. — A. F. — Idem íd.

Segorbe. — C. S. — Idem íd.

Llodio. — F. de B. — Idem íd.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. | NÚMERO 5.—Madrid 15 de Marzo de 1891. | NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 ps. fs.
Un año..... 4 » »

PUBLICADO
EN EL ÁSILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

BELLAS ARTES



HERNÁN CORTES, MONUMENTO DE MEDELLÍN.

SUMARIO

Texto.

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. F.—*El hipnotista andante*, por Alvaro López Núñez.—*Cartas de Indias*, por Fr. José Coll, Franciscano.—*Revista literaria*, por el Bachiller Alonso.—*Album de poesías: Las alas del genio*, por el P. Jiménez Campaña.—*Las maravillas del amor* (continuación), por Angel Salcedo Ruiz.—*Teatros*, por Miatigria.—*El castigo de Roma*, por Eugenio Fernández Hidalgo.—*Electricidad* (apuntes de actualidad), por M. del Busto.—*Anuncios*.

Grabados.

Hernán-Cortés (monumento de Medellín).—*Ilmo. Sr. D. Francisco de A. Aguilar, Obispo de Segorbe.*—*Alrededor del cuerpo.*—*El castigo de Roma.*—*Recuerdos de Granada.*—*D. Eduardo Barrón, escultor.*—*San Jerónimo penitente* (cuadro de Ribera).

LA QUINCENA

Las fiestas del Centenario de Colón prometen ser magníficas. El Antiguo y el Nuevo Mundo fraternizarán en los homenajes que van á tributarse á la memoria del hombre escogido por Dios para dar á conocer á la especie humana la casa en que habita, el planeta que la bondad divina quiso que fuese morada del hombre. La Iglesia Católica se asocia á estas festividades, toma parte en estos regocijos; Su Santidad León XIII ya los ha bendecido y alentado con su palabra y con su ejemplo. Es indudable que uno de los mayores estímulos, si no el exclusivo, que movió á Colón para emprender sus homéricas navegaciones, fué el deseo de llevar la luz del Evangelio á las gentes innumerables para quienes aún no había brillado la aurora de la civilización cristiana. Colón, por este deseo y por los resultados prodigiosos de sus viajes en orden á la evangelización del mundo, pertenece á la historia eclesiástica; es un personaje indispensable para comprender y escribir la historia de las Misiones modernas.

Pero hay más. Colón fué indudablemente el descubridor de América, él fué el que tuvo el pensamiento, el que trabajó con más ahinco y perseverancia por realizarlo; el que por último dirigió la expedición memorable que lo llevó á cabo. Pero Colón sólo no pudo descubrir el Nuevo Mundo. Necesitó auxiliares para ello, algunos de los cuales prestaron su cooperación en un grado tal, que ya no cabe llamarles auxiliares, sino más bien coautores del hecho magno.

Tales fueron, verbi gracia, los Reyes Católicos, especialmente doña Isabel; tal fué Pinzón; y tal fué, más que ninguno otro quizás, el guardián de la Rábida, Fray Juan Pérez de Marchena.

La influencia decisiva de este fraile en el descubrimiento de las Américas no hay aquí para qué ponderarla; fué tal, que sin su intervención no se concibe la historia del descubrimiento. Lamartine y cuantos han escrito sobre el suceso de Colón, empiezan siempre su relato por aquella poética llegada de los dos peregrinos italianos á la portería de la Rábida; por la aparición de Fray Juan de Marchena; por la simpatía que al humilde Franciscano inspiró desde luego el navegante; por la fe que tuvo desde un principio en la posibilidad de la empresa, y por los alientos y apoyo decidido que prestó á su realización.

Si Colón tuvo de su parte á la Reina Católica, si hubo carabelas y tripulantes, si descubrió, en suma, la América, á Fr. Juan de Marchena se debe principalmente.

Y la aparición de aquel religioso en el sublime drama del invento, es providencial sin duda alguna. Las Órdenes religiosas, que habían salvado dentro de sus claustros la civilización antigua, debían ser también las que revelaran al Antiguo Mundo la existencia del Nuevo. De este modo completaban su maravillosa labor de la Edad Media é inauguraban los tiempos nuevos, en que la humanidad había de realizar tantos prodigios sobre la tierra.

Fr. Juan de Marchena, sin dejar de ser personaje real é histórico, se agiganta en la memoria de los hombres convirtiéndose en algo así como símbolo de toda una edad, de toda una institución venerabilísima. Es algo más que un individuo; es un tipo, una representación histórica.

En él se resume por modo maravilloso todo lo que los monjes y frailes hicieron antes que él por la civilización, y todo lo que después de él habían de hacer. El aparece al lado de Colón como el Padre José de Calasanz apareció al lado de Galileo; porque todo grande hombre tiene en la historia su fraile al lado, como todos los hombres tienen su ángel de la guarda.

Lo que hizo el fraile español con Colón no fué otra cosa, en puridad, sino seguir fielmente las tradiciones de su instituto. Como Colón llamó á su convento, innumerables peregrinos habían llamado á su convento y á todos los conventos del mundo; como él prestó apoyo al navegante genovés, se lo habían prestado y se lo habían de prestar en lo futuro á todos los hombres enamorados de lo ideal y empeñados en resolver las grandes cosas. No hubo allí otra diferencia substancial sino la del éxito. Si Peral no ha descubierto la navegación submarina, de seguro que nadie podrá jamás atribuir el fracaso á oposición de la Iglesia: los Obispos y los frailes han sido los más entusiastas defensores del marino del siglo XIX, como lo fueron del marino del siglo XV y lo serán de todos los que se presenten á realizar cosas análogas.

Por todo esto, á las fiestas de Colón debe asociarse la memoria de Fr. Juan de Marchena, y así se cumplirá el deseo manifestado por S. Santidad en su carta á los genoveses de que no se desvirtúe ó falsee el carácter del Centenario, y que se tenga presente la parte que á la Religión cupo en el glorioso acontecimiento. A nosotros, súbditos fieles del Pontífice, nos incumbe mover la opinión en este sentido, y no consentir que la figura de Fr. Juan de Marchena, ó lo que es igual, la intervención decisiva de las Ordenes religiosas en el descubrimiento de América, quede obscurecida ó en segundo término.

Debemos impedir también que la malicia de las sectas consiga presentar esa intervención como puramente individual, como mérito exclusivo de la persona del guardián de la Rábida. Hemos de probar y decir muy alto que Fr. Juan de Marchena no hizo más sino lo que los monjes y frailes han hecho siempre por la civilización del mundo, esto es, que sin negar los méritos personales del fraile franciscano, hemos de recabar para el fraile en general, para el fraile tipo, para las Comunidades religiosas, la gloria principal del suceso. En cuanto á los medios prácticos de realizar el pensamiento, ya iremos proponiendo los que se nos ocurran, y excitamos el celo de nuestros amigos para que hagan lo propio.

***

En la *Revista popular* de Barcelona continúa publicando el Sr. D. Félix Sardá y Salvany sus excelentes artículos titulados *El grito de los pobres*, que de todas veras recomendamos á nuestros lectores. El último, destinado á refutar á los que para no dar limosna dicen que el Gobierno cuidará de eso, es admirable: no se ha escrito hace mucho tiempo más valiente diatriba contra la fría beneficencia oficial.

También publica la *Revista popular* un soneto contra los darwinistas que, aunque por su forma no merezca los honores del triunfo, por la intención y por la gracia es digno de popularizarse entre todos. Dice así:

EL DARWINISTA

SONETO

Descendiente de míseros mortales,
se empeña en rebajar su humilde cuna,
y es su mejor placer, sin duda alguna,
el gozar de los bienes materiales.

Queriendo levantar á sus iguales
discute en el café y en la tribuna,
hasta que al fin consigue fundar una
Sociedad protectora de animales.

Dispuesto á defender cualquier idea
serias razones buscará en su abono,
y el primero será que no la crea;

Pero al menos dejad que *se dé tono;*
si hombre no quiere ser, que no lo sea.....
sus razones tendrá para ser *mono.*

X.

***

El Cardenal Lavigerie ha declarado recientemente que los católicos franceses deben aceptar la República, por ser la forma de gobierno establecida en Francia.

Pues bien: un carlista español ha declarado en estos últimos días en las columnas de *La Unión Católica* que deja el carlismo y se hace republicano zorrillista, porque el Cardenal Lavigerie aconseja que los católicos se hagan republicanos.

¡Qué modo de entender las cosas! ¿Acaso la república está establecida en España como en Francia? Esto aparte de que las opiniones del Cardenal Lavigerie en este punto á nadie obligan, y que otro insigne Prelado, Mons. Freppel, las ha contradicho enérgicamente.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES.

GRABADOS

Hernán Cortés, monumento de Medellín. (Pág. 65.) **D. Eduardo Barrón, autor del monumento á Hernán Cortés.** (Pág. 76.)

Los hermosos fotograbados que publicamos en las páginas reseñadas, el primero de Laurent, y el segundo de Laporta, representan respectivamente la estatua del vencedor de Otumba erigida en Medellín, y que según todas las probabilidades tendremos pronto motivo de admirar en Madrid, y el retrato del insigne cuanto modesto escultor que con dicha estatua ha demostrado llegar á la plenitud de sus facultades, al apogeo de su carrera artística.

Aunque sea invirtiendo los términos en que aparecen los grabados, hablemos primero del escultor, y luego de la estatua.

D. Eduardo Barrón es castellano viejo, ó mejor dicho, del antiguo reino de León, pues nació en Moraleja del Vino, provincia de Zamora.

Pensionado por su Diputación provincial, estudió Barrón en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid.

Después de cuatro cursos, en que obtuvo buenas notas, ganando premios en los concursos, fué á Roma, siempre pensionado por la Diputación expresada, para continuar su estudio de las artes plásticas en los ricos Museos que cuenta entre sus monumentos y sus ruinas la Ciudad Eterna.

En 1884 regresó á España, tomando parte en las oposiciones celebradas aquel año, en las que obtuvo merecida recompensa, volviendo después á Roma pensionado por el Gobierno.

En la Real Academia de España en Roma mereció consecutivamente los aplausos de propios y de

extraños al concurrir con sus artísticos trabajos á las Exposiciones que aquella Academia monumental celebra todos los años.

Sus obras de arte fueron enviadas al Ministerio de Estado y juzgadas por la Real Academia de San Fernando, mereciendo los más honrosos calificativos de una Corporación de tal autoridad.

Sus trabajos más importantes son, después de las obras de decorado ó de ornamentación de la fachada principal de la Diputación provincial de Zamora, suspendidas para marchar á Roma, la estatua *de Viriato*, existente en el Real Museo del Prado en Madrid; *Adán después del pecado*, que se halla en el Ateneo de Madrid; un alto relieve de colosales dimensiones que representa á la joven *Santa Eulalia* ante Daciano, colocado en la iglesia de San Francisco el Grande de esta Corte; un grupo monumental, titulado *Roncesvalles*, exhibido últimamente en el Palacio de la Exposición.

También en Roma ejecutó para la Basílica Lauretana un grupo colosal representando al Patriarca San José sentado en regio trono, sosteniendo delante al Niño Dios, que bendice á su pueblo; y aquel grupo escultórico está ejecutado en blanco mármol de Carrara, ornamentado con ricos mármoles de colores, mosaicos y dorados bronces; habiendo también tomado parte en la ejecución de los relieves de mármol de Carrara para el artístico retablo que decora aquel templo.

La estatua de Hernán Cortés ha puesto el sello á esta brillante carrera. Barrón figura por derecho propio entre la pléyade de artistas de verdadero mérito que honran á España, y que son ornamento lucidísimo del arte contemporáneo.

Y es muy modesto. En eso se distingue profundamente de sus compañeros de profesión. Franco y humilde, Eduardo Barrón no se parece en nada á esos insoportables pedantones que cuando han modelado un monigote cualquierra ó pintarrageado una acuarela de mala muerte, se declaran Miguel Ángel ó Murillos, y son la peste de las redacciones, á las que van en busca de bombos gratuítos, y de los talleres de los colegas que infestan con críticas inspiradas en la envidia y otras malas pasiones. Tiene Barrón un carácter de niño, y por eso, aunque hombre de muy pocas palabras y de vestir muy modesto, en todas partes se hace lugar, y basta tratarlo para quererle.

En cuanto á su obra maestra, la estatua de Hernán Cortés, diremos que el pedestal se compone de un basamento defendido en sus cuatro ángulos por cuatro proporcionados cubos que le dan solidez, dejando en los huecos intermedios de los cuatro lados correspondientes cuatro declives escalonados, que desde la línea de erección van á morir á la base del pedestal propiamente dicho. Sigue alzándose éste en sentido vertical como un medio metro, desde donde, entrando con una ligera curva, continúa su altura con una apenas sensible inclinación piramidal, sobre el cual corre una crestería ó gira en forma de aspilleraje. Sigue alzándose el neto ó fuste unos cuantos centímetros hasta adoptar la forma ochavada que recibe el plinto, y sobre él la estatua.

Descansando sobre el basamento van, en las cuatro caras, cuatro trofeos compuestos con armas rotas mejicanas, llevando cada uno en su centro un escudo, ó disco, sobre los cuales van escritos los nombres de Méjico, Tlascala, Otumba y Tabasco. Sobre el neto del pedestal, y en su parte ó cara posterior, van el escudo nobiliario de Hernán Cortés, que le brindó Carlos V á su vuelta, y en la parte anterior la inscripción Á HERNÁN CORTÉS, el escudo de Medellín, y debajo el año en números romanos.

En conjunto, el pedestal tiene forma de fortaleza, siguiendo el carácter de su arquitectura el muro, en relación á la época del héroe, para obtener el mejor resultado posible en la armonía de estatua y pedestal.

La figura del héroe es colosal, de cerca de cuatro metros de altura, contando el pabellón en que se apoya, y representa al conquistador en el apogeo de su virilidad, en aquellos años que fueron los aúreos de su vida, en que debeló á los aztecas, llevando su espada vencedora y el estandarte de Castilla desde Veracruz hasta las playas del Pacífico. Viste Cortés traje de campaña, borgoñona con airoso plumero, bruñido peto, espaldar y gola, articulados brazos, guanteletes, quijotas y botas de montar, á las cuales se hallan adheridas las espuelas, ciñe larga y lucida espada. En su diestra empuña, á fuer de cetro, la insignia de su mando, y con la siniestra sostiene el pendón que corona la cristiana enseña y blasona con bordados castillos y leones el escudo de España, enclavado sobre las vastas ruinas del imperio más grande y poderoso del Nuevo Mundo. El ondulado lienzo del heroico pendón va á desplegarse por la parte posterior de la estatua, cubriendo restos agrupados de ídolos toscos y de altares y tronos de los *aztecas*. La apostura es por todo extremo digna y militar, aunque en ella se revele más elocuentemente el sublime ardimiento con que á la cabeza de sus Capitanes rompió tantas veces las falanges aztecas, que no aquella serenidad y calma políticas, no menos sublimes que el valor fogoso, de que dió tantas pruebas el conquistador en sus empresas. Pero no es este seguramente un defecto, ni mucho menos. Si en Herdán Cortés, á juicio de algunos, brilló más la olímpica serenidad de Júpiter que no el ardimiento de Marte, el artista es muy dueño de presentar á su héroe por aquel aspecto que hiera más vivamente á su fantasía creadora, y que pueda, á su juicio, producir más efecto en la muchedumbre. La estatua de Hernán Cortés es un monumento digno del personaje á que se ha dedicado; y ¿cabe mayor elogio?

Está la estatua admirablemente fundida en bronce, mereciendo los talleres de Barcelona en que se ha fundido el más sincero y entusiasta elogio.

Para concluir. El Gobierno de S. M. proyecta reproducir la estatua de Cortés y colocarla en la Plaza de Santa Cruz, frente al Ministerio de Ultramar. El Ministro del ramo, Sr. Fabié, ha sido iniciador de esta idea, á la que coadyuvan con entusiasmo el Sr. Ministro de la Guerra y los demás Consejeros de la Corona. Sólo falta, para que se realice, que el Ayuntamiento de Madrid resuelva ciertos preliminares administrativos que son indispensables al objeto. ¡Quiera Dios que sea pronto!

D. Francisco de Asís Aguilar, Obispo de Segorbe (pág. 68).

De buen grado cedemos aquí la palabra al ilustre literato y eminentísimo jurisconsulto del foro de Madrid, el Sr. D. Ramón Vinader, amigo del alma del Sr. Obispo de Segorbe, que excitado por nosotros á escribir la semblanza de D. Francisco Aguilar, se prestó á ello, á pesar de sus muchas, urgentes y grandes ocupaciones, y nos ha remitido el siguiente precioso trabajo:

El Obispo de Segorbe. — Un mozo por demás espigado para principiar el estudio del *musa musae*, estaba en 1844 delante de un telar de una fábrica de tejidos de la industriosa Villa de Manlleu, cerca de Vich, vestido con su blusa azul, la lanzadera en la mano y los ojos en una gramática latina. Un dómine de aquellos que sin títulos académicos enseñaban muy bien, lo que hoy con mucho Sanskrit y mucha erudición y oposiciones nadie enseña, ó á lo menos nadie aprende, dirigía los estudios del joven tejedor y lo alentaba con la esperanza de una cercana prosperidad. En efecto: dos años después era más próspera su suerte, pues estudiaba Filosofía en el Seminario de Vich, con la comodidad que supone el emprender á diario una caminata antes de salir el sol, al hombro el capote y el Guevara en la mano, desde una casa de campo distante dos leguas de la población, casa en la cual, á cambio de enseñar la doctrina y las primeras letras á la familia y criados, le proporcionaban la comida, que al medio día le calentaba en Vich una familia pobre, mediante la enseñanza de los niños. Así principió su carrera literaria, como otros muchos, en aquel Seminario, el Excmo. é Ilmo. señor D. Francisco de Asís Aguilar, Obispo de Segorbe y actualmente Senador del Reino.

Pobre, modesto en su traje, humilde por condición, era, sin embargo, respetado y se captaba el profundo afecto de las familias en cuyas casas prestaba servicios en la enseñanza, de los condiscípulos, de los profesores y de cuantos le trataban. Pronto le protegió, pensionándole para seguir en la Universidad de Barcelona la carrera de Ciencias exactas, el Seminario de Vich, del cual no tardó en ser sabio Profesor. Su saber y pericia especial para organizar la enseñanza le llevaron á la Dirección del Real Colegio del Escorial, y durante la Revolución de 1868 al Rectorado de la Universidad ó estudios de la Asociación de Católicos de Madrid. Fué llamado luego por el Emmo. Sr. Cardenal González, entonces Obispo de Córdoba, para ponerse al frente de su Seminario, desde donde pasó al Obispado de Segorbe.

Estudiante pobre, Profesor, Rector de estudios, Obispo, Senador, Rey que le hubieran hecho, ha sido siempre el mismo hombre sencillo. Agradece las distinciones; da á los cargos y dignidades con que le han investido la importancia que merecen, pero causarían en su ánimo la misma impresión que si le dijeran que los habían conferido al vecino, si no fuese por el temor de desempeñarlos dignamente. La virtud de la humildad ha creado en él un hábito tan arraigado, y mira sin esfuerzo tan por igual las cosas de la tierra, que diríamos que es un estoico si no tuviéramos el nombre más adecuado de cristiano. Se le concedió la gran Cruz de Isabel la Católica, y sólo tuvo una vacilación al dejar pasar el tiempo reglamentario para aceptarla, y fué el temor de pecar de vanidad al rehusar lo que otros con tanto afán apetecen. De cuantos cargos ha desempeñado, ninguno ha sido recibido por él con tanta efusión como el humildísimo de Capellán del Asilo de San Bernardino de Madrid, que sirvió durante algún tiempo, con entusiasmo de los pobres acogidos y gran aprovechamiento de sus almas.

Artículos de periódico, dirección de revistas, folletos sobre la libertad de impresión de los libros de rezo contra el pase regio, y sobre cuestiones científicas; libritos de propaganda, sabias pastorales, la *Historia eclesiástica de España*, la *Vida del Padre Claret*, la *Historia de Segorbe* y otras obras, declaran que el Ilmo. Sr. Aguilar es un escritor de vastísimo saber, fácil, erudito y profundo, pero sobre todo celoso por la casa del Señor.

La sencillez y la humildad son hermanas de la caridad y del amor. Los pobres, los débiles, los pequeños, los enfermos, hallan amparo en el humilde. Entre ellos se halla como en su centro el Sr. Aguilar, y él trabaja por los que necesitan de su amparo en descanso de su espíritu. En tiempo de cólera, salvando cordones y cuarentenas, había corrido durante muchos días de uno á otro punto infestado, para ayudar á los Párrocos y auxiliar espiritual y materialmente á los coléricos. Hallóle en mitad de un camino un Coronel de la Guardia civil, y al verle solo con un estudiante, á pie, fatigado, más que deslucido el hábito, cubierto de polvo y de sudor, exclamó: „Hasta hoy no había visto un Obispo en campaña.“ En estas campañas pelea, desde

que tenemos uso de razón, el Ilmo. Señor D. Francisco de A. Aguilar.

Ha escrito la biografía del venerable P. Claret, le admiró en vida y fué su amigo. A pesar de haberse dedicado el señor Obispo de Segorbe mucho más á las ciencias y á las letras, ¡cuánta semejanza hay entre los dos Prelados!

Perdóneme el amigo del alma, perdóneme el respetado Obispo, si lee estas líneas, la mortificación que le causará ver puestas al público cualidades que él avalora á los ojos de Dios, esforzándoseen ocultarlas á las miradas de los hombres. — *R. Vinader.*

Alrededor del caserío (pág. 69).

Sí, es en las Provincias Vascongadas: la espesa urdimbre del follaje, la puertecilla ó cancela de madera que se ve en el fondo, el traje de la *neskachá polita* que oficia de niñera con el gracioso *motillac* en los brazos, así lo indican. Muy próximo estará el caserío, y la *neskachá* vaga para distraer al nene por sus pintorescos alrededores. Es un cuadro sencillo, pero en medio de su sencillez muy inspirado y sentido, que agradará de seguro á nuestros lectores.



DON FRANCISCO DE ASÍS AGUILAR, OBISPO DE SEGORBE.

El castigo de Roma (pág. 72).

La explicación del sentido de este cuadro va en el artículo que publicamos en este mismo número autorizado con la firma del insigne periodista católico D. Eugenio Fernández Hidalgo.

Recuerdos de Granada (pág. 73).

Al pie de Sierra Nevada, sobre el extenso paraíso que llaman la vega, entre Darro y Genil, ríos cuyos nombres saben á leyenda, Granada es para España monumento de glorias inmarcesibles, orgullo legítimo, blasón hermosísimo. Dejemos á Zorrilla, y á su continuador ilustre, el P. Jimenez Campaña, contar los secretos de sus palacios árabes, de sus fortalezas, de su vega y de sus maravillosos ríos. Ahí tenéis la Alhambra, esa poesía erótica construída, no con palabras, sino con ladrillos y azulejos policramos; ahí tenéis los tipos de gitanos que hoy, como en el tiempo de los Abencerrajes, venden burros, ellos, y echan ellas las cartas á los bobos que creen en sus fullerías; ahí tenéis la linda muchacha del pueblo bajo, la que coronada de rosas como una griega, espera en la ventana la llegada del celoso amante, del *Manuel Venegas* cantado por Alarcón, ó en el retiro del patio árabe, entre macetas de claveles y azucenas, toca la guitarra y canta playeras, repitiendo ese *ay*, infinito como las arenas del desierto, que nos dejaron aquí como un lamento de melancolía sublime nuestros antiguos y vencidos dominadores los asiáticos y africanos. Granada es la poesía; sus jardines se llaman versos ó cármenes; la musa de la leyenda flota en su atmósfera luminosa; allí todo es color, harmonía, resplandores.....

San Jerónimo Penitente, cuadro de José Ribera el españoleto (pag. 77).

Pocos pintores han conseguido dar como Ribera tanta unción á sus figuras religiosas por medio del vigor, de la composición y del bien entendido realismo. Ribera es el pintor de la penitencia, de la austeridad cristiana. Puede decirse de él que es el pintor de la Iglesia militante, como Murillo lo fué de la Iglesia triunfante.

Pintó á los justos, no en la patria á que caminan, sino en la trabajosa peregrinación por el sendero estrecho que conduce á las plazas eternas. San Jerónimo Penitente es una de sus más hermosas obras.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso.— (Segunda quincena de Marzo).

16. Lunes. San Julián, mártir.
17. Mart. S. Patricio, obispo.
18. Miér. El Arcángel S. Gabriel.
19. Juev. FIESTA ENTERA. S. José, esposo de Nuestra Señora, Patrón de la Iglesia universal.

Indulgencia plenaria para los pobres socorridos por las Conferencias de San Vicente de Paúl. Exige confesión, comunión y visita de iglesia desde las primeras vísperas hasta ponerse el sol en el día de hoy.

20. Vier. de *Dolores*. S. Niceto, obispo, Santa Fontina, la Samaritana y compañeros mártires, y Santa Eufemia y otras seis mártires. — *No se puede comer carne. — Anima.*
21. Sáb. S. Benito, abad. — *Anima.*
22. Dom. de *Ramos*. S. Deogracias, obispo, y Santa Catalina, viuda.
23. *Lunes Santo*. S. Victoriano y compañeros mártires.
24. *Martes Santo*. S. Agapito, obispo y mártir, Santa Catalina de Suecia, virgen, y el Beato José María Tomasi.
25. *Miércoles Santo*. La Anunciación de Nuestra Señora, y S. Dimas, el buen Ladrón. — *No se puede comer carne.*

Luna llena á las 12 y 57 minutos del día, en Libra. Hielos, tempestades y grandes fríos.

26. *Jueves Santo*. S. Braulio, obispo.—*No se puede comer carne.*

Indulgencia plenaria concedida por Pío VII por su Rescripto de 7 de Mayo de 1815, comulgando en este día ó en Pascua, á todos los fieles que visiten á Nuestro Señor Jesucristo en las estaciones ó monumentos el *Jueves y Viernes Santos*, rogando algún tiempo por la intención del Jefe de la Iglesia. Además se halla concedida la indulgencia parcial de diez años y diez cuarentenas á cada visita que se haga á los monumentos, formando en su corazón el firme propósito de confesarse.

27. *Viernes Santo*. S. Ruperto, obispo.— *No se puede comer carne.*
28. *Sábado Santo*. S. Sixto III, papa, y S. Cástor y S. Doroteo, mártires. — *No se puede comer carne. — Indulgencia plenaria. — Ordenes.*

Concluídos los Oficios se celebran Misas rezadas (por privilegio) en Santa María, San José, San Andrés, San Millán, San Francisco, San Antonio de los Portugueses, San Ginés, San Luis, oratorios del Olivar y Caballero de Gracia, San Pedro, Atocha, San Sebastián, Naturales y Capilla del Príncipe Pío, donde estará manifiesto el Santísimo Sacramento de once á dos.

29. *Domingo de Resurrección*. S. Eustasio, abad, y S. Siro. — *Indulgencia plenaria* en este día y los siete siguientes, como en 1.º de Enero.
30. Lun. S. Juan Clímaco y S. Régulo, obispo.
31. Mart. Santa Balbina, virgen y mártir, y San Amós, profeta.

Las Cuarenta Horas.

Días 16 y 17. Iglesia de los Irlandeses.
18 y 19. Parroquia de San José.
20 y 21. Iglesia de la Pasión.

Semana Santa.

Se suspenden las Cuarenta Horas los días 22, 23, 24, 25, 26, 27 y 28.
29, 30 y 31. Iglesia del Carmen Calzado.

†

R. I. P.

LA SEÑORA

DOÑA SERAFINA RUIZ

VIUDA DE SALCEDO

falleció el 20 de Marzo de 1890.

Sus hijos, D. Francisco de P. y D. Angel Salcedo, director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA; sus hijas políticas, Doña Francisca Ansó y Doña Josefa Dobon; sus nietos y demás parientes, ruegan á sus amigos la encomienden á Dios en su aniversario.

***

El miércoles 25 publicaremos el *Suplemento trimestral* prometido á nuestros lectores, y que versará exclusivamente sobre Semana Santa. Por eso nos abstenemos de tratar en el número de hoy tan importante y piadosa materia.

EL HIPNOTISTA ANDANTE

APENAS los tribunales españoles han condenado á presidio al italiano Galileo Bargnoni, que disfrazado de obispo y de fraile cometió mil tropelías, sacrilegios y robos en un convento de pobres monjas, cuando otro embaucador, italiano también, Alberto de Das,



ALREDEDOR DEL CASERÍO.

titulado conde y doctor, ingresa en la cárcel modelo de Madrid por males de sus pecados de estafa: Bargnoni con su mitra y Das con su borla, han elegido nuestra tierra hispánica para teatro de sus desmanes. ¡Feliz la justicia española si consigue castigar con mano severa á esos extranjeros que abusan de nuestro temperamento para engañarnos, y felices nosotros si con tales enseñanzas conseguimos abrir los ojos, cegados hoy con densa cortina de pesadísima estofa!

Hace tiempo que andan por aquí por nuestro país una caterva de marqueses, condes y sobre todo doctores y capitanes, extranjeros por supuesto, cuyas hazañas paréceme que no dejan muy bien parada nuestra dignidad; porque si aquellos individuos se limitaran á subir en globo, ó á tocar el arpa, ó á hacer títeres, ó á domesticar *bestias feroces* (cómo ellos dicen), ó á manipular risibles prácticas hipnóticas, poco ó ningún daño nos harían, como no nos lo hace nuestro democrático *tío Vivo*, que no ha pensado todavía, y hace muy bien, en los abigarrados cuarteles de la heráldica. Pero los nobles extranjeros que vienen á España á lucir sus habilidades, se mezclan pronto en nuestra vida social, hallan en todas partes magnífico recibimiento, ven sus nombres sublimados por la prensa periódica, etc., etc., para venir luego, cuando dan el batacazo, á menoscabar el buen nombre del pueblo que de tal manera los agasajó. Muy bueno, muy santo es abrir los brazos á todo el mundo, y más á aquellos infelices que sienten la nostalgia de su tierra; pero, ¡por amor de Dios!, no exageremos la hospitalidad, ni confundamos á las personas notables con los titiriteros, hasta el límite de excitar la sonrisa compasiva de los extraños.

Vergüenza da decir que esto es lo que ha sucedido con el conde de Das; pero las vergüenzas enseñan más que las honras, y es conveniente discurrir sobre nuestros yerros, para que esta dolorosa lección nos sirva de saludable disciplina.

Permítanme los lectores que antes de hablar de Alberto de Das les advierta que para el humilde escritor que firma este artículo no ha sido sorpresa la prisión del hipnotizante italiano, pues desde que presenció una *función* que aquel caballero dió en el *Casino leonés*, comprendió que se trataba de un ignorante charlatán, y así lo dijo en una serie de artículos publicados en *La Propaganda Católica* de Palencia allá por Marzo de 1889. En aquellos artículos, pobres como hijos de mal tajada pluma, se hizo ver con razones científicas que la ciencia del doctor hipnotista no era tal ciencia; que los fenómenos por él provocados eran fenómenos usuales y corrientes en clínicas de enfermedades nerviosas; y por último, que algunas de sus experiencias tenían caracteres de inmorales y sacrílegas. Quien con anticipación señaló el peligro (corriendo la suerte de ser nota discordante en general himno de alabanza), bien puede ahora empuñar la palmeta del dómine y fustigar con lo sucedido á quien no quiso oir sus consejos.

Hecha esta advertencia para justificación de lo que sigue, diremos al pío leyente que Alberto de Das es un hombre de porte distinguido, de fisonomía simpática é inteligente, de conversación agradable, masón del gr ∴ 33 ∴ según decía, y conde de Das y doctor médico, según también afirmación del propio cosechero. Recorría nuestra Península oficiando de apóstol hipnotizante, ejerciendo la profesión de curandero y dando sesiones teórico-prácticas, ¿dónde dirán ustedes? pues en..... casinos y teatros. Allí se presentaba correctamente vestido de frac, con infinidad de cintas y condecoraciones, y manifestaba sus experimentos en una bellísima y elegante joven á quien él llamaba esposa: el hipnotista comenzaba siempre sus sesiones con un largo y soporífero discurso empedrado de vulgaridades racionalistas, llamando á los españoles ignorantes, retrógrados *et sic de coeteris;* después producía en aquella pobre mujer la rigidez tetánica, la insensibilidad anestésica, la acción de los medicamentos á distancia, y otros fenómenos tan sencillos como éstos, con los cuales, sin embargo, causaba asombro al público que le honraba con su presencia. También solía poner á la *condesa* en estado de *éxtasis místico*, parodiando grosera é impíamente el arrobo de los espíritus favorecidos por la intuición deífica.

Este era el conde, y esta la ciencia con que pensaba *regenerar al linaje humano, llevando la ciencia por nuevos derroteros,* y así sucesivamente. Y este hombre y esta ciencia entusiasmaban á médicos y á periodistas, los cuales (salvo honrosísimas excepciones) entonaban ditirambos en honor de Alberto de Das por la beneficiosa influencia que iba á ejercer en la terapéutica del nervotismo.

Así vivió unos cuantos años el hipnotista: peregrinó por nuestras provincias, recogió algunas pesetas, con las que decía iba á fundar en Madrid un hospital hipnoterápico: se escribió mucho, muchísimo en su favor; poco, poquísimo en contra suya; nuestro hombre, es decir, nuestro doctor, fijó su residencia en Madrid, dió seisones en el Palacio Real, y en hoteles y teatros, trabajando con ardor incansable por su idea; algunos doctores *de veras* se rieron á su costa en una comida, donde se demostró que la ciencia del italiano era como la del Don Bartolo de Moratín, que atribuía la mudez de D.ª Paulita á tener ésta secuestrada la facultad de hablar; y..... en fin, que ahí le tienen ustedes en la cárcel por estafador, pues con sus títulos de conde y de doctor, que eran falsos, no hacía otra cosa que vivir á costa de los infelices que se ponían en sus manos pecadoras para sanar de sus dolencias. El conde de Das era un *vivid* que explotaba el hipnotismo como podría haber explotado una mina de antimonio ó una fábrica de cerillas. Su ciencia era la ciencia del charlatán sacamuelas, que había tomado arreos nobiliarios para mejor embaucar á los españoles. Y por último, su esposa no era su esposa, sino su amiga. Todo era falso en este individuo, hasta el nombre, pues según dice la prensa francesa, el hipnotista (conocido ya por la policía parisién) se llama Santini.

Y ahora díganme ustedes por favor: ¿No es una mala vergüenza que en un pueblo que ha hecho lo que ha hecho con Ferrán, con León Hermoso y y con el inventor del submarino, se de el bochornoso espectáculo de aplaudir y sublimar hasta el quinto cielo á un saltimbanquis que vino á España á vivir á costa de nuestra credulidad? ¿No da pena el considerar que

desde una princesa real

hasta el último semanario de esos que *defienden los intereses morales y materiales*, etc., etc., hayan estado sosteniendo esa celebridad de oropel ú hoja de lata? ¡Qué bien dijo el que dijo que nuestro país es el país de los viceversas!

Conque si á los señores periodistas les parece bien, escarmentaremos de ahora para siempre con los ridículos desenlaces de estas comedias que nos hacen los italianos; y cuando D. Alberto de Das ó D. Fulano Santini haya satisfecho *la hambre y sed de justicia* que contra él sentirá el señor juez encargado de sumariarle, al ponerlo á la sombra pongamos también en nuestra legislación aduanera un artículo que diga:

Artículo tantos. Se prohibe la importación de condes y doctores de similor.

ALVARO LOPEZ NUÑEZ.

Diciembre de 1890.

CARTAS DE INDIAS

NOTORIA injusticia sería el hacer solidaria á la Orden de San Francisco del contenido de unas cartas escritas desde Isla Española por tres de sus religiosos, las cuales fueron dirigidas al Arzobispo de Toledo el Cardenal Jiménez de Cisneros en Octubre del año 1500. Como no nos guía la obscura y menguada idea de atrincherarnos en posición ventajosa para más fácilmente poder atacar la importancia de aquellos escritos, nada más lejos de nuestro ánimo que el intentar disminuir el mérito personal de sus autores. Reconocemos con gusto que todos ellos fueron tan virtuosos como ilustrados; no podía esperarse otra cosa de la elección que de los mismos había hecho el insigne Cardenal hijo de aquella Orden, Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, desprendiéndose de su asistencia y compañía gracias al ardiente celo por la propagación de la fe, y al vehemente deseo que le animaba de que la España fuese más y más conocida, respetada y querida de los indios.

Desde luego el P. Fr. Francisco Ruiz, confesor de aquel Cardenal y Secretario que había sido del mismo en tiempo en que Su Emma. era Provincial de Castilla, á los seis meses de su permanencia en el Nuevo Mundo se vió precisado, por no adaptársele aquel clima, á restituirse á España, donde muy luego hubo de ser preconizado Obispo de Ciudad Rodrigo, pasando más adelante al de Avila. En esto se ve que era persona de valer.

El P. Fr. Juan de Trasierra, otro de los Franciscanos que vivían al lado del Cardenal Cisneros, sujeto igualmente notable, fué aquel á quien el Comendador Bobadilla confió, juntamente con el Tesorero Francisco Velázquez, el delicado encargo de pasar, á manera de parlamentario, á avistarse con el Almirante, de cuya actitud pacífica dudaba, para entregarle en su nombre una carta de SS. AA. en que se le ordenaba diese entero crédito á lo que Bobadilla le dijere de su parte, como de ello dan fe Hernando Colón, Las Casas, Herrera y otros. Fr. Juan de Robles, compañero y comensal, como aquellos dos, del Cardenal Cisneros, fué asimismo de mucha opinión y letras.

Estos religiosos, en unión con Fr. Juan Deledeulle, llevaron consigo un pequeño órgano y algunas campanas; y los indios, llenos de estupor al escuchar las harmoniosas voces del primero, y sobre todo las sonoras y vigorosas vibraciones de las segundas, observando que al tocar á la Misa se dirigían los cristianos hacia donde estaban las dichas campanas, imaginábanse que eran éstas algunas divinidades que les hablaban; por eso las llamaban *turey*, nombre genérico que entre ellos significa cosa celestial. El fruto que los religiosos hicieron entre aquellas gentes es imponderable.

Pues bien: en las cartas de los tres Franciscanos se leen algunas frases altamente opuestas al buen nombre del Almirante; de ahí que no sólo los enemigos de éste, mas también otros que no estuvieron muy en autos de los sucesos ocurridos en aquellos tiempos, han llegado á formarse una opinión deplorable de aquel varón extraordinario, al cual, por más que no le conceptuemos exento de toda responsabilidad, todavía, si queremos ser justos, hemos de confesar que las equivocaciones y por ventura los apasionamientos en que como hombre incurrió; ciertos barruntos de codicia de que se le había tachado, y la injusticia de no satisfacer puntualmente lo que debía á sus subordinados, todo ello y mucho más lo compensó con inmensa ventaja, gracias á los beneficios de que le es deudora la España, por no decir el uno y el otro hemisferio.

El contenido de las referidas cartas, conservadas inéditas hasta el 1880 en la biblioteca de la Uni-

versidad Central, es en verdad alarmante, como quiera que, aunque en términos generales, reflejase en él todo lo ominoso y desatentado atribuído al gobierno del Virrey. Pero ¡por Dios Santo! ¿No podría discurrirse algo capaz de aminorar la trascendencia de las tales epístolas. ¿Cómo no? En primer lugar, debemos hacer constar que el Obispo Fonseca, quien en su calidad de Superintendente era el *factotum* de las expediciones que se mandaban á Ultramar, pasaba en España por ser el émulo más temible de D. Cristóbal y de sus hermanos D. Bartolomé y D. Diego, lo que constituía un centro de oposiciones el más activo contra los mismos.

Añádase á esto que muchos de los hidalgos que habían abandonado sus hogares llevados del afán de acumular oro, habían visto frustradas sus esperanzas; y para que el fracaso fuera mayor, el Virrey, que como hombre previsor se preocupaba del porvenir, viéndose falto de brazos para construir fortalezas, talar selvas, roturar montes y abrir caminos, habíales obligado á poner sus mórbidas y aristocráticas manos en la segur y el azadón, y hasta en la pala y el bieldo; y cuando la colonia llegó á experimentar la escasez de vituallas, á grandes y pequeños, á todos por igual, les cercenó la ración diaria. ¿Qué extraño es, pues, que estas y otras eventualidades, largas de referir, produjeran tan grandes quejas y crearan tantas hostilidades á aquella situación, y que en circunstancias tales, unida toda aquella falange de adversarios que moraban en las Indias á los que poco á poco fueron reclutándose en España, consiguieran al fin un triunfo tan completo para ellos como bochornoso y humillante para la nación, no menos que de ruinosos resultados económicos para el Erario?

Las continuas revueltas promovidas por el ciego impulso de una chusma indisciplinada y corrompida, con la que el Virrey se hubo visto en hora mala precisado á contemporizar por carecer de medios de represión, con menoscabo de su propia gloria é intereses, le obligaron á estar mucho tiempo casi ocioso, en jaque siempre, sin poder dar impulso á nuevos descubrimientos. En medio de tan lastimosas escenas, habiendo el Almirante tenido noticia de que los sediciosos, no contentos con saquear y envilecer el país, habían tramado una conjuración para quitarle la vida, cansado ya de diferir los castigos y de dejarse llevar de una nimia indulgencia, defectos ambos que le achaca Muñoz en su *Historia del Nuevo Mundo*, libro VI, números 54 y 55, resolvió de una vez desenvainar la cuchilla de la ley y hacerla caer inexorable sobre la cabeza de los principales culpables.

No somos devotos de la pena de muerte; opinamos que el *jus vitendi*, informado por el espíritu evangélico, debe ser juzgado con un criterio expansivo; sin embargo, la sociedad no puede nunca abdicar el derecho que tiene á imponer la pena capital sin suicidarse.

¡Desgraciado del pueblo que haciéndose sordo á los clamores de la vindicta pública llegase á borrar del código de sus leyes aquella sanción penal! Por haber fulminado el Almirante este castigo en ocasiones solemnes, fué y sigue siendo acriminado de cruel. ¡Ah! no sabemos si los filántropos al uso del día, puestos en su lugar, hubieran dado más claras muestras de lenidad que él, así como de moderaciones y parsimonia en el libre ejercicio de sus supremas atribuciones.

¿Se quiere que á fines del siglo XV, en aquella era belicosa, tan adecuadamente llamada edad de hierro, pudiera el jefe de un Estado hacer uso de sus prerrogativas ajustado á la misma pauta que les es dado hacerlo á los gobernantes de hoy? ¿Es justo exigir de Colón que administrara la justicia con un platonismo y templanza ajenos de su época, entre unas muchedumbres que acababan de salir del fondo de sus bosques, y que los rebeldes y bastardos hijos de España que los soliviantaban, y los malandrines que se precipitaban en todo género de excesos, gozaran á mansalva y en completa impunidad del fruto de sus desmanes?

Pero prosigamos: en vista de que los conflictos se iban agravando cada vez más, determinaron los Reyes enviar á las Indias al Comendador D. Francisco de Bobadilla, en calidad de juez para instruir la correspondiente sumaria en averiguación de los cargos que se hacían contra el Gobernador general, y en caso de necesidad se le autorizaba para adoptar medidas definitivas.

La generalidad de los autores han dado á Bobadilla los dictados más odiosos; y en verdad que sus hechos le acreditaron de hombre maleante. La lealtad del Virrey no puede ponerse en tela de juicio, y esta es la que hacía á este grande hombre rechazar toda idea de insurrección; por ello, y á pesar de que mejor que nadie se hallaba persuadido de la injusticia con que se le trataba, y que en el arrebatado y despótico proceder del Comendador se reflejaba, no la voluntad de los Reyes, sino la más arbitraria violación del pacto ajustado con ellos, con todo, al intimarle de parte de SS. AA. su sumisión á Bobadilla, él y los otros dos hermanos, abrumados con la pesadumbre de los servicios prestados á favor de su patria adoptiva, uno en pos de otro ofrecieron espontáneamente sus pies y sus manos á los grillos y á las esposas, é inciertos de su suerte, quedaron relegados en la soledad de un lóbrego calabozo. Ahora, pues, de un hombre como Bobadilla, que no escrupuliza el cometer acciones propias de un pirata, ¿qué informes podría esperarse que diese á los franciscanos y demás que le acompañaron en su viaje? ¿Era posible que pudieran éstos sustraerse á la maléfica influencia de semejantes insidiosas noticias, sobre todo después de haber oído otras tales en España?

Sucedió al fin lo que tan frecuente suele ser en casos parecidos, merced á la flaqueza y miseria de la naturaleza humana: conociendo unos y otros que el declararse amigo del Almirante era reputado por un crimen, los hombres venales, los vengativos, los tímidos, los ambiciosos é intrigantes, arrimándose al árbol que mejor sombra proyectaba, no cesaban de adular á Bobadilla, cubriendo en cambio á su rival de oprobio é ignominia, sin que ni uno solo de cuantos podían haberlo hecho osara defenderlo por temor á un atropello. ¿Qué juicio, pues, podían hacer los Padres Franciscanos, autores de las cartas sobredichas, del gobierno y conducta de Colón en aquellos dominios? ¿Cómo era posible que pudieran menos de respirar el aire de aquella atmósfera saturada de animosidad contra un hombre que tan desamparado se veía de todos?

Dos meses habían transcurrido desde la llegada de los Franciscanos á la Española cuando escribieron sus cartas. Durante este tiempo es de creer que apenas tuvieron ocasión para poder hablar con ningún amigo de Colón, y ni aun acaso se les ofrecería coyuntura para poder comunicar con las personas imparciales, las cuales en análogas circunstancias suelen mantenerse á la capa, contentándose con hacer votos por que se serenen los elementos y brille de nuevo el sol de la justicia en todo su esplendor.

Por todo lo cual, las expresadas cartas, escritas bajo un cierto género de presion moral que los mismos que las redactaron no pudieron traslucir, pierden mucho de su importancia, viniendo á quedar reducidas á la categoría de unos documentos oficiosos, que si por ventura han de jugar en el proceso informativo del Almirante, debe ser tan sólo para probar una vez más la perfidia y malas artes de Bobadilla.

FR. JOSÉ COLL, *Franciscano*.

REVISTA LITERARIA

Urgencias de mil clases diversas, aunque todas engorrosas, nos han impedido hasta hoy, durante el presente año, consagrar al movimiento literario la atención que de consuno exigen nuestras aficiones y la índole de nuestra Revista. Y no es por cierto un artículo, como el que ahora vamos á endilgar, suficiente remuneración á la cometida falta; pero algo es algo, y más vale que nada, y aún más cuando á la sinceridad del arrepentimiento se une, como sucede hoy, el firme propósito de la enmienda para lo futuro.

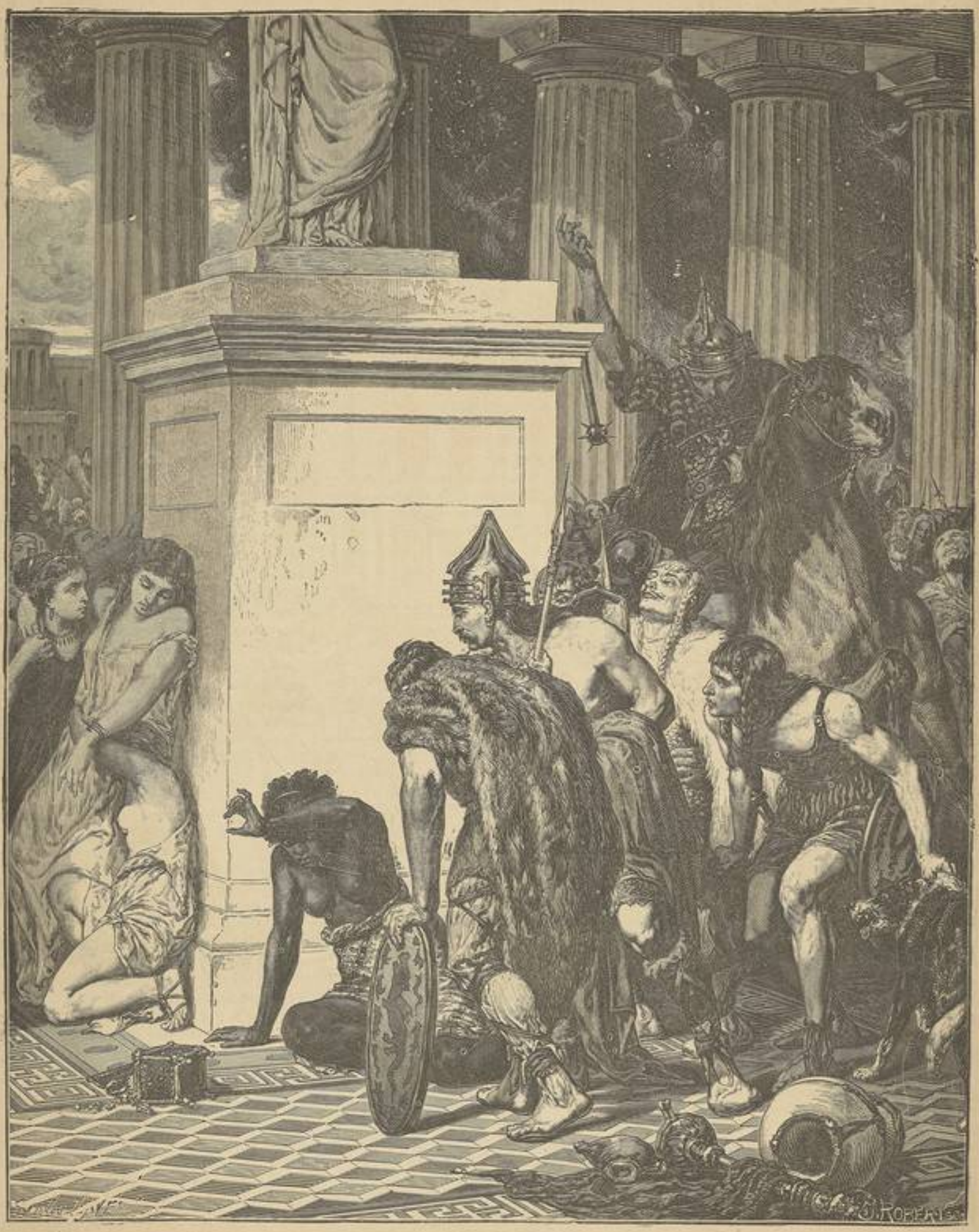
Conque basta de exordio, y manos á la obra.

No son nuestros días, ó mejor dicho, la sociedad en que vivimos no es (como se ha repetido tantas veces) ambiente apropiado para que la poesía, el arte literario por excelencia, florezca y se desarrolle. Sin embargo, los amantes de las bellas letras tienen motivo sobrado para no considerar perdidos los últimos meses del año anterior y primeros del corriente. Tres tomos de excelentes poesías líricas han visto la luz pública en este período, relativamente corto, y los tres bastan, no ya para honrar á sus respectivos autores, sino que también á la literatura española, tan rica en legítimas glorias, así en los antiguos como en los modernos tiempos.

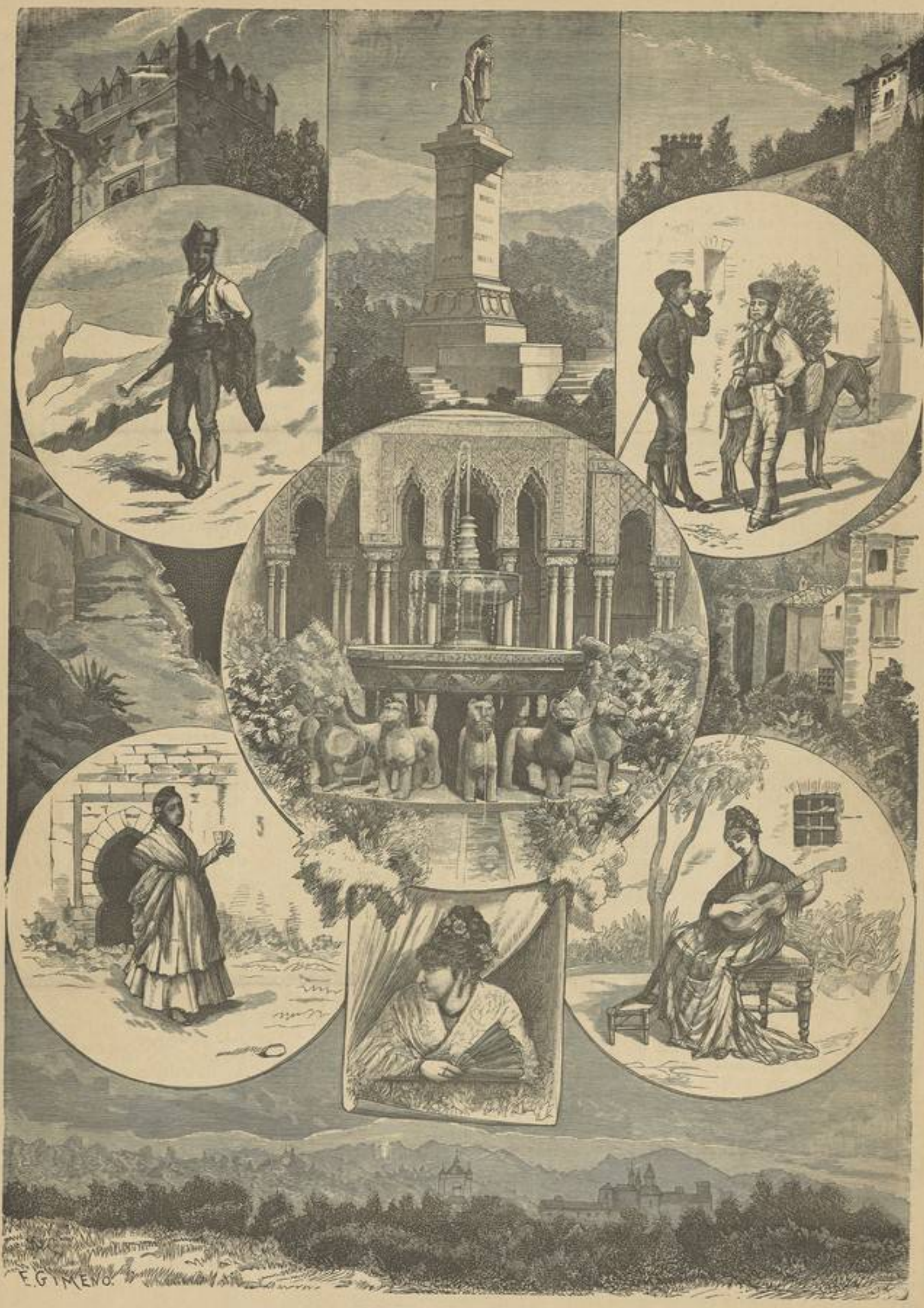
Alalá, del joven poeta asturiano Don Juan Menéndez Pidal, es una colección de versos digna por todo extremo de haber aparecido en tiempos más antusiastas por las musas que los que ahora corren. No hay entre las composiciones que forman la colección ni una sola que no merezca el título de verdadera poesía. ¡Y qué poesía tan original, tan sentida, tan melodiosa, tan simpática! El Sr. Menéndez Pidal es asturiano de corazón, y se ha inspirado en aquella naturaleza hermosa y triste, de valles profundos, selvas espesísimas, fantásticos picos, románticos promontorios azotados de continuo por las olas; en aquella naturaleza, igual en Escocia que en Asturias y Galicia y Vasconia. La musa de Menéndez Pidal es la musa de los valles, que vaga, envuelta en flotante túnica de niebla, á la hora del crepusculo, iluminando el fondo de las cañadas sombrías con la luz fosfórica de la leyenda, ya distrayendo los forzados ocios del hogar con la conseja pintoresca, ya poniendo en labios del fornido mozo enamorado el cantar de pasión pura, melancolíca á fuerza de idealista, pasión formada de vagos, impalpables sueños más que de reales deseos. En los países del Norte de Europa ha florecido siempre este genero de poesía, cuyo Homero fué Ossian; en España la corriente clásica fué constantemente más poderosa, y ahogó en nuestros buenos días literarios los gérmenes del romanticismo montañés que pudieramos tener en nuestra tierra. Aquí los grandes poetas gustaron más de las llanuras caldeadas por el sol meridiano, de los jardines bien cultivados, de los grandiosos palacios, de las mujeres y *diosas* de carne y hueso, de los amores humanos; de todo, en fin, lo que constituyó la esensia y la forma de la poesía de griegos y romanos. Sólo en los modernos tiempos, al calor del romanticismo germánico é inglés, se ha desarrollado entre nosotros este nuevo género de poesía, en que Enrique Gil, el insigne leonés, autor de *La Niebla*, brilló antes que ninguno.

Menéndez Pidal es maestro en el género que podríamos llamar *romántico-montañés*, y sus dulces, melódicos versos, producen en el ánimo eficaz y duradero efecto.

Cree el poeta, y así lo manifiesta cándidamente en el bien escrito prólogo que precede al libro, que su poesía es asturiana. Nosotros creemos que lo mismo podría ser escocesa ó vascona. No hay poesía regional. Las musas no tienen patria. Á lo sumo podría clasificárselas por razas, por civilizaciones



EL CASTIGO DE ROMA.



RECUERDOS DE GRANADA.

ó por los accidentes geográficos que constituyen la fisonomía del planeta. Así puede admitirse la poesía de las montañas; pero..... ¿¡poesía de las montañas de Asturias.....? Eso nunca.

***

Carecemos de tiempo ahora, y nos reservamos para mejor ocasión el tratar de los otros dos tonos de poesías á que nos referíamos al principio. Ambos han brotado de la mente creadora de dos insignes poetisas: Carolina Valencia y Antonia Lamarque de Novoa. Éranos la primera en absoluto desconocida, y (confesémoslo, aunque con rubor), al encontrarnos sobre nuestra mesa un libro de versos de autora desconocida, ni siquiera nos tentó el apetito de abrir las hojas. ¡Tan escarmentados nos tienen en estos asuntos los repetidos chascos! Á los pocos días observamos que al libro precedía un prólogo de Emilia Pardo Bazán, y lo leímos; pero la verdad, su lectura, lejos de desvanecerlas, aumentó nuestras prevenciones. Era un prólogo de estos de encargo, y que parecen hechos por puro compromiso. Cerramos entonces el libro, á nuestro juicio para siempre. «Se acabó, dijimos para nuestro capote: esta señora será muy respetable en su vida privada; pero lo que es á mí no me da *la lata* con sus poesías. Á otro asunto.»

Y pasaron algunas semanas, y llega un día en que Valentín Gómez, el ilustre poeta, me dice: —¿Pero no ha leído usted las poesías de doña Carolina Valencia? —No he tenido tiempo, contesté yo. —Pues téngalo usted; porque se trata de una verdadera colección de joyas poéticas, de un ramo fresco y odorante de flores naturales.

Yo respeto hasta lo sumo la opinión de Valentín Gómez. Vale para mí, por supuesto, mucho más que la de Emilia Pardo. Fuí corriendo á mi casa, y leí ¡qué digo que leí! devoré el libro, me entusiasmé, y no concluí hasta casi aprenderme de memoria los versos que forman la colección.

Carolina Valencia no es una poetisa innovadora; ni en el fondo ni en la forma busca nuevos derroteros, ni aspira á vaciar su inspiración en moldes nuevos. Sigue la senda por donde fueron casi todos nuestros grandes poetas; tiene así las bellezas y los defectos generales de la poesía castellana. Es más exuberante que precisa; brilla más por el color que por el dibujo. Sobre sus versos cae de lleno el sol de nuestra tierra: nada de nebulosidades, como en Menéndez Pidal. Todo en Carolina es franco, abierto, inocente, sin pretensiones, y todo es bello, armónico, todo respira bondad del alma, y religión positiva entendida rectamente y sinceramente profesada. Carolina se hace amar por sus versos con el amor dulce y profundo de las viejas amistades; la que así siente, la que así canta, no puede por menos que ser una mujer bonísima, una madre de familia modelo y una sincera y fervorosa cristiana.

***

¿Y qué diremos del nuevo libro de Antonia Díaz de Lamarque? Honróse LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA publicando su retrato el año pasado, y bien conocida es de todos la tendencia general de su poesía, impregnada de aromas del Guadalquivir é inspirada en el más puro sentimiento religioso. El ahogo del tiempo nos impide hoy hablar extensamente como quisiéramos de su nuevo libro, titulado *Aves y flores*, que son lindísimas fábulas morales, y en el que la ilustre autora, no sólo sostiene su reputación tan legítimamente ganada, sino que quizás sobrepuja á sus anteriores producciones. Pero antes de concluir esta materia, seanos lícito felicitarnos y felicitar á nuestro público: porque tanto Menéndez Pidal como Carolina Valencia y Antonia Díaz Lamarque (y ahora caemos en la cuenta de que en este deshilvanado artículo hemos dado la delantera á un caballero habiendo dos señoras, lo que es gravísima falta de educación), que los tres poetas, decimos, son católicos fervientes, y como católicos escriben, y se sirven de la poesía, no para encender en los ánimos de la muchedumbre torpes apetitos, sino para elevar á Dios los corazones humanos, que es la sublime misión del verdadero artista, según enseñó elocuentemente el P. Félix.

***

No cabe hablar en los ceñidos límites de esta crónica de la última novela de Pereda, de la que por otra parte ya tienen noticia nuestros lectores, así como de la polémica promovida entre el ilustre novelista, Emilia Pardo de Bazán y otros escritores. En la *Revista Agustiniana* ha publicado acerca de la novela de Pereda un artículo crítico, excelente como todos los suyos, el P. Conrado Muiños.

Acaba de recibirse en Madrid otra novela de nuestro insigne colaborador D. Manuel Polo y Peyrolón. No hay que decir que la prensa diaria madrileña no ha dicho aún *esta boca es mía* á propósito de la novela de Polo y Peirolón, lo cual nos parece que no arguye mucho á favor de los que se han revuelto contra el ya tan asendereado capítulo de *Nubes de estío*, titulado *Palique*.

La novela de D. Manuel Polo se titula *Quien mal anda, ¿cómo acaba?* y está dedicada á nuestro Director, D. Angel Salcedo y Ruiz, lo cual nos embaraza mucho para dejar correr en estas columnas la pluma en justa alabanza del libro y de su autor. Pero no ha de ser obstáculo, sin embargo, tal circunstancia para que, aunque en ceñidos términos, digamos sincera y francamente nuestra opinión á cerca de este último fruto del ingenio del autor de la *Realidad poética de mis montañas*.

Quien mal anda, ¿cómo acaba? es una novela realista, en el buen sentido de la palabra. Trátase de un aristócrata valenciano que malgastó sus días en la disipación, un hombre alegre, de mundo, que sin llegar jamás al encanallamiento, nunca se dedicó al trabajo serio y honrado, ni practicó de veras la virtud, ni fué verdaderamente cristiano, aunque nunca renegase de la Religión de sus padres ni socialmente hiciese nada incorrecto. Todo se redujo á juego, francahelas y amoríos más ó menos fáciles y pecaminosos. Y naturalmente, las rentas iban en disminución constante, y llegó el barón á no contar más que con unos 8.000 duros, resto de su patrimonio, y con la protección de su hermano mayor, rico y nobilísimo caballero. A todo esto, el vicioso aristócrata había conocido, en virtud de circunstancias que se explican al pormenor en la novela, á una bella, lista y virtuosa joven, muy pobre, á la que requirió de amores, y con la que cierto día se propasó á impúdico beso, que le valió una merecida y afrentosa repulsa de la ultrajada dama.

Nuestro hombre, calabaceado y arruinado, no encontró en la mollera mejor medio de rehabilitar la perdida fortuna que irse á Mónaco á jugar, y allí, naturalmente, perdió hasta el último centimo, y se volvió á Valencia arruinado del todo. Pero cate usted que entonces muere el hermano, y le deja toda su cuantiosa fortuna. El Barón, que no era malo en el fondo, sino un caballero corrompido, como hay tantos, se llama á cuentas, y en efecto se enmienda, y se acuerda de la joven á que ofendió en día malaventurado, y se casa con ella, y goza de una cumplida felicidad doméstica. Pero quien mal anda; ¿puede acabar bien? El arrepentido aristócrata es ya un viejo petuto y un hombre además gastado; su mujer una hermosísima joven, y..... ¿qué había de suceder? Que el último capítulo de la novela es la descripción del lujoso entierro de aquel pobre hombre, que primero se equivocó por sus vicios, y que luego, para hacer penitencia de sus pecados, buscó en vez de sayal y disciplinas la compañía de una mujer joven, saludable y bonita.

La fábula, como se ve, es muy ingeniosa, y tomada de la realidad directamente. No hay en ella nada que sea inverosímil, ni extraordinario; es la historia de todos los días. El tipo resulta admirable por lo real. También es real (aunque lastime á los jóvenes de diez y ocho años) el tipo de la muchacha, que es muy virtuosa, eso sí, pero que se casa fácilmente con un viejo gastado y que la había ofendido de mala manera, cuando el viejo era Marqués y rico. Los personajes secundarios resultan perfectamente trazados y contribuyen al efecto total de la novela, que es, á nuestro juicio, la mejor de cuantas ha compuesto el autor de *Sotita* en su nueva tendencia; nosotros, que aunque ya viejos, somos siempre algo poetas, preferimos, sin embargo, á la implacable observación anatómica y al fondo amargo de desengaño que revela esta obra, aquella franqueza idealista que con colores tan puros y celestes pintó á Guadalupe, la heroína de *Lo que puede una mujer*. Guadalupe ¡ay! no se hubiera casado con el vicioso aristocrata! Pero ¡que pocas Guadalupes van quedando ya en el mundo! *Tapias rojas* no es Vallehermoso. ¡Ay, pícaros años..... ¡Cuántas ilusiones os llevais....!

BACHILLER ALONSO.

ALBUM DE POESÍAS

LAS ALAS DEL GENIO

LEYENDA

I

¡Oh ya seguro puerto
De mi tan luengo error! ¡Oh deseado
Para reparo cierto
Del grave mal pasado
Reposo dulce, alegre, reposado!

Techo pajizo adonde
Jamás hizo morada el enemigo
Cuidado, ni se asconde
Envidia en rostro amigo,
Ni voz perjura, ni mortal testigo.

Sierra, que vas al cielo
Altísima y que gozas del sosiego
Que no conoce el vuelo
A donde el vulgo ciego
Ama el morir, ardiendo en vivo fuego.

Recíbeme en tu cumbre,
Recíbeme, que huyo perseguido
La errada muchedumbre,
El trabajar perdido,
La falsa paz, el mal no conocido;

Y do está más sereno
El aire me coloca, mientras curo
Los daños del veneno,
Que bebí mal seguro,
Mientras el mancillado pecho apuro.

. . . . . .
. . . . . .

Así del mes de Noviembre
En noche ventosa y lóbrega,
Mientras el suelo alfombraban
Los árboles con sus hojas,
Leía en su celda estrecha
Con voz apagada y sorda
Un fiel novicio agustino
De Salamanca la docta.
Leía y el ritmo lánguido
De otras canciones eróticas,
Que surgían de su mente,
Echaba de su memoria.

Sostiene con ambas manos
La triste frente y apoya
Los codos en mesa humilde,
Cual si de labriego, tosca.
Y de la negra cogulla
Se destaca melancólica
La faz taciturna y pálida,
Pensativa y soñadora.
El pecho crea suspiros,
Que no salen por su boca,
Y el corazón mueve lágrimas,
Que por sus ojos no asoman.
Llanto y suspiros combaten,
Como de la mar las olas,
Y el alma náufraga mira
Del cielo las dulces costas.
Bate las alas aéreas
La mente briosa y loca,
Por salirse del convento,
Sin miedo á la noche torba.
Y el novicio la sujeta
Y su vuelo raudo acorta,
Bañada en sudor la frente,
Convulsa el alma medrosa.
Y en la lucha, sin quererlo,
A intervalos se transporta
De rica ciudad lejana
A las calles tortuosas.
Y ora se encuentra el novicio
Del templo en las anchas bóvedas,
Donde se escucha del coro
La penitente salmodia;
Ora en dorado palacio,
Cubierto el suelo de alfombras,
Donde vibran de la fiesta
Las acompasadas notas;
Ora á un confesor oyendo,
Cuya absolución implora,
Oye al pie de una ventana
Cantando sentidas trovas.
Y ve la faz del prior,
Severa, humilde y devota,
Y las miradas ardientes
De una mujer que enamora;
Y los hábitos modestos
De los frailes, y las tocas
Y las galas de las damas,
Y rosarios y tizonas.
Todo en raudo torbellino
Bulle, pasa, vase, torna,
Como hueste amotinada
Que del caudillo se mofa.
Por fin potente y enérgico
La voluntad, que es señora,
Ordena los pensamientos
De la mente bulliciosa;
Que nadie en la lucha ruda
Que con el mundo se afronta
Es batido por mayores
Fuerzas que la suya propia.
Venció, pues, el agustino
De aquella pasión las olas,
Y al par rindióle el cansancio
Y tomarle el sueño logra.
Cual hija, entonces, liviana,
Que á su madre atisba y ronda
Y, al verla dormida, vase
Con el doncel, que le adora;
La imaginación, sintiendo
Sueltas las alas briosas
Por el sueño del novicio,
Salióse de casa loca.
Y mientras de la fatiga
Rendido el joven reposa,
La mente sueña á sus anchas
Esta romántica historia.

(Se continuará.)

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

El Sacerdote calló algunos instantes, como para darme tiempo á que yo le dijese algo; pero como nada le dije, reanudó su discurso en los siguientes términos:

— Sí, hijo mío, la Religión es el único consuelo que hoy, mañana y siempre encontrará usted en estas tribulaciones de la vida. ¿Por qué se ha apartado usted de ella? ¿Por qué ha huído usted de los Sacramentos? ¿Porque es pecador? Pues si Dios los estableció para los pecadores. Porque fué pecador el hombre, vino Dios á redimirlo. ¿Porque no se ha encontrado con fuerzas para ser virtuoso? ¿Y cómo quiere usted fuerzas si huye del arsenal en que se guardan? Y usted lo ha visto: su descenso ha sido rápido y fatal; usted va por sus pasos contados al encanallamiento..... Deténgase usted, ó mejor dicho, desande el mal camino que ya ha recorrido. Y confiésese usted..... Ahora descanse..... Procure serenar su espíritu, rece una Salve á Nuestra Señora, y váyase á casa..... Mañana vuelva usted por aquí, y me dará la gran satisfacción de reconciliarle con Dios..... Ea, hijo mío, adios.

Si en vez da contaros mis sencillas aventuras estuviera yo componiendo ó refiriendo una novela, es seguro que os diría que al día siguiente volví á la iglesia de Atocha, y que me confesé formalmente con aquel Sacerdote tan discreto y que acababa de aconsejarme cosas tan buenas. Pero no sucedio así, sin embargo; lo que aconteció fué que, atontado por la prolongada vigilia y por el tragín mental, salí de la iglesia, y fuí á mi casa, y me soplé entre las sábanas, quedando al punto dormido profundamente, aunque no tanto que no viniesen á turbar mi sueño Ángeles, Doña Remedios, el hotel de la primera, la casa de la segunda, D. Norberto, el Sr. de Laguira, Celia, Bautista, mi pueblo, mis padres y el Sacerdote con quien había sostenido la plática en Atocha; y todos juntos, en las más extrañas combidaciones reunidos, empezaron y no concluyeron hasta que desperté, de bailar sobre mi cabeza danzas estrafalarias, ya apareciéndoseme claros y determinados, ya esfumándose en colores vaporosos, inciertos, de atmósfera azulada, á trechos luminosa, á trechos negra como cabeza de lobo. Y surgían y desaparecían con rapidez suma, y ya me llamaban con voces cariñosas, ya me repelían con inexplicable desabrimiento. Y cuando yo iba á ellos huían, y cuando creía que podía tocarlos desvanecíanse en el aire para surgir más lejos, haciéndome muecas y pesadas burlas.

Lo que más me apenaba era cómo se descomponían sus facciones, y cómo saltaban de unos en otros sus respectivos miembros y fisonomías, montándose la cara del uno sobre el cuerpo del otro, ó colgándose los brazos de este de los hombros de aquél. Porque á lo mejor veía yo que el rostro innoble de D. Norberto, por ejemplo, se salía de su cuerpo, y de una cabriola inverosímil se plantaba sobre el busto de Ángeles. Y era Ángeles, sí, pero con la cara de D. Norberto, lo cual no me hacía reir, sino que me apuraba muchísimo, mejor dicho, me volvía loco.

Me desperté cerca de las dos de la tarde, con un fuerte dolor de cabeza. Parecíame no haber dormido. Intenté coordinar mis ideas, y fué en vano. Quise pasear, y las casas, las calles, todo lo que veía, se me antojaba cubierto de paños de luto; la atmósfera me asfixiaba.

No sé cómo; pero ello fué que ya estaba la tarde muy avanzada y la noche muy vecina cuando en la Puerta del Sol encontré á mi tío, el que me pagaba la pensión de mi madre.

—¡Ola, chico!, me dijo á voces. Estaba deseando echarte la vista encima. Pero con tus frecuentes cambios de domicilio, ni sé ya en dónde vives. Ese truchichán, me dije, no vendrá por casa sino cuando llegue el día de cobrar.... Pues hijo, eso de cobrar se acabó ya..... Mira, aquí tienes la carta que ahora mismo voy á poner en el correo, si no es que prefieres llevarla tú mismo á tu madre..... Escoge..... Ya no hay remisión. Me dice tu madre que te busque, y que inmediatamente te pongas en camino para el pueblo. ¿Obedeces? Es lo que yo creo que te conviene. ¿Te rebelas? Pues á mi casa no vuelvas; no voy yo á comprometerme por tí, y tus cosas pasan ya de castaño obscuro. Conque te lo repito: escoge.

Yo me quedé algún tanto perplejo; pero pronto me repuse, y dije:

— Pues no hay inconveniente. Si mi madre quiere que marche, en marcha, y en paz. Todo lo que puede suceder es que pierda el curso.

Mi tío me miró socarronamente, y exclamó:

— ¡El curso...., Eh.....? ¡El curso....! Mira, niño, que yo soy ya viejo. Tanto te importa á tí el curso, como á mí el Emperador de la China. Ea, ea, ¿quieres tomar el tren?

— Ahora mismo, si usted quiere.

— Pues hijo, palabra de rey. Aquí tienes 50 pesos. Vamos á la central. ¿Has cenado?

— No.

— Te convido. Entremos aquí en Levante.

Yo me dejé conducir. Seguía aturdido. Cenamos brevemente, y poco después un cochecillo de punto nos conducía á la estación de Atocha á mí tío y á mí. Á las nueve menos minutos el tren partía, y yo aún no me daba cuenta exacta de que abandonaba quizás para siempre á Madrid.

(Se continuará.)

TEATROS

Á VUELA PLUMA

Cada día que pasa siento más no haberme dedicado al teatro, *to the stage*, lo siento con toda mi alma.

El teatro va siendo la panacea de las medianías, de los desheredados de la fortuna y..... de la inteligencia.

El arte se ha puesto á la altura de todos; esta ya como el calzado, el *calcuta*.

Con una buena dosis de desparpajo y su correspondiente ración de osadía, se pueden lograr aplausos, dinero y hasta fama.

¡Qué tiempos, señores! ¡qué tiempos! Antes había que tentarse la ropa para debutar en clase de cómico; hoy, el más desnudo de entendimiento se lanza á las tablas como si tal cosa.

Es la época del cómico-clown, y las articulaciones entran por mucho para alcanzar un éxito ante el *feu de la rampe*.

Y á todo esto, el público se traga la *castaña*, y lo mismo come pan de flor que de centeno.

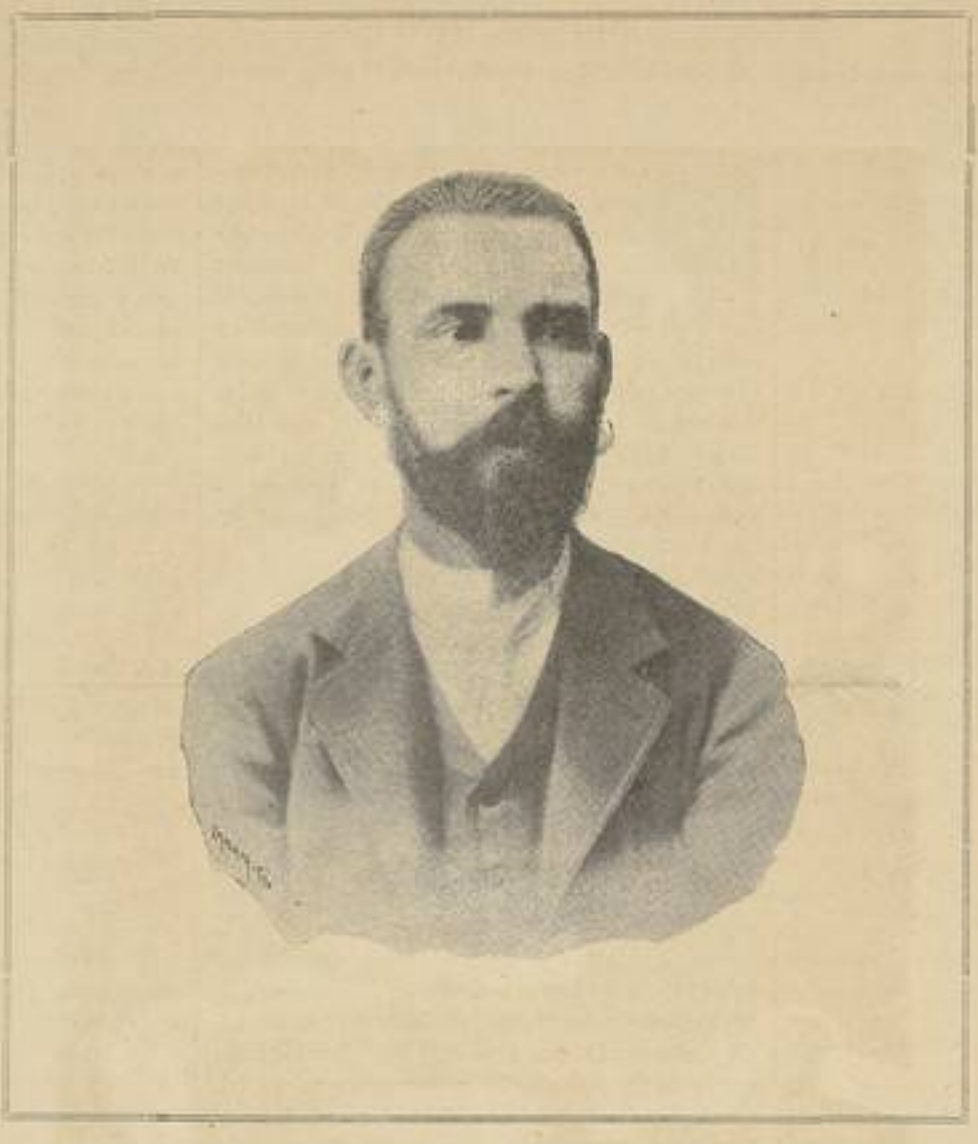
Se le va estragando el paladar, *the bread basket*.

Lo mismo que hay criadas que sirven para todo, hay artistas que hacen á todos los papeles, pero, eso sí, con poquísimo acierto.

¿Y dónde me dejan ustedes las anomalías, que saltan á cada paso á la vista?

El papel de galán joven suele representarlo un caballero de edad provecta, con pata de gallo y todo; el de barba, un moxalvete sin descañonar; el de característico, un niño recién destetado con harina lacteada.

¿Y qué me dicen ustedes del bello sexo?



DON EDUARDO BARRÓN, AUTOR DEL MONUMENTO Á HERNÁN CORTÉS.

En el bello sexo nótanse las mismas deficiencias, y no poco tendría que decir, si quisiera ahondar. Pero ¡guarda! el aditamento de *bello*, lo pone al abrigo de mis dardos; el bello sexo es para mí inviolable.

Pero eso no quita para que estemos frescos, sí, señores, archifrescos. Los autores van siendo malos pero lo que es sus intérpretes.....

¡Válgame Dios! hasta los más conspicuos en su clase cojean de algún pié, cuando no de ambos Han conocido al público, y á fuerza de tratarle se toman unas confianzas, que para mí no las quisiera.

Cría buena fama y échate á dormir, han dicho allá para sus adentros, ó sus pelucas, algunos de nuestros primeros actores, y se han entregado á las delicias de Capua á pies juntillos.

No sé si habrán ustedes observado que á los actores les sucede lo mismo que á los toreros; en cuanto son de cartel, se vuelven lo más tumbones que darse puede, y se malean como el vino mal embotellado.

Pero, eso sí, vengan sueldos, que lo demás es filfa. Y ahí los tienen ustedes comiendo la sopa boba á dos carrillos, pegando unos cuantos gritos si es verso, haciendo unas cuantas contorsiones si es prosa, dando unos cuantos *gallos* si es canto, y á vivir, que de menos nos hizo Dios.

Por supuesto, que mucho me equivoco, ó la cosa va á concluir mal, por consunción.

En cuanto el público vuelva *en sí*, se tiente los bolsillos y se espabile, habrá que cerrar los teatros por inútiles. Los vecinos de Madrid nos divertiremos á domicilio.

Para recitar versos con tropezones, decir prosa con intermitencias, dar zapatetas en el aire y cantar como *grillos*, nos bastamos y nos sobramos. ¿Qué necesidad hay de gastar dinero?

Y después, algunos se quejan de que eche de menos los tiempos antiguos. ¡Pues no los he de echar, hombre! ¡no los he de echar!

Si entonces gozábamos actores por cuatro duros, que les daban quince y raya en todo y por todo á los que son hoy día insaciables y no los llegan ni á las corvas.....?

Pero en fin, no quiero hacer historia retrospectiva; nada de eso. Tampoco me gusta hacer comparaciones; pero ya que la temporada de los *grandes teatros* está próxima á terminar, me permitiré hacer algunas advertencias á los que en ellos (en los teatros) (!) han funcionado, por si pueden serles de alguna utilidad en el porvenir.

Conste que no me guía ninguna mala voluntad, y sólo obedezco á mi buen deseo de poner las cosas en su debido punto.

Creo haber dicho anteriormente que hasta los actores más conspicuos en su clase cojean de algún pie, cuando no de ambos, y si no á la prueba me remito, ó por mejor decir, me *remitiré*, pues ya va siendo hora de poner las manos en la masa.

***

El *entremés* de esta última quincena hasta con vistas al mes pasado, ha sido sin disputa alguna, y sin que haya lugar á deliberar, la representación de la caricatura *Un crítico incipiente*, original del insigne dramaturgo D. José Echegaray.

En *Un crítico incipiente* hay de todo, bueno y malo, y no seré yo ciertamente de los que falten á la verdad encumbrando la obra hasta las nubes ni rebajándola hasta el subsuelo; nada de eso.

El argumento no tiene nada de nuevo: que la carrera literaria es la que con más fijeza suele conducir á San Bernardino ó al Hospital Provincial, es cosa ya harto sabida para que el público se entusiasme al oirla tomándola por la concepción de un genio privilegiado. Que la prensa está plagada, conglomerada de un sin fin de críticos incipientes que pretenden encauzar la opinión cuando tienen la suya por hacer, tampoco es ninguna novedad *pour nous faire tomber en pamoison;* pero eso no quita para que la obra esté muy bien escrita, sin incongruencias y ampulosidades, para que se reconozca en toda ella, fuera de algunas cosas que huelgan por lo sabidas, la mano del maestro que lo mismo describe el submarino que ensarta un sainete que ni los de D. Ramon de la Cruz.

***

No sé si recordarán ustedes que dije en uno de los números anteriores que el torneo entablado entre Goula y Mancinelli tenía que dar ópimos frutos.

En efecto, las últimas sesiones musicales han sido otros tantos acontecimientos.

Los *wagneristas* están entusiasmados con Mancinelli: — « ¿ha oído usted el *Parsifal*? ¿Qué le parece á usted el *Parsifal*? » — no se oye otra cosa por la calle.

—Hombre, el Parsifal me parece algo pesadito..... — ¡Calle usted, *anabaptista*....! y ainsi de suite.

En el *Príncipe Alfonso* le dan á uno música más *comprensible*. El capricho sinfónico que se titula *Zambra*, compuesto por el primer organista de la

BELLAS ARTES



SAN JERÓNIMO PENITENTE, CUADRO DE JOSÉ RIBERA (EL ESPAÑOLETO).

Real Capilla D. José María Benniges, es una preciosidad, así lo atestiguó el público tributando al autor y á la orquesta una verdadera ovación.

La *Gavota* del Sr. Santamarina gustó también mucho, produciendo gran entusiasmo entre los concurrentes. Se puede decir, sin temor á equivocarse, que de música no andamos mal por ahora.

***

Los Sres. Jackson y Sierra han dado en el clavo, con ayuda del maestro Chueca y de Amalio Fernández, en el teatro de *Apolo*.

La representación de *La casa del oso ó el tendero de comestibles*, aunque de título algo largo, ha sido un exitazo.

El juguete tiene *la mar* de gracia, y la música es una verdadera delicia *deliciens*. ¡Música de Chueca, en fin.....!

Cuanto á las decoraciones, no hay más que pedir: «la esquina de la calle del Barquillo» se le viene á uno verdaderamente encima.

La ejecución fué excelente, y las *musas* del teatro de *Apolo* se portaron como las de cualquier otro teatro. Lo único que he notado es que una de ellas anda mal de indumentaria; había un traje de Diana que parecía salido del *Petit S.t Thomas*. Pero, en fin, por eso no hemos de reñir.

Desde que se ha inaugurado la temporada de primavera en el *Circo de Price*, muchas de nuestras jóvenes madrileñas sueñan con aprender á tocar el cornetín, *the bugle*.

Señores, ¡y cómo se pone el público cuando se presenta en escena la banda de *guajas* del bello sexo! aquello es el diluvio.

Verdad que tocan que es un primor.

Además, la compañía es muy aceptable y cuenta con un repertorio muy variado y escogido.

Como que la dirige el maestro Cereceda, que es ducho en la materia y perito en dar gusto al público, que se sabe de memoria como los dedos de la mano.

En fin, ¡que sea enhorabuena!

***

La *Princesa* sigue haciendo las delicias de la buena sociedad. Después de la *Extranjera*, nos ha dado á conocer *Georgina*, y en ambas comedias la Sra. Tuban está inimitable.

Tampoco desmerecen por su acierto y gentileza la Bardo y la Coello, artistas todas ellas muy recomendables y dignas de las simpatías de que gozan.

La *Princesa* ha sido en esta temporada el gran centro de *atracción* de la alta crema cortesana.

***

El teatro *Eslava* se ha empeñado en resucitar el género bufo. Tapa, tapa..... muchacho..... Apartemos la vista con horror y el estómago. . . . .

. . . . . .

Y hasta la quincena que viene, si Dios quiere.

MISTIGRÍS.

EL CASTIGO DE ROMA

Quienes, elevándose por encima de los accidentes, de las exterioridades y de las apariencias que ofrecen los sentidos en el mundo de la humanidad, divisan á la luz de la razón, reflejo de las ideas divinas, el vasto encadenamiento y la ley que une los múltiples acontecimientos de la historia, saben que Roma ha sido la ciudad providencial, la ciudad que con sus conquistas y su dominación universal en la Edad Antigua preparó la conversión de estos pueblos paganos á la fe y á la civilización cristiana, y sirvió de base á la constitución de las naciones católicas.

La historia, en verdad, no puede estudiarse bajo el mero aspecto de la materia bruta de los hechos, ni en el mero campo de la selva embrollada de los documentos que constituyen sus fuentes externas. Para que la historia tenga la vida, la realidad compleja y la riqueza concreta que le corresponden, es preciso que aparezcan como obra de arte y como obra de ciencia, como un organismo en que los

hechos tienen su explicación en las ideas y en las leyes generales de la creación, como un todo en que la especie humana es el sujeto libre que, guiado por la Providencia y con la mira puesta en el fin último, camina y marcha continuamente, perfeccionándose según la medida de los esfuerzos y trabajos de su libertad y según las circunstancias del medio ambiente.

La historia, pues, digan lo que quieran los ateos, los fatalistas y los panteístas, es en último resultado una conjunción soberana entre la libertad del hombre y la voluntad de Dios, conjunción de la cual nace una perfecta armonía, una belleza singular que hace de los asuntos históricos materia apta para las obras literarias de gran mérito artístico.

La narración histórica en esqueleto, sin el alma substancial de la filosofía de la historia y sin el vestido de las bellezas literarias, no arroja ninguna luz, ninguna enseñanza, ni sirve de ejemplo para la conducta de los hombres.

Por eso las historias escritas por los paganos, aunque éstos se llamen Tucídides, Herodoto, Tito Livio y Salustio, no llegan nunca á comprender la noción completa de la historia; y cuando alguna vez revelan intentos para llegar á una síntesis y á una explicación de los acontecimientos humanos, no traspasan los límites del *acaso*, del *destino*, del *fatum*.

Fué preciso que la humanidad prevaricadora y caída fuese redimida por Cristo y educada en las verdades del Evangelio, para que al ser sustituídas la mitología y la fábula por la teología y por la verdad encarnada, surgiese en la conciencia humana de nuevo la idea casi apagada de la unidad de Dios, de la unidad de nuestra especie y de la fraternidad y responsabilidad de los hombres y de los pueblos, y para que brotase, por tanto, la verdadera filosofía de la historia, ciencia cuyo verdadero fundador fué San Agustín en su obra de *Civitate Dei*. Veamos, en resumen, la gigantesca concepción de aquel genio portentoso, sin la cual no tiene en realidad explicación la historia ni se comprenden la caída ni la destrucción del Imperio Romano, de cuyas ruinas se levantó la Roma de los Papas, la Roma cristiana, la Roma que temporalmente está en poder de los nuevos bárbaros del siglo XIX. Veamos si, en susbtancia, dicha concepción, sin la cual no se comprende, humanamente hablando, el suceso terrible y trascendental que representa el anterior grabado.

San Agustín dice, si hacemos una ligera síntesis de su obra monumental, que la divina Providencia dirige los acontecimientos del mundo y los ordena para el triunfo del bien, de la verdad y de la justicia, ideas reveladas por Dios á nuestros primeros padres, á Moisés y á los profetas en la ley antigua, y enunciadas á todos los pueblos en la de gracia por Jesucristo. Pero este hecho en manera alguna coarta la libertad humana; pues los hombres, y por consiguiente las naciones, pueden escuchar la voz de Dios y de su único Hijo Jesucristo, ó separarse de sus celestiales enseñanzas. La primera habita el mundo de los escogidos, la *Ciudad de Dios*, que es su rey, y nos ayuda á libertarnos de la esclavitud del sentido y de las pasiones, mediante el conocimiento y la práctica del bien, de la verdad y de la justicia. La segunda habita un mundo de perdición, la *Ciudad de Satanás*, que arrastra al pecado, á la mentira y á la injusticia; ciudad que sólo cuida de los intereses del sentido y de las pasiones; ciudad soberbia y perseguidora de los Santos; pero que trabaja, si bien por medios que ignora, en favor del reino de Dios, como Babilonia en Oriente y Roma en Occidente, predestinadas á entender aquélla las revelaciones del Antiguo Testamento, y ésta las del Nuevo. Y como la ley antigua no es más que la preparación de la nueva, ó sea del Cristianismo, que Roma debía propagar, de aquí que todos los pueblos antiguos converjan hacia Roma y todo en los pueblos modernos contribuya al triunfo y universalidad del Cristianismo. Los galos paganos incendiaron á Roma sin respeto á los dioses falsos. Alarico los perdonó por respeto á los santos Apóstoles.

He aquí cómo á la luz de estas doctrinas, que sumariamente hemos expuesto, presentando la quinta esencia de la *Ciudad de Dios*, obra del Aguila de Hipona, se explican maravillosamente la misión providencial de Roma y su castigo, del cual fueron meros instrumentos del cielo los bárbaros.

Por eso el genio histórico de Bossuet, en su *Discurso sobre la Historia Universal*, aplicó y explicó la doctrina de San Agustín, y demostró de una manera cumplida y satisfactoria que todos los grandes imperios que han aparecido sobre la tierra concurrieron por diversos medios al bien de la Religión y á la gloria de Dios, según el mismo Dios lo declaró por medio de sus profetas.

Salviano de Marsella había presentido, por decirlo así, la riquísima concepción cristiana de la historia expuesta por San Agustín, y la obra *De gubernatione Dei* puede considerarse como precursora del tratado *De Civitate Dei*.

Y no olvidemos, no, ya que estamos considerando la caída de Roma, el castigo de Roma á la luz de la doctrina que armoniza la libertad humana con la Providencia divina; no olvidemos, no, á nuestro compatriota Orosio que en su *Maesta Mundi* siguió, con gran originalidad y con vastísima amplitud en los materiales históricos, las huellas del Aguila de Hipona, poniendo la cabeza en el cuerpo acéfalo de la historia de los antiguos y llamando á comparecencia ante el tribunal del entendimiento, no los meros anales de una ciudad, sino los conflictos del género humano, comprensibles tan solamente desde el observatorio eminente de los juicios de Dios.

Loor, sí, á nuestro compatriota Paulo Orosio, que comprendió perfectamente la misión providencial de Roma "por medio de la cual plugo á Dios (dice Orosio) pacificar el orbe de la tierra y reducirla á una sola sociedad por el vínculo de la república y de las leyes".

La Roma pagana, la Roma que á pesar de sus concepciones y organismos de derecho no pasó de ser una ciudad conquistadora, sin lograr realizar el concepto del Estado y sin procurar de veras el derecho de gentes, vino á juntar bajo su dominio á casi todos los pueblos del Universo, y llevó al Panteón todo su dinero, para que todos cayeren á la par al venir Jesucristo y predicar la buena nueva.

Roma escapó providencialmente de la invasión de los Galos; triunfó al fin de Cartago su rival, como había triunfado de los etruscos y de los sabinos; conjuró el problema que suscitaron desde el principio las cuestiones entre patricios y plebeyos; conquistó las Galias; venció al poderoso Mitrídates, pasó de la monarquía envuelta en los misterios de la fábula de Rómulo y Remo á la república, de la república al Imperio; pero Roma había prevaricado; Roma se había hecho eco de todas la corrupciones y de todos los desórdenes; el paganismo no respondía á las necesidades morales y religiosas de los pueblos; una nueva doctrina se predicaba por el mundo por los discípulos de Jesús, y al fin y al cabo Roma recibe su castigo, y el Imperio Romano fué descuartizado por los bárbaros del Norte.

Pero de las cenizas de la Roma pagana, de la Roma de la crápula y de la esclavitud, renace la Roma cristiana, la Roma de las Catacumbas, la Roma de San Pedro, la Ciudad Eterna de los Papas.

Los que niegan la Providencia, es porque no han leído la historia del pueblo romano, es porque no se elevan á las causas de aquellos acontecimientos que se desarrollaron durante la invasión de los bárbaros.

La doctrina de la Providencia no niega la doctrina de la libertad humana; antes al contrario, la presupone y la confirma, y precisamente porque el hombre es libre, es por lo que es responsable de sus actos y acreedor al premio ó al castigo, según sus obras. Pero el hombre no es meramente un sér individual, es además, por naturaleza, un sér social; y por tanto, los pueblos y las naciones, en cuanto que hacen buen uso ó mal uso de su libertad, son responsables también, como los individuos, de sus faltas y son premiados y castigados también según su conducta. Dios, Padre de la humanidad, es juez, aunque misericordioso, de sus hijos.

La Roma pagana tenía que recibir, pues, el castigo de su conducta; pues además de la idolatría, de la incredulidad, de los vicios y de los desórdenes, que reinaban hasta en el Alcázar de los Césares, era verdaderamente repugnante el espectáculo que ofrecía la esclavitud.

Millones de esclavos, de criaturas humanas, cubrían la superficie de la tierra en los últimos días de Roma. Uncidos amordazados, azotados, pisoteados como bestias de carga por un puñado de ricos insolentes que pretendían tener derecho á todo por un poco de oro, circulaban como inmensos rebaños y servían de cortejo á aquellas orgullosas mujeres que ostentaban en la Vía Romana un lujo insolente. Se arrastraban depravados y envilecidos, sin conciencia de su dignidad de hombres, manchados de todos los vicios, en las tinieblas de la ergástula. Polión los arrojaba á las morenas que quería celar. Cleopatra ensayó en ellos la virtud de los mortíferos venenos. Emperadores romanos, monstruos ahitos de sangre y de crápula, los dividían en parejas y los obligaban á degollarse mutuamente, para divertir con el espectáculo de su sangre y de sus torturas á un populacho sediento de pasión y de lujuria.

No hay más que leer las *Metamorfosis* de Apuleyo, para comprender la triste situación de los esclavos en Roma. No hay más que leer las *Aripacia* de Plauto, para horrorizarse ante la condición de aquellos desgraciados que amasaban la harina en el pistrinum y comían la *polenta* en medio del choque de las cadenas y del ruido de los latigazos que desgarraban la piel de los hombres vivos con el cuero de los bueyes muertos.

Era necesario que concluyera tanta iniquidad, y Jesucristo vino y desató las cadenas de los esclavos diciendo: *amad al prójimo como á vosotros mismos*, y enseñando que todos los hombres tenían una misma naturaleza, igual origen é idéntico destino, y *un solo amo, el que está en los cielos*. La virtud de estas palabras destruyó la esclavitud, lo cual no habían conseguido las revoluciones de Camp y Espartaco.

Así se explica la caída de Roma y el castigo de Roma. Los romanos al principio tuvieron que soportar las insolencias de Breno, cuando poniendo su espada en la balanza dijo: *vae victis*. Cuando se formalizaron después las invasiones de los bárbaros del Norte, las legiones romanas, afeminadas y decrépitas, no pudieron detener al invasor, que por todas partes sembraba la desolación, la ruina, la devastación y la muerte en pos de la victoria.

Pero estaba escrito: Roma había de sobrevivir para ser la capital del mundo cristiano, y lo que no consiguieron las legiones romanas, lo consiguió el gran Papa San León, ante cuya imponente figura retrocedió Alarico *el azote de Dios*, y lo consiguió también el Papa San Gregorio, quien con su majestuosa presencia y persuasiva palabra hizo retroceder á Agilulfo, que se proponía dar el asalto á Roma.

Y así como la ciudad de Roma en la antigüedad pagana fué el centro de toda la historia antigua, la Roma cristiana es el centro de la historia posterior á la venida de Cristo.

Roma es, pues, del Pontificado; Roma pertenece á los cristianos del orbe entero, y es imposible, por tanto, que prevalezca el despojo inicuo consumado en la brecha de la Puerta Pía.

EUGENIO FERNÁNDEZ HIDALGO.

ELECTRICIDAD

APUNTES DE ACTUALIDAD

Además de su establecimiento en las regiones ecuatoriales del África, el teléfono ha sido introducido en las polares, uniendo Reykjarik, la capital de Islandia, con la población de Hatnorfirth, en la misma isla, separadas por una distancia de ocho kilómetros, produciendo una grande emoción entre aquellos habitantes. Como la población está muy esparcida en dicha isla y son difíciles las comunicaciones, se va á emprender la construcción de nuevas líneas telefónicas, pues las ventajas de tan maravilloso invento han sido tan apreciadas y admiradas, que hasta el nombre griego de *teléfono* han sustituído aquellos isleños por dos radicales más armoniosas de su propio idioma.

El uso del teléfono en los hospitales es de suma importancia, como se comprende por los múltiples casos en que puede ser útil en establecimientos de esta clase; pero, sobre todo, se le ha dado en un hospital de Nueva-York una aplicación especial. Todas las salas del mismo se han puesto en comunicación telefónica con la de recepción de visitantes, y de este modo los enfermos que padecen males infecciosos pueden hablar con sus deudos ó amigos sin peligro alguno de contagio para éstos. La idea es digna de elogio, y merece que se imite, sobre todo en los hospitales para enfermedades epidémicas.

La Exposición anunciada para 1892, que ha de celebrarse en Chicago, ha de ofrecer maravillas eléctricas, según se proponen sus iniciadores.

Entre otras la construcción de un gran salón circular, cuya cúpula estará formada por un hemisferio de 120 metros de diámetro. Se iluminará con una sola lámpara eléctrica, suspendida en el centro simulando el Sol. Este astro artificial estará en medio de un sistema planetario, y sus esferas recorrerán sus correspondientes órbitas. También se colocará otra lámpara única, y de gran poder luminoso, para alumbrar la Exposición agrícola; aquélla se montará sobre una columna hueca de 900 metros de altura, á cuya cúpula se podrá subir por medio de ocho ascensores. El período de menos á gran potencia lumínica de los focos eléctricos que han de lucir en la mencionada Exposición Americana, ha de ofrecer hoy todavía muchas dificultades para su resolución.

Uno de los principales obstáculos al desarrollo de la tracción por medio de acumuladores, ha sido el gran número de reclamaciones de prioridad relativas á su invención. Hoy parece que ya sólo tienen en qué ocuparse las Empresas de tracción de una sola cuestión: la referente á la economía relativa de la explotación. El único punto importante en esta materia es la duración de la batería. Las placas de acumuladores negativas, tales como en la actualidad se fabrican, pueden durar diez años; las positivas duran mucho menos tiempo. Si se consigue mantenerlas en servicio durante seis meses, no es dudoso que la tracción por acumuladores en los tranvías resultará tan económica como en la de fuerza animal, siempre que haya de 10 á 20 coches en servicio, y más económica si el número de éstos pasa de 20

Las dificultades económicas han sido ya completamente resueltas, y por ingeniosas disposiciones se cargan las baterías con rapidez y comodidad. Las placas positivas cuestan unas 3.000 pesetas, obteniéndose á más bajo precio cuando se adquieren grandes cantidades y pueden durar un año; debiéndose tener muy presente que, cuanto más constante es el servicio que preste un acumulador, mayor es su duración; un servicio intermitente es, por el contrario, muy perjudicial. Calcúlase en 10 céntimos por coche y kilómetro el entretenimiento de la batería, y en 25 el de las máquinas de vapor y gastos de motores de transmisión; cantidades que se descomponen del siguiente modo: energía eléctrica, tomada en las bornas de la batería, 7 céntimos por coche y kilometro: entretenimiento de motores y transmisores, 7 céntimos; entretenimiento de los acumuladores, 10; gastos varios, 3. Total, 27 céntimos.

M. DEL BUSTO.

LOS PRÍNCIPES DEL CONGO

Cuando usted por un jabón — que da albor y perfuma
Igual al punto que la piel — al decaer se ahuma
Imitación feliz — del nácar que hermosea?
Sencillo es en verdad: — tendrá lo que desea
Sin que el bolsillo así — sufrir pueda avería;
Indague usté en cualquier — cabal perfumería.
Todas le dirán: — Mi franca idea expongo.
Recurra al Jabón de — los Príncipes del Congo.

Victor Vaissier — Roubaix — París

De venta en las principales perfumerías.

PRECEPTO CUARESMAL

El *¡Pum!* es indispensable á cuantos quieren observar el cumplimiento de dicho precepto, el tomar después de cada comida ó colación una copita de *¡Pum!* De este modo el estómago no se debilita y se atiende debidamente á tan sagrado deber.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos. Juan Bravo, 5. — Teléfono 1,156.

GRAN CERERÍA



ESPECIALIDAD en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **CERAS PURAS DE ABEJAS** para el **CULTO CATÓLICO**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS

en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FÁBRICA de BUJÍAS ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES de todas clases y varios precios. **Cirios y blandones esteáricos** de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.

Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaraz.



LLOBET Y RENART

ESCULTURA Y PINTURA RELIGIOSA

CASA ESPECIAL
en la construcción de imágenes en madera, altares y oratorios.

Exportación á provincias y Ultramar.

Despacho: Calle del Regomir, números 7 y 9.—**Talleres**: Palma de San Justo, 16, y Comercio, 4.

BARCELONA

ACEITE de HOGG



de **HÍGADO FRESCO** de **BACALAO**, *NATURAL y MEDICINAL*

El mejor que existe puesto que ha obtenido la mas alta Recompensa en la EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1889

Recetado desde **40 AÑOS** en Francia, en Inglaterra, en España, en Portugal, en el Brazil y en todas las Repúblicas Hispano-Americanas, por los **primeros médicos del mundo entero**, contra las **Enfermedades** del **Pecho, Tos, Personas débiles**, los **Niños raquíticos, Humores, Erupciones del cútis**, etc.

Es mucho mas activo que las Emulsiones que contienen mitad de agua, y que los aceites blancos de Noruega, cuya epuracion les hace perder una gran parte de sus propiedades curativas.

Se vende solamente en frascos **TRIANGULARES**.—Exíjase sobre la etiqueta el SELLO AZUL del **Estado Francés**

Solo Propietario: **HOGG, 2, rue Castiglione, PARIS, y en todas las Farmacias.**

SUBIRANA HERMANOS

Puerta Ferrisa, 16.— BARCELONA

Casa editorial. — Desde la fundación de nuestro establecimiento, que data del año 1845, nos dedicamos especialmente á la publicación de importantísimas obras de renombrados autores católicos, que damos siempre á luz con la debida licencia de la Autoridad eclesiástica.

Imprenta. — Impresión de Obras, Revistas, Memorias, etc., etc., tanto de lujo como económicas.

Librería. — Venta al por mayor y menor de obras religiosas, morales y de controversia; de ciencias eclesiásticas, místicas y ascéticas; de texto y premios para Seminarios y Colegios, y de Consulta para el clero. — Gran surtido de libros litúrgicos. Especialidad en devocionarios.

Encuadernación.—En este ramo contamos con todos los elementos para salir airosos en cualquier trabajo artístico que se nos confíe.

Objetos de piedad. — Medallas y rosarios; estatuitas y Cristos de metal de todas clases; sacras y estampitas económicas y lujosas, etc., etc.

NOTA. — Esta casa no imprime, vende ni encuaderna obra alguna contraria á la Religión católica ó á la sana moral.

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8

Estamperia, grabados, oleografías, *Vía-Crucis*, sacras, fotografías, etc.

IMÁGENES TALLA

Se hacen de encargo y con esmero en la ejecución.

BANCO DE ESPAÑA

37.° Sorteo.

Nota de los títulos de la deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

NÚMEROS de las bolas que representan las bolas.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.		NÚMEROS de las bolas que representan las bolas.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.		NÚMEROS de las bolas que representan las bolas.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.	
				Serie A.				
574	5.731 á	40	5.447	54.461 á	70	9.890	98.891 á	900
906	9.051 »	60	5.747	57.461 »	70	10.101	101.001 »	10
1.373	13.721 »	30	5.947	59.461 »	70	10.194	101.931 »	40
1.845	18.441 »	50	6.165	61.641 »	50	10.305	103.041 »	50
2.271	22.701 »	10	6.173	61.721 »	30	10.313	103.121 »	30
2.290	22.981 »	90	6.551	65.501 »	10	10.377	103.761 »	70
2.488	24.871 »	80	6.728	67.271 »	80	10.541	105.401 »	10
3.054	30.531 »	40	7.234	72.331 »	40	11.090	110.891 »	900
3.639	36.381 »	90	7.384	73.831 »	40	11.120	111.191 »	200
3.707	37.061 »	70	7.480	74.791 »	800	12.364	123.631 »	40
3.858	38.571 »	80	7.692	76.911 »	20	12.546	125.451 »	60
4.142	41.411 »	20	8.087	80.861 »	70	12.783	127.821 »	30
4.427	44.261 »	70	8.344	83.431 »	40	13.427	134.261 »	70
4.609	46.081 »	90	8.557	85.561 »	70	13.511	135.101 »	10
4.788	47.871 »	80	9.027	90.261 »	70	13.703	137.021 »	80
5.123	51.221 »	30	9.329	93.281 »	90	13.761	137.601 »	10
5.157	51.561 »	70	9.638	96.371 »	80	13.848	138.471 »	80
				Serie B.				
901	9.001 á	10	3.453	34.521 á	30	6.501	65.001 á	10
1.644	16.431 »	40	3.763	37.621 »	30	7.287	72.861 »	70
1.685	16.841 »	50	4.020	40.191 »	200	7.688	76.871 »	80
1.840	18.391 »	400	4.058	40.571 »	80	8.006	80.051 »	60
1.879	18.781 »	90	4.567	45.661 »	70	8.053	80.521 »	30
2.454	24.531 »	40	4.806	48.051 »	60	8.814	88.131 »	40
2.493	24.921 »	30	4.911	49.101 »	10	9.100	90.991 »	91.000
2.495	24.941 »	50	5.042	50.411 »	20	9.373	93.721 »	30
2.786	27.851 »	60	5.141	51.401 »	10	9.476	94.751 »	60
2.996	29.951 »	60	5.384	53.831 »	40	9.799	97.981 »	90
3.242	32.411 »	20	5.521	55.201 »	10	9.947	99.461 »	70
3.273	32.721 »	30	5.540	55.391 »	400	.....	.....	
3.336	33.351 »	60	5.791	57.901 »	10	.....	.....	
				Serie C.				
249	2.481 á	90	4.059	40.581 á	90	7.665	76.641 á	50
641	6.401 »	10	4.529	45.281 »	90	7.808	78.071 »	80
906	9.051 »	60	4.776	47.751 »	60	7.838	78.371 »	80
2.052	20.511 »	20	4.934	49.331 »	40	8.020	80.251 »	60
2.398	23.971 »	80	5.232	52.311 »	20	8.158	81.571 »	80
2.848	28.471 »	80	5.301	53.001 »	10	8.394	83.931 »	40
2.937	29.361 »	70	5.465	54.641 »	50	8.406	84.051 »	60
2.973	29.721 »	30	5.505	55.041 »	50	9.439	94.381 »	90
3.129	31.281 »	90	5.832	58.311 »	20	9.794	97.931 »	40
3.159	31.581 »	90	5.977	59.761 »	70	9.944	99.431 »	40
3.327	33.261 »	70	6.643	66.421 »	30	10.041	100.401 »	10
3.411	34.101 »	10	6.878	68.771 »	80	.....	.....	
3.456	34.551 »	60	7.361	73.601 »	10	.....	.....	
				Serie D.				
160	1.591 á	600	750	7.491 á	500	2.318	23.171 á	80
260	2.591 »	600	773	7.721 »	30	2.624	26.231 »	40
344	3.431 »	40	1.208	12.071 »	80	.....	.....	
667	6.661 »	70	1.672	16.711 »	20	.....	.....	
				Serie E.				
103	1.021 á	30	1.555	15.541 á	50	1.808	18.071 á	80
608	6.071 »	80	1.563	15.621 »	30	2.028	20.271 »	80
1.441	14.401 »	10	1.733	17.321 »	30	.....	.....	

Madrid 2 de Marzo de 1891. — El Vicesecretario, GABRIEL MIRANDA. — V.° B.° — El Subgobernador, FARIÑA.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día 10 del actual, y bajo facturas, que se facilitarán en la Caja del Banco, se pueden presentar, para su señalamiento al cobro, los cupones de Obligaciones del Tesoro al 5 por 100 anual, vencimiento 31 Marzo, y los de títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100, vencimiento de 1.° de Abril próximo.

En igual forma se presentarán los títulos á que haya correspondido la amortización, en virtud del sorteo celebrado en este día.

Encargándose el Banco de cobrar por los depositantes los títulos amortizados de los valores depositados en sus Cajas, los interesados que deseen retirarlos para presentarlos por sí al cobro, deberán avisarlo por escrito hasta el día 6 inclusive del corriente mes.

Madrid 2 de Marzo de 1891. — *El Vicesecretario*, GABRIEL MIRANDA.

GRANJA DEL ATANOR

Calle de Moreno Nieto, 1, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)

MADRID

ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS

Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

ORNAMENTOS DE IGLESIA

Fábrica de sedería y taller de bordados en oro, plata y sedas

DE

FRANCISCO DE A. SERRA

Plaza del Angel, 8 y 9,

BARCELONA

Inmensos surtidos, con gran variedad de gustos y clases, desde los precios más ínfimos hasta los más ricos y superiores, en toda suerte de artículos propios para el culto católico.

Venta de géneros en pieza, y todo cuanto precisa para la confección completa de ornamentos.

Casullas, capas, dalmáticas, estolas sueltas, paños de hombros, greniales, palios, frontales, mantos y vestidos para imágenes y umbrelas. Todas estas piezas las hay también en bordado.

Cíngulos, tiadores, agremanes, puntillas, flecos y galones, en seda, plata y oro.

Albas, roquetes, sobrepellices, amitos, corporales, etc., etc., de todas clases.

Sotanas, manteos, balandranes, muceta s y demás hábitos talares.

Guantes y medias de seda de todos colores.

Estatuaria y *Vía-Crucis*.

Bronces y metal blanco en vasos sagrados y objetos propios para iglesias. Se restauran los antiguos y se doran, platean y barnizan.

Diurnos, breviarios, misales, rituales, etc., de todas ediciones y precios.

Artículos propios para bordar. — Tafetanes, rasos, lama y telas de plata y oro, canutillos é hilillos de oro y de plata, y cuanto precisa para bordar.

Remisión gratis de catálogos y muestras.

Dibujos variados y exclusivos.

Precios sin competencia.

NO MAS ACEITE DE HÍCADOS DE BACALAO



Vino restaurador del Dr. Comabella, á base de extracto de hígado de bacalao *(vinum extracthi hepatis morrhuae)*, premiado con medalla de *oro* por la Academia Nacional de París y en las Exposiciones Universales de Barcelona, Amberes y Niza; es un medicamento de resultados positivos, reemplazando ventajosamente al *aceite de hígado de bacalao*, sobre el cual tiene este vino la doble ventaja de ser absorbido con más facilidad y de ayudar la digestión; *es tónico y reconstituyente;* su uso es apetecible, y así los niños como los adultos lo toman, cual el más exquisito vino de sobremesa; es aplicable á varias enfermedades, tales como el *raquitismo*, la *tisis*, la *debilidad general*, el *color pálido de los niños*, que depende de una nutrición incompleta, y generalmente todas aquellas cuyo origen sea el escrofulismo.

De venta en casa de su autor, calle del Carmen, núm. 23, **Barcelona**, y en las principales farmacias de España.

Farmacia del DR. SOMOLINOS, Infantes, 26. — MADRID

Precio: 3 pesetas frasco.

GRAN ALMACÉN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, editor.

PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa.

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

Obras de estudio. — Catálogos gratis.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Fuencarral, 7, Madrid.

Guantes de piel de caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza, lana, seda é hilo.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

Para regalos se acaba de recibir un gran surtido de corbatas y boquillas de última novedad.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

Suplemento al primer trimestre de 1891.

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. Madrid 24 de Marzo de 1891. NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1.50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7.50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 pt. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pt. fs.
Un año..... 5 »



DESPUÉS DEL DESCENDIMIENTO.

SUMARIO

Texto.

Jesucristo, por D. Damián Isern. — *La Santísima Faz que se venera en Alicante*, por D. Vicente Calatayud Bonmatí. — *Album de poesías: Las alas del genio*, por el P. Jiménez Campaña (continuación). — *La buena semilla*, por D. Enrique G. Bravo. — *Anuncios*.

Grabados.

Después del descendimiento, pág. 81. — La ilustrada piedad de nuestros lectores no necesita seguramente de la explicación del tierno pasaje que representa nuestro grabado. En muchas iglesias de España, especialmente en Andalucía, se venera á María Santísima con el cadáver de su Divino Hijo en los brazos, bajo la advocación de *Virgen de las Angustias*, y en la Catedral de Cádiz existe una bella imagen de talla que así representa á Nuestra Señora, siendo grande la devoción que inspira al pueblo.

Alonso Cano, pág. 84. — Este notabilísimo artista, que fué á la vez pintor, escultor y arquitecto, mereciendo que algunos críticos le llamasen el Miguel Angel español, nació en 1601 y murió en 1667. Fué discípulo del célebre Pacheco, y su vida fué bastante agitada. En Granada, su patria, tuvo un desafío con otro pintor, de cuyas resultas se trasladó á Madrid, en donde le protegió el valido de Felipe IV, Conde-Duque de Olivares. Merced á este favor, consiguió que le nombrasen pintor de cámara. En relativa opulencia y gozando del aprecio de todos vivía el gran pintor en la Corte, cuando una mano aleve asesinó á su mujer, siendo lo peor del caso que las sospechas recayeron en el viudo. Alonso Cano se ocultó y anduvo errante por varios lugares. Preso, por último, fué sometido á tormento, según la bárbara costumbre judicial de la época. Absuelto de un proceso enojosísimo, recobró, andando el tiempo, la real privanza, y acabó ordenándose *in sacris*, como solían hacer en aquel tiempo casi todos los viudos.

Se cuenta de Alonso Cano que, estando en la agonía, le presentaron un Crucifijo muy mal hecho, y que el gran artista volvió airado la cabeza hacia la pared, protestando de que no quería al ver á Nuestro Señor representado en una escultura tan fea. Hubo que traer, para que se encomendase á Dios, una estatua de cierto mérito artístico. ¿Qué diría Alonso Cano si viese algunas de las efigies que se veneran en iglesias de Madrid y de provincias!

En el Museo de Madrid se guarda uno de los más hermosos cuadros de Alonso Cano: *Jesús atado á la columna*.

Alegoría de Semana Santa, pág. 85. — No necesita explicación este notable grabado.

JESUCRISTO

La escuela de Tubinga, cuyas doctrinas ha vulgarizado, en Francia sobre todo, Renán, ha caído en una gran inconsecuencia lógica, al admitir la existencia de Jesucristo en la realidad, y al negarle luego todo carácter divino. De los libre-pensadores de por acá no hay que hacer mucha cuenta, porque viven fuera completamente de las corrientes científicas de Europa, y su único principio, como secta, es el que dió carácter al protestantismo desde los primeros tiempos, y pulverizó Bossuet en su *Historia de las variaciones protestantes*. Contra nuestros libre-pensadores puede decirse, pues, lo que Bossuet contra los protestantes: la verdad es una, y no puede ser más que una; vosotros variáis constantemente, y aun por esto os llamáis libre-pensadores; luego vosotros no sois ni podéis ser la verdad, porque en todo caso la verdad sería y no sería á un tiempo, lo cual es completamente absurdo. Cierto es que nuestros libre-pensadores se llaman así porque quieren, y de ningún modo porque piensen libremente, ó licenciosamente, que en este caso es igual, ni de ningún otro modo. Son, en realidad, libre-obradores, que se llaman libre-pensadores para justificar de algún modo ante su conciencia los actos de licencia que realizan. No son ni siquiera krausistas, ni siquiera positivistas, ni nada; y así no se ocupan en si Jesucristo vino al mundo, ni en si hay escuelas extranjeras que defienden acerca de Él esto ó lo otro. Prescinden de sus enseñanzas, como los positivistas de la metafísica; y como éstas son las que en realidad les estorban, viven como si Jesucristo no hubiese venido al mundo y no se hubiese predicado el Evangelio. Por esto, mejor que libre-pensadores, debieran llamarse paganos, aunque sólo tengan algún parecido y alguna identidad con los hombres del paganismo de la decadencia.

Apenas hay hecho más comprobado, históricamente hablando, que la venida, predicación y muerte de Jesucristo. Prescindiendo aquí de los testimonios de la Iglesia, puesto que, tratándose de racionalistas y libre-pensadores, podrían dar lugar estos testimonios á una cuestión previa, y Santo Tomás enseña que en las controversias ha de partirse siempre de principios ó de hechos que admitan los adversarios, y que así como contra los judíos se ha de disputar por el Antiguo Testamento, y contra los herejes por el Nuevo, contra los mahometanos y paganos que no admitan ni aquél ni éste, se ha de partir, ó de hechos que admitan, ó de la razón natural, á la que todos asienten, *quae tamen in rebus divinis deficiens est;* prescindiendo de los testimonios de la Iglesia, repetimos, tenemos el de casi todos los grandes historiadores de la Roma pagana, que unánimemente afirman la existencia de Jesucristo en Judea; y el de los mismos herejes de los primeros siglos, que, dada la saña con que combatieron á la verdadera Iglesia, no hubieran dejado de negar la venida de Jesucristo, su predicación y muerte, si hubieran tenido algo en que fundar su negativa. La admitieron, y no se atrevieron á ponerla en duda, porque los testimonios en su favor eran innumerables; porque vivían nietos que habían oído contar á sus abuelos lo que éstos le habían visto predicar y obrar, lo mismo en el orden natural que en el sobrenatural y milagroso. Tan imposible hubiera sido á aquellos herejes negar la venida, predicación y muerte de Jesucristo, como nos sería á nosotros ahora negar la existencia de Napoleón, de Carlos I, del Gran Capitán, de los Reyes Católicos, por ejemplo.

La verdad es que han tenido razón de sobra los apologistas católicos que han afirmado que en Jesucristo no pueden darse términos medios entre los que dicen que Jesucristo era hombre, y entre los que afirman que fué Dios y hombre á un tiempo; porque si no fué Dios, no pudo ser otra cosa que un impostor. Ahora bien: desde su nacimiento hasta su muerte, se ve que todos los actos del Salvador se dirigen con una perfección admirable hacia el fin de su naturaleza, hacia el fin por que había venido al mundo. Vino al mundo enmedio de una sociedad corrompida, entregada á todos los excesos de la carne, y combatió de frente todo lo que aquella sociedad adoraba, y predicó la doctrina del espíritu, del dominio de la razón, facultad específica del hombre, sobre todas sus otras facultades; y dió tales reglas de vida espiritual y moral, que los filósofos no han podido añadirles jamás una tilde de perfección, puesto que esencial y accidentalmente perfectas salieron de su boca. Los judíos esperaban un Mesías según las exigencias de su orgullo tradicional; un Mesías que les diera el imperio del mundo, sojuzgando á su poderío todas las gentes. Si Jesucristo no hubiera sido Dios; si no hubiera venido al mundo para redimirlo; si hubiera sido un impostor, ¿no hubiera hecho acaso lo mismo que todos los impostores, no hubiera procurado, como Mahoma, extender sus dominios y reducir á su imperio el mayor número posible de pueblos y naciones? Todos los falsos Mesías han obrado así. El verdadero Mesías venía á cumplir la misión que el Padre le había dado, y no pudo hacer otra cosa que lo que hizo, para ser siempre Hombre-Dios, para tender con todos sus actos hacia el fin de su naturaleza.

Hay más todavía: si Jesucristo hubiese sido sólo hombre, hubiera sido imperfecto como todos los hombres, y al lado de sus admirables predicaciones y de sus actos perfectos, encontraríamos las huellas de sus imperfecciones, como las encontramos en las biografías verdaderas de todos los grandes hombres que han vivido en el transcurso de los siglos. Cítese por la crítica racionalista un solo nombre propio, y será fácil probar en seguida, con los testimonios más auténticos de la historia, que si tuvo actos realmente buenos y perfectos, también los realizó notoriamente imperfectos y malos. Claro está, por otra parte, que si Jesucristo hubiera sido sólo Dios, no hubiera podido padecer y sufrir por nosotros, y que, por lo tanto, no hubiera podido realizar su misión redentora. Hubo de ser necesariamente hombre-Dios á fin de que se uniera en su naturaleza la perfección de la tendencia hacia el fin, con la realización de éste, lo cual sólo así podía suceder, según á la vista está. Resulta de todo esto que, al admitir la venida, predicación y muerte de Jesucristo, hechos atestiguados por historiadores cuyo testimonio es indiscutible, no hay más remedio que conceder luego que sus obras fueron perfectas, que no se dieron en él ningunos linajes de imperfecciones, y que sólo siendo Dios y hombre podía llenar el fin de su naturaleza, y realizar la obra inmensa de la Redención. Renán mismo, que se encontró enfrente de esta prueba, que brota espontánea de la vida de Jesucristo, y convencido de que era indestructible, no vió otro medio de seguir adelante que el de volverle la espalda, y ciertamente no han sido más afortunados, desde el punto de vista de los intereses de su secta, los Doctores más renombrados de la escuela de Tubinga.

Desgraciadamente se está en unos tiempos en que, á fuerza sin duda de proclamar muy alto los fueros de la razón, se vive como si ésta no fuese la facultad específica del hombre, y no se discute á Jesucristo, ni se discurre sobre sus doctrinas; se prescinde de él y de sus divinas enseñanzas, y no se rinde culto ante otros altares que los de las pasiones y de los sentidos. Este es el lado flaco de nuestra sociedad, por el que tratan de introducirse en ella los libre-pensadores, á quienes se ha aludido antes. Su único principio es que el pensamiento es libre para pensar todo, absolutamente todo lo que quiera, sin señalarle otras trabas que las que él mismo quiera imponerse. Claro está que, si el pensamiento es libre, no lo ha de ser menos la voluntad, y por lo tanto, todo es lícito menos lo que la voluntad misma declara ilícito. En evitando los lazos de la ley penal, todo puede intentarse y todo puede hacerse. ¿Puede darse un principio que más favorezca el desenfreno y corrupción de las costumbres? ¿Puede darse un principio que mejor sirva para justificar ante la conciencia el imperio de las pasiones y el goce de los sentidos? Esta es la pocilga inmunda en que vendrá á caer nuestra sociedad, si no vuelve en seguida los ojos á Jesucristo para proclamar su imperio sobre la razón social é individual, y el de la razón sobre todas las potencias y facultades del hombre, considerado en sí mismo, y del hombre como parte del ser social. Lo que sucedió ayer, debe enseñarnos lo que sucederá mañana; que al fin y al cabo, preciso es que todos admitan que las mismas causas producen siempre idénticos efectos, y que á los extravíos de la razón suceden siempre, tarde ó temprano, los extravíos de la voluntad y la corrupción de las costumbres.

DAMIÁN ISERN.

LA SANTÍSIMA FAZ
QUE SE VENERA EN ALICANTE

NARRACIÓN

I

A la caída de una de esas tardes melancólicas propia de la estación del otoño, retirábanse al convento de Ntra. Sra. de Gracia, que se alzaba en el cerro llamado de los Angeles, al NO. de nuestra ciudad, el

Padre Guardián y otro religioso que le acompañaba. Antes de llegar, cruzóse con ellos en el camino un hombre como de unos cincuenta años, que vestía traje de penitente. Éste saludó á sus Reverencias, pidióles la mano, que besó con respeto, y disponíase sin más á continuar su viaje, cuando le detuvo una pregunta del P. Guardián:

— ¿De dónde venís, hermano?

— De Roma, Padre.

— ¡Largo viaje traéis! ¿Y habéis permanecido allí mucho tiempo.

— Diez y siete años; he estado al servicio de Su Eminencia el Cardenal Isidoro, y á su muerte, ocurrida seis meses ha, he querido terminar en mi patria los dias que me resten de vida.

— Y ¿cómo sucedió que entraseis al servicio de aquel Prelado?

— Me conoció en Constantinopla cuando fué tomada por los turcos.

— ¡Ah! ¿conque estuvisteis en la capital de Oriente?

— Estuve y luché en defensa del nombre cristiano, y aquí traigo un testigo que no me deja mentir; — y el peregrino señaló una cicatriz que tenía en el lado izquierdo de la cara.

— ¿Queréis quedaros esta noche en nuestra compañía, pues ya es tarde, y tendremos el gusto de oiros referir algo de lo ocurrido en aquella gran desgracia?

— Padre, si es vuestra voluntad.....

— Sí, podéis pernoctar con nosotros, y continuar mañana el viaje.

Dirigiéronse, pues, los tres al convento, que no distataba más de un tiro de honda del sitio donde esta plática había tenido lugar, y el P. Guardián condujo á su celda al forastero é hizo que la sirvieran comida, pues con el deseo y la esperanza de llegar aquella noche á su pueblo, venía sin probar bocado desde por la mañana temprano. Entre tanto corrió por la comunidad la noticia del huesped que allí se alojaba, y varios religiosos acudieron á oir su relato, juzgando, y no se equivocaban en ello, que sería curioso é interesante. El peregrino comenzó así su narración:

— «Eramos tres hermanos, y yo el menor de todos. Mi madre murió al darme á luz (E. P. D.); mi padre y mi hermano mayor fueron cautivos de piratas, y nada ya se ha sabido de ellos; solamente quedamos una hermana y un servidor de vuestras Reverencias. Ella casó con un honrado y cristiano labrador llamado Lorenzo Mena, y se estableció en San Juan: es á la que voy á ver ahora si todavía vive, pues lo ignoro. Yo me dediqué á la vida de mar, y navegaba de nuestro puerto á Génova. En esta ciudad me hallaba cuando salió una expedición para auxiliar á los cristianos de Oriente, amenazados por los turcos; y yo, que desde el cautiverio de mi padre y de mi hermano ardía en deseos de pelear contra infieles, me alisté en aquella flota, que nos condujo á Constantinopla, donde acababan de llegar también otros auxiliares venecianos. Los de la expedición genovesa fuimos destinados á Gálata, arrabal contiguo á la ciudad y uno de sus puntos avanzados, cuya defensa se nos confió. Allí ocupé mi puesto, resistiendo á varios ataques de los turcos, que no cejaban en su empeño, á pesar de las grandes pérdidas que les hacíamos sufrir en los asaltos que intentaban. La situación de la plaza era apuradísima, estrechada cada día más por el enemigo, cuyo fanatismo exaltó un fenómeno luminoso de la atmósfera que vino á apagarse sobre la ciudad, en el cual los muisumanes presumieron ver un presagio de que Dios abandonaba á los cristianos. Corría el último tercio del mes de Mayo, y aprovechando Mahomet aquel entusiasmo de los suyos, ordenó el asalto general para el día 29.

No tardó en llegar á nosotros la noticia de la resolución tomada en el campamento enemigo, y dispuestos á vencer ó morir, nos preparamos al combate confesando y comulgando, siendo el Emperador el primero en dar ejemplo. Sacáronse en pública rogativa las Sagradas Reliquias, y entre ellas el *Santo Sudario* de la Verónica, traído allí de Jerusalén, según se tenía por cierto: y concluída la procesión, nos dimos todos un abrazo de despedida y ocupamos nuestro puesto. Sucedía esto la víspera del asalto. En previsión de cualquier contingencia, habíase mandado esconder las Reliquias más preciadas, para evitar su profanación por parte de los infieles, si Dios tenía dispuesto en sus altos juicios, y para castigo de nuestros pecados, que la ciudad cayera en su poder.

Allí se encontraba á la sazón Su Eminencia el Cardenal Isidoro, que en calidad de Legado del Papa había venido para procurar la unión de los cristianos de Oriente con los de Occidente, conforme á lo tratado en el Concilio de Florencia. Este Prelado era quien sostenía el valor de los nuestros, animándonos y exhortándonos á no temer la muerte en defensa del nombre cristiano. Al amanecer el día 29, comenzó el ataque: por mar y por tierra se lanzaron los turcos al asalto, sin que adelantaran nada en las primeras embestidas; mas los genoveses, mercaderes venales, creyeron sacar mejor partido entrando en tratos con los infieles, y les entregaron traidoramente el barrio Gálata. Pero Dios es justo, y aquellos desleales hubieron luego de sufrir el yugo del vencedor, y dejando de ser aliados, pasaron á la clase de siervos tributarios. Se les dió un gobernador turco, se demolieron sus torres y baluartes, les fueron robadas gran parte de sus riquezas, y sus mujeres é hijos quedaron expuestos á la insolencia de los otomanos. No quise hacerme yo cómplice de aquella apostasía y deslealtad, y como pude me evadí, retirándome al reducto más inmediato de la plaza. Entonces fué cuando recibí la herida, cuya curación fué un verdadero milagro.

— ¿Cómo? — interrumpió el P. Guardián.

— Pronto lo sabréis; ahora permitidme continuar. En el reducto estaba el Legado pontificio animando á los combatientes y auxiliando á los heridos. Dirigíme á él y le manifesté lo que ocurría en Gálata, de que sintió Su Eminencia gran pesar, ordenándome, después que me hubo vendado la herida, le acompañara al punto donde estaba el Emperador. Seguíle; mas apenas habíamos andado un corto trayecto, cuando nos llegó la noticia, harto triste, de que Constantino acababa de caer mortalmente herido al rechazar un asalto de la parte de tierra, y en tanto se izaba en Gálata la bandera de la media luna. Desde aquel punto todo se consideró perdido, pues entró el desaliento en los nuestros, y los turcos avanzaban haciendo horrible carnicería. Entonces advertí á Su Eminencia del peligro gravísimo que corría, si los infieles llegaban á descubrirle por su traje; y habiendo encontrado un soldado muerto, que tenía estatura igual y gran parecido con el Prelado, le despojé de sus ropas, las cuales ofrecí á éste, cubriendo luego el cadáver con las vestiduras cardenalicias. Los hechos vinieron á probar cuán acertada había sido mi previsión; pues cuando los turcos llegaron á donde estaba el soldado muerto, creyendo que era el Cardenal, le cortaron la cabeza, la pusieron con el capelo en una pica, y lo pasearon por la ciudad y el campamento haciéndole mil ultrajes.

Así disfrazado, retiróse Monseñor á Santa Sofía, acompañándole yo, y ¡rara coincidencia! en el trayecto una flecha vino á herirle en la misma parte donde yo lo estaba. Vendéle la cara con un pañuelo, con lo que el disfraz fué más completo, y así llegamos á la Basílica, donde ya se habían refugiado otros muchos: allí esperamos resignados lo que Dios tuviese dispuesto de nosotros.

El Prelado me hizo entre tanto varias preguntas sobre mi patria y familia; y habiéndole enterado de todo, me propuso, si Dios se servía librarnos de aquel peligro, el que permaneciese con él á su servicio, lo cual acepté con agradecimiento. «Pues bien — me dijo entonces — voy á confiarte un secreto por lo que pudiera suceder;» y me indicó el sitio donde había sido escondido el *Santo Sudario*, añadiendo: «si yo pereciera, tu serás el depositario de esa Reliquia que te lego para tu patria.» No sé lo que pasó por mí al oir esto; pero desde entonces nada me preocupa sino es la Veneranda Faz, y más de una vez he soñado tenerla conmigo, y que después de mi muerte se le había levantado un santuario en mi pueblo.

No tardaron en llegar los turcos al templo, y después de hacernos cautivos, nos trasladaron á su campamento, donde permanecimos tres días, hasta que clasificados los prisioneros, se nos propuso el rescate. Á mí, por pertenecer á las fuerzas que habían capitulado en Gálata, me dejaron libre; por el señor Cardenal pidieron cincuenta ducados, ignorando la calidad de su persona y estimándole como simple soldado. Su Eminencia me dió entonces una contraseña para que me presentara con ella á una familia de la ciudad, la cual me entregó el precio de su rescate y otra cantidad para hacer el viaje. Aunque rescatado, Monseñor no se atrevió, sin embargo, á entrar de nuevo en Constantinopla, por temor de ser conocido, y pidió pasaje para la isla de Chio. Aún faltaban dos días para hacernos á la mar, y aquella misma noche Su Eminencia tuvo una misteriosa visión, en la que le pareció ver el Adorable Rostro, que, derramando una lágrima, le reprendió amorosamente que se dispusiera á marchar y dejara el Santo Sudario en tierra de infieles. Confuso y avergonzado, me refirió al despertar lo que durante la noche le había ocurrido.

— Monseñor — le dije — yo salvaré el Santo Rostro.

— No podrás hacerlo sin gravísimo riesgo de tu vida.

— Ofrecíla — le respondí — á Dios en defensa del nombre cristiano, y no he de rehusársela ahora para salvar su Rostro Adorable.

— ¿Y si fueres descubierto con la Reliquia?

— Señor, tengamos fe y confiemos en la Providencia: si es voluntad de Dios que se salve el Santo Sudario, Él allanará el camino y me librará de todos los peligros.

— Pues vete con mi bendición, y Dios te ayude según fe tienes; yo entre tanto oraré por el buen éxito de tu empresa.

Partí para la ciudad con mi traje de soldado genovés, que hacía que los turcos me mirasen con menos recelo que á los otros soldados cristianos que se habían rescatado. ¡Qué cuadro tan triste presentaba Constantinopla, entregada tres días al saqueo y pillaje de aquellos infieles! No hubo abominación que no cometieran: asesinatos, violaciones, adulterios, sacrilegios; los sepulcros de los Césares y los de los Santos Mártires, los templos y las imágenes habían sido profanados, y las Reliquias arrojadas á los perros y á los puercos..... »

El peregrino interrumpió aquí su narración, profundamente conmovido por el recuerdo de las abominaciones de que había sido testigo; después continuó:

— Mahomet había hecho buscar el cadáver del Emperador para hacerle un entierro magnífico, pues deseaba honrar su esfuerzo y valor. Aquel día se celebraba el funeral, y á él debían asistir todas las tropas otomanas. Esta circunstancia favoreció mi difícil empresa; aprovechándola, pues, y con todas las precauciones que el caso requería, logré apoderarme del Sudario, lo escondí en mi pecho y volví al campamento. Cuando Su Eminencia me vió lle-

gar, dió un hondo suspiro, que reveló toda la ansiedad que había experimentado durante mi ausencia.

— ¿Has salvado la Reliquia?

— Aquí está, Monseñor: y sacándola de mi pecho la puse en sus manos. Recibióla con gran veneración y llorando de alegría: la besó y me la dió á besar también; y ¡Dios sea bendito! al tocar con nuestros labios el Lienzo Santo, ambos nos sentimos al punto curados de nuestra herida. En aquel instante el Sr. Cardenal dejó de ser superior para mí, y yo dejé de ser su humilde criado; ambos nos confundimos en un abrazo común, mezclándose sus lágrimas con las mías, movidos uno y otro por un mismo sentimiento de amor y gratitud hacia nuestro Redentor. A no habernos impuesto las circunstancias ciertas reservas, nos hubiéramos entregado á manifestaciones de júbilo y entusiasmo; mas hubimos de reprimir los impulsos del corazón y limitarnos á dar gracias al Señor en lo íntimo de nuestra alma por aquel beneficio tan señalado que su bondad acababa de dispensarnos.

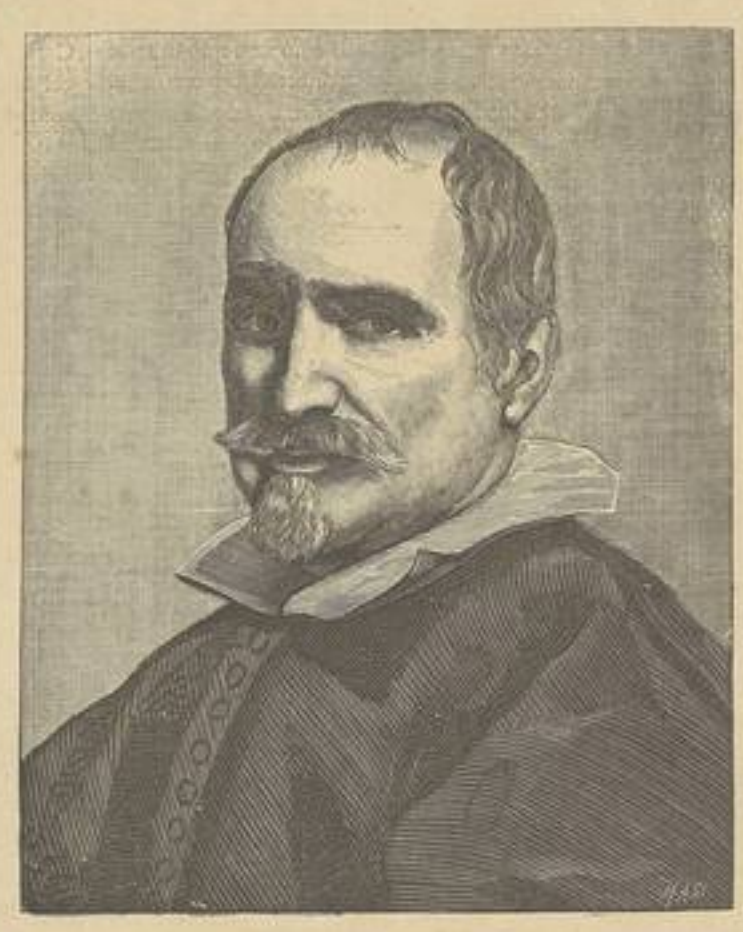
Poco después nos dirigimos al barco que debía conducirnos á Chio, y esperamos á bordo la hora de hacernos á la vela. De Chio pasamos luego á Creta, y desde aquí, en un bastimento veneciano, partimos para Italia. Ya entonces Su Eminencia había dejado el incógnito y yo iba manifiestamente á su servicio. Dios quiso darnos aún otra ocasión de admirar su bondad y obligarnos con un nuevo motivo de agradecimiento: una furiosa tempestad que se levantó cuando ya dábamos vista á las costas de Italia, nos puso en apuradísimo riesgo de naufragar; habíamos perdido toda esperanza humana de salvación, y solamente un milagro podía librarnos de una muerte segura. El milagro vino, que Dios jamás abandona á los que en Él ponen su esperanza y le invocan en los mayores peligros. El Cardenal sacó el Santo Sudario, y después de hacérnoslo adorar á todos los que formábamos la tripulación, lo arrojó al mar. Las olas calmaron al punto, la tempestad cesó, y el Lienzo bendito, sobrenadando sin humedecerse en torno del barco, se nos acercó hasta que pude yo mismo recogerlo. Al recibirle el Prelado en sus manos, todos caímos de rodillas y adoramos la Faz Sacratísima de nuestro Dios, llorando lágrimos de amor y gratitud.

Por fin arribamos á Génova, desde donde pasando por Turín nos dirigimos á Roma. Ya allí se tenía noticia de la gran desgracia ocurrida en Constantinopla. Su Eminencia presentóse al Soberano Pontífice, y después de darle cuenta de todo lo allí sucedido, le ofreció la Santa Reliquia, pero rogándole le otorgara ser depositario de ella hasta su fallecimiento; accediendo el Padre Santo, el Lienzo Bendito fué colocado en el oratorio de mi Señor, donde todos los días tenía yo la honra y el consuelo de adorarlo. Allí permanecí los diez y siete años que han transcurrido desde nuestra llegada á Roma. El Sr. Cardenal murió, y yo he querido restituirme á mi patria. Antes de su muerte me manifestó voluntad de recompensar mis servicios; pero me negué á aceptar cosa alguna, indicándole tan sólo el gusto que tendría en poseer la Santa Reliquia.

« Juan — me dijo entonces — he tenido un sueño que juzgo providencial y misterioso: he visto en las costas de España á todo un pueblo postrarse ante esa Imagen Veneranda é invocar su protección al grito de *¡misericordia!*, y he visto levantarse allí un templo, al que acudían gentes de muchas partes á adorar el Rostro del Señor. Respetemos, pues, los arcanos de Dios. ¿Quién sabe el destino que la Providencia tendrá reservado á esa prodigiosa Efigie que tú salvaste de tierra de infieles? »

Al oír estas razones de Su Eminencia, callé, fuíme al oratorio, adoré el Santo Rostro, y le dirigí con toda mi alma esta oración: « Señor, yo salvé vuestro Rostro adorable y á mí me pertenece: que sea mi pueblo el elegido por Vos para poseerlo..... »

Al día siguiente murió Su Eminencia, y no muchos después tomaba yo este bordón, con el que quise peregrinar hasta mi patria en penitencia por mis pecados. »



ALONSO CANO.

Al llegar aquí el peregrino calló, y todos los circunstantes guardaron también silencio como si meditasen. En esto sonó la campana que tocaba á retiro, y acompañando el P. Guardián al forastero á la habitación que se le había destinado, se despidió de él.

II

Al día siguiente muy de mañana, el peregrino salía para San Juan. Después de preguntar á varios vecinos, entró por fin en una casa á la salida del pueblo yendo á Muchamiel.

—¡Loado sea Dios!

—Por siempre — contestó una mujer como de unos sesenta años.

—¿Habita aquí Francisca Gozalvez?

—Yo soy, para servir á Dios y á usted.

—¿Qué noticias tiene de su hermano Juan?

Desde un viaje que hizo á Génova hará ya unos veinte años, nada hemos sabido de él.

—¿Y usted le conocería si le viera?

—¡Qué se yo!

—¡Válgame Dios, Francisca, no conoces á tu hermano!

—¡Ay, Juan!

Y ambos hermanos se abrazaron, permaneciendo algunos momentos sin poder articular palabra por la emoción, repuestos de la cual, el recién llegado hizo á su hermana varias preguntas:

— ¿Y tu marido?

— Ha muerto.

— ¿Tienes hijos?

— Uno que poco ha se ha ordenado de Sacerdote: ahora está en la parroquia diciendo Misa.

— ¿Cómo se llama?

— Pedro; voy á que le avisen para que no tarde en venir.

—¡Dios sea bendito por todo!— exclamó Juan.

La noticia de la llegada del hermano de Francisca cundió inmediatamente entre los vecinos, y la casa se había llenado de los que iban á conocerle y felicitar á la madre de Mosen Pedro. Este llegó al poco rato y abrazó cariñosamente á su tío, y Juan á su vez, llorando de contento y satisfacción, besó la mano del Sacerdote su sobrino, teniendo á grandísima honra contar en la familia á un ministro del altar. Durante algunos días Juan fué el tema obligado de todas las conversaciones, y él tenía que repetir á cada instante el relato de sus aventuras, siendo de notar que nunca hablaba de la Santísima Faz sin que derramara lágrimas y las hiciera derramar á los que le escuchaban. Así pasaron algunos años, viviendo Juan en compañía de su hermana y su sobrino, quienes no permitieron se separara de su lado hasta su muerte.

Seis habían transcurrido ya de la vuelta de Juan, cuando hubo de venir á Alicante un Prelado romano, que después de cumplir cerca de la Corte de España una importante misión que le confiara la Santidad de Sixto IV, regresaba á Roma, y vino á nuestro puerto á esperar pasaje. La noticia de la llegada de aquel personaje se esparció al momento y no fué Juan el último que la supo. Vino, pues, á nuestra ciudad, buscó ocasión de ver á Su Eminencia, y fué grande su alegría al reconocer en él á uno de los amigos de más íntima confianza de Monseñor Isidoro. Presentósele, y muy luego le recordó el Cardenal, manifestándole cariñosamente el gusto que tenía en volverle á ver. Preguntóle por su familia, y Juan le manifestó tener un sobrino Sacerdote, á quien Su Eminencia mostró deseos de conocer, y presentado Mosen Pedro por su tío, fué desde aquel momento su cicerone durante los días de permanencia del Prelado en nuestra ciudad, acompañándole á todas partes y obsequiándole cuanto pudo. El Cardenal quedó muy reconocido á la solicitud de Mosen Pedro y de su tío, á quienes expresó su deseo de hallar ocasión de corresponder á sus atenciones y obsequios. Llegado el día, y después de una despedida afectuosa, Su Eminencia se embarcó con rumbo á Italia.

Zarpó el buque de nuestro puerto con tiempo bonancible; mas á poco de haber doblado el cabo de las Huertas, la veleta giró repentinamente y comenzó á soplar viento fresco de levante, que arreciando por momentos obligó al capitán á mandar



ALEGORÍA DE SEMANA SANTA.

recoger velas. La mar se hinchaba cada vez más, y pronto fué el barco juguete de las olas, que no le permitían obedecer al timón y hacían vanos los esfuerzos de los marineros para tomar otra vez el puerto. La situación era en extremo apurada, y la alarma y el espanto se habían apoderado ya de los ánimos, cuando resonó con lúgubre acento la voz de «¡cada uno se encomiende á su santo patrono!» Una súbita inspiración hizo recordar á Su Eminencia en aquellos críticos instantes lo que tantas veces había oido referir á Monseñor Isidoro de la manera milagrosa como se salvó á su regreso de Constantinopla, y lleno de fe exclamó con gran fervor: *Ostende Faciem tuam, Domine, et salvi érimus.* [1] Apenas había concluído de pronunciar estas palabras, un fuerte golpe de mar da al buque una violenta sacudida que derribó á cuantos no halló apercibidos; y Su Eminencia recibió al caer una fuerte contusión, que le dejó desvanecido algunos momentos: un encendido relámpago brilló simultáneamente, como si el cielo se hubiera abierto sobre la cúpula del Monasterio de los Ángeles, que se destacaba á lo lejos entre un espeso bosque de pinos, á que acompañó el retumbar de un trueno prolongado que se oyó en la misma dirección, en tanto que una enorme oleada empujó con fuerza el bastimento hacia la costa, amenazando estrellarle contra las peñas.....

Momentos después el capitán mandaba echar anclas, añadiendo: «¡nos hemos salvado!» En efecto, el barco había entrado en una pequeña ensenada que forma en la parte de Levante el cabo de las Huertas.

Su Eminencia entre tanto había vuelto en sí de su aturdimiento. El capitán, que hasta entonces no había podido atenderle, obligado á permanecer fijo en su puesto por lo inminente del peligro, se acercó á él:

— ¿Cómo os encontráis, Monseñor? Dispensadme que antes no os haya atendido.

— Habéis cumplido con vuestro deber, capitán; yo estoy ya bien. Decidme: ¿dónde estamos?

— Frente á San Juan, Monseñor; el golpe de mar que os derribó y una fuerte oleada que siguió después, hizo entrar el barco en la rada, y aquí hemos anclado hasta que cese el temporal: el viento ha calmado, y traen menos fuerza las olas.

— Demos gracias á Dios capitán; — y el Prelado se retiró á su camarote, donde permaneció rezando largo rato.

Cuando la tempestad hubo cesado, el buque levó anclas y continuó su rumbo con viento favorable. Todos los tripulantes iban contentos como quien acaba de escapar de un gran peligro; sólo Su Eminencia se mostraba reservado, como quien se halla dominado de una idea que le preocupa poderosamente.

III

Por entonces declaróse una horrible peste en Venecia, que se cebó despiadadamente en sus habitantes durante muchos meses. Los venecianos, que habían apurado ya todos los recursos sin que consiguieran mitigar los estragos de la epidemia, acudieron en súplica al Soberano Pontífice, á fin de que se dignara enviarles el *Sudario Bendito*, del que tantos prodigios habían oido, para implorar por su medio la clemencia divina. El Emmo. Cardenal á quien Mosen Pedro conoció en Alicante, fué quien, en calidad de albacea testamentario de Monseñor Isidoro, había entregado, á la muerte de éste, la Santa Reliquia á Sixto IV, en cuyo oratorio se conservaba. El Papa eligió, pues, á este mismo Prelado para que llevara tan sagrado objeto á los venecianos. Llamóle al efecto, y cuando Su Beatitud le hubo declarado la misión que pensaba confiarle, Su Eminencia permaneció perplejo y no respondió. Creyó Sixto IV que el motivo de aquella silenciosa negativa era temor de ir á la ciudad apestada, y se preparaba á reconvenirle, cuando el Cardenal rompió su silencio:

" Santísimo Padre, no el temor á la peste, sino motivos más altos me mueven á oponerme á la determinación de Vuestra Santidad. Oí á Mons. Isidoro (q. s. g. h.) referir un sueño misterioso que tuvo tres días antes de morir, en que entendió ser voluntad divina que de este Santo Lienzo fuese depositario un pueblo situado en las costas de España. Yo mismo puedo referir un hecho que Vuestra Beatitud apreciará en su alta sabiduría. Al regresar de cumplir la misión que me confiasteis cerca de la Corte de aquel Reino, nos sorprendió un deshecho temporal á poco de habernos alejado del puerto de Alicante. En el mayor peligro invoqué á la Divina Faz, recordando el portento obrado por Dios mediante ese Lienzo bendito al regreso de Mons. Isidoro de Constatinopla. Apenas concluí mi oración, el barco recibió un fuerte sacudimiento que á mí me hizo caer sin sentido, y durante mi letargo, que duró algunos minutos, parecióme ver abrirse los cielos y aparecer entre resplandores y con ruido de truenos este Santo Rostro, como apareció Dios en el Sinaí. Un hombre postrado á lo lejos en una pequeña eminencia pedía, como otro Moisés por su pueblo, *misericordia* para nosotros. Cuando volví en mí, el barco concluía de dar fondo en una pequeña ensenada, el viento había calmado y las olas perdido su furia. Pregunté al capitán dónde nos hallábamos, y me contestó que frente á la costa de San Juan, pueblecillo de la jurisdicción de Alicante: era precisamente la patria de aquel cristiano español que salvó la Reliquia del poder de los infieles. El enlace de todas estas circunstancias me hace sospechar, Santísimo Padre, que hay en ello misterio y Providencia. "

Guardó silencio el Papa, como sorprendido por lo que acababa de oir, y después de meditar breve rato, resolvió enviar el Sudario á Venecia, pero con mandato expreso de devolución, encargando al Cardenal hacer cumplir lo mandado.

La Reliquia fué enviada á la ciudad del Adriático, que la esperaba y recibió con ansia igual á la necesidad y aflicción con que la pedía, y conducida en manos del Patriarca en solemne y pública rogativa, la peste cesó al punto. Fácil es concebir el entusiasmo de los venecianos y la devoción, amor y gratitud que sentirían hacia aquella Divina Faz por cuyo medio obraraba Dios tales prodigios. ¿Cómo resignarse á devolver objeto semejante? Procuraron, pues, retenerlo, y fueron aplazando su devolución, hasta que el Papa, negándose á admitir nuevas dilaciones, envió allá al Cardenal, á quien había confiado este negocio, con orden terminante de traer á Roma el Lienzo Santo. Ya de vuelta el Prelado, sorprendióle en el camino la noticia de la muerte de Su Santidad, suceso que miró como providencial, en cuanto se relacionaba con la veneranda Efigie, por lo que consultado el caso, resolvió guardarla en su oratorio.

IV

No había transcurrido mucho tiempo de estos sucesos, cuando se le ocurrió á Mosen Pedro Mena ir á la capital del Orbe Católico para gestionar asuntos particulares que le interesaban, y desde luego pensó en aprovechar el valimiento del Cardenal que había conocido en Alicante. Presentóse, pues, á su Eminencia, quien recordando sus buenos oficios para con él á su paso por nuestra ciudad, no solamente le recibió con gran amabilidad, sino que le alojó en su palacio y le nombró su familiar por todo el tiempo que hubiera de permanecer en Roma. Fué la primera diligencia del Prelado, al ver á Mosen Pedro, preguntarle por su buen tío Juan:

— ¿Vive aún?

— Murió, Monseñor, hará unos cuatro años.

— ¡Pobre Juan, Dios le tenga en eterno descanso! ¿Moriría como un santo?

— Murió cumpliendo religiosamente un voto que dos años antes había hecho por Vuestra Eminencia.

— ¿Un voto por mí?

— Sí, Monseñor; cuando os hicisteis á la vela en Alicante, y poco después de haber doblado el cabo de las Huertas se levantó aquel recio temporal que puso al barco en grave peligro de zozobrar, mi tío presenciaba desde una pequeña altura, próxima al pueblo, la lucha desesperada que hubo de sostener con las olas: lleno de ansiedad, pues había reconocido ser aquél el en que iba Vuestra Eminencia, seguía todos sus movimientos. Hubo un momento supremo de peligro, y entonces, arrodillándose, invocó á la Divina Faz de Nuestro Redentor, de la que era singularmente devoto, é hizo promesa de ir allí todos los días á pedir *misericordia* por los navegantes, promesa que cumplió fielmente hasta sus últimos días ".

El Cardenal había oído con interés y curiosidad, no libre de asombro, lo que acababa de referirle Mosen Pedro, recordando lo que por él había pasado durante el desvanecimiento que sufrió en aquella ocasión. Así es que cuando se retiró, fué á postrarse ante la Faz del Redentor, y oró pidiendo á Dios luz para entender de alguna manera lo que significaba aquel misterio, y que le declarase su voluntad acerca de la Santa Reliquia.

Entre tanto Mosen Pedro había ya terminado la gestión del negocio que le llevara á Roma, y recibido aviso de haber sido nombrado regente de la parroquia de San Juan, resolvió volver á su patria, y así lo manifestó á Su Eminencia. No se sabe si por el sentimiento que le causaba la separación de tan buen amigo ó por otra causa, ello es que el Cardenal se mostraba silencioso y preocupado en los días que precedieron á la marcha de su huesped. La víspera de la partida Su Eminencia se levantó muy temprano, y dejaba ver una preocupación interior, como si una idea fija le agitara: aquel día permaneció en el oratorio más tiempo que de costumbre, paseaba sin cesar por los corredores y galerías del palacio, se paraba y reflexionaba, salía y entraba en su gabinete..... No había pasado inadvertido el estado de inquietud de Su Eminencia á sus servidores y familiares, y uno de ellos hubo de preguntarle con interés si estaba enfermo.

«No — respondió; — pero tengo un grave motivo que me preocupa. Tiempo ha que creo que ese Santo Sudario que guardo en el oratorio tiene providencial destino, y muchas cosas han pasado que así lo dan á entender. Esta noche he soñado haber vuelto á España y que llevaba conmigo la Santa Reliquia, como talismán divino contra todos los peligros del viaje. Había tomado pasaje en Valencia para regresar á Roma; mas un ángel se puso delante del barco, y agitando sus alas lo hacía marchar en dirección contraria, hasta llegar al punto mismo de la costa de Alicante en que en otra ocasión estuve á punto de naufragar. Allí el ángel cesó de batir las alas, y el barco se detuvo inmovil. Sucedióse un silencio profundo de la naturaleza, y luego oí un canto misterioso que venía de tierra y decía: «Y ahora, Señor, te seguimos de todo corazón, y te tememos y *buscamos tu Faz.*" Y después dejóse oir una voz: «Esta es la generación de los que *buscan la Faz del Dios* de Jacob, y no la apartaré de ellos, y aquí el lugar que he elegido para mi morada". Y de pronto surgió un templo, cuyo tabernáculo estaba vacío; y el ángel se acercó á mí, y tomándome el Sudario de la Faz Divina, lo colocó en el tabernáculo; y al punto aparecieron multitud de santas vírgenes que la adornaba, y luego

[1] Manifiesta, Señor, tu Rostro y seremos salvos.

acudieron muchas gentes y todas decían: *¡misericordia!* Yo quise unirme á la multitud y repetir la misma palabra, y desperté.»

Cuando esto hubo dicho, el Cardenal volvió á guardar silencio; después hizo retirar al familiar, y se dirigió al oratorio, donde permaciò orando largo rato. Cuando salió, dirigióse á su gabinete é hizo llamar á Mosen Pedro.

—¿Os marchàis?

—Monseñor, se me ha confiado el cuidado de un rebaño, y el pastor no debe permanecer alejado de sus ovejas.

—Bien, Pedro; os llevaréis un regalo que voy á haceros: tomad esta Santa Reliquia—añadió entregándole un cofrecito de cedro en que iba encerrado el Sagrado Lienzo;—es la misma que vuestro buen tío Juan sacó de Constantinopla. Entiendo ser voluntad de Dios que sea vuestro pueblo el depositario de este inapreciable tesoro. Llevadlo con vos, y sea él prenda segura de feliz arribo á vuestra patria.

Pedro recibió con veneración el relicario, y después de dar las gracias á Su Eminencia, lo colocó en su equipaje.

V

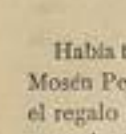
Había transcurrido ya algún tiempo del regreso de Mosén Pedro de Roma, y á nadie había manifestado el regalo que trajera. Esperaba poder construir un oratorio donde tener decorosamente la Santa Reliquia, y entre tanto creyó conveniente tenerla guardada. Mas como las cosas que no se ven de continuo fácilmente se olvidan, Mosén Pedro llegó á olvidarse de que era poseedor de tan preciada joya, permitiéndolo Dios así, para mejor manifestar su poder y bondad. Era un domingo de Adviento, y el buen párroco estaba rezando el Oficio divino: al leer en el versículo de *Tertia* las palabras «*ostende Faciem tuam et salvi erimus*,» un secreto impulso le llevó al arca donde tenía guardado el Santo Sudario, el que halló extendido sobre la demás ropa que contenía el mueble, no obstante haber sido colocado en el fondo. Alguna extrañeza causó el hecho al buen Sacerdote; pero no fué bastante á moverle á sacar de allí la Reliquia, y se hizo necesario que el suceso se repitiera por tercera vez. Despertando entonces Mosén Pedro de aquella especie de letargo, echóse á sí mismo en cara el poco aprecio que había hecho de aquel regalo de la Providencia, y juzgándose indigno de ser su depositario por más tiempo, lo llevó á la parroquia, donde lo expuso al culto público.

Lo que desde este punto sucedió, consignado está en las historias. Los votos de Juan se cumplieron: en el sitio en que invocó á la Santísima Faz por los navegantes y á donde iba diariamente á orar en los últimos años de su vida, lloró la Faz Divina una lágrima, y es el mismo lugar en que se levanta hoy el Monasterio de Santa Verónica, al que acuden los hijos de Alicante en sus necesidades á implorar la divina misericordia.

VICENTE CALATAYUD BONMATÍ.

LA BUENA SEMILLA.

AL SEÑOR DON LUIS MARÍA DE TAPIA



UÁN triste es ver á muchos hijos del pueblo extraviados por efecto de las malas doctrinas que años hace vienen propagándose!

Lástima grande causa al corazón el encontrarse con uno de esos pobres descarriados, postrados por enfermedades y miseria en el lecho del dolor, al que no se han acercado un sola vez los maestros, los defensores de lo que llaman los derechos del pueblo. Blasfemando de todo lo más santo, porque les arrancaron las creencias de su alma, y maltratando á su pobre familia, si la tienen, porque huyó la piedad de su corazón, su único consuelo es maldecir al rico, al que envidian, porque consideran la riqueza como la sola fuente de placer y bienestar.

La caridad llega al miserable tugurio de estos desgraciados; ¡pero cuán difícil es que escuchen su voz y que se aprovechen de sus lecciones! Algunas veces, sin embargo, consigue el resultado apetecido, porque la caridad es paciente y constante, y comparados sus consuelos con la aridez de las doctrinas que en mal hora aprendiera, aquel que se consideraba abandonado de cielo y tierra renace á nueva vida y encuentra al fin la calma que jamás pudo disfrutar.

Uno de esos individuos fué visitado por primera vez por dos socios de San Vicente Paúl, que con el tacto que suele distinguirles, no le hablaron en sus primeras visitas más que de la enfermedad que le aquejaba. Recibióles al principio bruscamente, aceptando con desdén el socorro que semanalmente le llevaban; pero como nadie acudía á aquella miserable vivienda más que dichos socios, que se enteraban con cariño del estado de su enfermedad y le proporcionaban los medicamentos y el alimento necesarios, no sólo llegó á recibirles con amabilidad, sino que deseaba su visita y les rogaba que fueran á verle con frecuencia.

El pobre hombre estaba pasmado al ver que personas de buena posición social, á las que creía, según le habían enseñado, enemigas implacables del pueblo, fueran á visitarle á su miserable tugurio, y pasaran horas enteras á su lado, consolándole y auxiliándole. Se ablanda la roca por la constancia de la gota de agua que cae sobre ella, ¿cómo no ha de ablandarse el corazón por la dulzura de la caridad cristiana?

Al fin nuestro hombre mejoró, y al dejar el lecho estaba completamente variado, si bien no había podido abandonar sus errores; que las enfermedades del espíritu suelen ser de más larga duración que las del cuerpo.

Á ese objeto se dirigían todos los esfuerzos de sus visitantes, y mucho más cuando tuvieron noticia de que su protegido intentaba suicidarse porque su enfermedad era larga é incurable. Su determinación era lógica. Los doctores materialistas le habían enseñado que no existía otro mundo que el presente, y que el fin del hombre eran sólo los goces materiales. ¿Qué había de hacer aquel á quien no quedaba más que una vida de sufrimientos y penalidades?

La constancia que necesitaron sus protectores para irle inculcando á pequeñas dosis las verdades eternas de nuestra Religión y destruyendo los errores tanto tiempo infiltrados en su alma, fué digna de héroes; pero al fin vencieron, y aquel hombre llegó á estar resignado con su suerte. Tampoco es comparable á nada la satisfacción y alegría de los que consiguieron conversión semejante; pero Dios les tenía reservada otra todavía mayor, que no en balde se siembra la buena semilla.

Una noche fueron nuestros socios á hacer un rato de compañía á su favorecido, encontrando en su casa á un joven de hermosa presencia y de mirada triste y melancólica. Hallábase la familia saboreando su pobre cena, y todos comían con apetito, excepto el joven citado, que apenas probaba bocado. Cuando hubieron terminado, retiróse la mujer con sus hijos, diciéndoles Juan, que así se llamaba el pobre protegido:

— Ya ven ustedes que Dios me ha enviado un huesped. Estoy más contento que si me hubiera tocado el premio mayor de la lotería.

— ¿Pues qué es ello, Juan?

— Que estoy muy contento, repitió, y que ahora comprendo perfectamente lo que ustedes me han enseñado: que vale más el placer de una buena acción que todas las riquezas de la tierra.

— Sepamos, hombre, qué es lo que ha sucedido.

— Miren ustedes: salí esta tarde á tomar el sol por el secano, según me aconseja el médico, y me interné cogiendo yerbas aromáticas por los algarrobérales que se extienden al pie del monte; y al llegar á un paraje desierto y por el que nadie transita, divisé á un hombre que estaba atando una cuerda á un algarrobo corpulento. Comprendí su intención y llegué hasta él todo lo aprisa que pude.

— ¡Muchacho!, exclamé, ¿qué vas á hacer?

— Á usted ¿qué le importa? me contestó.

— Tú quieres suicidarte.....

— Yo.....

— Vamos, hombre, no seas tonto. Que me matara yo, que arrastro una enfermedad penosa é incurable....., pero un joven en la flor de su vida.....

— Déjeme usted — insistió.

— Pero, chico, ¿tú no crees en Dios, ni tienes padres que lloren tu extravío....? Empezó á llorar, le cogí del brazo, me le traje á casa y allá quedó la cuerda atada al algarrobo.

— Bien, Juan, bien. Comprendemos la satisfacción de usted.

— Pero miren ustedes que no me han de hacer quedar mal, que yo he prometido á este chico que no se le impondrá ningún castigo.

Entonces el joven, por cuyas mejillas había corrido más de una lágrima durante el relato de Juan, refirió que era soldado, de oficio zapatero, y que le habían mandado que compusiera y arreglase tantos correajes en un día, que no pudiendo terminar el trabajo, por temor al castigo y al sargento se había escapado é intentado suicidarse.

Interesáronse los socios con los jefes del cuerpo en favor del pobre muchacho, y para cerciorarse de la verdad del relato de Juan, fueron al sitio que les había indicado, donde encontraron la cuerda, que desataron del algarrobo y conserva uno de ellos.

Quien siembra vientos, recoge tempestades; quien siembra buena semilla, buenos frutos recoge.

ENRIQUE GARCÍA BRAVO.

UN BUEN REMEDIO

A sabañones no expongo
mis manos en la estación
del frío, usando el **Jabón**
de los **Príncipes del Congo.**
Jabonería VÍCTOR VAISSIER. — París.
De venta en las principales perfumerías.

PRECEPTO CUARESMAL

El *¡Pum!* Es indispensable, á cuantos quieren observar el cumplimiento de dicho precepto, el tomar después de cada comida ó colación una copita de *¡Pum!* De este modo el estómago no se debilita y se atiende debidamente á tan sagrado deber.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca tambien la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Madrid, — Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.

ORNAMENTOS DE IGLESIA

Fábrica de sedería y taller de bordados en oro, plata y sedas

DE

FRANCISCO DE A. SERRA

Plaza del Angel, 8 y 9,

BARCELONA

Inmensos surtidos, con gran variedad de gustos y clases, desde los precios más ínfimos hasta los más ricos y superiores, en toda suerte de artículos propios para el culto católico.

Venta de géneros en pieza, y todo cuanto precisa para la confección completa de ornamentos.

Casullas, capas, dalmáticas, estolas sueltas, paños de hombros, greniales, palios, frontales, mantos y vestidos para imágenes y umbrelas. Todas estas piezas las hay también en bordado.

Cíngulos, fiadores, agremanes, puntillas, flecos y galones, en seda, plata y oro.

Albas, roquetes, sobrepellices, amitos, corporales, etc., etc., de todas clases.

Sotanas, manteos, balandranes, mucetas y demás hábitos talares.

Guantes y medias de seda de todos colores.

Estatuaría y *Vía-Crucis*.

Bronces y metal blanco en vasos sagrados y objetos propios para iglesias. Se restauran los antiguos y se doran, platean y barnizan.

Diurnos, breviarios, misales, rituales, etc., de todas ediciones y precios.

Artículos propios para bordar. — Tafetanes, rasos, lama y telas de plata y oro, canutillos é hilillos de oro y de plata, y cuanto precisa para bordar.

Remisión gratis de catálogos y muestras.

Dibujos variados y exclusivos.

Precios sin competencia.

NO MAS ACEITE DE HÍCADOS DE BACALAO



Vino restaurador del Dr. Comabella, á base de extracto de hígado de bacalao *(vinum extracthi hepatis morrhuae)*, premiado con medalla de *oro* por la Academia Nacional de París y en las Exposiciones Universales de Barcelona, Amberes y Niza; es un medicamento de resultados positivos, reemplazando ventajosamente al *aceite de hígado de bacalao*, sobre el cual tiene este vino la doble ventaja de ser absorbido con más facilidad y de ayudar la digestión; es *tónico y reconstituyente;* su uso es apetecible, y así los niños como los adultos lo toman, cual el más exquisito vino de sobremesa; es aplicable á varias enfermedades, tales como el *raquitismo*, la *tisis*, la *debilidad general*, el *color pálido de los niños*, que depende de una nutrición incompleta, y generalmente todas aquellas cuyo origen sea el escrofulismo.

De venta en casa de su autor, calle del Carmen, núm. 23, **Barcelona**, y en las principales farmacias de España.

Farmacia del DR. SOMOLINOS, Infantes, 23. — MADRID

Precio: 3 pesetas frasco.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Fuencarral, 7, Madrid.

Guantes de piel de caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza, lana, seda é hilo.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

Para regalos se acaba de recibir un gran surtido de corbatas y boquillas de última novedad.

GRANJA DEL ATANOR

Calle de Moreno Nieto, 1, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)

MADRID

ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS

Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.

Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaráz.

GRAN ALMACÉN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, editor.

PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa.

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

Obras de estudio.—Catálogos gratis.

DEVOCIONARIOS

Regente y Princesa.

Últimas novedades procedentes de las principales casas de España y el Extranjero. Precios económicos. Solidez en las encuadernaciones.

Recordatorios novedad. Pilas para agua bendita. Crucifijos, rosarios y medallas. Preciosas miniaturas sobre gelatina, propias para felicitación y registro.

Fotografías, estampas, caladas y en pliego.

Se envía gratis el catálogo de las obras á quien lo solicite.

Librería Religiosa del Sucesor de Aguado.

PONTEJOS, 8, MADRID

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8

Estampería, grabados, oleografías, *Vía-Crucis*, sacras, fotografías, etc.

IMÁGENES TALLA

Se hacen de encargo y con esmero en la ejecución.

GRAN CERERÍA



ESPECIALIDAD en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **CERAS PURAS DE ABEJAS** para el **CULTO CATÓLICO**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS

en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FÁBRICA de BUJÍAS ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES de todas clases y varios precios. **Cirios y blandones esteáricos** de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

ACEITE de HOGG



de **HÍGADO FRESCO** de **BACALAO**, *NATURAL y MEDICINAL*

El mejor que existe puesto que ha obtenido la mas alta Recompensa en la EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1889

Recetado desde **40 AÑOS** en Francia, en Inglaterra, en España, en Portugal, en el Brazil y en todas las Repúblicas Hispano-Americanas, por los **primeros médicos del mundo entero,** contra las **Enfermedades** del **Pecho, Tos, Personas débiles,** los **Niños raquíticos, Humores, Erupciones del cútis,** etc.

Es mucho mas activo que las **Emulsiones** que contienen mitad de agua, y que los *aceites blancos de Noruega*, cuya epuracion les hace perder una gran parte de sus propiedades curativas.

Se vende solamente en frascos **TRIANGULARES.**— Exíjase sobre la etiqueta el SELLO AZUL del Estado Francés

Solo Propietario: **HOGG, 2, rue Castiglione, PARIS,** y en todas las Farmacias.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

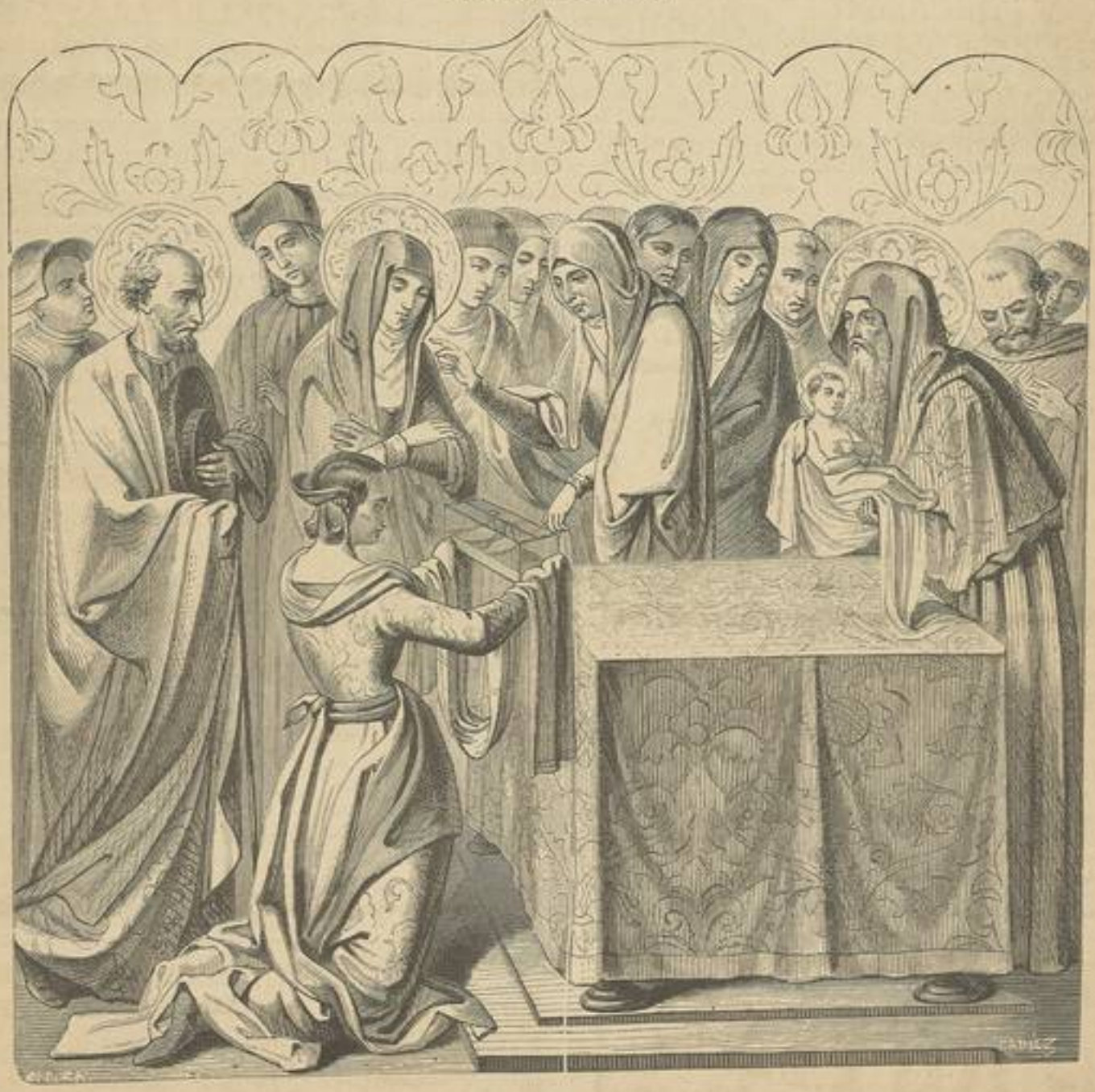
ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. NÚMERO 6.º — Madrid 31 de Marzo de 1891. NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 ps. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 20 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 ps. fs.
Un año..... 8 »

BELLAS ARTES



LA PRESENTACIÓN DE NUESTRA SEÑORA EN EL TEMPLO. — TABLA ESPAÑOLA DEL SIGLO XV

SUMARIO

Texto.

La quincena, por el Marqués de Valdeflores. — *Grabados*, por Antonio de Otaedo. — *Boletín religioso*, por J. F. — *Un suceso literario*, por Valentín Gómez. — *El P. Gabino*, por Fr. Toribio de Minguella. — *Teatros*, por Mistigris. — *Album de poesías: Las alas del genio*, por el P. Jiménez Campaña (continuación). — *Un capítulo de la novela Quien mal anda, ¿cómo acaba?* de D. Manuel Polo y Peyrolón. — *Anuncios*.

Grabados.

La Presentación de Nuestra Señora en el templo. Tabla española del siglo XV. — *Fr. Gabino Sánchez de la Purísima Concepción*. — *Ayer y mañana*. —*D. Engenio Fernández Hidalgo*. — *Lucha de titanes*. —*La pesca*. — *La Hermana de la Caridad*.

LA QUINCENA [1]

Cristo, Señor nuestro, subió á la Cruz, bajó al sepulcro y resucitó al día tercero para sacar al mundo de las tinieblas del pecado y de la muerte.

El género humano había muerto en Adán, pero la infinita misericordia de Dios quiso que resucitara en Cristo.

La Redención viene á ser la resurrección de la humanidad, mediante la sangre preciosísima de nuestro Divino Salvador; por eso, al celebrar el triunfo de Cristo, rompiendo la losa del sepulcro y apareciendo transfigurado á Magdalena y á los discípulos, parece que celebramos nuestro propio triunfo, es decir, nuestra propia resurrección.

Este dogma sublime y consolador de que todo cuerpo humano volverá á unirse á su alma inmortal, dogma testificado por la Resurrección del hijo de Dios vivo, se realiza en cierto modo en la historia de los pueblos, contra los cuales acumula el espíritu del mal sombras de muerte, asfixiándolos con miasmas deletéreos de mentira y corrupción.

El engaño del Paraíso se repite constantemente á través de los tiempos. El abominable reptil no cesa de gritar á los oídos del hombre: *¡serás como Dios!*; y el hombre, siempre necio, cree al falaz enemigo, y cae y muere.

Pero Cristo, de cuyo sacratísimo costado no deja de manar un momento la sangre regeneradora, vigila como Padre esas caídas, acude en socorro de esos muertos, y rociándolos con el precioso licor de sus santas venas, les hace romper de nuevo la pesada losa de la tumba, y resucitan con Él, enarbolando en sus manos la bandera de la victoria.

¡Resurrexit!

Así los hombres y los pueblos, en lucha perpetua con el rey de los abismos: mueren en el pecado y resucitan en la gracia alternativamente; porque el Dios que los crió y murió por ellos, para que ellos resuciten resucitó también, y de su vida inmortal quiere que ellos tomen la suya: los hombres, para gozar de la felicidad eterna; los pueblos, para cumplir en el tiempo la misión de glorificar á Cristo y de implantar el reinado de la justicia en la tierra.

Los nuevos judíos ciertamente toman todas las precauciones imaginables para guardar el sepulcro del Divino Maestro. Ellos lo azotaron en las escuelas, le escupieron en el arte y lo crucificaron en las leyes políticas, y abalanzándose después sobre la persona misma de su Vicario, lo encerraron en su propia casa, como en el sepulcro á Cristo, y llenaron de guardias las cercanías, y pusieron sellos en la piedra, y se dijeron satisfechos de su obra: ¡Seguro está! No lo robarán para hacer creer al mundo que ha resucitado.

¡Precauciones inútiles! Ellas se volverán contra los mismos verdugos; porque si, en efecto, al día tercero el cuerpo no está en el sepulcro, ¿qué dirán ellos, insensatos, para justificar su desaparición? ¿Que dormían y que durante su sueño vinieron los discípulos á robar el cuerpo? ¿Y cómo no les despertó el ruido de la pesada losa del sepulcro? Y si continuaron durmiendo, ¿cómo saben que el cuerpo fué robado? Este antiguo y nunca refutado argumento, tiene contra los judíos de hoy la misma fuerza que contra los judíos de ayer.

Cuantas veces la Iglesia ha salido triunfante de las persecuciones, y el Pontificado ha roto la piedra de su sepulcro, y los pueblos cristianos han vuelto sobre sí, los fariseos han dicho que todo era una intriga y una farsa de los discípulos de Cristo, empeñados en atribuir á milagro lo que era una simple mistificación.

La Iglesia, el Pontificado y los pueblos cristianos están muertos y bien muertos: muertos en el Estado, muertos en la ciencia, muertos en la familia, muertos en la conciencia, muertos en todas partes..... Pero he aquí que van á buscarlos en el sepulcro, y el sepulcro está vacío. ¿Quién ha robado esos cadáveres?

Decidlo vosotros, que con tanta vigilancia los guardábais: decidlo, filósofos, poetas, emperadores, reyes, estadistas, que os habéis agrupado en torno de la tumba para que nadie se acercase á ella y robase los restos de vuestras víctimas. ¿Dónde están?

¡Ah! Vivos y gloriosos aparecen de nuevo en los aires, derramando la luz de la verdad sobre todas las inteligencias ingénuas, y enseñando la palabra de vida á los que quieren oirla con sencillez de corazón.

La Iglesia vive, el Pontificado vive, los pueblos cristianos viven, mal que pese á los que tantas veces los han azotado, crucificado y sepultado. Viven, como vive Cristo, dispuestos á sufrir nuevos martirios y nuevas crucifixiones, pero seguros de que siempre, siempre llegará el día tercero, y la losa funeraria saltará en pedazos, y el ángel de la justicia, sentado á la entrada del sepulcro, dirá á la humanidad, como dijo á las santas mujeres:

¡Resurrexit!

***

Un nuevo Congreso Internacional de sabios católicos. A este suceso, gratísimo para todos los católicos, se refiere la siguiente carta de Su Santidad, que con el mayor respeto y satisfacción publicamos:

A nuestro querido Hijo Francisco Richard, Arzobispo de París, Cardenal Presbítero de la Santa Iglesia Romana, del título de Santa María in Via.

LEÓN XIII, PAPA.

Querido Hijo: Salud y Bendición Apostólica.

Siempre Nos son gratas vuestras cartas; pero la que Nos acabáis de dirigir á fines del mes de Febrero Nos ha causado grande alegría.

En efecto, ella Nos anuncia la apertura, bajo vuestra presidencia, después de las solemnidades de Pascua, de un segundo Congreso de sabios distinguidos por su talento y doctrina, semejante al que se ha celebrado en esa ilustre ciudad hace tres años.

Si el primer Congreso ha tenido nuestra aprobación, el segundo no puede menos de regocijarnos grandemente.

Dos razones Nos han hecho tan agradable la noticia que Nos habéis anunciado. Nos asegurdis que la Comisión organizadora del Congreso guarda el recuerdo y vela por la ejecución de las enseñanzas y de los consejos que Nós hemos dado en otra ocasión para que sirvieran de regla de conducta en el primer Congreso. Además, haceis presentir la feliz esperanza de que los sabios que este año se asociarán á Vos, serán más numerosos todavía que los que se reunieron hace tres años.

Es un brillante homenaje que hombres eminentes por sus luces y por su saber se rindan así á la divina claridad de que es centro la Iglesia.

Creemos que en nuestra época nada es más oportuno que este testimonio. En efecto; la impiedad, aguijoneada por el orgullo, abusa del nombre de la ciencia para obscurecer la luz brillante de la verdad católica.

No dudamos que los discursos y escritos de esos hombres distinguidos que quieren reunirse darán nuevas armas á los que, entregándose al estudio de las cosas divinas, luchan por la verdad contra el error de los impíos.

He ahí por qué Nós os aseguramos Nuestra paternal benevolencia, á vos, querido Hijo, y á ese grupo de hombres escogidos que han tomado á su cargo el dirigir y organizar el Congreso, y á todos los que tomen parte en esa noble empresa.

A todos vosotros, y á cada uno en particular, deseamos la abundancia de las luces de la celestial sabiduría y los socorros de la gracia, y os concedemos de todo corazón, así como á vuestro Clero y pueblo confiado á vuestra vigilancia, la bendición apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 16 de Marzo de 1891, décimocuarto de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

***

Un religioso español acaba de publicar una novela que tirios y troyanos califican de maravillosa obra de arte. Otros religiosos dirigen *La Ciudad de Dios*, la revista mejor escrita que ve la luz en España. Otros, los autores de esas dos obras monumentales que se llaman *La Flora* y *La Fauna de Filipinas*. Otros son los directores natos de los grandes Observatorios de Europa y Asia. Otros.... pero ¿á qué continuar? ¿Quieren ustedes saber quiénes son los religiosos? Pues oigan á *Las Dominicales del Libre Pensamiento*:

«Á las órdenes religiosas, que en este siglo no tienen razón de ser, van los hombres que tampoco debieran existir cuando tan mal uso hacen de su vida; son por lo general seres egoístas, fijos en el bienestar material; lo suficiente *astutos*, si proceden de *abajo*, para que la comunidad los admita, ó lo suficientemente *tontos*, si proceden de *arriba*, para que la vida contemplativa los atraiga. Y á estos seres sin otra instrucción que la natural, que tan escasa suele ser; sin otros estudios que sus rezos; sin otra ciencia que su fanatismo; sin otro ideal que su egoísmo refinado; á estos seres, repito, se los envía á propagar la buena nueva de la civilización á un pueblo inculto, salvaje si se quiere; á ellos, que ningunas condiciones reunen para este objeto, que no pueden dar lo que no poseen.»

Así escriben la historia los librepensadores. ¡Qué gentes!

***

Según hemos manifestado ya en distintas ocasiones, la celebración del próximo Centenario de Colón es uno de los sucesos á que creemos deber más preferente atención y más activa propaganda.

Soldados del Papa, no podemos desoir la voz de nuestro Capitán que nos ha dicho:

«No consintáis que el Centenario se convierta en una manifestación anticatólica.»

Por lo que dependa de nosotros, no hemos de consentirlo. El Centenario debe ser fiesta católica, como el descubrimiento de América fué gloria católica principalmente.

¿Cuál fué el estímulo que movió á Colón á em-

---

1. Estos párrafos sobre la Resurrección del Señor, están tomados de un precioso artículo publicado en *El Mensajero Católico*. Es seguro que no podríamos nosotros aquí expresar el pensamiento con más gallardía y elocuencia. (Nota de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.)

prender su gigantesca obra, el que le sostuvo contra enemigos poderosos y enconados, contra las dificultades innumerables que amenazaban cerrarle el paso del Océano? Bien claro se manifiesta en sus cartas; Colón, ante todo y sobre todo, quiso llevar la fe á las gentilidades que vivían entre sombras espesas de barbarie, al otro lado del Océano.

Este mismo pensamiento de extender la Religión de Jesucristo hasta los últimos confines de la tierra, fué el gran pensamiento de Isabel la Católica, por no decir el único que la movió para socorrer al audaz navegante y favorecer su empresa.

No quiere esto decir que Colón fuera santo, ni que merezca los honores supremos del culto en los altares, como algunos pretenden. Un sabio Jesuíta, el P. Cappa, tan entendido en cosas colombinas y en todas las del Nuevo Mundo, no es de la opinión de los que quieren la canonización á todo trance del inmortal genovés. De todas suertes, la Iglesia decidirá en su día, y de un modo definitivo é inapelable, lo que deba creerse acerca de este punto.

Mientras tanto, lo que es indudable es que Colón, santo ó no, fué sincero católico, y que la empresa más que homérica á que debe su fama en la historia, fué una empresa católica por sus cuatro costados, á lo ancho, á lo largo y á lo profundo. Gloria es de España, sí, la del descubrimiento de América; pero aun antes que de España, nuestra patria amadísima, gloria fué y es de nuestra Santa Madre la Iglesia católica.

Esto justifica plenamente el entusiasmo que á los católicos de todo el mundo nos ha producido el anuncio del Centenario. Esto justifica la ya célebre carta del sabio Pontífice que gobierna la Iglesia al Obispo de Génova; esto justifica la parte tan activa que en los preliminares del Centenario han tomado las Ordenes religiosas en general, y muy particularmente las Comunidades españolas.

No queremos hoy por hoy tratar más que de un aspecto de la fisonomía moral del insigne descubridor de las Indias occidentales. No queremos presentar á la consideración de nuestros lectores más que una de las sublimes virtudes que resplandecieron en el elegido por la Providencia para restaurar, por decirlo así, la unidad humana, que los pecados del hombre habían roto violentamente.

Esta virtud es la virtud de la perseverancia.

Colón fué el hombre perseverante por excelencia.

Anduvo de corte en corte, de casa de magnate en casa de magnate, ofreciendo á unos y otros un mundo nuevo, mayor y más rico que el hasta entonces conocido. En ninguna parte le hicieron caso: en donde no le llamaban loco, teníanle por visionario. Los sabios se burlaban de él, los príncipes y señores de la tierra se reían de sus proyectos.

Pero Colón no desmayó nunca; firme en su idea, acosado por la miseria, zaherido por la ignorancia, llevando de la mano á un hijo suyo al que en ocasiones ni agua tenía que dar, fué perseverante hasta el término. Y cruzó países y países, y vivió entre las más extrañas gentes, subiendo y bajando durante muchos inviernos tristísimos aquella escalera del destierro, cuya amargura había ponderado siglos atrás su paisano Dante.

Pero nada pudo vencer su heroica constancia, que no es otra cosa sino un efecto de su cristiana conformidad, de su paciencia sublime y en un todo evangélica.

¡Cuán diferente la conducta de aquel católico del siglo XV, de la conducta de otros católicos del XIX! Porque no triunfa desde luego la causa de Dios, creen algunos que no ha de triunfar jamás. Porque desde 1870 vemos al usurpador prevalecer en Roma, creen algunos que ha de prevalecer siempre. Todo se quiere á plazo próximo, inmediato; se huye de lo que parece más ó menos remoto. ¡Y hay quien se cansa á la mitad del camino! No brilla en todos aquella perseverancia heroica que fué para Colón el arma más poderosa que le dió el triunfo definitivo.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES.

GRABADOS

La Presentación de Nuestra Señora en el Templo.—Tabla española del siglo XV. (Página 89.)

El siglo XV es ya Renacimiento; pero todavía el arte no ha plegado las alas de oro con que volaba hacia lo ideal durante la Edad Media. ¡Momento feliz en que espíritu y forma se compenetran y brillan por igual, el pensamiento cristiano y la gallardía en la ejecución que nos legaron los maestros clásicos! Entonces sí que el vino nuevo se ofreció en la vieja cincelada ánfora, según la feliz expresión de un neoclásico del siglo XVIII.

Nuestro grabado representa una de esas tablas de la antigua escuela española, que fueron primero ornamento de los conventos y palacios de magnates, y que la desamortización arrojó al mercado para que muchas de ellas fueran á poder de usureros judíos y malos cristianos. Las que han corrido mejor suerte son las que han encontrado un abrigo en los museos modernos, espléndidos panteones del arte, en que la Virgen sin mancilla se ve irreverentemente colocada al lado de la impúdica Venus, y en que un Cristo y un Apolo obtienen las mismas consideraciones si están bien pintados.

En la tabla que ofrecemos hoy á nuestros lectores es de admirar la unción de los semblantes, la compostura piadosa de todos los personajes que intervienen en el sublime misterio, y la gentileza también, á lo humano, de la figura colocada en primer término, que al ofrecer en sus manos la simbólica ofrenda, parece la misma hermosura clásica arrodillada ante la hermosura ideal del espíritu representada por la Sagrada Familia.

***

Fr. Gabino Sánchez de la Purísima Concepción † el 20 de Enero de 1891. (Pág. 92.)

(Véase la biografía escrita por el Rdo. P. Toribio Minguella.)

***

Ayer y mañana. (Pág. 93.)

Es en Andalucía, no hay que dudarlo; porque así lo indican la abundancia de macetas y la jaulita que adornan la ventana. Hoy, esto es, el padre y la madre andan en sus respectivos quehaceres: el padre estará en la oficina ó en el taller, la madre en la cocina. El abuelo ha venido de visita, y se la hacen los nietos Pero, ¡ve usted que pícara afición! El rapaz, en vez de pedirle al abuelito dinero para comprar un trompo, se entretiene en leerle un periódico. ¡Habráse visto otra! Y el abuelo escucha embebido. No será por la noticia, seguramente, sino por ver si el nietecillo lee ya de corrido.

***

D. Eugenio Fernández Hidalgo. (Pág. 96.)

Tiempo hace ya que Eugenio Fernández Hidalgo está consagrado á la milicia de la más santa de las causas, defendiendo valerosamente con su pluma los derechos de la verdad y los intereses de la Iglesia. Es todavía muy joven, y ya puede considerársele veterano en estas nobles lides del periodismo que han reemplazado á las antiguas lides de la guerra: ha dado y recibido heridas mortales. Hidalgo no es de los cobardes que echan fuera el cuerpo y se parapetan detrás de un pseudónimo para que no le alcancen en la refriega los dardos del enemigo. Pelea siempre en la vanguardia, á cara descubierta, y pelea bien: sus escritos quizás se resientan de la ligereza del trabajo periodístico, del ahogo de la imprenta que pide original, de la necesidad de llenar diariamente tres ó cuatro columnas..... Pero son vehementes, apasionados, sinceros, razonados, todo lo razonados que pueden y deben ser los artículos de periódicos.

Ya lo estamos oyendo. Mañana ó pasado vendrá algún señor grave, y nos dirá: pero ¿por qué han puesto ustedes en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA el retrato de Eugenio Fernández Hidalgo?..... Ya ve usted..... un chico que tiene talento, eso sí, no hay que dudarlo; que trabaja mucho por la Iglesia; que es capaz de romperse la cabeza con los librepensadores; pero que..... ni siquiera es Diputado..... Ya usted lo ve..... Ni siquiera Diputado..... Aquí, en donde Diputado lo es cualquiera.....

Y nosotros contestaremos poco más ó menos:

— Pues mire usted: una de las razones que nos han movido á poner en LA ILUSTRACIÓN (como usted dice) el retrato de Eugenio Fernández Hidalgo, es esa precisamente: que no es Diputado. Ya nos está cargando eso; que aquí no se considere más que á la posición oficial, adquiérase como se adquiera, ni se reverencie más que al dios éxito. En todos los partidos y colectividades hay dos clases de personas: las unas que trabajan, y las otras que cobran lo que trabajan las primeras. Para las unas son los golpes; para las otras, los triunfos. Los que tienen necesidad de ganarse la vida y no saben ó no quieren ganársela de otro modo que escribiendo en los diarios de partido, suelen ser ordinariamente las víctimas. Hasta Pereda, cuando no tiene mejor cosa que hacer, los desprecia, llamándolos *los chicos de la prensa*. Que el partido está por los suelos ó atraviesa una crisis peligrosa para su existencia: entonces el periodista es muy bueno y muy santo; un mártir, que por 25 duros al mes escribe dos fondos diarios..... Verdad es, murmuran los padres graves, que no son artículos como los estudios de Macaulay; y claro está: por 25 pesos al mes, ya Macaulay habría escrito un par de estudios al día, como el famoso sobre Milton, ó el no menos famoso sobre Byron. Pero se le tolera. Cuando no se le tolera nada, es cuando triunfa el partido; entonces, el periodista, que se marche á freir espárragos.

No inventamos: esta es la historia verídica de Eugenio Fernández Hidalgo y de los diversos Hidalgos que andan por Madrid afiliados á los diferentes partidos y escuelas. Más de diez años, toda una juventud ha sacrificado Eugenio militando en las filas de los llamados mestizos; nadie, dentro de la escuela ó grupo, puede presentar más limpia ejecutoria de constancia, inteligencia y amor á la causa; nadie ha peleado más, ni con mayor desinterés; nadie se comprometió más personalmente; nadie rompió con más esfuerzo varonil los lazos de antiguas amistades: y ¿qué ha sacado? He aquí la hoja de sus recompensas, al lado de la de sus servicios: que un día, cuando las polémicas entre íntegros y mestizos, un íntegro le cogió descuidado en la Puerta del Sol y le soltó tan tremendo trancazo en la cabeza, que por poco se la abre; que otro día *El Siglo Futuro* tuvo la ocurrencia, que fué muy celebrada, de llamarle *mistérrimo y acochinado Hidalgo*, lo cual hizo gracia á todo el mundo; porque, en efecto, Hidalgo no es un *dandy* en el traje; que otro día *Las Dominicales* le pusieron el mote de *Herraduras, et sic de cæteris*.

Pero cuando se tienen las convicciones de Hidalgo, nada de esto vale ni significa gran cosa. Eugenio es católico práctico, frecuenta los Sacramentos,

ora; y las injusticias de los hombres, lejos de llevarlo á la desesperación ni al escepticismo, lo acercan más y más á la afirmación suprema, á la realidad divina. Quizás acabe en fraile. Hay que convenir en que on haría mal Jesuíta ó mal Agustino.

***

Rancho de gitanos. (Pág. 97.)

Hermoso cuadro, lleno de luz y color local. Los gitanos conservan hoy las mismas costumbres que describió admirablemente Cervantes en su *Gitanilla*.

***

La pesca. (Pág. 100.)

He aquí otro cuadro de poesía naturalista en el buen sentido de la palabra, en que resplandecen la suavidad del delicioso crepúsculo, la frescura del mar, la diafanidad del horizonte dilatado, la alegría del honrado trabajo.

***

La Hermana de la Caridad.
(Pág. 101.)

¡Con qué ternura acaricia al pobre huérfano ó quizás abandonado! Si faltaran otras pruebas de la verdad de nuestra Religión, las Hermanas de la Caridad bastarían para demostrarla cumplidamente.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso.
(Primera quincena de Abril.)

1. Miér. S. Venancio, obispo y mártir. — *Ánima.*

2. Juev. S. Francisco de Paula, fundador de los Mínimos y Santa María Egipciaca.

3. Vier. S. Ulpiano y S. Pancracio, mártires, y San Benito de Palermo.

4. Sáb. S. Isidoro, arzobispo de Sevilla.

5. Dom. de *Cuasimodo*. S. Vicente Ferrer, Santa Irene, virgen, y Santa Emilia. Grandes fiestas en Valencia.

6. Lun. S. Celestino, Papa y confesor — *Abrense las velaciones.*

7. Mart. S. Epifanio, obispo, y S. Ciriaco y compañeros mártires.

8. Miér. S. Dionisio, obispo, y el Beato Julián de San Agustín.

9. Juev. Santa María Cleofé y Santa Casilda, virgen.

10. Vier. S. Daniel y S. Ezequiel, profetas.

11. Sáb. S. León Magno, Papa y doctor.

12 Dom. II después de *Resurrección*, llamado del *Buen Pastor*. S. Victor, mártir, y S. Zenón, obispo.

Los socios de San Vicente de Paúl pueden ganar *Indulgencia plenaria* como en la primera Dominica de Cuaresma.

13. Lun. S. Hermenegildo, rey de Sevilla y mártir.

14 Mart. S. Pedro González Telmo, y S. Tiburcio y S. Valeriano, mártires.

15. Miér. Santa Basilisa y Santa Anastasia, mártires.

Las Cuarenta Horas.

Días 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7, iglesia del Carmen Calzado.

Días 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16 y 17, Religiosas de Don Juan de Alarcón.

J. F.

UN SUCESO LITERARIO[1]

Vano es el empeño de los políticos en que todo el mundo ha de fijarse en ellos.

Que el Senado se haya constituído ó no se haya constituído: que en esta ó en la otra Cámara se discuta la contestación al Mensaje de la Corona: que los candidatos derrotados hablen bien ó hablen mal en la Comisión de actas: que tal fracción se proponga armar todas las gordas posibles en los debates políticos, y tal Diputado *se traiga* unas intenciones de toro de Miura que ya irán saliendo á su debido tiempo; todo esto le tiene completamente sin cuidado al mundo que vive á medio kilómetro de distancia del Salón de conferencias, modesto cuchitril que los políticos consideran como el centro de la vida y de la actividad de la patria, y que la patria va considerando con mayor indiferencia cada día.



FRAY GABINO SÁNCHEZ,
de la Purísima Concepción.
† EL 20 DE ENERO DE 1891

De los pocos que allí entran, que significan mucho, y de los muchos que allí gansean, que no significan nada, hace la verdadera opinión pública el mismo caso que de las conferencias que suelen dar las *señoras* en el Ateneo.

En cambio —¡y mil gracias sean dadas á Dios por ello! — á la hora presente no hay persona más ó menos culta que no hable de la hermosísima novela del P. Coloma: *Pequeñeces*.....

Pocas veces se ha visto que unas *Pequeñeces* hayan promovido tan grande estrépito. Si el ruído que hace esta novela pudiera concentrarse en los límites de la ancha sala de un teatro como el Real, ¡Dios nos valga, qué tempestad de gritos, de aplausos, de protestas, de aclamaciones y de silbidos hubiera levantado la dichosa obrita! Por supuesto, que al fin y á la postre habría puñaladas para tomar localidades en el despacho, como hay ansiedad por comprar los ejemplares que van llegando á las librerías.

Lo cual quiere decir que el éxito de la novela del P. Coloma ha sido inmenso, y que si el autor se propuso, como es natural, que su palabra llegase á todas partes, y principalmente á aquellas regiones hacia donde dirige la punta de su acerado látigo, puede estar completamente satisfecho de que ha logrado su propósito. El latigazo y el sermón van juntos recorriendo todas las esferas sociales, y si el uno levanta ampollas, el otro levantará también de seguro á muchas conciencias tumbadas perezosamente en el regazo del vicio, y á las cuales les hacía tanta falta que una voz de trueno les gritase al oído *¡eh, arriba!*

Claro está que en medio de ese alboroto se oyen frases de ira, quejidos de dolor, gritos de espanto y necedades de críticos incipientes é insipientes; pero es que el P. Coloma, al revés de aquellos pecheros que por orden del señor feudal apaleaban las charcas para que no cantaran las ranas, ha apaleado la charca inmunda de la sociedad presente para que las ranas de toda edad, condición y categoría salgan chillando, con chillidos de terror, de cólera ó de estupidez.

¡Y á fe que lo ha conseguido de veras! Desde la coz del asno hasta el rugido de la fiera herida, no hay una sola manifestación del efecto que produce el golpe que se da en lo vivo, que no se haya hecho con ocasión de esta novela.

Hay quien se escandaliza de que un Padre de la Compañía de Jesús se meta en esas *pequeñeces* tan hondas; hay quien atribuye el éxito á la audacia del autor y al escándalo que ha producido el asunto; uno dice que es un libelo contra la aristocracia alfonsina de hace quince ó veinte años y á la cual no conoce el P. Coloma ni por el forro; otro afirma, por el contrario, que el autor ha sido cocinero antes que fraile; alguien, con prosopopeya digna de D. Hermógenes, pone reparos á la ortografía con que en la novela están escritas algunas palabras extranjeras; el de acá, olvidando que el P. Coloma cultiva este género desde el año 70 ó 71, supone que el éxito de la obra es una diablura de la Compañía de Jesús: el de allá, á vuelta de ciertos piropos ni francos ni entusiastas, y tal vez un sí es ó no es interesados, comete la tontería de despreciar la exquisita delicadeza, la sublime sencillez del final misericordioso de la obra, diciendo que es digno de un cualquiera cuyo nombre no viene al caso.

En fin, cada uno dice lo que le parece, pero todos, quiéranlo ó no, convienen en que la novela del P. Coloma es el suceso del día, y que este suceso no es de los que pasan sin dejar rastro, si no de los que llegan á las entrañas de la sociedad predisponiéndola á sufrir una verdadera revolución en su organismo.

No se encojan de hombros los filósofos, ni arruguen desdeñosamente el labio los políticos. Ni las lucubraciones de los unos, ni los discursos de los otros llegarán jamás á donde llega el influjo de una obra de arte, como la novela, que corre de mano en mano, y conmueve, interesa y subyuga el ánimo del hombre y de la mujer, del viejo y del jóven, del ignorante y del instruido, del cortesano

1 Largo y medido hemos de tratar de la magnífica novela del P. Coloma á que tan bien cuadra el título de este artículo. Hoy nos limitamos á ceder la palabra al insigne escritor que honra nuestras columnas con el presente artículo. (Nota de la Dirección de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.)



AYER Y MAÑANA

y del lugareño, presentando á los ojos de todos las ideas en forma de personas vivientes, y enseñando la doctrina entre frases agudísimas y diálogos llenos de vida y de verdad que á un tiempo mismo hacen reír y pensar, cuando no arrancan lágrimas de irresistible emoción.

El P. Coloma ha pegado fuerte y ha llegado con el cauterio á lo más profundo de la llaga. Por eso levanta su obra tan espantosa gritería. Pero se equivocan los que quieren ver espíritu de partido en la intención del autor. Ha tomado ciertamente sus tipos del natural, como suele hacerlo en la mayor parte de sus libros; mas no ha buscado solamente los ejemplares hediondos, porque al lado de la despreciable Currita, se alza de vez en cuando la nobilísima y encantadora figura de la Marquesa de Villasis, más sinceramente alfonsina que la otra, y junto al vil y corrompido Grande de España que se cubre ante el Rey bajo el padrinazgo del marido de su manceba, hay otro joven digno de la grandeza de sus antepasados, que refiere las glorias de su casa con entusiasmo digno de quien se siente capaz de emularlas.

Todo está perfectamente estudiado y compensado en la admirable novela del ilustre Jesuíta, y solamente el vicio impúdico y el canallismo que invade las altas como las bajas clases, (porque todas ellas tienen muy poco que echarse en cara en punto á corrupción y bajeza) pueden con razón quejarse de la hábil mano que tan gallardamente los ha fustigado.

¡Que es Jesuíta el autor, y que parece imposible que estas cosas tan literarias, tan intencionadas y tan atrevidas salgan de una Orden religiosa! ¿Pues ignoran los que tal dicen que las Ordenes religiosas en España van demostrando que en la ciencia y en las letras no hay ya nadie que las aventaje? ¿Acaso no cuenta la misma Compañía con hombres tan esclarecidos en varios ramos del saber como el P. Fita, el P. Mir, el P. Cappa, el P. Garzón, el P. Mendive y otros muchos que dan á la estampa sus obras sin que los periódicos bullangueros se tomen la molestia de anunciarlas siquiera? ¿Acaso la Orden Dominicana no tiene á filósofos tan eminentes como el P. Ceferino y el P. Vigil, ambos Prelados ilustres de la Iglesia española? ¿Acaso la Orden de los Agustinos, á la cual pertenece el insigne P. Cámara, gloria de la ciencia, no publica una revista, *La Ciudad de Dios*, que puede competir con las mejores del extranjero, científica y literariamente considerada? ¿Acaso no compite con ella la interesantísima *Revista Calasancia* de los Padres Escolapios? ¿No marchan en pos de ellas el *Santísimo Rosario* de los Dominicos, el *Eco Franciscano*, de los hijos del Serafín de Asis, y otra multitud de publicaciones redactadas y sostenidas por las Ordenes religiosas que la maldad de los

revolucionarios expulsó de España y que la misericordia de Dios volvió á traer para bien de la Iglesia y honra de las letras patrias?

No hay, pues, motivo para estrañarse de que sea un religioso quien escribe como escribe el Padre Coloma.

Los religiosos nos legaron las riquezas incomparables de nuestra literatura. Ellos serán también los que transmitan ese legado enriquecido á las generaciones futuras.

VALENTÍN GÓMEZ.

EL PADRE GABINO

El día 20 de Enero último falleció, después de larga y virtuosa vida, el Reverendísimo P. Fr. Gabino Sánchez de la Purísima Concepción, Comisario General Apostólico de los PP. Agustinos Recoletos, quienes dedicaron á su llorado Padre solemne funeral en la iglesia de la Encarnación de esta Corte el 30 de aquel mes. Ofició de pontifical el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo de Huesca, que veneraba al finado y ama entrañablemente á la Orden Agustiniana; á los lados del túmulo se veía una Comunidad religiosa compuesta de Padres Agustinos Calzados y Recoletos; otros Reverendísimos Padres formaban el duelo, presidido por el M. I. Sr. Auditor de la Nunciatura en nombre del Excmo. Sr. Nuncio, por altos empleados del Ministerio de Ultramar, en representación del Sr. Ministro, por el Sr. Arquitecto mayor de Palacio, de parte de la Real Intendencia, y por el Sr. D. Félix Sánchez Casado, á nombre de la familia del difunto. Ocupaban triple fila de largos y enlutados bancos señores del Tribunal de la Rota, de la Real Capilla, del Cabildo Catedral, varios Párrocos, muchos Sacerdotes y distinguidos personajes. Asistían además Siervas de María y religiosas de otros Institutos, gran número de señoras y no pocos pobres y gente del pueblo.

Al fin de la Misa subió á la sagrada cátedra el M. Revdo. P. Fr. José López, director espiritual del Real Colegio del Escorial, y pronunció una magnífica oración fúnebre basada en aquel texto del Eclesiástico referente á Moisés: *Dilectus Deo et hominibus cujus memoria in benedictione est.* Después de un admirable exordio lamentando la orfandad en que la muerte del P. Gabino dejaba á la Orden de PP. Recoletos, á las Religiosas de la Encarnación, á las Siervas de María, á tantas almas por él confesadas y dirigidas, y á tantos pobres de quienes era segunda Providencia, exordio tan profundamente sentido y dicho de tal manera que arrancaba lágrimas del corazón de todos, justificó la aplicación del texto describiendo á grandes rasgos la vida virtuosísima del P. Gabino, que le mereció el amor de Dios y de los hombres y el que su memoria sea bendecida.

Más aún que el brevísimo tiempo de que dispuso el P. López para trazar su oración, nos perjudica ahora la gran facilidad que aquel Padre tiene para la oratoria sagrada, improvisando ó sirviéndose sólo de ligeros apuntes. Y como coincide también el que tan sabio religioso meritísimamente haya sido agraciado con la mitra de Jaca, imponiéndole esa elevación altas y nuevas ocupaciones que difícilmente le permitirán escribir el elogio fúnebre entonces pronunciado, todo esto motiva el que no podamos publicar su discurso, que sería la biografía y necrología más hermosas del Revdo. P. Gabino. Aún esperamos que el P. López, venciendo todas las dificultades, saque á luz su bellísimo trabajo. Entre tanto daremos, siquiera sea con pobre estilo é inconexa narrativa, algunos datos acerca de la vida y muerte de nuestro difunto Padre.

Había nacido el 18 de Febrero de 1810 en el pueblo de Ibdes, uno de los que formaron el antiguo Arcedianado de Calatayud, que pertenece á la provincia de Zaragoza y Diócesis de Tarazona en Aragón. Fueron sus padres el ilustrado médico Don Julián Sánchez y la Sra. Doña Ramona Cortés.

Por entonces las tropas francesas, alardeando de dominadoras de nuestra España, sentían el desvío y el odio de todos los verdaderos españoles, y buscaban y halagaban á las personas influyentes para captarse por su medio la benevolencia del pueblo. Una de las familias solicitadas fué la del P. Gabino; pero aquella familia se opuso constantemente á los deseos de nuestros opresores, tanto que éstos hicieron objeto de sañuda persecución á quien tan patrióticamente rechazaba su amistad. Vivía entonces D. Julián Sánchez en Terrer, pueblo próximo á Calatayud; los franceses le saquearon é incendiaron la casa, y ya que no pudieron haberle á las manos, tuvieron la cobarde satisfacción de apoderarse del niño Gabino, que entonces contaba trece meses de edad, y los dragones, haciendo marchar delante de los caballos á la niñera que le llevaba en brazos, le condujeron prisionero ¡de guerra! á Calatayud, donde por espacio de tres meses le guardaron en rehenes, devolviéndolo al cabo de ese tiempo á sus atribulados padres, no sin exigirles y cobrar en plata por el rescate tanto como pesaba el niño.

No debieron ser muchas las caricias de los franceses para con el prisionero tan bruscamente arrebatado de los brazos y de los pechos de su madre en el tiempo que más la necesitaba. Ello es que el desarrollo del niño se verificaba con suma lentitud, y por eso le llevaron á Calmarza, al lado de sus abuelos maternos, dueños fundadores de la renombrada fábrica de papel que aún subsiste en aquel pueblo. La divina Providencia quería conservar la vida de aquel niño para que fuese ejemplo de virtudes é instrumento de sus misericordias. Así se explica el caso que el humilde Padre refería después como su gran travesura. Sucedió que estaba un muchacho junto á la fábrica abrevando una caballería, y Gabino trató de montar y llegó á poner el pie en el estribo. Espantada la caballería, le arrastró por aquellos escabrosísimos y pedregosos sitios; de modo que todos creyeron encontrar descuartizado al pobre niño, mas vieron con agradable sorpresa que no tenía ni una herida ni una contusión.

Tan endeble era la salud de Gabino, que según aseguraban los médicos, difícilmente llegaría á los diez y ocho años de edad [1]. Ante tal pronóstico, ni el padre, que opinaba como sus compañeros de profesión, ni los abuelos, querían que se dedicase á estudio ni á trabajo alguno, ya que tan corta había de ser su vida. Sin embargo, era tanta su afición á las letras, que por condescender con su empeño le permitieron que cursara Gramática latina. Hízolo en el pueblo de Nuévalos, cercano al célebre monasterio cisterciense de Piedra. La vista de aquellos santos monjes, el haberse familiarizado desde muy niño con los frailes, puesto que su casa era la mansión de todos los cuaresmeros, y sobre todo, la gracia de Dios que le llamaba al claustro, formaron su vocación religiosa. Su tio D. Eusebio Cortés, Vicario de la parroquia de Calmarza y tutor del ya huérfano estudiante, no se opuso á que tratara de realizar su vocación de fraile, porque estaba convencido de que no se efectuaría el ingreso, pues siendo de complexión tan pobre, ¿qué convento abriría las puertas á Gabino? El cual quiso ser de los Agustinos descalzos, ó Recoletos, y solicitó el hábito en el convento de Alagón, perteneciente á la provincia aragonesa. Bien pareció á los Padres de consejo aquel joven que con instancias fervorosas pedía el santo hábito; mas no se atrevían á dárselo, por verle de naturaleza tan enfermiza. Como Dios lo quería, las dificultades se allanaron, y Gabino tomó el hábito el día 12 de Septiembre de 1827. En prueba de que Dios lo quería para el claustro, fué desapareciendo desde aquel día lo raquítico de su naturaleza; y los ayunos, penitencias y asperezas de la religión, á que se entregó de lleno, fueron la gran medicina para lograr su completo desarrollo y salud excelente. Prodigiosa fué su mejoría respecto del cuerpo, y admirable el robustecimiento de su alma durante el año del noviciado. En las tres votaciones que preceden á la profesión obtuvo Fr. Gabino unanimidad de votos, y el 13 de Septiembre de 1828, á los diez y ocho años de edad, murió al mundo, no con la muerte predicha por los médicos, sino con la de la profesión religiosa.

Tanto en Alagón, donde pasó el noviciado, como en Caudiel, donde estudió Filosofía, y en Calatayud y Zaragoza, donde cursó la sagrada Teología, fué siempre dechado de religiosos; de manera que los mismos Padres respetaban al joven corista, admirándole tan fervoroso, tan observante, tan aplicado, tan Agustino. «En el tiempo de Lector, como en el de Prelado, observé en la persona de Fr. Gabino Sánchez un religioso ejemplar y edificante, y en la carrera de los estudios de grande aplicación con aprovechamiento, siendo uno de los colegiales de mayor nota, así entre los jóvenes regulares como seculares que cursaban en dicho Colegio.» Esto dejó escrito el Rdo. P. Fr. Mariano Viñao de San Agustín, catedrático de Prima, luego Rector del Colegio de Calatayud, y posteriormente Comisario General Apostólico de la Congregacion.

Brillantísima fué, en efecto, la carrera literaria del Rdo. P. Gabino, que cursó y probó cuatro años de Latinidad en Nuévalos, y tres de Filosofía en el Colegio de Agustinos Recoletos de Caudiel, reino de Valencia, estudios que concluyó en el año 1829. Trasladado al Colegio de Calatayud de la misma Orden, probó, con la nota de sobresaliente, tres años de Teología escolástica, ganando simultáneamente otros tres de dogmático-moral en la cátedra de la tarde, según los estatutos que á la sazón regían en aquel Colegio y correspondientes á 1830, 31 y 32. En los siguientes 1833 y 34 cursó y ganó en dicho Colegio dos años más, uno de Teología escolástica y otro de Teología moral. Tenía además aprobados en Zaragoza dos años de Cánones con la misma nota de sobresaliente.

En los días 23 y 24 de Septiembre de 1831 el Sr. Obispo de Sigüenza, D. Manuel Fraile, le ordenó de Prima tonsura, Menores y Subdiácono. Al año siguiente, el 7 de Abril, recibió del Ilmo. Sr. Azpeitia, Obispo de Tudela, el orden de Diácono, y el 15 de Marzo de 1834 el Excmo. Sr. Francés y Caballero, Arzobispo de Zaragoza, donde ya Fr. Gabino tenía la conventualidad, le confirió el orden del Presbiterado. Cantó su primera Misa el día de San José, de quien siempre fué devotísimo. En 20 de Mayo de aquel mismo año el Rdo. P. Provincial de Aragón le daba licencias de predicar y confesar en la Orden, doble ministerio que desde luego comenzó á ejercer con grande espíritu. Hermosas esperanzas para la Recolección Agustiniana hacía concebir el joven Sacerdote, cuya bella alma, esmaltada con la gracia de la profesión y del sacerdocio, reflejábase en su agraciada fisonomía, en su modestia y sencillez y en su afable trato.

Desde que en Madrid habían sucedido las horribles escenas de la matanza de los frailes el 16 de Julio de 1834, todos los religiosos de España, particularmente los que moraban en poblaciones importantes, vivían en continuo sobresalto. En Zaragoza, el tristemente célebre organista del convento de la Victoria, aquel Judas, monstruo de ingratitud, por odio á su amo, protector y padre, el sabio

[1] Acertaron errasteron en los números, pero equivocados en la colocación, pues ha vivido 81, que es un 18 invertido.

maestro Garroverea, que de pordiosero le había recogido en el convento, acaudillaba turbas desalmadas contra sus hermanos los frailes y contra el Arzobispo. La noche del 5 de Julio de 1835 fué para Zaragoza lo que había sido para Madrid la del 16 de Julio del año anterior: noche de sacrilegio. Los Agustinos Descalzos tenían en la ciudad imperial, además del convento llamado del Portillo, un Colegio situado á orillas del Ebro, cerca del templo del Pilar. En este Colegio residía el Padre Gabino, quien, siempre devoto de la Santísima Virgen, hallábase en la celda rezando el santo Rosario cuando se apercibió de que las turbas estaban á la entrada del Colegio y habían prendido fuego á la puerta. Salió al claustro, avisó á los demás religiosos y les dijo: «venid conmigo;» ¿pero adónde, si los asesinos habían incendiado ya la puerta de la fachada anterior, y un gran pelotón se hallaba apostado en la puerta del muro hacia el Ebro? Gabino los había visto desde una de las ventanas, y sin embargo, con la grandeza de alma que le caracterizó, y con secreta pero firmísima confianza en Dios, dijo á los religiosos: «seguidme,» y bajando delante de todos, abrió la puerta del muro; sale el primero, tras él los religiosos, y no encuentran á nadie.....: Silencio sepulcral á las orillas del Ebro, ni una sombra por el muro; ¿adónde han ido los que momentos antes aguardaban á las pobres víctimas, saboreando ya los sanguinarios efectos de su emboscada? Después se supo que habían oído estas palabras de alarma: «¡que vienen las tropas del castillo!» y los valientes asesinos huyeron hasta cerciorarse si efectivamente venían ó no tropas en auxilio de los frailes. Estos habían ya salido y alejádose cuando las turbas volvieron á la puerta del muro. Entre tanto, huyendo de la muerte y temerosos de encontrarse con ella, avanzaban, guiados por el P. Gabino, hacia la única salida posible, que era la del castillo. El comandante los recibió con un cariño que estaban muy lejos de esperar. «Entren ustedes, les dijo; hace muy pocos años que yo fuí perseguido, y en un convento me acogieron y libraron de la muerte; esta noche pago una deuda de gratitud librándolos á ustedes.»

El P. Gabino, cuya bien acomodada familia tenía corresponsales en Zaragoza, pidió dinero y obtuvo cuanto pidió, no sólo para sí, mas también para la mayor parte de sus compañeros, que eran de familias pobres ó que no podían por entonces proporcionarles socorro para el viaje á sus respectivas casas. El que había sido su providencia librándoles de la muerte, lo fué también dándoles lo necesario á fin de que pudieran ir á sus pueblos.

Al de Calmarza se retiró el joven exclaustrado para vivir con su virtuoso tío D. Eusebio Cortés y con su hermano D. Marcelino. Dedicado al estudio, al confesonario y al púlpito, ejercía el ministerio sacerdotal en Calmarza y pueblos circunvecinos, haciendo siempre vida de religioso. El año 1843 vino á Madrid para visitar á su hermano D. Julián, aquí establecido. La atmósfera religiosa de la corte tendía á despejarse algún tanto después de las perturbaciones traídas por el extrañamiento del señor Nuncio, ruptura de relaciones con Roma y desconcierto de la jurisdicción eclesiástica. El sapientísimo filósofo y polemista D. Jaime Balmes se encontraba entonces en Madrid; con él y con otros Sacerdotes y seglares que trabajaban en la restauración religiosa se relacionó el P. Gabino, joven que por su notable ilustración, su gran espíritu y su energía santa era muy á propósito para impulsar el movimiento iniciado en pro de la Iglesia. De la piadosa conducta que observaba nos da testimonio un documento de la Escuela de Cristo, establecida en la iglesia de Italianos, expedido en Julio del año 1844, donde se lee que «el Presbítero D. Gabino Sánchez, exclaustrado de Agustinos Recoletos de la ciudad de Zaragoza, es y ha sido nuestro hermano en esta Santa Real y Primitiva Escuela. Que en el corto tiempo que ha permanecido en esta capital ha asistido constantemente á los santos ejercicios, dando ejemplo de humildad y obediencia, siendo ejercitado en el banquillo y ejercitando diferentes veces á los hermanos con sumo celo, edificación, caridad, fruto y aprovechamiento para sí propio y para los demás.»

Atendiendo á sus bellísimas prendas de carácter, ilustración y virtud, personas de valía en la corte le propusieron que aceptase dignidades eclesiásticas. Nada más lejos del ánimo de nuestro religioso. Herida su humildad y su inalterable propósito de ser fraile, y nada más que fraile, á fin de evadir todo peligro escribió á su P. Provincial de Aragón pidiéndole permiso para afiliarse á la provincia de San Nicolás de Tolentino de Filipinas y marchar á las Misiones de aquellas islas. Su Prelado le contestó á fines de Diciembre de 1843, y le decía: «Mucho, muchísimo es el afecto que profeso á aquella nuestra Provincia (de Filipinas), pero también á esta (de Aragón), que Dios había puesto bajo mi dirección y cuidado; y siendo tú uno de aquellos en quien tengo puestas todas mis confianzas, caso que el Señor nos concediese tanta dicha (de volver á los conventos), parece me sería muy sensible verme privado de un tal apoyo y ayuda. Bajo este supuesto, digo con deseo de acertar, Dios sabe que es así, que por el presente suspendas la resolución de irte, que según veamos y el Señor nos manifieste su voluntad, aún estamos á tiempo de poder tomar el viaje en otra misión.»

Sin duda no era voluntad de Dios que el P. Gabino se embarcase para Filipinas. En España le asignó el Padre de familias tierra que cultivar, é hízolo el siervo fiel con admirable solicitud y perseverancia. Esperando que se realizasen los deseos de los buenos, la reorganización de los religiosos en la Península, y huyendo de toda dignidad eclesiástica y de todo lo que pudiera ser obstáculo para su pronto reingreso en el convento, se retiró de la Corte á las cercanías de Calmarza; y para satisfacer á su celo y al cariño que profesaba á su querido tío D. Eusebio, aceptó en la Diócesis de Sigüenza el Economato del pueblo de Judes, que sirvió desde el 28 de Noviembre de 1845 hasta el 4 de Agosto de 1848. De allí pasó á Ecónomo de Codes, curato de término; al año siguiente al de Labros, luego al de Establés el año 51, y al de Almalúez á fines del mismo año. Hasta hoy se conserva en todos aquellos pueblos la memoria del P. Gabino y el buen olor de sus virtudes.

El Sr. D. Joaquín Fernández Cortina, dignísimo Obispo de Sigüenza, comprendió con su buen talento lo mucho que valía el P. Gabino, y le nombró misionero de la Diócesis. Al frente de otros religiosos y Sacerdotes ejerció nuestro Padre su Apostolado, dando misiones con grande fruto en la capital y en muchos pueblos del Obispado, principalmente en el de Hiendelaencina, que era por entonces la California de España, y donde la riqueza de sus minas había atraído gentes de todas partes, produciendo, como en tales casos suele acontecer, la pobreza de las almas. El P. Gabino y sus compañeros fueron á las minas con más altas ambiciones, y lograron, gracias al Criador y Redentor de todo, pingües ganancias espirituales. El Prelado de Sigüenza quería más cerca de sí aquel tesoro de virtudes que se acumulaba en el alma del celosísimo Padre, y le llamó á vivir con él en Palacio. Nuevo susto para la modestia del humilde P. Gabino, que agradeciendo el afecto del señor Obispo, rehusaba la honra ofrecida. Insistió el Sr. Cortina; mas sólo cuando el Prelado aseguró al modesto fraile que tal era la voluntad de Dios, el P. Gabino accedió á ser en el Palacio Episcosal Maestro de Pajes, Vicesecretario, y después Secretario de Cámara. Este último cargo había desempeñado el Sr. Cortina cerca del célebre Cardenal Sr. Inguanzo, modelo de Prelados, y la práctica de los negocios eclesiásticos, el tino especial para tratarlos, la santa diplomacia, si puede haber alguna diplomacia santa, que distinguía al discípulo del señor Inguanzo, lo aprendió maravillosamente el Padre Gabino del Sr. Cortina.

Este falleció el año 1854, y el Secretario, que había desempeñado por tres años la Cátedra de Ética ó Filosofía Moral en el Seminario, y que muchas veces renunció canonicatos, se retiró otra vez á Calmarza. En Agosto de 1855 fué invadido el pueblo por el cólera morbo asiático, que atacó al Vicario D. Eusebio Cortés. El P. Gabino asistió personal y celosamente á todos los atacados, que fueron más de ciento, y con profundísima pena cerró los ojos á su amado tío. Pocos días después le dan la noticia de que había muerto en Madrid, víctima del cólera, la esposa de su hermano D. Julián; vuela á consolar á éste y á los cuatro huérfanos que dejaba D.ª Petra, y al llegar á la Corte le dicen que dos de los niños habían muerto también; sabe luego que su hermano Julián tampoco existe, y que uno de los dos hijos, únicos que quedaban de la familia, estaba con el cólera. Entra en la casa, y dice en medio de amargurísima pena: «Yo necesito una habitación donde haya una imagen de Jesús crucificado, y que me dejen allí solo.» En efecto, se postra ante el Crucificado, y al punto se calma la horrorosa tormenta de aflicción que le combatía. Dos días antes de morir recordaba el P. Gabino aquel caso á quien esto escribe, y me dijo: «Yo, postrado ante Jesús, levanté los ojos á su imagen y exclamé: Señor..... y como si hubiese oído una voz que me decía: «Pues qué, ¿lo que yo hago no está bien hecho?» Al momento me levanté con gran fortaleza en el alma y paz en el corazón.»

Para atender á la educación de sus dos sobrinos huérfanos, obtuvo Real licencia de permanecer en Madrid; se trasladó á la Capellanía de las monjas de San Pascual, y cinco meses después, en 7 de Febrero de 1856, fué nombrado Teniente Cura de la parroquia de Chamberí. Ya entonces tenía este barrio 12.000 almas, y la feligresía ocupaba unos seis kilómetros de extensión. Por espacio de diez meses, el P. Gabino administró solo, sin ayuda de otro Sacerdote, aquella parroquia, y continuó administrándola por espacio de más de un año asistido de un Coadjutor. Hizo personalmente la matrícula, y como hubiese en la feligresía muchísimos amancebados, el Padre, con la paciencia y sagacidad que le eran propias, averiguaba quiénes vivían en ilegítima unión, y competentemente autorizado por el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de la Diócesis, y secundado por el Sr. Vicario D. Julián Pando, en forma la más sumaria posible, sin irrogarles gastos ni bochornos, legitimó gran número de casamientos. Durante su Tenencia, año de 1858, se inauguró la nueva iglesia, donde á ruego suyo dieron los PP. Paúles una Misión, de que resultó copiosísimo fruto.

No fué menor el mérito que contrajo durante su estancia en Chamberí tomando á su cargo el Beaterio de las Siervas de María.

El P. Gabino fué el verdadero instituidor de aquella Congregación religiosa, fundada por el Sr. D. Miguel Martínez y Sanz. Mucho hizo este benemérito Sacerdote con idear la fundación y reunir siete piadosas mujeres que se dedicasen á la asistencia domiciliaria de los enfermos; pero no las reglarizó con Estatutos, Constituciones ú otra forma canónica; resultando que las siete constituían una Sociedad benéfico-religiosa, sin más lazos de unión entre sí que la piedad individual de cada una. Así es que, por falta de organización, estaba á punto de disolverse la excelente obra del Sr. Martínez, quien muy á los principios la había dejado, abrazando em-

presa más alta al embarcarse para las Misiones de Fernando Póo. De las siete elegidas vino á quedar sola la Madre Soledad (q. e. g. e.) Es cierto que algunas otras reemplazaron á las que dejaban la casa; pero en 1856, cinco años después de la fundación, habían llegado á tanta penuria en personal y recursos, que únicamente dos ó tres asistían á enfermos y no tenían con qué mantenerse. Por otra parte, el lugar en que estaban reunidas, más que casa religiosa parecía casa de vecindad, donde todos entraban y salían. De ahí que muchas personas sensatas de la parroquia de Chamberí, lejos de venerar y contribuir á sostener el Beaterio, lo miraban con lástima y no le prestaban apoyo, y las gentes no sensatas llegaron hasta fijar pasquines contra las inocentes Siervas. Alguna otra fundación análoga había sido entonces disuelta por el Prelado, Emmo. Sr. Bonel y Orbe, quien trató también de disolver la de Siervas de María, si el P. Gabino, á la sazón Teniente Cura de Chamberí, no se encargaba de la dirección y administración de aquel Beaterio. Excusábase el Padre de aceptar el encargo, por no ponerse á mal con su feligresía; pero obedeciendo á la voluntad de Dios, manifestada por la expresa voluntad del Emmo. Prelado, aceptó por fin en 14 de Noviembre de 1856, y desde aquel momento comienza la verdadera existencia de las Siervas de María como Instituto religioso, puesto que el P. Gabino les dió sustento, de que carecían, les proporcionó nueva y más acomodada vivienda, las regularizó con Estatutos, obtuvo la aprobación laudatoria de parte de la Santa Sede, y trabajando tan celosa como desinteresadamente por espacio de treinta y tres años, puso la Congregación á la altura de admirable desarrollo, de observancia santa y de utilidad suma á que hoy se encuentra.

No sólo atendía el P. Gabino el exacto cumplimiento de sus deberes de Párroco en Chamberí y al cuidado del Instituto de Siervas de María; muchas religiosas claustradas se pusieron bajo su dirección espiritual, en particular las del convento de la Encarnación de Madrid, que, siendo Agustinas Recoletas, le miraban como Padre y Hermano. Por eso en 27 de Julio de 1858 el Emmo. Sr. Cardenal García Cuesta, Arzobispo de Santiago de Compostela, Capellán mayor de S. M., y en este último concepto Prelado propio del Real Monasterio de la Encarnación, nombró al P. Gabino confesor ordinario de la Comunidad. A contar desde aquel día hasta el de su muerte, estuvo el P. Gabino consagrado al progreso espiritual de las monjas, y á la defensa, conservación y aumento de todo lo que interesaba al monasterio.

La Comunidad de la Encarnación había sufrido mucho en los últimos años, y los cuantiosos bienes con que antes contaba para su decorosa sustentación y para el esplendor del culto, habían como desaparecido. El celoso confesor dedicó su incansable actividad, sus grandes condiciones para tratar y resolver asuntos arduos, y todo el prestigio que le daban sus virtudes, al logro de la reintegración de bienes que la Comunidad de antiguo y legítimamente poseía, administrados por el Real Patronato. En 1867 vió coronados en parte sus esfuerzos, pues se restableció la Capilla con el número de capellanes y servidores que desde el tiempo de la fundación — principios del siglo XVII — estaba asignado en los Estatutos, y, como era justo, recibió el P. Gabino el nombramiento de Capellán mayor.

Muy adelantados llevaba sus trabajos para obtener la ansiada liquidación de lo que á las monjas pertenecía en el Real Patronato, cuando sobrevino la revolución de 1868 con su marcadísimo carácter antirreligioso. Ni eso arredró al Padre, que con suavidad y fortaleza continuó en la defensa de lo poco que las monjas tenían, é insistió en que recuperasen lo que era suyo. El terreno del convento que forma el ángulo de la calle de San Quintín y plazuela de la Encarnación, lo ocupaba entonces un piso bajo y unas tapias de feo aspecto. Esta circunstancia, la magnífica situación y el pertenecer aquello á pobres monjas, fueron pábulo para que alguien poco escrupuloso tratara de apoderarse del terreno, como antes se habían apoderado otros de lo que forma la manzana por la calle de San Quintín, Bailén plaza de los Ministerios y esquina de la calle de la Encarnación. Se instruyó al efecto un expediente de expropiación, con el pretexto de embellecimiento; mas el P. Gabino se opuso de tal manera al intentado despojo, y supo valerse de tales medios, que hizo imposible por entonces la resolución del expediente.

Una noche el Ministro de la Gobernación, García Ruiz, instigado por los que ambicionaban el terreno, mandó á la Encarnación una pareja de la



EUGENIO FERNÁNDEZ HIDALGO

Guardia civil para que condujese á su despacho al Padre Gabino. Eran las altas horas, y el Padre estaba rezando maitines cuando se presentaron los guardias. «Esperen ustedes que concluya de rezar, les dijo, y me tendrán á su disposición»; y los civiles esperaron. Conducido á presencia del irritado Ministro, éste le exigió que no pusiera obstáculo á la solución del expediente, y con formas descorteses añadió que mandaría derribar el convento y la iglesia. No se inmutó la grande alma del P. Gabino; habló, y tales palabras puso el Señor en sus labios, que desde las primeras se hizo dueño del corazón del Ministro, quien, convertido de fiero en amable, le ofreció cigarros — el P. Gabino no fumaba — y hasta manifestó respetuoso deseo de visitar á las monjas y ver el convento. El Padre le agradeció tanta benevolencia, y le prometió que le avisaría para que hiciese la visita, ya que por entonces no la juzgaba conveniente para la salud de S. E., pues había varias religiosas con enfermedad de sarampión. El Ministro mandó que acompañasen al Padre Gabino hasta su casa; y los que antes lo habían hecho con carácter de esbirros, lo hicieron luego como guardia de honor. Ya nadie se atrevió á pensar en el codiciado terreno.

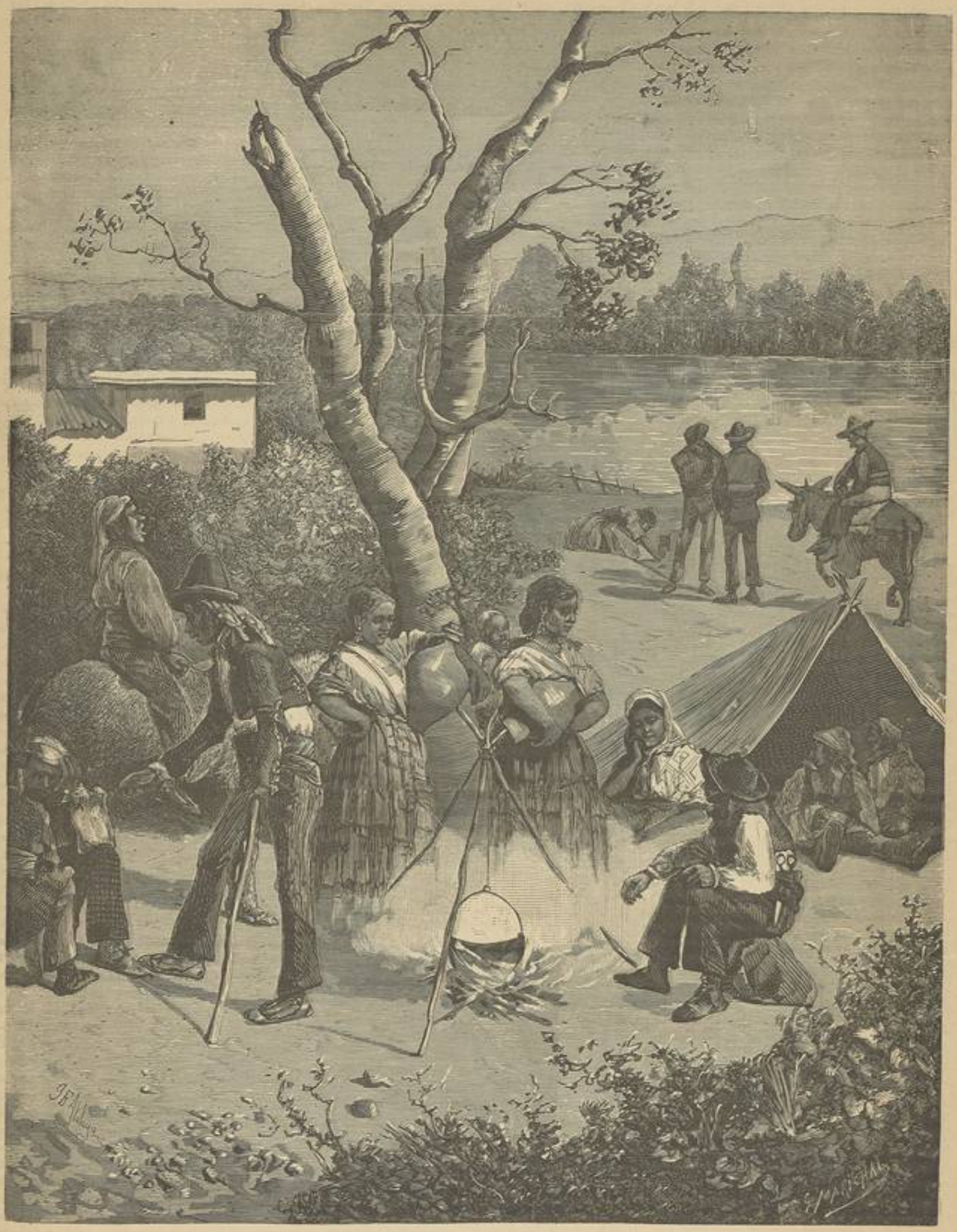
A luego de restaurada la Monarquía logró el Padre que el Real Patronato liquidase lo perteneciente al Monasterio de la Encarnación, y con los réditos devengados se hizo en 1878 la sólida y hermosa obra que hoy vemos en el mencionado ángulo, para quitar en adelante el pretexto de embellecimiento. Otras muchas mejoras en beneficio del monasterio y de la iglesia consiguió su Capellán mayor, especialmente la notable restauración del templo en 1885.

Hemos dicho que el P. Gabino fué siempre fraile, y nunca quiso ser otra cosa; pues si aceptó los Economatos de varias parroquias, fué para ejercitar su celo, sin perjuicio de estar pronto á volver á su amada celda; y si desempeñó el cargo de Capellán mayor de la Encarnación, fué porque se trataba de religiosas Agustinas.

En vista de su gran espíritu religioso, el Sumo Pontífice Pío IX, en 28 de Marzo de 1862, le nombró Comisario Apostólico de Agustinos Descalzos de la Congregación de España é Indias, con todas las facultades que tienen los Superiores generales, y la de nombrar Provinciales y Definidores Provinciales fuera del Capítulo. Por otro Rescripto de 27 de Abril de 1866 fué facultado también por Su Santidad para nombrar Definidores generales, á fin de proveer oportunamente en los casos á que se refiere el decreto y en todos los relativos al bien de la Orden.

Con admirable prudencia y con acendrado amor de padre ha dirigido la Congregación de Agustinos Recoletos durante veintinueve años, y en tiempo de su gobierno se han abierto los nuevos Colegios de Marcilla, en Navarra, y de San Millán de la Cogolla, en la Rioja, con destino á Misioneros de Filipinas, reinstalando también é infundiendo nueva vida á la Provincia religiosa de la Candelaria, en los Estados Unidos de Colombia. Esto se dice en breves palabras; pero representa una suma de laboriosidad, de fe, de constancia, de sacrificio y de espíritu religioso bastante y sobrada para que el P. Gabino mereciese el más brillante y fundado elogio.

Vida de tantos méritos, de tantas virtudes, había de ser coronada con una muerte santa. Desde principios de verano próximo pasado comenzó á exacerbarse la fatiga que, procedente del corazón, le molestaba alguna vez desde hacía bastantes años, pero sin que nunca le impidiese el desempeño de sus funciones como Capellán mayor y como confesor. Agregóse que en los primeros días de Enero último falleció su sobrino D. Juan Sánchez, sin que lo rápido del mal le permitiese recibir los santos Sacramentos. Esto, y el haber sabido la noticia de la muerte cuando subía las escaleras de la casa para visitar al enfermo, persuadido de que si bien estaba grave no había muerto, le ocasionó un ataque al corazón, que pudo dominar luego merced á su buena naturaleza y á la violencia que se hizo para no agravar la tristeza de la viuda y de los huérfanos. El Padre volvió á la Encarnación y continuó sus trabajos, aunque con honda pena y frecuentes angustias. El día 17 celebró Misa y confesó á las monjas; mas por la noche se acentuó la fatiga tanto, que su sobrino, el sabio catedrático y escritor D. Félix Sánchez Casado, que desde hace bastantes años vivía en su compañía y justamente le consideraba como á padre, viéndole en tal situación le aconsejó por la mañana del día 18 que no celebrase Misa. El mal le obligó á aceptar el consejo; mas se levantó, fué á la tribuna y de rodillas oyó la Misa mayor. El martes 20 por la mañana le vió el doctor Vegas y lo encontró constipado, pero sin gravedad alguna; sin embargo, el Padre comprendió que se moría y pidió con insistencia los Sacramentos. Por la tarde quiso que viniese el médico — era la primera vez, acaso en toda su vida, que á petición suya se llamaba al médico. — Temiendo éste que el enfriamiento fuese producido por algún principio de pulmonía, le reconoció y auscultó detenidamente. El Padre estaba recostado con algunas almohadas á la espalda, única posición que desde muchos años atrás podía tener en la cama. El doctor Vegas, para mejor enterarse de cómo funcionaban el corazón y los pulmones, le dijo auscultándole: «Cante usted, Padre Gabino»; y el Padre, con voz sonora y afinada en-



RANCHO DE GITANOS

tonación, cantó el *Magníficat anima mea Dominum* y el *Misericordias Domini in æternum cantabo*. Era el canto del cisne; le quedaban sólo cinco horas de vida terrena; pronto su alma entraría en el cielo, para cantar eternamente las alabanzas á la Santísima Virgen y las misericordias del Señor.

Recibió el Santo Viático con suma devoción, haciendo con voz firme la protestación de la fe, pidiendo perdón á todos con palabras y con lágrimas, y advirtiendo después de recibido el Señor que no olvidásemos aplicarle la indulgencia plenaria de la Orden y la de Su Santidad. Luego se le administró la Extremaunción, presentando las manos y los piés cual si estuviese lleno de vida. Se le hizo la recomendación del alma, bendijo á todos los circunstantes, y muy especialmente á las religiosas y religiosos, y sus últimas palabras fueron éstas: «Amor á Dios». Al verle en tan dulce agonía, todos nos enamorábamos más de aquella alma tan hermosa, y se duplicada nuestro sentimiento de la orfandad en que nos dejaba.

El Rdo. P. Iñigo Navarro, que le había administrado los Sacramentos y estaba ayudándole á bien morir, le preguntó que si quería que se le leyese la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan, y el Padre hizo un signo afirmativo. La agonía tomó entonces carácter todavía más dulce y sosegado, y al terminar la lectura de la Pasión, aquella vida se había extinguido, aquella alma había volado al cielo.

Su cadáver fué depositado en el locutorio del convento, y allí, con la debida autorización, se celebraron en la mañana del día 22 muchas Misas de cuerpo presente, inclusa la del Excmo. é Ilmo. Sr. Don Vicente Alda, Obispo de Huesca, que al tener noticia de la muerte de su querido Padre voló á esta Corte, donde en momento de tanta aflicción, dominando la suya, que era profundísima, fué paño de lágrimas para la familia, para las religiosas y para todos. Aquellas Misas oyeron muchísimas personas: y Sacerdotes, señoras, caballeros, multitud de pobres, y hasta aguadores y cocheros, entraron en la capilla ardiente, no por mera curiosidad, sino para orar y depositar las más honrosas coronas, que eran lágrimas de admiración y gratitud, ante aquel hermoso cadáver. Digo hermoso, pues habían transcurrido cerca de cuarenta horas desde la muerte, y lejos de iniciarse la descomposición, iba en crecimiento la belleza. Los sentimientos de piedad y veneración subieron de punto cuando se trató de soldar la caja mortuoria. Los fieles se abalanzaron, arrebatando, sin que pudiera impedirse, buena parte del hábito y cuanto hubieron á las manos para conservarlo como reliquias de un siervo de Dios. Al entierro, que el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad se dignó presidir personalmente, asistió gran número de fieles de todas las clases sociales, rindiendo cariñoso tributo de respeto y duelo al amado de Dios y de los hombres, cuya memoria es para todos bendecida.

Adorables son los juicios del Señor, por lo mismo que están sobre el alcance de nuestra pobre mirada. Respecto de la santidad de las personas, únicamente al Soberano Pontífice, como á Cabeza suprema de la Iglesia, concede el Altísimo potencia visual que penetre en los mismos cielos cuando se trata de la beatificación ó canonización de los santos. Nosotros sólo podemos decir de las virtudes del Rdo. Padre Gabino lo que en la tierra hemos presenciado: que siempre le vimos humilde, exacto cumplidor de sus deberes, laborioso, caritativo é hijo sumiso y muy adicto de la Santa Sede.

Profunda era su humildad, y por eso rehuyó aceptar dignidades eclesiásticas, que se le ofrecieron muchas veces. Para que la familia y sus íntimos supiéramos su brillante carrera literaria, que era examinador sinodal de las Diócesis de Sigüenza, Segorbe, Salamanca y Madrid-Alcalá, que tenía amplísimas licencias en la mayor parte de los obispados de España, y otras muchas facultades extraordinarias, ha sido preciso que él muriera. Hacía estudio particular de ocultarse, y la desconfianza en sí mismo llegaba hasta el punto de hacerle aparecer en algunos casos como de carácter indeciso y tímido. Hijo de su humildad era el sistema de consulta, aun con personas que en todos conceptos valíamos mucho menos que él. ¡Cuántas veces, ya á nosotros los religiosos, ya también á varios de los Capellanes, presentaba sus escritos de algún interés, diciendo: «Mírelo y corríjalo para que quede bien *claveteado*», que era expresión suya!

Mas aquella alma, por lo mismo que era humilde, se agigantaba ante la conciencia del deber, y entonces aparecía el P. Gabino en toda la grandeza de su carácter. Cuando el Excmo. Sr. Patriarca de las Indias entró en la Encarnación creyendo tener derecho jurisdiccional en aquella iglesia, y halló tan respetuosa como inflexible resistencia en el Capellán mayor, no pudo menos de admirar aquel rasgo de entereza; y ya en la sacristía, dirigiéndose al Padre y sin que por entonces dejara de creerse con derecho, le dijo: «Padre Gabino, usted ha cumplido con su deber.» Con igual energía se había conducido en Sigüenza al fallecimiento del Sr. Obispo Cortina, defendiendo y sacando ilesos los derechos de la familia y de los domésticos del difunto contra las pretensiones del Cabildo. Si el P. Gabino comprendía que estaba en el deber de hacer una cosa, la hacía, sin que le arredrasen obstáculos de ningún género, mas sin que por eso estuviese nunca su proceder animado por la terquedad, que siempre es ciega, pues las resoluciones y los actos del Padre obedecían á juicio reflexivo, á consejo y á oración.

Quien así cumplía sus deberes como Secretario de Cámara y como Capellán mayor, no fué menos exacto en el cumplimiento de sus deberes como religioso. Lo que más enaltece al P. Gabino es el haber sido siempre fraile, desde el momento en que recibió el hábito agustiniano hasta su último suspiro. En los conventos fué espejo de religiosos, y exclaustrado guardó incólumes sus votos monásticos de obediencia, pobreza y castidad. Mientras fué súbdito estuvo en constante correspondencia y sumisión con sus Prelados, aguardando el suspirado momento de que los religiosos pudieran reorganizarse, para ser el primero en volver á su querido claustro. Hasta el fin de su vida acarició la idea de fundar un convento, obedeciendo á la realización de esa idea una buena parte de sus últimas disposiciones. Delicadísimo de conciencia, pidió varias veces y obtuvo permiso de sus antecesores en la prelacía para la administración y distribución de bienes que le confiaban personas de quienes era testamentario ú otras de su familia. Aún se ha encontrado entre sus papeles la licencia para ser tutor de sus huérfanos sobrinos D. Félix y D. Juan. Nombrado Superior, nunca olvidó el voto de pobreza que había emitido; y en todo lo posible, dadas las especiales circunstancias en que se hallaba, procuró amoldarse estrictamente á la vida de pobre religioso. Para conservar inmaculado su voto de castidad, fué parco en la comida, muy observante en los ayunos de la Iglesia y de la Orden, sin dispensárselos ni aun en su vejez, y muy dado á todo género de austeridades, tanto, que las riquezas encontradas á su muerte han sido muchos y no poco usados cilicios. Llevaba su mortificación hasta no permitir nunca que pusieran fuego en su friísimo cuarto, ni durante lo más riguroso del invierno; y cuando en los últimos días de su vida fué preciso que antes de acostarse le calentaran un poco la cama, aún lamentaba aquella necesidad, y decía con religiosa pena, aunque con su habitual gracejo: «¡Qué mortificaciones para un fraile!»

A esa vida austera correspondía su laboriosidad, ejercitada principalmente en el confesonario. Ante los ojos de Dios y ante los ojos de las almas, brillaba, sin duda y con especialidad, nuestro llorado Padre, como confesor y director espiritual, poseyendo en alto grado, no sólo el conocimiento del corazón humano, sino el más difícil de los caminos del espíritu. Quien tuvo una vez la dicha de confiarle los secretos de su alma, descubriéndole el estado de su conciencia, no sabía apartarse de sus pies; quien escuchaba aquella doctrina santa que reposadamente fluía de sus labios, aquella palabra severamente dulce y siempre consoladora, siempre oportuna, se encariñaba de tan sabio y virtuoso confesor. Identificábase con sus confesados, sin otras predilecciones que las dictadas por la mayor necesidad de éste ó aquel penitente, y con solicitud, prudencia y caridad daba la mano á los grandes pecadores para que saliesen de su mal estado y perseverasen en el bien, como guiaba á las personas devotas y religiosas por los altos caminos de la perfección.

Cuando el santo Obispo de Salamanca, Señor Martínez Izquierdo, vino á la nueva Diócesis de Madrid, que bautizó con bautismo de su propia sangre consiguiendo la palma del martirio, según piadosa y fundadamente creemos, llamó al P. Gabino y le dijo: «Reanudaremos nuestra tarea.» Se confesaba con el Padre siendo éste catedrático de Sigüenza y el Sr. Izquierdo estudiante en aquel Seminario, y, encantado de su provechosa dirección, á ella se confió otra vez hasta que exhaló su último y glorioso suspiro. ¡Oh! ¡Cuántas lágrimas enjugó el P. Gabino! ¡Cuántas inquietudes calmó! ¡Cuánto acertadísimo consejo! ¡Cuánta reconciliación! ¡Cuánto bien hizo á las familias, á las Comunidades religiosas, á la sociedad entera, ejerciendo con tanto celo y por tantos años el ministerio del confesonario!

El trabajo de nuestro Padre no se limitaba al confesonario; de multitud de personas seglares y religiosas llevaba una verdadera penitenciaría de consultas espirituales que le dirigían gran número de almas, familias y conventos de Madrid y de toda España. Parecía increíble que un hombre solo, y ya octogenario, pudiera soportar tanta labor. Es cierto que para él no había esparcimientos de paseo, ni aun conversación y reposo de sobremesa, y que por las noches sólo tomaba el descanso absolutamente indispensable, después de pasar largas horas en oración, estudio y escritura.

Atendiendo asiduamente al bien de las almas, no olvidaba las necesidades de los pobres. Le seguían éstos á todas partes, pues tenían experimentado que nadie se acercaba en vano á implorar la caridad de P. Gabino, de quien podría también decirse que desde las entrañas de su madre había nacido con él la misericordia, pues sabido es que la caridad para con los pobres ha formado y forma el timbre ennoblecedor de su familia. Algunas veces, cuando le veíamos detenido ó acosado por tantos como le pedían, y mostrábamos impaciencia, nos recordaba el encargo que su hermano el Sacerdote D. Marcelino le hizo al morir: «que cuides de mis pobres», le dijo; y el P. Gabino, cuya alma compasiva no necesitaba excitaciones, cumplió á maravilla el encargo. Sus actos de caridad no se limitaban á las abundantes limosnas depositadas en manos de públicos pordioseros, y más cuantiosas en manos de vergonzantes; atendía también con pensiones á varias personas dentro y fuera de Madrid, y socorría á no pocos Sacerdotes pobres y á muchísimas Comunidades religiosas.

Acabo estos ligeros apuntes biográficos consignando que la virtud, hoy más que nunca necesaria, de adhesión fidelísima, constante y amorosa á la Santa Sede, fué esmeradamente practicada por nuestro inolvidable Padre. Como Vicario General de Orden religiosa, y por satisfacer su devoción, fué á

Roma en 1869 cuando se inauguró el Concilio Vaticano, teniendo la dicha de besar el pie y expresar us rendida obediencia y afecto al Sumo Pontífice Pío IX, y la de coadyuvar con tanta eficacia como modestia al buen éxito de asuntos altísima y santamente importantes. En Madrid estuvo siempre en muy respetuosas y cordiales relaciones con los Excelentísimos Señores Nuncios de Su Santidad, quienes estimaban en mucho sus virtudes, sus luces, experiencia y gran conocimiento de las personas. Por eso el Cardenal Secretario de Estado, Eminentísimo Sr. Rampolla, tanto le amaba y tanto sintió su muerte; por eso el actual Excelentísimo Señor Nuncio le quería muy de veras, distinguiéndole con especiales finezas, siendo para S. E. y para toda la Nunciatura día de luto el día en que falleció el Padre Gabino.

Grandes motivos hay para confiar en que siervo tan bueno y fiel habrá entrado en el gozo del Señor. Sin embargo, y supuesto que de todos modos nuestras oraciones serán del agrado de Dios y han de redundar en beneficio de nuestras almas, roguemos aún por la del Reverendísimo Padre Fr. Gabino Sánchez de la Purísima Concepción. — R. I. P.

Madrid 3 de Marzo de 1891.

FRAY TORIBIO MINGUELLA DE LA MERCED,
Agustino Recoleto.

TEATROS

Á VUELA PLUMA

Premioso está el tiempo, ó por mejor decir, lo está algo más que de costumbre.

El caso no es para menos; y si no, ustedes dirán.

Los actores de invierno ceden el puesto á los toreros de verano; los primeros se marchan á dar á conocer en provincias las primicias de inteligencias cortesanas; los segundos vienen á la capital á lucir sus facultades en el difícil y arriesgado arte de Pepe Hillo y de Costillares.

¡Cuando unos vienen otros se van!

Terminada la *season* de los grandes teatros madrileños, hay que sacar fuerzas de flaqueza y disponerse á emprenderla con los de menor cuantía en la escala artística, que de fijo tendrán ya de reserva buen acopio de novedades veraniegas.

Que éstas sean buenas es lo que hay que pedir á Dios de todas veras, aunque por nuestra parte lo dudamos.

El balance de la pasada temporada teatral está hecho en brevísimas palabras. Un par de obras de verdad, un diluvio de traducciones ó arreglos y una plaga de juguetes cómicos, que no tienen más de juguete que lo poco que tardó el autor en escribirlos y el público en tolerarlos.

El *bilan*, pues, no puede ser ni más desconsolador ni más triste.

El desquiciamiento del arte parece ser un hecho, y de esto al naufragio final no hay más que un paso.

Por supuesto, que de lo que ocurre no les cabe poca culpa á los artistas.

Empeñados en seguir otros derroteros que los marcados por la sana moral y el respeto de la propia dignidad, que debe ser ante todo guía y sostén de nuestra escena, sufren el castigo de su abandono pecando en chabacanos y girando en una órbita viciosa que no puede brindarles más que desengaños y sinsabores, amén de otras contrariedades merecidísimas por su falta de buen gusto.

En la conciencia del público en general está que el teatro debe servir para algo, sí; para algo bueno, que tienda á reformar las costumbres, á elevar los sentimientos, á depositar una semilla moralizadora entre aquellos sobre todo que, desprovistos de cierta instrucción, necesitan que se les inculque las buenas doctrinas rodeadas de ese aparato escénico que por lo deslumbrador é inusitado suele dejar huellas más profundas en un corazón, impresionándole, que las frías y ennegrecidas hojas de un libro, que no siempre hallarse puede á la altura de todos los bolsillos y de todas las inteligencias.

Pues bien: del momento en que los intérpretes del arte lo rebajan hasta el punto de convertirlo en instrumento de granjería y en cebos de inmoralidad, suicídanse doblemente faltando á uno de los más sagrados deberes de la humana conciencia, á la par que colocan sus aptitudes ó su talento al servicio de una mala causa, tanto más vellosa y detestable, cuanto que produce innumerables víctimas envenenando los espíritus y enervando los organismos.

El daño que causan esos artistas que se complacen en hacer alarde de su lascivia y falta de aprensión, es incalculable, y el público cristiano y sensato no se mostrará nunca bastante severo en sus censuras contra ellos, pues todo se lo merecen.

Por cierto que las autoridades gubernativas debieran tomar cartas en el asunto, ya que parece haberse iniciado una saludable reacción entre la masa del público, prohibiendo de un modo terminante la representación de toda obra que excitara las malas pasiones ó sirviese de pretexto para poner de manifiesto todas las concupiscencias y pasiones bastardas y malsanas que se anidan, cual enjambre de alimañas ponzoñosas, de telones adentro.

Verdad es que esos teatros no son templos del arte, ni lo han sido nunca; son pura y llanamente escuelas de perversión, y aun algo más que no diremos, aun cuando esté pugnando por salir de la punta de nuestra mal cortada pluma, por respeto á los cristianos y cultos lectores que suelen hojear esta Revista.

¿Quién niega que, á la altura á que han llegado las cosas, las mujeres sensatas, los jóvenes morigerados, los padres de familia no podemos ir al teatro sin que tomen por asalto nuestros oídos con frases, dichos y retruécanos que harían subir el color á las mejillas de un cabo de mar, ó sorprendan nuestros ojos con movimientos y actitudes al lado de las cuales el baile de las bayaderas egipcias, las contorsiones del *petaco* y de la *zamacueca*, esas danzas americanas, son inocentes jotas aragonesas?

¿En qué país estamos, señores? La antigua Roma murió por sus vicios y sus debilidades. ¡España, la España del siglo de las luces, se apagará en las tinieblas del desenfreno, y desaparecerá por siempre de entre las naciones cultas y civilizadas, si seguimos por este camino de perdición y de inmoralidad!...

Y no se diga que al genio todo le es permitido, que puede atropellar por todas las conveniencias, desechar el estrecho marco al cual hállanse sujetas las medianías, pues á eso contestaremos nosotros que es *mentira*, y pásesenos la crudeza de la palabra en aras de la buena intención que nos guía.

El genio no es genio mientras se aparte de lo moral y de lo justo, y el que proceda de distinto modo no es más que un vil especulador de los vicios y de las tendencias pecaminosas de sus semejantes, dispuestos siempre, por desgracia, á desoir la voz de la razón y de la recta conciencia.

Es de todo punto preciso, indispensable que el público se aleje de todos aquellos sitios que su buen sentido le dicte son de corrupción, y se abstenga por completo de cooperar con su óbolo al sostenimiento de esas cátedras de inmoralidad, que causan más víctimas y producen más desastres que las más mortíferas epidemias que suelen visitarnos de vez en cuando en alas de las corrientes abrasadoras que soplan de las remotas regiones del Asia.

Dada, pues, esta voz de alarma, este grito que sale del corazón, cumpliremos con nuestro deber de revistero, contando, ante todo, con la nunca desmentida benevolencia de nuestros lectores, que nos dispensarán, sin duda alguna, si hemos pecado de pesados y machacones.

***

Se ha empezado y se halla próxima á terminar la era de los beneficios. Todos los artistas de alguna importancia hállanse á estas horas *beneficiados*.

En la *Princesa*, el beneficio de María Tubau fué un verdadero acontecimiento. La incomparable actriz hizo una vez más gala de sus excepcionales aptitudes, logrando cautivar al público y produciendo una verdadera explosión de entusiasmo por lo acertada que estuvo en todos sus papeles. Al final la hicieron doctora entregándola, al mismo tiempo que un precioso birrete, un título en el cual leíase lo siguiente:

Á MARÍA TUBAU EN SU BENEFICIO

«Yo, la Fama, al mundo hago saber:

Que reunidas por orden de Apolo en el Parnaso todas las Musas, formando tribunal bajo la presidencia de Talía, por aclamación, y sin ejemplo, han nombrado Doctora en el arte á la eminente é inspirada actriz española María Tubau.

Mensajera yo de esta nueva, traigo á la agraciada el título y el birrete, haciendo constar que cumplo fielmente mi misión.—*La Fama.*»

«En representación del Parnaso español, de la prensa de Madrid y de los numerosos admiradores de la beneficiada, certificamos que es verdad cuanto la Fama dice.

Madrid 14 de Marzo de 1891.—Emilio Castelar.—José Zorrilla.—José Echegaray.—A. Cánovas del Castillo.—Gaspar Núñez de Arce.—R. de Campoamor.—Eugenio Sellés y Manuel del Palacio.»

A estas firmas seguían las de algunos directores de periódicos de Madrid, entusiastas todos ellos de la insigne artista.

Como se ve, pues, María Tubau no podrá tener queja de la despedida que se le ha hecho.

***

María Guerrero, la simpática actriz del *teatro Español*, también obtuvo un señalado triunfo la noche de su beneficio.

En la representación de *La Casa de Campo* hizo prodigios, dignamente acompañada por Ricardo Calvo y por Donato Jiménez, que se portaron como buenos.

La inspirada artista recibió numerosos regalos de sus admiradores. Entre los donantes figuraban los nombres de los señores Conde de Reparaz, Echegaray, Blanco Asenjo, Calvo, Jiménez, Santisteban, Palacio, Novo, Ruiz Martínez, Muro, Retes, Tolosa Latour, Gasset, Núñez de Arce, Baños, López, Arjona, Marqués de Roncali, Lhardy, Sales, señoritas de Fuentes, Calvo, Francés, viuda de Pedraza, etcétera, etc., etc.

¡Que sea enhorabuena!

***

En la *Comedia* el beneficio del primer actor señor Sánchez de León sirvió á sus amigos de motivo para demostrarle las simpatías de que goza; simpatías merecidas, á nuestro juicio, pues es uno de los actores más estudiosos y comedidos de nuestra escena.

La función debe haber dejado indudablemente grato recuerdo en la memoria del beneficiado, á quien celebraremos ver en la temporada que viene en un teatro siempre de primer orden.

***

Y ahora, lectores míos, daré cima por hoy á mi trabajo, tan deshilvanado é insípido, recordándoles aquella frase de nuestro inmortal prosista: *¿Si creerán Vuesas Mercedes que no cuesta trabajo inflar un perro?...*

MISTIGRIS.



LA PESCA



LA HERMANA DE LA CARIDAD

ALBUM DE POESÍAS

LAS ALAS DEL GENIO

(Continuación.)

II

Corre el año mil quinientos
Cuarenta y dos en Granada;
El César manda en el mundo
Y tiene el trono en España.
Granada mitad es mora,
La otra mitad castellana;
Y á vueltas de las esquinas
Hay encuentros y estocadas.
Entre los nobles donceles
É hidalgos de espada larga,
Que á caza van de aventuras
A veces encarnizadas;
Y rondan en calle estrecha
Ajimeces y ventanas;
Y requieren los estoques,
Después de la serenata;
Y dan billetes sentidos,
Porque le muestre la cara
A la gentil encubierta,
Que por doquier los arrastra,
Y empellones á las dueñas
Al torcer la encrucijada
Y á la moza *corre y dile*
Un maravedí de plata.
Hay uno que lleva al cinto
Sólo ha tres meses la espada
(Razon por que se supone
Que ya le apunta la barba):
Y no se mezcla en las riñas,
Ni sigue al templo á las damas,
Ni ronda la calle obscura,
Ni á las dueñas tiene rabia;
Ni, aunque son suyas las trovas
Más sentidas, va á cantarlas;
Ni sube nunca á las cejas
El embozo de su capa;
Ni penetra en el palacio,
Donde primero sus cántigas
Entraron, las ricas puertas
Poniéndole al punto francas.
Apuesto, bizarro, noble,
Ni es quijote, ni hace trampas,
Y aunque es de juicio sesudo,
No es sentenciosa su habla.
Tiene el alma de paloma,
La imaginación es águila,
Es su corazón de fuego
Y centellas sus miradas.
Es galante sin requiebro
Ni alambicadas palabras,
Sin descompuestas mesuras
Ni soñadas esperanzas.
Y este corazón gigante,
Que pone á los vicios valla
Y sus pasiones enfrena,
Es cautivo de una dama.
Cautivo en negras prisiones,
Donde ríe, llora y canta,
Sin que al suelo nunca lleguen
Sus candidísimas alas.
No hay castellana leyenda,
Ni tradición en la Alhambra,
Ni en el Albaicín hay cuento
Ni conseja en Bibarrambla,
De la que no se destaque
Aérea, intangible y plácida
La alba figura de Estrella,
Que sonriendo le halaga.
Y no hay arroyo en la vega,
Ni pájaro en la enramada,
Que no le finja en sus ecos
La voz que ciego idolatra.
Ama á Estrella como al valle
El torrente de ondas bravas,
Que cuando á sus flores llegan
Se tornan dulces y mansas.
La quiere como á la noche
Ama el capullo, que aguarda
Las gotas de su rocío
Que traen esencia á sus galas.
La quiere como á los ojos
Quieren sin duda las lágrimas,
Que son penas que se endulzan
Cuando de los ojos manan.
Y Estrella de este amor puro
Ve la inextinguible llama,
Y la alienta, de desdenes
Echando en la hoguera zarzas.
Más que al doncel quiere Estrella
Del bardo apuesto la fama,
Y porque á su nombre cante
Con fuego la incendia el alma.
Estrella quiere á un Don Nuño,
Que espuela dorada calza
Y que marchó para Flandes
Al frente de su mesnada;
Y aunque él le lleva seis lustros,
Ama el lustre de sus armas
Y sueña con la nobleza
De su remota prosapia.
Y ocultando estos amores,
Su vuelta anhelante aguarda,
Mientras arrulla su orgullo
El poeta á quien engaña.
Mal la llamaron Estrella;
Más le cuadra luna blanca,
Por la beldad de su rostro
Y los giros con que anda.
Luna es que del sol recibe
La luz que brillante irradia,
Que es el amor que en sus cánticos
El claro doncel le manda.
Y ella gira alrededor
De la tierra que se apaga,
Que es Don Nuño, que luz sólo
Ve en el blasón de su casa.

(Se continuará.)

UN CAPÍTULO DE LA NOVELA
QUIEN MAL ANDA, ¿CÓMO ACABA?

POR

D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

I

INÚTIL es apuntar el nombre de la calle y número de la casa en que instalada estuvo la peluquería de Pérez, porque no hay en Valencia quien lo ignore. Bueno es advertir, no obstante, que el establecimiento dicho ocupa la planta baja del edificio y está separado de la acera por espacioso vestíbulo acristalado, á derecha é izquierda del cual encontrará el calvo menesteroso, ó señora de poco pelo, cuantos añadidos, trenzas, rellenos, bisoñés, pelucas, postizos y peluconas (no de oro) se les antojen, todo artísticamente dispuesto y expuesto en lujosos escaparates.

Peluquería se rotula, pero mejor fuera llamarla barbería, ó ambas cosas á la vez, pues el amo de casa, Paco Pérez, su primogénito Paquito, tres mancebos continuos, uno intermitente, es decir, que funciona sólo los sábados, domingos y fiestas de pelar..... digo de guardar, y un muchacho mandadero, viven allí apercibidos siempre á rapar las barbas y á cortar, rizar y peinar el cabello cuando y como mejor parezca al público de tales artificios menesteroso.

Un salón con pavimento de marmóreas baldosas, blancas y negras; cinco sillones delante de otros tantos espejos de medio cuerpo con dorados marcos, que se apoyan sobre consolas cubiertas de frascos, peines, cepillos, navajas y tijeras; un lavabo de piedra con dos aljofainas y otros tantos grifos; varias perchas y un velador en el centro, sobre el cual se ven en pintoresco desorden los periódicos todos de la localidad, singularmente los callejeros y satíricos, en amable consorcio con *La Ilustración Española y Americana*, única que se permite el lujo de gastar cubiertas de nasta, y media docena de mecedoras de rejilla en torno del velador susodicho: tal se presenta la peluquería de Paco Pérez al curioso espectador que atraviesa el acristalado vestíbulo.

Paco Pérez se dedica con preferencia á la peluquería, dirige ó vigila las operaciones barberiles de sus subordinados, y se pasea por el salón con las manos metidas en los bolsillos de los anchos y ya antiguos pantalones, una punta de requemado cigarrillo de papel pegada al labio inferior y un casquete de terciopelo amaranto, con borla negra de cordoncillo, en la cabeza. Frisa en los sesenta, luce largos, rizados y níveos bigotes, dirige frases oportunas y galantes á sus parroquianos, pues conoce al dedillo la vida y milagros de todos ellos, y cuando le llaman práctica también en el barrio la cirugía, pues es antiguo cirujano romancista y no se revalidó en medicina menor, por los años que precedieron á la gloriosísima revolución del 68, porque no pudo entender, ni por lo tanto probar, aunque la cursó, la *Piscología* como él la llamaba, maldita asignatura indispensable entonces para obtener el honroso título de médico de segunda clase.

Maestro en las pilosas artes, *artista en cabellos*, como se calificaba con orgullo á sí mismo, graduado y aun doctorado estaba el peluquero Pérez en materia de anuncios, que con la fabricación de *pitillos* de contrabando componían sus dos especialidades favoritas. El que no anuncia no vende, y el que fuma veneno es porque quiere, repetía á menudo; y ¡claro está! á fuerza de oirle ponderar el género, vendía millares de *pitillos* y fabricaba bastantes pelucas. Discurría como un condenado para que sus anuncios, no solamente fuesen leídos, sino comentados, y acababa de publicar el de las *pts*, que de repente le colocó muy por encima de los mismísimos Doctores Garrido y Ayer, y hasta del jabón de los príncipes del Congo, que no tiene rival en materia de despropósitos anunciadores, anuncio que á la letra decía así:

PACO PÉREZ, PELUQUERO PERFUMISTA.

"Preciosísimas pollas, pretenciosas pavas, poderosos príncipes, pacíficos presbíteros, pudientes propietarios, prosáicos prestamistas, pobres poetas, ¿pretendéis peinaros piramidalmente, poniéndoos pelo postizo para pescar pareja? ¿Pensáis perfumaros perfectísimamente por preciosos procedimientos parisienses? ¿Pretendéis poneros pulcras pelucas, primorosamente perfeccionadas? ¿Pensáis pintaros patillas para parecer pistonudos personajes? Pues, perínclitos parroquianos, para proporcionaros peinados, postizos, peines, perfumes, pelucas, peinetas, pastillas, por poco precio, preguntad preferentemente por Paco Pérez, peluquero perfumista."

Por miedo á los agentes de la Tabacalera no se atrevió á meter en el anuncio los *pitillos*, y á fe que estaban convidando con su *p* inicial mejor, mucho mejor que los perfumes todos de segunda mano, que en honor de la verdad le producían poco ó nada.

Paquito, que seguía muy de cerca las huellas glo-

riosas de su padre don Paco, acababa de obtener en público examen el título de ministrante sangrador, y exhibía su diploma correspondiente (el mejor adorno del salón) encuadrado en lujoso marco, bajo transparente cristal.

Pero ni Paco ni Paquito debían su bienestar á la cirugía mayor ni menor, ni á sus habilidades artísticas en cabellos, ni á los pitillos y perfumes, sino á las navajas y tijeras, cuyo *tic tac* acompañado y metálico se oía á todas horas en la peluquería de Pérez, frecuentada de día y de noche por muchos aristócratas, muchísimos mesócratas, algún que otro reverendo y casi toda la *high life* de Valencia.

Paquito, sobre todo, tenía reputación grande entre los gomosos, pues nadie más adulador, más amable, más servicial, mejor enterado de los chismes que hacen las delicias de los ociosos y elegantes, más hablador, más nimio y amanerado en los pormenores todos de su oficio, más hábil para improvisar un peinado flamenco, esconder las calvicies incipientes, convertir en bigote el bozo que apunta, rizar y teñir el cabello y, en suma, para las artes y artificios todos de su oficio.

—Mira, Pacorro, que después del teatro tenemos *juerga* y quiero presentarme muy flamenco.

—Descuide usted, Luisito, irá usted mejor peinado que el cantaor Breva.

—Paquín, mi querido Paquín, veas cómo te las compones para que mi bigote izquierdo no parezca gris y el derecho rubio.

—Muy fácilmente, Marqués: tiñendo ambos de negro brillante.

—¿Se conocerá?

—Nunca, porque el pelo de la cabeza lo tiene usted negro como una mora, y cutis más sonrosado y fino que el de usted, no lo hay en Valencia.

El Marqués mirábase lánguidamente al espejo de enfrente, y pensaba á la vez que Paquito era muy amable.

—Oye: Quiquet, me canso de llevar la barba recortada. ¿Te atreves á dejarme perilla á lo Mefistófeles?

—Al momento, Doctor, al momento: ¡si fuese tan sencillo aprender lo que usted sabe!

El Doctor soplaba de satisfacción y miraba en torno, haciéndose el distraído.

—¿Estuviste en los toros el domingo, Paquín?

—¡No faltaba más! En contrabarrera precisamente.

—Pues no te ví.

—Yo tampoco.

Y entre tanto, pasándole la suave mano en forma de embudo, acariciaba repetidas veces la perilla de éste, frotaba ligeramente las patillas de aquél, presentaba ovalado espejito para que en él se contemplase al de más allá, enroscaba ó afilaba las guías del bigote de unos, se permitía suaves palmaditas sobre las espaldas de otros, elogiaba el gusto de los que visten sin él, las maneras distinguidas de los que se las echan de aristócratas sin serlo, la finura de los pocos cabellos del calvo, la fuerza y abundancia de ciertos pelos que parecen cerdas, las patillas de éste, los bigotes de ese, la luenga barba de aquél, y hasta la mosca del de más allá; y trataba á sus parroquianos todos con amabilidad dulzona y pegajosa, sin que nunca se apartase un momento la sonrisa de sus labios. Muy amable era el primogénito del peluquero; pero aun era más feo, delgaducho y huesoso que amable: todo lo cual se le perdonaba con el trato y el tiempo, sobre todo si se advertía en su risueña y prolongada faz aquel muestrario completo de barbería elegante, pues nuestro mozo gastaba patillas, bigote, mosca, pera y hasta sotabarba de tarde en tarde, y sometía todas las susodichas pilosas partes de su rostro á metamorfosis frecuentes y graciosísimas.

Don Paco, en cambio (pues así llamaban muchos al peluquero, perfumista, cirujano, sangrador y *pitillista*), ingeniábase admirablemente con el elemento grave y conservador de su parroquia, oficiando de almanaque viviente colgado del ojal; estudiaba las aficiones de sus parroquianos, hablándole al clérigo de funciones de iglesia y de oradores sagrados, al flamenco del *cante* y de toros, al *sportman* de caza, pesca y caballos, de teatros y revistas al escritor, de la bolsa al banquero, de política al periodista ó concejal, de modas al gomoso, etc., etc.; vigilaba sin cesar á sus mancebos é hijo y á cuantos iban y venían; y empuñaba la tijera ó la navaja, por último, únicamente en casos supremos ó de concurrencia grande.

ENTRE AMIGOS

Un talismán te propongo
Para abrir su corazón...
Usa mucho del **Jabón**
de los **Príncipes del Congo.**

Jabonería VÍCTOR VAISSIER. — París.
De venta en las principales perfumerías.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLADOS que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Madrid, — Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.

GRAN CERERÍA



ESPECIALIDAD en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **CERAS PURAS DE ABEJAS** para el **CULTO CATÓLICO**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS

en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerezina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FÁBRICA de BUJÍAS ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. **Cirios y blandones esteáricos** de todas dimensiones.

Casa fundada en 1838. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8

Estamperías, grabados, oleografías, *Vía-Crucis*, sacras, fotografías, etc.

IMÁGENES TALLA

Se hacen de encargo y con esmero en la ejecución.

GRAN ALMACÉN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, editor.
PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa.

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

Obras de estudio. — Catálogos gratis.

SUBIRANA HERMANOS

Puerta Ferrisa, 16. — BARCELONA

Casa editorial. — Desde la fundación de nuestro establecimiento, que data del año 1845, nos dedicamos especialmente á la publicación de importantísimas obras de renombrados autores católicos, que damos siempre á luz con la debida licencia de la Autoridad eclesiástica.

Imprenta. — Impresión de Obras, Revistas, Memorias, etc., etc., tanto de lujo como económicas.

Librería. — Venta al por mayor y menor de obras religiosas, morales y de controversia; de ciencias eclesiásticas, místicas y ascéticas; de texto y premios para Seminarios y Colegios, y de Consulta para el clero. — Gran surtido de libros litúrgicos. Especialidad en devocionarios.

Encuadernación. — En este ramo contamos con todos los elementos para salir airosos en cualquier trabajo artístico que se nos confíe.

Objetos de piedad. — Medallas y rosarios; estatuitas y Cristos de metal de todas clases; sacras y estampitas económicas y lujosas, etc., etc.

NOTA. — Esta casa no imprime, vende ni encuaderna obra alguna contraria á la Religión católica ó á la sana moral.

BIBLIOTECA

ORNAMENTOS DE IGLESIA

Fábrica de sedería y taller de bordados en oro, plata y sedas

DE

FRANCISCO DE A. SERRA

Plaza del Angel, 8 y 9,

BARCELONA

Inmensos surtidos, con gran variedad de gustos y clases, desde los precios más ínfimos hasta los más ricos y superiores, en toda suerte de artículos propios para el culto católico.

Venta de géneros en pieza, y todo cuanto precisa para la confección completa de ornamentos.

Casullas, capas, dalmáticas, estolas sueltas, paños de hombros, greniales, palios, frontales, mantos y vestidos para imágenes y umbrelas. Todas estas piezas las hay también en bordado.

Cíngulos, fiadores, agremanes, puntillas, flecos y galones, en seda, plata y oro.

Albas, roquetes, sobrepellices, amitos, corporales, etc., etc., de todas clases.

Sotanas, manteos, balandranes, mucetas y demás hábitos talares.

Guantes y medias de seda de todos colores.

Estatuaria y *Vía-Crucis*.

Bronces y metal blanco en vasos sagrados y objetos propios para iglesias. Se restauran los antiguos y se doran, platean y barnizan.

Diurnos, breviarios, misales, rituales, etc., de todas ediciones y precios.

Artículos propios para bordar. — Tafetanes, rasos, lana y telas de plata y oro, canutillos é hilillos de oro y de plata, y cuanto precisa para bordar.

Remisión gratis de catálogos y muestras.

Dibujos variados y exclusivos.

Precios sin competencia.

NO MAS ACEITE DE HÍGADOS DE BACALAO

Vino restaurador del Dr. Comabella, á base de extracto de hígado de bacalao *(vinum extracthi hepatis morrhuae)*, premiado con medalla de oro por la Academia Nacional de París y en las Exposiciones Universales de Barcelona, Amberes y Niza; es un medicamento de resultados positivos, reemplazando ventajosamente al *aceite de hígado de bacalao*, sobre el cual tiene este vino la doble ventaja de ser absorbido con más facilidad y de ayudar la digestión; es *tónico y reconstituyente;* su uso es apetecible, y así los niños como los adultos lo toman, cual el más exquisito vino de sobremesa; es aplicable á varias enfermedades, tales como el *raquitismo*, la *tisis*, la *debilidad general*, el *color pálido de los niños*, que dependo de una nutrición incompleta, y generalmente todas aquellas cuyo origen sea el escrofulismo.

De venta en casa de su autor, calle del Carmen, núm. 23, **Barcelona**, y en las principales farmacias de España.

Farmacia del DR. SOMOLINOS, Infantes, 23. — MADRID

Precio: 3 pesetas frasco.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Fuencarral, 7, Madrid.

Guantes de piel de caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza, lana, seda é hilo.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

Para regalos se acaba de recibir un gran surtido de corbatas y boquillas de última novedad.

GRANJA DEL ATANOR

Calle de Moreno Nieto, 1, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)

MADRID

ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS

Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.119).

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.

Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaráz.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día 31 del actual y 1.° de Abril próximo, de once de la mañana á tres de la tarde, se pagarán por este Banco los intereses correspondientes al tercer trimestre de las Obligaciones del Tesoro al 5 por 100; los del primer trimestre del corriente año de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 y los de la Deuda perpetua al 4 por 100 interior, depositados en las Cajas del mismo ó entregados en garantías de operaciones.

Los interesados pueden presentarse en la Caja de este Banco á percibir el importe de los intereses por el orden siguiente:

Día 31 de Marzo.—Obligaciones del Tesoro al 5 por 100.

Deuda amortizable al 4 por 100.

Miércoles.	1.°	Abril.	—Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.		
Viernes...	3	íd.	—Depósitos transmisibles, resguardos núms.		170.228 á 225.000
Lunes....	6	íd.	—Idem	íd.	íd. 225.001 „ 255.000
Miércoles.	8	íd.	—Idem	íd.	íd. 255.001 „ 275.000
Viernes...	10	íd.	—Idem	íd.	íd. 275.001 „ 283.898

Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Jueves...	2	Abril.	—Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.		
Sábado...	4	íd.	—Depósitos transmisibles, resguardos núms.		181.429 á 211.000
Martes...	7	íd.	—Idem	íd.	íd. 211.001 „ 240.000
Jueves...	9	íd.	—Idem	íd.	íd. 240.001 „ 254.000
Sábado...	11	íd.	—Idem	íd.	íd. 254.001 „ 264.000
Lunes....	13	íd.	—Idem	íd.	íd. 264.001 „ 272.000
Martes...	14	íd.	—Idem	íd.	íd. 272.001 „ 278.000
Miércoles.	15	íd.	—Idem	íd.	íd. 278.001 „ 283.020

Los depósitos en Deuda amortizable al 4 por 100 que, por resultado del sorteo de 2 del actual, contengan títulos amortizados, necesitan ser retirados por los depositantes, á fin de poder hacer efectivos el importe de aquéllos con el libramiento que se les entregará en equivalencia de los mismos.

Madrid 24 de Marzo de 1890. — El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

Habiéndose recibido de la Dirección general de la Deuda pública los talones de los resguardos hasta el número 1.000, expedidos por aquel centro en representación de cupones de Deuda perpetua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.° de Abril de 1891, presentados en aquella Dirección, los portadores de los citados resguardos pueden presentarlos al cobro en las Cajas de este Banco, en la forma siguiente:

Día 1.° Abril 1891.			Resguardos números	1	á 400
»	2	»	»	Idem	401 » 800
»	3	»	»	Idem	801 » 1.000

En los días sucesivos se pueden presentar al cobro en las mismas Cajas, sin previo anuncio, los resguardos cuya numeración exceda de la última señalada, que serán satisfechos en el acto, siempre que el Banco haya recibido de la Dirección general de la Deuda los talones correspondientes.

Madrid 28 de Marzo de 1891. — El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

POESÍAS

POR

DOÑA CAROLINA VALENCIA

Un tomo en rústica, se vende á 2 pesetas en la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, San Onofre, 5, tercero izquierda.

ESTREÑIMIENTO
ó Afecciones
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra fácilmente
El frasco contiene unas 20 Dosis
PARIS, 6, Avenue Victoria y Farmacias.

Correspondencia con los Sres. Suscritores

Dos Torres. — M. C. V. — Recibida libranza.

San Fernando. — J. de E. — Idem íd.

Mesones. — A. U. — Idem íd.

Viligudino. — T. M. P. — Recibidos sellos.

ACEITE de HOGG



de **HÍGADO FRESCO** de **BACALAO**, *NATURAL y MEDICINAL*

El mejor que existe puesto que ha obtenido *la mas alta Recompensa* en la EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1889

Recetado desde **40 AÑOS** en Francia, en Inglaterra, en España, en Portugal, en el Brazil y en todas las Repúblicas Hispano-Americanas, por los **primeros médicos del mundo entero**, contra las **Enfermedades** del **Pecho, Tos, Personas débiles**, los **Niños raquíticos, Humores, Erupciones del cútis**, etc.

Es mucho mas activo que las *Emulsiones* que contienen mitad de agua, *y que los aceites blancos de Noruega*, cuya operacion no hace perder una gran parte de sus propiedades curativas.

Se vende solamente en frascos **TRIANGULARES**. — Exíjase sobre la etiqueta el SELLO AZUL del **Estado Francés**

Solo Propietario: **HOGG, 2, rue Castiglione, PARIS**, y en todas las Farmacias.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. | NÚMERO 7.º — Madrid 15 de Abril de 1891. | NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 pt. fs.
Un año..... 16 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 pt. fs
Un año..... 5 »

MONUMENTOS ARTÍSTICOS

PALACIO REAL DE MADRID

SUMARIO

Texto.

La quincena, por Angel Salcedo. — *Grabados*, por Antonio de Oloseo. — *Boletín religioso*, por J. F. — *El gran suceso literario*, por X. — *Teatros*, por Mistigris. — *Uno como hay muchos*, por C. P. M. — Album de poesías: *Las alas del genio*, por el P. Jiménez Campaña (continuación). — *El sello*, por Juan P. Zúñiga. — *Las tres vírgenes negras*, por FL Bouhours, traducida del P. J. R. Agustino. — *Anuncios*.

Grabados.

Monumentos artísticos: Palacio Real de Madrid. — El P. Francisco Blanco, Agustino, Redactor de *La Ciudad de Dios*.—*Bellas Artes:* Pescadora escocesa. — El bibliófilo. — El sueño del soldado. — *Papel:* El puente de la Concordia. — La rendición de Granada.

LA QUINCENA

No hay personaje más famoso en la historia del descubrimiento de América que Fray Juan Pérez de Marchena, el guardián del convento de la Rábida.

Cuantos han escrito de Colón al estilo poético, Lamartine v. gr., empiezan sus respectivos relatos por el de aquella romántica llegada del peregrino genovés al convento de Franciscanos, próximo á Palos, con el consabido vaso de agua ofrecido á Colón por el guardián de los frailes, y la generosísima hospitalidad encontrada en el convento por el glorioso descubridor del Nuevo Mundo.

El recibimiento que Fray Juan Pérez de Marchena dispensó á Colón, es ya muletilla que invariablemente usan los oradores sagrados y profanos cuando á las alturas del descubrimiento tienden los vuelos de su elocuencia.

Y sin embargo.... llovía, como escribió cierto novelista famoso por lo malo.

Es verdad, verdad del todo, que Colón encontró generosa hospitalidad en el convento de la Rábida. Es verdad que los frailes franciscanos dispensaron al ilustre genovés todo género de auxilio y protección. Pero no es cierto que jamás existiera un religioso llamado Fray Juan Pérez de Marchena. Existieron, sí, dos religiosos protectores y amigos de Colón: uno llamado Fray Juan Pérez y otro Fray Antonio de Marchena, de los que la ignorancia, andando los tiempos, hizo un sólo personaje y un sólo nombre. ¿Quién sabe si en el siglo XXII ó XXIII Cánovas y Sagasta se resumirán en una sóla persona, y se dirá D. Antonio Sagasta y Cánovas del Castillo, como ahora decimos Fray Juan Pérez de Marchena?

La gloria, según Espronceda, sólo sirve para que le llenen á uno el hueco vientre de olorosa agua, y para que lo expongan en figura de botella en los escaparates de las perfumerías. Por el caso de los franciscanos de la Rábida se vé que tambien sirve para que lo barajen á uno despues de muerto con alguno de sus contemporáneos, y con los huesos de uno y del otro formen una persona única de dos personas verdaderas. ¿Cabe mayor agravio? ¡Perder la propia personalidad.....! ¡Ahí es nada!

Un erudito franciscano, el P. José Coll, que es en la orden nada menos que definidor general, acaba de publicar un libro titulado *Colón y la Rábida*, en el que se evidencia como dos y dos son cuatro, la duplicidad del personaje que propios y extraños llaman Fray Juan Pérez de Marchena, ó lo que es igual, que nunca existió tal Fray Juan Pérez de Marchena, sino un Fray Juan y un Fray Antonio, apellidados, el primero Pérez y el segundo Marchena, ambos amigos de Colón, y ambos con suficientes y aun sobrados méritos para figurar en primera línea en el glorioso cuadro del descubrimiento.

Allá por los años de 1484, cuando la tradición y la historia de consuno señalan la llegada de Colón al convento de la Rabida con su hijo D. Diego, era guardián de los franciscanos un fraile llamado Fray Juan Pérez. Los papeles de la época suministran noticias suficientes para identificar á éste célebre personaje. Consta que fué cortesano en sus mocedades, llegando á obtener el importante cargo palatino de Contador de la reina Doña Isabel. Por circunstancias que se ignoran, pasó, andando los tiempos, á ser fraile, y fué verdadera lumbrera de su orden, en la que descolló por sus profundos conocimientos teológicos y por su ciencia del mundo y de los hombres. La reina Isabel lo eligió para su confesor, y después de desempeñar durante algún tiempo aquella función tan sublime é influyente en la antigua monarquía, se retiró á Palos, no se sabe si por su propia voluntad ó despedido por su regia penitente. Entónces fué cuando Colón llegó á la Rábida.

El médico ó físico de Palos, García Hernández, primer hombre de ciencia que fué consultado en España acerca del proyecto de Colón, era gran amigo de Fray Juan Pérez. No se necesitan grandes esfuerzos de fantasía para figurarse al pobre médico de aldea, subiendo todas las tardes al convento de franciscanos, é invirtiendo en sabrosas pláticas científicas con el guardián, las horas que pudiera robar á la siempre atareadísima práctica de su oficio. Era en pleno siglo XV; la humanidad estaba en uno de sus períodos más críticos. Caía, hecha pedazos la Edad Media, y se inauguraban con portentosos descubrimientos geográficos los tiempos modernos. Se sabía que en Portugal, un príncipe magnífico, alentaba y presidía la renovación del planeta; lo que para Camoens fué luego materia épica, era para el médico de Palos y para el guardian de la Rábida comidilla diaria, suceso del día, asunto de gacetilla pudiéramos decir aplicando el lenguaje moderno. Desde la cruz del convento, médico y fraile perdían sus miradas en el Oceano infinito que allá léjos confundía sus aguas con el firmamento, en el Oceano que para ellos era un misterio, tan impenetrable como lo es para nosotros la soledad del espacio ultra-planetario. ¡Cuántas veces se preguntarían uno á otro: pero ¿habrá algo más allá? Interrogarían á los viejos textos, á los libros de poetas y geógrafos clásicos, escudriñarían por los versículos bíblicos en busca de la palabra salvadora. Y, nada; silencio absoluto, misterio eterno. El desierto azul nada decía; la erudición nada revelaba. Las gaviotas con sus rápidos vuelos, las olas con su cantar imponente y monótono, las lejanías del horizonte con sus caprichosos juegos de luz y con sus engaños poéticos, daban á la esfinge monstruosa y sublime de la naturaleza, cuyo velo impenetrable no acertaban á levantar, un tono místico, algo de soberana deidad, ante cuya grandeza sobrehumana se prosternaban, mudos de asombro, el fraile y el médico.

Pero había en el convento de la Rábida otra persona que también indudablemente tomaba parte activa en aquellos coloquios: tal era fray Antonio de Marchena. Este no era consumado teólogo como fray Juan Pérez, sino astrónomo. Los reyes Católicos, en una de sus cartas á Colón, dan testimonio de la ciencia y opinión del buen fraile. «*Nos paresce que sería bien llevasedes con vos*, escribían D. Fernando y Doña Isabel al almirante en 5 de Setiembre de 1493, *mi buen estrólogo, y nos paresció que sería bueno para esto Fr. Antonio de Marchena; porque es buen estrólogo, y siempre nos paresció que se conformaba con nuestro paresçer*.»

***

Las Cortes continúan derrochando elocuencia, atrayendo desocupados á sus tribunas y haciendo una porción de cosas que maldito lo que importan á La Ilustración Católica. No es así sin embargo el proyecto de ley presentado al Senado y que este alto Cuerpo discutirá en breve, sobre el descanso dominical. He aquí el articulado del Proyecto:

«1.º Queda prohibido el trabajo en domingo á los menores de diez y ocho años de ambos sexos en los establecimientos industriales y mercantiles.

2.º Se presumirá convenido el descanso de los domingos en todos los contratos de trabajo que celebren los que tengan más de dicha edad cuando no haya pacto expreso en contrario. Si este pacto existiese, tendrá el derecho de rescindir el contrato ó de modificar el referido objeto cualquiera de las partes contratantes, notificándolo al efecto con quince días de antelación y sin que proceda indemnización alguna.

3.º Los acuerdos que dentro de las facultades convenidas en sus reglamentos tomen los gremios respecto al descanso del domingo, podrán hacerse efectivos por la autoridad cuando las Juntas directivas de los gremios lo reclamen, fundándose en el cumplimiento de lo estipulado.

4.º Se observará el descanso del domingo en los establecimientos, obras y servicios dependientes del Estado, la Provincia y el Municipio.

La administración central, la provincial y la municipal fijarán en los pliegos de contratación de obras y servicios, la prohibición del trabajo los domingos.

5.º No obstante lo dispuesto en esta ley, será permitido el trabajo del domingo en casos de urgente necesidad, y señaladamente: 1.º, en las industrias que exijan la continuidad de la producción por razones técnicas; 2.º, en las industrias que suministren al público objetos de primera necesidad, cuya fabricación debe ser cuotidiana; 3.º, en el comercio dedicado á proveer al público de estos artículos de primera necesidad; 4.º, en los servicios que satisfacen necesidades diarias del público de carácter perentorio; 5.º, en las explotaciones que, por su índole, se hallen subordinadas á los accidentes de la naturaleza, ó no puedan funcionar más que en estaciones determinadas.

El permiso para trabajar el domingo en los referidos casos de excepción, se dará por el Gobierno ó sus delegados, previa la información oportuna acerca de la necesidad ó conveniencia, y de todos modos se habrá de asegurar al trabajador el descanso por semana de las horas que corresponden á un día entero.

6.º Se entenderá sustituído el domingo por otro día de la semana para los menores de diez y ocho años que así lo soliciten de sus patronos.

7.º En todo caso se concederá al trabajador que lo reclame, en los domingos ó días festivos, el tiempo necesario para el cumplimiento de sus prácticas religiosas.

8.º Serán aplicables á esta ley las disposiciones de la del trabajo de los niños y jóvenes en cuanto á penalidad, jurisdicción competente é inspección administrativa.»

Con razón dice á este propósito *El Movimiento Católico*, que este articulado casuístico, triquiñuelero y extrareligioso, ya que no propiamente irreligioso, podría ser sustituído, con ventaja para todos, por el sencillísimo Mandamiento de la ley de Dios, formulado así:

1.º Se prohibe en los días festivos todo trabajo servil, salvo el que permite la Iglesia para satisfacer las necesidades públicas.

2.º El Estado no puede conceder permiso en contrario. La Iglesia es la única autoridad legítima á quien le compete hacerlo.

Nos parece que este proyecto, tan breve y tan fácil, sería mucho mejor que el otro, desde cualquier punto de vista que se le mire.

***

Barnum, el rey de los saltimbanquis, ha muerto. Barnum era algo más que un hombre; era un símbolo. Si del siglo XIX se escribiese una gran epopeya satírica, Barnum debiera ser el protagonista. El *Times* de Londres ha consagrado á la necrología un largo artículo. «No sé si me equivoco, escribe á este propósito uno de los ingeniosos redactores de *El Figaro*; pero creo que resulta una singular lección en este hecho del periódico más serio de Inglaterra, el que pasa por reflejar mejor el espíritu inglés, considerando la muerte del rey de los saltimbanquis como un suceso de grandísima importancia; y acaso el *Times* no se engaña; en estos tiempos de reclamo Barnum ha sido un revelador, un innovador. Ha tenido el genio del *puffismo*, elevando á inestimable altura el arte de burlar, dejando al prójimo con un palmo de narices. La muerte de un sujeto semejante no puede quedar en silencio.»

Se llamaba Phineas Taylor Barnum, habiendo nacido el año 1810 en Bert (Connecticut.)

A los diez y seis años ya realizaba «negocios,» y durante setenta fué alternativamente saltimbanquis, manufacturero, hizo quiebras, desempeñó cargos públicos como el de alcalde, candidato á la Diputación, y Director del Circo mayor del mundo (así lo decía él); tres veces sus Circos se quemaron; tres veces encontró fenómenos más *fenomenales* todavía que los que exhibió; en 1866 contrataba á Jenny Lind, cantatriz sueca, y en noventa y tres conciertos obtuvo una fortuna de tres millones de pesetas; en 1881 compraba por 50.000 francos al elefante Jumbo, el elefante nacional de Inglaterra, con el que ganó más de cuatro millones. Barnum comprendía su época y al gusto artístico de su tiempo.

No retrocedía ante ningún obstículo. Á los ochenta años transportaba sus Circos á Londres — en lo que no estuvo hábil, pues se vió que estaban muy lejos de valer como los de Europa; y en una función dada en Olgumpic es cuando le dijo el príncipe de Gales:

— «Vamos Sr. Barnum: debía usted contratar á los *Life Guardo* para dar una vuelta por América.»

El viejo saltimbanquis contestó muy sériamente:

— «No me conviene, alteza, porque no ganaría un céntimo; en cambio daría una fuerte suma por contratar á V. A. R.»

Era *conferencista*, y cuando el elefante ó la estrella artista de su contrato se ponían enfermos, Barnum daba una conferencia al público, y éste no se quejaba; era también hombre de letras, pues escribió cuatro volúmenes de particular ironía. Conocía á la humanidad; sabía además hacer el bien, pues una vez en América supo distribuir 500.000 francos para la construcción de un Museo de Historia Natural en Bostón. ¡Más de un banquero sería incapaz de un rasgo semejante!

Barnum decía una vez: «Los hombres gustan de que se les excite en el arte á creer por un momento en cosas que saben perfectamente que son falsas; para esto me pinto sólo.» Barnum conocía el mundo y la vida. Comprendió la fuerza de la necedad humana; por eso pensó en ingresar en la vida política; pero renunció pronto la política; no le parecía digna de él; y el saltimbanqui que sustituyó con el frac la zamarra del pastor, volvió á sus Circos, á sus elefantes, á sus monstruos.

Debió morir Barnum soñando con un inmenso anuncio de su muerte, y si algún sentimiento ha llevado al otro mundo, seguramente habrá sido el de no poner su muerte en escena.

ANGEL SALCEDO

GRABADOS

Monumentos artísticos: Palacio Real de Madrid. (Pág. 105.)

Desde tiempo inmemorial existió sobre el mismo terreno en que ahora se levanta imponente y gallarda, la inmensa mole del Palacio Real, un Alcázar que fué primero fortaleza ó castillo y más adelante palacio de nuestros Reyes. Consta que Don Pedro el Cruel mandó reedificarlo, haciéndolo más fuerte que antes era, y disponiendo en su interior habitaciones decorosas para alojamiento de las reales personas. En 1383, Don Juan II concedió la villa de Madrid en feudo á León V, Rey de Armenia, siendo entonces la que es hoy nuestra corte una especie de Santa Elena del citado príncipe de Oriente, desposeído de su natural señorío por los mahometanos; León V residió en el Alcázar de Madrid titulándose Rey ó señor de esta tierra. Enrique IV residió habitualmente en el Alcázar, que tuvo por gobernador, reinando los Reyes Católicos, al Duque del Infantado, que al frente de los isabelinos consiguió arrancar la fortaleza del poder de los partidarios de Doña Juana la Beltraneja.

En tiempo de Carlos V, se hermoseó el Alcázar; y en él pasó la mayor parte de su cautiverio Francisco I. Cuando este Rey volvió á París, mandó edificar una reproducción del Palacio que le había servido de cárcel, y hasta el siglo XVIII pudieron admirarlo los parisienses en el bosque de Bolonia con el título de *Chateau de Madrid*.

No hay que decir que fijada la Corte en Madrid por Felipe II, el Alcázar adquirió grandísima importancia política: casi todas las escenas culminantes del reinado de la casa de Austria tuvieron lugar bajo los artesonados techos del Alcázar de Madrid. El aspecto de fortaleza desapareció, y en su lugar tomó el Alcázar el de suntuoso Palacio, digna morada de los señores de dos mundos.

Pero todas las riquezas acumuladas en las residencias de los Reyes de la casa de Austria, perecieron víctimas del horroroso incendio que estalló en la noche del 24 de Diciembre de 1734. Del Alcázar no quedó más que el solar.

Felipe V, monarca á la sazón, intentó desde luego reedificar el destruído Palacio. Dió el encargo primero á Jubara, abate italiano famosísimo como arquitecto; y el cual diseñó un modelo que si se hubiera realizado, es seguro que no habría en toda Europa monumento semejante por su grandiosidad y riqueza. Jubara quería que el Palacio se levantase, no sobre los escombros del antiguo, sino en los terrenos de la Moncloa en que hoy está San Bernardino. Esta última circunstancia disgustó á Felipe V, que tampoco estaba para gastarse muchos cuartos después de los dispendios de la guerra de sucesión, y encargó la obra á Juan B. Saqueti, discípulo de Jubara, el cual ideó el Palacio tal como le vemos hoy, y representa nuestro grabado.

Es dicho edificio un enorme cuadrado de 470 piés de línea horizontal y 100 de altura, con salientes en sus angulos en forma de pabellones, y dos alas en la fachada principal. Tiene seis puertas de primera clase; el patio es cuadrado de 140 piés por cada lado con hermosas galerías acristaladas en el principal, abiertas en el piso bajo y descubiertas en forma de terrazas en el segundo.

Duró la obra 29 años.

Sería interminable la descripción de las riquezas acumuladas en el interior de esta morada régia. Baste decir que hay 30 grandes salones, todos pintados al fresco por los mejores artistas y amueblados con lujo extraordinario. D. Alfonso XII mandó disponer un comedor de gala, decorado con suntuosos tapices, que es hoy una las piezas más capaces y bellas de la casa. La Capilla es verdaderamente magnífica, y en ella se rinde á Dios un culto digno de la piedad y poder de nuestros católicos Reyes.

Próximo al Palacio están las Reales Caballerizas, edificio inmenso y nada grato á la vista, por más dinero que se gasta la Intendencia en acicalarlo y hermosearlo. Quizás fuera mejor prescindir de él, y una vez construído otro equivalente en la parte del Campo del Moro, que linda con el paseo de la Virgen del Puerto, con lo que ganarían aquellos parajes, destinar el solar que resultase á jardines y paseos, que darían al Palacio una perspectiva bellísima desde la cuesta de San Vicente. Ahora, S. M. la Reina ha mandado transformar el antiguo Campo del Moro en un parque que cuando esté concluído, y separado del paseo de San Vicente por una elegante verja, ha de contribuir poderosamente al embellecimiento del edificio y de toda aquella parte de Madrid. ¡Lástima que no haya valor para derribar las Caballerizas que son un pegote que hace malísimo efecto á cuantos admiran el Palacio de Madrid!

El P. Francisco Blanco, agustiniano, redactor de "La Ciudad de Dios." (Pág. 108.)

El actual glorioso florecimiento de las órdenes religiosas en España se refleja gallardamente en el desarrollo de la literatura patria. Buena prueba son de ello las Revistas que dichas órdenes publican, redactadas por frailes que son literatos de primer orden, Revistas que en pocos años se han puesto á la cabeza de nuestro movimiento intelectual, y con las que no pueden competir sus similares dirigidas por legos, ni dentro del campo católico, ni fuera de él, lo que es por cierto gran ventura y motivo para todos nosotros de justo regocijo.

Entre esas Revistas descuella *La Ciudad de Dios*, de la orden Agustiniana, por su especial competencia en las ciencias históricas, en las naturales y en las bellas letras, y por el modo cultísimo con que aparece redactada; es una Revista clásica, los inmortales de la calle de Valverde no lo harían mejor si se pusieran á la obra. Es de sospechar que lo harían peor; porque los P. P. Agustinos que escriben en *La Ciudad de Dios*, han adoptado generalmente un castellano que sin dejar de ser el armonioso idioma, lleno de majestad, que hablaron y escribieron los *dioses mayores* del siglo XVI, es más suelto, más libre, más acomodado á la terrible actividad del mundo moderno, que no se compadece siempre con aquellas parrafadas de serenidad olímpica que esculpían con cincel de oro los Cervantes, Rivadeneyras y Luises. En esta legítima y provechosa modernización del habla castellana, trabajo ímprobo y glorioso que con la lengua francesa hizo en el siglo XVIII Voltaire, tan funesto á su patria y al mundo todo por otros conceptos, los P. P. Agustinos, redactores de *La Ciudad de Dios*, han adelantado mucho, y fuera de ellos solo Menéndez Pelayo, Balart y Emilia Pardo de Bazán pueden pasar por modelos. No quiere esto decir que todos los redactores de *La Ciudad de Dios* sean unos Menéndez Pelayo, unos Balart, ni unos Pardo; pero sí que es el tono literario de la Revista, y que se ve que unos más y otros menos, tiran á eso. El Director, P. Conrado Muiños, tiene en el género hermosísimas muestras que, aquí entre paréntesis, es lástima despilfarre discutiendo acerca de la proximidad ó lejanía del fin del mundo. Ya vendrá ese fin, como vienen los fines de todas las cosas, á su tiempo. Lo que importa en este mundo es conducirse de modo que si el fin nos sorprende de súbito, nos coja bien con Dios y con nuestros semejantes: lo demás déjelo el P. Conrado á los no que tengan otra cosa en que ocuparse, y suelte él los raudales de su crítica y de su bello estilo sobre tanto y tanto asunto que con poderosas voces llaman á los agudos y penetrantes ingenios de su calibre.

Entre los redactores de *La Ciudad de Dios* hace tiempo que se ha fijado el público en el P. Francisco Blanco García, cuyo retrato ofrecemos hoy á nuestros lectores. Por su juventud, por la índole de sus estudios y aficiones y por su erudición en literatura contemporánea verdaderamente asombrosa, le llaman muchos el Menéndez Pelayo Agustiniano. El P. Blanco merece este glorioso apodo. ¡Con qué soltura y gallardía escribe! ¡Con qué profundidad crítica las obras literarias de sus contemporáneos!

Como para muestra basta un botón, oíd cómo juzga, verbi gracia, á Navarro Villoslada:

«Mas ya es hora de juzgar á nuestro gran novelista histórico, al Walter Scott de las tradiciones vascas, cuyo glorioso nombre, hoy un tanto obscurecido por preocupaciones de distinta procedencia, ha de colocar la posteridad en un lugar muy alto. Ya antes de 1848 era conocido de propios y extraños D. Francisco Navarro Villoslada por sus obras *Doña Blanca de Navarra* y *Doña Urraca de Castilla*, de que se hicieron traducciones á varias lenguas. Todas las prendas que solicita el género, lo verídico de la narración, el conocimiento y dibujo de las figuras, y sobre todo, aquel acomodarse á las costumbres de remotos siglos y civilizaciones, haciéndolas sentir en vez de analizarlas friamente, descubren al novelista de raza, que no lo es, como tantos otros, por capricho ó por afición estéril. Allí se ve la Edad Media tal como fué, sin velos ni reticencias, con su carácter idealista y aventurero, sus luchas sangrientas entre raza y raza, entre instituciones é instituciones, sus grandezas, crímenes y desigualdades. Intrigas de Corte, tragedias de amor, indómitas aristocracias y desenfrenos del populacho, todo aparece al natural gracias al estudio reflexivo y á la perspicacia propia de verdadero ingenio. Sin ser aparatosamente conmovedores y extraños, guardan los incidentes un orden inalterable, obedecen á impulsos y pasiones de verdad, sucediéndose con rapidez, pero sin violencias de ninguna clase.»

La Literatura contemporánea que prepara el Padre Blanco será indudablemente un monumento literario, y una prueba más de la virtualidad para todo lo bueno de las comunidades religiosas.

Bellas Artes. — Pescadora escocesa. (Pág. 109.)

Bonito cuadro, típico, de las muchachas que encuentra el viajero en las encantadas playas del Norte de la Gran Bretaña. ¿Verdad que recuerda la hermosa y robusta pescadora á las de nuestras costas septentrionales? El común origen céltico de unos y otros se caracteriza enérgicamente en los rasgos de las respectivas fisonomías, en el vigor del perfil, en la serenidad estatuaria del rostro y de toda la figura.

El Bibliófilo. (Pág. 112.)

No le digáis que *Pequeñeces*... del P. Coloma es una hermosa novela. ¡Bah! dirá él; si esa novela se hubiera escrito en el siglo XV ó en el XVI me gustaría; pero lo moderno..... ¡bah! ¡bah....!

Para el bibliófilo de raza el libro es como el vino para el buen catador: mejor mientras más viejo. ¡Obras modernas á él! ¿Para qué las quiero? ¿Para qué sirve eso? ¡Pobre hombre! Después de todo, su manía es inofensiva.

El sueño del soldado. (Pág. 113.)

Hermosa y terrible alegoría del campo de batalla.

París.—El puente de la Concordia. (Pág. 116.)

Entre las bellezas monumentales de París, tan admirablemente descriptas por el P. Coloma en el libro II de *Pequeñeces*... la plaza de la Concordia y el puente que la precede son de las mas notables. Desde el puente admírase el soberbio panorama urbano que es orgullo de los parisienses y embobamiento de los extranjeros que visitan la capital de Francia.

La rendición de Granada (Pág. 114.)

El interesante episodio de la entrega de Granada á D. Fernando y á Doña Isabel por Boabdil, el Chico, último rey moro de la deliciosa vega regada por Darro y Genil, es asunto eterno para los pintores y dibujantes. Hoy ofrecemos un grabado de tan sublime momento de la historia de España.

ANTONIO DE OLMEDO.



EL P. FRANCISCO BLANCO, AGUSTINIANO

Redactor de *La Ciudad de Dios*.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso. (Segunda quincena de Abril.)

16. Juev. Santo Toribio, Obispo y Santa Engracia.

17. Vierns. San Aniceto, Papa y mártir.

18. Sáb. San Eleuterio, Obispo y San Perfecto.

19. Dom. El Patrocinio de San José.

20. Lun. Santa Inés de Monte policiano. (Indulgencia plenaria.)

21. Mart. S. Anselmo, Obispo y doctor.

22. Miérc. San Sotero y S. Cayo, Papas y mártires.

23. Juev. S. Jorge, mártir

24. Vier. S. Gregorio, Obispo, y S. Fidel de Sigmaringa, mártir.

25. Sáb. S. Marcos Evangelista. — *Letanías.* — *Indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero.

26. Dom. IV después de *Resurrección.*— S. Cleto y S. Marcelino, Papas y mártires.

27. Lun. S. Anastasio, Papa, S. Pedro Armengol, Santo Toribio de Mogrovejo, y el beato Pedro Canisio, de la C. de J.

28. Mart. S. Prudencio, Obispo, y San Vital.

29. Miér. S. Pedro de Verona, mártir. — *Indulgencia plenaria* como en 23 de Enero.

30. Juev. Santa Catalina de Sena, virgen, San Indalecio, Obispo y mártir, y San Peregrino, confesor. — *Indulgencia plenaria* como en 23 de Enero.

Las Cuarenta Horas.

18, 19. Religiosas de Santa Isabel.
20, 21. Iglesia de Hermanitas de los Pobres (calle de Almagro).
22, 23. Iglesia de Jesús Nazareno.
24, 25, 26. Parroquia de San Marcos.
27, 28. Iglesia de las Siervas de los Enfermos (plaza de Chamberí).
29, 30. Religiosos de Santa Catalina.

J. F.

EL GRAN SUCESO LITERARIO

I

Tal es el único título que merece la publicación de la ya famosísima novela del P. Coloma.

No sólo en Madrid, sino en toda España, desde que la novela vió la luz pública no se habla de otra cosa.

Pequeñeces por arriba. *Pequeñeces* por abajo. *Pequeñeces* en los periódicos diarios y en las revistas, en los cafés, en las tertulias, en el paseo, en el teatro y en el salón de conferencias. Éxito mayor no se ha conocido en España.

Tenemos en cartera no uno, sino varios artículos críticos sobre la novela del Padre Coloma. Pero antes de dar nuestra opinión acerca de la misma, queremos dar á nuestros lectores una idea, aunque sea sucinta, de lo mucho que se ha escrito por los literatos de más reputación sobre la tan traída y llevada novela.

Uno de los primeros que publicaron su parecer fué D. Luis Alfonso, firmante de los dos artículos que aparecieron en *La Época* el 21 y 23 de Marzo último.

En la imposibilidad material de transcribir el notable trabajo del Sr. Alfonso, nos limitaremos á copiar los principales párrafos del primer artículo, á nuestro juicio el mejor. Dice así el Sr. Alfonso:

«Desde que apareció impreso *El Escándalo*, de Pedro A. de Alarcón, es decir, desde hace diez y seis años no se había publicado en Madrid novela que tanto ocupase y preocupase la atención pública como *Pequeñeces*, del P. Luis Coloma.

»Téngase en cuenta, antes de pasar adelante, una circunstancia importantísima: jesuíta era el verdadero protagonista de *El Escándalo*; jesuíta es el autor de *Pequeñeces*. No puede pedir más la Compañía de Jesús; nadie, aun en el terreno literario, agita la opinión tanto como ella.

»Si así ha sucedido en este caso; si el libro de este autor ha logrado resonancia mayor que los de otros novelistas de gran valer y fama, no consiste solo en el mérito intrínseco de la obra; consiste, además, en diversidad de causas que concurren al mismo fin.

»Trátase, en primer lugar de la novela de un clérigo; hecho que en otros tiempos, desde los de *La lozana andaluza* hasta los de *Fray Gerundio de Campazas*, no hubiera producido la menor extrañeza, por lo usual, pero que hoy, por lo inusitado, sor-

BELLAS ARTES



PESCADORA ESCOCESA

prende y choca. Añádase que la novela no es, como pudo imaginar el lector tratándose de un eclesiástico, un libro devoto en forma amena, ni una homilía disfrazada de relato entretenido, ni siquiera una narración circunspecta, timorata y honestísima al modo de *Las tardes de la Granja*, ó siquiera, siquiera al modo de los cuadros de costumbres de Fernán Caballero: de ningún modo. *Pequeñeces* recuerda mucho más á Zola que á Goldsmith, y si el fin es muy religioso, los medios no pueden ser más profanos.

»Agréguese á lo expuesto que la novela no trata de la gente plebeya ni del estado llano, sino de las clases aristocráticas y pudientes, de la sociedad cortesana, que, por estar más ó menos torpemente descrita en libros recientes de autores muy conspicuos, había dado ocasión á ruidosas polémicas. Considérese, además, que de un individuo de la Orden de San Ignacio de Loyola, al cargo de la cual corre la educación de los hijos de la mayor parte de las casas nobles y acaudaladas, partía la diatriba más terrible y más despiadada que contra los padres de aquellos hijos se ha escrito nunca. Téngase, por último, en cuenta que, como del libro se colige, y fuera del libro se tiene por averiguado, el autor de *Pequeñeces* « ha sido cocinero antes que fraile. »

Para el Sr. Alfonso es indiscutible que el P. Coloma fué en sus tiempos un elegante calavera.

Prosigue en otro lugar:

»Sea cual fuere el procedimiento que ha querido ó debido emplear el P. Coloma, *Pequeñeces* es un libro que seduce, diré mejor, que aprisiona desde el primer capítulo, desde la primera página. Es aquel un cuadro de ternura y sentimiento, digno del pincel de Angélico de Fiesole, que apresura el latir del corazón y arrasa en lágrimas los ojos, mientras que en el capítulo segundo, sin transición alguna, el cuadro sería de Teniers, si Teniers hubiera hecho fumar, reir, retozar y extralimitarse á sus personajes en los salones.

»La destreza, no sólo de ejecución, sino de composición, la revela, pues, el artista de *Pequeñeces* al

instante, y el lector se pregunta atónito quién es aquel cura que de improviso se presenta escribiendo con una soltura, un aplomo, un vigor, y sobre todo un conocimiento del arte, en que poquísimos le igualan y acaso ninguno le supera.

»El P. Coloma, según revela el texto de su novela, no es lo que se llama un estilista, ni tampoco un escritor correcto. Incurre en alguno que otro galicismo; ortografía mal unas veces y emplea mal otras palabras extranjeras [1]; la preposición *de*, que acompaña al verbo, nunca la pone de menos, pero sí alguna vez de más; equivoca *dintel* con *umbral* — como las tres cuartas partes de los escritores, — y lo pone constantemente en el suelo, y revela su falta de oído músico ó poético al plagar párrafos y párrafos de asonantes.

»Mas sería, en realidad, buscar sólo pequeñeces en *Pequeñeces* asentar sobre estas bases la censura de la forma de la novela. Hay dos cualidades en ella que borran todos los defectos, por numerosos que sean: la propiedad y la sobriedad. Cada persona habla como debe hablar en el diálogo; ni los plebeyos usan de finuras retóricas, como en las novelas antiguas, ni los nobles dicen chocarrerías como en las novelas modernísimas, ni tampoco hablan el lenguaje del autor, como sucede á cada paso en las viejas y en las nuevas.

» Este estudio, más difícil de practicar de lo que parece, lo ha realizado con rara habilidad el P. Coloma: desde el principio al fin de la obra, no sólo cada cual se expresa según es propio que se exprese, sino que se expresa siempre lo mismo. Nada produce tanta ilusión de verdad en el relato novelesco como esta circunstancia.

» Respecto á sobriedad, puede el P. Coloma dar lecciones á todos los novelistas en ejercicio, españoles ó franceses. Si hay uno que se va al grano, desdeñando las pajas, por muy lindas que sean, es él. Acaso desde que Alarcón dejó de escribir no hemos visto mayor concisión de lenguaje y menos gasto de pintura y de elocuencia. El autor de *Pequeñeces* no pierde el tiempo en descripciones, y menos en digresiones. Para referir un hecho del dueño de la casa, no dedica á enseñarnos la casa todo un capítulo; para contarnos un rasgo de su vida, no nos la relata día por día desde que nació. Aborrece por igual los «inventarios» puestos en moda por Balzac y Meissonier, cada cual dentro de su esfera, y llevados luego al mayor abuso, y opina que, como en el teatro, los personajes deben retratarse y desarrollar la acción por sus palabras y sus hechos, y no por la prosa, aun la más hechicera, del autor.

» Y, sin embargo, por este procedimiento, sencillo en apariencia, sólo en apariencia, imprime tal sello de realidad el P. Coloma á sus figuras, les da tal relieve humano, que alborotado anda medio Madrid clamando porque tales y cuales personajes de la novela son hombres y mujeres, muertos ya ó aún vivos, pero de carne y hueso, y que conoce todo el mundo.

» Cierto es, igualmente, que si todo el mundo los conoce, cuando no como á individuos, como tipos, consiste en que empieza el autor por conocerlos. Quiere esto decir que no es el P. Coloma de los que se arriesgan á discurrir sobre personas y cosas de un determinado medio social sin haber vivido en él, y que, fiándose del testimonio de sus sentidos y de la enseñanza de sus observaciones, no de dichos ni lecturas, marcha siempre sobre seguro al andar por los entarimados y las alfombras de salones y camarines, y no se expone jamás á tropiezos en un pliegue inoportuno ó un saliente ridículo, que, siendo tropiezos ligerísimos y baladíes, basta á malograr las mejores páginas de los más graves autores.

» Ese círculo social que apenas ha tratado ni menos sabido tratar ningún novelista español moderno; ese círculo del que hablan con delicioso desdén y en són de burla críticos que no lo conocen ni por el forro, y del que otros críticos, de no menos peso (y que tampoco saben de él más que de lejos), afirman que no hay por qué conocerlo y que es afeminación mostrarse enterado de sus costumbres; ese círculo, en fin, sobre el que tanto se disparata, lo presenta el jesuíta autor de *Pequeñeces* con sus perfiles y colores exactos y sin el menor esfuerzo, como se habla de aquello que le es á uno familiar y corriente.

» Si ha exagerado la nota pesimista; si deliberadamente ha buscado no más ciertas figuras para su cuadro, ya es harina de otro costal, y entrará en el tema de mi segundo artículo: baste por hoy hacer constar que la novela de costumbres — de malas costumbres aristocráticas — no es obra de romanos para quien ha vivido en ellas, y, por supuesto, goza del poderoso ingenio del P. Coloma.

» Resalta en él, á más de las mencionadas, otra prenda del entendimiento que lo hace muy apto para la sátira social, que es lo que, en suma, encierra *Pequeñeces*, aun con sus trágicos episodios. Esta prenda es la gracia; no la gracia ingenua, por decirlo así, regocijada y tranquila, sino la gracia punzante é incisiva, el aguijón de oro cincelado que penetra en el cuerpo como un estilete.

» En la mayor parte de la novela predomina el tono jocoso y zumbón; por lo mismo resulta la sátira más penetrante. El P. Coloma, que en lo concerniente á escribir es artista, y de los más diestros, no escasea las agudezas, los donaires y las burlas que en la sociedad madrileña revolotean de continuo, para posarse aquí y allá unas veces como mariposas, otras como avispas. Posee el dón de sacar motes, cual verdadero «gato» de Madrid, que en lugar de las uñas afila la inventiva, y, sobre arañar, hace reir á costa del arañado, y ésta es una de las razones por las cuales los diálogos de su novela no parece que se leen, sino que se oyen.

» Á la vez, y conforme apuntado queda, sabe conmover con rasgos de ternura y delicadeza, y combinar con ellos los dramáticos en la forma que acreditan, entre otros, el episodio de la madre de Juan Velarde, el de la muerte de Diógenes, el de la catástofre de los dos niños, hacia el final, y el toque final precisamente de la novela.

» En otros episodios, los de la muerte del mismo Velarde y de Jacobo, v. gr., sobresale el autor como dramático y conmovedor, no ya en lo tierno y delicado, sino en lo terrible y lo sombrío.

» Quizá en algunas páginas, como las referentes á las maniobras masónicas, el jesuíta fuerza al novelista á caer en lo melodramático; mas por lo común rige la obra el arte exquisito de mantener vivo el interés —el interés que algunos autores, nunca el público, pretenden desterrar de la novela — sin detrimento de la naturalidad ni de la literatura.

» En resolución; el P. Coloma, por lo que *Pequeñeces* nos enseña, es un nuevo y pujante novelista, osado si los hubo, no ya por la forma y desarollo de su novela, sino por la parte histórica que en ella ingiere, y por los personajes reales que á la mezcla de los imaginarios saca á plaza, y por otras cosas más; vivo, acentuado, suelto, desenfadado y vigoroso como muy pocos en el estilo y lenguaje; más inclinado á pintar extravíos que sentimientos, y vicios que pasiones, tan autor dramático como novelista y más novelista que literato.

» Con todo esto, el P. Coloma sería — y no es poco ser — un *Tirso de Molina* de final del siglo (*fin de siècle*, que dicen los franceses), ó sea un religioso ejemplar que, gozando en su Orden de autoridad, prestigio y limpia fama, sin censura de sus superiores ni escándalo de sus cofrades, no ofendiendo en lo más mínimo á la Iglesia ni á los eclesiásticos, escribe las obras más atrevidas, más libres y más desenvueltas, que es lo que hacía el mismo Fray Gabriel Téllez; esto sería, repito, el Padre Coloma en las letras españolas contemporáneas, si no picase además más alto — ó más hondo, — según verá el paciente lector que se entere de mi segundo y último artículo sobre tan grandes *Pequeñeces...*»

Hasta aquí Luis Alfonso. En el número próximo daremos cuenta del juicio que ha merecido la novela á Doña Emilia Pardo de Bazán.

X.

[1] En el tomo 1, página 314, escribe *pamphlet* como sinónimo de pasquín. Ello es tanto más de extrañar, cuanto que el autor demuestra conocer varios idiomas.

TEATROS

Á VUELA PLUMA

Nada hay en la tierra más bello que las mujeres y las flores.

Nada es más inverosímil que una mujer limpia y una flor venenosa.

(Manuel Tamayo y Baus.)

Ustedes me dispensarán si digo, obedeciendo á mi natural franqueza, que la mujer literata me ha parecido siempre un *fenómeno*. Y como tal *fenómeno*, digna de observación y de reparos.

La literatura con faldas y con vistas á la calle me ha infundido siempre sospechas, despertando en mi tierno corazón las mayores aprensiones.

La razón es obvia: la misión de la mujer hállase tan definida dentro de la cristiana civilización, que todo lo que sea apartarse del derrotero marcado, no puede menos de sorprenderme, dejándome suspenso y boquiabierto.

No necesita, por cierto, lo que se ha dado en llamar «la más hermosa mitad del género humano», dedicarse al cultivo de las bellas letras, para merecer toda clase de consideraciones y ser el ángel del hogar doméstico, ora como madre, como esposa ó como hija; no necesita, ciertamente, acudir á la publicidad, echar mano de la prensa, contender en el teatro para ser consuelo de nuestra existencia, adorno de nuestras viviendas, bálsamo de nuestros sinsabores.

Por eso, cuando veo que se sale de su órbita en busca de lo desconocido, apodérase de mí honda pena, y la considero como antípoda de su sexo, todo modestia y recato.

Quizá me tilden algunos de grosero, al abordar de lleno este asunto, apartándome, aunque sólo sea por un instante, de las prácticas rutinarias que se vienen siguiendo desde hace tiempo en la materia.

Pero yo entiendo que la *galantería* debe guardarse para mejor ocasión y para otros casos, pues desde el momento en que la mujer abandona el santuario del hogar y lánzase pluma en ristre á la literaria palestra, cae de plano bajo el dominio público, ofreciéndose á la crítica, que es muy dueña de juzgar sus producciones según su leal saber y entender, sin que para ello deban influir en lo más mínimo extemporáneos miramientos.

Ya sé yo que en los tiempos que corren, y hasta por sabido hallábame tentado de callarlo, basta que una dama se dedique á la literatura, abandonando por de contado los quehaceres de su sexo, y saque los piés del plato, para que le salga por generación, al parecer expontánea, una verdadera cohorte de admiradores, que no tardan en convertirse en otros tantos trompeteros de la fama, que nos atruenan los oídos con sus alabanzas y nos tuercen la voluntad con sus extremos.

Pero conmigo, desde luego les aseguro que pierden miserablemente el tiempo — *they loose their time* — pues soy castellano viejo, aunque recriado en el extranjero, y me atengo á aquello de «zapatero á tus zapatos.»

Esto no es decir que no haya alguna que otra literata de nuevo cuño, digna de cierta consideración *literariamente hablando;* pero son tan contadas las excepciones, que habría que echarse, como Esopo, á buscarlas por esos mundos de Dios.

La literatura con faldas, digo yo, debe ser la ruina de las familias; por mi parte *abrenuncio.*

Siempre me han inspirado cierta prevención las mujeres *leídas* y *escribidas*, desde que me senté en casa de una de ellas, sobre una libra de azucarillos, olvidados encima de una butaca, mientras la inteligente dama hallábase esperando *la musa*, que no llegaba, pluma en ristre.

Aquel incidente insignificante de por sí, descorrió sin embargo, á mis ojos, el misterioso velo de la vida íntima y familiar. Comprendí que la literatura mujeriega estaba reñida con el régimen interior de la casa, con los cuidados de una buena administración, con los dulces goces de la familia, con todo lo que no sea vanidad y amor propio mal entendidos, y me aferré como gato panza arriba, al refrán ya mencionado, y que me suele servir de norma en todos los actos de la vida.

Y ahora, para probar la veracidad de mi aserto, me dedicaré sin tardanza, á dar cima á la revista de la quincena. ¡Dios ponga tiento en mis manos, pues estoy hasta cierto punto *indinado!*

***

En el *Teatro de la Alhambra — El Padre Juan.— Drama en tres actos y en prosa* (mediana) *de Doña Rosario Acuña.* ¡Y aquí quisiera yo ver á los galantes!

El drama, fuera de la mala intención, nada tenía de particular, á no ser que la autoridad gubernativa de la provincia, tuvo el buen acuerdo de prohibir su representación al día siguiente de su estreno, mereciendo, no el estreno, sino el Gobernador, el general aplauso del público culto y sensato. Y aquí, quisiera yo ver á los que hacen alarde de su *galantería* en cuestiones literarias.

El tal drama, no tenía nada de particular — y ustedes dispensen la repetición, pues estoy nervioso y acongojado — á no ser una especie de feria de ganado, pues había caballos, terneras, una burra y no sé cuantos animales más. ¡Ah! sí, había un libre pensador — cuidado que no lo digo refiriéndome á los animales, sino como una de las muchas rarezas de la producción de Doña Rosario (c. p. b.); — un librepensador, un *esprit fort* de la cosecha intelectual de la Sra. de Acuña.

¡Por cierto que Doña Rosario debe tener una idea muy errónea de los librepensadores ó *piensadores*, haciéndoles, desde luego, más favor del que se merecen! Pero, en fin, vamos andando con el drama, ó con Doña Rosario, que es lo mismo.

El estreno del *Padre Juan*, fué una serie no interrumpida de ovaciones para Doña Rosario.

Salieron los corceles, que por cierto estaban bien cuidados y éran blancos — aviso al empresario — y hubo aplausos.

Asomó las orejas la burra, aplausos y suspiros de los que creían reconocer en ella á alguno de sus antepasados.

Salió la ternera, aplausos y lágrimas de alguno que otro cesante.

En fin, la cosa anduvo tal cual mientras figuraron los animales, pero en cuanto las personas tomaron la palabra ¡ah! entonces el entusiasmo no tuvo límites. ¡Toma! como que al día siguiente tuvo que intervenir la autoridad gubernativa, para impedir que unos se murieran de gusto, y otros de risa, al oir la ristra de disparates que *esmaltan* la *extraordinaria* y nunca bien ponderada producción de doña Rosario (c. p. b.)

¡Si me atreviera!..... ¡Vamos! ¿A que me atrevo? ¡Doña Rosario! ¿Por qué no se agarra usted á la aguja, y guarda sus literarias filigranas para la cuenta de la lavandera, para los lunes de la casa?..... Crea usted que se lo agradecerían las bellas letras, ó las *musas.*

***

En el *Teatro de la Comedia*, diéronse también literatas. *Mujer famosa*, comedia en tres actos y en verso (malo) original de doña.....

El público acudió presuroso al elegante coliseo de la calle del Príncipe, *ardiendo* en deseos de pasar un buen rato con la *Mujer famosa*, de saturarse de poesía casera, y en efecto, no se vió defraudado en sus esperanzas.

El montón de simplicidades, las carretadas de ripios que embellecen la obra, valen el dinero, y aun la *prima*, que tuvieron muchos que pagar á la entrada. En la vida hemos asistido á derroche literario semejante; creímos llegado el fin del mundo.

Por supuesto, que si las empresas siguen por ese camino, poniendo en escena por mera galantería cuantas producciones les presenten las autoras noveles, ¡medrados estamos! El mejor día nos sirven un arreglo en verso del libro de cocina, ó un drama sacado de la sopa de ajo.

Algunos dicen por ahí, que la *Mujer famosa* es un extravío de la autora, y que por lo tanto hay que dispensárselo; pero, ¡cáspita! cuando las literatas con faldas quieran extraviarse, al menos que releven al público de la cuota de entrada, y entonces podremos todos contemplar con más paciencia el extravío, desde nuestras respectivas butacas.

En fin, ¿cómo ha de ser? Se ve que esta quincena ha sido luna de literatas. ¡Dios quiera que no se repita la suerte!

***

El *Teatro del Príncipe Alfonso* ha abierto sus puertas bajo buenísimos auspicios.

La bella fanciulla di Perth fué escuchada con verdadera delicia. Las piezas más culminantes de la hermosa ópera de Bizet, son el cuarteto del primer acto, el bailable del segundo, una serenata de tenor en el mismo acto, el concertante del tercero, y en el cuarto un bellísimo coro de introducción y el rondó y escena final.

Debutaban dos discípulas del maestro Goula, las señoritas Carrera y Mata. De hermosa presencia la primera, de maneras distinguidas y poseyendo una voz de timbre maravilloso perfectamente educada, causó hondísima impresión en el auditorio, el cual auguró un brillante porvenir á la joven artista, si sigue estudiando y no se duerme sobre sus laureles. Cantó con suma afinación y buen gusto luciendo sus excepcionales facultades, alcanzando una verdadera ovación en el concertante del tercer acto y en el rondó del cuarto.

La señorita Mata demostró también ser una consumada artista. Dotada de una hermosa voz de *mezzo soprano*, que maneja con gran maestría, mereció la más favorable acogida por parte del público, que la aplaudió en varias ocasiones, rindiendo un justísimo tributo de admiración á su buena escuela de canto.

También debutó el joven tenor señor Bertrán, que posee un órgano vocal que se puede calificar de privilegiado. De timbre purísimo y de deliciosa igualdad, lo mismo ataca las notas agudas que las graves, sin el menor esfuerzo ni vacilación, dominando por completo el *bell canto*, y dando muestras de un vigor y de una energía inapreciables para la difícil carrera á la cual se dedica.

Bertrán, es indudablemente un artista de gran porvenir, que recorrerá dignamente la laureada senda que otros compatriotas nuestros recorrieron.

Goula dirigió la ópera, como él sabe hacerlo, haciéndonos saborear una á una todas las bellezas que Bizet ha vertido á manos llenas en su hermosa partitura.

***

Y ahora, lectores míos, me despido de ustedes hasta la quincena que viene, pidiéndoles encarecidamente que unan sus ruegos á los míos para que no se vuelva á repetir la luna de literatas que ha venido á sacar más de quicio al arte escénico de lo que ya estaba, con harto sentimiento de todos y no poco dolor de su afectísimo

MISTIGRIS.

UNO COMO HAY MUCHOS

En verdad que el siglo XIX, el tan decantado siglo que á cada paso titulamos del progreso, de la electricidad, de... tantas cosas más que no repito por sabidas y porque si me lo propusiera no acabaría nunca, que alguien, á mi juicio con razón, le ha llamado el siglo de los adjetivos, muéstranos contrastes tan curiosos, que verdaderamente maravilla, dando lugar esta su nota característica, la variedad, á que en él veamos en estrecho maridaje lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, lo bello y lo feo, lo útil y lo inútil, lo grandioso y lo pequeño, pues de otro modo no se concibe que en sus postrimerías encontremos entre la juventud una mescolanza tan grande de aplicación y de desaplicación, de sabiduría é ignorancia, de inteligencia y necedad, de bueno y malo, en una palabra, si bien ¡triste es decirlo! se halle lo primero en minoría y en mayoría lo segundo. ¿Cómo, sino atribuyéndolo al carácter del siglo, explicarse la variedad que se observa en el grupo de los que, según la frase consagrada, se hallan en la primavera de la vida? Y juzgo oportuno hacer constar esto, porque de entre los que se hallan en esta feliz edad tan cantada por los poetas, está sacado el tipo, materia de este artículo, y no quisiera que por nadie se me tachara de Leopardi en lo de pintar con negros colores, pues hay que convenir en que si es verdad que hay en ella bueno y malo, no es menos verdad que constituye lo primero la excepción y lo segundo la regla, y mi tipo es la encarnación, el modelo de la última, dejando por otra parte, á vuestra incumbencia al referir estas líneas á aquél á quien creáis correspondan.

***

Su prematuramente encorvado cuerpo, su aspecto enfermizo, sus pupilas hundidas y sin expresión, sus torpes movimientos, su faz cadavérica, su frente deprimida le denuncian y señalan como uno de esos jóvenes en quienes el vicio ha dejado impresa su asquerosa mano hasta el punto de hacernos ver en él un viejo de veinte años.

Todos le conocéis, todos le habéis visto. En la calle paseando su antiestética figura (casi tanto como la de Cuasimodo), mejorada ó empeorada, si esto último cabe, por el sastre, el peluquero, el zapatero, el camisero..... y todo ese regimiento de industriales, en fin, para quienes vive y es una verdadera bendición; en el café perorando, «pálido el rostro, cejijunto el ceño», nervioso, iracundo, haciendo al aire víctima inocente de sus descompasados manotones, derramando por su boca las mil y una sandeces (si no son más), que en su cerebro encierra, voceando á modo de vendedor ambulante, cual si con las voces pretendiera convencer y persuadir, ya que ésta es, según hemos convenido,



EL BIBLIÓFILO



EL SUEÑO DEL SOLDADO

la verdadera misión del orador; en el Ateneo (cuando repican gordo) corriendo de un lado para otro, aparentando hacer algo y en realidad deshaciendo todo; en las redacciones de los periódicos, censurando el drama en *moda* (permítaseme la frase en ídem) sin saber lo que es un sainete, pero barajando mucho, sin razón ni cuenta, eso sí, los nombres de Calderón, Moreto, García Gutiérrez, Tamayo, Echegaray y aun aun los de Molière, Sardou, Schiller, Tolstoï sin saber, sin haber leído (por sabido callarlo debiera) á ninguno de ellos y sabiendo á lo más á lo más el título de alguna de sus obras, con lo que le basta ciertamente para pasar, entre los ignorantes, se entiende, por ilustrado, por erudito y hasta..... hasta por sabio, que en estos benditos tiempos y en este no menos bendito país, sobre todo, poco se necesita para ser tenido en tal concepto; en vuestras casas, echándoselas de excéntrico, de original, de loco por aquello de *Nulla est sapientia, sine mixtura dementia*, frase que sin duda aprendió en jueves, á juzgar por lo que la repite y con la que en vez de disculparse, como hace que pretende, sólo consigue poner más de manifiesto su extremada petulancia; en..... ¿á qué seguir? en todas partes, que como todos los seres de mala especie, en todas crece y se desarrolla para desgracia y mortificación del género humano, pues que del exámen de sus cualidades no se saca otra cosa sino una impresión triste, tristísima, desconsoladora en extremo, que necesariamente resulta de la comparación que establecemos, aun sin querer, entre lo que aparenta valor y en realidad vale.

Casi casi me atrevería á asegurar que una vez leídas las anteriores líneas, en vuestra mente se dibuja ya la silueta de alguno de vuestros conocidos, de alguno de vuestros amigos, quizás á quien las referís con malicia inocente, por supuesto. Sin embargo, á trazar voy alguno más de sus rasgos característicos para completar en lo que mis fuerzas permitan este tipo, este asomo de la sociedad moderna.

Intelectualmente considerado es..... una verdadera nulidad, como ya indiqué; pero no lo cree él así, sino que, por el contrario, se considera en filosofía un San Agustín ó un Zeferino González; en literatura un Lope de Vega ó un Pereda; en política, un Cisneros ó un Cánovas; en una palabra, en todo en todo eminencia, de todo de todo conocedor, lo que no se recata en hacer ver, pues alardea de inmodesto, sin duda porque al acaso oyó decir que «la modestia es la virtud de los tontos», no sabiendo ni quién tal dijo, ni menos en qué sentido: que es ley que la fatuidad acompañe á la ignorancia y la modestia al talento.

Pues..... ¿y su orgullo? Deja tamañito al del mismísimo D. Rodrigo, del que dicen lo conservó hasta en la horca, pues es lo cierto que, á pesar del ambiente democrático, que según dicen, nos rodea, tiene á menos, y hasta rehuye el trato con las personas de posición más humilde que la suya, no por vanidad, no por orgullo, no, sino porque le inspiran compasión profunda, desdén olímpico esas pobres gentes que, si bien ganan el pan de cada día, con el sudor de su frente, no saben ¡pobres! vestir un frac, ni seducir solteras, ni mucho menos casadas, ni siquiera mezclar en sus conversaciones, como él hace, más términos extranjeros que españoles.

Presume, y hay gente que se lo celebra, de irreligioso, de impío, pues aunque alguna vez va á la iglesia, no es porque así crea cumplir con el precepto de nuestra sacrosanta Religión, no, sino porque aprovechándose de esa semioscuridad característica de nuestros templos, que arroba nuestras almas en celestial éxtasis y que nuestro pensamiento abstrae en algo infinitamente grande y poderoso, puede, con más facilidad que en otro sitio, dar á su novia la carta que llena de pensamientos terrenales é impuros pasa á formar parte, en aquel momento mismo, del libro celestial y puro por excelencia: el devocionario. ¿Á qué si no, había de ir á la iglesia él, que ha leído el *Cándido* de Voltaire y el *Emilio* de Rouseau, aunque sin comprenderlos seguramente; él, que por consecuencia natural se jacta de ser escéptico, si ser escéptico es ser algo; él, que se envanece de no saber rezar, de haber olvidado las oraciones puras que su madre le enseñara en su niñez con mal recompensado afán; él, en fin, que llama cándidos, superticiosos é ignorantes á aquellos que cumplen como deben sus obligaciones de caridad.

Y lo que tiene más gracia es que él dice estas cosas sin convicción, sin sentirlas y animado tan sólo por los aplausos del grupo de amigotes que le rodea y que le celebra, porque le explota, porque él, haciendo de rumboso, ó mejor dicho, en la jerga de ellos, de *primo*, les paga las orgías en que consumen su vida, dignamente acompañados de esos seres infelices y desgraciados que alguien ha denominado «vírgenes locas» y cuyo fin en la sociedad es satisfacer los deseos asquerosos y efímeros de la materia.

. . . . . .

. . . . . .

Tal es su vida: así piensa, así siente y así quiere.

Y hago punto final, porque con lo dicho basta; que como desgraciadamente abunda tanto, casi con seguridad le habréis visto, le habréis hablado, inspirándoos, si sois hombres de edad, hombres de experiencia, risa y amargura al mismo tiempo, porque en él reconoceréis al representante genuino de la parte más numerosa de la juventud del día.

C. P. M.

ALBUM DE POESÍAS

LAS ALAS DEL GENIO

(Conclusión.)

III

Es de noche: pardas sombras,
Como el delirio confusas,
Vinieron sobre Granada,
Cual vampiros á una tumba.
Rodaron de su alta sierra
Siniestras, frías y húmedas,
Dejando del Mulhacén
La alba cabeza desnuda.
Aún no rondan esparcidas
Por la ciudad las patrullas
Curtidas á cintarazos
Por su vigilancia suma;
Y un galán, como otra sombra
Más negra, las calles cruza
Agitando del sombrero
La blanca y rizada pluma.
Por los pliegues de su embozo,
Que las cejas no le oculta,
Y el estoque que se esconde
Todo en la capa de púrpura,
Se barrunta que es bisoño
Y que á rondar no acostumbra
Por vicio las rejas donde
Aguardan las hermosuras.
Es nuestro doncel que lleva
En el alma taciturna
Alas de vivos deseos,
Que sus pasos apresuran.
Quince días son pasados
Desde que vió la vez última
A Estrella, y al corazón
Ataraza negra angustia.
Quince días que á Granada
Dejó por seguir la ruta
De un negocio, que á su padre
Mucho importa se concluya;
Y quince días contados,
Como el marino entre bruma
Y rudo oleaje cuenta
Los que á la alta luna fúlgida
Faltan para iluminar
Del pueblo la casa rústica,
Donde impacientes esperan
Verlo llegar con la luna.
El alma lleva en los ojos,
En el pecho brama ruda
Tormenta de afán, y vuela
De puerto apacible en busca.
Y las calles tortuosas
Solas, medrosas y obscuras,
Laberinto le parecen
Del que no va á salir nunca.
Por fin, como todo llega
Y la esperanza se nubla
Con la triste realidad
O con la alegre fortuna;
Llegó el mancebo á una calle
Que el Dauro sonante arrulla,
Donde en un cielo de amores
Su blanca estrella fulgura.
Miró bien, porque el dudoso
De la dicha siempre duda,
La fachada de la casa
Entra la incierta penumbra;
Y al buscar la hermosa reja
En donde Estrella se escuda
Sintió vacilar el suelo
Bajo su planta insegura.
Pegado bien á sus hierros,
Que en forma de aspas se cruzan,
Está un galán, tan amante,
Que de quien pasa no cura.
Su vida le está robando,
Y en su amor ciego lo juzga
Satanás, que de los cielos
Ronda las puertas augustas.
Llevóse anhelante mano
Al rostro, por ver si nublan
Sombras de sueños sus ojos
O celos negros los turban.
Y tornó á ver al galán
Cual ladrón de su fortuna;
Y quiso hablar, y de cólera
Las palabras se le anudan.
Corrió á la reja y vió á Estrella
Trémula, hermosa y confusa,
Dejando estrechar las manos
A Don Nuño entre las suyas.
Rugió cual león herido
Con fiera rabia iracunda;
Hízose atrás y la espada
Brilló en el aire desnuda.
—¡Mal hayas, mujer artera! —
Dijo con tremenda furia
—¡Así el alma me destrozas
Y así me engañas, perjura! —
Del volcán donde fluctúa
La sangre subió á sienes,
Y él cayó en la tierra dura.

IV

Despertóse el agustino
En este punto del sueño,
Hondo suspiro arrancando
De lo profundo del pecho.
Miró la celda con gozo,
Como quien en cautiverio
Sufre triste luengos años
Y en su patria se halla luego.
Y hablando consigo á solas,

Cual si dijera un secreto
A un amigo, así exclamaba
Con melancólico acento:
— ¡Oh imaginación! ¡Oh loca!
Yo quemaré tus recuerdos
Y te arrancaré las plumas,
Para que rindas el vuelo.
Sólo del mundo me restan
Mis pobres queridos versos,
Queridos, porque son hijos
De mi propio pensamiento.
Versos, lágrimas de amores
Y de mezquinos deseos,
Mal hayáis, pues no os vertí
Por la esperanza del cielo.
Notas del laúd sonoro
Con sangre escritas; conceptos
Que de su faz de sirena
Fuísteis siempre compañeros;
Misteriosas harmonías,
Que regalasteis sus sueños;
Gritos del alma cautiva
Entre sus mallas de acero;
Alboradas de los valles;
Crepúsculos pintorescos
De la tarde, que á mis males
A veces dísteis remedio.
Versos, hijos concebidos
Entre el dulce devaneo
De un amor terrestre y loco
Que nació en mal hora ciego;
Versos que repite el alma
Sin tomar consentimiento
Entre las rudas vigilias
Y los tenaces ensueños;
Pues que el alma me abrasáis
Con vuestro perenne fuego,
Primero que la llaguéis,
Con mano sañuda os quemo.
Os quemo, porque á Dios plazca
Prender en mi pecho incendio
De amor sagrado, que torne
Pavesas vuestros recuerdos. —
Y así hablando, formó pira
Con las hojas de aquel tiempo
De loco engaño, y la luz
Acercó á la pira trémulo.
Prendió la llama, y dos lágrimas
Asomaron en silencio
A sus ojos; mas tragóselas,
Teniendo de verlas miedo.
Y cayendo de rodillas
Con extraño sentimiento
Ante un Cristo, que lo mira
Los brazos teniendo abiertos,
¡Señor, le dijo, perdón!
Agora soy todo vuestro;
Disponed á vuestro arbitrio
De vuestro criado y siervo.
Entonces, iluminando
El humo de aquellos versos,
Que lo envuelve en nube densa
Como en sombras de misterios,
Es fama que de los ojos
De aquel cristo brotó fuego,
En cuya lumbre divina
Sintió inflamársele el pecho
El novicio y otras alas,
Que en su mente le nacieron,
Con las que el alma briosa
Tendió serena su vuelo,
Como la alondra sonora
Que deja el valle ruiseño
Y se remonta cantando
Hasta perderse en el cielo.

—

V

Y pasaron luengos años,
Y del poeta la voz
Escuchóse en todo el mundo,
Con dicha del corazón.
Levantóse de la tumba
De Augusto el noble cantor,
Oyólo y la ebúrnea lira
De los sáficos rompió.
Sacó el Tajo á la ribera
El pecho, oyendo su són,
Y le habló de profecías,
Parando el curso veloz.
La fuente, que el campo riega,
Donde el tranquilo pastor
Pasa sin penas la vida,
Sus canciones aprendió;
Las virtudes se vistieron,
Como con un rayos del sol,
De su egregia poesía
Con el intenso fulgor;
Y el Olivete la frente
Su canto escuchando alzó,
Como si viera elevarse
Por el aire al Salvador:
Que aquel novicio agustino
A quien alas formó Dios
De cenizas, como el fénix,
Era Fray Luis de León.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

EL SELLO

¡Bravo asunto! Tan gastado está ya como el último duro que gané, por lo cual se me ocurre lo primero confesar que no soy el primero á quien se le ocurre; mas no por eso desisto de tratar un asunto que á tan variadas consideraciones se presta.

Si salimos del claustro materno sin nuestro correspondiente sello, es porque la sociedad, mirándonos hasta entonces *muy por encima*, no nos lo ha podido poner aún; pero algo más tarde, en cuanto nuestras condiciones comienzan á manifestarse, la sociedad, unas veces acertada y las más con notoria equivocación, nos pone el sello que mejor le parece para que con él circulemos por los múltiples caminos de la vida, siendo lo triste del caso la imposibilidad de que desaparezca del individuo erróneamente *sellado* esa marca que la voz pública le atribuye como adecuada y cierta.

Supongamos que Fulanito ha dicho una noche cuatro cuchufletas en casa de su amiga X., y que á sus contertulios les han parecido ingeniosas y no desprovistas de gracia; pues ya no hay más que hablar; de boca en boca allí, de casa en casa después y por toda la población más tarde, la gracia pasajera de las cuchufletas de Fulanito cunde sin tregua, convirtiendo á este de ingenioso en humorístico y de chistoso amigo en graciosísimo ciudadano.

¿Para qué quiere más nuestro hombre? De fijo fué aquella la única vez que de sus labios salió un donaire; acaso lo hizo sin apercibirse de ello; pero la sociedad le ha puesto el sello de gracioso, y ya no pronuncia palabra alguna, por seria y grave que sea, que no se reciba por todos á título de chiste. Ya puede esforzarse Fulanito en mostrar su natural seriedad y circunspección; será en vano. Una vez con su sello, aunque nos diga muy formal que se le ha muerto su padre ó que le duelen las muelas, nuestra obligación es soltar la carcajada y, puesto que el mundo lo exige, en lugar de clamar entristecidos: «¡Dios mío, qué desgracia tiene Fulano!», debemos repetir á coro reventando de risa: «¡Dios mío, pero qué gracia tiene éste hombre...!»

Hace seis años que á Mengano le favoreció la suerte, allá por Noche Buena, nada menos que con un premio de diez y seis reales en un billete de la Rifa del Pardo. Al año siguiente consiguió un reintegro, y dos años después la mitad de una aproximación. Pues ahí teneis al hombre afortunadísimo, al prójimo que si pide á sus amigos un empleo, le vuelven la espalda diciendo: «¡Para qué hemos de dar un destino al que ha sido ya destinado por Dios para cobrar constantemente premios de la lotería...? «¡No tiene mala breva con su desmedida suerte...!» Y todo el mundo le tiene envidia, y no hay amigo que no pretenda explotarle, ni dama que no le tache de tacaño y ruin porque no hace brillar el oro de que en realidad carece. En una palabra: nuestro hombre no tendrá camisa; pero la sociedad le ha puesto ya su sello; «el hombre de la fortuna» le llaman en todas partes, y por afortunadísimo pasará hasta que tenga la verdadera fortuna de morirse.

Zutano tiene el mal gusto de ser poeta. Nació en brazos de las musas alegres y su estilo literario siempre estuvo en harmonía con su bullicioso carácter; mas cierto día acudió á su mente un asunto triste y confeccionó un drama que fué la admiración de muchas gentes. Después no volvió á escribir sino en su acostumbrado estilo, el más jocoso que puede imaginarse; pero nadie le quita ya el sello de autor profundo, de concienzudo escritor. Que no pretenda excitar la risa en teatros ni en publicaciones; pues lejos de hacer gracia, verá siempre confirmado por la prensa y por los amigos el sello que injustamente le puso la sociedad para que circulase por el mundo.

Repetidamente vemos citar en los periódicos al *bravo militar* ó al *bizarro capitán Don H.*, sin fundamento alguno para calificarle así. Quizás el bravo se asuste de una rata malhumorada; acaso habrá visto el campo de batalla sólo en pintura; tal vez si llegó á entrar en fuego buscó en las cavidades de una mochila seguro refugio contra las balas; pero siendo militar, ¿quién le quita ya el sello de bizarro, valeroso y bravísimo caudillo?

Precisamente hoy abundan mucho las reputaciones de pega. Se llama *eminencia* á la medianía; *opulencia* á la posición semi-desahogada; *plausible filantropía* á la ostentación vanidosa de la más pequeña donación quizás interesada; *astro resplandeciente de la patria escena* al actor que con gritos más desaforados describe los colores de una flor; y *distinguido conferencista* á cualquier prójimo que sepa decir de corrido el Padre nuestro y la tabla de restar. Y no nos metamos en política, donde á cada momento oimos llamar *consecuente ministerial* al que, á lo mejor é imitando á los soldados, da media vuelta á la *izquierda*, si no la da por entero.

Entre los individuos erróneamente *sellados* no hay tipo más delicioso que el del hombre profundo con ribetes de personaje. Su voz suele ser campanuda; el sitio del talento se halla ocupado por el humo. La gravedad de su aspecto, lo acompasado y tardo de sus movimientos y de sus palabras, inspirando cierto respeto, favorecen mucho su desmedida petulencia. Para hablarle se necesita licencia previa. Si se le interroga sobre cualquier asunto, antes de contestar le mira á uno por cima del hombro, se frota lentamente el abdómen, sopla variar veces, se quita y se pone los anteojos (si los usa), y trascurrido un cuarto de hora suelta con enfática entonación la esperada frase, que es una solemne barbaridad; y dando media vuelta y retirándose pausadamente después de volver á soplar, se queda tan fresco, mientras el que hizo la pregunta piensa lleno de asombro: «¡Oh.....! ¿qué habrá querido decir.....? yo no lo he comprendido; pero habiéndolo dicho el profundo..... ¡oh.....; algo será!» No pretenda



PARÍS. EL PUENTE DE LA CONCORDIA

mos escudriñar el sentido de la frase, porque es una frase sin sentido como todas las suyas; pero, revestidos de tales ceremonias, sus desatinos son maravillas para el vulgo, y el personaje de la cabeza hueca anda por ahí, y andará mientras viva, con el sello de hombre ilustre y de profundo pensador.

El sér que lleva el envidiable sello de «hombre despreocupado», es el más feliz de la tierra. Va de americana á donde debería ir de frac y vice-versa; le suelta una fresca al lucero del alba, no se molesta en dar pésames ni días; omite regalos que para otro serían obligatorios; suprime la asistencia á convites que no le agradan, se presenta en cambio donde no le convidan, y hace, en fin, lo que mejor le parece sin cuidarse del qué dirán, pues bien sabe que con semejonte sello, nadie dice más que: «¡Bah! ¡cosas de Fulano! ¡qué ocurrencias tiene! ¡ya se ve; como es así....!» y lejos de censurar tales despreocupaciones, todos se regocijan con su extravagante trato.

Y no creáis que se concreta sólo á los hombres la cuestión del sello; en todos los órdenes de cosas sucede lo propio.

Se abre una tienda de..... bollos, por ejemplo; de bollos que no tienen nada de particular, pero que se anuncian, v. gr., «Bollos del Emperador de la China» ó del Gran Turco; pues si la gente dá en alabarlos, ¡pobres bolleros contemporáneos! No habrá bollos más exquisitos que los del nuevo establecimiento, aunque sean infinitamente peores que todos los demás de su familia, y el sello de bondad que la sociedad injustamente les pone, no tardará en hacer de su fabricante un capitalista.

En fin: pongamos punto á las reflexiones sobre la imposición del sello; sobre ese defecto social que no tiene remedio en el mundo, y convengamos en que ya no nos maravilla el ver muchachos holgazanes que pasan por acabados modelos de aplicación; pillos calificados de listos y hombres honrados con fama de tontos; sabios completamente obscurecidos y en cambio cotorras con toga reconocidas como letrados de singular talento; pintores celebérrimos que en sus cuadros llaman «blonda cabellera» á un manojo de espinacas; y médicos, en fin, que, con título de eminentes, son verdaderos matadores de la pobre humanidad; pero con esa circunstancia agravante que les distingue: la de matar siempre..... *recibiendo*.

¡Feliz aquel que vive con el sello que se merece, si no ya con otro superior, y bienaventurado también el que, como excepción rarísima, anda por el mundo sin que la sociedad se haya ocupado de ponerle el sello!

JUAN P. ZÚÑIGA.

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS
DEL ÁFRICA ECUATORIAL

POR FL. BOUHOURS

Traducción del P. J. R., Agustino.

CAPÍTULO PRIMERO

Ni los novelistas más célebres de la antigüedad, ni los que gozan de mayor fama en nuestros días, han conseguido trazar un cuadro de tan repugnantes colores como el que se presenta hoy á la vista del observador, no lejos de la opulenta y fastuosa Europa. La vista sola del África ecuatorial, que se levanta ante nosotros cual espectro aterrador, paraliza la sangre en nuestras venas y nos llena de espanto al lanzarnos esta triple maldición, poniendo de relieve sus hediondas y mortales llagas ante esta Europa, que hierve en armas, saraos y exposiciones.

«La inmensa mayoría de mis hijos yace envuelta en los errores del fetiquismo, rinde homenaje á repugnantes ídolos, burlándose del Creador. ¡Europa, tú eres la culpable en tan horrendo crimen!

»Considerable número de mis hijos gime baje el yugo de la esclavitud, mientras otros de sus hermanos corren diariamente del fetiquismo al islamismo. ¡Desgraciados! ¡Europa, tú responderás ante el cielo y la tierra!

»En África es la esclavitud el estado normal de mis hijos; pero una esclavitud bestial, más horrible que la de los romanos, griegos y bárbaros de otros siglos. ¡Europa, tú eres la causa de esta desgracia!»

Una voz sublime ha respondido al llamamiento supremo de esos pueblos, postrados á la sombra de la muerte: la voz del Soberano Pontífice León XIII. Y fiel eco de esta voz bendita es el gran apóstol del África, el noble Cardenal Lavigerie, que ha predicado la cruzada de la abolición de la esclavitud.

¿Cuáles son, pues, los caracteres de esta esclavitud infame?

Los tiros de la trata actual dirígense particularmente contra las mujeres y los niños, ya que es peligrosa la captura del negro adulto y muy difícil el poderle retener. Las ignominias del trópico pesan hoy sobre esos seres sagrados, que despiertan en nuestro corazón los más elevados sentimientos de cariño, y cuya debilidad misma realza á nuestros ojos la grandeza sublime de que están revestidos. ¡Mujeres y niños son oprimidos por la humana barbarie!

¿Qué extensión mide el territorio teatro del vil comercio?

Examinad el mapa del Africa ecuatorial: túrbase la mirada al aspecto de esas inmensas y sangrientas zonas, de esos miles de canales por donde ruedan perdidas y sin honra la vida y el alma de los negros africanos. Esas regiones presencian todos los años la muerte de 500.000 negros..... y por cada esclavo

vendido, 50 seres humanos se ocultan en la eternidad.

Vamos á ocuparnos en la historia de tres jóvenes negras, vírgenes de las riberas del lago Tanganyca, y quiera Dios que nuestro relato pueda dar una ligera idea de los crímenes, crueldades, infamias de todo género perpetrados en el comercio de los infelices esclavos.

Los verdaderos proveedores de la esclavitud en el Norte y Este del Africa son los musulmanes, ya por sí mismos, ya sirviéndose de los negros asociados á tan vil negocio. Los musulmanes no ven en el negro más que una raza inferior, término medio entre el hombre y el bruto; de aquí que los infortunados negros no han experimentado jamás la piedad de sus verdugos.

Los estados berberiscos y, digámoslo con la frente cubierta de rubor, hasta la misma Argelia, Egipto, Zanzíbar y el Sudán mahometano, son punto de partida de estas tristes expediciones, que si á veces se limitan á la caza de individuos aislados, mujeres y niños principalmente, alejados de sus chozas, revisten de ordinario los caracteres de formales ataques.

Esos feroces aventureros, favorecidos por las tinieblas de la noche, cercan de repente los tranquilos pueblos del interior; y como los negros no tienen armas de fuego, rarísima vez pueden organizar su defensa, siendo degollados los que quieren medir sus fuerzas con los adversarios, *armados hasta los dientes*. Los desgraciados huyen á las tinieblas; pero los que tienen la desgracia de ser aprehendidos, mujeres y niños especialmente, son cargados de cadenas y conducidos á un mercado del interior, después de atravesar, atados de piés y manos y con la argolla al cuello, regiones de 60, 80 y 100 días de camino.

Entonces comienza para ellos una serie de espantosas miserias, que expondremos en este relato; dígnese el lector seguirnos hasta el interior del país de los esclavos.

Levántase en el Norte de Rijiji la cordillera de montañas del Urinudi. En la vertiente meridional de una de esas montañas, y oculto en la espesura, existía, no ha mucho, un hermoso pueblo habitado por los Wabikaris, cuyo traje, en relación con la temperatura del país, que se eleva en las altas mesetas á 30 grados, era de los más sencillos: bastábales un zagalejo, como á todos los demás indígenas. Los negros Wabikari, dedicados todos á la agricultura, eran de agradable aspecto, fuertes y robustos.

«¿Para qué nos sirven las telas, se decían, teniendo para cubrir nuestra desnudez pieles de cabras y monos, más consistentes que las telas? Para hombres como nosotros, que debemos recorrer los bosques siempre en acecho, armados de fuerte lanza persiguiendo la caza, los vestidos de pieles resisten las espinas, mientras la más débil rama rasga las telas; además, los negros de los Arabes visten todos estameñas, y nosotros en nada queremos asemejarnos á ellos.»

Los Wabikari cultivaban con abundancia el maíz, sorgo, patata, yuca y banano, pero lo que constituía su principal riqueza eran los grandes rebaños de carneros y cabras que pastaban en sus fértiles y hermosos campos. Una estrecha senda conducía al pintoresco pueblo, rodeado de bejucos y malezas y fortificado por vallas de gruesas maderas y troncos de árboles. Un montón de cenizas disimulaba la entrada del pueblo, compuesto de chozas de paja, distribuídas sin orden, que por su forma semicónica presentaban el aspecto de montones de heno, como casi todos los pueblos del Africa ecuatorial.

Dichosos vivían los Wabikari en la alta meseta del Urinudi, donde parece que la naturaleza ha querido desplegar todas sus galas: los pobres negros, dotados de un corazón noble y generoso, sólo temían á los mestizos musulmanes y á sus *Rougas-Rougas;* y al ver en lejanos horizontes subir las llamas hasta las nubes, volvían apresuradamente al pueblo, y llenos de espanto y terror se ocultaban en sus humildes chozas. Las madres se abrazaban estrechamente á sus tiernos hijos, las jóvenes exclamaban aterrorizadas: «*¡Hai si yavio!.... ¡Hai si yavio!...*» ¡Oh madre mia! ¡Oh madre mia!.... Los hombres limpiaban las lanzas, afilaban las flechas para defender sus hogares y vender caras sus vidas, pues las llamas que veían les probaban muy claro que los esclavistas avanzaban sin perder tiempo. Sabían muy bien que ponían fuego á los pueblos durante la noche, y que favorecidos por la obscuridad y el desorden sacrificaban millares de víctimas y apresaban centenares de esclavos. El terror se apoderaba entonces de los Wabikari, como se apodera hoy de los demás negros del Africa ecuatorial, á la vista de esos inmensos incendios.

¿Por qué la vida del hogar doméstico y el amor á la libertad no han de serles tan caros como á nosotros? ¿Acaso el Dios que nos crió y nos redimió con su sangre no es el Dios y Redentor de los negros? La leche con que la negra alimenta á su tierno hijo, ¿no es tan pura como la que nosotros hemos mamado? Si los negros del Africa ecuatorial no conocen aún al Dios que nosotros adoramos, Padre de todos, cuyo trono es el cielo, le conocerán un día, y no le abofetearán como sus infames verdugos, ó como ciertos ricos malditos de la Europa indiferente, á quienes las riquezas no sirven más que de fausto y corrupción.

Un montón de cenizas es hoy el pueblo de los Wabikari. Pocos son los habitantes que han logrado sustraerse al degüello y á la esclavitud buscando asilo en los bosques, de donde salen á veces á contemplar con dolor el lugar en que existieron sus chozas y familias. Tiemblan al menor soplo de la brisa que agita los juncos, y deseando conservar la libertad hasta la muerte, vuelven á los bosques, donde las fieras ponen término á su inmenso infortunio.



LA RENDICIÓN DE GRANADA

¿Qué ha sucedido?

Los esclavistas alemanes y sus Rougas-Rougas han convertido en desierto los campos del Urinudi, y el silencio y la desolación reinan hoy donde reinaban ayer la animación y la alegría. Esto sucedió en los últimos días de Septiembre de 1887; pero no anticipemos los hechos.

Hace diez años que se instalaron dos caravanas francesas, de Misioneros franceses, en el Africa ecuatorial (salieron de Francia en 1878-1879 sucesivamente); la una fijó su residencia cerca de los lagos *Victoria* y *Albert-Nyanza*, y la otra en las costas del lago *Tanganyca*, en el Urinudi. La primera ha sido saqueada é incendiada, los asilos destruídos y los Misioneros, con Mons. Livinhore al frente, encerrados en una cárcel y expuestos una semana entera á los insultos y á la muerte. Estos valientes Misioneros son los *Padres blancos* de su Emma. el Cardenal Lavigerie, á cuyas órdenes milita hoy el P. Doumaux, antiguo zuavo pontificio. Algunos de sus antehermanos en las armas han acompañado á los Misioneros para secundar sus generosos esfuerzos: á este número pertenece el valiente Capitán Joubert.

Los Misioneros del lago Tanganyca establecieron entonces su residencia á la sombra de copudos árboles en la pendiente de una colina, á cincuenta metros del lago; á su vista dormían tranquilas las aguas de este mar interior, surcado por multitud de barcas pescantes. Desde allí se divisaba entre la bruma la punta de la gran isla Mouzinón. Las montañas de la ribera opuesta se dibujaban vagamente en el horizonte, extendiéndose á derecha é izquierda campos bien cultivados de yuca, donde crecían también bananos y olivos.

No tardaron los Padres blancos en granjearse la amistad de los negros vecinos, al ver éstos que salían a la defensa de los infelices esclavos, arrancándolos del peso de las cadenas que les oprimían, devolviendo la libertad á cuantos alcanzaban los escasos recursos que poseían. Por estos rescates comenzaron los Padres su misión bienhechora; á los dos años de su llegada al país de los negros habían rescatado ya cierto número de niños, á quienes enseñaban á leer: eran estos niños los destinados á formar los pueblos cristianos del Africa ecuatorial.

Habían recorrido los Misioneros los alrededores de su residencia, sin que conocieran aún á los Wabikari: un incidente les presentó la ocasión de entrar en relaciones con tan generoso pueblo.

Era una espléndida mañana de Febrero de 1881, en la que los Padres blancos, sentados bajo las grandes palmeras de su residencia, catequizaban á sus huérfanos negritos frente al lago Tanganyca. El espectáculo era grandioso: parecía que las montañas de Ougoma se confundían con las lejanas nubes, mientras que á sus pies ostentaba la costa una espesa vegetación de cañas de un verdor brillante. Espacios incultos mostraban acá y allá hermosas playas de arena amarilla y de arrecifes en miniatura; gigantescas palmeras bordaban la orilla; gaviotas, romormujos, cormoranes, martín-pescadores y otra multitud de aves animaban la escena; islas flotantes de crecidas hierbas parecían confundirse á lo lejos como navíos surcando las aguas á toda vela.

Fueron á pescar aquel día los Wabikari con sus ligeras barcas, formadas de largas piezas de una madera menos pesada que el corcho, que se deslizaban rápidamente por el lago. Tres negros de diez y seis á veinte años tripulaban en una, dirigiéndola con destreza por la orilla más próxima á la residencia de los misioneros. El mayor de los tres vigorosos negros saltó al agua después de haberse detenido enfrente de los Padres blancos: sumergió una red de un modo muy original junto á los caños de la orilla, y la retiró al poco tiempo con hermosos peces que se agitaban en ella.

Oyóse de repente un grito de angustia: el P. Dromaux levantó la cabeza y vió que un enorme cocodrilo acababa de apresar un brazo al atrevido pescador cuando volvía á sumergir la red. Uno de sus compañeros asió por medio del cuerpo al terrible anfibio, mientras el otro le asestaba en la cabeza formidables golpes con el pagay.

Con la velocidad del rayo tomó el P. Dromaux una carabina del Capitán Joubet y se dispuso á disparar de rodillas. Los tres negros y el monstruo formaban una masa confusa: disparar, era exponerse á matar alguno de los pescadores; pero no titubeó un momento, y después de gritarles con voz tranquila en Nisvahili; „No os mováis", el valiente Misionero disparó..... El cocodrilo, herido detrás de un ojo, soltó la presa y rodó al fondo de las aguas. Bajaron los Misioneros á los bordes del lago é invitaron á los tres negros á que les acompañasen, invitación que aceptaron gustosos; apenas pisaron tierra firme, cayó desmayado el infeliz herido.

— ¡Oh, Padres blancos, — exclamaron los compañeros — salvad á Caniata, salvad á Caniata; es nuestro hermano.....!

— Tomadle en vuestros brazos y seguidnos — contestó el P. Dromaux.

Colocaron á Caniata en el suelo, apoyándole la cabeza en una palmera, frente á la residencia de los Misioneros, donde pudieron ver el lamentable estado del brazo herido, con las carnes desgarradas hasta los huesos, brotando sangre en abundancia. Un sudor frío brillaba en la frente del pobre negro, que no abrió los ojos hasta que los Padres blancos le vendaron las heridas y le fortalecieron con un cordial. Lágrimas de gratitud, limpias y cristalinas como las nuestras, rodaron por las mejillas del infortunado joven.

— ¿Por qué lloras, Caniata? — le preguntó el P. Dromaux.

— Porque voy á perder el brazo, y no podré ya pescar, labrar la tierra, tender el arco y blandir la lanza contra los Rougas-Rougas, si algún día pretenden hacernos esclavos.

— Consuélate, Caniata: los Padres blancos sabrán curarte, ayudados por la gracia divina, que ha obrado ya el maravilloso prodigio de esforzarles en abandonar tan hermoso país, la encantadora Francia, con el fin de venir á amar, atender, rescatar y salvar á los pobres negros. Quédate con nosotros, y no te faltará cariño y generosidad hasta que estés curado.

— ¡Ah! Así lo deseo. Sois muy buenos y muy sabios: no dudo que me curaréis el brazo..... Quedaré en vuestra compañía si Moené y Mbamé consienten en ello.

— ¿Son hermanos tuyos?

— Sí; son mis dos hermanos.

— ¡Muy bien! Consienten en ello. ¿No es cierto, Moené? ¿No es cierto, Mbamé?

— Sí, Padres blancos, sí; sois buenos y amáis á los pobres negros; pero no somos ricos.

— Nada os pedimos, amiguitos. Corred á decir á vuestro padre que vamos á cuidar y curar á vuestro hermano Caniata; decid también á todos los de vuestra tribu que estamos aquí para prestarles nuestros servicios y amarles sin interés.

Moené saltó al cuello del P. Dromaux y le abrazó lleno de ternura, mientras Mbamé ponía á los pies de los Misioneros los peces pescados por Caniata. Los negros sacaron después fuera del agua la pequeña barca y, cargándola sobre sus hombros, salieron de la residencia de los Misioneros, diciendo:

— ¡Hasta luego, Padres blancos! ¡Hasta luego, Caniata!

Volvieron los Misioneros á catequizar á sus huerfanitos, en compañía del herido, que escuchaba atentamente la explicación de la Doctrina cristiana, tan nueva para él.

CAPÍTULO II

El comercio de esclavos y de marfil parece ser el empleo más lucrativo en el Africa ecuatorial; la suerte de la mujer es la más triste entre sus compañeros en el infortunio; de ahí los esfuerzos de nuestros Misioneros en establecer asilos para mujeres jóvenes, con el fin de infundirles un profundo sentimiento de propia dignidad.

No fué posible á los Padres blancos comenzar sus heroicos trabajos por el rescate de jóvenes huérfanas, por no haber familias cristianas para colocarlas ni religiosas que se encargaran de educarlas. Más tarde comenzaron á libertar algunas de la ignominiosa esclavitud, acogidas por honrosas cristianas, y algún tiempo después la Providencia les deparó los medios necesarios para el desarrollo de obra tan civilizadora.

Un negro convertido y bautizado con el nombre de Noé, mereció la palma del martirio en una persecución esclavista; su hermana Cecilia, convertida y bautizada como él, se entregó libremente á los asesinos de su hermano, con la noble esperanza de verter su sangre por el nombre de Cristo; pero no habiendo podido satisfacer su ardiente deseo, fué conducida á la Misión del lago Tanganyca, á donde llegó más tarde su madre, manifestando las dos el anhelo de consagrarse sin reserva al servicio de Dios.

A la época donde comienza nuestra narración tenían los Misioneros bastantes madres para las negritas que les fuera dado rescatar. Habían reunido ya un gran número de esas desgraciadas jóvenes, condenadas, sin la caridad cristiana, á aumentar el *rebaño* de paganas, ó lo que es más triste aún, el de las mujeres de los mahometanos. La madre y la hermana del mártir Noé eran las encargadas de la noble misión de dirigirlas, prodigarlas generosos servicios en las enfermedades, y de informarlas en la vida cristiana y en el trabajo manual.

Dejamos á los Padres blancos catequizando á sus negritos y desvelándose por Caniata. Una multitud de negros surcaban el lago la mañana siguiente en busca del anfibio, que sabían había matado uno de los Misioneros.

No sólo persiguen los negros en sus cazas los animales mayores, como elefantes, antílopes, búfalos, sino que la rata es diariamente el blanco de sus tiros, poniéndole lazos en las cuevas, muros y campos; pero la carne de cocodrilo es generalmente el plato más delicado para ellos; de aquí su diligencia en buscar el muerto en la víspera. No tardaron en encontrarle entre las cañas, de donde le sacaron á la orilla, con gran regocijo de los demás negros reunidos allí, para dirigirle todos los insultos posibles é imaginarios, siguiendo la costumbre de insultar á los animales fieros cuando ya no pueden éstos producirles daño alguno. Muchos Wabikaris de los que allí estaban descuartizaron el monstruo y guardaron la grasa en grandes ollas, para llevarla al pueblo y darse con ella en su negro cutis.

Los hermanos de Caniata fueron los más encarnizados en destrozar el anfibio, del que ofrecieron varios pedazos á los Padres blancos, que les dieron cariñosas gracias, invitándoles después á que les acompañaran á la casa donde reposaba Caniata.

Grande fué la sorpresa de Moené y Mbamé al ver á sus tres hermanas Nyandea, Nyemoena y Marrasilla sentadas, en compañía de Juana y Cecilia Noé, junto á su querido hermano, que había pasado una noche tranquila y no cesaba de elogiar á los buenos Misioneros.

— Venía á decirte que llegará pronto nuestro padre — dijo Moené al herido.

— Acaba de anunciármelo Nyandea — respondió Caniata: — esto causa un verdadero placer á los Misioneros.

— ¡Sí! — añadió Nyandea — porque les he dicho

que nuestro padre es *Montonalé* (jefe de Municipio). Me han preguntado su nombre, y he dicho que se llama Sindesé.—Y yo añadí que llegará muy pronto.

En efecto; á los pocos momentos se presentó el anciano Sindesé en la residencia de los Misioneros, que le recibieron con grandes muestras de cariño y admiración al ver que el buen anciano les ofrecía dos cabras, un cordero y algunas aves, en reconocimiento de los servicios prodigados á su hijo, suplicándoles después le permitiesen visitar el interior de la casa.

El Montonalé se detuvo largo tiempo delante de la cruz; contó los clavos y espinas y tocó la llaga del costado del Divino Salvador. El P. Dromaux quiso explicarle lo que significaba aquel cuadro conmovedor, y empezó á narrar las escenas del Calvario.

—¿Y los hombres blancos han hecho eso.....? Ciertamente que nosotros los negros jamás hubiéramos perpetrado tan horrendo crimen..... ¡Malos.....! ¡Malos.....! ¿Conque también hay esclavistas en vuestro país, Padres blancos.....?

Y sin esperar la respuesta del Misionero:

¡Oh! — exclamó; — ¡si yo pudiera extinguir toda casta de Rougas-Rougas.....! Sin embargo; vosotros nos defenderéis de los esclavistas, ¿no es cierto, Padres blancos? Impediréis que incendien nuestros pueblos, que nos degüellen, que se apoderen de nuestras mujeres é hijos y que los entreguen á los mestizos, ¿no es verdad.....? ¡Sois muy buenos.....! ¡Amáis á los pobres negros.....!

— Sí, os amamos de todo corazón — respondió uno de los Misioneros — y no pasarán muchos días sin que os hagamos una visita conduciéndoos á Caniata ya curado. Nos acompañará un hombre muy valiente, el Capitán Joubert, antiguo soldado del Padre común de los fieles, del Soberano Pontífice, que nos ha enviado á prodigaros nuestro amor; del Vicario de ese Dios que ha querido ser crucificado por los judíos para rescatarnos á todos, negros y blancos.

—¿Era, pues, antiesclavista ese buen Dios crucificado?

—Sí, Sindesé: lo era, lo es y lo será siempre.

—¡Ah!..... ¡Muy bien! Vuestro Dios vale más que el de los mestizos musulmanes; vuestro Dios es todo amor para los pobres negros; vuestro Dios ha creado al blanco y al negro; pero el diablo ha hecho al mestizo y á los Rougas-Rougas.

— Es cierto, Sindesé, todos éramos esclavos antes de la muerte de Jesús, pero no hay más esclavos desde que se entregó por nosotros: todos los hombres, blancos ó negros, son libres y deben amar y servir á Dios.

—¡Ah! ¡qué sublime es eso!

— Con el fin de que los negros amen y sirvan á Dios con toda libertad, quiere el Capitán Joubert derrotar á todos los esclavistas, ó impedirles, por lo menos, el paso de las cadenas de esclavos cuando se dirigen hacia la costa ó á las *zribas*, parques de *bestias humanas*, del interior. No puede prescindir de hombres esforzados para conseguir tan noble fin, y mientras llegan esos hombres generosos de la tierra de los blancos, para defender á los negros, es preciso que el Capitán Joubert encuentre aquí unos cincuenta hombres por lo menos, pero hombres valientes, decididos; él les proveerá de armas y les instruirá en la manera de manejarlas. De este modo los esclavistas quedarán paralizados en estos contornos por lo pronto, y nosotros podremos dedicarnos tranquilamente á vuestra instrucción en las verdades de la fe de Jesucristo, cuyo Bautismo devuelve la libertad á todos los que son esclavos.

—¡Muy bien!—dijo Sindesé,—mis tres hijos son *Ballabani* (valientes).

Conducidme Caniata cuando esté curado; él y sus hermanos se alistarán bajo la bandera del Capitán blanco, para pelear contra los Rougas-Rougas.

Durante esta conversación, las tres hermanas de Caniata se retiraron con Juana y Cecilia Noé al asilo de las negritas, á cuya puerta se levantaba una estatua de la virgen de Lourdes. La más joven de las tres hermanas, Marrasilla, tenía doce años, Nyandea contaba catorce, y diez y siete Nyemoena: es decir que las tres gozaban de los encantos de la juventud período de la vida en que el corazón humano, bajo cualquier latitud, palpita para todo lo que es bello, y sublime.

Al ver la blanca y hermosa imagen de María, que, con las manos juntas dirigía tierna y lánguida mirada hacia la mansión de paz, las tres hermanas lanzaron un grito de admiración y doblaron humildes la rodilla.

—¡Que hermosa es! ¡Qué hermosa es!.... ¡Y cuán grande debe de ser su bondad! — exclamaron aquellas pobres jóvenes del Africa ecuatorial.

Después de levantarse preguntaron Juana y Cecilia á quién representaba aquella estatua, cuya hermosura les robaba el corazón.

— Es la Madre de Dios hecho hombre para rescatarnos de la esclavitud de Satanás — les respondió Juana — es la Reina del cielo y de la tierra, poderosísima delante de Dios y diligentísima en conceder á sus devotos cuanto le pidan confiadamente: es la Virgen de las vírgenes, modelo que procuran imitar todas las jóvenes de nuestra edad en el país de los blancos: es la Virgen Inmaculada y es nuestra Madre.

—¡Oh! ¡Qué hermosa es y qué buena debe de ser! — repitió Maravilla. Voy á ofrecerle flores para que me defienda del furor de los Rougas-Rougas.

—¿Queréis enseñarme la historia de esa hermosa Señora? — preguntó Nyandea á Juana.

—¿Y á mí? añadió Nyemoena.

— Sí, hijas mías, — respondió la madre del mártir. Venid á visitarnos con frecuencia y os enseñaremos la Religión de los misioneros de Francia y así podréis también vosotras enseñarla á los jóvenes de vuestra edad y los cristianos del país de los blancos vendrán á protejernos, pues han rescatado ya muchos esclavos y libertado á todas las huérfanas que véis aquí, gracias á la generosidad de las mujeres blancas; que han recibido de Dios muchas riquezas y temen á los esclavistas y Rougas-Rougas. Se desprenden generosamente de sus adornos y del oro que podría hacerlos felices en la tierra, para gastarlo en el rescate de infortunadas negritas.

Las tres vírgenes negras prometieron volver pronto y se despidieron de la madre y hermana del mártir, dirigiendo la última mirada á la estatua de María. Caniata á su vez, hizo prometer á los misioneros una visita al pueblo de los Wahitari tan pronto como se viera libre de todas las consecuencias de la herida. La familia de Sindesé y todos los negros que la habían acompañado, salieron de la residencia, colmando de bendiciones á los misioneros y prodigándoles todos los testimonios de la más viva gratitud.

Se ha dicho por muchos viajeros, que los negros del Ecuador africano no tienen idea alguna de culto y que carecen hasta de la idea de un ser supremo. Esta aserción está en pugna con la gran ley moral que rige á todos los pueblos, aún los más bárbaros y con la prueba que teólogos y filósofos deducen de ella, para probar la existencia de Dios. Su Eminencia, el Cardenal Lavigerie llamó la atención sobre esto á sus misioneros, desde el primer día de su apostolado, y han comprobado de la manera más evidente, la creencia de los negros de sus misiones, en espíritus superiores á quienes temen y honran con invocaciones y sacrificios. Estos pueblos practican una especie de idolatría grosera, pero que, ciertamente, no es el ateísmo; he aquí las pruebas de ésta aserción.

Impaciente Caniata por volver á su pueblo y ver á los negros, no quiso esperar á su completo restablecimiento, para despedirse de los misioneros. No pudiendo éstos acompañarle el día de la salida, se vieron precisados á pedir al jefe vecino dos hombres para conducirle á los Wahitari, pero les contestó que no podían ir hasta el dia siguiente, porque estaban ocupados en sortilegios para saber qué camino deberían tomar á fin de tener un viaje feliz por el bosque y que además aquel día era nefasto.

Llegado el día favorable, los misioneros siguieron á sus guías por el lago Tanganyca, itinerario escogido por éstos, y surcando este mar interior pudieron los misioneros reconocer las creencias de los negros por detalles verdaderamente curiosos, pues al llegar á cierto cabo, que no se dobla impunemente, según los indígenas, á no ser que se ofrezcan presentes al espíritu que habita en la roca, uno de los conductores se adelantó á la proa con algunos collares de perlas en la mano y dirigiéndose al espíritu le suplicó mitigara su cólera y le fuera propicio: hecho esto, lanzó la ofrenda al mar y volvió á empuñar de nuevo los remos. Todos á una voz entonaron entonces un cántico, llevando con violencia la barca lejos de la terrible roca, convencidos de que el espíritu apaciguado por la ofrenda, haría favorable la navegación.

Pero si su creencia en un mundo sobrenatural es incontestable, no es menos real la ignorancia y por consiguiente, la indiferencia de esos pobres negros, salvo raras excepciones, como la familia Caniata y especialmente sus tres hermanas según veremos más adelante; llevar esos espíritus y esos corazones, cuyos pensamientos no se alzan de la tierra, sin atender más que á sus cazas, pescas, danzas y diversiones infantiles, al deseo de una vida espiritual y á la práctica de las virtudes que ésta impone, es una obra de inmenso trabajo y grandes sacrificios, pero no imposible. No pasaron dos años los Padres blancos en la región de los lagos sin experimentar esta verdad en los niños rescatados, cuya educación continuaban con ardor.

(Se continuará.)

ENTRE NOVIOS

—¡Qué sucio llevas el hongo!
—¿Qué he de hacer, bella ilusión?
—Lávalo con el **jabón**
De los **Príncipes del Congo**.

Jabonería VÍCTOR VAISSIER. — París.
De venta en las principales perfumerías.

VINO DE CHASSAING
EL DIGESTIVO
Prescrito desde 30 años
Contra las AFFECCIONES de las Vías Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Madrid. — Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.

ORNAMENTOS DE IGLESIA

Fábrica de sedería y taller de bordados en oro, plata y sedas

DE

FRANCISCO DE A. SERRA

Plaza del Angel, 8 y 9,

BARCELONA

Inmensos surtidos, con gran variedad de gustos y clases, desde los precios más ínfimos hasta los más ricos y superiores, en toda suerte de artículos propios para el culto católico.

Venta de géneros en pieza, y todo cuanto precisa para la confección completa de ornamentos.

Casullas, capas, dalmáticas, estolas sueltas, paños de hombros, grenáles, palios, frontales, mantos y vestidos para imágenes y umbrelas. Todas estas piezas las hay también en bordado.

Cíngulos, fiadores, agremanes, puntillas, flecos y galones, en seda, plata y oro.

Albas, roquetes, sobrepellices, amitos, corporales, etc., etc., de todas clases.

Sotanas, manteos, balandranes, mucetas y demás hábitos talares.

Guantes y medias de seda de todos colores.

Estatuaria y *Vía-Crucis*.

Bronces y metal blanco en vasos sagrados y objetos propios para iglesias. Se restauran los antiguos y se doran, platean y barnizan.

Diurnos, breviarios, misales, rituales, etc., de todas ediciones y precios.

Artículos propios para bordar. — Tafetanes, rasos, lana y telas de plata y oro, canutillos ó hilillos de oro y de plata, y cuanto precisa para bordar.

Remisión gratis de catálogos y muestras.

Dibujos variados y exclusivos.

Precios sin competencia.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Fuencarral, 7, Madrid.

Guantes de piel de caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza, lana, seda é hilo.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

Para regalos se acaba de recibir un gran surtido de corbatas y boquillas de última novedad.

GRANJA DEL ATANOR

Calle de Moreno Nieto, 1, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)

MADRID

ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS

Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.

Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaráz.

SUBIRANA HERMANOS

Puerta Ferrisa, 16.— BARCELONA

Casa editorial. — Desde la fundación de nuestro establecimiento, que data del año 1845, nos dedicamos especialmente á la publicación de importantísimas obras de renombrados autores católicos, que damos siempre á luz con la debida licencia de la Autoridad eclesiástica.

Imprenta. — Impresión de Obras, Revistas, Memorias, etc., etc., tanto de lujo como económicas.

Librería. — Venta al por mayor y menor de obras religiosas, morales y de controversia; de ciencias eclesiásticas, místicas y ascéticas; de texto y premios para Seminarios y Colegios, y de Consulta para el clero. — Gran surtido de libros litúrgicos. Especialidad en devocionarios.

Encuadernación.—En este ramo contamos con todos los elementos para salir airosos en cualquier trabajo artístico que se nos confíe.

Objetos de piedad. — Medallas y rosarios; estatuitas y Cristos de metal de todas clases; sacras y estampitas económicas y lujosas, etc., etc.

NOTA.—Esta casa no imprime, vende ni encuaderna obra alguna contraria á la Religión católica ó á la sana moral.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, editor.

PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa.

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

Obras de estudio.—Catálogos gratis.

PAPEL DE ARMENIA

El más higiénico, fino y agradable perfume para las habitaciones; 50 céntimos el litro para veinticuatro veces; á cada litro acompaña un aparato para quemar.

CREMA VASSELINA

Lo mejor para suavizar y conservar el cutis, superior á todos los cold-creams conocidos, á peseta tarro; advertimos que la *crema vasselina* no es *blanquete*.

PERFUMERÍA THOMAS

Calle Mayor, 36.—MADRID.

LA CASA DE RUIZ DE VELASCO

MONTERA, 7,

ha instalado su sección de ropa blanca y equipos para novias en el cuarto entresuelo de la misma casa y presenta un completísimo surtido en todo lo más rico que se fabrica en este ramo, como encajes, bordados, juegos de cama, colchas y mantelerías. Por el gusto y riqueza de los géneros, está hoy esta casa á la altura de las mejores del extranjero.

NO MAS ACEITE DE HÍGADOS DE BACALAO



Vino restaurador del Dr. Comabella, á base de extracto de hígado de bacalao *(vinum extracthi hepatis morrhuæ)*, premiado con medalla de oro por la Academia Nacional de París y en las Exposiciones Universales de Barcelona, Amberes y Niza; es un medicamento de resultados positivos, reemplazando ventajosamente al *aceite de hígado de bacalao*, sobre el cual tiene este vino la doble ventaja de ser absorbido con más facilidad y de ayudar la digestión; es *tónico y reconstituyente;* su uso es apetecible, y así los niños como los adultos lo toman, cual el más exquisito vino de sobremesa; es aplicable á varias enfermedades, tales como el *raquitismo*, la *tisis*, la *debilidad general*, el *color pálido de los niños*, que depende de una nutrición incompleta, y generalmente todas aquellas cuyo origen sea el escrofulismo.

De venta en casa de su autor, calle del Carmen, núm. 23, **Barcelona**, y en las principales farmacias de España.

Farmacia del DR. SOMOLINOS, Infantes, 26.— MADRID

Precio: 3 pesetas frasco.

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8

Estampería, grabados, oleografías, *Vía-Crucis*, sacras, fotografías, etc.

IMÁGENES TALLA

Se hacen de encargo y con esmero en la ejecución.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. NÚMERO 8.º — Madrid 30 de Abril de 1891. NÚMERO SUELTO, UNA PESETA



ALTAR VOTIVO DE NUESTRA SEÑORA

SUMARIO

Texto.

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. V.—*El gran suceso literario*, por X.—*La última novela del Sr. Polo y Peyrolón*, por Gonzalo Mompó.—*Album de poesías: La conversión de San Agustín*, por Manuel Serrano y Sáez.—*Al Niño Dios*, por el P. Jiménez Campaña.—*Teatros*, por Mistigris.—*Un cuento del P. Coloma*.—*Las tres vírgenes negras* (continuación).—*Anuncios*.

Grabados.

Altar votivo de Nuestra Señora.—M. R. P. Fr. Manuel Pebbla.—*Dos joyas de arte:* Escudo Pontificio; Pectoral.—Retrato de S. S. León XIII.—El Papa orando por la paz del mundo (*Cuadro de D. Luis Madrazo*).—Un aficionado á la música.—En la zona tórrida.

LA QUINCENA

La general preocupación, es la huelga universal de 1.º de Mayo.

Los pobres se han cansado de serlo, y quieren ser ricos. Nada más natural.

Si todos pudiéramos gastar coche y comer gallina y jamón á diario, convengamos en que no se pasaría mal.

¡Si siquiera se realizase el sueño de Enrique IV!.... ¡Una gallina en cada puchero!.... Ahí es nada.

Pero nó..... Mientras que yo para comer mi plato de cocido (sin gallina por supuesto) tengo que trabajar desde por la mañana hasta la noche, y un día y otro día, y *siempre igual* (como dijo Becquer), hay caballeros y señoras á los que empalaga ya el jamón en dulce, de tanto como lo han comido en este mundo pícaro.

Esta desigualdad irritante es la causa del problema social. (Ahora todos son problemas.)

Hay capitalistas que cuentan por millones de pesos su dinero, y hay otros sujetos, no menos apreciables que los capitalistas, que no saben aún si se han acuñado monedas con el busto de Don Alfonso XIII.

El obrero de una fábrica gana tres ó cuatro pesetas al día; el fabricante treinta ó cuarenta duros.

Hay quien vive en palacios, y quien no puede revolverse dentro de la bohardilla que le ha tocado en suerte.

Todo esto es lo que vamos á arreglar los obreros echándonos á gritar por esas calles, no bien amanezca el 1.º de Mayo.

¡Y lo arreglaremos!

¡No lo hemos de arreglar!

Para arreglar esas cosas basta con eso: con dar cuatro gritos y romper algunos cristales.

Ya, por lo pronto, hemos decidido no trabajar el 1.º de Mayo, con lo cual, dicho se está que en el mes de las flores tendremos un día de asueto doble; asueto de trabajo y asueto de jornal.

Lo demás irá viniendo por sus pasos contados.

Y

> Ha de llegar un día
> En que la tortilla se vuelva,
> Y los pobres coman pan
> Y los ricos coman.....

Sólo que entonces empezarán los ricos de ahora, que serán los pobres, á trabajar contra los ricos de entonces.

Y así hasta el fin del mundo.

***

Las tareas políticas siguen su curso.

Todas las tardes, de dos á seis, discuten los Senadores y los Diputados en sus respectivas Cámaras sobre la mejor manera de hacernos felices.

¡Es mucha la preocupación y mucha la bondad de esos señores!

***

—¡Que suban el salón!

Este grito podrá darlo en adelante cualquier habitante de un quinto piso, gracias al descubrimiento y á la habilidad de un propietario de fincas urbanas de París.

En una de sus casas, oculto por una especie de foso que le sirve de caja, ha construído un lujoso salón, en forma de ascensor, con toda clase de comodidades y de refinamientos artísticos.

Cada inquilino tiene derecho, por turno rigoroso, al uso del salón, bien para recepciones, bien para bailes, bodas y bautizos.

El portero no necesita más que tocar ligeramente un botón para que el salón suba al nivel del piso señalado.

—¡Que suban al salón! no es, pues, un grito de locos, sino natural y corriente.

Al paso que vamos, no será tampoco una inocencia de niño pedir la luna. Yo creo que cuando nos den la luna pediremos el sol.

***

Otra invención extraordinaria que amenaza seriamente el presupuesto de ingreso de los serenos.

Un cerrajero de Viena ha construído una cerradura extraordinaria. Para que los inquilinos de una casa no tengan necesidad de esperar la llegada del sereno ó del portero, y al mismo tiempo no sea necesaria una vigilancia constante, cada uno de aquéllos podrá tener una llave que, al introducirse en la cerradura, pondrá en movimiento un timbre, cuyo ruido advertirá al portero.

Al mismo tiempo aparecerá en la portería y escalera una viva luz que permitirá reconocer á la persona que entre.

La puerta cerrará automáticamente, sin ruido alguno, y la luz se extinguirá en el mismo instante en que deje de sonar el timbre.

La llave que introduzca cada inquilino no podrá ser retirada de la cerradura; caerá en un depósito interior al contacto de la llave que vuelve á abrir, y al siguiente día el portero las recogerá todas juntas para entregarlas á los vecinos á quienes pertenezcan.

En Madrid la aplicación de este curioso invento no tiene verdadera filosofía.

Ni hay porteros que se asomen á ver quién llega, ni casi serenos que quieran saber quién desea entrar.

***

En Londres existe un casino para las señoras cuyas ocupaciones las llevan á la ciudad diariamente, que cuenta con unos 130 miembros. En él se dan clases de teneduría de libros, cocina, música, canto y costura.

Para ayudar al sostenimtento del club, se celebró un gran baile el otro día, al que concurrieron el Lord Mayor de Londres, con su señora, y buen número de personas.

***

Han muerto dos españoles ilustres: el insigne director del Observatorio Astronómico de San Fernando, D. Cecilio Pujazón y el pintor D. Carlos Luis de Ribera.

Había nacido el último en Roma, año de 1815; su padre, otro pintor español ilustre, amigo y compañero de Goya, con el cual tenía alguna analogía, había seguido á la capital del orbe Católico al rey D. Carlos IV, que buscaba en el arte consuelos á su desdicha de rey, de esposo y de padre. Allí dió á luz la esposa del pintor español (una dama italiana de una gran belleza) su primer hijo, y el destronado monarca, queriendo rendir un tributo de consideración al artista, subió con su esposa María Luisa á una carroza de gala y se dirigió á la iglesia de Santa Croce, donde los dos augustos esposos tuvieron en la pila bautismal con sus débiles manos, que no habían podido conservar el cetro, al niño que había de dar gloria á su patria.

Por esto se llamó Carlos Luis; Carlos IV regaló al padre de su ahijado el traje con que asistió á la ceremonia, y entre la rica y variada colección de objetos artísticos que reunió durante su vida el que acaba de morir, se vió siempre la rica casaca de finísima tela morada, primorosamente bordada y enriquecida con las placas de varias Ordenes; la chupa de raso blanco, el calzón de terciopelo, las medias de seda y el espadín de acero que vistió su regio padrino cuando le tuvo en la pila.

Las prendas son magníficas, y demuestran por su tamaño que si el señor rey D. Carlos IV no fué un grande hombre, fué un hombre grande.

Cinco años después, cuando el rey sin trono murió en Roma, la familia de Ribera abandonó aquella capital y regresó á España, estableciéndose en Madrid D. Juan Antonio en una casa artística, casa á la italiana que, bajo su dirección, hizo construir en la calle de San Vicente alta.

Su hijo D. Carlos Luis marchó á París en cuanto estuvo en edad de consagrarse á los estudios y allí frecuentó los talleres de Delacroix y Delaroche dedicándose con entusiasmo al arte de la pintura, por el que sentía verdadero delirio.

Fué allí compañero de Federico Madrazo, de su hermano D. Pedro y de aquella brillante generación de artistas que sintieron los entusiasmos del romanticismo. Un retrato de Ribera, pintado por Madrazo en esta época, le representa como gallardo y apuesto joven, de negra y romántica melena, semblante expresivo y varonilmente hermoso, con algo de Byron y de Espronceda.

El artista español fué entonces uno de los lyones de París y no fueron las medallas de oro que ganó en las Exposiciones los únicos trofeos de sus triunfos.

Delaroche le atraía más que Delacroix, y llegó á ser uno de los discípulos predilectos del primero. Sus primeros cuadros fueron asuntos religiosos: *La Apocalipsis de San Juan*, *La Virgen adorando á su hijo*; pero el que le dió á conocer como artista de gran mérito, fué un lienzo que hoy se halla en el Real Palacio de Madrid y que representa á D. Rodrigo Calderón marchando al cadalso.

Pintó después *La batalla de la Sagra*, donde tuvo su origen el apellido de los Téllez Girón, y este notable cuadro, adquirido por el Duque de Osuna, le valió una pensión de la casa ducal, que ha cobrado hasta que aquella grandeza se derrumbó, precipitándose en la ruina.

Sacadas á concurso las obras de pintura del Congreso de los Diputados, Ribera se presentó en la lucha y obtuvo el primer puesto, encargándose por lo tanto, de llevar con su pincel destellos de arte al palacio de la Representación nacional.

Esta es indudablemente la obra más importante de Carlos Luis de Ribera; inspirándose en el Renacimiento, que estaba entonces en boga, y siguiendo las huellas de sus maestros, trazó el magnífico techo del salón de sesiones, que es una obra concienzuda y hermosa, en la que están representadas la historia de nuestras leyes y reproducidas las glorias de nuestros Concilios y de nuestras Cortes.

Ribera no era sólo un artista, era un pensador, un hombre estudioso y erudito, y no llevaba una sola figura á sus composiciones sin que fuese punto de detenida meditación. Ha reproducido las épocas más ilustres de nuestra historia con una riqueza inapreciable de datos en todo lo que se refiere á indumentaria y detalles. Maestro en el dibujo, le ha dominado por completo, y pocos le han aventajado en el plegado de la túnica clásica y la disposición del majestuoso manto.

Después del Congreso pintó la capilla del palacio de Calderón, hoy de la Marquesa viuda de Campo, y ganó en un reñido concurso el cuadro para la igle-

sia católica de Damasco, representando la *Conversión de San Pablo.*

El coronamiento de sus trabajos artísticos ha sido la dirección de las obras de pintura en San Francisco el Grande y la capilla del *Amor de los amores* en el mismo templo.

En su cátedra del Natural, de la Escuela de Bellas Artes, ha sido el maestro de la pléyade de artistas que hoy honra á la patria.

Ha sido en algunas épocas director del Museo de Pinturas; estuvo encargado con Madrazo de la parte artística de la revista *El Artista*, cuya publicación fué un acontecimiento en Madrid allá por el año 1845, y ha ilustrado el *Romancero* y pintado varios cuadros con asuntos del *Quijote.*

Pintor de cámara de la Reina Doña Isabel II, no fué nunca cortesano, y en la artística casa que heredó de su padre, se ha pasado su vida trabajando.

Deja en su estudio un cuadro hermoso, el *Te Deum* que se cantó en el campamento de los Reyes Católicos al colocarse la cruz en las Torres Bermejas de la Alhambra, y en el cual figuran con Fernando é Isabel los principales personajes de aquella famosa campaña que coronó la obra gloriosa de la Reconquista.

Como hombre era un cumplido caballero, y con él se va una de las más notables figuras del pasado.

EL MARQUES DE VALDEFLORES

GRABADOS

Altar votivo de Nuestra Señora. (Pág. 121.)

ESTA preciosa joya de arte es hoy uno de los ornamentos del Palacio Vaticano, propiedad de S. S. León XIII, al que fué ofrecido, cuando las fiestas de su Jubileo Sacerdotal, por la comisión promovedora de aquel solemne acontecimiento religioso. Es el altar, como ven nuestros lectores, un gallardo monumento, de suma elegancia y primorosamente construído, con prolijos pormenores, que no ahogan las hermosas líneas generales. El estilo es gótico italiano de los siglos XIV y XV.

Fué autor de esta magnífica obra de arte Cayetano Mozetti, artista reputadísimo en Italia.

He aquí á grandes rasgos la descripción del altar:

Sobre base de tres gradas se levanta la mesa del altar, sosteniendo un retablo, que da mayores dimensiones al monumento, y sirve para adornar la pared á la que se fija el altar. La idea general que ha inspirado la obra es la de representar la institución de los Sacramentos, reproducida en los bajo relieves principales.

La institución de la Eucaristía está figurada por el bajo-relieve del frente; el Bautismo y la Confirmación están representados en los dos lados. En las ornacinas de los ángulos de la mesa del altar se ven las estatuas de los Doctores de la Iglesia. Encima de la mesa hay una grada para los candelabros, y en el centro se levanta un gracioso tabernáculo, en cuyos lados se ven dos ángeles en adoración. Estos ángeles están esculpidos en bajo relieve, en una grada superior que forma la base de la imagen principal, que es la de la Virgen con el Niño Dios, y el marco que la rodea está coronado por una pequeña bóveda de fondo azul, sembrado de estrellas de oro.

Sobre la parte superior del centro hay cinco frontis, divididos por cinco pilastras y ornamentos góticos. En medio de éstos están pintados los símbolos de los cuatro Evangelistas.

En el rosetón central se encuentra la figura del Padre Eterno, y el arco gótico que la sustenta termina con una hermosa cruz, que corona todo el monumento.

Pequeñas ornacinas se hallan agrupadas á ambos lados de la ornacina principal, y en ellas se ven las estatuas de los santos canonizados por el Papa León XIII. En la parte superior se encuentran dos cuadros, que representan la Crucifixión y la Resurrección del Salvador.

M. R. P. Fr. Manuel Puebla. (Pág. 124.)

Nació en Carrión de Calatrava (Ciudad Real), el 11 de Mayo de 1844.

El año 1859 tomó el hábito de Dominicos, en el Colegio de Ocaña, y profesó el 25 de Noviembre de 1860. Llegó á Filipinas, haciendo el viaje por el Cabo de Buena Esperanza, el 14 de Septiembre del 84. A los veintiún años de edad entró de profesor en la Universidad de Manila, en donde estuvo por espacio de diez y seis años, habiendo recibido el doctorado en Filosofía y Teología. Desempeñó en Manila otros varios cargos, tales como el de Vicerrector de la Universidad y Rector de San Juan de Letrán, ocupándose al mismo tiempo en el púlpito y el confesonario.

Cuando el Rmo. P. José María de Larroca fué á Filipinas de Visitador, le nombró Secretario, y elegido General de la Orden el mencionado P. Larroca en 1880, le llamó á Roma como socio suyo y con título de Provincial de Grecia.

Acompañó al General en muchos viajes hasta el año 1890, en que fué nombrado Procurador General de la Orden en Madrid, cargo que, con el de Consejero de Filipinas, desempeña actualmente.

El P. Puebla es queridísimo en Madrid por su fino trato y simpático y expansivo carácter. Representa dignamente á la Orden Dominica de tan gloriosa historia, y que cuenta hoy con ornamentos tan esclarecidos como el Cardenal González, el insigne Arzobispo de Manila, P. Nozaleda, y otros muchos.

Dos joyas de arte: Escudo Pontificio y Pectoral. (Pág. 125.)

Estas dos alhajas fueron ofrecidas á Su Santidad cuando las fiestas jubilares: la primera por S. M. la Reina Regente de España, la segunda por S. A. R. la Infanta Doña Isabel de Borbón.

El escudo, honra de la orfebrería española, pues fué construído en los tan acreditados talleres del Sr. Marzo, es de brillantes y está coronado por la Tiara y las llaves pontificias: en el centro del medallón se destaca el nombre de *León XIII*, formado en letras de bellísimos zafiros; un brillante de gran tamaño, colocado entre otros seis más pequeños, todos de clarísimas luces, sirve de remate al escudo y de base al emblema pontificio: las llaves están sembradas de brillantes, y las tres coronas de la Tiara, así como las caídas, ostentan igualmente finísima pedrería. Esta riquísima joya, construída, como decimos, en los talleres del Sr. Marzo, y de la que es reproducción exacta nuestro grabado, fué presentada á Su Santidad, juntamente con una carta autógrafa, por el Embajador extraordinario de S. M., Sr. Marqués de la Vega de Armijo.

No menos valiosa y bella es la joya ofrecida á Su Santidad por S. A. R. Doña Isabel. El Pectoral, todo cubierto de brillantes, es de excelente gusto, una maravilla de arte.

Retrato de Su Santidad León XIII. (Pág. 128.)

Todos los años es costumbre de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA publicar un retrato de Su Santidad, el Pontífice Augusto que rige la Iglesia con tanta sabiduría como piedad. No es ocasión de reproducir la biografía del Augusto Vicario de Jesucristo, que tantas veces han insertado todos los periódicos del mundo, y cuyos principales hechos están presentes en la memoria de los fieles del orbe entero. Los que quieran conocerla en todos sus pormenores, deben consultar la excelente biografía que compuso el Sr. D. Manuel Polo y Peyrolón, y que forma un elegante tomo de 370 páginas, vendiéndose al ínfimo de 3 pesetas.

El Papa orando por la paz del mundo. (*Cuadro de D. Luis Madrazo*, pág. 129.)

He aquí otra hermosa obra de arte cristiano que también fué ofrecida á Su Santidad cuando las últimas fiestas jubilares, y que es magnífico monumento simbólico de la solicitud del Vicario de Jesucristo por la salud y paz de los hombres.

El cuadro de D. Luis Madrazo representa el Padre Santo iluminado por el Espíritu Santo, en oración ante el Sagrado Corazón; á los lados del Papa están San Francisco de Asís, Santo Tomás de Aquino, San Pedro, San Pablo, Santa Teresa, San Ignacio de Loyola; al lado del Salvador, la Virgen y San José.

Un aficionado á la música. (Pág. 132.)

Horas y horas pasa el feliz aficionado procurando arrancar al rebelde instrumento la nota purísima, expresiva, sublime, que es el sueño del artista. Su afición ya degenera en manía, no del todo inofensiva, pues sus trompetazos, no siempre armónicos, destrozan los oídos de sus vecinos, y alguno ya se ha mudado por no poder resistir el sempiterno toque. En cambio se divierten todos del melómano que vive como en el limbo, sin más amigo ni compañero que su instrumento.

En la zona tórrida. (Pág. 133.)

La escena lo mismo puede pasar en Cuba ó en Puerto Rico que en Méjico y aun en las mismas Canarias. Es un cuadro expresivo del interior doméstico de una familia rica en aquellos países en que el calor es padre de la pereza, del *dolce farniente.*

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso. (Primera quincena de Mayo.)

1. Vier. San Felipe y Santiago el Menor apóstoles.
2. Sáb. San Atanasio, Obispo y doctor. — *Luto de corte en conmemoración de las víctimas de 1808.*
3. Dom. V después de *Resurrección.* — La Invención de la Santa Cruz.
4. Lun. Santa Mónica, viuda. — *Letanías* hoy y los dos días siguientes, y en dichos tres días *Indulgencia plenaria*, como en 1.º de Enero.
5. Mart. La Conversión de San Agustín y San Pío V.
6. Miér. San Juan Ante-portam-latinam, y San Juan Damasceno, confesor.
7. Juev. FIESTA ENTERA. *La Ascensión del Señor* y San Estanislao, Obispo y mártir. — *Indulgencia plenaria*, como en 1.º de Enero.
8. Vier. La Aparición de San Miguel Arcángel.
9. Sáb. San Gregorio Nacianceno, Obispo y doctor.
10. Dom. Infraoctava de la Ascensión.—Nuestra Señora de los Desamparados y San Antonino, Arzobispo de Florencia. — *Indulgencia plenaria* como en 23 de Enero.
11. Lun. San Mamerto, Obispo, y San Francisco de Jerónimo, de la C. de J.
12. Mart. Santo Domingo de la Calzada.
13. Miér. San Pedro Regalado.
14. Juev. San Bonifacio, mártir.
15. Vier. FIESTA ENTERA en Madrid.—San Isidro labrador, Patrón de Madrid.

Las Cuarenta Horas.

1, 2, 3. Parroquia de Santa Cruz.
4, 5. Religiosas del Beato Orozco (calle de Goya).
6, 7. Religiosas Jerónimas del *Corpus Christi* (vulgo Carboneras).
8, 9. Iglesia de Nuestra Señora de Montserrat.
10, 11. Iglesia de los Flamencos (Claudio Coello).
12, 13. Iglesia de Nuestra Señora de Gracia.
14, 15. Parroquia de San Andrés.

La *Real Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza*, establecida en la Parroquia de Santiago, ha celebrado este año, en honor de su excelsa patrona, si cabe, con mayor solemnidad que en años anteriores, la suntuosa fiesta que prescriben los estatutos de la piadosa Asociación.

Los congregantes antiguos y los numerosos que han ingresado este año, han tenido excelente ocasión para admirar el fervor y desprendimiento cristianos conque los devotos de la Santísima Virgen atienden al sagrado culto de la misma, y de la entusiasta reverencia que les inspira bajo la advocación de *La Esperanza*, á que tantas gracias y protección deben.

Ha durado esta solemnidad religiosa y consoladora, en medio de las tristezas porque atraviesa la sociedad, desde el 18 hasta el 26 del mes corriente, y han tomado parte en ella, nuestros más inspirados oradores sagrados, así como las capillas de música más notables, lo cual demuestra la próspera situa-

ción de la Real Archicofradía, y el celo que sabe desplegar en pró de los sagrados intereses que le están confiados.

Ha predicado todas las tardes, durante los días de la novena, el ilustre orador sagrado, D. Manuel L. Anaya, Vicerrector del Seminario Conciliar de esta Diócesis, cuya unción y elocuencia conmovedora, son de todos conocidas, desempeñando la parte artística, en los días 25 y 26, la afamada orquesta que dirige el insigne maestro Ovejero.

La imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, que venera esta antigua Congregación, es debida al buril é inspiración del célebre y piadoso escultor, Belver y Collados, tan reputado en iconografía sagrada.

La Casa Real, según piadosa costumbre, ha consagrado á la Santísima Virgen el primer día de la novena, con la suntuosidad que es de suponer.

Pocas devociones tan tiernas y poéticas como la conocida vulgarmente con el nombre de *Flores de Mayo* ó Mes de María. Ningún católico práctico debe prescindir de ella voluntariamente.

La fiesta de la Ascensión es escogida por nuestros colegios y familias para celebrar la primera Comunión de los adolescentes. Es costumbre digna de aplauso, así como la de festejar la primera Comunión de los niños con grandes regocijos familiares, como giras de campo, etc. Ningún acontecimiento merece mayor pompa, pues ninguno es más importante en la vida cristiana, y los padres deben procurar que se fije con caractéres indelebles en la mente de sus hijos. Claro es que á los regocijos terrenos, un padre cristiano debe unir la práctica de algunas virtudes, como la de la caridad, haciendo que sus hijos socorran á los necesitados, visiten enfermos, etc. El día de la primera Comunión debe ser un gran día, no sólo para el niño, sino para sus padres y toda la familia.

Las víctimas del Dos de Mayo y de toda la guerra de la Independencia no se sacrificaron sólo por la patria, sino también por la religión de nuestros mayores. Uno de los principales motivos que tuvieron nuestros católicos padres para levantarse contra el tirano de Europa, fué el temor de que éste tratase de introducir en España el volterianismo, la incredulidad ya reinante en Francia. Esto deben tenerlo presente los fieles para no olvidar en sus oraciones á los heroicos defensores de la patria española.

Ya se ha perdido la costumbre de *poner la Cruz*, ó sea de levantar en las casas un altar, adornado de luces y flores, en que se adore la Santa Cruz, el signo y el instrumento de nuestra Redención. ¿Por qué los padres de familia católicos no han de procurar la restauración de estas santas costumbres?

†

ROGAD Á DIOS POR EL ALMA

DE

DOÑA ASUNCION SALCEDO Y ORTIZ

que murió el 3 de Mayo de 1890.

Su sobrino el Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, su hermano D. Francisco, sus demás sobrinos y parientes ruegan á sus amigos la encomienden á Dios en este su primer aniversario.

J. F.

EL GRAN SUCESO LITERARIO

II

Quisiéramos transcribir íntegro el artículo de Doña Emilia Pardo Bazán, inserto en el *Nuevo Teatro Crítico*. Su mucha extensión nos lo veda. Hemos de limitarnos, pues, á entresacar los principales párrafos.

El artículo se intitula *Un jesuita novelista*, (el Padre Luis Coloma) y lleva al frente el siguiente sumario:

Del púlpito á la novela. — Influjo de Fernán en los novelistas católicos. — Cambio desfavorable bajo la Revolución. — Nuevas direcciones con la Restauración y la Regencia. — Afirmación de la personalidad del P. Coloma. — Su censura de la aristocracia. — Su conocimiento de causa. — Orígenes de la decadencia aristocrática. — El remedio social del P. Coloma. — Condiciones literarias de su novela.



M. R. P. FR. MANUEL PUEBLA

Después del exordio, fija Emilia Pardo la tendencia literaria del P. Coloma como inspirada en la de la insigne sevillana Cecilia Bolti de Taber, en todo el mundo conocida por el glorioso mote de Fernán Caballero.

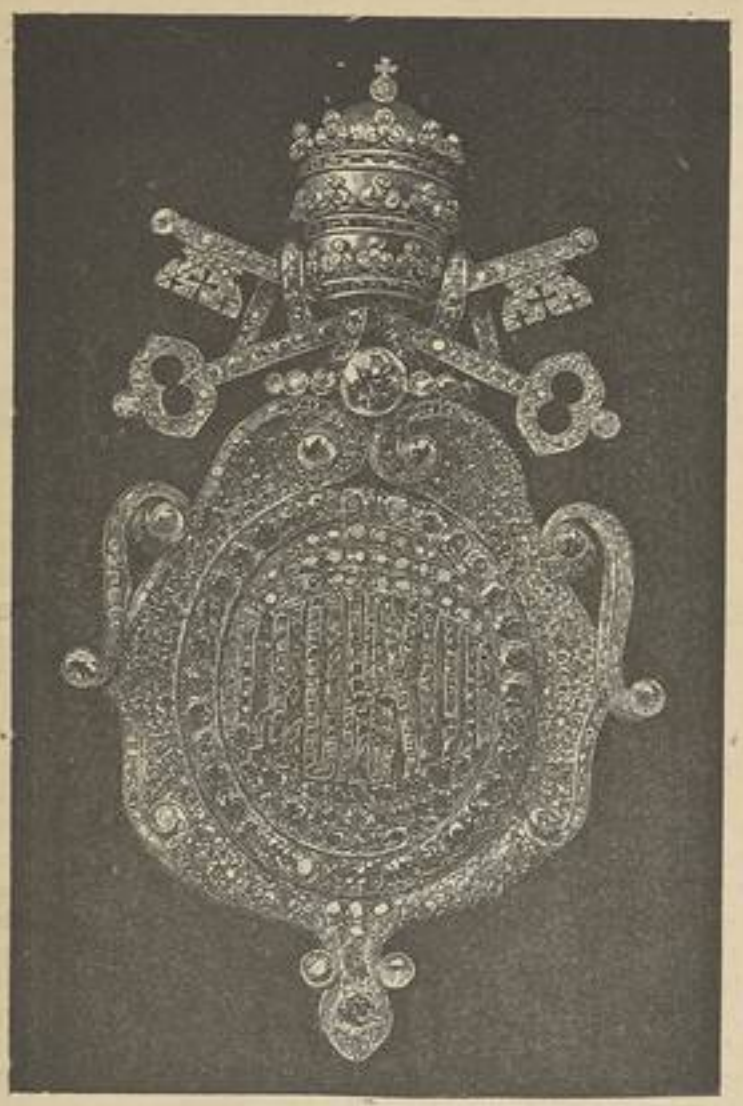
Y dice:

«En el P. Coloma precedió la influencia amistosa á la literaria. Cuando el insigne jesuíta cursaba y terminaba la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla, hubo de tratar, más que íntima, familiarmente, á la autora de *La Gaviota*. Era avanzadísima entonces la edad de Fernán; pero los años no habían gastado en su dulce corazón una de las grandes fuerzas afectivas, la amistad, que en casos semejantes, tomaba carácter materno. Aquella excelente anciana fué para Luis Coloma abuela, más bien que madre: fomentó sus aficiones literarias, ya mimándole, ya regañándole; corrigió sus primeros ensayos; y en una novelita ó narración escrita entonces, y reproducida después con variantes, bajo el título de *Juan Miseria*, en más de un pasaje colaboraron la maestra y el discípulo, el cual reconoce con nobilísima franqueza cuánto debe á la ilustre mujer que le imprimió la dirección inicial. Prenda de este cariño elevado á veneración profunda es una de las narraciones de la colección titulada *Lecturas Recreativas*, publicada en 1887: *El Viernes de Dolores*. Por ella no sólo conocemos un caritativo rasgo de Cecilia, sino la curiosa silueta de su ancianidad, y la vemos en la capilla donde se celebraba el quinario del Santo Cristo de la Espiración, con su mantillita, su traje negro y modesto, sus ricitos á lo *nene* y su banco de tijera pendiente del brazo. Fresca aún la impresión producida en el alma del estudiante de Derecho por la gloria y la autoridad moral de Cecilia, la narración citada y otras del tomo, parecen caídas de la pluma de Fernán en sus días mejores, cuando aún no la hicieran temblar los años. La buena época de Fernán es anterior á la Revolución, que la privó de regias protecciones y cuyo fragor de atropellados sucesos obscureció los últimos años de la escritora y sus postreros escritos.»

Dice después que con la lucha religiosa entablada en virtud de la Revolución de 1868, la literatura católica tomó un tinte apologético, de combate, incompatible hasta cierto punto con la serenidad artística. Los escritores católicos abominaron del naturalismo, confundiendo el sistema filosófico, que consiste en negar lo sobrenatural con el procedimiento artístico, que consiste en pintar las cosas tales como son. Pero..... cedamos aquí la palabra á la eximia escritora:

»Quizá se comprende hoy ó se va camino de comprender que hay labores de pluma tan gloriosas como la eterna refutación de Drapery el perpetuo proceso contra el liberalismo. (¡Dios de Fray Gabriel Téllez y del P. Isla, permita tu Providencia que esto no sea ilusión!) No ha mucho cayó en mis manos un número de la revista católica, *La Ciudad de Dios*: incitóme á hojearlo un artículo sobre Espronceda; y mientras temía encontrar alguna diatriba pulpitable, algún furibundo hisopazo, vi con sorpresa gratísima un estudio literario bastante sereno é imparcial, realzado, más que por la variada erudición del autor, el P. García Blanco, por cierta templanza del mejor gusto. Cuando considero á estos religiosos que cultivan racionalmente la crítica y la novela, y aceptan los nuevos métodos; cuando veo detrás de ellos, en el orden cronológico, á Menéndez y Pelayo, que cada mañana se despierta más amplio y más comprensivo; á Pereda, que ha soltado los andadores *tendenciosos*, creo en la absoluta compatibilidad del más acendrado catolicismo apostólico romano, y el pleno cultivo del arte, las letras, y «todo linaje de humanas disciplinas.» Protesta el P. Coloma que se propone ser misionero bajo el disfraz de novelista. Atengámonos, no á las palabras, sino á los hechos. La novela, fruto de esa intención edificante, ¿es acaso inferior á las que con propósito meramente artístico escriben nuestros novelistas más celebrados? Si no lo es, como creo firmemente, ¿qué valor le quitará á los ojos de nadie, ni aun del incrédulo empedernido, el fin á que se ordena? Y no se me acuse de inconsecuencia, porque habiendo visto sin entusiasmo ciertas nove-

DOS JOYAS DE ARTE



ESCUDO PONTIFICIO



PECTORAL

las tendenciosas (ejemplo: *De tal palo tal astilla*), pongo sobre mi cabeza la del P. Coloma. La tendencia debe ser á la obra de arte lo que el alma al cuerpo, que lo informa, pero invisible.»

. . . . . .

. . . . . .

«La moralidad no es *causa adecuada* del arte, pero sí puede ser *causa inadecuada* ó *parcial*, como diría Benito Espinosa. El arte no *hace* la moral, la *padece*. Corolario: que todo pende de amañarse bien. El P. Coloma predica para el saco, claro está; no sólo es predicador *católico*, sino *jesuítico*, pues en sus libros, la salvación por la Compañía viene siempre: ¿cómo se las habrá compuesto en *Pequeñeces*....., que, por punto general, el arte sale incólume?»

Examina luego las producciones del P. Coloma anteriores á *Pequeñeces*..., y dice:

«Para los que habíamos admirado *La Gorriona*; para los que no olvidábamos la frustrada homilía del P. Mon, *Pequeñeces*....., no ha sido novedad tan sorprendente como feliz. Si el clero regular y secular aprende el camino que en esta ocasión le enseña la Compañía de Jesús, volverá á poseer una literatura entera y varonil, como en siglos más prósperos. Ya sé que no todo el mundo piensa así; que *Pequeñeces*..... asusta á muchos, y que no falta quien asegure que si el P. Coloma no fuese el autor de *Pequeñeces*..... sería el confesor que prohibiese su lectura. En cambio, los lectores «corridos y poco asustadizos, conocedores de las miserias humanas y amantes de la verdad, aunque ésta amargue», se internan sin miedo en el libro, no encuentran nada que les sea desconocido ó se les haga insufrible, y bendicen á la persona á quien el autor está sometido por obediencia, y que tuvo el delicado paladar de no imponerle eufemismos, raspaduras y veladuras que robasen todo su vigor al cuadro. (Entiéndase que me refiero al cuadro en lo que tiene de *genérico*: respecto á lo *individual*, he de hacer bastantes restricciones.)

En las historietas publicadas por el P. Coloma antes de salir á luz los dos tomos de *Pequeñeces*....., ya podía notarse un matiz de indulgencia con la plebe, y bastante pesimismo respecto á las clases pudientes, elevadas y conservadoras.»

. . . . . .

. . . . . .

«En estos últimos años, la novela ha intentado repetidas veces vestudiar las costumbres de las altas clases.»

. . . . . .

. . . . . .

«Un crítico y publicista de grande y merecida estimación, José Ixart, preguntaba en un artículo que vió la luz en *La Vanguardia* de Barcelona: «¡Pero, señor....! ¿Qué tiene esa singular aristocracia madrileña, que nadie acierta á describirla? ¿Es, por ventura, una sociedad fuera de lo imaginable, ó que requiera más prolijas y profundas investigaciones que las demás?» Y yo, al leer á Ixart con el agrado é interés de costumbre, tenía en los labios; No es verdad que nadie acierte á describirla. Ahí está el Padre Coloma, que, á lo que yo puedo colegir, la describe al primor, en segundo lugar, porque desde la edad de doce años que salió de casa de sus padres para la escuela preparatoria naval, que estaba entonces en San Fernando, hasta diez y siete que entró en la Compañía, llevó siempre la vida de hombre de mundo, y frecuentó íntima y asiduamente la sociedad más selecta. Y claro está que si no es facil adivinar el modo de ser del pueblo, menos complicado y matizado, tampoco se puede retratar de oídas la humanidad que frecuenta los salones.»

. . . . . .

. . . . . .

«Lo repito: en mi humilde opinión, y aunque por razones del orden político se pretenda ahora negarlo, el P. Coloma ha roto el maleficio de la novela de alta sociedad. Todo *Pequeñeces*..... — giros de lenguaje, acciones y movimientos de héroes y heroínas, detalles de indumentaria y mobiliario — revela la maestría del artista familiarizado con el modelo. Una naturalidad exquisita, un aplomo de buen género (tan diferentes del azoramiento y disimulado malestar ó la familiaridad grosera del intruso) distinguen á ese fiel, risueño y feroz analista de la alta *crema*. Desde las primeras páginas se advierte que aquello no es *naturalismo*, ni nada que en *ismo* termine, sino, casi siempre, la pura verdad.»

. . . . . .

. . . . . .

«Renuncio á extractar los lances de su argumento, que son muchos y muy dramáticos. Hay en *Pequeñeces*..... algo del interés superficial de la escuela novelesca antigua, hábilmente refrescado y adaptado á

exigencias superiores de la moderna, y á la vez una sobriedad propiamente meridional, que recuerda el modo de contar del pueblo andaluz, y nos tiene pendientes de la boca salada y dulcemente amarga del narrador. «Una guindilla confitá», diremos robando la frase al novelista mismo.

Los capítulos del fumadero y de la llegada del hijo de Currita á la casa paterna, así como el del coche en que Currita arrolla á las turbas, creo que han de considerarse un dechado de perfección. Me satisfacen menos otros episodios, y condeno el de la muerte de los dos niños, donde se clarea sin arte el providencialismo del autor.

Por lo demás, el conjunto, aunque de dos gruesos tomos, se sostiene animado, sin prolijidad ni ñoñería; se bebe de un sorbo, y al mismo tiempo despierta ideas y reflexiones; está pensado y compuesto, recamado y orlado con la maestría del novelista ducho, al par que tiene el brío y la exuberancia de las *juvenilia;* reina en el estilo (aparte de algún que otro lunarcillo), grata sencillez, pulcro esmero y facilidad amable; el diálogo es la naturalidad misma; así hablan los magnates y las grandes señoras. En el tino de la composición, en la risueña placidez de la fantasía, en el amenísimo curso del relato, en la gracia y el salero de ciertos pasajes, descuella siempre el meridional de nacimiento ó de adopción, sucesor de Alarcón en cuanto á cautivar y divertir, pero émulo de Galdós en sorprender in fraganti la realidad, y resuelto como nadie para presentarla sin melindres. La heroína de la novela es creación maravillosa, suficiente para incluir al P. Coloma entre los más potentes generadores de criaturas vivas en los dominios del arte. ¡Eso es entender y esculpir un tipo femenino! Y cuenta que los tipos femeninos son peligroso escollo del novelista. El ilustre Pereda jamás acertó á modelar una mujer verdadera y con alma, si exceptuamos á *Sotileza:* ¡y qué distancia tan grande entre la psicología de aquella gaviota y la complicada, decadente y asombrosa Currita, la mujer *más mujer* acaso de la moderna novela hispana! No da el Padre en el error de hacer de una gran señora perdida una *cocotte*. Currita es siempre gran señora. ¡Qué admirables perfidias, qué divinas gatadas, qué monerías tan chistosas y tan verdaderas, qué distinción natural en medio de su epicureísmo y sus locas aventuras! Mi propia reserva en lo que concierne á la biografía del P. Coloma excusará lo que voy á decir.

Quien así contornea una figura tan real, tan matizada, tan fina de nervios y tan ligera de sangre, es el primer perito en psicología femenil que existe en España. Es un experto que puede dar quince y raya á los famosos catadores de vino de Cervantes. Tiene los ojos á docenas, como las moscas; ve por de fuera y por dedentro, y ve pronto, sin machaquerías de microscopio y lente, y no se le escapa ni tanto así. ¡Mal año para Balzac, en lo que á Currita se refiere!

Ni es Currita sola quien ha salido respirando y sangrando en la novela.. Las otras damas son la perfección misma. Isabel Mazacán, Leopoldina Pastor, la Marquesa de Sabadell, la señora de López Moreno, la Marquesa de Butrón...., tantos personajes como alabanzas. Si es cierto que cada una de estas figuras está trasladada de la realidad, que son gentes con quienes nos codeamos por ahí, fuerza es reconocer que la copia se hizo sin servilismo, con una libertad de diseño que en nada se parece á la prosaica puntualidad de los novelistas de apunte en cartera, que han tomado por las hojas el rábano del documento.»

Hasta aquí lo más substancioso de este notable artículo.

X.

LA ÚLTIMA NOVELA[1]

DEL

SR. POLO Y PEYROLÓN

Atrevido fuera el intento de escribir una crítica de la novela *Quien mal anda, ¿cómo acaba?* del distinguido escritor católico Sr. Polo, después de la reciente producción de D. José Echegaray, titulada *Un crítico incipiente*, en quien, como yo, carece de aquellos conocimientos indispensables para poder, según aquel insigne dramaturgo, juzgar con acierto cualesquiera obra literaria ó artística. Me limitaré, pues, á consignar aquí la impresión que me ha producido y la huella que en mi ánimo ha dejado la lectura de dicha novela.

Principia *Quien mal anda* con una descripción, admirablemente hecha, de una acreditada y famosa peluquería, en la que el lector conoce al Barón de Benirráfol (de quien luego hablaremos); á D. Miguel Fernández de Córdoba, tan buen católico como excelente médico, y á Manolo Conde, uno de esos entes que tanto abundan y que todo lo ponen al servicio del mejor empaque, atildamiento y elegancia de su persona; de aquellos cuyo único maestro es el sastre, sus obras de texto *La Moda Elegante* ó *El Correo de la Moda* y sus libros de consulta los espejos.

El Barón de Benirráfol, aristócrata hasta la médula de los huesos y solterón impenitente, es el principal personaje de la novela del Sr. Polo. Católico á trechos y á ratos, indiferente en materias religiosas, pero siempre noble y caballero, es el tipo más acabado y mejor sentido de la obra.

Pirata callejero de profesión, en todas partes busca aventuras amorosas, y cuando cree encontrar el principio de alguna, la persigue con constancia rayana en terquedad, que hubiese producido resultados prodigiosos caso de haberla empleado en asuntos más dignos y más en consonancia con su alcurnia y su linaje.

Esclavo del vicio, y empujado por el frenesí que produce, recorrió todo el camino, pasando alegremente la vida de orgía en orgía y de garito en garito, importándole un ardite los sanos consejos del viejo Conde del Álamo y, sobre todo, la eterna cantinela de éste, que nunca se le caía de los labios: que la buena conducta es buena para el alma, para el cuerpo y para el bolsillo. Esquilmado quedó éste por los despilfarros del Barón, el cual, viéndose arruinado y sin medios decorosos para rehacer su quebrantado patrimonio, como única resolución resolvió marcharse á Monte-Carlo, buscando en los azares del juego lo que no podía encontrar en el trabajo, por no estar habituado á él, como también para que las impresiones que produce le hicieran olvidar, siquiera fuese pasajeramente, los desdenes recibidos de Virtudes, por quien el Barón sentía pasión avasalladora. Fuéle allí, para su desgracia, la suerte adversa, y hubo de regresar á España, limpios por completo los bolsillos, y con la fatal nueva de la muerte de su hermano el Marqués de Celajes. Sin hijos éste, heredó aquél los títulos y cuantiosa fortuna del Marqués, resolviéndose por este medio tan inesperado el grave problema del porvenir del Barón.

Casóse al poco tiempo con Virtudes, y cuando la felicidad le sonreía; cuando parecía rejuvenecido, tanto en su cuerpo como en su alma; cuando su corazón gozaba de las dichas inefables que sólo en el hogar doméstico anidan; cuando se recriminaba á sí propio, por haber retardado tanto tiempo en saborear las dulzuras que proporciona el matrimonio, es acometido de repente de una hemorragia cerebral que puso fin á la vida del Barón de Benirráfol.

Talis vita, finis ita.

La figura de Virtudes es por extremo simpática.

Huérfana de padre, vivía con su madre en la mayor miseria, hasta el punto de recibir el socorro que la Conferencia de San Vicente de Paul para los necesitados destina. Trabajaba día y noche para poder subvenir á las necesidades más apremiantes de la vida, sin exhalar nunca una queja y sin que su pasado fastuoso fuera parte para maldecir de su presente.

Buena sin ser mogigata, instruída sin pretender oficiar de marisabidilla, y sobre todo y ante todo católica ferviente, el Sr. Polo parece como que encarna en Virtudes el modelo de lo que debe de ser toda joven cristiana.

Ni los ofrecimientos del Barón, ni las estrecheces de la miseria hacen que ceda, ni siquiera que ponga en tela de juicio sus deberes de mujer honrada é hija ejemplar.

Dirigida por el P. Izcueta supo resistir valerosamente todos los ataques del de Benirráfol y tenerle á raya en sus atrevimientos y demasías.

Esta escena es, sin duda, una de las más bellas de la novela.

Quizás Dios, premiando tanta virtud y tan honrado proceder, dispusiera su boda con el Barón, como ya antes hemos dicho.

Aparte de estos dos personajes que á la ligera hemos descrito, hay otras figuras muy bien delineadas.

Merecerían capítulo aparte las fiestas de Tapiasrrojas.

Por su verdad, por su belleza, por su colorido, es una de las mejores descripciones que han salido de la pluma del Sr. Polo, maestro en estos asuntos.

En suma: el último libro del escritor aragonés, reune, como pocos, la cualidad de moralizar instruyendo. Si toda obra de arte cumple con ser bella, ha de aumentar ese valor, si á la belleza artística une la moral, como sucede en *Quien mal anda.*

El interés que despierta, las enseñanzas que encierra y las bellezas que atesora, hacen que el último libro del autor de *Los Mayos, Sacramento y Concubinato,* y tantas otras, pueda figurar al lado de sus hermanos mayores, aventajando á alguno de ellos y codeándose con todos, sin que salga perjudicado.

Dos reparos apuntaremos, no obstante, con la timidez del que no tiene conocimientos ni pretensiones de crítico. Consiste el primero en parecernos algún tanto violento el encuentro del Barón con la señora del médico Fernández de Córdoba, para que se efectúe el suspirado hallazgo de Virtudes; y refiérese el segundo á la instantánea muerte de Benirráfol, lo cual, si redondea la tésis y finalidad del Sr. Polo, parece, hasta cierto punto, inhumano, pues el Barón pierde, no sólo su ventura temporal, sino también la eterna, según deja entrever el Sr. Polo al matar á su héroe, sin que alcance Sacramento alguno. Lo cual no empece para que la obra resulte interesante y deleitosa en su conjunto y detalles, por más que la conclusión sea amarga.

GONZALO MOMPÓ.

Valencia 14 de Marzo de 1891.

---

1 Aunque ya hemos dado nuestro juicio sobre esta obra, publicamos con mucho gusto este artículo que nos han remitido, y que es obra de un modesto cuanto ilustrado joven, verdadera esperanza de las letras castellanas. — (N. de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.)

ALBUM DE POESÍAS

LA CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN

POEMA

CANTO PRIMERO

Del sol la luz ardiente se apagaba
Que nubes mil de púrpura teñía;
El viento dulcemente refrescaba;
Inquieto el mar sus ondas removía;
Sobre el monte la luna se mostraba
Que cual disco de plata aparecía;
Cuando en la playa sólo paseando
Agustín iba absorto meditando.
¿Qué ansío yo? decía; mi alma ardiente
Siente un secreto impulso que la lanza
A ir tras el deleite ciegamente,
Poner en él de dicha la esperanza;
La vida es un desierto solamente
Si amar y ser amado no se alcanza;
Sin el amor la vida no existiera
Y un desierto espantoso el mundo fuera.
Todos los seres aman; ama el ave
Que alegra el bosque con su dulce acento;
Ama también el céfiro suave
La flor que mece en dulce movimiento:
Amar la blanca aurora también sabe
Cuando inunda en su luz el firmamento,
Porque el mundo un poema es infinito
Donde el amor doquiera se halla escrito.
Del hombre el alma está compenetrada
De una llama misteriosa y santa
Que la arrebata en dicha enajenada
Por la mujer cuya belleza encanta:
De sus ardientes ojos la mirada
En el pecho de fuego olas levanta,
Que si el cielo en la tierra se encontrara
En la mujer tan sólo se cifrara.
Mas ¿ha nacido el hombre solamente
Para ciego correr tras los placeres?
¿Sólo será el objeto de su mente
Alcanzar el amor de las mujeres?
¿No ha de tener un fin más excelente
Que el asignado á irracionales séres?
¿De la sacra razón fuera dotado
Sin objeto tener más elevado?
Há Dios impreso un resplandor divino
En nuestra alma, cuya luz nos guía
De la vida en el áspero camino
Como la luz del sol alumbra el día;
Inquirir la verdad es su destino
Y es esta la purísima ambrosía
Que hace subir nuestra alma embriagada
De Dios hasta la altísima morada.
Es la verdad más bella que la aurora
Cuando avanza risueña en el Oriente;
Su belleza de tal modo enamora
Al hombre que su grato beso siente,
Que la mujer más bella y seductora
No nos hace vivir tan felizmente;
Libre de incorrupción del alma es vida
Y va á la excelsa eternidad unida.
¡Quién los arcanos comprender pudiera
Del mundo que nos son desconocidos,
De los astros el curso conociera
Do son el rayo y fuego producidos,
Del mar el hondo abismo recorriera
En donde están mil monstruos sumergidos,
Y comprendiera de la misma suerte
De la vida el misterio y de la muerte!
Oigo la voz de la elocuente Historia
Que proclama la acción de Dios en ella;
Circundados los héroes de alta gloria
Nos muestra cual del cielo clara estrella;
Consérvanos perenne la memoria
De mil generaciones, que no hay huella
La humanidad en su progreso ostenta
Cual río que en su curso se acrecienta.
Mas ¿qué diré de tí Filosofía?
Tú que la frente de Platón ceñiste
De aureola que en luz resplandecía;
Tú la constancia á Sócrates le diste
Cuando cicuta por tu amor bebía;
Tú á Catón la firmeza le infundiste;
Eres para el espíritu luz pura
Que Dios hizo brotar desde la altura.
La materia es caduca y pasajera,
La belleza se agosta cual las flores
Que frescas en mañana placentera
Secaron de la tarde los ardores,
Nuestra vida corriendo huye ligera
Cual si agitaran vientos voladores,
Mientras la ciencia es sol que resplandece
Y ninguna tiniebla la obscurece.
De placeres carnales apartado
La ciencia sólo poseer pretendo
Del mundo, en el silencio, retirado;
Á Platón viviré siempre leyendo
En la clara elocuencia amaestrado;
Seré de Tulio la elegancia viendo;
La soledad del campo al cuerpo y alma
Les prestará felicidad y calma.
Mas la noche su velo ha ya tendido
Al sueño á los mortales convidando;
De las olas escúchase el mugido
A las altivas rocas azotando;
Duermen las aves en su blando nido
Con sus alas los hijos ocultando;
Refresca grato céfiro el ambiente
Y se serena mi encendida frente.
A mi amada diré que su hermosura
Por completo mi dicha hacer pudiera,
Que encierra en su mirada tal dulzura
Que á las piedras amor sentir hiciera,
Pero que es la verdad mucho más pura
Y á ella dedicaré mi vida entera;
Esto dijo Agustín, y abandonando
La playa, hacia Cartago iba marchando.

MANUEL SERRANO Y SANZ.

AL NIÑO DIOS

¡Temblando desnudo,
Del frío al rigor,
En lecho de paja
Está el Niño Dios!

Tú que cubres al ave de plumas;
Tú que vistes de lana al cordero;
Tú que abrigas al lobo mas fiero;
¿Tú desnudo, mi Dios y Señor?
¡Y yo tengo vestido de pieles,
Que me presta benéfico abrigo;
Y no parto mi ropa contigo,
Que padeces así por mi amor!

Tú que enciendes el sol en la altura
Y su luz bienhechora derramas;
Tú volcán abrasado de llamas;
¿Tú llorando de frío, mi bien?
¡Y yo gozo al calor de la lumbre
Que calienta mi rico aposento,
Y tus lágrimas tristes no siento;
Más tú sientes mi amargo desdén!

Todo el fuego de amor de la gloria
En tu cuerpo de niño se encierra;
Todo el frío glacial de la tierra
De mi pecho tomó posesión.
Pues levanta tus ojos divinos
Y me miras con ansia infinita;
Que esta nieve fatal se derrita
Y te adore mi infiel corazón

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA
de las Escuelas Pías.

TEATROS

Á VUELA PLUMA

La aparición de las lilas en el mercado, ó en la Corte, los alardes en ciernes del socialismo, son causas más que suficientes para producirle á cualquiera *distractions*, como dirían los habitantes de la nebulosa Albión.

En cuanto aparecen las lilas salen los tontos á relucir; los que se adornan el ojal de la levita ó del *smocking*, con alguna de las muestras odoríferas del reino de Flora, y claro, empiezan las distracciones. Hablar de socialismo y oler á palos es todo uno. Al minuto siente uno los amagos premonitorios de las carreras en pelo ó afeitado, de las cargas de caballería mayor y menor, de los *tiritus*, según la pintoresca y regional expresión de un aguador de la plaza de Pontejos, que en cuestión de pies y espaldas no le va en zaga á ningún gallego *distingué* que haya venido á probar fortuna á este mercado, es decir, á esta Corte, motivos todos ellos de distracciones.

Por lo tanto, no es tarea tan fácil como á primera vista parece, aprisionar el espíritu y obligarle-*malgré soi*, á circunscribirse á un asunto, cuando la loca de la casa tiene el pie puesto en el estribo para correr por los cerros de Úbeda, población agrícola de primer orden (por si ustedes lo ignoraban), con su plaza mal alumbrada, sus niñas bonitas, sus *aparaores* y su remonta, que para mí la quisiera, pues me voy convenciendo, aunque tarde, que todo lo que sea andar á pie, es andar á gatas, y que los *ripperts* se han hecho para los enfermos del estómago, con el objeto de ahorrarles los gastos y molestias de ir á Loeches.

Además, la subida de la carne, del pan, del aceite y demás artículos alimenticios de primera é imprescindible necesidad; del vino, ese zumo que limpia, fija y da esplendor á nuestros órganos nasales, son materias harto explosivas y tristes para no cortar los vuelos al más pintado, obligándole á hacer una expresiva, aunque corta meditación sobre los bienes terrenales, la dificultad de adquirirlos y la facilidad conque se evaporan *en el piélago inmenso del vacío.* (Advierto que esto último no es mío, está tomado.)

Sin embargo, fiel al compromiso contraído y dispuesto á no soltar la pluma hasta que me lo manden, se entiende, he echado pelillos al agua, he sacudido mis preocupaciones como perro flaco en quien todo son pulgas, y héme aquí dispuesto, señores, lleno de ardor, de celo, de inteligencia (ya habrán ustedes caído en la cuenta que se murió mi abuela), á dar cima á mi trabajo, que hoy por lo tardío que me encuentro, por lo premioso que me siento, por lo atropellado que me hallo, me parece ¿á qué he de negarlo? empresa más difícil, más arriesgada y más comprometida que el disertar con conocimiento de causa y de buena fe sobre la cuestión social.

¡Válgame Dios, señor! si se me habrán subido las lilas á la cabeza.

La quincena, señores — he estado dos días en el Congreso y se me ha pegado el estilo; — la quincena, señores — y ¡dále! — ha sido fructífera en estrenos. La eclosión de nuestros autores dramáticos ha corrido pareja con la eclosión de las flores primaverales, con la de los huevos de gallina. Ha habido plétora de estrenos, torneo de inteligencias,



RETRATO DE SU SANTIDAD LEÓN XIII



EL PAPA ORANDO POR LA PAZ DEL MUNDO (CUADRO DE D. LUIS MADRAZO)

alarde de facundia é inventiva, derroche de filarmonía y despilfarro de dinero.

No hay como la primavera para sacar á cualquiera de sus casillas, y alentarle á hacer algo. Yo también me siento autor, sí, me siento autor, pues se echa encima el estío, y la combinación de verano, el simpático terno, aguza mis facultades *adquisitivas* — perdónemelo la Academia — hasta lo infinito: y como Dios no me tenga de su mano, el mejor día tendrán ustedes el gusto de silbarme — me dirijo á los *amigos* — en uno de los teatros de esta corte, de sus alrededores ó de las islas adyacentes.

Francamente, y esto se lo digo á ustedes con la mayor reserva, no sé si estrenarme aquí en clase de autor, ó ir á otra parte á pedir cotufas en el golfo, imitando en esto á los estudiantes, que, estudiando — buena falta me hace — en un sitio, van á examinarse á otro por temor á unas cucurbitáceas.

—¿Pero á mí qué me cuenta usted? dirán ustedes para sus adentros. ¿A qué viene tanta palabrería? ¡Ah! señores — y dale con mis pinitos parlamentarios — ¡ah! lectores queridos, se acerca el estío, los campos pinta la estación florida, las codornices repiten que es un primor por sotos y por valles, las plantas se llenan de próvida savia, y yo veo, siento, comprendo que mi sesera se va amojamando á toda prisa, haciendo cada día más difícil la emisión del pensamiento — nada de libre — y más árido, por lo tanto, el desempeño de mi cometido, que no *dimito* fiado en la habitual benevolencia de todos ustedes.

Todo se agota, lectores queridos, todo, menos la tontería de esos caballeros que andan por ahí luciendo las lilas, la de los que creen á puño cerrado en la repartición de bienes. Lo que sí habrá si Dios no lo remedia, será una repartición de palos que se van á oir hasta en Vallecas, pero ahí me las den todas, pues yo no pienso salir de casa.

Y ahora, oído á la caja, que voy á ocuparme, sin levantar manos, de los teatros.

***

¡A tout seigneur tous honneur! El veterano y distinguido escritor, Sr. Sánchez Pérez, nos ha dado á conocer una preciosa obra en tres actos titulada *Un hombre serio*, estrenada en el *teatro de la Comedia* con gran éxito.

Desde las primeras escenas, el público comprendió que el autor era un hablista castizo, un literato de primer orden, y supo rendir tributo á sus merecimientos.

Como nada hay perfecto en este mundo, como todo tiene sus lunares más ó menos aparentes, la obra adolece de algunos descuidos; pero en conjunto, juzgada como deben juzgarse esas producciones, poniendo á un lado el microscopio incipiente, y dejándose llevar de la primera impresión, que es la que vale tanto en materias literarias como de arte, la producción del Sr. Sánchez Pérez resulta en un todo digna del autor de *El primer choque* y de tantas otras en que ha hecho gala de su sal ática y de su ingenio.

Un aplauso, pues, al Sr. Sánchez Pérez, y que Dios le conserve la mano derecha — y la izquierda también — para que siga haciéndonos pasar buenos ratos.

***

Los pajaros fritos, sainete lírico, estrenado en el *teatro de Apolo*, no fué del agrado de los señores.

A las primeras de cambio empezaron los rumores, las toses, los chicheos, y á pesar de los esfuerzos del Sr. Mesejo, que hizo cuanto pudo, *Los pájaros fritos* tuvieron que volver á la sartén, pues el público negóse á digerirlos.

La verdad es que el plato estaba mal aderezado, y los tales *oiseaux* olían á *faisandé*.

¡Que la tierra les sea ligera!

***

Don Carlos Monasterio, ha desenterrado una comedia francesa de principios de siglo, y ha tenido la bondad — que no le agradecemos — de dárnosla á conocer en el *teatro Lara*, con el nombre de *El yerno*, *in french*, *the brother-in-law of Mr. Poirier*.

El yerno, resultó bastante insulso y pesado, pues tiene dos actos *s'il vous plait*, y las gracias vertidas al castellano, resultaron desgraciadas. ¡Misterios de la traducción!

Siendo el Sr. Monasterio un escritor graciosísimo y un observador acertado, mejor haría en no seguir antiguos derroteros, y fiarse única y exclusivamente de su buen gusto literario, que de seguro no había de engañarle, después de las muchas pruebas de acierto que ya tiene dadas.

***

El éxito de la quincena ha sido sin duda alguna el estreno de *El rey que rabió*, verificado en el teatro de la *Zarzuela*, original de los Sres. Ramos Carrión y Vital Aza, y música del maestro Chapí.

El argumento es gracioso é interesante hasta lo infinito, y si sus autores no estuvieran ya hace tiempo fogueados con honra y provecho en los principales teatros de la corte, *El rey que rabió* bastaría por sí solo para darles la nota de sobresalientes en la difícil y espinosa carrera de la escena.

En cuanto á la música, no hay que hablar; es de Chapí y basta.

El público salió verdaderamente *electrizado* y dispuesto á demostrar de un modo fehaciente y positivo el agrado con que estuvo escuchando la no interrumpida serie de números musicales, cuajados de bellezas y chispeantes de novedad y de buen gusto.

El rey que rabió rabiará para rato, y los que le oigan se hallarán libres de hidrofobia en sus varias y múltiples manifestaciones, mientras asistan al afortunado teatro de la Zarzuela.

***

En el *Príncipe Alfonso* los llenos se cuentan por noches.

El maestro Goula nos está haciendo oir las óperas más hermosas del gran repertorio. La representación de *Fausto* fué un verdadero acontecimiento musical. Tanto la señorita Carrera como el Sr. Bertrán cumplieron como buenos, interpretando admirablemente sus papeles, y el bajo Sr. Vidal hizo un *Mefistófeles* de primera fuerza; en algunas ocasiones nos recordó al inolvidable Selva.

***

En los demás teatros ha habido alguno que otro chispazo escénico, pero sin importancia alguna, é indigno, por lo tanto, de los honores de la publicidad.

Cierro, pues, esta crónica despidiéndome de ustedes cariñosamente, por si pasado el 1.º de Mayo no nos volvemos á ver en este planeta.

¡Quién sabe si *esos* no darán al traste con estas revistas y con la existencia de este mísero *burgués* que se reitera de ustedes afectísimo,

MISTIGRIS.

UN CUENTO DEL P. COLOMA

EL VIERNES DE DOLORES [1]

Consolatrix afflictorum.
Ora pro nobis.

La cuaresma tocaba á su fin al mismo tiempo que la primavera comenzaba á anunciarse en Sevilla con sus dos heraldos obligados: el azahar de sus naranjos y los innumerables extranjeros que á ella acuden en este tiempo delicioso. Los primeros la ciñen como la corona de una desposada; los segundos la invaden como una bandada de gorriones desocupados. Los primeros la perfuman; los segundos la calumnian con monstruosas relaciones de viajes por una España fantástica, que sólo existe en la necedad ó en la malicia de algunos de estos *turistes* de ambos sexos.

La Cuaresma tocaba á su fin, decíamos, y las numerosas cofradías existentes en Sevilla celebraban en honor de sus respectivas imágenes esos septenarios y novenas cuyo esplendor y magnificencia han conquistado el nombre de católica por excelencia, á la vieja sultana á quien puso el santo rey Fernando una cruz por encima de su turbante.

El día primero de Abril había comenzado el quinario del Santo Cristo de la Espiración, y debía de terminar el viernes mismo de Dolores. La pequeña capilla, situada en la plaza del Museo, abría sus puertas de par en par á la multitud de fieles que acudían á postrarse ante la famosa imagen, que tan admirablemente representa la agonía del Salvador. Destacábase ésta en el retablo del fondo, sobre un rico cortinaje de terciopelo negro tachonado de estrellas. Sus manos extendidas ofrecían á todos amparo; sus ojos quebrados ya por la muerte, miraban todavía con misericordia; sus labios cárdenos habían ya pronunciado el *Consummatum est*, que abrió á los hombres las puertas del cielo, y parecían exhalar entonces aquel último suspiro, mezcla sublime de amor y de dolor, como lo fué la vida entera del Dios Hombre. ¡Al pie de la cruz estaba la imágen de María, la madre de los afligidos, ofreciendo como modelo á estos hijos predilectos suyos aquel dolor tan sosegado que á todo dolor enfrena, tan sin consuelo que á todo dolor sobrepuja, tan inmenso como el mar, *velut mare*, en lo profundo, en lo amargo!...

Hallábanse enfilados por debajo del presbiterio doce gruesos cirios, colocados en pedestales de plata; al pie de cada uno velaba de rodillas un devoto del Santísimo Sacramento. Era uno de éstos un anciano más que sexagenario: notábase en toda su persona esa especie de inercia física y moral que se apodera del hombre en los grandes dolores. Su frente se apoyaba en el cirio como si la doblegase el peso de un pensamiento; sus brazos caían á lo largo del cuerpo; sus ojos no se abrían; de sus labios se escapaban á largos intervalos palabras entrecortadas, que parecían pedir algo con esa convulsa energía que inspira al dolor la fe acrisolada; con esa agonía terrible del alma cuyo único paliativo en la tierra es el llanto. Y, sin embargo, ¡sus ojos permanecían secos como un manantial agotado; su cuerpo inmóvil, como una pena clavada en el alma sin esperanza y sin remedio!

El quinario tocaba á su fin, y el coro entonó la letanía de la Virgen. El anciano pareció entonces salir de su letargo; fijó los ojos en la imagen de María, y cruzó las manos sobre el pecho: *¡Ora pro nobis!* repetía con el pueblo. Poco á poco comenzaron á deslizarse por sus mejillas lágrimas que le consolaban, y de su pecho se escaparon algunos sollozos que daban salida á su angustia. El coro entonó al fin el *Consolatrix afflictorum*, y un llanto abundante brotó entonces de los ojos del anciano, mientras extendía los brazos hacia el altar exclamando en voz tan alta que todos la oyeron: *¡Ora pro nobis.....! ¡Ora pro nobis.....!*

Algunas personas volvieron el rostro sorprendidas; nadie se movió sin embargo. Sólo una señora anciana, que se hallaba sentada tras él, se levantó como obedeciendo á un movimiento instintivo, y luego volvió á sentarse en su pequeño banquito de tijera. Al terminar el quinario ya había anochecido; la señora se dirigió á la puerta y á poco salió también el anciano. La señora dió dos pasos hacia él,

[1] No hay que darle vueltas: el asunto literario de actualidad es el P. Coloma y su novela *Pequeñeces*. A ruegos de muchos de nuestros lectores é impetrando la venia de los editores, publicamos este histórico relato, incluído en la *Colección de Lecturas Recreativas* del año 1884. Ya entonces era el P. Coloma gran escritor, y ¡cuánto tiempo han tenido que transcurrir para que su fama llegue al debido punto!

(*Nota de la I. C.*)

como titubeando, y se detuvo al fin, contenida por ese sentimiento de delicadeza propio de las almas elevadas, que al compadecer y consolar el dolor empiezan por respetarlo. Por otra parte, nada revelaba en aquel anciano ninguna de esas necesidades apremiantes que puede remediar un pronto socorro. Era su traje de luto, y aunque raído, aseado y decente; su porte y sus modales, los de una persona de la clase media.

La señora, no obstante su agilidad, parecía de edad muy avanzada. Era delgada y de pequeña estatura; una de esas graves, modestas y al mismo tiempo airosas mantillas españolas, que el capricho de nuestras damas va sustituyendo con el descarado sombrero extranjero, cubría sus cabellos blancos; alisábanse éstos sencillamente, formándole en ambas sienes dos de esos pequeños ricitos que con el nombre de *menos* introdujo la moda en los tiempos de las peinetas de teja y los trajes de medio paso. Nada brillaba en su vestido negro y sumamente modesto; sólo se veía en su mano izquierda un rico anillo, en que, bajo una corona real, se hallaba esculpido el famoso „No me ha dejado" que en premio de su lealtad añadió D. Alonso el Sabio al blasón de su fiel ciudad de Sevilla [1]. Pendiente del brazo izquierdo llevaba uno de esos banquitos de tijera que para sentarse en las iglesias usan las señoras; colgábale del derecho un bolsito de tafetán negro, semejante á los que veinte años atrás usaban las elegantes con el bien aplicado nombre de *ridículos*.

El anciano se dirigió lentamente hacia la calle de las Armas, agobiado por el peso de su dolor; la señora permaneció inmóvil viéndole ir, como si luchase entre la caridad, que la impelsaba á interrogarle, y la discreción, que la detenía, temerosa de ofender con alguna pregunta indiscreta aquella inmensa pena desconocida.

Á la tarde siguiente ambos ancianos se encontraron también en el quinario del Santo Cristo; mudo él é inmóvil como la víspera, pero aún más abatido: ¡su dolor tenía veinticuatro horas más de peso!...

Escapábansele á veces aquellas palabras entrecortadas, que cual las rachas de una borrasca llegaban á oídos de la anciana, sin que pudiese descifrarlas, pero haciéndole sentir toda su amargura, porque eran sin duda aquellos brotes de dolor alguna angustiosa súplica una y otra vez repetida: súplica que ella sin conocerla hacía propia en el fondo del alma, fortalecía con su oración, y ayudaba con sus lágrimas. Porque la caridad jamás es impotente; siempre puede orar con el que ora; siempre puede llorar con el que derrama lágrimas.

Al terminar el quinario, la señora salió decididamente, y se detuvo á la puerta. Á poco apareció el anciano; una niña de doce años, modestamente vestida de luto, se le acercó entonces.

—¿Vamos á casa de D. Tomás, abuelito?—preguntó al anciano.

—No, hija mía—respondió éste con profundo abatimiento.—Vamos á casa... No puedo más... Vamos á casa.

Y apoyándose en el hombro de la niña se dirigió como la víspera hacia la calle de las Armas. La señora los siguió de lejos.

Era ya la hora en que los templos se cierran, se abren los teatros, y se iluminan los cafés: el mal extiende entonces del todo sus pérfidas redes; el bien parece replegarse gimiendo. Poblaban los alrededores de la Campana y la salida de la calle de las Sierpes, esos innumerables grupos de gente ociosa, que mirando desvanecerse el humo de un cigarro, ó entretenidos en conversación inútil y acaso pecaminosa, dejan correr ese tiempo precioso que llaman los ingleses *dinero perdido*, y que es á los ojos del cristiano que mira más lejos, gracia de Dios desperdiciada. Notábase en aquel paraje ese bullicio, ese movimiento propio de esta hora en los centros de las grandes capitales: cruzábanse por todas partes hombres y mujeres, unos en busca de negocios inciertos, otros de placeres lejanos, muchos de vicios refinados, pocos—¡quizá ninguno!—en busca del Dios que se llama á sí mismo Padre común de todos. Nadie reparaba, sin embargo, en aquel triste grupo que caminaba solitario en medio de la multitud, guiando el anciano á la niña como guía la experiencia á la inocencia; sosteniendo la niña al anciano como sostiene la juventud á la vejez cansada. Nadie reparaba tampoco en aquella otra anciana, que los seguía fatigosamente, sin más móvil que la caridad, sin más esperanza que la de enjugar una lágrima. ¡Sólo el Angel de la Guarda iba contando sus pasos!

Poco á poco fueron dejando atrás aquel bullicio, y atravesando calles casi desiertas, llegaron al fin al lejano barrio de la Feria. Detuviéronse ante una modesta casa situada al final de la calle Z**, y entrando ambos en ella, cerró el anciano por dentro la puerta del zaguán, que daba á la calle. La señora examinó detenidamente la fachada de la casa, y apuntó casi á tientas en una carterita el número de ella: era el 69. Luego volvió á desandar lo andado, y caminando penosamente llegó al fin á la plaza del Triunfo. Destacábanse en el fondo los almenados muros del alcázar, joya morisca sin más rival en el mundo que la Alhambra de Granada. La señora se dirigió á la puerta llamada de Banderas, y entró, como en casa propia, en la histórica morada de los Reyes de Castilla.

¡El reloj de la Catedral daba entonces las once, y en todo aquel trayecto había recorrido cerca de una legua aquella débil anciana, que contaba á la sazón más de ochenta años!

II

La antecámara del Sr. Gobernador se hallaba poblada de un sin número de esos pretendientes de ambos sexos, cuyo lado ridículo han descrito tantas veces esas plumas satíricas que dejan caer sobre un dolor un chiste, como podrían colocar una careta de carnaval sobre el rostro de un cadáver. La ligereza volteriana de nuestra época pasa riéndose ante esos tipos de viudas de coroneles no siempre problemáticos; de hijas de intendentes desconocidos, que acaso fueron más honrados que los que todo el mundo conoce; de capitanes retirados, que quizá no llegaron á generales, por no volver contra su rey y contra su patria la espada mohosa que ciñen..... ¡Ah! levantad esas caretas de carnaval ciertamente ridículas, y encontraréis dolores ocultos, miserias calladas, virtudes sin premio, quizá crímenes impunes..... Entonces comprenderéis el horror repugnante de esa sátira que cuelga de un corazón llagado los cascabeles de un arlequín; entonces se helará la risa en vuestros labios, y aprenderéis á ser observadores más profundos, críticos menos burlones, y cristianos más caritativos.

Las oficinas del Gobierno habían de cerrarse de allí á dos días hasta después de pasada la Semana Santa, y todos aquellos infelices se afanaban por ser los primeros en despachar sus pretensiones, temerosos de tener que suspenderlas hasta pasado este tiempo. El Capitán General había llegado dos horas antes á conferenciar con el Gobernador, y aumentado con esto la impaciencia y el disgusto de todos los que esperaban. Un portero sumamente gordo y pequeño, vestido con una levita azul, galoneada de oro en las boca-mangas, los disponía en turno, contestando á sus reclamaciones con esa grosería que pinta tan al vivo cuán cierto es que la más insoportable de todas las tiranías es la de los subalternos.

Paseábase aquel Júpiter tonante con una gravedad cómica, disparando rayos á todas partes, cual cohetes los castillos de fuego, y leyendo un periódico, cuya lectura sólo interrumpía para dar una respuesta agria al que llegaba, ó hacer una observación agresiva á cualquiera que cansado de esperar le dirigía la palabra.

Dos horas habían pasado desde la llegada del Capitán General, cuando apareció en la antecámara la anciana señora que dimos á conocer á nuestros lectores en el quinario del Santo Cristo.

—¿El Sr. Gobernador?—preguntó al portero.

—Ocupado—contestó éste sin levantar los ojos del periódico.

—Pásele usted esta tarjeta—dijo la señora sacando una de su inseparable bolsito.

—¡Ocupado con el Excelentísimooo señorrr Capitánnn Generalll!—tornó á decir el portero, recalcando las palabras.

—No importa—persistió la anciana.—Pásele usted esta tarjeta.

—¿Que no importa?—gritó el portero girando sobre los talones, sorprendido de tanta audacia. Y mirando de arriba á bajo á la modesta mortal que tal pretensión abrigaba, continuó colérico:—¿Se ha pensado usted que va á salir el Sr. Gobernador á llevarla en brazos á su despacho.....? Que no importa..... ¡Pues me gusta la salida....! Siéntese en aquel rincón, y ya puede esperar un buen rato!

La señora, lejos de incomodarse, dejó ver en su rostro una ligera expresión de risueña curiosidad. Indudablemente debía de gustarle estudiar tipos, y el de aquel grotesco tiranuelo le había hecho gracia.

—Pase usted esta tarjeta—repitió, sin embargo con imperio.

—¿Pero está usted sorda ó hablo en griego?

—Pase usted esta tarjeta al instante, ó.....

Aquí bajó la señora de tal modo la voz, que sólo el portero pudo oir lo que dijo. Una mujer aseguraba luégo que le había amenazado con la cárcel; otra, que le había dado un bolsito. Es lo cierto que el Júpiter de librea se apeó del Olimpo, y tomando la tarjeta, entró sin replicar palabra en el despacho del Gobernador.

La sorpresa de todos subió de punto, al ver que éste se presentaba en persona en la antecámara, seguido del Capitán General.

—Pero, señora—exclamó dirigiéndose á la anciana—¿por qué no me ha avisado usted, y hubiera ido yo mismo á ponerme á sus órdenes.....?

La señora tendió sonriendo una mano al Gobernador y otra al Capitán General, y los tres desaparecieron tras el pesado cortinaje que cubría la puerta.

Los circunstantes se miraron con la boca abierta, echándose en seguida á discurrir por el campo de las conjeturas.

—¿Quién será esa mujer?—se preguntaron todos: unos decían que era un duende; otros aseguraban que era la *vieja del candilejo;* los más dijeron que era la reina Cristina, que había venido á Sevilla para ver las cofradías de Semana Santa. Esta versión fué la más acertada, por la esperanza que abrigaron todos los pechos de que la ofendida reina haría ahorcar sin dilación alguna al insolente portero, en mitad de la plaza de San Francisco.

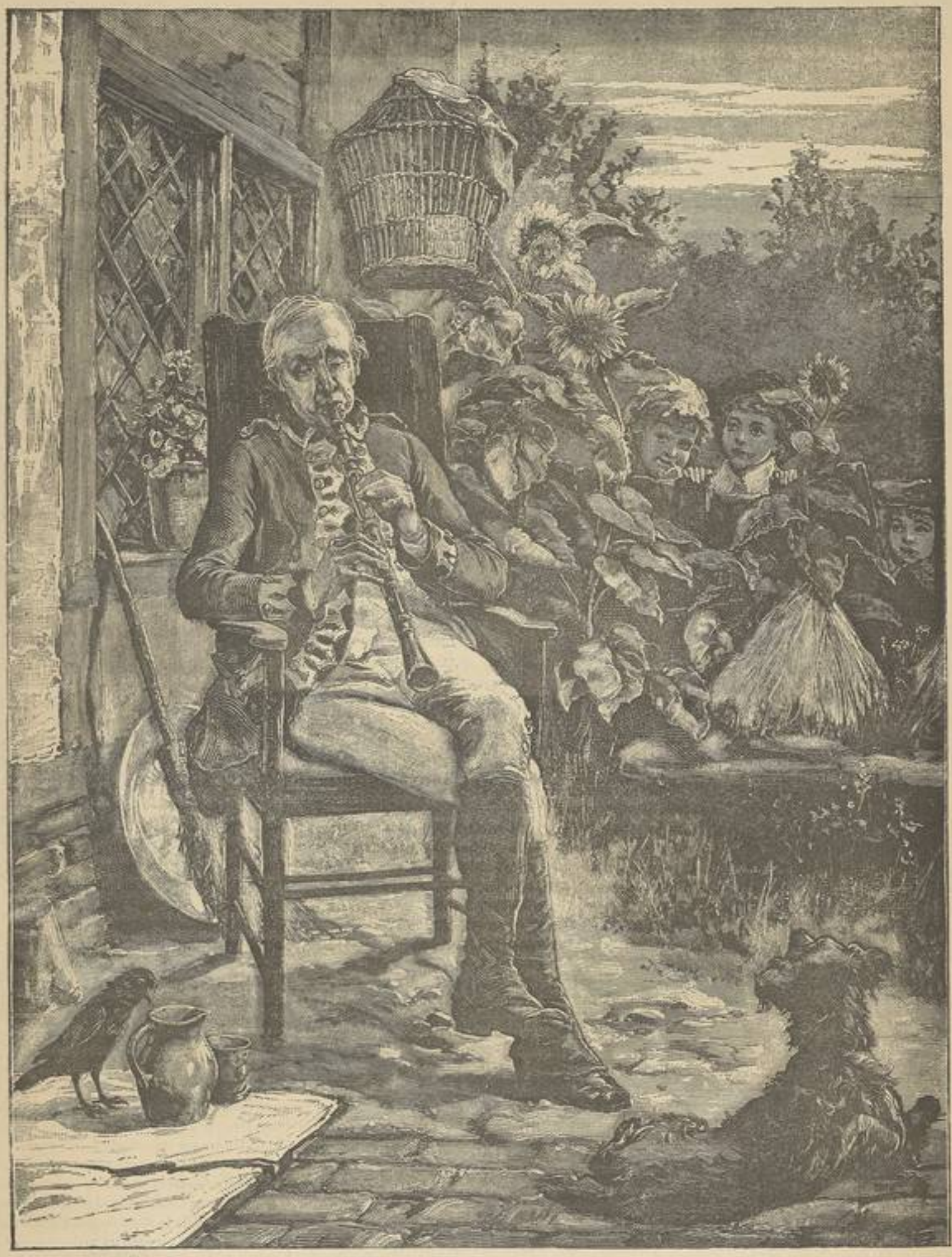
—Había de parecer un melón de cuelga—dijo una vieja rencorosa. Otra, en alto grado previsora, añadió:

—Pues como no lo ahorquen con una maroma del muelle, de fijo rompe la soga.

Mientras tanto, el desdichado portero, condenado á la horca por crimen de lesa majestad contra la viuda de Fernando VII, se asomaba á una de las ventanas de las caballerizas, gritando:

---

[1] El rey D. Alonso el Sabio en recuerdo de la fidelidad que le guardó Sevilla cuando el levantamiento de D. Sancho el Bravo, añadió á las armas de esta insigne ciudad la empresa de una madeja anudada con el lema NO8DO, en esta forma: NO 8 DO. Esto es, *no madejado*, ó sea *no me ha dejado*.



UN AFICIONADO Á LA MÚSICA



EN LA ZONA TÓRRIDA

— ¡El coche del Sr. Gobernador!

Y sin duda los negocios de la reina Cristina debían ser de fácil expedición, porque diez minutos después de haber entrado, salía de nuevo á la antecámara, acompañada por ambas autoridades.

— Mañana, á primera hora — le decía el Gobernador — tendrá usted cuantas noticias sea posible averiguar..... Yo mismo iré á llevárselas.

— Gracias — contestó la señora con sumo interés. — Le espero á usted sin falta.

Advirtióle entonces el Gobernador que su coche se hallaba dispuesto á la puerta. La señora se negó obstinadamente á aceptarlo.

— Al menos — dijo el Capitán General — permita usted que yo la acompañe.

— Eso es para mí tanta honra, que no la desecho — replicó la anciana. Y apoyándose en el brazo que el General le ofrecía, bajó lentamente aquella magnífica escalera del antiguo convento de San Pablo, que es el local ocupado hoy por las oficinas del Gobierno.

III

— ¿Qué noticias me trae usted? — decía la señora al Gobernador, incorporándose vivamente en su poltrona, forrada de *reps* verde.

— Muchas en cantidad, malas en calidad — contestó éste sentándose.

La anciana separó un atrilito, que sostenía un libro alemán, y dejando en una cestita de labor una calceta á medio hacer, en que trabajaba al mismo tiempo que leía, se quitó las gafas; luego cruzó las manos, como para escuchar mejor.

— Veamos, veamos; — dijo con sumo interés.

— Desde ayer, dijo el Gobernador, ha tenido usted en movimiento á toda la policía, y el resultado de sus investigaciones es este.

Sacó entonces del bolsillo un papel lleno de apuntes, y comenzó á leer de esta manera:

«El inquilino de la casa número 69 de la calle Z**, se llama D. Esteban Rodríguez; cuenta sesenta y dos años de edad, y se halla en la mayor miseria. Su familia se compone de la mujer, paralítica hace siete años; una hija idiota, y seis nietos, hijos de otra hija, difunta hace tres meses, de los cuales tiene la mayor doce años y el menor cuatro. Se ignora el paradero del padre de estos niños. D. Esteban Rodríguez ha estado empleado veintitres años en las oficinas del Ayuntamiento, y quedó cesante hace tres, cuando la caída del Ministerio. Desde entonces ha venido poco á poco la miseria: debe al casero 3625 reales, y éste le ha amenazado con embargarle los muebles y echarle de la casa, si el día cinco del corriente, á las tres de la tarde, no le ha satisfecho la deuda.....

— ¡Mañana es día cinco! — le interrumpió con terror la señora. — Mañana, ¡Dios mío.....! Mañana, viernes de Dolores.....!

— D. Esteban no tiene con qué pagar, — continuó leyendo el Gobernador, y se sabe que el casero ha avisado ya para el embargo. El D. Esteban es persona honrada y de toda confianza.»

El Gobernador dejó el papel sobre la mesa, y la señora exclamó abatida:

— ¡Ahora lo comprendo todo.....! ¡Razón tenía para afligirse.....!

No bien quedó sola la anciana, volvió á leer detenidamente la nota de la policía; luego quedóse largo tiempo pensativa.

—¡Imposible! — murmuró al fin, como respondiendo á sus propios pensamientos. — ¡Imposible que Dios no oiga tantas súplicas.....! Imposible que en el día de sus dolores, no remedie la Virgen Santísima uno tan grande.....! ¡Si yo fuera rica.....! ¡Si yo pudiera hacerlo en su nombre.....!

De nuevo volvió á quedarse pensativa: algunas lágrimas brotaron de sus ojos azules, y surcaron lentamente sus mejillas.

—Á las tres de la tarde, ¡Dios mío! — murmuró levantando los ojos á un Crucifijo que coronaba el remate de un pupitre. — ¡Á las tres de la tarde, hora en que espiraste, se encontrarán esos infelices en la calle, sin amparo, sin abrigo.....! ¡Seis niños, Virgen Santísima, seis niños, ángeles de Dios, ángeles tuyos.....! Sin padre, sin madre, sin más sombra que la de ese anciano que es la sombra de un sepulcro..... ¡Pobres niños de mi alma.....! ¡Virgen de los Dolores, Madre de los afligidos! por esa hora en que espiró tu Hijo, por ese quinario en que un pobre anciano invoca su agonía, remédialos tú, ó deja que en tu nombre yo los remedie!

La señora escondió el rostro entre las manos, y comenzó á sollozar. Acercóse al fin al pupitre, y se puso á escribir una carta, cuyo sobre iba dirigido al Excmo. Sr. Marqués de X**, Alcalde primero de Sevilla: al pié del sobrescrito añadió esta palabra: *Urgentísima.*

Tres horas después recibía un oficio de la Alcaldía: la anciana rompió el sobre apresuradamente, y una alegre exclamación se escapó de sus labios. Había encontrado la credencial, ya firmada, de un destino en las oficinas del Ayuntamiento, y una cariñosa carta del Alcalde que se la remitía. El nombre del agraciado estaba en blanco; la anciana escribió en el hueco: *en favor de D. Estéban Rodríguez.*

Abrió luego un cajoncito del pupitre, cerrado con llave: en el fondo había varias monedas de oro, y algunos billetes de banco. La anciana se puso á contarlos: eran seis de á mil reales cada uno.

— Hasta Junio no puedo cobrar más, — murmuró entre dientes. ¿Qué importa?.... A mí no han de embargarme.....

Y envolviendo los seis billetes en la credencial del destino, lo encerró todo en un sobre sin firma ni carta alguna, y puso el sobrescrito de este modo: *La Virgen de los Dolores á su devoto;* y por debajo añadió el nombre del anciano cesante.

Luego se marchó al quinario, y aunque vió desde lejos al anciano, inmóvil y lloroso como todos los días, la señora ya no lloraba: movía los labios como si orase, y de cuando en cuando se sonreía.....

IV

El viernes de Dolores era, como ya dijimos, el último día del quinario, y llegó la señora más temprano que de costumbre á la capilla del Cristo: el sitio del anciano estaba vacío.

— Vendrá de seguro, — pensó la anciana. — Es temprano todavía.

Pero el tiempo transcurría insensiblemente: ya el quinario había comenzado, y el desgraciado cesante no venía.

— ¿Qué habrá sucedido? — pensaba la anciana. — Su desgracia está ya remediada; su porvenir asegurado..... ¿Será una de tantas almas que invocan á Dios en los dolores, y no le dan gracias en las alegrías?

Un rumor de pasos, y ese cuchicheo que se nota en las iglesias cuando ocurre algo inusitado, distrajeron su atención. La curiosidad la impulsó á volver el rostro: la reverencia la contuvo. Vió al fin dos hombres que pasaban delante de ella, conduciendo en una silla de brazos á una mujer tullida; detrás venían seis niños pequeñitos, vestidos de luto. Colocaronambos hombres la silla de la tullida casi al pie del presbiterio: uno de ellos, que parecía un mozo decordel, salió de la iglesia; el otro, que era el anciano, fué á arrodillarse en su sitio acostumbrado, al pie del cirio. Parecía rejuvenecido, y aunque de sus ojos se desprendían lágrimas, eran de gratitud y de alegría. ¡También ésta tiene las suyas!

Los niños se habían arrodillado en torno de la paralítica; por una feliz coincidencia vino á caer la mayor de las niñas al lado mismo de la anciana, que atentamente las observaba.

— ¿Es esa señora tu mamá? preguntó á la niña.

— Es mi abuelita.

— ¿Está enferma?

— Está tullida, pero hoy ha hecho la Vírgen un milagro con nosotros, y ha querido que vengamos todos á darle las gracias.

La señora no preguntó más; bajó cuanto pudo el velo de su mantilla, y gustó á solas y en silencio ese dulce placer que los ángeles encuentran santo; ese incentivo divino que para impulsarlos á la caridad señaló Diosá los poderosos, y que tantos, tantos jamás han gustado en su vida. El placer de hacer felices!

Y sin embargo, aquella anciana no era rica; aquella anciana que hacía limosnas de príncipe, debía sólo al favor de sus poderosos amigos, una morada en el Alcázar. Aquella anciana, opulenta en otros tiempos, vivía entonces del producto de su privilegiado talento; aquella anciana era, en fin, la que sin saberlo se había retratado á sí misma, al dejar consignado en un libro precioso: «El saber es algo: el genio es más; pero hacer el bien es más que ambos, y la única superioridad que no crea envidiosos.»

Aquella anciana era la ilustre Marquesa de Arco Hermoso, Cecilia Böhl de Faber, conocida en todo el mundo literario con el pseudónimo de *Fernán Caballero* [1].

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS
DEL ÁFRICA ECUATORIAL

POR FL. BOUHOURS

Traducción del P. J. R., Agustino

(Continuación.)

LLEGARON, pues, los misioneros y el capitán Joubert al pueblo donde les esperaban, hacía ya días, todos los Wabikari y no pocos con impaciencia. Sindesé y sus tres hijos salieron apresuradamente á su encuentro y sin darles tiempo para hablar, llamaron á todos los negros del pueblo.

Acudieron los Wabikari, pero á la presencia de los misioneros, muchos exclamaron sobrecogidos en espanto:

— ¡Blancos.....! ¡Guerra.....! ¡Esclavitud.....!

— Estos blancos, dijo Sindesé que, como jefe del distrito tenía cierta autoridad sobre sus súbditos, estos blancos no son como los jefes mestizos y Rougas-Rougas. Estos blancos son de la tribu de los franceses, amantes de la libertad; estos se desvelan por los enfermos, levantan hermosos pueblos, rescatan esclavos, aman á los pobres negros. Los blancos de Francia y demás pueblos de la Europa cristiana, no imponen el yugo de la esclavitud, añadió el P. Dromana. El capitán Joubert, que véis aquí, es valiente y esforzados sus más ardientes deseos son guerrear contra mestizos y Rougas-Rougas en compañía de los negros que quieran militar bajo sus órdenes.

— ¡Cierto! — exclamaron los hijos de Sindesé.

— ¿Pero no van á apoderarse de nuestras mujeres é hijos? — se atrevieron á decir algunos negros.

— Os he dicho — añadió con furor Sindesé — que

[1] El autor de esta verídica narración, que se honró con la amistad íntima de esta tan ilustre como piadosa señora, obtuvo la mayor parte de sus pormenores de las mismas personas que intervinieron en este hermoso hecho, logrando también arrancar algunos de ellos á la misma protagonista. Excusado nos parece advertir que el nombre y destino del llamado D. Estéban Rodríguez, son completamente supuestos.

estos blancos no esclavizan á nadie, y nunca han pensado en posesionarse de vuestras mujeres, pues las mujeres hablan mucho é impiden la oración.

Estas palabras produjeron un efecto admirable; todos se esforzaban después en rodear á los misioneros.

CAPÍTULO III.

Acaban de transcurrir siete años. Cantos á María Inmaculada resonaban una hermosa noche de Mayo de 1888 en el asilo de los negritos huérfanos, donde con voz algo áspera, pero clara y vibrante de emoción, Marrasilla, Nyemenvna y Nyandea, entonaron estas palabras, que los ecos del país esclavo no habían repetido jamás:

¡Pobres hijos del Africa!
Nuestra herencia es la mísera horfandad,
Que impía ley satánica
Nos arranca, al nacer, la libertad.
Bañen las frentes cándidas
Del bautismo las aguas de salud,
Dios á sus hijos míseros
Tiende sus brazos ya desde la Cruz.
Conforte nuestros ánimos
La Hostia Santa de un Dios consolador:
La fe pura y benéfica
Regenere nuestra alma en el amor,
Ya brilla la luz mística
De los cielos: corramos al altar,
Y el pobre hijo del África
„ Gloria á su Dios " repita sin cesar.

En nombre de uno de los Padres blancos, cantó después Cecilia, hermana del mártir Noé, otros versos sencillos y conmovedores como los que brotaron del corazón de las tres vírgenes negras.

Las hermanas de Caniata, impresionadas por estos suaves acentos de caridad y redención, se estremecieron de júbilo, pues las aguas bautismales habían rodado ya por sus cándidas frentes: las tres vírgenes negras eran cristianas.

¡Qué hermosas eran las tres hermanas! *Nigra sed formosa*. Lejos siempre de toda civilización corruptora, sus corazones eran trono de singular pureza: sus almas limpias como las nieves eternas que brillan en las cimas de las montañas del cenador africano. ¡Oh! sí, hermosas eran sin duda! ¿Y por qué no? El Creador divino las había formado de la misma masa de que salieron las mortales de la raza blanca. El corazón de la negra late tan generosamente como el de la europea: la sangre que circula por sus venas, es tan pura y noble como la nuestra y aún más robusta: su valor es grande como los peligros que la rodean; su pie desnudo pisa impunemente la traidora espina y la senda pedregosa.

Con tierna sencillez llevaron las tres hermanas copiosos ramilletes de flores que depositaron sin orden al pié de la estatua de María, flores regadas con ardientes lágrimas al despedirse al día siguiente, de la Virgen Santa.

— ¡Oh, Madre blanca del cielo, — suspiró Nyandea, — conservad siempre puro mi corazón y mi alma y no permitáis jamás que los mestizos me hagan prisionera para venderme á los mahometanos!

— ¡Oh Madre blanca del cielo — exclamó á su vez Nyemonea, — enseñadme á hablar siempre bien para ensalzar delante de las esposas y jóvenes de mi tribu vuestro poder, bondad y pureza! ¡No permitáis que el yugo de la esclavitud pese sobre mi frente!

— ¡Oh, Madre blanca del cielo, — suplicó Marrasilla, — concededme la gracia de no caer viva en poder de los Rougas-Rougas, si vienen algún día á reducirnos á la triste esclavitud!

Las tres hermanas cayeron después de rodillas y exclamaron á una voz:

— ¡Henos aquí las tres hermanas vuestras hijas, al abrigo de vuestra protección. Conducidnos por la mano y mostradnos vuestro rostro en el día del peligro!

Antes de despedirse de Juana y Cecilia Noé, Nyemoena les preguntó:

— Si algún día nos vemos lejos, muy lejos de aquí, más allá de las montañas que nos roban los rayos del sol, ¿cómo podremos reconocer el camino para volver á vuestro lado?

—¿Por qué preguntas eso, *nuana*?—dijo la madre de Cecilia.

— No sé. Los pobres negros no viven jamás seguros en las chozas que les han visto nacer. Todo este terreno estaba animado por hermosos pueblos, cuando yo tenía diez y siete años; más ahora que mis ojos han visto florecer veinticuatro veces los nenúfaros del gran lago ¿qué ha sido de sus habitantes?

Siete años hace que todo ha sido entregado á las llamas: ya no existen pueblos: ya no hay habitantes, pues éstos han sido conducidos más allá del punto donde se oculta el sol ¡y no volverán jamás....! ¡jamás....! Pero yo quisiera volver, si tal desgracia viniera á entristecer los días de mi vida..... ¿pero cómo podría reconocer el punto del cielo que cobija el asilo y la residencia de los Padres blancos....?

— Sí, añadieron las hermanas de Nyemoena, ¿cómo podríamos reconocer el camino para volver al lado de nuestra Madre blanca del cielo?

— No lo sé, *nuanas* mías, pero no temáis, puesto que el capitán Joubert, bajo cuya bandera militan vuestros hermanos, vigila y combate á los Rougas-Rougas doquier que les encuentra; mas si Dios permite tal desgracia, no desfallecereís; encomendaos á nuestra Madre blanca del cielo y pronto sentiréis su protección.

Las tres hermanas, envueltas en sus largas túnicas blancas, tomaron el camino del pueblo, después de mirar á María con los ojos preñados de lágrimas.

Tres leguas media la senda que serpenteaba ya á la orilla del río, ya por medio de matorrales ó bien á través del bosque, antes de llegar al pueblo Wabikari.

— ¿Y si nos han espiado lo Rougas-Rougas? — dijo Nyandea á sus hermanas.

— ¡Nuestra perdición sería cierta...! — murmuró Nyemoena.

— *¡ Hai n' favio!*..... (¡oh, madre mía!)— exclamó Marrasilla.—¡Acabo de oir el trueno de los blancos y Rougas-Rougas!

En efecto: había resonado un disparo, repetido por los ecos de las montañas, al que siguieron otros varios y luego el silencio volvió á reinar en la grandiosa é inmensa soledad.

Las vírgenes negras se abrazaron estrechamente.

— ¡Pobres de nosotras si son los Rougas-Rougas.....!

— No,—dijo una de ellas:— es, sin duda, el valiente capitán Joubert que ataca á los esclavistas.

Seguían entonces las tres hermanas la orilla del río, costeado por impenetrables selvas, que destacaban sus enérgicos relieves, bañadas por los ardientes rayos del sol del medio día.

— ¡Apresuremos el paso! — se dijeron las jóvenes.

— ¿Y si los mestizos musulmanes apareciesen en la espesura, ahora que probablemente habrán sido forzados á tomar la fuga? Si esto sucediera, — dijo Marrasilla, — ¿sabeis lo que haría yo?

— Dí, ¿qué harías?

— Hermanas mías; me precipitaría á la corriente de las aguas, antes que dejarme apresar para ser entregada á los musulmanes, y desaparecería en medio de un blanco velo de espumas, al rodar las aguas por la cascada de allá abajo y de este modo moriría libre y digna de nuestra Madre blanca del cielo. ¿No haríais vosotras lo mismo?

— Sí, hermana: seguiríamos tu ejemplo. Marchémonos, alejémonos: no esperemos la posibilidad del peligro.

Al cabo de una hora de marcha precipitada, las tres hermanas franqueaban la entrada del pueblo sin que tuviesen que lamentar los peligros que temían.

Justas eran las aprensiones de las jóvenes negras, pues los malditos aventureros, dispersados por el capitán Joubert cuando pasaban con un grueso número de víctimas, acudieron á la selva, cuyo paraje de cita en caso de dispersión, no distaba trescientos metros del camino recorrido por las tres hermanas.

En un espacio despoblado de árboles y asiento de algunas chozas, estaban reunidos hasta veinte bandidos, que, gracias á la espesura, pudieron escapar á las balas antiesclavistas. Estos eran, como casi siempre, musulmanes, mestizos y negros vendidos al mahometanismo, y en su consecuencia, fogosos esclavistas, de brutalidad desenfrenada y perversos instintos. Tres blancos, particularmente, que parecían ser los jefes, sicarios de *Tipo-Tip*, gran comerciante en carne humana, que lanza hoy las más execrables blasfemias contra Joubert y su columna móvil de voluntarios, eran sin duda, los tres monstruos más innobles que han pisado el suelo africano, no obstante tantos malvados como han sembrado el terror en este país. Llamábase el uno Siriatomba, Matakenia el otro y Secuacha el tercero, cuyos rostros patibularios sudaban lujuria y ferocidad. Vestían calzoncillos y una especie de chaqueta ajustada á la cintura por una correa de la que pendían las armas: un ancho sombrero de paja cubría sus cabezas.

— ¡Maldito Joubert! ¡Perro cristiano! — vociferó Matakenia, — ¡jamás podremos alojarle una bala en la cabeza.....!

— ¡Dificilillo será! — dijo Secuacha.—Ese perro ha puesto en manos de sus hombres fusiles de largo alcance y no podremos luchar ventajosamente contra él, hasta que Tipo-Tip nos provea de armas perfeccionadas. Joubert es valiente y juicioso como buen francés, y está, además, admirablemente secundado por los tres hermanos Sindesé, todos, particularmente Caniata, astutos como los Pieles-Rojas! Es una verdadera serpiente ese maldito negro: pero ya me vengaré algún día arrebatándole sus tres hermanas, bautizadas ya, si es cierto lo que me han contado, ó lo serán muy pronto: son hermosas como todas las hijas de los Wabikari: ¡una será para mi.

(Se continuará.)

ENTRE TROPA

El coronel Zapalongo
Exigió de su escuadrón
El que usasen el **jabón**
De los **Príncipes del Congo**.

Jabonería VÍCTOR VAISSIER. — París.
De venta en las principales perfumerías.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huerfanos.— Juan Bravo, 5, Madrid.

MELLERIO HERMANOS

3, Carrera de San Jerónimo, 3.

Unicos representantes en Madrid de la acreditada casa de orfebrería de los Sres. Christofle y Compañía, de París.

Premiados con diploma de medalla de oro en la Exposición Vaticana.

OBJETOS DE IGLESIA

É IMÁGENES DE CARTÓN PIEDRA, PASTA DE MADERA Y ESCULTURA

Hay á **2,50** pesetas reproducciones en metal del crucifijo ejecutado para Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Fuencarral, 7, Madrid.

Guantes de piel de caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza, lana, seda é hilo.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

Para regalos se acaba de recibir un gran surtido de corbatas y boquillas de última novedad.

GRANJA DEL ATANOR

Calle de Moreno Nieto, 1, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)

MADRID

ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS

Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.

Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaráz.

SUBIRANA HERMANOS

Puerta Ferrisa, 16.—BARCELONA

Casa editorial. — Desde la fundación de nuestro establecimiento, que data del año 1845, nos dedicamos especialmente á la publicación de importantísimas obras de renombrados autores católicos, que damos siempre á luz con la debida licencia de la Autoridad eclesiástica.

Imprenta. — Impresión de Obras, Revistas, Memorias, etc., etc., tanto de lujo como económicas.

Librería. — Venta al por mayor y menor de obras religiosas, morales y de controversia; de ciencias eclesiásticas, místicas y ascéticas; de texto y premios para Seminarios y Colegios, y de Consulta para el clero. — Gran surtido de libros litúrgicos. Especialidad en devocionarios.

Encuadernación.—En este ramo contamos con todos los elementos para salir airosos en cualquier trabajo artístico que se nos confíe.

Objetos de piedad. — Medallas y rosarios; estatuitas y Cristos de metal de todas clases; sacras y estampitas económicas y lujosas, etc., etc.

NOTA.—Esta casa no imprime, vende ni encuaderna obra alguna contraria á la Religión católica ó á la sana moral.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, editor.

PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa.

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

Obras de estudio.—Catálogos gratis.

PAPEL DE ARMENIA

El más higiénico, fino y agradable perfume para las habitaciones; 50 céntimos el libro para veinticuatro veces; á cada libro acompaña un aparato para quemar.

CREMA VASSELINA

Lo mejor para suavizar y conservar el cutis, superior á todos los cold-creams conocidos, á peseta tarro; advertimos que la *crema vasselina* no es *blanquete*.

PERFUMERÍA THOMAS

Calle Mayor, 36.—MADRID.

LA CASA DE RUIZ DE VELASCO

MONTERA, 7,

ha instalado su sección de ropa blanca y equipos para novias en el cuarto entresuelo de la misma casa y presenta un completísimo surtido en todo lo más rico que se fabrica en este ramo, como encajes, bordados, juegos de cama, colchas y mantelerías. Por el gusto y riqueza de los géneros, está hoy esta casa á la altura de las mejores del extranjero.

POLICARPO RUIZ

15—Jacometrezo—15

En esta antigua y acreditada casa encontrará el público un gran surtido en camisería, lanería, lencería, géneros de punto, pañolería, merinos, ropa blanca, corsés, estameñas para hábitos é infinidad de artículos.

Grrandioso surtido en percales á **real, real y medio y dos reales.** Vuelos fantasía, todo lana, á **peseta;** batistas y céfiros á **0,60.**

Grandes surtidos. — Precios económicos.

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8

Estampería, grabados, oleografías, *Vía-Crucis*, sacras, fotografías, etc.

IMÁGENES TALLA

Se hacen de encargo y con esmero en la ejecución.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 pe. fs.
Un año..... 4 » »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pe. fs.
Un año..... 5 »

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. | NÚMERO 9.º — Madrid 15 de Mayo de 1891. | NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

BELLAS ARTES



LA SAGRADA FAMILIA (CUADRO DE MURILLO)

SUMARIO

Texto.

La quincena, por el Marqués de Valdeflores. — *Grabados*, por Antonio de Olmedo. — *Boletín religioso*, por J. V. — *D. Francisco J. García Rodrigo*, por R. G. R. N. — *Un paseo por Mallorca*, por D. Manuel Polo y Peyrolón. — *Album de poetas: Una madre*, por el P. Jiménez Campaña. — *La vuelta á la patria*, por D. Angel Salcedo Ruiz. — *Teatros* (á vuela pluma), por Mariano. — *Las tres vírgenes negras* (continuación). — Anuncios.

Grabados.

Bellas Artes: La Sagrada Familia, por Bartolomé Esteban Murillo. — *D. Francisco Javier García Rodrigo*. — *Emigrantes italianos*. — *El Vesubio (vistas)*. — *Un concierto*. — *Isla de Mallorca: El torrente de Pollensa*.

LA QUINCENA

Pasó el 1°. de Mayo, y todavía vivimos. Y lo que es peor que vivir, las cosas han quedado como estaban antes: los ricos ricos; los pobres sin una peseta. ¿Cuándo se acabarán de arreglar estos asuntos? Esperemos al año que viene.

***

¡Dos de Mayo! Hermosa fecha de gloriosos, inmarcesibles recuerdos..... La inauguración de la estatua de Ruiz en la plaza del Rey, ha sido este año festejo digno del gran aniversario: Madrid cuenta desde primeros de Mayo con un monumento artístico de primer orden, pues la estatua y el monumento todo son primorosas obras de arte que honran á Benlliure, su autor, y que honrarán á Madrid que los luce en una de sus plazas más pequeñas, irregulares, alegres y concurridas.

El *Dos de Mayo* es un recuerdo de fuerza para España. Es la fiesta conmemorativa de nuestro gran general *No importa*.

***

Yo participo, como todos mis conciudadanos, del entusiasmo que á todos les produce aquel caudillo inmortal de nuestras luchas épicas.

Yo siento no ser poeta para componer, no ya una oda, sino un poema en loor del general *No importa*.

Si Homero se inmortalizó cantando la gloria de Aquiles, hijo de Perseo, ¿qué no se inmortalizaría el poeta que cantase dignamente las hazañas de ese misterioso é invicto campeón de nuestra Independencia que llamamos el general *No importa*?

***

Pero entendámonos.

Yo creo que mucho debemos al general *No importa;* pero creo también que lo hemos recompensado por sus servicios con demasiada largueza.

No contentos con erigirle estatuas, con componerle odas, con consagrarle un recuerdo inmarcesible en todos nuestros corazones, nos hemos propasado y lo hemos proclamado nuestro rey, nuestro director único, nuestro César, y, si no fuese irreverente, diría que hasta nuestro Pontífice.

Nos hemos convencido todos de que nuestro inmortal caudillo de 1808 lo puede todo, que no hay nada que se le resista en el mundo, que á su paso ceden las resistencias, se desvanecen los obstáculos, se disipan las contradicciones... Que es como el sol canicular, que evapora las nubes que obscurecen el firmamento..... Que, como el Júpiter de la leyenda helénica, tiene en sus manos los rayos y las tempestades..... Que, como los déspotas de Oriente, es árbitro de la vida de sus vasallos.

Que viene á ser como una divinidad tutelar de los españoles que nos sacará á flote de todas las tempestadas y de todos los naufragios.

Yo nada de esto encuentro bien.

Yo creo que no hay nadie omnipotente mas que Dios.

***

¡No importa! Sublime palabra cuando se dice con oportunidad, como casi todas las palabras del Diccionario; sublime idea cuando se ocurre á tiempo.

Pero tontería insigne, funesta mentira, cuando se pronuncia á desbora ó cuando se ocurre á destiempo.

Los héros de 1808, ¡qué grandes fueron cuando pronunciaron esa palabra mágica! Vendidos, abandonados de todos, se irguieron varonilmente contra el opresor y escupiéronle al rostro con el vocablo inmortal: *¡No importa!*

Esta es la sublimidad en la Historia.

Aquellos labios eran dignos de pronunciar esa palabra, y esa palabra brilló, resplandeció en aquellos labios como una antorcha de fuego.....

Entre las abrasadas vigas de los edificios de Zaragoza, en el sagrado campo de Bailén, en el interior del viejo Parque de Monteleón, se oyó resonar el *No importa* como un grito de guerra, como una evocación al sentimiento más noble del ánimo, como una protesta contra la injusticia triunfante, casi como una oración fervorosa á la Divinidad.....

El *No importa* era allí en el fondo la protesta bíblica de Matatías y sus heroicos hijos, repetida por todos los vencidos que han conservado dignidad en la derrota.

Más vale, Señor, morir que ver el exterminio de tu nación y santuario. Esto significaba para nuestros padres el *No importa*.

***

Pero ¿significa eso mismo para muchos que hoy lo repiten?

¿No es más bien un pretexto, ó una disculpa, ó un disfraz de mal gusto para disimular la falta de aquellas grandes virtudes que brillaron extraordinariamente en los héroes de 1808?

Que España no tiene barcos, que carecemos de marina de guerra. Y oigo á muchos añadir: *No importa*.

Que nuestro Ejército no puede parangonarse con casi ninguno de los de Europa. Y oigo también: *No importa*.

Que la Hacienda española es un mito y un desastre. Y añaden: *No importa*.

Que no tenemos industria: *No importa*.

Que se van perdiendo todas las buenas cualidades de nuestro antiguo carácter nacional, sin que en cambio adquiramos otras nuevas: *No importa*.

Que los ingleses ejercen sobre parte de nuestro territorio una insufrible tiranía desde Gibraltar: *No importa*.

Que los franceses se van apoderando de Marruecos: *No importa*.

Que..... ¿Pero á qué continuar? Que ya no va importando nada á nadie.

Y que para que un país logre vida próspera y feliz, es indudable que deben *importar* algo esas cosas á sus moradores.

***

La fiesta de la Invención ó descubrimiento de la Santa Cruz, además de su inmutable, consoladora y sublime significación religiosa, es hoy, en virtud de las circunstancias por que atraviesan la Iglesia y el mundo, una de las de nuestro hermoso Calendario que más se prestan á las meditaciones del sabio y del escritor católico; una también de las que mejor pueden abrir amplios horizontes de legítimas esperanzas á los que, como los soldados de Constantino, peleamos en la tribuna, en la prensa, en la cátedra y en el hogar, bajo la enseña del glorioso lábaro en que se lee la inscripción: *in hoc signo vinces*.

En efecto, esta fiesta nos trae los insignes recuerdos de Constantino y su madre Santa Elena, del edicto de Milán, de la libertad de la Iglesia, después de las persecuciones, de la victoria del Cristianismo en Roma y en el mundo, victoria tan grande y cumplida cuanto puede serlo en la tierra el de un sistema y una sociedad, á los que no se ha prometido el triunfo, sino el combate.

¡Qué figura histórica comparable con la de Constantino! Después de Moisés, que libertó al pueblo de Dios de la servidumbre de Egipto, quizá no haya otro personaje en los anales del mundo que merezca como el hijo de Santa Elena el glorioso título de libertador. Por la extensión de los efectos, es indudable que ninguno como Constantino. Su edicto de Milán comprendió á casi toda la tierra conocida, á toda la tierra civilizada. Merced á Constantino fueron libres de adorar á Dios y rendirle culto, por fuero especial, las gentes más diversas, las naciones más apartadas; pero unidos bajo el cetro de los Césares. Desde el promontorio de Finisterre hasta las orillas del Éufrates, desde el Rhin hasta el desierto de Sahara, fué libre y victoriosa la Iglesia, que como el Imperio romano pudo desde entonces llamar al Mediterraneo: *mare nostrum*.

Con el triunfo de Constantino terminan los tiempos de persecución violenta, universal contra la Iglesia de Dios, y empiezan los del combate planteado en otros terrenos más insidiosos y resbalizados por los enemigos de la salvación del linaje humano. No arguye eso contra la gloria de Constantino; porque, como la experiencia de los siglos viene enterándonos, una batalla ganada no es más que otra batalla que se presenta. Los gritos del vencedor se confunden, y se han de confundir siempre, con los gritos de guerra del otro ejército que toma posiciones para empezar de nuevo. La victoria definitiva sólo se conseguirá en el cielo: allí es en donde está la Iglesia triunfante.

Hay quien cree que la revolución, en el sentido de instrumento político contra la Iglesia, de rebeldía contra Dios y contra la Religión, es de ayer ó de anteayer, hija del filosofismo del siglo XVIII ó del nacimiento pagano del XVI. ¡Qué error! Aparte de que las persecuciones de los tres siglos heroicos, fueron originadas por cálculos políticos del cesarismo romano, más bien que por un falso celo politeísta, que ya en tiempos de Cicerón nadie sentía en la sociedad clásica; aparte de que la barbarie de los Césares, desde Nerón hasta Diocleciano, bien puede clasificarse como una especie de kulturkampf ó lucha por la civilización pagana de ayer que por la Religión establecida; aparte de eso, decimos, es indudable que al punto que Constantino puso la cruz sobre su corona, y la dió á sus soldados por estandarte, comenzó la Iglesia á llorar nuevas lágrimas, quizá más amargas que las que les había hecho derramar el cruento espectáculo de sus hijos, destrozados en el potro y en el Circo y degollados por el solo delito de amarla como á su Madre y redentora. Ya del mismo Constantino hay dudas (que quisiéramos sinceramente ver disipadas por la crítica histórica) sobre si simpatizó ó no simpatizó con los herejes; y de su hijo y sucesor Constancio, no son dudas, sino la triste certidumbre de que fué hereje y protector de herejes, y de que inauguró una serie de emperadores á cual más aficionados á turbar la paz de la Iglesia y á molestar á los católicos, afligiendo casi todos ellos de muy diversas maneras á los sucesores de San Pedro.

Estas consideraciones parece que debieran desalentarnos, pero no es así sin embargo: ellas demuestran el cumplimiento exacto de una de las más solemnes promesas de nuestro Salvador Jesús á su esposa la Iglesia. Ellas, por otra parte, deben ayudarnos á conservar en medio de las luchas del mundo moderno la virtud de la paciencia, tan

necesaria para la serenidad de juicio y para no desalentarnos por la aparente victoria del mal en este ó en el otro terreno. Nuestra vida es corta: es probable que se nos arroje de ella antes de que el mundo presencie de nuevo un triunfo tan hermoso como el de Constantino. Pero no debemos quejarnos por eso: ese triunfo del siglo III y los que en adelante quiera Dios que luzcan en la historia, no son más que meros símbolos, presagios, anuncios del verdadero triunfo inmortal que nos espera al otro lado del sepulcro. A ese sí que debemos tender como se tiende á una cosa cierta y próxima. Para conseguirlo sí que debemos agruparnos alrededor del santo lábaro tremolado por el Vicario de Jesucristo, y no lo dudéis: *in hoc signo vinces*.

***

Mayo es el mes de las exposiciones: ya tenemos en el Retiro una de cuadros y otra de perros. Las carreras de caballos han llevado á los altos de la Castellana lujosos trenes. Los aristócratas y los burgueses ricos triunfan y se divierten, sin importárseles un ardite de las reclamaciones obreras. Los republicanos han triunfado en muchas poblaciones de España en las últimas elecciones municipales. En Madrid vamos á tener de Concejal á Chies, famoso por su furor anti-cristiano. ¿Qué capilla se propondrá derribar? D. Ramón Nocedal ha resultado un buen orador parlamentario. Ha discutido con Silvela sobre si está muerto ó no está muerto el partido conservador: Silvela ha respondido que el muerto es Nocedal. Así van las cosas, y así vamos pasando la vida en este pícaro mundo.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES

GRABADOS

Bellas artes.—La sagrada familia, por Bartolomé Esteban Murillo.—(Pág. 137.)

No hay aquí para qué ponderar el extraordinario mérito del pintor insigne que comparte con Velázquez el principado de la pintura española. Murillo, como artista, es un gigante, un coloso; mas popular aún que Velázquez por la índole de los asuntos que trató, por la fecundidad de su pincel y por la circunstancia de haberse vulgarizado sus obras en monasterios é iglesias mucho antes que las del autor de *Los Borrachos*, pintor de cámara, cuyos cuadros estuvieron durante siglos encerrados en los palacios reales, inaccesibles á la muchedumbre.

Fué Murillo muy variado en su producción: si en algunas obras llevó el idealismo hasta un verdadero simbolismo religioso, en otras se manifestó realista de buena ley, aunque siempre bello y acabado en todo.

La Sagrada familia es un cuadro realista. El gran pintor concibió el interior doméstico de Nazareth de un modo enteramente humano; es el cuadro de la santa humanidad de Jesucristo. San José y la Virgen María aparecen como bonísimos padres de familia; nuestro adorable Redentor como un gracioso niño. Velada resulta la Divinidad bajo esas formas tan puramente humanas, tan sencillamente familiares.

Para un racionalista ó para un infiel, *La Sagrada familia*, de Murillo, no es más que un cuadro de género. Pero para un cristiano, ¡qué misterios tan hondos, qué prodigios de misericordia divina no deja entrever ese admirable lienzo! Ese niño que juega graciosamente con un perrito, es el Criador del cielo y de la tierra, el que sustenta con su providencia infinita los mundos que ruedan por los espacios. Es Dios, y por amor al hombre se hizo hombre, y vino á salvarnos, ofreciéndose en holocausto por el linaje humano.

D. Francisco Javier García Rodrigo.—(Página 140.)

(Véase la biografía que va en el presente número.)

Emigrantes italianos.—(Pág. 141.)

Con ser tan grande la emigración española á las Repúblicas sud-americanas, aún es más considerable la italiana. Aldeas enteras se despueblan, y los infelices campesinos se dirigen á bandadas á los puertos del Mediterráneo para embarcarse en alguno de esos falansterios flotantes que cruzan el Océano con rumbo á Montevideo ó Buenos Aires.

El Vesubio.—(Vistas.)—(Páginas 144 y 145.)

El temible vecino de Nápoles, el verdugo de Pompeya y Herculano, es hoy uno de los puntos de Italia que ningun viajero deja de visitar, y realmente merecen ser visitados. «Su base—dice Pedro A. de Alarcón—es de lava, su cúspide de ceniza, su corazón de fuego.» Hoy se sube á la cumbre del coloso por un ferrocarril. Nuestro grabado representa varios aspectos del gigante que caracteriza á la Magna Grecia, á la encantadora Nápoles.

Un concierto.—(Pág. 148.)

No es en el vasto salón de un teatro ni aun de un palacio en donde se verifica el concierto que reune en dulce intimidad á los miembros de la familia. Es en el gabinete de la casa; el concierto es improvisado. Creemos que el cuadro resulta bien apuntado y con cierta gracia de composición.

Isla de Mallorca.—El torrente de Pollensa. (Pág. 149.)

La isla de Mallorca es una de las comarcas del globo en que la naturaleza ha reunido mayores bellezas y muestra más espléndido atavío de galas. Sus paisajes son de una hermosura encantadora. El que hoy presentamos á nuestros lectores es seguramente de lo más romántico y original que cabe.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso. (Segunda quincena de Mayo.)

16. Sáb. S. Juan Nepomuceno, mártir, y San Ubaldo, obispo.—*Ayuno con abstinencia de carne.—Indulgencia plenaria* hoy y los ocho días siguientes, como en 1.º de Enero.

17. Dom. de *Pentecostés*.—S. Pascual Bailón confesor.

18. Lun. S. Félix de Cantalicio.

19. Mart. S. Pedro Celestino, Papa, S. Pudente y su hija Santa Pudenciana.

20. Miér. S. Bernardino de Sena y Santa Basilisa, mártir.—*Ayuno.—Témpora.—Indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero.

21. Juev. Santa María del Socorro.—*Puede sacarse ánima.*

22. Vier. Santa Rita de Casia, viuda, Santa Julia y Santa Quiteria, mártires.—*Ayuno.—Témpora. Indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero.

23. Sáb. La Aparición de Santiago Apóstol, y el Beato Andrés Bobola, de la Compañía de Jesús, mártir.—*Ayuno.—Témpora.—Ordenes.—Anima.—Indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero.

24. Dom. I después de Pentecostés.—*La Santísima Trinidad*, S. Robustiano, mártir, y el Beato Juan de Prado, mártir franciscano.

25. Lun. S. Gregorio VII y S. Urbano, Papas, y Santa María Magdalena de Pazzis.

26. Mart. S. Felipe Neri, fundador.

27. Miér. S. Juan, Papa y mártir.

28. Juev. FIESTA ENTERA.—*Sanctissimum Corpus Christi*, y S. Justo, obispo.

29. Vier. S. Maximino, obispo de Tréveris.

30. Sáb. S. Fernando, rey de España.

31. Dom. II después de Pentecostés.—Nuestra Señora, Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, y Santa Petronila, virgen.

Las Cuarenta Horas.

16, 17, 18. Oratorio del Espíritu Santo.
19, 20. Iglesia del Carmen Calzado.
21, 22. Religiosas de Santa Isabel.
23, 24. Religiosas Trinitarias.
25, 26. Parroquia de San Ginés.
27, 28. Religiosas Jerónimas del *Corpus Christi* (vulgo Carboneras).
29, 30. Religiosas Salesas (calle de San Bernardo).
31. Religiosas del Santísimo Sacramento.

†

Rogamos encarecidamente á nuestros lectores que encomienden á Dios á la Sra. Viuda de Izquierdo, madre de nuestro queridísimo amigo el cristiano y entendido médico D. Pedro Izquierdo, que ha muerto en esta Corte, en la paz del Señor y después de haber alcanzado una edad avanzadísima. Era la Sra. Viuda de Izquierdo una verdadera y fervorosísima católica; ya tan anciana, y con los achaques propios de su edad, no dejaba ni un solo día de asistir al sacrificio de la Misa.—Q. E. P. D.

J. F.

DON FRANCISCO GARCÍA RODRIGO

Nació D. Francisco Javier García Rodrigo y García Sáez el día 16 de Noviembre de 1816 en la villa de Valverde del Júcar, provincia de Cuenca, donde su padre, el sabio Profesor de Ciencias exactas y naturales y luego distinguido miembro del Cuerpo de Ingenieros de Minas (en el que llegó hasta desempeñar el cargo de Inspector General), residía accidentalmente, obligado por las convicciones políticas que honradamente profesaba, no muy conformes con las que en aquella época dominaban.

Educado D. Francisco Javier desde los primeros años, por su ejemplar y virtuosa madre, en los sanos principios religiosos, apenas cumplidos los ocho de su edad, y habiendo desaparecido las causas que motivaran la ausencia de su familia de la Corte, regresó á ésta, empezando sus estudios de Filosofía en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, de donde tantos preclaros varones salieron; hasta que decretada la clausura de Universidades y Colegios, tuvo que pasar á continuar sus estudios de Humanidades al acreditado establecimiento de Eguilaz, donde con el mismo extraordinario aprovechamiento que desde un principio demostró, se hizo acreedor á un premio extraordinario de la Comisión de Instrucción pública, ante la cual leyó una notable Memoria sobre un punto de Filosofía, que por

acuerdo de dicha Comisión fué impresa y repartida con profusión.

Abiertos de nuevo los Centros universitarios, don Francisco Javier, que encontraba estrecho el recinto de un Colegio particular, donde el reducido número de alumnos ponía límite á su ardiente deseo de avanzar más y más en el campo de los conocimientos filosóficos, se trasladó á la Universidad de Alcalá, donde desde el primer día, y á pesar del rigorismo escolástico con que allí se cursaba, ocupó el primer puesto en todas las clases, conquistándose por su extraordinaria aplicación la confianza y distinción más absoluta de sus maestros, hasta el extremo de haber llegado el caso, en aquel período de su vida, de ser eximido por el claustro de la obligación de sufrir examen, por ser evidente y constar á todos su gran suficiencia en las materias cursadas.

Tan relevantes cualidades y vocación tan decidida por parte de D. Francisco Javier hacía estudios tan difíciles cual son los de Filosofía, sugirieron á su virtuosa madre la idea de inclinar su decisión hacia la carrera eclesiástica, bastando una ligera indicación para que tan excelente hijo sacrificara sus aficiones y deseos de emprender los estudios en que su padre había sobresalido, y se pusiese en camino con dirección á Tortosa, de cuya Diócesis era Obispo un tío suyo, para encerrarse en el Seminario conciliar, en el que desempeñaba una cátedra su hermano D. José, Canónigo que había sido y Gobernador eclesiástico á la sazón.

No desmintió el joven Seminarista la fama de aprovechado y estudioso de que iba precedido, haciéndose bien pronto el preferido de sus maestros, y captándose el cariño y afición del Prelado, que frecuentemente lo tenía á su lado.

Transcurría felizmente el tiempo para D. Francisco Javier, tranquilo y contento por haber complacido á su santa madre en la elección de carrera; y sus progresos en el estudio de la Teología le abrían de día en día la confianza de todos cuantos le rodeaban; extremándose de tal modo la simpatía y afecto que por él sentía el Diocesano que, llamándole un día á sus habitaciones particulares, le confió el encarço de su Secretaría particular.

La circunstancia de haber descubierto el entonces Obispo de Tortosa, D. Víctor García Sáez, durante el tiempo que desempeñó el Ministerio de Estado, importantes secretos de la Masonería, fué causa de que sufriera terrible persecución como supuesto adicto á la causa del Pretendiente D. Carlos, cuando empezaron á iniciarse los signos precursores de la primera guerra civil.

Los efectos de esta persecución no podían menos de sentirlos las personas allegadas al Prelado, por lo que D. Francisco Javier y su hermano el Gobernador eclesiástico hubieron de aconsejar á su ilustre tío abandonase aquella población y marchase donde pudiera estar á salvo de la ira de sus enemigos. Así lo hicieron, y después de recorrer algunos puntos de Aragón, fueron á instalarse á la ciudad de Sigüenza, donde se encontraron con tan alarmantes noticias para la seguridad del Obispo, que éste se vió precisado á vivir oculto en la planta baja de la casa de un amigo, donde al poco tiempo murió, víctima de una enfermedad adquirida en su peregrinación, teniendo constantemente á su lado al que en las amarguras y tribulaciones había sido su consuelo, á su amadísimo Javier.

Solo ya el joven Seminarista, volvió al lado de sus idolatrados padres, continuando sus estudios de Facultad en la Universidad de Madrid, recientemente establecida; no pudiéndose ordenar por haberse suspendido en aquella época el conferir Órdenes sagradas, á causa de lo cual emprendió con ahinco el estudio de las Ciencias exactas y naturales; persuadiendo á sus padres de que si bien había tenido la fuerza de voluntad suficiente para hacer hasta el final, siempre con nota de sobresaliente, una carrera tan difícil como la de Teología, no la tenía para dedicarse al Sacerdocio; y puesto que ya les había complacido en una parte muy principal sus deseos, les rogaba le permitieran dedicarse á otros estudios.

Cambiaron las circunstancias políticas, y calmados los ánimos de unos y otros, fué desapareciendo el encono de las persecuciones personales; ocasión que aprovechó don Francisco Javier para trasladarse á Sigüenza, y en unión del Cabildo, sacar el cadáver de su inolvidable tío (previas oportunas autorizaciones), que se encontraba depositado dentro de un baño de espíritu de vino, en la bóveda de la Catedral, y trasladándole á la Iglesia, se le dió en ella la sepultura que le correspondía.

Cumplido este sagrado deber, regresó á Madrid, donde tuvo ocasión de conocer y tratar á la familia del Sr. D. Damián Pérez, Médico de cámara del



DON FRANCISCO JAVIER GARCÍA RODRIGO

Rey D. Fernando VII, persona de grandes merecimientos, reconocido por todos como una de las primeras autoridades médicas, con cuya hija única, la señorita doña Juana Pérez Soldevilla, modelo de virtudes, y de relevantes cualidades y educación eminentemente cristiana, casó por el año de 1840.

No por esto dejó de prestar relevantes servicios á la Religión; sino que desde luego y muy joven todavía emprendió rudas campañas en periódicos y revistas católicas tan autorizadas como *La ciencia cristiana*, *La lectura católica*, *El averiguador universal* y otras, contra las impiedades y los errores del racionalismo; publicando más tarde y con el mismo objeto una obra de controversia intitulada *Los principios católicos ante la razón*, que con gran justicia fué elogiada por toda la prensa católica y política de aquel tiempo, mereciendo además ser recomendada por los *Boletines eclesiásticos* de diferentes Diócesis.

Poco tiempo después, y con objeto de deshacer el error que el vulgo tenía formado del Beato Jacobo de Gracia, escribió una historia minuciosa de su vida, cuya propiedad cedió generosamente á la Congregación del Santísimo Sacramento, que celebra su culto en el Oratorio del Caballero de Gracia. Pero la obra más importante de tan eximio autor, en la que ha reflejado su preclaro entendimiento, los profundos conocimientos filosóficos que posee y su acendrado amor y entusiasmo por la Religión, es la que en tres tomos, y con el título de *Verdadera historia de la Inquisición*, publicó en el año de 1877.

La sola aparición de esta obra produjo una revolución tal entre los detractores del Santo Tribunal, que no hubo ni uno solo capaz de contender sobre la materia con su autor, á pesar de esperar éste armado de toda suerte de argumentos, razones y datos históricos, en el palenque de la discusión.

Como inestimable premio de su ardor y de su fe en la defensa de nuestra sacrosanta Religión, recibió el Sr. García Rodrigo en aquella ocasión, juntamente con las felicitaciones y elogios de los españoles católicos y de la prensa nacional y extranjera, una cariñosísima carta del sabio Pontífice León XIII y su Bendición Apostólica.

El título de individuo de la Academia de los Quirites de Roma, buena prueba es del entusiasmo con que se recibían en Italia los trabajos literarios de este escritor.

Individuo del Cuerpo colegiado de Caballeros Hijos-Dalgo de la nobleza de Madrid desde 1856, el Sr. García Rodrigo prestó siempre á tan noble clase muchos y revelantes servicios; escribiendo y publicando en el año de 1884 una minuciosa, detallada y concienzuda historia de todas las hazañas, glorias y vicisitudes por que ha atravesado este nobilísimo Cuerpo desde su creación en tiempo de Alfonso VI hasta nuestros días, dando en ello una irrefutable prueba de su erudición histórica.

Intimamente enlazado por estrechos lazos de una verdadera y cariñosa amistad con el digno, pundonoroso y heroico general señor Marqués de Novaliches, Presidente del Cuerpo de la Nobleza, el señor García Rodrigo rehuyó siempre, declinando el honor en aras de su modestia, de recibir honores y gracias con que en repetidas ocasiones hubieran premiado la Reina Doña Isabel II y su augusto hijo D. Alfonso XII su acrisolada lealtad y relevantes cualidades.

La encomienda de número de la Real y distinguida Orden de Carlos III y la Gran Cruz de Isabel la Católica con que hizo empeño en demostrarle su afecto el Trono, son las únicas condecoraciones que adornan el pecho de este ferviente católico, entusiasta monárquico, eminente escritor y cumplido caballero.

Otra prueba de la gran consideración y estima en que se ha tenido siempre su nombre, la ofrece el hecho de figurar en aquel Ayuntamiento de Real orden formado en tiempo de Doña Isabel II por el Marqués de Torneros, Duque de Bacna, Sres. Madrazo, Ramírez y otros probos individuos, que tan feliz memoria dejó en el Municipio de Madrid.

Hoy, D. Francisco J. García Rodrigo, rodeado de su familia, con el aprecio de sus buenos y antiguos amigos y el respeto de todos, vive tranquilo y sufriendo con ejemplar resignación los achaques de su avanzada edad, dedicado á las prácticas religiosas, á los asuntos del Cuerpo colegiado de la Nobleza (cuya Secretaría general desempeña hace más de treinta años), y al fomento de los intereses de la escuela que en la parroquia de San Ildefonso sostiene la Asociación de Católicos.

R. G. R. N.

UN PASEO POR MALLORCA

Palma, Abril de 1891.

Mi querido amigo: Deseas conocer mi opinión acerca de este país y sus habitantes, y aunque temo que la entregues á los tórculos de la prensa, allá va, sin mistificaciones de ningún género y con la franqueza aragonesa que me caracteriza.



EMIGRANTES ITALIANOS

Ha escrito no sé quién, que le gustan extraordinariamente el suelo y cielo de esta hermosa isla; pero no lo comprendido entre aquél y éste, como si quisiera decir: «todo es bueno en Mallorca, menos los mallorquines:» injusticia contra la cual protesto, asegurando que tan buenos son los pájaros como el nido. Efectivamente, por regla general, son los mallorquines (descendientes de aquellos *gimnesios*) tan aficionados al uso de las pieles, que tendidas sobre sus espaldas á manera de manto llevan aún aquí los pastores, como hábiles en el manejo de la honda, naturalmente honrados, dulces, sencillos, de agrícolas y patriarcales costumbres, apegados á su terruño como la ostra á la roca, amantes en sumo grado de sus tradiciones patrias, franquicias, dialecto y costumbres piadosas como nadie, tímidos en público, decidores en el seno de la confianza, generosamente hospitalarios, con predisposición nada común para el cultivo de las bellas artes, inclinados al hogar doméstico y á la vida de familia, y entusiastas hasta la exageración de su verde isla. Todo, absolutamente todo lo tolera y lo perdona el mallorquín, menos que se desprecie á su patria ó se pongan en tela de juicio los méritos de su apreciable y risueña madre.

Y este afán, no disimulado, porque Mallorca guste á los forasteros, unido á su excelente índole, les induce á obsequiar sin medida á cuantos desembarcan en Mallorca para que después se hagan lenguas en el Continente de esta perla del Mediterráneo. El mallorquín legítimo de raza, sobre tan delicado particular no tolera bromas, ni alusiones, ni dudas, ni aun pasa por las reservas mentales; quiere á toda costa que se elogie su isla y no cesa hasta que lo consigue, lo cual sencillamente obtiene con sólo formular la clásica pregunta:

— ¿Cómo le gusta á usted Mallorca?—cuando á personas bien educadas y de gusto se dirige—porque

Mallorca sola se alaba
no es menester alabarla.

Efectivamente; cuando al romper el día sube el viajero sobre cubierta y al través de nieblas y penumbras, como sultana que despierta entre cendales de gasa, vislumbra la verde isla y avanza el vapor entre los cabos Cala, Figuera y Blanco, que á izquierda y derecha se divisan cerrando la bahía de Palma, que es una de las más hermosas y apacibles del mundo, imagínase que continúa aún tendido en litera incómoda y angosta, y que el espectáculo que surge ante sus ojos atónitos de entre las azules ondas, más que realidad visible y objetiva, es imagen soñada y subjetiva, producto de fantasía arrullada por las caricias de Morfeo. Pero no; la niebla se disipa, la luz y los primeros áureos rayos solares apodéranse del horizonte sensible, acentúanse las líneas, avanza el vapor bahía adentro y el curioso observador recuerda involuntariamente otro panorama semejante y único en el mundo, en el golfo de Nápoles, con la ventaja para las aguas de Palma de que el ojo las domina y abarca de golpe, y se detiene, se complace y se extasía en la contemplación de multitud de risueños detalles. Primeramente, y á mano izquierda, las obscuras moles del castillo de San Carlos, la torre del Señal, el erguido faro y Portopí, cerrado en otro tiempo por férrea cadena y abierto y abandonado hoy de toda clase de barcos; después la villita veraniega llamada el Terreno, con sus innumerables casas de campo, cuyas siluetas y recortes proyectan sobre el fondo de verdura perenne de la montaña: unas, la figura de castillos meridionales; otras, la de sibaríticos palacios modernos; ésta, la de *chalet* suizo con sus veletas, miradores y filigranas; aquélla, la de alquería española con pesados balcones de hierro y persianas verdes; y todas, como el vanidoso Narciso, se miran en los cristales de la costa; luego el barrio de Santa Catalina, higiénico y obligado ensanche de Palma, con sus nuevos molinos de viento convertidos en palomares, lo mismo que los viejos de la opuesta playa; y todo ello coronado por el viejo castillo de Bellver, que el rey D. Jaime II asentó sobre la cumbre de la colina y que, entre bosques de pinos, trae á la memoria los históricos recuerdos de Jovellanos y Lacy. En el fondo, y como dándose en ella un apretón de manos los dos frondosos brazos de la bahía, Palma con su Catedral, su Lonja, sus Palacios Real y Episcopal, los campanarios de sus muchas iglesias, los alminares de algunas de sus casas y su muralla de mar, semejante á Galatea desdeñosa, la de Gil Polo,

á la vora, vora del mar
hont vigila Mongó,

como dice Mossen Cinto Herdaguer en su *Cant de Mallorca*, engarzado en *La Atlántida*, Palma el blanco pie se moja en las ondas mediterráneas y contempla en el espejo de las aguas las agujas, estribos, arbotantes y botareles de su Catedral soberbia, y las almenas de sus castillos palacios, precia

da y hermosísima corona que la autoriza para levantar erguida la frente hasta el cielo mismo, extendiendo á la vez sobre el transparente abismo el cetro de los mares. Sólido y hermoso muelle, que arranca como de los fundamentos del Real Palacio, cierra con el brazo izquierdo de la bahía uno de los puertos más seguros, cómodos y de menos pretensiones del Mediterráneo. Por último, á la derecha, primero Palma, que desciende de la altura y, saltando la muralla de mar, ensánchase tímidamente hasta los viejos molinares; luego la playa del arenal, como trazada á compás en forma de arco de circunferencia; y, en fin, allá lejos, muy lejos, el cabo Blanco que, con la bahía, corta el panorama magnífico. Lo es tanto, que no me cansaba de admirarle desde la calle del Mirador ó la muralla de mar, contemplándole en sentido inverso: nada hay comparable á las vistas sobre la bahía que disfrutan los moradores de los Palacios Real y Episcopal y de algunas otras casas, no muchas, del Mediodía de Palma.

***

¿Qué puedo decirte ahora, y á vuela pluma, de la capital de las Baleares? Con más de 60.000 habitantes, calles estrechas, empinadas muchas para poner en comunicación la ciudad alta con la baja, tortuosas algunas, limpias y bien empedradas todas; con multitud de casas de piedra labrada, que exteriormente parecen ciudadelas ó fuertes, é interiormente palacios á la antigua española usanza; con sus zaguanes, patios ó vestíbulos anchurosos, frecuentemente rodeados de pórticos, por debajo de los cuales pueden rodar con holgura los carruajes; con sus arcos aplanados y ventrudas columnas; con sus escaleras góticas, de arena finísima alfombrada, que lucen rosetones circulares; con sus ajimeces árabes y atrevidos aleros en los tejados, que ostentan artesonados riquísimos; con sus muchas iglesias, campanarios y ex-conventos; con sus paseos á la moderna, como el Borne, que recuerda la Rambla de Barcelona, y la Ronda, que se parece á los *boulevares* franceses, Palma presenta un aspecto *sui generis*, que no puede confundirse con el de capital alguna del Continente. El forastero que la reconoce al azar imagínase unas veces transportado de repente á la ciudad medio-eval, alucinándole esta idea hasta el punto de oir el ruido de las tizonas que esgrimen dos fijo-dalgos en aquellas encrucijadas; los pasos de la ronda que se acerca y el grito de "¡favor al rey!"; parécele, otras, que recorre población morisca, sobre todo si tropieza con alguno de los poquísimos payeses, que visten aún zapato de cabretilla, semejante á la babucha árabe, calzas anchísimas parecidas al *sernal* de los turcos, chaquetilla griega con trencillas y alamares adornada, y sombrero de ala ancha; antójasele en otros casos, sobre todo si visita los comercios centrales ó pasea por el Borne, que se encuentra en capital moderna, llena de vida, de comodidades y de lujo; y experimenta á todas horas esa complacencia dulcísima que el *turista* siente cuando después de penoso viaje encuéntrase en presencia de cosa hasta entonces no vista y digna, sin embargo, de ser contemplada y admirada.

Predomina, no obstante, lo tradicional sobre tan antitético conjunto, porque los mallorquines son tradicionalistas finos, que defienden sus buenos usos, franquicias, fueros, costumbres y dialecto con el mismo amoroso entusiasmo con que á la sombra del árbol sagrado de Guernica los vascongados han defendido siempre sus fueros contra los atropellos tiránicos de miopes estadistas. Tan hondas raíces tiene la tradición en estos honrados terruños y nobles solares, libres hasta el día de la influencia destructora de guerras extranjeras y civiles, que cuando penetra el forastero en los palacios de la nobleza mallorquina, repítese la ilusión padecida en las encrucijadas callejeras; imagínase trasladado de súbito á los tiempos que pasaron, y espera que salga á recibirle algún pajecillo con dalmática y birrete, guerrero con cota de malla ó férrea armadura de los que acompañaron durante la Conquista en 1229 al primero de los Jaimes, ó hidalgo de aquellos que espada al cinto, jubón acuchillado ó gorguera al cuello tenían á grande honor el servicio de nuestros grandes, representación genuina de las glorias patrias. Porque llenos se ven estos anchurosos y severos salones, no de las baratijas y mobiliario sensual que caracteriza á nuestra afeminada época, sino de sillones de Moscovia, sillas de tijera, sitiales de altísimo respaldo, taburetes de brocado, mesas, arcas y arquimesas de cincelada labor, bufetes ó escritorios ricamente incrustados, camas imperiales, lienzos de pintores famosos, doradas cornucopias, arañas y lunas venecianas, riquísimos tapices de Flandes, artesonados severos y artísticos, vitelas y códices de tanto valor material como histórico, argentería repujada, armas y estofas medio-evales, lámparas y velones magníficos y, en suma, muebles de toda clase, telas, utensilios de cocina, bronces y porcelanas de abolengo. La tradición respírase y hasta se palpa en todos esos castillos, palacios y predios que coronan las alturas de la risueña costa, lo mismo que en las casas linajudas que ocultan sus timbres tradicionales y arquitectónicas bellezas en las estrechas y tortuosas calles de la capital.

Pero donde la tradición subyuga, sobre todo, al viajero tradicionalista, acostumbrado al ambiente nivelador, descreído y democrático de la Península, es en los usos y costumbres de los isleños mallorquines. En esta bendita tierra son todavía representantes genuinos de la autoridad divina los padres, reyes y señores, verdaderos patriarcas de su hogar: parte de esta dignidad augusta alcanza al hijo mayor, por antonomasia llamado el *heredero*, el cual, aunque se case, nunca abandona el hogar paterno, dando allí perpetuo ejemplo á sus hermanos, mujer é hijos de amor, respeto y obediencia al jefe de la familia. Antes de acostarse besa respetuosamente la mano de sus padres y éstos le bendicen cariñosamente, santiguando con toda religiosidad á su primogénito. Tradición piadosa es esta que se observa aún en no pocas casas de cristianos viejos mallorquines, hasta de la más encopetada nobleza, y que enternece y admira al viajero observador.

En el orden religioso impera también la tradición como en ningún otro, y buena prueba de ello son: el pintoresco traje del Bedel de la Catedral, las procesiones del Corpus con sus cruces características orladas de flores de cera, aquí llamadas *lladánies*, los cofrades de la Sangre de Cristo con caperuzas, ropones largos y percinta de plata, á usanza antigua, el carro triunfal de la Beata Catalina Tomás, los doce Presbíteros que, cuando pontifica, asisten siempre al señor Obispo de Mallorca, los doce Sacerdotes que con capas y cetros suben desde el coro al altar mayor y, en semicírculo majestuoso, alumbran al preste durante la elevación de la Hostia y del Cáliz y cantan luego aquel *Benedictus* imponente; la bendición de casas y haciendas que efectúan los Curas ó sus vicarios por Pascua de Resurrección, y que ha caído ya en desuso en el resto de España, las ceremonias todas eclesiásticas y hasta las distribuciones diarias que, por medio de los simbólicos plomos, se hacen *coram populo* al Cabildo, contra cuya costumbre antiquísima batalló inútilmente el Obispo Sr. Manso.

En el orden municipal reina igualmente la tradición con fuerza poderosa, como lo prueban la publicación de los bandos del Ayuntamiento por medio de una banda de tambores, con su director ó tambor mayor á la cabeza, acto para el cual lucen aún uniformes de la Edad Media los dependientes del Municipio; las fiestas callejeras con sus bailes de boleros y veladas con música; la feria de juguetes del Domingo de Ramos; las ferias de Santo Tomás; los añafiles y maceros que acompañan al Ayuntamiento cuando va de oficio; y sobre todo, la concordia grande que existe entre los dos Cabildos, el eclesiástico y el municipal, que se hace ostensible cuando el segundo asiste á las funciones solemnes del primero, pues nadie pasa por delante del Ayuntamiento sin hacer su correspondiente vénia ó inclinación de cabeza ante los ediles de Palma. Tienen también éstos su maestro de ceremonias, y es tan tradicional como curioso que el Ayuntamiento se mueva á compás, cumpliendo en el acto las órdenes del maestro de ceremonias, cuando dice á media voz:

—Excmo. señor, cortesía al Cabildo.

—Excmo. señor, de rodillas.

—Excmo. señor, fuera el guante de la mano derecha.

¿No es esto eminentemente tradicional, aunque los ediles sean á veces liberales, y hermoso en sumo grado?

La Iglesia y el Estado permanecen, pues, unidos con abrazo íntimo en el antiguo reino de Mallorca, y ¡ay de estas hermosas islas el día en que se rompa tan provechosa concordia!

***

Bien quisiera yo decirte algo, apuntarte algún detalle nada más de los principales monumentos arquitectónicos de Palma, tales como la Catedral, la Lonja, los palacios Real y Episcopal, las Casas Consistoriales, la Diputación provincial, el hermosísimo, aunque deteriorado, patio ojival de San Francisco, en presidio hoy día convertido, las iglesias de Santa Eulalia, San Felipe, Monte Sión, San Miguel, San Francisco, San Nicolás, etc., y las casas de Vivot, D. Salvador Morell, con sus restos de baños árabes, Montenegro, Ayamans, Reguer, San Simón, Gual de Torrella, Villalonga, Zaforteza, Morell y Bellet, y tantos otros cuyos nombres no recuerdo, pero cuyas atenciones y obsequios no se borrarán nunca de mi corazón; mas semejante tarea me obligaría á escribir un libro en vez de una carta, que va resultando ya, por lo larga y deslavazada, insoportable.

La Catedral merece, sin embargo, algunas líneas, no de descripción detallada (que puede leerse en *Recuerdos y Bellezas de España*, tomo *Mallorca*, por Piferrer, obra recientemente corregida, anotada, completada y casi redactada de nuevo con mérito superior y grandes ventajas por el tan sabio como piadoso historiador D. José María Quadrado), sino de impresiones personales, pues es fábrica tan grandiosa, que no me canso de mirarla y admirarla. Aunque construída en la orilla del mar, sobre una altura, domina cuanto la rodea y se divisa desde todas partes, sobreponiéndose al mismo Real Alcázar con sus muros torreados como corresponde al palacio del Rey de reyes y Señor de los que dominan. En el lado que mira el Mediodía, que es donde se abre la puerta riquísima del Mirador, joya de estilo gótico bastante por sí sola para inmortalizar á un arquitecto, abundan tanto los botareles piramidales y arbotantes, que vista á distancia y desde el mar complácese la imaginación en suponer que todas aquellas líneas y recortes componen un bosquecillo de agujas, cresterías, estatuas y filigranas superiores á los de las Catedrales de Burgos, León, Milán, Nuestra Señora de París, Toledo, etc.; pero no, precisamente la grandiosidad severa es la nota característica de la Catedral de Palma. Aquellas tres naves anchas, largas y altísimas, cuyas nervudas bóvedas descansan sobre siete pares de pilares atrevidísimos por lo extraordinariamente delgados

y altos, y que casi se pierden de vista á lo alto, compitiendo con las mismas nubes, y á lo largo, no reuniéndose en ábside único detrás del presbiterio, sino terminando lejos, muy lejos, en otras tantas capillas, no solamente admiran y asombran al que por primera vez penetra en aquel inmenso recinto, cerrado por montes de piedra, fría y desnuda de todo adorno, sino que le atenúan, obligándole á mirar hacia arriba y en torno, como si temiese que el coloso cediera á su incalculable pesadumbre, se cuartease, oscilara sobre sus cimientos y cayese con estrépito, aplastando al infeliz que osa penetrar aquellos misterios arquitectónicos.

Aunque el conjunto se sobrepone á todo y obscurece los detalles, no son pocos los que merecen la inspección atenta del viajero, alguno de los cuales más importantes apunto á continuación:

El humilde sarcófago de mármol del país, erigido por orden de Carlos III en el centro de la capilla Real, que es la mayor, al Rey D. Jaime II de Mallorca, cuya momia, engalanada con sencillo traje de su época cuando Doña Isabel II visitó las Baleares, puede ver, en caja modestísima acristalada, todo el que á los sacristanes de la Catedral se dirija.

Los ricos tapices, recientemente restaurados en Madrid por 60.000 reales, que adornan el presbiterio, y en especial aquellos cuatro paños de los Evangelistas primorosamente bordados.

El trasaltar y capilla de la Santísima Trinidad, que, según los inteligentes, componían el altar mayor primitivo, más adecuado y de más mérito indudablemente que el actual, por lo que se intenta su restauración y reinstalación en el lugar que le corresponde.

El grandioso púlpito del lado de la epístola y el más delicado del lado del evangelio, de piedra tallada ambos, que flanquean las esquinas anteriores y exteriores del coro.

La sillería de éste, profusa y delicadamente tallada en nogal, con ciertas figurillas demasiado desnudas á veces.

En la capilla de San Jerónimo el panteón de don Pedro Caro y Sureda, erigido *por la Patria reconocida al General Marqués de la Romana* y en virtud de haberlo *decretado así las Cortes generales y extraordinarias de Cádiz á 8 de Marzo de 1811*, según puede leerse en una lápida circular del basamento, obra grandiosa y artística, en blanco mármol de Carrara, que parece arrancada del moderno cementerio de Génova y desdice del tono y color característicos de la Catedral mallorquina.

La bien proporcionada, antigua y gótica sala capitular, en cuyo centro cuatro leones de piedra sostienen el sepulcro, con estatua yacente, de don Gil Sánchez Muñoz, y de cuya bóveda pende aún el sombrero del Prelado. Recinto es éste que aviva importantes recuerdos históricos y ha dado origen á la invención de cierta anecdotilla muy divulgada entre los palmesanos.

Sabido es que Pedro de Luna, elegido Papa con el nombre de Benedicto XIII, tan persuadido estuvo siempre de su incuestionable derecho á ocupar la Sede Pontificia, que, al morir en 29 de Noviembre de 1424, mandó elegir otro Papa á los dos únicos Cardenales que le seguían, conminándoles con la maldición divina si así no lo hicieren. Cumplieron la voluntad del difunto y, reunidos en cónclave, eligieron á un Canónigo de Barcelona, natural de Teruel, llamado D. Gil Sánchez Muñoz, que tomó el nombre de Clemente VIII. Para la extinción de cisma tan pernicioso, el PapaMartín V envió á Aragón, con el carácter de Legado, al Cardenal de Foix, y entre el Rey y el Legado decidieron á don Gil á que renunciase sus derechos. Quiso hacerlo con toda solemnidad; ocupó el trono, declaró que renunciaba voluntariamente el Pontificado y advirtió á sus Cardenales que podían proceder á nueva elección, lo cual hicieron éstos en 26 de Julio de 1429, eligiendo en el acto á Otón Colonna, ó sea á Martín V, el cual recompensó á D. Gil Sánchez Muñoz, nombrándole Obispo de Mallorca. Falleció en 26 de Diciembre de 1447, tan llorado por el pueblo como temido por el Cabildo, según conseja muy divulgada, y sus restos mortales descansan en la citada sala capitular; pero su cabeza, perfectamente momificada, y hasta con mechones de pelo aún, puede verse en el aula que el antiguo Capítulo de Beneficiados de la Catedral de Teruel conserva todavía en la calle del Seminario, en donde ha sido depositada por los Barones de Escriche, á cuya ilustre familia turolense pertenecía el famoso Obispo. El cual, según dicen los palmesanos, hizo colgar del techo su sombrero para que, aun después de muerto, presidiese las juntas capitulares y temblase ante sus restos el Cabildo de Palma.

Por último, entre otros mil detalles arquitectónicos ó escultóricos, alhajas y recuerdos que sería prolijo apuntar, contemple el viajero en la sacristía la riquísima custodia gótica con viril orlado de brillantes, y en sus estuches, tras el altar mayor, los suntuosos candelabros de plata de siete mecheros, que merecían llevar el nombre de Benvenuto Cellini, dos veces rescatados por el Cabildo, y cuya plata, prescindiendo de la admirable labor artística, sólo por su peso, vale 6.000 duros, segun me dijeron.

Pero no dejemos la soberbia Catedral de Palma sin contemplar otra vez aquellas tres naves tan altas y atrevidas que interrumpe el coro, y sin que nopese, como á Piferrer «que delicados boceles no guarnezcan sus pilares octágonos, que brillantes vidrieras no reemplacen á las feas tapias de sus esbeltas ventanas, y que en la pared del frontis un rosetón calado no arroje pintada lumbre en la nave del centro, compitiendo con la que mística y templada entra por el del otro extremo.»

***

Es inútil que te advierta, querido amigo, que cuando á Mallorca vengas no salgas de Palma sin detenerte por lo menos un cuarto de hora: primero, ante aquellas seis delgadas columnas, sin bases ni capiteles, pero de retorcidos nervios que suben á la altura, se encorvan graciosamente y en las bóvedas de la Lonja se pierden como si fuesen otras tantas palmeras que entrecruzan sus ramas y tienden magnífica techumbre sobre aquel salón partido en tres naves á lo largo y cuatro á lo ancho; después, ante el modestísimo sepulcro gótico que detrás del altar mayor de San Francisco, en una de las capillas de la izquierda, contiene los restos mortales del celebérrimo beato Ramón Lull, cuyas glorias tan elocuentemente cantó no ha mucho desde el púlpito mi ilustre amigo el Provisor y Vicario general de aquel Obispado D. Enrique Reig y Casanova; y, por último, ante el cuerpo de la Beata Catalina Tomás, la Virgen de Valldemossa, en cuyo honor el inspirado vate mallorquín de altísimos vuelos, D. Miguel Costa y Llobera, compuso en 1874 esta y otras estrofas:

¡Oh Verge, qu'habitas
Vergers eternals,
La vall ahont plorares
No oblidis jamay!
Inclina á la terra
Tos ulls de bondat,
Veurás l' Illa hermosa
La perla del mar,
Qu'humil te consagra,
Al peu dels altars,
Los cors que suspiran
Ton nom venerat.....
La vall ahont nasqueres
No oblidis jamay,
Floreta nostra
De lliri blanch!

M. POLO Y PEYROLÓN

(Se continuará.)

ALBUM DE POESÍAS

UNA MADRE

Va vertiendo en su carrera
Siniestro fulgor la luna,
Que ya apenada, ya austera,
Brilla en la azulada esfera,
Riélando en la laguna.

—

Y ora cubriendo su faz
De nubes, como de un velo,
O rompiéndolas audaz,
Parece que va fugaz
Corriendo de nuestro cielo.

—

A miedo el alma sujeta
Por su rayo entristecido;
Y tanto á una madre inquieta,
Cual si la negra silueta
Mirara de algún bandido.

—

Y como todo un tesoro
La madre oculta en la cuna
Con amor y con decoro
En un niño como el oro,
Corre á guardar su fortuna.

—

Y mientra entorna risueño
Los ojos el niño inerme,
De la madre se hace dueño
Presagio de duro ceño
Y besa al hijo que duerme.

—

Y al darle el beso, la tierra
Se revuelve cual leona,
Que herida en la áspera sierra
Con su bramido de guerra
Su rabia y su mal pregona.

—

Mas antes que la explosión
De horror al mundo taladre,
Se estremece el corazón
Y á Dios pide compasión,
Cubriendo al niño, su madre.

—

Y rueda el carro en que estalla
De Dios la furia potente;
El fuego interno batalla
Por salirse y avasalla
Al valor su fuerza ingente.

—

A tan fuerte sacudida
Del titán que ruge preso,
El muro y la torre erguida
Retiemblan, y en su caída
Llevan la muerte en su peso.

—

En tanto sobre la cuna,
Cubriendo al niño que llora,
Está la madre que admira
La palidez de la luna
Con lo incierto de la aurora.

—

Extendidos sus cabellos
Con sus brazos se entrelazan;
Rubios como los destellos
Del sol, parece que ellos
Al niño también abrazan.

—

De pena la madre loca
Se olvida de su existencia
Por el hijo, y en la boca
El alma, con ella toca
La boca de la inocencia.

—

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS - BIBLIOTECA - GRANADA

EL VESUBIO (VISTAS)

Palpita su corazón
Con tal violencia y afán,
Que hay en él más convulsión,
Más lucha y agitación
Que tiene dentro el volcán.

—

Desplómase la desierta
Casa al fragor explosivo,
Y sobre la madre acierta,
Que cae en la cuna muerta;
Pero..... su niño está vivo.

—

Y ella al dejarse la escoria
Del cuerpo, medrosa y tarda,
Como laurel de victoria,
Un beso sintió de gloria
Del ángel que al niño guarda.

—

La madre fuese volando
Del cielo glorioso en pos;
Pero muy luego bajando,
Quedó á su niño velando
En la presencia de Dios.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA

LA VUELTA Á LA PATRIA

(FANTASÍA NOCTURNA)

Aquí estamos otra vez. Cádiz es de nuevo para mí un recuerdo querido. ¡Un recuerdo indeleble que no alcanzarán á borrar ni el tiempo, ni la distancia, ni la vicisitudes de la vida!

¡Oh.....! Yo tengo mucho que escribir sobre mi último viaje á Cádiz..... ¡Aquella emoción profunda de la llegada.....! ¡Aquel aparecer de la ciudad querida, tan esperado; pero sin embargo tan imprevisto, tan rápido, tan violento..... Yo me figuraba más largo el camino..... Yo creía que no iba á llegar tan pronto el desenlance..... Ya era de noche, una espléndida noche de primavera, digna de verano.... (Del verano de Castilla, quiero decir; porque de la primavera andaluza tenía perdida la noción).... Allá arriba brillaban innumerables las estrellas; allá lejos se perdían los confines del horizonte con los del mar. ¡Y tambien en el mar había estrellas....! ¡Aquellas misteriosas lucecitas de los barcos que para mi alma de niño tuvieron todo el encanto de lo inefable desconocido..... Pero Cádiz ¿dónde está? Todavía falta; el arrecife es interminable..... A ver, á ver..... Y he aquí que Cádiz surge, sobre sus murallas de granito como un ídolo sobre su pedestal;.... no, no era ilusión..... Cádiz existía..... Mis recuerdos eran verdad..... Cuando yo me muera y entre en el cielo, experimentaré una emoción semejante; también entonces me diré: era verdad, no tenían razón mis amigos racionalistas.....

Ahí está Cádiz; esa es la muralla, ese es el barrio de Santa María, ese es Santo Domingo: ahí está la efigie venerable que venía en otro tiempo con la flota de América..... El revés de la Fábrica de Tabacos..... Y ¡cómo brillan las casas con su reluciente capa de cal!.... ¡Si parece una ciudad de mármol blanco!.... Trás, que ya estamos en la estación..... Ea, fuera, al muelle..... Quitémonos el sombrero, que estos son los patronos..... Entremos por Puerta de mar. ¡Qué hermosa es la plaza de San Juan de Dios, y qué estrecha la calle Nueva!.... Yo me la figuraba más ancha..... Pues ¡y la de San Francisco....! ¡Oh, qué bonitos juguetes son estas calles de Cádiz!

***

Tengo que suprimir mucho en este artículo que no quiere ser cuadro, sino simple boceto de mal trazadas líneas y confusas impresiones ó manchas de color. Por lo pronto suprimo las gallardas muestras de amistad recibidas en la misma noche de mi llegada, y cuya cuenta no es de las que se saldan con artículos. Doblemos la hoja, y son ya las doce de la noche.....

Dos amigos me acompañan hasta la puerta de mi casa..... Temen que me pierda en una ciudad que ya para mí debe de ser desconocida..... ¡En una ciudad en que hace tiempo que tengo yo perdidos la memoria y el corazón!

Me dejo conducir. Digo que tengo sueño, y los amigos me despiden en el portal, digo mal, en la *casa-puerta*, pues es preciso que las cosas se digan por su nombre. Yo espero que se marchen, y ahora es la mía, pienso.

Y vuelvo á salir á la calle, y vago y vago por los estrechos corredores y pasadizos de la dormida ciudad. Todo reposa; sólo de vez en cuando, por las entreabiertas ventanas de algunas casas salen confusas, pero elocuentes voces, reveladoras de la bacanal nocturna..... Más arriba, en una calle como todas, larga, derecha y angosta, pero más que ninguna solitaria, *pelan la pava unos novios*..... Ella es una sombra que se condensa en el extremo de un balcón entre otras sombras que deben ser macetas..... El está plantado en medio de la calle en una actitud digna, dramática, estatuaria..... El rumor del diálogo es cristalino y susurrante como el de un arroyo.....

He aquí, me digo, una familia del porvenir que ahora se está dibujando, entre las sombras augustas de una noche primaveral, por el lápiz de la esperanza sobre el fondo mágico del amor..... ¡Oh eternidad de los afectos contrastando con la rápida sucesión de las cosas y de las generaciones! Hace mucho tiempo para mí, nada para la humanidad, que mis abuelos y mis bisabuelos cuchichearían en noches espléndidas como estas, como cuchichean estos ahora..... Y se dirían: ¿Me querrás siempre? Siempre..... El tiempo sólo ha dado un paso, y ya es todo polvo y cenizas..... ¿Quién dijo tiempo? ¡Vanidad de vanidades, y todo es vanidad!

***

Ahí está, sí, es la Catedral. ¡Qué imponente aparece su mole de piedra, sus torres gallardas! Yo he visto muchas Catedrales; algunas dicen que son de más mérito que ésta..... Pero eran las catedrales *de ellos, de otros*, y esta es *mi Catedral*..... Es mía, porque fué la primera que yo ví en el mundo; porque bajo sus bóvedas comprendí ó empecé á comprender la grandeza sobrenatural del Cristianismo, y la grandeza también sobrenatural del arte como expresión simbólica de las ideas sublimes..... Es mía, porque de su cátedra bajaron á mi entendimiento, entre las ráfagas de fuego de la elocuencia, los conceptos más puros que luego han servido de faros permanentes, inextinguibles, para orientarme en las noches obscuras, tempestuosas, que el espíritu del siglo desata en todas las almas..... Es mía, porque allí me dijeron que mi alma era inmortal; porque allí me enseñaron á orar y á esperar..... ¡Bendita Catedral.....!

***

Un reloj, no sé de dónde, da pausadas y sonoras, dos campanadas..... La noche sigue tan majestuosamente serena como empezó..... La ciudad dormida parece encantada: sus grandes casas, blancas como si fueran de nieve, despiden reflejos de plata que al combinarse con los rojizos de los faroles forman una como luminosa atmósfera de aurora, ténue, débil, muy desvanecida, que lo envuelve todo como una finísima gasa..... Allá lejos continúan cantando. Las voces de los *juerguistas* son ahora broncas, tienen algo de gritos salvajes, no armonizan con el silencio, sino que lo hieren y lo destrozan como afiladas hojas de puñal..... Pero ahí estan los novios todavía en la misma situación respectiva que antes. ¿Los sorprenderá así el alba? ¿Creerá ella como Julieta que todavía es de noche cuando el sol inunda las calles?

***

No sé cómo he venido á parar á esta plaza..... Siento la embriaguez de sus perfumes..... Esta es Andalucía, esta es la primavera, estas son flores, y no las que yo compraba en Madrid, á duro el ramo á veces, para regalárselas á mis novias..... ¡Qué fragancia tan penetrante! Comprendo la escuela sevillana..... Un poeta que huele estas flores todas las primaveras, ¿cómo no ha de ser un poeta florido?

Pero ya amanece, y á las seis tengo que ir al Astillero..... Recojámonos.

ANGEL SALCEDO RUIZ.

TEATROS

Á VUELA PLUMA

La nota saliente de la quincena cómica, con irradiaciones á la pasada, ha sido, sin duda alguna, la polémica entablada entre un distinguido crítico y un apreciable artista, dirimida en las columnas de un periódico ilustrado, de gran circulación; polémica que, á Dios gracias, no ha tenido ulteriores consecuencias, pudiendo, por lo tanto, decirse: *all is coell that end's coell.*

Según de público se susurra, el crítico de que se trata, despechado por el mal éxito que obtuvo una de sus últimas producciones, si bien obedeciendo á deberes profesionales de todos reconocidos y respetados, creyó oportuno analizar con el escalpelo de la sana razón y del juicio más imparcial — pues del momento que así no fuera dejaría de ser crítico — las aptitudes artísticas de cierto actor dramático, simpático de suyo, pero sujeto, como es natural, al fallo de la opinión; pues á ella apela poniéndose en evidencia siempre que su carrera le obliga á ello, y, por consiguiente, al de los que la dirigen y encauzan, fiados en su experiencia y en su conocimiento de la materia.

El examen de sus merecimientos pareciòle al cómico aludido vapuleo inmerecido y fuera de lugar, y liándose la manta á la cabeza, escuchando tan sólo los consejos de la pasión, siempre en todas ocasiones malísima é interesada consejera, protestó de lo que él consideraba un atentado, valiéndose de los medios que á su alcance presentábanse.

Un tiroteo de dimes y diretes fué el natural resultado de tan desagradable contienda, en la que si bien el prestigio de la prensa no salió bien parado, dando lugar á que se pusiera en tela de juicio sus fallos, el de la escena rodó indudablemente por los suelos, pese á los inmejorables deseos de sus admiradores, bien escasos por cierto, en los tiempos que corren.

Extraña cosa, en verdad, es que los artistas se permitan alzar la voz cuando de ellos se trata en el terreno provechoso para ellos de la crítica, pues de ser así, y al sancionarse semejante procedimiento, haríase imposible el estudio de sus méritos ó el de la excelencia de sus aptitudes para las tablas.

Sabido es, y hasta por sabido huelga, que en la prensa existe, y ha existido siempre, cierta, al parecer, culpable indulgencia hacia aquellos que, unidos con lazos de amistad con los que en ésta militan,

han recabado para sí benévolos elogios, cuando sus facultades sólo el silencio y olvido merecían.

Y de ahí proviene que algunos actores se crezcan y lleguen á poseerse de su papel, hasta el punto de creer verdad lo que sólo era fruto de la natural simpatía, nacida al calor del roce continuo y del comercio íntimo de las relaciones sociales.

Sin embargo, nunca estará demás recordar á los enfatuados, que las obligaciones del crítico, ó de los que de ello se precien, con más ó menos merecimientos para el desempeño de tan delicada cuan enojosa carga, son tan estrechas é ineludibles, dado el respeto que el público se merece, que no pueden menos de apartarse de toda clase de miramientos para cumplir con lo que su conciencia les dicte, á trueque de violentar harto á menudo los impulsos del corazón, y atropellar las abrumadoras exigencias de amistades no interrumpidas.

Valerse, pues, de ciertas atenciones, moneda corriente en la sociedad en que vivimos; basarse en dedicatorias más ó menos fundadas, engallarse con elogios imprudentemente dispensados, es cosa demasiado nimia y pueril, para fundar sobre ellos el protocolo de una negociación que siempre ha de tener á los ojos del público ilustrado é imparcial resultados desastrosos.

Dígase lo que se quiera, y aunque mucho han variado los tiempos, de mediados de siglo acá, en cuanto á los cómicos se refiere, éstos tienen la obligación de acatar los juicios de la prensa y de respetar sus fallos; pues si bien en algunos casos fustiga, en la gran mayoría de ellos ensalza, con pecaminosa lenidad, sirviendo de escabel para que las medianías se remonten á las olímpicas alturas de la fama y á las no menos provechosas y positivas de la fortuna.

Por lo tanto, lo mejor será que si bien los encargados de la delicada misión de aquilatar los méritos de una obra y las aptitudes de sus intérpretes, deben hacer caso omiso de apasionamientos, que pueden achacarse á miras personalísimas é interesadas, lo mejor será que los artistas guarden el debido respeto á los que ejercen la crítica; en la inteligencia de que, en último caso, hay un juez por encima de todo y de todos, el público, el cual sabe dar á cada uno su merecido poniendo las cosas en su debido punto.

***

El escritor satírico de la generación pasada, el autor de la *Vida en un chaleco* y *Los políticos en camisa*, Director que fué en Cuba del periódico *El Moro Muza*, y aquí de *El Jeremías*, se ha visto sorprendido en su retiro de Zamora, donde descansa sobre sus laureles de pasados sinsabores y fatigas, por una carta de los Sres. Ramos Carrión y Vital Aza, en recurso de alzada, contra la especie considerada por ellos calumniosa de que *El rey que rabió* era fiel trasunto de una comedia francesa.

El caballeroso anciano, D. Juan Martínez Villergas, no ha vacilado un solo momento en dar cumplida contestación á los autores, contestación que á continuación se inserta por ser de quien es, y para que los padres de la *criatura* queden en el lugar que les corresponde.

«Sres: D. Miguel Ramos Carrión y D. Vital Aza:

Mis buenos amigos: Tengo el mayor gusto en contestar á la muy atenta de ustedes, que acabo de recibir, y lo haré con la ingenuidad que la justicia demanda.

En efecto, no una *opereta*, sino una *comedia* francesa, en varios actos, escrita poco después de la caída de Luis Felipe, bajo el título de *Un roi en vacances*, recuerdo haber leído y comenzado á traducir por entonces, trabajo que no pude acabar merced á las dificultades que ofrecían las políticas zozobras de aquel tiempo.

Pero, ¿es *El rey que rabió*, de ustedes, una traducción, un arreglo, una imitación, algo, en fin, que tenga conexión íntima con dicha comedia? Tal es el punto importante de la cuestión literaria que aquí se ha planteado y que conviene resolver para dar á cada cual lo que le corresponda.

Una y otra producción parten, es cierto, de la idea de disfrazarse los personajes que en ellas figuran como reyes, con el fin de guardar el verdadero incógnito en los viajes que emprenden por sus respectivos países, pero hasta el motivo determinante de tal resolución es distinto en ambas obras; pues en la de ustedes el jefe del Estado quiere abandonar temporalmente los goces de la corte por el aburrimiento que éstos le causan, mientras que el rey de la comedia francesa, como el título de ésta lo insinúa, se decide á recorrer su reino en tiempo de vacaciones para no ser menos que los funcionarios públicos, que de ellas suelen disfrutar en épocas determinadas.

Ahora, fuera de ese recurso del disfraz adoptado por los mencionados reyes para no ser conocidos de sus súbditos, pensamiento en que tan fácilmente pueden coincidir muchos autores sin que por eso deba lanzarse sobre ellos la acusación de plagiarios, nada de común encuentro entre el *Rey que rabió* y *Un roi en vacances*. Para que así lo comprenda todo el mundo diré: que el segundo de dichos reyes es casado y viaja con la reina, su esposa, disfrazada como él, naturalmente, sufriendo ambos con amargura las contrariedades con que en su excursión tropiezan, y mientras que el primero, que se halla soltero, y se prenda de una aldeanita, con la que á la postre se casa, lejos de experimentar mortificación alguna todo lo recibe con júbilo, hasta el trance, grandemente original, de tenerse que servir á sí mismo como soldado.

Resulta, por consiguiente, que en la obra francesa no hay amores, ni amantes celosos, ni perro, ni boda, ni nada de lo que ustedes han imaginado para la suya; y no prosigo, porque creo que lo dicho basta para demostrar que, aunque todos los monarcas, según la manera que de tratarse tienen, se hallan siempre ligados por los dulces vínculos del parentesco, entre *El rey que rabió* y *Un roi en vacances* ni siquiera existe lo que llamamos *aire de familia*.

Es cuanto tiene que decir á ustedes su amigo y s. s. q. b. s. m., *Juan M. Villergas*.»

s/c—5 de Mayo de 1891.

***

Teatro de la Comedia.—*La niña mimada*, comedia en tres actos y en verso, original de D. Miguel Echegaray. El teatro *semi-clásico* de la calle del Príncipe, donde generalmente tienen acogida las mejores obras dramáticas, si no originales siempre importadas de allende los Pirineos, que para el caso es igual, ha tenido también en estos últimos días, si no un fracaso, por lo menos un éxito mediano, que en un autor de la talla del Sr. Echegaray se puede considerar como un mal paso.

Aparte del conjunto de inmoralidades, que como es sabido, constituyen generalmente toda la *gracia* de muchas obras de las que ahora se estilan, tiene la última del Sr. Echegaray un fondo de inverosimilitud tan grande como falto de lógica. Todos los personajes que en ella desfilan parece que están dejados, no ya de la mano de Dios, sino de la del autor, que en otras ocasiones ha regocijado al público. Tal es su manera de proceder, rayana en la tontería.

Conque procure el Sr. Echegaray requerir su buena fama, lo cual le será fácil trabajando con *amore* y no dejándose llevar del afán de *producir*.

***

Apolo.—*El Sr. Luis el tumbón, ó despacho de huevos frescos*, sainete lírico en un acto, letra de don Ricardo de la Vega y música del maestro Barbieri.

El doble é incoherente título del sainete hacía ya presumir la paternidad del renombrado autor de *Pepa la frescachona, ó el colegial desenvuelto*, y por consiguiente los revendedores hicieron su Agosto en la noche del estreno.

Pero en honor de la verdad, los revendedores son los que más han ganado en tal sainete. Ni el público encontró en la nueva obra las excelencias á que le tiene acostumbrado el Sr. Vega, ni le ha de proporcionar á éste los dorados laureles que como excelente sainetero ha obtenido en otras producciones.

Por lo visto, en estos desdichados tiempos para el arte dramático, ni las primeras figuras se libran de la maléfica influencia.

***

Príncipe Alfonso.—*Aída*.—A propósito hemos dejado para el final la nota más agradable de la última quincena en asuntos teatrales.

Si en la *season* invernal la ópera es manjar que solamente pueden saborear las personas que hacen del Teatro Real centro aristocrático de reunión, la empresa del Príncipe Alfonso ha sabido proporcionar á los verdaderos *dilettantis* ópera buena, todo lo buena que puede ser atendido el precio de las localidades. Buena prueba de ello ha sido el extraordinario éxito obtenido por la primera representación de *Aída*, y el favor que el público constantemente dispensa á la Compañía que tan acertadamente dirige el maestro Goula.

***

De los demás teatros poco ó nada hay que decir: son *sepulcros blanqueados*.

Todos siguen abusando de la paciencia del público; pero ¡valiente cuidado les da á los empresarios!

«Ahí están los Isidros; pues..... ancha Castilla.»

MISTIGRIS.

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS

DEL ÁFRICA ECUATORIAL

POR FL. BOUHOU

Traducción del P. J. R., Agustino.

(Continuación.)

—También yo quiero otra!—gritó Matakenia.

—¡Para mí la tercera!—añadió Siriatomba.

—Perfectamente: las sortearemos.

—¡Las sortearemos!

—¡Y decir que se prepara un formidable movimiento antiesclavista en Europa.....!—gritó colérico Siriatomba.—¡Maldición.....! ¡Esto es nuestra ruina!

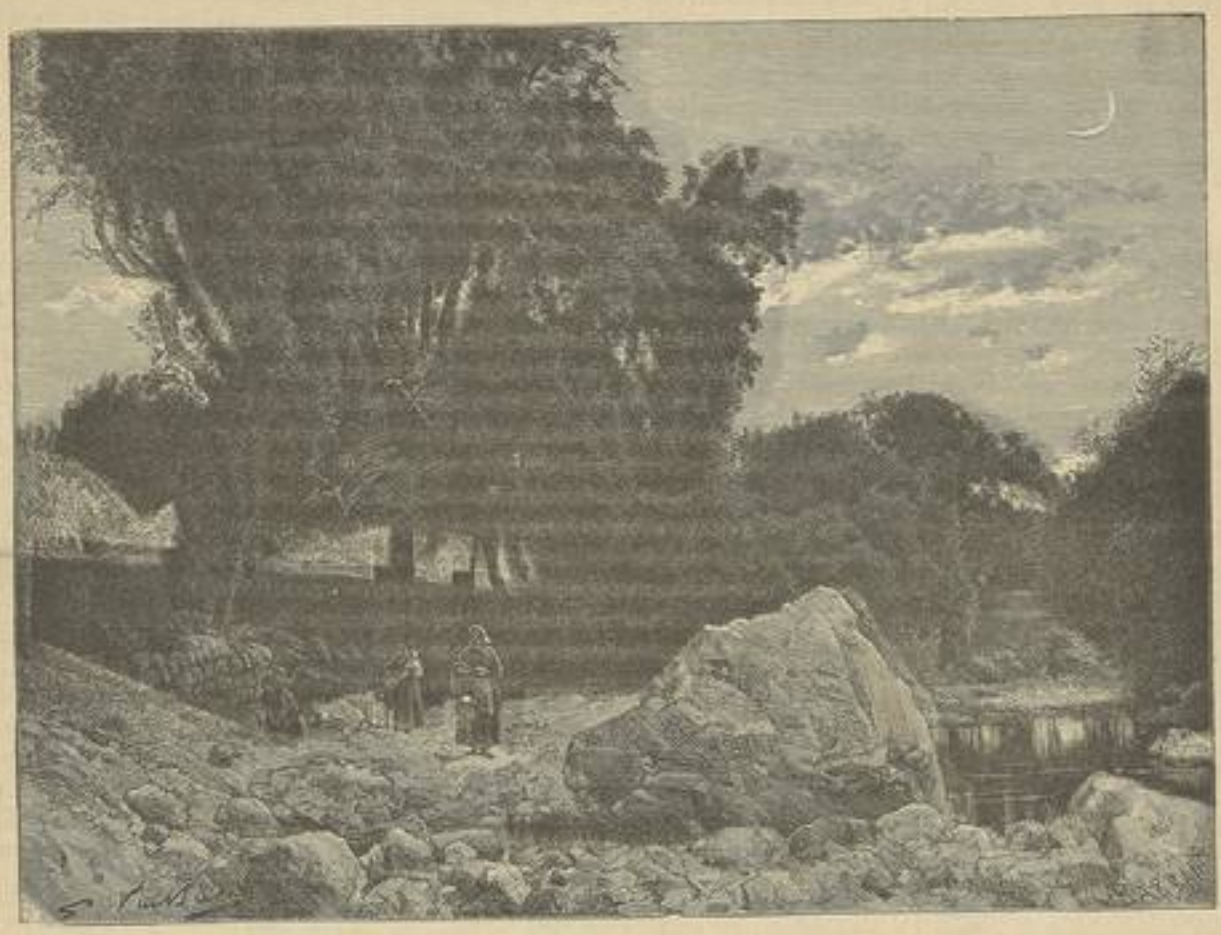
—¡No tan pronto!—pronosticó Matakenia.

—Pues, ¿qué esperas?—le preguntaron sus cómplices.

—Sólo un Joubert hay aquí; si hubiera doscientos, todo estaría perdido. Espero que Tipo-Tip sabrá poner en movimiento muchas de las tribus indígenas vendidas á nuestra causa, para reventar á ese perro cristiano y á todos sus voluntarios negros. Esas tribus indígenas que nos pertenecen y cuyos protectores somos, están interesadas en arruinar á sus pacíficos vecinos y en ayudarnos á proveer de



UN CONCIERTO



ISLA DE MALLORCA. EL TORRENTE DE POLLENSA

esclavos á los comerciantes de la costa ó del interior. Basta que Tipo-Tip les dirija una palabra de orden, para que el levantamiento se haga general. Esto pienso que hará, aunque es empresa de algún tiempo, porque las tribus con que podemos contar están diseminadas en una extensión considerable de terreno. También es preciso tener en cuenta que no está tan próxima la llegada de los antiesclavistas de Europa. Esta es mi esperanza para lo futuro, temiendo, sin embargo, las armas perfeccionadas y otros aparatos bélicos de invención moderna que seguramente traerán los voluntarios europeos, para, á su vez, reducirnos al exterminio.

—¡Si esa es la esperanza.....! dijo irónicamente Siriatomba, añadiendo sin expresar toda la idea: — tú has hablado del porvenir; y ¿cuanto á lo presente? En cuanto á lo presente sólo nos falta establecer aquí nuestro cuartel general hasta le día en que presentemos el ataque á los Wabikari, pues ni un solo indígena del Urundi conoce este retiro; porque han sido esclavizados ó pasados á cuchillo los que le conocían. Tenemos harina y *tavi* (vino de palmera y de cocotero), y los bananos de la selva nos abastecerán de frutos abundantes. Aquí estamos, pues, en seguro, pudiendo, después de estudiar detalladamente el terreno vecino al pueblo Wabikari, determinar el día y la hora del ataque, del incendio, del degüello y de la captura de *nuestro rebaño humano*, sobre todo de las tres hijas de Sindesé. ¡Qué cómica será esa escena! ¡Tres hijas de la soberbia tribu de los Wabikari, tres cristianas negras, sujetas á tres esclavistas blancos y musulmanes! La captura de éstos no exige mayores dificultades que la captura de los demás, porque no tienen armas de fuego, si exceptuamos los tres hijos de Sindesé, que están casi siempre en expedición con el perro Joubert. Enviaremos uno de nuestros negros á Tipo-Tip, suplicándole ordene un simulacro de ataque á unas diez leguas de aquí y haremos que llegue el ruído hasta Joubert, que seguramente acudirá á impedir el paso de la cadena y á libertar á los esclavos; circunstancia que nos permitirá obrar á medida de nuestros deseos en todo ese tiempo.

—¡Muy bien! — exclamaron los cazadores de esclavos: — aún brillarán hermosos días para nosotros.....!

. . . . . .

. . . . . .

Muy distinta era la escena que tenía lugar no lejos de allí.

El capitán Joubert, con su puñado de valientes, entre los que estaban Caniata, Mocné y Moamé, devolvía la libertad á más de sesenta esclavos, mujeres y niños casi todos, que no sabiendo cómo expresar su regocijo, le besaban los pies, las manos y hasta los bordes del vestido, encantados de su aspecto marcial, corazón generoso, mirada enérgica y compasiva, labios sonrientes, músculos de acero, temperamento á toda prueba y estatura en nada inferior á la de los más corpulentos negros.

—¿De dónde sois, pobres hijos míos? — les preguntó cariñosamente, después de haberles quitado las argollas, mordazas y ligaduras. — ¿De dónde sois?

—*¡Arrâgi! ¡Arrâgi!* ¡De muy lejos! ¡De muy lejos!

— ¿Cómo se llama vuestro país?

— ¡Nuestras moradas estaban al pie del monte Kitonara, pero los esclavistas derrotados por nuestro valor, han incendiado nuestras chozas y cosechas.....! ¡Nuestros rebaños se dispersaron por las selvas..... nuestros maridos sucumbieron bajo el hierro asesino, ó han sido presa de cocodrilos ó leones: nuestros hijos no tienen padre.....! ¡Oh, blanco, conducidnos á nuestro distrito! Cultivaremos nuestras tierras, y qué dulce nos será poder dormir en paz, sin ser molestados por los sueños de que los cazadores de esclavos nos persiguen!

Aquellos infortunados prorrumpieron entonces en estas palabras entrecortadas por sollozos: « ¡Paz! ¡Paz! ¡Libertad! ¡Trabajaremos en paz! ¡Dormiremos tranquilos! »

Dos gruesas lágrimas rodaron por el rostro varonil del capitán Joubert.

— Seguidme, — les dijo; — yo os indicaré un lugar, no lejos de la residencia de los misioneros, donde podréis estableceros bajo mi protección.

Pocos días después estaba formado el nuevo pueblo en ese país cuajado de maravillas, donde la mano toca la abundancia por todas partes.

Los esclavos libertados cantaron esta vez con delirio:

" ¡Paz! ¡Paz! ¡Dormiremos! ¡Dormiremos! "

¡Ah! pobres negros, negros infortunados: nuestro deseo sería, Dios lo sabe, abundar en riquezas, para enviaros muchos misioneros y defensores; para res-

catar aquellos de los nuestros que lloran la libertad perdida, para procuraros los beneficios de la libertad y de la civilización cristianas y permitir guardar á vuestras hijas, junto con su pureza virginal, la independencia de siervas del Señor! ¡Ojalá que estas humildes páginas puedan suscitaros generosos amigos y valientes defensores!

CAPÍTULO IV

La paz más profunda reinó en el *Urundi* durante los tres meses de Junio, Julio y Agosto.

—¡Esta paz me admira, y no presagia nada bueno! — decía el capitán Joubert á los Misioneros, una mañana de Septiembre de 1888.

Apenas había terminado estas palabras, cuando se le presentó un negro de mal aspecto con el encaro característico, y vestido con unos calzoncillos dibujados en rayas encarnadas y blancas.

—¿Quién eres, de dónde vienes, amigo? — le preguntó Joubert.

Él le entregó, sin articular palabra, un pedazo de corteza de papirus y desapareció con toda la ligereza de sus nervudas piernas.

Joubert examinó el singular mensaje y leyó el oficioso aviso siguiente, escrito en kiswahili: "Algunos árabes con sus Rougas-Rougas, reunidos en Ujiji, se proponen *cazar* en los alrededores de Monkamba y hacer una *razzia* de esclavos."

—¿Qué juzgáis de esto, Padres? — preguntó el capitán.

— Para mí no es más que un lazo — respondió el P. Dromana.

— Soy de vuestro parecer. No obstante; ¿si esto fuere cierto?..... ¡Ah! no tener yo aquí mis zuavos romanos, franceses, belgas y canadienses!..... Pero solo, con un puñado de negros, me es imposible estar en todas partes á la vez. Padres, ¿qué haríais vosotros en mi lugar?

— Lo que siempre habéis hecho, capitán. Mientras nos llegan los refuerzos de Europa, impedid, según vuestras fuerzas, el paso de las cadenas de esclavos y proteged nuestros pueblos cristianos contra los pillajes de los esclavistas.

—Sí; no puedo más ahora. Enviaré á Caniata, con la mitad de mi compañía, al reconocimiento de Monkamba. ¡Mucho tarda en volver!..... Le espero desde la aurora, y van ya dos horas que el sol prosigue su carrera. ¿Dónde estará?..... ¿Qué le habrá sucedido?

Mientras le esperaba Joubert, paseándose agitado nerviosamente delante de su tienda, Caniata hacía un extraño encuentro.

Conocemos ya las guaridas de los árabes perseguidores de esclavos y á sus Rougas-Rougas: les hemos visto en el claro, á 300 metros de la senda que conduce del lago Tanganyca al pueblo de los Wabikari. El negro que puso en las manos de Joubert el pedazo de corteza de papirus, fué enviado al capitán con objeto de engañarle y hacerle tomar una dirección opuesta al lugar en que ellos tenían pensado atacar muy pronto.

El mensajero bandido hizo un rodeo para desorientar al que hubiera tenido la veleidad de seguirle, y ganó la senda que conducía á la planicie donde iba ya á llegar, cuando se encontró frente á frente con Caniata, de vuelta á tomar órdenes de su capitán. El Rouga-Rouga era más fuerte que Caniata, cuyo brazo derecho había perdido mucha agilidad y vigor después de la terrible mordedura del cocodrilo.

—¡Eres prisionero!..... — le dijo el bandido, echándole sobre los hombros su pesada mano.

—¡No soy yo de aquellos que se dejan esclavizar!..... — respondió enfurecido Caniata, dando un paso atrás; —¡soy libre, porque soy cristiano!.....

Los dos negros estaban sin armas. El Rouga-Rouga estrechó con sus brazos al Wabikari para arrojarle á tierra. Lo mismo hizo Caniata con su adversario, y los dos negros, enlazados como serpientes y apretándose con furor, rodaron por el suelo, teniendo Caniata que soportar el peso de su agresor, que lanzó un grito particular, como pidiendo socorro; pero el grito fué ahogado..... Los dientes de Caniata le apresaron la garganta con tal violencia, que brotaba la sangre como bajo los dientes de un león, quedando inerte el cuerpo del Rouga Rouga.

Caniata, ligero como las panteras de su país, se puso en pie de un salto, y con la misma agilidad llegó á la residencia del capitán Joubert, sin respiración y bañado en sudor.

— ¡Capitán! — exclamó.

— Pero ¿de dónde vienes, Caniata.....? ¿Qué has hecho?

— Un Rouga Rouga..... estrangulado..... allá.....

— ¿Dónde.....? ¿Qué quieres decir?

— ¡Tronzado con mis dientes.....!

— ¿A quién.....? ¿Dónde.....? Vamos, respira un poco y explícate.

Cuando Caniata se vió libre de la fatiga contó lo que acababa de sucederle.

— ¿Cómo era ese negro, valiente amigo mío? — preguntó Joubert.

— Era negro.....

— No me extraña; ¿y qué más?

— Era más fuerte que yo, que no tengo más que un brazo bueno, pues el otro es malo, y sin los Padres blancos, Caniata lloraría su pérdida.

— Nada me enseñas de nuevo, amigo mío. Dime, ¿qué vestido llevaba tu agresor?

— Llevaba unos calzoncillos con rayas encarnadas y blancas: iba sin armas.

— Él es.

— Capitán, ¿le habéis visto vos?

— Iba de aquí cuando le encontraste.

— ¿Le habéis hablado?

— Me ha entregado un pedazo de corteza de papirus, donde leo que algunos cazadores de esclavos se proponen hacer una *razzia* en los alrededores de Monkamba. ¿Qué opinas tú, valiente amigo?

— ¡Oh! el pobre negro no tiene discernimiento bastante para exponer su parecer al capitán blanco.

— ¡Exponle, no obstante; sé lo que vales!

— Pues bien: yo pienso que el negro destrozado por mis dientes no es más que un traidor vendido á los árabes; es seguramente un Rouga-Rouga. Y no está sólo en la selva.

Lejos de dirigirse á Monkamba, lo que pretende es hacernos ir allí, á fin de poder cazar en estos parajes apoderándose de todos los que son cristianos; como mis hermanos, mis hermanas y yo. Este es mi parecer, capitán.

— Pienso como tú; está tomada mi resolución, necesitaré tu valor.

— ¿Qué es preciso hacer, capitán? Sabéis que estoy á vuestras órdenes.

— Irás con una quincena de mis hombres á unirte á tus hermanos, y todos juntos velaréis por vuestro pueblo. Te prohibo disparar ó dejar disparar un solo fusil inútilmente ó por espíritu de venganza; mas si os atacan, no perdonéis á los esclavistas. Esta es mi consigna: ahora sígueme al campamento.

El capitán escogió quince de sus negros cristianos, y les puso á las órdenes de Caniata.

— Partid, amigos míos — les dijo — y no temáis; nuestra causa es justa. Mientras vosotros veláis por los Wabikari, yo iré, con vuestros camaradas, á reconocer el terreno hasta Monkamba.

Dejemos partir al capitán Joubert, para seguir á Caniata y á su pequeña tropa. El hijo de Sindesé murmuró algunas palabras al oído de cada uno de sus hombres antes de tomar la estrecha senda que costea el río y atraviesa los matorrales. Oídas las órdenes, al punto se arrojan todos al suelo y se arrastran como verdaderas serpientes, empuñando con sus diestras la carabina Remigton, y con las cartucheras pendientes de la cintura, avanzaban en el más profundo silencio siguiendo á Caniata, admirado de no encontrar el cadáver de su agresor al llegar al punto donde le había dejado exánime. Caniata recobró pronto la serenidad perdida, y por segunda vez murmuró algunas palabras al oído del que le seguía; éste las repetía al compañero inmediato, y al conocer todos las órdenes de su jefe abandonaron la senda, desapareciendo en la espesura con dirección al claro. Caniata seguía una pista.

Después de haberse arrastrado sin el menor ruido hasta los bordes del llano, quedaron todos inmóviles al oír un murmullo, imitación del débil, pero agudo y penetrante *cri-cri* de la cigarra. Parecía que Caniata y sus compañeros habían descendido á las entrañas de la tierra, sin que sus penetrantes miradas perdieran un solo detalle de la escena que se desarrollaba en el claro, si bien es cierto que no comprendían la significación de las palabras que allí se decían, porque los tres Jefes, cazadores de esclavos, hablaban el árabe y sus Rougas-Rougas el kisonkonma, dialecto muy distinto del kiswakili.

Los esclavistas cavaron una hoya donde acababan de arrojar el cadáver del Rouga-Rouga destrozado por los dientes de Caniata.

— ¡Peste y condenación! — vociferó Siriatomba: —este negro era el mejor sujeto y el más fuerte de la banda.

— Y el que mejor aporreaba en el camino á los esclavos enfermos ó imposibilitados de seguir la cadena, efecto del cansancio — añadió Sequacha.

— ¿Y habrá sido un indígena el que tan fuertemente le hincó el diente? ¡Jamás lo creeré!

— Es cierto — observó Siriatomba — que no ha podido decírnoslo, porque no le era posible hablar: pero las señas que ha hecho antes de expirar, ¿no indicaban que había sido un perro cristiano, un negro bautizado?

— ¡Efectivamente! — Trazaba en la piel el signo de la cruz con mano desfalleciente como diciéndonos:

"Un negro bautizado me ha puesto de este modo."

— ¡Perros cristianos!.... ¡Quién sabe si es algún Wabikari el autor de este desastre! — dijo Matokenia. Sólo ellos habitan estas regiones, y casi todos se han convertido, desde hace seis ó siete meses que los Misioneros franceses han entrado en relaciones con ellos.

— Sean ellos ó no — exclamó Siriatomba — iremos á incendiar ese pueblo y á derramar la sangre de sus habitantes, tan pronto como sepamos que el perro de Joubert haya tomado el camino de Monkamba. Yo atacaré por el lado del gran *mpafou* (árbol que produce aceite perfumado): tú, Matakenia, desde los bitôki (canelos), y tú, Sequacha, desde el mañkânda (sendero). La casa de Sindesé está en el centro, según nos ha dicho Daouda, que está en relaciones con nosotros y que será el traidor de la tribu. En el centro, pues, están nuestras tres ninfas y sus tres hermanos, que son los más temibles. En cuanto á lo demás, ya nos entenderemos. Un disparo dará la señal del incendio y del ataque.....

Apenas terminó Siriatomba estas palabras, resonó una descarga, que hizo rodar á un Rouga-Rouga por el suelo en medio del claro. Se había movido uno de los compañeros de Caniata, y el roce de una rama en la plumilla produjo el comprometedor disparo.

Los esclavistas se lanzaron al momento sobre las armas; pero como extraño fenómeno acústico, la detonación repetida por el eco de la selva resonaba al lado opuesto del punto de partida; los bandidos, sin darse cuenta del lugar de la herida, lanzaron una descarga general hacia donde resonaban los ecos, mientras que Caniata y los suyos ganaban silencio-

samente la senda, dirigiéndose á pasos agigantados al pueblo de los Wabikari.

Allí encontraron toda la tribu de hombres, mujeres y niños en la más grande ansiedad. Uno había visto vagar extranjeros hacia los Cananos; otro había creído distinguir caras blancas al través de la empalizada del pueblo: todos, en fin, habían oído la detonación.

No juzgando conveniente Caniata alarmar demasiado al pueblo, contando á todo curioso lo que había visto, impuso silencio á sus subordinados y se dirigió á su padre. El anciano montualé se retiró á su casa seguido solamente de sus tres hijos y escuchó la narración que le hizo Caniata de su entrevista con el capitán Joubert y de sus aventuras en la selva.

—¡Eso es grave! ¡muy grave!—dijo Sindesé al terminar su hijo.—¿Qué partido vamos á tomar, hijos míos?

—Ante todo—dijo Albamé—es preciso apostar algunos centinelas en los puntos designados por los esclavistas. Caniata no ha comprendido lo que decían; pero, como conocen los tres puntos más débiles del pueblo, es evidente que conocen también el terreno. Es, pues, necesario colocar un centinela en el gran *mpafou*, en los bitóki otro, y á la entrada de moûkânda el tercero: ellos han pronunciado estos tres términos.

—¡Sí! es necesario hacer eso—dijo Moené.

—¡Muy bien, lo haremos!

—¿No has dicho—preguntó Sindesé á Caniata—que los esclavistas pronunciaron mi nombre?

—Sí, padre: lo que me hace sospechar que los esclavistas están perfectamente enterados de lo que pasa, no sólo en el Urundi, sino también entre nosotros.

—¿Hay traidores aquí?

—¿Quién sabe?..... ¡No es difícil! Han pronunciado el nombre de Daouda.

—¿Han pronunciado también los nombres de tus tres hermanas ó el de alguna otra familia de nuestra tribu?

—Puede ser, mas nada he comprendido.

—¡Qué desgracia si mis hijas llegaran á ser presas de esos odiosos mahometanos! ¡Qué desgracia!—suspiró el pobre anciano.—¡Qué infortunio para todas las mujeres y para todos los niños de nuestra tribu! ¡Ah! Quisiera haber ido ya al hermoso reino del Dios de los Misioneros, de nuestro Dios. ¡Sí! ¡Quisiera haber muerto ya como vuestra madre, que no sufre más!.....

—Padre, no os desanimeis; combatiremos como el bravo capitán blanco.

—No lo dudo, hijos míos, y yo combatiré con vosotros, pues aún puedo manejar la lanza, si bien mi brazo obedece al peso de la edad..... pero los pobres negros son casi siempre vencidos, y víctimas, por lo tanto. Los esclavistas llegan, cuando menos se les espera, precedidos siempre del incendio que devora en un momento nuestras moradas. ¿Por qué, pues, los cristianos de Europa no envían muchos Joubert para defender á los desgraciados, sus hermanos, que sólo desean amarles, imitarles y vivir en paz, según la ley de la Religión de los Padres blancos, en el país en que Dios les ha criado libres, en su país natal?.....

—¡Ya se cumplirá eso, padre, ya se cumplirá! Entre tanto imitemos al capitán blanco, no retrocedamos jamás, y luchemos para conservar nuestra libertad y defender el honor de las mujeres de la tribu.

—¡Sí, combatiremos! ¡Y antes la muerte que la esclavitud ó la deshonra...!—exclamó Nyemoena entrando en la morada de su padre, seguida de sus dos hermanas.—Padre—añadió—lo hemos visto todo, y nada de cuanto sucede se nos oculta. Venimos á suplicaros nos contéis en el número de los centinelas: también nosotras sabemos manejar la lanza y.....

—¡No, hijas mías!—interrumpió Sindesé.—Vosotras permaneceréis en vuestra morada y dirigiréis fervientes súplicas á vuestra Madre blanca del cielo, para que con su poderosa intercesión os defienda de esclavistas y Rougas-Rougas, si algún día pretenden imponeros el yugo de la esclavitud.

Las tres vírgenes negras se retiraron.

—Ahora—dijo Caniata—voy á colocar nuestros centinelas. Les relevaremos mis hermanos y yo hacia media noche, para velar nosotros hasta la mañana, siguiendo todos los días esta táctica hasta la vuelta del capitán Joubert.

Llamó, pues, á tres de sus hombres y les dió la consigna, como lo hacía el capitán blanco.

—No os dormiréis—les dijo—y tan pronto como oigáis ó apercibáis alguna cosa, avisadnos por medio de una descarga, y todos los Wabikari acudirán inmediatamente á las armas, dispuestos á vender caros sus hogares, su libertad y sus vidas. Partid, pues, todos, y estad vigilantes.

CAPITULO V

Era Daouda un negro de fuerzas hercúleas. No pertenecía á la tribu de los Wabikari, pero encontró generosa hospitalidad entre estos bondadosos habitantes.

—«Mi cuna—les dijo—son los bordes del lago Victoria Nianssa. Después de una lucha encarnizada, los árabes me apresaron y me redujeron á la esclavitud, de la que, gracias á mis fuerzas, pude en el camino deshacerme de mis ligaduras y tomar la fuga en una noche de reposo. He vagado largo tiempo á través de los bosques, pantanos y selvas, atravesando torrentes y ríos, alimentándome de frutas y raíces: los huecos de las rocas ó las cimas de los árboles me han servido de lecho en la obscuridad de la noche.»

Los Wabikari se apresuraron á admitirle en su compañía y edificaron una casa á los pocos días, perteneciendo desde entonces á la tribu.

Ahora bien, este negro era un Rouga-Rouga de la banda de Siriatomba y demás jefes árabes, á cuyas órdenes se debe su astucia en introducirse en el pueblo cristiano á los pocos días de los acontecimientos narrados.

—«Montonalé—dijo Daouda presentándose á Sindesé—soy corpulento y fuerte: vengo á suplicaros me concedáis un favor: formar parte de la compañía de vuestro hijo Caniata, para velar como los demás centinelas por la seguridad del pueblo que tan generosamente me ha adoptado.»

Sindesé llamó á sus hijos y les hizo presente el deseo de Daouda.

—No veo dificultad ninguna—declaró Caniata.—Daouda no tiene familia, y como es fuerte y ha estado bajo el poder esclavista, es para nosotros un excelente recluta.

El placer y la alegría se retrataron en el rostro del traidor.

—Concibo tu regocijo—le dijo Caniata.—Esperas vengarte un día, ¿no es cierto?

—¡Sí!—respondió el miserable.

—No tengo ahora armas de fuego: sírvete del arco y de la lanza.

—Daouda es diestro—aseguró el infame.

—¡Muy bien! Irás á los bananos á la caída de la tarde; pero como no puedes disparar, en caso de alerta, es preciso convenir en un signo cualquiera.

—Si por la noche oís el rugido del antílope, es prueba de que nos amenaza el peligro.

—Bien. Se lo haré presente á los que están cerca de los bananos para que estén sobre aviso.

Daouda se fué á su puesto á la hora convenida. Una tormenta se cernía hacia el Ojiji, bastante lejos de allí, pues ni el menor ruido turbaba el silencio de la naturaleza, envuelta en la más negra obscuridad, sin que brillara una sola estrella en el cielo del Ecuador africano. Serían las diez de la noche cuando se oyó algún ruido hacia los bananos. Los Wabikari, siempre alerta, distinguieron los rugidos del chacal y la hiena; pero como no era esta la señal convenida, volvieron á sus chozas, mientras el traidor, franqueando la valla del pueblo, se ocultó debajo de los bananos, donde se detuvo después de haber dado veinte pasos. No se oyeron más los horribles rugidos de las fieras.

—¿Eres tú, Daouda?—preguntó una voz en la obscuridad.

—¡Sí! Yo soy.—Y Siriatomba se irguió delante del traidor.

—Eres un buen Rouga-Rouga—le dijo: yo te recompensaré con diez esclavos y sus cargas de marfil. El chacal y la hiena han pasado por delante de los otros dos centinelas: esperé un momento..... y viendo que no entendían mis gritos, he venido á los bananos porque has conseguido la aceptación de Caniata. Si no te hubiera encontrado hoy, hubiera vuelto mañana y los días siguientes; pero te veo ahora: el asunto va adelante.

—¡No perdamos tiempo en palabras inútiles! vienen á relevarme á media noche. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

—Helas aquí en pocas palabras.

No puedo precisarte el día del ataque. Esperamos el refuerzo de cien lanzas que debe enviarnos la tribu esclavista de los Bakousous, á quienes hemos prometido, en premio de su concurso, todo el rebaño de los Wabikari. Paralizarás tan pronto como lleguen, lo mejor posible, todos los medios de defensa en el interior, y tú serás nuestro guía una vez que nosotros entremos. Es necesario, fíjate bien, es necesario que las tres hijas de Sindesé caigan vivas en nuestras manos, y de esto responderá tu cabeza..... Si nos secundas bien, yo seré sumamente generoso. Mientras nosotros ponemos fuego á los cuatros costados del pueblo, tú incendiarás el centro. En fin, será necesario, y este es un punto esencial, matar á lo menos uno de los hijos de Sindesé é impedir á los demás la organización de la resistencia. ¡Nada más! No lo olvides: diez esclavos con sus cargas de marfil, si te muestras hábil; la muerte, ó con seguridad la esclavitud, si no correspondes á lo que de tí esperamos.

—No quedaréis descontento de Daouda—aseguró el traidor.

—¡Hasta luego!

(Se continuará.)

PRUEBA

Por testigo á Dios yo pongo
De la siguiente aserción:
No hay jabón como el **jabón**
De los **Príncipes del Congo**.

Jabonería VÍCTOR VAISSIER.—París.
De venta en las principales perfumerías.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos.—Juan Bravo, 5. Madrid.

BANCO DE ESPAÑA

38.ª SORTEO PARA LA AMORTIZACIÓN DE LA DEUDA DEL 4 POR 100

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortización de la Deuda al 4 por 100 la suma de 21.726.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 86.904.000 que determina la ley de 9 de Diciembre de 1881, corresponde en justa proporción por ambos conceptos á cada una de las cinco series en que se halla dividida la emisión las cantidades siguientes:

A	la	Serie	A	Pesetas.	880.000
"	"	"	B	"	3.142.000
"	"	"	C	"	6.391.500
"	"	"	D	"	4.525.000
"	"	"	E	"	6.787.500
			En junto, pesetas....		21.726.000

Las diferencias que en cada sorteo resulten de más ó de menos en las cuotas trimestrales fijadas para intereses y amortización, por la necesidad de acomodarlas á lotes cabales, se toman en cuenta y se compensan convenientemente.

Para cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulación, y extrayendo á la suerte las que corresponden á la amortización del trimestre vencedero en 1.º de Julio próximo, según el detalle siguiente:

Series.	Bolas encantadas.	Títulos que representan.	CAPITAL — Ptas. nominales.	Bolas que han de extraerse.	Títulos que representan.	Capital que se amortiza. — Pesetas.	A pagar por intereses. — Pesetas.	TOTAL de intereses y amortización — Pesetas.
A	12.336	123.360	61.680.000	52	520	260.000	619.200	879.200
B	8.857	88.570	221.425.000	37	370	925.000	2.214.250	3.139.250
C	9.008	90.080	450.400.000	38	380	1.900.000	4.504.000	6.404.000
D	2.551	25.510	318.875.000	11	110	1.375.000	3.188.750	4.563.750
E	1.913	19.130	478.250.000	8	80	2.000.000	4.782.500	6.782.500
	84.727	347.270	1.530.940.000	146	1.460	6.460.000	15.309.400	21.769.400

En los treinta y siete sorteos verificados hasta el presente se han amortizado:

De la serie	TÍTULOS.	Por un capital de — Pesetas.	Se han satisfecho por intereses. — Pesetas.	TOTAL satisfecho por intereses y amortización. — Pesetas.
A	16.020	8.010.000	24.549.350	32.559.350
B	11.430	28.575.000	87.681.250	116.256.250
C	11.620	58.100.000	178.340.000	236.440.000
D	8.290	41.125.000	126.257.500	167.382.500
E	2.470	61.750.000	189.380.000	251.130.000
	44.830	197.560.000	606.208.100	803.768.100

Los sorteos tendrán lugar públicamente en el salón de Juntas generales del Banco, sito en la calle de Alcalá, núm. 74, el día 1.º de Junio próximo, á la una en punto de la tarde, y los presidirá el Gobernador ó un Subgobernador, asistiendo además una Comisión del Consejo, el Secretario y el Interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducirlas en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

La Administración del Banco anunciará en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que hayan salido en los sorteos.

Oportunamente se publicarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortización.

Madrid 14 de Mayo de 1891.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

PAPEL DE ARMENIA

El más higiénico, fino y agradable perfume para las habitaciones; 50 céntimos el libro para veinticuatro veces; á cada libro acompaña un aparato para quemar.

CREMA VASSELINA

Lo mejor para suavizar y conservar el cutis, superior á todos los cold-creams conocidos, á peseta tarro; advertimos que la *crema vasselina* no es *blanquete.*

PERFUMERÍA THOMAS

Calle Mayor, 36.—MADRID.

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.

Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaráz.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, editor.

PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa.

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

Obras de estudio.—Catálogos gratis.

MELLERIO HERMANOS

3, Carrera de San Jerónimo, 3.

Únicos representantes en Madrid de la acreditada casa de orfebrería de los Sres. Christofle y Compañía, de Paris.

Premiados con diploma de medalla de oro en la Exposición Vaticana.

OBJETOS DE IGLESIA

É IMÁGENES DE CARTÓN PIEDRA, PASTA DE MADERA Y ESCULTURA

Hay á **2,50** pesetas reproducciones en metal del crucifijo ejecutado para Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo.

POLICARPO RUIZ

15—Jacometrezo—15

En esta antigua y acreditada casa encontrará el público un gran surtido en camisería, lanería, lencería, géneros de punto, pañolería, merinos, ropa blanca, corsés, estameñas para hábitos é infinidad de artículos.

Grandioso surtido en percales á **REAL, REAL Y MEDIO** y **DOS REALES.** Vuelos fantasía, todo lana, á **peseta;** batistas y céfiros, á **0,60.** Lanas novedad, doble ancho, á **0,75.** Piezas tela blanca, 24 varas, á **6 pesetas.**

Grandes surtidos.—Precios económicos.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Fuencarral, 7, Madrid.

Guantes de piel de caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia y gamuza.

Gran novedad en guantes de seda, hilo y mitones.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

Abanicos, gran surtido y novedad.—Precios sin competencia.

LA CASA DE RUIZ DE VELASCO

MONTERA, 7,

ha instalado su sección de ropa blanca y equipos para novias en el cuarto entresuelo de la misma casa y presenta un completísimo surtido en todo lo más rico que se fabrica en este ramo, como encajes, bordados, juegos de cama, colchas y mantelerías. Por el gusto y riqueza de los géneros, está hoy esta casa á la altura de las mejores del extranjero.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. NÚMERO 10. — Madrid 31 de Mayo de 1891. NÚMERO SUELTO, UNA PESETA



ARTE CRISTIANO. — IGLESIA DE SAN MAURO EN ALEMANIA

SUMARIO

Texto.

La quincena, por el Marqués de Valdelfores. — *Grabados*, por Antón de Olmedo. — *Boletín religioso*, por J. V. — *El gran museo Literario*, por X. — *El heroísmo de Baltasar Ferreño*, por Angel Lasso de la Vega. — *Un paseo por Mallorca*, (continuación) por Manuel Polo y Peyrolón. — *Album de poetisas: La pería de Hixén II*, por Alvaro López Núñez. — *Teatros*, por Mistigris. — *Las tres vírgenes negras* (continuación). — *Anuncios*.

Grabados.

Arte cristiano: Iglesia de San Mauro en Alemania. — *Carolina Valencia.* — *Tiempos de antaño: Las sillas de manos.* — *El Angelus* (cuadro de Casimiro Prates). — *Los dos polos de la vida.* — *¿Quién lo gana?* — *Marina*.

LA QUINCENA

Dos solemnidades académicas: la recepción de Menéndez Pelayo en la Academia de Ciencias Morales y Políticas y la de D. Antonio María Fabié en la Española. La publicación de un libro muy esperado, y que constituye un verdadero acontecimiento para los amantes de las letras patrias: el primer tomo de la *Literatura española contemporánea*, por el P. Blanco, agustiniano. El proyecto de ley prorrogando el privilegio del Banco de España, y aumentando á este establecimiento de crédito la facultad de emitir papel-moneda. El viaje de M. Carnot, presidente de la República francesa por los departamentos del Mediodía de Francia. La violenta expulsión de la reina Natalia. Tales son los principales sucesos de la finada quincena; cada uno exigiría un capítulo especial y muy extenso.

***

Decididamente, la ambición y sed de fortuna es incorregible, y no valen contra ella los ejemplos, por claros y recientes que sean.

No hace mucho, un país que como la República Argentina, había hecho concebir tantas esperanzas de inmenso florecimiento y atraído á su seno, no solo millares de seres de todas las naciones, sino también inmensos capitales de la Europa entera, sacando de quicio hasta á la cautelosa Inglaterra, caía en el descrédito con gran peligro del equilibrio financiero del mundo y no pocas víctimas entre las primeras firmas de la banca y de los negocios, á causa de las poco meditadas emisiones.

Para los quebrantados y para aquellos que no alcanzaron la época en que fortunas inmensas se hicieron de manera maravillosa, se abrió un porvenir seductor que serían de los primeros en aprovechar con los propósitos del nuevo Gobierno del Brasil, y allá volaron como plaga de langosta. Pues bien; un año escaso hace de esto y ya el telégrafo nos anuncia que los Bancos de aquel país han convenido en no facilitar la organización de nuevas Compañías ni asumir responsabilidad por las ya creadas, en vista de las dificultades que la situación presenta. ¿Tendremos pronto otro conflicto como el argentino?

***

¿Queréis conocer los resultados prácticos de la educación? Pues oíd esta historia. Se trata de la famosa criminal Mad. Weiss, la que asesinó á su marido en Orán. He aquí cómo fué criada y educada aquella *niña*, según nos refiere un periódico francés:

«Madame Juana Weiss nació en Niza en 1.º de Abril de 1867 y tiene, por consiguiente, veinticuatro años. Su abuela, Mme. Daniloff, era moscovita y quedó viuda muy joven y dueña de una considerable fortuna. Su madre, que había sido espulsada de Rusia por nihilista, se dedicó en París al estudio de la medicina, y allí conoció á un hombre casado, de alta posición, de quien se hizo la querida, siendo Juana fruto de aquellos amores. Dos años después murió su madre, quedando la educación de Juana encomendada al cuidado de su abuela, quién la puso en una pensión católica, para sacarla después y colocarla con una viuda polaca. Mas tarde la confió á una institutriz protestante, después á otra que había educado los hijos del Virrey de Egipto y finalmente fué confiada á un pastor alemán.»

Después de saber ésto ¿puede á nadie maravillar que Mad. Weiss envenenase á su marido?

Aquí de las antiguas coplas de los ajusticiados:

¡Padres que tenéis hijos!.....

***

Lo del banco trae locos y soporíferos á los periódicos. Se dice por algunos que si el proyecto se aprueba tendremos huelga general en Madrid. Yo sé de un mercader de tela que está deseando que se apruebe el proyecto para cerrar la puerta de su establecimiento, y salir diciendo que el Banco lo ha arruinado, cuando la verdad es que la ruina le viene de las malas ventas y de lo mucho que ha fiado. Hay quien dice también que se rechazarán del cambio los billetes. Pero ¿acaso los billetes son de curso forzoso? Ahora y siempre el que los acepta es porque le conviene aceptarlos. ¿Y quién no prefiere llevar en la cartera un billete de 500 pesetas á conducir la misma cantidad en buena plata? El billete es imprescindible; el billete es necesario en nuestra sociedad. Si no lo hubiera, habría que inventarlo. Aunque no estuviesen á la par, aunque hubiera que negociarlos con algún descuento, todavía lo preferiríamos á la plata, con tal que el descuento no fuese muy considerable. Solo en chalecos ahorraríamos el descuento y más. Porque ¿qué chaleco hay que resista al peso de un bolsillo repleto de duros? Desengañémonos: en cuanto á los billetes lo único malo antes y después de la nueva emisión, es no tenerlos.

EL MARQUÉS DE VALDELFORES.

GRABADOS

Arte cristiano. — Iglesia de San Mauro en Alemania. — (Pag. 153)

Sería en vano que nuestros lectores buscasen hoy este magnífico templo, tal y como lo representa nuestro grabado: la revolución ha pasado por allí, y no hay que decir más. La iglesia de San Mauro, suntuoso monumento del siglo XVI, pertenecía á la antigua Abadía Benedictina de Marmontier, antes ciudad de Francia y hoy del flamante imperio germánico. Anterior es la existencia de la Abadía á la fisonomía arquitectónica (llamémosla así) con que aparece en nuestro grabado. Ya existió durante los agitados días de la Edad Media, y entonces la ojiva ocupaba naturalmente el espacio en que luego campearon los robustos arcos greco-romanos erigidos allí en el Renacimiento. Situada en un arrabal de la ciudad, entre casucas de pésima construcción y fea catadura, las imponentes ruinas de San Mauro aún sorprenden al viajero que recorra las tortuosas calles de Marmontier; y surgen como un gigante de piedra ante sus ojos asombrados, como una evocación de los tiempos que fueron y ya desvanecidos, como una poesía ingente de cultura, costumbres y fervor religioso extraños por completo á nuestra época y á las muelles generaciones que ahora se estilan. Es de esperar, sin embargo, que la restauración católica, tan poderosa en Alemania, alcance hasta la Abadía de San Mauro, y que como se ha hecho con la Catedral de Colonia, este antiguo monasterio reciba el afecto de la creciente pujanza del imperio germánico, y vuelva á ser como en sus mejores y más luminosas horas: un prodigio arquitectónico y una mansión de paz y recogimiento para el espíritu humano.

Carolina Valencia. — (Pag. 156)

La época es de positivismo; á nuestros contemporáneos no gusta la poesía. Estamos verdaderamente hartos de oír tales especies. ¡No parece sino que en las pasadas edades eran para todos igualmente gratas las inspiraciones de las musas! Sancho Panza, el eterno positivista vulgar (que es el temible, es creación del siglo XVI. Ya entonces la masa, el pueblo, dormía mientras que velaban los soñadores, los que se embriagan con el divino licor de lo ideal, los que llevan sus aspiraciones mas allá del garbanzo que se devora diariamente, más allá de estas torpes realidades de la vida que un tribuno famoso llamaba *impurezas*, y que son las que hoy tratan de imponerse y cortar las alas á los que quieren volar hasta el empíreo.

¡Que no hay poetas hoy! Parece mentira que se diga eso. Quizás en ningún tiempo florecieron en tanto número y de tanto mérito. Aquí de Becquer: mientras exista poesía, y poesía habrá mientras que el mundo sea mundo, habrá poetas.

Ofrecemos hoy á nuestros lectores el retrato de una de las más dulces, inspiradas y cristianas poetisas que cantan en España, de una de aquellas escritoras que, como decía en nuestras mismas columnas uno de nuestros compañeros, es amada en cuanto es leída. Carolina Valencia, en efecto, se impone á los que la leen como se impone la superioridad en el orden moral y en el orden intelectual á cuantos son capaces de comprenderla; de sus poesías se desprende el penetrante y tónico perfume del espliego, ese aroma del hogar honrado; hay allí algo de soberanamente limpio, de virtud casera mezclada con el entusiasmo religioso y patriótico que dá á la lira de Carolina Valencia un tono enérgico y suavemente varonil que pone el sello á todas sus demás cualidades.

Trece años no más tenía Carolina cuando el público de Valladolid empezó á darse cuenta de que España contaba con una verdadera poetisa. En tan temprana edad ya dieron á luz versos suyos los periódicos de la citada capital castellana. En aquellos primeros y casi infantiles brotes de un corazón verdaderamente cristiano é inspirado, ya se advertían el dejo y las huellas que habían dejado en el ánimo de la niña escritora los sublimes versículos del Antiguo y del Nuevo Testamento, y las páginas ardientes de los grandes escritores románticos de principios y mediados del siglo, especialmente de Chateaubriand y de Zorrilla, alma y verbo de nuestras patrias tradiciones, que nadie como él supo engalanar con el rico ropaje del lenguaje rítmico. Menos de treinta años cuenta hoy Carolina Valencia, nacida en Rioseco en Septiembre de 1861, y ya ha publicado un hermoso tomo de poesías (en 1890) que fué muy celebrado por Menéndez Pelayo, Fernández Guerra, Cañete, Fastenrat, Valbuena y otros insignes literatos. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA ha rendido ya un tributo de admiración á Carolina Valencia, y hoy le rinde el homenaje de publicar su retrato, haciendo votos para que dentro de poco toda España conozca en lo que vale y en lo que promete, á la ilustre poetisa, á la hermosa dama y á la buena y honrada madre de familia castellana.

Tiempos de antaño. — Las sillas de mano. — (Pág. 157.)

Aún no había ferrocarriles, ni aún se prodigaban las carrozas. La silla de manos era el vehículo aristocrático por excelencia. En las Caballerizas Reales de Madrid existen dos bellísimos ejemplares de sillas de mano, y en algunas moradas patricias particulares tampoco faltan; pocos de la generación actual han gozado del placer, casi asiático, de ir en volandas, á hombros de semejantes suyos. ¡Bendigamos á Dios que ha permitido que en nuestra ci-

vilización, los animales irracionales y las fuerzas de la naturaleza hayan reemplazado á los serviles lacayos de los siglos pasados! Si ir en silla de manos era un placer exquisito, hay que convenir en que servir de lacayo-bestia era un modo bastante vil de ganarse la vida.

El Ángelus. — Cuadro de Casimiro Ibarra. — (Pág. 160.)

El inspirado pincel de Ibarra ha sabido sorprender en este lienzo toda la magia, toda la poesía inefable de ese momento supremo del atardecido en que las campanas invitan á los fieles á la oración á María. ¡Oh momento delicioso! ¡Qué lindísimos cuadros, llenos de vida y de color, pintaron los poetas de los antiguos y de los modernos tiempos á propósito de él! Trueba y Fernan Caballero han hecho sobre ese momento sinfonías bellísimas, páginas inimitables.

Los dos polos de la vida. — (Pág. 161.)

El grabado se explica por sí mismo. Es un estudio de cabezas, la una de anciano, de juventud la otra. Creemos que agradará á nuestros lectores.

¿Quién lo gana? — (Pág. 164.)

Representa nuestro grabado una escena análoga á la que aquí vemos todos los Carnavales, y que se conoce con el nombre de *al higut, al higut*. El viejo tío ha encontrado en la calle á sus sobrinos, y les enseña desde lo alto la caja de dulces que llevaba preparada para sorprenderlos. Los niños pugnan por arrebatársela; él la defiende. ¿Quién vencerá? No es difícil averiguarlo; porque es pleito resuelto de antemano.

Marina. — (Pág. 165.)

Es una marina cualquiera, la mismo da que se titule Pasajes, Rota ó cualquier otro puerto de las costas del Norte, del Mediodía, de Levante ó del Occidente de España. Creemos que resulta un cuadro agradable.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso. (Primera quincena de Junio.)

1. Lun. S. Segundo mártir y San Iñigo, abad.
2. Mart. S. Marcelino y San Pedro mártires.
3. Miér. Santa Clotilde, reina.
4. Juev. S. Francisco Caracciolo.
5. Vier. Sagrado Corazón de Jesús.
6. Sáb. S. Norberto, obispo.
7. Dom. III después de Pentecostés. El Purísimo Corazón de María.
8. Lun. S. Salustiano, confesor.
9. Mart. S. Primo y S. Feliciano, mártires.
10. Miér. S. Críspulo y S. Restituto, mártires, y Santa Margarita, reina de Escocia.
11. Juev. S. Bernabé, apóstol.
12. Vier. S. Juan de Sahagún, confesor, y San Onofre, anacoreta.
13. Sáb. S. Antonio de Padua, confesor.
14. Dom. IV después de Pentecostés. S. Basilio Magno, doctor y fundador. — *Jubileo de San Basilio.*
15. Lun. S. Vito, S. Modesto y Santa Crescencia, mártires, y Santa Germana, vg.

Las Cuarenta Horas.

1. Religiosas del Santísimo Sacramento.
2, 3. Iglesia del Carmen Calzado.
4, 5. Religiosas Salesas (paseo de Santa Engracia).
6, 7. Parroquia del Corazón de María. (Peñuelas).
8, 9. Iglesia del Asilo del Sagrado Corazón de Jesús (Claudio Coello).
10, 11. Iglesia de Montserrat.
12, 13. Religiosas Capuchinas.
14, 15. Oratorio del Caballero de Gracia.

***

En la iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús da principio el 1.º de Junio la novena al Sagrado Corazón.

Todos los días, á las diez de la mañana, se canta solemnemente la Misa, hallándose de manifiesto S. D. M.

Por la tarde, á las cinco y media, se reza la estación al Santísimo Sacramento y el rosario, al que sigue el sermón, que predica las nueve tardes Don Joaquín Pérez Sanjulián, terminándose con la novena y reserva.

El 5, día propio de la festividad del Sagrado Corazón, á las ocho de la mañana, se celebra la Misa de Comunión, y á las diez la Mayor, en la que predica el Sr. D. Francisco de A. Renau; y en los días 8 y 9, respectivamente, predican en la Misa Mayor D. Francisco Díez de Rivera, Rector de esta iglesia, y el M. I. Sr. D. Salvador Castellote, Canónigo de la Catedral.

EL GRAN SUCESO LITERARIO

Una de las críticas que más fijaron la atención del público respecto á *Pequeñeces*, fué la del Sr. Balart, que vió la luz en *El reinado*.

He aquí los principales párrafos:

»Las ediciones de *Pequeñeces* se agotan con rapidez nada común en España, y á medida del éxito van creciendo en exageración las opiniones contrarias acerca de su mérito literario y de su importancia moral. Para unos es el P. Coloma el primer novelista de nuestro tiempo. Para otros el P. Coloma es, cuando más, una medianía, y su libro apenas merece figurar en el número de las obras literarias.

. . . . . .

»El P. Coloma no es un apóstol ni siquiera un sectario de »el arte por el arte.» Su obra, si no va encaminada á sostener una tesis, tiene á lo menos una intención moral francamente declarada en el prólogo y claramente patentizada en cada página del libro.

»No se le pida, pues, la indiferencia que disfrazada con nombre de imparcialidad constituye un canon muy principal de la escuela naturalista francesa. Los discípulos de Flaubert echarán de menos aquella impersonalidad que el autor de *Salambó* ponía por primera condición al perfecto novelista. El Padre Coloma no sólo muestra indirectamente sus simpatías y antipatías, sino que resueltamente expone su doctrina cuando el caso á su parecer lo requiere. En ello (bueno es recordarlo) no hace más que imitar al padre reconocido del naturalismo moderno, á Balzac.

»Rigorosamente hablando, la doctrina literaria de Flaubert debe ser la norma ordinaria del narrador; eso es lo épico en toda su pureza, por más que ni Homero mismo haya llevado las cosas al extremo de evitar todo juicio en la forma indirecta del epíteto y del calificativo. Pero en la prudente medida que para tales desahogos guarda el P. Coloma, sería injusto condenar al autor de *Pequeñeces* por aquello mismo que llevado hasta el derroche, se consiente al autor de *Eugenia Grandet*.

»A diferencia de las digresiones de Balzac, las del P. Coloma cuando otro mérito no tuvieran, se recomendarían por la brevedad: la más larga no deja enfriar la curiosidad despertada por la narración.

»Y es que las dotes del narrador constituyen la parte mas fuerte del P. Coloma. Aunque su principal propósito haya sido, como afirma, escribir una obra moral, su libro es ante todo una novela en la rigorosa acepción de la palabra: mucho más novela que casi todas cuantas hoy salen á luz con el exclusivo propósito de agradar. Yo, que por encargo—como si dijéramos por obediencia,—acabo de leer en dos días sus dos tomos, puedo asegurar que ni por un momento he necesitado esforzar la atención.

»La escuela naturalista, en Francia sobre todo, ha ido reduciendo de día en día el interés dramático de la novela hasta anularlo ó poco menos. La descripción y análisis usurpan casi por completo el lugar de la narración: y la mayor parte de las novelas francesas son meros cuadros de costumbres; extensos, enormes á veces, pero cuadros, no historias; allí se ofrecen muchas cosas á la vista, pero, en conclusión, no sucede nada.

»Hoy el interés ha pasado del suceso al *hecho*; el novelista no refiere acontecimientos: observa *fenómenos;* á la aventura ha reemplazado el *experimento*, y el autor, en vez de seguir conmovido las peripecias de una historia, observa impasible los *estadios* de un caso patológico.

»Si se cumple la profecía de Zola, pronto serán las novelas verdaderas memorias científicas sin nudo ni desenlace. Risueña esperanza para quien busque en la literatura un rato de solaz.

»Una noche (treinta y seis años ha) hubo en la calle de Zaragoza una explosión de gas que, comunicando su sacudida al contenido en la tubería completa del alumbrado, dejó á osbcuras todas las calles y teatros de Madrid. Al día siguiente el Ministerio de Fomento dirigió á la Academia de Ciencias una real orden recomendándole que investigase los medios más á propósito »para hacer incombustible el gas del alumbrado.» Aquella real orden, publicada en la *Gaceta*, valió la cesantía al oficial que la había propuesto y redactado. Hasta ahora Zola no ha sufrido tal percance: nadie ha echado de ver que, *mutatis mutandis*, su programa es el mismo propuesto á la Academia de Ciencias por el Ministerio de Fomento. Bueno es advertir que el gran escritor no ha llegado á poner en práctica su ingeniosa teoría.

»Según los síntomas, el P. Coloma no está por la incombustibilidad del gas. Y en cuanto á eso, con él me entierren. Cada parte de su novela tiene una acción principal, y las cuatro juntas constituyen la historia novelesca de la protagonista, si no desde su primera falta, por lo menos desde su primer crimen hasta su conversión, y un poco más allá. Esa acción abunda en escenas dramáticas, en cuadros animados, en lances imprevistos y en episodios interesantes, casi siempre ligados rigorosamente al asunto principal. Las situaciones cómicas alternan con las trágicas, y aunque las primeras predominan en número, hay entre las segundas alguna que obra el milagro de llegar casi á lo fantástico sin rebasar ni por un momento los límites de lo natural. Todas las escenas que preceden y preparan la muerte de Jacobo; (el anónimo del sello, la esquela de la cita, la escena del confesonario, la desaparición del coche), pódrían figurar en un buen drama romántico tan legítimamente como en una buena novela realista.

»Si al interés de la acción correspondiera la importancia de los caracteres, la obra merecería, sin restricción expresa ni mental, los elogios que le tributan sus más vehementes admiradores. Lo contrario sucede por desgracia. En toda la obra no hay un solo estudio psicológico comparable á lo que en ese punto han hecho y suelen hacer todavía los maestros en Inglaterra, en Francia y en España misma.

»Tampoco se halla nada que en cuanto á personalidad deje huella parecida á la que imprimen en nuestro recuerdo D. Abundio y el Innominado, miss Trotwod y Uriah Heep, Goriot y Rastignac, Emma y Carles Bovary, Sotileza y Muergo, Fortunata y Jacinta, Diego y el P. Manrique.

» El único carácter vigoroso de *Pequeñeces* es el de Curra de Albornoz, y aún ese deja algo que desear. En ella hay una pasión dominante: la soberbia, que la impele á ocupar siempre el lugar más visible sin reparar en los medios ni en las consecuencias de su vanidosa ambición. La soberbia la lleva á emplear en daño de su reputación y de su paz las dotes de sagacidad y constancia que debe á la naturaleza. Eso está bien elegido y bien presentado. Pero aún en la conducta de tal personaje hay cosas que no se justifican fácilmente.

» Yo por mi parte no he logrado comprender bien as razones de la Albornoz para rechazar el cargo palaciego solicitado con tanto ahinco. El temor de verse abandonada por sus secuaces resulta pueril en lquien tan á fondo debe conocerlos. El recelo de hallarse algún día postergada por un cambio dinástico, tampoco me parece digno de su perspicacia. La tolerancia de nuestras costumbres políticas no se presta á tales rigores. Todo el mundo conoce personajes muy respetables que, después de ilustrar los salones de Palacio en tiempo de D. Amadeo, han visto honrados los suyos con la presencia de las personas reales en tiempo de D. Alfonso.

» Esa es una de las muchas pequeñeces que el Padre Coloma se ha dejado en el tintero.

» A pesar de todo, el carácter de Curra es el más sostenido y el más profundo de la obra.

» El de Jacobo, que le sigue en importancia como factor de la acción, no llega con mucho al de su cómplice, ni en profundidad ni en consecuencia.

»Las aberraciones que lo apartan de su órbita normal son tales, que el mismo autor las reconoce y procura justificarlas cuando, refiriéndose á una de sus anomalías, la deja, según dice, «envuelta en las nubes vagas é indecisas que habrá notado siempre el lector, así en las cosas como en el carácter de este histórico personaje.» (Tomo II, pág. 275.) A pesar de tal paliativo, el descuido de Jacobo, cuando por desidia deja de utilizar las cartas conseguidas á costa de tantos afanes, no tiene para mí más explicación que la dificultad de llegar con otro expediente al trágico desenlace meditado por el autor.

» Entre los demás personajes, Diógenes y la Villasis son indudablemente los más vivos. El tío Frasquito no pasa de ser una caricatura exagerada hasta lo inverosímil. Los demás del acompañamiento, á excepción de Butrón, que también tiene fisonomía propia, se confunden en un baño común de maledicencia que no permite distinguir á uno de otro.

» Suprimid el dedo del Sr. Pulido, las indigestiones de Villamelón, el adjetivo que sirve de muletilla perenne á Leopoldina Pastor, y veréis á qué quedan reducidos.

» No; no es el retrato el fuerte del P. Coloma: la misma Curra resultaría un poco gris en la galería que puede formarse con algunos personajes de *El escándalo*, *Pepita Jiménez*, *La desheredada*, *Sotileza*, *Morriña*..... y otras, y otras, y otras novelas españolas.

» El digno é ingenioso jesuíta, en sus años de vida seglar, debió dedicarse á estudiar las costumbres más bien que los caracteres de los hombres. En su obra resultan los retratos inferiores al fondo, por lo menos en cuanto á viveza de colorido.

»Desgraciadamente, no me considero competente para juzgar en ese punto la exactitud de su paleta, con perfecto conocimiento de causa. Ni siquiera por autoridad ajena puedo guiarme, porque en tal materia andan muy discordes los pareceres. Creo, sin embargo..... (pero entiéndase bien que mi afirmación se reduce á un mero acto de fe), creo, decía, que algo y aun algos debe haber de verdad en el juicio que de cierta sociedad tiene formado el experto jesuíta; y lo creo, primero porque, de tejas abajo, lo malo y lo mediano abundan en todas partes más que lo bueno; después, porque el lujo y la holganza no suelen ser los aguijones más eficaces de la virtud, y últimamente porque la murmuración y el teatro y el circo y la Castellana y el Retiro y el Casino y el Velez-Club, son rendijas bastante más desahogadas que la de Píramo y Tisbe, por donde quien no sea ciego ni sordo puede ver y oir algo de lo que el P. Coloma tiene observado sin duda con más espacio y comodidad. Verdad es que yo llevo mucho tiempo alejado de todo observatorio; pero conviene advertir que mis escasas observaciones datan precisamente de la época elegida por el autor para sus narraciones; y además que, dado el lento



CAROLINA VALENCIA

curso de toda evolución social, no es de esperar que en quince años haya sufrido España en el orden moral transformaciones radicales, cuyos síntomas, por otra parte, no se descubren hasta ahora. Si por dicha yerro en mi suposición, me alegraré muy de veras; y creo que el P. Coloma será el primero y mayor partícipe de mi alegría.

» Sin ser lo que hoy se llama un colorista brillante, dibuja y pinta nuestro autor con viveza suficiente para no aparecer descolorido en la narración. — Dentro del naturalismo francés ha habido á un tiempo dos escuelas distintas en cuanto al empleo del colorido: la de Zola y la de Flaubert; la docente y la..... (¿cómo diré yo?) la *indocente*. — Perdónese la palabra y pronúnciese con cuidado para que no vaya á resultar fallida la distinción. Zola, adoptando y mejorando el procedimiento de Balzac, se engolfa en el detalle hasta el abuso. Flaubert, más sóbrio y al mismo tiempo más brillante, se fija sólo en los rasgos característicos á la manera de Víctor Hugo; y eso precisamente da tan singular relieve á sus magistrales pinturas.

«El P. Coloma, sin competir en el vigor con uno ni con otro, imita en la sobriedad al autor de *Madame Bovary*. La manifestación de las mantillas, el baile en casa de Butrón, la junta de damas y el oratorio abandonado son cuadros trazados con economía, pero con seguridad de líneas.

«El libro está escrito *sans façon*: en el estilo suelto natural y poco castigado de un hombre de mundo y de talento que redactara sus memorias para uso privado de su familia. Ese descuido, que rara vez frisa en desaliño, será para algunos la tacha principal de la obra; para mí constituye uno de sus principales atractivos.

«El P. Coloma no es un maestro como Flaubert ni un refinado como los hermanos Groncourt. Su forma, aunque menos correcta y mas graciosa, tiene mayor semejanza con la llaneza de Zola, cuyas obras debe haber estudiado despacio el ingenioso jesuita. La supresión de nexos, la costumbre de expresar en forma indirecta el pensamiento de los personajes, la soltura con que pasa de la narración al diálogo sin unirlos con los molestos alfileres del «dijo» y el «exclamó,» son rasgos característicos del gran novelista francés.

«Así lo imitara en la riqueza y en la corección gramatical. Su vocabulario es escaso y su sintaxis un tanto arbitraria. Si el difunto marqués de Butrón, tan purista y tan pulcro, resucitara para leer la novela, se moriría otra vez al oir alguna frase que el autor le atribuye sin átomo de malicia.

«Todas estas son pueqeñeces, convenido; pero, al fin, de *Pequeñeces* hablamos.

»Lo que mas perjudica al libro es la falta de amor, en el sentido lato y genérico de la palabra. No me refiero á las aventuras amorosas que en otras novelas hacen el gasto, y que aquí, por la índole del asunto, no tenían fácil cabida. Lo que echo de menos es la ternura comunicativa que podría descubrirse alguna vez, aunque solo fuera de la boca de los niños.

»El autor, en otro libro, ha reprobado «esos cariños grandes y profundos, pero que, desprovistos »de toda idea sobrenatural, podrían muy bien llamarse paganos: sentimientos blandos, pegajosos, »sensuales, que no parece sino que salen de la carne »y van á parar á la carne, como si fueran moléculas »y no los espíritus los que se atrajesen y amasen.» — Yo creo, por mi parte, que el amor, aun en sus manifestaciones mas humanas, es algo superior á una atracción de moléculas. Pero creo también que, mientras el alma vive unida con el cuerpo, la supresión absoluta de esa atracción natural convierte al amor en algo tan abstracto que con facilidad deja de ser un sentimiento fecundo y pasa á convertirse en una idea, cuando no en una vana palabra sin eficacia ni sentido.»

X.

EL LICENCIADO BALTASAR PORREÑO

HISTORIADOR Y POETA DEL SIGLO XVII.

Entre los escritores de todo género que dieron gloria al siglo de oro de nuestras letras y al que le sucedió, existen algunos á quienes no se ha estudiado con la detención á que son acreedores por su talento, su laboriosidad y los fines á que se encaminaban en sus obras. No ha sido ingrata la posteridad con aquellos que mas sobresalieron, pero no todos los cultivadores de las letras entonces, han alcanzado el tributo especial debido á su memoria, recordando sus escritos y merecimientos. Algunos de estos, á quienes nos referimos lograron en su época el aplauso de sus contemporáneos y si bien pudiera ser en parte nacidos de la amistad ó el afecto y por lo tanto extremado á veces, otros fueron ganados en buena lid y con las armas del saber y la inteligencia.

En este último caso se halla el Licenciado Baltasar Porreño, cuyo nombre es poco conocido, á pesar de los elogios de varones tan insignes como Lope de Vega y otros.



TIEMPOS DE ANTAÑO: LAS SILLAS DE MANO

Gloria de Cuenca, Baltasar Porreño,
En el verso latino castellano
De tanta erudición se muestra lleno,
Cuanto puede alcanzar límite humano,
Tulio español, Demóstenes cristiano.

Tales son los versos que dedica al sabio licenciado el *fenix de los ingenios*. Aun concediendo la exageración ó benevolencia en este género de encomios, siempre queda que no pueden ser dirigidos al deberse á tan autorizadas plumas, sino á personas de superior y reconocido mérito. Tenialo, á no dudarlo, el sacerdote conquense, de cuyas obras y en particular de uno de gran rareza en el día, nos proponemos dar una sucinta idea en este pasaje.

Aquella á que nos referimos, lleva el título siguiente: *Oráculos de las doce Sibilas, profetisas de Cristo Nuestro Señor entre los gentiles*. En la portada de la misma se expresan la patria y profesión de su autor. Era natural de la ciudad de Cuenca y cura de las villas de Sacedón y Córcoles. Hállase su libro dirigido á D. Lorenzo de Figueroa, caballero de la Religión de San Juan, embajador por esta sagrada Orden en la Corte, y obtenía la encomienda de Pazos, Arrenteiros y Peñaban. Fué impreso en la mencionada ciudad de Cuenca en 1621. Daremos una idea de su contenido, teniendo á la vista el ejemplar que poseemos. Preceden á su texto varios sonetos laudatorios, según costumbre de época, entre los cuales se lee alguno digno de ser recordado, como es el del hermano del autor, también eclesiástico y colegial de la Universidad de Alcalá. Es el siguiente:

Donde entre verdes ovas y espadañas
El caudaloso Jucar se desliza
Y con sus dulces aguas fertiliza
Juncias, mitos, praderas, hiedra y cañas.
Allí escriben las Musas tus hazañas
En olmos; y tu nombre se eterniza,
Que eres Fénix que envuelto en su ceniza
Alegra, oh Jucar, cuanto alegre bañas.
Nunca habrá olvido ó tiempo que consuma
Tus hechos y tu nombre sublimado
Siendo tal que en un árbol medra y crece.
Das luz á nuestra España con tu pluma,
Y el Parnaso de Musas habitado
Con flores de tu ingenio reverdece.

Síguese después un discurso en que se trata de las Sibilas en común, y á continuación los que dedica á cada una de estas, cuyos nombres son Persia, Líbica, Délfica, Cumana, Europea, Cunca, Tibrertina, Trigia, Egipcia, Samia Helespóntica y Eritrea. Precédenles los retratos en malos grabados en madera y acompaña á cada uno la traducción en octavas de los versos latinos puestos al pie de aquéllos. En él, todo en prosa, se trata de la vida y excelencias de cada una de las Sibilas. Curioso es seguir al licenciado Porreño en su disertación sobre estas maravillosas mujeres, y apreciar el detenido estudio que debió hacer de tal asunto, así como su copiosa erudición.

No pocos escritores que han tratado de las mismas, las consideran llenas del espíritu de Dios ó que llevaban á Dios en su pensamiento, porque á Él sólo reconocían como único y Omnipotente, sabiendo las cosas que estaban por venir como profetisas que eran, según el significado del nombre romano de Sibila. Es opinión del Angélico Doctor Santo Tomás y otros ilustres autores sagrados, que estas inspiradas mujeres conocían la venida de Cristo al mundo.

El licenciado Porreño se apoya en tan respetables textos para demostrar en su libro que de ellos provenía, así como de los Profetas, el anuncio del más memorable y fausto acontecimiento para la humanidad á la venida del Mesías para ser su Redentor.

Y no sólo los Doctores de la Iglesia confirman sus juicios, sino también los profanos, quienes dan autoridad á las palabras de las Sibilas. El poeta Juvenal, deseoso de que no se dude de la veracidad de sus versos, se expresa así en el siguiente:

Credite me vobis solium recitare Sibillae.

Parece, en efecto, que no sólo quiso el cielo anunciar al pueblo de Israel por medio de sus profetas, la venida al mundo de su Redentor, sino que también se valió de las Sibilas en los pueblos gentiles para que de nadie fuese ignorado tan extraordinario suceso que había de cambiar el modo de ser de los moradores de la tierra. Estas mujeres, dotadas de excepcionales cualidades, procederían de diferentes partes del mundo, y su origen se ha confundido en algunos, con las tradiciones mitológicas y los misterios de la religión pagana. Poseían esa misteriosa atracción que tiene todo lo maravilloso y sobrenatural y sus palabras eran tenidas como oráculos. Los *libros sibilíticos* debidos á Heroptita ó Amalbea, comprados á ésta por Joaquino, se custodiaban por sacerdotes paganos y servían de consulta en los grandes acontecimientos. Estábales prohibido á los duunviros fuesen vistos por persona alguna é incurrían en la pena de muerte, si faltaban á este precepto ó permitían sacar copias de ellos. El incendio del Capitolio los destruyó, pero reuniéronse en Roma otros nuevos que fueron encerrados por orden de César Augusto en doradas arcas. Cicerón debió conocerlos, pues elogia el arte en que se hallaban escritos. Hubo, asimismo falsas Sibilas como existieron falsos profetas, y así lo demuestra en su libro de la verdadera y falsa profecía el Doctor Juan de Horozco y Cobarrubias, según recuerda el licenciado Porreño. Los que usurpaban tal nombre, se hallaban inspirados por los malos espíritus.

Refiriéndose el ilustrado sacerdote conquense á la Sibila Eritrea, la más antigua según afirma Lactancio, reproduce el acróstico á ella debido cuyas letras iniciales forman las palabras; *Jesucristo Hijo de Dios Salvador*, al cual se refiere en su *Ciudad de Dios* el insigne San Agustín. El mismo autor del libro de las Sibilas traduce en versos castellanos el expresado acróstico, echándose de ver en ellos las dificultades que ofrece la forzada colocación de las letras en el principio de los mismos. Los que están al pie del retrato de la misma Sibila son los que á continuación copiamos para dar á conocer la forma en que se hallan otros semejantes al frente del de cada una de aquellas célebres mujeres. Dicen así:

El Verbo Eterno bajará del cielo
Y nacerá de una doncella hebrea,
Y tendrá con su venida gozo el suelo
Y alcanzará la gloria que desea;
Y todo será regalo, por consuelo,
Y porque el mundo con sus ojos vea
La faz de Dios eterna y soberana,
Tomará de una Virgen carne humana.
Padecerá desde sus tiernos años
Pobreza, desnudez y dolor fiero,
Todo por reparar los grandes daños
Que en el mundo causó el padre primero;
De la fiera serpiente los engaños,
El trato doble, el silbo lisonjero
Serán deshechos con la sangre bella
Que verterá en la Cruz, muriendo en ella.

No citamos los anteriores versos como modelos de perfección, pero en ellos se revela el espíritu piadoso del autor de esta obra, apenas conocida y de la que solo existen rarísimos ejemplares. Las demás debidas al mismo, son las siguientes: *Memorias de las cosas notables que tiene la ciudad de Cuenca y su obispado para la inteligencia del Mapa dedicado en esta Memoria á D. Pedro Carrillo de Mendoza, Conde de Priego y Mayordomo de la Reina nuestra Sra. Ms. original y autógrafo de curiosa lectura. — Vida y hechos del Cardenal D. Gil de Albornoz, Arzobispo de Toledo, Capitán y Legado General de Italia, fundador del insigne Colegio de San Clemente de los españoles en la ciudad de Bolonia: Cuenca, 1626. — Historia del Rey D. Alfonso el Bueno y Noble, noveno de este nombre entre los Reyes de Castilla y León, compuesta por mandado del ilustre Sr. D. Enrique Pimentel, Obispo de Cuenca*: Ms. 1624, no mencionado por D. Nicolás Antonio.—*Libro de la limpia Concepción de la Virgen María, Madre de Dios y Señora Nuestra, recogido de lo que se halla escrito en favor de este misterio en Concilios, Papas, Revelaciones, Milagros, Iglesias, Patriarcas, Cardenales, Arzobispos, Obispos, Doctores de la Iglesia, Emperadores, Reyes, Religiones, Universidades y Mujeres santas: Cuenca, 1620. — Dichos y hechos del Sr. Rey D. Felipe II el Prudente, Potentitivo y Glorioso Monarca de las Españas y de las Indias*: Madrid, 1663. Existen otras ediciones de esta obra, dos anteriores de Sevilla, 1623 y 1627, y otra de Bruselas, 1666.

En el libro de Fray Diego de San José titulado *Compendio de las solemnes fiestas que en toda España se hicieron en la beatificación de nuestra B. M. Teresa de Jesús*, figuran entre los distinguidos poetas que contribuyeron á su formación el Licenciado Porreño. Bien merece ser recordado escritor tan laborioso, entre los que dejaron en tiempos ya apuntados tan notables muestras de su erudición y saber, en obras casi desconocidas hoy, pero que siempre serán dignas de estudio.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

UN PASEO POR MALLORCA [1]

(Continuación.)

Sin ser una capital de primer orden, ni mucho menos, Palma gusta generalmente á cuantos la visitan; pero el campo mallorquín, con sus costas festoneadas, abruptas y frondosas, con sus bosques seculares de pinos, encinas, almendros, olivos y algarrobos, con sus valles, gargantas y montañas arcádicas, con sus habares y viñedos, y, sobre todo, con sus casas de labor ó *predios*, como aquí les llaman, grandiosos por lo pintoresco y poético, aunque no por lo feraz y rico, no tiene rival en el mundo.

He visitado algunos de los alrededores de Palma, tales como Son Puig, Son Berga, Bendinat, Son Raxa, Son Sapiña, etc., y otros más distantes como Miramar; Son Marroig, Bini Korani, etc.; y he hecho también una ligera excursión á Valdemosa, Dea y Soller, todo lo cual me ha puesto en el caso de poder apreciar por mí mismo las bellezas campestres de esta isla incomparable. Su terreno, al parecer volcánico, alfombrado en su mayor parte de vegetación risueña, no puede ser más pintoresco, ni más adecuado para suscitar en la mente del viajero imágenes idílicas y pastoriles. A dos kilómetros de la muralla de Palma, isla adentro, qué silencio y soledad tan deliciosos, interrumpidos de tarde en tarde por alguna galera tirada por mulas, ó ligero carrito que rápidamente cruzan aquellos caminos excelentes y bien calzadas carreteras que cruzan la isla en todas direcciones, ó por las esquilas del ganado que medio oculto entre matas y hierbas aromáticas pace tranquilamente en la ladera del vecino monte; ó por el chirrido persistente de la carreta, que conduce carbón á la capital; ó por la campana de la ermita, que, hasta en los rincones menos poblados, invita al campesino mallorquín á que frecuente la pobre fábrica, pero

1 En la primera parte de este trabajo, publicada en el anterior número de esta *Revista*, entre otras de menos bulto se escaparon las siguientes erratas: pág. 141, colum. 1.ª, lín. 16, dice *pirdose* en vez de *pidose*; colum 3.ª, lín. 27 dice *Herdaguer* en vez de *Verdaguer*; página 142, colum. 1.ª, lín. 43, dice *reconce* en vez de *recorre*; y página 143, colum. 1.ª, lín. 8, dice *atenían* en vez de *aterran*.

siempre grandiosa casa del Señor y con sus toques alternativos parece decirle: *trabaja y ora;* ó en fin por el *payés* agricultor ó transeunte, que trabaja y descansa, va y viene, sube y baja, cantando con tonadilla tan dulce como monótona:

Demunt lo front de la serra,
Bé pots, cor meu, reposar
Suspés entre cel y terra,
Sobre l'abisme del mar [1].

El ciudadano que de repente se pone aquí en contacto íntimo con tan hermosa naturaleza, siente como impulsos instintivos de aprovechar aquella soledad y silencio poéticos para correr, gritar, tenderse á la bartola sobre el blando césped, tomar la sombra y hasta la siesta al pie del añoso olivo, trepar al gigante algarrobo, apostrofar al mar desde la cumbre, reirse de las pompas y vanidades del mundo, sorprender los secretos del *Cosmos* descifrando sus páginas misteriosas, meditar en lo suprasensible sepultándose para ello en alguna cueva de granito ó celda vegetal, fabricada por los siglos en los carcomidos troncos de árboles milenarios, escalar las nubes, subir en profecía al cielo para soñar despierto con las delicias de la gloria y descender otra vez á esta tierra para repetir con el maestro Fr. Luis de León:

Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.

Todo esto y mucho más imaginábame yo por aquellos campos, montes y cañadas, y tanta y tan poética es la inspiración que el panorama produce, que no se necesita ser poeta para escribir buenos versos en aquellas florestas, ni novelador para idear regocijada fábula, de esas que huelen á tomillo y ajedrea, y saben á leche y miel en aquellos *predios.*

Cuyos soberbios edificios participan del palacio y de la granja, pareciendo lo primero por sus escudos de armas, grandes patios, cocheras anchurosas, oratorios que semejan iglesias, escaleras solemnes y habitaciones del principal, dispuestas cómoda y hasta lujosamente para alojamiento de familia numerosa con sus huéspedes; y pareciendo lo segundo por los departamentos inferiores y dependencias adyacentes, tales como cuadras, cortes para la cría de cerdos, corrales, palomar, almacenes, graneros, horno de pan cocer, molino harinero de vapor ó de viento (porque escasean en la isla los saltos de agua corriente,) lagares, alambiques, bodegas, almazanas, algibes, eras para la trilla, pajares, parideras y, en suma, todo cuanto pueda necesitarse y aun apetecerse en una granja palacio, tanto para el cultivo y explotación de la finca, cuanto para la distracción y comodidades de sus ricos propietarios. Muchos de estos predios valen doscientas, trescientas y hasta cuatrocientas mil libras mallorquinas, aunque me ha parecido que sus rentas no guardan proporción con el precio que, por afección sin duda, se les atribuye.

Lo que principalmente admira y aun asombra al extranjero, en estas fincas, es el olivo añoso, secular, anterior indudablemente á la reconquista, que campea, formando bosque, en aquellos inmensos olivares. En 1881 tuve la dicha de ver por mí mismo los ocho olivos del huerto de Getsemaní, en Jerusalén, que según tradición veneranda y no interrumpida son los mismos ó, por lo menos, retoños de aquellos olivos á cuya sombra oraba é instruía á sus discípulos el Salvador del mundo. Apenas tienen ramas, ni hojas: sus troncos, en cambio, son descomunales, midiendo uno de ellos ocho metros de circunferencia, y presentando su corteza aspecto tan vetusto, que se parece más á la escabrosa de la secular encina que á la lisa y brillante del olivo joven. Están completamente carcomidos y casi huecos, tanto que rellenan sus cavernas y forman en torno un montecillo de tierra apisonada para que el viento no los arranque. Pues bien, aspecto parecido y aun más vetusto, si se quiere, ofrecen los olivos mallorquines. Notoria y por todos los botánicos reconocida es la longevidad de ciertos árboles y del olivo sobre todo. «Nadie ha puesto dificultad en conceder á la famosa encina de las Ardennes mil seiscientos ó más años de existencia. Sabido es que muchos tejos viven hasta tres mil años. La tradición señala á una higuera que hay cerca de Nerbuda dos mil quinientos años. El *baobad*, medido en las orillas del Senegal por Adansón, de donde el nombre de *Adansonia digitata* dado á tan curioso vegetal, tenía, según el célebre naturalista, más de seis mil años de existencia. Humboldt vió en América cipreses cuya edad, según sus cálculos, sería de cuatro á seis mil años. Finalmente, aseguran los botánicos que no baja de cuatro mil la del castaño del Etna. Tiene de circunferencia cincuenta metros. En el hueco de su tronco se construyó una cabaña, que sirve de habitación á un pastor y de aprisco á un rebaño.» ¿Quién, en vista de estos datos, pondrá reparos á mi aserto? Para mí es indudable que Don Jaime I el Conquistador de Mallorca pudo ya descansar de sus guerreras fatigas, en 1229, á la sombra de estos incomparables olivos.

Naturaleza potísima é inagotable, parece que haya echado el resto en la determinación de tanta y tan extraña figura como ofrecen sus troncos y ramas. Semejan unos haces de columnas irregulares, que se apiñan formando descomunal tronco, con fuerza bastante para sustentar la pesadumbre, no de media docena de ramas raquíticas, sino de la cúpula de Miguel Angel; afectan otros la figura de pirámide truncada, compuesta de enormes y cortezudas verrugas superspuestas, de cuya cúspide surgen retorcidas ramas y ramillas, cargadas del oleaginoso fruto; ofrecen éstos en las profundidades de su tronco cavernas de todas dimensiones y figuras socavadas por la acción lenta y segura de los años, la carcoma y las aguas; presentan aquellos en su base cuantas caprichosas combinaciones hubiera podido idear el arboricultor más inteligente, entrelazando distintos troncos, ingertándolos por aproximación, torciéndolos y separándolos de manera, que allí queden arcos, agujeros y ventanas, por los que, no solamente se cuela la luz, sino que pueden pasar también bestias y hombres; y adoptan todos posturas tales, recortes tan abigarrados y siluetas tan ingeniosas, que, en cualquiera de dichos olivares durante tranquila noche de luna, ó en medio de tempestad imponente, á poco que la imaginación ayude, creyérase uno transportado de repente á la mansión de las sombras y que todo aquel mundo vegetal y maderable se le venía encima, agotando la mímica de sus trajes y contorsiones para volverle loco. ¡Tanto choca y hasta impone aquel insitado lujo de líneas y superficies irregulares, quebradas y ondulantes!

Y cuenta que no á mí solo ha producido tan poético efecto la arbórea vegetación mallorquina. Piferrer, en su ya citada obra, dice á este propósito: «Quien no haya saludado la primera luz en esos países risueños donde las altas y henchidas espigas se columpian en derredor de los almendros, algarrobos, higueras y olivos, donde los manzanos y los melocotones asoman su faz rubicunda lejos ó cerca de las corrientes, y en cuyas laderas las auras azotan las doradas pomas de los naranjos y limoneros; quien no haya gozado jamás la dicha de visitar alguna de esas comarcas alegres y venturosas, donde la agricultura como reina exclusiva difunde y mantiene la paz, el contento, la sencillez de costumbres y el respeto á las tradiciones heredadas; mal podrá por una descripción figurarse las formas innumerablemente variadas y á cual más caprichosas y fantásticas, con que aquellos troncos venerables distraen los ojos é inundan de embeleso y admiración hasta al que desde su infancia aprendió á ingentarlos y á podar su elegante ramaje. Abiertos unos en su pie, semejan dos árboles que plantados á corta distancia suben á abrazarse y á confundirse en uno; otros rasgados en alguna de sus caras fingen capillas silvestres, en que las rayas y hendiduras de la corteza son los relieves y los calados; estos se ofrecen á los ojos como una grande y original maceta, de la cual nacen los desparcidos y bellos ramos; los nudos que sobresalen en esotros se combinan con las líneas de tal modo, que les comunican apariencia humana, á guisa de aquellas selvas encantadas de que nos hablan los romances; los hay que remedan animales fantásticos y monstruos espantables; y todos presentan formas á propósito para ejercitar la imaginación, materia abundante al paisajista.» Pero créeme, amigo mío, ni Piferrer ni yo podemos darte aproximada idea de aquellos primores naturales, trabajados por los siglos, que admiré yo en Son Puig, recorriendo los olivares vetustos de D. Salvador Morell. Hasta el fotograbado sería impotente para reproducir con fidelidad aquellos troncos milenarios.

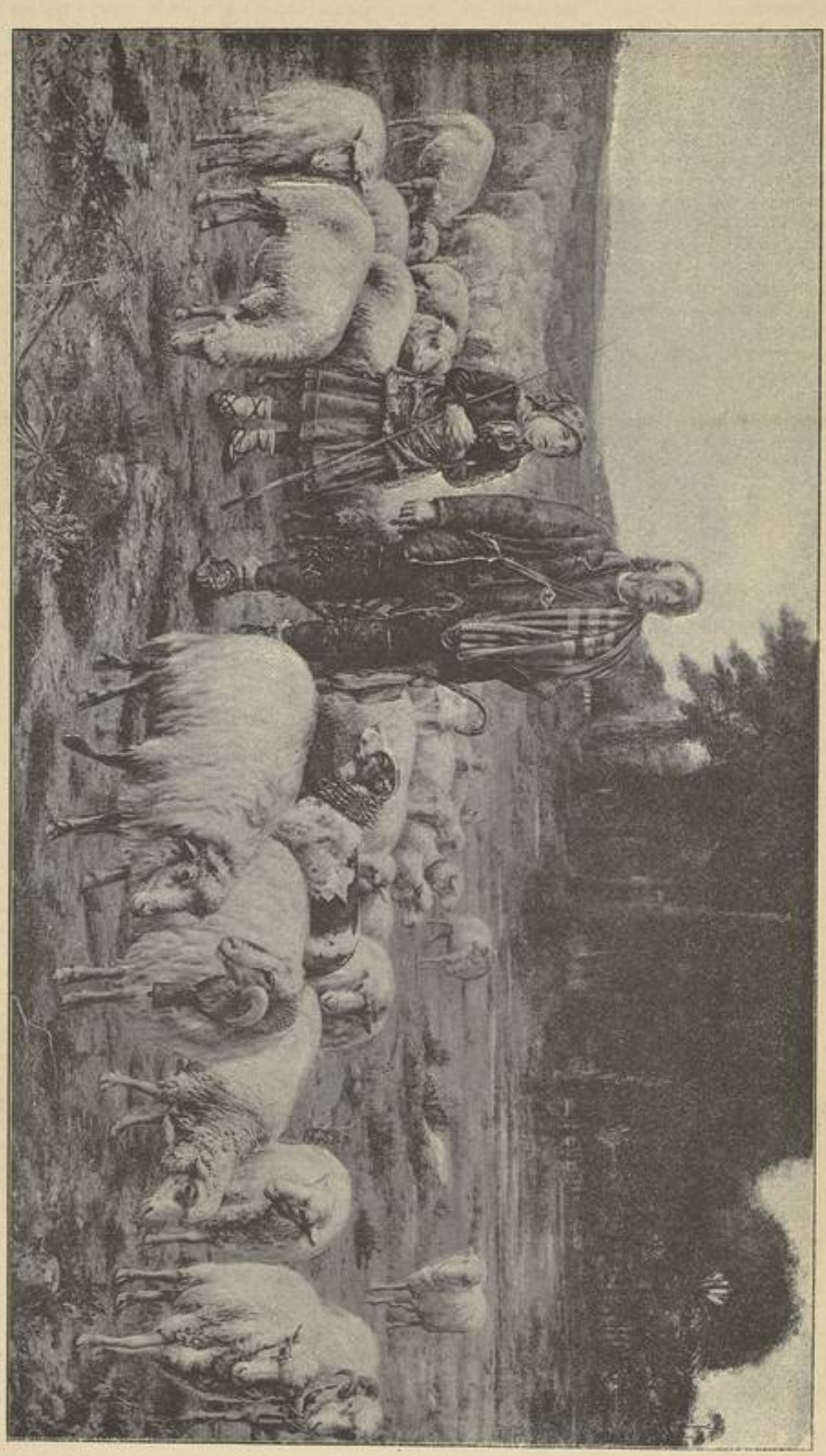
***

Desde Son Puig, por terreno cada vez más abrupto y pintoresco, remontando una garganta, á orillas de gracioso torrente, subimos á Valdemosa, con el propósito de ver al pueblo, que entre huertas escalonadas y olivares, dominando una cañada bravía, ocupa la más poética posición que puede imaginarse, á mano derecha, en la agreste falda del Teis; y la Cartuja, que con aires tanto de convento como de fortaleza, entre cipreses y palmeras, á mano izquierda se levanta. Agradecido el rey Don Sancho á las excelentes condiciones higiénicas de aquellas alturas, que suavizaban, ya que no curasen del todo el asma que padecía, levantó allí un castillo en 1321, cuyo edificio regaló el rey D. Martín, en 1399, al monje profeso de Scala-Dei y jurisconsulto Pedro Solanes para que fundara en él un monasterio de su Orden. Así se hizo, consagrando la iglesia, en 1446, D. Juan de Aranda, Obispo de Albania; pero, aumentando con el tiempo la comunidad, en 1737 dieron comienzo las obras de la iglesia actual que se bendijo en 1812, y en donde se han cantado las divinas alabanzas por los cartujos hasta la exclaustración general de las Ordenes monásticas. La Cartuja de Valdemosa pertenece actualmente á varios particulares, que viven ó veranean en las antiguas celdas de los cartujos, permaneciendo aún abierta al culto público la iglesia, que custodia un sacerdote, agregado á la parroquia de Valdemosa.

Nada notable ofrece el exmonasterio, arquitectónicamente hablando. Un largo claustro, en cuya pared izquierda ábrense las puertas de siete ú ocho celdas, con su pequeño jardín, cocina, dormitorio, etcétera, todas ellas, usanza de cartujos; y una iglesia, pequeña pero alegre, de orden compuesto y en forma de cruz latina, con majestuoso coro y trono, en el presbiterio, para el Abad, es cuanto allí puede admirarse. En cambio, no faltan recuerdos que aquellas celdas evocan y que á la ligera apunto.

Ocupa la prioral el inteligente y generoso médico Sr. Pascual, que nos obsequió acompañándonos en su carruaje y á pie por aquellos montes y dándonos

[1] *Demunt l'alfora*, poesía de D. Miguel Costa y Llobera.



EL ANGELUS, CUADRO DE CASIMIRO IBARRA



LOS DOS POLOS DE LA VIDA

una comida opípara. Pertenece la tercera al famoso bajo D. Francisco Mateu, conocido en el mundo lírico por Uetam, anagrama de su apellido.

Allí, como en Bellva, estuvo Jovellanos y en uno de aquellos santuarios de la mortificación y del silencio escribió su impía novela *Spiridión* Mad. Dudevant, tristemente célebre con el nombre de Jorge Sand (1798-1876.) Parece mentira que se hayan escrito dichas páginas en la patria de la Vírgen de Valdemosa, cuando aquellos mismos montes y Cartuja han inspirado al Sr. Costa y Llovera la siguiente canción en honor de la Beata Catalina Tomás:

Poncella la véyam
Fer feyna resant;
Seus pare ni mare
La véyam plorar.
Pobreta, descalsa,
Trescava la vall;
Rosari non duya
(Que tot li manccá);
Mes cila ab floretes
Ó falles del camp,
Les *Ave Maries*
Anava contant.
Llavors amoroses
Les veus de la vall,
Tan bé com sabiam,
Li déyam tot bais:
Salve, floreta
De lliri blanch.

M. POLO Y PEYROLÓN

(Se continuará.)

ALBUM DE POESÍAS

LA PERLA DE HIXÉN II

ROMANCE LEGENDARIO

A C.

Sin pretensiones trascendentales de ninguna especie y sin preocuparme gran cosa de si *la forma poética está* llamada á desaparecer, (aunque sintiendo que la de mi romance no sea tan hermosa como la de tus versos), he escrito estas coplas. Si con ellas tú y el benévolo lector pasáis un rato agradable, estarán satisfechos todos mis deseos.

I

Sin un corazón amigo
Que comparta su dolor
Ni con sus tristezas llore
Ni escuche amante su voz,
Sola en tenebrosa cueva
Que le sirve de prisión,
Como pájaro inocente
Sujeto en lazo traidor,
Gime olvidada una niña
Que es hermosa como un sol
Blanca y roja la color,
Y tiene azules los ojos,
De oro el flotante cabello,
De filomena la voz,
Y el talle breve y flexible
Como el tallo de una flor.
Veinte años tiene la niña,
En noble cuna nació,
Pues su padre Nuño Ansúrez
Allá en tierras de Leon
Con dama de regia estirpe
Al casarse emparentó.
Veinte años tiene la niña,
Es su nombre Leonor
Y en ella iguales compiten
Hermosura y discreción,
Porque en más de una velada
Entre copleros brilló
Y supo enmendar á veces
Los dichos de un trovador.
Guardábala su buen padre
Con celosa precisión,
Como el avaro que oculta
Joya de inmenso valor,
Cuando de gente morisca
Presa Castilla se vió,
Y asolada por las huestes
Del indomable Almanzor
Que era fuerte como un perro
Y bravo como un león.
Por las tierras castellanas
Su gente desparramó
Como bandada de buitres
Que en espantable legión
Sobre sangrienta campiña
Se precipita feroz,
Y sorprendiendo al pechero
Lo mismo que al infanzon
Y á los solitarios monjes
Y vírgenes del Señor,
En los pacíficos campos
Muerte luctuosa sembró
Llenando aquellos lugares
De horrible desolación.
Peleando con el moro
Don Nuño Ansúrez cayó,
Bañando en su propia sangre
Los cascos de su bridón,
En el que firme se tuvo
Mientras su pecho alentó;
Y á poco, su compañera
Entregaba el alma á Dios
Pensando en su dulce esposo,
Que tanto puede el dolor
Cuando el conyugal afecto
Ha unido en un alma dos.
Huérfano el alto castillo,
Cautiva fué Leonor,
La joya de aquel contorno,
Á quien el infiel trató
Con la fingida dulzura
De liviano seductor;
Pero la casta paloma
Sus halagos rehusó
Dispuesta á morir primero
Que hacer á su honra traición.....
. . . . . .
Ya la lleva, ya la lleva
El poderoso Almanzór
En litera damasquina
Donde brilla ardiente el sol;
Ya la lleva, ya la lleva
Para darla á su señor
Como envidiable presente
Que en Castilla recogió:
Porque los planes políticos
De aquel genio destructor
Tenían por fundamento
De su rey la corrupción,
Y mientras Hixén segundo
Entre fausto y esplendor
Y odaliscas y festines
Y afeminada inacción
Gasta las escasas fuerzas
Que el cielo la concedió,
El ambicioso guerrero
Gobierna á su discreción,
Disponiendo del Estado
Con despótico rigor.
Llega á las puertas de Córdoba
Aquel soldado feroz
Que en sangre de sarracenos
Sus manos enrojeció;
Ya por sus calles tortuosas
Entre ruidosa ovación
De la plebe entusiasmada
La comitiva pasó
Llevando en rica litera
Á la hermosa Leonor;
Ya suben del real alcázar
En que Hixén los esperó
Los preciosos escalones
De pórfido brillador
Adornados con espejos
Que el veneciano pulió,
Y con palmas transportadas
De los oasis de Edom;
Ya el vencedor de Don Nuño
Al monarca presentó
La joya de los cristianos,
Hermosa como la flor
Que en los arcadios pensiles
El céfiro acarició,
Ó como gaya avecilla
Que saluda al arrebol
De la naciente mañana
Con arpegiada canción.
La hermosura de la joven
Mucho al Califa agradó,
Y de sus labios salieron
Palabras de admiración,
Ofertas de eterna dicha
Y halagos de dulce amor;
Pero la infeliz cristiana
El fiero enojo arrostró
Del insolente islamita
Que así ultrajaba su honor
Y rechazó las promesas
Con altiva indignación.
Herido Hixén en su orgullo,
En horrible furia ardió
Encerrando á la cautiva
En tenebrosa prisión.
Y desde entonces la hermosa
Que en rica cuna nació
(Pues que por sus venas corre
Regia sangre de León),
Llora sus penas sumida
En calabozo opresor
Que entre los húmedos muros
Su belleza marchitó.
Así se pasa la vida
De la cristiana Leonor,
Blanca como blanca luna,
Pura cual rayo del sol,
Cautiva en el real alcázar
Que Abderramán fabricó.

II

Murmuran las malas lenguas
Del pueblo desocupado
Que en la más vieja covacha
Del más miserable barrio
Vive un hombre misterioso
Judío, pobre y anciano.
Nadie conoce su historia,
Todos ignoran su estado,
Y hasta desconocerían
De su persona los rasgos
Si la profesión de médico
Que ejerce aquel pobre diablo
Con habilidad insólita
Y asombroso resultado,
No hubiese abierto su casa
Á ciegos, cojos y mancos,
Que de Abraham en los consejos
La salud perdida hallaron.
Y dicen los que la han visto,
Que habita un humilde cuarto
Cuyas paredes de piedra
Destilan el agua á cántaros

Como vivienda medrosa
De reptiles ó gusanos.
Por una angosta ventana
Recibe de luz un rayo
Y el aire que necesita
Para suspirar el sabio.
Son sus muebles una mesa
De pino en hierro chapado,
Una silla carcomida
Con el asiento de esparto,
Y allá, en un rincón sombrío,
Un mugriento y pobre armario
En donde guarda sus drogas,
Sus libros y sus cacharros,
Y ¡vive Dios! que sería
Digno de risa y de pasmo
Que como dice la gente,
Allí tuviese guardado
El judío, un Santo Cristo,
Para á sus solas sacarlo
Y rezar ante la imagen
Devotísimo *oficio*,
Como hacen en sus iglesias
Los que han nacido cristianos;
Porque si fuese cual dicen,
El suceso extraordinario,
Y Abraham en la Sinagoga
Orase todos los sábados
Y los viernes en su casa
A los pies del Señor Santo,
Bien afirmar se podría
Que puso aquel hombre raro
A San Miguel una vela
Y otra vela al mismo diablo.
Pero haciendo poca cuenta
De este suceso, es el caso
Que en la más vieja casucha
Del más miserable barrio,
Allá en la ciudad de Córdoba,
Habita un judío anciano,
Médico de gran renombre
Pobre, triste y solitario.
Nada lleva por sus curas
Aquel hijo de Esculapio,
Caso raro en un judío
Pero verídico caso:
Y no solamente asiste
A los que van á buscarlo,
Sino que el israelita
Caritativo ó filántropo,
Apenas el sol enciende
En el Oriente sus rayos,
Cuando abandona la silla,
Cierra con llave su armario,
Echa el cerrojo á la puerta,
Se envuelve en el sucio manto
Y va á buscar á sus lechos
A impedidos ó lisiados,
Curando á todos los pobres
Las heridas con sus manos.
Así emplea la mañana;
Y cuando en el meridiano
Brilla la luz ardorosa
Del noble rey de los astros,
Vuelve otra vez á su cueva
Aquel hombre extrafalario:
Le buscan allí en la tarde
Los enfermos desahuciados,
Ya sean niños inocentes,
Ya sean jóvenes bizarros,
Ya encanecidas matronas,
Ya muchachuelas de garbo,
Ó soldados berberiscos,
Ó viejos octogenarios.
Llénase la calle angosta
Con aquel concurso vario
De gentes de todas castas
Y enfermos de todos rangos,
Porque lo mismo el que habita
En camarines de sándalo,
Que quien su pobre miseria
Oculta con sucios trapos,
Todos acuden al viejo
En su ciencia confiados
Y no dudan de que pueda
Con sus consejos sanarlos.
Unos achacan las curas
A portentos y milagros;
Otros dicen que el judío
Es un hombre condenado
Que con el mismo demonio
Anda en diabólicos tratos;
Hay quien le cree alquimista,
Taumaturgo ó nigromántico,
Con apariencias de brujo
Y con ribetes de mago,
Que lee las medicinas
En las rayas de las manos
Y en infernales horóscopos
Y cabalísticos rasgos;
Y otros que no son tan crédulos,
Ó tan torpes ó tan cándidos,
Dicen que adquirió la ciencia
De un rabino muy nombrado
A quien sirvió lealmente
En sus juveniles años,
Y que al morir no hace mucho
Dejóle libros y frascos
Y redomas con alquimias
Y ungüentos privilegiados.....
La fama del buen judío
Llegó hasta el propio palacio
En que habita Hixén segundo
Con su lascivo serrallo;
Y llamando al alquimista
En su camarín dorado,
Con él el rey en secreto
Sostuvo el siguiente diálogo:
— ¿Eres médico?
— Lo soy.
— ¿Te llamas Abraham?
— Me llamo.
— ¿Podrás curar á una joven
Los ojos?
— Puedo curarlos.
— Y ¿qué quieres?
— Estar sólo
Con la enferma: soy anciano
Y ya mi alma no se acuerda
De sus juveniles años.
No temas, pues, que atrevido
Y de mi oficio abusando
Me acuerde de que fuí mozo,
Me olvide de que soy sabio.
Quiero estudiar los humores
De esos ojos que han cegado,
Sin más testigos que el Cielo
Que pone tiento en mis manos.
— Con tu vida me respondes
De todo lo que has hablado.
Que te entreguen la cautiva,
Vuelve á sus ojos los rayos
De sus miradas de fuego,
Y te prometo magnánimo
Hacerte pesar en oro,
Darte un suntuoso palacio,
Nombrarte *achib* de mi corte,
Regalarte cien caballos,
Y jardines aromosos
En donde vistosos pájaros
En jaulas de plata presos
Te han de alegrar con sus cánticos. —
Dijo Hixén, y prestamente
Descendiendo del estrado
Y levantando tapices
De terciopelo y de raso,
En sus secretos retretes
Escondióse alborozado.....
Y cuentan que el buen judío
Contento como un muchacho,
Las bruñidas escaleras
Bajaba de cuatro en cuatro
Con la alegría en los ojos
Y la sonrisa en los labios.
Dirigióse presuroso
A su enmohecido cuarto,
Y dicen que con presteza
Sacó el Cristo del armario,
Besóle los pies devoto,
Mirándole estuvo un rato
Y con voz enternecida
Exclamó: — ¡Gracias, Dios Santo....!—
Después tomó una redoma,
Unos polvos y unos tarros;
Escondió otra vez la imagen
De Cristo Crucificado;
Cerró con llave la puerta,
Arrebujóse en su manto,
Y alegre como unas pascuas
Y ligero como un gamo,
Oprimiendo contra el pecho
De su profesión los trastos,
Por callejuelas sombrías
Se dirigió al real palacio.

ÁLVARO LÓPEZ NUÑEZ.

(Se continuará.)

TEATROS

Á VUELA PLUMA

Ni el más insignificante estreno venía á interrumpir la monotonía de la quincena cómica.

La calma *chicha* más completa reinaba en las esferas del arte dramático.

Los autores no se dejaban influir por ese *venticello* que sopla constantemente de allende los Pirineos, y les induce, á veces, á hacer esos arreglos y traducciones que no suelen ser siempre del agrado del público.

¡Alabado sea Dios! decíamos para nuestros adentros. Quizás esta carencia de producciones *artístico-acrobáticas* sea el signo de una nueva era de regeneración; quizás los escritores no quieran ya seguir hablando por *bocas de ganso* y se propongan obedecer á su propio criterio, dejándose de parodiar á nuestros vecinos en sus inmoralidades y ligerezas.

Pero ¡ay! nuestro gozo en un pozo; ya pareció *aquello*.

Ya comprenderán ustedes que al decir *aquello* nos referimos á la obra de siempre, á la producción *fin de siglo*, cuajada de incongruencias y de inmoralidades.

¿En qué consistirá, Dios mío, esa manía constante de escribir sandeces; ese afán continuo de depravar las costumbres, de marchitar los corazones, de herir nuestras religiosas creencias?

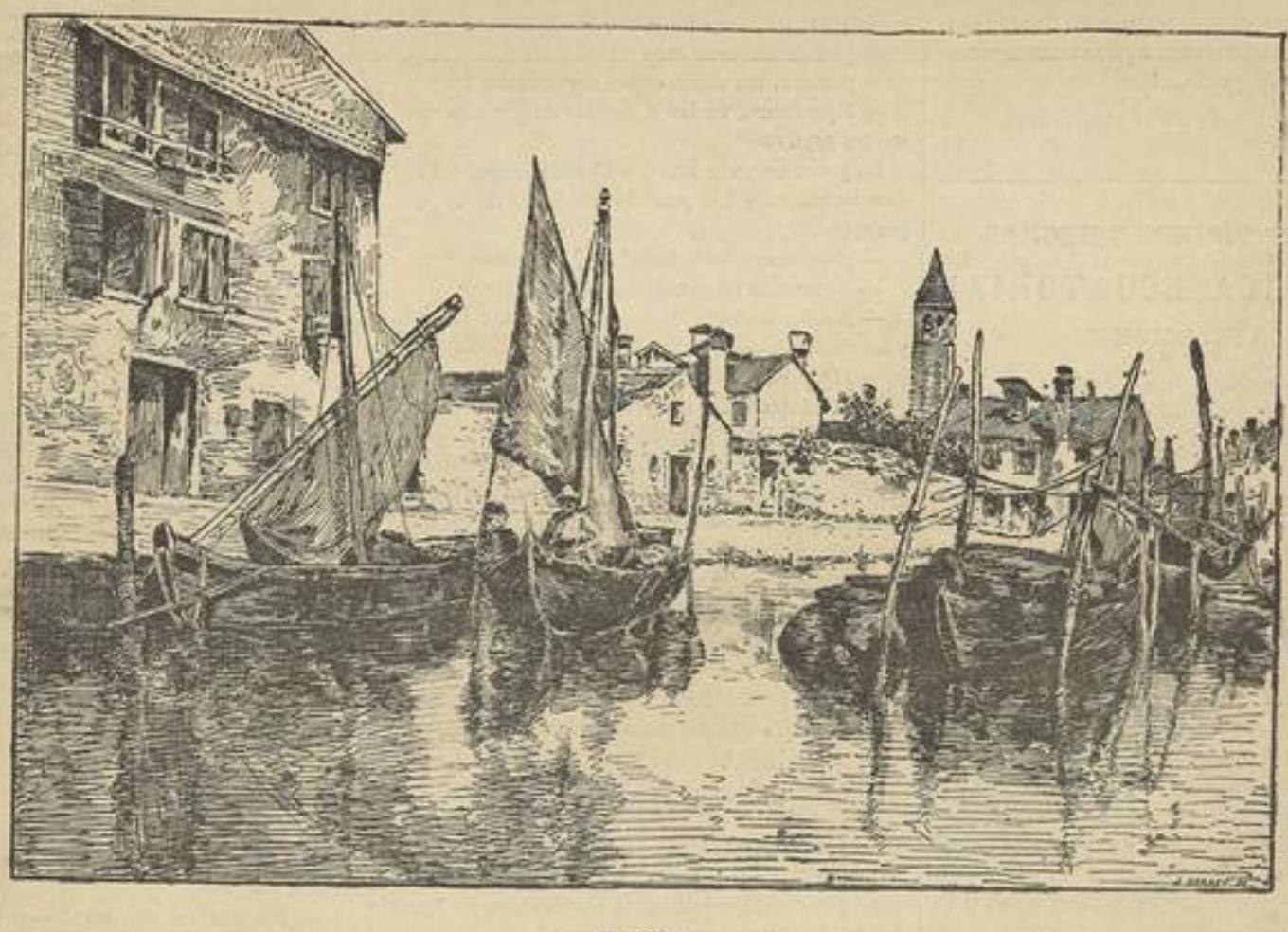
¿Qué beneficios reporta, qué honra cosecha, qué reputación ensalza, qué fama procura?

Esos hombres ó están dejados de la mano de Dios, ó Él, que todo lo puede, los reserva, en su infinita Misericordia, para que sientan algún día el beneficioso influjo de los remordimientos y se laven en las aguas de la Penitencia.

Cuando creímos que tendríamos que apelar al recurso supremo de ocuparnos de los Circos — que por cierto merecen capítulo aparte — para llenar el espacio que el digno Director de esta católica pu-



¿QUIÉN LO GANA?



MARINA

blicación ha tenido á bien reservarnos, nos encontramos con el trabajo hecho. Nos basta con referir para cumplir nuestra misión.

Hay cosas que no necesitan comentarios; se hacen por sí solas.

***

El teatro de *Apolo* fué el sitio elegido el otro día, ó mejor dicho, la otra noche, por los *libre pensadores* para hacer gala de sus diabólicas creencias.

El teatro de bote en bote, los palcos cuajados de mujeres hermosas, el paraíso, por mal nombre llamado, atestado de cabezas.

El *todo Madrid* de los estrenos estaba allí, dispuesto á emitir su opoñión y á dar su inapelable fallo—para la *taquilla*, se entiende — en la zarzuela nueva en un acto titulada *El Monaguillo*.

El título no podía ser mas *fin de siglo*, mas halagüeño, así fué que la gente acudió como moscas. También fuimos nosotros, llenos de las más tristes aprensiones, comprendiendo que algo se tramaba contra el desgraciado público que paga y calla, y contra la moral cristiana. A las ocho y tres cuartos debía haberse levantado el telón, pero hasta las nueve y media por lo menos, no gozamos de la presencia de la Campos (L.) vestida de monaguillo. Después de unos cuantos piporrazos de la orquesta, á manera de introducción, que nos dejaron más helados que el caldo gordo, pues habiendo corrido la especie de que la música era de Chueca, á todos se nos figura haberla oído antes en alguna feria y nos pareció muy por debajo de las aptitudes filarmónicas del referido maestro, principió la función.

Pasado el *diluvio* musical, y habiendo hecho algunas contorsiones el monaguillo para lucir su desembarazo, se presentó un alguacil, que parecía un anuncio del *Motín* repitiendo hasta la saciedad, ser suscriptor de la referida hoja, y haciendo alarde de inspirarse en la citada publicación en cuestiones religiosas. Y todo esto salpicado de insultos dirigidos al clero, de frases, cuya obscenidad mal encubierta, traslucíase á tiro de ballesta y reticencias tan escabrosas y mal intencionadas, que era preciso ser sordo rematado para no entenderlas. Y aún así, creemos que dada la escuela mímica *fin de siglo*, por supuesto, que ahora se estila, solo los ciegos hubiéranse quedado *in albis* de que se estaba perpetrando un crimen contra la sana moral y el sentido común.

Al oir tal cúmulo de dislates, al presenciar aquel alarde de *libre pienso*, al contemplar aquel escarnecimiento de todo lo más respetable, cual es el sentimiento religioso de todo un pueblo, aunque no lo sea de lo que se ha dado en llamar *el todo Madrid*, empezamos á mirar á nuestro alrededor esperando alguna saludadable reacción, alguna ruidosa protesta que viniera á dar en tierra con la obra desmoralizadora del Sr. Sanchez Pastor.

Pero ¡ay! el público *fin de siglo*, el público de los estrenos no repara en pelillos, y en tratándose de *libre pienso* dígiéralo con la mayor facilidad.

El sexo fuerte reíase á carcajada tendida siempre que alguna frase de doble y pecaminoso sentido llegaba á sus oídos, y en algunas caras retratábase así algo parecido al gesto del sátiro halagado en sus apetitos concupiscentes; eran rostros dignos de figurar en los bajo relieves del paganismo.

En cuanto á las damas, ¡ah! estas se reían también, y mientras la risa entreabría sus labios, nuestro corazón lloraba lágrimas de sangre, pensando en que alguna de ellas sería madre, y tendría el deber sublime, la nobilísima misión de inculcar á sus hijos, en tiernísimas inteligencias, en almas purísimas, los elevados principios de nuestra santa religión, que veía escarnecer tan inicuamente en el escenario de un teatro, sin darse por aludida, ni protestar contra semejante monstruosidad.

Puesto que el hombre *fin de siglo* hace alarde de un modo tan descarado de su despreocupación y *libre pienso*, la mujer debía hacer sentir su influencia beneficiosa, siempre decisiva en la gran mayoría de los casos, para apartarle del mal camino y atraerle al redil.

¿Cómo se consigue eso?

No sólo valiéndose de la persuasión y del sano razonamiento, sino también absteniéndose de ir á esos focos de inmoralidad, de los cuales, inconscientemente, suelen convertirse las mujeres en el más preciado adorno, al sancionar con su presencia semejantes espectáculos.

Ahora bien, volviendo al *Monaguillo*, declaramos la obra *fusilable*, de intención aviesa y pecaminosa, de música pobre y deslavazada, y aconsejamos á nuestros lectores que se abstengan de verla, como no sea para cerciorarse hasta dónde puede llegar la perversión humana, y la falta de sentido moral de los autores *fin de siglo*.

***

En la Alhambra siguen Cerbón y Riquelme haciendo las delicias de sus *admiradores*. Con sus voces enronquecidas y sus grotescos ademanes, dan idea acabada de lo que es el arte dramático español y del porvenir que le espera, si Dios no lo remedia. *Los tortolitos*, obra estrenada hace algunas noches en el referido teatro, no fué del agrado del público. Verdad es que la obra se pasaba de insulsa y los intérpretes estuvieron poco acertados, es decir, como de costumbre.

***

Los demás teatros siguen adelante con los faroles, dando obras ya conocidas, y con harta frecuencia también, la *lata* al público; pero, en fin, el que no se consuela es porque no quiere. Sobre todo, más vale malo conocido, etc..... ¡Si se trata de novedades como *El Monaguillo*.....!

MISTIGRIS.

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS
DEL ÁFRICA ECUATORIAL

POR FL. BOUHOU

Traducción del P. J. R., Agustino.

(Continuación.)

Allejóse Siriatomba: Daouda se acercó á la valla. Al resplandor de un nuevo relámpago que desgarró la nube, vió el traidor dos miradas escrutadoras fijas en él: una cabeza bien conocida acababa de mostrarse en lo alto de la empalizada..... pero esto no duró más que el tiempo de un relámpago.

—¡Nyemoena.....!—murmuró el traidor. —¡Pero no! es un sueño..... Su imagen me persigue por todas partes! ¡Será mi esclava.....! Por ella sola daré los diez esclavos prometidos y sus cargas de marfil...

El traidor franqueó otra vez de un salto la empalizada, pareciéndole distinguir una forma indecisa, como un fantasma vaporoso que se resbalaba y se perdía entre las chozas..... y luego, el silencio y la obscuridad más profunda.

—¿Si habré sido espiado?—se preguntó el infame.

Ciertas eran las aprensiones del traidor. Nyemoena, siempre desconfiada de Daouda, quedó sorprendida al saber que su hermano le había confiado uno de los puestos de los centinelas. Un secreto presentimiento alejaba el sueño de sus ojos, efecto de la preocupación, que la impulsó á dejar la estera en que dormían sus hermanas y tomar el camino de los bananos..... ¡El centinela no estaba en su puesto.....! Escucha..... y creyó haber oído un débil murmullo, una voz humana..... Yergue su frente, y elevando los brazos puede alcanzar el extremo de la empalizada: sube apoyándose en el tronco de un árbol que forma parte de la valla: quiere ver..... pero la noche está obscura..... Escucha, y oye pronunciar el nombre de su padre..... no oye más..... Un relámpago rasga la nube y ve á Daouda que la acecha.

Nyemoena descendió al punto de su atisbadero, desapareciendo como una sombra: entra en la choza de sus hermanos, donde sólo vela Caniata muy preocupado, y tomándole por la mano le conduce fuera.

—¿Qué sucede, hermana?—le preguntó Caniata.

—Vengo de los bananos.

—¿Tú?

—¡Sí!

—¿Qué has ido á hacer allí?

—Mi objeto era vigilar á Daouda..... hermano, este extraño nos va á vender..... está en relación con los Rougas-Rougas.

—Nyemoena, acuéstate, tú sueñas.

—¡No sueño, Caniata! Jamás me ha inspirado confianza el extraño que hemos acogido: desconfío de él desde ayer; mis ojos no pueden obedecer al sueño un momento; negros presentimientos me roban toda quietud. Me levanté preocupada, y mis pasos se dirigieron hacia los bananos. Daouda no estaba en su puesto. Subí hasta el extremo del cercado; pero nada distinguían mis ojos en la obscuridad, aunque he oído perfectamente cuchichear y que una voz ha pronunciado el nombre de nuestro padre Sindesé..... De repente brilló un relámpago y á su resplandor vi la cara de Daouda: volví precipitadamente, y heme aquí.

—¿Es exacto todo eso?

—¡Exacto, tan cierto como soy cristiana!

—Nyemoena, vuelve á descansar: procura dormir un rato.

La joven negra se retiró, y Caniata despertó á sus dos hermanos y les puso al corriente de lo que sucedía.

—¡Nyemoena ha soñado!.... dijo Moame.

—Nyemoena ha soñado!.... repitió Moene

—No ha dormido, hizo notar Caniata: ha oído y ha visto.

—¿Qué vamos á hacer, Caniata?

—¿Cuántas horas de reposo han transcurrido ya, hermano?

—¿Cómo saberlo...? No vemos las estrellas.

—Yo no he dormido,—dijo Caniata,—y estoy en vela hace mucho tiempo. Será mala noche.

—Moamé, tú irás á relevar á Daouda y tú, Moené, quedarás conmigo: vamos á hacer algunas preguntas á este extraño.

A los diez minutos el traidor estaba en su presencia.

—¿Qué ha habido de nuevo en la primera parte de la noche?—le preguntó Caniata.

—¡Nada!

—¿Es cierto?

—El chacal y la hiena han pasado.

—¿Nada más?

—¡Nada más!

—¿Por qué has saltado la empalizada, y a quién has hablado debajo de los bananos?

—He franqueado la empalizada, para ver mejor si el chacal y la hiena eran Rougas-Rougas, y he hablado á mis *gris-gris*.

—Efectivamente: aún no eres cristiano. Lo serás algún día y entonces sabrás que los ídolos no son más que malos espíritus que pasan por el aire, monstruos que se burlan del pobre negro para quemarle después de la muerte, fuera del cielo de los cristianos. ¿Y qué has dicho á tus *gris-gris*, á esos espíritus malos?

—Les he suplicado que protejan á Sindesé, á su familia y á toda la tribu.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿No has visto nada?

—Sí: un gran relámpago.

—¿Y en el relámpago?

—Un fantasma.

—¿No has reconocido ese fantasma?

—No, porque un relámpago brilla poco tiempo.

—Evidentemente, concluyó Caniata, después de un breve silencio:—mi hermana se ha equivocado.

Moené dedujo la misma conclusión.

—Daouda es un buen amigo,—volvió á decir Caniata: —en nada ha faltado esta noche á su deber.

—¡Y siempre velará bien!—aseguró el traidor,—porque ama á los que le han acogido y por ellos, sí, luchará hasta morir.

—¡Muy bien! puedes ir á descansar.

Sólos los dos hermanos, entablaron una conversación en voz baja.

—Descúbreme tus pensamientos, Moené.

—¡Pienso que es muy triste el continuo temor de la llegada de los esclavistas, siendo libres y cristianos!.... ¿Por qué no hemos de poder cultivar tranquilos nuestros campos, y apacentar nuestros rebaños sin el temor del incendio y de la muerte..... y lo que es peor, de la esclavitud?.... ¡Cuándo llegarán los blancos en socorro de los pobres negros

—¡Ah! No lo sé, hermano mío! Pero, puesto que somos cristianos y, como tales libres, nos asiste el derecho de defender nuestra libertad y la defenderemos. Lanzaremos el grito que nos ha enseñado el capitán Joubert:

«*¡Antes la muerte que la esclavitud!*»

—¡Sí, Caniata, sí; combatiremos hasta derramar toda nuestra sangre....., y exhalaremos el último suspiro manteniendo nuestra dignidad de cristianos y de hombres libres, tan libres como todos los que han salido de las manos del Creador nuestro Dios!.... Pero ¿qué oigo, hermano mío.....?

—Es una de nuestras hermanas que está moliendo trigo,—dijo Caniata.

—Nyemoena, quizás, porque no puede dormir: vamos á hacerle compañía.

En efecto, era Nyemoena que estrujaba grano para preparar el pan de aquel día.

El molino de que se sirven los negros del África ecuatorial, se compone de un pedazo grande de granito de 50 centímetros cuadrados, próximamente con doce ó quince de espesor y de un pedazo de cuarzo ó de otra roca también muy dura, de las dimensiones de medio ladrillo. Uno de los lados del cuarzo es convexo, y se adapta á un hueco cóncavo practicado en la gran piedra inmóvil.

Cuando la mujer tiene que moler grano, se arrodilla, toma con las dos manos la piedra convexa y calcando con fuerza, la mueve en el hueco de la piedra inferior de un modo análogo al de un panadero al comprimir la masa y sin dejar de arrollar la van echando grano en el hueco de la piedra, de tal manera inclinada, que despide la harina, á medida que se produce, en una pleita preparada al efecto.

—¿Por qué no duermes?—preguntó Moené á su hermana, al sorprenderla en esta ocupación.

—No puedo dormir, hermano mío; prefiero dirigir tiernas plegarias á nuestra Madre Blanca del cielo, al mismo tiempo que mis manos trabajan moliendo grano. Estaba murmurando una oración, cuando vosotros entrábais.

—¿Qué pedías en tu canto?

—Escuchad, hermanos:

Madre del alma,
Mírame aquí,
Que mi plegaria
Llegue hasta Tí.

La flor del valle
Te ofrezco en don;
Cual ella es tuyo
Mi corazón.

Si la flor muere
Puesta en tu altar,
En él mi afecto
Renacerá.

Cuando tu imagen
Siento brillar,
Nace en mi pecho
Ansia de amar.

Tu dulce amparo
Yo siento en mí,
Haz que yo expire
Viéndote á Tí.

Aquí la trémula voz de Nienoena prorrumpió en profundos suspiros, seguidos de tristes ayes que brotaban de su tierno corazón.

—¿Pero qué tienes, hermana mía?—le preguntó Caniata. Animosa, decidida y alegre según tu costumbre, te veo sumida en el más hondo sentimiento desde ayer, efecto de alguna quimera, sin duda.

—¡Oh! No; ¡nada de quimeras, hermano mío!

Mis presentimientos evidenciarán la verdad. ¡Velad, hermanos míos, velad.....! ¡Yo tiemblo.....! No es que me arredre la muerte: bien sabéis que lo prefiero al espanto que me causaría caer viva en manos esclavistas. ¡Yo cristiana y gimiendo bajo el yugo de la esclavitud! Esto mismo temo por mis hermanas Nyandea y Marrasilla. ¡Y no vivir en el país de los blancos, donde hombres y mujeres jóvenes, consagrados á la Virgen Santa, hombres y mujeres que llevan el dulce nombre de *Hijos de María*, no saben lo que es la esclavitud, ni temen apartarse de sus moradas para depositar una oración á los pies de nuestra Madre Blanca del cielo, sin que cruce por su mente el temor de chocar con Rougas-Rougas! Cuán grande es su dicha! ¿Piensan alguna vez esas jóvenes en sus hermanas negras, expuestas, tan lejos, á todo género de peligros é infamias? ¿Saben, siquiera, que vivimos en la tierra? ¿Quién les ha narrado nuestras angustias, terrores, infortunios.....? ¿Quién se los narrará.....?

— Nada de esto se oculta en el país de los blancos — aseguró Moené. — Mil veces nos lo han dicho los misioneros y bien sabemos que el capitán Jouhert espera generosos amigos para defendernos.

—¡Cierto! — dijo Nyemoena: — soy débil, perdóneme nuestra Madre Blanca del cielo, á quien mis labios, libres ó esclavos, ensalzarán siempre: y esa bendita Madre jamás nos olvidará. Mil veces nos han repetido los Misioneros que no se verá confundido el que en ella confía. ¡Creo! ¡Creo! Porque sus labios no murmuran una sola mentira, según lo hemos experimentado en los siete años que gozamos de su amistad y que sentimos las dulzuras de su religión sacrosanta.

En estas conversaciones les sorprendieron los primeros resplandores del alba. Un mágico concierto resonó en los ramajes engalanados con hermoso verdor y en las variadas plantas que prometían ya sazonados y ricos frutos. Millones de pájaros saludaban al Dios de la naturaleza, que hacía brillar los diáfanos rayos del sol del Ecuador. Oyéronse después los rugidos de los leones, dominando á esta ruda, pero sublime armonía.

A los pocos momentos llegó Sindesé, triste, muy triste, que al caer de rodillas entre sus hijos exclamó con los ojos clavados en el Crucifijo regalo de los Misioneros:

—¡Oh Dios de los blancos, Dios de los negros, Dios de los cristianos y del mundo todo: haced que reine la paz en el Urundi y el Montoulé os cantará bendiciones. ¡Hágase, no obstante, vuestra santa voluntad!

CAPÍTULO VI

Pasaron tres días y tres noches sin el menor contratiempo, siendo esto la causa de que el descuido, tan natural á los negros, reinara donde antes sólo reinaba la inquietud. La familia de Sindesé y los voluntarios de Caniata, cristianos más viejos, más vigilantes y civilizados que los demás, eran los únicos en guardar los puntos de vigilancia.

Moené y Moamé montaban la guardia á las dos de la mañana de la cuarta noche que siguió á los acontecimientos narrados: Caniata había salido á vigilar por los alrededores, dejando á sus hermanos y á su anciano padre reparando por el sueño las fuerzas perdidas.

Daouda no dormía..... prestaba gran atención al ruído de la noche tempestuosa. Rugía con tal violencia el viento del Sud Oeste, que sólo se oían en la selva mugidos y chasquidos lúgubres.

— ¡Qué hermosa noche! — murmuró el traidor: — ¡qué hermosa noche para cazar esclavos! pero el tiempo pasa con rapidez..... ya es hora de que llegue Siriatomba con los suyos, que sin son diestros, sólo un montón de cenizas de este pueblo alumbrarán los primeros resplandores del sol, pues basta poner fuego por el lado de los bananos y dejar al viento el empuje de las llamas, que reducirán á cenizas á todas esas chozas de bálago.

Oyéronse entonces tres detonaciones, que impulsaron al miserable á precipitarse fuera de la choza.

— ¡Fuego! — gritó el miserable con infernal sonrisa. ¡Los esclavistas.....! ¡A la obra....! ¡Sangre y muerte.....! ¡Nyemoena es mía!

Y el traidor vuela, armado de su lanza, á la morada del anciano Sindesé. Clamores violentos, gritos de espanto y horror resonaban ya en todos los ángulos del pueblo, formando eco con la nutrida descarga que retumbaba cerca de los bananos. Despierta sobresaltado Sindesé y se presenta á la entrada de su casa, donde murió atravesado por el hierro del infame Daouda, quedándole no obstante el tiempo necesario para gritar á sus hijas:

(Continuará.)

DIÁLOGO

—¡Mi monina! —¡Mi pindongo!
—¿Me amarás? —Siempre, ilusión,
Siempre que uses el **jabón**
De los **Príncipes del Congo.**

Jabonería VÍCTOR VAISSIER.—París.
De venta en las principales perfumerías.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos. — Juan Bravo, 5, Madrid.

SUBIRANA HERMANOS

Puerta Ferrisa, 16.— BARCELONA

Casa editorial. — Desde la fundación de nuestro establecimiento, que data del año 1845, nos dedicamos especialmente á la publicación de importantísimas obras de renombrados autores católicos, que damos siempre á luz con la debida licencia de la Autoridad eclesiástica.

Imprenta. — Impresión de Obras, Revistas, Memorias, etc., etc., tanto de lujo como económicas.

Librería. — Venta al por mayor y menor de obras religiosas, morales y de controversia; de ciencias eclesiásticas, místicas y ascéticas; de texto y premios para Seminarios y Colegios, y de Consulta para el clero. — Gran surtido de libros litúrgicos. Especialidad en devocionarios.

Encuadernación.— En este ramo contamos con todos los elementos para salir airosos en cualquier trabajo artístico que se nos confíe.

Objetos de piedad. — Medallas y rosarios; estatuitas y Cristos de metal de todas clases; sacras y estampitas económicas y lujosas, etc., etc.

NOTA.— Esta casa no imprime, vende ni encuaderna obra alguna contraria á la Religión católica ó á la sana moral.

EL AGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS

y géneros para confeccionar á la medida.

GRAN SURTIDO EN TRAJES PARA NIÑOS

PRECIO FIJO

Preciados, núm. 3, esquina á la de Tetuán

MADRID

OBRA NUEVA

QUIEN MAL ANDA, ¿CÓMO ACABA?

novela por D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Componiendo un volúmen elegantemente impreso de 312 páginas en 8.°, acaba de publicarse con el retrato y apuntes biográficos del autor, notas biográficas acerca de sus libros y un hermoso prólogo ó artículo crítico de D. Jerónimo Forteza. El barón de Benirrafol, cuyo estudio se hace en la novela, es uno de tantos solterones que pasan regocijadamente la vida de flor en flor, como las mariposas, comiéndose su fortuna y divirtiéndose, sin cuidarse para nada de la muerte, la cual lo sorprende repentinamente, poniendo triste término á sus alegres disipaciones.

Véndese, al precio de **2 pesetas** ejemplar, en casa del autor (En-Bou, 7, segundo, Valencia), y en todas las librerías católicas.

DISCURSOS ACADÉMICOS

DE

D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Componen este volúmen en 8.° que, elegantemente impreso, acaba de publicarse, los diez discursos que siguen: *Elogio de Santo Tomás de Aquino.— Apostolado de la mujer en las sociedades modernas.— Místicos amores de Santa Teresa de Jesús. — Elogio biográfico del Papa León XIII. — De la verdadera forma primitiva y actual del Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. — El naturalismo en la novela. — Ignorancia religiosa é idolatría científica de los enemigos del Catolicismo. — Las Conferencias de San Vicente de Paúl y la cuestión social. — Triple corazón del socio perfecto de las Conferencias de San Vicente de Paúl.*

Al precio de **2 pesetas** ejemplar, se vende en todas las librerías católicas

ORNAMENTOS DE IGLESIA

Fábrica de sedería y taller de bordados en oro, plata y sedas

DE

FRANCISCO DE A. SERRA

Plaza del Angel, 8 y 9,

BARCELONA

Inmensos surtidos, con gran variedad de gustos y clases, desde los precios más ínfimos hasta los más ricos y superiores, en toda suerte de artículos propios para el culto católico.

Venta de géneros en pieza, y todo cuanto precisa para la confección completa de ornamentos.

Casullas, capas, dalmáticas, estolas sueltas, paños de hombros, greniales, palios, frontales, mantos y vestidos para imágenes y umbrelas. Todas estas piezas las hay también en bordado.

Cíngulos, fiadores, agremanes, puntillas, flecos y galones, en seda, plata y oro.

Albas, roquetes, sobrepellices, amitos, corporales, etc., etc., de todas clases.

Sotanas, mantecos, balandranes, mucetas y demás hábitos talares.

Guantes y medias de seda de todos colores.

Estatuaria y *Vía-Crucis*.

Bronces y metal blanco en vasos sagrados y objetos propios para iglesias. Se restauran los antiguos y se doran, platean y barnizan.

Diurnos, breviarios, misales, rituales, etc., de todas ediciones y precios.

Artículos propios para bordar. — Tafetanes, rasos, lana y telas de plata y oro, canutillos é hilillos de oro y de plata, y cuanto precisa para bordar.

Remisión gratis de catálogos y muestras.

Dibujos variados y exclusivos.

Precios sin competencia.

PAPEL DE ARMENIA

El más higiénico, fino y agradable perfume para las habitaciones; 50 céntimos el libro para veinticuatro veces; á cada libro acompaña un aparato para quemar.

CREMA VASSELINA

Lo mejor para suavizar y conservar el cutis, superior á todos los cold-creams conocidos, á peseta tarro; advertimos que la *crema vasselina* no es *blanquete*.

PERFUMERÍA THOMAS

Calle Mayor, 36.—MADRID.

LA CASA DE RUIZ DE VELASCO

MONTERA, 7,

ha instalado su sección de ropa blanca y equipos para novias en el cuarto entresuelo de la misma casa y presenta un completísimo surtido en todo lo más rico que se fabrica en este ramo, como encajes, bordados, juegos de cama, colchas y mantelerías. Por el gusto y riqueza de los géneros, está hoy esta casa á la altura de las mejores del extranjero.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Fuencarral, 7, Madrid.

Guantes de piel de caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia y gamuza.

Gran novedad en guantes de seda, hilo y mitones.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

Abanicos, gran surtido y novedad.—Precios sin competencia.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, editor.

PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa.

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

Obras de estudio.—Catálogos gratis.

MELLERIO HERMANOS

3, Carrera de San Jerónimo, 3.

Unicos representantes en Madrid de la acreditada casa de orfebrería de los Sres. Christofle y Compañía, de París.

Premiados con diploma de medalla de oro en la Exposición Vaticana.

OBJETOS DE IGLESIA

É IMÁGENES DE CARTÓN PIEDRA, PASTA DE MADERA Y ESCULTURA

Hay á **2,50** pesetas reproducciones en metal del crucifijo ejecutado para Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo.

POLICARPO RUIZ

15—Jacometrezo—15

En esta antigua y acreditada casa encontrará el público un gran surtido en camisería, lanería, lencería, géneros de punto, pañolería, merinos, ropa blanca, corsés, estameñas para hábitos é infinidad de artículos.

Grandioso surtido en percales á **REAL, REAL Y MEDIO** y **DOS REALES.** Vuelos fantasía, todo lana, á **peseta;** batistas y céfiros, á **0,60.** Lanas novedad, doble ancho, á **0,75.** Piezas tela blanca, 24 varas, á **6 pesetas.**

Grandes surtidos —Precios económicos.



MADRID

Flores, bordados y objetos de fantasía.

ESTABLECIMIENTO

proveedor de Escuelas normales, Colegios de niñas y Conventos de Religiosas.

Bonita y constante variedad en labores empezadas á bordar; inmenso surtido en ricos materiales para su ejecución, con especialidad en lanas, sedas y felpillas.

Hilo filipino para bordados en blanco.

Algodón de colores inalterables.

Se remite catálogo gratis á provincias.

No se trabaja los días festivos.

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.

Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaráz.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. | NÚMERO 11. — Madrid 15 de Junio de 1891. | NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 ps. fs.
Un año..... 18 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

ARTE CRISTIANO



SAN FRANCISCO DE ASÍS (*Véase la explicación en la pág. 164.*)

SUMARIO

Texto.

La quincena, por el Marqués de Valdeflores. — *Grabados*, por Antonio de Olmedo. — *Boletín religioso*, por J. F. — *La iglesia Magistral de Alcalá de Henares*, por J. J. de Lozanda, de la Congregación del Oratorio. — *Te Deum laudamus*, por A. Hidalgo de Mobellan. — *Un paseo por Mallorca* (conclusión), por Manuel Polo y Peyrolón. — *Album de poetas: La perla de Hixén II* (continuación), por Alvaro López Núñez. — *Teatros*, por Mistigris. — *Las tres vírgenes negras* (continuación). — *Anuncios*.

Grabados.

Arte cristiano: La comunión de una religiosa (cuadro de Ferrán). — *Casulla bordada por Doña Luis Brunetti* (dos grabados). — *Una fiesta infantil*. — *Un chubasco*. — *Otras dos joyas de arte. Díptico y cofre*.

LA QUINCENA

¿Qué hemos de decir de la magnífica Encíclica de S. S.? Admirable documento de sabiduría y religión, en él se compendian todos los principios y saludables máximas que tanto el católico como el hombre de Estado deben tener presentes para estudiar y resolver la cuestión social, ese problema pavorosísimo, en cuya comparación los más graves de la política son verdaderas bagatelas. El Sr. Nocedal ha pedido en el Congreso, que España copie en sus leyes, elevándolos á preceptos de Derecho Positivo, todos y cada uno de los consejos contenidos en la admirable Encíclica. Todos los Gobiernos del mundo debieran hacer otro tanto, y aún más que los Gobiernos, los católicos todos deberán grabar en sus inteligencias y en sus corazones aquellas sublimes enseñanzas que de seguirse salvarían á la civilización del mundo del inminente peligro á que la exponen los choques de intereses y de clases; los conflictos que más ó menos á la larga, tienen que traer sobre el mundo una espantosa guerra social.

***

Sigue la marea de críticas sobre *Pequeñeces*. Del libro no hay un sólo ejemplar en las librerías [1], según me han asegurado, no bastarían 20.000 nuevos ejemplares para satisfacer los pedidos que hay hechos. Un librero de viejo, en cuya trastienda suelo yo pasar en buena compañía ratos muy agradables, me dijo ayer que dos ejemplares que casualmente cayeron en sus manos, le han valido veinte y cinco pesetas cada uno. Y los que no pueden adquirir *Pequeñeces*, buscan y leen las críticas de la famosa novela. Hasta ahora se han publicado más de veinte y tantos folletos críticos. Han criticado en sendos artículos ó folletos la novela del P. Coloma, Luis Alfonso, Vidart, Valera, Barrionuevo, Miralles, Narciso Campillo, Flores García, Taboada, Nocedal, Valentín Gómez, Aramis, Clarín, Emilia Pardo de Bazán y no sé cuantos escritores y literatos más. El último folleto de importancia es el de Emilia Pardo de Bazán, escrito con el precioso estilo peculiar de la insigne gallega, y adornado con un retrato del Padre Coloma, antes de entrar en la Compañía, con otros de Fernán Caballero y Gertrudis Gómez de Avellaneda, y una vista del despacho de la primera de las citadas escritoras, despacho en que invirtió muchas horas de su primera juventud el ahora celebérrimo novelista, disfrutando del ameno trato de la incomparable Cecilia Bolh. Resulta un librito encantador; es verdaderamente, la última palabra sobre *Pequeñeces*.

***

Hacía tiempo que la corte no iba tan reposadamente á Aranjuez. Aranjuez, que es un sitio real, disfruta en Castilla fama de pueblo republicano. Durante la revolución se cometieron allí algunas locuras. El Gobierno revolucionario enajenó parte del real patrimonio. Hoy la Corona no posee aquel los frondosísimos bosques que por entre Tajo y Jarama, fueron durante siglos el orgullo de los Reyes de España, y la envidia y el encanto de los que lo visitaban. El bello palacio, construído por Herrera, y los famosos jardines: eso es todo lo que constituye el Real Sitio. El egoismo particular ha roturado y cercado parte considerable del bosque, y otra parte la ha talado. ¡Y luego se quejarán de que no haya pájaros!

La corrida del día de San Fernando llevó tanta gente á Aranjuez, que yo recordé involuntariamente los buenos tiempos de las corridas del Puerto de Santa María (que creo que aún están en sus tiempos buenos). Los trenes salian de Madrid, casi sin interrupción, atestados de viajeros. En la estación de Aranjuez, la confusión y el vocerío eran indescriptibles. Por las calles del Sitio y por la anchurosa plaza de Armas, no se podía dar un paso. Los que no cupieron en el circo taurino, se colocaron sobre unos cerros que dominan casi todo el interior de la plaza, hasta parte del mismo redondel. En las fondas y cafés no había modo de almorzar, ni aun de coger mesa. Muchos comieron sobre la hierba húmeda..... ¿qué digo húmeda? chorreando, de los campos inmediatos al pueblo. Fué una suerte para el Patrimonio lo de la lluvia; porque así, sin chocar, pudo tener cerrados los jardines todo el día, ¡Buenos los hubieran puesto aquellos miles y miles de piés, pisando sobre los caprichosos senderos, lindos juguetes de paseo que con tanto primor y mimo cuidan durante todo el año los jardineros de S. M.!

***

En los escaparates de las librerías de Fe y Murillo, y en las demás de mayor renombre, acaba de exponerse al público un lujoso libro de carácter histórico, cuya portada sencillamente reza el título de *Documentos escogidos del archivo de la casa de Alba*. ¿Es una colección verdadera de documentos referentes á algún período ó hecho particular de nuestra historia? ¿Es un simple manojo de interesantes autógrafos? Es una vitrina cubierta de preciosidades y joyas diplomáticas en latín de los tiempos medio y moderno, en castellano de todas las épocas, en francés burocrático del siglo XVI y literario del siglo de J. J. Rousseau, en italiano y en portugués, del portugués y del italiano que se hablaba cuando una gran parte de Italia y Portugal y sus colonias eran dominio de España, que comprende monumentos de nuestra historia, de nuestra legislación, de nuestras artes y de nuestras costumbres desde el siglo XI al XVIII.

Editora de esta riqueza de diplomas, cartas Reales, relaciones de sucesos y correspondencia particular y política, es según en la misma portada consta también, Doña María del Rosario Falcó y Osorio de Stuard y Portocarrero, la joven duquesa de Berwick y de Alba, condesa de Siruela, uno de los más bellos ornamentos de la corte de la Regencia de Alfonso XIII y de la alta sociedad de Madrid; carácter serio y probo; tipo señoril de nuestra vieja aristocracia, en quien el hábito familiar de las costumbres sociales no es sino una prenda más de las que acrisolan su nombre y sus virtudes; afable y buena en el hogar; magnífica y brillante en los salones; inteligente y docta sin presunción, y tan espléndida que, con generoso y plausible impulso, trueca con amplia mano las ricas perlas de sus preciosos prendidos en que alcanza fama de gran coleccionista y de exquisito gusto artístico, en perlas aún más preciosas de nuestra literarura y de nuestra historia, salvando de los estragos de la osbcuridad, de las desolaciones de la ignorancia de los apetitos criminales de toda clase de codicia los opulentos vestigios del archivo de la casa en y que felizmente ha venido á ser dueña y señora, en donde el fruto de los siglos dejó acopiados tesoros históricos de excepcional importancia.

El colofón del libro de *Documentos escogidos del archivo de la casa de Alba* denuncia el primor de las prensas de Tello. Y después de xxiij páginas de introducción ó proemio, 582 de texto y un copioso índice alfabético de personas citadas en la obra, que alcanza, á dos columnas, hasta la 599, el índice general inscribe 18 documentos varios del siglo XV; 248 del siglo XVI, de los que 52 exclusivamente se refieren á la persona y casa del gran Duque de Alba D. Fernando Alvarez de Toledo y de su hijo D. Fadrique; 42 son cartas de Soberanos á los mismos Duques de Alba; 13 documentos relativos á América; 22 á las negociaciones de España con la corte pontificia; 72 cartas de D. Juan de Austria, ya sobre asuntos domésticos ó de su madre Bárbara Blomberg, ya sobre Lepanto y las empresas de África; 10 de negocios políticos de los Países Bajos; 12 de la vida y muerte del Príncipe don Carlos, primogénito de Felipe II; 5 de la incorporación de la Corona de Portugal, y 20 de diversas materias.

Otros 23 documentos se registran en el índice pertenecientes al siglo XVII, 37 al XVIII, y finalmente, hay un apéndice de otros cinco documentos peregrinos desde el siglo XI al XIV.

La Duquesa de Alba merece todo género de aplausos por esta conducta, digna verdaderamente de una Grande de España.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES.

GRABADOS

Arte Cristiano.—La comunión de una religiosa, *cuadro de Ferrán*. (Pág. 169.)

El insigne pintor español D. Alejandro Ferrán ofreció á Su Santidad León XIII, cuando las fiestas de su Jubileo Sacerdotal, este precioso cuadro que es hoy en el Museo Vaticano legítima y hermosísima representación del arte moderno de la patria de Velázquez y Murillo. La composición de este lienzo es por extremo sencilla, y tomada directamente del natural; nada añadió la fantasía del pintor á lo que le brindaba el modelo. Es, pues, un cuadro de legítimo realismo, y es indudable que tiene poesía, mucha poesía mística; pero toda procede del asunto. El artista se limitó á copiar; cuando el asunto es de por sí bello, sería loco el artista que no siguiera este procedimiento. *En la comunión de una religiosa* hay delicadeza en la ejecución, aceptable dibujo y espléndido color. Suave luz matinal baña las dos figuras del sacerdote y del sacristán y la cabeza de la religiosa asomada al comulgatorio. Estamos en una de las humildes iglesias de monjas que tan bellas aparecen en su modestia cuando la luz de la mañana las inunda de resplandores, y pocos devotos, esparcidos por la humilde y alegre nave, oyen con recogimianto la primera misa, esa primera misa que oía Carlos, el personaje sublime de *Las Etapas de una conversión*.

***

Arte cristiano.—Un cáliz. (Pág. 172.)

He aquí otra joya artística que también fué regalada á Su Santidad cuando las fiestas jubilares, sien-

1 Ya escrito este párrafo se ha recibido en Madrid nueva edición de *Pequeñeces*.

do ofrecida por la Diócesis de Módena, para que sirviera á nuestro Santísimo Padre para la celebración de la solemne Misa Jubilar; pero León XIII prefirió otro cáliz regalado por España.

Consiste el de Módena en una copa de oro de lo más fino, bruñido al exterior, y de un gusto exquisito. Tiene la forma de una sección cónica ovoidal. La orladura, que comprende las dos terceras partes de la copa, la sujeta al nudo del tallo que la fija al pie. Esta orladura es una hermosa ornamentación de follaje y rosetones, con un gracioso entrelazado de molduras curvilíneas en estilo ojival trilobado de oro mate con una zona festonada. Esta zona que pasa entre dos filas de bolitas de diamantes, está adornada con rosetones de pequeños rubíes y de esmeraldas, armonizándose perfectamente con los grandes rubíes y esmeraldas que en adornos cincelados enriquecen el cuerpo de esta hermosa columna.

El pie, octogonal, es una verdadera obra de arte, y se compone de grandes piezas, que forman ocho edículos en ojiva con pequeñas pirámides y adornos muy delicados, separados y sostenidos por graciosos torneados en espiral.

Los compartimientos son de una belleza de ornamentación en relieve de los más finos y de los más graciosos, y de un dibujo verdaderamente exquisito. En la base de los cuatro principales compartimientos se hallan grabados en negro, sobre campo de plata, San Geminiano, obispo y protector de Módena, y el Papa San Silvestre, protector de Nonantola, las armas pontificias y las de Mons. Guidelli, arzobispo actual de Módena y abad de Notantola.

***

Casulla bordada por Doña Inés Brunetti. *Dos grabados.* (Pág. 173.)

Una señorita española fué la autora de éste primor, también ofrecido á S. S. en la ocasión que los anteriores.

Esta casulla es de raso crema, con bordados de oro de realce, y en el centro se destaca la figura del Arcángel San Miguel, bordado en oro, seda, plata y amatistas. Las piedras que adornan esta casulla fueron regaladas por la duquesa de Sotomayor, vizconde de Aliatar y otras personas.

***

Una fiesta infantil. (Pág. 176.)

Es un cuadro lleno de vida y de color. En la quinta se han reunido todos los niños de las cercanías, y han celebrado un espléndido baile de trajes, diversión bella en el campo, cuando una cariñosa intimidad la preside, tanto como repugna en los teatros que es en esta última ocasión como una escuela de malas pasiones desarrolladas prematuramente en el alma de tiernos adolescentes. Después de la fiesta el festín, la gran comida, bajo los árboles seculares del parque que rodea el antiguo castillo. Este momento de expansión bucólica es el sorprendido por el dibujante para realizar su trabajo. Las figuras están bien compuestas y agrupadas; hay movimiento. Parece como que hasta se oyen los gritos de los inocentes comensales.

***

Un chubasco. (Pág. 177.)

Es imposible abrir el paraguas. El chubasco sorprendió al paseante en mitad del descampado. El viento trae arremolinada el agua, y por todas partes arremete al tranquilo burgués que lo siente por su sombrero y por su traje.

***

Escenas de la Conserjería. (Pág. 180.)

Representa este grabado la escena más patética que cabe en la vida. El reo, un inocente como casi todas las víctimas de la revolución, acaba de ser condenado á muerte.

***

Otras dos joyas de arte. Díptico y cofre. (Pág. 181.)

También fueron de España á Roma estas dos joyas cuando las fiestas del Jubileo.

El díptico en que se encuadernó el Mensaje á S. S. de las señoras de Madrid, es de hierro y oro, y fué regalo de la ilustre Condesa de Guaqui. Fué construído por el artífice catalán Sr. Bruni. En la tapa superior osténtanse las armas de S. S. en oro y esmalte, y en la inferior el escudo de la bella y linajuda Condesa.

En cuanto al cofre fué construído en Toledo por el P. Alvárez, á expensas de la generosa Marquesa de Comillas, que en obras de caridad y en amor al Sumo Pontificado y á la Iglesia Católica es, como en todo, digna consorte del primer naviero de España. Es el cofre de hierro, plata y oro, y en la cubierta se ve el escudo Pontificio en primoroso esmalte. Dentro de este cofre fué la ofrenda nacional de más de 50.000 duros.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso. (Segunda quincena de Junio.)

15. Lun. S. Vito, S. Modesto y Santa Crescencia, mártires, y Santa Germana, vg.
16. Mart. S. Juan Francisco de Regis, de la Compañía de Jesús, Santa Julita y su hijo San Quirico, mártires, San Marcelino, obispo, y San Aureliano.
17. Miér. S. Manuel y compañeros mártires, y el beato Pablo de Arezzo.
18. Juev. S. Marco, S. Marceliano, S. Ciriaco y Santa Paula, mártires.
19. Vier. S. Gervasio y S. Protasio, mártires, y Santa Juliana de Falconeri.
20. Sáb. S. Silverio, papa y mártir, Santa Florentina, virgen, y el beato Francisco Pacheco, de la C. de J., y compañeros mártires.
21. Dom. V después de Pentecostés.—S. Luis Gonzaga, de la C. de J., y S. Eusebio, obispo.
22. Lun. S. Paulino, obispo, S. Acacio y 10.000 compañeros mártires.
23. Mart. S. Juan, presbítero y mártir.
24. Miér. La Natividad de S. Juan Bautista.
25. Juev. S. Guillermo, conf., S. Eloy, obispo, y Santa Orosia, vg. y mr.
26. Vier. S. Juan y S. Pablo, hermanos mártires, y S. Pelayo, mártir.
27. Sáb. S. Ladislao, rey, y S. Zoilo. — *Ayuno con abstinencia de carne por la Vigilia de San Pedro.*
28. Dom. VI después de Pentecostés.—S. León II, papa y confesor.
29. Lun. FIESTA ENTERA. San Pedro y San Pablo, apóstoles.
30. Mart. La Conmemoración de S. Pablo, apóstol, y San Marcial.

Las Cuarenta Horas.

14, 15. Oratorio del Caballero de Gracia.
16, 17. Iglesia de Jesús Nazareno.
18, 19. Religiosas Servitas (vulgo Arrepentidas, calle de San Leonardo).
20, 21, 22. Parroquia de San Luis.
23, 24. Parroquia de San Juan y Santiago.
25, 26. Religiosas Esclavas del Corazón de Jesús (paseo del Obelisco).
27, 28. Parroquia de San Sebastián.
29, 30. Parroquia de San Pedro.

J. T.

LA IGLESIA MAGISTRAL
DE ALCALÁ DE HENARES.

Tratar de encarecer la importancia histórica de la *Muy Insigne* Magistral de Alcalá de Henares, *una de las más célebres iglesias de la Cristiandad*, como dice el P. Deza, y cuidarnos de enumerar sus glorias cuando nos proponemos considerarla artística y arquitectónicamente, lo creemos inútil, impertinente al objeto que hoy pone la pluma en nuestras manos.

Pero sí es forzoso consignar aquí, aunque de paso, los títulos valiosísimos que tiene la Iglesia Magistral de Alcalá, para hacerla figurar, por su importancia histórica, al lado de los más renombrados santuarios del orbe católico.

La altivez de un tirano, que veía doblegarse blandamente todo á su poder absoluto, desarmada, en un punto, por la entereza de dos niños que hacen profesión de su fe religiosa con libertad propia de los más acorazonados héroes, es un hecho que no tiene semejanza en la historia y que no tiene ejemplar en los anales de la humanidad. Por eso el nombre de los Santos Niños Justo y Pastor y el de *Complutum* que presenció su martirio, lo llenaron todo, hasta los últimos confines del mundo pagano, que experimentaba una santa regeneración, bañada en sangre cristiana de innumerables y esforzadísimos mártires.

La memoria de los Santos Niños Justo y Pastor no podían amortiguarla ni la sucesión de los siglos, ni las dulzuras de la paz que brilla tras la noche prolongada de horrenda persecución, y por eso el *Campo Laudable* fué lugar predilecto de la veneración de los cristianos y de las visitas del devoto peregrino en los siglos medievicos.

La indiferencia estúpida de nuestro siglo es la que ha entibiado entre nosotros, con todos los sentimientos nobles y delicados, el amor y la veneración á tan venerado lugar, pero una centella de fe religiosa los inflamará, sin que quepa dudarlo, al alborear de más felices y prósperos tiempos, y devolverá al sepulcro de los Santos Justo y Pastor todo su primitivo esplendor y todo su glorioso renombre.

Un fraile humilde que funda una monarquía poderosa y resiste con independencia nobilísima á las pretensiones despóticas de un César poderoso y que organiza ejércitos y sale victorioso en gloriosísimos empeños, y erige colegios y toda clase de establecimientos benéficos; estadista, político, guerrero, teólogo, tampoco tiene otro ejemplar en la historia; el nombre de Cisneros llena toda una época de los anales patrios; por eso su sepulcro será siempre visitado con veneración por todos cuantos estimen en lo que vale el nombre del gran Cardenal, del consejero de la Reina Católica.

Un tesoro inapreciable encierra también la Iglesia Magistral, al que se pueden aplicar estas palabras del profeta Habacuc: «Señor, tu obra cúmplela en medio de los años, en medio de los tiempos la harás conocer.» Tesoro que es una continua pesadilla para la ciencia divorciada de la fe y un consuelo para el hombre que, sin desdeñar la ciencia, cree y reza.

La cripta de los Santos Niños, el panteón de Cis-

neros y el viril, que guarda las Formas Eucarísticas incorruptas, he aquí lo que hace de la Magistral una de las iglesias más célebres de España. Nada diremos de esa serie de hombres esclarecidos que en el decurso de tres siglos han pasado por ella, uniendo su nombre al de la famosa Universidad Complutense, pues nuestro objeto, como queda dicho, es hacer solamente una reseña artística de tan celebrado templo.

La primitiva fábrica de la iglesia de *San Justo* de Alcalá se demolió en 1497, y sin interrupción comenzó la edificación de la actual, que quedó terminada en 1509.

Pedro Gumiel, elegante y sobrio en sus concepciones artísticas, dió la traza y dirigió las obras hasta su terminación en 1509.

En aquella sazón, el arte ojival ó gótico, después de haber recorrido las distintas fases de su desarrollo ó desenvolvimiento, expiraba envuelto en todas las galas del exuberante estilo *flamígero* ó *flamero*, rico, prolijo, minucioso en detalles hasta la exageración, y alboreaba, para hacerse dueño del campo arquitectónico, el *plateresco*, ni menos rico en detalles, ni menos florido, ni menos exuberante y profuso que el ojival en su postrer período.

Claro es, que Pedro Gumiel, al trazar los planos de la iglesia Magistral, no era posible que pudiera sustraerse á las corrientes que dirigían al arte en su siglo, ni su estilo podía menos de tener marcadísimo sabor del gusto predominante en su época; pero por eso mismo llama poderosamente la atención el que en las postrimerías del siglo XV, erigiera una fábrica de la importancia de esta que nos ocupa, con tanta severidad en sus líneas generales, tan sobria y parca en su ornamentación y tan adusta en su aspecto. De aquí el que ofrezca tal carácter de originalidad, un sello tan exclusivo y propio, una estructura tan peculiar y típica que la hacen acreedora á atenciones muy preferentes y al estudio de cuantos cultivan con avidez el arte cristiano en sus múltiples y variadísimas manifestaciones. ¡Lástima grande que los aditamentos y accesorios y pegotes, que en épocas de lamentable decadencia para el arte, se le adhirieron como importunos y molestísimos parásitos y las deplorables mutilaciones y desdichadas reformas que ha sufrido, como dolorosas operaciones quirúrgicas, nos impidan hoy contemplarla armónica, bella, sencillísima, como debió salir de la mente del inteligente Gumiel!

Sus proporciones y su trazado están dentro de la más justa equidad; el vuelo de sus ojivales arcos ni apunta demasiado ni se deprime con timidez, la tracería de las bóvedas tiene los nervios necesarios para el soporte de los tímpanos y nada más, los fustes de los columnas, exornados con haces de baquetoles, son esbeltos y ligeros, sin pecar de larguiruchos y entecos, la hojarasca de los anillos que los coronan es graciosa, voluptuosa, delicada, así como los modillones que exornan la intersección de la nervadura en la bóveda y el decorado de los testeros del crucero, donde campan, cobijándose en sendos agujeros, los bustos de los cuatro Doctores Máximos, de un sabor, de una originalidad, de una delicadeza y de una rudeza al mismo tiempo incomparables.

Y aunándose con estos primores del ojival estilo, algunas gallardas muestras del naciente y ya vigoroso estilo del Renacimiento, como las dos portadas de la cripta de los Santos Niños, en cuyas estatuas y altos relieves campa el más suave misticismo con los alardes realistas del siglo de Miguel Angel; y luego, la exuberante y delicada exornación del último período gótico, en el sepulcro de Carrillo, con la rica y fastuosa de la escuela plateresca en el mausoleo de Cisneros; y las verjas aparatosas y gallardas de la capilla mayor con la sencilla y tímida labor de la sillería coral.

Pero si al lado de las bellezas apuntadas fuéramos á anotar los lunares que afean la hermosura nativa de este bello templo, habíamos de necesitar de mucho tiempo y espacio, de que ahora carecemos.

ARTE CRISTIANO



UN CÁLIZ

Hablando del retablo del altar mayor y de los dos grandes relicarios que lo flanquean, dice el erudito don Antonio Ponz, con fina sátira: «Lo más gracioso » es que ahora sirven dichas tallas y doraduras de » afear la iglesia Magistral, donde se han puesto para » agradar á quien busca relumbrones y no la razón.»

Lo que dice Ponz del retablo mayor, pudiéramos decir, con igual motivo, del altar del trascoro, de feísimo estilo churrigueresco, de los otros dos colocados á los pies de las naves laterales y de cuatro grandes medallones en que se representan, de bajo relieve, los cuatro Evangelistas, colocados en los brazos del crucero, verdaderas plantas exóticas, verdaderos engendros del arte cristiano decorativo, todos ellos más en carácter con la exornación de los palacios de Madame Pompadour en la época de Luis XV, que con la austera severidad que imprimió Gumiel á nuestra iglesia Magistral, con la plácida sencillez que preside sus sagradas naves.

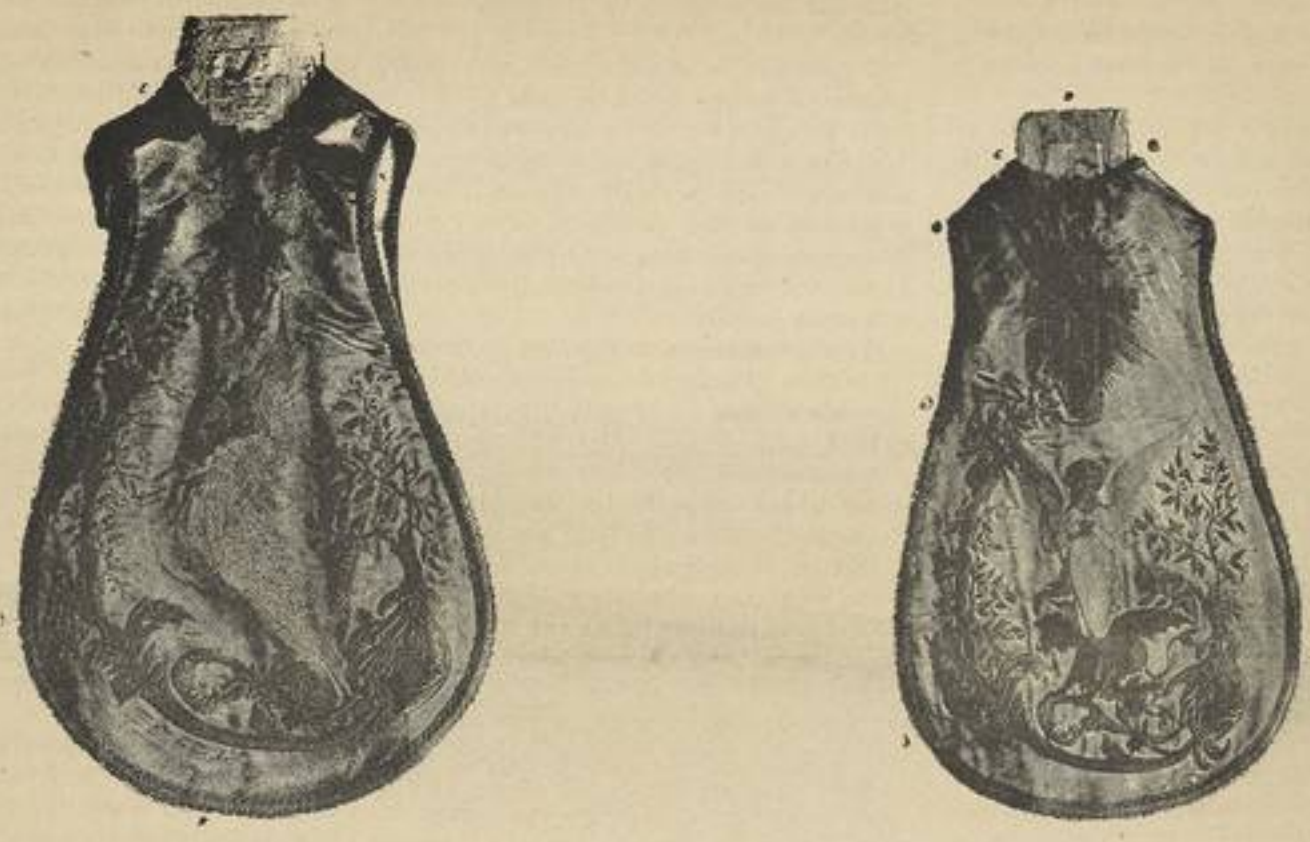
Tocante á las vidrieras que amparan el ventanaje, en todo el ámbito del sagrado recinto, es mucho de sentir que por iniciativa de un señor Capitular, lleno de buen deseo pero falto de competencia y de sentido estético, se hayan suplantado muchas de las antiguas por otras de colores abigarrados y chillones y rudo y desdichadísimo dibujo, que contrastan singularmente con algunas primitivas, como la que cierra la ventana del primer lienzo del ábside, al lado del Evangelio, y la del crucero, sobre la puerta lateral, en el mismo costado, que nos demuestran el buen gusto y esmerada confección de sus contemporáneas, que han desaparecido.

Escasa anda la iglesia Magistral en modelos de estatuaria cristiana; pocas son las esculturas de relevante mérito artísco que encierra en su seno. Debemos, sin embargo, hacer honrosísima distinción de la Vírgen del Coro, del siglo XV, y de su coetánea Nuestra Señora de la Esclavitud, dos apreciabilísimas muestras del arte escultórico al finalizar la Edad Media. Sus enjutos paños, sus rostros estáticos, sus lamidos contornos, su mística actitud y su rudimentaria labra, nos remontan sin poderlo remediar, á una época de ardiente fe religiosa, creyente y pía, que tiene el ascetismo cristiano hondamente infiltrado en el espíritu que informaba sus costumbres, y se hacía ostensible en todas las manifestaciones de la vida, en todos los órdenes del estado social. No es menos digna de atención la imagen de San José que exorna el altar colocado á espaldas de la capilla del altar mayor. Aunque de abocetada labor y algo barroca en su traza, es de tal valentía de ejecución y de tan bella é inspirada fisonomía, que dudamos haya muchas efigies del Santo Patriarca que en originalidad y mérito la aventajen. Lástima que los pañolitos bordados y las flores postizas y otros adminículos aportados por una devoción mal entendida, nos impidan examinarla lisa y netamente, tal como la esculpió el artista.

Una loable y recomendabilísima solicitud y cuidado se notan en el Cabildo Magistral, por lo que toca á la custodia y conservación de las muchas y apreciabilísimas alhajas que atesora la Iglesia. Esta diligencia las pone á cubierto de la codicia, de la rapacidad y de las imprudentes análisis é inquisiciones importunas de los *amateurs*. Hacer un elogio detallado de cada una de estas alhajas nos es imposible en este bosquejo; pero sería una preterición injustificable el que no hiciésemos mención de un Crucifijo relicario, que existe en la capilla de la sacristía, por ser un raro y estimabilísimo ejemplar de la orfebrería del siglo XV, y por parecernos que no se le guarda en todo el aprecio que él, por su originalidad y mérito, se merece.

Podemos decir aquí, al tratar de las dependencias de la Iglesia Magistral, sin que pueda tachársenos de exagerados, que su Sala Capitular, después de realizadas en ella las pequeñas reformas que piden de consuno los más rudimentarios preceptos del arte decorativo y las más vulgares nociones del buen gusto, puede llegar á ser, por sus vastas proporciones, por lo sobrio y elegante de su ornato y por los recuerdos históricos que ella evoca, una de las mejores y más dignas de visitarse de toda España, y que muchos Cabildos metropolitanos desearían tener á su servicio, como accesorio importantísimo de sus Iglesias respectivas.

¿Y qué diremos del exterior aspecto del templo



CASULLA BORDADA POR DOÑA INÉS BRUNETTI.

cuya descripción bosquejamos á grandes trazos? Muy pocas palabras, para concluir.

Después del derribo de los pobres y mezquinos edificios que lo cercaban por el lado Norte, presenta ya su adusta y compacta mole de heterogénea contextura y diversos materiales, sobre una amplia y hermosa plazoleta. Esta su situación presente, reclama con imperio una concienzuda y completa restauración, que confiamos no se hará esperar mucho tiempo.

Nuestro amigo el Sr. D. Martín Pastels, cuya competencia, sano criterio y buen gusto como arquitecto son de todos reconocidos, y cuya desinterés y laboriosidad no es dado poner en duda á nadie, tiene estudiada en principio la reforma importantísima de esta parte del templo, y, llegado el caso, esperamos que se utilizarán sus valiosos servicios técnicos en bien del arte cristiano y del ornato público.

He aquí, descrita someramente, para que sea conocida en toda su importancia, la *Muy Insigne* Iglesia Magistral de Alcalá de Henares, hermosa página de piedra de la historia patria y rico florón de la ciudad adoptiva del gran Jiménes de Cisneros.

J. J. DE LECANDA,
de la Congregación del Oratorio.

¡TE DEUM LAUDAMUS!

I

La voz del sacerdote es impotente para contener el desbordamiento de la sociedad.

Por todas partes no palpita otra cosa que el anhelo febril de los intereses materiales; el eco agónico de las evocaciones del imposible; el negativo producto de los extravíos de la razón.

Ese pueblo *piensa;* esa sociedad *reflexiona;* esa metafísica *investiga*—se dice:—cumplen así su misión las colectividades en la tierra: lo demás poco importa.

En torno del hombre moderno, retuércese el reptil de la duda hasta robarle los latidos de su corazón: el *Cógito, ergo sum* cartesiano, despierta todas las energías y mueve la plenitud de los instintos todos: el ser es ya libre; pero en la propia quimera de su libertad encuentra el freno de indomable tiranía: dudar y dudar siempre: ¡qué mayor tormento y qué cautividad más dolorosa!

Do quiera, surge el imperio de las ciencias experimentales pretendiendo arrebatar al campo de la especulación sus más preciados frutos: el escalpelo y el microscopio son los emblemas más elocuentes de la moderna tarea científica: el protoplasma y la célula conspiran á la constitución del sér, y para que todo resulte extraño, no puede la metafísica racionalista salir adelante sin el potente auxilio de la novísima psicología-fisiológica.

Esta invasión de las ciencias naturales en el terreno de las ciencias suprasensibles, lo materializa todo, viniendo á convertir la obra intelectual en un puro y constante *prosaismo*.

Por esto á nadie debe sorprender que en la fiebre del análisis llegue, por ejemplo, la Medicina ultra pirenaica, hasta formular el *Tratamiento de la Agonía*, y el sociólogo Max-Nordan hasta atribuir nuestra peculiar inquietud y nuestras habituales tristezas á la influencia pertinaz de una invencible *neurosis*.

Todo es hoy *humanismo* y todo se halla caracterizado por un culto sin reservas hacia lo material y perecedero.

Sin embargo, persigue el hombre la consecución de su bienestar y no alcanza sino el desaliento y la fatiga; pide á la ciencia económica la solución de los problemas sociales, y la inarmonía entre el capital y el trabajo responde con la proclamación de la ineficacia del dogma; sustenta sus aspiraciones en los recursos de la fuerza y no son estos suficientes á definir el reposo de los Estados: el asunto es árduo y complejo por demás; ¿qué secreto fatalismo informa los movimientos todos de las sociedades contemporáneas?

. . . . . .

El templo permanece cerrado.

La epidemia surge.

II

Un matiz cadavérico mezcla de terror y de inquietud parece arrebatar de los rostros el más leve signo de vida.

La ciudad hállase silenciosa y triste; el trabajo, dormido en la herramienta muda; el capital, aprestándose al aislamiento y á la evasión.

La peste ha tendido su manto de sangre y de muerte sobre la cabeza del pueblo y el fuego de todas las energías se ha extinguido ante el elocuente poder del enemigo invisible.

Cuéntanse por millares las pérdidas de los seres amados: padres, hermanos, amigos, todos desaparecen del escenario del mundo: los que se van, no tienen á veces tiempo para formular su despedida; los que se quedan, no pueden sino repetir entre amargo llanto:

—¡A quién le tocará mañana!

. . . . . .

. . . . . .

En medio de universal estupor van cayendo también los grandes apóstoles de la humana ciencia.

Aquellos que parecían invencibles son generalmente los que sufren mayor derrota en la demanda.

Sabios, artistas, guerreros, á todos trata de igual modo el cruel azote, como si pretendiese demostrarnos el Genio del dolor que la verdadera democracia está en la tumba.

Al compás de sus eternos conciertos de lágrimas, de esos nebulosos poemas de la muerte, álzase la voz autorizada del sacerdote del saber.

Un concurso numerosísimo y docto le escucha; pléyade infinita de pensadores toma asiento en torno del restaurador de los privilegios del organismo corporal.

El silencio es absoluto.

La asamblea fija sus espantados ojos en el frío cadáver que reposa sobre la plancha del anfiteatro, y no parece quedar satisfecha sino cuando el orador termina su discurso.

La exposición oral del trabajo, obra del espíritu, no puede halagar tanto como la observación externa, obra del cuerpo.

El disertante pasea el microscopio por todas las manos, y un movimiento de general sorpresa secunda inmediatamente su acción.

Unas y otras miradas se chocan; unos y otros signos se comprenden; el problema está resuelto; la multitud puesta en pie saluda al descubridor del *germen patógeno* con una frenética salva de aplausos: todo son abrazos y plácemes.

El Congreso ha hecho cuanto tenía que hacer, y los individuos que lo componen comienzan á desfilar.

Algo rezagado queda el elocuente orador que momentos antes cautivaba los espíritus.

Abandona á poco el salón de sesiones.

En el rostro del sabio dibújase un sentimiento marcadísimo de tristura; ¿qué le acontece?

Cuando marcha más abismado en sus reflexiones, la voz tenue y agónica de una niña harapienta detiene el paso del doctor con estas palabras:

—Mi padre ha muerto; mi madre expira; señor, ¿qué remedio útil....?

El facultativo mira á uno y otro lado, y como si tratase de revelar un secreto gravísimo, exclama aproximándose á la joven:

—¡El cólera..... un parásito....! ¡quién sabe! ¡La ciencia, infinitamente grande, no puede vencer á lo infinitamente pequeño!

Las últimas frases del sabio han sido sorprendidas por un hombre que, envuelto en negra capa, camina con la rapidez del viento.

Es un Sacerdote que lleva los Santos Óleos á la madre de la joven aquella; y el cual, al recoger en su oído las palabras del profesor, repite sin detenerse:

—*¡Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam!*

III

El día aparece entre los espléndidos fulgores de un sol primaveral.

La ciudad muéstrase animadísima y alegre como nunca.

El silencio de ayer hase tornado en movimiento, en algazara y en bullicio.

En todos los rostros retrátanse la satisfacción más honda y el contento más puro.

¿Qué acontece para que se produzca placer tan general?

No se registra, muchos días hace, caso alguno de la devastadora epidemia.

El templo, mudo y solitario antes, se halla ahora cuajado de fieles, y por lo brillante y adornado, parece un ascua de oro.

Las naves de la iglesia son insuficientes para contener á la apiñada multitud.

Jamás se vió espectáculo tan conmovedor y sorprendente.

Ha terminado el Santo Sacrificio, y entre los últimos acordes de una Misa de Mercadante, han subido hasta Dios los dulcísimos suspiros de la fe despierta y los giros embriagadores de una oración sin palabras.

Sabios, príncipes, magistrados, obreros, toda la falange social, ha acudido á las gradas del Trono del Señor para darle gracias por su infinita Misericordia.

En los instantes de bienestar y de reposo, olvida el hombre las mercedes que la Divinidad le otorga.

En los momentos de angustiosa lucha acude el ser al Autor de todo lo creado para pedirle el más tenue rayo de su Bondad incomparable.

¡Triste condición la de la humana naturaleza; necesitar del castigo para su mejoramiento y regeneración!

El celebrante, revestido con sus más preciados ornamentos, aparece ante el Ara Santa.

Cae de rodillas y todos los fieles le secundan.

Y á un tiempo que el sonido de las campanas atruena el espacio con sus vibraciones, y el incienso se eleva en espesas y perfumadas nubes, y el cáliz de las flores parece abrirse para recibir los rayos del sol naciente, exclama al sacerdote con voz entrecortada por la emoción:

¡Te Deum laudamus, te Dóminum confitemur!

¡Te Deum! ¡Eterna, sublime, incomparable frase, arrancada al labio por la gratitud imborrable del espíritu!

Ante ella vienen á proclamar su ineficacia los ensueños del humano orgullo, las nebulosidades de la ciencia fingida, los errores de la razón extraviada.

Sin Dios no hay conquista cierta, triunfo legítimo, ni laurel que se mantenga espléndido y lozano.

En el seno de Dios vive y vivirá siempre la luz inmortal de la verdadera sabiduría.

¡Sin la antorcha de la fe que todo lo irradia, no hay progreso posible: grabemos este axioma en nuestro corazón, y sean las estancias del *Te Deum* las gotas de purísimo rocío que endulcen diariamente nuestras almas, lo mismo en los gratos instantes de la fortuna, que en las amargas é interminables horas del martirio y de la adversidad!

A. HIDALGO DE MOBELLÁN.

UN PASEO POR MALLORCA

(Conclusión.)

DESDE Valdemosa, por entre bosques de olivos y de pinos, y costeando siempre por la altura, con el mar en las profundidades risueñas y majestuosas á la izquierda, subimos al *Ermitorio* que al pie del monte *Pohuet* á la derecha se levanta. Llamamos á la puerta de aquella pobre fábrica, siempre á punto de franquearse á cuantos llegan, verdadero nido de águilas que ocupan nueve ermitaños y salió á recibirnos José Fons, el cual, vestido con pobre sayal de paño pardo, semejante al que llevan los capuchinos, ceñido al cuerpo por medio de áspera cuerda, calzado con dura sandalia y con la sonrisa de la caridad en los labios nos enseñó toda la casa y hasta nos obsequió ofreciéndonos pan moreno, hinojo silvestre y aceitunas adobadas.

En la primera puerta del angosto corredor tropezaron mis ojos con estos malos versos, que nos hacían, sin embargo, la siguiente buena advertencia:

Tú..... ¡oh mortal!
que entras por esta puerta,
detén el paso y advierte
que este sitio te convida
á que mueras en la vida
para vivir en la muerte.

Y en efecto, aquellos rudos é ignorantes cenobitas, voluntariamente mueren en vida á las pompas y comodidades del mundo para vivir en muerte la vida eterna

porque al fin de la jornada
el que se salva ese sabe,
y el que nó no sabe nada.

El Ermitorio de Valdemosa es antiquísimo, pues existía ya en tiempo de los beatos Ramón Lull y Catalina Tomás, sin que en aquella pobre capilla se haya interrumpido el culto desde entonces consistente en rezos y cantos, pues no hay Sacerdote alguno entre los ermitaños, cuyo director espiritual, ha residido siempre en la Cartuja. Dedícanse á labores manuales y al cultivo del monte sobre todo; comen siempre de vigilia, no prueban el vino, y ayunan los viernes á pan y agua. Dentro del Ermitorio, para las necesidades de la comunidad y en rudimentario estado, tienen horno de pan cocer, molino harinero, que mueven á mano ó por medio de una caballería, almazara y talleres. El superior actual es cocinero y el ermitaño Fons es un verdadero prodigio de habilidades artísticas naturales, pues sin maestro alguno, sin casi haber visto modelos que poder imitar, oficia continuamente de albañil, picapedrero, pintor, dorador, escultor, músico y poeta.

Obra de sus manos son el dorado del altar mayor, un cuadro al óleo de la Santísima Trinidad, la imagen de la Virgen, los estucos de las paredes y el *portland* del pavimento. Toca bastante bien el armonium y el que tienen en el coro, fabricado en París por Alexandre, lleva la siguiente inscripción en una plancha metálica: «D. Francisco Maten (Uetam) artista lírico, dedica esta modesta memoria á los Ermitaños de Valdemosa en el día 13 de Julio de 1882.»

Contrasta verdaderamente la pobreza de aquel tugurio y la mortificación de los cenobitas que allí se guarecen con la tranquilidad placentera que se advierte en sus risueñas y saludables fisonomías, y con la magnificencia y hermosura incomparables del panorama que se descubre desde el huertecillo de la Ermita. Hay, entre aquellos solitarios, viejos octogenarios que parecen muchachos y trabajan como mozos, conservando su salud mediante el elixir de la frugalidad y de la mortificación, y alargando su vida en medio de las auras salutíferas de la madre naturaleza, que en torno de la Ermita despliega todas sus magnificencias y encantos. La nostalgia del cielo se apodera del alma en aquella altura, siente uno como flatos espirituales de vestir el pardo sayal, y no se cansan nunca los ojos de despeñarse mentalmente por aquella empinada y frondosa ladera, que á Miramar conduce, y las plateadas ondas mediterráneas tiene por alfombra.

***

¡Miramar! ¿Qué puedo decirte, querido amigo de la finca sin semejante que así se llama y pertenece á S. A. I. el Archiduque de Austria Luis Salvador, que en ella pasa la mayor parte del año? Ganas dan de romper en cien pedazos la pluma impotente para describir tales espectáculos naturales, sobre los cuales parece que el Criador haya derramado á manos llenas la omnipotencia de sus gracias. Tengo para mí, que el Archiduque, persona indudablemente ilustrada, inteligente y de gusto, ha fijado su residencia en aquel pedazo de Paraíso terrenal, después de haber recorrido el mundo todo en su *yat* de recreo y de haberse convencido de que aquel es el más hermoso rincón de la tierra, donde puede hacer placentera morada el hombre. Calcula, pues, mis sudores para darte aproximada idea del salvajemente hermoso jardín archiducal.

Varios son los predios que el Archiduque Luis Salvador ha ido adquiriendo á peso de oro en aquella costa, regocijada y abrupta, para extender y completar su posesión magnífica: la Trinidad, Son Moragues, Son Marroig, Miramar y otros; pero este último es el que da nombre á la finca y el que trae á la memoria no pocos recuerdos históricos.

En Miramar fundó el Beato Lulio, á fines del siglo XIII, un colegio de Lenguas orientales, en donde trece religiosos Franciscanos preparábanse para la conquista religiosa del Africa; pero motivos que

el fundador calla dieron al traste con aquella importante fundación, desgracia que llora en su poema *Desconhort*, y tornó á ser morada señorial. El maestro Nicolás Calafat, introdujo en Mallorca el invento de Gutenberg, y por primera vez, imprimió en Miramar un tratado de Gersou, y después una obra del presbítero y entusiasta lullista, Francisco Prast. Miramar perteneció después á los monjes del Cister; habitáronle más tarde los Cartujos, mientras se transformaba en Monasterio el palacio de Valdemosa; fué convento de Jerónimos, luego de Dominicos, y ha renacido de sus ruinas, gracias al Príncipe austriaco dicho, para ser visitado y conocido de cuantos viajeros desembarcan en Mallorca.

Y la posesión archiducal verdaderamente lo merece: nada conozco que con aquella costa de la dorada isla pueda compararse. A su lado se queda tamañita la famosa *route de la Corniche*, que lamiendo también las mediterráneas ondas une á Marsella con Génova, y de la cual he dicho yo en cierto libro reciente: «No hay en el mundo línea férrea más hermosa, que la que partiendo de Marsella, por Tolón, Hyères, Frejus, Antibes y Niza, conduce á Mónaco. Parece una náyade que remoja sus níveos pies en las cristalinas ondas mediterráneas, y reclina su graciosa cabeza de rosas y dorados bucles, coronada de rico almohadón bordado de quintas, palacios, torrentes, praderas y jardines, sobre cuyo paisaje derraman perfumes á manos llenas el naranjo, el limonero, la magnolia y otras plantas y árboles odoríferos.»

En la costa mallorquina de Miramar no hay más palacios que los tres ó cuatro edificios pertenecientes á los antiguos presidios, restaurados por el Archiduque y alguno construído de planta, y que el príncipe austriaco utiliza para vivienda y museos; ni más jardines que la floresta bravía y umbrosos bosques de pinos, encinas, sabinas, olivos y monte bajo, que tapizan aquellos montes, peñascos, torrenteras, precipicios, vertientes, barrancos, cabezos y escasos trozos llanos de playa, festoneados por el mar, que se complace en lamer la isla, entrando y saliendo caprichosamente tierra adentro y formando en los dominios del Archiduque todos los accidentes geográficos imaginables. ¡Qué vista la que se goza, con instintivo arrobamiento natural, desde cualquiera de aquellos picos y miradores! Los campesinos y carboneros del país censuran al dueño de Miramar porque no tolera en sus bosques hacha ni podadera, prefiriendo que naturalmente se sequen y pudran los árboles; pero los carboneros y *payeses* no son artistas. De lo contrario complaceríanse como el Archiduque en poseer, para su particular recreo, en pleno país civilizado, una selva salvaje y virgen.

Muchos son los libros del Archiduque Luis Salvador que llevan su nombre y están editados con lujo verdaderamente regio. Creo que tratan la mayor parte de costumbres mallorquinas y de viajes; pero, aunque obran en mi poder no pocos, regalo que debo á la munificencia del Príncipe, por estar en alemán ni siquiera he podido comprender las portadas. Indudablemente es aficionadísimo el Archiduque á las antigüedades mallorquinas y debe ser también devotísimo de Ramón Lull, pues los salones de Miramar están llenos de escaños de pita, velones, husos, platos, mesas, arquimesas, escritorios, camas y cuadros del país, pertenecientes á pasadas edades.

Sobre un peñasco, que domina el mar, ha hecho construir una capilla en forma de templete, sobre cuyo altar único puede admirarse la estátua en marmol de Carrara y de tamaño natural del celebérrimo autor de *Blanquerna*.

En un salón de la planta baja de Miramar puede ver el viajero un grupo, en riquísimo mármol blanco de Carrara, esculpido en 1879 por Antonio Tantardini de Milán, que representa al secretario del Archiduque, ya fallecido, en actitud de resucitar al eco de la trompeta con que le llama el ángel del juicio, grupo que no carece de mérito y de intención artística, sobre todo, y que, según me contaron costó 50 000 pesetas. En el zócalo del monumento se leen las siguientes inscripciones:

«Wratislao Vyhorny nació en Kuttenberg el 23 de Setiembre de 1853; falleció en Palma el 25 de Julio de 1877: sus restos mortales descansan en su país natal.

RESURREXIT

Orad por él. — Lo suplica su amigo del alma,

LUIS SALVADOR,

que dedica este monumento á su memoria.»

La estatua de Vyhorny, que es hermosísima, dicen que es retrato fiel del difunto. El ángel no gusta menos. Se conoce que el escultor milanés supo copiar fielmente un retrato de carne y hueso, pero no encarnar en el duro mármol la idea suprasensible de un espíritu puro.

***

Desde Miramar, costeando siempre por carretera calzada de admirables vistas, pasamos á Deá, que como una bandada de palomas poéticamente situadas en torno del campanario, su palomar, presentóse repentinamente á nuestros ojos en la alta vertiente de un repliegue del terreno, dominando preciosa cañada que á sus pies se extiende. Difícilmente puede idearse nada tan pastoril y pintoresco como aquella humilde parroquia: es el más hermoso modelo de *Belén*, que pudiera ofrecerse á la devoción infantil mas exaltada.

Desciende luego la costa hasta la hondonada de Soller, verjel de naranjos y de toda clase de frutales, que con razón ponderan los mallorquines por sus excelentes condiciones higiénicas y de natural hermosura. El puerto es una tacita de plata líquida, tan regularmente circular y de tan estrecha y escondida entrada, que parece un lago suizo, trazado á compás y, aunque es más pequeño, se asemeja no poco á la celebrada Concha de San Sebastián.

En él vimos la pobre ermita de Santa Catalina y la consagrada á San Raimundo de Peñafort, aquél taumaturgo que se opuso á la regia voluntad de don Jaime, pasando á la costa catalana embarcado sobre su manto, por haber prohibido el rey que en sus galeras se embarcase fraile alguno. Los marineros de Soller todavía enseñan la huella del pie del Santo, que estampada quedó sobre la piedra que le sirvió de embarcadero para lanzarse al mar en el bajel de su capa.

La iglesia parroquial de Soller es magnífica, y se encuentra aún rodeada del muro que la convertía en fortaleza inexpugnable y en seguro asilo contra las invasiones frecuentes de los moros berberiscos. Soller entero y su comarca conmemoran anualmente con grandes fiestas y regocijos, que tienen lugar el segundo domingo de Mayo, la señalada victoria que los solleranos obtuvieron sobre los piratas moros el día 11 de Mayo de 1561. Cuéntanse actos heroicos hasta de las mujeres, que despacharon por sí mismas á no pocos sectarios de Mahoma.

Tuve ocasión de presenciar en la parroquia la primera comunión de más de cien niños y niñas, acto verdaderamente conmovedor que no olvidaré fácilmente.

Oí las diferentes pláticas que el virtuoso y elocuente señor Cura arcipreste de Soller dirigió á sus ovejuelas; admiré el piadoso entusiasmo y recogijo de las familias de los niños; ví las estampas y rollo con que éstos fueron obsequiados por el Cura, y me chocó el traje vistoso y nacional de no pocas niñas de casas acomodadas, que acudieron á recibir por vez primera el pan de los ángeles, no vestidas como bailarinas ó poco menos á francesa usanza, sino con sus basquiñas de color largas, ceñidas y honestas, sus rebocillos blancos en forma de toca y su hermosa mata de pelo, recogida y tendida sobre la espalda en trenza única.

Visité también la iglesia del antiguo convento de franciscanos, tomando en mi cartera dos notas, que merecen consignarse. En la cuarta capilla de la derecha, mirando al altar mayor (es iglesia de una sola nave) se conserva el corazón de uno de los presidentes de las Cortes de Cádiz, según declara la inscripción siguiente, nada clásica:

Hic jacet cor Ilmi. D. D. Bernardi Nadal et Crespi episcopi majoricensis qui natus est in oppido á Soller die 5 aprilis 1745 et mortuus est in urbe á Palma die 12 decembris 1818.—Orate Deum pro illo.

En la tercera de la izquierda, si no recuerdo mal, venérase una imagen de Cristo crucificado, á la que profesan devoción grandísima los solleranos, como lo atestiguan centenares de ex-votos que tapizan las paredes del camarín, y de la cual se cuenta que, en 1530, ante la impenitencia de un asesino, *sudó visiblemente*, milagro aprobado por decreto del Obispo Manrique, que extendido en rica vitela de aquel tiempo puede leerse en un cuadro del camarín.

Remontando el *Coll de Soller*, garganta imponente, sembrada de magnificencias naturales y de márgenes ó bancales, admirablemente construídas con piedras sin argamasa, combinadas artísticamente á manera de mosaicos y dispuestas de modo que sostienen los terraplenes y permiten á la vez la filtración de las aguas, regresamos á Palma por Biniforani, hermosa finca de mi ilustre amigo D. Jorge San Simón, Marqués del Reguer, y por Raxa, *villa* soberbia de italiano estilo, con ricos y abundantes museos de inscripciones y estatuas romanas, fundada por el Cardenal Despuig y perteneciente en la actualidad á su pariente el Conde de Montenegro.

Con mucho gusto te haría, amigo mío, descripción detallada de la *villa* cardenalicia y de sus preciosidades artísticas, lo mismo que del palacio de Bendinat, perteneciente hasta hace pocos años á los Marqueses de la Romana y propiedad actualmente, como Raxa, del Conde de Montenegro, palacio que visité tambien detenidamente; pero se va haciendo esta carta tan extensa comó soporífera, y no quiero molestarte más.

No quiero, sin embargo, dejar en reposo la pluma sin dar públicamente las gracias á D. José Miralles, joven, ilustrado y bondadoso Catedrático del Seminario de Palma, que aguantó mis impertinencias durante toda la excursión dicha; á mi ilustre huésped el Obispo de Mallorca, Dr. D. Jacinto María Cervera, varón verdaderamente apostólico, corazón de oro, que trata á sus ovejas todas como verdadero padre y obsequia espléndidamente á los que le visitan; á mi querido amigo el Provisor y Vicario general de la Diócesis, Dr. D. Enrique Reig y Casanova, que entre otras de más precio, practica la virtud del agradecimiento, cada día menos frecuente, y á todos y cada uno de los mallorquines, que me han dispensado una acogida que yo no merezco y que han hecho cómoda y agradable mi permanencia en su patria. De todos me despido cariñosamente y á todos digo con franqueza aragonesa: Si contingencias de la vida á que todos estamos expuestos, y de una manera especialísima los hombres de mis ideas, me obligasen á dejar el continente, que me busquen en algún palacio ó cenobio de Mallorca y de seguro me encuentran.

Tuyo siempre verdadero amigo y S. S.,

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.



BANQUETE INFANTIL



UN CHUBASCO.

ALBUM DE POESÍAS

LA PERLA DE HIXÉN II

(Continuación.)

III

Sumida en negra mazmorra
Se encuentra la castellana,
Por Almanzor recogida
Como botín de batalla,
Y en Córdoba la arabesca
Al Califa presentada,
Que quiso hacerla, liviano,
De sus harenes sultana.
Nada valieron presentes,
Ni promesas, ni amenazas,
Ni tisúes de Damasco,
Ni diamantinas alhajas,
Ni pieles de Cachemira,
Ni risueñas esperanzas
De ser un día la reina
De la cordobesa patria.
Nació cristiana la niña
Y se conservó cristiana,
Sin que pudiesen los ruegos
Con que Hixén la suplicaba
Hacer mella en su conciencia
Ni turbar su fe sagrada:
Pura como blanco armiño
Conservó siempre su alma
Rechazando los amores
De aquel lascivo monarca,
Que, apasionado por ella,
No vive ya ni descansa
En paz, desde que ha mirado
La hermosura de su esclava.
Húndela en un calabozo
Para vencer su constancia
Y evitar de sus magnates
Las codiciosas miradas;
Y hasta él mismo la custodia,
Porque en su pasión bastarda
Celos abriga su pecho
De la berberisca raza
De eunucos, que en los harenes
Á las concubinas guardan.
Él regala los oídos
De la joven castellana
Con amantes cantinelas
Y sentimentales cántigas
Y suspiros cadenciosos
De guzla mahometana;
Él le pinta sus angustias,
Y le exagera sus ansias,
Y los desdenes lamenta
De la nazarena esclava
Que el corazón del Califa
Con su esquiveza maltrata.
Así que el *muezzin* anuncia
Al pueblo la luz del alba
Clamando en las altas torres
De la mezquita sagrada,
Hixén abandona el lecho,
Y abrigando la esperanza
De que con el nuevo día
Mejore su suerte infausta,
Se presenta en el retiro
En que Leonor postrada
En tierra, al Dios Nazareno
Reza devota plegaria;
De nuevo llora sus cuitas
Vertiendo copiosas lágrimas,
Lanza al aire sus gemidos,
Renueva promesas gratas,
Y ofrece tisúes de oro,
Y ricas perlas de Java
Y cuanto grande se encierla
En su diamantino alcázar.
— Servirán en tus retretes —
La dice; — altivas sultanas,
Que acariciarán tu rostro
Y ponderarán tus gracias;
Pisarán tus pies tapices
De los que en Damasco labran,
Y se posarán tus labios
En copas tornasoladas
Henchidas de mil licores
De embriagadora fragancia;
En inefables placeres
Que el Paraíso retratan
Se deslizarán tus días
Entre divertidas zambras,
Entre abundosos festines
Y músicas regaladas
Y celebrados torneos
Y vertiginosas danzas.
Y serás en esta corte
La favorita sultana
A quien rindan vasallaje
Las muchedumbres fanáticas;
Y te llevaran en hombros
Entre alegres serenatas
A verjeles orientales
Donde los pájaros cantan,
Donde las altas palmeras
Inclinan sus hojas lánguidas,
Y donde en la fresca sombra
De misteriosa enramada
Tiembla el agua en lagos tibios
Que al blanco cisne retratan
Y á los irisados peces
Hacen brillar las escamas.....—
Todo inútil: la cautiva
Tiene su virtud probada
Y no vencen los halagos
Su inconmovible constancia;
Todo inútil: que la niña
Nació en Castilla cristiana
Y antes que su fe se pierda
Entre la infiel chusma arábiga,
Ha de perder allí en Córdoba
Su existencia desgraciada.
Perdió en Castilla á sus padres,
Y hasta perdió de su alma
La mitad, cuando en la lucha
Con Almanzor empeñada
Vió caer bañado en sangre
Al caballero Villarias
Por quien su pecho latía
Con enamoradas ansias:
Sin padres que la cobijen,
Sin amor y hasta sin patria,
¿Para qué quiere la niña
Las riquezas de un alcázar?
Más preció de su mazmorra
La lobreguez solitaria
Que las promesas que Hixén
Le hiciera en sus serenatas;
Y espera que Dios muy pronto
La lleve á la real morada
Que para sus hijos fieles
En el Cielo destinara.....
Y á solas con sus recuerdos,
Sus dolores y sus lágrimas
Ve deslizarse los días
La avecilla aprisionada,
La cierva herida en el bosque,
La flor que el cierzo arrebata,
La niña de Nuño Ansúrez,
La amante de Ruy Villarias,
La perla de Hixén segundo,
Como los moros la llaman.

IV

—¡Padre mío!....
— ¡Hija adorada!....
— Os trae á mi lado el cielo.....
—¡Hija, te creí perdida!...
—¡Yo, padre, os juzgaba muerto!....
— No: que el alfanje moruno
Que abrió ancha herida en mi pecho
No tuvo fuerza bastante
Para arrancarme el aliento.
— ¿Y mi madre?
— Dios la tiene,
Hija, en su bendito seno.
— ¡Virgen Santa!....
— Tu desgracia
Y mis heridas, hicieron
En su corazón tal mella
Que acabó su vida presto,
Después de haberse albergado
La insania en su entendimiento.....
— Pero, padre, ¿cómo á Córdoba
Habeis llegado, y os tengo
En mis brazos, siendo esclava
De un impuro sarraceno?
¿Es porque nuestros soldados
Han libertado este suelo
De garras de esos infieles
Nacidos en el desierto?
— No, Leonor: ha cinco años
Que ser judío fingiendo
Dentro los muros de Córdoba
Vivo abatido y enfermo;
Supe por gentes leales
Que tus pasos persiguieron,
Que el árabe en sus marmorras
Te sepultaba, y ligero,
Mintiendo traje y oficio
Y hasta el semblante mintiendo,
En los cordobeses barrios
Hice profesión de médico.
Ahora el Califa me manda
Que cure tus ojos ciegos.....
— Padre, ya no veré el día:
Mis ojos se ennegrecieron
En aquella oscura cárcel
Que de tumba era remedo,
Y en la que tres años largos
Enterrada me tuvieron,
Sin aire, sin luz, sin vida,
Sin compañía y sin consuelo.
Cuando de allí me sacaron
No ví del sol el reflejo,
Ni el fulgor de las estrellas,
Ni las palmeras del huerto.....
— Hija, en Dios nuestra esperanza
Como cristianos fijemos,
Y humildemente pidamos
Que dé á mis manos acierto.....—
Así dió fin á la plática
El infeliz caballero
Bañando el rostro de su hija
Con lágrimas de contento.
Cinco años de incertidumbre,
Cinco años de sufrimiento
En la ciudad, encontraron
En aquella cárcel premio.
¡Cuánta amargura endulzada!
¡Cuánto amoroso deseo
En aquellas soledades
Encontraron satisfecho!
¡Cuánta ingrata pesadumbre
Tuvo entonces feliz término
Después de terrible ausencia
Después de penoso infierno
Y de espantosa agonía
Y de incertidumbre y duelo!

Y ¡cuánta dulce esperanza
En sus almas concibieron
Entre el llanto de la joven
Y los suspiros del viejo....!
Olvidaba Nuño Ansúrez
De su viudez los recuerdos,
Y Leonor olvidaba
Su ceguera y sus lamentos
Y los impúdicos lazos
Que á su honestidad tendieron.....
Y así pasaban las horas
Sin sentir, hasta que el médico
Juzgando que su embajada
Se prolongaba en extremo
Y temiendo del monarca
La sospecha ó el deseo,
Se separó de su hija,
Posó en sus labios mil besos,
Y traspuso entristecido
La puerta del aposento.
En la galería próxima
Aguardó el rey su consejo
Con el amor excitado
Y con la tardanza inquieto:
—¿Esperas que vea?—dijo;
Y Ansúrez le dijo:—Espero.—
Y sin mas explicaciones
Se envolvió en su manto viejo
Y con paso presuroso
Volvióse á su cueva el médico.

ALVARO LÓPEZ NÚÑEZ

(Se continuará.)

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS
DEL ÁFRICA ECUATORIAL

POR FL. BOUHOU

Traducción del P. J. R., Agustino.

(Continuación.)

¡NUANAS mías, huid.....! ¡Los esclavistas.....! ¡Daouda nos ha vendido! y expiró bañado en un mar de sangre. Saltó el traidor por el cadáver, penetrando en la morada de las tres jóvenes, prosternadas por el grito supremo de su moribundo padre y aterrorizadas al ver al infame que se arrojaba sobre ellas cual terrible fiera. Sólo Nyemoena, más esforzada que sus hermanas, empuña con furor la lanza de su difunto padre, al ver que que Nyandea y Marrasilla retroceden á la vista de Daouda:

—¡Detente, miserable — le gritó —ó eres muerto!....

Salvaje sonrisa se dibujó en los labios del asesino, que al primer golpe dejó sin arma á la triste joven, ligándole pies y manos con fuertes cuerdas de rajia, preparadas de propósito, después que sus nervudos brazos la tendieron en tierra sin compasión ni dolor.

— ¡Oh Madre Blanca del cielo!—Sólo este grito pudo lanzar la triste joven, desmayándose después como sus hermanas, que yacían inertes á su lado.

Encarnizada y sangrienta lucha se libraba entre los esclavistas y la pequeña tropa de Caniata, que al empuje de más de doscientos hombres, decididos á concluir de una vez con los Wabikari, debía ser fatalmente destrozado; pero Caniata y sus dos hermanos se baten cual terribles leones, sirviéndose del fusil, después de haber quemado el último cartucho, como de pesada maza que mueven con furor, cuarteando cráneos, contundiendo pechos, quebrando piernas y brazos. Y el viento bramaba sin cesar, empujando las mechas incendiarias, que suben hasta las nubes con devorante rapidez.

Aún algunos minutos y el pueblo será un montón de cenizas.

Al resplandor de este inmenso incendio pueden los esclavistas contar las cabezas enemigas; son muy pocas; cincuenta lanzas se precipitan á agujerearlos; Moené cae desplomado; Moamé exhala, luchando, el último suspiro.. .. y uno á uno sucumben todos los defensores de la libertad; sólo Caniata sobrevive á sus amigos y toma la fuga para romper su lanza, vengando la muerte de su padre y hermanos.

Feroces gritos de triunfo brotan de los pechos esclavistas, comenzando al punto la *caza*.

Los Wabikari huyen por todas partes en indescriptible desorden; pero son detenidos por los negros de la tribu vendida á los musulmanes que hunden el hierro de sus agudas lanzas en los pechos de los que oponen alguna resistencia. Cada esclavista es dueño de su esclavo, hombre, mujer ó niño; á cada paso tropieza el pie con el cadáver de un negro cristiano. Al resplandor de las llamas se ven hombres huir hacia el río ó precipitarse en la selva, dispersarse espantados los rebaños, que pertenecerán pronto á la tribu esclavista. Gritos y súplicas se elevan en todas partes: confúndense los suspiros y sollozos con el chisporroteo del incendio que devora las últimas casas del centro, donde llegan los tres jefes árabes para apoderarse de las tres vírgenes negras.

Siriatomba vomita una imprecación.

— Habrán conseguido escapar de nuestras manos —dijo con rabia dirigiéndose á Sequacha y Matahemia. — ¡No las veo!.... ¡Han huído!....

— ¡No — respondió una voz detrás de una casa que las llamas empezaban á devorar.

— ¡Es Daouda....! — exclamaron los tres jefes rodeándole.

— ¡Sí, yo soy! ¡Llegáis á tiempo! — les dijo señalando á un hombre forcejeando bajo sus fuertes rodillas.

— ¡Muy bien! ¿Es esclavo tuyo? — le dijo Siriatomba.

— ¡Cuando le ate, sí! pero no tengo cuerdas y este arrogante se me va á escapar.

— Helas aquí.

Al incorporarase un poco Daonda para cogerlas, Caniata, éste era el oprimido, se torció como una serpiente, se irguió, saltó y tomó la fuga.

— ¿Y has dejado también escapar de este modo á las hijas de Sindesé, gran bruto? — preguntó Sequacha.

— Allí están las tres — respondió el traidor, apuntando á una casa vecina que arrojaba llamas.

— Vamos, amigos — dijo Siriatomba. — ¡Cada uno la suya.....! No se trata de que se asen dentro. Luego haremos la elección.

Los tres jefes se apoderaron al punto de las tres vírgenes negras; pero no contaban con Daouda.

— ¡La más hermosa es mía! — bramó éste: — se me debe en cambio de lo que me habéis prometido.

La respuesta de Siriatomba fué tocar el cuerno de búfalo que llevaba colgado de la cintura, y en menos de medio minuto se vieron rodeados de una docena de Rougas-Rougas de la banda de Siriatomba, quien les dirigió algunas palabras en árabe, no muy agradables para el buen Daouda, que se vió al momento tendido en tierra y fuertemente agarrotado.

— He aquí un valiente — dijo Siriatomba en tono burlón — que llevará sobre sus hombros doble carga de marfil y que me valdrá dos veces más que otro cualquiera.

Daouda lanzó un rugido aterrador, y si la mirada de los esclavistas, que no temen jamás, se hubiera clavado en los ojos del traidor, el espanto más terrible se hubiera apoderado de sus desapiadados é iracundos corazones.

— Conducidle con los demás esclavos — ordenó Siriatomba — y organizad una cadena al resplandor de las últimas chozas, que son ya pasto de las llamas.

Los Rougas-Rougas se alejaron con Daouda.

—Escojamos ya,—se dijeron los jefes.

—Yo,— dijo Siriatomba,—me llevo á Nyemoena por haberla visto un día, gracias á las indicaciones de Daouda,— y separó á la joven de sus hermanas.

—Para mí ésta,—dijo Sequacha, tomando por un brazo á Nyandea.

— En este caso es preciso que yo me contente con esta,—añadió Mabahemia, poniendo una mano en Marrasilla; pero el monstruo recibió de la infortunada virgen un salivazo en su inmunda cara.

— ¡Más dulzura!—dijo frunciendo su ceño el miserable;—no serás tan arisca dentro de un mes.

—¡Vamos, en marcha!—gritaron los jefes, empujando cada uno á su esclava—¡vosotras sereis el ornamento de nuestra cadena!.....

No lloraron más las tres hermanas: habían agotado ya todas sus lágrimas. Hablaban juntas, sin duda por última vez, de los Padres Blancos, de la misión del lago Tanganyca, de Cecilia y de Juana Noé, del capitán Joubert, de la capilla del Asilo de su Madre Blanca del cielo.

—¡Ya nuestros ojos no contemplarán más todo eso!—dijo con dolor Nyandea.

—¡Estamos perdidas!—añadió Marrasilla.

Nyemoena, más valerosa que sus hermanas, las animaba diciendo:

—¡Valor, hermanas mías! Y no olvidéis jamás que Dios vela por nosotras: guardémosle siempre fidelidad y no nos abandonará. No os separéis de la medalla de la Virgen María, pues es un talismán contra el demonio, que vendrá pronto á rondar á nuestro lado bajo la figura de estos monstruos, causa de nuestra orfandad y de la esclavitud que pesa sobre nosotras.

—¿Dónde están nuestros hermanos? ¿Dónde está nuestro padre?.....—preguntó Nyandea.

— Moené, Albamé y nuestro padre están en el cielo - contestó Nyemoena,—Caniata se ha salvado, le he visto ir hacia el lago Tanganyca, dirigiéndose, sin duda, á la residencia de los Padres Blancos. ¡Ah, si el capitán Joubert estuviera ya de vuelta!.....

—¡Alto!—ordenó Siriatomba, cuando alcanzaron á los demás esclavos.

Los Rougas-Rougas estaban ligándoles las manos, poniéndoles grillos en las piernas, y argollas en el cuello, con las que unían á muchos. Había muy pocos hombres, pues murieron muchos luchando por la libertad, refugiándose otros en los bosques inmediatos para escapar á los horrores de la esclavitud.

La *orague* empleada por los esclavistas para retener á las víctimas es casi siempre un palo grueso ahorquillado en los extremos, que apresan el cuello del esclavo; de modo que en cada extremo gime un desgraciado prisionero.

El *Ghebela* (conductor de esclavos) acababa de aprisionar el cuello de Daouda. Siriatomba dijo al apercibirse de ello:

—¡Colocad á esta joven al otro extremo!.....—y la empujó hacia sus cómplices, quienes la apresaron ajustándola la horca, sin atender á los gritos y súplicas de la pobre negra.

Colocar así á la desgraciada joven al lado de Daouda, era un exceso de crueldad bestial y satánica. Un temblor convulsivo circuló por los miembros de Daouda, que inclinó la cabeza sin murmurar una palabra.

Colocaron á Niandea en la segunda cadena formada no muy lejos de allí, y á Marrasilla en la tercera. Así separaron á las tres hermanas, sin que les fuera permitido darse un tierno abrazo. Mudas quedaron las infelices, efecto de esos dolores tan profundos, tan atroces, tan inconcebibles que hacen perder el sentimiento de toda realidad á los que tie



ESCENAS DE LA CONSERJERÍA

nen la desgracia de sufrirlos, creyéndose juguete de un sueño horroroso, pero palpando la realidad al despertar.

Llegó el desengaño, cuando á una señal de Siriatomba las cadenas tomaron direcciones diferentes. ¡Ah! resonaron entonces gritos inefables, brotaron lágrimas de sangre, desesperaciones sin número!!! Los pobres negros eran arrancados para siempre de su país natal, de su querido pueblo, cuyas ruinas humeantes les recordaban la calma, la paz de su vida cristiana. Las mujeres daban gritos llamando á sus esposos, los ecos de las montañas repetían las voces de los niños que llamaban á sus padres.... y no faltaron esclavos que se arrojaron á tierra, rehusando ponerse en marcha.

Los Rougas-Rougas, armados de látigos nudosos, desgarraban las espaldas desnudas de los pobres esclavos, imprimiendo fuertes heridas, de donde brotaban arroyos de sangre.... y bajo el aguijón del sufrimiento los desgraciados obedecían á las órdenes crueles de sus asesinos. Los jefes árabes, directores de las tres cadenas, habían acordado reunirse en Nyangoné en los límites del Congo, á donde llegarían por diferentes caminos, con el fin de desorientar al capitán Joubert, ó impedir, á lo menos, que devolviera la libertad á más de una cadena de esclavos.

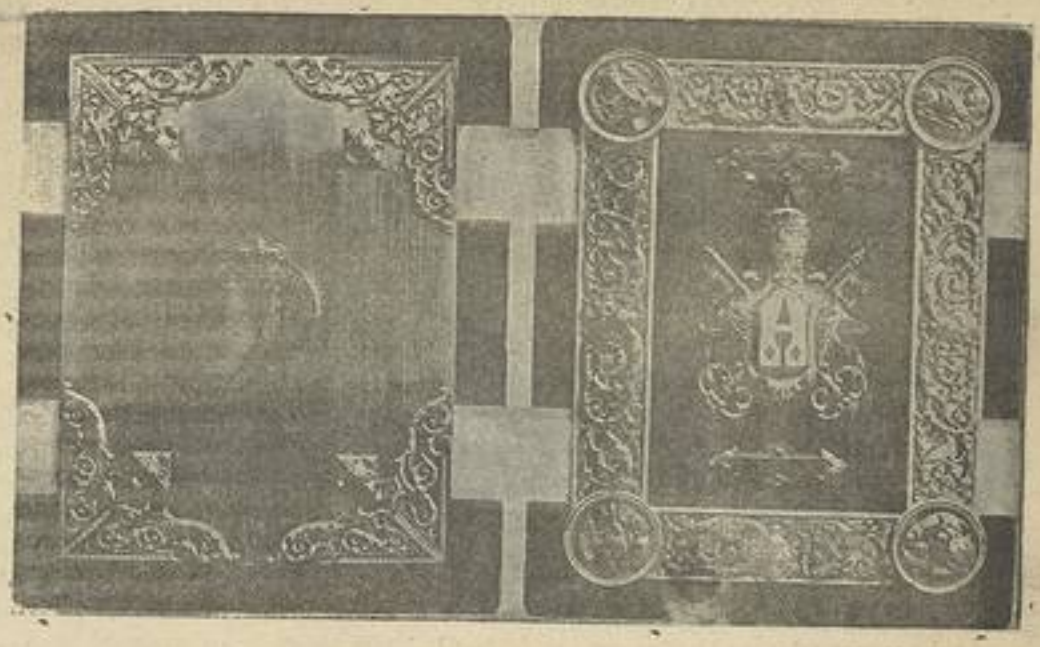
Hé aquí á los infortunados wabikari y á nuestras vírgenes negras caminando á un mercado del interior, donde serán expuestas á la venta como bestias de carga, no sin examinarles antes los dientes, las manos y los pies, para cerciorarse de los servicios que pueden rendir. Se discutirá sobre el precio, y pertenecerán en cuerpo y alma al comprador. Nada será respetado: ni los lazos de la sangre, porque separan sin piedad al padre, á la madre y á los hijos; sin oir sus gritos desgarradores; sin mirar á sus ardientes lágrimas ni la voz de la conciencia, porque deberán abrazar al punto la religión del musulmán que los compre, y sufrir todos sus caprichos en fin, su método de vida estará á la discreción de los poseedores.

¡Ah! pobres esclavos! Y vosotras Nyeomena, Nyandea y Marrasilla que Dios os acompañe y proteja, porque la Europa, orgullosa de su civilización corruptnora, la Europa, cruel y egoista, no piensa en vuestro dolor, ni sabría que lloráis sobre la tierra si un gran Obispo católico no hubiera venido á trazarles el cuadro de vuestro infortunio con todo su pavoroso y repugnante horror!!

DOS JOYAS DE ARTE



COFRE



DÍPTICO

CAPÍTULO VII

Cuando el asiento del pueblo wabikari se ocultó á la vista de las tres cadenas esclavas, el sol imprimía hermosos coloridos en las cimas de los árboles que limitaban el horizonte de Urundi. Cesaron los horrores de la tormenta, cual si el espíritu de la iniquidad hubiera juzgado que los esclavistas no necesitaran ya de su intervención, sucediendo á la lluvia torrencial una calma profunda en el fondo de los bosques, interrumpida solo por los armoniosos ecos de alegres pajarillos, por el suave arrullo de la tórtola, por el canto del mirlo y graznido del cuervo, á que respondían el armónico rodar de los arroyos y la no muy agradable música de la cacatúa. Sonreía el cielo á la aurora; brillaban las perlas del rocío en las hierbas altas; recorrían las ardillas los lindes de la selva; gritaban y se agitaban los monos dirigiendo sus penetrantes miradas á la cima de una gigantesca palmera, donde estaba de centinela un corpulento negro.

Era Caniata, que lejos de ir á la residencia del Iago Tanganyca, se ocultó en la espesura del bosque, de donde retrocedió arrastrándose como una serpiente, al oir la señal de partida de los esclavos, para subir á la cima de la palmera y poder cerciorarse de las direcciones que tomaran los jefes de las tristes caravanas.

Descendió después de aquel observatorio con rapidez vertiginosa y corrió á la residencia de los misioneros, escudando antes su pecho con la señal del cristiano.

Detiénese repentinamente el hijo de Sindesó al poco rato de precipitada carrera... deja la senda y desaparece en la espesura, porque sus ojos alcanzaron á ver una cuadrilla que venía á su encuentro. Temiendo verse frente á frente con algunos vagabundos esclavistas, creyó prudente evitar el peligro; pero lejos de ser enemigos los que ya le infundían espanto, eran los valientes del capitán Joubert, que, á las pocas horas de vuelta de Monkambar, apercibió los reflejos de las llamas incendiarias, oyó los mortales disparos y sin escuchar más que á su valor, y dominando el cansancio por la energía, partió de nuevo arrastrando á los suyos, electrizados por su alma de fuego y ascendiente moral.

—¡Adelante, hijos míos, adelante!—les decía: los esclavistas asolan el pueblo de los wabikari. ¡Quiera Dios que no lleguemos tarde!

Caniata reconoce esta voz amada; sale de su escondrijo, se presenta en medio de la senda y cae de rodillas á los pies de Joubert.

—¡Capitán! ¡Capitán! — exclama el pobre negro deshecho en lágrimas — ¡Pronto! ¡Salieron ya.... ¡Nyandea....! ¡Marrasilla....! ¡Nyemoena....!

—¡Tus hermanas esclavas!

—¡Salieron!... ¡todos han partido!... Los demás han muerto: Moené, Albamé y mi padre.

—¡Muy tarde!..—gritó con furor el antiguo zuavo pontificio; y una ardiente lágrima rodó por sus mejillas.

Reinó un momento el silencio:

—¿Tus hermanas esclavas?... ¡todavía no!... — y dirigiéndose á sus hombres,—¡adelante! —les dijo, arrastrándoles tras sí.

—Cuéntame ahora,—dijo á Caniata, al llegar á las ruinas humeantes del pueblo de los wabikari,—cuéntame en dos palabras lo que ha sucedido.

Caniata complació á su capitán narrándole la carnicería á que hemos asistido, y terminó por estas palabras:

—Nada me impidió luchar hasta la última hora, muriendo en defensa de nuestros derechos; pero he preferido huir para ver qué dirección tomaban las cadenas de esclavos.

—¿Y estás al corriente de todo esto, amigo mío?

—Sí, mi capitán. Subí á la cima de una palmera muy alta y nada ha escapado á mis ojos.

—Eres un esforzado é inteligente negro, Cania-

ta; superas á muchos blancos europeos. Dime: ¿qué dirección ha tomado la cadena de Nyemoena?

—La del monte Shamoto, que se alza á nuestra vista.

¿Y la de Marrasilla?

—La del origen del Rousisi, á la derecha.

—¿Y la de Nyandea?

—La de Voira, donde comienza el lago Tanganyca, á la izquierda.

—¿Cuántos hombres conducían las cadenas?

—Un jefe y treinta hombres. Todos los negros de la tribu esclavista que han puesto sus lanzas á la defensa de la causa injusta, entran ahora en sus pueblos: les he visto desde la palmera alejarse con nuestros rebaños hacia el lago Giron.

—¡Bien! Me agrada tu conducta, Caniata. Conserva tu valor hasta el fin. Vamos á devolver la libertad á Nyemoena y á todos los demás y á castigar á los Rougas-Rougas. ¡Sé hombre! ¡sé valeroso! ¡sé cristiano! En el cielo veremos á los que no viven ya en la tierra.

—Pido diez hombres de buena voluntad,—dijo Joubert, después de haber reflexionado algunos momentos,—diez hombres decididos, infatigables, dispuestos á afrontar el hambre, la sed y el cansancio, para libertar á Nyemoena y á su cadena.

Todos se ofrecieron, incluso Caniata.

—Veamos, amigos míos,—dijo el capitán,—entendámonos. Sólo necesito diez hombres. Caniata, á tí te reservo para mandar una compañía. ¿Queréis, amigos míos, que escoja yo mismo los diez hombres que necesito?

—¡Sí! ¡Sí!—gritaron todos á una voz, y formaron una fila.

Hecha la elección, Joubert organizó dos grupos de unos sesenta hombres cada uno, poniendo á Caniata al frente del primero para ir á libertar á Nyandea y á su cadena, y á un negro llamado Ketendé, al del segundo, destinado á la defensa de Marrasilla y demás compañeros en la esclavitud.

—Caniata,—pregunto después Joubert,—¿cuánto tiempo hace que salieron las cadenas?

—Capitán,— contestó Caniata,— el sol esparcía sus rayos sobre las cimas de esos grandes árboles cuando las cadenas penetraban en la selva, que se extiende á nuestra vista.

Joubert calculó mentalmente:—Una hora de camino hasta la selva... el sol debe de estar á dos horas de elevación al pasar por encima de los grandes bosques...

—Los esclavistas,—dijo en alta voz,—nos llevan cuatro horas de ventaja; esto es enorme, pues conocen detalladamente todos los senderos; sin embargo, nada se ha perdido. Hijos míos, os recomiendo la mayor actividad y el más enérgico valor. Tú, Caniata, te dirigirás hacia el Victoria, por donde ibas á pescar al lago Tanganyca. Tú, Ketende, hacia el Rousisi, camino que hemos recorrido juntos muchas veces. No podemos perder un minuto. ¡De rodillas, hijos míos! Dirijamos una oración ferviente al Dios de los hermanos, al Dios de la libertad cristiana, que maldice la esclavitud. Él nos guiará, nos protejerá sirviéndose de nuestro valor para librar á todos aquellos que los mestizos musulmanes y Rougas-Rougas conducen arrastras á la vergüenza, al deshonor y á la muerte eterna.

Después de terminada la ardiente plegaria al Dios de la libertad, los antiesclavistas se alejaron á pasos precipitados. Adelantémosles y veamos cómo son conducidas las cadenas esclavas.

Exacto era el cálculo del capitán Joubert. Cuatro horas hacía que los jefes árabes conducían á empellones aquel *rebaño cristiano* rodeado por Rougas-Rougas, armados unos de nudosos látigos, de fuertes sables otros, y de pesados troncos los demás.

¿Véis esa larga fila de seres humanos con la horca al cuello, con las manos atadas á la espalda, encadenados todos como bestias de un vil rebaño? Es la cadena de Siriatomba, dueño y señor de más de cincuenta víctimas, obligadas á precipitar la marcha porque el inmundo jefe teme que le persigan de cerca, llevando á tal extremo su rigor, que algunas jóvenes no pueden avanzar sin trabajo insoportable, ni los niños dar un paso sin que sus tiernas carnes tiñan de sangre la senda que se ven forzados á recorrer.

—¡Por Mahoma!—brama Siriatomba,—es preciso ceñir el látigo sin piedad!... ¡Golpe á los atrasados!

Los Rougas-Rougas se acercan con satisfacción diabólica á esos desgraciados, rasgándoles las carnes á fuertes golpes.....cae un niño..... Siriatomba le coge por un pie, le despedaza el cráneo contra un árbol y le arroja á un matorral,—¡Para las hienas!—dijo con sonrisa infernal.—Desmáyanse después algunas mujeres aterrorizadas por esta iniquidad. El árabe lanza una blasfemia....—¡Todo esto nos retrasa! —añadió enfurecido.—Por Mahoma, es preciso hacer un escarmiento: ¡blandid la espada y manejad el garrote!

Los Rougas-Rougas sueltan de la cadena á esas pobres mujeres y cortan los músculos de piernas y brazos á unas y al empuje del terrible golpe salta en mil pedazos la cabeza de otras..... todo para economizar pólvora y no retardar la marcha. Estas infortunadas criaturas, abandonadas en el camino, serán pronto presa de las bestias que vagan siempre en las cercanías por donde pasan las cadenas, ó morirán lentamente de hambre ó desesperación.....

—¡Adelante!—grita Siriatomba,—¡¡¡La carne del negro vale poco!!!

Vuelve á ponerse en camino la cadena aterrorizada: tropieza otro niño á los pocos pasos: iba á sufrir la misma suerte que el primero, cuando Nyemoena exclamó suplicando:

—¡Oh! ¡dádmele! yo quiero llevarle.

—Héle ahí, mi esclava,—le respondió Siriatomba en kiswahili:—nada puedo rehusarte: marcharás libremente á mi lado, cuando tenga la seguridad de que no puedas huir; yo sabré bien hacerte aceptar mi dominio! ¡soy tu señor!.... ¡tú mi esclava!.....

Nyemoe na murmuró, levantando los ojos al cielo:

—¡Oh Madre blanca de los cristianos! ¡oh Virgen María, salvad á vuestra Nyemoena! ¡Salvadnos á todos!—y tomó en sus hombros al desgraciado niño.

—Guárdale bien,—volvió á decir Siriatomba,—te le regalo; mi esclava predilecta puede tener un esclavo..... y no será ese solo.

— Y tú, gran bestia,—dijo dirigiéndose á Daouda —¡ahora sabes lo que es ser mi rival!.....Para castigar más aún tu atrevimiento, quiero que lleves la carga de marfil de Nyemoena. Puesto que la amas tanto, esa carga no te será pesada.....—y le añadió la carga de la virgen.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos del traidor Daouda, al notar que en la carga de Nyemoena había un soberbio colmillo de elefante de una longitud y de un peso excepcionales: esto le animó. ¿Por qué?..... Lo veremos pronto.

Oyóse de repente un disparo, cuyos ecos resonaron á lo lejos en la dirección del pueblo reducido á cenizas.

—Somos perseguidos. ¡Satanás!—exclamó Siriatomba;—¡al bosque! ¡al bosque! ¡manos al látigo!

El *Ghebela*, que iba á la cabeza, tomó una dirección oblícua hacia la derecha y la triste caravana resbaló como una serpiente á través de la espesura bajo la cubierta de la selva, donde desapareció, sin que se oyera mas que el silbido de los látigos que rasgaban las carnes de los esclavos para hacerles apresurar el paso.

Las mismas escenas sangrientas, la misma crueldad bestial, el mismo cínico desprecio de la dignidad humana, se desplegaban en las cadenas de Nyandea y Marrasilla.

Así tendrán que andar todo el día los pobres negros, y cuando por la noche tengan que detenerse para recobrar las fuerzas perdidas, un puñado de sorgo crudo será todo el alimentp de los esclavos, que sin otra cosa emprenderán de nuevo su penoso viaje al despuntar el alba.

Hemos dicho *descanso*..... ¡Pero qué sueño el del esclavo!

No es difícil adivinarlo. Hay algunos negritos arrancados por los Padres Blancos á las ignominias de la esclavitud, que se despiertan repetidas veces durante la noche, lanzando lastimeros ayes, efecto de las pesadillas sangrientas y de las escenas abominables de que han sido testigos.

Este es el viaje de los esclavos durante meses enteros muchas veces. La caravana disminuye á cada momento. Calcúlanse en *cuatrocientos mil* los esclavos víctimas de este horrible tráfico, y así se ha dicho con verdad que si el viajero se extravía desde el África Ecuatorial hasta los pueblos donde se vende la carne humana, puede orientarse fácilmente por las osamentas de que están cubietros los caminos.

Llegan por fin, al mercado donde son conducidos, los infortunados que pueden soportar las penalidades del viaje, la tercera, la cuarta parte generalmente y menos muchas veces, de los que han sido capturados á la salida.

Nadie puede tacharnos de exagerados: pregúntese á los misioneros de Zanzíbar, todos han oído y visto estas infamias. En cuanto al África Ecuatorial, tenemos en nuestro favor el testimonio de los exploradores protestantes. Sólo citaremos el del más célebre, el de Livingstone. En él se notarán las mismas impresiones de espanto que los Padres Blancos han puesto en evidencia con sus negritos rescatados.

«Cuando me he propuesto—dice—dar cuenta de la trata del hombre en el Este del África, me ha sido preciso quedar *muy lejos* de la verdad, teniendo la nota de exagerado; pero hablando con franqueza, este punto no admite exageración. *Es absolutamente imposible aumentar sus calamidades.* Es tan horrible el espectáculo que tengo á la vista, que trabajo lo imposible para borrarle de la memoria. Consigo olvidar con el tiempo los más penosos recuerdos, pero las escenas de la trata se me representan á pesar mío, despertándome sobresaltado á media noche, horrorizado por su vivacidad.»

Lo repetimos: los cálculos más exactos no dan menos de *cuatrocientas mil* víctimas cada año, sacrificadas á este abominable comercio.

En veinticinco años, término medio de la vida africana, resultan *diez millones;* ¡diez millones de hombres, actualmente en vida y sacrificados al tráfico infame que acabamos de describir!!! . . . . . .

. . . . . .

Añadiremos el último testimonio á los precedentes, suficientes ya para demostrar la espantosa verdad de que en pleno siglo XIX y casi á la frontera de nuestro país, se mantiene y florece la horrible esclavitud, sin más enemigos que la Iglesia Católica y sus Misioneros.

Apuntemos un extracto de la *Revista Británica* [1] escrita en estilo filosófico y sin corazón, para rechazar la menor objeción y cerrar toda salida á los pretensos amantes de *filantropía*, á los numerosos *humanitarios* que juzgan sus principios muy superiores á la simple caridad cristiana.

«Allá, en esa magnífica cuenca del Nilo, innumerables y vigorosos pueblos caen bajo el yugo de un abominable despotismo.

Sólo una propiedad posible existe en el Sudán: la de la carne humana. Allí, tal particular, que pasa *cómodamente* la vida, posee en sus parques, *Zribas*, un millar de cabezas humanas.

---

[1] Entrega de Enero de 1884.

«¿Cómo se adquiere la riqueza en ese maravilloso país? De un modo muy sencillo. Si urge que un musulmán necesite dinero, telas ó armas de fuego, se lanza á la guerra con unos cien mosquetes y hunde las uñas en el centro de las colonias *pagasas* sin oposición, por parte de los negros del Sudán, que tiemblan con sólo oir pronunciar la pólvora y se arrojan á tierra al primer disparo de fusil, tendiendo el cuello al yugo del opresor.»

(Continuará.)

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitaran pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

PODER

Es cierto, no lo supongo;
obra cual imán la pasión
de los que usan el **jabón**
de los **Príncipes del Congo**.

Jabonería VÍCTOR VAISSIER.—París.
De venta en las principales perfumerías.
Depositario: Melitón Boldú, 37, Valverde, Madrid.

Tip. de los Huérfanos.—Juan Bravo, 5, Madrid.

BANCO DE ESPAÑA

38.° Sorteo.

Nota de los títulos de la deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

NÚMEROS de las bolas que representan los lotes.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.		NÚMEROS de las bolas que representan los lotes.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.		NÚMEROS de las bolas que representan los lotes.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.	
				Serie A.				
184	1.831 á	40	3.713	37.121 á	30	8.592	85.911 á	20
590	5.891 »	900	3.903	39.021 »	30	8.816	88.151 »	60
1.044	10.431 »	40	4.475	44.741 »	50	9.373	93.721 »	30
1.214	12.131 »	40	4 603	46.021 »	30	9.999	99.981 »	90
1.332	13.311 »	20	5.605	56.041 »	50	10.248	102.471 »	80
1.515	15.141 »	50	5.820	58.191 »	200	10.288	102.871 »	80
1.533	15.321 »	30	6.458	64.571 »	80	10.785	107.851 »	60
1.733	17.321 »	30	6.573	65.721 »	30	11.143	111.421 »	30
1.891	18.901 »	10	6.775	67.741 »	50	11.181	111.801 »	10
2.329	23.281 »	90	6.808	68.071 »	80	11.230	112.291 »	300
2.460	24.591 »	600	7.010	70.091 »	100	11.601	116.001 »	10
2.542	25.411 »	20	7.123	71.221 »	30	11.631	116.301 »	10
2.811	28.101 »	10	7.854	78.531 »	40	12.366	123.651 »	60
3.055	30.541 »	50	7.931	79.301 »	10	13.377	133.761 »	70
3.316	33.151 »	60	8.017	80.161 »	70	13.623	136.221 »	30
3.493	34.921 »	30	8.322	83.211 »	20	13.971	139.701 »	10
3.554	35.531 »	40	8.425	84.241 »	50	.....	.....	
3.656	36.551 »	60	8.538	85.371 »	80	.....	.....	
				Serie B.				
566	5.651 á	60	4.435	44.341 á	50	6.841	68.401 á	10
673	6.721 »	30	4.667	44.661 »	70	7.307	73.061 »	70
913	9.021 »	30	4.511	45.101 »	10	7.376	73.751 »	60
1.683	16.821 »	30	4.683	46.821 »	30	7.782	77.811 »	20
1.937	19.361 »	70	5.147	51.461 »	70	7.928	79.271 »	80
2.238	22.371 »	80	5.293	52.921 »	30	8.973	89.721 »	30
2.691	26.901 »	10	5.775	57.741 »	50	8.977	89.761 »	70
2.857	28.561 »	70	5.787	57.861 »	70	9.167	91.661 »	70
3.631	36.301 »	10	5.889	58.881 »	90	9.395	93.941 »	50
3.649	36.481 »	90	6.023	60.221 »	30	9.537	95.361 »	70
3.755	37.541 »	50	6.435	64.341 »	50	9.873	98.721 »	30
4.024	40.231 »	40	6.760	67.591 »	600	.....	.....	
4.201	42.001 »	10	6.838	68.371 »	80	.....	.....	
				Serie C.				
261	2.601 á	10	3.543	35.421 á	30	7.114	71.131 á	40
308	3.071 »	80	3.600	35.991 »	35.000	7.516	75.151 »	60
365	3.651 »	60	3.777	37.761 »	70	8.016	80.151 »	60
392	3.911 »	20	3.870	38.691 »	700	8.295	82.941 »	50
846	8.451 »	60	4.167	41.661 »	70	8.319	83.181 »	90
1.325	13.241 »	50	4.492	44.911 »	20	8.636	86.351 »	60
1.646	16.451 »	60	4.550	45.491 »	500	8.936	89.351 »	60
1.672	16.711 »	20	4.631	46.301 »	10	9.352	93.511 »	20
1.778	17.771 »	80	5.530	55.291 »	300	9.517	95.161 »	70
2.267	22.661 »	60	5.632	56.311 »	20	9.622	96.211 »	20
2.773	27.721 »	30	5.733	57.321 »	30	10.000	99.991	»100000
3.035	30.341 »	50	6.569	65.681 »	90	10.040	100.391 »	400
3.301	33.001 »	10	6.803	68.021 »	30	.....	.....	
				Serie D.				
43	421 á	30	284	2.831 á	40	2.496	24.951 á	60
77	761 »	70	882	8.811 »	20	2.811	28.101 »	10
144	1.431 »	40	1.100	10.991 »	11.000	2.832	28.311 »	20
203	2.021 »	30	1.103	11.021 »	30	.....	.....	
				Serie E.				
958	9.571 á	80	1.420	14.191 á	200	1.700	16.991 á	17.000
1.145	11.441 »	50	1.435	14.341 »	50	1.985	19.841 »	50
1.268	12.671 »	80	1.686	16.851 »	60	.....	.....	

Madrid 1.° de Junio de 1891.—El Secretario general, J. MORALES.—V.° B.°—El Gobernador, SÁNCHEZ BUSTILLO.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día 10 del actual, y bajo facturas que se facilitarán en la Caja del Banco, se pueden presentar para su señalamiento al cobro los cupones de Obligaciones del Tesoro al 5 por 100 anual, vencimiento 30 de Junio, y los de títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100, vencimiento de 1.° de Julio próximo.

En igual forma se presentarán los títulos á que haya correspondido la amortización, en virtud del sorteo celebrado en este día.

Encargándose el Banco de cobrar por los depositantes los títulos amortizados de los valores depositados en sus Cajas, los interesados que deseen retirarlos para presentarlos prr sí al cobro deberán avisarlo por escrito hasta el día 6 inclusive del corriente mes.

Madrid 1.° de Junio de 1891. — El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

El Consejo de gobierno ha acordado que se descuenten los cupones del vencimiento de 1.° de Julio próximo, de la Deuda perpetua interior y de la amortizable al 4 por 100 y títulos de ésta amortizados, como también los cupones de las Obligaciones del Tesoro, que vencerán en 30 del actual, á razón de 4 por 100 anual.

El mínimum de perfección por descuento será el importe correspondiente á catorce días, y en ningún caso bajará de 15 céntimos de peseta por cada factura.

Para descontar estos cupones, cuando pertenezcan á títulos depositados en el Banco ó dados en garantía de operaciones, bastará la presentación de los respectivos resguardos ó pólizas de préstamo ó de crédito sobre los mismos títulos.

También ha acordado el Consejo que se admitan en negociación por el Banco y sus Sucursales los cupones del citado vencimiento de 1.° de Julio próximo venidero y de los anteriores de la Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y de los Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, así como estos mismos Billetes amortizados, con la bonificación que diariamente se fijará en las respectivas oficinas, y que por ahora será la de 5 por 100.

Madrid 1.° de Junio de 1891. — El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

Por acuerdo del Consejo de gobierno se vende, libre de cargas, la casa calle de Atocha, núm. 32, y de la Magdalena, núm. 21, propiedad del Banco de España, que ocupa una superficie de 1.330'94 metros cuadrados, equivalentes á 17.140 pies cuadrados, con una fachada á la calle de Atocha de 28'30 metros lineales, y á la calle de la Magdalena de 16'50 metros.

Se admiten proposiciones de compra en la Secretaría del Banco hasta el día 30 del corriente Junio, á las tres de la tarde, siempre que el precio no baje de 500.000 pesetas, libres de todo gasto para el Banco, quedando éste en libertad de admitir lo que juzgue conveniente ó rechazarlas todas.

Los planos de la casa están de manifiesto en la misma Secretaría.

Madrid 5 de Junio de 1881. — El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

La Dirección General del Tesoro, publica en la *Gaceta* del día 6 el siguiente anuncio:

«Según Real orden expedida con fecha de hoy por el Ministerio de Hacienda, se invita á los tenedores de las 20.000 obligaciones del Tesoro emitidas en 30 de Junio de 1890 á que opten por la prórroga del vencimiento de las mismas hasta el 31 de Diciembre próximo venidero ó por el percibo del capital, en efectivo, el día 30 del corriente mes en que vencen dichos valores.

»Reglas para llevar á efecto la operación:

»1.ª Los tenedores de las obligaciones del Tesoro que este emitió el 30 de Junio de 1890, al plazo de un año, por la suma de 100.000.000 de pesetas, que acepten la prórroga del vencimiento de las mismas hasta el 31 de Diciembre de 1891, presentarán dichos valores en las oficinas centrales del Banco de España en Madrid ó en sus Sucursales, excepto en las islas Canarias, desde la fecha de la publicación en la *Gaceta* del presente anuncio hasta el 13 del corriente mes, en los días que no son festivos; procediendo dicho establecimiento á estampar un cajetín en las propias obligaciones, que exprese la indicada prórroga; y, hecho esto, serán devueltas á los respectivos interesados.

»2.ª La prórroga del vencimiento de las obligaciones del Tesoro, convenida y aceptada con la anterior formalidad dará á las mismas, en el tiempo determinado, el carácter de efectos públicos, así como las condiciones de interés y pago de estos y del capital por el Banco de España á su vencimiento.

»3.ª El pago de intereses, por consiguiente, á razón de 5 por 100 al año, se verificará al vencer los trimestres, ó sea en 30 de Septiembre y 31 de Diciembre de 1891, mediante cajetines que se estamparán en las citadas obligaciones.

»Y 4.ª Los tenedores de éstas que, para los efectos de la prórroga no las presenten en el plazo marcado, percibirán su importe en efectivo, previo el puntual llamamiento que para el 30 del corriente mes, en que vencen, hará el Banco de España, efectuándose el pago en sus cajas.

»Lo que se anuncia al público para su conocimiento.»

En consecuencia de lo dispuesto en la regla 1.ª de las insertas, los tenedores de las aludidas Obligaciones del Tesoro que opten por la prórroga, podrán presentarlas en la Caja de efectos en custodia de este Banco hasta el día 15 del corriente, y de igual modo podrán presentar los respectivos resguardos de depósitos, los que tengan las Obligaciones depositadas, á fin de que se estampe en ellos el cajetín que haga constar la prórroga.

Madrid 6 de Junio de 1891. — El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

Por haberse inutilizado el grabado titulado *La Comunión de una religiosa* al procederse á la impresión, se ha sustituído por el que aparece en primera plana, cuya explicación damos á continuación:

San Francisco de Asís. (pág. 169.)

El gran misterio de amor y de piedad que encierra la vida, que no parece humana, del insigne confesor y penitente del siglo XIII, es asunto hoy de nuestro primer grabado. Fué San Francisco de Asís el representante más eximio de la democracia cristiana; su áurea leyenda es la leyenda de los pobres y humildes. En *Las Florecillas* se ven palpitar juntos el sentimiento popular y el sentimiento cristiano, identificado en el heroe de tan sublime poesía.

PAPEL DE ARMENIA

El más higiénico, fino y agradable perfume para las habitaciones; 50 céntimos el libro para veinticuatro veces; á cada libro acompaña un aparato para quemar.

CREMA VASSELINA

Lo mejor para suavizar y conservar el cutis, superior á todos los cold-creams conocidos, á peseta tarro; advertimos que la *crema vasselina* no es *blanquete*.

PERFUMERÍA THOMAS

Calle Mayor, 36.—MADRID.

EL SAGRADO CORAZÓN

CASA SALVI

Calle del Clavel, núm. 1, entresuelo.—MADRID.

Labores artísticas para Oratorio, salón, sala, gabinete, dormitorio, despacho, comedor, etc., empezadas, terminadas y sólo dibujadas.

Única casa en labores y materiales para Conventos y Colegios.

Oro, sedas, lanas, felpillas, algodones y toda clase de materiales para la ejecución de labores de señoras.

La casa de más novedad y economía en los precios, siendo sus artículos todos de primera calidad y de la más especial fantasía.

CASA SALVI, Clavel, 1, entresuelo.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, editor.

PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa.

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

Obras de estudio.—Catálogos gratis.

SUBIRANA HERMANOS

Puerta Ferrisa, 16.—BARCELONA

Casa editorial. — Desde la fundación de nuestro establecimiento, que data del año 1845, nos dedicamos especialmente á la publicación de importantísimas obras de renombrados autores católicos, que damos siempre á luz con la debida licencia de la Autoridad eclesiástica.

Imprenta. — Impresión de Obras, Revistas, Memorias, etc., etc., tanto de lujo como económicas.

Librería. — Venta al por mayor y menor de obras religiosas, morales y de controversia; de ciencias eclesiásticas, místicas y ascéticas; de texto y premios para Seminarios y Colegios, y de Consulta para el clero. — Gran surtido de libros litúrgicos. Especialidad en devocionarios.

Encuadernación.—En este ramo contamos con todos los elementos para salir airosos en cualquier trabajo artístico que se nos confíe.

Objetos de piedad. — Medallas y rosarios; estatuitas y Cristos de metal de todas clases; sacras y estampitas económicas y lujosas, etc., etc.

NOTA.—Esta casa no imprime, vende ni encuaderna obra alguna contraria á la Religión católica ó á la sana moral.

POLICARPO RUIZ

15—Jacometrezo—15

En esta antigua y acreditada casa encontrará el público un gran surtido en camisería, lanería, lencería, géneros de punto, pañolería, merinos, ropa blanca, corsés, estameñas para hábitos é infinidad de artículos.

Grandioso surtido en percales á **REAL, REAL Y MEDIO** y **DOS REALES.** Vuelas fantasía, todo lana, á **peseta**; batistas y céfiros, á **0,60.** Lanas novedad, doble ancho, á **0,75.** Piezas tela blanca, 24 varas, á **6 pesetas.**

Grandes surtidos.—Precios económicos.



ESTABLECIMIENTO

proveedor de Congregaciones religiosas, Escuelas normales, Colegios de niñas y Bordadoras.

Único en su clase que hará *gratis* todos cuantos dibujos, para labores de adorno y bordados, necesiten en dichos Establecimientos de enseñanza, siendo tan rápido el sistema de ejecutarlos, que pueden entregarse al día por difíciles que sean, aun siendo mucha cantidad.

También hay una sección para los dibujos de bordados en blanco, donde se tendrá la facilidad de obtener una linda y nueva colección en letras para pañuelos, toallas, servilletas, manteles, almohadas, sábanas y festones.

A la vez, esta casa ofrece un completo surtido en la especialidad de sus labores, donde por la novedad en su estilo y lo económico en sus precios puede competir con todos los establecimientos de su ramo, aconsejando á toda persona que quiera bordar bien use los ricos materiales en lanas, sedas, felpillas, oros, hilos filipinos y algodones de colores inalterables que posee.

Surtido completo en armazones de junco y latón dorado para labores.

Se admiten toda clase de bordados por difíciles que sean.

Se manda catálogo gratis á provincias.

No se trabaja los días festivos.



Establecimiento de la Casa real de Baviera para Vidrieras de Colores

F. X. Zettler, Munich, Baviera

Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo.

Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Búrgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Orden.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.

Se ruega fijar la atención en el nombre y dirección de la casa, pues no existe otro Establecimiento de la Casa real para Vidrieras de Colores que el arriba mencionado

ACADEMIA DE SEGUNDA ENSEÑANZA

Leganitos, 40, segundo derecha.

Clases de Religión y Moral, Latín, Retórica y Psicología, por un señor Presbítero, Doctor en Letras.

Clases de Derecho, por un Doctor.

Idem de Matemáticas, por un Subdirector de Comunicaciones.

Idem de Física y Química, por un Licenciado.

Idem de Francés é Inglés, por un Intérprete de Lenguas.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. NÚMERO 12. — Madrid 30 de Junio de 1891. NÚMERO SUELTO, UNA PESETA



PARÍS. — INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN ROQUE

DR. JULIÁ, dentista americano.

34, Pez, 34.

Recomendamos eficazmente á nuestros lectores el notable gabinete que ha montado en la calle del Pez, núm. 34, principal, el Dr. Juliá. En él encontrarán un gabinete montado á la moderna, con todos los adelantos de la ciencia, un servicio esmeradísimo y precios módicos.

No confundir las señas.

Pez, 34, principal.

SUMARIO

Texto.

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. F.—*La literatura española en el siglo XIX*, por Angel Salcedo Ruiz.—*San Luis Gonzaga y su centenario*, por un devoto de San Luis.—*Teatros*, por Mistigris.—*Album de poesías: La perla de Hizán II* (conclusión), por Alvaro López Núñez.—*El peso de una lágrima*, por Juan Tonal y Sagristá.—*Las tres vírgenes negras* (continuación).

Grabados.

París. Interior de la Iglesia de San Roque.—*El Escorial. Vista general. Una torre del Monasterio. Casa de la Compañía. Un paisaje de los alrededores. Escalera del Monasterio. La Biblioteca. El cementerio. El facistol.*—*A los toros.*—*Puente de Cabas.*

LA QUINCENA

Hay días, sucesos y números de periódico desgraciados. Nuestro número anterior fué desgraciadísimo. Preparamos para la primera plana un fotograbado representativo del hermoso cuadro de Ferrán titulado *La Comunión de una religiosa*, ofrecido á Su Santidad con ocasión de las fiestas Jubilares, y cuando ya estaba en prensa el número, saltó el *clichê*, inutilizándose por completo. De prisa y corriendo, para que no dejase de salir á tiempo oportuno el número, hubo que sustituirlo con otro grabado: *San Francisco de Asís*. Pero la precipitación es mala consejera, peor directora, y con ella metida en el ajo, resultó que fué el grabado *San Francisco de Asís* y la explicación del cuadro de Ferrán. De todas veras rogamos á nuestros lectores que nos perdonen.

Y ya de rectificaciones, diremos que días pasados equivocóse el apellido *Iborra* del insigne autor del cuadro *El angelus*, publicado en la pág. 160. En vez de Iborra, púsose Ibarra. Que conste. Iborra es uno de los artistas que honran la pintura española contemporánea.

***

Ya tenemos encima el verano, este verano de Castilla que no tiene otra ventaja respecto al de los trópicos, sino su brevedad. Las mañanas son ardientes, las siestas fatigosas. Por las noches, en cambio, apenas si se puede respirar. Madrid es una enorme parrilla en que se asan á fuego lento quinientos mil seres humanos. Sólo el Retiro, en sus escondidos, umbrosos bosquecillos, ofrece alguna grata sombra, algunos puntos de verdadero solaz. Dentro de poco, ni allí se podrá estar. El estanque arrojará sus habituales hedores de verano, el polvo empañará la limpidez de la atmósfera y ensuciará el pavimento de los paseos y plazoletas, y la pompa vegetal, desecada por la canícula, no impedirá á los rayos solares caer á plano sobre los hombros y cabezas de los atrevidos paseantes. ¿Ádonde iremos entonces? No nos quedará más recurso que el bañarnos, aunque sea en la tinaja de la cocina, como diría Taboada.

***

Proceso Castro-Enriquez. Los guardias de seguridad encuentran á una niña en la calle. La niña llora, y en su rostro se advierten señales de desfallecimiento. (Decimos esto de las señales con permiso del Sr. Romero Robledo; porque este señor ha descubierto la imposibilidad de conocer por ninguna clase de señales si una niña está ó no está desfallecida.) La niña es conducida primero á la Casa de Socorro, y luego al Gobierno civil, triste calvario de los criminales y de los desgraciados que la justicia, en su doble aspecto de vengadora y de protectora, encuentra en la calle. La niña cuenta su historia; no sabe su origen; fué hospiciana, luego se presentó una señora en el hospicio, sacó á la niña, y pasó ésta del palacio de la caridad al palacio de la opulencia. Pero su suerte no mejoró por eso; en el palacio de la Duquesa fueron sus días aún más negros que en el asilo. Su ama la trataba con dureza digna de una patricia romana. Lo que hizo Fabiola con Syra, es tortas y pan pintado en comparación de lo que, según la niña, hacía con ella la Duquesa.

La noticia se divulgó por Madrid, y la indignación popular no tuvo límites. No hay que negar que esta indignación es noble y piadosa en sus orígenes, y que honra al pueblo que la siente. Los periódicos de gran circulación se apoderaron de esa corriente de ira popular, y la aprovecharon para vender más crecido número de ejemplares; he aquí todo lo que ha sucedido. Después la indignación creció, y el Juez instruyó un proceso y dictó en él auto de prisión contra la Duquesa acusada. El auto se cumplió, como es consiguiente, y sigue la causa.

Nada hay en todo esto que sea extraordinario. Culpable ó desgraciada, la Duquesa de Castro-Enríquez, desde el momento en que ha sido acusada por una niña, á la que sin pruebas no cabe suponer perversa, tiene que sufrir las consecuencias de su posición y procurar demostrar ante la justicia de los hombres su inocencia, si, como muchos creen, es inocente de lo que se la acusa. Nadie está libre de ello, ni jamás lo estuvo en España. Aquí fué refrán el título de la famosa comedia *Del Rey abajo ninguno*. Y Calderón, en *El Alcalde de Zalamea*, encarnó vigorosamente ese principio de igualdad ante la ley, que es uno de los sentimientos característicos de nuestra raza. En Inglaterra no: allí todavía los Lores son juzgados por sus Pares. Aquí, desde el tiempo de los Reyes Católicos, la justicia ordinaria ha entendido en todos los procesos, sin respeto á privilegios de cuna. ¡Cómo se reirían nuestros antiguos inquisidores y nuestros antiguos oidores, si oyeran hoy vocear como un gran adelanto de los tiempos, como una conquista de la democracia, que una Duquesa tenga que dormir en la cárcel!

Pero este proceso, ya ruidoso, ha planteado otra cuestión, muy grave por cierto; la de la inmixtión de la prensa en los asuntos de esta índole. La verdad es que el noticiarismo, aplicado al enjuiciamiento criminal, enfada á muchas personas. Nosotros no dejamos de hallarle gravísimos inconvenientes. Pero si hemos de decir toda la verdad tal como la sentimos, con sinceridad completa, sin hipocresías, habremos de manifestar que nos disgusta mucho menos la prensa metida en estos negocios del orden judicial que cuando se cuela el birrete de doctora y se revuelve contra Dios y su Iglesia.

Entonces, en este último caso, hace una obra mala *per se*, y por los cuatro costados. Vulgarizando las causas célebres, haciéndose intérprete del sentimiento popular, ejecuta una acción que después de todo tiene sus asideros para la defensa. Yo por mí digo y sostengo que si mañana (¡Dios no lo quiera!) se me acusase de un delito del que fuera yo inocente, no me había de incomodar porque la prensa tomase cartas en el asunto y trajese y llevase mi nombre todos los días. Al contrario, yo creo que á la verdadera inocencia le conviene, para brillar, una atmósfera de publicidad, mientras más extensa mejor. Á los cencerros tapados es á lo que hay que temer en este mundo.

***

¿Se votarán los Presupuestos? Esta es la pregunta obligada de los políticos. La crisis, que muchos creían inminente para los primeros de Julio, se ha aplazado hasta Septiembre ú Octubre. Por otra parte, se sabe que la Corte veraneará, según costumbre, en San Sebastián. Y nada más por hoy.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES.

GRABADOS

París.—Interior de la Iglesia de San Roque. (Pág. 185.)

La Lutecia de Juliano, la Babilonia moderna, la capital de las naciones, como enfática y fanfarronamente la llamó Víctor Hugo, ofrece al viajero en su parte monumental religiosa no poco que admirar, encierra dentro de su inmenso recinto una multitud de magníficos templos, entre los que descuellan Nuestra Señora, la Magdalena, Santa Genoveva (hoy profanada), San Germán l'Auxerrois, San Sulpicio y otros varios, entre los que ocupa un buen lugar la iglesia de San Roque, cuya vista interior ofrecemos hoy al público. San Roque es uno de los santos más populares en Francia y en toda Europa. Su templo de París es de tres naves, siendo amplísima, hermosa y alegre la principal. Todo el edificio es de arquitectura clásica, con muy bellos pormenores y mucha riqueza en estatuas, cuadros, candelería y cuanto sirve para el culto divino. Es éste en la iglesia de San Roque muy suntuoso, por ser grandísima la devoción entre las altas clases sociales de París al glorioso hijo de príncipes que se convirtió por amor á Cristo en mendigo.

El Escorial.—Vista general. (Pág. 188.)—**Una torre del Monasterio.** (Pág. 189.)—**Casa de la Compañía. Un paisaje de los alrededores. Escalera del Monasterio.** (Pág. 196.)—**La Biblioteca. El cementerio. El facistol.** (Pág. 197.)

¿Qué español no conoce, siquiera sea de oídas, el famoso Monasterio de San Lorenzo del Escorial, espléndido monumento de piedad cristiana y de magnificencia española, mandado erigir por Felipe II el Prudente, en memoria del glorioso triunfo conseguido contra los franceses el día de San Lorenzo de 1557? Espléndido cuartel de cenobitas lo llamó Chateaubriand; los críticos protestantes y racionalistas han simbolizado en el Real Monasterio la acción política, para ellos tan funesta, de la antigua Monarquía española. Aún hay gentes que pasan por ilustradas entre el vulgo de Alemania é Inglaterra que creen como artículo de fe que en el Escorial se conservan los hierros y máquinas de que se servían los inquisidores en tiempo de Felipe II para mortificar á luteranos y moriscos. Por eso, entre las muchedumbres protestantes es horrible el renombre del Escorial, algo parecido á los Plomos y al puente de los Suspiros de Venecia.

La significación religiosa y política del Escorial ha influído, y no poco, en la crítica que se ha hecho

del monumento desde el punto de vista del arte. Es ya lugar común, tópico de viajeros y narradores, ponderar la excesiva fortaleza de los muros, el aspecto sombrío de patios y galerías, y sobre todo la frialdad del templo. ¡La frialdad del templo!..... Eso muy especialmente..... Se conviene en que allí no se puede rezar, en que allí no cabe que se levante á Dios el espíritu en plegaria santa..... etc., etc. Todas las frases de guardarropía del pseudo-misticismo alemán que los empecatados románticos franceses pusieron de moda entre nosotros.

Es una verdadera escuela ó tendencia, ó mejor dicho es una verdadera *chifladura*, de que no se han librado muchos y buenos católicos, la que tira á suponer que el género bizantino y el gótico son las únicas manifestaciones artísticaa propias del Cristianismo. De ahí á la extravagancia de creer que la Edad Media fué la época histórica en que se realizó cumplidamente el ideal cristiano, no hay más que un paso. Y á los herejes les gusta eso: así, apuntando á la Edad Media, disparan bala rasa contra el Cristianismo y presentan á la Iglesia responsable directa ó indirectamente de las crueldades, crímenes, rudezas y barbarie que abundaron en la época medioeval quizás más que en otra alguna.

Pero volvamos al Escorial, del cual debemos decir que, sin necesidad de ser gótico, es un espléndido monumento de arte cristiano, digno del Monarca que lo mandó construir y del famoso arquitecto que trazó los planos y dirigió las obras. Quizás no haya en el mundo otro edificio en que se junten, como en éste, una grandiosidad tan estupenda con una sencillez y unidad de plan tan admirables. Casi todo él de orden dórico, el Monasterio presenta una fisonomía severa, imponente; pero no lúgubre ni repugnante. Por sus claustros parece vagar la sombra de Felipe II, cuyo carácter austero se revela sobre todo en aquellas humildísimas habitaciones en que pasó el gran Rey tan largas temporadas y en que murió con la muerte de los justos. «Hagamos un palacio para Dios, y una choza para mí.» dijo aquel Monarca en cuyos dominios no se ponía el sol, y que trataba á Inglaterra, según dice Macaulay, como Inglaterra trata hoy á los Príncipes de la India.

El Real Monasterio no es propiamente un edificio, sino un conjunto de edificios. En la pág. 196 presentamos como muestra uno de los muchos accesorios ó anejos al principal, que es la llamada *Casa de la Compañía*. El principal forma un rectángulo de 174 piés de largo por 580 de ancho. Su altura es de 330 desde la base á la cruz del cimborrio. Tiene nueve torres, que dan á la inmensa mole mucha gallardía, ornamento indispensable de estos edificios gigantescos, cuya falta se nota á primera vista en otros monumentos, como, v. gr., el Palacio Real de Madrid y el Banco de España, recientemente construído. Dentro del inmenso rectángulo hay 16 patios, entre los que son famosos el de los Evangelistas, alrededor del cual se extienden los suntuosos claustros, y en cuyo centro se eleva un precioso templete de mármoles y jaspes, y el de los Reyes, cuyo frente es la fachada de la iglesia. Coronando ésta se ven seis estatuas, que representan á David, Salomón, Ezequías, Josías, Josafath y Manasés. Estos seis reyes, que son enormes, y el San Lorenzo que está sobre la entrada principal, salieron todos de una sola piedra, de la cual aún se conserva gran parte, de donde viene la curiosa inscripción que aún puede verse grabada sobre el fragmento muy considerable que de la piedra queda:

Seis reyes y un santo
Salieron de este canto,
Y aún quedó para otro tanto.

Pasan de ochenta las escaleras que ponen en comunicación los pisos de esta verdadera ciudad en una sola pieza. Las ventanas son 10.000, las fuentes 63, los algibes 11, los claustros 12, las galerías y corredores innumerables, los oratorios interiores 13, etc., etc. Las obras de arte reputadas maravillosas son muchísimas, aun sin contar las arquitectónicas. En la Sala Capitular se admiran *La Cena*, del Ticiano, superior, según algunos, á la renombrada de Leonardo de Vinci; *La venta de José*, de Velázquez, y otros cuadros excelentes. En la Sacristía el por todos conceptos milagroso lienzo de Coello, titulado *La Santa Forma*. En el trascoro el celebérrimo Cristo, escultura de Benvenuto Cellini. Lucas Jordán pintó la bóveda de la escalera principal. Pompeyo Leoni llenó de estatuas el altar mayor. Luquetti pintó la bóveda del coro. Carducho, Urbina, Grando, Peregrín y otros muchos derramaron por las salas, claustros y capillas del Monasterio la inspiración en frescos y cuadros, muchos de ellos magníficos.

La Biblioteca, famosa por el número de manuscritos que encierra (1.920 en lengua árabe, 562 en griego, 72 hebreos, 210 latinos y muchos castellallanos), se va enriqueciendo hoy con obras modernas, gracias al celo y sabiduría de los religiosos Agustinos que están al frente de ella.

Muchas vicisitudes ha corrido el Real Monasterio desde que en 1837 fueron expulsados de su recinto los Jerónimos, que con tanto celo habían guardado el edificio, aumentando sus riquezas artísticas y dando magnífico culto á Dios en el templo durante 276 años. Primero se formó una especie de colegio de capellanes, cuyo número, al principio de 16, se aumentó en 1847 hasta 30. En 1854 volvieron los Jerónimos á encargarse del cuidado del edificio; pero la revolución los expulsó en el mismo año de su restablecimiento y puso administradores seglares. La Corporación de capellanes renació en los últimos años de Isabel II, bajo la presidencia del venerable P. Claret, y de nuevo vino la revolución á disolverla. Se cuentan horrores de la administración seglar durante el período revolucionario: baste decir que bastaba entonces ser cacique de alguno de los partidos imperantes para que se violase la quietud de las regias tumbas y se pusiese ante ojos curiosos ó enemigos las venerables momias de Carlos V y de otros monarcas enterrados en el Escorial. Por poco tiempo estuvieron allí los Escolapios, que tuvieron que abandonar el edificio por no poder soportar sin duda las exigencias y demandas de los administradores seglares y revolucionarios. Finalmente, con la restauración de la Monarquía entró el Escorial en nueva vida. Hoy los religiosos Agustinos han devuelto al suntuoso templo y al Monasterio su antiguo esplendor: un magnífico Colegio de segunda enseñanza; la Biblioteca, enriquecida con numerosos volúmenes, catalogada y pronto historiada por un docto religioso; en el templo un culto digno de los días áureos de la casa de Austria; la luz eléctrica en claustros y salones; tales son los frutos hasta ahora recogidos del feliz acuerdo de entregar á la gloriosa Orden Agustiniana la custodia y conservación de la octava maravilla del mundo.

Muchísimo más cabría decir del Escorial; pero aunque procurásemos ceñirnos extraordinariamente, saldrían nuestras palabras de los límites que suele darse á esta clase de trabajos.

Concretémonos, pues, á decir que nuestros grabados representan pormenores del Monasterio, iglesia y Biblioteca, y vistas de las pintorescas cercanías del Real Sitio. El Escorial es una estación veraniega de muy grato recreo y de muy saludable influencia para la salud corporal. Allí acuden durante el ardoroso estío muchas familias madrileñas distinguidas por su posición social en los diferentes órdenes y carreras del Estado. Y cada vez aumenta más esta periódica emigración.

***

A los baños. — (Pág. 192.)

No necesita explicación este grabado. Baste decir de él que la representación exacta del natural da al dibujo algo, y aun mucho de sentimiento. ¿Quién en esta época del año no palpita de envidia por los felices mortales que van en ese tren, atravesando las áridas llanuras de Castilla en busca de las frescas montañas euskaras ó cántabras?

Puente de Cobas. — (Pág. 193.)

Uno de los parajes más deliciosos, por la variedad de perspectivas y hermosura de paisajes que atraviesa el ferrocarril del Noroeste, es el del puente de Cobas sobre el Sil, uno de los que riegan y refrescan la pintoresca provincia de Lugo.

El Sil traza una parte del límite meridional de la provincia de Lugo, para penetrar en la cual tiene que atravesar la barrera que le opone el ramal de la cordillera que desciende desde la Gaiana; una vez en ella se introduce en el Monte-Jurado, y recibe en su curso las aguas del Lor, del Cabe y del Bibey, hasta que afluye, ó mejor dicho, confluye con el Miño. El estrecho de Cobas es el en que se admira el puente que reproducimos en grabado, y que es una gallarda construcción de hierro, propia de la moderna industria.

ANTONIO DE OLMEDO.

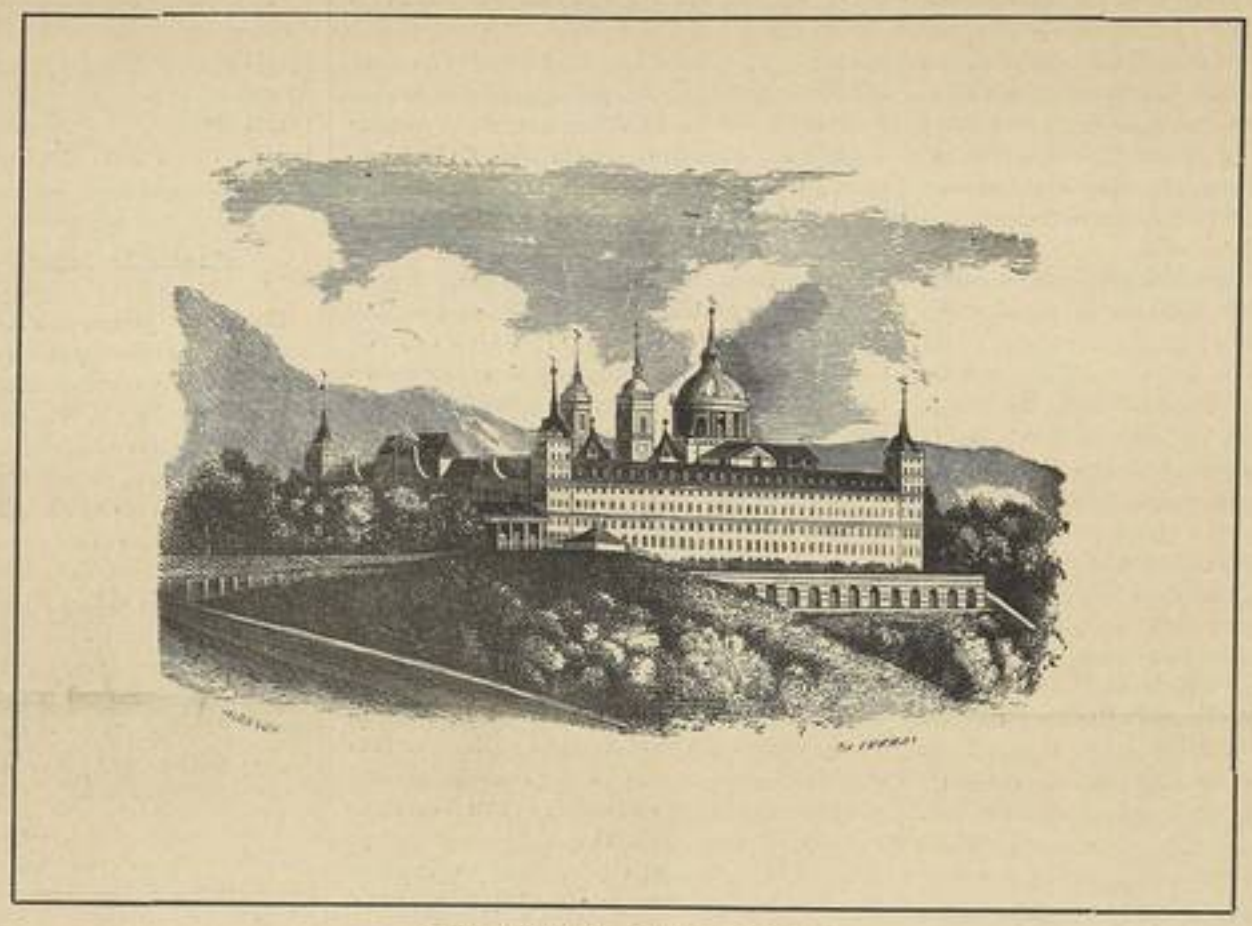
BOLETIN RELIGIOSO

Almanaque religioso. (Primera quincena de Julio.)

1. Miér. S. Casto y S. Secundino, obispos y mártires.
2. Juev. La Visitación de Nuestra Señora.
3. Vier. S. Trifón y 12 compañeros mártires.
4. Sáb. S. Laureano, arzobispo de Sevilla, y el Beato Gaspar Bono.
5. Dom. VII después de Pentecostés. — La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, Santa Zoa, mártir, y S. Miguel de los Santos.
6. Lun. Santa Lucía, mártir.
7. Mart. S. Fermín, obispo y mártir, S. Claudio, S. Odón, obispo de Urgel, Santa Pulqueria, virgen, emperatriz, y el Beato Lorenzo de Brindis, capuchino.
8. Miér. Santa Isabel, reina de Portugal.
9. Juev. S. Juan de Colonia, dominico, y S. Cirilo, obispo y mártir. — *Indulgencia plenaria* como en 23 de Enero.
10. Vier. Santas Amalia, virgen, y Rufina y Segunda, hermanas, vírgenes y mártires.
11. Sáb. S. Pío I, Papa y mártir, Santa Verónica de Julianis, virgen, y Nuestra Señora del Milagro.
12. Dom. VIII después de Pentecostés. — S. Juan Gualberto y Santa Marciana, virgen y mártir.
13. Lun. S. Anacleto, Papa y mártir.
14. Mart. S. Buenaventura, obispo y doctor.
15. Miér. S. Camilo de Lelis, fundador, S. Enrique, emperador, y el Beato Ignacio de Acevedo y 39 compañeros de la C. de J., mártires del Brasil.

Las Cuarenta Horas.

18, 19. Iglesia del Hospital del Carmen (calle de Atocha).
20, 21. Iglesia del Carmen Calzado.
22, 23. Religiosas de la Magdalena (vulgo Recogidas, calle de Hortaleza).
24, 25. Parroquia de Santiago.



VISTA GENERAL DE EL ESCORIAL

26, 27. Religiosas de Góngora (por las Carmelitas de Santa Ana).

28, 29. Comendadoras de Santiago.

30, 31. Iglesia de San Ignacio.

J. F.

LA LITERATURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX

Ha tiempo que en el reducido círculo de los amantes de las Bellas Letras se conocía el nombre, apreciábase la firma y se leían con delectación los artículos críticos del P. Francisco Blanco, religioso agustino. No ha mucho que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA publicó el retrato del autor de aquellas primorosas obritas; y el bello fotograbado de Laporta reveló una fisonomía expresiva, caracterizada por aguileña nariz, ojos vivísimos y espaciosa frente, digno santuario de un alma noble. La penetración de la mirada y hasta las líneas generales, tanto del rostro como de todo el cráneo, recordaron á los más la inteligente fisonomía de Menéndez Pelayo. Y aun se estrechaba la semejanza por la igualdad de edades de ambos escritores, y, profundizando más, después de conocer las obras de uno y otro, por el espíritu informante de todas ellas, pues el P. Blanco, como Menéndez Pelayo, es católico de veras, esto es, sin gazmoñería, y, como Menéndez Pelayo, libre y amplísimo en sus juicios literarios. De esa libertad justa y saludable del religioso agustino, ya trató con su gallardía de costumbre, y con el debido elogio, Emilia Pardo de Bazán en uno de los últimos números de *El Nuevo Teatro crítico*. Ahora, Valera ha puesto el sello á la reputación del Padre con un entusiasta juicio de *La Literatura Española en el siglo* XIX, publicado hace pocas noches en *El Heraldo*

De esa misma obra queremos dar á nuestros lectores sumaria noticia en el presente artículo. No hay publicado de ella más que un tomo de 444 páginas, muy bien impresas y en excelente papel, por cierto. Forma lo publicado la primera parte del vasto plan que se ha propuesto el P. Blanco, y que es la exposición y crítica de toda la Literatura española, ó mejor dicho, de la Literatura española peninsular (pues de la americana no hace más que muy vagas referencias) en el siglo XIX. Hasta ahora llegamos á la conclusión del período romántico.

Más que una historia de la Literatura española en el indicado período, la obra del P. Blanco es una colección de monografías sobre los mejores autores que han florecido en la época objeto de su estudio. Para ser verdadera historia, fáltale vigor en el trazado de las líneas generales de la misma, estudio más prolijo de las influencias, ya extranjeras, ya nacionales, á que nuestras letras modernas han obedecido en su desarrollo, y cierta parte de historia política y social; porque así como es imposible comprender ni explicar la historia del Estado, ni la de la sociedad, sin complementarlas con la Literatura, en que el espíritu colectivo se manifiesta del modo más elevado, así es también deficiente la historia literaria de un pueblo si no se la basa en la de aquellos sucesos de gran bulto y trascendencia que en las letras no pueden por menos que influir poderosamente. Por ejemplo, es indudable que el florecimiento de la dramática y de la lírica españolas bajo el cetro de la primera María Cristina, debió mucho á las excepcionales y pavorosas circunstancias de aquel período, fecundo quizás en consecuencias felices que habían de recogerse á la larga, pero que por el pronto no podía presentarse ni más horrible, ni más calamitoso. Cuando se degollaba á los frailes; cuando Cabrera comía con su estado mayor tranquilamente mientras que á su lado fusilaban á centenares de vencidos; cuando todo esto sucedía, ¿puede maravillar que las musas, horrorizadas, inspirasen lúgubres canciones como las de Espronceda, ni que apareciesen sobre los escenarios tantas figuras patibularias, tantos feroces rostros que hoy á nosotros casi nos mueven á risa, porque los miramos á otra luz y con ánimo más sereno?

En la obra del P. Blanco entran como componentes cinco ó seis estudios extensos y profundos sobre los literatos de primer orden que han florecido en el período indicado: Quintana, Gallego, Zorrilla, Espronceda, etc., y una considerable porción de monografías sobre los poetas y escritores secundarios. Quizás entre éstos haya incluído el P. Blanco algunos que por propio derecho debieran figurar entre los de superior categoría, v. gr., Arolas, al que por cierto trata el insigne agustino con excesivo rigor. Es de notar en unas y otras partes del trabajo la falta de datos sobre la vida social de los autores criticados, falta que se echa mucho de menos; porque el carácter de un poeta, las vicisitudes de su existencia, su historia privada y pública en suma, se refleja necesariamente en sus creaciones artísticas y es elemento que no puede despreciar la crítica para formar un juicio cabal. También da á obras de esta clase mucha mayor amenidad, que convida á la lectura aun á los más profanos.

El trabajo del P. Blanco es puramente crítico, técnico pudiéramos decir. Y hay que confesar que resplandecen en él las cualidades más eminentes de la verdadera crítica. Hay serenidad, claridad, profundidad de juicio. Hay espíritu de justicia, templado por cierta benevolencia del mejor gusto. Hay entusiasmo por la poesía. No es la crítica hija de la envidia ó del espíritu de superioridad engendrado por la soberbia: no es la crítica que se goza en la humillación de los demás, ni que roe los zancajos de nadie, ni que cuando no puede quemar al enemigo *le quema la sangre*, según feliz expresión de D. Vicente Lafuente, ni que satiriza ni flagela por gusto, por pasatiempo ó por hacer reir al público á costa del prójimo; no, no es esa crítica: la del Pa-

dre Blanco es la matrona augusta, sabia y modesta, superior y humilde, que juzga sin pasión, aplaude con entusiasmo, perdona y olvida las ligeras faltas y castiga moderadamente las graves.

Los que gozan con la diatriba, los que lloran de gusto al oir un sarcarmo, los que sueñan con *derribar ídolos* y eclipsar reputaciones, que no abran siquiera el libro del P. Blanco. Quédese esta empresa para los que sólo quieren instruirse gratamente, conocer bien el fondo y las excelencias de nuestra moderna literatura, y leer un libro gallarda y elocuentemente escrito. El P. Blanco no tiene hiel en el alma ni en la pluma. Se comprenden las pocas simpatías que le merece Larra.

Entre las 444 páginas del libro, encuéntranse algunas admirables. Las dedicadas á Zorrilla son, á nuestro juicio, de las mejores que se han escrito en castellano en cuanto va de siglo. El castellano del P. Blanco es castizo y muy movido, asemejándose, por lo tanto, más al de los modernos clásicos que no al de los del siglo XVI. Es brillante y de mucho colorido en ocasiones, lo que unido al entusiasmo generoso que circula por todas sus partes como licor de vida, lo hace en verdad elocuentísimo. Quizás la misma benevolencia de casi todos los juicios y el tono brillante de casi todos los párrafos, da al conjuto cierta monotonía, común achaque de los escritores elocuentes. Pero poca carga es esa, y sobre todo cuando hay una data tan abundante y de oro tan puro y acrisolado. Lo que es menester es que pronto se publique el segundo tomo de esta hermosísima obra. Todos los amantes de las Bellas Letras la esperan con impaciencia.

ANGEL SALCEDO RUIZ.



UNA TORRE DEL MONASTERIO DEL ESCORIAL

SAN LUIS GONZAGA Y SU CENTENARIO

I

NACIÓ San Luis Gonzaga el 9 de Marzo de 1568.

Sus padres no podían ser más ilustres: era él D. Fernando de Gonzaga, Marqués soberano de Castellón, y ella Doña Marta de Tana, patricia piamontesa. Ambos eran piadosos, conforme á las costumbres de su época. Él además fué gran soldado, de aquellos ejércitos de Carlos V que hacían temblar á toda la tierra con sólo el estrépito de sus armas. La familia Gonzaga conservó su importancia en el mundo hasta que se extinguió su línea directa en 1628 y pasaron sus Estados á la rama de Nevers. Austria concluyó con su soberanía en 1708.

San Luis no es, como otros Santos, modelo de arrepentidos. Fué bienaventurado desde la cuna. En su vida apenas si se advierten los efectos de la dramática lucha entre el bien y el mal. Siempre fué bueno; lloró pecados que la mayoría de los hombres apenas si conceptuaríamos ligeras faltas. Dice con mucha razón el insigne Sardá en su *Revista Popular*

"¡Ah! Tres siglos han pasado desde que tan elocuente ejemplar de juveniles virtudes se dió á la sociedad cristiana, y el joven Luis ha venido á ser en ella la personificación de ellas en su grado más sublime. En todos los pueblos, y en todos los estados y en todas las condiciones de la vida humana, pobre ó rica, plebeya ó noble, escolar, comercial ó artesana, un joven de fisonomía francamente cristiana es saludado por todos con esta gráfica expresión que encierra el más hermoso panegírico:

"¡Es un San Luis!"

El padre de San Luis quiso dedicarlo á las armas: no había por cierto otra profesión más conforme con su rango y con el espíritu de la época. El joven Príncipe gustaba de los ejercicios militares. Cuéntase que cierto día corrió gran peligro de morir aplastado por un cañón que cargó y disparó sin las debidas precauciones. El trato con los soldados infestó la conversación de Luis de algunas palabrillas algo libres, cuyo sentido no entendía: cuando su ayo le advirtió lo que significaban, ya tuvo para llorar toda su vida, y para creerse el más infeliz de los pecadores. ¡Ay, si nos juzgaran á nosotros como San Luiz se juzgaba á sí mismo!

El Cardenal Belarmino asegura que era perfecto á la edad de siete años. Poco más tenía cuando su padre lo mandó á la corte de Toscana, á la voluptuosa, sabia y artística Florencia. Todas las seducciones se habían dado allí cita para constituir el más hermoso emporio mundano; Luis Gonzaga triunfó de todas. A los nueve años hizo voto perpetuo de castidad. Llevó las cosas al extremo de no permitir que le ayudasen á vestir los ayudas de cámara, y á no mirar nunca cara á cara á mujer alguna.

De Florencia pasó á Mantua, corte de sus deudos; y en Mantua fué donde resolvió dejar el mundo y consagrarse á Dios enteramente. San Carlos Borromeo alentóle en su decisión. ¡Qué cuadro! San Carlos aconsejando á San Luis!...

Pero aún tuvo nuestro héroe más excelso consejero: la misma Madre de Dios. Fué en Madrid, y en esa capilla de nuestra Señora que desde entonces saluda el pueblo bajo la consoladora advocación del Buen Consejo. El que dió á San Luis fué que entrase en la Compañía de Jesús. Esta bella tradición es el mejor ornamento de aquella suntuosa capilla del antiguo Colegio Imperial, colegiata después de San Isidro y hoy catedral de Madrid, capilla que si deslumbra por la riqueza de su decorado, no se recomienda por el gusto de sus adornos. Pero el pueblo la venera; es uno de sus más queridos adoratorios: allí parece vagar constantemente la sombra blanca del Príncipe italiano enamorado de la pureza, del ángel en figura humana que los hombres hace tres siglos que admiran como un prodigio viviente de la misericordia de Dios, como un milagro de la gracia, como algo típicamente ideal que apareció en la tierra para que vislumbrásemos alguna cosa de los eternos resplandores del Paraíso.

Sus padres se opusieron á su vocación. Hubo lucha, y hubo victoria. En 1585 entró en el Noviciado. Antes había estado en Loreto.

¿Qué habían de hacer para dirigirle los Superiores de la Compañía? Necesitaban de todo su talen-

to y de toda su autoridad para moderar su celo. El ángel quería volar á su patria: había que retenerlo en la tierra hasta que Dios diese la señal.

He aquí con qué tierna sencillez describe su fin en este mundo el P. Croisset, también de la Compañía de Jesús, autor del *Año Cristiano*, tan popular en toda Europa, que ni nuestro Rivadeneyra ha podido eclipsar.

«Los Cardenales de la Rovera y Gonzaga, sus parientes, que le visitaban con frecuencia, no acertaban á separarse de él, y salían siempre con el corazón penetrado de dolor, y sensiblemente movido con la devota impresión que hacían en todos sus palabras. No pudiendo disimular el consuelo que sentía su alma de verse morir jesuíta, todas las veces que le visitaba el Cardenal Gonzaga le repetía las gracias por los buenos oficios que le había hecho para allanar las dificultades que se oponían á su vocación. Tenía siempre en la mano un Crucifijo y una imagen de la Santísima Virgen delante de los ojos. Habiendo recibido un expreso de la Marquesa, su madre, la escribió despidiéndose de ella en términos tan tiernos y tan fervorosos, que se deshacían en lágrimas cuantos leyeron la carta. Dijéronle después que los médicos sólo le daban ocho días de vida, y fué tanto su gozo, que rogó á los que se hallaban en su aposento le ayudasen á rezar el *Te Deum* en acción de gracias al Señor por una noticia tan alegre. Vínole á visitar un Padre, y luego que le vió, exclamó como transportado: *Marchamos, Padre mío, y marchamos con alegría.* Tres días antes de morir se puso sobre el pecho un Crucifijo, y con semblante risueño repetía sin cesar aquellas palabras del Apóstol: *Deseo ser desatado y estar con Jesucristo.* Aunque no se reconocía novedad alguna en su enfermedad, dijo positivamente con su acostumbrada y natural alegría que aquella noche moriría. Recibió la Bendición Apostólica *in articulo mortis* que le envió Su Santidad, y quiso también que le volviesen á administrar los Sacramentos; después de los cuales pidió le leyesen la recomendación del alma con las últimas oraciones de la Iglesia, cuya postrera función enterneció y movió tanto á los circunstantes, que todos se querían recomendar en las del mismo moribundo. En fin, el jueves por la noche, 21 de Junio de 1591, en que aquel año cayó la Octava del Corpus, entregó dulcemente su dichoso espíritu en manos de su Criador, á los veintitrés años, tres meses y once días de edad, y á los seis de su entrada en la Compañía.»

II

L'Eco di San Luigi, periódico italiano, fundado exprofeso para el centenario de San Luis, publica un artículo, titulado *Recuerdos de San Luis*, que ha traducido la *Revista Popular* de Barcelona, y del que tomamos los siguientes párrafos:

CASTELLÓN, PATRIA DEL SANTO

Castellón de Stiviere se levanta sobre una alegre colina, á veinticuatro millas de Mantua y á doce de Brescia, en Lombardía. Abundan en Italia las poblaciones de este nombre, contándose más de veinte. Parece derivarse el nombre de Castellón de un antiguo castillo que existía en el punto en que ahora está edificada la ciudad. El blasón de este castillo representaba un león saliendo de una roca. Desde remotos tiempos perteneció Castellón á los señores de Milán, pasando á principios del siglo XV á la familia Gonzaga de Mantua. El aspecto de la población es risueño, y la domina por entero el santuario dedicado á San Luis.

RETRATOS DE SAN LUIS

Se conservan varios, y se reputan de exacto parecido. El más famoso es el que le representa con el hábito de la Compañía y en actitud de orar, cruzadas piadosamente ante el pecho las manos. Se admira por los inteligentes como obra de gran mérito en la sacristía de la iglesia dedicada al Santo en Castellón.

Otro retrato le representa en edad casi infantil en actitud de jugar á la pelota, teniendo este juguete en su mano izquierda y en su derecha la pala para sacudirla. Es propiedad de la familia Gonzaga, que lo conserva aún hoy día y se reputa obra maestra de Rubens, uno de los primeros pintores de su siglo.

El tercer retrato lo posee también la familia de San Luis, y figura al Santo ya adolescente en el elegante traje de corte de los Príncipes de su tiempo. Adorna su busto ajustada ropilla negra, al parecer de terciopelo, y luce la golilla escarolada, tan en boga en aquel siglo y en el inmediato, y acaricia con su mano derecha la espada de caballero. Se atribuye á Pablo Veronés, y se supone mandado ejecutar por el padre de San Luis, á la salida de éste para la Compañía.

En los tres se observa gran parecido, á pesar de la diferencia de trajes y edades, resaltando en todos el aire noble pero modestísimo del Santo mancebo.

EL PALACIO DE LOS GONZAGA

Se conserva todavía en Castellón el palacio ó casa señorial de los Gonzaga, estilo del Renacimiento, muy parecido á los de igual clase que se ven todavía en nuestras antiguas ciudades. Tiene grandes patios, vastos salones y la severa grandiosidad que caracteriza á tales monumentos de la arquitectura civil de los siglos XVI y XVII.

LA IGLESIA Y CALLE DEL ROSARIO EN CASTELLÓN

Otro de los lugares que más vivo conservan el recuerdo de nuestro Santo es la típica calle del Rosario en Castellón, al último de la cual se destaca la pequeña iglesia de la Virgen bajo la advocación referida. Nada ofrece de particular, como no sea el haber sido durante muchos años el lugar escogido por nuestro joven Luis para sus más frecuentes oraciones á la Santísima Vírgen y visitas al Santísimo Sacramento.

EL SANTUARIO DEDICADO Á SAN LUIS EN SU PATRIA.

Se levanta este edificio en la plaza del *Pópolo*, en Castellón, teniendo como principal adorno ante su fachada una hermosa fuente rodeada de árboles. Fué fundado en 1608 por D. Francisco Gonzaga y la Princesa Cinzia, sobrinos del angélico joven, quienes lo dotaron además de un Colegio de Padres de la Compañía. Su arquitectura es greco-romana, y llama la atención en el conjunto la erguida cúpula y esbelto campanario. Tiene una sola nave, capaz de unas dos mil personas. En la concha interior de la cúpula ostenta admirables frescos que representan pasajes de la vida del angélico joven. El altar mayor es de mármol verde antiguo, de majestad y grandeza imponentes. Lo adornan admirables estatuas de mármol de Carrara, que son obras maestras del arte. Tiene seis capillas, entre las que sobresalen la dedicada á San Estanislao de Kostka y la en que se venera una hermosísima Dolorosa. Detrás del altar mayor consérvanse en urnas de gran precio los cuerpos incorrruptos de las tres sobrinas de San Luis, Cinzia, Olimpia y Gridonia, que á ejemplo de éste hicieron voto de castidad, fundaron en Castellón un monasterio de Religiosas y murieron en él en opinión de Santas.

RELIQUIAS DE SAN LUIS GONZAGA.

En el altar mayor del santuario de Castellón se venera en preciosa urna el cráneo de San Luis. Es toda de mármol verde antiguo, con ricas incrustaciones de lápiz lázuli y peana de ágata. Dentro la urna de mármol se ve el relicario propiamente dicho, de plata, del gusto del Renacimiento como la iglesia, en el centro del cual se ve el cráneo santo coronado con diadema de príncipe, también de plata. Tanto la segunda urna como la corona son modernas, y fueron costeadas por la piedad de los fieles en lugar de las de oro puro que arrebataron en 1796 las tropas invasoras de Napoleón. La cabeza de San Luis se veneró primeramente en Roma con el resto de su cuerpo; pero en 1610 el General de la Compañía P. Claudio Aquaviva, cediendo á las súplicas continuas del Príncipe D. Francisco Gonzaga y de su esposa, donó á Castellón este tesoro de inapreciable valor.

Un diente del joven Luis se conserva también en otro relicario de gran valor.

El resto de su cuerpo se guarda en Roma en la iglesia de San Ignacio, en suntuoso monumento, adonde van á principiar de todos puntos de Europa numerosas peregrinaciones.»

III

En el Colegio Romano se conservan los siguientes lugares, santificados por la presencia de San Luis Gonzaga: 1.º, la capilla en que San Luis hizo sus votos; 2.º, la celda y otros pequeños cuartos que santificó con su vida. La capilla, antes celda de San Luis, está adornada con cuadros que representan los principales sucesos de su santa vida. Esta capilla está llena de reliquias y recuerdos del Santo. En los días de su festividad se adorna extremadamente, y muchos tienen la devoción y el consuelo suavísimo de hacer en ella la primera comunión ó celebrar la primera Misa. Ya en tiempos anteriores, junto á estas capillitas del Santo reuníanse los jóvenes nobles para hacer ejercicios espirituales y recibir la primera comunión; y los Cardenales y otros eclesiásticos sostenían pías fundaciones para jovencitos pobres. El mismo Pío VII dotó á estas instituciones para educación de los jóvenes que se preparaban para la primera comunión, y hasta iba en persona á las capillitas para que la recibieran de sus manos.

Se conservan de San Luis varios opúsculos, que si no lo acreditan de profundo pensador ni de literato eminente, demuestran de un modo cumplido lo encendido de afectos de su alma y su piedad tan sincera y angelical. Se han hecho varias colecciones de estas obritas.

I. Colección de las obras de San Luis Gonzaga, publicada en Colonia por Henser en 1850.

II. La traducción francesa de la *Meditación sobre los santos ángeles*, publicada por l'Abbé Grimes en su obra *Esprit des Saints illustres.*

III. Hay otra traducción, que no conocemos, hecha por Mr. Calpin.

IV. En Italia se han hecho varias ediciones en latín y en italiano de los opúsculos de San Luis Gonzaga.

V. «*Œuvres complètes de Saint Louis de Gonzague*», traduites en français par M. l'Abbé A. Ricard.

VI. En una ciudad del Reino de Nápoles acaba de hacerse una edición de las cartas de San Luis Gonzaga.

VII. Está hoy en prensa una edición de lujo, hecha por el Padre L. Michel, S. J., de las cartas y documentos inéditos de San Luis Gonzaga.

Dos veces predicó el angélico joven: una en el refectorio del Colegio Romano de la Compañía de Jesús; otra en una Congregación de la Santísima Virgen, que no se conserva.

Las cartas que se conservan de San Luis son modelo de unción religiosa y de caridad.

Escribía á su Madre, estando aún enfermo:

«Hace un mes que creí llegado el momento de

recibir de Dios Nuestro Señor la gracia más preciosa: la de morir en su amor, como yo esperaba.

» Después de recibir el Santo Viático y la Extremaunción, la enfermedad se convirtió en fiebre lenta. Los médicos ignoran cuándo terminará; y en tanto que ellos se ocupan de darme remedios para restablecer mi salud corporal, yo, lleno de satisfacción, me complazco en persuadirme que Dios quiere darme una salud más preciosa que la que los médicos desean procurarme. Así vivo contento, y espero que dentro de algunos meses el Señor se dignará sacarme de esta tierra de los muertos y llevarme á la de los vivos, de la compañía de los hombres á la de los ángeles y santos del cielo, y de la vista de las cosas terrenas y caducas á la visión y contemplación de Dios, que es el bien sumo. En todo esto encontraréis motivos de consuelo, supuesto que me amáis y deseáis mi mayor felicidad. Yo os suplico que oréis por mí, para que durante el poco tiempo que me resta de navegación en este mar del mundo, el Señor, por la intercesión de su Hijo único y de su Santa Madre, se digne lavar, en el mar Rojo de su Sagrada Pasión, todas mis iniquidades, para que, libre de mis enemigos, pueda llegar á la tierra de promisión, ver á Dios y gozar de Él. Dios sea vuestro consuelo. Amen. »

Aún es más notable la dirigida á su hermano, el Marqués Francisco de Gonzaga:

« Aunque nada de particular tengo que deciros, aprovecho la salida del mensajero para comunicaros noticias de mi salud, que, gracias á Dios, es bastante buena, y deseo y pido á Su Divina Majestad que vuestra señoría disfrute del mismo beneficio en el alma y en el cuerpo.

» Hoy, último día de los que preceden al santo tiempo de Cuaresma, es el mismo, con poca diferencia, del en que en el año anterior os dejé en Castillón animado de buenos deseos y excelentes resoluciones. Y por lo mismo me limitaré á recordároslos para que los pongáis en ejecución. El que os dió la gracia de querer, confío que os dará la de ejecutar; y en cuanto á mí, aunque valgan poco mis oraciones, las ofreceré al Señor para que os conceda esta gracia.

» Desde el fondo de mi corazón me recomiendo á vos en Nuestro Señor Jesucristo.

» De vuestra señoría ilma., amadísimo hermano en Nuestro Señor, Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesús. »

« Tres cartas, dice el sabio P. Fidel Fita, conocemos que escribió San Luis desde Madrid á su tío Horacio Gonzaga, Marqués de Solferino. Están fechadas en 18 y 28 de Mayo y 25 de Junio de 1582. En la segunda, refiriéndose á otra ú otras anteriores á la primera, refresca la memoria de un hecho muy notable, cual fué el de haberse visto obligada su madre doña Marta á permanecer en Zaragoza, dejando el servicio de la Emperatriz cuando ésta salió (10 Febrero) de aquella ciudad para venir á Madrid. La causa de la detención de la Marquesa de Castiglione fué la enfermedad de su marido. El cual en 18 de Mayo ya se hallaba en Madrid con toda su familia, partió el día siguiente con dirección á Lisboa, donde estaba la Emperatriz, y dejó sus hijos al cuidado de su mujer, en cinta de cuatro meses y medio. »

IV

Para concluir, insertamos el Breve de Su Santidad León XIII al Presidente del Consejo Superior de la Juventud Católica italiana, aprobando el modo de celebrar el centenario de San Luis Gonzaga. Helo aquí:

Amados hijos: salud y Bendición Apostólica.

Hemos recibido de buen grado la carta que nos atestigua vuestro obsequio y vuestra sumisión á Nós y al mismo tiempo nos descubre dónde se inclina ahora vuestro deseo. No desconocemos el espíritu que os anima, después que os vemos dar frecuentemente óptima prueba de piedad y de celo en obras dignas de encomio. La misma piedad y el mismo celo descubrimos en lo que intentáis hacer con motivo del tercer centenario de San Luis Gonzaga, esto es, reunir á los jóvenes de todas partes en Roma para aquella ocasión en torno de las reliquias del Santo. Es bello glorificar con extraordinarios honores la extraordinaria santidad de San Luis, y es más bello todavía que tal homenaje le sea tributado por la juventud. Porque entre los resbaladizos y mal seguros caminos de ésta, ¿dónde podrá la virtud hallar mejor apoyo que en el ejemplo y patrocinio de este joven, milagro de inocencia? Por esto oportunamente Nuestro predecesor Benedicto XIII lo propuso de especial manera á la juventud estudiosa, para que acudiese á él en demanda de auxilio y fijase en él sus miradas como modelo para imitarle. No es este el único motivo por el que alabamos vuestra divisa y grandemente ansiamos que esto salga á medida de vuestro deseo; no es sólo esto, sino el interés que vosotros tomáis por la piedad y el bien común, porque los buenos no deben estar ociosos ni dejarse vencer de la inacción, mayormente viendo que siempre está despierta y jamás descansa la audacia de los malos.

Entre tanto, amados hijos, recibid como auspicio de los celestiales dones y como prenda de Nuestra paternal benevolencia, la Bendición Apostólica, que damos de corazón á vosotros y á toda vuestra sociedad.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el 29 de Octubre de 1890, décimotercero de Nuestro Pontificado. — LEÓN PP. XIII.

En Madrid y en toda España se ha celebrado con suntuosidad digna de las gloriosas tradiciones patrias el centenario de San Luis Gonzaga. Lo más florido de nuestra juventud católica se ha congregado al pie de los altares del ángel en figura humana que apareció en el mundo hace tres siglos, y cuya luminosa estela no se borrará jamás de la memoria de los hombres, siendo tipo de virtudes sobrehumanas, ideal de conducta para cuantos de veras aspiren á la perfección evangélica.

UN DEVOTO DE SAN LUIS.

TEATROS

Á VUELA PLUMA

Gracias á Dios que hemos salido de una duda y no floja.

Extrañábamos y no poco que algunos periódicos importantes y de no escasa circulación se desdijeran con harta frecuencia un día de lo que á sus lectores comunicaban el anterior, sin el menor reparo, como si semejantes contradicciones no afectaran directamente el buen nombre de una publicación, y al decoro y formalidad de los individuos encargados de consignar en ella sus opiniones, más ó menos acertadas á veces, pero, se supone, inspiradas siempre por el mejor deseo de poner las cosas en su debido punto.

Esa línea de conducta nos traía en verdad á mal traer, pues no se nos alcanzaba cómo lo que pudo en una ocasión parecer malo y vituperable en extremo, cambiábase en el corto período histórico de veinticuatro á cuarenta y ocho horas, que á tanto monta para el caso, en aceptable y hasta bueno.

Semejante procedimiento nos dejaba suspensos y ensimismados, é infinidad de veces acudimos á la sección dedicada á espectáculos y otros entretenimientos, en los periódicos más favorecidos, para averiguar el misterio y tranquilizar nuestro espíritu, asustadizo de suyo, siempre que de la verdad se trata, dado caso de que no hubiésemos sido víctimas de algún espejismo.

Pero recordando aquello de que « hasta el fin nadie es dichoso, » decidimos guardar el más profundo silencio fiados en el adagio, y en espera de que alguna circunstancia imprevista, á la par que favorable, viniese á nuestro auxilio, ayudándonos á desentrañar el enigma, pues no nos preciamos de augures.

Así las cosas, y armados de la resignación y mansedumbre, tan necesarias en este mundo para no dejarse ofuscar por la pasión, llegó á nuestras manos pecadoras un suelto á modo de advertencia, publicado hace unos días, que transcribimos íntegro á nuestros lectores queridos, para su edificación y buen entender.

A nosotros, si hemos de hablar con franqueza, nos deja la referida advertencia haciendo cruces, pues ajenos por completo á ciertas maniobras tramoyísticas, nunca acertábamos á explicarnos ciertos *bombos* —¡hasta ahora, se entiende! —que nos parecían de todo punto improcedentes y hasta reñidos con el sentido común.

He aquí la *advertencia*:

« No ignora el lector —y por si alguno lo ignorase aprovechamos la ocasión de advertirlo—que en esta sección no tienen nada que ver los redactores de los periódicos, pues son las empresas de los teatros ó de los *coliseos*, como ellas dicen, las que se encargan de enviar las noticias hechas.

Así lo quiere la costumbre, á la cual sin esfuerzo mayor nos atemperamos. No nos molesta recibir y publicar volantes llenos de elogios desmesurados para tal ó cual obra, de cuyo ruidoso fracaso habíamos quizá dado cuenta al público con arreglo á nuestro consciente y desinteresado juicio. »

Las anteriores líneas no dejan lugar á ningún género de duda.

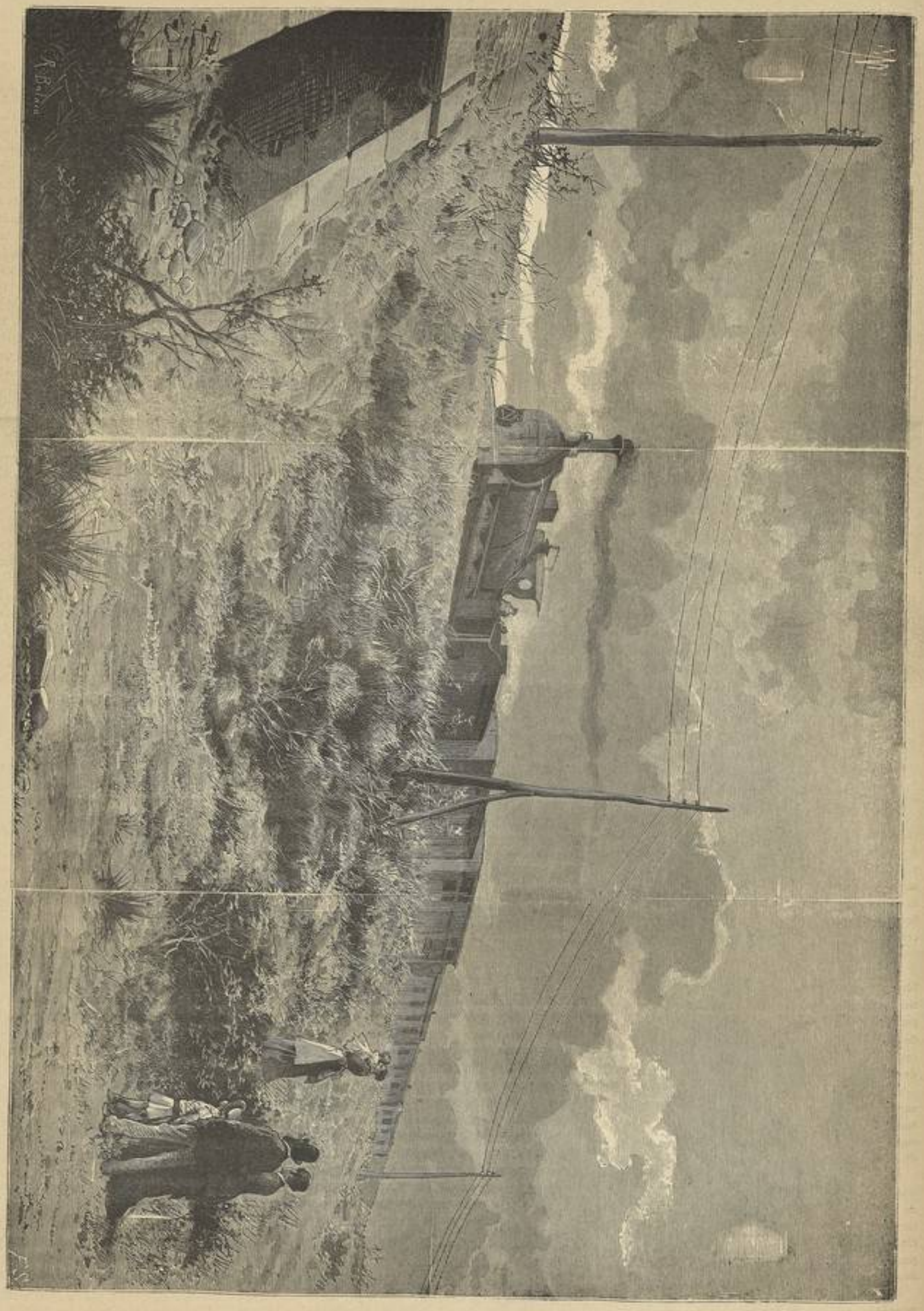
Por el contenido del suelto se entiende que las empresas tienen en los periódicos una sección, de letra menuda y todo, para *jalearse* á sí propias, cuando les parece oportuno y conveniente: *« así lo quiere la costumbre, á la cual sin esfuerzo* MAYOR *nos atemperamos,* » dice el ilustrado colega, rompiendo una lanza por la verdad en un arranque de noble franqueza, que nunca le agradeceremos bastante los que no estábamos, como vulgarmente se dice, *al cabo de la calle.*

Pero ya que hemos dado con el referido cabo, y hasta contra una esquina, pues el mismo ó parecido efecto nos ha hecho semejante declaración, nos permitiremos hacer por cuenta propia algunas observaciones, que si bien no se nos oculta caerán en saco roto, no por eso se han de quedar en el fondo del tintero, pues si tal hiciésemos nos haríamos solidarios de una *benevolencia* que nunca estuvimos dispuestos á practicar.

La misión de la prensa es, á nuestro entender, tan grande y transcendental, que no transigimos ni un solo instante con la idea de que una publicación, por importante que sea, pueda prestarse á servir de trompeta de la fama, ni de cebo á las empresas, que en su mayoría pervierten el gusto con su poco acertada dirección, y parecen única y exclusivamente dedicadas á pervertir la sociedad.

Creemos que debían darse por muy honradas de que los periodistas se ocuparán espontáneamente de sus *coliseos*, y que la gente de pluma no debía admitir de ninguna de las maneras el menor suelto (léase *reclamo*) que partiera de la contaduría de teatro alguno con el decidido propósito de tergiversar la verdad de lo ocurrido y de arrimar el ascua á sus respectivas sardinas.

Si los billetes de convite que suelen enviar las



SOLDADOS DE LOS BANCOS



PUENTE DE COBAS

empresas á los periódicos han de pagarse á tan caro precio, nuestro parecer es que debieran rechazarse en lo sucesivo, y conservar la libertad de acción en toda su soberanía, oponiéndose rotunda y categoricamente á que se pusiera en tela de juicio sus afirmaciones, aunque fuera en bastardilla: pues lo escrito, *escrito queda*, y no todos se hallan en el fondo del secreto, ni todos los periódicos han procedido con la hidalguía y exquisita corrección del colega aludido.

Bastante favor se les hace, á nuestro juicio, publicándoles los anuncios diarios de las funciones, sin necesidad de pasarse de benévolos y corteses, permitiéndolas valerse á su antojo de una sección del periódico, para convertirla en una especie de certamen de bombos mutuos, con gran detrimento de la verdad y no poco de la sintaxis.

El que quiera honra, que la gane, pero por el camino derecho, es decir, agradando al público y haciéndose, por lo tanto, acreedor á los elogios y encomios que la prensa nunca escatima cuando de hacer justicia se trata.

Ahora bien: por nuestra parte hemos de declarar que, siempre que veamos en cualquiera de las planas de una hoja diaria un suelto, de tipo de letra inferior al de los demás, refiriéndose á espectáculos, declaramos que lo daremos por leído, pues nos hacen poca gracia *les cazzotes* y nos reimos de los *peces colorados!*

Hecha esta salvedad, haremos la reseña de las novedades teatrales sin apasionamiento de ningún género, y dejándonos sólo y exclusivamente guiar por la verdad.

***

Teatro de la Comedia. — La fugaz reaparición del eminente actor D. Antonio Vico, después de dos años de ausencia, ha sido un verdadero acontecimiento. Al aparecer en las tablas el inspirado artista, el público le demostró su afecto con una prolongada salva de aplausos.

Representóse el drama de Echegaray *Vida alegre y muerte triste*, siendo interpretado de un modo inimitable por todos los artistas que forman la compañía de dicho teatro. Este presentaba el aspecto de las grandes solemnidades.

El público supo hacer justicia á los que son acreedores á toda clase de consideraciones, por su entusiasmo en pró del verdadero arte dramático.

***

La compañía que actuaba en el *Teatro de Apolo* se ha ido con el *Monaguillo* á otra parte, siendo reemplazada por la que con tanto acierto dirige Julián Romea.

La zarzuela en un acto titulada *Carmela*, feliz parodia de la ópera *Carmen*, del maestro Biret, fué del agrado del público, que no escatimó los aplausos, tanto á los encargados de su interpretación como á los autores de la obra, que son el maestro Reig y Salvador Granés, los cuales tuvieron que salir repetidas veces al palco escénico.

Tuvimos el gusto de oir á un señor de voz excelente y de condiciones nada vulgares, que se llama, si nuestra memoria no nos es infiel, el Sr. Gamero.

Inútil decir que *Julianito* estuvo tan acertado como de costumbre, captándose simpatías y haciendo desternillar de risa.

Creemos que la compañía de Julián Romea hará negocio.

***

El público que asiste habitualmente al Real, se está dando cita en el *Teatro del Príncipe Alfonso*, donde trabaja en la actualidad una compañía de opereta italiana.

Cein ko-ka, obra ligera, de música agradable y de corte chino, como el título lo indica, ha sido oída con agrado.

Entre los artistas hay algunos muy recomendables, si bien pecan de exagerados, siguiendo en esto la escuela italiana, tan aficionada á la mímica. De indumentaria andan todos perfectamente; ¡ojalá pudiéramos decir otro tanto de las voces!

Pero, en fin, hasta que siente el tiempo, nos reservamos nuestro juicio.

« MISTIGRIS. »

ALBUM DE POESÍAS

LA PERLA DE HIXÉN II

(Continuación.)

V

Alegres músicas suenan
Dentro la ciudad de Córdoba
Que acusan el regocijo
De aquella corte fastuosa;
Lucen vestidos de gala
Los magnates y las tropas,
Y se engalanan las calles
Con colgaduras vistosas,
Y los *wazires* y *jeques*
En trajes de ceremonia
Se dirigen al alcázar
En que Hixén segundo mora.
Por orden del soberano
Los delitos se perdonan,
Y se libertan cautivos,
Y se reparten limosnas,
Y hasta en calles y plazuelas
Las muchedumbres se gozan
Con fuentes de dulces vinos
Que la Andalucía acopia:
Pues por más que á los muslimes
Prohibió el vino Mahoma,
No es la conciencia islamita
Conciencia muy escrupulosa
Cuando tratan los creyentes
De dar gusto á sns personas,
Que una cosa es predicar
Y dar trigo es otra cosa.
Lo cierto es que por las muestras
Algo que es de mucha monta
Sucede en la real vivienda
Que tiene el asiento en Córdoba,
Cuando de tanta algazara
La ciudad disfruta toda:
Porque la mismo los viejos
Que la alegre gente moza,
Se solazan francamente
Con recreación insólita.
Unos corren al palacio
Pues dicen que allí se toman
Los presentes que el monarca
Reparte con mano pródiga:
Otros van á la mezquita
Engalanada y suntuosa,
Donde en pebeteros de oro
Se queman plantas exóticas
Que el filigranado templo
Llenan de gratos aromas;
Otros á Medina Zahara
Dirigen sus plantas locas
Por contemplar las riquezas
Que aquel palacio atesora,
Con sus columnas de mármol,
Y con sus techos de aljófar,
Y fuentes de pedrería,
Y baños de oro y de concha
Y tapices damascados,
Y finísimas alfombras,
Y perfumes orientales,
Y muebles de raras formas
Fabricados con maderas
Entalladas y olorosas.
Allí surgen manantiales
De corrientes brilladoras
Que arrastran ríos de azogue
Entre coralinas rocas;
Allí se pisan tisúes
De labores primorosas,
Y de los artesonados
Cuelgan perlas tentadoras
(Que regaló á los Califas
León de Constantinopla)
De un tamaño tan enorme
Que, según rezan las crónicas,
Jamás en país alguno
Como ellas se vieron otras.
Mil lámparas fabricadas
Con oro y cristal de roca
Los orientales retretes
De aquella mansión adornan
Dando mil varios reflejos
Del sol á la luz hermosa
Y haciendo que por la noche
Espanten las negras sombras
Derramando de su seno
Cascadas deslumbradoras.
Quince mil puertas tenía
De marfil y ébano todas
Veladas por cortinajes
Hilados con las estofas
Que en Cachemira y Damasco
Hábiles mujeres bordan.....
Mas allá están los jardines
Retratándose en las ondas
Del Betis que su corriente
Desliza allí majestuosa:
Es el jardín del Califa
La mansión encantadora
Que más parece delirio
De imaginaciones locas
Que realidad que los hombres
Con sus propias manos tocan:
Allí bosques de arrayanes
Dan á los céspedes sombra
Formando frescas umbrías
Encantadas, misteriosas,
Cuyo silencio fantástico
Hace más gratas las notas
De los arpados jilgueros
Que anidan entre las hojas;
Allí laureles eternos
Y palmeras y magnolias
Y nardos y limoneros
Y adormideras narcóticas,
Se mezclan con los jazmines
Y los mirtos y las rosas
Y otras mil flores y frutos
De vegetación exótica
Que en los oasis del Yemen
Al pie de los pozos brotan;
Allí corrían las fuentes
Como culebras lustrosas
Que en los troncos de los árboles
Su flexible cuerpo enroscan,
Y producen mil sonidos
Cuando en los guijarros chocan,
Y forman montes de espuma
Al arrojarse impetuosas
Como argéntea catarata
Que de lo alto se desborda
Al fondo de los pensiles
Cayendo en taza marmórea;
Había allí tibios lagos
Cubiertos de ricas góndolas
Que entre bandadas de cisnes
Se movían perezosas
A los impulsos del remo
Que hacía temblar las ondas;
Allí se oían los sones
De músicas armoniosas
Y las canciones amantes
De las inocentes tórtolas
Que anidan en los verjeles
Y se arrullan en las frondas,
Y mil pájaros canoros
De pluma suave y vistosa
Alegraban con los trinos
De sus lenguas gorjeadoras
Los jardines del Califa,
La mansión maravillosa
Que más parece delirio
De una mente soñadora
Que realidad que los hombres
Con sus propias manos tocan.....
Pero ¿qué pasa en la corte?
¿Por qué las gargantas roncas
De las ébrias muchedumbres
Gritan con voz estentórea
Y aclaman á Hixén segundo
Y sus mercedes pregonan?
¿Es que Almanzor en Castilla
Ganó tal vez más victorias
Contra los reyes cristianos
Que incesantemente acosa?
No: que Hixén ya no se ocupa
De la guerra asoladora
Que hay entre la Ley de Cristo
Y el Alcorán de Mahoma,
Pues más sabrosos cuidados
Dentro de la misma Córdoba
Traen su voluntad perdida
Y su inteligencia absorta:
Desde el día venturoso
En que la luz bienhechora
Se abrió paso en las pupilas
Que cegaron en las sombras,
Alegre está el Soberono
Porque cree que la hermosa,
La perla de Hixén segundo,
Como las gentes la nombran,
No es tan fría á sus amores,
Ni á su pasión desdeñosa;
Pues ya sonríen sus labios,
Y ya sus ojos no lloran,
Y ya escucha complaciente
Las enamoradas trovas
Y las dulces serenatas
Y las orientales coplas
Con que el Califa la obsequia
En las nocturnales horas;
Y hasta piensa aquel monarca
Que es la gratitud gran cosa,
Cuando en pechos de granito
Cambios tan profundos obra.
Un día dió Hixén segundo
Riendas á su mente loca,
Y entre rendidos halagos
Y palabras tentadoras,
De nuevo ofreció á la niña
Su cariño y su corona;
Y ella, la virgen cristiana,
Inclinando ruborosa
Sobre su pecho la frente
Que el rojo carmín colora,
—Señor, señor, no soy digna—
dijo,—de ser vuestra esposa.
Ébrio el Califa de gozo,
Propúsola allí las bodas,
Y la bendijo en mil frases
Y la prometió mil joyas,
Y hasta señaló los días
De la feliz ceremonia
Y los suntuosos festejos
Con que dar júbilo á Córdoba.....
Y al cabo de unas semanas
Se dijo en la corte toda
Que el monarca Hixén segundo
Iba á celebrar con pompa
Las nupcias ambicionadas
Con la cristiana graciosa,
Que renegando de Cristo
Confesaba á todas horas
Que *no hay más Dios sino Dios*

Y su profeta es Mahoma.
Por eso hay tanta algazara
En la rica corte mora,
Y lo mismo los ancianos
Que la alegre gente moza
Se solazan francamente
Con recreación insólita;
Y por eso los delitos
Aquel día se perdonan,
Y se libertan esclavos,
Y se derraman limosnas,
Y se da vino á la plebe,
Y se engalanan las tropas,
Y se adorna la mezquita,
Y hay músicas bulliciosas,
Y en los palacios de Hixén
Ruido de zambra se nota.

ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ

(Se continuará.)

EL PESO DE UNA LAGRIMA

¡ARRE, caballo!... pero el pobre rocín, fatigado de larga caminata, con el barro hasta la barriga y chorreando agua por todas partes, no entendía de voces ni espolazos que marcaban en su vientre surcos de sangre; él bien querría salir más que corriendo, volando, como en sus buenos tiempos; pero muchos años de vida y trabajo habían dado fin de su vigor; ya no era aquel fogoso potro que al sonido de trompetas y clarines piafaba impaciente y se arrojaba al combate echando espumarajos por la boca y por los ojos fuego; ahora apenas si podía con el peso del jinete. Pensaba el que pronto le jubilarían dejándole descansar los años de vida que le quedasen. ¡Alguna recompensa merecen mis servicios!—decíase el pobre caballo—ignorando que aquella sería morir en el redondel destripado por un cornúpeto en medio de atronadores aplausos.

La nevisca seguía adicionando capas sobre la sierra, y el jinete, tapujado por completo, apenas podía sostener las riendas entre sus entumecidos dedos. El caballo, por su parte, no salía de su *traca traca trot*..., desesperando al jinete con tan lenta marcha y arrancándole blasfemias y juramentos.

La noche se echaba encima, y algunos relámpagos alumbraban la blancura del paraje; un trueno formidable repercutió por las fraguras de la sierra; ya no era nieve, era agua lo que caía ¡pero á torrentes! La noche había cerrado por completo y todo estaba cubierto de negruras; los picos salientes de enormes peñascos, los árboles desnudos de follaje y cubiertos de nieve, el fuerte zumbido del huracán y el ruído de las herraduras del caballo, todo, en fin, tenía algo de imponente, y algo de siniestro.

—¡Caballo! alarga un poco el paso, porque si seguimos así, nos quedamos en el camino. ¡Buena noche! Si mi amigo Lucifer no me protege, no voy á contar otra.

El caballo se encabritó de repente enderezando las orejas; un trueno más ronco que el anterior dejose oir, y una chispa eléctrica cruzó el espacio. El caminante temblaba, no de frío, sino de miedo; una nube de sangre pasó ante sus ojos; ¡sí, cien espectros amenazadores le rodeaban! Él conocía aquellas caras ¡eran víctimas suyas.....!

Pasó el sobresalto, y picando espuelas á su caballo dijo, después de pasado el susto:

—¡Bah! Aprensiones mías.

Ya desesperaba el jinete de encontrar donde pasar la noche, cuando distinguió allá á lo lejos una lucecilla. Hincó de nuevo las espuelas en los ijares del pobre jamelgo, y por fin llegó delante de una tapia en la que había enorme y vieja puerta adornada con infinidad de cabezas de clavos; llamó el jinete, y visto que no contestaban repitió, mirando al propio tiempo por el ojo de la cerradura, distinguiendo un bulto negro que llevaba un farolillo.

—¿Quién llama á estas horas?—dijo una voz mal humorada desde dentro.

—Un caminante que pide hospitalidad sorprendido por la tormenda.

Refunfuñaron dentro no sé qué, pero al poco rato abrióse la puerta y el viajero entró llevando de las riendas el caballo.

—Perdone usted la molestia, pero sorprendido en el camino por tan recio temporal, no he podido menos de llamar en la primera casa; no necesito cama, bastándome un techo que me resguarde de la lluvia.

El encapuchado dijo por toda contestación:—Sígame usted.

Grande era el asombro del caminante al notar que si fuera se mojaba y tenía frío, dentro le sucedía otro tanto,—sin duda es un corral esto—pensó; pero la luz de un relámpago sacóle de su duda; los cabellos se le erizaron y un temblor nervioso agitó su cuerpo. ¡Un cementerio!..... sí; era un cementerio con sus cruces clavadas en el suelo, sin otra ofrenda que el rastro de lágrimas con que habían sido regadas, la única verdadera, la que florece convirtiéndose en esa flor bendita del consuelo, cuya fragancia sube hasta el trono de Dios; cruces que parecen llamarnos y perdonar con sus brazos extendidos; allí aparecía el sombrío ciprés siempre esperando, siempre verde, símbolo de la inmortalidad, silencioso y rígido cual dedo misterioso señalando eternamente el cielo como puerto único de salvación en los naufragios de la vida!.....

Lo que pasó por el caminante, fácilmente se comprende; porque el crimen es cobarde y allí gritábale su conciencia.

—¿De manera que esto es un cementerio?

—Ya lo ve usted.

—¿Y falta mucho para el pueblo?

—Unos tres cuartos de legua; pero vámonos dentro, porque me parece que esto va á ser otro diluvio. Traiga usted el caballo, le ataré aquí en el patio; en este rincón no se mojará mucho.

El caminante siguió al sepulturero á duras penas, pues el temblor de sus piernas casi le impedía andar.

—Aquí tiene usted su habitación; está al *lao* del patio, pero ya sabe usted que los muertos no se levantan, y, además que... no hay otra. ¡Buenas noches!

¡Cómo era posible que él durmiese allí! ¡De ninguna manera! ¡Al lado de los muertos!... ¡Horror! Carne de gallina le ponía solamente el pensarlo.

Nada; era preciso coger el caballo y marcharse de tan tétrica casa sin que se enterase el sepulturero; es verdad que la lluvia caía con fuerza, pero prefería á dormir en aquel sitio; salió, pues, dispuesto á practicar sus propósitos; anduvo unos cuatro pasos, pero... ¡qué era aquello!... Espectros que danzaban por el aire! ¡Sí!... pero no estaban completos! ¡Allá veía un cráneo dar vueltas, más lejos una pierna, después un brazo... ¡echó á correr! pero aquellas formas movibles le seguían!... y el aire decía: ¡¡¡Asesino!!! y ¡asesino! los espectros. Toda su vida pasó ante sus ojos ¡y qué negra! corrió más, y más los fantasmas; entró en una estrecha galería, y distinguiendo una lucecilla corrió hacia ella. Era la capilla: en el altar había un Cristo crucificado; los ojos del caminante se fijaron en Él y mudó de color. ¡Algo extraño pasó por él! ¡Algo le decía aquella tosca figura de barro! Pensó en Dios, cuya existencia había olvidado tanto tiempo.

—Sí—dijo el viajero—hay un Dios justo que premia y castiga. Conozco mi error ¡aunque tarde! ¡Perdón, Dios mío, perdón! ¡Pero tan miserable fuí que no podéis perdonarme!

Quiso rezar, ¡pero no sabía!... Sin embargo, pronunció unas palabras á guisa de oración, con tal fe y arrepentimiento, que valieron más que todas éstas juntas; porque salieron de su corazón, y éste es harto elocuente.

—¡Dios mío, yo me arrepiento!—Y una lágrima, ¡una sola! rodó por la mejilla del caminante.

El Cristo inclinó la cabeza haciendo una señal afirmativa, y sus brazos se desclavaron como diciendo:

—¡Ven! yo perdono al más miserable si su arrepentimiento es verdadero.

Después el caminante se vió envuelto por una nube de plata que lo iba elevando poco á poco, y llegó á una mansión donde todo era, luz todo armonía, y vió..... ¡sí!... ¡El Cristo del cementerio! Estaba entre nubes de oro, en un foco de luces de hermosas cambiantes; en su mano derecha sostenía una balanza. Un ángel depositó en uno de los platillos sus crímenes, y el platillo se hundió; en otro depositaron una lágrima, y..... ¡sería posible! La lágrima pesaba más que sus maldades.

¡Después el caminante oyó una armonía vaga, suave, un coro de voces argentinas que cantaban preces al Señor.....!

. . . . . .

. . . . . .

A la mañana, el sepulturero vió al pie del altar al caminante; como hombre acostumbrado lo comprendió de una ojeada.

El viajero había muerto.

JUAN TORAL Y SAGRISTÁ.

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS
DEL ÁFRICA ECUATORIAL

POR FL. BOUHOU

Traducción del P. J. R., Agustino.

(Continuación.)

PERO no solamente los gobiernos *trafican* así en carne humana, sino que se organizan empresas y expediciones para la explotación de este *artículo*. Los *traficantes* forman bandas, comenzando entonces *la caza del hombre*. Es cierto que el fin de estas batidas es desolar el Sudán mahometano, pero sin desatender el objeto principal. Los *traficantes* oficiales ó privados vuelven tranquilos empujando gruesos rebaños humanos.

Hay, pues, en el Sudán, y particularmente en el valle del Nilo, Zribas ó parques de *bestias humanas*. De allí son conducidas por el lado del mar Rojo las gruesas filas de esclavos, sorprendidos no pocos por una muerte desastrosa, causada por el hambre, por el cansancio, y sobre todo, por la inanición, pues su alimento se concreta á inhumanos *golpes*; ¡pero qué importa.....!

Nuestro siglo ha creído que ese negocio, *naturalmente* en boga desde hace mucho tiempo, ¡no era más que un *horror!* Ha evidenciado que la trata roba cada año *un millón* de seres humanos al país natal, seres de raza inferior, si se quiere, pero de raza *antrópica*, y que la miseria viene á concluir con *ochocientos mil* de esas tristes criaturas.

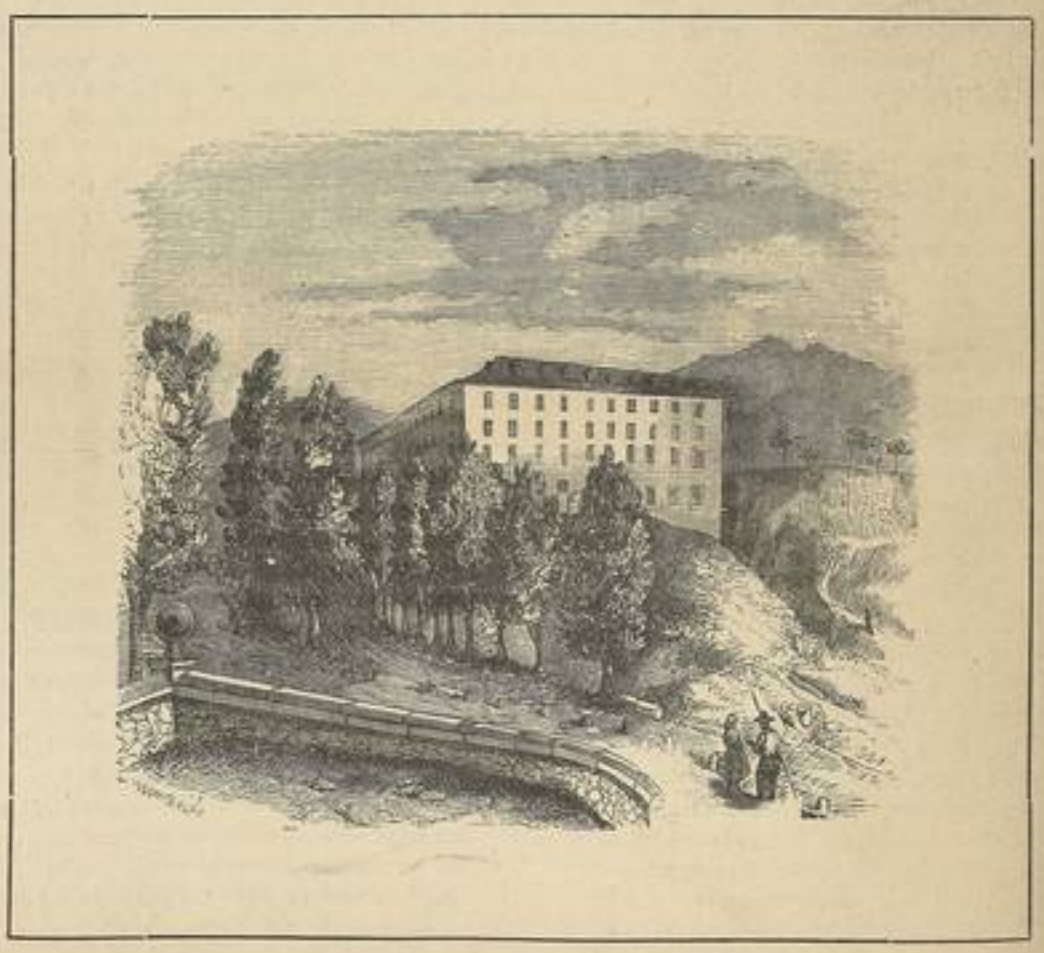
Este es lenguaje de un *humanitario* protestante de la Gran Bretaña; hace notar el mal, le narra, no con mucha displicencia, y hasta llega á llamarle *horror*, deteniéndose ahí satisfecho de su prosa y de su talento; pero en cuanto á señalar un remedio á tan



CASA DE LA COMPAÑA



ESCALERA DEL MONASTERIO



UN PAISAJE DE LOS AL REDEDORES



CEMENTERIO DE EL ESCORIAL



EL FACISTOL



LA BIBLIOTECA

¡nconsolable desesperación, á la pérdida de tantos *millones* de almas, *¡nada! ¡¡¡ni una palabra!!!*

Ha sido preciso que un Obispo católico, que un Príncipe de la Iglesia romana hiciese resonar el grito de angustia y predicase la cruzada, pidiendo la abolición de la esclavitud.

La generosidad de los católicos del mundo entero le prestará su apoyo, y á su voz el voluntario de corazón de fuego y alma caballeresca irá á sacrificarse en bien de sus hermanos del África ecuatorial, asegurándoles en la libertad de la religión revelada, por el cielo á la tierra.

¡¡¡Guerra á la esclavitud! ¡Dios lo quiere!!!

CAPÍTULO VIII

El disparo que resonó á lo lejos, ocasión de mayor crueldad contra los esclavos, fué obra del capitán Joubert, no obstante la resolución de no dar el menor signo de alerta; pero la necesidad le obligó á quebrantar su propósito, por lo que ahora diremos.

A los diez kilómetros de camino, saliendo ya de la espesura, llegó Joubert con sus hombres á una vasta llanura, literalmente cubierta de montones de tierra de forma cónica de tres á cinco pies de altura; era un conjunto de hormigueros, que formaban una de las vistas más pintorescas; camino indudablemente recorrido por la cadena esclava, puesto que la hierba, espesa y corta como la de un césped, estaba aun inclicada y sin vigor.

Como los leones encuentran ordinariamente abundante presa en aquellos parajes, sólo recorridos por seres desgraciados, no faltó uno en esta ocasión, que dando terribles saltos, se precipitara sobre Joubert, que marchaba á la cabeza de sus valerosos soldados.

—¡Alto!—ordenó Joubert.—Ni una palabra, ni un disparo, hijos míos. Es posible que pase la fiera sin atender á nosotros. Dejadme obrar.

Joubert se dispuso á tirar, colocando el cañón de la carabina sobre un hormiguero. Detúvose el león, fijando su clara y franca mirada en aquellos pigmeos que osaban invadir sus dominios: agitaba con furor su fuerte cola y erizaba su larga crin, al mismo tiempo que retumbaba un sordo rugido en su pecho, y se lanzaba á grandes saltos sobre Joubert que disparó al momento, dejándole tendido en tierra.

— No he podido menos de obrar así — dijo con dolor Joubert.—¡Adelante, hijos míos, ganemos el tiempo perdido.

Al salir de la llanura encontraron por todo el camino que atravesaba el bosque á las desgraciadas mujeres abandonadas por Siriatomba, muertas unas, agonizantes otras, sin poder recibir más socorro de los antiesclavistas que una pequeña cantidad de vino de palmera, en los pocos momentos que se detuvieron con las víctimas. El capitán les habló de Dios; de las esperanzas cristianas, animándolas á la resignación, al separarse de ellas con el corazón partido de dolor por no poderlas salvar.

Llegó por fin la pequeña tropa al lugar por donde la cadena se había introducido en la selva, siéndoles allí muy difícil el paso por tener que abrirse camino por medio de zarzas, espinos y ramas, que tomaban inmediatamente su posición primera. Más de una vez se detuvo el capitán á fin de cerciorarse, por el ramaje cortado, bejucos y arbustos arrancados, si había pasado por allí la triste caravana..... pasando de este modo todo lo restante del día, hasta las primeras horas de la noche, en que llegaron extenuados de fatiga al extremo de la selva. Á su vista se levantaba el monte Shamato, dominando un profundo valle, donde los antiesclavistas distinguieron la banda de Siriatomba, cuyas desgraciadas víctimas descansaban de su penoso viaje.

—¡Gracias mil, Dios de la libertad! — exclamó Joubert entusiasmado.—Descansemos también nosotros, hijos míos,—dijo después—sin que salga nadie de la selva: nos lanzaremos á libertar á Nyemoena y demás compañeros en la esclavitud, tan pronto como la noche acabe de tender su negro manto.

Los antiesclavistas tomaron un pedazo de sorgo con algunas frutas, bebieron una pequeña cantidad de vino de palmera y se tendieron sobre la hierba en el extremo de la selva, fijas las miradas en el fondo del valle, que la noche comenzaba á cubrir con lentitud.

. . . . . .

No perturbemos el reposo de Joubert y su pequeña tropa; veamos ahora la táctica de Katendé, que persigue infatigable al árabe Matakenia.

Katendé, más afortunado que Joubert, ni encontró leones, ni se vió embarazado por bejucos, zarzas y ramas que le interceptaran el paso; sólo se retrasó algunos momentos en consolar y aliviar, en lo posible, á los esclavos heridos y estropeados, abandonados en el camino. Dos horas antes de que el sol dejara de brillar sobre el horizonte del Urundi, los esforzados antiesclavistas apercibieron la cadena de Marrasilla, que descansaba en las márgenes del Rusisi, donde tenían los malditos asesinos, como en casi todas las corrientes vecinas, ligeras barcas escondidas en un matorral de cañas para atravesar el río al día siguiente.

—No perdamos un momento,—dijo Katendé á sus valientes.—¿Están cargados nuestros fusiles?

—Sí, Katendé; sí, hermano.

—Pues bien, es preciso no descargarlos más que á boca-jarro sobre los esclavistas, que distinguiréis por el color, pues son mestizos; en cuanto á los Rougas-Rougas, son negros como nosotros, pero les conoceréis sin dificultal, ¡porque no están atados!.... No errar el blanco; no vayamos á herir á los que pretendemos salvar. Aprovechémonos de estas hierbas altas para hacer un rodeo y llegar arrastrando por el suelo á las cañas de la orilla, ¡no hacer ruido! ¡Dios nos ayude! Pensad en el capitán Joubert, á quien nuestra hazaña causará un gran entusiasmo, llamándonos valientes, tan valientes como los de su país. ¡Marchemos!.... yo el primero; seguidme todos, y cuando veais que me precipito adelante, lanzando nuestro grito de guerra, ¡¡¡Joubert!!! imitadme con valor.

Mientras Katendé y sus compañeros se arrastraban como reptiles, dirigiéndose á los esclavistas, éstos examinaban atentamente á sus víctimas, calculando de antemano las ganancias que les produciría tal joven, más hermosa que las demás, ó las ofertas del sultán de tal ó cual serrallo. Matakenia no pierde de vista á Marrasilla; la separa de la cadena y la joven virgen negra, sólo con trabas en los pies, descansa sentada en un hermoso mirto, derramando abundantes lagrimas y humedeciendo con sus labios la medalla de la Virgen Inmaculada.

A pocos pasos de ella se mantiene en pie el repugnante árabe, jefe de la caravana.

— Mi hermosa joven, — le dice, — bien ves las atenciones con que te distingo, tratándote casi como á una persona que Alá hubiera hecho nacer de raza superior y libre. No seas esquiva, hija de los Wabikari..... En cambio de lo poco que has perdido de tu condición salvaje, yo te daré.....

No concluyó su arenga el traidor. Un terrible grito amenazador ¡¡¡Joubert!!!.... repetido con furor por sesenta hombres, hizo temblar á los esclavistas é infundió la esperanza en las desgraciadas víctimas Diez Rougas-Rougas rodaron por el suelo á los disparos de unos veinte fusiles.

—¡A las barcas! ¡A las barcas! — bramó Matakenia, arrastrando á Marrasilla, ayudado por un fornido negro. La pobre joven resistía con esfuerzo, pero en vano. ¿Qué podía conseguir teniendo los pies ligados, luchando contra dos brutos que la arrastraban? ¡Nada!.... Nada más que orar.

—¡Madre Blanca del Cielo,—decía sollozando,—Virgen poderosa, salvad á vuestra Marrasilla!....

Los esclavistas, recobrando la serenidad, organizan la defensa. Crúzanse las descargas: caen exánimes algunos hombres de la tropa de Katendé, pero baja también el número de Rougas-Rougas, que al ver á su jefe navegar por el río abandonan su puesto huyendo hacia el Rusisi, perseguidos por Katendé y sus valientes, que reducen más y más el número de adversarios. Los voluntarios de Joubert ven entonces alejarse á Matakenia y á un mestizo con Marrasilla en la barca, donde la joven negra, ligada de pies y manos, da voces pidiendo socorro. Todos sus compañeros oirán sonar pronto la hora de su libertad: sólo ella permanecerá esclava, por haber agradado á un innoble mahometano. Lanza gritos desgarradores: óyese el dulce nombre de María, y enmudece después su lengua, como si la desesperación se hubiera apoderado de su alma. Otro disparo respondió á los lamentos de la desgraciada, y el mestizo que acompañaba á Matakenia cae desplomado en el fondo de la barca, herido en la frente por una bala de Katendé.

—¡Por vida del profeta! — bramó Matakenia, empuñando los remos — ¡no será vuestra mi esclava, bastardos de raza negra!.....

— ¡¡¡Joubert!!! — gritó Katendé ardiendo en cólera y lanzándose á los bordes del Rusisi en perseguimiento de Matakenia — ¡mientras yo tenga sangre en las venas, no serás dueño de nuestra hermana, cristiana y tan libre como yo! ¡No será tuya, no, perro del Corán!

Matakenia remaba con rabia, se esforzaba en abordar á la orilla, luchando contra la corriente, que le hubiera arrastrado á los bordes de una catarata, cuyo estruendo infundía pavor en su corazón de hierro.

Katendé se detuvo un momento para cargar su fusil: Si llega á la otra orilla antes de que pueda enviarle una bala — se decía el valiente negro — Marrasilla está perdida.....

La joven no sabía, sin duda, que un esforzado negro velaba por ella, pues habiendo perdido toda esperanza de libertad, y no queriendo ser juguete de esas bestias, llamadas sectarios de Mahoma, que no tienen de humanos más que la cara, hizo el último esfuerzo y se arrojó de la barca, exclamando:

— ¡¡¡Piedad, Madre Blanca del cielo, piedad!!!.....

Otro disparo respondió al llamamiento supremo de la infortunada, y Matakenia cayó sin vida en la barca arrastrada por la corriente del Rusisi, que arrollaba también el cuerpo de la virgen negra.

Katendé, intrépido nadador, se arroja sin vacilar al agua, y los dos desaparecen pronto detrás de un matorral de cañas.

A la mañana del día siguiente, la caravana libertada y sus libertadores tomaban el camino del Urundi y el lago Tanganyca: Katendé y Marrasilla no habían parecido aún.

Dejando ahora estos sucesos, ¿qué había sido de Canista y sus hombres? Veámoslo.

Sequacha, cuyo perseguimiento estaba encomendada al hermano de nuestras heroínas, más experimentado, ó más astuto que los otros dos jefes árabes, ordenó á uno de los Rougas-Rougas que subiera de trecho en trecho á un árbol elevado, para cerciorarse si era ó no perseguido, debiendo á esta precaución la noticia de que una tropa de negros armados le seguía precipitadamente. Sin preocuparse en medir sus fuerzas con las de los antiesclavistas, tomó la resolución de ganar cuando antes los bordes del lago Tanganyca, dejando el camino de Voira. Llegó á las dos horas al lago, donde estaban reunidos numerosos comerciantes en carne humana,

esperando con un navío para el transporte de la mercancía. No se le ocultaba esta particularidad á Sequacha, y por eso prefirió vender pronto su rebaño humano, antes de exponerse á perderle, obstinándose en juntarse con sus cómplices en Nyangoné. Se presentó, pues, á los negociantes de Tipo-Tipo.

—¡Vamos, pronto, — les dijo,—porque los antiesclavistas me persiguen de cerca!...

—Tenemos fuerza bastante—respondieron, y por consiguiente nada debemos temer: y comenzó la venta.

Caniata veía todo lo que pasaba, escondido en el espeso follaje de un tamarindo, donde llegó arrastrándose por el suelo, según su costumbre. En la imposibilidad de atacar á los esclavistas, que habían llegado de Ujije bien armados y en número considerablemente mayor al suyo, volvió donde estaban sus hombres emboscados á pocos pasos de distancia, bajo unas raíces en la cuenca de un arroyo disecado.

—Hermanos, les dice, es inútil ensayar nuestras fuerzas para libertar á Nyandea y á su cadena; volved á la misión de los Padres Blancos: se me ha ocurrido una idea que quiero poner en ejecución. ¡Que Dios me proteja y saldré triunfante! ¡Marchad! ¡Yo quedo solo!

Aquellos valientes negros protestaron todos, no consintiendo en que se expusiera sin ellos. ¡Era una locura!... ¡No podían consentirlo!

—El capitán Joubert me ha investido de su autoridad,—les contestó Caniata;—os mando, pues, marchar ahora mismo y dejarme ensayar solo la libertad de las esclavas, sin exponernos á morir todos inútilmente. Llevad mi fusil, cartuchera y calabaza, objetos que me acusarían de antiesclavista.

Sus hombres le apretaron todos la mano, alejándose sin murmurar palabra. Al verles desaparecer entre la espesura, Caniata cayó de rodillas, levantó los ojos al cielo y oró. La audacia y la energía brillaban en sus ojos después de la oración: y armándose otra vez con la señal de la cruz, volvió á ocultarse bajo el tamarindo, desde donde vió que estaban embarcados ya la mayor parte de los esclavos, no quedando á los pocos momentos más que su hermana con otros quince jóvenes de ambos sexos.

El representante de Tipo-Tipo se encogía de hombros á cada esclavo que pasaba delante de él, juzgando mezquinos á los hombres, muy feas ó demasiado jóvenes á las mujeres, lamentándose de la degeneración de la raza negra. No obstante su crítica, escogía primero á los esclavos más robustos y hermosos, pudiendo de este modo pagar al precio ordinario éstos últimos y pedir una gran rebaja por los demás. Sequacha defendía sus propios intereses, encomiaba su mercancía, hablaba de las buenas cualidades de sus súbditos y de los peligros del Trópico y... la cadena seguía disminuyendo. En fin solo quedó Nyandea.

— Esta reservo para mí — dijo Sequacha.

— En verdad que es hermosa; concibo que la estimes en mucho — dijo el comprador. — Sin embargo — añadió, apuntando con el dedo á las inmensas regiones Africanas — no faltan jóvenes por esos puntos..... Si quieres cederme esta, te doy 150 piastras, diez libras de pólvora, plomo y un cesto de botellas de aguardiente.

— ¡Imposible! la reservo para mí.

— ¡Piénsalo bien! No se ofrecen todos los días 150 piastras y lo demás que te doy, por una mujer. Teniendo buena voluntad, pronto encontrarás otra de tanto valor como ésta, y no olvides que si me la vendes, causarás un sensibilísimo placer á Tipo-Tipo, quien la cederá por un buen precio á los judíos de Zanzibar, proveedores del personal de ciertos palacios turcos pudiendo otros judíos servirse de ella más tarde en Argelia ó Túnez, razón por la que me atrevo á ofrecerte la enorme cantidad de 150 piastras.

— ¡Más vale! no la cederé en menos de 250.

El comprador escatimó cuanto pudo, dando por fin 225 piastras.

— Usaré de mucha deferencia con ella — dijo — y gozará de libertad relativa en toda la travesía del lago.

La desgraciada Nyandea derramaba abundantes lágrimas, sin ser vista, envuelta en su túnica blanca de cristiana, y fué embarcada, como todos sus compañeros, en aquella morada de infortunio. Los numerosos esclavistas allí reunidos volvieron á tomar el camino de Ujiji, apreciando cada uno á su modo las fluctuaciones de los mercados humanos, mientras que el representante de Tipo-Tipo reunía á todos sus marineros para darse á la vela. Caniata se avanzó entonces sin la menor excitación hasta los bordes del lago y suplicó al mercader de esclavos se dignara conducirle en el navío. Sequacha, que no hablaba el Biswahilí, mandó venir un intérprete.

— Pregúntale — dijo el comprador — la causa de hacerse esclavo, pudiendo gozar de libertad en su país natal.

Caniata contestó que deseaba tener parte en la suerte de su tribu.

— ¡Embarcadle! — dijo el mercader: — es inútil agarrotarle, puesto que libremente se pone en nuestras manos.

Al entrar en el navío, Caniata puso un dedo en sus labios como para imponer silencio á Nyandea y á los demás esclavos de su tribu que permanecían aún sobre cubierta, mirándole con tanto espanto como estupor. El valiente negro sólo pronunció estas dos palabras al pasar por delante de su hermana.

— ¡Silencio.....! ¡Esperanza.....!

A los pocos momentos el navío, empujado por una brisa favorable, desplegaba majestuosamente todas sus velas, dirigiéndose al extremo meridional del lago Tanganyca, desde donde los esclavos iban á ser conducidos á Zanzibar.

Dejémosles bogar bajo la protección de Dios y volvamos al capitán Joubert.

(Continuará.)

PREMIO

Una corona propongo
al autor de la invención
que se titula el **jabón**
de los **Príncipes del Congo**.

Jabonería VÍCTOR VAISSIER.—París.
De venta en las principales perfumerías.
Depositario: Melitón Boldú, 37, Valverde, Madrid.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos. — Juan Bravo, 3, Madrid.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día 30 del actual y 1.° de Julio próximo, de once de la mañana á tres de la tarde, se pagarán por este Banco los intereses correspondientes al cuarto trimestre de las Obligaciones del Tesoro al 5 por 100; los del segundo trimestre del corriente año de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 y los de la Deuda perpetua al 4 por 100 interior, depositados en las Cajas del mismo ó entregados en garantías de operaciones.

Los interesados pueden presentarse en la Caja de este Banco á percibir el importe de los intereses por el orden siguiente:

Día 30 de Junio.—Obligaciones del Tesoro al 5 por 100.

Deuda amortizable al 4 por 100.

Miércoles.	1.°	Julio.	—Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.			
Viernes...	3	id.	—Depósitos transmisibles, resguardos núms.			170.223 á 227.000
Lunes....	6	id.	—Idem	id.	id.	227.001 „ 260.000
Miércoles.	8	id.	—Idem	id.	id.	260.001 „ 276.000
Viernes...	10	id.	—Idem	id.	id.	276.001 „ 287.155

Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Jueves...	2	Julio.	—Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.			
Sábado...	4	id.	—Depósitos transmisibles, resguardos núms.			181.580 á 213.000
Martes...	7	id.	—Idem	id.	id.	213.001 „ 241.000
Jueves...	9	id.	—Idem	id.	id.	241.001 „ 256.000
Sábado...	11	id.	—Idem	id.	id.	256.001 „ 266.000
Lunes....	13	id.	—Idem	id.	id.	266.001 „ 274.000
Martes...	14	id.	—Idem	id.	id.	274.001 „ 281.000
Miércoles.	15	id.	—Idem	id.	id.	281.001 „ 286.000

Los depósitos en Deuda amortizable al 4 por 100 que, por resultado del sorteo de 1.° del actual, contengan títulos amortizados, necesitan ser retirados por los depositantes, á fin de poder hacer efectivos el importe de aquéllos con el libramiento que se les entregará en equivalencia de los mismos.

Madrid 27 de Junio de 1891.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

BANCO DE ESPAÑA

Habiéndose recibido de la Dirección general de la Deuda pública los talones de los resguardos hasta el número 1.900, expedidos por aquel centro en representación de cupones de Deuda perpetua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.° de Julio de 1891, presentados en aquella Dirección, los portadores de los citados resguardos pueden presentarlos al cobro en las Cajas de este Banco, en la forma siguiente:

Día 1.° Julio 1891.	Resguardos números	1	á	400
» 2 »	»	Idem	401	»	800
» 3 »	»	Idem	801	»	1.200
» 4 »	»	Idem	1.201	»	1.600
» 6 »	»	Idem	1.601	»	1.900

En los días sucesivos se pueden presentar al cobro en las mismas Cajas, sin previo anuncio, los resguardos cuya numeración exceda de la última señalada, que serán satisfechos en el acto, siempre que el Banco haya recibido de la Dirección general de la Deuda los talones correspondientes.

Madrid 27 de Junio de 1891.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

PAPEL DE ARMENIA

El más higiénico, fino y agradable perfume para las habitaciones; **50 céntimos** el libro para **veinticuatro veces**; á cada libro acompaña un aparato para quemar.

CREMA VASSELINA

Lo mejor para suavizar y conservar el cutis, superior á todos los cold-creams conocidos, á **peseta** tarro; advertimos que la *crema vasselina* no es *blanquete*.

PERFUMERÍA THOMAS

Calle Mayor, 36.—MADRID.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, editor.

PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa.

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

Obras de estudio.—Catálogos gratis.

SANTA TERESA

8, Caballero de Gracia, 8

MADRID

Útil á todas las Congregaciones religiosas, Colegios de niñas y bordadoras.

Desde el día 15 del mes actual la casa de SANTA TERESA ha abierto un nuevo taller de dibujos para bordar, admitiendo toda clase de telas para su ejecución. La especial condición de hacer todos los trabajos *gratis*, lo mismo para las labores de adorno como para los bordados en blanco, hará que el público obtenga grandísimos beneficios, siendo á la vez tan rápido el sistema de dibujar, que por muy excesiva que sea la cantidad de trabajos que la confíen, podrá hacer en el día entrega de todos ellos. También habrá una sección especial donde se harán *gratis* nuevos y caprichosos modelos en letras para bordar pañuelos, toallas, servilletas, manteles, almohadas, sábanas y fundas para sillas.

SUBIRANA HERMANOS

Puerta Ferrisa, 16.—BARCELONA

Casa editorial. — Desde la fundación de nuestro establecimiento, que data del año 1845, nos dedicamos especialmente á la publicación de importantísimas obras de renombrados autores católicos, que damos siempre á luz con la debida licencia de la Autoridad eclesiástica.

Imprenta. — Impresión de Obras, Revistas, Memorias, etc., etc., tanto de lujo como económicas.

Librería. — Venta al por mayor y menor de obras religiosas, morales y de controversia; de ciencias eclesiásticas, místicas y ascéticas; de texto y premios para Seminarios y Colegios, y de Consulta para el clero. — Gran surtido de libros litúrgicos. Especialidad en devocionarios.

Encuadernación.—En este ramo contamos con todos los elementos para salir airosos en cualquier trabajo artístico que se nos confíe.

Objetos de piedad. — Medallas y rosarios; estatuitas y Cristos de metal de todas clases; sacras y estampitas económicas y lujosas, etc., etc.

NOTA.—Esta casa no imprime, vende ni encuaderna obra alguna contraria á la Religión católica ó á la sana moral.

ACADEMIA DE SEGUNDA ENSEÑANZA

Leganitos, 40, segundo derecha.

Clases de Religión y Moral, Latín, Retórica y Psicología, por un señor Presbítero, Doctor en Letras.
Clases de Derecho, por un Doctor.
Idem de Matemáticas, por un Subdirector de Comunicaciones.
Idem de Física y Química, por un Licenciado.
Idem de Francés é Inglés, por un Intérprete de Lenguas.

POLICARPO RUIZ

15—Jacometrezo—15

En esta antigua y acreditada casa encontrará el público un gran surtido en camisería, lanería, lencería, géneros de punto, pañolería, merinos, ropa blanca, corsés, estameñas para hábitos é infinidad de artículos.

Grandioso surtido en percales á **REAL, REAL Y MEDIO** y **DOS REALES.** Vuelas fantasía, todo lana, á **peseta;** batistas y céfiros, á **0,60.** Lanas novedad, doble ancho, á **0,75.** Piezas tela blanca, 24 varas, á **6 pesetas.**

Grandes surtidos.—Precios económicos.

EL SAGRADO CORAZÓN

CASA SALVI

Calle del Clavel, núm. 1, entresuelo.—MADRID.

Labores artísticas para Oratorio, salón, sala, gabinete, dormitorio, despacho, comedor, etc., empezadas, terminadas y sólo dibujadas.

Unica casa en labores y materiales para Conventos y Colegios.

Oro, sedas, lanas, felpillas, algodones y toda clase de materiales para la ejecución de labores de señoras.

La casa de más novedad y economía en los precios, siendo sus artículos todos de primera calidad y de la más especial fantasía.

CASA SALVI, Clavel, 1, entresuelo.

GRAN REGALO

DE

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8,

á los señores suscriptores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA de la magnífica oleografía

LA VIRGEN DE SEVILLA

copia exacta y muy bien ejecutada de este célebre cuadro de MURILLO, que se conserva en *El Louvre* de París.

Tamaño, 17 centímetros de alto por 70 de ancho.

Precio por pocos días, **1** pesetas **50** céntimos. Provincias, **1** peseta más por certificado.

ORNAMENTOS DE IGLESIA

Fábrica de sedería y taller de bordados en oro, plata y sedas

DE

FRANCISCO DE A. SERRA

Plaza del Angel, 8 y 9,

BARCELONA

Inmensos surtidos, con gran variedad de gustos y clases, desde los precios más ínfimos hasta los más ricos y superiores, en toda suerte de artículos propios para el culto católico.

Venta de géneros en pieza, y todo cuanto precisa para la confección completa de ornamentos.

Casullas, capas, dalmáticas, estolas sueltas, paños de hombros, greniales, palios, frontales, mantos y vestidos para imágenes y umbrelas. Todas estas piezas las hay también en bordado.

Cíngulos, fiadores, agremanes, puntillas, flecos y galones, en seda, plata y oro.

Albas, roquetes, sobrepellices, amitos, corporales, etc., etc., de todas clases.

Sotanas, manteos, balandranes, mucetas y demás hábitos talares.

Guantes y medias de seda de todos colores.

Estatuaria y *Vía-Crucis*.

Bronces y metal blanco en vasos sagrados y objetos propios para iglesias. Se restauran los antiguos y se doran, platean y barnizan.

Diurnos, breviarios, misales, rituales, etc., de todas ediciones y precios.

Artículos propios para bordar. — Tafetanes, rasos, lana y telas de plata y oro, canutillos é hilillos de oro y de plata, y cuanto precisa para bordar.

Remisión gratis de catálogos y muestras.

Dibujos variados y exclusivos.

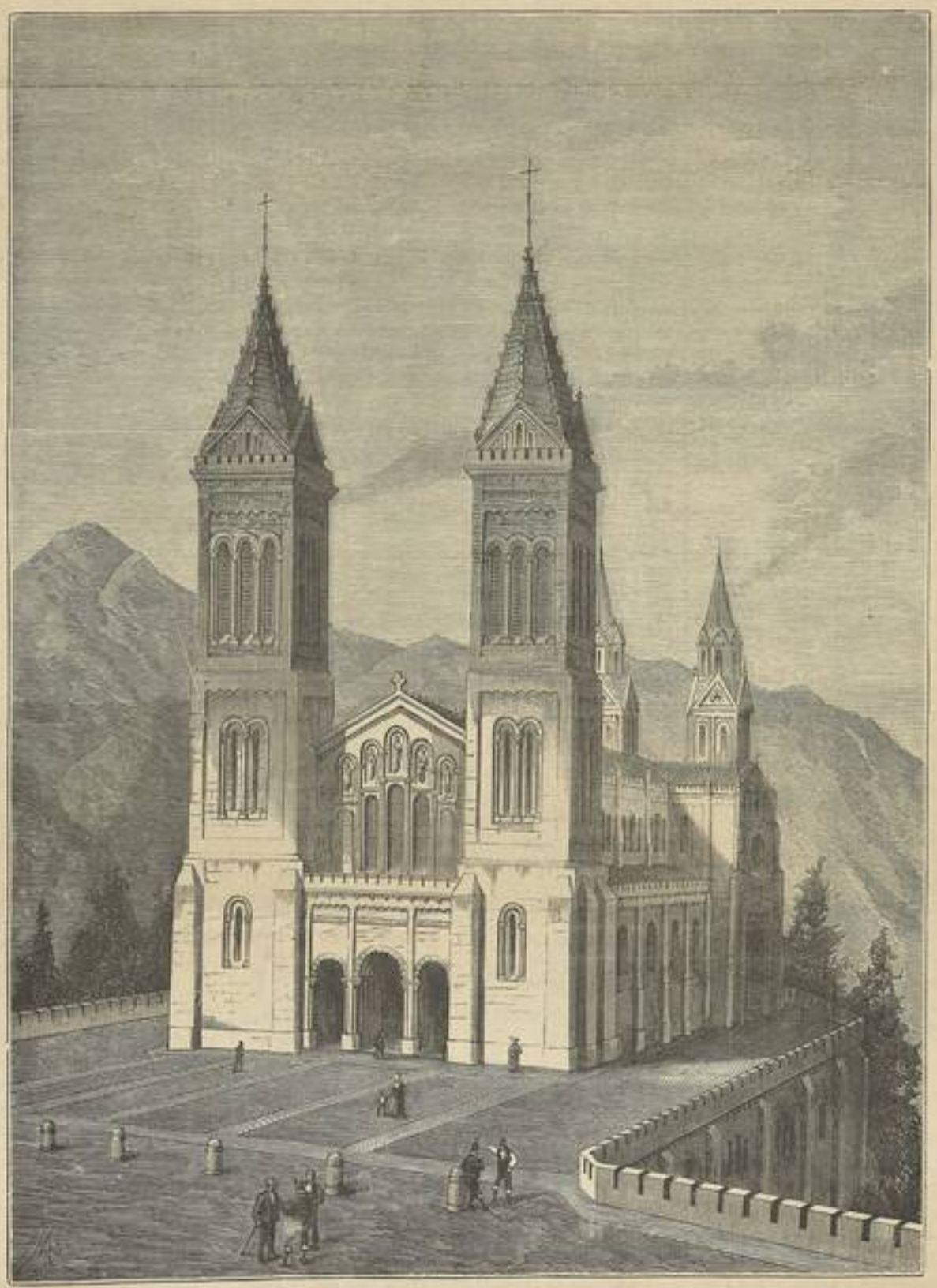
Precios sin competencia.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XVI. — TOMO XIV. NÚMERO 13. — Madrid 15 de Julio de 1891. NÚMERO SUELTO, UNA PESETA



BASÍLICA DE COVADONGA

SUMARIO

Texto.

La quincena, por el Marqués de Valdeflores. — *Grabados*, por Antonio de Oliveda.—*Boletín religioso*, por J. V.— *La fiesta del Carmen*, por Angel Salcedo. — *El P. Félix*, por el Bachiller Alumo. — *Las Maravillas del amor* (continuación). — *Album de poesías: La perla de Hiern* (continuación).—*Las tres vírgenes negras* (continuación).—*Anuncios.*

Grabados.

Basílica de Covadonga. — Francisco Zurbarán, pintor español. — *El descendimiento de la Cruz* (cuadro de Rubens). — *El verano.* — *En tiempo de veda.* — *A la lista.* — *El diluvio universal.*

LA QUINCENA

¡Qué calor tan horrible! Estamos atravesando unos días atroces; parece que se va derritiendo la capa del planeta en que nos apoyamos y que nos sostiene; ni á la madrugada, ni en la poética hora del alba cabe respirar. Madrid parece la capital del Sahara. La gente acomodada huye. A las Cortes no concurren los representantes del país. No se oye hablar más que de viajes á frescas playas ó solitarias montañas, á establecimientos de baños ó á pueblecitos campestres ó marineros. Éstos buscan los sitios en que se agolpa la muchedumbre elegante; aquéllos, más cuerdos, prefieren los lugares escondidos en que se visten pantalones de dril, y no se gasta corbata, ni camisa planchada, ni ninguno de esos adminículos del traje civilizado que parecen y son realmente incompatibles con la soltura de movimientos y con la comodidad indispensable, sobre todo en este tiempo de grandes calores. Mientras tanto, los pobres, los artesanos, los que viven en Madrid del honrado trabajo, tiemblan ante la perspectiva de dos meses largos en que los talleres suspenden sus faenas, las tiendas no venden, y no hay señoras ni señores que encarguen labor. ¡Meses terribles para los pobres de Madrid!

***

Una víctima ilustre en la quincena. El sábado 4 del corriente falleció en Palencia el venerable Prelado de aquella Diócesis, varón por todo extremo insigne, honra de la Iglesia y de la patria española. Murió á las once de la noche, y sus últimas palabras fueron para bendecir á sus diocesanos, y el día anterior, al administrarle la Extremaunción, no se ocupó en otra cosa que en recomendar al Cabildo y personas que le asistieron no abandonasen á sus pobres.

Quería tanto á éstos, que le llamaban el Padre de ellos. Rigió su Diócesis veinticinco años. El entierro, presidido por el Sr. Obispo de León, ha sido una imponente y magnífica manifestación de duelo, en que tomaron parte todas las clases sociales. Es de creer que el venerable Prelado estará ya disfrutando en la presencia de Dios el premio de sus heroicas virtudes de católico, de Sacerdote y de Pastor. Pidamos, sin embargo, á Nuestro Señor, como es nuestro deber, por el eterno descanso del alma del insigne Pastor de la grey cristiana. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA debía al difunto Prelado toda clase de atenciones.

***

Doña Emilia Pardo Bazán, en *El Nuevo Teatro Crítico*, niega que el P. Coloma piense escribir una novela titulada *Grandezas bizantinas*, y añade:

«A ratos, y según lo permite su quebrantada salud, ocúpase en ordenar apuntes y documentos para trazar la curiosa biografía de una gran señora santa, una Jorbalán del siglo pasado, de Doña María Pignatelli, Duquesa de Villahermosa, mujer de gran carácter y extraordinarias virtudes. Terminado este trabajo, que casi podemos llamar de hagiografía, y que demostrará — si demostración requiriese el punto — que no existe incompatibilidad fundamental entre ser autor de vidas de bienaventurados y serlo de novelas á la moderna, se dedicará el Padre á una especie de historieta ó *nouvelle* que ha de titularse *El diputadito;* y terminada ésta, le tocará la vez á una novela larga, donde, si no he interpretado mal el pensamiento del autor, juzgará la más delicada y grave de las cuestiones contemporáneas, cuestión á que la Iglesia consagra hoy atención preferentísima; y supongo que el novelista Jesuíta pondrá en acción aquella lógica y terrible frase que coloca Mons. Mermillod en labios de los socialistas: — ¿Nos habéis quitado el Cielo? ¡Pues la tierra queremos! — Por cierto que esta frase del Obispo de Ginebra me recuerda otra análoga del mismo autor, quien al ser expulsado, por orden del Gobierno suizo, del territorio donde encontraban asilo y seguridad las escorias de la *Commune*, exclamó: — «Veo que el Consejo federal teme más al agua bendita que al petróleo.»

***

Y ya que hablamos de Doña Emilia Pardo Bazán, vamos á transcribir el juicio que á la misma ilustrada señora merece la última novela de D. Manuel Polo y Peyrolón:

«A manera de columna barométrica, el libro del Sr. Polo y Peyrolón, que acabo de recibir y leer, me sirve para comprobar la observación que me sugirió el P. Coloma: que en la literatura católica se inicia un provechoso cambio. Más de una vez indiqué privadamente al Sr. Polo, persona muy digna de aprecio, escritor castizo, buen discípulo de Fernán, que advertía en sus obras novelescas cierto temor y empacho que sólo podía atribuir á escrúpulos religiosos, y que, en mi entender, ganaría bastante si adquiriese mayor desenfado, lo cual no se opone, que yo sepa, al dogma ni á la moral. No por mis indicaciones, sino (á buen seguro) por la fuerza de las circunstancias, y quizá por el ejemplo del ilustre Jesuíta en sus obras breves, el distinguido catedrático del Instituto de Valencia se muestra en su último libro bastante suelto y franco, y de estas cualidades nuevas y de las antiguas, que eran considerables, resulta una novela amena, festiva, discreta, de agradable placidez y simpática lectura. Una brisa de regocijo corre por algunos de sus capítulos, y el asunto, aunque ejemplar, no da en patético ni en fastidioso. Es la historia de un empedernido solterón, mujeriego incorregible, perseguidor de doncellas menesterosas y cortesano de la ruleta, que muere por donde pecó, cuando ya no peca, es decir, cuando sus viejos pecados son lícitas delicias conyugales. Aunque el tema parece escabroso, la *bonhomie* con que está tratado lo hace hasta amable inclusive. El Sr. Polo y Peyrolón puede hallarse satisfecho; ha dado un paso más hacia el lugar muy preferente que merece entre nuestros escritores contemporáneos.

»Adorna a la novela (y no es figura retórica) un prólogo notable por muchos estilos. Si casi todo él, en su parte doctrinal, va contra lo que en alguna ocasión he dicho al público respecto al nuevo arte de hacer novelas; si el prologuista manifiesta que no ha leído los últimos telegramas, pues cree vigente el naturalismo aquel que era en 1882 cuestión palpitante y de actualidad, en cambio el hecho de que persona tan docta y respetable como el bibliotecario Sr. D. Jerónimo Forteza diserte largo y tendido sobre la novela y muestre algún respeto por el arte de novelar (según él lo entiende), es buena señal y debe complacernos.

»Además, el prólogo se recomienda por la galanura de su forma y la templanza de su crítica. No es el Sr. Forteza de los que creen y practican que quien no piensa como nosotros ó comprende de otra manera el arte es un sujeto fuera de la ley, á quien es lícito injuriar. Desconfío, sin embargo, el Sr. Forteza de una propensión que revela su prólogo, y es la de juzgar el corazón y el carácter de los escritores por la tendencia literaria de sus obras y por el mayor ó menor número de garantías que ofrezcan á las conciencias timoratas. Algunas veces los escritores encajan muchísima moral, un cargamento de moral en los libros, porque es el único sitio que le dejan. No es esto aplicable al Sr. Polo, á quien conozco y tengo por excelente persona; pero demasiado comprende el Sr. Forteza que una cosa es predicar y otra dar trigo.

»Volviendo á *Quien mal anda*....., está muy bien la graciosa peluquería, más vívida y pintoresca que el casino de Monte Carlo (aunque éste revela en el autor la cuidadosa información, siempre recomendable en el novelista y de que en ningún caso se debe prescindir), no escasa de donaire la silueta de Tapias Rojas; loable, sin sublimidades ni alquitaras psicológicas, el esbozo de Virtudes, mujer normal y tranquila, en quien la honradez es fruto del buen sentido terre á terre, pese á las veleidades místicas ó flatos espirituales que con mucha trastienda censura el P. Izcneta. En suma: un libro que, si el señor Forteza lo recomienda por lo del ideal cristiano, los demás podemos recomendarlo por eso, y también por lo otro..... *meliorem partem*, para el arte, se entiende.»

***

Casi con lágrimas en los ojos hemos leído dos artículos titulados *Casos y cosas*, que ha publicado en *La Restauración* su ilustradísimo director D. Francisco de P. Quereda. Quéjase amargamente el hijo de Aparisi de la escasa, mejor dicho de la falta absoluta de protección que la prensa católica encuentra de parte de los buenos, de las rencillas y disensiones que dividen á los católicos, y como efecto de ellas, de las calumnias é injurias de que son víctimas los escritores mejor intencionados. Los artículos son verdaderamente notables, por la realidad que traducen con exactitud y por el gallardo estilo con que están escritos. Vean nuestros lectores cómo termina el Sr. Quereda:

«¿Cómo nos acontecieron todos estos *casos*, todas estas *cosas*, muchos y muchas más que nos callamos? Pues de entender será difícil, pero no es posible dudar: que esta tierra de católicos y caballeros ya no parece lo que fué, según como privan en ella los apodos, sin que baste cultivar la serenidad y la imparcialidad, ejercer la paciencia y la prudencia, huir de pasiones y exageraciones, para que no os llamen *blancos* ó *negros*, para que no os consideren *carlistas* ó *alfonsinos*, para que no os clasifiquen como *leales*, *mestizos* ó *integristas*, aunque, respetando todas las buenas intenciones de todos los buenos, condenéis todos los medios indignos.

»¿Y por qué damos cuenta de todas esas *cosas* y de todos esos *casos*? Porque viejos ya en el oficio triste, tenemos la seguridad absoluta de que iguales ó muy parecidos acontecen por ahí á casi todos nuestros compañeros, sin más que ligeras variaciones en los nombres y en las fechas.

»¿Y para qué lo referimos? Para que aprovechen á nuestros colegas del alma, pues á nosotros, que ya nos vamos, dicho se queda que no ha de proporcionarnos utilidad alguna.

»Acabemos ya, que esto es asfixiarse, y malquererse y hundirse. Pero acabemos gritando: ¡Aire, mucho aire, que en esa atmósfera de pasiones no es posible respirar! ¡Luz, mucha luz, que por entre esas tinieblas de los partidos no es posible ver! ¡Verdad, mucha verdad, que con tantas mentiras no es posible vivir!

»¿No es cierto que amargan lo mismísimo que

la hiel—¡suponiendo que no amarguen mucho más, se sobreentiende! — todos esos *casos* y todas esas *cosas*! Pues de todas esas *cosas* y de todos esos *casos* podrán dar fe cabal cuantos periodistas católicos españoles viven con alguna independencia de los partidos, siempre en la muralla para cumplir con su deber en defensa del Clero, la aristocracia, los proletarios, los hombres todos de buena voluntad; y no ya todos los días, sino todas las horas, á pesar de los pesares, es decir, á pesar de esos *casos* y de esas *cosas*, de que hemos referido algún ejemplo, solamente alguno..... »

Lo más sensible del caso sería que en esta lucha pereciese *La Restauración*. ¡Animo, Sr. Quereda, ánimo!; ¡á sostener la gloriosa bandera de Aparisi! Nosotros, en nuestra humildad de fuerzas, en nuestra cortedad de recursos, poco, muy poco, casi nada podemos hacer en pró de *La Restauración*; pero cuente el Sr. Quereda con las columnas de nuestra Revista para toda clase de anuncios; las listas de nuestros suscriptores á su disposición están, para que haga cuantos trabajos de propaganda guste. Y nuestras simpatías, nuestro amor, han de acompañarle siempre.

El Marqués de VALDEFLORES.

GRABADOS

Basílica de Covadonga. (Pág. 201.)

El nombre de Covadonga es sagrado para todos los españoles; entre todas nuestras tradiciones patrias, ninguna como la del alzamiento de D. Pelayo contra los árabes, dueños y señores de España, la batalla de Covadonga y consiguiente fundación del reino de Asturias, padre del de León, abuelo del de Castilla y tronco venerable por lo tanto de esta gran Monarquía de España, á la que la Providencia concedió tan altos destinos sobre la tierra, cuyo pasado es tan glorioso y cuyo porvenir creemos sinceramente que ha de ser digno de su pasado.

Refiérese que ya en tiempo de los romanos defendieron los astures su independencia contra las legiones de Agripa, refugiándose en las selváticas asperezas de Covadonga. Aunque esta opinión no se funde en documento alguno, es bastante probable; porque Covadonga parece que convida á servir de última trinchera y último asilo á una raza perseguida por enemigos poderosos. En efecto, en las condiciones de la guerra antigua, Covadonga es un punto inexpugnable. Dos ríos, el Diva que baja despeñado del monte Urandi, y el Rinazo que procede del lago Nol, estrechados entre altísimas y casi tajadas montañas, se juntan en una sola corriente que toma el nombre de río Bueña, y la cual se precipita entre dos formidables cordilleras, sin dejar apenas espacio para un mal camino por ambas márgenes. Una vegetación viciosa, espléndida y enmarañada lo cubre todo, el estrecho camino y las vertientes casi inaccesibles de los montes. El monte Hines, como pantalla colosal, cierra la vista al fondo de este callejón, imposible para un ejército. Unos cuantos centenares de hombres resueltos bastan allí para detener el paso á muchos millares, aunque sólo sea tirándoles piedras desde las alturas.

Y así debió ser indudablemente la primera batalla de la Reconquista. Enviarían los árabes algunas tropas para someter el riscoso y apartado ducado de Cantabria, en el que se habían refugiado algunos personajes de cuenta del destruído imperio visigótico. Nada tiene de extraño que los cristianos, impotentes para luchar contra sus enemigos en lugares más abiertos, se guareciesen en aquellas breñas, tras de las cuales no podían temer á la superior táctica de los escuadrones árabes, é inutilizaban por completo á la caballería, en que estribaba entonces la fuerza principal del ejército invasor. Nada tampoco ofrece de particular que los árabes persiguieran á los cristianos hasta su último escondrijo, y que allí experimentaran los efectos de la aspereza de los lugares y del valor de los montañeses. El suceso de Covadonga es tan natural, tan lógico, tan obligado, dadas las leyes de la historia, que aunque la tradición callase, sólo por la razón cabría suponer lo sucedido; lo cual nada tiene que ver con que luego se hayan exagerado la importancia real y las consecuencias inmediatas de la victoria, ni con que se haya adornado el hecho con narraciones novelescas, con episodios dramáticos, como la intervención del Arzobispo D. Opas en calidad de parlamentario de los árabes cerca de los cristianos, y otras muchas consejas y leyendas que á la batalla de Covadonga se refieren. En cuanto á la parte milagrosa del suceso, á la visible protección de María Santísima, niéguenla en buen hora los librepensadores y racionalistas; los católicos no tenemos interés alguno en contradecirla. Antes por el contrario, creemos firmemente que la Madre de Dios es protectora decidida y poderosa de su pueblo fiel, y de la nación española muy particularmente, sin que hayamos visto nunca razones de peso suficientes para apartarnos de esta piadosa opinión.

Siglos hace que la Corredentora del linaje humano recibe en la santa cueva de Covadonga el más religioso culto bajo la sonora y simpática advocación de *Nuestra Señora de las Batallas*, ó de Covadonga. La cueva en que se venera la gloriosa imagen, situada junto á las aguas del Diva, presenta una galería natural que sirve de puente, y una capilla á la que da ingreso un arco de medio punto y en que se ven dos sepulcros, en los que se dice que se guardan los mortales despojos de D. Pelayo y de Alfonso I.

Hasta el siglo XVI hubo monjes en Covadonga, encargados del culto á Nuestra Señora y de la conservación de aquellas preciosas reliquias religiosas é históricas. En el siglo XVII se estableció allí una Colegiata, con un Cabildo de Canónigos. Carlos III proyectó erigir suntuosa basílica, pero sólo se concluyó el basamento. Finalmente, lo que entonces no se pudo lograr, hoy se ha conseguido, gracias á la iniciativa generosa del Prelado de Oviedo, secundada por los católicos españoles.

Francisco Zurbarán, pintor español. (Pág. 204).

Nació Francisco Zurbarán en Fuente de Cantos, año de 1598. Desde sus primeros años demostró gran afición á la pintura, recibiendo su educación artística del famoso Juan de Roelas. Copió los cuadros de Caravagio, y antes de los treinta años pintó el altar mayor de la Catedral de Sevilla. Sus más celebrados lienzos son: *Santo Tomás de Aquino, Job, Judit, San Gabriel, la Concepción, la Magdalena, Niño Jesús dormido*, etc., etc. Zurbarán, que fué pintor de cámara de Felipe III, es uno de los artistas que honran más á la patria española, figurando inmediatamente después de Velázquez y Murillo, aunque no á mucha distancia de estos gigantes. Pintor sinceramente religioso, fué de los que, como diría el difunto P. Féliz, mejor supo traducir en forma sensible la belleza ideal. Dotado de un temperamento exquisito, dulcísimo, místico, puso en sus cuadros toda esa dulzura religiosa que inundaba su alma, y fué por eso uno de los pintores más populares de España. Sus cuadros de frailes son admirados por la unción evangélica que supo imprimir en las figuras, en los rostros, en las miradas. Hoy Zurbarán es más conocido en Europa que antes, y sus cuadros, cuando por maravilla salen á la venta, alcanzan precios fabulosos. Se le reputa como uno de los príncipes del arte.

El Descendimiento de la Cruz, cuadro de Rubens. (Pág. 205).

Damos hoy á nuestros abonados una copia, que creemos bastante exacta, del famoso lienzo de Rubens titulado *El Descendimiento de la Cruz*, cuadro que se conserva en Kalisz, ciudad del antiguo reino de Polonia. Considérase universalmente esta obra como una de las maravillas del arte cristiano; y con efecto, nunca rayó tan alta como en su composición, dibujo y colorido, la imaginación del gran flamenco. No necesita la obra, para nuestros lectores, ninguna explicación en cuanto al sublime asunto que expresa. Hace siglos que la humanidad reconoce en la obra de Rubens una de las pocas á que cabe llamar perfectas.

El veraneo. (Pág. 208.)

Decía Pedro Antonio de Alarcón que Madrid no es una ciudad, sino una inmensa casa de huéspedes. Nunca lo parece como ahora, según se nota la prisa que tienen los inquilinos por desalojar sus habitaciones. Basta salir por la Cuesta de San Vicente á la hora de partida de cualquier tren, para quedar asombrado ante la multitud de personas que huyen de estos sofocantes calores y se van en busca de lugares más deleitosos y frescos. Quizás no baje de cincuenta mil el número de habitantes de la Corte que nos dejan durante la canícula. Nuestro grabado representa diferentes cuadros del veraneo: la gente agolpada en el despacho de billetes que la Compañía del Norte tiene establecida en la Puerta del Sol; el clásico ómnibus; el que va á la estación á pie y con su maleta en la mano; el tren; el velocipedista; el paseo en barca por una de esas deliciosas rías del Norte, el Urumea, v. gr., y finalmente, el mar y los baños.

En tiempo de veda. (Pág. 209.)

Se comprende desde luego el asunto de este cuadro de género, que puede pasar por complementario del anterior. En este tiempo de veda son frecuentes las escenas como las que nuestro grabado representa, originadas de la impenitente afición de algunos *amateurs* de la caza contra todos los bandos y prescripciones de la autoridad.

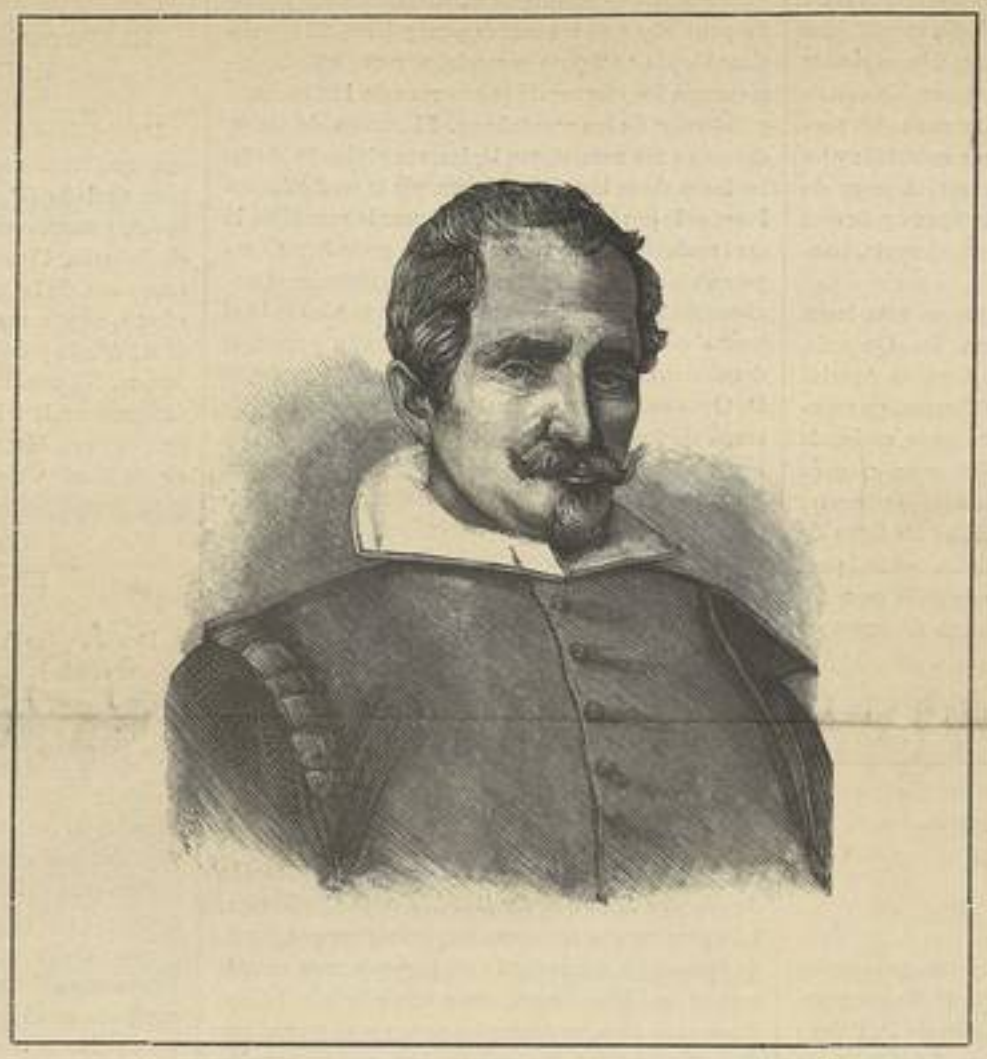
A la lista. (Pág. 212.)

Representa este grabado una escena de costumbres industriales francesas. Es allí muy frecuente y numerosa la concurrencia de niños de ambos sexos á las fábricas. En los establecimientos fabriles bien montados, los niños comen en las mismas fábricas su ración de *bouillon* y alguna que otra menudencia. Por eso, á la hora que termina el trabajo matutino, el inspector, calados sus lentes, lee la lista de todos los rapaces ó rapazas que asistieron y tomaron parte en la faena; el que contesta tiene ganados su taza de sopas y su pedazo de carne.

El diluvio universal. (Pág. 213.)

Este dibujo, obra de un aventajado principiante, representa la trágica escena del universal diluvio; en el fondo se ve el Arca de Noé, y luchando con las aguas á los hombres sorprendidos por aquel inmenso cataclismo.

Antonio de Olmedo.



FRANCISCO ZURBARÁN, PINTOR ESPAÑOL

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso. (Segunda quincena de Julio.)

16. Juev. El Triunfo de la Santa Cruz y Nuestra Señora del Carmen. — (Véase el artículo.)
17. Vier. S. Alejo, confesor.
18. Sáb. Santa Sinforosa y sus siete hijos, mártires, Santa Marina, virgen y mártir, y S. Federico, obispo y mártir.
19. Dom. IX después de Pentecostés. — San Vicente de Paúl, fundador de los Lazaristas é Hijas de la Caridad, y Santas Justa y Rufina, hermanas, vírgenes y mártires. — *Indulgencia plenaria* en este día, ó en cualquiera de los siete siguientes, para los socios de San Vicente de Paúl, como en la 1.ª Dominica de Cuaresma.
20. Lun. S. Elías, profeta, Santas Librada y Margarita, vírgenes y mártires, y S. Jerónimo Emiliano.
21. Mart. Santa Práxedes, virgen y mártir.
22. Miér. Santa María Magdalena, penitente.
23. Juev. S. Apolinar, obispo y mártir, y S. Liborio, obispo.
24. Vier. Santa Cristina, virgen y mártir, y San Francisco Solano, confesor. — *Ayuno.*
25. Sáb. FIESTA ENTERA. — Santiago el Mayor, Apóstol, Patrón de España, y S. Cristóbal, mártir.
26. Dom. X después de Pentecostés. — Santa Ana, madre de Nuestra Señora.
27. Lun. S. Pantaleón, mártir. — (Hoy se liquida la sangre de este Santo en el convento de Religiosas de la Encarnación.)
28. Márt. S. Víctor, papa, S. Inocencio y S. Nazario, mártir, y Stos. Eladio y Celso.
29. Miér. Stos. Félix, Simplicio, Faustino y Próspero, y Santa Serafina.
30. Juev. Stos. Abdón, Senén y Rufino.
31. Vier. S. Ignacio de Loyola, fundador.

Las Cuarenta Horas.

16, 17. Religiosas de Don Juan de Alarcón (por las Carmelitas Maravillas).
18, 19. Iglesia del Hospital del Carmen (calle de Atocha).
20, 21. Iglesia del Carmen Calzado.
22, 23. Religiosas de la Magdalena (vulgo Recogidas, calle de Hortaleza).
24, 25. Parroquia de Santiago.
26, 27. Religiosas de Góngora (por las Carmelitas de Santa Ana).
28, 29. Comendadoras de Santiago.
30, 31. Iglesia de San Ignacio.

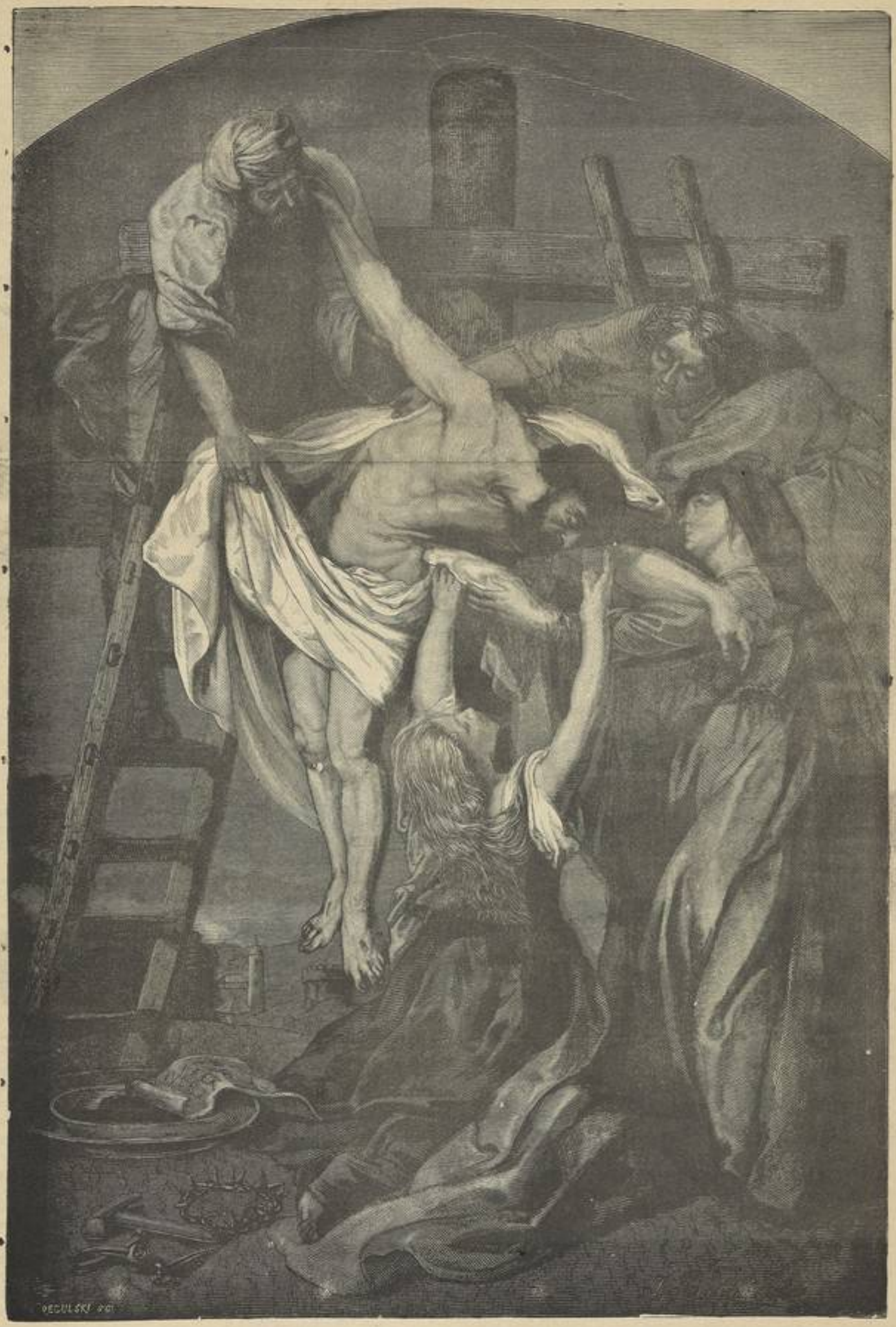
J. F.

LA FIESTA DEL CARMEN

El Profeta Elías. — La nubecilla milagrosa. — Los carmelitas anteriores al Cristianismo. — Las Cruzadas. — Simón Stok: Su vida y sus revelaciones. — El santo Escapulario. — Impíos y racionalistas. — Supersticiones de algunos malos cristianos. — Santa Teresa. — Popularidad en España de la fiesta del Carmen.

En el Lib. III de los Reyes refiérese la historia, maravillosa verdaderamente, del Profeta Elías. Natural de Thesba, ciudad de la tribu de Gab, á la otra parte del Jordán, nada se sabe acerca de sus padres, ni de su profesión anterior á la de Profeta. Era entonces Rey de Israel (comprendiendo este nombre las diez tribus que Jeroboan sustrajo á la obediencia de los sucesores de David) Achab, Monarca impío y licencioso. Elías se presentó un día en su Corte, que era la ciudad de Samaria, y le profetizó una gran sequía. Después se retiró á un desierto, junto al arroyo Carith, en donde los cuervos le traían pan y carne por la mañana y por la tarde, y bebía de las aguas del arroyo. Secóse éste, y entonces, por inspiración de Dios, va á Saraphta, en tierra de Sidon, en donde una viuda le alimenta y en donde él hace conocer su predestinación por medio de inauditos prodigios. Entre tanto la sequía continuaba, y en vano acude Achab á los falsos profetas de Baal para que hagan cesar la aflicción del pueblo. Esta misericordia había de concederla el Señor por medio de su fiel siervo Elías. Sube éste á la cumbre del Carmelo, é inclinándose hacia la tierra, dijo á su criado: «Mira hacia el mar.» El criado miró; pero nada veía. Y así hasta siete veces. Pero á la séptima, *he aquí* (dice la Sagrada Escritura) *que subía del mar una nubecilla chica, como huella de un pie de hombre.* Aquella nube fué creciendo hasta cubrir todo el horizonte, y cayó abundantísima lluvia.

En esta nube beneficiosa han visto muchos simbolizada á la Madre de Dios, que naciendo en la humildad de Nazareth como una pequeña nubecilla, fué creciendo por la misericordia de Dios hasta cubrir todos los horizontes de la gracia. Tan poética y misteriosa interpretación se une con la tradición, muy respetable por su antigüedad, de que Elías, reconociendo efectivamente á María Santísima en la nube prodigiosa, adoró á Nuestra Señora en el mismo monte Carmelo, y aun instituyó una especie de cofradía de ermitaños destinada á perpetuar este



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, CUADRO DE RUBENS

culto. Dícese que los ermitaños vivieron en las grutas del Carmelo hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo, al que se unieron como fervorosos discípulos. Lo que es indudable es que, ya establecido el Cristianismo, hubo siempre ermitaños en el Carmelo consagrados al culto de la Madre de Dios; que allí los encontraron los Cruzados, y que de allí vinieron algunos con San Luis, estableciendo su primera congregación occidental en las cercanías de Marsella.

De allí pasaron á Inglaterra, y en Inglaterra fué donde hallaron al gran siervo de Dios, Simón Stok, otro Elías que, como el profeta de Israel, vivía desde los doce años de su edad en el desierto, entregado enteramente á Dios y á la práctica de las más increíbles penitencias. Era devotísimo de Nuestra Señora, y los piadosos escritores que compusieron su vida aseguran que, los más de los días, la Reina de Ángeles y hombres se dignaba visitarlo, apareciéndosele en consoladoras visiones.

Treinta y tres años contaba Simón cuando arribaron los Carmelitas á Inglaterra. Una nueva revelación directa de María Santísima advirtió á Simón de su llegada, y el eremita se convirtió desde luego en religioso del Carmen. Fué á los Santos Lugares, que visitó descalzo, permaneciendo seis años en el monte Carmelo en un éxtasis continuado; piadosas leyendas refieren que la Madre de Dios proveía á su sustento. Elevado después á la dignidad de Superior general de la Orden del Carmelo, extendió la devoción de Nuestra Señora bajo esta simpática advocación por toda Europa, y muy especialmente por Inglaterra.

Un día se le apareció Nuestra Señora en todo el esplendor de su gloria, rodeada de ángeles y con un Escapulario en la mano. Y añade la tradición que la excelsa Soberana de Cielos y tierra se dignó hablar con Simón en estos términos:

« *Recibe, amado hijo mío, este Escapulario, para ti y para tu orden, en prenda de mi especial benevolencia y protección; por esta señal se han de conocer mis hijos y siervos. En él te entrego un signo de predestinación, y como una escritura de paz y alianza eterna, con tal que la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito: el que tuviere la dicha de morir con este especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo gozará de la bienaventuranza.* »

Rianse cuanto gusten los impíos y racionalistas. Ellos, que no saben por qué se mueve una hormiga, quieren poner puertas al campo infinito de las misericordias de Dios. Pretenden que la Divinidad no ha de revelarse en el mundo mas que como ellos se figuran que debe hacerlo, y son implacables con todas las tradiciones piadosas. Hasta esos que á sí mismos se llaman *católicos ilustrados*, no pueden contener una risita de incredulidad al oír estas cosas; pero el pueblo fiel no ha seguido ese camino árido del escepticismo. Como es capaz de amar, es capaz de creer también. Ha creído firmemente en la protección de María, y en la divina virtualidad, en la eficacia de su santo Escapulario. No hay devoción más extendida en todo el mundo; allí en donde hay verdaderos cristianos, hay verdaderos y fervorosos devotos de Nuestra Señora del Carmen.

« *¿Es posible*, preguntaba San Pedro Damiano, *que se condene eternamente un hombre por quien María haya intercedido una sola vez?* »

No dudamos de que la malicia, ignorancia y fragilidad humanas son tan grandes que pueden acedar y corromper hasta cosas tan saludables como la leyenda de Simón Stok y la devoción del santo Escapulario. Cristianos carnales, como los fariseos, pueden llegar hasta considerar el Escapulario como una especie de amuleto, y figurarse sanos y salvos en esta y en la otra vida sólo con llevar pendiente del cuello la imagen de nuestra Señora y mascullar al acostarse unas cuantas *Ave-Marías*. Semejantes ideas son supersticiosas, y los católicos verdaderamente ilustrados deben consagrarse á desterrarlas de la inteligencia de los ignorantes. Para salvarse, lo que hay que hacer es observar fielmente los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia, creer cuanto la Iglesia enseña como dogmático, practicar cuanto la Iglesia prescribe como indispensable; en una palabra, ser cristiano virtuoso. Para salvarnos, esto es, para ser en el mundo lo que se ha dicho, necesitamos del auxilio de la divina gracia, y esta gracia debemos pedírsela á Dios, Nuestro Señor. Y ¿cómo hacer mejor esta súplica, sino por medio, por intercesión de Nuestra Madre y Señora, María Santísima? En este sentido ha de entenderse la devoción del santo Escapulario; y así la entiende la sólida piedad, para la cual estas hermosísimas leyendas que, lejos de oponerse al dogma y á la razón, encajan perfectamente después del primero y dentro de la segunda, son como flores del jardín cristiano, constituyen la poesía de la Religión; poesía íntima, incomunicable, de duraderos efectos en el ánimo, y que alegran y embalsaman este erial de la vida terrena, tan lleno de prosa y de maldades.

La nación española está muy particularmente entrañada á la devoción del Carmen. Una de nuestras más insignes glorias, Santa Teresa de Jesús, fué Carmelita y reformadora de la Orden, á la que devolvió el pristino fervor de Elías y Simón Stok. Quizás por eso sea tan popular en España esta festividad, y no haya ciudad ni villa sin calle del Carmen y sin templo á Nuestra Señora bajo tan dulce advocación. La marina de guerra ha tenido siempre su fragata *Carmen*, y apenas habrá familia en que no lleven más de dos mujeres el poético nombre de *Carmen*. Carmen, que en latín significa *verso*, en Granada quiere decir *jardín*. Los cármenes del Genil y del Darro son ya un lugar común para la poesía. En el extranjero, el nombre de *Carmen* pasa por nombre español. Los marinos invocan así á Nuestra Señora en los días negros de la tempestad, y por eso los santuarios elevados á la Virgen del Carmen en las ciudades costeras están llenos de exvotos y cuadros representativos de naufragios en que míseros tripulantes se salvaron por la intercesión de María de una muerte casi segura. Pidámosle también nosotros á la excelsa Señora que nos salve de este naufragio de la vida y nos lleve á puerto seguro en la eternidad.

ANGEL SALCEDO.

EL P. FÉLIZ

En el número de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA de 15 de Abril del año último publicamos el retrato del insigne Jesuíta Padre Féliz, honra de la Iglesia, ornamento de la cátedra sagrada, gloria de la nación francesa y uno de los más elocuentes y sabios apologistas de la verdad, del bien y de la belleza en los tiempos modernos. Ahora el telégrafo nos trae la noticia tristísima del fallecimiento de aquel varón preclaro, ocurrido en Lille, á los ochenta y seis años de edad, pues nació en 1806, siendo su patria Neuville, cerca de Valenciennes.

Muchas y todas muy notables obras deja escritas el P. Féliz; pero su obra maestra, la que constituye un verdadero monumento de sabiduría y de elocuencia; la que lo presentará dignamente á la posteridad, es la *Colección de Conferencias pronunciadas en diferentes Cuaresmas en la Catedral de París.*

De todos es sabido lo que son estas famosas Conferencias, su objeto y los oradores que sucesivamente las han ido pronunciando. París es el emporio de la civilización racionalista; de allí, como de un foco central, salen los rayos disparados por el libre pensamiento contra la revelación y contra el Cristianismo. En aquella *capital de las naciones*, que dijo Víctor Hugo, la impiedad está como en su patria, como en su trono; falanges de pseudo-filósofos, de gacetilleros, de propagandistas de todo género la sirven como á una reina, la galantean como á una dama, obedecen sus menores caprichos como á una tirana. En París tuvo altares la diosa Razón, y se hicieron novenas al santo Marat. Hoy todas las abominaciones tienen allí culto, sacerdotes y sectarios.

Era preciso que, en aquel mismo lugar en que el racionalismo científico y literario se muestra vencedor y dominante, la verdad católica presentase la batalla y no plegase su estandarte. Frente á la gran tribuna de la impiedad había que levantar la gran tribuna de la fe. Y tal es la obra de las Conferencias.

Todos los años, durante la Cuaresma, se encarga de predicarlas algún orador escogido cuidadosamente entre los mejores de Francia. Obtener sólo el encargo de predicar estos sermones, es recibir patente de orador de primer orden. El brillo de la elocuencia y del ingenio del orador atrae al templo de Nuestra Señora de París á muchas personas que, si no fuera por eso, no entrarían jamás en la iglesia, y una vez atraídos hay que tratar de convertirlos. Las Conferencias se publican luego impresas, y las colecciones de ellas forman verdaderas obras apologéticas, que sirven entre otras cosas para fijar modelos á la elocuencia sagrada en toda Francia. El Clero está pendiente de las Conferencias, que constituyen por lo común acontecimientos literarios resonantes en la prensa, en los liceos y en la Academia Francesa.

Los nombres de los Conferenciantes en Nuestra Señora son glorias del Clero francés y de la Iglesia toda. El P. Raulica y el P. Enrique Lacordaire han emulado, y quizás sobrepujado en la tribuna sagrada el recuerdo de Bossuet.

El P. Féliz recibió el encargo de predicar en Nuestra Señora en el año de 1855.

Desde luego se trazó un vasto plan, acomodado perfectamente á las necesidades de la época moderna, y que formuló así: *El progreso por medio del Cristianismo.*

Según el P. Féliz, el progreso no es el resultado fatal de la evolución de los tiempos, como han sostenido los fatalistas de todas épocas. El progreso de la humanidad es el natural movimiento del espíritu humano hacia su Creador; mientras más se acerque á Dios, más progresa. Cuando de Dios se aleja, retrocede, decae. Por eso la culpa original fué el gran retroceso. El hombre en estado de gracia estaba en la luz, y por el pecado quedó en la sombra; estaba en posesión del bien, y quedó relegado á la esfera del mal; percibía claramente la belleza, y desde entonces su imaginación se pobló de fantasmas de fealdad. Estaba en la cima, y cayó en el abismo.

Jamás se hubiera el hombre rehabilitado de su profunda caída, á no ser por la misericordia de Dios. Y el camino, el puente, el medio por donde llegó al hombre aquella misericordia, fueron los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. Jesucristo es, por consiguiente, el instrumento único de progreso para el hombre y para la humanidad. Todo el que se une real, sincera y fervorosamente á Cristo, se eleva, progresa; todo el que huye de Cristo, se degrada, decae. Si con Cristo se une un individuo, hay progreso individual; si se une una familia, hay progreso doméstico; si se une una nación, hay progreso nacional; si se une toda la humanidad, el progreso es universal.

Esta filosofía elevada la fué desenvolviendo y es

tudiando el P. Féliz en una serie de Cuaresmas sucesivas, destinando cada una de éstas á la exposición del progreso en los varios órdenes de la vida. Así aplicó su doctrina á las costumbres públicas y privadas, á la filosofía, al trabajo y al arte. Este último punto fué el que más llamó la atención del público.

Nunca en la tribuna sagrada se había tocado el tema del arte, y el P. Féliz expuso en una Cuaresma todo un curso de Estética cristiana. Tal atrevimiento feliz fué perfectamente recibido, y las Conferencias sobre el arte Cristiano han inspirado una multitud de trabajos posteriores, libros, artículos y hasta obras de arte.

La estética cristiana del P. Féliz es elevadísima, y no resistimos á la tentación de exponer, siquiera sea brevemente, sus fundamentos.

Si el progreso en general es la aproximación de la criatura á su Creador, del alma á su Dios, el progreso del arte consiste en lo mismo, por un procedimiento ó medio especial, que es la revelación de la belleza. Dios es la belleza suma, como es la suma bondad y la verdad suprema. Pero el hombre no puede mirar en este mundo esa suprema belleza cara á cara, tan luminosa que le cegaría. Sólo percibe resplandores fugitivos de ella. La ve en las cosas creadas, y, sobre todo, en su inteligencia: allí, en el ápice de la mente, entrevé algo de los célicos esplendores, y ese algo, que todo hombre lleva en su mente, es la *belleza ideal*. La belleza ideal es muy varia, porque son distintas las capacidades de los hombres, el vuelo del espíritu de cada uno; porque Dios no revela á todas las almas en el mismo grado las magnificencias de su gloria.

El verdadero artista es el hombre que tiene mayor capacidad que los demás para percibir la belleza ideal. Se acerca por este concepto á Dios más que sus semejantes. Su vocación es, por consiguiente, una gracia, y como gracia la concede Dios á quien mejor le parece. Puede un hombre ser muy virtuoso, muy justo, muy sabio, y, sin embargo, no poseer la gracia de la belleza, no tener ni un átomo de artista.

El artista verdadero percibe la belleza ideal, *el esplendor del orden*, como decían los platónicos. Esta visión, á que unos llaman *concepción* y otros *inspiración*, es el primer momento de la obra artística. El segundo es el deseo vehementísimo que se apodera del artista de dar forma sensible á su visión y comunicarla á sus semejantes. ¿Lo consigue tal como se lo propone? Nunca. La visión artística es incomunicable. Por eso la obra de arte representa siempre una derrota del esfuerzo humano; la obra queda inferior á la concepción, y el verdadero artista, después de su triunfo, cuando la muchedumbre le proclama vencedor, se manifiesta triste, abatido, derrotado; comprende la inutilidad de su energía, del vigor empleado para traducir por medio del buril, del pincel, del instrumento músico ó de la pluma, la visión espléndida que se le apareció como en un sueño sublime. Pero algo hace, y ese algo es la *obra de arte*. La obra de arte es una creación, y por este concepto es el artista el hombre que se asemeja más á Dios; porque como Dios, crea, aunque no en el sentido de producir de la nada, sino de combinar los elementos que le prestan la realidad sensible y su propia imaginación.

Estas doctrinas expónlas el P. Féliz con un calor y brillantez de estilo de los que no hay semejanzas en la moderna literatura francesa. El último cuadro, aquel en que pinta la Catedral cristiana en la mañana de Pascua Florida, cuando la muchedumbre se agolpa al comulgatorio para recibir el Pan de la vida, es de una belleza extraordinaria, insólita, una verdadera maravilla de luz y de color; para tratar del arte como trató el P. Féliz, se necesita ser un gran artista.

Esa voz se ha apagado para siempre. Hacía tiempo que el ilustre Jesuíta, apartado del teatro en que brillaran su talento y su elocuencia, era para el mundo un recuerdo glorioso, y nada más. Pero desde el retiro de su Colegio escribía de vez en cuando obras notables, que volvían á llamar poderosamente la atención hacia su persona. No hace más que un año que publicó un libro sobre la cuestión social. Además, en diferentes épocas había dado á luz *Guerra á los Jesuítas*, *El socialismo ante la sociedad*, *El charlatanismo social*, *¡Qué es la revolución?*, etc., etc. El estilo del P. Féliz era siempre oratorio, y esto quizás perjudique desde el punto de vista literario á sus obras, que no fueron sermones. Pero en la tribuna sagrada no ha tenido rival, y sus sermones pueden servir de modelo á los predicadores de imaginación, por el tino con que sabía escoger asuntos acomodados á las condiciones de la polémica y propaganda modernas; por la elevación de su pensamiento; por el calor de sus afectos; por el entusiasmo generoso que circula por todas sus cláusulas; por el buen uso que supo hacer de la poesía y literatura profanas; y finalmente, por la grandilocuencia de su estilo. El P. Féliz figurará por derecho propio entre los Bossuet, Masillon, Ranlica, Lacordaire y Monsrabré, águilas de la tribuna sagrada, y pocos de esos grandes nombres podrán eclipsar el suyo. Con su muerte ha entrado de un modo definitivo en la inmortalidad de la justa fama.

En cuanto á la otra inmortalidad, la verdadera, la que los cristianos apetecemos, *el seguro de la gloria de Dios*, no puede por menos que creerse piadosamente que el P. Féliz ya la estará disfrutando.

La inocencia de su vida en instituto tan estrecho como el de San Ignacio; su humildad en medio de sus mayores triunfos terrenales; sus virtudes, en suma, de católico, de Sacerdote y de Religioso, son signos ciertos de predestinación. Todo hace creer que para el P. Féliz habrá cesado ya la visión de *la belleza ideal*, y que ahora, sumergido en el piélago de la luz eterna, verá cara á cara la *belleza absoluta*, el supremo esplendor del orden supremo, todo aquello que por la fe y por la razón entrevió en su vida mortal. Pero sea como quiera, los católicos debemos recordar que los hombres de inteligencia tan clara, de ingenio tan perspicaz como el P. Féliz, son juzgados más severamente que los demás, y debemos elevar á Dios nuestras oraciones por su alma.

BACHILLER ALONSO.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

XIII

AMORES EN LA LUNA

No os molestaré, queridos amigos, con la descripción de mi regreso al hogar paterno, á mi villa natal: todo ello estaría lleno de pormenores que, aunque interesantísimos para mí, y que quizás no holgasen para entretenerlos si yo supiera contarlos con alguna gracia, es lo cierto que sólo de una manera indirecta y lejana se relacionasen con el objeto principal de mi relato.

Lo único que debo apuntar aquí es que, una vez pasadas las naturales fortísimas impresiones, todas muy gratas, que me produjeron el volver á ver á séres tan queridos, y el visitar lugares á que se ligaban tantos recuerdos míos, mi alma quedó en una tranquilidad profunda, en algo así como un éxtasis de pereza continuado, que durante muchas semanas me substrajo de todo lo que no era yo y me abismó en una especie de meditación dulce como una somnolencia.....

Mi padre me dijo:

—No volverás á Madrid hasta el curso próximo..... Y eso si te enmiendas.

Aquella noche, antes de dormirme, se me ocurrió pensar:

¡Enmendarme! ¿De qué tengo yo que enmendarme? ¿De de ser desgraciado?

Y sin poderlo remediar, me eché á llorar como un niño.

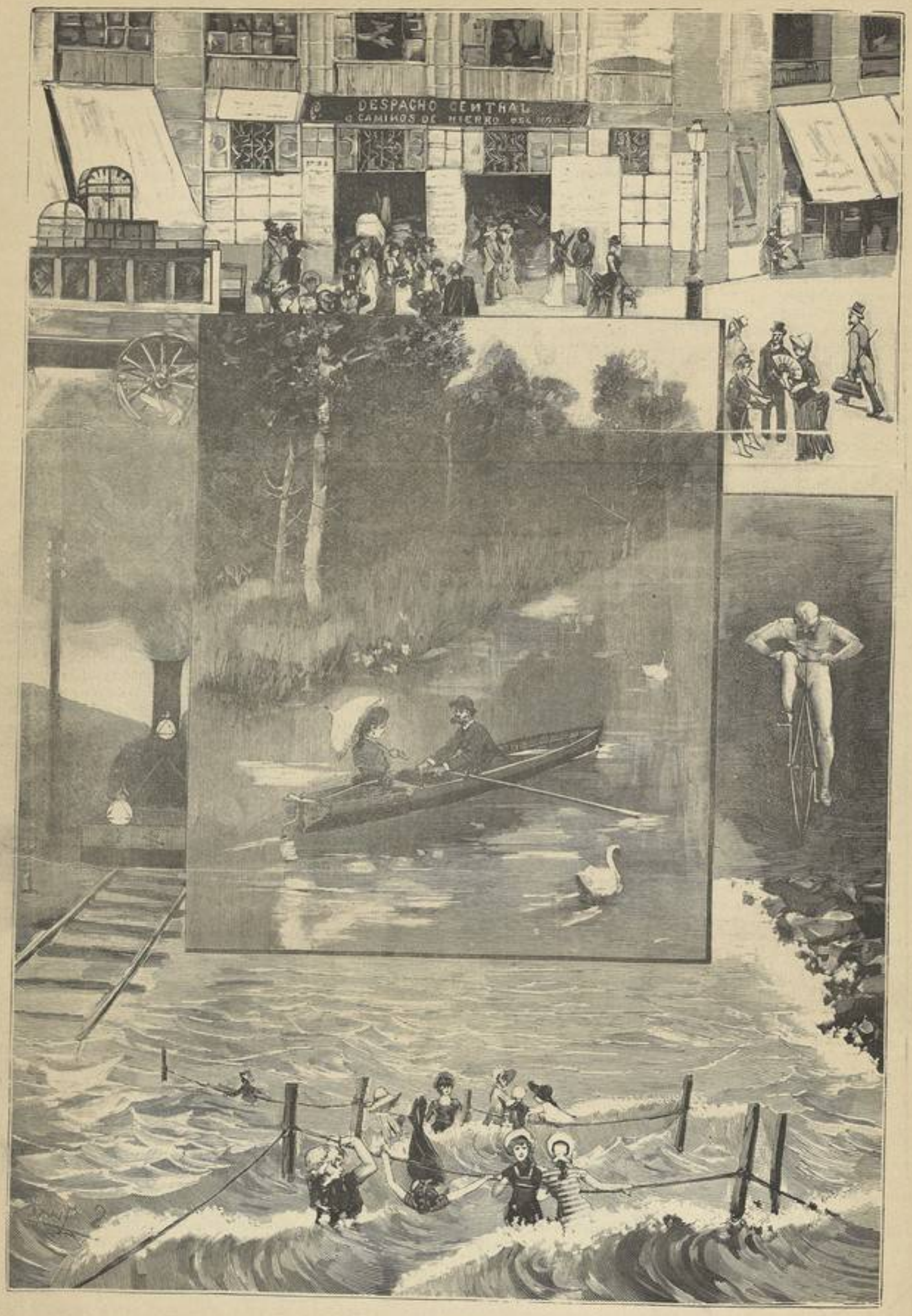
Una insólita ternura se apoderó de mi corazón, y yo era el objeto de aquella ternura..... Me tenía lástima, una lástima profunda. Mi orgullo tomó una vocecita humilde, con la que me acariciaba; un tono entre quejumbroso y patético, en el que me decía:

—¡Pobrecillo!..... ¿Qué has hecho tú en el mundo para que te atormenten los demás y para que tu propia conciencia te martirice? ¿Qué has hecho tú, di? ¿Tener pasiones? ¿Ser joven? Pues de nada de eso tienes la culpa. Las fuerzas misteriosas que viven dentro de tu alma son las que han luchado dentro de tí, y de ahí el tormento, el martirio, y hasta el creerte verdugo, cuando en realidad no eras más que víctima.

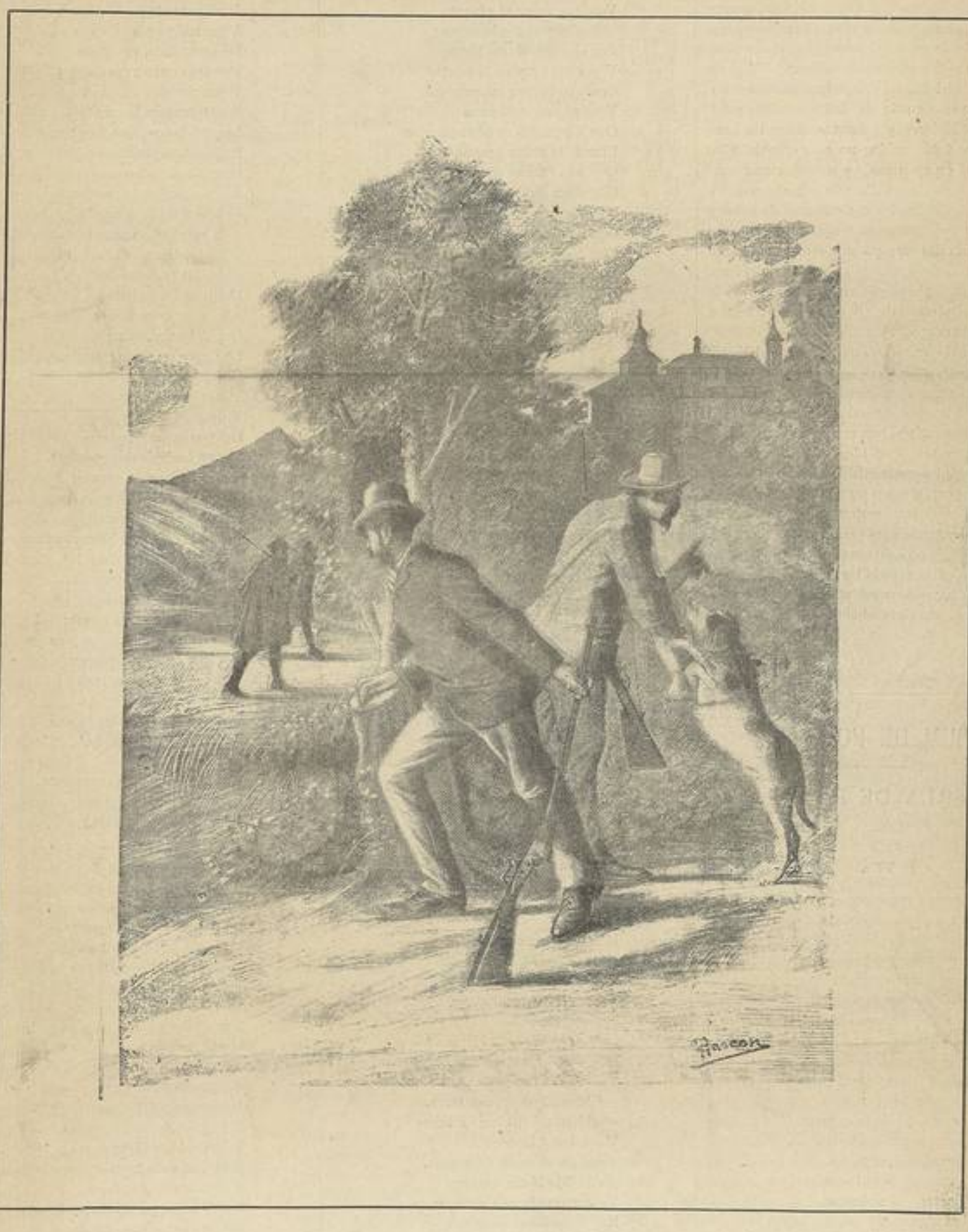
Esta consideración no fué infecunda; al otro día brotó con más fuerza. Y ella vino á constituir el fondo de mis perezosas meditaciones.

Caí entonces en una falsa piedad, en una caridad malsana, en ese sentimiento muelle, relajado, vicioso por extremo de universal ternura, que es una de las desviaciones más pérfidas, si bien no de las más antipáticas, del principio de la verdadera caridad cristiana. Yo lo amaba todo, y á Dios sobre todas las cosas; pero me fingía á Dios como un Señor bondadosísimo, en el que la bondad ahogaba todo otro atributo, el de la justicia principalmente. Toda justicia me parecía rigor excesivo, crueldad punible, indignos de la majestad soberana del Creador. Elaborando, elaborando, el infierno llegó á desaparecer de mi vista; y como la verdad es que no quería yo romper abiertamente con el dogma, me lo representé, no como teólogos y poetas siguiendo á la Escritura lo han pintado, sino como un lugar casi de delicias, en algo como los Campos Elíseos de los paganos, en que vagan las sombras de los condenados por jardines, siempre en flor, sin otra pena que la proporcionada por el no cumplimiento del último fin, por la no posesión del goce supremo, pena mitigada por la falta de conocimiento perfecto de aquella pena y del goce aquel. Dios, decíame yo, no puede castigar á sus criaturas de otra manera; yo mismo me he hecho reo del infierno por muchos pecados, y es lo cierto que, examinándome con imparcialidad, no encuentro equitativo que se me arroje en un momento dado del festín de la vida para precipitarme en lugares de horrible sufrimiento, de fuego eterno.....

Y á todo esto, la ternura seguía. Si me enteraba de cualquier cosa que fuese de algún modo digna de lástima, tenía que retirarme á mi cuarto, porque se me saltaban las lágrimas y me venían vehementes deseos de llorar como un chiquillo. Y el mismo efecto me producían los bellos paisajes que tanto abundan en los alrededores de mi pueblo. Cuando veía ponerse el sol como un globo de fuego que se hundía majestuosamente en el mar; cuando observaba cómo la luna señoreaba el cielo en las serenas noches primaverales; cuando me perdía entre los árboles; cuando miraba la campiña; cuando reflexionaba sobre las ruinas del antiguo castillo,



EL VERANEO



EN TIEMPO DE VEDA

siempre las lágrimas eran el tributo de admiración ó la expresión del entusiasmo producido en mí por las maravillas de la naturaleza ó por la magia de los recuerdos históricos.

Y Ángeles, ¡cómo brillaba en medio de aquel desierto melancólico de mi alma! Ella era la estrella de aquella noche, la luna que iluminaba, embelleciéndolas, las ruinas de todos mis sentimientos viriles, la musa de aquellas poéticas herejías en que iba yo cayendo de un modo insensible, como si me atrajesen con solicitaciones de abismo..... Y como la primavera, espléndida y lujuriosa como en ninguna parte, no sólo vestía de brillante verde y salpicaba de multicolores y odorantes flores los campos inmediatos á mi pueblo; no sólo entoldaba los caminos con el espeso ramaje y las hojas innumerables en que anidaban repúblicas de pájaros; no sólo, en suma, desplegaba todos sus encantos de color y fragancia, sino que como una maga se infiltraba en lo más profundo del sér, yo me sentía totalmente rendido, como embriagado por un licor dulcísimo, y no tenía fuerzas, ni energía viril, ni libre albedrío tampoco, en el sentido de no saber ó no acertar á usar de él rectamente.....

¡Y entonces sí que me sentía enamorado! Ya no relacionaba mis emociones, como antes lo había hecho, con nada que se refiriese á mi porvenir, ni á la regeneración posible de mi alma. Angeles dejó de ser una futura esposa, una madre futura de hijos que no eran aún más que ideas del Creador. Era Angeles, ni más ni menos: ella sola, reinando como soberana en mi corazón, sin otro título que el de sus hechizos. Un continente majestuoso, un rostro de regulares perfiles, unos ojos grandes, una simpática voz apenas oída, y no había más; á su alrededor un inmenso vacío, y ella toda luz, ella con el único calor que podía vivificar mi alma: un verdadero amor en la luna, que diría el autor de los *Pequeños poemas*.

(Continuará.)

ALBUM DE POESÍAS

LA PERLA DE HIXÉN II

(Conclusión.)

VI

Huyendo vertiginosos
Se ven á campo atraviesa
Dos jinetes que de Córdoba
Salieron con gran presteza:
Más que figuras humanas
Vagos fantasmas semejan
Que en alas de algun hipógrifo
Desatalentados vuelan,
Y cuyas yeguas jadeantes
Sueltos el freno y las riendas
Y sangrados los ijares
Por los golpes de la espuela,
Bien parece que no posan
Sus herraduras en tierra.
No vuelven atrás los ojos
Los jinetes, ni su lengua
Palabra alguna articula
Que los denuncie ó los venda:
Siempre la vista adelante,
Bien á las claras demuestran
La gravedad del asunto
Que motiva su carrera.
No se cansan sus corceles,
Y así trasponen la vega,
Y así salvan las colinas,
Y bajan á las riberas,
Y recorren los caminos,
Y á las gentes atropellan,
Y asustan á los muchachos
Que en los praderíos juegan
Y creen que los jinetes
Son aparición siniestra
Ó aborto que los infiernos
Vomitan sobre el planeta.
Son moros según parece
Por el alquicel que llevan
Y por los blancos turbantes
Con que cubren sus cabezas;
Y las yeguas voladoras
Que á aquellos moros sustentan,
Bien á las claras pregonan
Que han nacido cordobesas:
Una lleva doble carga,
Pues aunque la ligereza
Con que galopan impide
Que claramente se vea,
Mirando al diestro jinete
Que sobre una silla pesa,
En la grupa se percibe
Que otro jinete se sienta.
Sin dar el menor descanso
Ni á sus brutos ni á sus piernas,
Marcharon los fugitivos,
Rápidos como centellas,
Sin darse por satisfechos
Con tantas millas de tierra
Como en aquella jornada
Voladores recorrieran.
Así pasaron las horas,
Y llegó la noche negra
Sin que llegara el cansancio
Á disminuir las fuerzas
Con las que los dos jinetes
Aquella fuga alimentan,
Alumbrados por la luna
Que del firmento cuelga
Como una perla prendida
En manto azul de una reina.
Sonrió el alba en Oriente,
Encendió el sol su guedeja,
Los pajarillos cantaron
Dulcísimas cantinelas,
Y por montes y por valles
Se escucharon placenteras
Las notas de una campana
Que las oraciones reza.
Detuvieron los jinetes
Su fugitiva carrera,
Dieron al aire un suspiro,
Descubrieron sus cabezas
Y uno dijo:—*¡Ave María!*—
Y dijo otro:—*¡Gratia plena!*
—Ya que á Castilla lleguemos
Quiere Dios.
—Bendito Él sea,
Que yo bien creía en Córdoba
Tener la muerte á la puerta.
—El cielo, padre, nos salva.
—Villarías, echad pie á tierra
Y ayudad á Leonor
Para que al suelo descienda.
Así dijo Nuño Ansúrez:
Y cumpliendo con presteza
Ruy Villarías el mandato,
Dió sus brazos á la *Perla*
De Hixén segundo, que huía
De la corte sarracena
Cuando el Emir se aprestaba
Á la codiciada fiesta.
No lejos vieron gozosos
Sobre una torre modesta
La Cruz del Dios del Calvario
Que es del Cristianismo emblema,
Y apresurando la marcha
Á donde la fe les lleva,
Entraron en una ermita,
Blanca como una azucena,
Y en la que olvidado vive
Un piadoso anacoreta,
Vestido de áspero saco,
Y alimentado de hierbas,
Y gozando en los contornos
De santo fama completa
Por sus consejos prudentes
Y sus virtudes austeras.
Penetraron en la ermita
Los cristianos, que á su tierra
Regresaban venturosos
Después de penosa ausencia,
En que peligrado habían
El honor de la doncella
Y la vida del anciano
Y las cristianas conciencias
Entre las hordas fanáticas
Del islamita profeta;
Allí, á los piés de una imagen
Que á Jesucristo recuerda,
La frente en tierra postraron,
Dieron á su llanto rienda,
Y lágrimas de consuelo
Y de gratitud inmensa
Del pavimento regaron
Las ya humedecidas piedras.
Sacó Ansúrez de su seno
En paños de plata envuelta
La imagen del Crucifijo
Que allá en Córdoba escondiera
En el más seguro sitio
De su raquítica cueva,
Sin que por ello evitase
Que los curiosos la vieran:
Besó los piés Nuño Ansúrez
Del Rey de cielos y tierra,
Y sobre el altar le puso
Como religiosa ofrenda.
Después, uniendo las manos
De Villarías y *la Perla*,
Se dirige el cenobita
Que al Dios Santo representa,
Y la bendición le pide
Para la amante pareja.

—

Así celebró sus bodas
La que en Castilla naciera,
Y fué á Córdoba llevada,
Y quedó en Córdoba ciega,
Y vió la luz en sus ojos
Gracias á la Providencia
Que guió en Córdoba á su padre
Hasta las estancias regias:
Así celebró sus bodas
Aquella hurí nazarena,
La que fingió desposarse
Y abjurar de sus creencias,
Y huyó de la Corte mora,
Y atravesando riberas
Y sembrados y colinas
Como alma que el diablo lleva,
En las tierras castellanas
Y en la ermita de una aldea
Cambió la palma de virgen
Por la conyugal diadema.

ALVARO LÓPEZ NÚÑEZ.

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS

DEL ÁFRICA ECUATORIAL

POR FL. BOUHOU

Traducción del P. J. R., Agustino.

(Continuación.)

CAPÍTULO IX

NADA podía distinguirse en el valle del monte Shamato, envuelto en la obscuridad, y apenas se oía á intervalos en el profundo silencio de la majestuosa noche un tímido suspiro ó un ahogado gemido en la banda de Siriatomba, que dormía á pocos pasos del traidor Daonda y de la vírgen Nyemoena.

En la túnica de la joven esclava estaba envuelto el niño arrancado á la muerte por las súplicas de la heroína, cuya alma sencilla y confiada oraba con entusiasmo y fervor.

Los Rougas-Rougas, siguiendo el ejemplo de su jefe, que roncaba como *un bienaventurado*, se tendieron por el suelo creyendo inútil tener fija la mirada sobre aquellos desgraciados séres fuertemente encadenados, muertos de fatiga y aterrorizados por la brutalidad de sus verdugos.

Siéntase un momento después Daonda, obligando á Nyemoena, oprimida por el lazo, á tomar la posición del traidor, que con minuciosas precauciones y en voz sumamente débil dirige estas palabras á la joven Wabikari:

—¿Quieres ser libre?

—¡Maldito!—murmuró la Virgen negra; —¡qué me hablas de libertad tú, que has vendido á los que te acogieron, tú, que has vendido á tus hermanos!...

—¿Es grande mi crimen, Nyemoena?

—¡No lo hay mayor, desgraciado! lo comprenderías si fueras cristiano. Nuestro Dios te ha castigado, y eres esclavo como lo somos los vendidos por tu traición.

—¿Pero vuestro Dios no perdona?

—Sí: nunca faltó su misericordia al arrepentido.

—¿Qué debo, pues, hacer?

—¡Lo que ya no tiene remedio!

—Nada es imposible á Daonda.

—Rompe, pues, nuestras cadenas; líbranos á todos, para que no pesen más sobre nosotros las torturas y la vergüenza de la esclavitud.

Calló Daonda..... y los labios de Nyemoena murmuraron una oración.

—Nyemoena—dijo el traidor á los pocos momentos—¿duerme el niño que has adoptado?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Quiero poneros en salvo.

—¿A todos?

—¡Es posible! pero á tí con seguridad.

—¿Cómo intentas obrar?

—Mandaré al niño que me traiga el cuchillo de caza de Siriatomba, y cortándome los lazos de las manos, romperé la horca con este colmillo de elefante y serás libre, marcharás.

—Pero todo esto hará ruido..... y es muy posible que despierten.

—Daonda no hará el menor ruido.

Nyemoena reflexionó.

—No quiero—dijo al momento la Virgen negra;—prefiero quedarme con mis infortunados compañeros, esperando siempre en Dios antes que aventurarme contigo en estos lugares desiertos: ¡siempre nos has vendido; tiemblo á tu vista, rehuso mi salvación!

—Daonda quedará prisonero..... No quebrará su horca; Daonda ha causado muchos males..... pero ama á Nyemoena, que siempre le ha hecho bien; ella es un ángel, él un demonio, un Rouga-Rouga digno de su suerte: por eso quiere salvar á la hija del Montonalé de los Wabikarí; rogará porque Daonda se haga cristiano.

—¡Oh! Si fueran sinceras tus palabras..... ¡Inspiradme, Madre Blanca del Cielo!

—Decídete pronto, Nyemoena; yo quiero permanecer esclavo y tú serás libre en ir donde te plazca.

—¿No abandonaré este niño?

—Como gustes. ¿Duerme?

—No.

—Mándale ir por el cuchillo de Siriatomba, que ronca á diez pasos de nosotros.

Nyemoena murmuró algunas palabras al oído del niño, que cumplió su misión mejor de lo que podía esperarse.

—Nuana—le dijo Daonda: —corta las cuerdas que me ligan las manos.

Todo se hizo en un momento.

El coloso empuña el colmillo, el terrible colmillo que Siriatomba añadió á su carga; alarga los brazos, colocándole á guisa de palanca en la horca que apresa el cuello de Nyemoena, y comprimiéndola con mano de hierro para evitar el ruido al abrirse, apoya la otra mano en el colmillo, y la horca se rompe.

¡Estaba libre Nyemoena!..... Oyóse, no obstante, un ligero chasquido, que despertó exaltado á Siriatomba; pero no encontrando nada de alarma, volvió á roncar sin cuidado.

—¡Marcha!—dijo Daonda á Nyemoena; —la selva está cerca, ¡marcha! ¡Eres libre!..... ¡Perdóname!.....

Nyemoena se armó del cuchillo de Siriatomba, tomó su querido niño, y con precauciones infinitas desapareció en las tinieblas.

—¡Ahora me toca á mí!.....—se dijo Daonda, que se ve libre al romper su horca como la de Nyemoena.

—¡Daonda—suplicaron los inmediatos—Daonda, sálvanos también á nosotros.

Levantáronse inmediatamente Siriatomba y sus Rougas-Rougas, alarmados por estos gritos de angustia que brotaban del pecho de los infelices negros.

—¡Ah, eres tú, grande bestia!—dijo Siriatomba, lanzándose armado de su carabina á Daonda, en pie y libre de todo lazo; —¡eres tú el autor de estas jugarretas!

Pero el coloso blandía con furor la temible defensa, que descargó con rabia en la cabeza del jefe árabe, haciéndola saltar en pedazos, sin que el infame pudiera exhalar un suspiro. Diez Rougas-Rougas, seguidos de sus malditos cómplices, corrían persiguiendo á Daonda, que se alejaba armado de la carabina de Siriatomba por el mismo camino que Nyemoena, cuando resonó el grito de guerra, grito aterrador para los malditos aventureros: ¡¡¡Joubert!!!..... Llegaban los antiesclavistas.

En este momento la luna se paseaba por encima de las grandes bóvedas de la selva, que se extendía hacia el Oriente, por donde esclavos y esclavistas habían pasado el día anterior, inundando con su azulada luz todo el valle del Shamato. Este era el momento ansiado por el Capitán Joubert para librar el ataque. Breve fué la lucha. Al nombre y voz Joubert, los Rougas-Rougas, sin jefe que les dirigiera, fueron poseídos por un pánico indecible y abandonaron la cadena, dejando tendidos en tierra á no pocos de sus compañeros. Los fugitivos, guiados por el Ghebala, desaparecieron por los desfiladeros de la montaña, lanzando maldiciones á los antiesclavistas, que así se oponían á su lucrativa industria. El Capitán Joubert y un puñado de valientes rompieron los lazos de los pobres esclavos.

—¿Y Nyemoena? ¿Dónde está Nyemoena? ¿No lo sabéis, amigos míos?

—¡Ha huído!.....

—¿Dónde?..... ¿Cuándo?..... ¿Cómo?.....

—Daonda el traidor la ha puesto en libertad hace muy poco tiempo: quitó después la vida á Siriatomba y se lanzó á la selva, siguiendo los pasos de Nyemoena.

—En ese caso no puede estar muy lejos.

—No, Capitán, porque lleva un niño, que la impedirá correr mucho.

—¿Qué dirección ha tomado?

—Nada hemos podido ver, pues la luna no alumbraba entonces el valle.

—Llamémosla—dijo Joubert—y veinte veces repitió el valle el nombre de Nyemoena; mas sólo el eco respondió.

La joven se precipitó hacia la selva al separarse de la cadena estrechamente abrazada al pobrecito huérfano, invocando siempre el dulce nombre de María, alegre de verse libre, temerosa de volver á caer en manos de los esclavistas y con el corazón partido de dolor por separarse de los de su tribu. Corría sin oír nada, sin ver nada, rasgándose los pies, brazos y cara al contacto de agudas espinas que le impedían el paso, trabándose en los bejucos, cayendo á cada paso.....

Esto no podía durar mucho tiempo, y así cayó para no volverse á levantar por aquella vez, al chocar fuertemente su cabeza contra un árbol, cuyo golpe la postró sin vigor en tierra; ¡oh! el pobre huerfanito yacía también desmayado á su lado.

Daonda, que seguía las huellas de la Virgen negra con el fin, digámoslo pronto, de conducirla y protejerla, obedeciendo á un misterioso cambio operado en él, se detuvo cuando los ecos de la selva repetían el nombre de Joubert. Oyó el ruido del combate, los gozosos gritos de los esclavos libertados y el nombre de Nyemoena, veinte veces repetido en la selva. Por su mente cruzó la idea de ir á postrarse á los pies de Joubert é implorar el perdón; pero juzgó, al reflexionar sobre el asunto, que no habiendo dado aún prueba alguna de arrepentimiento, sería pasado por las armas en castigo de haber vendido la tribu, que tan generosamente le ofreció hospitalidad; avanzó, pues, obedeciendo á este dictamen hacia el interior de la selva, y se ocultó en el hueco de un árbol encontrado por casualidad, donde el indomable salvaje prorrumpió en amargo llanto; eran quizá las primeras lágrimas que humedecían sus mejillas.

—Ya no podré ser útil á Nyemoena—se decía; —y yo quisiera, no obstante, probarle que me arrepiento de mi traición; esclavistas y antiesclavistas son mis enemigos en los días de mi vida..... Desearía ser cristiano para conocer al Dios de Nyemoena y los crímenes que he perpetrado..... Pero Nyemoena no podrá enseñarme su Religión, porque ha oído las voces del Capitán blanco y sus hombres y va á tomar el camino de la Misión del lago Tanganyca, donde Daonda no será recibido más que como enemigo..... ¡Daonda está solo!..... ¡Daonda es como una bestia salvaje!..... Pues bien: ¡Daonda quiere morir aquí!..... Y el coloso, arrastrando hacia sí todo un montón de zarzas y bejucos para ocultar mejor su cueva, se escondió en ella triste y resignado.

Los hombres de Joubert recorrieron la selva á la luz de la luna; en vano repitieron las montañas los ecos de Nyemoena; Nyemoena no pareció. Cuando la aurora envió sus primeros rayos sobre las cimas de la selva, emprendieron los negros libertados el camino del Urundi, el mismo que habían pisado la víspera con la horca al cuello y con los miembros ligados bajo el peso de látigos esclavistas.

Del fondo del corazón de los negros libertados brotaron espontáneas plegarias en acción de gracias al Dios de los cristianos que les había enviado al Capitán blanco, acompañadas de humildes súplicas por la desgraciada Nyemoena, súplicas mil ve-



A LA LISTA



EL DILUVIO UNIVERSAL.

ces repetidas en su vuelta al inmediato pueblo Wabikari.

También el Capitán Joubert exclamaba, dirigiéndose á la Virgen Inmaculada, auxilio de los cristianos y Reina de las vírgenes:

—¡Oh, María; bien sabéis el amor que os profesa Nyemoena. ¡Protegedla! ¡Salvadla!

CAPÍTULO X

Conócense con el nombre de *tingui-tingui*, en el África Ecuatorial, los puntos de mucha hierba en la embocadura de los ríos, donde sí está demasiado espesa para dejar paso á una barca, mas no lo bastante para resistir el peso de un hombre, y reciben la denominación de *sindi* cuando la hierba no cede al peso de unos 60 kilos.

Al desaparecer Katendé en el codo del Rusisi, detrás de una mata de cañas, vió primero la barca de Matakenia, y luego á Marrasilla, que se agitaba ya sin fuerza, detenida por las hierbas de un *sindi*. No costó muchos esfuerzos al valiente nadador Katendé lanzarse á la infortunada virgen y arrancarla de aquel abismo en que iba á perecer, mas la triste joven no daba señales de vida.

—¡Dios mío! —suplicó el esforzado negro; —no permitáis que muera la hermana de Caniata. ¿Qué dirá Joubert y sus compañeros si me voy sin ella?.....— se decía, arrastrándose lo mejor posible hasta la barca, donde colocó á Marrasilla, arrojando al agua los cadáveres de Matakenia y su mestizo.

—Es preciso ahora —se dijo Katendé — abordar á la orilla.

Después de esfuerzos sobrehumanos para poner la barca á flote, la corriente la arrastró con tal rapidez que, sin tiempo para dirigirla y dando mil vueltas alrededor de unos troncos, arrojados allí hacía siglos quizás, fué á romperse á una profunda escavación de la orilla opuesta. Apenas pudo Katendé tomar á Marrasilla en sus brazos y saltar á uno de los troncos, efecto de la repentina catástrofe. Todo ha concluído ya: no pueden ser vistos ni oídos por los libertadores compañeros de Katendé, que seguro en un tronco, se esfuerza en devolver la animación á los miembros de la joven, aliviada algún tanto por los vómitos que la arrancaron á la muerte presente.

—No temas, Marrasilla —le dijo el negro, al lanzar ésta una mirada de espanto á todos los objetos que la rodeaban; — no temas ya, pues Matakenia pagó con la muerte sus enormes delitos, y los esclavos gozan de plena libertad.

—¡Katendé!..... —murmuró la Wabikari. —¡Tú eres!..... ¡Gracias, Madre Blanca del Cielo, gracias! Katendé es un cristiano de mi tribu; no seré vendida á los musulmanes.

—¡No, Marrasilla, no! — Mas estamos en muy mala situación, de donde espero salir ayudados de la gracia de Dios. Apóyate en este tronco y descansa de tus fatigas y emociones, mientras yo examino los medios de escapar al peligro.

Crítica era, en efecto, aquella situación. Estaban en una escavación en forma de gruta, hecha por las crecidas de las aguas, en cuya cima pendían bejucos y raíces de descarnadas breñas que coronaban la parte superior de la orilla, de más de treinta pies de altura. ¿Cómo podrían salir de allí.....? Y no obstante, era preciso abandonar aquel lugar ó resignarse á morir de hambre.

—¡Madre Blanca del Cielo — suplicó Marrasilla; — inspirad á mi libertador, ayudadle, acabad la obra de vuestra misericordia!

Katendé recorrió toda la gruta saltando de tron-

co en tronco, y separó los bejucos que tapiaban las paredes para ver si ocultaban alguna salida que hubieran hecho las escavaciones de las aguas. ¡Nada!..... Tendió la mirada hacia la orilla y tuvo un momento de impaciencia, que cedió pronto al desaliento. ¿De qué medios podría valerse para alcanzar los bejucos que pendían sobre su cabeza á quince ó veinte pies de altura?..... Y aunque su mano pudiera asirlos con furor, ¿cómo podría arrancar á Marrasilla de aquel triste lugar, que presentaba el aspecto sombrío de una tumba?..... Lanzarse á la corriente que se arremolinaba á sus pies, era echarse en los brazos de una muerte inevitable. Katendé volvió á sentarse junto á Marrasilla, y maquinalmente se puso á tejer una cuerda de bejucos, pensando con tristeza que no le sería imposible utilizar sus servicios.

Llegó la noche y les halló sumergidos en aquel abismo, donde pasaron las lentas horas de aquel siglo.

— Estoy muy débil, Katendé — dijo Marrasilla al despuntar la aurora.

La respuesta del héroe fué inclinar tristemente la cabeza y pasar entre sus trémulos dedos la cuerda tejida el día anterior. ¿En qué podría utilizarla? No lo sabía, y ardientes lágrimas brotaron de sus ojos al mirar con tristeza á la pobre Marrasilla, absorta en fervorosa oración.

¡Ah, malditos esclavistas! ¡Que las lágrimas, sufrimientos y sangre de los tristes negros caigan sobre vosotros!!

La atmósfera estaba pesada; negros nubarrones, cargados de agua, se cernían sobre las cabezas de Katendé y Marrasilla, y pronto sobrevino una lluvia torrencial. Inmediatamente oyó el valiente negro la caída de un hilo de agua en el fondo de la gruta; se levanta, vuela, y encuentra bajo los bejucos, en un punto desapercibido el día anterior, una abertura por donde podía pasar un hombre, y por donde se escapaba, como de una gotera, ó mejor como de un tubo, el hilito de agua que le arrancó de su estupor.

— ¡Estamos salvos — exclamá — estamos salvos!

Marrasilla quiso levantarse, mas un fuerte golpe en el tronco del árbol la advirtió que sus fuerzas habían desaparecido.

—¡No me abandonéis, Madre Blanca del Cielo!— murmuró besando la medalla.

— Puesto que no puedes seguirme, yo te echaré desde arriba esta cuerda de bejucos, que ceñirás bien á tu cuerpo, para poderte sacar de este sepulcro.

El valiente negro se introdujo en el conducto subterráneo, del que salió, más de un cuarto de hora después, medio asfixiado, cubierto de lodo y con las manos ensangrentadas..... Pero estaba en la cima, y á su vista se extendía el espacio.

— Cíñete bien con la cuerda de bejucos — dijo echando un extremo á Marrasilla.

Obedeció la joven, y Katendé tiraba con vigor; un grito de alegría fué la primera expresión de la Wabikari al verse fuera de aquella tumba.

— ¡Gracias, Madre Blanca del Cielo, gracias! — añadió con fervor.

Katendé condujo á Marrasilla al abrigo de las anchas hojas de un hermoso papayer, donde descansaba de sus emociones, mientras se alejó el libertador á buscar raíces de yuca con que mitigar el hambre que les aquejaba y remediar la suma debilidad de la Virgen negra.

— ¿Estamos lejos del Urundi? — preguntó ésta al volver Katendé.

— No distamos, en línea recta, más que un día, puesto que este tiempo habéis tardado en llegar aquí con la cadena; pero como estamos á la izquierda del Rusisi, nos es preciso subir hasta su origen para tomar el camino de la derecha. No puedo, por lo tanto, precisarte la distancia que nos separa del Urundi.

Emprendieron el penoso viaje cuando cesó la lluvia, teniendo Marrasilla que apoyarse en el esforzado Katendé, y sin más contratiempos que una manada de elefantes y algunos antílopes, que les dejaron pasar libremente, sufrieron resignados la debilidad y cansancio del primer día de viaje, sintiéndose notablemente restablecida Marrasilla el segundo, efecto de las excelentes frutas que suministraron vigor á su estómago. Grande fué la alegría de la Virgen negra al llegar el tercer día al origen del Rusisi, que dejaron á la derecha, tomando el camino de la izquierda del río. A los dos días pisaban la senda recorrida por la caravana. Pasaban la noche entre matorrales ó al abrigo de alguna *aleluba* de anchas ramas, encomendándose antes al Dios que miraba por su existencia, sin que esto impidiera al valiente negro pasar casi toda la noche velando por Marrasilla, armado de un terrible bastón de acacia con un extremo afilado á una roca basáltica.

Sólo un día de viaje les separaba de las ruinas del pueblo de los Wabikari. Cuando la aurora esparció sus primeros rayos por aquellas inmensas regiones, nuestros héroes volvieron á emprender su penoso itinerario. Agítanse de repente las hierbas que rodeaban al gigantesco árbol á cuya sombra descansaba Marrasilla en lo más fuerte del calor de medio día, mientras Katendé buscaba frutas y raíces. Oyese de repente un rugido seco.

— ¡La pantera! — exclamó la joven temblando.— ¡Salvadnos, Madre Blanca del Cielo!

Con el instinto y agilidad características á la raza negra, pronta como el pensamiento y ligera como la ardilla, la joven virgen asió con ansia las primeras ramas, apoyando los pies desnudos en la aspereza del árbol y lastimando en ella sus débiles manos. ¡Era salva una vez más! Sí, pero ¿y Katendé?

La pantera lanzó un rugido de cólera al ver escapar su presa, y como burlándose de la pobre joven, fué á tenderse al pie del árbol, apoyó la cabeza en las patas delanteras, fijando su cruel y terrible mirada en la víctima que codiciaba.

Al oir Katendé el temible rugido, voló hacia el árbol para defender á Marrasilla; ésta le gritó al verle acercarse:

— Yo estoy fuera de sus ataques: ¡ponte en salvo!

Katendé subió á una datilera y dijo á Marrasilla:

— ¡Sube más, Marrasilla, sube más! Las panteras trepan por los árboles como gatos monteses.

Obedeció la joven.

— Sube hasta las ramas más débiles — volvió á decir el negro — para librarte de la cólera de la temible fiera.

Marrasilla obedeció por segunda vez.

La pantera se levantó con lentitud, y tomó al momento su primera posición. Evidentemente, la pantera no tenía prisa.

Llegó la noche, la sucedió la aurora, y el terrible enemigo no se había movido aún. No podía esperarse mucho tiempo, porque Marrasilla estaba sumamente cansada.

— Quiero sacrificarme por ella — pensó Katendé, descendiendo del árbol y dirigiéndose á la pantera armado del fuerte bastón de acacia.

El feroz animal saltó con ligereza, clavando su terrible mirada en el audaz que se le acercaba. El valiente negro, acostumbrado desde la niñez á blandir la lanza, arrojó el agudo bastón y deshizo el ojo derecho del animal, que rodó sobre sí mismo, retorciéndose de rabia y dolor. Con la velocidad del rayo empuñó Katendé su arma, con la que clavó en tierra á la pantera, atravesándola de parte á parte, sin cejar en sus esfuerzos al oir los últimos rugidos, cada vez más débiles, efecto de la sangre que derramaba, ni desfallecer al ver que le rasgó las piernas antes de morir.

Descendió Marrasilla del árbol y emprendieron los dos el viaje, después de haber mitigado el hambre que les aquejaba, llegando por fin, sin más encuentros desagradables, al punto donde existía no ha mucho el hermoso pueblo de los Wabikari. Huesos descarnados por los dientes de los carniceros ó por la influencia del sol señalaban poco después de la sacrílega devastación el lugar en que cayeron, á los golpes esclavistas, los infortunados negros, que no pedían más que la paz para vivir tranquilos en sus humildes chozas. Tiernos recuerdos de la infancia y de familia se agolparon, á la vista de estas ruinas, en el espíritu de la Virgen negra, quien, cayendo de rodillas, humedeció con sus labios aquellos sagrados restos, quizás los de su padre ó hermanos.

—¡Oh Madre Blanca del Cielo!—exclamó del fondo del corazón la triste huérfana, regándolos con lágrimas—¡quiero sacrificarme á la salud de la raza negra, consagrándome á vuestro servicio! ¡Aceptad el dón que os hago de mí misma, por la emancipación de mi raza, porque se convierta á la Religión de vuestro Hijo Jesús!

Llegaron, pues, á la residencia de los Misioneros, donde fueron recibidos con alegría indecible y saludados con todo género de atenciones. Katendé narró sus aventuras al Capitán Joubert, y Marrasilla contó sus muchos sufrimientos á la madre y hermano del mártir Noé. Fué luego á postrarse ante la estatua de la Virgen del Asilo, donde oró con fervor por la vuelta de sus hermanas, de Caniata y demás esclavos, renovando, deshecha en lágrimas, la promesa de consagrarse á Dios por el bien de la raza negra.

CAPÍTULO XI

La cárcel flotante donde gemían los desgraciados esclavos vendidos por Siriatomba á los negociantes de Tipo-Tip, bogaba á toda vela por el lago Tanganyca, que mide 530 kilómetros de largo con 45 próximamente de ancho, mar interior de insalterable bonanza unas veces y de terribles tormentas otras, como sucede en casi todos los mares que bañan el continente africano. Campos de trigo, esparcidos por los islotes de algunas regiones de este lago, explorados por Camerón y Stanley, acusan el retiro de los fugitivos, obligados por esos malditos cazadores de esclavos á ocultarse en tierras lejanas donde no puedan llegar los horrores de la esclavitud.

El capitán del navío negro dirigió la proa hacia la Misión de Tanganyca, con la intención de anclar en este punto, porque sabía por experiencia que los Padres Blancos acudían á rescatar algunos esclavos, pudiendo por este medio deshacerse de las víctimas enfermas y más débiles, á quienes amenazaba la muerte en la travesía. En cuanto á temer al Capitán Joubert y á sus valientes, ¡ni la idea del peligro cruzaba por su imaginación!, pues tenía á bordo armas y municiones en abundancia, con dos cañones sobre cubierta; medios todos seguros para conjurar el peligro, y más no disponiendo de ningún navío los únicos que impedían su comercio.

Los PP. Blancos estaban ya en los bordes del lago cuando el capitán mandó anclar y acudieron en su barca, pidiendo el rescate de todos los enfermos. Condujeron á los Misioneros al entrepuente y á la sentina, donde yacían encadenados los desgraciados, elevándose al punto lamentables súplicas de aquellos fatigados pechos:

— *¡Oibo ramil* ¡Blancos, compradme! ...

Pero los PP. Blancos no pudieron rescatarlos á todos. ¡Es necesario proceder á la elección..... escogiendo como verdaderos discípulos del Maestro Divino á los más enfermos y delicados! Hay algunos que no pueden sostenerse en pie, que no verán el extremo del lago, porque la muerte ha impreso un sello visible en sus demacradas facciones: á éstos

cuden primero los Misioneros. El capitán del navío, apresurado en deshacerse de una mercancía sin valor, vende los más enfermos de su *carga* por algunas monedas de plata, que los Misioneros dan gustosos *para comprar sus almas*, porque muy pocos verán brillar la aurora del día siguiente; los desembarcan con dulzura, les quitan argollas y ligaduras, los conducen en una barca á los bordes del lago: allí los acuestan sobre la fresca hierba, lavan sus llagas, les hacen descansar en la seguridad y en la paz, esperando que los ángeles del Cielo lleguen por la noche ó al día siguiente á buscar sus almas regeneradas por el Bautismo.

Pero el rescate de los moribundos no ha agotado los fondos de los Misioneros, sabiamente avaros de los recursos confiados por corazones generosos que conserva aún la Europa católica. Llega la elección de los niños, que parecen más inteligentes, los más aptos para recibir la semilla del Evangelio, y entonces comienza la verdadera *compra*. El comerciante avaricioso y astuto exagera las buenas cualidades de sus *súbditos*, redobla sus pretensiones, mas los Misioneros se mantienen firmes. ¡Ah! no dudarían un solo momento en rescatar con todo su oro, y hasta con sus vidas, una sola de esas almas, rescatadas ya por la sangre del Redentor; pero conocen al traficante, saben que con paciencia y firmeza le harán desistir de sus pretensiones. Con efecto, cede pronto á la influencia sobrenatural de los Misioneros, que á precio casi convenido de antemano, *cincuenta pesetas por cabeza*, pueden escoger tantos esclavos jóvenes como pueden pagar, y hecho esto los rescatados son de los Misioneros, es decir, de Dios.

Sólo quince esclavos pudieron rescatar aquel día los Misioneros, quedando aún más de 150, que al ver desvanecer la última esperanza exhalaban tristísimos lamentos, lamentos que llegaban al cielo.

—¡Oibo, rami! ¡Oibo rami!!!.....

¡Qué dolor, al pensar que con el precio de los gastos de una orgía escandalosa, más de un rico impudente de nuestra Europa puede libertar centenares de esclavos!..... ¡al pensar que en Francia tal bailarina ó tal cómico ambulante gana en una noche en los tablados de la prostitución ó de la vanidad el rollo de oro que podría libertar doscientos, ¡qué digo doscientos! ¡quinientos esclavos!..... ¡desaparece la admiración de los males que afligen la Europa estragada, de las guerras bárbaras que se declaran las naciones cristianas y que permite Dios para su castigo!..... Lo que admira es que el castigo no sea más inmediato, más terrible. Meditémoslo bien; la sangre de nuestros hermanos clama venganza al Cielo, y á veces también Dios usa de su justicia.

. . . . . .

Al separarse los Misioneros del navío con su preciosa adquisición, vieron á Caniata que circulaba libremente sobre cubierta, y á Nyandea derramando abundantes lágrimas.

—¡Oh Padres Blancos—suspiró la Virgen negra—rescatadme á fin de volver al Asilo, al lado de la estatua de nuestra Madre Blanca del Cielo!

—¡Animo, hija—dijo el Padre Dromana—ánimo! ¡No tenemos recursos ya!..... ¡Ora!.. .. Dios no confunde jamás á los que en Él esperan.

Nyandea prorrumpió en amargo llanto, cubriéndose la cara con las manos. ¡Ah, cómo se hubiera lanzado á los Misioneros pidiéndoles la bendición, si los lazos no la aprisionaran!

Caniata se acercó á los Padres Blancos, sabedores ya de su extraña determinación, para decirles estas palabras:

—¡Nos veréis á todos antes de que el sol toque doce veces al ocaso..... pero rogad por nosotros!....

Desplegaron pronto las velas á los vientos, y el navío surcaba las aguas con rapidez. Entonces desligaron á Nyandea, tomándola por sirvienta el capitán, encomendando también á Caniata, como esclavo voluntario, la distribución de víveres á los esclavos del entrepuente y de la cantina.

Dos días después el capitán, sentado en la popa, fumaba tranquilamente del tabaco superior que le regalaban en sus expediciones los comerciantes de Zanzíbar. Nyandea, descalza, sin hierros y vestida con la túnica blanca, llevaba en una bandeja una botella de *pombé* (licor fermentado de mucho gusto para los africanos, que les sirve de aguardiente), y se disponía á servirle la bebida..... El capitán, con familiaridad ignominiosa, la arrastra hacia sí y quiere sentarla á su lado.

Caniata, lanzándose al infame, grita con voz de trueno, levantando sobre su cabeza un terrible cabestán:

—¡No la toques, ó eres muerto!

La respuesta del capitán fué aprisionarle en el entrepuente. Cuando en medio de la noche todos los tripulantes descansaban en profundo sueño, los guardas oyeron un canto grave, solemne, lúgubre, en el entrepuente; era Caniata, que bajo la forma de un canto del país, preparaba los demás esclavos á la sublevación. Un momento después, la furibunda voz del capitán, que amenazaba y juraba, y los terribles golpes de su látigo resonaban en todo el barco, volviendo todo al poco tiempo al más profundo silencio. Caniata pareció al día siguiente sobre cubierta con la cara herida, pero con arrogancia y resolución como la víspera.

Apenas le vió Nyandea, se dirigió á él y le dijo con acento desgarrador:

—Hermano mío: líbranos pronto, ó no te expongas más, porque el capitán te quitaría la vida.

Viendo Caniata que no estaba cerca el intérprete, pidió *una lima* y se acostó en el combis con la espalda vuelta á su hermana.

—¿Qué has dicho á ese esclavo?—preguntó el capitán á Nyandea, descargándole un terrible bofetón.

—Que no debe exponerse más á vuestra cólera.

El capitán la abofeteó por segunda vez y mandó encadenar á Caniata: estaba lejos de sospechar el significado de las pocas palabras de los dos hermanos.

No obstante, Caniata, encerrado con los otros esclavos, les exhortaba día y noche á tentar un generoso esfuerzo para recobrar la libertad perdida, hablándoles del reducido número de blancos y haciéndoles notar la negligencia siempre corriente de los guardas desde que navegaban por el lago.

Pasaron dos días; y una mañana, á la hora en que los esclavos subían á tomar el aire sobre cubierta, Nyandea tiró á su hermano, haciéndole una señal incomprensible á los demás, una raíz de yuca, donde ocultó una pequeña lima que la joven cogió en el arsenal del navío, lima de que dependía el buen resultado de la aventura. Caniata se guardó de enseñarla á sus compañeros hasta la noche, en que murmuró palabras ininteligibles á los blancos del equipaje, y la lima circuló de mano en mano. Al rayar la aurora, cincuenta esclavos de los más valientes habían limado los hierros de tal manera, que el menor esfuerzo bastaba ya para romperlos.

Llegó la hora de tomar el fresco. Después de haber respirado el aire algunos momentos, los esclavos se tomaron de las manos, poniéndose á danzar, mientras Caniata entonaba el canto bélico de los Wabikari.

El capitán estaba de humor placentero aquel día.

—¡Ya se van domesticando!—exclamó mirándoles bailar;—¡ya se van domesticando! ¡Esto va muy bien! ¡Así no enfermarán y nada perderé en mi mercancía!.....

El capitán, contra su costumbre, cumplimentó al oficial por su maniobra, declaró á la tripulación que rebosaba de gozo, añadiendo que recibirían todos una gratificación en Liemba, donde llegarían dentro de pocos días.

Después de algún tiempo de danza, Caniata se tendió á la larga, como si estuviera excesivamente cansado, á los pies de un marinero, apoyado perezosamente á bordo; ejemplo imitado por todos los conjurados, viéndose cada marinero rodeado por varios negros.

De repente rompe Caniata sus hierros, lanza un grito que debía servir de señal, estrecha con violencia las piernas del marinero, le arrastra, y poniéndole una rodilla en el pecho le arranca el fusil, sirviéndose de él para quitar la vida al oficial.

Al mismo tiempo fueron asaltados y degollados todos los marineros; elévase de todas partes un grito de guerra. El contramaestre, dueño de la llave de los hierros, sucumbe entre los primeros. Una multitud de negros libertados inunda la cubierta de la nave, empuñando los que no encuentran armas cabestanes ó los remos de la lancha, bajo cuyos golpes perece la tripulación esclavista; pero vive aún el capitán, que no ha perdido nada de su ferocidad, y apercibiendo que Caniata es el alma de la conjuración, espera, si consigue matarle, dominar todos los secuaces.

Se lanzó, pues, con la espada en la mano á Caniata, que se precipita sobre su adversario, teniendo agarrado el fusil por el cañón y sirviéndose de él como de terrible maza. Los dos adversarios se encuentran cerca del palo mayor; Caniata descarga el primero; pero el blanco evita el golpe por un ligero movimiento del cuerpo; cae con fuerza la culata sobre el puente, se quiebra, y á la violencia del golpe Caniata se queda sin arma en las manos. El capitán, con sonrisa diabólica, levanta el brazo para atravesar al indefenso..... Pero Nyandea, ágil y valerosa como las leonas de su país, se precipita adelante y clava un puñal en el corazón del esclavista. Caniata se salvó; la victoria no era dudosa. Los pocos marineros que restaban imploraron la piedad de los negros, pero murieron todos sin compasión.

(Se continuará.)

BUENA COSTUMBRE

Yo mucho no me compongo,
Mas en la vida me lavo
Sin **jabón**, en mi labavo,
De los **Príncipes del Congo**.

Jabonería VÍCTOR VAISSIER.—París.
De venta en las principales perfumerías.
Depositario: Melitón Boldú, 37, Valverde, Madrid.

VINO de CHASSAING
RECONSTITUYENTE
Prescrito desde 30 años
Contra las AFECCIONES de las Vías Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Imp. y Lit. de los Huérfanos.—Juan Bravo, 5, Madrid.

PAPEL DE ARMENIA

El más higiénico, fino y agradable perfume para las habitaciones; 50 céntimos el libro para veinticuatro veces; á cada libro acompaña un aparato para quemar.

CREMA VASSELINA

Lo mejor para suavizar y conservar el cutis, superior á todos los cold-creams conocidos, á peseta tarro; advertimos que la *crema vasselina* no es *blanquete*.

PERFUMERÍA THOMAS

Calle Mayor, 36.—MADRID.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, editor.

PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa.

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

Obras de estudio.—Catálogos gratis.

SANTA TERESA

8, Caballero de Gracia, 8

MADRID

Útil á todas las Congregaciones religiosas, Colegios de niñas y bordadoras.

Desde el día 15 del mes actual la casa de SANTA TERESA ha abierto un nuevo taller de dibujos para bordar, admitiendo toda clase de telas para su ejecución. La especial condición de hacer todos los trabajos *gratis*, lo mismo para las labores de adorno como para los bordados en blanco, hará que el público obtenga grandísimos beneficios, siendo á la vez tan rápido el sistema de dibujar, que por muy excesiva que sea la cantidad de trabajos que la confíen, podrá hacer en el día entrega de todos ellos. También habrá una sección especial donde se harán *gratis* nuevos y caprichosos modelos en letras para bordar pañuelos, toallas, servilletas, manteles, almohadas, sábanas y fundas para sillas.

EL SAGRADO CORAZÓN

CASA SALVI

Calle del Clavel, núm. 1, entresuelo.—MADRID.

Labores artísticas para Oratorio, salón, sala, gabinete, dormitorio, despacho, comedor, etc., empezadas, terminadas y sólo dibujadas.

Única casa en labores y materiales para Conventos y Colegios.

Oro, sedas, lanas, felpillas, algodones y toda clase de materiales para la ejecución de labores de señoras.

La casa de más novedad y economía en los precios, siendo sus artículos todos de primera calidad y de la más especial fantasía.

CASA SALVI, Clavel, 1, entresuelo.

POLICARPO RUIZ

15—Jacometrezo—15

En esta antigua y acreditada casa encontrará el público un gran surtido en camisería, lanería, lencería, géneros de punto, pañolería, merinos, ropa blanca, corsés, estameñas para hábitos é infinidad de artículos.

Grandioso surtido en percales á **REAL, REAL Y MEDIO** y **DOS REALES.** Vuelas fantasía, todo lana, á **peseta;** batistas y céfiros, á **0,60.** Lanas novedad, doble ancho, á **0,75.** Piezas tela blanca, 24 varas, á **6 pesetas.**

Grandes surtidos —Precios económicos.

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE

CIENCIAS ECLESIÁSTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, **pesetas 110** rústica y **130** encuadernado. — TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica. — Pedir prospectos. — Librería de Subirana hermanos, editores. — Barcelona.

GRAN REGALO

DE

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8,

á los señores suscriptores de La Ilustración Católica de la magnífica oleografía

LA VIRGEN DE SEVILLA

copia exacta y muy bien ejecutada de este célebre cuadro de Murillo, que se conserva en *El Louvre* de París.

Tamaño, Un metro de alto por 70 centímetros de ancho.

Precio por pocos días, **4** pesetas **50** céntimos. Provincias, **5** peseta más por certificado.



Establecimiento de la Casa real de Baviera para Vidrieras de Colores

F. X. Zettler, Munich, Baviera

Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo.

Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Búrgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Orden.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.

Se ruega fijar la atención en el nombre y dirección de la casa, pues no existe otro Establecimiento de la Casa real para Vidrieras de Colores que el arriba mencionado

---

ACADEMIA DE SEGUNDA ENSEÑANZA

Leganitos, 40, segundo derecha.

Clases de Religión y Moral, Latín, Retórica y Psicología, por un señor Presbítero, Doctor en Letras.
Clases de Derecho, por un Doctor.
Idem de Matemáticas, por un Subdirector de Comunicaciones.
Idem de Física y Química, por un Licenciado.
Idem de Francés é Inglés, por un Intérprete de Lenguas.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVI.—TOMO XIV | NÚMERO 14.—Madrid 31 de Julio de 1891 | NÚMERO SUELTO, UNA PESETA



SAN FRANCISCO EL GRANDE

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. V.—*El Jubileo de la Porciúncula*, por Fr. José Coll.—*El Ilmo. Sr. Obispo de Palencia*, por «La Propaganda Católica.»—*Un ramo de flores*, por X.—*Album de poesías*: A la memoria del Sr. Obispo de Palencia, por Carolina Valencia.—*Pedro A. de Alarcón*, por el Bachiller Alonso.—*Las tres vírgenes negras*, por.....

GRABADOS

Madrid: *San Francisco el Grande*.—*Ilmo. Sr. Obispo de Palencia*.—*Lámpara gótica*.—*Carlos Dolci*.—*Monasterio de Guadalupe*.—*Recuerdos de la antigua España*.—*Cruce de los tranvías, etc.*—*Un descanso*.—*Velocípedo acuático*.—*Melbourne: La calle de Colins*.

LA QUINCENA

¡Calor! ¡Calor! ¡Calor! Este es el programa de la temporada. Cerraron las Cortes; la Familia Real se marchó á San Sebastián; en Madrid sólo permanecemos los que no tenemos un cuarto; no hay noticias políticas; se aplazó la crisis; la ley de Montepío Militar ha llevado el consuelo á muchos modestos hogares; ha sido una picardía que no se haya podido aprobar igualmente la de la observancia de los días festivos; hasta Noviembre por lo menos no habrá ya discusiones parlamentarias; en los Circos las titiriteras se bañan delante del público, lo cual dicen que es muy bonito, pero no muy moral; en esta estación los madrileños tenemos que prescindir de comer pescado, porque no llega fresco... ¿Qué fresco ha de llegar?... ¡Si no hay fresco ni pagándolo á peso de oro!... Y á propósito del oro: la algarada contra el Banco y los billetes resulta huera; una plancha más de los periódicos de gran circulación. Por eso es ya refrán: «cree lo contrario de lo que digan *El Imparcial* y *El Liberal*, y acertarás.» Mientras tanto, la gente sigue achicharrándose como si tal cosa.

* * *

Uno de los más tristes acontecimientos que pueden ocurrir en el mundo, el asesinato de un sargento del ejército por uno de sus subordinados, y el consiguiente fusilamiento del culpable, tuvo lugar días pasados en el vecino pueblo de Vicálvaro. Cuando estas cosas horrendas se presentan á nuestra consideración, no hay más remedio que repetir el sublime pensamiento de una poetisa cristiana, en cuyo elogio se habla en otro lugar de este número:

Por un alma querida
Hice yo esta oración:
«Antes que un soplo de maldad la empañe,
Que se la lleve Dios.»

Y creamos, aunque la vanidad nos dicte otra cosa, que todos somos capaces de las mayores maldades. Si no caemos en ellas, gracia es de la misericordia de Dios. Los criminales son de nuestra misma naturaleza; sujetos á las propias pasiones que nosotros; como nosotros han sentido y sienten también generosísimos impulsos, anhelos sublimes. Creen, aman y esperan. El infeliz culpable de Vicálvaro era, según todas las noticias, un hombre pundonoroso y honrado. Tenía en su hoja de servicios una nota brillante: cuando la sublevación de los regimientos de Albuera y Garellano, se negó terminantemente á sublevarse; los cabecillas, que eran sus mismos sargentos, hasta llegaron á golpearle para que se uniese á ellos en la rebeldía. Pero él, superior á todas las sugestiones, no abandonó el camino del honor. Y sin embargo, ahora le abandonó para siempre, precipitándose de un salto lúgubre y rápido en la sima del crimen más repugnante de todos: el traicionero asesinato. Recordemos la famosa inscripción grabada por nuestros cristianos antepasados sobre la puerta de la cárcel de Cádiz: *aborrece el delito y compadece al delincuente*, y pidamos á Dios por el alma de nuestros dos desgraciados hermanos, víctima uno del crímen y de la justicia el otro.

* * *

Se habla mucho contra la pena de muerte. Pero ¡ay! la pena de muerte es gran misericordia. ¿Hubiera podido vivir ese infeliz soldado llevando siempre en su conciencia el espectro de su víctima? Vivir sin esperanzas de ser dichoso, y no puede tenerlas el que asesinó á su hermano, es el mayor de los tormentos. Vale más morir cien veces. Así esas escuelas aparentemente filantrópicas, que piden la abolición de la pena de muerte, ocultan en el fondo una crueldad inaudita.

* * *

Pasemos á cosas no tan sombrías.

Una importante publicación inglesa, *Review of Reviews*, inserta un magnífico artículo acerca de nuestro amadísimo Pontífice León XIII, que ya que por su mucha extensión no podemos transcribir, extractaremos para conocimiento y satisfacción de nuestros lectores.

Empieza el articulista consignando que la fisonomía de Su Santidad es entre todas las de los soberanos de esta época la que más atrae y la más digna de simpatía.

«El Padre Santo, dice, acaba de entrar en su octogésimo primer año. Sus facciones angulosas y su aspecto enflaquecido, el color blanco alabastrino de su fisonomía, el ligero temblor de las manos, el cuerpo encorvado, la casi diafanidad de su persona, todo parece indicar en León XIII un hombre que ha llegado al umbral de la vejez extrema. Pero cuando habla y se anima desaparece al punto esa impresión; se comprende que aún hay bajo la frágil envolvente una vida poderosa, y que la hoja es muy superior á la vaina. Su voz, sobre todo cuando habla en público, ha conservado la lozanía de su timbre, que es ligeramente gangoso; no se ha aminorado el brillo de sus ojos. ¡Oh, los ojos de León XIII! Una vez vistos no se olvidan jamás. Diríase que son dos carbunclos, dos diamantes negros; tan intensos fulgores lanzan. Dan á su fisonomía una expresión de vivacidad increíble, casi juvenil, y á su mirada un no sé qué de penetrante é incisivo que traspasa.

Una de las cosas que más chocan en Su Santidad cuando se le ve por primera vez, es el temblor casi convulsivo de las manos; temblor que no es en él, como generalmente se cree, efecto de la edad, sino consecuencia de una fiebre tifoidea que tuvo en Perusa hace unos veinticinco años. Tan grande es ese temblor, que León XIII no puede escribir, y cuando ha de firmar algún documento se ve obligado á sostener la muñeca derecha con la mano izquierda para poder trazar caractéres que no sean ilegibles.»

....

De su salud dice que es perfecta, y de su temperamento que es nervioso en extremo.

Había nacido, añade, para el Supremo Pontificado, y todas las circunstancias de su vida le han ido empujando como una corriente misteriosa en que hay que reconocer el impulso de la Providencia, á la consecución de tan alto destino. Merecen transcribirse los dos párrafitos siguientes:

«Tan grave y dignamente se produce León XIII en todos los actos religiosos, que impone. Rara vez he visto celebrar la misa con piedad tan profunda y sentida. Adivínase en León XIII al Sacerdote en la más alta acepción de la palabra, que lleva hasta el escrúpulo la observancia de las leyes de la Iglesia. Sabido es que para que un Sacerdote católico pueda decir misa debe hallarse en ayunas; mas de esta ley de disciplina puede dispensar el Papa por motivo de enfermedad. Ultimamente ha concedido el Papa esta dispensa á dos Cardenales, permitiéndoles que celebren la misa después de haber tomado alimentos líquidos. Pero si acontece que por la mañana la debilidad ó una indisposición le obligan á tomar una taza de leche ó de caldo, León XIII, no obstante los supremos poderes de que es soberano dispensador, se abstiene ese día de celebrar el sacrificio de la misa.

Después del rosario, León XIII toma una ligera colación, compuesta de huevos, legumbres y frutas, entra en sus habitaciones particulares, y hasta las once de la noche no se acuesta. Su excesiva nerviosidad le ocasiona frecuentes insomnios; se levanta y se pasea por su cuarto, leyendo y meditando. A veces se le ocurre una idea y hace que despierten á su secretario para comunicársela.

La inteligencia de León XIII se halla constantemente en actividad; se distrae de un trabajo con otro. Su principal entretenimiento intelectual consiste en componer versos latinos, en los que sobresale, cincelándolos amorosamente. No hubo nunca más diestro y delicado conocedor de la antigüedad clásica: León XIII es un artista; tiene el culto de la forma. El latín elegante, laborioso y retocado á veces en sus Encíclicas, prueba en lo mucho que estima el estilo. León XIII es un purista que rara vez queda satisfecho de lo que escribe: borra, añade y raspa sin cesar, hasta que tropieza con la expresión decisiva, la voz adecuada.

El Padre Santo es también un lector asiduo del Dante, del que se sabe de memoria cantos enteros. Me asegura un Prelado que á veces le ha recitado versos al azar. El Papa cogía el hilo y lo desarrollaba sin interrupción.»

* * *

El día de San Vicente de Paúl se celebró en Madrid con la solemnidad y piedad propias de una sociedad que tantos beneficios ha recibido de los gloriosos Institutos fundados según el espíritu del Apóstol de la Caridad. *El Movimiento Católico* publicó un excelente artículo en loor del Santo, que aunque no firmado, trasparentaba en su terso y elegante estilo la fisonomía literaria de su autor, el ilustre escritor católico D. Antonio Balbín de Unquera.

El marqués de Valdeflores.

GRABADOS

San Francisco el Grande. (Pág. 217.)

Es tradición piadosa la de la venida á Madrid del seráfico Patriarca San Francisco en el año de 1217. Refiérese que los madrileños le ofrecieron lugar fuera de los muros para erigir una ermita, y que esta ermita fué ensanchándose y ampliándose hasta convertirse en el suntuoso convento é iglesia de San Francisco el Grande.

Las más nobles casas de Madrid preferían este convento é iglesia para enterramiento de sus deudos; allí tuvieron magníficos panteones los Lujanes, Vargas y Luzones, y la reina Doña Juana, infeliz esposa de Enrique IV. En 1760 el estado ruinoso de la fábrica obligó á demolerla, y se reconstruyó bajo la protección de Carlos III por los planos de un lego de la Orden franciscana, Fray Francisco Cabezas, que llevó la obra hasta la cornisa. Termináronla los arquitectos Pló y Sabastini.

El templo de San Francisco es una hermosa rotonda de 116 pies de diámetro y 153 de altura. La rotonda está circundada por siete capillas contando la mayor en que está el presbiterio. La fachada, cuya vista ofrecemos hoy á nuestros lectores, ofrece tres ingresos que dan á un espacioso pórtico, y dos torres, por desgracia muy bajas; pero que con la gran cúpula, ofrecen un aspecto agradable á la vista y de indudable bizarría.

El convento de San Francisco fué vergonzoso teatro de las más crueles escenas de 1834. Allí fueron bárbaramente sacrificados los religiosos por los sicarios de la revolución franmasónica.

En 1868 se proyectó convertir el templo de San Francisco en Panteón Nacional, y se hacinaron en una capilla los venerables restos de muchos hombres ilustres, que después se devolvieron á sus respectivas procedencias.

No hay aquí que hablar, pues ya La Ilustración Católica lo hizo con la debida extensión, de la última reciente restauración de San Francisco el Grande, que ha convertido aquella iglesia en un monumento espléndido de las artes, sobre todo de la pintura. Lo que sí queremos indicar es la conveniencia de mejorar las inmediaciones del templo, abriendo una gran plaza delante de su fachada. ¿No sería oportuno y patriótico colocar en esa plaza la estatua del insigne franciscano español, del Cardenal Jiménez de Cisneros?

Ilmo. Sr. Obispo de Palencia. † el 4 de Julio de 1891. (Pág. 219). (Véase el artículo).—**Lámpara gótica.** (Pág. 220).

Esta joya del arte es honra de la industria espa-

ñola, pues fué construída en los acreditados talleres del Sr. Isauza, de Barcelona, con destino á la Iglesia de Nuestra Señora del Pino, de aquella opulenta y hermosa ciudad.

Santa María de los Reyes, ó del Pino, es uno de los más antiguos templos de Barcelona; ya existía en el año de 986. La fábrica actual se terminó en 1453. El sobrenombre del Pino viene de un arbol de esta clase que estaba plantado hasta principios del siglo actual frente á la iglesia, contándose que era tan alto y copudo, que llegaba á los terrados de las casas. La tradición refiere que la imágen de Nuestra Señora fué encontrada dentro del tronco de un pino. La Junta de obras y la comunidad, han restaurado últimamente esta hermosa y antigua Iglesia, que consta de una sola nave, alumbrada por rasgadas ventanas con vidrieras de colores. Parte de esta restauración ha sido la magnífica lámpara de puro estilo gótico, embellecida por una imágen de Nuestra Señora, toda de bronce dorado, cuyo fac-símile ofrecemos hoy á nuestros lectores.

Carlos Dolci. (Pág. 221.)

Italia es indudablemente la patria del arte en la moderna Europa, pareciendo que los italianos heredaron toda la gracia de los antiguos helenos. En la época del Renacimiento, Italia, desmembrada, tiranizada por oligarquías anárquicas y opresoras, invadida, y en gran parte subyugada por los alemanes, franceses y españoles, sólo respetada en el orden político por el privilegio de poseer dentro de sus términos la Silla Apostólica, se impone sin embargo al mundo entero, por la superioridad de sus artistas, y los nombres de Tasso, Ariosto, Rafael, Miguel Angel y Ticiano, son más ilustres, y dejan huella más imperecedera que los de Cárlos VIII, Luis XII, Cárlos V, Antonio de Leiva y el condestable de Borbón. Cárlos Dolci pertenece á la pléyade de los grandes artistas italianos. Su patria fué Florencia, aquella nueva Atenas que quizás sobrepujó á la antígua. Nació en 1616, y murió setenta años después. Fué un pintor esencialmente religioso, no dejándose llevar de los extravíos paganos que la imitación exagerada de los modelos clásicos no podía por menos que producir en algunos artistas de la época. Dolci se mostró siempre fiel á la tradición cristiana, y por eso merece sinceros y entusiastas aplausos de la posteridad; pues en nada un hombre da mejores muestras de espíritu elevado y de virilidad de alma, que substrayéndose valerosamente á las preocupaciones de sus contemporáneos. Los cuadros de Dolci son todos de asunto religioso: pintó á *San Clodoveo*, *la Magdalena*, *Cristo en el monte de las Olivas*, *la Sacra Familia*, *San Cárlos Borromeo* (retrato auténtico), *San Luis, rey de Francia*, *San Roque*, *San Nicolás*, *Santa Marta*, *Santa Rosa*, *San Juan Evangelista y el Salvador*.

Monasterio de Guadalupe. (Pág. 224.)

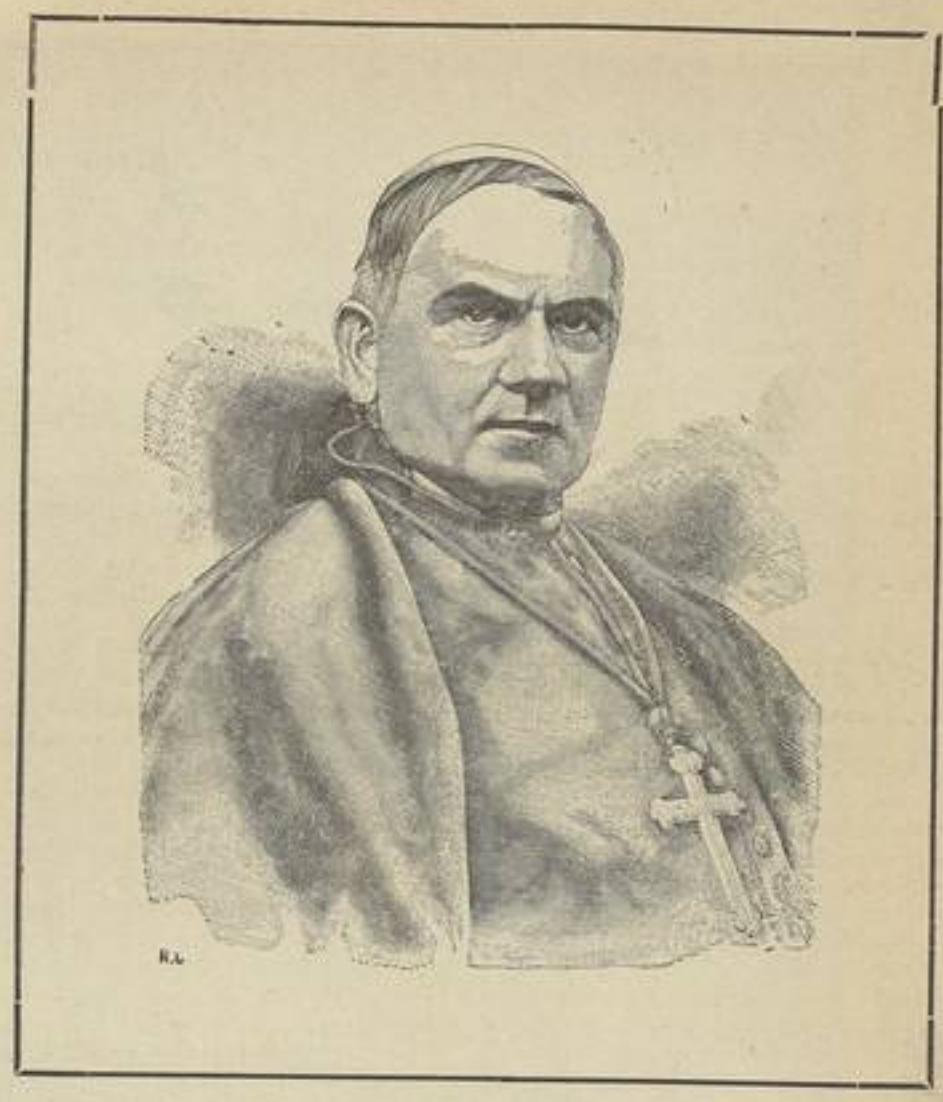
En la pintoresca sierra de Guadalupe, en Extremadura, encuéntrase este antiguo monasterio en el que se conserva la venerada imagen de Nuestra Señora, que es para los extremeños lo que la Virgen del Pilar para los aragoneses y la de Monserrat para los catalanes. De antiquísima fecha data el culto de la venerable imagen, á la que el Príncipe de los ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra, en su *Persiles y Segismunda* llama *libertad de los cautivos, lima de sus hierros, y libertad de sus prisiones*.

Recuerdos de la antigua España. (Pág. 225.)

Los dos pormenores que representa nuestro grabado son la torre y el rosetón de cristales de colores del convento de Santa Catalina, en la ciudad de Barcelona, que fué incendiado por las hordas revolucionarias en la infausta noche de 16 de Julio de 1835, cuyas dramáticas peripecias trazó con vigorosa mano el autor de *Las ruinas de mi convento*. Como obras de arte, los dos pormenores dichos son primorosas y gallardas, y un bellísimo recuerdo de la antigua España.

Cruce de los tranvías en las calles de Nueva York. (La misma página.)

Nadie desconoce lo que es Nueva York, el emporio del comercio de los Estados Unidos, ciudad que en poco menos de un siglo se ha puesto á la cabeza de casi todas las del mundo, en la línea de Londres y París. En 1790 la población de Nueva York, era de 33.000 habitantes, y en 1870 faltaban muy pocos miles para que compusieran el millón. Hoy pasa de esta enorme cifra. Una de las cosas que más llaman lá atención en Nueva York son los ferrocarriles aéreos. Las dos líneas que se explotan parten del extremo meridional de la isla de Manhattan, y van á concluir en Harlem-River, punto septentrional de la ciudad. Las dos Compañías explotadoras de estos ferrocarriles se llaman *New York-Elevated-Railway* y *Metropolitan-Elevated-Railroad*. La primera explota 32 millas; los gastos de construcción de su línea se calculan en doce millones de duros. La vía en ambas líneas está construída de hierro y acero; cada fila de rails reposa sobre otra de columnas de hierro, á la altura de cinco metros próximamente sobre el nivel del suelo. Los pilares son naturalmente más altos en las hondonadas del terreno. Los carruajes son pequeños, á fin de que puedan facilmente pasar por curvas de escaso radio. El máximum de velocidad es de 25 millas por hora, teniendo numerosas estaciones para atender al servicio de los diferentes barrios de la metrópoli americana. Es más grato seguramente para los viajeros este sistema aéreo que no el subterráneo establecido en Londres; pero tiene muchos inconvenientes para los vecinos de las casas inmediatas á la línea, y los cuales se quejan del ruído, polvo y chispas de fuego, que les molesta extraordinariamente.



ILMO. SEÑOR OBISPO DE PALENCIA

† EL 4 DE JULIO DEL CORRIENTE AÑO

Un descanso. (Pág. 228).

Bonito cuadro de género; dos caballeros se detienen á la puerta del caserío, uno se desmonta, y mientras pide á la zagala un vaso de leche, le dice *esas cuatro cosas* que los españoles jóvenes tienen siempre en los lábios cuando se ven delante de una muchacha bonita, lo que constituye para unos una grosería y para otros una gentileza de nuestro carácter nacional.

Velocípedo acuático. (La misma página).

La afición al velocípedo aumenta extraordinariamente, y todos los días se hacen de este ingenioso aparato nuevas aplicaciones. Nuestro grabado representa la del velocípedo acuático; obedece á la misma teoría que el terrestre, con la natural diferencia de ir apoyado en dos largas vigas flotantes; el velocípedo queda así convertido en motor de esta primitiva embarcación, y cabe, manejándola con habilidad, alcanzar largas distancias. Claro es que sólo resulta un juguete sin aplicaciones directas á la industria, ni á la guerra marítima; pero un juguete divertido, variedad de un género *sport*, muy apreciado hoy por la gente joven, y en el que cabe lucirse maniobrando en un estanque como el del Retiro de Madrid, que es el que sirve de fondo de paisaje al velocipedista de nuestro grabado.

Melburne.—La calle de Coleins. (Pág. 229).

La ciudad de Melburne es la más floreciente y poderosa de las colonias inglesas de Occeanía. Es capital de la colonia Victoria, por otro nombre Australia feliz, y está situada entre dos montañas, en la orilla septentrional del rio *Jarra yarra*, sobre la costa de la bahía Hobson. Dista del mar 32 kilómetros; pero en la costa tiene su especie de Grao, que es el pueblo de *William stown*. En 1878 contaba Melburne 256.000 habitantes, número que desde aquella fecha ha crecido considerablemente. Se compone la ciudad de cinco grandes barrios, formados por calles largas y espaciosas, y que se cortan en ángulo recto; tiene monumentos notables como el Ayuntamiento, la Universidad, el Hospital, el Palacio del Gobierno, la iglesia de San Francis-



LÁMPARA GÓTICA

co, y varios teatros. Entre sus paseos descuellan el Parque de Richmond y el Jardín Botánico de Sankilda. En cuanto á comercio, Melburne es una de las ciudades más activas del mundo.

Nuestro grabado representa una de sus principales calles, la de Coleins, que da idea casi exacta del aspecto total de la población, pues ya hemos dicho que todas las vías de comunicación son casi iguales.

ANTONIO DE OLMEDO.

Boletín religioso

Almanaque religioso (primera quincena de Agosto).

1. Sáb. San Pedro Advíncula.

Empieza desde las primeras Vísperas el jubileo de la *Porciúncula*, que concluye al ponerse el sol en el día 2. Puede ganarse indulgencia tantas veces cuantas se visite una iglesia del Orden de San Francisco, rogando á Dios por la intención de Su Santidad. Exige Confesión y Comunión.

2. Dom. XI después de Peatecostés

Nuestra Señora de los Angeles, San Pedro, Obispo, San Esteban, Papa, San Alfonso María de Ligorio, Obispo y doctor, y la Beata Juana de Aza, madre de Santo Domingo.

3. Lun. La invención del cuerpo de San Esteban protomártir.

4. Mart. Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores.—*Indulgencia plenaria* como en 23 de Enero.

5. Miér. Nuestra Señora de las Nieves.

6. Juev. La Transfiguración del Señor, y Santos Justo y Pastor, hermanos y mártires.

7. Vier. San Cayetano, fundador, y San Alberto de Sicilia.

8. Sáb. San Ciriaco y compañeros mártires, y el Beato Pedro Fabro, primer compañero de San Ignacio de Loyola, fundador de la C. de J.

9. Dom. XII después de Pentecostés. San Román, soldado martir.

10. Lun. San Lorenzo, martir, y Santa Filomena, virgen y martir.

11. Mart. San Tiburcio, martir, y Santa Susana, virgen y martir.

12. Miér. Santa Clara, virgen y fundadora.

13. Juev. San Hipólito y San Casiano, mártires, y el Beato Juan Berhmans, de la C. de J.

14. Vier. San Eusebio, presbítero.—*Ayuno con abstinencia de carne.*

15. Sáb. FIESTA ENTERA. *La Asunción de Nuestra Señora.*

CUARENTA HORAS

1, 2. Iglesia de los Redentoristas (hoy en la Visitación.

3, 4. Religiosas de Santo Domingo (Claudio Coello).
5, 6. Parroquia de San Justo.
7, 8. Parroquia de San Millán.
9, 10. Parroquia de San Lorenzo.
11, 12. Religiosas Descalzas Reales.
13, 14, 15. Parroquia de Santa María.

NOTAS

Para conocer bien las excelencias y para practicar con fruto el Jubileo de la Porciúncula, ninguna guía más apropósito que dos libritos recientemente publicados en 8.ª edición por el popular capuchino P. Coll, de quien es el precioso artículo que insertamos en el presente número, y que forma parte, como uno de tantos capítulos, de uno de los dos indicados libritos, titulado el uno: *Las Indulgencias y el Jubileo de la Porciúncula*, y el otro *La Indulgencia de la Porciúncula*. El primero se vende á 25 céntimos de peseta y el segundo á 10.

Santo Domingo de Guzmán es, no sólo una de las más insignes glorias de la Iglesia Española, sino uno de los Santos más aborrecidos y execrados por la heregía en el mundo entero. Razón de más para que los católicos redoblemos nuestra devoción hacia él.

El día de San Lorenzo gran fiesta religiosa en el Escorial. ¡Magnífico día para visitar el Monasterio!

J. F.

EL JUBILEO DE LA PORCIÚNCULA

Corría el mes que, según todas las probabilidades, sería el de Octubre del año de gracia de 1221. La escena que vamos á referir sucedía en la ciudad de Asís, en una de aquellas altas horas de la noche que tan felizmente se adaptan para orgociar al alma con Dios. En dicha hora y sazón, oraba nuestro P. San Francisco en el retiro de su celda, pidiendo al Señor, con la efusión propia de su espíritu seráfico, por la conversión de los pecadores, cuando de improviso se le apareció un ángel, más bello que el sonreir de la aurora, el cual, con acento verdaderamente de paraiso, le invitó á pasar á la inmediata iglesia de Porciúncula, donde nuestro adorable Salvador y su Santísima Madre le estaban esperando.

Desalado corrió Francisco al lugar de la cita: entró, vió y adoró. Sí; adoró con profunda humildad al Rey de cielos y tierra, sin olvidarse de protestar su amor y veneración á Aquella que es Madre y refugio de pecadores.

—Francisco (díjole Jesucristo): muy solícitos estais tú y los tuyos por el bien de las almas. Yo te doy permiso para que me pidas por ellas, porque has sido puesto para la salvación de las gentes y reparación de mi Iglesia.

—Señor mío y Padre de misericordias (contestó Francisco, transportado de gozo) concededme que todos los fieles que entraren en esta Iglesia confesados y contritos, ganen indulgencia plenaria y remisión de todas sus culpas, quedando libres de las penas debidas para su satisfacción, y reducidos al estado feliz en que los puso la primera gracia que recibieron en el bautismo.

Esto dijo; y luego, dirigiéndose á Aquella á quien invocan los fieles con el título de Auxilio de los cristianos, le suplicó interpusiera su valimiento cerca de su divino Hijo, para el favorable éxito de su demanda. Así lo hizo la celestial Abogada de los hombres, en cuya atención añadió el Redentor:

—Francisco, mucho has pedido; pero con medio tan eficaz como son los ruegos de mi Madre, aún á mayores empresas pudiera anhelar tu celo. Yo te concedo la indulgencia plenaria que me pides; pero quiero que vayas al Romano Pontífice, á quien dejé en la tierra plena potestad para atar y desatar las prisiones de la culpa, á fin de que el mundo entienda la estimación y aprecio que debe hacer de la rúbrica de mi Vicario.

Dicho esto desapareció la visión entre las corrientes de armonía con que los coros angélicos celebraron las maravillosas invenciones del Cordero enamorado de las almas.

Al siguiente día, postrado Francisco á los pies de Honorio III, dióle cuenta de la ordenación divina; á lo cual, después de vacilar algún tanto, contestó el Pontífice, y lo repitió hasta por tercera vez: «Soy contento, Francisco, y te concedo la merced que me pides.»

Esto no obstante, como los Cardenales allí presentes objetaran que la gracia era excesiva, porque cedía en menoscabo de los Lugares Santos de la Palestina y de las Estaciones de Roma, exclamó Su Santidad: «Pues bien; que no dure sino un día natural...»

Sobrevinieron multitud de peripecias antes de que se lograse dar cima á este importante negocio; hasta tanto que en una segunda aparición que tuvo Francisco de Cristo nuestro bien, se dignó este señor señalar por sí mismo el primer día de Agosto de cada año, á contar desde las segundas vísperas con todo el siguiente día, para poder ganar la indulgencia.

Cerciorado el Padre común de los fieles de la voluntad del Salvador, dió al punto comisión á siete Obispos, que fueron el de Asís, Perusa, Lodi, Espoleto, Folino, Nocera y el de Gubio, á los cuales cometió el encargo de promulgar la concesión referida.

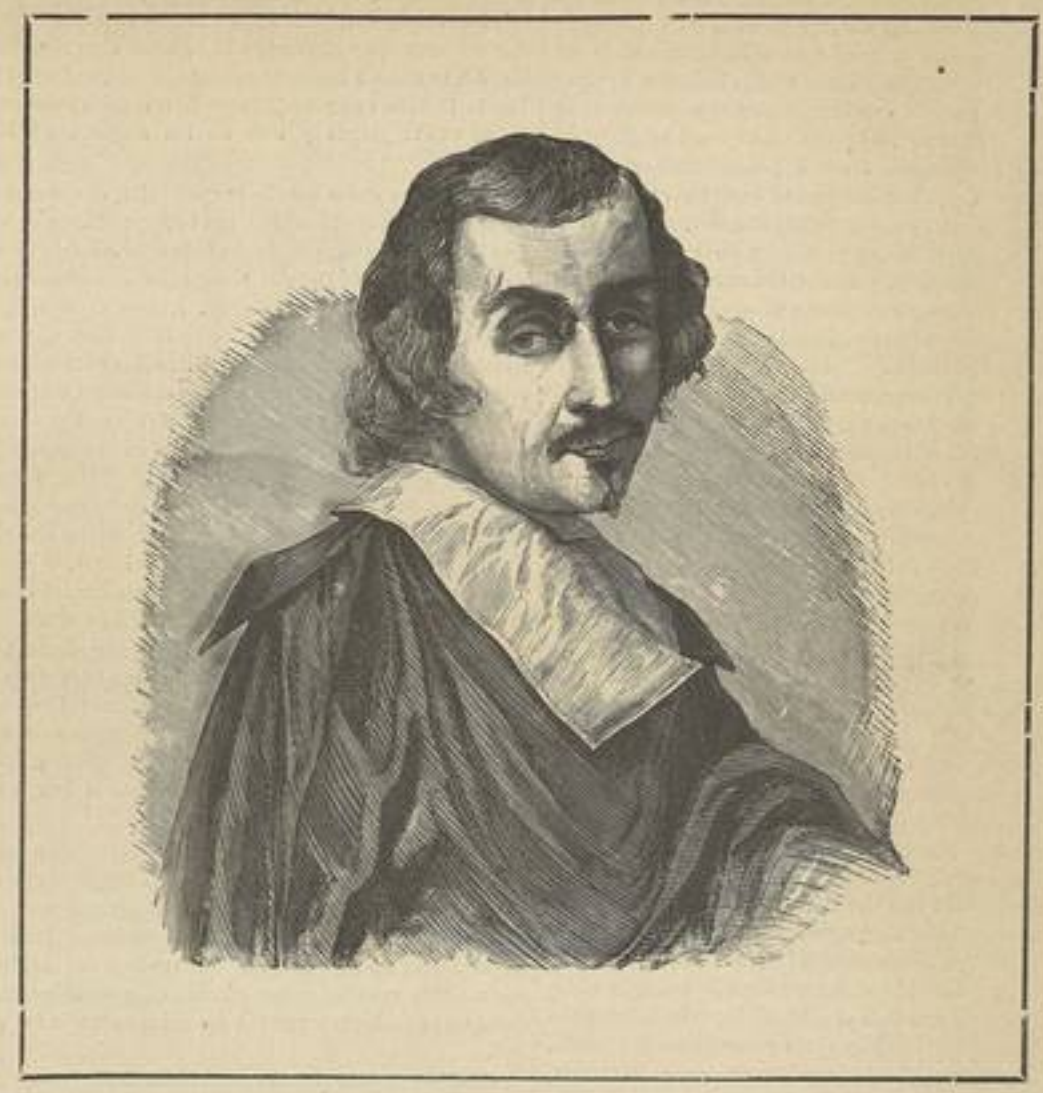
Pero antes de ello hubo de suscitársele al seráfico Padre una nueva contradicción, no menos sensible que las anteriores. Como quiera que el Papa no había declarado á los Obispos si la indulgencia había de ser perpetua ó temporal, éstos, de común acuerdo, convinieron en promulgarla por solos diez años. Levantóse en primer lugar el Obispo de Asís, y moviéndole Dios la lengua, contra toda su voluntad, pero con bien acentuada frase, exclamó: *perpetuamente*.

Escandalizóse aquella sagrada Asamblea al escuchar semejante declaración, totalmente opuesta á la palabra empeñada; por lo que incorporándose uno de los Mitrados, acaso con mayor brío y desembarazo del que á su caracter y madura edad convenía, fué á protestar contra la aseveración de su hermano, el de Asís; mas, bien lejos de efectuarlo, en lugar de decir por diez años, como intentaba hacerlo, repitió aquella frase fatal: *pepetuamente*.

Tocó su vez al tercero, y le sucedió otro tanto. Adelantóse el cuarto, el quinto, el sexto, y finalmente, el postrero; y todos ellos sucesivamente fueron repitiendo: *perpetuamente, perpetuamente*.

Con tan raro prodigio quedó definitivamente establecido este Jubileo plenísimo, bajado del mismo cielo, acontecimiento que registran los anales de la Orden Seráfica en el año de 1223.

P. Fr. José Coll.



CARLOS DOLCI

El Sr. Obispo de Palencia

Gracias á la amabilidad y compañerismo de la excelente revista *La Propaganda Católica* de Palencia, podemos ofrecer hoy á nuestros lectores el retrato del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Lozano y Torreira, Obispo de Palencia, que murió en el Señor el día 4 de Julio último, como dimos oportunamente á conocer en nuestro número anterior.

De la propia Revista que el retrato, tomamos los siguientes apuntes necrológicos:

«Nació en Santiago de Galicia el dia 27 de Diciembre de 1814. Desde muy niño dió claras muestras de perspicaz inteligencia, de afición al estudio y de aprovechamiento nada común; dedicóse muy luego á las ciencias eclesiásticas, recibiendo á los veinte años el grado de Doctor en Sagrada Teología, y luciendo en los diversos ejercicios necesarios para ello, profundos conocimientos, que no ha podido amenguar ni obscurecer la avanzada edad en que ha fallecido.

Conociendo que en el dia, para defender con éxito la doctrina católica, no es suficiente manejar las antiguas armas de las ciencias propiamente eclesiás-

ticas, quiso pertrecharse con otros recursos, á cuyo fin cursó y probó, siempre con las primeras notas, Historia Natural, Matemáticas superiores, Lenguas antiguas, y Derecho Civil y Canónico, recibiendo la investidura de Licenciado en Jurisprudencia en la Universidad de Santiago. Con aficion y aptitud envidiable para la enseñanza comenzó entonces su carrera de profesor, á la que vivió consagrado hasta el momento de venir á tomar posesión de esta Sede Episcopal, ó mejor diríamos, que ha continuado hasta su muerte, porque había adquirido tal hábito de hablar con facilidad y lucidez de toda cuestión científica ó literaria, y se sentía tan inclinado á ello, que tanto en los numerosos exámenes por él presididos, como en la conversación familiar, instruía á la par que deleitaba.

Explicó primeramente Sagrada Escritura en el Seminario de Santiago, ocupó después por nombramiento del claustro general de la Universidad de la misma ciudad las cátedras de Instituciones Teológicas y Teología Pastoral, hasta el año de 1842, en que pasó á formar parte del claustro del Instituto Provincial de Pamplona, encargándose de la asignatura de Matemáticas: en 1844 fué nombrado de nuevo por el Gobierno catedrático interino de Teología Pastoral en la Universidad de Santiago, desempeñando á la vez por elección el cargo de Vicerector de aquel centro de enseñanza. De 1845 á 1852 figuró entre el profesorado de la Universidad de Oviedo, ocupando nuevamente las cátedras de Historia Eclesiástica y Teología dogmática. Por este tiempo hizo oposición á la cátedra de la última asignatura citada, vacante en las Universidad de Madrid, llamando la atención por la brillantez de sus ejercicios, y figurando en la terna elevada al Gobierno para la provisión.

Poco después se opuso á la canongía Lectoral de Santiago, siéndole aprobados los ejercicios y obteniendo cinco votos en el escrutinio: más afortunado en Astorga fué elegido al fin para dicha prebenda, en cuyo desempeño, así como en el de otros cargos, que le fueron confiados, pudo conocer aquella diócesis las altas prendas del Doctor Lozano.—Pero sus miras se dirigían á la ciudad que le vió nacer: así que muy luego ganó por oposición la Lectoral de aquella Iglesia Metropolitana, que había vacado de nuevo, prebenda que no desempeñó por mucho tiempo, porque el Emmo. Sr. Cardenal García Cuesta, queriendo premiar los méritos del nuevo Lectoral, le elevó luego á la dignidad de Arcediano, y le confió honrosos cargos, como el de Rector del Seminario.

Con general aplauso de cuantos conocían las relevantes dotes del Arcediano de Santiago, su ilustración, acopiada en largos años de estudio y profesorado, su piedad acrisolada, su delicadeza de conciencia, rayana con el escrúpulo, su prudencia en los negocios, su celo en fin por la gloria y esplendor de la Iglesia, fué recibida la presentación del mismo para la Sede palentina en 22 de Julio de 1869. Preconizado y consagrado en los primeros meses del año siguiente, vino á tomar posesión el 30 de Mayo, correspondiendo la ciudad de Palencia en el entusiasta recibimiento que le hizo á las lisonjeras esperanzas que fundadamente habían concebido todos.

Cuál haya sido su tacto y acierto en el difícil gobierno de una Diócesis por espacio de veinticinco años, y en período tan triste para la Iglesia española, dícelo elocuentemente el hecho de que aquí, por la misericordia de Dios y la prudencia del Prelado, los escándalos y divisiones de los últimos tiempos solamente han encontrado almas que las lamentaban con amargura y pedían á Dios el remedio: mil veces le oímos decir que nada le apegaba á la Diócesis, como esta moderación cristiana de su Clero, por la cual bendecía á Dios de lo íntimo de su alma.

Dedicado á la enseñanza durante la mejor edad de su vida, conocedor de la necesidades de los tiempos, y Rector sucesivamente de los Seminarios de Astorga y Santiago, natural era que al encargarse del gobierno de una Diócesis, su primer pensamiento fuera para el plantel del sacerdocio, como realmente acaeció. Encontróse al llegar á Palencia con el proyecto de su antecesor de elevar un nuevo edificio para Seminario, de que apenas se habían echado los cimientos, y con celo verdaderamente pastoral, á costa de sacrificios sin cuento, secundado ardorosamente por el Rector, al cabo de algunos años logró dar cima á la obra, merced á lo cual cuenta hoy la Diócesis con amplísimo Seminario, construído de nueva planta y uno de los mejores de España.

Otra de las cosas que le preocupaba, como es natural en un Prelado celoso, era la Santa Pastoral Visita de la Diócesis, no acobardándole sacrificio ni penalidad cuando llegaba la ocasión oportuna para el cumplimiento de este deber. Así se esplica, que haya recorrido varias veces toda la Diócesis, amonestando paternalmente, en predicaciones contínuas y llenas de unción, dejando en todas partes testimonio de su largueza para con sus pobres. Un rasgo de su caracter, revelado varias veces en la visita, pinta mejor que otra cosa quién era el Prelado que acabamos de perder. Con frecuencia personas acaudaladas de muchas poblaciones, ansiosas de honrar á su pastor y honrarse á la vez á sí mismas, le ofrecían su casa y servicios; sólo tres veces aceptó ofertas de esta clase, protestando siempre con sencillez, que se encontraba mucho mejor al lado de la pobreza de su Clero que en medio del boato y regalo con que se le brindaba por otras personas. Cuantos le han visto modesto, alegre y atento para con todos, hospedado en la por lo común pobre casa Rectoral de los pueblos, pueden atestiguar si era ó no sincera la protesta del Prelado.

El esplendor del culto era otro objeto que también atraía sus cuidados. Por esto jamás dejó de oficiar de Pontifical en los días de costumbre y en otras muchas cuando alguna solemnidad parecía reclamarlo; su asistencia á la Catedral fué asídua, costándole muchas veces sacrificios que solamente los que le rodeaban podían apreciar en todo su valor.

Cuantas solemnidades se celebraban en las parroquias y conventos de la ciudad, eran realzadas siempre con la presencia del Prelado, que no sabía negarse á las piadosas invitaciones que se le hacían á este fin.

Predicaba en toda parroquia durante la Santa Pastoral Visita, y fuera de ese tiempo lo hizo con frecuencia mientras la edad y las fuerzas lo consintieron; su palabra era fácil y elegante, revelando siempre el buen gusto literario adquirido en su juventud, su acento paternal, extraordinarios el celo y la unción de sus exhortaciones. El alto cargo le ponía muchas veces en la necesidad de presidir actos de diversa índole, y si bien repugnaba cortesmente los honores que en ello se le ofrecían, concluía casi siempre por ceder, con tal que no viera en la aceptación algún desdoro ó inconveniencia para su carácter episcopal. En estas ocasiones bastante frecuentes le vimos tomar la palabra, hablando siempre con profundidad y soltura de las cuestiones más diversas, y al parecer menos propias de la erudición eclesiástica; jamás le faltaba el concepto ó la frase sin incurrir en la vulgaridad. No hace muchos años hubo de pasar á la capital de otra Diócesis, llevado por asuntos de su ministerio; abundaron en los días de su estancia actos literarios y de otra índole, y queriendo honrar á tan ilustre huesped, se le invitó con la presidencia; hubo de hablar repetidas veces con este motivo sin preparación, y sobre asuntos los más extraños; siempre logró cautivar la atención, levantando muy alto el concepto del Prelado palentino, como atestiguaban personas ilustradas de todas clases.

Nada de esto extrañará quien conociera su clara inteligencia, rápida percepción y esmerado gusto literario, juntamente con su ciencia y aplicación constante al estudio. Dotado de privilegiada naturaleza, ha podido soportar hasta el último año de su vida largas horas de trabajo, sin descanso ni recreo alguno, robando muchas veces al sueño vigilias consagradas á atesorar nuevos conocimientos. Todas estas cualidades, realizadas por la primera educación de su espíritu, y el trato contínuo y casi exclusivo de personas ilustradas en los años de profesorado, explican la facilidad, precisión y claridad admirable de su palabra, al tratar una cuestión cualquiera.

Por dos veces visitó la ciudad de Roma respondiendo al llamamiento del Pontífice, la una para solemnizar el centenario de San Pedro, la otra para asistir al Concilio Vaticano; y esto que á primera vista parece una generalidad común á otros muchos, no digna de ser mencionada, lo es respecto de nuestro Prelado; porque emprendió esos viajes con la devoción de un peregrino de la Edad Media, sintiendo hacia la Santa Sede una piedad y adhesión verdaderamente filiales, móvil de frecuentes actos en su vida apostólica. Contaba y recontaba con sencilla complacencia los recursos, siempre suyos en la mayor parte, que iba allegando para el Dinero de San Pedro, y era día de verdadero placer, que apenas podía disimular, cuando mandaba una limosna al Santo Padre.

Aflicciones y disgustos no le han faltado durante su largo Pontificado, como no faltan á Prelado alguno en los tiempos que corremos; pero bien puede asegurarse, que sin la extremada delicadeza de conciencia que le caracterizaba, y el temor contínuo de no acertar en la resolución de los negocios, hubiera sido su vida la más tranquila y sosegada que puede prometerse en estos días un Pastor de las almas; el Clero y el pueblo de la Diócesis en general no han amargado sus días; si padeció en ocasiones, fué mártir de su conciencia timorata.

En el trato era sencillo, afable, jovial, de amena y entretenida conversación, partidario de las maneras distinguidas sin afectación, y esclavo de una delicadeza extremada repugnaba hasta la apariencia de la grosería ó vulgaridad, con las cuales no podia transigir. Espléndido y dadivoso con los demás, sólo consigo mismo era moderado y parco; frugal y sóbrio hasta la mortificación, siempre observó un método de vida, que aun en su última enfermedad le costó mucho verse obligado á quebrantar.

Todos estos rasgos brevemente apuntados, que dan á conocer un poco al Obispo y al hombre, aquilatan la pérdida que ha sufrido la Diócesis de Palencia; y sin embargo, tenemos la convicción de que ninguno de cuantos trataron al virtuoso Prelado, verá en estos apuntes exageración cariñosa; antes bien, juzgará que muchas veces hemos tenido que moderar la frase, por atemperarla á la modestia del que fué para nosotros Pastor y Padre amantísimo.

R. I. P.

Hasta aquí *La Propaganda Católica*, de cuyo periódico tomamos la bellísima elegía compuesta por Carolina Valencia en honor del difunto Prelado, y que verán nuestros lectores en el lugar correspondiente.

(*La Propaganda Católica*).

Un ramo de flores

No merece otro título el precioso librito que tengo sobre la mesa, y del que pretendo dar alguna noticia á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA. Titúlase *Recuerdos*, y está dedicado á las alumnas del Sagrado Corazón por una de sus compañeras. Esta compañera, esta ex-alumna del Sagrado Corazón, es naturalmente la autora del libro, y demuestra su exquisito gusto literario al par que sus virtudes cristianas (entre las que la modestia ocupa sitio tan preferente); hasta en ese pudor de ocultar su nombre bajo el velo de un pseudónimo genérico, y muy apropiado por otra parte á la índole de las composiciones que forman el libro. Son aquéllas más de setenta; y todas, salvo tal ó cual incorrección de forma, verdaderas, legítimas y elevadas poesías, y su autora una poetisa tierna y evangélica, digna de figurar entre las primeras. El ramo de flores que ahora ofrece al público es seguramente anuncio de frutos abundantísimos y sabrosos para un porvenir más ó menos lejano.

Porque según dicen por ahí los murmuradores de lo bueno, que también los hay, y son indiscretos como los otros, la ex-alumna del Sagrado Corazón es una jovencita que apenas si llega á los

veinte años; y aun añaden que su apellido es ilustre en el foro y en la literatura; y aun murmuran más, pues cuchichean que si vivieran Aparisi y Galindo, sus amigos del alma, ambos á dos habrían de haber gozado extraordinariamente, y aun habrían de haber derramado lágrimas de alegría, leyendo las páginas del libro *Recuerdos*. La verdad es que el corazón de Aparisi y de Galindo (un solo corazón repartido en dos personas), palpita en los versos de esta inspiradísima cantora de la Religión católica y de las virtudes cristianas.

Más de sesenta composiciones forman este librito, según hemos ya dicho, y todas son breves, y todas inspiradas en los más puros y elevados sentimientos religiosos. Empieza invocando al Sagrado Corazón:

Soy culpable, y por tanto,
Merezco la prisión;
Jesús, encarceladme
En vuestro corazón.

En cárcel tan dulce y sublime aparece constantemente la autora de los *Recuerdos* aprisionada; y ¿en dónde mejor habría podido ir á buscar las fuentes de la inspiración cristiana? Así, que en cuantas ocasiones canta, el raudal de la poesía se desborda de sus labios.

Si llega un día en que

De los premios las coronas
Ornaron mis sienes hoy,

la poetisa busca con esos honores de alumna, no la satisfacción de su amor propio, sino el consuelo que á su madre han de proporcionar. Porque

Hoy es justo la indemnice;
Mis flores la voy á dar,
Y tan sólo las espinas
Para mí quiero guardar.

Le dice á la Vírgen María:

Si buscas las ovejas
Que de Jesús se apartan,
¿Dejarás la que quiere
Estar siempre á tus plantas?

Lo cual es delicado y tiernísimo; un legítimo pensamiento místico.

No podemos hacer un análisis, ni siquiera una enumeración sucinta de todas las poesías que encierra el libro. En gracia, sin embargo, de nuestros lectores, hemos de permitirnos recordar algunas. *La Rosa del Santuario* es un bellísimo romance. *Mi cariño* es una dolora de las pocas perfectas que se han escrito en castellano. Hela aquí:

MI CARIÑO...

Por un alma querida,
Hice yo esta oración:
«Antes que un soplo de maldad la empañe
Que se la lleve Dios.»

Ni el pensamiento puede ser más sublime, ni cabe decir más en menos palabras.

No menos hermosa es la siguiente:

LA VIRTUD

Busca la noche obscura,
Para esparcir su claridad la estrella;
Para exhalar su aroma,
Busca oculto ramaje la violeta:
Así, para verte hasta el olvido
La virtud verdadera.

Y esta otra:

LOS DOS EXTREMOS

El amor que me tienes tú, Dios mío,
Del de las criaturas es reverso:
El de ellas, lo conquisto cuando bueno,
Y lo aparto de mí cuando pudiera;
El tuyo, padeciendo no lo atraigo,
Y dándome al placer, de mí lo alejo.

No copiamos más, porque tendríamos que copiar casi todo el libro para dar á nuestros lectores idea exacta de las bellezas que atesora. Sólo nos resta, por lo tanto, para concluir esta ligera reseña, manifestar que *Recuerdos* debiera ser pronto un libro popularísimo en España, que los padres y madres de familia deben comprarlo á sus tiernas hijas, comprendiendo que su lectura y meditación ha de ser provechosísima y simpática en extremo á las jóvenes católicas. Ningún librito mejor para regalarlo á una niña ó adolescente. Está primorosamente encuadernado, y se vende en las librerías católicas al ínfimo precio de 6 reales.

X.

Album de poesías

A LA MUERTE
del Ilmo. Sr. D. Juan Lozano y Torreira
OBISPO DE PALENCIA

¿Quomodo sedet sola civitas plena populo?
JEREM. THREN, cap. I, vers. 1.°

¿Cómo está sola y de dolor transida
La ciudad entre todas celebrada,
La reina de los pueblos escogida,
La prez de las naciones envidiada?
¿Cómo en silencio y orfandad sumida
La faz inclina pálida y llorosa?
¿Cómo yace entre el polvo confundida
La que aún ayer magnífica y gloriosa
Su frente alzaba de laurel ceñida?
¿Quién abatió la altiva fortaleza
Donde Jerusalén se cobijaba?
¿Quién marchitó la espléndida belleza
Con que la virgen de Sión brillaba?
¿Quién dejó sus caminos solitarios?
¿Quién derribó su antemoral bendito?
¿Quién hizo á sus magnates tributarios?
¿Quién causa su dolor casi infinito?..
¿Qué dice ese constante clamoreo
Donde flotan á un tiempo confundidos
El sollozo que anuda la garganta,
Los gritos de dolor mal comprimidos
Y la oracion consoladora y santa?
¿Quién exhala ese coro de gemidos
Que en las ondas del éter se levanta?
Es Israel, que anonadado llora,
De negro luto y de aflicción cubierto,
La muerte del caudillo generoso
Cuya potente mano salvadora
Le abría los caminos del desierto.
Es Sión, que cual viuda desolada
Olvidando festines y cantares,
Con la frente en el polvo sepultada
Se sacia de la hiel de los pesares.
¿Con qué compararé tu desventura,
Oh contristada Iglesia Palentina,
Si es como el mar inmensa tu amargura,
Y el ígneo sol que sobre tí fulgura
Sólo escenas luctuosas ilumina?
Todo es en tí desolación y ruina
Porque huérfana y sola te has quedado;
Faltó el consolador de tus dolores,
El Pastor santo que por ley divina
Gobernaba tu grey con su cayado;
Rompieron tus alegres tañedores,
Las cítaras del templo abandonado;
Escondiste las galas de la fiesta,
Y quedaste cual viña sin vallado
A la asechanza del ladrón expuesta.
Por eso tu alma sin reposo gime
Sentada en sombras y terror de muerte
Bajo el pesado yugo que la oprime.
Y el soberbio clamor de tus campanas
Por el tranquilo espacio dilatado,
Se extiende con las ráfagas livianas
Del revoltoso viento
Que en incesantes vibraciones gira,
Como gigante, atronador lamento
De un pueblo desolado
Que por cien bocas de metal suspira.
Y entre las ondas puras
Del incienso ante el ara consagrado
Que en ligera espiral al cielo sube,
Formando al condensarse en las alturas
Ténue celaje de azulada nube,
Del órgano sagrado
La imponente y llorosa melodía
Se derrama en torrente desbordado,
Con ímpetu lanzado
Por la alta y desigual trompetería,
Y es su música el eco sollozante
De un himno de dolor indefinible,
Largo, lento, angustioso,
Como un ¡ay! prolongado de agonía
Que alzándose pujante y majestuoso,
Se sostiene en su acorde postrimero,
Triste, vago, terrible,
Vibrante, desigual y lastimero;
Y al perderse en obscura lejanía
Deshecho ya en mil notas suspiradas
De extraño son, de insólita armonía,
Va escalando las naves enlutadas,
Temblando por las góticas arcadas,
A morir en la bóveda sombría.
Y abajo entre las luces funerarias
Que en brillante aureola le circuyen,
Cual mudos centinelas de la tumba,
Y entre el sordo rumor de las plegarias
Que en torno suyo misterioso zumba,
Yace el atleta, de luchar cansado,
El que de gloria perennal sediento,
Mientras su brazo sostenerse pudo
Combatió en la palestra denodado,
Hasta que al fin rendido y sin aliento
Tendióse á descansar sobre su escudo.
¡Ah! Si en el frío lecho de la muerte
Se perciben del mundo los rumores,
Si á través de los pálidos despojos
De esa materia, como el polvo inerte,
Puede el alma ya libre y sin enojos
Asomarse á este valle de dolores
Por las yertas ventanas de los ojos:
Si ves cómo tu pueblo consternado
Por la aflicción inmensa de perderte,
Al pie de los altares se congrega,
Y unidos en un mismo sentimiento
Sus varios corazones
Cómo á ofrecerte su tributo llega,
De lágrimas, de amor y de oraciones,
¡Qué ideas cruzarán tu pensamiento!
¡Cuán diversas y extrañas emociones
Agitarán tu espíritu este día!...
¡Oh quién sabe, quién sabe
Lo que queda detrás de la agonía!
¿Quién poseyó la misteriosa llave
Que guarda los secretos del destino?
¿Quién conoció el camino
Por donde llega hasta el cenit el ave?
¿Quién el seno exploró del Oceano
Ni de la tumba el pavoroso arcano?...
Señor, que desde el solio refulgente
De la luz increada donde habitas,
Los destinos diriges providente
De las naciones por tu amor benditas;
Oye la voz del que con fe te invoca;
Vuelve á nosotros paternal mirada
Como á la aurora que al nacer sonríe
A la tierra de sombras enlutada.
Has herido al Pastor, Dios soberano:
No dejes que el rebaño se extravíe.
Tiende amoroso tu potente mano
Que al eterno redil sus pasos guíe,
Y siempre fiel tu pueblo castellano
A tí se acoja y en tu amor confíe.

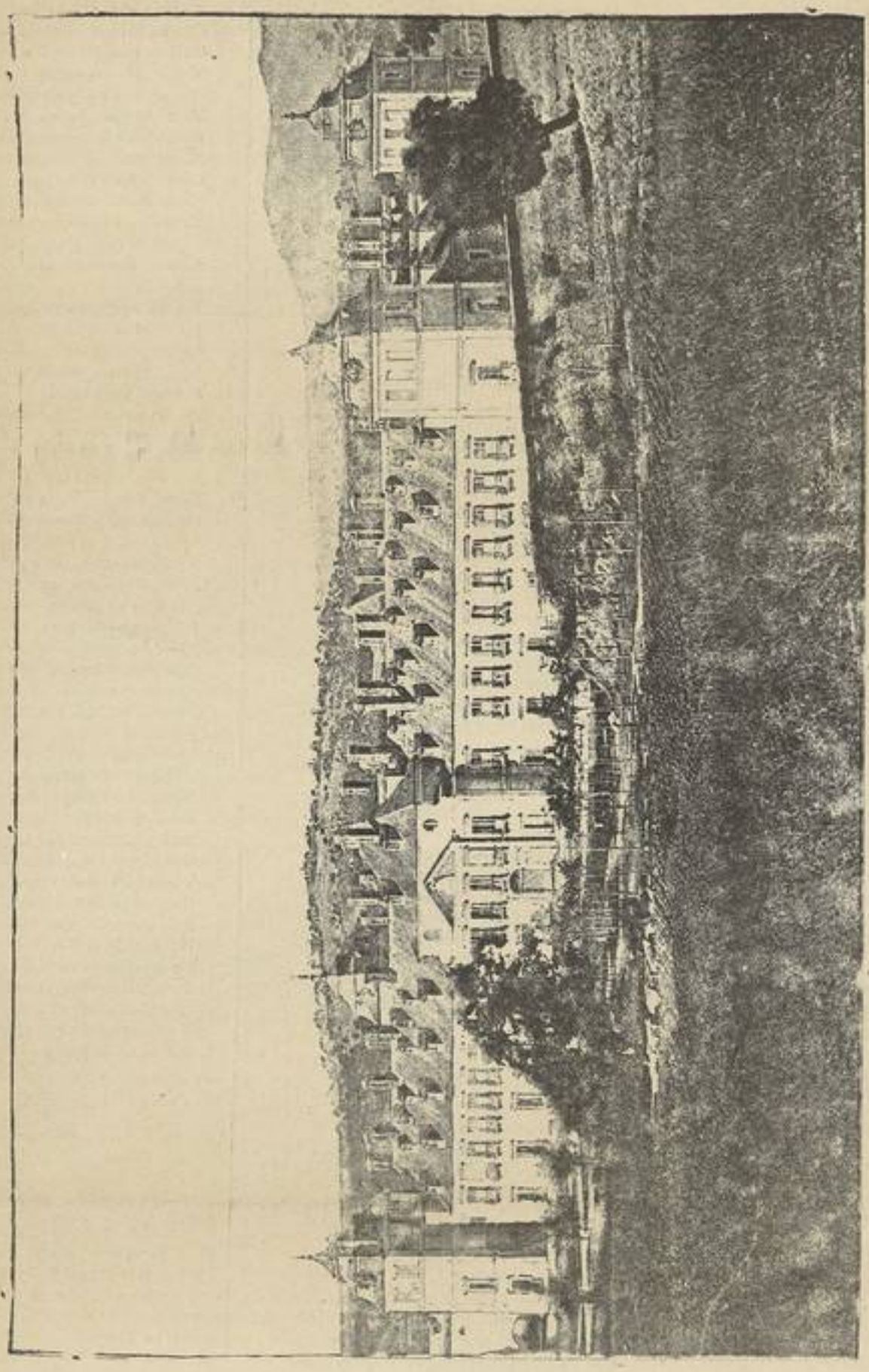
CAROLINA VALENCIA.

Pedro A. de Alarcón

I
SU VIDA

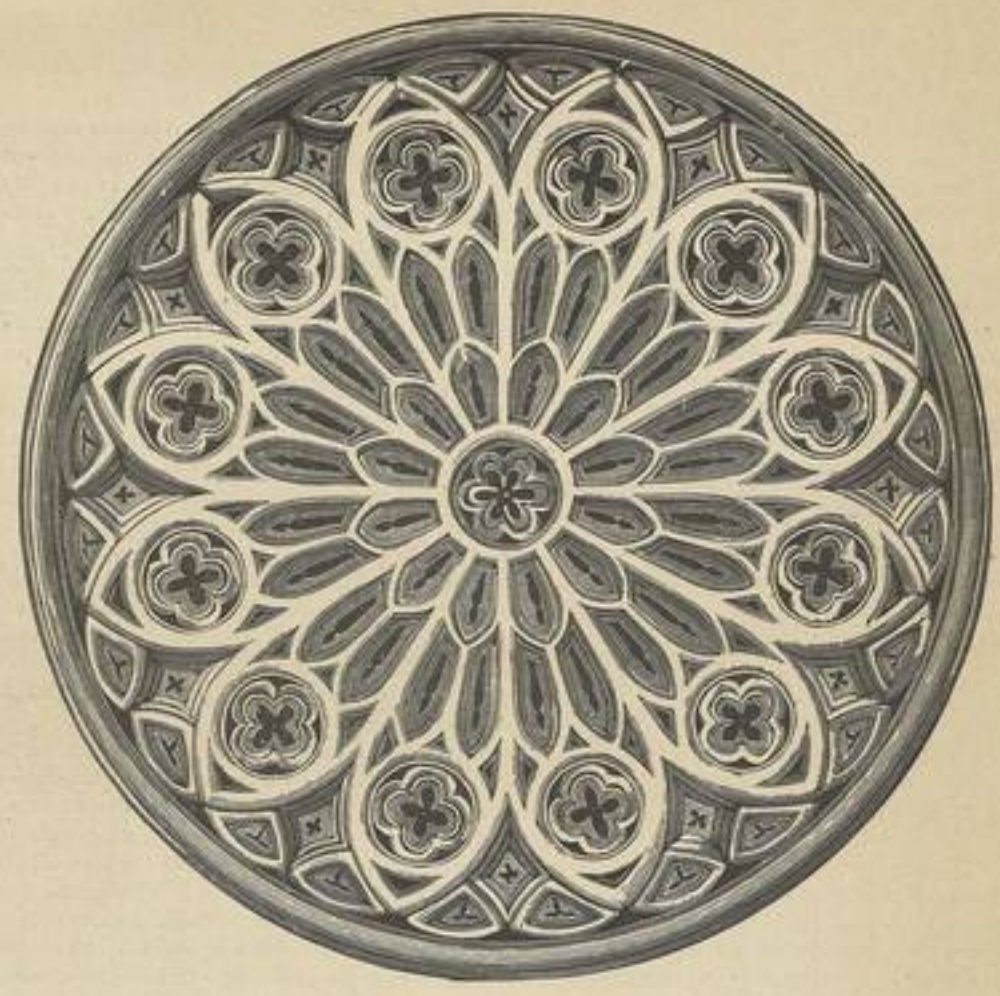
En el número pasado hubimos de registrar la pérdida de uno de los hombres más célebres y más dignos de la celebridad que han vivido en los tiempos modernos: el P. Felix. Hoy nos toca consignar la de una de las glorias más puras de la moderna literatura castellana: la de Pedro A. de Alarcón.

Alarcón fué un escritor bien intencionado: de todas las cualidades que concurren á formar el literato, «sólo una, decía él al ingresar en la Academia Española, sólo una traigo yo probada. Refiéreme á la intención moralizadora de mis escritos». La modestia de Alarcón ocultaba que á más de esa, tenía otras muchas y brillantísimas condiciones de escritor. Era poeta, poeta de hondo sentimiento y generoso ideal, y su poesía circula como licor de vida imperecedera por todas sus obras; quizás sea en los versos en donde resplandece menos. Pero en las novelas, en los cuentos, en los artículos críticos, hasta en las revistas de salón, Alarcón se

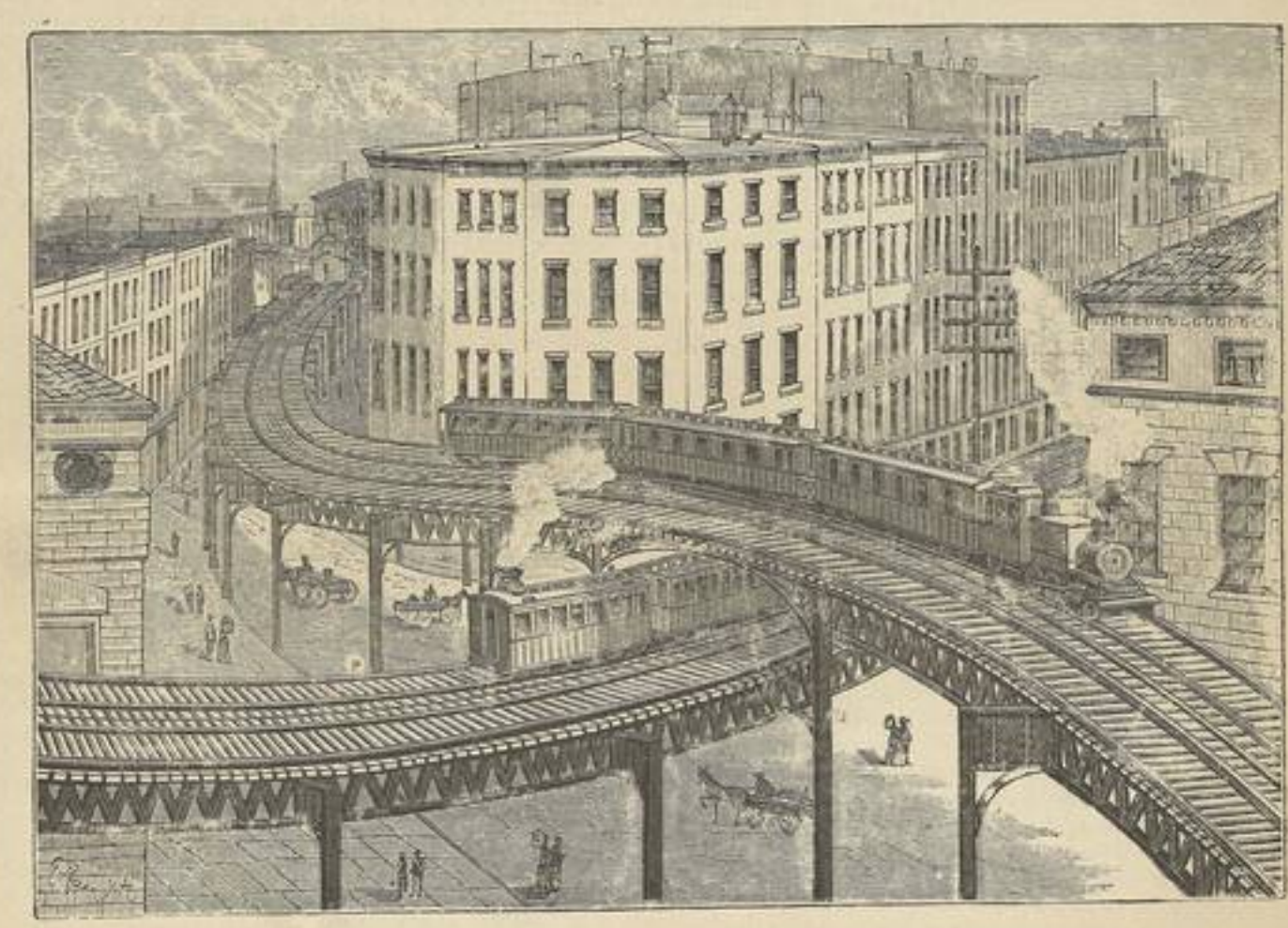


MONASTERIO DE GUADALUPE





RECUERDOS DE LA ANTIGUA ESPAÑA



CRUCE DE LOS TRANVÍAS

muestra siempre poeta, gran poeta. *Su Noche buena en Madrid* es un artículo de costumbres que encierra dentro de sí más poesía que casi todas las odas, poemas y rimas que se han escrito en castellano de un siglo á esta parte.

El autor de *El Escándalo* y *El sombrero de tres picos*, nació en la ciudad de Guadix, provincia de Granada, el día 10 de Marzo de 1833, de una noble familia que perdió casi toda su fortuna en la guerra de la Independencia.

Su familia era honrada y cristiana. De los recuerdos de su hogar y de sus padres están llenos los libros y artículos de Alarcón. En *El sombrero de tres picos* y en *El Niño de la Bola* describió maravillosamente la fisonomía local y costumbres de su ciudad nativa en los días de su niñez.

Hé aquí cómo en su viaje *De Madrid á Nápoles* dá cuenta de sus primeras emociones artísticas:

«La catedral, bella, artística, rica, gobernada por insignes Prelados y sabios Cabildos, descollaba sola entre los escombros romanos, árabes y semifeudales. ¡La catedral era el único palacio habitado; el único poder que conservaba su primitivo esplendor y magnificencia; el alma y la vida de Guadix!

En ella recibí yo mis primeras impresiones artísticas; ella me dió idea del poder revelador de la arquitectura; allí admiré los primeros cuadros. Allí también, en las grandes solemnidades religiosas, brillaron ante mis ojos las maravillas de lujo, el tisú, el brocado, el oro, la pedrería, ora en los cálices, ora en los ornamentos, ora en las vestiduras. Allí, entre nubes de incienso, al fulgor de millares de luces, al son del órgano, escuchando las concentradas voces de los cantores y los gemidos de los violines de la capilla, entreví el arte, soñé la poesía, adiviné un mundo diferente del que me rodeaba en la ciudad.

Y museos, teatros, monumentos arquitectónicos, conciertos, alcázares dorados, espectáculos brillantes, todo cruzaba por mi imaginación como una profecía; todo palpitaba en mis entrañas, cual si un sér misterioso se despertara dentro de mí; todo se me revelaba de la manera que los fulgores de la gloria brillan á los ojos de los estéticos.

Así, pues, las maravillas de la tierra, el sentimiento de las artes, el *Sursum corda* de la poesía se manifestaron en mi existencia en horas de mística devoción; y la fe y la belleza y la religiosidad y la inspiración, la ambición y la piedad, nacieron unidas en mi alma como raudales de una sola fuente.»

Sus padres, con pocos medios de fortuna, y diez hijos, destinaron á Alarcón á la carrera eclesiástica, más fácil de seguir que otra alguna, en Guadix, por ser esta ciudad cabeza de Diócesis, y radicar en ella, como es consiguiente, un Seminario conciliar. Pero Alarcón no tenía vocación por el estado eclesiástico. Soñaba con la profesión de las letras, y ansiaba venir á Madrid, mar ancho que á su fantasía de adolescente se presentaba como teatro propio de aventuras, de esas romancescas que se leen en las biografías de algunos célebres poetas. Alarcón robaba á los estudios graves de la Filosofía el tiempo necesario para leer poesías y novelas, nutriéndose de las de Byron, Musset, y otros corifeos entonces en boga. Lo que los franceses llamaban *la bohemia literaria*, le seducía sobre manera. A los quince años compuso é hizo representar en Guadix un drama original, que le valió muchos aplausos de sus conterráneos; pero, como escribía años adelante, «las espinas de aquellas flores se clavaron en mi corazón: desde el día que fuí una *singularidad* en mi pueblo, principié á ser desgraciado, pues me quedé solo con mi pequeña gloria, bloqueado por la envidia y encastillado en mi soberbia.»

Con otro joven de Guadix, Torcuato Tárrago, publicó Alarcón un periódico que veía la luz en Cádiz, titulado *El Eco de Occidente*. Este periódico dió dinero, y de él se valió el joven poeta para huir de su casa, como el hijo pródigo, y venirse á Madrid á sentar plaza *entre los vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros*. Alarcón, desterrado voluntariamente de su hogar, sintió la nostalgia infinita de la familia, y esa nostalgia fué durante muchos años la musa triste que inspiró la mayor parte de sus poesías. Ninguna tan bella como la ya citada Noche Buena.

Hé aquí algunas de sus sublimes estrofas:

«En mi pueblo, á noventa leguas de Madrid, á mil leguas del mundo, en un pliegue de Sierra Nevada... ¡Aún me parece veros, padres y hermanos! Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar; la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia: enseguida se hallaban mis padres; luego nosotros, y entre nosotros los criados. Porque en aquella fiesta todos representábamos *la casa*, y á todos debía calentarnos el mismo fuego... Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea... ¡y el viento silbaba á lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!»

«Yo no ceno en mi casa hace algunas Noches Buenas. Mi pueblo ha desaparecido de mi vista como el islote que se deja atrás el navegante. Ya no soy aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de tristeza, que penetraba temblando en la existencia.—Yo soy ya... nada menos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engríe de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de usted!!!»

«¡Oh! Cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes, con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonríome por fuera, y hasta lanzo una carcajada que considero de buen tono; mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía.»

«Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!»

A esta sentida lamentación del Hijo Pródigo no cabe otra respuesta en labios de un padre que la que apuntó el mismo Alarcón en su drama *El Hijo Pródigo*.

«Sí... está bueno... lo sé!
Que ya, aunque hijos de mí,
No están solos en tu aflicción;
Pues irán eternamente
Mi bendición en su frente,
Y Dios en tu corazón.»

De aquel tiempo datan también las pintorescas narraciones de Alarcón de la vida bohemia madrileña, graciosa imitación de la del barrio latino de París, y su vida de aventuras galantes y revolucionarias. Llegó á tener un duelo.

«A los veinte y un años,—escribía él mismo años después,—caballero andante de la revolución y soldado del escándalo, luché cara á cara con el poder más fuerte de mi patria, para venir á verme una mañana de Febrero, solo, en un campo desierto, á merced de mis enemigos, no sabiendo mi imperita mano defender mi vida, y debiéndosela á una noble genialidad de mi contrario, mientras que mis cómplices de redacción se lavaban las manos ó *hacían todo lo contrario de lavárselas*.»

Este espíritu romántico encontró en 1859 más noble teatro de acción, alistándose como voluntario en el ejército de Africa. Alarcón fué en aquella gloriosa campaña soldado y cronista. Como Escilla, peleaba durante el día, y por la noche escribía en su tienda. Sus crónicas coleccionadas forman un precioso libro del que circulan más de 100 000 ejemplares: *El Diario de un testigo de la guerra de Africa*.

Al año siguiente publicó el viaje *De Madrid á Nápoles*, hermosa narración, algo deslustrada por las preocupaciones católico-liberales del autor. Después entró resueltamente en política; fué otra vez revolucionario en 1868, ocupó importantes puestos en el Gobierno del país; y se desengañó de la revolución, como sucede á todos los espíritus generosos que prestan atento oido á las falaces sugestiones de la sirena. Nada más patético y sentido que esta página escrita por Alarcón en 1874, en su libro *La Alpujarra*.

«¡*El Rosario*! Veinte años hacía ya por lo ménos que no lo veíamos recorrer á aquella hora y de aquel modo (según la inmemorial costumbre) otras ciudades, villas y aldeas de la proverbial *tierra de María Santísima*.—¡Y qué veinte años! Durante ellos, los mismos que solíamos felicitarnos de la desaparicion del antiguo orden social y político de España... hemos venido á reconocer, en cambio, á fuerza de crueles lecciones... que esa libertad y esas ideas, lejos de domesticar, de civilizar, de dignificar más y más cada día á las clases bajas... las han hecho retroceder á la primitiva barbarie.—Inútil, ocioso, necio, y sobre todo peligrosísimo... fuera cerrar los ojos á esta verdad que palpita en el fondo de la conciencia de cuantos hemos dirigido la voz al pueblo (creyéndonos sus redentores) desde el periódico ó desde la tribuna, desde el libro ó desde la cátedra. ¡Imposible escapar á nuestros remordimientos! Los espantosos resultados de nuestras bien intencionadas, pero imprudentes provocaciones, están harto á la vista en todas partes.... Así pudiera continuar mucho tiempo, á riesgo de que se me considerase neo-católico, ultramontano, retrógrado, oscurantista, persa, carlino y partidario del tribunal de la Inquisición.—Mas creo haber dicho ya lo bastante para explicar la profunda complacencia que nos causó aquella noche ver al pueblo orgivense, representado por sus hijos, hacer pública profesión de su fe cristiana.

Desde hace tres años Alarcón se había visto tristemente obligado á abandonar el palenque de las letras, en que tan señaladas victorias había conseguido.

Aquel espíritu enérgico, aquel entendimiento clarísimo se hallaban sometidos desde aquellas fechas al más absoluto quietismo, bajo la dolorosa influencia de una afección al estómago.

Durante los primeros meses, nadie, ni él mismo, atribuyeron gran importancia á aquella pertinaz dolencia; pero pocos después cuantos le rodeaban con asiduidad comprendieron que el ilustre escritor estaba herido de muerte.

De tal modo encarnó esta triste creencia en el ánimo de sus amigos y admiradores, que hace un año á nadie sorprendió—siquiera se acogiese con hondo pesar—la noticia, entonces falsa, del fallecimiento del autor de *El Escándalo*.

La esposa y los hijos de Alarcón, solícitos y cuidadosos de la salud del ilustre escritor, le habían hecho pasar los últimos veranos en la quinta de su propiedad en el cercano pueblo de Valdemoro.

Este año también tenían decidido trasladarlo á dicha posesión, pero se exacerbó la dolencia de Alarcón de tal modo, que se desistió de aquel proyecto primero, y se temió, muy en breve, que tuviera un rápido y funesto desenlace.

Aquellos tristes presentimientos se cumplieron, desgraciadamente. En la madrugada del 20 del corriente el estado del enfermo se agravó en términos que fué preciso administrarle los últimos Sacramentos.

Desde aquel instante puede decirse que Alarcón entró en el período de la agonía, hasta que á las ocho de la noche exhaló el último suspiro.

Alrededor de su lecho mortuorio, y además de sus médicos de cabecera, Sres. Montana y Tolosa Latour, se hallaban su esposa y sus hijos, sumidos en la más dolorosa de las amarguras. También cerró piadosamente los ojos del ilustre muerto otro insigne escritor, D. Manuel Tamayo y Baus, que no abandonó al amigo hasta dejarlo colocado en su féretro.

¡Oremos á Dios por el alma del ilustre finado!

II

SUS OBRAS

Las obras de Alarcón pueden clasificarse de poesías, artículos, cuentos y novelas.

De sus poesías, escribió Varela, que «atraen al lector, y después de atraído le retienen y embelesan.» Compuso hermosos versos del género épico,

como *El Suspiro del Moro*, y en todos los demás géneros brilló también. Véase como muestra este bello soneto:

ROMA

—

¡Sólo tú por dos veces el imperio,
¡oh Roma! has ejercido en las edades!
¡Sólo tú de dos fatídicas ciudades
envuelves en la púrpura el misterio!

Dos veces asombrado el hemisferio
contempló tu grandeza ó tus maldades,
según fueron del orbe potestades
León ó Borgia, César ó Tiberio.

De Persépolis, Nínive y Cartago
no queda más que fúnebres ruinas,
cálida arena y solitarias palmas:

y tú, inmortal en medio del estrago,
al perecer las águilas latinas,
conquistaste el imperio de las almas!»

Como poesía humorística, véase la siguiente parodia de algunos poemas de Campoamor:

EL CUERPO Y EL ALMA

—

IMITACIÓN DE CIERTOS POEMITAS AL USO

I

Amaba un capitán de cazadores
á la incurable tísica Dolores;
él parecía un San Cristóbal, y ella
una Virgen de *Giotto*, flaca y bella.

Llegado había y transcurrido el plazo
en que unirlos debiera santo lazo;
y, en vez de ir al altar, iba la hermosa,
con su madre y su novio, á Pasicosa.—

¡Desdichada! Las veinte primaveras,
no con alegres rosas hechiceras
retrataba el Amor en sus mejillas,
mas con lúgubres rosas amarillas.

La descarnada talla de su pecho,
como la tapa de ataúd estrecho,
se ardiesen corazón ya comprimía...;
¡y aún soñaba la joven! ¡aún reía!

La madre y el amante, ¡oh cuadro horrendo!
del porvenir le hablaban sonriendo;
y ella, ignorante de que estaba muerta,
tomaba la ficción por dicha cierta.

II

Como fúnebre carro, ya de España
ganaba el coche la postrer montaña,
y á lo lejos se vía, entre la nieve,
de Pasicosa el horizonte breve.

El recio capitán de cazadores
clavó entonces sus ojos en Dolores;
y los dos se miraron de tal suerte,
que el Amor hizo ensayo de la Muerte...

Aquel angosto y frígido paraje
término no era sólo de un viaje...
¡También pudiera serlo de una vida,
ó del amor la tierra prometida!

¡Allí estaba el Hotel de cien ventanas
en que vivir pensaban tres semanas!...
¡melancólico Hotel, inútil puerto,
en donde tantos náufragios han muerto!

¡Allí estaba el Hotel, en que á otro día
la del número quince moriría!...
—¡Ay, triste capitán de cazadores!
¡no tomes ese número á Dolores!

III

Se la tomó...—Y allí, como perfume
que en devorantes ascuas se consume,
ó como flor trasplantada por el viento,
Dolores exhaló su último aliento.

Murió, sí,—y, al morir, la desgraciada
bendijo de su amante la mirada...
¡la funesta mirada del camino!...
y envidió de otras hembras el destino...—

¡Así acabó, sin principiar, la historia
de una posible madre, que está en gloria!
¡Así tuvieron que enterrar con palma
un cuerpo que no pudo con su alma!—

¡Qué diferencia entre esa pobre tísica
y el amplio alarde de opulencia física
de aquellas mocetonas de alquiler
que vienen *á cebar* de Santander!

Como articulista ya hemos dicho que Alarcón fué inimitable; rayó en donde ninguno de sus contemporáneos, con tener él contemporáneos que se llamaron Selgas. Además de la *Noche buena* escribió *El año nuevo*, *Las Ferias de Madrid*, *La fea* y otra porción de artículos que son verdaderos dechados.

«Recorro—escribió en su admirable artículo *El año nuevo*—recorro los años que median entre niño y anciano, diciéndome: ¡Aquí debe estar la vida; y busco y miro y palpo, y encuentro que la *vida* es un centenar de pórticos que se suceden en forma de galería, y encima de los cuales se lee en los cincuenta primeros: MAÑANA... MAÑANA... MAÑANA... y en los cincuenta últimos: AYER... AYER... AYER... —Me paro entre el último *mañana* y el primer *ayer* y tiendo los brazos y digo: Este es el apogeo de la existencia. Aquí vienen ó de aquí tornan todos los peregrinos. ¡Veamos el objeto de tan penoso viaje! *Ayer*... esperaba; *mañana*... recordaré.»

Esta elevada filosofía brilla en todos los trabajos de Alarcón.

Sus cuentos ó novelas cortas son maravillosos cuadritos de la escuela flamenca, llenos de luz y de color. Los tiene preciosos, como *El coro de angeles* y otros muchos.

En cuanto á novelista no es menos espléndida la corona que ciñe las sienes de Alarcón. No es difícil una clasificación de sus novelas en dos grupos: el de aquellas en que predomina una idea moral, base y finalidad de la obra, y el de aquellas que sólo tienen por objeto la honesta distracción del lector. De las segundas son modelo *El final de Norma*, y aun *El sombrero de tres picos*, una de las novelas más bellas que han escrito los españoles desde que el mundo es mundo. También es de esta clase *El Niño de la Bola*, que encierra bellezas de primer orden, y *La Pródiga*, la más endeble de las producciones de Alarcón. A la primera clase, ó sea á las de fin moral, pertenecen *El capitán Veneno*, y *El Escándalo*, la obra más seria y acabada de cuantas ha concluído el insigne hijo de Guadix, cuya muerte lloramos.

El Escándalo es una novela hermosísima. La crítica sectaria hízola en su día objeto de sus enconadas iras. Pero para todos los amantes del bien y de la belleza, son verdades axiomáticas estas contenidas en un discurso académico del difunto D. Cándido Nocedal:

«Lázaro es, en *El Escándalo*, modelo de humildad y abnegación, porque es cristiano; y por esta razón es personaje interesante y simpático. Si Alarcón hubiera prescindido de Dios en su novela, como se estila ahora; si su Lázaro hubiera aprendido á ser virtuoso en los libros de los filósofos, y no en el Catecismo, no fuera, como es, un hombre tranquilo y sereno que, queriendo lo más perfecto, hace un gran sacrificio, sino que sería un misántropo insoportable: en lugar de hacer y decir cosas preciosas y sublimes, diría y haría simplezas: en vez de ser simpático modelo de paciencia y resignación, sería un mentecato; y en lugar de disponerse á cambiar su astronomía por la manera con que miraba al cielo el P. Manrique, debiera aparejarse para que le llevasen, por majadero, á una casa de locos, ya que no hay casas de tontos. Las obras de arte en que de caso pensado se prescinde de Dios, producen en el ánimo del lector ó espectador efecto contrario al que el autor se propuso. Y si de Dios se prescinde, no de caso pensado, pero inadvertidamente, la obra resulta necia. Todo esto, sin duda, tuvo presente Alarcón al escribir *El Escándalo*, y por eso cabalmente es su novela bellísima y provechosa.»

El Escándalo es una novela que ha sobrenadado en el naufragio del naturalismo; se lee hoy como cuando era una novedad literaria. El público de Alarcón es mucho mayor que el de todos los naturalistas españoles juntos. Y es que en las novelas de Alarcón hay siempre lo que en las naturalistas suele faltar: *poesía*, *gracia* é *interés*. Con estos tres elementos es difícil que ningún público se aburra.

Las obras de Alarcón han de sobrevivir seguramente á su autor todo el tiempo que haya en el mundo personas capaces de saborear las bellezas de la lengua castellana, y de fino paladar literario.

BACHILLER ALONSO.

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS
DEL AFRICA ECUATORIAL

POR FL. BOUHOU

Traducción del P. J. R., Agustino

(Continuación.)

CAPÍTULO XII

Dejamos desmayados á Ngemoena y á su huerfanito, y á Daonda, escondido en el hueco de un arbol.

La casualidad, ó la providencia, mejor dicho, dirigió los pasos de Daonda á pocos metros de distancia del lugar en que cayó Ngemoena. La deliciosa frescura de la noche reanimó á la pobre vírgen negra, y cuando los primeros rayos de la aurora atravesando la espesura del arbolado, llegaron á reflejar en la desgraciada joven, tendió ésta una mirada á todos los objetos que la rodeaban, cubrió de besos la frente del huerfanito, que estaba á su lado con los ojos clavados en ella, sonriéndola cariñosa é inocentemente.

Al doblar la rodilla para dirigir tiernas plegarias al cielo, oyó algunas voces, el ruido de hojarascas que se rompían bajo el pié de hombres que se acercaban. Un temblor repentino circuló por todos los miembros de su cuerpo..., pero armándose del cuchillo de Siriatomba, se apoyó en un arbol, resuelta á vender cara su libertad, su honor y su vida.

—¿Donde diablos—decía una voz—quería conducirnos nuestro Ghebala por los desfiladeros del Shamato? ¿Se figura él que la trata ofrece menos peligros en el Bakombé que en el Urundi? No es ese mi parecer; pues en el Urundi encontramos salida por todas partes; Ujiji, Kaonclé, Kurema, Kitota, Liemba, son puntos que podemos recorrer con nuestras caravanas, sin que nos falten las probabilidades de un éxito feliz. No será lo mismo cuando el perro de Joubert reciba refuerzos de Europa; pero hasta ese dia fatal, nos será muy posible, con la ayuda de los Rougas-Rougas, que consigamos realizar beneficios lucrativos, abundando como abunda la carne esclava en estas regiones. De aquí mi proposición de volver la espalda á nuestro Ghebala, pidiéndoos me acompañáis por Voira al lago Tanganyca, de obrar de aquí en adelante por nuestra cuenta. ¿Qué os parece?

—Convenimos en todo,—respondieron otras dos voces.

Eran estos tres mestizos de la banda de Siriatomba, que como hemos visto, rehusaron seguir á su Ghebala, con objeto de obrar en calidad de jefes. El que primero había dirigido la palabra se llamaba Mata-Jafa, Mona-Peho el segundo y Monré-Tonga el tercero. En lo brutos y feroces corrían parejas con los jefes árabes.

—Joubert está ya lejos,—dijo Mata-Jafa;—podemos avanzar sin temor.

—¡Hola!—añadió al momento;—la caza nos cae en las manos!... y se detuvo á tres pasos de Ngemoena.

—¡Por Satán y el Profeta!—vociferó Monré-Tonga.—¡Esta es la sultana de Siriatomba!

—¡Hermosa joven, tú serás el encanto de nuestro viaje!...—dijo Mona-Peho acercándose á la vírgen negra.

—¡Deteneos, mónstruos!—contestó enérgicamente Ngemoena blandiendo con furor el cuchillo.—¡Es muerto el primero que ose poner en mí su inmunda mano!...

—No se nos oculta lo que pretendes hacer, aunque no sabemos el Kiswahili, hermosa negra.

—Yo os lo traduciré, si gustais,—declaró el gigante Daonda, presentándose á los mestizos con su maza de marfil al hombro.

—¡Por las huríes del profeta, es Daonda!—exclamó Mona-Peho;—te creía en el campo esclavista.

—¡Jamás!—afirmó el coloso.

—No obstante,—notó Mata-Jafa,—tú diste la muerte á nuestro jefe...

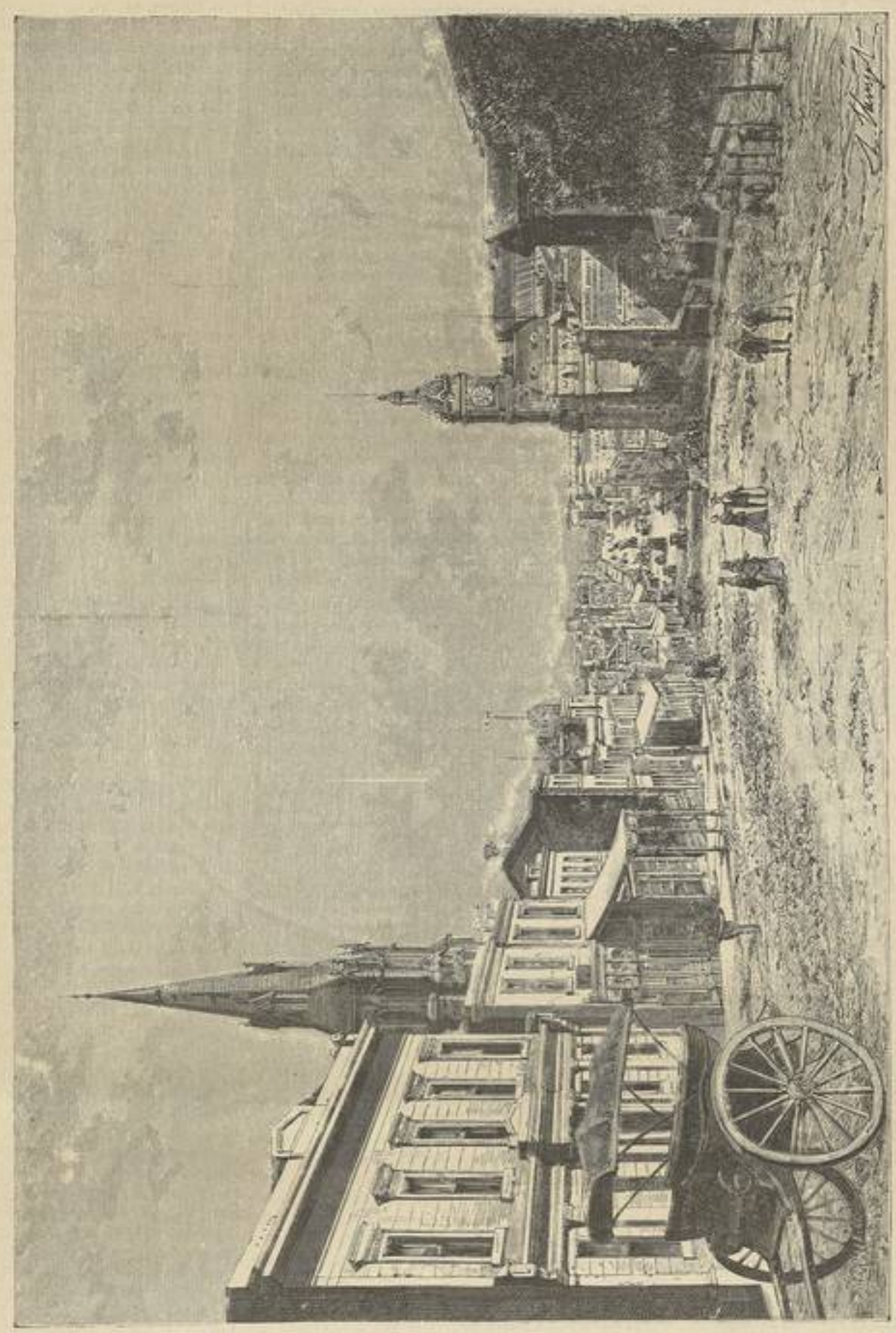
—¿Por qué me redujo á la esclavitud después de tantos servicios?...



UN DESCANSO



VELOCÍPEDO ACUÁTICO



MELBURNE: *(la calle de Collins.)*

—¡Tienes razón! Si quieres serás el primer recluta de la banda que pretendemos formar.

—Y vuestro intérprete además, pues yo sé el árabe y vosotros no hablais el Kiswahili.

—¡Por Satán! Todo comienza á medida de nuestros deseos.

—¡Estoy perdida! ¡Estoy perdida!—suspiró Ngemoena, que comprendió pronto de lo que se trataba.—¡Oh, Madre blanca del cielo, siempre atenta á nuestras súplicas; salvadme por el amor de vuestro Jesús!...

—¿Qué dice nuestra sultana?—preguntó Monré-Tonga.

—Pide por favor que no la priveis del niño huerfanito...—contestó Daonda, cuyas astucias iban á costar caro á los *reyezuelos* mestizos.

—¡Está bien! Pregúntala si quiere acompañarnos de buen grado, ó si es preciso acudir al rigor.

—No temais,—dijo con aspereza Daonda, volviéndose á la Virgen negra;—no temas, Ngemoena; quiero ser cristiano, te defenderé; no juzgues de mi corazón por el acento de la voz. . Ruega y ora por los dos, y ponte resignada en camino, pues nos acercamos al Urundi por que se dirigen al lago Tantanyca.

—¿Qué responde nuestra sultana? Pero tú has hablado del lago Tantanyca y del Urundi.

—¡Cierto! He dicho que no oponga resistencia alguna, y que el camino que debe recorrer no es más largo que la distancia que nos separa del lago ó del Urundi.

—¡Enterados! Daonda, pronto serás el Ghebala de nuestras caravanas. Cuando nos secunden una docena de valientes de tu heroismo, podremos empezar impertérritos nuestras grandes operaciones, y armar á los esforzados Rongas-Rongas con el precio de esta soberbia criatura y del hermoso niño que la acompaña, sin preocuparnos de las armas que han de empuñar nuestras fuertes manos; pues bien, vé que nada nos falta de este elemento necesario á nuestro oficio. ¡Vé, pues, andando!... mas dí antes á la joven que nos entregue el cuchillo, que si no me engaño es el de Siriatomba.

Daonda, siempre astuto, se apresuró á decir:

—¡Guarda el cuchillo, Ngemoena: no caiga jamás de tu mano! ¡Ora! ¡Yo velo por tí! Haz un signo negativo con la cabeza, pues quieren que se le entregues.

Obedeció Ngemoena, contestando al mismo tiempo Daonda que la joven no quería desprenderse de su arma.

—¿Pero cómo se explica que esta hermosa joven no haya seguido la cadena libertada?

—¡Sencillamente!—contestó Daonda;—la he libertado yo antes de que llegaran los antiesclavistas y...

—Basta: por vengarte de Siriatomba, ¿no es cierto?

—¡Por vengarme de Siriatomba, sí!

—¿Y se perdió en la espesura de la selva antes de tener noticia de la llegada del maldito Joubert?

—Probablemente: de otro modo no estaría aquí. En cuanto á mí, es muy distinto; pues me preocupaba el caer en manos de los antiesclavistas.

—¡Es evidente! Ea, emprendamos nuestro viaje. Que se quede con el cuchillo, pero si noto el menor movimiento en servirse de él, ya contra ella misma, ya contra nosotros, tengo en el bolsillo una cuerda muy sólida: mírala...

—¡Cuidadito con usar de ella!—interrumpió colérico Mona-Peho.

—¿Con qué derecho metes cartas en asuntos que no te incumben?—le preguntó Mata-Jafa.

—¿Y qué derecho puedes alegar para constituirte en único poseedor de esta hermosa esclava?

—¿Qué derecho? ¿Qué derecho?—dijo Mata-Jafa, lanzándose á su adversario con los puños cerrados: ¡el derecho de quererlo así!...

—¡Por la media luna!—juró Mona-Peho agarrando el puñal; ¡somos dos en quererla de ese modo!..

—¡Ah! Si se engarzaran—se decía Daonda; nada me costaría dejarlos tendidos á los dos!..

—Si este es nuestro comienzo—notó Monré-Tonga, jamás podremos formar sociedad, y puesto que vosotros dais el mal ejemplo, Daonda y yo tendríamos también derecho á poseerla, no tratándose más que en querer.

—Basta de hostilidades—dijo calmándose Mata-Jafa. Tratemos ahora de nuestras atribuciones. Renuncio por este momento á la posesión de la hermosa negra, no obstante haberla visto el primero... La sortearemos, y el que tenga la suerte de sacar el palito más corto, será el dueño de esta mujer, sin que esto impida el que dividamos, como hermanos, el precio que nos ha de reportar más tarde. ¿Y cuáles son nuestras atribuciones personales?

—Lo Ghebala—dijo Daonda.

—Corriente—respondieron los mestizos; pero, ¿y nosotros?... le preguntaron; vamos á ver: ¿hay alguna buena idea sobre el particular en la cabeza del negro?...

—Vosotros—respondió Daonda—procederéis como los jefes árabes: eran señores los tres, y no había discordias

—¡Vamos! no eres tan estúpido, Daonda; esta fué nuestra primera idea, y es, sin duda, la mejor,—dijo Mona-Peho.—Consintamos en esto, amigos: ¡Guerra á la rosa negra! Dentro de pocos días no sabremos qué hacer de todas nuestras mujeres.

Los tres desalmados se apretaron recíprocamente la mano, y se pusieron en camino, abriendo la marcha Daonda, seguido de Ngemoena cargada de su querido huerfanito.

—Si sois de mi parecer,—dijo Monré-Tonga,—pasaremos por Voira, siguiendo después la costa occidental del lago Tanganyca. Ya encontraremos alguna barca en que pasar el lago y desembarcar entre Ujiji y Karema; pues siguiendo la ribera opuesta nos expondríamos á encontrarnos con los antiesclavistas del perro de Joubert, que no abandona jamás esos parajes, y tendríamos que lamentar las consecuencias de ese encuentro fatal.

—Efectivamente; nos has propuesto el partido más prudente.

—Pero notad,—dijo Daonda, á quien no agradaba el itinerario propuesto por alejarle mucho de la misión,—que siguiendo ese camino nos exponemos á caer en manos de las tribus antropófagas ..

—¡Calla, hombre!—dijo riendo Mata-Jafa;—no hay tribus antropófagas más que en el On-Konmon y en el Onton en las dos riberas del Congo. Además, los antropófagos son esclavistas y sólo engullen á sus vecinos...

Calló Daonda, é iba meditando el proyecto de libertad. ¡Ah! ¡Si no fueran más que dos los mestizos!... ¡Pero tres y tan bien armados!... ¡No podía pensar en la lucha! Sin embargo, no desesperaba quitárselos pronto del medio.

—¿Conoces los desfiladeros del Kagundo, Daonda?—le preguntó Mona-Peho.

—No hay un sendero ni un arbol que me sea desconocido en estas regiones. Veinte veces las he recorrido con las caravanas esclavas.

—Pues, bien—decidieron los jefes—vamos á pasar por el Kagundo.

Tomaron, pues, una dirección oblícua hacia la derecha y no tardaron en llegar á un país compuesto sólo de una cadena de montañas desoladas. El camino cruzaba por desfiladeros y rocas de granito. Tan pronto se veían obligados á escalar masas de rocas lastimándose las manos y las rodillas, como descender al fondo del desfiladero, para evitar el encuentro de peñascos que impedían el paso, siéndoles necesario agarrarse á los bejucos que brotaban de las grietas del peñasco, para subir al nivel del camino recorrido.

—Ngemoena cayó rendida y sin fuerzas al pie de una peña de granito.

—No quiero dar un paso más—dijo—matadme si quereis: no puedo proseguir ya.

—No te matarán mientras yo sea Daonda. Voy á decirles que estás muy cansada y que no puedes continuar hoy.

—La negra—dijo á los mestizos—no puede andar más. Es absolutamente necesario que le concedais algún tiempo para recobrar las fuerzas perdidas.

—Es preciso que ganemos mañana lo que perdemos hoy. Si el cansancio obedece al peso del negrito que lleva, pronto la libraremos de tal embarazo quitándole la vida... no sin sentimiento, pues es un hermoso niño; pero no vamos á perder la sultana por causa suya. Pasemos, pues, la noche al abrigo de aquella peña que tenemos á la vista.

Encontraron á la entrada de esta especie de caverna numerosos esqueletos con trabas y horcas, unidos á osamentos, descarnadas huellas, todas lúgubres del diabólico comercio.

—¡Dios mío!—exclamó Ngemoena, cubriéndose la cara con las manos. ¡Dios mío, tened piedad de mí! ¡Oh Madre blanca del cielo, no me abandoneis!

—Vamos, vamos, hermosa africana—dijo en tono burlón Mata-Jafa; no tantas lamentaciones al cielo!.. Según la media luna, perteneces á una raza inferior: te lo demostraremos esta noche, jugándote á la suerte. Díselo, Daonda.

—Ngemoena—dijo el coloso con voz temblorosa—piensan sortearte.

—¿Eres sincero, Daonda, al decirme que me protejerás? ¿No eres su cómplice?

—Te juro que quiero ser cristiano y obtener perdón de tu Dios y del capitán Blanco, que no quiero pronunciar, porque los mestizos entenderían su nombre, y me creerían en connivencia contigo.

—Te creo, Daonda; ¿por qué quieren sortearme?

—El que tenga la suerte de acertar con el palito más corto, tendrá derecho esta misma noche á disponer de tí, como cosa que le pertenece.

—Gracias, Daonda; esperaré hasta el último momento... todo el tiempo que brille para mí la esperanza de escapar de entre estos monstruos. Cuando me vea perdida, este cuchillo rasgará mi corazón; tú cuidarás de este pobrecito huérfano, y le conducirás á la misión.

—¡Qué tal! ¿Juzgará cómico, sin duda, el ser sorteada?...—preguntó Mona-Peho.

—Dice que si pensárais en vuestras madres y hermanas, desistiríais de ese propósito,—respondió el gigante.

—¡Nuestras madres!... ¡Nuestras hermanas! ¡Já! ¡já! ¡já! Todo eso es viejo y bueno para otros. Ella es joven y hermosa; ¡esto es actual!.. Hoy mismo pertenecerá al que saque el palito más corto. Díselo.

—Ngemoena, ruego por tí, y especialmente por mí; me lanzaré sobre ellos al primer peligro que te amenace, y lucharé hasta morir. No hieras tu corazón antes de verme exhalar el último suspiro.

—¿Se lo has dicho ya, Daonda?

—Sí.

—¡Vaya, vaciemos nuestras calabazas! y los mestizos se pusieron á beber pombé: ya encontraremos más y en abundancia en alguno de los pueblos esclavistas del trayecto. Desocupemos las calabazas; repitió Monré-Tonga, y tú, Daonda, si tienes sed, no lejos de aquí brota un hermoso manantial.

—Y si la sultana tiene hambre, aún hay un poco de sorgo en mi saco.

Un relámpago brilló en la mirada de Daonda, que se acostó, sin replicar palabra, entre Ngemoena y los mestizos.

Estos bebieron sin tino y pronto se vieron bajo la influencia del licor, secundado por la temperatura ecuatorial. Reían, gesticulaban, vomitaban horribles blasfemias, placer y regocijo de los espíritus inmundos del abismo infernal.

—¡Al sorteo! ¡al sorteo!—gritó más tarde Mata-Jafa, y los tres monstruos se dispusieron al juego infernal.

CAPITULO XIII

A corta distancia del punto en que dejamos á Ngemoena, cuya suerte iba á decidirse, levantábanse unas cincuenta chozas en el fondo de un desfiladero, en medio de gigantescas rocas, lugar accesible sólo á sus moradores, y convertido en refugio de una pequeña tribu de infortunados negros, que habían podido escapar al cuchillo de los esclavistas. El miedo inspirado por los Rougas-Rougas, les impulsó á fijar su residencia en aquel lugar desierto, pues presentían la doble ventaja de vivir ignorados y de poseer un manantial cerca de sus viviendas.

Pero los manantiales, atrayendo á los extranjeros ó tribus nómadas, descubren muchas veces el

retiro de los que tienen la imprudencia de establecerse cerca de ellos.

Esta tribu criaba algunas cabras y poseía un huerto que no les producía más que una pequeña cosecha de melones y calabazas, en recompensa de su trabajo. Casi todos los negros escapados al jugo esclavista, y que arrastran una vida como la del pueblo mencionado, van por agua á manantiales poco profundos, sirviéndose del cascarón de huevos de avestrúz para sacar la provisión necesaria para ellos y sus ganados. No pocas veces el miedo les hace ocultar el manantial con arena, haciendo fuego en el mismo punto donde ellos mismos han fabricado esta especie de cisterna.

Cuando hacen la provisión de agua, las mujeres meten en un saco ó tejido de rapia que llevan sobre los hombros, de veinte á treinta cascarones de huevos de avestrúz, suficientemente agujereados para introducir el dedo. Fijan un manojito de hierbas en uno de los extremos de una caña de 60 centímetros próximamente, y la colocan en el agujero de la profundidad del brazo, sujetándola con arena humedecida que pisan alrededor de la caña, y aplicando después los labios al extremo libre de ésta, hacen el vacío en las hierbas, de donde sube el agua á la boca.

A medida que el agua es aspirada, baja á la cáscara colocada en el suelo cerca de la caña, á corta distancia de la boca, y desciende por el exterior de otro manojito de pajas. Ocultan después la provisión de agua en lugares subterráneos que tienen en sus humildes chozas.

A este extremo se ven reducidos en inmensas regiones, y en medio de maravillosas riquezas, los infortunados y tristes negros, cazados, cual si fueran bestias salvajes, por esclavistas musulmanes, menores en número que los perseguidos y sin el menor pretexto de derecho. No son más que un puñado de aventureros cínicos, ávidos de riquezas y lujuria, triunfantes de sus conquistas en medio de la Europa cristiana, mal entretenida por querellas intestinas tan locas como ruinosas, y el Africa senatorial, que clama por la civilización del Evangelio y por la libertad de hijos de Dios... ¿Y este puñado de monstruos, podrá cortar los vuelos de la civilización y de la libertad? ..

¡No! ¡No! ¡Guerra á la esclavitud! ¡Dios lo quiere! El Evangelio será predicado á las naciones todas: disipará pronto con sus límpidos rayos las densas tinieblas que cubren hoy las regiones africanas, donde sólo impera el despotismo del negro infierno.

Cuando los mestizos pedían á la casualidad la decisión de la suerte de la virgen negra, algunas mujeres de la tribu refugiada no lejos de allí, hacían la provisión de agua en el manantial recomendado á Daonda por Monré-Tonga, en caso de que el coloso quisiera mitigar la sed. Esta fuente estaba á unos cincuenta metros detrás de la roca, donde el cansancio tenía postrada á Ngemoena.

Púsose á escuchar una de las mujeres, sin cejar en su minuciosa operación, y creyó haber oído el rumor de voces amenazadoras, y una vez comunicada la noticia á las demás compañeras, siguieron todas el ejemplo de la primera, y huyeron asustadas á los pocos momentos.

Un pánico aterrador se apoderó de la pequeña tribu al saber que vagaban extranjeros en los alrededores del pueblo, pánico cada vez más indescriptible, porque casi todos los hombres habían salido á la caza de elefantes para atender á las necesidades domésticas y guardar los colmillos del proboscidio, con el objeto de cambiarlos por algodón é instrumentos de cultivo, cuando les fuera dado entablar relaciones con personas antiesclavistas.

A la noticia del peligro, uno de los negros que había quedado en el pueblo, subió á la cima de una montaña de rocas que dominaba el desfiladero, asiento de las chozas, para observar todo lo que pasaba en las cercanías. La roca ocultaba los extranjeros á la penetrante mirada del negro, quien, sin distinguir más que á los de su tribu, entretenidos en perseguir á un elefante en la llanura, hizo un palo largo en cuyo extremo se movía un haz de bejucos, señal convenida en caso de alarma.

Como las precauciones que deben tomar para conseguir matar al elefante,—se decía el negro—roban la atención de los cazadores, dudo que puedan distinguir esta señal, pero como es ya tarde y la prudencia les impulsa á entrar en el pueblo antes de que llegue la noche, no tardarán en volver á las chozas.

En efecto: los cazadores tomaban mil precauciones persiguiendo á dos elefantes: una hembra con su pequeñuelo. La madre está en pie, abanicándose con las orejas, mientras el elefantillo rodaba deliciosamente sobre la fresca hierba.

Los negros se acercaban en aquel momento formando una larga fila y arrastrándose por el suelo, sin que la bestia, que se dejaba mamar del hijo, se diera cuenta de la proximidad del peligro. Fueron después los dos elefantes á un lodazal donde se revolcaron alegremente: el loquillo agitaba las orejas y balanceaba la trompa *á la moda elefantina:* la madre agitaba también la cola y las orejas queriendo demostrar su alegría.

Oyense de repente los silbidos de los cazadores, que producen un ruido infernal soplando unos en un tubo, en las manos ahuecadas otros, para llamar la atención de los proboscidios, que al oir aquel extraño griterío salieron apresuradamente del fango á la hora en que los asaltadores se precipitaban á ellos. Huyó primero el elefante joven; mas al ver al enemigo volvió precipitado al lado de su madre, que se colocó entre él y el peligro, acariciándole mil veces con la trompa para demostrarle que no le abandonaría.

Deteníase frecuentemente la madre para mirar al enemigo, que no cesaba en la desagradable música, volviendo luego hacia el hijo para correr á su lado, dividida entre la necesidad de protejerle y el deseo de castigar á los audaces perseguidores.

El espía agitaba el haz de bejucos desde lo más alto de su observatorio, y temblaba de horror creyendo que los extranjeros, que sabía estaban cerca, oyesen los silbidos y gritos de los cazadores, muy próximos ya á la codiciada presa. Estuvieron algunos en la pendiente, á la misma distancia los elefantes que los demás compañeros, hasta el momento en que los animales perseguidos se vieron obligados á atravesar una laguna fangosa, grata circunstancia para ganar terreno los cazadores, que lanzaron sus javelinas á la madre cuando la tuvieron á corta distancia. Huyó toda ensangrentada sin cuidarse ya del pequeñuelo, que se alejaba lo más ligero posible; pero los elefantes, jóvenes ó viejos, avanzan poco, siendo una marcha relativamente precipitada su más veloz carrera. La madre, cada vez más perezosa en alejarse, efecto de la sangre que brotaba de las heridas, se vuelve repentinamente lanzando un rugido de cólera, se precipita sobre los cazadores, que se dispersan á derecha é izquierda; emprende hasta cuatro veces esta carga inútilmente furiosa, muriendo por fin de rodillas después de haber dado muchas vueltas alrededor de sí misma. El pequeño elefante había desaparecido.

Lanzaron los cazadores un grito de triunfo, al que respondieron, casi simultáneamente, tres disparos en la dirección de la carabana, donde estaban los tres mestizos, Daonda y Ngemoena.

Se miraron con espanto los vencedores, dispuestos ya á descuartizar su presa; levantaron los ojos hacia el pico que dominaba el pueblo, y viendo el manojo de bejucos que se agitaba sin cesar, cayeron todos á tierra entre las hierbas altas, y volvieron arrastrándose silenciosamente al desfiladero que habitaban, donde reinaba la más grande ansiedad.

—¿Qué sucede?—preguntó Mtesé, jefe de la tribu.

—¡Nada que pueda inspirarnos tranquilidad!—respondió una de las mujeres que habían estado en el manantial. Hemos oído voces amenazadoras detrás de la gran roca..., y el trueno de los blancos acaba de retumbar hasta tres veces.

—Esto mismo nos ha obligado á volver precipitadamente—dijo Mtesé.

—¡Los esclavistas!... ¡Estamos perdidos!—exclamaron contristados mujeres y niños, mientras los hombres inclinaban la cabeza con resignación.

Esta tribu no conocía aún las verdades de la Religión Cristiana, y no era, por lo tanto, tan sabia y esforzada como las ya evangelizadas; hé aquí por qué la vemos caer en una especie de postración estúpida. Según ellos, iban á llegar de un momento á otro los esclavistas musulmanes con sus Rougas-Rougas; ¡esto era inevitable y fatal!... y entonces, para qué organizar la resistencia y luchar por su defensa, puesto que los pobres negros no logran jamás la victoria.

Y no obstanto esto, los hijos del Ecuador africano repiten sin cesar en sus cantos nacionales:

—«¡Paz!... ¡Paz!... ¡Dormiremos tranquilos!»

Y es de notar que á los ojos de todos los indígenas que han tenido alguna relación con los misioneros católicos, esta paz tan deseada sólo puede ser hija del Evangelio.

Sí; el Evangelio les devolverá la dignidad de hombres criados á imagen de Dios, comunicándoles al mismo tiempo el valor heroico para defenderse con orgullo y poseer la paz del cristiano, paz de inaplicable dulzura y á la que tienen el mismo derecho que nosotros. La prueba más evidente en confirmación de esta verdad, es la intuición providencial que les asiste y que sus opresores son precisamente los enemigos del Redentor de los hombres todos, Jesucristo, hijo de Dios, único dador de la paz.

Sin embargo, Mtesé y su tribu fueron á doblar la rodilla ante la choza, trono de sus ídolos, entregándose á todo género de ceremonias á cual más irrisorias para obtener su protección, y conjurar por mil sortilegios el peligro amenazador, retirándose después á sus chozas á esperar el desenlace de los acontecimientos.

Pasaron la noche en medio de zozobras sin cuento, y el ruido de una piedra desprendida de la roca, que rodó hasta el desfiladero, los mugidos del viento en el ramaje de los árboles, el rugido lejano de las fieras, todo les hacía temblar de espanto y horror.

El mismo Mtesé subió al despuntar la aurora á la cima del pico que servía de observatorio: sondeó la llanura, las colinas, el horizonte, todo con mirada inquieta... no oyó nada .. no vió más que el elefante muerto la víspera, pasto ya de las hienas. Bajó por fin y fué á restablecer la paz entre sus súbditos.

(Se continuará.)

MI GATO

Hasta á mi mismo morrongo,
un gato muy coquetón,
le lavo con el **jabón**
de los **Príncipes del Congo.**

Jaboneria VICTOR VAISSIER.—Paris.
De venta en las principales perfumerías.
Depositario: Melitón Boldú, 37, Valverde, Madrid.

Correspondencia con los señores suscriptores.

Reus.—M. A. M.—Recibida libranza.
Montijo.—S. D.—Id. id.
Aranda de Duero.—F. de la M.—Id. id.
Burgos.—M. P.—Id. id.
Cieza —L. de C.—Id. id.
Don Benito —A. C. de B.—Id. id.
San Hipólito de Voltrega.—J. G.—Id. id.
Pamplona.—R. B.—Id. id
Alicante.—A S. A.—Id. id.
Burgos.—J. de A.—Id. id.
Mahón.—P. P. y V.—Id. id
San Cristóbal de la Cuesta.—T. M. P.—Id. id.
Beas de Segura.—D. V.—Id. id.
Tarrego.—J. S. B.—Id. id.
Reus.—M. A. M.—Id. id.

MADRID

Establecimiento tipográfico de FELIPE PINTO, Bola, 8.

1891

PAPEL DE ARMENIA

El más higiénico, fino y agradable perfume para las habitaciones; **50 céntimos** el libro para **veinticuatro veces**; á cada libro acompaña un aparato para quemar.

CREMA VASSELINA

Lo mejor para suavizar y conservar el cutis, superior á todos los cold-creams conocidos, á **peseta** tarro; advertimos que la *crema vasselina* no es *blanquete*.

PERFUMERIA THOMAS

Calle Mayor, 36.—MADRID.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

GRAN REGALO

DE

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8

á los señores suscriptores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, de la magnífica oleografía

LA VIRGEN DE SEVILLA

copia exacta y muy bien ejecutada de este célebre cuadro de Murillo, que se conserva en *El Louvre* de París.

Tamaño, Un metro de alto por 70 centímetros de ancho

Precio por pocos días, 4 pesetas 50 céntimos. Provincias, 1 peseta más por certificado.

ACADEMIA DE SEGUNDA ENSEÑANZA

Leganitos, 40, segundo derecha

Clases de Religión y Moral, Latín, Retórica y Psicología, por un señor Presbítero Doctor en Letras.
Clases de Derecho, por un Doctor.
Idem de Matemáticas, por un Subdirector de Comunicaciones.
Idem de Física y Química, por un Licenciado.
Idem de Francés é Inglés, por un Intérprete de Lenguas.

POLICARPO RUIZ

15—Jacometrezo—15

En esta antigua y acreditada casa encontrará el público un gran surtido en camisería, lanería, lencería, géneros de punto, pañolería, merinos, ropa blanca, corsés, estameñas para hábitos é infinidad de artículos.

Grandioso surtido en percales á **REAL, REAL Y MEDIO** y **DOS REALES.** Vuelas fantasía, todo lana, á **peseta**; batistas y céfiros, á **0'60.** Lanas novedad, doble ancho, á **0,75.** Piezas tela blanca, 24 varas, á **6 pesetas.**

Grandes surtidos.—Precios económicos

Establecimiento de la Casa real de Baviera para Vidrieras de Colores

F. X. Zettler, Munich, Baviera



Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo.

Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Búrgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Orden.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.

Se ruega fijar la atención en el nombre y dirección de la casa, pues no existe otro Establecimiento de la Casa real para Vidrieras de Colores que el arriba mencionado

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE

CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes en fol., tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.



EL SAGRADO CORAZON

CASA SALVI

Calle del Clavel, núm. 1 entresuelo.—MADRID

Labores artísticas para Oratorio, salón, sala, gabinete, dormitorio, despacho, comedor, etc., empezadas, terminadas y sólo dibujadas.

Unica casa en labores y materiales para Conventos y Colegios.

Oro, sedas, lanas, felpillas, algodones y toda clase de materiales para la ejecución de labores de señoras.

La casa de más novedad y economía en los precios, siendo sus artículos todos de primera calidad y de la más especial fantasía.

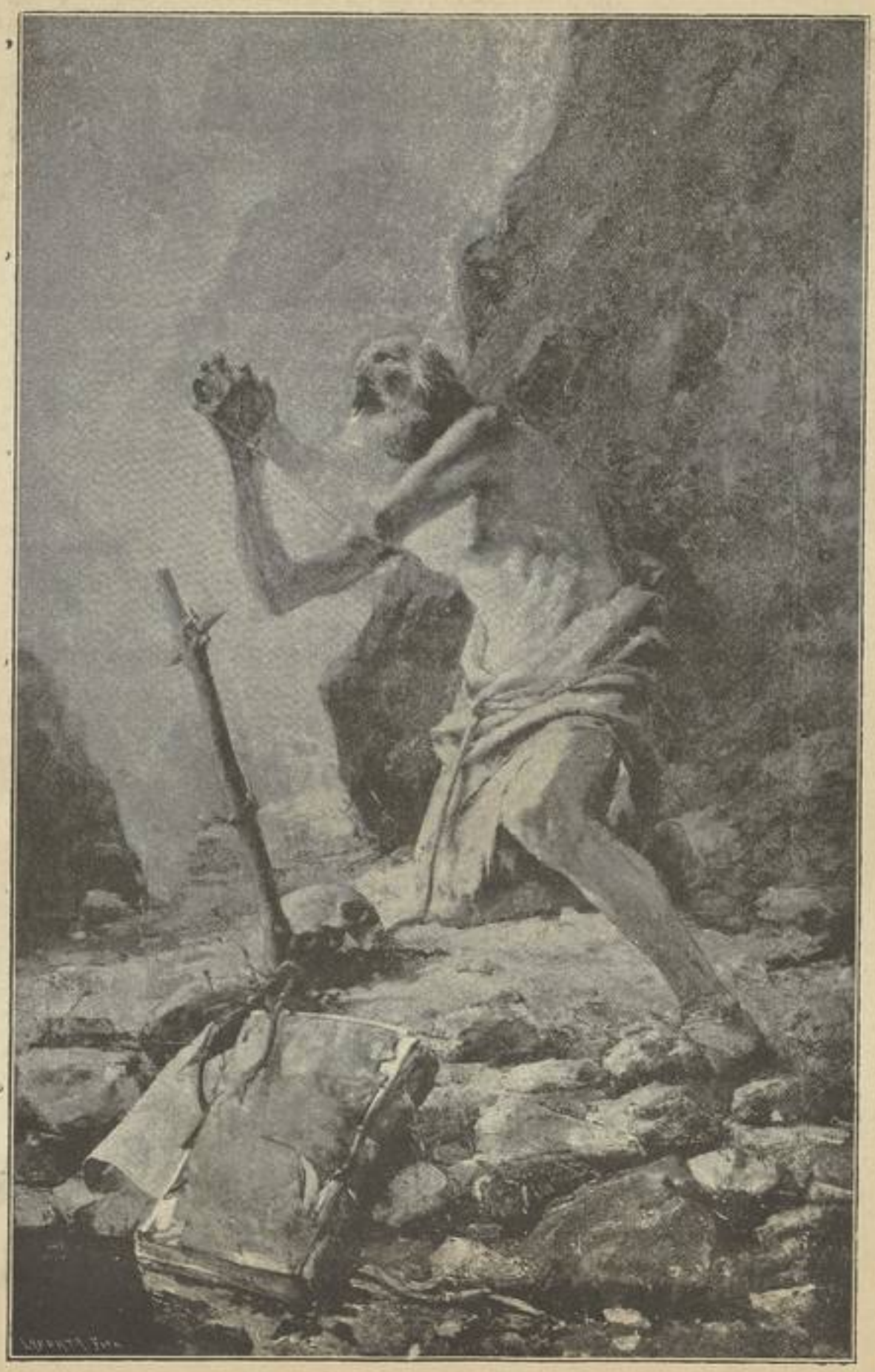
CASA SALVI.—Clavel, 1, entresuelo.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVI.—TOMO XIV · NÚMERO 15.—Madrid 15 de Agosto de 1891 · NÚMERO SUELTO, UNA PESETA



SAN JERÓNIMO (*Cuadro de D. Francisco Laporta, premiado en la última Exposición de Barcelona.*)

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Otmedo.—*Boletín religioso*, por J. V.—*El P. Tajo*, por Rodrigo Caro.—*Bibliografía*, por Francisco Mura.—*Estudios históricos*: Alberoni, por el Bachiller Alonso.—*Album de poesías*: Amores á María, por Enrique García Bravo.—*Las tres vírgenes negras*, por.....

GRABADOS

San Jerónimo.—San Agustín y Santa Mónica.—Estatua en piedra de San Agustín.—Cosecha de Budha.—El buen samaritano.—Nuestra Señora de la Guardia.—Velos del duque de Alba.

LA QUINCENA

La muerte de Pedro A. Alarcón, de que dimos sentida noticia en el número anterior, es un acontecimiento tristísimo y de los que no pueden fácilmente olvidarse. Su muerte, tan resignada y cristiana, digna corona de una brillantísima vida, quedará en la memoria de las gentes como uno de los sucesos culminantes de nuestra época. Y mientras tanto, el novelista, el narrador de viajes y el poeta, seguirán viviendo la vida envidiable del aplauso y admiración de todos, distrayendo agradablemente á unos, abriendo á otros los horizontes espléndidos y luminosos del ideal cristiano, único ideal verdadero del hombre, según dijo el mismo Alarcón en su magnífico discurso de entrada en la Real Academia Española, en aquel discurso admirable en que se declaró *paladín del alma*, á la que poéticamente apellidó *su Dulcinea*. Errores cometió en su juventud Pedro A. de Alarcón; pero ha de absolverle de todos ellos la posteridad, como ya le ha absuelto Dios, en gracia de su arrepentimiento tan sincero y profundo, de la generosidad de su alma y del noble uso que hizo de su ingenio, aplicándolo á moralizar y elevar los corazones de sus semejantes.

***

Estamos en el período álgido del verano. Madrid está desierto. Y no porque se haya ido todo el mundo, sino porque se han ido aquellas personas que dan el tono en la literatura, en las artes, en la política y en la riqueza. ¡Mala temporada para los pretendientes! No llaman á una puerta que no encuentren bien guardada por el cerrojo de la frase en uso: *el señor está en los baños*. Y el pretendiente sigue bañándose en sudor, y el sudor y el hambre son malos compañeros. Hay quien no sale de Madrid durante todo el verano, y se oculta con cuidado, participando previamente á sus amigos y conocidos un supuesto viaje al más ignorado y fresco de los valles galáicos ó asturianos. Estos míseros esclavos de la vanidad, pasan un verano de perros, encerrados en sus habitaciones, y sin atreverse siquiera á asomarse al balcón, temerosos de que se descubra el embuste por la delación del vecino de enfrente. Otros paran el verano en Getafe, Pozuelo y hasta en Tetuán de las Victorias, ó en los Cuatro Caminos, y vienen luego en Otoño contando aventuras de París, de las encantadas riberas rhinianas, entre cuyos espesos bosques aún parece vagan las sílfides y ondinas de las leyendas septentrionales, en que *hasta la cerveza sabe á leyenda*, como decía un turista poeta.

***

La fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, es no sólo de las más solemnes que en honor de la Virgen Santísima celebra la Iglesia Católica, sino de las más populares en España. La *Virgen de Agosto*, como aquí se dice, es advocación que comprende ó sintetiza otras muchas de antigua, profunda y general devoción en diferentes comarcas españolas. De aquí el sinnúmero de romerías á célebres santuarios y veneradas ermitas, y las fiestas que en innumerables ciudades, villas y aldeas tienen lugar el día 15 de Agosto en honor de María, patrona universal del reino y particular de las más de sus poblaciones. Se dice en Madrid que los calores fuertes son de *Virgen á Virgen*; esto es, de mediados de Julio á mediados de Agosto, lo que unido al antiguo refrán de *Agosto frío en rostro*, promete á muchos, aunque engañosamente en casi todas las ocasiones, días y noches más tolerables y gratas que las pasadas ya de la Canícula. Empieza con el 15 de Agosto el apogeo de las grandes frutas, propias de la estación: los melocotones, melones y sandías; y, como es consiguiente, los cólicos, más ó menos sospechosos, se ponen á la orden del día, y asustan á los que tienen siempre ante los ojos el fatídico aspecto del *cólera morbo*. Los estudiantes suspensos en Junio sienten ahora más que nunca el triste fracaso, comprendiendo que tienen que recluirse para ganar en Septiembre lo perdido antes, privándose de los paseos y recreaciones propias de la temporada. A los estudiantes sucede lo contrario que á la cigarra de la fábula: si cantan en invierno, mueren en verano.

***

Está tan infiltrado en las costumbres el viajar durante esta época del año, que los que no salimos de Madrid, nos dedicamos por las noches á viajar en tranvía. Este género de diversiones cuenta ya con decididos partidarios, tiene sus *amateurs* y sus inteligentes. Es preferido generalmente el tranvía del barrio de Salamanca; porque no sólo resulta el más económico de todos, sino porque la excursión es más agradable. Es también el tranvía que va más de prisa y produce por lo tanto mayor fresco á los viajeros. Ya en el remate de la excursión, en lo último del barrio, donde los tranvías tienen sus cuadras y cocheras, han brotado un puesto de agua y una horchatería. La horchatería está junto al palacio de Cánovas, *el nido de flores del hombre más poderoso de España*, como dijo en cierta ocasión un cronista de salones de los que fustiga el Padre Coloma en *Pequeñeces*. También es delicioso en ocasiones el viaje de circunvalación desde la Puerta del Sol hasta la Plaza de Chamberí por la calle de Hortaleza, para volver al punto de partida por la calle de Fuencarral. El tranvía de estaciones y mercados ofrece asimismo á los *turistas* de las afueras un trayecto muy lindo, el de la Bombilla, cuyo último trozo está sombreado por los árboles seculares y pomposísimos de la Moncloa. La gente de Madrid, siempre aficionada á la burla, conoce ya estos viajes cortos y económicos por el sarcástico apodo de *ir á Biarritz*.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES.

GRABADOS

San Jerónimo (pág. 233.)

(CUADRO DE DON FRANCISCO LAPORTA VALOR)

Uno de los cuadros que más justamente han llamado la atención en la última Exposición de Bellas Artes de Barcelona, ha sido el de San Jerónimo, presentado por el Sr. Laporta, producción que ha merecido que el Jurado nombrado para calificar las obras presentadas, la considerase digna de una de las primeras recompensas.

Pertenece el Sr. Laporta á esa brillante escuela valenciana, que ha dado en todos tiempos tan gran contingente de glorias á nuestra pintura nacional. Francisco Laporta viene á ser un valiente continuador de las tradicionales victorias de dicha escuela valenciana, que desde los gloriosos tiempos de Juan de Juanes, émulo de Rafael y vencedor del Bronzino, hasta nuestros días, cuenta entre sus discípulos una série no interrumpida de pintores ilustres y una interminable cadena de notables obras, dignas por muchos conceptos de despertar y mantener el orgullo regional.

Valencianos fueron: Francisco Ribalta, cuyos cuadros se parecen, bajo diversos puntos de vista, á los de Rafael y Sebastián del Plombo; Ribera, el pintor de los grandes efectos dramáticos; Sánchez Coello, en cuyos retratos llega á hermanarse la conclusión flamenca con el colorido veneciano; Gilarte, de quien posee el Museo Nacional el *Nacimiento de la Virgen;* Palomino, cuya obra *Vidas de los pintores*, es muy consultada por los inteligentes; March, el pintor de las batallas, que necesitaba oir sonar clarines y tambores y descargar tajos en el vacío para inspirarse antes de coger la paleta; Valero, director de la Academia de Valencia; Maella Aparicio, autor del cuadro titulado *El hambre;* Camarón Espinós, notable pintor de flores, imitador del estilo flamenco y holandés; Sánchez, á quien Carlos III dió el encargo de pintar vistas de todos los puertos, arsenales y bahías de España, comisión que desempeñó presentando 120 cuadros; D. Vicente López, amigo de Goya, gran colorista y muy notable como pintor al fresco; Ferrándiz, autor de admirables cuadros de caballete, con otros muchos que fuera prolijo enumerar.

Y no sólo en los tiempos pasados la pintura contemporánea española tiene también en Valencia los principales factores de su grandeza: que lo digan si no hoy los nombres de Gisbert, Domínguez, Sorolla, Casanova, Navarrete, Emilio Sala, Martínez Cubells, Muñoz Degrain, Garnelo, Fernando Cabrera, Amérigo, los hermanos Benlliure, Plácido Francés, su hija y Cecilio Plá. En aquel hermoso rincón de nuestra Península, y bajo aquel cielo trasparente y diáfano, parece como que bullen en la sangre los gérmenes del sentimiento artístico, pues solo así se comprende que haya sido y sea en la actualidad esta región tierra abonada para la pintura. Solamente la ciudad de Alcoy cuenta en nuestros días entre sus hijos á algunos de nuestros primeros pintores, entre ellos á Gisbert, el revolucionario pintor de los *Comuneros de Castilla* y del *Fusilamiento de Torrijos;* á Emilio Sala, autor, entre varios notables cuadros, del de *Torquemada ante los Reyes Católicos;* á Lorenzo Casanova, genial artista, cuyas producciones no figuran en nuestros Museos, pero cuyo nombre pregona la fama por el extranjero; Navarrete, de quien admiramos en el Museo del Prado algunas obras que le colocan á gran altura, sobre todo un *Coro de frailes*, preciosa composición y magnífico estudio de luz; Fernando Cabrera, autor del laureado cuadro *Los huérfanos*, que tan valientemente ha principado la carrera y de cuya juventud tanto se puede esperar; Francés (D. Plácido), que cuenta las Exposiciones por premios, Francisco Gisbert Carbonell, excelente paisajista, y Laporta, á quien ya conocen nuestros lectores por la reproducción de su tan notable obra *San Pablo en Atenas*, que á su debido tiempo les dimos á conocer, y cuyo último cuadro, el de *San Jerónimo*, reproducimos en este número.

La factura y el corte de este cuadro es vigorosa y valiente, nos recuerda ciertos fragmentos ribereños de entonación cálida en la rugosidad de la piel, interpretada con maestría. En la energía de tonos, en la parte del paisaje y en la crudeza y soledad del mismo, parece que el pintor ha querido dar más expresión y poner como de relieve la sequedad que experimentaba en su alma el santo doctor dálmata, cuando arrepentido de los desórdenes de su juventud, creía escuchar en el silencio de los desiertos de la Cálcide, donde espiaba sus yerros con tan duras penitencias, el eco de aquella pavorosa trompeta que debe llamarnos ante el Juez Supremo para rendir cuenta de nuestras acciones.

Extenuado por las penitencias, el que vivió en medio de la mayor molicie y del refinamiento romano de á mediados del siglo IV, gime y llora en el desierto sus pasados extravíos, y al oir el tremendo sonido de la trompeta justiciera, cae de hinojos implorando misericordia, juntas las descarnadas manos, la vista fija en el cielo.

Tal es la actitud y el momento que ha escogido el Sr. Laporta para presentarnos á este santo doctor, una de las más grandes lumbreras de su siglo, gloria de nuestra Iglesia.

Hoy, en que el sentimiento cristiano está por desgracia tan dormido entre los artistas, una obra como la del Sr. Laporta, donde se respira ese ambiente ascético que inspiraba á nuestros antiguos pintores, y toda esa atmósfera donde deben moverse las grandes figuras de nuestra Iglesia, obra que tiene tanto sabor espiritual y plástico á la vez, donde el autor ha sabido hermanar tan perfectamente fondo y forma, merece nuestros más unánimes elogios y nuestros aplausos más sinceros.

F. LL.

***

San Agustín y Santa Mónica (Pág 236).—**Estatua en piedra de San Agustín** (Pág. 237).

El viernes 28 del mes corriente celebra la Iglesia la fiesta de San Agustín, en cuyo elogio no cabe decir más, sino que es quizás después de San Pablo la figura más grande que registran los anales eclesiásticos. Su vida es un poema dramático, bellísimo é interesante como ninguno; su bulliciosa juventud, su amor á la verdad, su inquietud cuando anduvo lejos de ella, en incansables peregrinaciones á través de todas las sectas y escuelas filosóficas de su tiempo; las oraciones de su madre Santa Mónica; su maravillosa conversión; su amistad con San Ambrosio; el *Te-Deum*; su sacerdocio y su episcopado; sus obras científicas; el haber fundado en una de ellas *La Ciudad de Dios*, una ciencia nueva: *La Filosofía de la Historia*; sus controversias con la herejía; su amor á Dios y á los hombres; la sinceridad, gracia y sencillez de su estilo; sus oportunas reformas en la disciplina eclesiástica; sus reglas para los Sacerdotes y para la vida en común; la fundación de los Seminarios; su influencia en el movimiento científico de muchos siglos; el haber sabido comprender á Platón desde un punto de vista cristiano; el haber abierto en la interpretación de la Sagrada Escritura horizontes amplísimos; el haber fijado de una vez, y para siempre, á despecho de toda clase de sofistas, la razón de la suprema y necesaria armonía entre la ciencia y la fe, hasta la gran tragedia que siguió inmediatamente á su muerte con la irrupción de los vándalos en Africa; todo, en suma, lo que se refiere de San Agustín, se aparta tanto de la vida ordinaria de los hombres, es tan maravilloso, que no hay más remedio que admitir para el Obispo de Hipona una predilección divina especialísima. Nuestro grabado, copia del cuadro de Ary Schffer, representa á San Agustín en su juventud, recien convertido, en aquellos coloquios que sostuvo con su Santa Madre, allá en Ostia, mirando ambos el cielo estrellado de las serenas noches del verano, y departiendo de las cosas divinas. ¡Más bello asunto no encontrará nunca un artista! Ary Schffer ha sabido interpretar la sublimidad de la escena, dando á los rostros de sus dos personajes una mística unción del todo evangélica y contemplativa. La estatua en piedra que aparece en la página 236, representa á San Agustín en su gloriosa ancianidad, revestido de sus ornamentos pontificales. Hace pocos años, cuando se celebró el centenario de San Agustín, un agustino español, Fr. Fermín de Uncilla, publicó una Vida del Santo, muy bien escrita, que si no anda, debiera andar en manos de todos. Y en el discretísimo y gallardo prólogo que á dicha vida puso el ya célebre literato agustiniano, Fray Conrado Muiños, quejábase éste con sobra de razón de que son muchos los que admiran á San Agustín, y pocos los que le rezan un Padre Nuestro. No debemos así portarnos los verdaderos católicos que, admirando al insigne Doctor de la Iglesia como hombre extraordinario y varón sapientísimo, hemos de considerarlo, ante todo y sobre todo, como bienaventurado, y encomendarnos á Dios por su mediación, que ha de ser sin duda muy poderosa y eficaz.

Cascada de Budha en el Japón (Pág. 240.)

Las islas de Japón encierran verdaderas maravillas naturales, que hasta nuestros días han sido para los europeos del todo desconocidas por la intolerancia sistemática de aquel pueblo, para admitir trato y comunicación con los extranjeros. La isla de Nipón, la mayor de las japonesas, cabeza de aquel poderoso imperio del extremo oriente, es por demás montuosa y cruzada en todas direcciones por torrentes impetuosos y grandes ríos, sobre los cuales son de admirar los magníficos puentes de cedro, y otras maderas preciosas, algunos de los cuales alcanzan una remotísima y venerable antigüedad. La cascada que en vista hoy ofrecemos al lector, es famosa, por estar consagrada á Budha, cuya religión es muy extendida, casi es la oficial en el imperio japonés, aunque el budhismo de los japoneses esté muy desfigurado por creencias indígenas de los isleños, hasta el punto de pasar por herejes á los ojos de los budhistas de la India. Pero en realidad, ni unos ni otros pueden echarse nada en cara; pues el budhismo, aunque contenga algunos principios de moral muy pura, y ciertos como vislumbres de algunos dogmas cristianos, siendo el sistema religioso que, según común sentir de los filósofos, más se parece á la religión verdadera, en su desarrollo y prácticas es un conjunto monstruoso de supersticiones y ridículos ritos, cuando no nauseabundos y bárbaros. La imagen gigantesca de Budha, colocada en la catarata, está en la aptitud de profunda meditación, como abismado en sus pensamientos sobre las cosas divinas. Es sabido que el budhismo viene á ser en el fondo un falso y pseudo-misticismo. Apenas hay lugar en las ciudades y campos de la isla de Nipón, que no esté consagrado á Budha: sobre las montañas, en los bosques, á orillas de los ríos, se ve la estatua del reformador del bramanismo. En Yedo, capital de la isla, tiene más de mil templos.

El buen samaritano (Pág. 241).

Conocido de todos los cristianos es el asunto de este bello cuadro de la moderna escuela francesa. Su autor, Mr. Dupain, es un artista, no solo de verdadera inspiración, sino habilísimo en la ejecución de sus obras. Descuella sobre todo, por el vigoroso dibujo con que traza las figuras, y en este sentido puede servir de modelo á nuestros pintores más enamorados de la luz y del color que no de las líneas puras, base obligada y fundamental de todo arte serio. Mr. Dupain, además, medita profundamente la composición de sus cuadros, y tiende á rechazar todo lo episódico y accidental, con lo cual se acerca mucho á la sobria grandeza del arte clásico. ¡Lástima que á tan elevadas cualidades no una Mr. Dupain un soplo siquiera de aquella unción religiosa, propia de nuestros insignes pintores del gran siglo!

Santuario de Nuestra Señora de la Guardia en Marsella (Pág. 244).

La populosa y antiquísima ciudad de Marsella, centro del comercio del Mediterráneo, primer puerto de Francia, conserva dentro de su recinto una multitud de iglesias y monumentos religiosos de todo género, que atestiguan el pasado esplendor de la ciudad, su religiosidad y poderío durante la Edad Media. Entre esos monumentos, descuella el santuario de Nuestra Señora de la Guardia, por su magnífica situación sobre los puertos de Marsella, en una eminencia que da al edificio un aspecto gallardísimo. Contribuye á ello la elevada torre ó campanario de 75 metros de altura, rematado en una colosal estatua de Nuestra Señora, de bronce dorado. D. Manuel Polo y Peyrolon, en uno de sus más preciosos libros, el viaje por Francia y Suiza, trae una poética y muy exacta descripción de este famoso santuario, que cuantos llegan á Marsella por mar, es lo primero que descubren. Nuestro grabado representa el santuario en el momento de una de las grandes peregrinaciones, organizadas por los marselleses y otros católicos de Francia al antiguo y hermoso templo.

Yelmo del duque de Alba (Pág. 246).

La publicación de la correspondencia del gran duque de Alba, del *ducazo*, como le llamaban sus contemporáneos antonomásicamente, por la actual duquesa de Alba, da oportunidad al yelmo de combate que se conserva en la Armería Real de Madrid, y que usó en vida el ilustre varón, vencedor de los italianos, franceses, alemanes, turcos, portugueses y flamencos. Como obra de arte, es el tal yelmo un primor de orfebrería con lindísimas cinceladuras, que representan figuras alegóricas.

ANTONIO DE OLMEDO

Boletín religioso

Almanaque religioso (segunda quincena de Agosto).

16. Domingo XIII después de Pentecostés.

San Joaquín, padre de Nuestra Señora, San Jacinto, confesor, y San Roque.—*Indulgencia plenaria* como en 23 de Enero.

17. Lun. San Pablo y Santa Juliana, hermanos mártires.

18. Mart. Santa Elena, emperatriz, Santa Clara de Monte-Falcó, vírgen, y San Agapito, martir.

19. Miér. San Luis, obispo, y San Magín, martir.

20. Juev. San Bernardo, abad, doctor y fundador.

21. Vier. Santa Juana Francisca, fundadora de la Visitación, y Santa Blasa y sus tres hijos, mártires.

22. Sáb. Santos Sinforiano, Fabriciano, Hipólito y Timoteo, mártires.

23. Dom. XIV después de Pentecostés. San Felipe Benicio, confesor.

24. Lun. San Bartolomé, apóstol.

25. Mart. San Luis, rey de Francia, San Gines de Arlés y San Julián, martir.

26. Miér. San Zeferino, Papa.

27. Juev. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, San Rufo, y la Transverberación del Corazón de Santa Teresa de Jesús.

28. Vier. San Agustín, obispo, doctor de la Iglesia.

29. Sáb. La Degollación de San Juan Bautista.

30. Dom. XV después de Pentecostés. Nuestra Señora de la Consolación y de la Correa, y Santa Rosa de Lima.—*Indulgencia plenaria* como en 23 de Enero.

31. Lun. San Ramón Nonato.

CUARENTA HORAS

16, 17. Religiosas de San Plácido.

18, 19. Parroquia de San Luis.

20, 21. Religiosas Salesas (paseo de Santa Engracia).

22, 23. Iglesia de los Servitas (plaza de San Nicolás).

24, 25. Parroquia de San Ginés.

26, 27. Escuelas Pías de San Antonio Abad.

28, 29. Religiosas de la Encarnación.

30, 31. Iglesia de Nuestra Señora de las Maravillas.

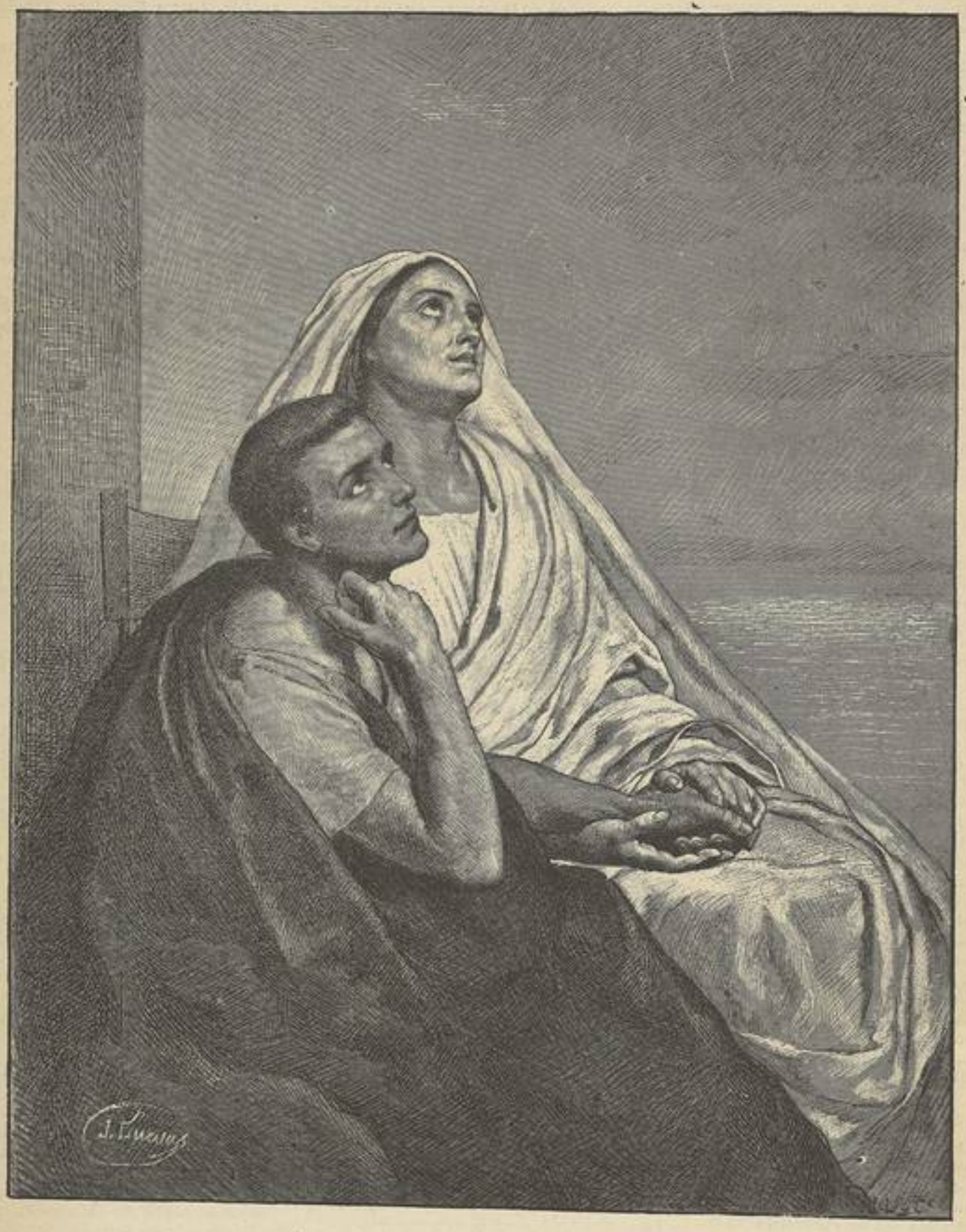
NOTAS

Tenemos en esta quincena varias fiestas religiosas de particularísima devoción para el pueblo cristiano en general, y para el español muy especialmente. A la gloriosa Madre del gran emperador Constantino, el augusto libertador de los cristianos, se celebra el día 18. El 19 es San Luis, obispo, al que está consagrada una de las mejores parroquias de Madrid. El 20 San Bernardo, el doctor mariano, el apóstol de la Edad Media. El 21, la insigne fundadora de las Salesas, que cuentan en Madrid con dos célebres Monasterios. El 24, San Bartolomé, apóstol. El 25, San Luis de Francia y San Ginés de Arlés. A propósito de este Santo, debemos advertir que la tradición que supone la existencia de un San Ginés español, natural de Madrid, al que está dedicada la antigua parroquia, sita en la calle del Arenal, es, según todas las probabilidades, una tradición apócrifa, una invención de los falsos cronicones. No hay más San Ginés que el insigne martir de Arlés, y á éste es á quien los madrileños dedicaron la parroquia que hoy, con las de San Luis, San José, San Sebastián y San Martín, se reparte los barrios céntricos de la corte de España.

El día 27 se celebra á San José de Calasanz, el fundador de las Escuelas Pías, una de las instituciones que han reportado á la humanidad mayores beneficios. En la provincia de Madrid contamos con cuatro magníficos Colegios de Escolapios: dos en la misma corte, que son San Fernando y San Antón; otro en Getafe y otro en Alcalá de Henares, establecido en el edificio de la antigua Universidad Complutense. En los cuatro se da una enseñanza religiosa y científica, sólida y brillante, y se educan gratuitamente innumerables niños pobres.

Sería interminable el catálogo de alumnos ilustres de los Escolapios; el general Martínez Campos, hoy tan influyente y poderoso en la política, fué alumno gratuito de los Escolapios. Y lo mismo otros muchos que han brillado y brillan en diferentes carreras del Estado.

Los Escolapios sostienen hoy una Revista cien-



SAN AGUSTÍN Y SANTA MÓNICA

tífica y literaria, que es una de las primeras de España. Su director, el P. Pompilio Díaz, rector del Colegio de Getafe, pasa, y con razón, por ser una eminencia en Pedagogía y otros ramos del saber humano.

* * *

De San Agustín se habla por separado en otro lugar de este número.

J. F.

El Padre Tajo

En las tierras de Cuenca, muy cerca de los linderos de Aragón, en un valle que los moros llamaron *Bonito* y los cristianos apellidamos las *Veguillas*, tiene su nacimiento el más célebre y caudaloso de los ríos ibéricos, el que con la música de sus aguas canta á la unidad de la Península, á despecho de Vasconcelos y Braganzas. Una andaluza lista y salerosa, pero mal patriota, desbarató en un momento la obra que el padre Tajo en colaboración con el duque de Alba habían continuado un siglo antes; pero el Tajo, no lo dudeis, ha de rehacerla más ó menos tarde, y España y Portugal serán un sólo pueblo, á pesar del sombrío Támesis, enemigo secular de nuestra grandeza y de nuestra dicha.

Suponen antiguas fábulas que el Tajo debe su nombre á un rey llamado Tago, que gobernó á los españoles en tiempos de Mari-Castaña.

¡Vaya VJ. á averiguar!.. No sabemos á punto fijo quién nos gobierna hoy, y queremos escudriñar quién gobernaba á nuestros antepasados hace dos ó tres mil años. Si hoy viviera *Tago*, se hubiera contentado probablemente con poner su nombre á una calle ó plazuela; pero en aquel tiempo eran sin duda más ambiciosos los mandarines, y ponían su nombre nada menos que á un río de 140 leguas de largo. Tal es la longitud del famoso padre de los ríos españoles que, según Fray Luis de León, también fué profeta, y de malas nuevas, por cierto.

La fuente de donde brota se llama de *Pie izquierdo*, nombre cuya etimología no hemos tratado de averiguar, porque hemos creído que no la tendría razonable. Lo que sí sabemos, es que la fuente del *Pie izquierdo* procede de la Sierra de Albarracín, de los montes de la Muela, que están cubiertos de nieve ocho meses al año. A pocos pasos de su nacimiento, engrosado con otras fuentecillas, pasa por las vegas de su nombre, donde cría delicadas truchas asalmonadas. Entra luego en la provincia de Cuenca, á quien sirve á trechos de límite con las de Soria y Guadalajara. En la primera recibe por su derecha el Oceseca, Cabrilla y Gallo; dentro de la tercera, el pequeño Cifuentes, pasando por la villa de este nombre y la de Trillo. Verificada esta confluencia, vence unas montañas que dividen sus corrientes de lo que se forma la famosa olla de Bolarque, cercana á la desierta morada y convento de los Carmelitas descalzos. Luego sigue plácidamente por los hermosos campos de Zorita, y media legua de Auñón recoge al Guadiela por la izquierda, y así enriquecido, baña los muros de la villa de Zorita, corriendo muy solitario, si bien caudaloso, por los hermosos jardines de Aranjuez elevados 621 varas sobre el mar, y aquí se le une al Jarama, por Norte, enriquecido ya con las aguas del Tajuña y del Henares. Unido con estos ríos discurre su viaje, llega cerca de Villaseca, y poco más abajo recibe por el Mediodía el arroyo grande de Algodor, dicho en tiempo de los romanos Gotor. Camina por dehesas hasta llegar á los bosques de Aceca, y pasando por Higares y Azuqueca ciñe los muros de la encumbrada ciudad de Toledo en forma de herradura, entrando en ella por Oriente, y sierras altas, y saliendo por el ocaso, á visitar la vega y regar sus hermosas huertas. Prosigue luego fertilizando nuevas dehesas, y cerca de Villamiel recibe al Guadarrama, pasa por Ventosilla, sitio de recreo de los Arzobispos de Toledo, y luego aproximándose á la Puebla de Montalbán, y ya cerca de Talavera, se le une por Norte el Alberche, y á más, antes de llegar á este punto, el Torcon, Sedana y Pusa. Deja el Tajo á Talavera, y prosigue hasta la villa llamada Puente del Arzobispo, por el puente que en semejante lugar mandó hacer el célebre Prelado D. Pedro Tenorio. Sigue luego el Tajo por Talavera la Vieja, y cuatro leguas después, continúa por bajo del puente que llaman del Conde y Villa de Almaraz, de la que á tres leguas está el soberbio puente de ese nombre, hoy destruido. Poco más abajo, por el Norte, recibe el Tajo al Tietar, que pasa por junto á Arenas, y sigue luego por el puente llamado del Cardenal, y por las ruinas de otro llamado de Alconeta, donde hay unas barcas con ese nombre No lejos de aquí recibe por el Norte otros cuatro ríos llamados Alagón, Ergas, Ponzul, Laca y Cecere; y con todo ese caudal pasa por Alcántara, y por bajo de la famosa Puente de Trajano, y de allí al lugar de Herrera, límite de España y Portugal. Entra en este reino, y á poco se le unen varios otros ríos como el Alpiarza, Zatas y Almansor, y todos juntos entran en Lisboa, en donde forma la mayor bahía, después de la de Constantinopla, pues tiene allí tres leguas de anchura, y capacidad suficiente para innumerables navíos.



ESTATUA EN PIEDRA DE SAN AGUSTÍN

Los poetas antiguos y modernos no se han cansado de celebrar la hermosura y excelencia del Tajo. San Isidoro, en el capítulo 21 del lib. 13 de sus etimologías, Marcial en el epigrama 50 del lib. 1.º y en el 81 del 10, le llaman el Dorado; igualmente Montano, Ludovico Vigo, y á esto alude el célebre Garcilaso en aquellos versos, que no puedo menos de transcribir.

.....
Las telas eran hechas y tejidas
del oro que el felice Tajo envía
apurado después de bien cernidas
las menudas arenas do se cría.
.....

No tiene duda que en las partículas de la arena de este río van envueltas muchas imperceptibles de

oro purísimo, como infinitas veces se ha comprobado, y no sé que en todas las orillas del Tajo suceda esto; mas es constante que acaece en las de Toledo, compitiendo muy bien á ese río el renombre de Aurífero.

Conocidísima es la famosa Profecía del Tajo, narrada en inmortales versos por Fray Luis de León.

Cuando la guerra de Portugal en 1580, que tuvo por éxito la reunión de las dos coronas, Juan Bautista Antonelli, famoso arquitecto hidráulico que vino desde Italia, donde era natural, á España en 1559 al servicio del emperador D. Carlos, después de haberse acreditado con muchas obras, propuso á Felipe II hacer navegables los ríos Tajo, Guadalquivir, Ebro, Duero y otros, asegurando su posibilidad y los inmensos bienes que resultarían de tan benéfico proyecto. Penetrado el rey de su utilidad, mandó que por vía de ensayo hiciese Antonelli la esperiencia en el Tajo, navegando las 24 leguas que hay desde Abrantes á Alcántara, para lo cual con fechas 1.° de Abril expidió una real cédula dirigida á los jueces, alcaldes mayores, y demás justicias de aquellos partidos, para que protegiesen aquella navegación, y proveyesen de lo necesario al dicho Antonelli. Con fecha 23 de Junio se expidió otra cédula, dirigida al licenciado Guajardo, alcalde mayor de Alcántara, para que comprase y proveyese de todo lo necesario á Antonelli para el propio objeto; y con igual fecha otra á los concejos y demás justicias de Castilla sobre lo mismo, y de este modo verificó Antonelli la navegación y reconocimiento del Tajo por aquellas 24 leguas, con toda felicidad, según relación que hizo al rey, fecha 20 de Mayo de 1581.

Habiendo salido perfectamente de este primer ensayo, y deseando Antonelli llevar adelante su intento, se arrojó en 1582 al Tajo en una chalupa con cuatro remeros portugueses, con el fin de navegar por él desde Alcántara á Toledo. El barco referido navegó con toda felicidad, y en 19 de Enero de 1582 llegó á esta ciudad á la ribera de la vega, cosa que llenó de asombro á los vecinos que se agolpaban á verlo. El 22 se puso la chalupa en un carro de cuatro ruedas, y la pasaron por la vega enunciada á la ribera opuesta, para evitar así las presas, á lo cual estuvieron presentes, según Esteban Garibay, el arzobispo D. Gaspar de Quiroga y el corregidor que era entonces de Toledo D. Fadrique Portocarrero y Manrique.

Navegó el barco el mismo día, á la tarde, camino de Aranjuez entró en el Jarama, y por el canal se acercó á Madrid, de aquí se aproximó al Pardo, dió luego la vuelta volviendo á pasar por Toledo, y el 3 de Marzo continuó su curso río abajo hasta Lisboa, donde llegó con toda felicidad.

Verificado el reconocimiento, é informado el rey de que el Tajo podía hacerse navegable, vuelto de Portugal á Castilla, propuso eso mismo en las Cortes de Madrid á los procuradores; hubo entre ellos varios pareceres, y ¡cosa rara! los procuradores de Toledo, que tenían más obligación de favorecer la empresa por los nobles beneficios que redundaban á la ciudad, fueron los primeros que la contradijeron; y no sólo ellos sino la mayoría del vecindario abominaban el proyecto y le juzgaban dañoso y malo; mas á pesar de todo, los demás procuradores á Cortes, conociendo los beneficios incalculables de la empresa, ofrecieron 100 ducados á Antonelli para que con ellos removiese los obstáculos, y con diversas trazas pusiese corriente la navegación del Tajo, lo cual se verificó á poco tiempo; tanto que el mismo Felipe II quiso en 1584 disfrutar esta navegación yendo por agua desde Vacia-Madrid á Aranjuez en dos barcos chatos de 33 pies de largo, muy adornados, que hizo construir Antonelli, en los que se embarcaron el rey, los infantes, y séquitos de SS. MM., concluyendo su viaje con toda felicidad.

Luego por mandado del rey se hicieron en Toledo en 1586 cierto número de barcas, competentes para esta navegación, siendo corregidor D. Francisco Carvajal, y el año siguiente fueron bendecidas siete de aquellas, en la ribera y sitio que junto á los molinos de papel se llama hoy plazuela de las barcas, el 31 de Enero, por Gaspar Calderón, cura de San Martín, habiendo este bajado en procesión con su clero, muchos religiosos, é innumerable concurso.

Embarcaron en ellas 50 galeotes y buena cantidad de trigo, siendo su capitán Cristóbal de Roda, sobrino de Antonelli. La capitana hizo señal de partida con una trompeta, y al tercer toque comenzaron los barcos á navegar, y continuaron prósperamente, llegando en quince días á Lisboa; y antes de su retorno á Toledo, falleció en esta ciudad Juan Bautista Antonelli, primer autor de la navegación, que se repitió con buen éxito en los años 1588 y 1589, conduciendo por agua á Portugal grandes cantidades de trigo y otros efectos.

Por muerte de Antonelli mandó el rey tratar con el aparejador Andrés de Udias lo que faltaba en la navegación del Tajo para los viajes subsiguientes; y ciertos barqueros de Abrantes se obligaron á venir por el río desde aquella villa hasta Toledo en cuarenta días. En 1592 se formaron reglamentos para la navegación, se libertó de derechos á los cargamentos, se fijó el modo de despachar las guías y las formalidades de salida, etc.; de modo que llegó á estar tan corriente la navegación, que las estofas trabajadas en Toledo y Talavera y otros géneros, que iban por agua á Portugal, se vendían allí con estimación, así como los géneros del Norte, que por mar entraban en Lisboa llevados por el río, hallaban pronto despacho en Toledo, Madrid y otros puntos cercanos á las riberas.

No consta el punto de perfección á que llegó esta empresa, ni las causas de su abandono en el próximo reinado de Felipe III; habiendo quedado de ella, por señal y memoria en Toledo, el nombre de plazuela de las Barcas, en la vega de esta ciudad, porque allí estaba el embarcadero para la navegación del Tajo.

En tiempo de Felipe IV, con motivo de la sublevación y guerra de Portugal, para la conducción de las provisiones de guerra y boca á la frontera, se quiso volver á plantear la navegación del Tajo desde Toledo á Alcántara, y á este fin en 1641 formaron unos soberbios planos del curso y dirección del río los ingenieros Luis Carduchi y Julio Martelli, que no surtieron efecto alguno. Igual suerte tuvieron los preparativos que se hicieron en el reinado de Carlos II para el mismo objeto y riego desde Madrid á Aranjuez, Alcalá y otras partes, y los planos que al efecto levantaron los ingenieros armeros D. Carlos y D. Fernando Grunembergh, y las diligencias practicadas en 1740 para resucitar la propia navegación, lo que igualmente sucedió en el ministerio de D. José Carvajal, años después, en que se hizo á toda costa un modelo de madera y cristal para el canal de Manzanares que se había de unir al Tajo, y continuar su navegación hasta Lisboa.

En nuestro siglo, año 1829, se hizo una nueva tentativa para navegar por el Tajo; pero sin resultado positivo.

¿Se navegará alguna vez? Difícil es aventurar una opinión sobre este punto.

Los ferrocarriles quitarían á la empresa gran parte del producto industrial que antes de ellos hubiera dado seguramente. Pero de todos modos, ir embarcado desde Aranjuez hasta Lisboa, convengamos en que sería un hermoso viaje.

RODRIGO CARO.

Bibliografía

DISCURSOS ACADÉMICOS

DE

D. Manuel Polo y Peyrolón.

Entre los escritores españoles que manejan con elegancia, facilidad y donosura el rico idioma de Cervantes, debe contarse entre los primeros el distinguido catedrático de Valencia, autor del libro de que nos proponemos decir algunas palabras. Conocíamos del Sr. Polo sus obras de Psicología y Lógica; con verdadera fruición leímos sus preciosas novelas, y sólo desconocíamos los discursos que en segunda edición acaba de publicar.

Con semejantes precedentes, inútil es advertir que quien ha mantenido siempre su pluma virgen de denuestos y bajezas, que quien se ha ceñido siempre en sus escritos á las más severas reglas de la moral cristiana, que quien presta incesante culto á las más elevadas ideas y á los más generosos sentimientos, no debe desperdiciar la ocasión en sus discursos y oraciones de inculcar, de enaltecer y de propagar las más fecundas ideas en el orden filosófico, las más puras en el orden moral y las más justas en el histórico y social.

Un libro de discursos no puede compararse á un tratado especial y técnico sobre un punto concreto de una ciencia; pero desde luego se puede afirmar que no sólo no carecen de interés, sino que lo adquieren en alto grado, cuando éstos han sido pronunciados por personas que á profunda ilustración en materias especiales, reunen vastos conocimientos en muchos ramos del humano saber.

Aparece en la diversidad de materiales la unidad de criterio que informa el juicio del autor, y en los temas objeto del discurso se advierte un desarrollo completo del asunto, que hiriendo la imaginación del lector, deja en su memoria un rastro que jamás se olvida, y que sirve de saludable enseñanza para los que aprenden en sus depuradas fuentes.

Así vemos que es costumbre debida á remotísimas edades la publicación de los discursos y oraciones de cuantos hombres se han distinguido en el estudio de las ciencias filosóficas y oratorias, y es notorio el provecho que de su lectura se ha reportado. Entre los discursos académicos que forman la bella colección del Sr. Polo, merece citarse por su sabor clásico el que profirió con ocasión del Centenario de Santa Teresa de Jesús.

No hay Santo alguno de la Iglesia como la insigne Doctora avilense, cuya memoria haya sido con más empeño profanada por la impiedad, á título de verificar estudios fisiológicos para rebajar su virtud á la categoría de los actos de un vulgar histerismo, y su sabiduría divina al de una mágica ó pitonisa. Era necesario, pues, establecer la verdad de su doctrina, de su virtud y de su sabiduría, y presentarla á la faz del mundo tal cual es, tal como la ha declarado la Iglesia y la conoce el verdadero público español. Para ello ninguna ocasión más adecuada que la solemne y universal celebración de su tercer Centenario, y entre mil y mil escritos de perfecta reivindicación aparece el del Sr. Polo, de singular importancia, porque, conocedor profundo de nuestro idioma, puede apreciar las bellezas de la pluma de la Seráfica Doctora, y el eminente catedrático de Psicología y de Filosofía moral, nadie con mejores títulos para desvanecer el tejido de sofismas con que la mal llamada ciencia moderna pretende desfigurar las glorias de la virgen carmelitana.

Reviste singular interés, en estos días, el discurso acerca del naturalismo en la novela, en el que se resuelve de mano maestra el problema de si es signo de progreso ó de decadencia en la literatura el naturalismo. La opinión del disertante no puede menos de tenerse en cuenta, porque es voto de calidad; y hoy que tan vivamente se controvierte esta materia con motivo de cierta célebre novela, creemos que la lectura del discurso de nuestro autor esclarecerá mucho la debatida cuestión.

Instructivo es el elogio de Santo Tomás, y en cuanto cabe, simpática la biografía del Papa León XIII, al cual se presenta en su carácter de sabio profundo y conocedor de los males que en los presentes tiempos afectan á la humana razón; entre éstos debe enumerarse como el más capital la ignorancia religiosa y la idolatría científica de los enemigos del Catolicismo, que en brillantes páginas y con argumentos contundentes combate, en precioso discurso, el sabio catedrático.

Hemos de ser muy sóbrios en nuestras últimas palabras, pues la apariencia de adulación quitaría el mérito á la justicia. El autor de los discursos une á la doctrina la práctica, y no se abochorna de confesar á Jesucristo en la cátedra, en públicas peregrinaciones y en el ejercicio de la caridad en la humilde Asociación cuyo Patrono es San Vicente Paúl. Verdadero socio, conoce el secreto de las conferen-

cias, y por eso su palabra penetra en el corazón de los que le oyen, conmueve á los que le leen, y obliga á exclamar: «éste sí que es un verdadero socio de San Vicente». La publicación de los dos últimos discursos la aplaudimos sin reserva, no por su belleza literaria, ni por la intensidad de sus sentimientos religiosos, sino porque inflamarán á muchos corazones en el amor de Dios y del prójimo, y son digna corona de una obra esencialmente cristiana.

FRANCISCO MUNS.

Estudios históricos

ALBERONI

I

La biografía del famoso Cardenal ministro de Felipe V, ofrece un doble interés para la posteridad. Es la biografía de un gran aventurero y de un gran ministro. Por el primer concepto, resulta más fecunda en lances y peripecias extraordinarias, más azarosa, entretenida y sorprendente que la mejor de las novelas. Por el segundo, es de inagotables y utilísimas enseñanzas para los políticos. Uno y otro aspecto, juntos en la unidad de su vida, forman un poema tan rico de verdad como de poesía, en que se vé y admira á un hombre, el heroe, luchando á brazo partido con desigual fortuna, pero siempre con brío, inteligencia y audacia, contra muchedumbre de enemigos poderosos y combinaciones de circunstancias adversas, saliendo de la tremenda batalla vencedor muchas veces, y cayendo vencido, cuando le tocó el turno de la derrota, con extraordinaria gallardía y gloria mayor que la que le reportaron los buenos sucesos. Y todo esto es mirando simplemente á la individualidad de Alberoni, que al considerar su influencia en los destinos de la sociedad de su tiempo, la figura nos adquiere más vastas proporciones, insólita grandeza, convirtiéndose en representación típica de una noble causa histórica, digna ciertamente de mejor suerte que la que le ha cabido en el mundo á la postre.

Julio Alberoni fué uno de aquellos italianos ilustres que durante los siglos XVII y XVIII pusieron al servicio de príncipes extranjeros el talento que no podían emplear útilmente en servir á su propia patria. Era entonces axioma político en Europa la incapacidad absoluta de los italianos para constituir Estado ó imperio independiente. Hasta se consideraba como especial merced de la Providencia para con la península italiana, que católicos extranjeros, como los españoles, v. gr., se hubieran tomado la molestia de conquistarla y gobernarla, manteniendo en paz á sus habitantes, que si por ventura hubiesen sido libres, se habrían despedazado unos á otros como los salvajes de Africa. Parecía ya de derecho natural la facultad de arrebatarse unas á otras las potencias girones del suelo de Italia; y los italianos se habían acostumbrado á cambiar de dueño con la misma facilidad que mudan hoy día los pueblos de Gobierno. Y es realmente admirable que tal abyección de los italianos, mirados en conjunto ó en cuerpo político, no correspondiese ni se fundase en abyección análoga de los mismos naturales, individualmente considerados. Lejos de eso, nunca quizás como en aquellos siglos de oprobio y esclavitud ha producido Italia en mayor abundancia varones insignes en todos los órdenes de la vida y carreras del Estado. No hay que hablar de las bellas letras y artes, pues en este punto el orgullo de los dominadores de Italia se cifraba en seguir, aunque fuese de lejos, las huellas de los maestros italianos, repitiéndose entonces el fenómeno tan conocido de griegos y romanos, vencidos aquéllos por las armas de éstos, y vencedores de sus vencedores por el ingenio. Pero la Grecia antigua no tuvo Melciades, ni Epaminondas que oponer á los Scipiones, Flaminios y Silas. No así la Italia. Sus guerreros se llamaron Pescaras, Saboyas, Spínolas y Farnesios, dignos rivales de los Toledos, Leyvas, Guisas y Borbones. Y en cuanto á oficiales subalternos y soldados, ¿en dónde hallarlos mejores que en aquellos tercios de infantería y caballería de Nápoles, que pelearon juntos y con la misma gloria que los famosísimos nuestros castellanos y aragoneses en muchos y memorables campos de batalla?

Y no sólo en las letras, artes y armas resplandece la estrella del genio italiano, sino que también en la política llegan los naturales de la Península á donde ninguno puede alcanzarles. No hay cancillería en Europa en que no figuren uno ó varios italianos, y apellidos italianos se leen al pié de todos los tratados y protocolos de la época. Ninguno de esos políticos aspira, sin embargo, á libertar del yugo extranjero á su patria. Sirven lealmente á los monarcas y naciones que los han acogido y ensalzado, sin acordarse á menudo de su origen más que para hacerlo olvidar en su patria adoptiva.

Alberoni fué perfecto tipo de esa clase de aventureros italianos. Vino á España en busca de fortuna política, *á hacer carrera*, como decimos ahora; porque era político por naturaleza, por temperamento, por vocación; porque desde niño había soñado con las vastas combinaciones de los imperios, con engrandecer naciones y con regirlas. Como su inmortal compatriota Colón, buscaba carabelas para descubrir un mundo, y no le importaba que las carabelas fuesen españolas ó francesas; Alberoni buscaba por el mundo una nación que gobernar, sin cuidarse de que se llamase Francia, Alemania ó España; él sólo pretendía que fuese lo suficientemente poderosa para poder influir por medio de ella en el resto del mundo. Quería, como Arquímedes, una gran palanca. Por otra parte, estaba dispuesto á ser en la nación que le diese el imperio, modelo de patriotismo y de fidelidad. Que jamás entró en sus cálculos la traición, y ningún ministro español, antes ni después de él, le ha ganado en españolismo de buena ley, como indudablemente ningún ministro francés le hubiera ganado en amor á Francia, si la fortuna loca le lleva á Versalles en vez de traerlo á Madrid.

Los primeros años de la vida de Alberoni narrolos con mucho colorido y delectación de compatriota y contemporáneo el erudito Poggiali, bibliotecario de la casa ducal de Parma, en sus *Memorias históricas de Plasencia*. Cerca de esta ciudad, en una miserable aldea que hoy es estación del camino de hierro, y cuyo único blasón histórico es el nacimiento de Alberoni (suceso que ninguna Guía de viajeros se olvida consignar), vino al mundo el célebre político á 21 de Mayo de 1664. Sus padres eran hortelanos y jardineros, manteniéndose del producto de sus rudas labores en la mayor estrechez y miseria. Estrechos y miserables fueron, por consiguiente, los primeros pasos en la vida de Julio Alberoni. Ayudando á sus progenitores en las campestres faenas, cavando la tierra con sus infantiles manos, plantando árboles, teniendo por mañana y tarde largas horas sumergidos los tiernos piececillos en el agua corriente, cuando se soltaba del estanque para derramarla por los cuadros de la huerta, vendiendo legumbres y flores por las calles de Plasencia, pasaron doce años, durante los cuales no aprendió Alberoni ni la o, ni nadie, por lince que fuera, hubiera podido adivinar los futuros brillantísimos destinos de aquel rapazuelo chiquitín y desarrapado, horriblemente chato y de mirada vivísima y penetrante, que voceaba coles y nabos, cuando no más fragante y hermosa mercancía, por las calles y plazas de la ilustre ciudad condal. Circunstancias que oculta entre sus sombras el pasado, hicieron que Alberoni cambiase á los doce años el rudo oficio por el más fino y descansado de monaguillo en una de las parroquias de Plasencia. Lo que sí consta es que tal mudanza fué el principio de su fortuna. Pronto advirtieron el Párroco y demás Sacerdotes de la Parroquia el despejo y agudeza del nuevo acólito, así como su afición á entender las cosas todas; y uno de aquellos buenos clérigos se tomó el trabajo de enseñarle á leer y escribir, admirando muy luego á toda la sacristía la prontitud con que Julio aprendió, no sólo aquellos rudimentos de la instrucción literaria, sino que también la lengua latina en que otro Sacerdote le iniciara. Por común consentimiento del Presbiterio de la Parroquia, su protectora, Julio fué destinado á las letras; y recomendado eficazmente á los Padres Jesuitas, obtuvo beca de gracia en uno de los Colegios de la Compañía.

Poggiali se hace lenguas de la capacidad y aplicación de Alberoni durante sus estudios superiores. No se contenta con decir que adquirió un profundo conocimiento de la Filosofía, Teología y cuantas disciplinas del espíritu se cursaban en el Colegio, sino que consigna que hasta llegó á escribir gruesos volúmenes sobre diversas materias que, según Poggiali, *son aún ornamento de la biblioteca del Colegio*. Es probable que al buen placentino se le fuera la mano en el elogio, llevado del natural deseo de ponderar á su glorioso compatricio. Pero no cabe dudar ni del ingenio de Alberoni, ni de su arte para captarse las simpatías de superiores, maestros y condiscípulos, ni de su habilidad para servirse de sus conocimientos en tiempo y lugar oportunos, deslumbrando quizás, cuando le conviniese para sus fines, á otros más profundamente doctos que él, ni de su hipocresía para ocultar sus defectos, ni de su destreza para hacer valer sus buenas cualidades; de ninguna, en fin, de aquellas partes que constituyen al político, y que en Alberoni siempre resplandecieron en grado eminentísimo. Jamás fué Julio quisquilloso, ni aun sensible á las injurias de que pudiera ser blanco. Su ambición tremenda ahogaba dentro de su espíritu los gérmenes de otras pasiones, de la vanidad muy especialmente. Los grandes objetos que perseguía con incansable tenacidad (y entonces ya perseguía el grande objeto de su encumbramiento), velaban á sus ojos esos menudos objetivos del mísero amor propio, y huía como de inútiles embarazos de las triquiñuelas y puerilidades que se llaman *cuestiones personales*, en que se enredan inevitablemente, y hasta con cierto placer de mala ley, los que no tienen mejores cosas en que pensar Y como quiera que Alberoni estaba resuelto á no luchar en la vida sino con los que se opusieran á sus vastísimos planes, y reservaba todas las energías de su alma para esos grandes combates, nada tiene de particular que fuera en el Colegio manso como cordero, y que soportase con paciencia extraordinaria las genialidades, siempre molestas, de catedráticos y compañeros, quedando para unos y otros con buenísima fama, y grande amigo por todo el resto de sus días. Por lo demás, Alberoni no era de los llamados á iluminar con su inteligencia las cumbres del saber; político, y nada más que político, en lo que desde luego sobresalió, fue en su habilidad para irse abriendo camino en el mundo.

Ya tendría más de veinte años cuando contrajo amistad con un juez de Plasencia, natural de Rávena, llamado Ignacio Gardini, el cual, habiendo perdido, años adelante, la protección del Gobierno, fué desterrado de Plasencia. Alberoni le siguió á Rávena, dando con ello una prueba de no ser insensible al puro afecto de la amistad; y en Rávena conoció al conde de Barni, Arzobispo de Plasencia más tarde, y que fué el Prelado que ordenó de Presbítero á Julio Alberoni en 1690. Gracias á Barni, nombráronle mayordomo del Palacio arzobispal de Plasencia, y después, y sucesivamente, Párroco rural, Canónigo y preceptor de un sobrino del Arzobispo. Con este discípulo, también conde de Barni, pasó Alberoni á Roma, en donde pronto se hizo lugar en la sociedad más encopetada, distrayendo á todos con su amena conversación, y encantándolos con su modestia y finos modales.

Era el futuro Cardenal y ministro de España uno de los hombres más feos que han lucido en salones; de tan obscura tez, que parecía hecho de cobre; bajo, y al mismo tiempo grueso, y de anchura extraordinaria de hombros, lo que le daba apariencias de pigmeo. Monstruosa, por lo enorme, era también su cabeza, y ancha su faz, en la que campeaba una nariz chata, que caracterizaba grotescamente su horrenda fisonomía. El clerigüito sabía sacar partido de su propia fealdad, pues al referir cuentos y chascarrillos (á lo que era muy aficionado), actuaba con singularísimas expresiones y ridículos gestos los pasajes graciosos, haciendo desternillar de risa á los oyentes, que no acertaban á distinguir si lo que les promovía la risa era lo contado, la manera de contarlo, ó la expresión grotesca del rostro del narrador. Por estos caminos se iba ingiriendo Alberoni en el ánimo y amistad de cuantos le trataban, y fortalecía los lazos ya



CASCADA DE BUDHA



EL BUEN SAMARITANO

creados con su reputación de virtuoso, que lo era en efecto, pues ni de entonces, ni de la época de su grandeza se refieren de él aventuras escandalosas; antes bien, es lugar común en sus historiadores, tanto favorables como adversos á su política y persona, que fué siempre buen cristiano y ejemplar sacerdote, no siendo de notar en él otra pasión sino la de revolver imperios y dirigir grandes sociedades por los caminos que su inteligencia conceptuaba mejores, reservándose para sí únicamente la gloria de haberlo agitado y recompuesto, todo conforme á los planes gigantescos que fraguaba. Por aquel tiempo, y con objeto de enseñarla á su ilustre discípulo el conde de Barni, aprendió la lengua francesa, y llegó á dominarla de tal modo, que la manejaba por escrito y hablada con la precisión y elegancia de un súbdito parisien de Luis XIV.

Corría el año de 1702. La guerra de sucesión extendíase por toda Europa; y como es natural, las comarcas septentrionales de Italia, *bosque de Bolonia de los desafíos europeos*, eran á la vez objetivo y campo de batalla de los poderosos beligerantes. Un ejército alemán, mandado por el célebre archiduque Eugenio, sostenía en los campos lombardos los intereses de la Triple Alianza, aún no formada de un modo definitivo, y los derechos de la casa de Austria al trono de España. Por la parte de Felipe V, un ejército de españoles y napolitanos, á cuyo frente figuraba en persona el joven rey de España, y otro ejército de franceses, fuerte de 50.000 hombres, (cifra enorme para lo que se estilaba en aquel tiempo), que mandó primero el mariscal Villeroi, y luego el famosísimo Vendome, uno de los generales más insignes de Luis XIV, inundaban los feraces campos de Lombardía y los ducados vecinos. Quien haya leído aquel admirable capítulo de *I promessi sposi* en que se narra el paso por el Milanesado de un ejército de tudescos, puede formarse idea cabal de lo que sufrirían en aquella sazón los pueblos obligados á soportar el acantonamiento de las tropas contendientes, teniendo en cuenta que desde mediados del siglo XVII, época á que se refiere Manzoni, á principios del XVIII, no habían mejorado gran cosa los ejércitos europeos en punto á disciplina y respeto á la población pacífica de los países en que operaban. Cortejo de males sin número seguían de cerca á las bandas germánicas, francesas, españolas é italianas, que recorrían en todas direcciones la alta Italia; y se contaba como memorable calamidad el paso por una comarca de cualquier cuerpo militar, pues no quedaban después de tal suceso campo sin arrasar, aldea que no fuese incendiada, mujer que no sufriese afrenta en su honor, ni paisano al que en las costillas no quedase algún imperecedero recuerdo de las culatas de los mosquetes ó de las hojas de las espadas. Las gentes huían delante de los ejércitos, como en el siglo V habían huído delante de los bárbaros, buscando refugio en las sierras más escabrosas y en los bosques más apretados y escondidos. Desde la batalla de Luzzara (15 de Agosto de 1701), hasta la de Turín que se dió en 1707, Vendome y Eugenio anduvieron jugando, como quien dice, al gana-pierde con la Lombardía; ó lo que es igual, siendo alternativamente vencedores y vencidos, dueños y expulsados del país. Pero el ducado de Parma permaneció siempre bajo el dominio de los franco-españoles, que tenían allí uno de sus principales centros de acción. Cualquiera puede calcular lo que sufrirían aquellos míseros habitantes. A tal extremo llegaron las vejaciones, que el duque hubo de comisionar al Obispo de San Donimo para que se avistase con Vendome, y procurase interesarle á favor de los martirizados pobladores del Ducado. El Obispo no sabía francés, y en tal apuro, se acordó del clérigo Alberoni que, como arriba se ha dicho, era peritísimo en el idioma de Racine y Bossuet.

Tal fué el principio de la prodigiosa carrera política de Alberoni. Contaba entonces treinta y ocho años. Con el Obispo fué al cuartel general sin otro título que el modestísimo de intérprete; pero como el oficio no hace al hombre, y sí el hombre al oficio, bien pronto el intérprete se ganó la confianza, no sólo del caudillo francés, sino de todos los oficiales superiores de su ejército, y el enviado del duque de Parma quedó en aquella corte militar obscurecido ante su humilde subalterno. La historia imparcial obliga á reconocer, sin embargo, que para conseguir tal resultado empleó Alberoni medios nada decorosos, tretas indignas de un sacerdote y de un caballero. Alberoni se convirtió en el cuartel general, no ya en un adulador de Vendome, sino en una especie de bufón suyo, divirtiendo la melancolía del guerrero, no con melodiosas tocatas de arpas, sino con cuentos y chascarrillos de todo género, el verde inclusive. El famoso general de Luis XIV era como militar un hombre verdaderamente insigne; pero al mismo tiempo se distinguía por su extraordinario desaseo, y por la rudeza y torpedad de sus maneras. No parecía un francés del siglo XVIII. Sólo verle comer daba náuseas al de más fuerte estómago. En sus ratos de solaz nada divertía tanto al mariscal como revolcarse sobre un monton de basura. En todos sus gustos y aficiones resplandecían la suciedad y la grosería. Pues en cuanto á maneras, era lo que aquí en España llamamos un *militarote*, tipo que por fortuna ya va pasando á la leyenda. A la menor contradicción, vomitaba su boca un torrente de injurias á cual más soeces, y tras las injurias solían ir las puñadas y los puntapiés. Entre este hombre y el atildadísimo Prelado italiano, acostumbrado desde la niñez á la cortesanía de Roma y de Parma, no era posible ciertamente que naciese una simpatía muy viva; y en efecto, no nació. Al poco tiempo, enteramente aburrido, escribió al duque que le relevase del encargo, indicándole que si quería que resultase algo beneficioso de aquellos tratos, comisionase al obscuro clérigo Alberoni que, según había observado el Obispo, estaba muy bien visto de aquellos bárbaros, y especialmente de su general, que era el más bárbaro de todos. Dimitía, pues, el Obispo su embajada, no conceptuándose capaz de domar potros cerriles como Vendome, y creía de buena fe apto para tal oficio al que había llevado de intérprete, en lo que no se engañaba sin duda el buen Prelado.

Aceptó el duque; y para elevar la dignidad de Alberoni al rango de su embajada, le nombró canónigo de la Catedral de Parma, le señaló una pensión considerable, y le facilitó un palacio en Plasencia, con objeto de que pudiese obsequiar á los militares de alta graduación que residían en la ciudad. Con tales elementos encontróse repentinamente Alberoni en el medio ambiente que apetecía su alma, sedienta de grandezas ¿Qué no podía ya intentar? ¿A qué no podía atreverse? Pero como arriba se ha indicado, esta página de la vida de Alberoni es la más sucia de todas. Para captarse la confianza de los militares franceses, alternaba con ellos en las escandalosas conversaciones del cuerpo de guardia, contándoles chascarrillos obscenos y adulándolos bajamente. Lo más gracioso que á este tenor se refiere, es seguramente que, deseoso Alberoni de agradar á Vendome por todos los medios, se iba á la cocina, y con sus propias manos preparaba sabrosos platos italianos, que despertaban el hastiado apetito del grosero mariscal. ¡A tales ruindades baja el hombre cuando una pasión terrible le domina! Víctima de su ambición, el hijo del jardinero placentino, rebajaba su carácter sacerdotal y hasta su dignidad de caballero, conceptuándose suficientemente recompensado cuando Vendome le daba unos golpecitos en el hombro ó le tiraba familiarmente de las orejas, y le decía risueño: *¡hola, mi querido abatel...*» No fueron estos por cierto los caminos que siguió nuestro Cisneros; pero conviene apuntar, sin embargo, que en la biografía de Alberoni hay pasajes más dignos y hermosos que este.

Pero es la verdad que iba él ganando terreno, y que Vendome ya no podía pasarse sin él. No sólo le concedió cuanto á nombre y en representación del duque le pedía, sino que le confió el secreto de su correspondencia. Ya entonces se decía que su influencia era enorme, y que la fortuna se había complacido en hacer un coloso de un pigmeo. La corte de Parma mantenía con él relaciones cada vez más estrechas, y le prometía mayores recompensas por sus servicios; en el ejército francés cuantos querían obtener algún favor del general en jefe, buscaban solícitos y por todos los medios s recomendación; era comensal ordinario de Vendome, lo que ciertamente no constituía un placer muy delicado; y mientras tanto, él procuraba instruirse en cuanto se relaciona con la organización y mando de los ejércitos, adivinando, sin duda, con su perspicaz ingenio lo que afectan desconocer muchos en nuestro tiempo, á saber: que el mando militar ejercido en grande escala, es uno de los mejores aprendizajes para el gobierno político de las naciones. En 1707, poco antes de la batalla de Turín, dejó Vendome el mando del ejército francés de Italia, siendo destinado al de los Países Bajos. Instó á Alberoni para que le acompañase á su nuevo destino, y el astuto italiano no vaciló; lo dejó todo, el canonicato, la pensión y el palacio, por seguir al mariscal, base y fundamento de su fortuna.

En Flandes aumentó más, si cabe, el cariño de Vendome á su secretario y confidente; y cuando terminó aquella campaña, obtuvo para él de la corte de Francia una pensión vitalicia. Tal era ya la influencia de Alberoni con el mariscal, que en 1710, derrotado Felipe V en las batallas de Almenara y Zaragoza, y perdida la capital de la monarquía, creyeron las cortes de España y de Francia que el único medio de restablecer los negocios de los Borbones, era confiar el mando del ejército franco-español de nuestra Península á Vendome; y como este general se resistiese á aceptar un encargo tan difícil, el Gobierno francés se valió de Alberoni para conseguir su propósito. Consiguiólo, en efecto, y por tal medio vino á España Vendome, y con Vendome Alberoni, dejando en París muy buenas relaciones, y al poderoso Luis XIV personalmente agradecido; esto es, que entró en España con ínfulas y consideración de gran personaje.

BACHILLER ALONSO.

Amores á María

Con ella vivo, con su imágen sueño.
ZORRILLA.

Otra vez ante tu altar
vuelvo, Virgen soberana,
á cantarte mis amores,
los amores de mi alma;
otra vez pulso la lira
por tu amor solo inspirada,
para espresar las ternezas
de mi pecho en dulce cántiga;
otra vez y muchas más
cantaré tus alabanzas,
para que te ensalce el mundo
como mi alma te ensalza,
y conociéndote todos
los hombres ¡oh Virgen santa!
te amen todos cual mereces,
fuente de amor y de gracias.
Antes que pudiera hablar
mi lengua, el pecho te amaba
y tu imagen conocía
como ninguna adorada;
que ella velaba mi sueño
cerca de mi cuna blanca,
y en sueños la sonreía
con el Angel de mi guarda.
Apenas balbucear
pude la primer palabra,
pronuncié tu dulce nombre
como mi primer plegaria,
y tú protegiste al niño
y prolongaste su infancia
haciendo que la inocencia
tardase en perder su alma.
Siempre te amé con delirio,
y nunca tus alabanzas
dejó de entonar de joven
mi corazón entusiasta;
y en esa edad peligrosa
en que las pasiones matan
á veces la fe del niño,
una lira enamorada
y tierna me concediste
para que tu amor cantara,
y para tí solo fué
la primera de mis cántigas.
¡Cuánto te debo, Señora!
Tu protección bienhadada,
la experimento constante
desde la más tierna infancia;
que tú al niño protegiste,
llenaste al joven de gracias,
y al hombre nunca abandona
tu mano bendita y santa,
que invisible le conduce

en este valle de lágrimas,
por la salvadora senda
del bien; que llega á la patria
de la que eres, Vírgen pura,
Emperatriz soberana.
Desde allí ves nuestras cuitas,
y llegan á tí las ansias
de todos los corazones
que madre tierna te llaman;
y con una invocación
tú cora, eres tú la guarda,
y la égida cariñosa
del hombre, al que tanto amas.
Por eso tu dulce culto
doquier extendido se halla,
y no hay villa ni ciudad,
principalmente en España,
entre todas las naciones
de tí la más entusiasta,
en que tu imagen no sea
tiernamente venerada,
y por la que no derrames
abundantísimas gracias.
Sí, Vírgen del alma mía,
protectora de mi patria,
en ella reinas doquier,
y doquier eres amada;
pues aun en carne mortal
visitaste nuestra España,
dejándonos con tu imagen
el Pilar que la fe guarda,
y al que han abierto una brecha
nuestros besos entusiastas;
pero al que no podrá nunca
derribar la malhadada
impiedad, pues que no pueden
faltar tus santas palabras.
Sí, madre amorosa y dulce,
en todas partes de España
tienes un trono de amor,
en donde eres venerada.
Lo mismo entre los picachos
del Montserrat, que por gala
luce corona de nubes,
festoneando su falda
el Llobregat, que murmura
las proezas catalanas;
que entre los bellos jardines
de Valencia, á la que amparas;
lo mismo en los altos riscos
de Covadonga sagrada,
donde brillas cual aurora
de la libertad cristiana
de este pueblo valeroso,
que al mahometano lanza
en ocho siglos de lucha
del suelo de nuestra patria;
que entre los floridos cármenes
de la morisca Granada,
donde cual sol resplandeces
de la Reconquista santa;
lo mismo á orillas del Betis,
que en Guadalupe y las Navas,
en los montes y en los valles,
no hay en España comarca
que no venere tu imagen
cual la de su madre amada.
¡Qué español hay que no sienta
por tí pasión entusiasta,
si hijo tuyo y español
es lo mismo, Vírgen santa?
No, no hay pechos tan ingratos
en esta nación hidalga,
que hagan traición á la Vírgen,
que en su Concepción sin mancha
es su Patrona bendita
y por todos aclamada.
Todos, todos, sus amores
cariñosos la consagran,
y no hay uno que en sus penas
no acuda humilde á sus plantas,
si es cristiano verdadero
de su remedio en demanda,
y no le conceda al punto
la Vírgen Inmaculada.
¡Oh Reina y Señora mía!
Mi pobre lira no alcanza
á expresarte sus amores,
ni de mi pecho las ansias;
por lo que en tu altar la dejo
juntamente con el alma,
para que constantemente
te eleve dulces plegarias.
Acéptalas, madre mía,
y haz que mi postrer palabra
sea tu nombre bendito,
al terminar la jornada
de este valle de quebranto,
para volar á la patria,
de la que eres, Vírgen pura,
Emperatriz soberana.

ENRIQUE GARCÍA BRAVO.

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS
DEL AFRICA ECUATORIAL

POR FL. BOUHOU

Traducción del P. J. R., Agustino

(Continuación.)

—Es muy posible—les dijo—que los malditos esclavistas hayan pasado aquí la noche con tristes víctimas, pero me atrevo á asegurar que han vuelto á emprender su viaje; por lo tanto, síganme los más decididos de entre vosotros á disputar á las hienas los restos del elefante que felizmente matamos ayer, si no queremos resignarnos á recibir la muerte en nuestras chozas, donde, bien lo sabéis, no hay ya la menor provisión.

Unos veinte negros siguieron á su jefe, no sin algún temor.

Apenas se alejaron los tímidos negros, entraron también en deliberación las mujeres, para saber quiénes habían de ir á renovar la provisión de agua, empresa encomendada, después de no pocas conferencias, á cinco de ellas, quienes se dirigieron al manantial con la caña y cascarones consabidos. Iban con circunspección algo visible retrocediendo tres pasos, cuando avanzaban cinco, y echándose unas sobre otras, al menor ruido, con gran detrimento de los cascarones amontonados en un tejido de rafia.

Llegaron, por fin, á la vuelta de la cuesta, á cuyo pie estaba la fuente, y las esforzadas mujeres lanzaron un grito quedándose como petrificadas sin poder dar un paso.

Muy cerca de la fuente estaba tendido un negro de gran estatura y formas atléticas... acribillado de heridas que brotaban borbotones de sangre... acompañado de una mujer de hermosura sin igual que, de rodillas á su lado, le rociaba la frente con el agua que sacaba un niño sirviéndose de la caña que una de las mujeres habían olvidado la víspera.

A la vista de las cinco mujeres, la joven negra lanzó un grito de esperanza y se levantó tendiendo las manos hácia las negras, sus hermanas de raza que pudieron distinguir un hilo de sangre que partía del pecho y se extendía todo lo largo de su túnica blanca.

—¡Oh! ¡venid, hermanas, venid!—exclamó—¡somos cristianos y sufrimos mucho, venid: necesitamos socorro, aliviadnos!...¿¡No temáis, venid! ¡Los misioneros de Francia os bendecirán, venid!

Libres ya del estupor, las mujeres, lejos de responder y acudir á la voz de Ngemoena, que nuestros lectores han reconocido ya, se volvieron precipitadamente á sus chozas.

La virgen negra cayó de rodillas al lado de Daonda y apretando al pobre negrito contra su corazón ensangrentado, prorrumpió en amargo llanto y murmuró esta oración:

¡Oh Madre Blanca del cielo, abrigo la firme esperanza de sentir vuestra protección!... ¡Inspirad á esas mujeres el deseo de prestarnos su apoyo! ¡No permitáis que nos sorprenda la muerte en la inacción! ¡Pura me habéis conservado hasta hoy; habéis roto las cadenas que me esclavizaban; poned el colmo á vuestros favores, oh dulce y encantadora Madre, sirviéndoos de la tribu á que pertenecen las mujeres que he visto para conducirnos al asilo de los Padres Blancos!...

CAPÍTULO XIV

Dejamos á los tres mestizos bajo la influencia del pombé, cuando se preparaban al sorteo de la desgraciada Ngemoena, y á Daonda acostada entre los estúpidos árabes y la virgen negra, abrazada estrechamente al huerfanito y en fervorosa oración.

Mata-Jafa acaba de preparar tres pajuelas desiguales.

—Tira tú, dijo á Mona-Peho, y éste obedece.

—¡Ahora tú, Monré-Tonga!...

Saca éste la paja más larga, quedando la más corta en manos del sorteador.

—¡La sultana es mia!...—gritó éste con voz de triunfo.

—¡Has hecho trampa!—dijo con furor Mona-Peho.

—¡Por Mahoma!—exclamó enfurecido: voy á meterte esas palabras en el cuerpo, vil bastardo!

Pero Mona-Peho empuñaba ya la carabina. Mata-Jafa se agarró á la suya, y los dos adversarios se devoran con la mirada, cual dos fieras que se disputan la presa.

—Repite que no he sido fiel—dijo enfurecido Mata-Jafa.

—¡No has sido fiel, no, mil veces no! Escondías en la mano una paja más corta que las tres del sorteo.

—¿He trampeado?

—¡¡¡Sí, por Satán!!! ¡y no será tuya la hermosa negra: la quiero yo también!

Crúzanse simultáneamente dos descargas, á las que respondió una tercera, debidas las dos primeras á Mata-Jafa y Mona-Peho, pero éste, herido en la frente rueda por el suelo, sin exhalar un quejido. Lánzase al punto Daonda á la carabina de Monré-Tonga y aloja una bala en el corazón de Mata-Jafa, dejándole tendido á sus piés.

—¡Bravo, Daonda, bravo!—dijo Monré-Tonga. Héme aquí, gracias á tí, único poseedor de esta hermosa criatura: ya obtendrás la recompensa de tu heroismo; añadió el mestizo, acercándose á la joven cristiana, que lleva á su pecho el cuchillo de Siriatomba... La hoja afilada rasga la blanca túnica y penetra en su seno.

—¡¡¡Detente!!!—gritó Daonda con voz de trueno, arrancándole el cuchillo: ¡aún no he muerto yo!

—¿Qué significa eso?—preguntó Monré-Tonga desenvainando el puñal: tendrás la pretensión de...

—¡De prohibirte—interrumpió colérico Daonda, de prohibirte tocar á un cabello de la cabeza de esta joven de mi raza!... ¡Tengo, sí, esta pretensión y la sostendré hasta morir!

—¡Muere, pues, vil esclavo de raza degenerada!—bramó Monré-Tonga, lanzándose á Daonda con el puñal levantado. — ¡No me incomodarás mucho tiempo!

El coloso, herido en el hombro derecho, lanza un grito de rabia; mas empuña su mano derecha el cuchillo de Siriatomba, que perfora las megillas del mestizo, llevando por delante casi toda la mandíbula inferior. El agresor vacilaba en sus plantas.

Ahora comienza un duelo á muerte.

Lánzanse los dos adversarios, uno sobre otro, y se comprimen con furor indecible, rodando por el suelo. Monré-Tonga clavó cien veces el puñal en el cuerpo de Daonda, quien más fuerte que su enemigo, pero con el brazo izquierdo paralizado, se esfuerza en sujetar debajo al mestizo, con el objeto de abrirle el pecho con su fuerte rodilla.

Ngemoena hubiera podido intervenir en el combate y decidir de la suerte de estos dos hombres que se matan con rabia... teniendo á mano los puñales de Mata-Jafa y Mona-Peho; mas la pobre joven, pálida, vacila, tiembla y teme siempre... dudando de la sinceridad de Daonda... ¡Si querría también él, quitando la máscara, poseerla y deshonrar su alma de vírgen cristiana!... Cerró los ojos para no ver correr la sangre; quisiera huir por no oir los gritos roncos de los combatientes, y el rugido de rabia que precede á cada golpe; pero ni aun levantarse puede. ¿Qué hacer?... Se abraza estrechamente al huerfanito, privado de conocimiento por el espanto y horror que le rodea, y murmura esta oración:

—¡Oh, Dios de los cristianos! ¡Dios de negros y blancos! Si es cierto, como me han dicho los Padres blancos, que vuestra Providencia vela por todos los mortales, tened piedad de esta desgraciada que llora su inmenso infortunio!... ¡Madre blanca del cielo, en vuestra poderosa protección deposito mi suerte y la de este triste huerfanito!...

Una queja vino á responder á su plegaria. Monré-Tonga, clavado en tierra por el cuchillo de Siriatomba que le atravesó la garganta, acababa de entregar su alma criminal en manos de Satanás, á quien tan fielmente había servido.

Venció Daonda, pero el coloso cayó también junto al cadaver de su enemigo.

La vírgen negra dirigió una lánguida mirada á todos los objetos que la rodeaban. Inclinó la cabeza



NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA

sobre el pecho, y cayó en una dolorosa postración que duró toda la noche, noche de horribles y sangrientas pesadillas, noche terrible, espantosa.

Despertó de este lamentable estado por el canto de alegres pajarillos, que saludaban la aparición de la risueña aurora revoloteando sobre su cabeza, y por una voz lastimera que penetró hasta su corazón. Tembló, se armó con el escudo del cristiano, y tendió la mirada al cielo... Ardientes lágrimas brotaron del fondo de su corazón, acompañadas de fervorosa plegaria al Todopoderoso.

—¡Ngemoena!... ¡Ngemoena!...—murmuraba la voz triste de Daonda.

La joven, fortificada por una de esas misteriosas intuiciones, bien conocidas de los que oran con fervor y confianza, pertenezcan á cualquiera de las regiones que alumbra el sol, reunió toda su energía y fué á inclinarse sobre el valiente negro.

—Ngemoena—le dice éste;—he causado grandes males á mis hermanos negros desde hace tantos años, que les persigo con los Rougas-Rougas de los esclavistas: yo soy la causa de que tú sufras aquí... por tí quiero morir. Dime, ¿perdona el Dios que tu adoras?

—Sí, Daonda.

—Y tú, Ngemoena, ¿me perdonas?

—Con todo mi corazón, Daonda; veo que eres sincero.

—¡Oh! ¡Sí, Ngemoena, sí! Soy sincero desde que comprendí la pureza y honor de tu alma, que el árabe y los mestizos han querido empañar.

—¿Crees, pues, que tenemos un alma, Daonda?

—¡Sí!

—¿Sabes lo que es el alma?

—¡No! ¡No muy bien, pero lo bastante, merced á lo que te oido conversando con tus hermanos, cuando era yo vuestro huesped... sí lo suficiente para desear ardientemente el bautismo antes de morir!

—¡No morirás Daonda!

—¡Oh Ngemoena! Ruega por mí á tu Dios y á la que llamas tu Madre Blanca del cielo: suplícales que me curen de las heridas, é iré á implorar el perdón del capitán Joubert, y á luchar contra los esclavistas los días que me resten de vida... ¡Pero ya no puedo curar!... La sangre ha corrido por veinte heridas, y está inerte mi brazo derecho.

—¡Dios mío!—murmuró la virgen negra, curad á Daonda. ¡Ah! ¡Si estuvieran aquí los Padres Blancos!... Ellos curaron á Caniata. ¡Hermano mío! ¿Dónde estás?...

—¡Tengo sed, Ngemoena!

—¿Qué haré yo, Dios mío?

—Allá... detrás de la roca... hay una fuente... Ngemoena.

Ngemoena se alejó, y volvió desolada por no encontrar el manantial.

—Ahora me acuerdo, Ngemoena. Los moradores de estas regiones visitadas por esclavistas, ocultan con arena los manantiales, donde se proveen de agua, y esta es, sin duda, la causa que no hayas encontrado el que está cerca de aquí.

—¿No podrás tú, Daonda, arrastrarte hasta ese manantial, que seguramente encontraremos, puesto que tú sabes dónde está?

—El coloso hizo un supremo esfuerzo, y se arrastró muy penosamente, apoyado en la joven cristiana.

—Razón tenía yo,—dijo Daonda, apuntando al extremo de la caña que las mujeres habían dejado en la arena, y cayendo con todo su peso sobre el duro suelo.

Ngemoena, á quien no era desconocido el modo de aspirar el agua, lanzó un grito de alegría y mandó arrodillarse á su lado al joven huerfanito.

—Coloca tus manos bajo la paja conductora, *nuana* mio,—dijo la virgen al niño, cuyas manecitas se llenaron pronto, pudiendo de este modo el coloso refrescar sus ardientes labios.

¡Gracias! ¡Gracias!—suspiró el pobre negro. Bautízame ahora, Ngemoena, eres cristiana y sabes bautizar.

—Sí, Daonda; la hermana y la madre del martir Noé...

—A quienes yo he causado tantos.... males interrumpió el herido.

—Y las que ruegan por tí desde el cielo,—añadió la virgen negra—me enseñaron á administrar el Sacramento, que deseas recibir.

—Dime, Daonda, ¿no es cierto que te arrepientes del mal que has causado á nuestra raza, á nuestros desgraciados hermanos? ..

—¡Me horrorizan mis crímenes, Ngemoena!

—¿Prometes, si Dios te devuelve la salud, combatir por la emancipación de nuestra raza negra, tan injusta y ferozmente perseguida?

—¡Oh! Combatiré hasta morir, hasta morir! Créeme Ngemoena.

—¿Y prometes instruirte en la Religión de los Padres Blancos, si Dios te concede la gracia de volver á la misión?

—¡Ah! Lo repito; ese es el deseo más ardiente de mi corazón!

—Muy bien Daonda, voy á bautizarte. ¿Qué nombre cristiano quieres tomar?

—¡No sé! no conozco ningún nombre cristiano. Pero también tú tienes un nombre cristiano; Ngemoena?

—Recibí en el bautismo el de Inés.

—Imponme el nombre que te parezca.

—Pablo será tu nombre, porque me han dicho los Padres Blancos que se convirtió en apostol de Jesucristo después de haber, como tú, perseguido cruelmente á sus hermanos.

—Está bien Ngemoena; pero bautízame pronto, porque las fuerzas me abandonan por momentos.

—*Nuana*—dijo la virgen negra á su huerfanito,—aspira una pequeña cantidad de agua en tus manos y ven á derramarla en las mías... y la joven cristiana dejó correr aquella agua reparadora por la frente del arrepentido, diciendo estas palabras: «Pablo, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Esta era la sublime ocupación de la virgen negra al llegar las mujeres de la tribu de Mtesé cerca de la fuente donde se quedaron como petrificadas.

Las hemos visto tomar la fuga en vez de socorrer al herido y á Ngemoena que imploraba su auxilio, y sin responder á la voz de la joven negra, volar aterrorizadas á contar á los de su tribu lo que habían visto: hombres y mujeres decidieron, de común acuerdo, esperar á su jefe para tomar consejo de su experimentada prudencia.

No tardó en volver Mtesé con su gente, cargados todos con los resíduos del elefante.

—Hemos estado en la fuente—le dijeron al punto las mujeres,—y hemos encontrado á un negro cubierto de heridas, acompañado de una joven y un niño.

—¿Y estaba herida la joven?—preguntó el jefe.

—Sí, en el pecho.

—¿Y el niño?

—Nada se distinguía en él.

—Me extraña—dijo Mtesé,—pues los esclavistas no abandonan jamás sus víctimas sin herirlas de tal manera, que no puedan menos de morir de inacción.

—¿Pensáis, pues, que sean esos esclavos abandonados por los Rougas-Rougas?

—Seguramente: ¿no estaban todavía aprisionados por las ligaduras consabidas?

—¡Nada! Estaban libres.

—¿Os han hablado?

—Sí. Al acercarnos nosotras, se levantó la joven, ocupada entonces en lavar la frente al negro, y nos dirigió estas palabras:

—¡Oh! ¡venid, hermanas! ¡somos cristianos! ¡no temáis! ¡los misioneros de Francia os bendecirán!

—¿Y hablaban el Kiswahili?

—Seguramente: el Kiswahili.

—No son, pues, extraños á nuestra tribu—concluyó Mtesé, hablándose á sí mismo,—no pueden venir de muy lejos.

—Es necesario—dijo después, dirigiéndose á toda la tribu reunida;—es necesario salir á buscar los esclavos abandonados por los Rougas-Rougas, á fin de prestarles nuestros servicios y curar las llagas que han visto las mujeres en el negro y en la joven que le acompaña: por ellos sabremos el peligro que nos amenazó anoche, y aprenderemos, quizás, otras muchas cosas que ignoramos.

—¡Andando! Son hermanos que han implorado nuestro socorro: mostrémosles que no somos insensibles á su dolor, pues bien sabéis que la misma desgracia pudiera venir sobre nosotros todos, y en ese caso ¿no desearíamos que nos protegiese una mano bondadosa?

La tribu entera se dirigió apresuradamente hácia el manantial.

CAPÍTULO XV

Henos aquí en los primeros días de 1888; es decir, tres meses posteriormente á los acontecimientos que acabamos de bosquejar.

Daonda, generosamente acogido por la pequeña tribu de Mtesé, se encuentra hoy completamente restablecido y tan vigoroso como en sus días pasados, no sin haber sufrido antes los acerbos dolores de una penosa cura. Ngemoena, en casa especial para ella y su huerfanito, enseña lo mejor que puede la religión cristiana á los hijos de la tribu hospitalaria. Les ha enseñado también su canto favorito á la Virgen María, y con regocijo infantil, y siempre nuevo, acuden las madres á oirle murmurar á sus queridos hijos:

La flor del valle
Te ofrezco en dón;
Cual ella es tuyo
Mi corazón.

No obstante: Ngemoena está triste, muy triste. Su pensamiento está siempre fijo en sus hermanas, Caniata, Padres Blancos, asilo, capitán Joubert, en todo aquello, en fin, porque palpita su tierno corazón. ¿Qué habrá sido de todas aquellas personas, que atraen las aspiraciones de su espíritu? ¡Con cuán dolorosa impaciencia suspira por el día en que Mtesé, según su promesa, la acompañe con toda la tribu á la misión del lago Tanganica... Cómo late su corazón al pensar que pronto verá el asiento desolado de su pueblo natal, y las grandes palmeras, testigos de sus juegos infantiles!...

Pero todo ha cambiado de aspecto, y la virgen negra no reconocerá lo que tan ardientemente desea contemplar.

Un nuevo pueblo cristiano se levanta hoy sobre las ruinas del antiguo pueblo de los Wabikari: gran sorpresa espera á la joven Ngemoena.

Una punzante valla de cacto é higueras de Berbería, defiende al nuevo pueblo, rodeado de una vasta extensión de terreno bien cultivado, cubierto de lozana vejetación de maíz, sorgo, batata, manioc y no pocas plantas leguminosas. Saltan en un gran cercado alegres cabritos al lado de sus madres; una multitud de senderos serpentean por todo el territorio. Al pie de una colina que domina al pueblo, y donde se levanta orgullosa una gigantesca cruz, descansan las osamentas de las víctimas sacrificadas por los esclavistas; osamentas emblanquecidas, recogidas en medio de las ruinas. En el centro del pueblo, cual tierna madre en medio de sus hijos, domina todas las casas la hermosa capilla donde reposa Jesús Sacramentado, Dios de amor: tremola el estandarte pontificio y la bandera francesa en el fortín construído á la orilla de la selva, por el valiente Joubert y su puñado de valientes, que sin dejar de cultivar la tierra, velan por el nuevo pueblo cristiano.

Este es el espectáculo que presenciarán pronto los ojos de Ngemoena.

Digo pronto, porque la virgen negra ha suplicado á Mtesé la permita volver á la misión con su huerfanito y Daonda que conoce detalladamente el camino.

—O mejor aún—dijo al jefe de la tribu,—acompañadnos á los bosques del lago Tanganyca, donde podreis estableceros bajo la protección de los misioneros y del capitán blanco, cuya vida ha conservado Dios para dicha de los pobres negros.

Allí les encontraremos. . y yo os mostraré la imagen de nuestra Madre Blanca del cielo... y á su bendita sombra aprenderán los hijos de nuestra tribu la religión de los Padres Blancos, disfrutando á la vez de los favores de una paz completa y libre.

—Está bien ¿pero si en el camino caemos en manos de los esclavistas?...

—La confianza que me inspira nuestro Dios y nuestra Madre Blanca del cielo, contestó Ngemoena, poniéndose la mano sobre el corazón, me dice que no tendremos tan fatal encuentro. Además, todos los hombres de vuestra tribu pueden



YELMO DEL DUQUE DE ALBA

armarse de lanzas y javelinas, sin contar los tres fusiles de los mestizos, que Daonda os mandó recoger, cuando le acogisteis, y bien sabéis que sabe manejar el trueno de los blancos, que es valiente y esforzado; que vale él solo por veinte hombres arriesgados; ¡venid pues!... ¡Marchemos!—añadió Ngemoena con acento irresistible: los misioneros en Francia os bendecirán.

Vencido por la confianza y razonamientos de Ngemoena, Mtesé dió al punto la orden de partida. Como el mobiliario en el Africa Ecuatorial es completamente nulo, la tribu abandonó sin dificultad el estrecho desfiladero, donde había vivido relativamente dichosa, y siguió á la joven cristiana, llevando cada uno un puñado de sorgo por toda provisión. Abría la marcha Daonda, armado de un fusil, seguido de Ngemoena que llevaba otro, siendo el último de la caravana el buen Mtesé, que empuñaba el tercer fusil, dispuesto á alargársele á Daonda en caso de alarma. La virgen negra se escudó con la señal del cristiano, dirigió á Dios una fervorosa oración y la caravana emprendió su penoso viaje.

CAPÍTULO XVI

Animada conversación absorbía el pensamiento de Nyandea, Marrasilla, P. Dromano y otros misioneros, al pie del calvario en la entrada del nuevo pueblo cristiano de los Wabikari.

—Todo ha concluído—suspiró Caniota: no veremos más á nuestra querida hermana Ngemoena.

—¡No!...—añadió Nyandea; nuestros ojos no la contemplarán ya... ¡Pobre hermana!... Las entrañas de las fieras son con seguridad su tumba, si no ha vuelto á caer en manos esclavistas, ó no ha sido vendida. Sea como quiera, está perdida para nosotros... ¡Ah! Daría mil gracias al cielo, si supiera que las fieras la han devorado, porque la esclavitud...

—Os digo—interrumpió Marrasilla, que veremos á nuestra hermana.

—¡Infeliz!...—murmuró Caniata.

—Sí, insistió Marrasilla—la veremos. Espero su llegada para consagrarme enteramente á Jesucristo: paso horas enteras á los piés de nuestra Madre Blanca del cielo en el asilo del pueblo, y una voz secreta me dice al corazón:

—Ngemoena volverá... verás á tu hermana...

—Si fuera cierto—dijo Nyandea enjugándose una lágrima que rodaba por sus mejillas. ¿Qué pensais vos, Padre Dromano?

—Nada es imposible á Dios, hijos míos,—contestó el valiente misionero. Es posible, aunque humanamente improbable, la vuelta de nuestra hermana. Era fervorosa cristiana, fortalecida por la gracia bautismal hace ya seis años, la flor de nuestra tribu, y como nosotros, amaba á la Virgen Santa con todo el ardor de su corazón, y sabido es que esta buena Madre se complace siempre en despachar favorablemente las súplicas de los que en Ella confían. Ngemoena la habrá invocado en todos sus peligros, en su inmenso infortunio, y la reina de cielos y tierra no habrá consentido en que los esclavistas hayan hecho de ella una cortesana de harén, empañando así su cándida inocencia. Jesús, á instancia de su bendita Madre, la habrá llamado al cielo, donde no hay sufrimiento alguno, ó la Providencia Divina la habrá conducido á lugar seguro para que vuelva á nuestro lado.

—¡Oh Padre, renace la esperanza en nuestro corazón,—exclamaron Caniata y Nyandea!

—¡Oh, no será frustrada nuestra esperanza!—afirmó Marrasilla—porque la voz que me habla al corazón cuando oro á nuestra Madre Blanca del cielo, me dice lo que acabamos de escuchar al Padre Blanco...

Entre tanto Ngemoena, transportada de júbilo al pensar que la misión y el asilo se presentarían pronto á sus ojos, avanzaba con ardor seguida de la tribu que gulaba Daonda. Sin embargo, la vírgen negra estaba á veces muy absorta en profunda meditación, y, bañada en las amargas lágrimas que le arrancaban estos momentos de tristeza, se preguntaba inconsolable por el paradero de sus queridas hermanas Caniata, sobrevivientes de la tribu, Padres Blancos, madre y hermana del martir Noe, capitán Joubert... y agudísima espada laceraba su corazón al pensar si encontraría algunos de los que había conocido y amado. A este pensamiento se apoderaba de su alma un dolor inexplicable que la hacía desfallecer, mas renacía la esperanza en su espíritu al levantar los ojos al cielo é invocar el nombre de la Virgen Santa, oyendo al mismo tiempo una voz secreta que le decía:

—¡Vete! ¡¡¡Encontrarás á todos aquellos que conociste y amaste!!!

La tribu de Mtesé pasó la noche entre las cañas de un torrente desecado tachonado de bejucos, y emprendió su penoso viaje al primer canto de la selvia, creyendo llegar á las ruínas del antiguo pueblo de Wabikari al ocultarse el sol detrás del monte Shamato, según los cálculos de Daonda.

Serían las doce del día cuando llegaron los negros frente á una espesa colina, en cuya cima distinguieron no pocos leones. Subieron inmediatamente los compañeros de Mtesé, formando un círculo, y al juntarse más y más para cercar la presa, vió Daonda otro león en una peña rodeado ya por la caravana, y le envió una descarga desde la llanura donde se había quedado con Mtesé y Ngemoena. La bala hirió la roca en que estaba sentado el león, que mordió con rabia la peña cual perro furioso que devora la piedra ó bastón que se le arroja, y pasó dando saltos por medio del círculo de negros sin que osaran éstos atacarle, abriéndole al contrario ancho paso en contra de su costumbre. Aparecieron otros dos leones poco después de formado por segunda vez el círculo, y, como el primero, huyeron también sin dificultad y hasta sin ser atacados por Daonda, temeroso de herir á alguno de los que formaban círculo. Si los cazadores hubieran hecho uso de las lanzas, según su inveterada costumbre, hubiera perecido el terrible enemigo al romper el cerco de los negros; mas éstos no quisieron acudir entonces á sus tácticas de caza.

Al ver que no se organizaba el ataque, Mtesé dió orden de partida, á la que obedecieron todos sin dificultad; pero al dar vuelta á la colina, Daonda vió muy próximo otro león sentado en una roca como el primero, mas defendido por espesos matorrales. El valiente negro le despidió una bala por entre las ramas, y al coger el fusil que llevaba Mtesé para enviarle la segunda, los negros exclamaron todos á una voz:

—¡Está herido! ¡Está herido! ¡Á él!

Daonda no veía más que las fuertes sacudidas de la cola del león, y al volverse á los suyos que se acercaban á la presa para mandarles esperar hasta la tercera descarga, tembló al oir un grito de terror; mira, y vé que el león se lanza enfurecido á él...

El león asió á Daonda por los hombros, y rodaron los dos hasta el pié de la cuesta, en una de cuyas pequeñas elevaciones estaba el cazador antes de rodar con la fiera, que le agitaba al compás de terribles rugidos. Esta sacudida sumergió al valiente negro en una especie de estupor, parecida á la que experimenta un ratón sacudido por un gato, especie de entorpecimiento en que no se siente ni el espanto, ni el dolor, aunque el hombre tenga conciencia de lo que en él sucede; estado semejante al de los pacientes, que, bajo la influencia del cloroformo, ven todos los detalles de la operación sin sentir el instrumento quirúrgico.

Queriendo Daonda verse libre de una pata del león que le oprimía la cabeza, dió media vuelta y vió que la mirada del animal se fijaba en Ngemoena, dispuesta á lanzarle una descarga á la distancia de cinco pasos apenas.. La fiera se arrojó á la virgen negra, pero ésta disparó... y le introdujo una bala en el pecho que, junto con la que ya tenía, postró sin vida al temible enemigo. Todo esto no duró más que un momento, y Daonda se libró de su adversario con el pequeño desastre de algunas heridas sin gravedad.

La caravana volvió á emprender su penoso viaje después de haber cumplimentado calurosamente á la salvadora de Daonda, y sin más fatales encuentros llegaron á las pocas horas, según el cálculo del guía, á dar vista al nuevo pueblo cuya descripción hemos hecho ya.

—¡Dios mío!—exclamó Ngemoena cayendo de rodillas deshecha en lágrimas al ver la cruz del Calvario y de la capilla, el estandarte pontificio y la bandera francesa flotar en la cumbre del fortín, en el fondo de este armonioso conjunto.—¡Dios mío! ¿Es esto un sueño?

Daonda estaba estupefacto.

¡Qué transformación desde hace tres meses!

Detiénese la caravana mirándose sorprendida, sin saber á qué atribuir la emoción de Daonda y de la virgen negra.

Un estrepitoso clamor se oyó en el pueblo al levantarse Ngemoena á dar alguna explicación á Mtesé y su tribu.

—¡Los esclavistas!... ¡Los esclavistas!... ¡A las armas!... ¡Viva la libertad!...

Al momento salieron del fortín unos cuarenta hombres armados, precedidos del capitán Joubert, á cuya vista la caravana se dispuso á tomar la fuga; más Ngemoena les hizo desistir, diciendo:

—¡Es el capitán blanco de quien os he hablado, no temais!

Los antiesclavistas comprendieron pronto el error del pueblo, cuya defensa les estaba encomendada; pero el capitán Joubert se adelantó hacia los extranjeros, al mismo tiempo que Ngemoena se precipitaba al encuentro del valiente capitán; la virgen negra cayó de rodillas á sus piés y le besó la mano.

—¿Eres tú, Ngemoena?...—exclamó Joubert.—¿Tú Ngemoena?...

—Sí,—murmuró sollozando.—Dios y nuestra Madre blanca del cielo me han conducido aquí...

—¡Ah! ¡Mil gracias á nuestro buen Dios!—dijo entusiasmado Joubert.—Levántate, Ngemoena, levántate; eres cristiana, y por lo tanto no soy superior á tí,—añadio tendiéndole la mano.

—¿Y mi hermana?—preguntó.

—¡Libertada... Ngemoena!

—¿Y Caniata?...

—¡Libertada también! Todos están aquí.

—¡Gracias, Madre blanca del cielo, gracias!

Pronto acudió todo el pueblo, y Ngemoena se arrojó en los brazos de sus hermanas y Caniata, deshecho en lágrimas de alegría...

Caniata reconoce á Daonda, atormentado por la idea de esconderse para siempre en los bosques, creyendo casi imposible el perdón de sus crímenes.

—¿No es aquél—preguntó Caniata, empuñando la carabina con mano febril—el autor de todos nuestros infortunios?...

(Se continuará.)

NO LO OLVIDES

Es un axioma que expongo
á tu consideración:
no hay jabón como el **jabón**
de los **Príncipes del Congo.**

Jabonería VICTOR VAISSIER.—París.
De venta en las principales perfumerías.
Depositario: Melitón Boldá, 37, Valverde, Madrid.

Correspondencia con los señores suscriptores.

Reus.—M. A. M.—Recibida libranza.
Montijo.—S. D.—Id. id.
Aranda de Duero.—F. de la M.—Id. id.
Burgos.—M. P.—Id. id.
Cieza —L. de C.—Id. id.
Don Benito —A. C. de B.—Id. id.
San Hipólito de Voltrega.—J. G.—Id. id.
Pamplona.—R. B.—Id. id.
Alicante.—A S. A.—Id. id.
Burgos.—J. de A.—Id. id.
Mahón.—P. P. y V.—Id. id.
San Cristóbal de la Cuesta.—T. M. P.—Id. id.
Beas de Segura.—D. V.—Id. id.
Tarrego.—J. S. B.—Id. id.
Reus.—M. A. M.—Id. id.

MADRID

Establecimiento tipográfico de FELIPE PINTO, Bola, 8.
1891

SABIDO ES YA DE TODO EL MUNDO QUE... LAS AGUAS DE CARABAÑA

Son purgantes, depurativas, antibiliosas antíherpéticas, antiescrofulosas, etc. etc.

Que no irritan nunca, y que ninguna de las de su clase produce sus efectos

ni da sus resultados.

PROPIETARIO
D. Ruperto J. Chavarri.

Pídanse como únicas en todas las farmacias y droguerías.
No confundirlas.

DEPÓSITO GENERAL
87,—Atocha,—87, Madrid.



ADOPTADOS DE REAL ORDEN POR EL MINISTERIO DE MARINA

PREVIO INFORME DE LA JUNTA SUPERIOR FACULTATIVA DE SANIDAD

RECOMENDADOS POR LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE GRANADA

CURAN INMEDIATAMENTE como ningun otro remedio empleado hasta el dia toda clase de

INDISPOSICIONES DEL TUBO DIGESTIVO,

VOMITOS Y DIARREAS; DE LOS TÍSICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS,

COLERA, TIFUS, DISENTERIA,

VÓMITOS DE LAS EMBARAZADAS Y DE LOS NIÑOS,

CATARROS Y ULCERAS DEL ESTOMAGO,

PIROXIS CON ERUPTOS FÉTIDOS, REUMATISMO Y AFECCIONES HÚMEDAS DE LA PIEL.

Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados, que son la admiración de los enfermos; ninguno tan verdad como nuestros INALTERABLES Y MARAVILLOSOS

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO

Cuidado con las falsificaciones é imitaciones porque no darán el mismo resultado

Exigir la rúbrica y marca de garantía.

De venta en todas las farmacias y droguerías de España y Ultramar.-Vivas Perez, Almería

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias, Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40 SALVADÓ Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

EL SAGRADO CORAZON

CASA SALVI

Calle del Clavel, núm. 1 entresuelo.--MADRID

Labores artísticas para Oratorio, salón, sala, gabinete, dormitorio, despacho, comedor, etc., empezadas, terminadas y sólo dibujadas.

Unica casa en labores y materiales para Conventos y Colegios.

Oro, sedas, lanas, felpillas, algodones y toda clase de materiales para la ejecución de labores de señoras.

La casa de más novedad y economía en los precios, siendo sus artículos todos de primera calidad y de la más especial fantasía.

CASA SALVI.—Clavel, 1, entresuelo.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANO

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

POLICARPO RUIZ

15—Tacometros—15

En esta antigua y acreditada casa encontrará el público un gran surtido en camisería, lanería, lencería, géneros de punto, pañolería, merinos, ropa blanca, corsés, estameñas para hábitos é infinidad de artículos.

Grandioso surtido en percales á REAL, REAL Y MEDIO y DOS REALES. Vuelas fantasía, todo lana, á pesets; batistas y céfiros, á 0'60. Lanas novedad, doble ancho, á 0,75. Piezas tela blanca, 24 varas, á 6 pesetas.

Grandes surtidos.—Precios económicos

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVI.—TOMO XIV NÚMERO 16.—Madrid 31 de Agosto de 1891 NÚMERO SUELTO, UNA PESETA



LA CATEDRAL DE ZAMORA

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. F.—*El cachero de Carlos V*, por Esperanza Orea.—*D. Sebastián Herrero, (Obispo de Córdoba)* por Un Gaditano.—*Las maravillas del amor, (novela)* por Angel Salcedo Ruiz, (continuación.)—*El sepulcro de Pilatos*, por Gustavo Ferro.—*Album de poesías*: (Isabel la Católica en la torre de Baza,) por Francisco Campaña, de las Escuelas Pías.—*S. E. por dentro*, por D. Manuel Polo y Peyrolón.—*Heráldica*, por X.—*Las tres vírgenes negras*, por....

GRABADOS

La Catedral de Zamora.—D. Sebastián Herrero, Obispo de Córdoba.—Castillo de Chillón en Sedaa.—D. Eugenio Sellés.—D. Pedro Calderón de la Barca.—Crecencias de Roma. Al amanecer.—Iglesia de Montmartre en París.

LA QUINCENA

El supuesto crimen de las Trinitarias de Lisboa, ó mejor dicho, la infame calumnia de que son víctimas unas excelentes Religiosas y unos Sacerdotes ejemplares, pone otra vez sobre el tapete una cuestión de la que ya se va hablando mucho, y con harta frecuencia; la cuestión de los abusos de la prensa.

Va ya para un cuarto de siglo que la prensa disfruta en toda Europa, con raras excepciones de tiempo y lugar, de una libertad omnímoda. Es verdaderamente soberana. Se la llama, y con razón, cuarto poder del Estado. Ella misma se proclama á diario intérprete legítimo y autorizado de la opinión pública, y la opinión pública es la reina del mundo.

Tal y tan grande poder ejércelo la prensa como una caprichosa dictadura de aquellas de que Voltaire y los enciclopedistas dieron el modelo en el orden literario. La prensa reparte á capricho las reputaciones, ensalza al que le parece, bombea al amigo, muerde al adversario, injuria y calumnia cuando lo juzga conveniente, inventa cuando lo cree útil, y siempre, constantemente procede sin reflexión, sin mesura, por impresión del momento, á lo que salga, para llenar pronto, y con el menor trabajo posible las cuatro enormes páginas de la sábana impresa.

La irreflexión y ligereza en el juicio son defectos generales de la prensa, en que caen, no solo los periódicos sectarios, sino los buenos periódicos, los católicos más fervorosos é inteligentes.

En un periódico católico escribía el que ahora escribe esta crónica, hace ya muchos años. El director de aquel diario era buena persona en toda la extensión de la palabra: honrado, sincero, inteligente y muy práctico en el oficio. De lo que no entendía ni una palabra, era de cuestiones de Hacienda. Y sucedió que, un ministro de este ramo publicó por aquellos días un proyecto de reforma de tributación, del que se hacían, como es costumbre, los más vivos y contradictorios comentarios.

Nuestro periódico aún no había dicho ni una palabra del asunto. Entró una mañana el que esto escribe en la redacción, y encontrando en ella al director, se le ocurrió decirle:

—¿No cree Ud. que debemos escribir algo acerca del proyecto de Hacienda? Todo el mundo habla de eso.

—Y nosotros también;—respondió el director. Pero esperaremos á que salga en la *Gaceta*.

—Es que hoy ha salido.

—¡Ah! exclamó; venga la *Gaceta*.

Y cuando la tuvo en la mano, pasó la vista por las columnas del diario oficial, y arrojándolo enseguida sobre la mesa con un movimiento de hondo desprecio, añadió:

—¡Cualquier día tengo yo paciencia para leer siquiera este preámbulo lleno de guarismos y de términos bárbaros y obscuros como esos *conversión, amortización, consolidados, intereses del 4 y del 3*, y otros por el estilo. A ver, á ver; vengan cuartillas.

Y cogió las cuartillas, y se puso á escribir, y en menos que se reza un Credo compuso un artículo.... ¿sobre qué? preguntarán nuestros lectores.... Pues sobre el proyecto de Hacienda que no había leido. Y hay más; porque aquel artículo era una feroz diatriba, una censura cruel, no solo del proyecto, sino del Ministro que lo había confeccionado. Allí se indicaba que sólo el deseo de desbalijar más y más á los contribuyentes era el móvil que había guiado al Sr. Ministro; que éste, como quiera que había servido en otro tiempo á Doña Isabel II, y luego fué amadeista furibundo con vistas á republicano, y ahora, (en la fecha del artículo) era Ministro de D. Alfonso XII, no podía ser que fuese hacendista eminente como proclamaban sus parciales y devotos; pues es sabido que la primera condición del hacendista es la consecuencia política. Por estos ñoños y calumniosos senderos iba rodando todo el artículo hasta concluir en que cuando viniera *lo que tenía que venir*, se arreglaría la Hacienda pública como los demás ramos de la Administración del Estado. ¡Qué impuestos del nuevo proyecto quedarían los lectores del diario aludido, merced al artículo del periódico de su predilección! Y aquel hombre, el director, ¿no creería seguramente que había cometido una villana acción suponiendo en un Ministro, que al fin y al cabo era prógimo suyo, intenciones perversas al presentar un proyecto que quizás fuera en el ánimo de S. E. panacea de los males de la patria?

* * *

Pero en la prensa católica hay siempre la intención de defender á la Iglesia católica, y escrupulosidad en punto á moral. En los periódicos sectarios, ya francamente impíos, ya de esos que se llaman independientes, y que son en realidad más dañinos y perversos que los otros (pues en los declaradamente sectarios puede suponerse el falso celo del error, y en los independientes no suele haber otro estímulo sino el de la sórdida ganancia material;) en esos periódicos, decimos, no hay calumnia que no encuentre eco, ni cuento escandaloso que no se reproduzca hasta lo monstruosamente indefinido, ni ataque personalísimo que no se divulgue hasta las últimas capas sociales. Y no vayais con rectificaciones á esos periódicos; escudados en la ley de imprenta, os admitirán un comunicado de rectificación, eso sí, pero en el comentario que pondrán al comunicado indicarán á sus lectores que no es creible ni aun verosímil lo que vosotros decís; si los demandais de injuria y calumnia, ya tienen esos periódicos convenientemente asalariado á un pobre diablo que haga de director ante los tribunales de justicia, y cargue con las responsabilidades criminales. El único medio que os suelen dejar de reparación, es el del bárbaro, ridículo y prohibido duelo. Ese medio les gusta á los periodistas difamadores, precisamente porque es escandaloso, y ellos beben los vientos en busca del escándalo. Así el matón completa al embustero, al calumniador; y entre ambos forman un carácter moral, digno del presidio; pero que es sin embargo (vergüenza da confesarlo) el de varios de los representantes del cuarto poder del Estado moderno, de los sacerdotes (como dicen algunos necios) de la prensa.

* * *

Apropósito de la campaña contra las Trinitarias de Lisboa, escribe con justa indignación, con verdadera y sentida elocuencia, el excelente periódico religioso *La Semana católica de Madrid*:

«Aunque los tribunales de justicia conocen del suceso y están realizando la correspondiente instrucción, la prensa impía y masónica no ha tenido por conveniente esperar á que se depure la verdad; y, poseída de obsesiones calenturientas, arrastrada por los vértigos del odio contra todo lo que reviste caractéres divinos, se ha lanzado, como en los tiempos del infame Pombal, digno antepasado de la revolución lusitana en su grado más bárbaro, á una propaganda de difamación contra las Órdenes religiosas, enderezada á poner el puñal en las manos del populacho para que se entregue al más desenfrenado furor.

El instrumento de esta campaña abominable es la prensa, que en Portugal como en España, Francia é Italia, agarra por los cabellos todas las ocasiones para desfogar sus atroces rencores contra la Religión, formando olas cenagosas, cuyas espumas lo anegan todo con sus fétidas inmundicias.

A la vanguardia del nuevo ejército de la calumnia y de la mentira avanza el periódico *O Século*, órgano sectario de la índole más execrable, puesto que trabaja al servicio de los masones y de los judíos; y tanto en Portugal como en España, le hacen coro aquellos diarios que se distinguen por su insaciable codicia de perros chicos y por su odio recóndito contra todo lo que es religión, verdad y justicia.

Sin pruebas, sin fundamentos, sin indicios racionales siquiera de certidumbre y razón, estos beligerantes de la calumnia y de la mentira acusan á las Religiosas Trinitarias de Lisboa de crímenes que ofenden al pudor y á la dignidad de aquellas santas mujeres, las cuales no habrán podido menos de leer con rubor el espantoso catálogo de maldades que se las imputan. Porque la calumnia y la mentira al uso, apadrinadas por el llamado cuarto poder, no se contentan con menos que con acusar á unas pobres Religiosas indefensas, cuyas virtudes son notorias en el vecino reino, de corruptoras de menores, de homicidas, de envenenadoras y de otros oficios criminales igualmente nefandos.»

En el mismo Portugal, las calumnias de *O Século* han movido una poderosa corriente de protesta contra el odio sectario. Periódicos que nada tienen de clericales, ni de ultramontanos *O Jornal do Comercio* y *As Novidades*, claman indignados contra las demasías escandalosas de *O Século*.

Escribe el primero de los citados diarios:

«Es deplorable y desconsolador lo que está pasando.

¿Cómo se comprende esa acumulacion de acusaciones á criaturas indefensas, por muchos títulos dignas de respeto, sin una prueba? Solamente por la pasión antireligiosa. Hecho á sangre fría, como especulación industrial, sería de tal modo infame, que no hemos de creer que ningún periódico emprenda ese camino. ¡Eso sí que había de ser la violación de todo el pudor de la conciencia!»

Y el segundo:

«¿Dónde está vuestra justicia, jacobinos de la muerte? Aunque fuese probado el caso singular, desacreditáis por este motivo las casas dedicadas á la Religión, á la piedad y á la caridad más fervorosa, y dejais abiertas las casas dedicadas al vicio más repugnante, que se ven *incrustadas* por todas partes en esa sociedad á la que os honráis en pertenecer.»

La Semana Católica dice en otro lugar sobre el mismo asunto:

«El alma se conturba al considerar cómo ha podido salir tanta basura de la cloaca sectaria, donde se depositan las secreciones de canallaje sacrílego y obsceno. Tapar esa asquerosa cripta será obra de beneficencia, que el progreso cristiano no puede menos de aconsejar, para hacer retroceder á la barbarie desalmada y sin Dios.

La crisis política y económica por que atraviesa Portugal, explícase bien teniendo á la vista el infame proceso incoado por la prensa herética y malsana contra las Hermanas Hospitalarias de Lisboa. Esa crisis es obra de la justicia divina, que castiga á los pueblos, como á los individuos, sin palo ni piedra. Un Gobierno que consiente que se calumnie, difame y atropelle á indefensas mujeres, en la forma que lo hace la prensa masónica de Lisboa, está juzgado ante Dios y ante los hombres. Ese Estado es un leproso que necesita de la palabra divina para arrojar de su alma las escamas de su hedionda enfermedad. Será esclavo de Inglaterra ó de cualquier país que le eche la mano. Será colonia ó mercado del que quiera vender en él su producción ó sus miserias. Y su suerte no puede ser otra, como no lo ha sido nunca la de los Estados cuyos Gobiernos se emancipan de las tutelas divinas y se entregan atados de pies y manos al imperio de Satanás.»

Y aunque aún no esté concluido el proceso, es indudable ya que la especie vertida por *O Seculo* es una calumnia infame. ¡Qué juicio, Dios mío, hay que formar en vista de esto de ciertas instituciones, de ciertas personas y de ciertas doctrinas!

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES.

GRABADOS

La Catedral de Zamora. (Pág. 249).

Es Zamora una de esas antiguas ciudades de Castilla que tanto hablan al espíritu con el melancólico lenguaje de las ruínas, de los soberbios monumentos y de los recuerdos. A orillas del Duero se levantan todavía algunos de los cubos y torres de aquellas fortísimas murallas, tan famosas en la Edad Media, cuyas trescientas almenas cantó Méndez de Silva en melodiosos versos, y que resistieron valerosamente al Cid Campeador en las legendarias luchas feudales. Creen algunos que la moderna Zamora es la antigua Numancia, célebre por su brutal heroísmo; la opinión no tiene fundamento sólido en que apoyarse, y la historia zamorana no necesita ciertamente de postizos, arrumacos, ni fabulosas proezas para ser una historia bellísima y digna de las ciudades más famosas del mundo. Las calles y plazas de Zamora; sus viejos, artísticos y blasonados palacios; sus templos; el resto de sus muros que ha sobrevivido á tantas ruínas; sus nueve puertas, todo habla al viajero y soñador de memorables episodios y de figuras históricas de primera magnitud. Allí pelearon moros y cristianos, acaudillando á los primeros el épico Almanzor; allí reinó la desventurada doña Urraca; de allí salió Vellido Dolfos para consumar la romancesca villanía que dió después motivo al juramento de Santa Gadea. Como es natural, la historia de Zamora es la historia de su magnífica Catedral. La Catedral forma con Zamora un verdadero organismo: no se puede herir á la una sin que padezca la otra. La Catedral es el alma de Zamora. Desde 905 en que la ciudad fué declarada cabeza de diócesis, la Catedral es la primacía, el orgullo y el ornamento de la venerable ribereña del Duero; y hoy que han huído de allí el lujo, la opulencia y la importancia política de otros días, la Catedral queda en pié, como perenne monumento de grandezas pasadas, y como promesa de futuras restauraciones; como anillo de piedra secular que une un pasado gloriosísimo con un posible y venturoso porvenir. ¿Quién sabe? Quizás, andando el tiempo, los ferrocarriles y las comunicaciones de todo género propias de nuestra edad, consigan despertar de su letárgico sueño á estas ciudades de León y Castilla; quizás á un Méndez de Silva de los siglos futuros esté reservado el cantar á las trescientas fábricas de Zamora, como el antiguo cantó á sus trescientas almenas. Pero cuando vengan esos tiempos, que no podemos resignarnos á considerar muy lejanos, la Catedral seguirá en pié, porque la religión ha de unirse estrechamente con todos los progresos futuros, como fué la augusta y eficaz alentadora de todos los progresos pasados. La religión que la Catedral simboliza, no es de hoy, ni de ayer, ni de mañana; es de siempre, esto es, de la eternidad.

Hablemos del edificio.

Obra del siglo XII, la Catedral de Zamora es de proporciones pequeñas, si se compara con sus compañeras españolas. La hermosa torre es románica; sus columnas son atrevidas y esbeltas; los arcos sencillos y apuntados; el cimborrio bellísimo. Afean, sin embargo, al conjunto arquitectónico del templo, postizos pormenores que puso en él la mano intolerante del Renacimiento. La fábrica románica se ostenta en su pristina belleza en la puerta del Mediodía, llamada del Obispo. Resaltan en los medios puntos de los arcos laterales sendos relieves: el de la derecha representa á la Virgen con el Niño Jesús; debajo hay una cabeza, que la tradición supone ser la de un general sarraceno vencido por los cristianos. En el medio punto de la izquierda están representados dos Santos Apóstoles. Dos gallardísimas columnas estriadas encierran la portada.

El interior de la Catedral no es menos artístico ni suntuoso. A pesar de las devastaciones extranjeras y revolucionarias que han caracterizado á este siglo demoledor, conserva todavía el joyero de la Catedral magníficas preseas que atestiguan el esplendor de los antiguos tiempos. Allí está la rica custodia de estilo gótico, adornada de botarceles, agujas, doseletes y preciosas imágenes de Santos. El primer cuerpo, que es un gallardo templete exágono, encierra el Viril, obra maravillosa, alrededor del cual velan las lindísimas figuras de los Doce Apóstoles, como una guardia de honor del Santísimo Sacramento. En los cuerpos superiores campean las figuras del Salvador de los hombres, de la Virgen María y de San Atilano.

D. Sebastián Herreros, Obispo de Córdoba. (Pág. 252).—(Véase el artículo).

Castillo de Chillón en Suiza. (Pág. 253).

Suiza es el país de los paisajes románticos, de las sombrías montañas y deliciosísimos valles; legiones de *amateurs* de la naturaleza pueblan, durante estos meses estivales, aquellos cantones frescos y pacíficos, perdidos entre los bosques seculares de las montañas alpestres, cuyas aguas, al reunirse en lo más hondo de los terrenos bajos, forman esos lagos verdes y azules que cantan á coro desde los poetas más encumbrados hasta las más prosáicas guías de ferrocarril. Quedarse un ratito con la boca abierta ante un lago suizo, es ya lugar común de las peregrinaciones modernas, y no hay *turista* perfecto sin la obligatoria excursión por Ginebra y otras comarcas de la alpestre República. Por fortuna, la Naturaleza es tan real, tan soberanamente bella, que su hermosura triunfa, y se impone hasta sobre las tonterías que suelen contar en su loor los acursilados pedantones y los admiradores de real orden que tanto abundan en nuestros días, y de los que suele uno encontrarse en tanta copia por el mundo cuando viaja. Chateaubriand no encontraba hermosura de ninguna especie en los paisajes montañosos; por una sola piedra de la bahía de Nápoles, herida por los rayos del espléndido sol del Mediodía, daba él todos los fantásticos paisajes alpestres. En cambio, Castelar y Alarcón, por no salir de nuestra patria, han agotado los colores de sus paletas para describir y ponderar la belleza natural de aquellos parajes. En esfera más modesta, Manuel Polo y Peyrolón ha escrito una descripción amenísima de un viaje por Suiza, que enciende en deseos de visitarla al más poltrón y muelle de los hombres.

Nuestro grabado representa el castillo de Chillón, delante del cual, en el declive de la gigantesca montaña, se ha construído un camino de cornisa por el que se asciende á la antigua fortaleza. Desde ese camino, y más aún desde la plataforma y torres del castillo, es sorprendente el espectáculo que presentan los altísimos montes y los hondos valles, unos y otros cubiertos de verdor perenne, y allá arriba la nieve en que reverberan, como en bruñidísimos cristales, los rayos del sol y los más pálidos y dulces de la luna, en las serenas y radiantes noches estivales.

D. Eugenio Sellés y D. Pedro Calderón de la Barca. (Págs. 256 y 257).

Hé aquí dos retratos de dos personajes que no tienen de común entre sí más que una cosa: el oficio. Y cuenta que al publicar juntos los retratos de Sellés y Calderón, no llevamos la idea que, á fuerza de maliciosa resultaría inocente, de humillar al primero poniéndole en parangón con el autor inmortal, que propios y extraños reconocen por Príncipe de la Literatura dramática en la edad moderna. Lejos de eso, hemos escogido á Sellés con preferencia á Echegaray y otros autores contemporáneos, porque, á nuestro juicio, es mejor que ellos, desde el punto de vista literario, y representa más dignamente, por lo tanto, á la dramática racionalista de nuestro siglo, que queríamos poner personalizada en uno de sus principales corifeos frente á la dramática católica de que fué el autor de *La Vida es sueño* insigne representante. Eugenio Sellés tiene verdadero talento é instinto dramático. Compone bien, y sabe dar á sus fábulas escénicas interés y realce. Lo único malo que hay en él es el racionalismo que inspira sus obras; pero ese mal es de naturaleza tan corrosiva, que basta para gangrenar todo el organismo de sus dramas; y lo que Dios inspiró sin duda en la mente del poeta, como bellísima concepción artística, al pasar por las preocupaciones del sectario, tórnase engendro detestable, del que hay que apartar los ojos con horror y repugnancia. Y como quiera que el mal es progresivo, como el bien, se ha visto que Sellés ha ido decayendo desde la tésis abstracta racionalista de *El Nudo Gordiano*, hasta la torpísima exhibición naturalista de *Las Esculturas de carne*. ¡Lástima de ingenio tan infelizmente malogrado! En cambio, en Calderón, los altos ideales que iluminan la fantasía del poeta, van dando cada vez mejores alas á su potencia creadora; y en pós del eterno bien, de la eterna verdad y de la belleza eterna, se remonta el dramaturgo del siglo XVII á cimas tan excelsas y puras, que ninguna planta de hombre había hollado en los siglos que fueron antes de Calderón, ni las ha hollado tampoco después de su muerte. El teatro de Calderon es el teatro de la fe, de la esperanza, de la caridad, de todas las virtudes cristianas. El amor y el honor son sus estímulos ó recursos humanos. Es el teatro que proclama valerosamente la fuerza del libre albedrío, y que canta sus victorias sobre las bajas pasiones y sobre las imposiciones que ahora se nos quiere presentar como fatales, del medio ambiente, de la herencia y de la lucha por la vida. Un drama de Calderón deja al espectador consolado, fortalecido, con horizontes más luminosos en la inteligencia, más propenso al bien en todas las esferas, más deseoso de ascender por el camino áspero de la perfección moral. Un drama de Sellés, y de los demás poetas de su escuela, deja por el contrario al espectador triste, abatido, pesaroso de vivir en un mundo tan obscuro; entre gentes tan sensuales y pérfidas, dominado por leyes inflexibles y desconsoladoras; conjunto abominable que sólo puede engendrar en buena ley el cobarde suicidio ú otro crimen repugnante y afrentoso. Jamás esta filosofía malsana engendrará una literatura rica, hermosa y vividera, como la calderoniana. Sus obras selectas nacen ya condenadas á efímera celebridad; no vivirán, ni lo que la flor de heno, despierta por la mañana, y á la tarde marchita. Serán aplaudidas como *El Nudo Gordiano*, ó rechazadas por el público como *Las Esculturas de carne*; pero ni aplaudidas, ni silbadas, traspasarán los límites, no ya de una generación, sino ni de una sola temporada teatral. El racionalismo y el naturalismo (*), en el orden literario sólo alcanzan á crear mundos convencionales de personas que no son personas, sino abstracciones sin substancia, y de pasiones que son malos deseos simplemente; resultando de todo eso situaciones, escenas y dramas, cuya falsedad esencial descubre pronto

(*) Aquí tomamos esta palabra en su sentido de sistema filosófico; no como procedimiento literario.

el público menos experto. Quizás sea la literatura dramática la que más necesita de la verdad, para desarrollarse y crecer; porque en ella el poeta no va á descubrir las honduras de su alma, ni á relatar las hazañas de un varón ó raza insignes, sino á *representar* el mundo, la sociedad en que vive, y tal representación exige verdad ante todo. La verdad buscóla con afán Calderón; y por ello, y por su númen, llegó á la cima de la dramática. En la naturaleza del hombre, en las profundidades de su ser espiritual, buscó los recursos y resortes dramáticos, y así creó obras que han vivido siglos, y que vivirán mientras que la humanidad no pierda el gusto por lo bello. Si el teatro ha de regenerarse algún día, si se ha de levantar de la postración actual, preciso es que busque, como piscina de salud, las aguas purísimas del modelo calderoniano. En esas corrientes, ingenios poderosos como el de Sellés, encontrarán fuerza bastante para producir obras que, si no tan acabadas como las de Calderón, participarán en cierto modo de la grandeza y hermosura que caracterizan á *La Vida es sueño*, á *El Mágico Prodigioso*, á *El Alcalde de Zalamea*, á *El Acaso y el Error*, y á los inimitables y sublimes *Autos Sacramentales*.

Quien quiera conocer profundamente el teatro calderoniano, debe consultar sobre todo las obras críticas de Sthegel, y la monumental sobre literatura española de Federico Shak, perfectamente traducida al castellano por el notable literato don Eduardo Mier. Con motivo del último centenario de Calderón, se publicaron en Madrid y provincias curiosas monografías acerca de la vida del gran dramaturgo y de sus principales obras. Sabido es que Madrid está lleno de recuerdos calderonianos; la Congregación de Presbíteros naturales de Madrid, es una memoria viviente del insigne dramaturgo.

Cercanías de Roma.—Al amanecer. (Pág. 260).

La campiña romana, tan famosa en todos tiempos, es de una melancólica hermosura, grande en su desolación, triste y magnífica, que habla elocuentemente al espíritu con sus vastos hrrizontes, su soledad semejante á la de los campos castellanos, y su aspecto de abandono y miseria. La cúpula de San Pedro, ese templo aéreo con que Miguel Angel venció á las más audaces construcciones de la antigüedad clásica, da á la solitaria y triste campiña, lo que en el lenguaje al uso podríamos llamar *la nota monumental*; la cúpula que se descubre desde larguísima distancia, merece ciertamente todavía más que el Duomo de Milán (con merecerlo éste más) que el viajero, al aproximarse á la Ciudad Eterna, se empine sobre sus talones como hizo Renzo, el personaje de *I promessi sposi*.

Iglesia de Montmartre en París. (Pág. 261.)

¡Gracias á Dios que á pesar de la ruda oposición de los librepensadores y sectarios franceses ha concedido á los católicos, no solo de Francia, sino del mundo entero, el consuelo de ver erigida sobre la colina de Montmatre la suntuosa basílica del Sagrado Corazón, la iglesia del voto nacional! Toda la Francia católica estaba interesada en esta empresa, y la Asamblea de Versalles, al decretar la construcción del templo, no hizo otra cosa sino interpretar fielmente los deseos y el voto de toda la nación francesa. Pocas veces una Cámara representativa ha obedecido mejor á los que representaba. La impiedad y la gratitud han querido luego interrumpir la obra, y todavía es posible que la iglesia del voto nacional sea víctima de atropellos; pero los católicos franceses que la han erigido, sabrán defenderla y conservarla para Dios, para el Corazón Sacratísimo de Jesús, y como memoria indeleble del gran desastre de 1870, castigo providencial de una nación licenciosa y corrompida. ¡Quiera Dios que la enseñanza no sea perdida nunca para el noble pueblo de Clodoveo y de San Luis! Más y mejor se aprende en la adversidad que en la buena fortuna.

ANTONIO DE OLMEDO

Boletín religioso

Almanaque religioso (primera quincena de Septiembre).

1. Mart. San Gil abad. San Vicente y San Leto, mártires, y San Donato y sus once hermanos, mártires.
2. Miér San Antolín, martir, y San Esteban, Rey de Hungría.
3. Juev. San Ladislao, rey, y San Sandalio, martir de Córdoba, y el Beato Antonio Ixida, de la Compañía de Jesús, y compañeros mártires.
4. Vier. Santa Cándida, viuda, Santa Rosa de Viterbo y Santa Rosalía, vírgenes.
5. Sáb. San Lorenzo Justiniano, y la Conmemoración de San Julián, Obispo de Cuenca.
6. Dom. XVI después de Pentecostés.
San Eugenio y Compañeros mártires.
7. Lun. Santa Regina, vírgen y martir, y los Beatos Tomás Tzugi, Miguel Nacaxima, de la Compañía de Jesús, y compañeros mártires.
8. Mar. FIESTA ENTERA. *La Natividad de Nuestra Señora*, y San Adrián y compañeros mártires.
9. Miér. Santa María de la Cabeza, y el Beato Pedro Claver, de la C. de J.
10. Juev. San Nicolás de Tolentino, conf.
11. Vier. San Proto y San Jacinto, hermanos mártires, y el Beato Carlos Spínola, de la C. de J., y compañeros mártires.
12. Sáb. San Leoncio y compañeros martires.
13. Dom. XVII después de Pentecostés.—El Dulce Nombre de María, San Felipe, martir.
14. Lun. La Exaltación de la Santa Cruz.
15. Mart. San Nicomedes, martir.

CUARENTA HORAS

1, 2. Parroquia de Santa María.
3, 4. Parroquia de San Sebastián.
5, 6. Iglesia de Jesús Nazareno.
7, 8. Parroquia de Santa María.
9, 10, 11. Iglesia del Buen Suceso.
12, 13. Escuelas Pías de San Fernando.
14, 15. Religiosas de Nuestra Señora de la Piedad (vulgo Vallecas).

J. F.



Excmo. é Ilmo. Sr. D. Sebastián Herreros
OBISPO DE CÓRDOBA

El cochero de Carlos V

Corría el año de 1539.

La ciudad de Gante se sublevó contra el emperador rey Carlos I de España y V de Alemania.

Este poderoso señor, que se encontraba entonces en Castilla, pidió permiso á su rival Francisco I, rey de Francia, para cruzar este último reino y llegar más pronto á someter á sus rebelados súbditos. Francisco I no desmintió en esta ocasión su mote de rey caballero; concedió generosamente el permiso, y el tránsito de Carlos por el suelo francés fué una continuada série de honores y agasajos. Por fin llegó á Gante, y los ganteses se apresuraron á humillar la cerviz. Carlos se apresuró á publicar una amnistía; pero las amnistías de aquella época no eran como las de ahora. Fueron perdonados todos los ciudadanos, con la excepción de diez de ellos que habían figurado en la revuelta como cabeza de motín. Nueve de los exceptuados habían ido ya terminando sus días en el último suplicio. Sólo quedaba el décimo, y para su ejecución se fijó el 7 de Mayo de 1540.

Era este último desdichado un rico mercader de la ciudad, llamado Juan Teursten. Tenía éste una hermana, bellísima según las crónicas, y tan discreta como hermosa. Cuatro años antes de la época á que nos referimos, un mancebo de la ciudad pretendió de amores á Renilda, que así se nombraba la encantadora gantesa, y consiguió hacerse amar de ella; pero Juan Teursten, á cuya tutela estaba sometida la joven, negóse resueltamente á consentir en el matrimonio, fundándose en la escasa fortuna del novio. Este, llamado Miguel Weber, desesperado por no poder conseguir sus propósitos, se desterró voluntariamente de Flándes, buscó fortuna por varios países, y consiguió á la vuelta de algunos, aunque pocos años, el empleo de cochero del César Carlos V.

Con su régio é imperial amo regresó Miguel Weber á Gante, para saber, no sin espanto, que el hermano de su novia era uno de los condenados á muerte por resultas de la rebelión. Habiéndose avistado con Renilda, díjole ésta: «Si mi hermano Juan no consigue la gracia que aún espero, resuelta estoy á tomar el velo y consagrar el resto de mi vida á la oración y penitencia.»

Weber marchó al punto á la prisión con la esperanza de conseguir de Juan el beneplácito para su enlace con Renilda, y después que oyó éste todo lo que el cochero había sufrido por amor á su hermana, le contestó:

—Escucha, Weber. Sácame de este calabozo, ó consígueme un perdón, y al instante serás mi hermano.

Weber, desconsolado con semejante respuesta, salió de la prisión; los momentos eran preciosos; no faltaban más que cuatro días, ¿y qué podía hacer en tan limitado tiempo? En vano empleó en los tres primeros el apoyo de Fernando Rey de Romanos y de María de Hungría, que por casualidad se hallaban á aquella sazón en Gante. No consiguió sino una absoluta prohibición de hablar en favor del condenado. Ya no restaba más que un día de esperanza á Weber y á Juan Teursten. El primero volvió á la prisión.

—¿Has adelantado algo?—exclamó el prisionero, lo mismo fué apercibirle.

Weber calló.

—¡Gran Dios, mañana es el día fatal!

—Nada he podido conseguir,—respondió tristemente Weber.

—Pero tú te olvidas,—repuso Juan,—que eres cochero del emperador. ¿No sabes que si encuentra algún condenado á su paso por alguna calle, está obligado á perdonarle?... Miguel, por Dios, conduce al emperador por donde yo he de pasar mañana al dirigirme al suplicio.

—El medio es bueno,—dijo para sí Weber;—pero lo malo es que el emperador gusta más de ir siempre á caballo, que no metido en carruaje.

—¿Sale mañana el príncipe?—preguntó Juan.

—Creo que á las diez saldrá con dirección á la



CASTILLO DE CHILLÓN EN SUIZA

Casa Consistorial, y volverá á las doce á comer á su palacio,—contestó Weber.

—Hé aquí sobre lo que yo fundo mis esperanzas, —repuso Juan:—Miguel, es preciso que conduzcas al emperador hacia el lugar de la ejecución.

Weber estaba muy pensativo.

—Calla,—dijo de pronto;—quizá pueda ser que tenga esa dicha, pues he oído que el príncipe estaba un poco indispuesto de resultas de la caza de ayer, y será muy probable que por su mal estado mañana no salga sino en coche.

—Dios lo quiera,—le interrumpió con avidez el preso.

En este momento la puerta del calabozo se abrió, y los confesores entraron á fin de disponer al reo para su última jornada. A poco tiempo se anunció en todos los sitios públicos, por el pregonero, que al siguiente día 5 de Mayo, el último de los condenados sufriría el último castigo.

El cochero á la mañana siguiente recibió la orden de tener dispuesto el carruaje para la hora de las diez. Al dar el reloj esa hora, el emperador subió en su coche; Weber ocupó su puesto en la delantera, y los caballos se dirigieron á las Casas Consistoriales, á cuyas deliberaciones iba á asistir el príncipe.

Weber era presa de las más terribles angustias. La ejecución debía de verificarse á medio día; si la sesión no se levantaba poco antes de esa hora, Juan era perdido sin remedio

El minutero del reloj señalaba ya las doce menos cuarto, y el eco fúnebre de las campanadas de la agonía se oía con la mayor claridad. En este momento salió Carlos V, sube al carruaje, y el oficial de la escolta indicó á Weber las calles por las que expresamente había dispuesto el emperador ser conducido á su palacio, para evitar de este modo el encuentro con el reo.

El cochero se persignó, y encomendándose á la protección de su patrón, se dirigió con confianza por las calles indicadas; mas al llegar á los almacenes de heno, se volvió bruscamente por diferente camino, haciendo galopar los caballos á fuerza de latigazos. Enseguida, á pesar de las voces y resistencia de la escolta, atravesó la calle de Graneros, el puente del Matadero, y llegó por último con el coche á la plaza de Santa Faralde, donde aquél se detuvo sin pasar más adelante.

Asombrado el emperador del extraño camino por donde se le había conducido, se asomó á la portezuela del carruaje, que se hallaba rodeado por la multitud, y al momento ésta prorrumpió en gritos de alegría. El ejecutor arrojó la cuerda con que iban á ser ligadas las manos del reo. El confesor, dispuesto ya á darle la última absolución, exclamó: *Alabado sea Dios*. Carlos V hizo una inclinación de cabeza, y Juan Teursten fué perdonado entre los aplausos de la muchedumbre.

Vuelto ya á su palacio el emperador, mandó comparecer ante su presencia al cochero.

Weber lo confesó todo.

—Señor,—dijo por último al concluir su relación. —V. M. ha hecho en este día la felicidad de cuatro personas.

—¿Quiénes son esas?—preguntó el príncipe.

—V. M., Renilda, vuestro cochero y Juan Teursten,—contestó Weber.

—Dios sea con vosotros—repuso el emperador,—y sed felices;' y al momento pasó á la habitación inmediata á contar lo sucedido al rey Fernando y á María de Hungría, sus hermanos.

Ocho días después Miguel Weber celebró su matrimonio con su querida Renilda

ESPERANZA ORREA.

D. Sebastián Herreros

OBISPO DE CÓRDOBA

Tierra fertilísima en oradores fué siempre Andalucía. Aun en los tiempos en que decayó el arte de bien decir en todas las provincias españolas, brillaron en los púlpitos andaluces estrellas de la elocuencia sagrada. La gloriosa tradición de Fr. Luis no se perdió allí jamás; y los Canónigos de las insignes catedrales de Sevilla, Málaga, Cádiz, Granada y otras, y los religiosos de las diferentes Ordenes, especialmente los Capuchinos, conservaron siempre las nobilísimas tradiciones de un arte maravilloso por la fuerza que supone en el artista, y por los efectos grandes y duraderos que suele producir en el auditorio.

Es lástima que perdidos, por no haberse cuidado nadie de imprimirlos, casi todos los sermones de los grandes predicadores andaluces de los siglos XVII y XVIII y del corriente, no sea hoy posible reconstituir la historia de la elocuencia española durante ese período, y especialmente de la andaluza desde Fr. Luis de Granada hasta nuestros días. Si esa historia fuese conocida, es probable que dejara de ser lugar común en la general de las Letras la decantada superioridad de los predicadores franceses sobre los nuestros. Pero de Fr. Diego de Cádiz, el Apóstol del siglo XVIII, no se conservan más que dos sermones, y esos panegíricos, y pronunciados en fiestas de empeño, género que no era ciertamente el que dió tanta y tan justa celebridad al fervoroso misionero. Y de otros famosísimos oradores ni eso hay; no han quedado de sus sermones más que recuerdos vagos, y tal cual noticia en librotes viejos de los que nadie hace caso, ni nadie se tomará probablemente el trabajo de leer mientras que el mundo sea mundo.

Por esas ligeras noticias puede, sin embargo, rastrearse la existencia de Andalucía, no sólo de una tradición, sino de una verdadera escuela oratoria con caractéres propios y distintivos, y especialísima fisonomía literaria. Fórmose tal escuela de la unión ó combinación de dos elementos igualmente fecundos y aptos para producir excelente resultado. Fué uno de ellos el elemento poético de la escuela sevillana, que conservó siempre como sagrado fuego la pompa de color, la majestad del período, la exhuberancia de adorno y el elevado lenguaje, gala y bizarría de nuestras letras. Fué el otro el calor de efectos, el fervor para decirlo con su palabra propia, de que los predicadores ó misioneros Capuchinos hicieron siempre alarde en sus sermones. Debió existir un período en que la cultura sevillana fuera ornamento, casi exclusivo, de la oratoria catedralicia, y en que los Cabildos, Academias de literatos y doctores, dejasen á los Capuchinos el monopolio del arte de mover los corazones de la muchedumbre con el aparato de una elocuencia efectista y arrebatada, tan del gusto de las imaginaciones meridionales. Pero muy pronto debió venir la fusión, y empezarían á brillar los oradores participantes de ambos caractéres, fervorosos y cultos, misioneros y académicos, en directa comunicación con el Liceo y con la multitud, esos de quienes es pueblo, gran crítico como eminente poeta, dice que tienen dón de lenguas, porque hablan para todos, y de todos se hacen entender: del sábio, del literato como del rústico labriego, y del poco instruído artesano.

De esos oradores sagrados los ha habido en Andalucía por docenas. Sin salir de este siglo, y concentrándonos á Cádiz (por ser gaditano nuestro biografiado), ¿qué nombres pueden compararse á los de Sichard, Arboli, Urquinaona, Camero, Lara y otros muchos, unos ya difuntos, otros vivos todavía por fortuna? Esos nombres son los de otros tantos grandes oradores, cuya memoria conservan imperecedera en el alma cuantos tuvieron la dicha de oirlos alguna vez. Entre ellos, y como uno de los más insignes y esclarecidos, hay que colocar á don Sebastián Herreros y Espinosa de los Monteros, actualmente obispo de Córdoba.

Pertenece D. Sebastian Herreros á una antigua, ilustre y acaudalada familia de la provincia de Cádiz. No fué su vocación al estado eclesiástico de las que se revelan desde los primeros años de la vida. El Sr. Herreros cursó los estudios de la Facultad de Derecho en la Universidad de Sevilla, y ya en sus tiempos de estudiante se hizo conocer de sus condiscípulos y admirar de todos por sus condiciones y cualidades de artista. Aquella venerable y hermosa ciudad de Sevilla, que tanto habla al espíritu con sus gloriosos monumentos históricos y artísticos, con su magnífica Catedral sobre todo, llegó á no tener misterio, ni en sus tradiciones, ni en sus edificios, ni en sus esculturas, ni en sus cuadros, ni en su trasparente cielo, ni en las amenísimas riberas de su gran río, para el joven estudiante, cuyo corazón era urna sagrada de afectos purísimos, y de cuyos lábios brotaba ya un lenguaje armonioso y elocuentísimo que no hubieran desdeñado oir Herrera, Rioja y Andrade. *El río*, decía Fernán Caballero, *no tiene secretos para Sevilla; porque Sevilla es su querida, y fueron los confidentes de sus amores los poetas antiguos y lo son los modernos...* Herrera fué uno de esos confidentes. Como Cárlos, el amante de Ella, vagó muchas noches por aquellos nemorosos bosquecillos de naranjos, que bordan la orilla del Bétis; como Stein dió la vuelta á toda la ciudad, admirando las antiguas puertas y los muros medio derruídos, para concluir contemplando la colosal estatua de la Fé que corona la gigantesca torre de la inmensa basílica. Joven perfectamente educado, brilló también Herreros en aquellas tertulias de buen tono que suelen reunirse en las noches de estío tras la misteriosa cancela cantada por el duque de Rivas, en los patios árabes, embaldosados de blanco mármol, alrrededor de la fuente también marmórea, entre árboles y macetas de flores. La juventud del P. Coloma se deslizó igualmente en aquellos deliciosos pasajes; pero la vida mundana (en el buen sentido de la palabra) de D. Sebastián Herreros, fué más duradera.

Concluyó su carrera de abogado, y aunque rico, quiso ejercerla, no habiendo sido nunca amigo de la ociosidad, y obtuvo muy pronto plaza de juez de primera instancia, que desempeñó en Coronil. De haber continuado su brillante carrera, sería hoy probablemente magistrado del Tribunal Supremo.

Pasados algunos años, hizo Herreros un largo viaje á no recordamos qué región de América, á recoger pingüe fortuna heredada. A su regreso, corrióse la voz de que el elegante y acaudalado mozo, que era juez en Coronil, pensaba cantar misa. ¿A qué obedecía esta singularísima determinación? La fantasía popular, tan fecunda en Andalucía para inventar consejas y consolidar leyendas, tuvo aquí motivo sobrado para ejercer su potencia creadora. Díjose, y aún hoy se repite, que un joven guapo, elegante y rico, tenía una novia á la que quiso con amor purísimo, con aquel amor ideal del que escribió Aparisi «es posible que un hombre arroje al fuego una obra inmortal, y huelle sobre la gloria; pero no es posible que un hombre renuncie al amor de una mujer buena y digna de él.» Y sin embargo, aquel joven tuvo que renunciar á tal amor, y en la viudez de su corazón volvióse hacia el que es fuente inagotable del amor verdadero y eterno, la peña viva de donde brota el manantial de agua pura, único capaz de satisfacer á un alma noble. No sabemos si esta versión será exacta; pero es igual: los escogidos encuentran siempre su camino de Damasco; la gracia de Dios acecha al espíritu predilecto en todas partes, y unas veces es un desengaño, otras un traicional golpe decisivo que resuelve á un hombre á tomar su cruz, y seguir hasta el término la vía de su Calvario. Herreros cantó misa, y á poco viósele, en Cádiz, de Prepósito de una Congregación de Filipenses, establecida en aquel templo circular de San Felipe, en cuyo retablo pintó Murillo una de sus Concepciones, y cuya historia se enlaza tan íntimamente con la contemporánea española: aquel templo fué salon de sesiones de las célebres Constituyentes de 1812.

Entonces fué cuando D. Sebastián Herreros conquistó su fama de orador sagrado. En aquella tierra de los buenos predicadores sobresalió pronto entre los de primera. Ninguno como él sabía unir maravillosamente el primor académico con el fervor religioso, la oratoria que al principio de estos apuntes hemos llamado catedralicia con la oratoria propia y peculiar del misionero Capuchino. Sus arengas religiosas eran un dechado de gramática, de retórica, de buen gusto, y al mismo tiempo desbordábase de ellas un torrente de afectos místicos; alternaban en sus encendidos períodos el *ne quid nimis* de Horacio con el espíritu de la *saeta*, esa copla popular que es como la playera religiosa, el

¡ay! del alma desterrada de su patria, que es el cielo.

En el piadoso ejercicio de las Siete Palabras ó de las Tres Horas, como se dice en Andalucía, distinguióse extraordinariamente D. Sebastián Herreros. No hay persona devota ó de buen gusto que lo haya oído una sola vez, que no recuerde, como una de sus memorias más queridas, la manera que tenía Herreros de predicar la palabra *sitio; sed tengo* era para el un raudal de filosofía y de poesía religiosas. Quedaba el auditorio anonadado.

Canónigo de la Catedral de Cádiz, y luego Arcipreste, D. Sebastián Herreros fué por fin preconizado Obispo de Vitoria, y pasó á gobernar su diócesis en circunstancias muy difíciles, cuando acababa la guerra civil, y ardía ya en aquel suelo la otra guerra civil de íntegros y mestizos. D. Sebastián, católico, apostólico y romano, Sacerdote virtuosísimo y Obispo ejemplar, adicto como un hijo á su padre el Romano Pontífice, ni era mestizo, ni íntegro, ni carlista, ni alfonsino; y con esto queda dicho lo que tendría que padecer en tales circunstancias, y con las gentes que se estilaban en aquellas luchas. No hay para qué añadir ni una palabra á las ya consignadas. Baste decir que D. Sebastián Herreros es hoy Obispo de Córdoba, y que por su saber, por su elocuencia y por sus virtudes, es una de las glorias de la Iglesia española y de la Iglesia universal.

UN GADITANO.

Las maravillas del amor

NOVELA POR ANGEL SALCEDO RUÍZ

(Continuación.)

De tal estado no sale el alma fácilmente. La vida interior con sus misteriosas dulzuras, sus deliquios, sus poéticos arrobos, sus incomunicables alegrías y sus fortificantes dolores, es vida superior á esta que llevamos de ordinario entre el estruendo de los sucesos exteriores, que nos llaman ya de una parte, ya de otra, y nos acosan en todas direcciones sin dejarnos espacio para pensar en nosotros mismos. Claro es que de tal vida superior, la superiorísima es aquella que fija en Dios la contemplación, y en Dios se anega como en un océano de ventura y de amor, esto es, la vida mística propiamente dicha, la que llevaron tantos ángeles y serafines con vestidura humana como han brillado en todas épocas en el cielo del Cristianismo. La mía entonces nada tenía que ver con esa; era la vida del pseudomisticismo, enervante para el espíritu, funestísima por sus efectos, pérfida por los errores y maldades que cubre bajo engañosas y seductoras apariencias, agradabilísima, empero de una voluptuosidad íntima y penetrante, de unos placeres inmarcesibles... Es esta la bella heregía que defendieron y propalaron los trovadores, no con áridos sofismas, sino en dulces y regaladas canciones; la que fué musa de Petrarca; la que con el mismo Dante hubiera dado en tierra, á no saber aquél coloso convertir en símbolo de cosas más altas lo que como realidad, y no como símbolo, nació y se desarrolló en su alma; la que luego puso una pistola suicida en la mano de Verther, y tomando cada vez tintes más lúgubres, inspiró los enjendros del Romanticismo. Pero quizás haya pocos jóvenes á quienes el infierno no presente esta batalla, y que no padezcan por más ó menos tiempo la enervante calentura.

La mía fué terrible. Llegó á lo último. Para mí, Angeles fué el centro del Universo, la idea madre que enlazaba y coordinaba todas mis otras ideas, un verdadero ídolo, una falsa diosa. Y ya en nada se parecía esta Angeles, bella hasta la monstruosidad, á la hija menor del Sr. de Laguiza, á la linda y elegante muchacha que había yo conocido la tarde del Viernes Santo. Para hermosearla, para perfeccionarla y sublimarla hasta lo absurdo, había empezado yo, como es natural, por dilatar los límites, por romper los moldes en que quiso Dios encerrar sus relativas perfecciones. Para hacerlas más correctas y graciosas, había empezado por alterar todas las líneas de su semblante, y luego había coloreado éste con los matices más finos y delicados que había visto en la naturaleza y en el arte. En los ojos acumulé tanta luz, que la metáfora popular de los dos soles fué verdadera por aquella vez; y teñí el cabello con tinta tan negra y brillante que ni el azabache, ni el mejor terciopelo pueden dar idea de aquella negrura y de aquel brillo. El cuerpo lo contorneé con arreglo á las estátuas clásicas, y lo cubrí honestísimamente con los más ricos paños, plegados también con majestad escultórica, y formando trajes y mantas en que por singularísima manera se unieran las modas de todos los tiempos, lo mejor de lo mejor.

Y no me contenté con eso; después de hecho el cuerpo intenté también, y lo conseguí por supuesto, hacer el espíritu. Puse una inteligencia clarísima, una imaginación viva y unos sentimientos tan bondadosos de suyo, que para ser verdadero ángel, no faltaban allí más que las alas. Lo único que no le puse fué erudición, ni aptitud para ser escritora de Derecho, de Filosofía, ni aun de novelas.

En aquél tiempo abrigaba yo fuertes prevenciones contra las mujeres sabias. No es que ahora sea partidario de estas últimas, ni que aún esté decidido á votar porque entren en las Academias; sino que la poca ó mucha experiencia que me han dado los años, me enseña la necesidad de dejar hacer á todos lo que quieran, aunque no sea más que para que lo dejen á uno en paz relativa.

Toda esa obra de perfección no se hizo de un golpe, sino de un modo paulatino y progresivo, y aun se debe añadir que de un modo insensible para mí. Así pude alterar profundamente la fisonomía y figura de Angeles sin darme cuenta de lo que iba haciendo; y así cuando la obra estuvo concluída, en vez de chocarme su desemejanza con el original primitivo, creí firmemente que aquella caprichosa idealización era la verdadera imágen de mi adorada.

Pasó el verano, y á principios de curso volví á Madrid.

No hay que decir cual fué mi primer cuidado en la corte. Mi tío, al que yo había tenido la precaución de no avisarle de mi llegada, y de impedir que le avisase mi familia, no estaba en la estación. Yo entregué á un mozo mi equipaje, y sin limpiarme el polvo del camino, directamente, muy de prisa como el que vá á un negocio urgentísimo, salí hasta el conocido hotel.

Todo estaba naturalmente en el mismo sitio, y con el mismo aspecto que antes de mi viaje. Solo el color amarillo del otoño y la desnudez de la mayor parte de los árboles, daban al paisaje distinta y melancólica fisonomía. Los balcones se descubrían ahora mucho mejor que antes, y estaban todos cerrados.

Dí la vuelta alrededor de la verja, me detuve largo rato como quien espera algo, y ya pensaba retirarme cuando descubrí á Bautista.

* * *

Bautista salió del hotel, y tomó como de costumbre el camino de la taberna.

Yo le alcancé á los pocos pasos.

—Buenos días, Bautista.

Bautista volvió la cabeza, y me miró con asombro.

—Ud. por aquí... ¿Cómo tiene Ud. atrevimiento de presentárseme delante?

—¡Yo!... ¿Porqué..?

—Vamos, vamos... Que no tengo ganas de conversación...

—Bautista... Esto es inexplicable.

—No se haga Ud. el chiquito.

—No me hago el grande, ni el chico. Pero exijo que me explique Ud. lo que ocurre...

—¡Exigir!... ¡Exigir!... ¿Sabe Ud. con quién habla?

Y Bautista se plantó, púsose en jarras y me miró con aire amenazador.

—Está bien, dije yo con ironía, nada de exigir. Se lo suplico á Ud. respetuosamente.

—Pero ¿es cierto que Ud. no sabe una palabra?

—Se lo juro á Ud. Hace meses que estoy fuera de Madrid.

—Pues bien. Yo tampoco sé, amiguito, si lo que ha ocurrido se refiere á Ud. Pero me lo he figurado; mejor dicho, lo he creído firmemente. Ahora me sospecho que nó. Á cada uno lo suyo: *suum cuique tribuere*, ó *tribueri*, que no lo recuerdo bien; ya la memoria vá flaqueando... ¡Dios nos libre de que nos confundan con otro!... Mire Ud., á mí me ocurrió una vez..!

Quise impedir que Bautista se engolfase en alguna de sus interminables historias, y lo llamé á la cuestión.

—Pues bien, dijo él; lo que aquí ocurrió fué lo siguiente. Figúrese Ud. que se me presenta un día una señora, ¿qué digo una señora? una tía, una carnicera, una mujer vulgar, una harpía con muchos arrumacos, y de buenas á primeras me pregunta por Ud...

—¿Por mí?

—La verdad es que la tarjeta que Ud. me dió se me había extraviado, y esta pícara memoria mía ya no me sirve como cuando estudiaba Lógica en Sigüenza... Pero por las señas que me dió la churripampla, y por el nombre que me citó, creí que era Ud... Pero vamos al caso .. La turantona me preguntó si Ud., ó vamos, el que fuera, pues ya veo no sería Ud.; si Ud., digo ó el otro, era novio de la Srta. Angeles... Yo me quedé como el que vé visiones. Y le dije que la Srta. Angeles no tenía novio, y que á ella nada la importaba aunque lo tuviese... Y la muy sinvergüenza levantó la voz, y me insultó, y yo la contesté, y llegó á llamarme... lo que no quiero ni recordar... y no fué eso lo peor, sino que á las voces de uno y otro acudieron la señora y las señoritas al balcón, y se enteraron de todo, y hasta se presentó el señor; y ya puede usted calcular el disgusto que tomaron, y el que me darían á mí.

(Se continuará.)

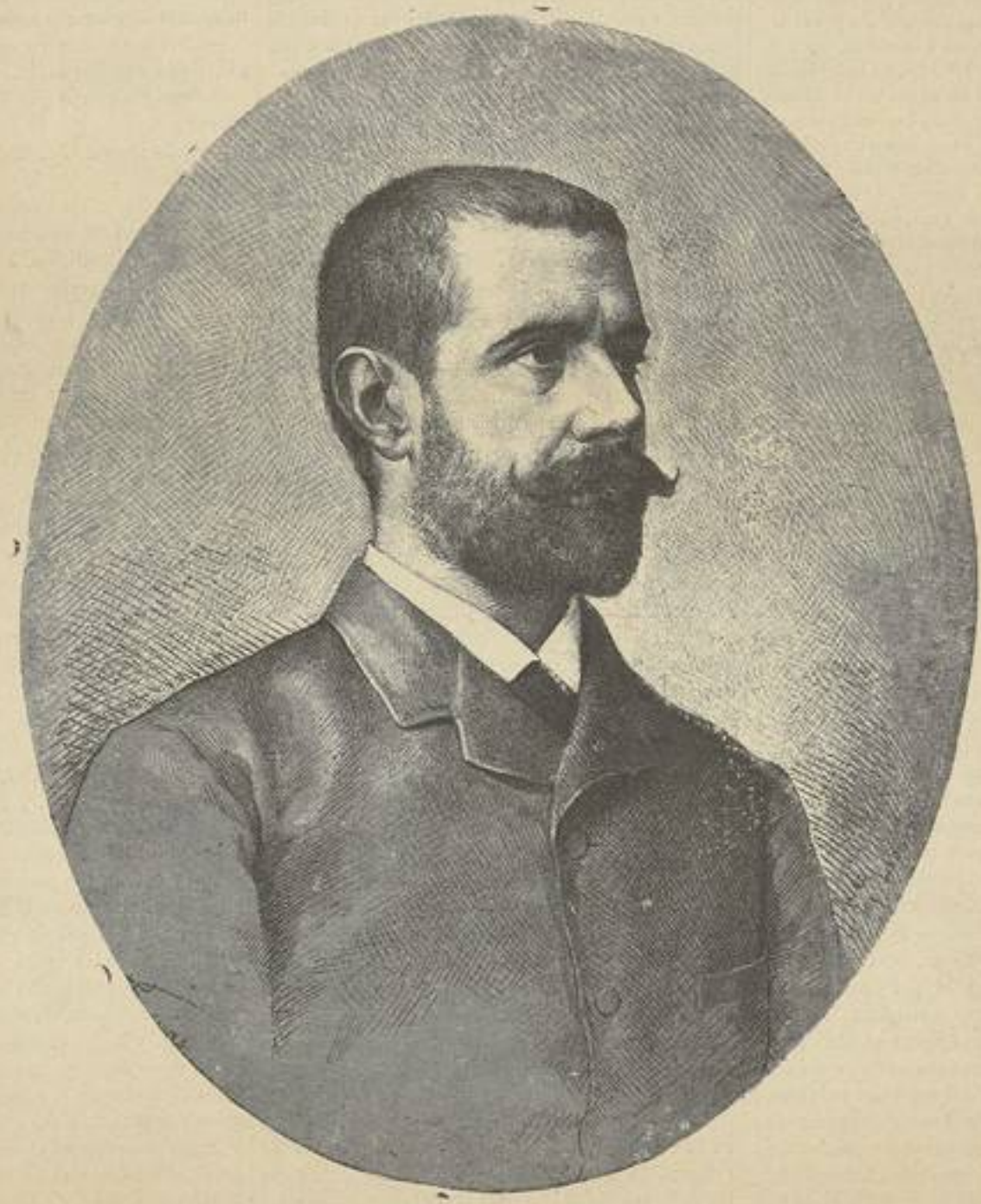
El sepulcro de Pilatos

PILATOS es, seguramente, después de Judas Iscariote, el personaje más odioso de los que figuran en la Pasión de nuestro Redentor.

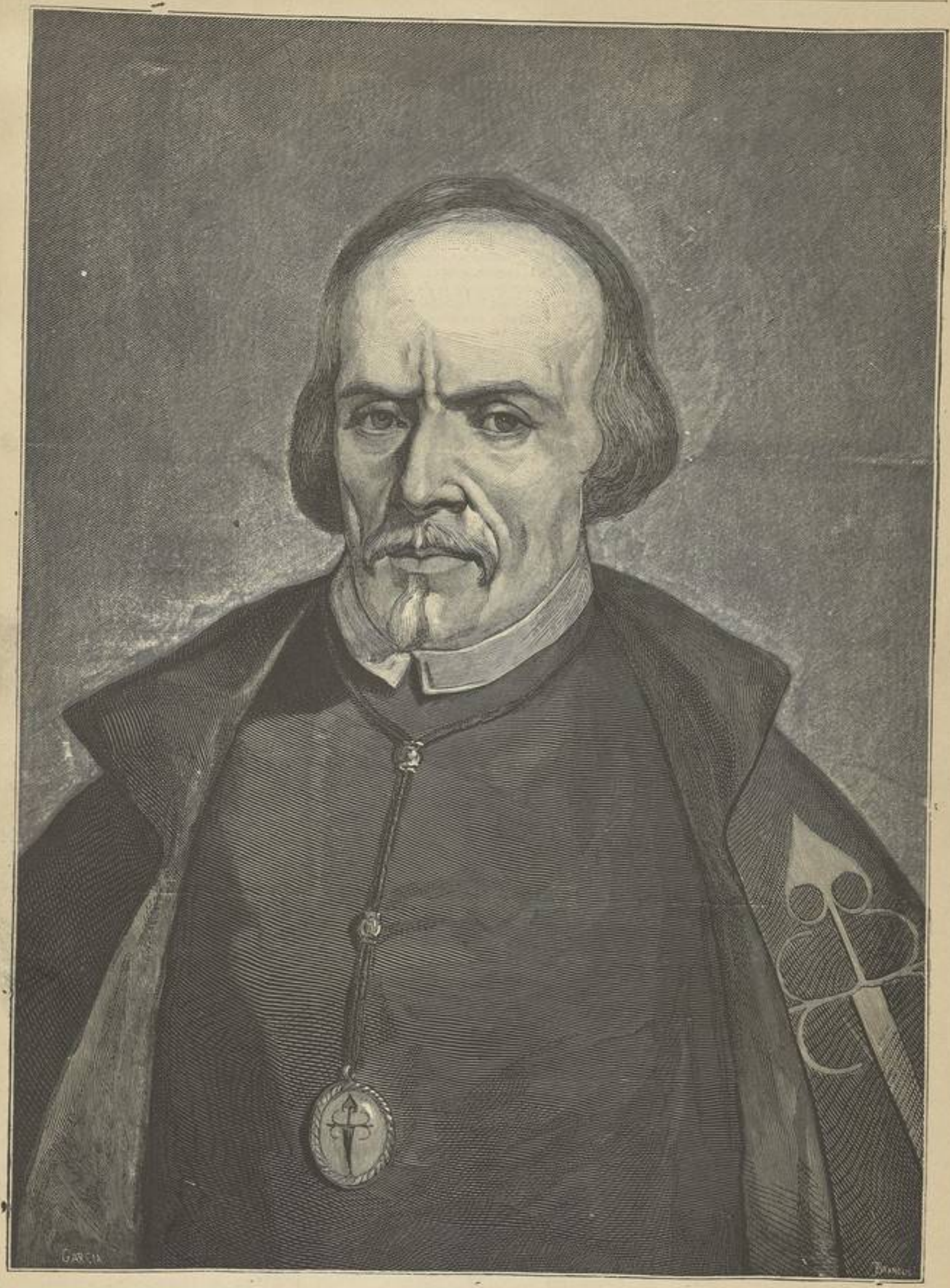
La plebe de Jerusalén, instigada por escribas y fariseos, pidió á grito herido la muerte de Jesús; pero Jesús no hubiera muerto si Pilatos no le hubiera condenado. Por eso se dice en el Credo: *padeció bajo el poder de Poncio Pilatos*.

Pilatos procedió en aquel asunto sin pasión de sectario, única y exclusivamente por temor al pueblo. Por ese miedo repugnante condenó á muerte á un hombre, constándole que era inocente, sabiendo que era un justo. ¿Cabe nada más despreciable?

Refiere una antigua tradición, que Poncio Pilatos conservó el gobierno de Judea hasta el año 37 de Jesucristo, y que en esa fecha fué destituido de orden del emperador Calígula, y desterrado á la ciudad de Vienne, en el Delfinado; que vivió oscurecido y miserable en su destierro hasta el año 40 de la Era



DON EUGENIO SELLÉS



DON PEDRO CALLERÓN DE LA BARCA

Cristiana, en que se suicidó. Nada de esto se funda, que sepamos, en ningún testimonio autorizado, siendo una de tantas tradiciones que corren por el mundo, y á las que cabe prestar el asentimiento que cada uno juzgue conveniente. De la historia de Pilatos, posterior á la Pasión de nuestro Redentor Jesús, nada nos dicen los Evangelistas, y ni siquiera podemos afirmar, por consiguiente, si Pilatos coronó sus días con el afrentoso suicidio, ó si se arrepintió de su villana acción, y aun la lloró amargamente en algún rincón de Europa ó de Asia, reconociendo en su santa Víctima al Hijo de Dios hecho hombre. Para la misericordia divina no hay nada imposible; y por grande que fuera el crimen de Pilatos, otros semejantes, y quizás más abominables, ha perdonado, perdona y perdonará todavía Nuestro Señor.

Pero dejemos esto. No queremos hoy escribir sobre Pilatos, sino sobre su sepulcro, ó sobre su supuesto sepulcro, para decirlo propiamente.

El supuesto sepulcro de Pilatos encuéntrase en la citada ciudad francesa de Vienne, al término de la gran llanura que comunica el Delfinado con la Provenza. Es, seguramente, una curiosa antigualla, un monumento romano de verdadera importancia arqueológica. Termina en forma piramidal, y por eso lo llaman indistintamente *sepulcro* ó *pirámide* de Pilatos.

La pirámide no es obra de correcta arquitectura; pero es muy particular su construcción, y merece llamar la atención del curioso. Levántase encima de una masa sólida de piedras gruesas y duras, de la misma calidad que las que aún hoy se sacan de las canteras de Bugey, á orillas del Ródano. Los asientos de las piedras tienen de 15 á 16 pulgadas de alto, y están puestas de modo que forman gradas en las cuatro caras del monumento. Como se halla algo enterrado, sólo escavando pudieron encontrarse, con lo que descubrieron, hasta ocho; aun suponiendo que no haya mayor número, prueba esto el cuidado que ponían los antiguos en la solidez y duración de sus edificios. La pirámide descansa en un cuerpo arquitectónico cuadrado, y á cada ángulo adórnale una columna á él adherida, y en cada cara abrieron un arco de 8 piés de ancho sobre 15 de alto. Los muros tienen dos piés de espesor, construídos de gruesos sillares de Bugey, consolidados por medio de cuñas. Corónalos un entablamento que sostiene un techo, sobre el que descansa la pirámide. La base de ésta es de 11 piés y 6 pulgadas en cuadro; la altura de 42 piés, debiéndose advertir que faltan algunos sillares de la cúspide. Admira en esta fábrica que el peso inmenso que soporta no se apoya directamente en las cuatro paredes, pues el espacio interior que éstas dejan entre sí es de más de 12 piés, al paso que la base de la pirámide sólo tiene 11 y medio, y por consiguiente carga inmediatamente al techo; mucha habilidad, esmero é inteligencia fueron precisos para hacer este monumento tan sólido y duradero.

Muchas opiniones, y muy diversas y contradictorias, se han aventurado acerca del uso de este monumento en los antiguos tiempos. Sostienen algunos, que así como en Roma la columna dorada marcaba su centro, así también la pirámide de Vienne pudo señalar el centro de la ciudad; pero semejante opinión ni se funda en dato alguno positivo, ni presenta verosimilitud. El recinto de la ciudad es aún en el día muy distinto y claro, y nunca se extendió por la parte que ocupa el monumento; además, la forma adoptada en los sepulcros verdaderos ó simulados, es enteramente impropia para servir de mojón ó piedra miliar. Por otra parte, sabemos que los romanos ponían los monumentos funerarios en los caminos reales, y á lo más, cerca de las ciudades, en cuyo interior generalmente á nadie se sepultaba.

El arqueólogo Chorier dice á propósito de este raro monumento:

«No me cabe duda en que esa pirámide contuvo muchos adornos de que se halla despojada: es de hermosa forma, y de sólida y osada construcción. No hay duda que á haber sido fácil derribarla, los pueblos bárbaros que tan á menudo inundaron las Galias, no hubieran dejado de demolerla; pero no pudiendo hacerlo sin riesgo, la echaron á perder todo lo posible en su furor de devastación. Si en la cúspide faltan algunas piedras, no las quitaron hasta el siglo XVII, cuando cierto milanés, habitante de Vienne, habiendo comprado el terreno en que se halla la pirámide, tomó la resolución de destruirla: y en efecto, empezó semejante sacrilegio, y gracias á haberlo impedido Pedro de Boissac, principal miembro de justicia de Vienne, no tuvo lugar tal acto de vandalismo. Hay una opinión tan general como mal fundada, sobre que este monumento es el mausoleo de Venerio, supuesto fundador de la ciudad. Imaginaron que así como en Roma las urnas cinerarias de Adriano y de Marco Aurelio fueron colocadas en la cúspide de obeliscos erigidos á su memoria, así también los primitivos vienenses pusieron las de Venerio en una urna de oro, y la colocaron en la cúspide de esta pirámide. Esta obra es demasiado romana en su estilo de arquitectura para poderla atribuir á africanos, mucho más siendo fabuloso casi todo cuanto de Venerio nos refieren. Vienne es obra de los allobroges, y no de pueblos tan lejanos. Debo, no obstante, confesar que dicha pirámide fué elevada en honor de algún lustre difunto; y si bien carecemos de pruebas bastantes á cerciorarnos del personaje á cuya gloria fué erigida, sóbrannos datos para conjeturar que lo fué en honor de Augusto. La continua prosperidad de sus pueblos durante su reinado, le granjearon tal amor, que después de su muerte se le tributaron honras divinas en las principales ciudades del imperio romano: todos quisieron imitar á Roma en esa ocasión, y á los cenotafios que se le dedicaron como á héroe, uniéronse templos y ministros como á Dios inmortal.»

Pero el pueblo sigue empeñado en que el monumento es el sepulcro de Poncio Pilatos; y que no se vaya á las viejas vienensas con historias de Chorier ni de otros arqueólogos: el sepulcro de Pilatos ha de ser...

También en Roma se ha enseñado una casa de Pilatos... con arquitectura del siglo IX; y no hablemos de la casa de Pilatos de Sevilla, en que la tradición señala hasta la ventana en que cantó el gallo de la Pasión. Lo que hay que admirar es que no se conserve también la jofaina en que se lavó las manos el Pretor. Pero lo que nos conviene ciertamente, es recordar la conducta de Pilatos para abominarla y huir de ella. Más ó menos, ¿quién no estará expuesto alguna vez á tentación semejante á la de Pilatos? Y por debilidad ó por cobardía, ¿quién no habrá cometido alguna mala acción?

GUSTAVO FERRAZ

LA CAMPANA DE LAS ESCUELAS PIAS

Al Emmo. y Rmo. Sr. Cardenal Monescillo, Arzobispo de Valencia.

A las aulas calasancias
Llama la campana lenta,
Como una voz de los cielos
Y un lamento de la tierra.
Y sus ecos repetidos,
Como la pulsada cuerda
Del laud, que llora ó canta
Siempre con la queja mezcla,
Suenan en las cercanías
O bien vibrando se alejan,
Y como heraldos convocan
De niños tropas risueñas.
Y los sones que se esparcen
Y por el espacio ruedan,
Parece que están diciendo
Esta dulce cantinela:
—Ven, niño huérfano y sólo;
Ven, que otros padres te esperan;
Ven, hambriento, ven, desnudo;
Ven, perezoso, y despierta,
Ven, ignorante afanado
Por escudos y riquezas,
Venás qué vano es el oro
Y la soberbia qué hueca.
Ven, artista que te escondes;
Ven, sediento de la ciencia;
Ven, ingenio oscurecido,
Y sabrás cómo se vuela,
Ven, inexperto, por juicio;
Furioso, ven por paciencia;
Ven, audaz por la fortuna;
Perdido, ven á la senda;
Pecador, ven por la gracia;
Justo, ven á la pelea;
Tropa blanda de Cristo,
Ven, ven, ven á la contienda.
Y aquellos sones que llaman,
Que arrullan y *perdicean*,
Y que parecen los silbos
Del pastor á sus ovejas,
Como enamorados suenan,
Como serenata llegan,
Y alborozan á los niños,
Que se asoman á las puertas.
Y si algún tierno infantico
Con los ángeles ensueña
Y con los brazos abiertos
Vé que en los cielos le esperan,
La campana, que repica,
Es de los ángeles lengua
Que lo llama, y el camino
Del paraíso le muestra.
A su reclamo los niños
Vienen en tropas diversas
A las aulas calasancias,
Do á temer á Dios se enseña.
Y al que olvidado ó tardío
En los juegos se deleita,
O en riñas al cielo invita
O en el precipicio juega,
La campana volteando
Le reprende y le aconseja,
Y con más tiernos lamentos
Lo llama á la santa Escuela.
—Pía campana, atalaya
Que allá en la cumbrada almena
Porque los riesgos atisba
A los niños clamorea;
Tú fuiste puesta en el muro,
Como una roja bandera,
Que siempre contra el Infierno
Esté apellidando guerra.
Sangre llevas calasancia,
Sangre de mi padre llevas,
Porque al bracarte en la torre,
Lo abel derribólo en tierra.
Mas al quebrantó su cuerpo,
Que bien sufrió la dolencia,
Pregonando su victoria
Tú quedaste en la pelea.
Por eso cuando á las aulas
Traes á la infantil caterva,
Que viene hambrienta de dicha
Y de virtud y de ciencia,
Y una y otra vez la llamas
Y una y otra vez te quejas,
Parecen *voz de los cielos*
Y lamento de la tierra.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA

Granada, 11 de Agosto de 1892.

Su Excelencia por dentro

I

Cuando se dice que no hay ningún grande hombre para su ayuda de cámara, no se niegan las grandezas humanas, ni mucho menos; sino que lisa y llanamente se afirma que hasta el sol tiene manchas, que no hay rosas sin espinas, y que los grandes hombres, lo mismo que los pequeños, tienen también faltas y miserias, que, aunque no se distingan desde lejos, no se escapan, ni pueden escaparse, á los criados íntimos que tan de cerca tratan á los grandes señores. Conste, pues, que no me propongo escribir sobre las pequeñeces de los grandes hombres, todos los cuales las tienen, quién más y quién menos, sino acerca de esos pigmeos, que se consideran gigantes porque fortuna loca los ha encaramado en puestos que ni merecen, ni desempeñar saben.

Con lo dicho basta para que el lector entienda que se trata de un Excelentísimo señor, en su opinión propia, aunque no humilde, gran estadista, gran literato, gran orador, gran poeta, gran jurisconsulto, (porque eso sí, en sus mocedades estudió leyes y obtuvo el título de abogado), gran burócrata, gran periodista (también fué gacetillero una temporada), gran historiador, gran geógrafo, y hasta... *grand hôtel*, como dicen los franceses de toda posada, grande ó pequeña, y gran Lama, como apellidan á su sacerdote sumo los budhistas.

Tantas grandezas juntas piden á voz en grito... todo cuanto puede pedirse, hasta...secretario particular.

Por cierto que el tal secretario, amigo mío por más señas, era un muchacho tan joven y simpático

como instruído y listo: para decirlo con una sola palabra, era el reverso de su amo.

Su Excelencia era alto, erguido y rozagante; el secretario bajo, encogido y temeroso. Gastaba Su Excelencia sendas y cerdosas patillas á la inglesa, mientras que su secretario particular era imberbe casi, apuntándole apenas sedoso bigote. Vestía Su Excelencia siempre con arreglo al figurín diplomático; es decir, copiando cuidadosamente al presidente del Consejo de ministros, al paso que su secretario parecía un hortera de ultramarinos por el corte y calidad de su traje. Tenía aquél frase hueca, campanuda, ampulosa, incorrecta y perezosa; y era por el contrario éste, conciso, sentencioso, sencillo y de fácil y correcta palabra. Para decirlo de una vez: el primero era vano como toda nulidad encumbrada; y modesto el segundo, como todo hombre de verdadero valer, oscurecido.

Tan vano, tan neciamente vano era nuestro Excelentísimo señor que, estando de gobernador en cierta ínsula, nunca salía á la calle más que seguido de inspectores y agentes de orden público, los cuales le escoltaban ostensiblemente, pero á respetuosa distancia; y en días de Carnestolendas aconteció, que un máscara, disfrazado de llorón, se acercó á Su Excelencia y le rogó que mantuviese en alto el cometa que la supuesta criatura llevaba para su esparcimiento. Cayó el grande hombre en la red infantil, sostuvo el cometa, echó á correr el talludo llorón, y desde lejos, tirando del hilo, comenzó á llorar en tanto que gritaba el desconsolado:

—¡Ay, madre, que se me ha enganchado el cometa en un *farol*.. en un *farol*... en un *farol*...!

Su Excelencia soltó en el acto el cachirulo, y mandó á los agentes que persiguieran al máscara, el cual había tenido buen cuidado de alejarse, confundiéndose con la muchedumbre.

II

Sin embargo, no todo eran defectos en nuestro grande hombre: tenía, sobre todo, tan grande habilidad para apropiarse los pensamientos y hasta las palabras ajenas, que con el tiempo y de buena fé concluía por creerlos de su propia cosecha, defendiendo su paternidad con entusiasmo digno de mejor causa. Imitaba también admirablemente á todo el mundo, y entre imitaciones y plagios, adornábase, como el grajo de la fábula, con méritos ajenos, y lucía su robado plumaje ante el número de los tontos, que como dice el sabio, es infinito.

¿Se quiere una prueba del anterior aserto? Sorprendámosle dictando cartas á su secretario particular. Paseábase S. E. por la estancia, en actitud meditabunda y como rumiando las frases que iban á tener el honor de salir de sus labios, y esperaba, entre tanto, el secretario aquel nuevo parto del monte, colocando el papel, limpiando la pluma y pensando en que se cuenta de Santo Tomás que dictaba á siete escribientes á la vez, sobre asuntos variados é inconexos.

—Vamos, ¿está usted ya?

—Sí, señor; cuando V. E. guste.

—Que invierte usted más tiempo en preparar las cosas ..

—Todo está á punto.

—Bueno... bueno... pues escriba usted...

—Al Excmo. Sr. don Fulano.

—Ya está.

—Bueno... pues escriba usted... Muy distinguido señor y... amigo mío: Desde estas frescas montañas, en donde me encuentro tomando la leche de burra...

—El señor don Fulano ¿trata á V. E. con franqueza?

—¿Por qué lo pregunta usted?

—Nada, nada, por saberlo.

—Es que si quiere usted algo para él, ahora estamos á tiempo; porque aunque yo no le conozco ni de vista, ya sabe usted que el presidente (así llamaba siempre al del Consejo de ministros) hará cuanto yo le mande.

—Muchas gracias, no señor; nada me ocurre.

Reanudóse y se terminó la carta en el mismo tono y estilo, y después de discurrir un rato dictó para encabezar la segunda:

—Desde estas frescas montañas, en donde me encuentro tomando la leche de burra ..

El secretario levantó los ojos y miró á su dueño con extrañeza; sí, con extrañeza; pero se calló y siguió escribiendo lo que le dictaban. Llegó la carta tercera y S. E. cada vez más enamorado de su encabezamiento bucólico, repitió:

—Desde estas frescas montañas, en donde me encuentro tomando la leche de burra...

El secretario no pudo contenerse, y dijo:

—¿No le parece á V. E. que basta ya de leche de burra?

—¡Majadero! Escriba usted lo que se le dicta y no me venga usted con lecciones, que no le piden ni necesito.

—Adelante, adelante, y dispense V. E. que por su bien se lo he dicho, por si acaso esos señores se conocen y se enseñan las cartas.

—Vaya si se conocen.... y mucho.

—Pues entonces corre peligro V. E. de que se le rían de esa frase, vulgarísima, por otra parte, y repetida en las tres cartas á manera de muletilla.

Discutió acaloradamente el asunto S. E., no dando á torcer fácilmente su brazo; pero es lo cierto que las cartas se rasgaron, las escribió el secretario á su gusto, discreta y elegantemente, sin que en ellas quedase más frase del gran literato que la firma, y se mandaron al correo.

Lo cual no fué obstáculo para que S. E. saliese de su despacho provisional, pasándose el pañuelo por la frente, como hombre que se ha fatigado de discurrir, y para que dijese soplando á la vez:

—Es una calamidad no poder confiar á estos chicos ni la simple redacción de una carta.

—Vamos, pues usted no se queje, amigo mío, que el secretario de usted es listo como el hambre;—le dijo otro prohombre que por allí también veraneaba.

—Sí, señor, listo es; pero eso de que hasta los puntos y comas tenga que dictar uno, á la larga fatiga.

III

Y en efecto, la ortografía era el punto fuerte del Excmo. Sr., sin que esto quiera decir que estuviese flojo en las demás partes de la gramática, todas las cuales llevaba de frente, dominándolas de idéntica manera; pero la ortografía, repito, merecía siempre sus atenciones todas y peculiar predilección.

Desde muchacho aprendió S. E. que la mala letra era característica de los grandes hombres, y ya de madura edad leyó en una revista inglesa, que el Padre Santo León XIII, antes de redactar un documento importante, una Encíclica, por ejemplo, consignaba sus pensamientos aislados, al asunto referentes, en grandes cuartillas de papel, las cuales, después de maduro examen y convenientemente ordenadas, servíanle de pauta para la redacción de sus admirables documentos.

Desde aquel día adoptó el mismo método para la redacción de sus escritos, combinando la pésima letra con los pensamientos sueltos y plumeados en grandes pliegos de satinado papel: hasta creía nuestro grande hombre, de buena fé por supuesto, que con el tiempo se pagarían sus autógrafos, si no precisamente á peso de oro, por lo menos como se pagan ya hoy día los autógrafos del príncipe Bismarck.

Estas preciosas cuartillas pasaban á manos de su secretario particular, cuya obligación ineludible consistía en sacar de allí rozagante y perfilado el documento, como salió Minerva de la cabeza de Júpite.

El secretario sudaba pez para convertir en cuerpo sistemático de doctrina sentencias tan inconexas y reducir á tan variada colección de verdades de Perogrullo; pero cortaba al fin por lo sano y redactaba la obra de nuevo y como de propia cosecha, con lo que ganaba no poco tiempo, y salía el trabajo con sentido común y erudición no despreciable.

¿Quiere el paciente lector, ahora, examinar por sí mismo alguna de las sentencias de nuestro sabio? Allá van pues las siguientes, para muestra:

«No todos los hombres tienen iguales *abtitudes*.»

—En efecto; á la vista está tu *abtitud* ortográfica, porque así como *sordao* se escribe con ele, *abtitud* se escribe con pe.

El lector discreto habrá comprendido, que estos comentos y apartes son del secretario particular de S. E., porque á nosotros no nos gusta meternos en honduras.

«... porque con frecuencia ocurre que las apariencias son *exteriores*....»

—Imposible, Excmo. Sr., imposible: todas las apariencias que yo conozco son *interiores*, y tan ocultas que el diablo que cargue con ellas.

«De la misma manera que *alrrededor*... (eche usted erres sin miedo: vamos, mi hombre quiere demostrar que conoce las últimas reformas académicas)... *alrrededor* del sol giran los astros, así también giran los talentos *medroquies alrrededor* del genio...»

—Precisamente, señor excelentísimo: eso le pasa á V. E. cuando escribe *medroquies* y *alrrededor*, porque alquitrabe es decir y hacer lo que no se sabe.

Confundía la ge y la jota con frecuencia, escribía siempre espontaneidad con equis, algunas veces ayer con ache, sin duda por su parentesco próximo con hoy, y ermita con ella, para que resultase más honrada; sin pizca de ella se comía la diéresis de vergüenza; y en materia de puntuación cometía todo género de herejías; de manera que sus autógrafos merecen archivarse para no privar á las generaciones venideras de tanta riqueza literaria.

Calcule ahora el lector discreto si se reiría poco el secretario particular de S. E. descifrando aquellos garrapatos para descubrir en sus profundidades semejantes gatuperios ortográficos.

IV

Se me olvidaba advertir, para el conocimiento cabal de S. E., aunque tal vez lo haya adivinado el lector, que S. E. era progresista legítimo, de aquellos que pasarán á la posteridad como tipos los más acabados de falta de sindéresis; y oficiando de pontífice del progreso, tenía declarada guerra á muerte á la Inquisición y al celibato eclesiástico. Por eso, en sus famosas cuartillas se tropezaba á lo mejor con párrafos concebidos en los siguientes ó parecidos términos:

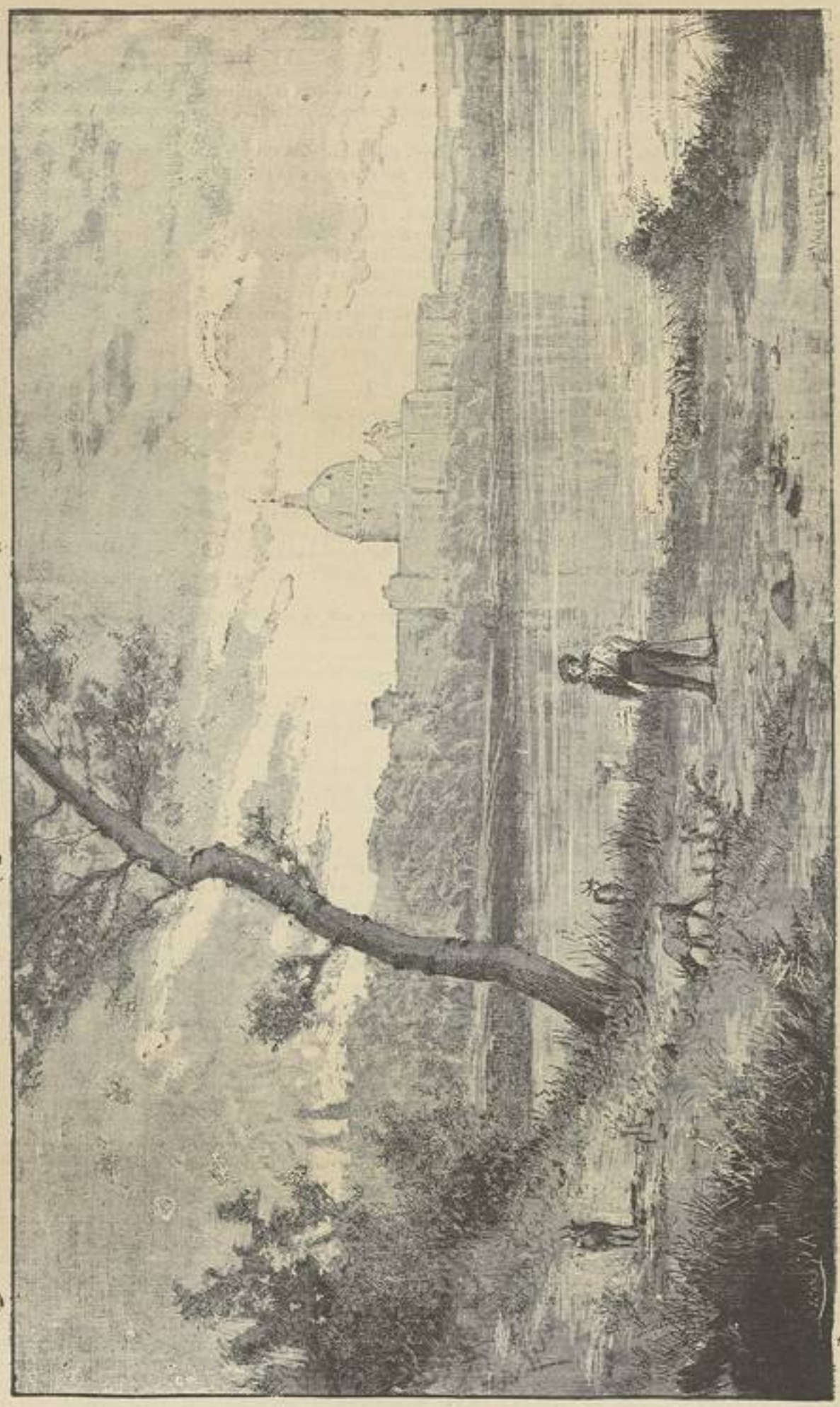
«Entonces se quemaba el libro, pero se quemaba también el autor (al autor, se dice), el impresor y el librero: solía quemarse á los lectores, y, por extensión, eran quemados de vez en cuando los oyentes. La quema era general y jurídica...»

«Savonarola, cuya fe cristiana le ofusca hasta el punto de hacer quemar los escritos de Dante y de Bocacio, no se libra por esto de que la censura lo queme á él envuelto en sus obras inmortales. Galileo, con ser una de las lumbreras del mundo científico, consume su ancianidad en una cárcel; y si no perece en la hoguera, es porque se retracta de su propio saber, pronunciando aquellas célebres palabras que á nada como á la máquina de Gutenberg pueden aplicarse:—*Y sin embargo se mueve*.»

«La Inquisición se opone al movimiento del tórculo, como se había opuesto al movimiento del mundo: ve peligros y catástrofes para la fe y la sociedad. En su guerra no hay cuartel, en su legislación no hay gracia. Dentro de nuestra propia España, que es uno de los países donde con mayor rapidez se ha propagado la imprenta, el lujo de persecución y de crueldad es inaudito...»

Más adelante despachábase á su gusto contra el celibato eclesiástico, agotando el diccionario de los dicterios contra los clérigos y demás personas sagradas que, por motivos de perfección moral y religiosa, hacen voto de virginidad, llamándoles:

«Comodones, dejados, abandonados, egoístas, vanos, huecos, socarrones, rebeldes, estafermos, camastrones, moscardones, zánganos, peregrinos, volanderos, sabañones, parásitos, vestiglos, fatídicos, siniestros, voluntariosos indisciplinables, maniáticos, parlanchines, bausanes, piedras, bestias, sospechosos, ingratos, traidores, insectos, fieras, arañas, alimañas, pajarracos, bicharracos, raposos, lechuzos, murciélagos, mala simiente, bichos venenosos, leños inútiles, gusanos hediondos, hojas secas, potros cerriles, culebras bobas, hermanucos baldíos, cernícalos, lagartijeros, alcaravanes zancudos, bueyes sueltos, bandidos urbanos, linternas



CERCANÍAS DE ROMA.—(*Al amanecer.*)



IGLESIA DE MONTMARTRE EN PARÍS

sordas, salsas de perros, patas de palo, pedazos de estuco, pompas de jabón, almas de buhos, almas de zorras, muñecos de paja, pozos de malicia, almacenes de truhanerías, caballeros de industria, contrabandistas de amores, rayas en el agua, pergaminos en blanco, monólogos en el lenguaje de la creación, árboles sin fruto, barcas sin lastre, cometas sin cola, llaves sin cerradura, órganos sin armonía, instrumentos de la muerte, enemigos de Estados ruina de imperios, séres á medias, calzones de un pernil, tijeras de una zanca, balanzas de un platillo, plantas que crecen para abajo, almas de bayeta negra, caminantes que no dejan huella de su paso, etc., etc.»

Indignóse el secretario particular al leer semejante sarta de desatinos, y refundió las sentencias supradichas de manera que no pudo conocerlas la misma madre ó padre que las parió.

—Eso sí que no, amigo mío,—dijo S. E. apenas oyó leer el trabajo que le presentaba su secretario particular;—usted sabe mejor que yo cuán grande ha sido siempre mi magnanimidad para con las adulteraciones de mis pensamientos y frases que usted se permite cuando le dispenso el honor de encargarle que redacte los documentos ó trabajos literarios que bajo mi firma y respetabilidad ven luego la luz de la prensa; pero por ésta no paso, no señor. Precisa que copie usted al pié de la letra mis dos autógrafos referentes á la Inquisición y al celibato clerical.

—Como V. E. guste; pero...

—¿Pero qué? Siempre me sale usted con peros y manzanas.

—Nada para mí tan cómodo, porque todo mi trabajo queda entonces reducido al de mero copista; pero...

—¿Pero qué? ¡Vamos, reviente usted de una vez!

—Que la reputación de V. E. como historiador y canonista quedará muy mal parada.

—¿Por qué?

—Porque habla V. E. de la Inquisición y del celibato sacerdotal sin conocimiento alguno de causa, y como pudiera hacerlo el más ignorante gacetillero de un periódico clerófago... y perdone V. E. mi franco atrevimiento, en gracia del celo desinteresado con que le sirvo.

—Razones quiero, no excusas.

—Pues bien; las razones en defensa de la Inquisición española, vilmente calumniada por todos los sectarios, las encontrará V. E., tan abundantes como convincentes, en las obras del eruditísimo Menéndez y Pelayo; no basta, por lo tanto, hablar al aire, sino que es indispensable aducir las pruebas de lo que se dice.

—¿Quiere usted más pruebas que lo de Galileo? Esto ha pasado ya á la categoría de verdad histórica inconcusa.

—Por eso sin duda se ha dicho que la Historia es una conspiración permanente contra la verdad.

—Vamos, veo que los que se engolfan en los libros, son ustedes capaces de negar la luz del medio día.

—Lo que veo yo es que á V. E., como á tantos otros, le han comulgado con ruedas de molino; porque ni Galileo consumió su ancianidad en una carcel, ni la Inquisición mortificó, poco ni mucho, á Galileo, ni el gran astrónomo pronunció nunca la manoseada frase *e pur si muove*.

—¿Cómo ha dicho usted?

—*Y sin embargo se mueve;* lo mismo que dice usted, pero en italiano.

—Esa es, pues, la única modificación que puede usted introducir, para la mayor exactitud histórica.

—Pero es el caso que semejante frase es pura invención de los explotadores del hecho.

—No puede ser.

—Le digo á V. E. que sí. El verdadero contenido de esta patraña histórica, como tantas otras, se reduce en sustancia á lo siguiente: Galileo, partidario acérrimo del sistema astronómico de Copérnico, no se contentó con defender y popularizar sus opiniones con argumentos científicos, sino que quiso fundarlas además en la Biblia, á cuyo efecto pasó á Roma; y, según asegura el embajador de Toscana, en su despacho de 6 de Marzo de 1616, pidió que el Papa y la Inquisición declarasen al sistema de Copérnico fundado en la Biblia; el Papa Paulo V lo recibió bien; pero encomendó el asunto á una congregación, y de acuerdo con ésta, y por conducto del Cardenal Salarmino, recomendó á Galileo «que no volviera á hablar de semejantes concordias escolásticas entre los Libros Sagrados y Copérnico;» pero como no cumpliese el pontificio encargo, fué llamado á Roma, estuvo ocho días en el cuarto de uno de los altos empleados de la Inquisición, como si dijéramos arrestado, aunque en comunicación con sus amigos; se le alojó después en la embajada de Toscana, donde recibió trato de príncipe, porque lo era de la ciencia; y cuando Galileo desistió de sostener su tésis como fundada en la Biblia, se le permitió regresar á su casa. El mismo Galileo escribió desde Roma á uno de sus discípulos: «El Papa me trató como á un hombre digno de su aprecio.» ¿De dónde ha sacado, por consiguiente, V. E. que consumió su ancianidad en los calabozos de la Inquisición?

—Pues, señor mío; yo no me chupo el dedo, ni he inventado la historia. *Mutis mutatis* la he tomado de un cuadro contemporáneo del célebre literato Castro y Serrano, que se titula *El Libro* (1).

(1) *Cuadros Contemporáneos*, pág. 32 y 33. Madrid, 1872.

—Pues así se escribe la historia. Lo mismo digo á V. E. de esa serie de improperios contra los que hacen voto de castidad.

—No me negará usted, al menos, que semejante estado es antinatural.

—Yo diría mejor sobrenatural.

—Tanto peor.

—Se equivoca V. E.; lo sobrenatural puede realizarse, y se realiza, con el auxilio de la divina gracia, y los Sacramentos todos la producen en grado suficiente para que cada uno cumpla con las obligaciones de su estado.

—Los curas protestantes están casados.

—Por eso están poco ó nada dispuestos al martirio, ni aun al heroísmo y sacrificio.

—Pero son más útiles á su patria.

—Mercantilmente hablando, quizás; pero nunca en los órdenes moral y religioso, que valen cien veces más. Al paso que el Sacerdote católico, coronado con la virtud de la castidad, que es la virtud que más aproxima al hombre á los espíritus puros, y más le asemeja á su divino Maestro; inflamado en la virtud de la caridad, que es la quinta esencia del amor, y fortalecido con la virtud del propio sacrificio, no teme competencias.

—Vaya, vaya pues digo á usted lo mismo que del anterior autógrafo; tampoco me he sacado yo de la manga todos esos epítetos, que los he visto en letras de molde.

—¿En dónde?

—En un libro del cervantesco escritor D. Nicolás Díaz de Benjumea, titulado *El Solterón* (1).

—¿Aplicados á los Sacerdotes?

—A los solterones; pero ¿quiere usted solterones más empedernidos que los curas?

—En fin, señor excelentísimo, ¿en qué quedamos?

—Copie usted al pie de la letra mis autógrafos (el pobre hombre no recordaba ya que los había plagiado de Castro y Serrano y Díaz de Benjumea, según confesión propia) y, á lo sume, suavice usted la parte histórica para que no resulte alguna gorda inexactitud; pero el espíritu de la obra que quede intacto... porque se me va echando usted á perder, con su correspondiente tufillo ultramontano y todo.

V

Pero cuando el pobre secretario particular pasaba las de Caín, era siempre que S. E. vefase precisado á abrir la boca en las Cortes, cosa que el muy taimado evitaba todo lo posible. No había entonces más remedio que componerle el discurso con la anticipación necesaria para que pudiera aprenderlo de memoria; pero... ¡qué manera de destrozar la oración galana del secretario! Luego si, aparecía en los periódicos oficiales tal cual había salido de la bien cortada pluma del secretario; mas en labios de su padre putativo, aquello no tenía piés ni cabeza. Vanagloriábase, en cambio, nuestro hombre grande de que él no rectificaba nunca; se apoderaba al punto de las razones ajenas, y estereotipando el *yo* satánico en su boca, decía á roso y belloso:

—Ya decía *yo*.. porque *yo* escribí .. *yo* hice.. *yo* fuí.. *yo* por arriba, y *yo* por abajo.

Entre tanto, recompensaba el trabajo ímprobo del bueno del secretario particular con tres mil miserables pesetas, tomadas del presupuesto, y con promesas dilatorias, nunca cumplidas, hasta el punto de que el modesto joven, de carne y hueso como todo hijo de vecino, se cansó de tanto cinismo y de explotación tan escandalosa, y resolvió poner en evidencia al excelentísimo señor y largarse con viento fresco. La ocasión no se hizo esperar. Se armó en las Cortes ruidoso escándalo contra cierta real orden, emanada del centro directivo de S. E.; acudió éste, como de costumbre, á su secretario, el cual redactó contestación contundente y habilidosa; llegó el día de la interpelación, y, dándose el charol acostumbrado, soltó en el Congreso su discurso, terminando con el siguiente esperpento:

«Y, en fin, señores diputados, si la real orden que nos ocupa, indudablemente inspirada en las más poderosas razones de equidad y de justicia, pareciera á los señores de enfrente contraria á la ley y á los intereses de los pueblos, el camino está expedito y para todos abierto, pudiendo utilizar contra ella *el recurso contencioso-administrativo ante el Supremo de Justicia*. He dicho.»

Y el gran jurisconsulto se sentó tan orondo como si no acabase de confundir lastimosamente los recursos contencioso-administrativos con los de casación, y el Consejo de Estado con el Tribunal Supremo de Justicia; despropósito que le valdría una calabaza á cualquier alumno de la Facultad de Derecho. El Congreso obsequió con una rechifla general á S. E., mientras su secretario particular se bañaba en agua rosada en la tribuna de los maleantes periodistas, que le pidieron cuenta de aquel *lapsus*, como si él fuese el único responsable de cuanto decía su amo y señor; pero, comprendiendo por la sonrisa de éste lo que pasaba, afilaron sus lápices, para, desde las columnas de sus respectivos periódicos, disparar bala rasa contra tamaña grandeza.

Por efecto de lo cual perdió su plaza el secretario; y demostrado quedó, que no todo lo que reluce es oro, y que un Excmo. Sr. *por dentro*, no es lo mismo que Excelencia *por fuera*; porque como decía el héroe de mi caso, *con frecuencia las apariencias son exteriores*.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Gea de Albarracín, 23 de Agosto de 1891.

(1) Páginas 239 y 240.—Barcelona, 1883.

HERÁLDICA

No teman nuestros lectores un fatigoso trabajo basado sobre los de Avilés, Garma, Argote de Molina, Otálaza, Megía, Vargas, Guardiola y otros muchos autores que sobre la Heráldica escribieron largamente. Sólo queremos dar una idea muy sucinta de una ciencia que en esta edad democrática miran muchos como una curiosidad poco menos que inútil, cuando no perjudicial, por contribuir al desarrollo de la pícara vanidad humana. La Heráldica, es, sin embargo, una de las ciencias auxiliares de la Historia; al literato le es indispensable muchas veces su conocimiento, y no serán cosa tan insignificante los escudos y blasones, cuando vemos á tanto plebeyo acaudalado buscando por todas partes algún blasón postizo que cubra como una hoja de parra, la desnudez de su linaje.

Nuestros antiguos, más dispuestos á distinguirse por acciones memorables que al establecimiento de un sistema social conservador, más efectos á empuñar la espada que á trazar con la pluma la descripción de sus heróicas hazañas, descuidaron cuanto de su parte podían hacer para perpetuarse, y si alguna tradición conservamos en ciertos extremos, ha sido merecida á las artes principalmente á la pintura y escultura, fieles como la historia en geroglíficos y simbólicos monumentos.

Aunque desde los cartagineses estaba en uso este sistema de tradición, los romanos le perfeccionaron en alto grado, y continuándose por los godos se mantuvo y aun conservó en toda su fuerza durante los tiempos del feudalismo. El valor y la galantería aplicaron aquellos signos á sus particulares acciones, y de aquí tomó orígen el arte de *Armerías*, llamado después del *Blason* de la voz alemana *Blasen*, que significa sonar la trompeta, porque de este modo se anunciaba la llegada de los caballeros al torneo, para que reconocidas sus armas por los heraldos hiciesen formal pregón y publicación de ellas.

Admitido para distinguirse las familias y trasmitir esclarecidas hazañas, un medio tan conforme con las ideas caballerescas de la época, tuvieron principio los escudos de armas que aún hoy usamos, en los cuales se trazaban en ordenadas pinturas los geroglíficos convenientes á representar las virtudes dignas de elogio. Un guerrero que por primera vez aparecía en los reales de un ejército, ceñía al brazo su escudo en blanco y aspiraba en sus accionesá que los jueces heraldos correspondiesen en premio de sus bien terminadas empresas con la aplicación de las señales que podían elevarle á las consideraciones de la nobleza, pues como dijo Calderón:

A merced de los reyes,
Que labran de los méritos las leyes,
Los valientes soldados
Para ser en la guerra señalados,
Orlaron con gloriosos intereses
De empresas y divisas sus paveses:
Cuyas jactancias sumas
Emularon después bandas y plumas;
Porque el ser conocidos
Los obligase á ser más atrevidos:
Que el empeño es mayor cuando el empeño
Va en sus señas diciendo, *este es mi dueño*.

El orígen de las que el vulgo llama *armas* y los heraldos *armerías*, es tan oscuro como puede deducirse del empeño con que *Fernan Mejia* pretende remontarse á la creación del mundo, apoyando su dictamen en que San Miguel y los suyos usaron escudos blancos con cruces rojas. *Diodoro de Sicilia* le pone en los egipcios. *Marcos Vulsón* en los romanos, *Homero*, *Virgilio y Plinio* en los griegos durante el sitio de Troya y los doctos padres *Musancio y Claudio Menestrier* le fijan en los torneos celebrados en Alemaniaen 919 durante el imperio de Enrique I, duque de Sajonia llamado el Pajarero.

Esta divergencia de opiniones, contribuye poderosamente al acrecentamiento de las tinieblas en que se oculta la apetecida verdad; pero lo cierto es que diferentes repúblicas, imperios, reinos y estados tuvieron sus armas Los armenios, un león coronado; los asirios, una ballena con un niño montado en ella; los atenienses, una lechuza; los babilonios, una paloma en representación de su reina Semíramis; los persas, un águila; los egipcios, un buey; los hebreos el Tau ó sea la letra T como señal y figura profética de la cruz; los lacedemonios una V: los macedones, la clava de Hércules entre dos astas; los medos, tres coronas; los phorios, una cimitarra; los scitas, un rayo; los africanos, un elefante; los cartagineses, un toro; los romanos, lobos, buitres, minotauros, jabalíes, y por fin, el águila admitida, en tiempo de Mario; y los godos, una osa.

De la división de reinos, donaciones de villas y ciudades, reuniones de varias familias por matrimonios, servicios al estado y glorias particulares de los ciudadanos, resultó la multiplicación de insignias y distintivos estampados sobre sus respectivos escudos, usándolos los nobles en sus sellos, enterramientos, anillos y reposteros y sobre las portadas de las casas solares y palacios donde los contemplamos hoy como un simple adorno, atribuyendo tal vez algún ridículo suceso al emblema de una alcurnia respetable.

Durante los siglos en que el uso de las armerías estuvo en todo su vigor, tuvieron los soberanos un tesoro inagotable de que disponer: ¿qué de empresas no acometía el hombre por llegar á distinguirse y legar á sus descendientes una eterna memoria de sus proezas y una reputación duradera en las generaciones que debían seguirle? Una ejecutoria y la merced de blasonar sus hechos era la más grata recompensa que podía ofrecerse al pundonoroso y desinteresado carácter español.

Establecidas las reglas de armería, y reducidos á leyes sus preceptos, se perfeccionó la grande obra del Blasón, dirigida por los heraldos, y bajo los auspicios de los soberanos; y desde entonces dejaron de ser vagas como hasta aquella época las facultades con que cada cual se investía para blasonar sus hechos. Los heraldos que hoy se nombran cronistas y reyes de armas, eran jueces en la materia, y sus dictámenes y resoluciones tan sagradas como ahora se contemplan á pesar del trascurso de algunos siglos.

Los metales, colores, forros y figuras de animales y otros objetos por sus inclinaciones y usos respectivos, forman la parte más principal de esta ciencia heróica. Llámanse esmaltes al oro y á la plata correspondiendo al primero el color amarillo, y al segundo el blanco. Los colores se dicen *Gules* por el rojo, *Azur* por el azul; *Sable* por el negro; *Púrpura* por el violado y *Sinople* por el verde. Y los forros son, *Armiños* por el blanco y negro y *Veros* por el blanco y azul: diferenciándose estos metales, colores y forros según la dirección de las líneas de su sombra.

Los metales y colores tuvieron diferentes de-

nominaciones entre los reyes, y los títulos llamándose por los primeros, según el orden con que van estampados, *Sol, Luna, Marter, Júpiter, Saturno, Mercurio y Venus* y por los segundos *Topacio, Perla, Rubí, Záfiro, Diamante, Amatista y Esmeralda*.

El *oro* significa justicia, benignidad, clemencia, nobleza, riqueza, caballería, gravedad, amor, larga vida, poder y constancia; y los que le usan en sus armas están obligados en ley de buenos caballeros á hacer bien á los pobres y defender á los príncipes.

La *plata* indica virtud, humildad, inocencia, felicidad, pureza, templanza, verdad, limpieza, integridad y vencimiento sin sangre; siendo obligados los que este metal blasonan á defender las doncellas y amparar los huérfanos.

El *gules* ó rojo la caridad, valentía, nobleza, magnanimidad, valor, atrevimiento, intrepidez, alegría, victoria, ardid, honor, generosidad y vencimiento con sangre; y los que le estampan en su escudo deben socorrer á los oprimidos por injusticia.

El *azur* ó azul, la justicia, alabanza, dulzura, nobleza, perseverancia y lealtad: y los distinguidos con él están obligados á servir con desinterés á sus Reyes.

El *sable* ó negro, prudencia, duelo, sabiduría, ciencia, honestidad, constancia, secreto y muerte, y los que le usan deben socorrer á las viudas, á los huérfanos y á la gente de letras.

La *púrpura* ó violado significa la templanza, devoción, nobleza, soberanía, recompensa de honor, tranquilidad, dignidad y autoridad; y los que le usan deben socorrer á la religión y sus ministros siempre que padezcan siendo virtuosos.

El *sinople* ó verde, esperanza, honra, cortesía, abundancia, amistad, servicio y respecto; á los que de él blasonan deben amparar á los paisanos y labradores, huérfanos y pobres que están oprimidos.

El *arminio* que como forro se pone en armería se usa desde que Bruto (hijo de Silvio) le adoptó por distintivo tomándole por de buen agüero al hallar un día sobre su escudo uno de los animales llamados por aquél nombre. En el blasón significa inclinación á caminar por mar y tierra, y Fernando V. de Aragón instituyó una orden en que los caballeros usaban un collar con un arminio y el epígrafe *Malo mori quam foedari*.

Los Veros, parecidos á unos vasos ó copas de vidrio, traen su orígen de un animal de varios colores semejante á un gato, de quien los latinos digeron *Varius á varus coloribus*, y que por corrupción de la voz degeneró en la de *Veros*. Significan dignidad, y Carlos Martel instituyó una orden de caballería de *Veros*, cuando venció á Abderramen.

Los animales representan distintos hechos, según las particulares inclinaciones de cada cual.

El *león*, vigilancia, autoridad, dominio, magnanimidad, magestad y terror.

El *leopardo*, valor y esfuerzo guerrero. *La pantera*, braveza, fiereza, ligereza y variedad. El *grifo* (fabuloso) fuerza, prontitud y ardiente vigilancia. El *ciervo*, prontitud, ligereza, temor y recelo. El *unicornio*, la castidad, fuerza y velocidad. El *jabalí*, el atrevimiento y valor inconsiderado. El *lobo*, el guerrero y encarnizado devorador de enemigos con vencimiento y despojos. El *oso*, el hombre magnánimo y generoso. La *zorra*, la sagacidad y entendimiento. El *caballo* es símbolo de guerra, prontitud, imperio y mando. El *camello*, el trabajo y la riqueza. El *buey*, el trabajo, abstinencia y fertilidad. El *carnero, oveja* y *cabra*, guerra y atrevimiento; porque los antiguos hacían arrojar en las fronteras por mano de un heraldo un carnero cuando declaraban guerra á otro reino. El *perro*, la vigilancia, fidelidad y celeridad. El *gato*, el *conejo* y la *liebre*, la libertad, temor, fecundidad y soledad. El *elefante*, la dulzura, opulencia, fuerza y magestad. Y *las aves* en general, la libertad, ligereza, prontitud, presteza y temor.

Los objetos inanimados dan también materia para ilustrar el blasón de las familias.

Los *instrumentos de música* son geroglíficos de la concordia, amor y alabanza que debemos á Dios.

Los *castillos*, grandeza y elevación, asilo y salvaguardia. Las *torres*, constancia, magnanimidad y generosidad. El *puente*, la alianza. El *pino*, la perseverancia. El *roble*, la más venerable antigüedad. La *palma*, victoria. Los *árboles* en general, lealtad y fidelidad. Las *llaves*, reposo, seguridad y tranquilidad. Los *martillos*, la guerra. Las *calderas*, descendencia legítima de ricos homes, hoy grandes de España. El *áncora*, esperanza, seguridad y firme confianza. Y el *compás*, la equidad, sabiduría y prudencia.

Las figuras quiméricas tienen también su significado como el *centauro*, que demuestra el silencio. La *harpía*, la avaricia, pleitos y cizañas. Y la reunión de muchos animales, el amor lascivo.

Para reducir á términos técnicos las voces que pueden usarse en el blasón, se formó un diccionario tan extenso, como el curioso podrá ver en la ciencia heróica de Avilés y en la adarga catalana de Garma y Durán. Dijose *afrontado* de lo que se pone de frente: *ajedrezado ó jaquelado*, lo que guarda figura de ajedrez: *bandado*, de lo que tiene bandas; *cordado*, de los instrumentos de cuerdas y arcos de flechas, y un sinnúmero de palabras por este estilo.

Las demás partes de que se compone el arte heráldica, exigen para su comprensión un estudio detenido, siendo necesarios sus conocimientos al político, al literato y á cuantos quieran aclarar las revelaciones que el blasón nos muestra en misteriosos geroglíficos.

La mayor parte de las noticias que anteceden, están tomadas de un curioso artículo que hace cincuenta años (¡ahí es una friolera!) publicó en el primero de nuestros periódicos ilustrados. *El Semanario Pintoresco Español*, D. Antonio de Iza Zamácola, abogando por el establecimiento en Madrid de una cátedra de Heráldica. El ruego no ha sido atendido desde 1840 en que se hizo, hasta el presente, y ya es posible que no se atienda jamás. Pero bueno es saber de todo en este mundo, y creemos que nuestros lectores han de agradecernos que revivamos estas noticias.

X.

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS
DEL AFRICA ECUATORIAL

POR FL. BOUHOU

Traducción del P. J. R., Agustino

(Continuación)

Sí—respondió la vírgen negra, colocándose entre su hermano amenazador y el triste Daonda;—pero es ya cristiano, y nada desea tanto como instruirse en la religión de los Padres Blancos, y probarnos su arrepentimiento y su arrojo decidido en serviros.

—¿Pero te has olvidado ya de nuestro padre, de nuestros hermanos, y de los males que nos ha causado?...

—¡Sí! Todo lo he perdonado: todo lo he olvidado, porque ha sufrido mucho por mí, y á él se debe verme entre vosotros.

Daonda besó cariñosamente la mano que Caniata le tendió en prueba de amistad; se postró á los piés de Joubert, pidiéndole perdón bañado en ardientes lágrimas, que conmovieron al antiesclavista de tal manera, que le abrazó con toda la efusión de su alma.

—¡Ah!—exclamó el valiente negro en un trasporte de reconocimiento;—vuestra es toda mi sangre: creed en la sinceridad de Daonda; luchará hasta morir por la independencia de su raza.

Ngemoena historió los sufrimientos que atormentaron su corazón: el capitán blanco conferenció con Mtesé, dichoso de poder establecerse con su tribu cerca del fortín, bajo la protección de los antiesclavistas.

Pronto acudieron también los misioneros, produciendo nuevos transportes de alegría y amor; ¡por fin se veían todos juntos!

Los Padres Blancos reunieron todo el pueblo frente á la capilla, con los hombres de Joubert y la tribu de Mtesé, maravillada de tan simpática, respetuosa y cristiana acogida.

En ardiente plegaria dió el P. Dromano gracias á Dios, cuya providencia había velado por las almas que les eran tan caras, y por las que abandonaron su querida Francia, padres y amigos, renunciando á todos los placeres lícitos de la vida.

Ngemoena, acompañada de sus hermanas, se adelantó después al pié del altar de la Vírgen Inmaculada, y cantó con voz entrecortada de sollozos:

¡Madre del alma
Mírame aquí;
Que mi plegaria
Llegue hasta tí!
Tu dulce amparo
Yo siento en mí;
Haz que yo espire
Viéndote á tí.

El corazón de las tres vírgenes negras no podía soportar tanto amor y reconocimiento, y en un arranque supremo de esperanza, exclamaron á una voz:

—¡¡¡Oh, Madre Blanca del cielo: vos salvareis la infortunada raza negra sacrificada á la esclavitud!!!

Queremos, antes de concluir, enterar á nuestros lectores del paradero de los personajes puestos en escena en este humilde relato.

El capitán Joubert se casó con Ngemoena el 13 de Febrero de 1888, no sin haber pensado bien todas las cosas antes de realizar esta alianza con la raza negra, á cuyo bienestar ha sacrificado su vida entera.

Joubert escribía á su hermano en Septiembre del mismo año: «tienes una cuñada de la raza negra: *Nigra sed formosa*».

¡Gloria á tí, antiguo zuavo pontificio! ¡Gloria á tí, francés valiente, animados por los alientos caballerescos de los antiguos cruzados!

¡El huérfano adoptado por Ngemoena está en el Seminario de la misión para evangelizar un día á sus hermanos negros.

Katendé adoptó por esposa á Nyandea. Morrasilla, fiel á su propósito, se ha consagrado á Dios en la Comunidad de Religiosos de Bagamoyo.

En fin, Caniata y Daonda, que cumple fiel y generosamente su prometido, son los dos correos de confianza de la misión, puesto peligroso y difícil de cumplir desde que los esclavistas han jurado exterminar todos los correos, para impedir las comunicaciones de los misioneros con la costa.

El P. Dromauz continúa con sus compañeros de trabajos y sacrificios en sublime apostolado, que sólo Dios puede recompensar dignamente; pues todos los honores y riquezas de la tierra no pueden compararse á una sola lágrima, á un solo suspiro, á un solo latido del corazón del misionero de Jesucristo.

¡¡¡Guerra, pues, á la esclavitud!!!

El gran Pontífice León XIII ha confiado al Cardenal Lavigerie la más hermosa misión que puede recibir un príncipe de la Iglesia Romana. Cumpliendo siempre su palabra y obedeciendo á las nobles aspiraciones de su corazón, el Cardenal francés, cual nuevo Las Casas, ha surcado los mares para defender la causa de los esclavos ante emperadores y reyes. Como Pedro el Ermitaño y San Bernardo predicaron la Cruzada en los Santos Lugares, ha predicado él la abolición de la esclavitud.

No puede haber divergencia de pareceres en este terreno; y así las naciones católicas, heréticas, cismáticas y hasta las infieles, excepto las que se entregan al abominable y satánico comercio de esclavos, todas las naciones gritan al Cardenal Lavigerie: «¡Valor, magnánimo libertador de esclavos! ¡Todos estamos contigo: vengáis nuestra dignidad por vuestros trabajos en destruir esta tiranía, la más infame de las tiranías, vergüenza de la humanidad; los que pretendeis libertar son nuestros hermanos!»

Jesucristo murió por ellos como por nosotros: á unos y otros se dirigen aquellas palabras. Hermanos: *todos sois llamados á la libertad, ya no hay ni judío ni gentil, ni scita, ni bárbaro, todos pertenecéis á Jesucristo.*

¡Guerra á la esclavitud!

Hombres generosos han respondido ya á este supremo llamamiento; la caridad suministrará los medios para una empresa que el cielo ha de bendecir.

Y vosotras para quienes hemos escrito estas humildes páginas; vosotras, sobre todo, jóvenes puras, compasivas y modestas; esperanza y porvenir de la Francia, todos, en fin, los que os sintáis conmovidos de la suerte lamentable de los pobres negros, ¡oradl sed liberales y generosos en contribuir al rescate de esclavos y á la emancipación del Africa Ecuatorial.

¡¡¡Dios lo quiera!!!

FR. JULIÁN RODRIGO,
Agustino.

LO PRINCIPAL

¿Que me fije si es oblongo,
ó cuadrado ese jabón?
Basta si es de la región
de los **Príncipes del Congo.**

Jabonería VICTOR VAISSIER.—París.
De venta en las principales perfumerías.
Depositario: Melitón Boldú, 87, Valverde, Madrid.

MADRID

Establecimiento tipográfico de FELIPE PINTO, Bola, 8
1891

SABIDO ES YA DE TODO EL MUNDO QUE... LAS AGUAS DE CARABAÑA

Son purgantes, depurativas, antibilicosas, antiherpéticas, antiescrofulosas, etc. etc.

Que no irritan nunca, y que ninguna de las de su clase produce sus efectos

ni da sus resultados.

PROPIETARIO
D. Ruperto J. Chavarri.

Pídanse como únicas en todas las farmacias y droguerías.
No confundirlas.

DEPÓSITO GENERAL
87,—Atocha,—87, Madrid.



ADOPTADOS DE REAL ORDEN POR EL MINISTERIO DE MARINA

PREVIO INFORME DE LA JUNTA SUPERIOR FACULTATIVA DE SANIDAD

RECOMENDADOS POR LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE GRANADA

CURAN INMEDIATAMENTE como ningun otro remedio empleado hasta el dia toda clase de

INDISPOSICIONES DEL TUBO DIGESTIVO,

VOMITOS Y DIARREAS, DE LOS TÍSICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS,

COLERA, TIFUS, DISENTERIA,

VÓMITOS DE LAS EMBARAZADAS Y DE LOS NIÑOS,

CATARROS Y ULCERAS DEL ESTOMAGO,

PIROXIS CON ERUPTOS FÉTIDOS, REUMATISMO Y AFECCIONES HÚMEDAS DE LA PIEL.

Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados, que son la admiración de los enfermos; ninguno tan verdad como nuestros INALTERABLES Y MARAVILLOSOS

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones porque no darán el mismo resultado
Exigir la rubrica y marca de garantía.

De venta en todas las farmacias y droguerías de España y Ultramar.-Vivas Perez, Almeria

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cereria; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1859. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40 SALVADÓ Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

Establecimiento de la Casa real de Baviera para Vidrieras de Colores

F. X. Zettler, Munich, Baviera



Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo.

Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Búrgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Orden.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.

Se ruega fijar la atención en el nombre y dirección de la casa, pues no existe otro Establecimiento de la Casa real para Vidrieras de Colores que el arriba mencionado

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

POLICARPO RUIZ

15—Tacometreros—15

En esta antigua y acreditada casa encontrará el público un gran surtido en camisería, lanería, lencería, géneros de punto, pañolería, merinos, ropa blanca, corsés, estameñas para hábitos é infinidad de artículos.

Grandioso surtido en percales á **REAL, REAL Y MEDIO** y **DOS REALES.** Vuelas fantasía, todo lana, á peseta; batistas y céfiros, á 0'60. Lanas novedad, doble ancho, á 0,75. Piezas tela blanca, 24 varas, á 6 pesetas.

Grandes surtidos.—Precios económicos

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVI.—TOMO XIV NÚMERO 17.—Madrid 15 de Septiembre de 1891 NÚMERO SUELTO, UNA PESET.



SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. V.—*El Doctor de Hispana*, por Antonio Balbín de Unquera.—*La infancia de Van-Dyck*, por Esperanza Ortea.—*Desde Filipinas*, (perspectivas de viaje) por Francisco Aguilar.—*Una hechicera famosa*, por X.—*El reino de Palmira*, por Gustavo Ferrar.—*Santa Teresa de Jesús y D. Francisco de Quevedo*, por Angel Lasso de la Vega.—*Album de poesías*.—*Las maravillas del amor*, (novela) por Angel Salcedo Ruiz.

GRABADOS

Don Eduardo Rosales.—*Catedral de Palermo*.—*Teatro de San Carlos en Nápoles*.—*La vida en el campo*.—*El bosque*.—*El Gaitero*.

LA QUINCENA

Antes que de ningún otro asunto, debemos hoy tratar de las sábias instrucciones que acerca de la lectura de periódicos ha publicado el venerable señor Obispo de Málaga.

Es un documento verdaderamente notable; una advertencia de Pastor á sus ovejas, que ningún católico debe desoir.

El periódico es el elemento moral más poderoso que ha creado nuestro siglo. Es inconcebible hasta dónde llega su influencia. Dispone de las multitudes á su antojo. Levanta tempestades y las apacigua. Crea reputaciones y las derrumba. Interviene con mayor eficacia que los Parlamentos en la gobernación de los pueblos. Discurre por los que no saben discurrir. Edifica y destruye.

«El periodismo moderno, dice el venerable Prelado, causa en el mundo más daños que bienes. No negamos que, denunciando abusos, ha contribuído á veces eficazmente á su remedio; que, fiscalizando á los funcionarios públicos, les ha obligado á sacudir la pereza y andar diligentes; que, abogando por el inocente y el oprimido, ha sido parte para que se mejore su condición; que, poniendo de relieve el verdadero mérito, le ha procurado imitadores; y que, defendiendo, en ocasiones, la sana doctrina, así en el orden religioso, como en el social ó político, y hasta en el económico, ha desvanecido utópicos ensueños, ha ilustrado las inteligencias y ha despertado generosos sentimientos en las almas.

Pero, á vuelta de estos beneficios, ¡cuántos males nos vienen por la prensa cada día!»

Y después de trazar el animado y tristísimo cuadro de los excesos de la prensa, añade:

«Triste es el cuadro que hemos presentado; pero nos parece verdadero. Y no se infiera de aquí que tengamos odio á la prensa periódica, no; conocemos sus peligros, detestamos sus excesos, pero así y todo no intentaríamos jamás acabar con ella, sino purificarla, y sobre todo librar á las almas de los daños que las puede acarrear cuando se extravía.

No; nosotros no nos apartamos, ni, Dios mediante, nos apartaremos jamás, del modo de pensar y sentir del Papa; y si Pío IX muchas veces alentó y animó á los periodistas; si León XIII, en documentos solemnes, ha encarecido la misión augusta de la prensa, nosotros no podemos dejar de reconocer que, bien encaminada y dirigida, es susceptible de convertirse, como hemos indicado poco há, en poderosa palanca que ayude á la sociedad humana á levantarse de su postración.»

Tal es la empresa en que los periodistas católicos estamos empeñados, y que por la cortedad de nuestras fuerzas no podemos cumplir del modo satisfactorio que deseamos.

* * *

Unimos nuestra protesta á la que todos nuestros compañeros de la prensa católica han formulado contra los salvajes atropellos cometidos por los sectarios contra el católico pueblo de la Coruña.

Tales desmanes merecen una represión enérgica por parte del Gobierno y un grito de reprobación por parte de todas las personas honradas.

¡En una nación católica, en una ciudad católica, permitir que unos cuantos foragidos griten: ¡mueran los católicos! y que apedreen á un Arzobispo, y que perturben tumultuariamente la gravedad solemne de una función religiosa! Tales excesos no pueden tolerarse, y nosotros creemos que el Gobierno de S. M. no los ha de tolerar.

Del Ayuntamiento de la Coruña se han hecho dueños los librepensadores y republicanos. Un Gobierno católico y monárquico no puede consentir que continúe tal estado de cosas.

¿A dónde iríamos á parar por ese camino?

* * *

Se ha hecho público últimamente un acto de caridad evangélica llevado á cabo por el Cura párroco de Membrillera, uno de esos actos que sólo sabe inspirar nuestra Religión, y de los que está llena la historia del sacerdocio católico en general, y la de los Curas párrocos muy especialmente.

A este propósito, y firmado por *Un extremeño*, publicó días pasados *El Movimiento Católico* un precioso articulito, cuyos principales párrafos queremos dejar consignados en nuestras columnas. Hélos aquí:

«Los Curas que habitan en las grandes poblaciones no están, como en las pequeñas, tan en contacto con los vecinos; y como viven retirados de la sociedad, no se conocen sus actos de virtud; pero en cambio, si alguna vez hay algún Presbítero que tiene la desgracia de cometer algún desliz impropio de su carácter y de su sagrado ministerio, entonces pronto corre la noticia del hecho, y se aumenta y explota por los enemigos del Clero.

Pero en los pueblos pequeños no puede sustraerse el Cura á las miradas investigadoras y curiosas de todos los vecinos; cuando un Párroco no es objeto de las murmuraciones y de las maledicencias de los corrillos, de las cocinas y de las reuniones del egido, puede asegurarse que ese Cura es un dechado de virtud, y que no ha dado ni el más pequeño pretexto para que se ceben en él la calumnia y la mentira.

Yo he conocido á muchos Sacerdotes dignísimos; pero entre ellos recuerdo uno, verdadero tipo de Cura de aldea, modelo de virtud y de padre de almas.

Hace ya muchos años; pero aún deben existir algunos que tuvieron la dicha de ser feligreses suyos, y amigos y parientes que pueden desmentirme si exagero sus envidiables condiciones.

Era yo muy joven, y para restablecer mi salud de unas pertinaces intermitentes que había sufrido, me enviaron mis padres á un pueblo distante de Badajoz unas seis leguas, llamado Almendral.

De una de sus parroquias era Cura propio un señor anciano; bajo de estatura, pero cuyo rostro y habitual sonrisa eran espejo de su alma candorosa y bonísima.

Andaban entonces muy mal las pagas del Clero, y además era muy corta la retribución de aquel curato, y el pobre Sacerdote, que todo era bondad y que tenía recogidas en su casa á una hermana viuda con dos niñas y dos varones, todos pequeños, y á otra hermana soltera, de edad madura también, pasaba grandes apuros para el sostenimiento de tan pesada carga.

En la larga temporada que residí en el pueblo, tuve ocasión de tratar y conocer muchas personas de elevada posición unas y humilde otras. Jamás oí á ninguna de ellas murmurar lo más mínimo de aquel virtuoso Sacerdote. Nadie le había visto enfadarse, ni siquiera contestar en mal tono, por mucho que le ofendieran. Siempre estaba sin dinero; y cuando había en el pueblo alguna familia en apurada situación, no la socorría con metálico, porque ya he dicho que sus bolsillos no conocían la moneda; pero á lo mejor le sorprendían sus hermanas cargado con garbanzos y panes de los que se amasaban en su casa, que iba á llevárselos al «pobrecito tal ó cual, que estaba en la miseria.»

¿Había algún matrimonio en desavenencia? Pues no pasaban muchos días sin que el cura Casas—que así le llamaban—volviera la paz á aquellos consortes ¿Tenía algún padre la desgracia de que un hijo le desobedeciera y echara por malos caminos? Ya estaba el cura Casas buscándole, y no paraba hasta que lo dominaba y convertía con sus constantes consejos y reprensiones.

En cuanto al cobro de sus honorarios, no hay que hablar; bautizaba y casaba á todos los pobres, y nunca les pedía el pago de sus derechos. Si sus parientes hubieran cobrado todo lo que le debían, serían ricos.

Un día, en el rigor del invierno, y ya entrada la noche, le vieron algunos vecinos regresar al pueblo montado en una borriquilla, en la que había salido á dar un paseo, sin más abrigo que una chaqueta de endeble y raida cúbica.

—Padre Casas—le dijeron:—¿Cómo viene usted así con el frío que hace? ¿No ve usted que va á coger una pulmonía?

—¡Quiá! Si vengo sudando—contestó.—Es que me he encontrado al pobre *tío Fulano*, que viene con frío de calentura, y le he arropado con mi capote.

El Cura Casas murió como había vivido, como un Santo; y el día que dejó de existir había en su casa comestibles, porque los vecinos del pueblo lo querían como á un padre, entraban en su casa y veían comer á la familia, y cuando los ricos de la población notaban que no había mucha abundancia en la comida, al día siguiente le mandaban garbanzos, ó trigo, ó lo que le hacía falta; pero no dejó ni una finca, ni un real, ni siquiera más ropa que el vestido que llevaba á diario.

Pues bien; como el Cura Casas hay muchos en los pueblos y en las aldeas; pero la virtud es modesta y recatada, y por eso no se conoce. Mueren bendecidos y llorados por sus feligreses, pero fuera de aquel pueblo ya nadie sabe que ha dejado la tierra un Santo para subir al cielo.»

* * *

«Cada mochuelo á su olivo:» tal es el lema de actualidad. Madrid se repuebla rápidamente. Ya la clase media volvió en masa á sus hogares. Los ricos todavía andan por esos mundos de Dios. Es de buen tono demorar la vuelta todo lo posible. Después de la temporada de playas ó de montañas, la temporada de París y Bruselas. Pero de un modo ó de otro, el verano concluyó, y pronto empezarán en Madrid la política con sus interminables, monstruosas y estériles luchas, y el placer con sus fiestas mundanas y sus representaciones teatrales. Entre los aficionados á la música se comentan las noticias referentes á la temporada próxima en el Real. Cantarán la Pasqua y la Pacini. Se espera que cante también Tamagno. En el Teatro Español asistiremos á otra tentativa, quizás desgraciadamente infructuosa como las que la precedieron, de restaurar las buenas tradiciones dramáticas. Entre tanto seguirá el diluvio de las piececitas con un poco de música y sin pizca de sentido común.

El marqués de Valdeflores.

GRABADOS

Don Eduardo Rosales. (Pág. 265).

En 1888, cuando dirigía nuestra publicación D. Fernando Martínez Pedrosa, ilustre deudo del insigne Rosales, se dedicó todo un número de La Ilustración Católica á celebrar la memoria del gran pintor por quien revivieron sobre las sienes de la madre España los laureles de Murillo, Velázquez y Rivera. Hoy, en lugar preferente, honramos nuestras páginas con un nuevo retrato de Rosales de mayor tamaño que el que vió la luz en la ocasión referida. De éste, y de muchos más honores, es digno ciertamente el artista incomparable que con Fortuny comparte el principado de la pintura contemporánea. Y sin agraviar á Fortuny, todavía la crítica debe colocar más alto á Rosales, que tanto por la sublimidad de los asuntos que tocó con su pincel como por la manera franca y genial de su arte, es un verdadero clásico, un modelo de esos que no cabe copiar sin exponerse á fracaso; un soberano, un genio como se dice ahora. A las cumbres que subió Rosales, solo las águilas vuelan. El *Testamento de Isabel la Católica*, *La muerte de Lucrecia* y los *Evangelistas* son obras gigantescas, prodigios de arte que nuestra época lega á la posteridad, y que la posteridad ha de recibir indudablemente con gratitud y asombro.

En el número de La Ilustración Católica de 15 de Septiembre de 1888, encuéntranse en abundancia datos preciosos sobre la vida, y elevados juicios acerca de las obras de Rosales. Nadie conoce seguramente mejor los secretos de aquella que su ilustre deudo y amigo del alma, Sr. Martínez Pedrosa. Pocos así mismo que con mayor acierto y amplitud de miras puedan juzgar sus obras. Rosales fué no sólo un artista incomparable, sino que tam-

bién un hombre angelical, creyente, virtuosísimo, hijo, esposo, padre, amigo y ciudadano en todo y por todo ejemplar. Su *Diario*, preciosa reliquia que posee el Sr. Martínez Pedrosa, es testimonio elocuente y bellísimo de la sublimidad de sus sentimientos, de su honradez y de la grandeza de su talento. Rosales-escritor no desmerece al lado de Rosales-pintor. Su estilo, sin afeites retóricos, de una sinceridad marillosa, es como cristal muy limpio, á través del cual se ven con precisión todas las perfecciones del alma que lo creó. ¡Lástima que aún no se haya publicado íntegro este *Diario*! De los fragmentos que conocemos entresacamos los siguientes pensamientos:

«Si el Señor me otorgara lo que yo le pidiese, no le pediría más, sino que no disminuya mi entusiasmo. El entusiasmo es la vida; con él se soporta todo; hasta el amargo pan de la desgracia, comido con entusiasmo, debe parecer manjar de ángeles.»

«La vista de la sangre que acababa de arrojar (1), me acongojó en términos que empecé á llorar, aunque sin verter una lágrima, pero lloraba; entonces ví mi muerte segura, y lo primero que pensé fué en ponerme bien con Dios. Entonces recé por el descanso de mi buena madre, lleno de fé en la eficacia de mi oración.»

«Las artes no entienden de opiniones, ni son patrimonio de los partidos; pues eso, más que favorecerlas, las perjudicaría.»

«Delante de la obra de León Coguiot, *La Hija de Tintoretto*, hice voto formal de pintar un cuadro.»

Catedral de Palermo. (Pág. 268).

La capital de Sicilia, la antigua Pamormus, fundada por los fenicios, rodeada de murallas, es de forma circular y ocupa el fondo de un golfo. No parece la ciudad á la primera mirada tan extensa como es en realidad. Dos calles que se cortan trasversalmente la dividen en cuatro partes iguales. La mejor se llama calle del Cassaso de la palabra árabe *cassar*, que significa Palacio, y la otra Macqueda ó Strada Nueva. En el punto en que ambas se cruzan se ha formado una plazoleta octógona, y á poca distancia otra mayor llamada plaza Pretoriana, en cuyo centro se abre una fuente suntuosa: fórmanla muchas conchas colocadas, unas sobre otras, y separadas por galerías, estando intercaladas estatuas y figuras de animales que arrojan chorros de agua. La plaza de Bologni está adornada con la estátua en bronce del emperador Carlos V rey de Sicilia.

Lo más notable que en el antiguo palacio real existe, es la capilla edificada por el rey Rogerio en 1129; digna de verse por la profusión de sus arabescos, sus groseros mosaicos y su arquitectura de estilo gótico con mezcla de griego. En la parte superior hállase el Observatorio construído en 1791, y desde él en 1801 el célebre presbítero Piazzi descubrió el planeta á que dió el nombre de Céres. En el Hospital existe un fresco representando el Triunfo de la muerte que se atribuye al siglo IV, si bien es opinión más probable ser debido á Antonio Crescenzio, pintor del siglo XV. El museo de antigüedades y el gabinete de medallas poseen objetos de inestimable valor.

En los arrabales hállanse dos edificios de arquitectura árabe; es el uno el palacio Ziza y el otro el palacio Cuba, construídos los dos por un emir, quien les dió el nombre de sus hijas. Además de los edificios citados, encierra la ciudad 27 iglesias principales, 3 conventos de ambos sexos, 4 grandes hospitales, 1 hospicio de expósitos, 8 establecimientos de educación, 1 seminario, 3 bibliotecas públicas, 2 teatros y 2 montes de piedad. La Catedral, cuya vista exterior ofrecemos á nuestros lectores, es el mejor monumento de Sicilia: su fundación data de 166 y es comparable con los más bellos edificios de la arquitectura oriental; su parte interior, empero, no corresponde á pesar de su riqueza á la hermosura exterior, y en ella como en todas las iglesias italianas, vense prodigados el marmol, el granito, el pórfido, el jaspe, el alabastro y el lapislázuli.

Es verdaderamente un grandioso templo en que se combinan la arquitectura gótica y la árabe como en el maravilloso suelo de Sicilia los productos de África y de Europa. A pesar de la revolución, el pueblo siciliano es católico y piadoso por excelencia, y en la catedral de Palermo se tributa á Dios un culto solemnísimo.

(1) En una grave enfermedad que sufrió en Roma, en 1838.

Teatro de San Carlos en Nápoles. (Pág 269).

Carlos III, rey de España, era, como todos saben, tan amigo de las construcciones arquitectónicas, que uno de sus ministros dijo de él que *padecía de mal de piedra*. De esta su afición son efectos la mayor parte de los edificios y monumentos que adornan á la capital de España, como son el Ministerio de Hacienda, el de Gobernación, la Platería de Martínez, el Museo de Pinturas, la Puerta de Alcalá, el Museo de Historia Natural, el Jardín Botánico y otros varios. Antes de reinar en España, fué Carlos III rey de Nápoles, merced á la gloriosa victoria de Bitonto, conseguida por las armas españolas, mandadas por el Duque de Montemar, contra los austriacos. En Nápoles también dejó muestras el hijo de Felipe V de su regia magnificencia en punto á construcciones. Una de sus obras fué el famoso teatro de San Carlos. Por cierto que en la noche de la inauguración, como dijese el rey, al entrar en su palco, que sería conveniente, y hasta cierto punto facil, establecer un camino cubierto desde el Palacio hasta el teatro, el arquitecto improvisó en las pocas horas que duró la representación una galería formada con las mismas decoraciones del teatro, para lo cual hubo que derribar varios tabiques y allanar con maderos algunas depresiones del terreno. Concluida la función, presentóse el arquitecto á Carlos III y le dijo que podía volver á su cámara sin salir á la calle por el camino que había indicado. Sorprendido el rey, y no menos sus cortesanos, creían que el arquitecto se había vuelto loco, y subió de punto su admiración cuando contemplaron la galería lujosamente decorada con alfombras, tapices, espejos y grandes arañas de cristal, pendientes de la bóveda. Se dice que para realizar este prodigio de prontitud y de cortesanía, echó mano el arquitecto hasta de los soldados de la guarnición de Nápoles. Posteriormente, desaparecieron los adornos improvisados que habían lucido en la noche memorable para ser reemplazados por una sólida galería, que aun en el día de hoy sirve de comunicación al Palacio Real, ahora ocupado por un administrador de la Casa de Saboya, con el teatro de San Carlos.

No es este un prodigio de arquitectura. Su mole resulta pesada, y su ornamentación, varias veces reformada, no es tampoco del mejor gusto. Otros teatros le han arrebatado el favor, antes exclusivo, del público; y hoy para los napolitanos, el antiguo teatro de San Carlos es más bien un recuerdo de la dominación borbónica, que una realidad del tiempo presente. Aún, sin embargo, actuan de vez en cuando en el teatro de San Carlos buenas compañías; y cuando se ilumina por completo la vasta sala, (lo que no sucede en todas las funciones) el aspecto es realmente deslumbrador.

La vida en el campo. (Págs. 272 y 273.)

Este dibujo representa el interior de una lujosa granja, quizás demasiado lujosa para ser verdaderamente rústica. Pero esos detalles de ornamentación quizás respondan al antiguo oficio de la granja, que bien pudo ser palacio en otros tiempos ó monasterio suntuoso de los que la revolución ha herido mortalmente en su vertiginosa carrera de salvaje.

Hoy, que es granja lo demuestran claramente el aparejo, porte y ocupación de las mujeres que junto á los bellos arcos, ocúpanse afanosamente en sus domésticos quehaceres, respirando al mismo tiempo las saludables y purísimas auras campesinas.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido,
Los pocos sábios que en el mundo han sido!

Esa musa de Fr. Luis, impregnada de la dulce armonía de Horacio, comprendió en toda su belleza la vida del campo que tanta y tan intensa paz comunica al espíritu humano.

El bosque. (Pág. 276.) **El Gaitero.** (Pá. 277.)

Hé aquí dos paisajes muy lindos y que seguramente verán con agrado nuestros lectores. Representa el primero el interior de una umbría selva, en donde por únicas figuras campean unos ciervos; y el segundo es el retrato del gaitero, el músico de los valles de Galicia y Escocia, de Irlanda y de Suiza, resto viviente de la civilización céltica, desvanecida hace tantos siglos.

ANTONIO DE OLMEDO.

Boletín religioso

Almanaque religioso (segunda quincena de Septiembre).

16. Miér. San Rogelio, San Cornelio, Papa, y San Cipriano, obispo, mártires.—*Ayuno.—Témpora.—Indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero.
17. Juev. La Impresión de las llagas de San Francisco de Asís, y San Pedro Arbués, martir.
18. Vier. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia - *Ayuno.—Témpora.—Indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero.
19. Sáb. El Beato Alonso de Orozco, San Jenaro y compañeros mártires —*Ayuno.—Témpora.—Ordenes.—Indulgencia plenaria* como en 1.º de Enero.
20. Domingo XVIII después de Pentescostés. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, y San Eustaquio y compañeros mártires.
21. Lun. San Mateo, Apostol y Evangelista.
22. Mart. San Mauricio y compañeros mártires.
23. Miér. San Lino, Papa y martir, y Santa Tecla, virgen y martir.
24. Juev. Ntra. Sra. de las Mercedes.
25. Vier. San Lope, obispo y confesor.
26. Sáb. San Cipriano, martir y Santa Justina, virgen y martir.
27. Dom. XIX después de Pentecostés. San Cosme y San Damián, mártires.
28. Lun. San Wenceslao, Santa Eustaquia y el Beato Simón de Rojas.
29. Mart. La Dedicación de San Miguel Arcangel.
30. Miér. San Jerónimo, doctor y fundador y Santa Sofía.

CUARENTA HORAS

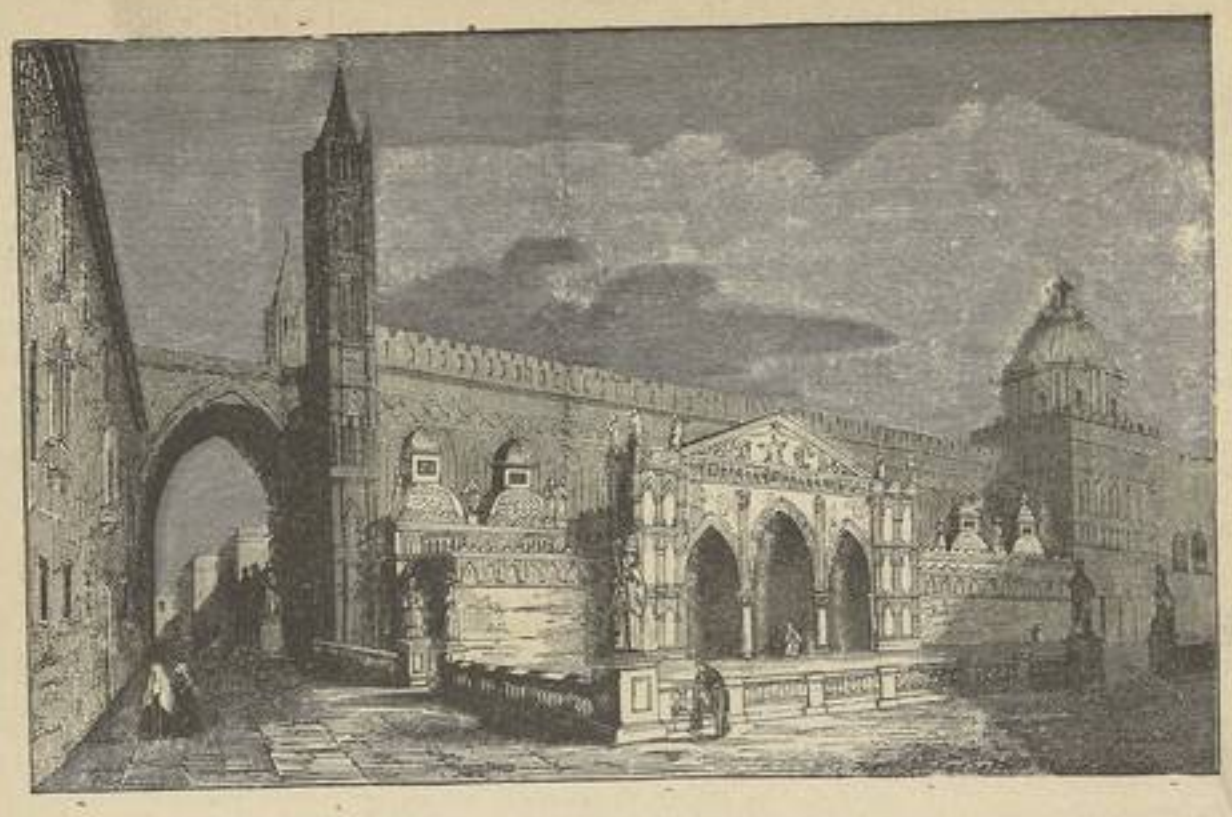
1, 2. Parroquia de Santa María.
3, 4. Parroquia de San Sebastián.
5, 6. Iglesia de Jesús Nazareno.
7, 8. Parroquia de Santa María.
9, 10, 11. Iglesia del Buen Suceso.
12, 13. Escuelas Pías de San Fernando.
14, 15. Religiosas de Nuestra Señora de la Piedad (vulgo Vallecas.)

J. F.

El Doctor de Hipona

Hay figuras que son en la historia lo que las pirámides de Egipto entre los monumentos. Una vez sentada la base de su reputación, ni las arenas del desierto las desfiguran, ni los huracanes las conmueven, ni las hiere el rayo, ni la incesante marea de los siglos las cubre con su continuo movimiento. Así es la figura del doctor insigne de Hipona. Sumergióse el Africa en la doble obscuridad de la ignorancia y de la esclavitud; la cimitarra destruyó los tronos, los santones y *mahdies* arrastraron tras sí los pueblos, y el nombre de San Agustín, su sólo nombre, que era un tesoro, lo mismo que sus obras, fueron recogidas por el mundo Occidental como el más rico despojo de aquel naufragio de un continente. Y hoy sirve ese nombre como prenda del restablecimiento del Catolicismo en Africa, formando éste y el del Cardenal Lavigerie el primero y el último eslabón de la cadena de oro que une las edades antigua y contemporánea.

Si San Agustín no se hubiese perpetuado en



CATEDRAL DE PALERMO

la historia, se hubiera inmortalizado en la leyenda. Su vida interesante y novelesca en el hogar y en la cátedra, en las discusiones con los sofistas, en su conversión, en la que parecía empeñada la Providencia; aquellas *confesiones* y *retractaciones* nunca bien imitadas por nadie y parodiadas por tantos; aquella influencia sobre sus discípulos, de la cual un sólo rasgo bastó para crear la cristiana Filosofía de la Historia, son ya bastantes títulos para imponerse á la posteridad y ocupar uno de los puestos de honor entre los grandes personajes, sobre todo cuando el hogar, la cátedra, la polémica filosófica y religiosa, y hasta el concepto general de las cosas que fueron, iban á pasar por la gran crisis que produciría la caída del romano imperio. Si Aecio representa la majestad de Roma en los campos de batalla, no menos la representa San Agustín en la togada milicia.

Cuando un artista contemporáneo nos presentaba en animado cuadro las invasiones de los bárbaros, confundíanse á un mismo tiempo las miradas y la mente de los espectadores entre caballos que parecían formados de las sombras de la noche; escombros, no de casas ni de ciudades, sino de imperios: naciones cautivas, no ya divisiones ni ejércitos; reyes hospedados en cabañas y pastores en alcázares; por do quiera ruinas y en todas partes desolaciones é incendios.

Los dioses caen, y los hombres, azote de la Providencia, se elevan á la categoría de las divinidades de la fábula; son hombres que desencadenan mónstruos, no Hércules que los abaten; uno de aquellos héroes se detiene en el camino de Roma y de Constantinopla, esperando que celestial ó diabólica inspiración le señalase el imperio que había de destruir. Esa fué la época de nuestro incomparable Doctor; la más triste que los anales humanos presentan. En el hogar también combatían la dos creencias y también el Santo se halla en medio del singular combate; Dios quiso que el cuadro de los sucesos estuviese á la altura del personaje, y uno y otro correspondieran á su providencial destino.

El corazón predomina en San Agustín, con ser tan elevada su inteligencia. No era de los sábios que sólo deben á ésta su carácter; la belleza y el amor siempre le tuvieron cautivo. Por eso también se enamoró de Platón, y sintió que Dios, soberana belleza, se le hubiese revelado tarde. Los que no comprenden la teología y filosofía de San Agustín, le han tachado de austero y de intransigente; lo fué únicamente con el error, convencido de que la inflexibilidad es uno de los caractéres de lo cierto y de esa misma belleza. Incapaces son los que tal dicen de comprender al gran filósofo del corazón, á quien se reveló la verdad entre las lágrimas de una madre y los consejos de un amigo. Por eso la predicación cristiana, que necesita unción tanto como ciencia, se confió á San Agustín, aún Presbítero, cuando antes era privilegio de los Obispos; y en verdad que sólo hubo motivos de aplaudir la innovación; por eso unió más que otro alguno, siendo Prelado, los caractéres de Pastor y de árbitro entre romanos y extranjeros; por eso, sensible á los encantos de la vida común, se complació en extender al cenobio y al Seminario aquella caridad y aquel celo por el bien de las almas que le abrasaban Si alguien supiese sacar partido del contraste que ofrecen los últimos instantes de Catón en Utica y los de San Agustín en Hipona, cuando una y otra ciudad iban á caer en poder de sus enemigos, escribiría una bellísima página de poesía y de historia.

Parecida es nuestra época á la de San Agustín, si no en la caída de los imperios, en la vacilación de las creencias, en el desconcierto de las voluntades en el hogar, en el eterno disputar de los sabios, y en ninguna parte se descubre quien como él se imponga á esta sociedad en decadencia. Nadie se sujeta á la ley del amor en esta edad de fuerza. Hoy no se aman sino falsos ideales; hoy no se aprovechan todos los medios que la Naturaleza y la Providencia ponen al alcance de la maternidad y de la amistad para domeñar los corazones rebeldes. Las mujeres se sacrifican y consumen dentro del hogar, y pocas veces transforman á sus hijos; muchos amigos hay que pervierten, y pocos que salvan y regeneran; muchos escritores que yerran, y pocos que se retractan; casi todos falsean la inteligencia de las leyes históricas, lejos de esforzarse en inquirir las verdaderas; es que la inteligencia se ha sobrepuesto al corazón, el sofista al filósofo, el interés material al moral, y la *ciudad del mundo á la de Dios*, como San Agustín mismo decía.

Si hoy nos empeñásemos en regenerar la sociedad, las mujeres con el sacrificio y los hombres con la enérgica voluntad, autora de las grandes empresas; si hiciésemos del libro una tabla de salvación, y de nuestros corazones otros tantos altares en que se quemase incienso á la virtud, y no sustrajésemos nuestra vista á la verdadera belleza, cerrando, en cambio, siempre los ojos, como Alipio, el gran amigo de San Agustín, á los mundanos espectáculos, ¿quién niega que nuestra sociedad se salvaría?

San Agustín, como polemista, combatió con muchos adversarios, desde Fausto, el maniqueo, hasta los donatistas, y de todos logró completa victoria; lo que nada hemos de extrañar habiéndole visto vencedor de sí mismo. La lucha con Fausto se lee con el mismo interés que una de las del circo con vigorosos atletas; el sofisma se revestía de los brillantes colores de las serpientes, y procuraba envolver á la verdad con sus infinitas circunvoluciones; pero San Agustín era del país de los *psilos*, que domaban las serpientes. Nadie más conocedor de los artificios maniqueos; nadie más á propósito para combatirlos que el hijo de Santa Mónica: los defensores de la verdad son invencibles, lo mismo sin la ayuda del arte que con él, y éste de quien hablamos sabía manejar admirablemente la Lógica y la Retórica, que había profesado; una de las obras más importantes de San Agustín, la *Ciudad de Dios*, que Moreau ha traducido brillantemente al francés, y varios escritores á nuestro idioma, es una larga disputa con los



Teatro de San Carlos en Nápoles

Faustos de la historia, no menos arteros que los de la Teología y la Filosofía; todo el pensamiento de Paulo Orosio, discípulo del Santo, y el de Bossuet, se halla indicado en aquellas páginas; apenas hay error moderno de los que toman por base doctrinas falsas, respecto al espíritu y á las leyes biológicas, que allí no se vea refutado; el gentilismo aparece ante el Doctor cristiano, y no como las diosas de la fábula, para adjudicar á la más hermosa el premio, se le presentan los sistemas todos para que juzgue cuál es más irracional y deforme.

Allí, sin embargo, se reconoce que de la sabiduría de los antiguos debemos recoger muchos despojos para adornar con ellos la educación cristiana San Agustín juzga los clásicos griegos y latinos con más indulgencia que San Jerónimo. En cuanto á la interpretación de la Escritura, principalmente del Génesis y de los salmos, se adelanta el egregio Doctor, no sólo á todo lo que sabía su siglo, sino á los mismos progresos de la Edad del Renacimiento y emparejan las suyas con las soluciones de los maestros hoy más reputados. El estilo de sus obras latinas es tal, que Nicaid, en su colección famosa, exceptuó á San Agustín de la proscripción en que envolvió á todos los autores latinos de la decadencia.

La enseñanza de la *doctrina cristiana*, que había de salvar al mundo, mereció á San Agustín particular solicitud, como se comprueba por muchos de sus escritos, y sobre todo por el que se distingue con aquel título. Las dotes privilegiadas del maestro resplandecen en todas y en cada una de sus páginas; el que había recogido toda la erudición de los antiguos gentiles, nos enseñó que la ciencia verdadera se encuentra reducida á los límites del Catecismo.

La Iglesia de Africa formaba parte principalísima de la de Occidente y había contado en su seno al gran apologista Tertuliano y á San Cipriano, el sabio escritor que la había más que todos representado. La herejía no respetaba tan fértil campo, y tomaba asimismo numerosas formas, especialmente las de una gran austeridad de costumbres que velaba errores en estas mismas y en la fe, pudiendo decirse de algunas sectas que eran como predecesoras del moderno jansenismo. Pero no podían engañar á San Agustín los falsos apóstoles, una y otra vez derrotados por él y por sus discípulos en Concilios y reuniones de carácter secular; la campaña contra las heregías ha dejado recuerdos hasta en cantos populares, como el tan conocido contra los donatistas. La teología de San Agustín se hizo también popular hasta cierto punto; y San Próspero, en su poema latino contra Pelagio le dió las formas de la bella literatura, siguiendo el espíritu y la tradición del incomparable Doctor africano.

Para conocer lo que valió este gran doctor no contribuye poco esa larga época en que su país natal se vió sumido en la más terrible de las crísis y como borrado de la historia. Con San Agustín concluyó el Africa no solamente cristiana, sino civilizada. Ni Justiniano, ni San Luis, ni Carlos V, pudieron levantarla de su postración, y vencieron ó fueron vencidos sin conseguir los resultados que esperaban Salváronse, sin embargo, no solo las obras, sino los restos mortales de San Agustín, llevados á Italia, que fué uno de los teatros de su gloria. Conservó ésta su sepulcro y la Iglesia su memoria con singular veneración, y una larga generación de hijos insignes en toda suerte de virtudes y de letras perpetuó el recuerdo del que por haber *obrado y enseñado se llamó tan grande en el Reino de los cielos*.

¡Qué hermoso espectáculo nos ofrece hoy esa renovación del Catolicismo entre los africanos! La Cartago gentílica no pudo restaurarse por César, por Augusto, ni por nadie; la Cartago cristiana se ha reconstituido, y preside á multitud de Iglesias, no por dispersas, ni por humildes, menos fieles depositarias de la verdad revelada. En vano les oponen el desierto sus olas de arena, sus vendabales, sus plagas de toda especie; la predicación adelanta, los vicariatos apostólicos se multiplican, las lenguas indígenas se estudian y sirven de nuevos vehículos al Evangelio, y los habitantes de la tierra de San Agustín, protegidos sin duda por su gran intercesor en el Cielo, vuelven como á rendir las palpitaciones de su corazón, la energía de su voluntad, y curan las heridas con el bálsamo consolador de su palabra.

Antonio Balbín de Unquera.

La infancia de Van-Dyck

Van-Dyck fué pintor desde que nació. Sólo así cabe explicar de modo gráfico su aptitud maravillosa para la pintura, revelada desde los primeros años de su vida. Los juguetes de Van-Dyck fueron paletas y pinceles; las diversiones de su niñez, pintar cuadros.

Su padre, originario de Boisle Duc, era pintor sobre vidrio. Su madre también pintaba flores y paisajes que le servian para bordar, en cuyo oficio era habilísima maestra. Con tal padre y tal madre, puede decirse que Van-Dyck mamó el arte con la leche; atmósfera de arte fué la primera que respiró, y al arte fueron dirigidos todos los esfuerzos de su educación. No es extraño que tanto se aventurase en el arte el que al genio nativo tuvo la fortuna de unir unas circunstancias tan favorables al desarrollo de su vocación.

Quizás su padre soñó con un hijo tan consumado pintor de vidrieras como era él. Quizás su madre veia en Van Dyck al futuro habilísimo auxiliar de las bordadoras de Amberes. El hijo no solo colmó las esperanzas de los autores de sus días, sino que las sobrepujó con mucho. Van-Dyck fué uno de los más egregios artistas con que se honra la especie humana.

Comprendiéndolo así, pronto el pintor de vidrio y la bordadora, enviaron al niño Van-Dyck al estudio de Van-Palen. Este habia recorrido la Italia, y estudiado los maestros anti-

guos; dió excelentes lecciones al niño, quien se aprovechó tan bien de ellas, que á la edad de diez y seis años ya nada tenia que aprender apenas de su maestro, y consiguió ser admitido en la escuela de Rubens.

Uno de los hechos más curiosos de la infancia de Van-Dyck, y que más caracteriza su talento, es el siguiente: Rubens tenia un estudio reservado, en el cual permitia entrar muy pocas veces, y siempre que salia dejaba la llave á su criado de confianza, llamado Valveken. Pero los discípulos eran curiosos, Valveken no era incorruptible, y apenas Rubens habia vuelto la espalda, su hombre de confianza entregaba el santuario á la indiscrecion de los alumnos, que se aprovechaban de aquella connivencia para estudiar en todas sus fases de elaboracion los cuadros del maestro. Un dia que Valveken les habia introducido segun su costumbre, en el estudio reservado, se agolpaban alrededor de un cuadro que Rubens tenia en el caballete: era el famoso *Descendimiento de la Cruz*, que existe en la catedral de Amberes, y que es una de las obras maestras de aquel célebre pintor: todos querian verlo á la vez, y se disputaban el puesto con tal petulancia, que uno de ellos, Diepenbeke, empujado violentamente por uno de sus camaradas, fué á parar sobre el lienzo y borró con su caida el brazo de la Magdalena, y la barba y la mejilla de la Virgen. Era el accidente tanto más grave cuanto estaban concluidas las partes borradas. ¿Qué habian de hacer? ¿Que iba á ser de ellos? ¿Cómo confesar á Rubens tan terrible accidente? ¿Cómo ocultárselo? No encontrando otro remedio, trataban ya de escaparse para librarse de la cólera del maestro, cuando uno de los jóvenes, Van-Hoek, dijo: «Amigos mios, es preciso no perder tiempo y arriesgar el todo por el todo. Aún nos quedan cerca de tres horas de dia; aquel de nosotros que sea más capaz, tome la paleta, y procure reparar lo que está borrado. En cuanto á mí, doy mi voto á Van-Dyck, el único de entre nosotros que puede hacerlo.» Aprobóse el parecer por unanimidad; en vano quiso Van-Dyck escusar aquel peligroso honor; y rodeado, solicitado por todas partes, tuvo que ceder al fin, y poner manos á la obra. Al dia siguiente Rubens llevó á sus alumnos á ver su *Descendimiento de la Cruz*, y señalando con satisfacción lo pintado por Van-Dyck, «No es esto, les dijo, lo peor que hice ayer.» Sin embargo, mirándolo con más atencion, advirtió Rubens que una mano extraña habia tocado á ello, y supo todo lo sucedido el dia anterior. Según algunos biógrafos, lo borró todo; pero nos inclinamos más á creer, con otros, que dejó subsistir la restauración de su hábil discípulo.

Rubens conoció bien pronto la superioridad de Van-Dyck; tuvo por él un vivo afecto, y le hizo trabajar en sus lienzos con preferencia á los demás. Siempre cargado de trabajo, tuvo en el joven artista un precioso auxiliar, y pronto no hizo más que componer y retocar sus cuadros.

A instancias de Rubens, que daba siempre este consejo á todos sus alumnos que apreciaba, se decidió Van-Dyck á viajar por Italia. La despedida de maestro y discípulo fué afectuosísima. Van-Dyck dejó al maestro como recuerdo suyo dos cuadros; un *Ecce-Homo*, y un *Cristo en el jardin de las Olivas*. Tanto aprecio hizo de ellos el gran maestro, que mandó colocarlos en el sitio preferente de su sala, y hacía de ellos á sus amigos los más entusiastas elogios, así como de un retrato de su mujer, también pintado por el discípulo predilecto; Rubens en cambio, regaló á Van-Dyck un hermoso caballo, y montado sobre este noble bruto se retrató Van Dyck pocas semanas después, en la aldea de Saventhem, en un lienzo que ha llegado á ser célebre, *La Caridad de San Martin*, que se conserva en la iglesia de dicha aldea.

ESPERANZA ORREA.

DESDE MANILA

Perspectivas de viaje.

Serían las doce de la mañana del día 27 de Junio último, cuando corrió entre los pasajeros del vapor *Isla de Luzón*, engolfado en el mar de la China, la voz de que se divisaba tierra. Nadie que no lo haya experimentado por sí mismo puede, seguramente, imaginarse el mágico efecto que produce á bordo de un buque la noticia de que se ve tierra, ó simplemente otro buque, perdido en la inmensidad del Océano. Unos á proa, otros á popa, aquéllos empinándose sobre el castillo, éstos sobre la toldilla, todo el mundo acude á las bordas y barandas para cerciorarse de que se ve un pedacito de monte ó un madero que flota; no queda un anteojo vacante, y desaparecen, siquiera momentáneamente, los mareos más rebeldes. Los más ilustrados sacan por centésima vez sus mapas y sus *atlas*, pasan el dedo por los meridianos y paralelos que cruzan el papel, dan algunas cabezadas de aprobación á la cumbre que se dibuja en el horizonte, y abren consulta gratuíta para todos los preguntones y curiosos impertinentes, que en tales casos son tantos como individuos conduce el barco.

Así, pues, yo no había de ser menos que los demás; y habiéndome cabido la honra de contarme entre los primeros noticiosos de que se divisaba tierra, corrí á la barandilla de estribor, ó derecha del barco, y pude convencerme de que, en efecto, nuestro gran archipiélago filipino nos presentaba las primeras siluetas de sus altas cordilleras, tan altas que, andando el buque á razón de doce millas por hora, no habíamos de llegar á la altura de la costa más avanzada hasta las ocho de la noche. No se veía más que una ligera mancha plomiza entrevelada por colinas; pero andábamos ya duchos en el arte de distinguir entre sí el mar, la tierra y las nubes, y no podíamos equivocarnos. No ignorábamos tampoco que aquel era el último día de nuestro largo viaje, y que antes del domingo 28, si contratiempo inesperado no lo impedía, fondearíamos en las aguas de Manila.

¿He de decir aquí la inexplicable y gratísima impresión que se apoderó de nuestros ánimos á la vista de aquella mancha imperceptible, que no llegaba al tamaño de un piñón apenas? Estábamos cansados, no ya de tantas etapas monótonas, de tantas singladuras invariables, de tanto surcar aguas sin nombre ni apellido, sino de pisar playas extranjeras y oir lenguas estropajosas que sonaban á cualquier cosa menos á idioma cultivado y armonioso como el nuestro. Desde Puerto Said á Singapore no pudimos escuchar más que baturrillos indefinibles, en los cuales sólo dos palabras desciframos: *peseta* y *á la mer*, es decir, que tirásemos una peseta al mar para que la viéramos sacar del fondo del agua por los que nos la pedían. ¿Cómo no habíamos de conmovernos al ver nuevamente tierra española, después de tantos días de haber dejado el puerto de Barcelona, y después de no haber encontrado en tan larga peregrinación más que establecimientos, fortalezas, factorías y pabellones ingleses? En aquella primera cumbre que columbrábamos, sobre aquella cima que á tantas millas de distancia pregona nuestro poderío, en aquella cúspide de nuestra antigua grandeza, pensamos en aquellos momentos, debían levantarse colosales las efigies de Magallanes y de Legazpi, la del que en 1521 descubrió las islas y la del que en 1565 afirmó en ellas la soberanía española.

A eso de las seis de la tarde se vieron ya claramente los montes de las islas de Luzón y de Mindoro, incluso la denominada isla del *Corregidor*, especie de promontorio suelto que se halla enclavado á la entrada de la inmensa bahía de Manila, dividiéndola en dos entradas menores, que se llaman *Boca chica* la de la izquierda, y *Boca grande* la de la derecha. Se notaba ya el natural desasosiego en todos los pasajeros, y como que se sentía la separación forzosa y mutua á que nos abocábamos. No se formaron los acostumbrados corros de todos los días, ni se vió en el cuarto *fumador* el ajedréz ni el tresillo; la proximidad del desembarco embargaba por completo los ánimos, y todo el pasaje divagaba al azar sobre cubierta y toldillas. Algunos nos fuimos al castillo de proa, desde el cual se dominaba mejor el horizonte frontero á que nos dirigíamos, y allí establecimos un fugaz observatorio.

Se nos presentaba á la vista un espectáculo tropical de que no puede formarse idea en tierra, ni en los mares de España: una tormenta en Filipinas, contemplada desde alta mar y desplegándose en todo su esplendor, hasta el punto de que, temiendo ser acometido por un *báguio*, se corrió el buque hacia la izquierda del *Corregidor*. Masas de nubes gigantescas con una movilidad espantosa cruzaban el cielo, envolvían y desenvolvían las montañas de Luzón y de Mindoro, se replegaban y se extendían, construyendo fantásticos castillos en el aire, y produciendo los más caprichosos efectos de espejismo, que sublimaba un relampagueo nutridísimo é incesante, coreado por los inmensos ronquidos de cien truenos que reventaban simultáneamente de diversos puntos del horizonte. No hay pluma ni paleta capaz de dar una idea remota de aquel singularísimo episodio meteorológico.

Con viento muy fresco penetramos en la bahía, dejando á la derecha el faro del *Corregidor*, y á poco de internarnos en ella amainó el temporal que nos venía amagando desde media tarde y que aún tuvo tiempo de sacudirnos un par de chubascos. Comenzamos á divisar las diminutas luces de algunos barcos, enarboladas unas en lo alto de los mástiles, centelleando otras casi á flor de agua, como las de algunas viviendas próximas á las playas, hasta que, como á la hora de las once, aparecieron confusas las primeras lucecillas de Manila, titilando al otro lado de la pujante y lustrosa loma que formaba el agua. El buque corría como un desesperado, cual si le apremiase alguna urgencia imperiosa, y ningún viajero se determinó á visitar su litera, antes bien se les veía á todos alistarse para el cercano desembarco, y comentar el significado, orientación y objeto de las luces que cada vez en mayor número se iban distinguiendo.

La importancia y aspecto general de una población contemplada de noche, claro es que sólo puede apreciarse por el número y calidad de las usuales luminarias que ostenta, así dentro de su casco como en los arrabales, y en este concepto podemos asegurar que Manila aventaja á todas las poblaciones del tránsito, lo mismo que las supera por otros mil diversos estilos, según después he podido observar y espero poder explanar en artículos sucesivos. A mano izquierda fulguraban en primer término, frontero uno á otro, un foco de luz roja y uno de luz blanca, los cuales señalan á larga distancia la anchurosa desembocadura del río Pasig, actualmente único y vistoso puerto de desembarque, y que dá acceso, por tanto, la ciudad por la parte del mar. De frente, y hácia la derecha, en una extensión considerable, se desarrollaba silenciosa y melancólica una larguísima hilera de puntos luminosos, que pronto supimos que eran otros tantos faroles y farolas instalados en el paseo de María Cristina y en el de La Luneta. La densa humedad propia de estos países, y especialmente en esta estación del año, robaba á aquella profusa iluminación la aureola vaporosa que caracteriza al alumbrado de algunas grandes ciudades españolas. Del interior de la población no conseguía llegar hasta nosotros ni un resplandor ni un vislumbre; y es que, aparte la acuosidad de la atmósfera, la ciudad de Manila descansa en terreno sumamente bajo, levantan poco del nivel del suelo las edificaciones, la vegetación lo inunda todo, y el conjunto se desvanecía muda y sigilosamente tras los terrizos malecones. A la vuelta de la fila rígida y dilatada de faroles que denunciaban espaciosos y cómodos paseos, rebullíase entre indefinibles vapores una informe

masa negra, sin perfiles ni siluetas, donde andaban amalgamados y oscuramente confundidos los edificios someros y los árboles de exhuberante frondosidad. Manila no era, pues, á aquellas horas, mirada desde el buque, más que un inmenso y apelmazado matorral, poblado en sus bordes de miriadas de luciérnagas.

Poco después paró la maquinaria del barco, y un silencio extraño invadió todos los departamentos del mismo. Parecía que intentábamos un *golpe de mano* sobre la ciudad fortificada. De pronto llameó un fogonazo sobre la borda del entrepuente, retumbó un estampido, y el barco quedó inmóvil: era que acababa de fondear en el puerto el correo oficial de España. Varias señoras que estaban platicando en el comedor, subieron sollozando á toldilla. ¿Qué sentían?

Un pasajero de tercera, con una ingenuidad encantadora, se cruzó de brazos ante el silencio y quietud sobrevenidos, y exclamó como resentido: «Esto ya no es barco, ni nada, sino una cáscara de naranja.»

Manila 27 de Julio de 1891.

F. Aguilar y Biosca.

Una hechicera famosa

El que no cree en Dios, cree en brujas: muchas veces se ha repetido esta verdad, y conviene repetirla otras tantas. Cuando el hombre arroja de su inteligencia y de su corazón á Dios, al punto el demonio ocupa el lugar vacío. La historia así lo demuestra; la experiencia de todos los días lo confirma.

Los más descreídos en materias religiosas, suelen ser los más ridículamente supersticiosos No creen en Dios Todopoderoso, ni en la vida humana de ultratumba, ni en el infierno, ni en el paraiso, ni en el purgatorio; pero creen en el funesto augurio del martes, no se sientan á una mesa en que haya trece convidados, y toman como artículo de fe los vaticinios de gitanos y agoreros. En París, el cerebro del mundo como decía Víctor Hugo, el emporio de la civilización racionalista, abundan los agoreros y adivinos hasta un punto inconcebible. Es en cierto modo la hechicería una profesión legal, se anuncia en los periódicos. *El Figaro* casi todos los días trae cuatro ó cinco anuncios á este tenor:

Mad. Tal ó Cual

Hechicera.

Horas de consulta. De 10 á 3.

Calle de *, n.° tantos, cuarto 3.°

Las hechiceras viven con lujo; son consultadas por personas de posición social elevadísima. Algunas han dejado una fama póstuma que envidiarían más de cuatro literatos de mérito, y lo que vale más que la fama póstuma, sobre todo cuando ésta se gana por malos medios; han dejado buenos paquetes de napoleones y fincas rústicas y urbanas, inscritas en el Registro de la propiedad con todos los requisitos de la ley.

De una de esas famosas hechiceras queremos contar hoy la curiosa biografía á nuestros lectores. Se trata de Mad. Lenormant, echadora de cartas, conocida en la historia por el sobrenombre de la *amiga de la emperatriz Josefina*.

María Ana Lenormant nació en Alençon el año de 1772. Sus padres que tenían buena posición educáronla con cuidado en un colegio de internas, y los admiradores de la *pseudo profetisa* referían muchos años después el siguiente episodio. La Directora del Colegio fué depuesta en cierta ocasión, y tocaba al rey la provisión de la vacante. María-Ana profetizó que una señora de Livardia sería la preferida, y en efecto, á los diez y ocho meses se cumplió el vaticinio. También se contaba que á los diez y siete años de edad, cuando corría el de 1789, vaticinó María-Ana la caida del trono y la supresión de los conventos. La verdad es que no se necesitaba don de profecía propiamente dicho para adivinar que los acontecimientos de 1789 concluirían de un modo desastroso para la monarquía y para la religión. Muchas personas, tanto de Francia como de otros paises, veían las cosas lo mismo que María Ana. De admirar es, sin embargo, que una jovencita de diez y siete años comprendiese tan claramente la situación de Francia, y el rumbo que tomaban los acontecimientos en días en que la revolución aun no se había despojado enteramente de la hipócrita máscara; pero bien pudo ser que María-Ana oyese aquellos juicios semiproféticos de labios más autorizados que los suyos, lo cual es indudablemente lo más probable.

Establecida en París en 1790, obtuvo colocación, como de secretaria ó lectora, en casa de un tal Amerval de la Saussotte, realista furibundo, y en cuya casa se albergaban muchos de los perseguidos nobles.

Allí fué donde María Ana empezó á oficiar de nigromántica, y á echar las cartas. Como quiera que no solía anunciar más que desdichas, es evidente que siempre acertaba. A cuantos le preguntaban por su destino, decía que, según las costas, ó serían guillotinados ó tendrían que escaparse á costa de grandes penalidades y trabajos, y en efecto, eso sucedía invariablemente. Ser profeta de malas nuevas es oficio socorrido; en 1790 de éxito seguro.

Madame Lenormant se parecía entonces á ciertos periodistas españoles de época más reciente que se las echan de maestros, y que no saben escribir más que un artículo: *el artículo de la catástrofe que va á venir*. Esto no puede acabar bien: es la tesis sempiterna de esos periodistas. Y en efecto; desde 1843 profetizaron que los moderados habían de caer, y en efecto, cayeron en 1854. Luego digeron que los progresistas caerían, y así sucedió en 1856. ¿Quién sabe si todavía han de acertar? Es lo más probable; porque nada hay eterno en el mundo, y en nuestro siglo se corre muy aprisa.

Por análogo sistema, adivinó María Ana que casi todos los contertulios de Amerval serían guillotinados, y en efecto, lo fueron, y la hechicera cobró gran crédito y no poco dinero.

Un episodio más noble y honrado tuvo entonces la vida de María-Ana. Tal fué su tentativa para libertar á la desventurada María-Antonieta del suplicio. Llegó á introducirse en la prisión, y habló con la reina; pero esta no admitió el plan que le propuso la hechicera. Hubiera sido ridículo verderamente que la hija de los Césares, la reina de Francia, hubiese debido su salvación á una echadora de cartas.

Madame Lenormant estableció su gabinete de nigromancia en la calle de Tournón, número 153, corriendo ya el año terrible de 1793. Y muy pronto aquellos austeros filósofos que tachaban de supersticiones las puras creencias cristianas, se agolpaban en la antesala de la hechicera esperando turno para saber por las combinaciones de la baraja la suerte que les reservaba el destino. Allí fueron el infame Robespierre y el sanguinario Saint Just. María, que por experiencia sabía ya lo que le importaba profetizar desdichas, dijo á uno y á otro que serían guillotinados. Tomáronlo á mal los convencionales, y la metieron en la cárcel. En ésta consoló á infelices presas, haciéndoles concebir quiméricas esperanzas de libertad. Las que no obtuvieron esta dicha, lleváronse naturalmente al otro mundo el secreto de la falacia del vaticinio; las que en 9 de Thermidor salieron á la calle, diéronse á pregonar el mérito de Madame Lenormant, con lo cual aumentaron extraordinariamente sus medios de embaucar incautos.

En la cárcel fué donde María Lenormant principió con Josefina de Beauharnais, la futura emperatriz, relaciones que han contribuído en gran parte á su popularidad. Josefina, supersticiosa como casi todas las criollas, le envió unas notas desde Luxemburgo donde estaba detenida, rogándole que le predigera su suerte y la de su marido. «El general Beauharnais, contestó el oráculo, será víctima de la revolución. Su viuda se casará con un oficial joven, cuya estrella le llama á elevados destinos.»

María Lenormant, libre con la cesación del terror, emprendió de nuevo sus sesiones proféticas. Consultada por Bonaparte, en 1795, que pensaba entonces en ir á servir al Sultán, le dijo: «No conseguireis pasaporte; estais llamado á representar un gran papel en Francia. Una señora viuda hará vuestra felicidad, y por su influencia llegareis á una clase muy elevada, pero guardaos bien de serle ingrato; va en ello vuestra felicidad y la suya.»

Durante el consulado, el 2 de Mayo de 1801, fué llamada la Sibila por Josefina á la Malmaisón, y le pronosticó nuevas grandezas. Cuando se formó el campo de Bolonia, fué llevada á las Magdalenas en castigo de una profecía que no fué del gusto de Napoleón, y estuvo detenida desde el 16 de Diciembre de 1803 hasta el 1.° de Enero 1804. Sufrió otro arresto en 1808 por haber pronosticado que el Emperador quería hacerse dueño de los Estados romanos, y que la guerra de España le sería funesta. Esta última persecución le inspiró un grueso libro en 8.° *Los recuerdos proféticos de una Sibila sobre las causas secretas de su arresto en 11 de Diciembre de* 1809. Escarnecida con motivo de esta obra por el *Diario de París*, *Los Debates* y *El Enano Amarillo*, insertó extensas contestaciones en *El Correo* del 20 y *El Constitucional* del 24 de Septiembre de 1815.

En seguida, cual si quisiera desafiar la crítica, se puso á publicar, tomo tras tomo: *El Aniversario de la Emperatriz Josefina*, en 8.° 1815; *La Sibila en la tumba de Luis XVI*, en 8.° 1816; *Los Oráculos sibilinos*, en 8.° 1817; *La Sibila en el congreso de Aix-la Chapelle*, en 8.° 1819; *Memorias históricas y secretas de la Emperatriz Josefina*, dos volúmenes en 8.° 1820, reimpresos en tres volúmenes en 1827. Todas estas obras están igualmente escritas en un estilo enfático y difuso. El autor habla con seriedad de sus relaciones con *Ariel*, espíritu *Sobrecelestе*, *Todopoderoso*; del mérito admirable de Cagliostro, poseedor de los diez *sephiroths*, de *Phaldaras*, genio de la investigación de las cosas ocultas, que se le aparece bajo la forma de un anciano vestido con una larga túnica verde. Estos sueños no merecían el honor de un proceso; sin embargo, la magistratura belga creyó oportuno mandar arrestar á la phitonisa, que había ido á Bruselas á ejercer su profesión. Después de muchos interrogatorios, fué enviada ante el tribunal de Lovaina, como acusada de haberse vanagloriado de poseer la flecha de *Abaris*, un *lente mágico* y un precioso *talismán*, y de haber empleado también fraudulentos manejos para persuadir la existencia de un poder y de un crédito imaginarios, etc. Condenada á un año de prisión, apeló y fué absuelta en medio de las exclamaciones de toda la ciudad. Los detalles bastante curiosos de este proceso, están consignados en los *Recuerdos de la*



Bélgica, cien días de infortunio, ó *El proceso memorable*, en 8.° 1822. Publicó además otras obras, tales como *El Angel protector de la Francia en el sepulcro de Luis XVIII*, en 8.° 1824; el prospecto de una obra inédita, *Album de Mlle. Lenormant*, 5 volúmenes en 4.° y 8 volúmenes en 8.° *La sombra inmortal de Catalina II en la tumba de Alejandro I*, en 8.° 1826; *La sombra de Enrique IV en el palacio de Orleans*, en 8.° 1831. *Manifiesto de los dioses sobre los negocios de Francia*, en 8.° 1832. *Fallo supremo de los dioses del Olimpo en favor de la duquesa de Berri y de su hijo*, en 8.° 1833.

María-Ana Lenormant había adoptado un ceremonial uniforme para cuantos la consultaban. Un criado anciano vestido de negro, introducía al *consultante* en la antecámara, diciéndole: «La señorita está ocupada; tened la bondad de esperar.» Este proceder dilatorio, de que usan también los médicos y los abogados, tiene por objeto persuadir al cliente que no es más que una unidad de una hilera interminable. A los diez minutos, el anciano criado llevaba al que iba á consultar á un gabinete ovalado, en cuyo extremo estaba sentada la sacerdotisa, cubierta la frente con un turbante.

A lo largo de la pared, y á la izquierda de la puerta, había una biblioteca llena de las obras de Juan de la Taille, Juan Belot, Nostradamus, Alberto de Suabia, Le Loyer, Gaspar Peucer, Apomazar, Leonardo Vair, etc. La Sibila hacía ocho preguntas:

—¿Cuál es el mes, el día y la hora de vuestro nacimiento?

—¿Qué edad teneis?

—¿Cuáles son las primeras letras de vuestro pronombre y del lugar de vuestro nacimiento?

—¿Qué color preferís?

—¿A qué animal quereis más, y otras majaderías por el estilo?

Lo cierto es que, cuando murió (25 de Junio de 1843) dejó una fortuna de 800.000 francos, 300.000 como dote á una de sus sobrinas y 500.000 á sus demás herederos. En tiempos de más cordura hubiera muerto en la carcel ó reclusa en un Monasterio haciendo penitencia de sus pecados.

Fenómenos como el de la biografía de madame Lenormant, ofrecen sin embargo al hombre pensador ancho campo de meditaciones. ¿Es todo embuste y trapacería en sus manejos? Ó ¿hay algo en el fondo de sobrenatural? Si es lo último, es indudable que solo el demonio es el que inspira esas estrañas adivinaciones, y que mujeres como María-Ana son verdaderamente sacerdotisas de Lucifer.

GUSTAVO FERRAZ

El reino de Patones

CUANTOS han recorrido la parte norte de la provincia de Madrid y comarcas limítrofes de la de Guadalajara, tienen noticia de la existencia de Patones, lugar que se pone generalmente por modelo de aldeas miserables, pequeñas, mal construídas y peor situadas, con el ítem de reputarse á los aldeanos de Patones por los más arrimados á la cola de toda Castilla. Son muchas las burlas tradicionales de que son víctimas los infelices patoneros en las villas y lugares vecinos. Por lo demás, Patones, asentado entre unas breñas casi inaccesibles al viajero, en terreno de tan espantoso declive, que ni para la plazoletilla que se abre delante de la iglesia, se ha encontrado una mediana planicie, y es un barranco medroso á la vista, de casas de tierra, cuyo color á diez metros de distancia, se confunde con el de la que cubre el suelo; Patones, decimos, no figura en ninguna carta geográfica, y en su comparación, Tapias-Rojas, Vallehermoso, Framacastilla y demás aldeas de la Geografía de Polo y Peyrolón pasarían por capitales de primer orden. Dista Patones siete leguas de Guadalajara, á cuya provincia corresponde, y legua y media escasa de la insigne Torrelaguna, pátria de Cisneros.

Para llegar á Patones hay que abandonar el mal camino de herradura que comunica á Torrelaguna con la provincia de Guadalajara, y por *carreteras de perdiz* (como dicen los cazadores) ó por *sendas de cabra*, hay que flanquear unos elevados y pedregosos cerros, atravesar luego hasta una docena de barrancos y derrumbaderos, y meterse, por último, en un angosto callejón ó desfiladero tan estrecho, que en ciertos parajes no puede pasar un hombre á caballo. Después del desfiladero está el pueblo trabajosísimamente sostenido en el declive de la montaña; las casas desparramadas á la ventura están fundadas sobre hormazas. Visto de frente el lugarejo, semeja las escalerillas de un aperador ó un *Nacimiento* de los que se construyen por Noche-buena, rico en escabrosidades de papel de estraza.

Nada de lo que hasta aquí vá dicho tiene nada de particular ciertamente; pero sí lo tiene, y mucho, lo que se cuenta de la historia de este miserable lugarejo, conservada en los archivos de la tradición, y en algunos, aunque pocos papeles impresos. La historia de Patones es una historia gloriosa; es la historia de un estado autónomo, de una monarquía que fué independiente, y que concluyó, no por ataques de enemigos, sino por propio conocimiento de su insuficiencia para constituir reino aparte. ¡Ojalá que los portugueses de hoy pensasen tan cuerdamente como pensaron, hace años, los antepasados de los actuales patoneses!

El primer hecho glorioso que registra la historia de Patones, es su independencia durante la dominación sarracena. Suponen algunos autores que muchos cristianos de Torrelaguna, Uceda y otras villas de esta tierra, huyeron, al aproximarse los árabes, y se guarecieron en aquél rincón fragoso, fundando una aldea de barracas que fué el primitivo Patones. No ha faltado quien ha supuesto las cuevas de este lugar como una Covadonga ó una Peña de San Juan, en la que se libraron sangrientas batallas entre cristianos y sarracenos. Lo probable, sin embargo, es que los árabes debieron ignorar por largo tiempo la existencia de Patones y que cuando lo descubrieron, perdido ya su carácter de conquistadores, y procurando á toda costa repoblar el país, dejaron á los patoneses vivir en paz en aquel escondido asilo. Lo que parece indudable es que cuando los cristianos se apoderaron de Toledo, y el Arzobispo D. Bernardo conquistó la villa de Alcalá de Henares, y limpió todo aquél país, encontraron con sorpresa esta pequeña sociedad, que con título de reino, era más bien una pequeña república, vivo remedo de las costumbres patriarcales de los primitivos tiempos. Respetando, como era regular, aquél resto de antigüedad, dejaron á los patoneses vivir según sus antiguas leyes y costumbres, y el jefe siguió usando el título de rey. Dícese que se le continuó este dictado por mucho tiempo y aun en instrumentos públicos, y se asegura que varios reyes de España al instalarse en el trono, ó cuando se juraba á los príncipes de Asturias, acostumbraron enviarle mensajeros dándole parte de tal suceso, como se hacía con las cortes extranjeras.

Bien es verdad, que á los reyes de Patones les ha faltado un Homero que cantase sus virtudes y proezas, como lo tuvieron Agamenon y los antiguos reyes de la Grecia, que, según la opinión más probable, y si se prescinde de los poetas, vendrían á ser muy poco más que los reyes de Patones. Esta falta absoluta de poetas y de historiadores, de anales y de crónicas, nos impide el dar noticias circunstanciadas de la historia literaria, militar y política de los patoneses y por tanto queda abierto el campo á las conjeturas, y los escritores dramáticos cuando los pongan en escena, podrán mentir holgadamente, sin temor de que nadie los acuse de falsificadores de la historia. Con todo, quizá algún día recibirá más luz este punto, pues se asegura que en el convento de la *Cabrera* (quizá sea el del *Castañar* que está más próximo) se conservaba un libro manuscrito que contenía los fueros y observancias de *Patones*. Pero esto no debe darles cuidado, porque el tal manuscrito habrá ido probablemente á mudar de aires, como casi todos los de las bibliotecas y archivos de los conventos, ó habrá perecido ya á manos de algún tendero de comestibles.

La organización de la monarquía, incompatible por la misma naturaleza de las cosas con las reminiscencias de los tiempos feudales, y la miseria del lugarejo acabaron con la independencia de Patones. Tanto decayó aquella autonomía que, ya en el siglo XVIII, Patones aparece formando parte del señorío de la casa de Uceda. Pero no por eso desapareció el título de rey de Patones que continuó reinando, aunque como príncipe vasallo ó dependiente del duque de Uceda. Por entonces, solía ocurrir que cuando los patoneses se veían con sus conterráneos de los lugares vecinos, eran objeto de sangrientas burlas, entre las que no dejaba nunca de figurar el rey de barca y la monarquía de secano que constituían.

Llegaron á tal punto estas burlas que los mismos patoneses pidieron al Duque de Uceda, que para redimir estas vejaciones les nombrase alcalde, como se hacía con los demás pueblos del señorío, y desde entonces quedó abolida aquella dignidad real.

Dice el Sr. Miñano en su Diccionario geográfico de España que cuando escribía dicha obra existía un anciano en el pueblo, que decía haber conocido el último rey de Patones, que se llamó Juan Prieto. Pero lo más raro es que aquella monarquía de secano tenía también su almirante, á pesar de que el mar que está más próximo á Patones, es el de Ontígola. Dicho almirantazgo estaba vinculado en el hijo mayor de la familia de los Baras. Esto prueba que en Patones se padecía también de achaque de empleomanía como en el resto de España.

Por lo demas, las rentas del rey no alcanzaban ni aun para corona de cartón. La miseria del pueblo era tal, que no pudiendo sostener cura, y careciendo de iglesia, en una visita que hizo el Cardenal Moscoso, dispuso que se fabricase una ermita á sus espensas, y que viniese un fraile francisco de Torrelaguna á decirles misa los días de fiesta, y administrarles los Sacramentos. Por fin, en 1804, se hizo parroquia, y desde entonces tienen Cura propio. La población consta de algunos cincuenta á sesenta vecinos, que viene á ser la misma, según noticias, que había en tiempo de los moros.

Tal es la historia de la monarquía de Patones. Concluyó entre burlas de paletos, y en sus mejores días fué tal su poder, que á su lado la república de Andorra hubiera figurado como potencia formidable. Dió sin embargo un ejem-

plo digno de imitarse por naciones más ricas y poderosas, y fué el de dimitir voluntariamente su independencia cuando comprendió que no podía sostenerla con decoro, y que era objeto de chanzas por parte de sus vecinos. ¡Cuánto ganaría el reino de Portugal haciendo en grande lo que hizo Patones en pequeño! Se vé, pues, que la historia de Patones, tiene como la del mundo, su filosofía.

X.

Album de poesías

Isabel la Católica, en la toma de Baza.

(ROMANCE HISTÓRICO)

¡Hela! ¡Hela! por do viene
La Reina Isabel Primera
Montada en caballo tordo,
Que de ello siente soberbia.
Rodeada de sus damas,
Como la luna de estrellas,
Y de nobles caballeros
De empenachadas cimeras,
Llega á las cristianas huestes,
Que á Baza cercan y aprietan
Con quebranto de sus vidas
Y con estragos de guerra;
Y á su presencia ecsmudece
Aquella torva tormenta,
Y callan las espingardas,
Y no silban las ballestas,
Ni se derrama la sangre,
Ni en las cercanas almenas
Las moras gritan de miedo,
Llorando muertes acerbas.
Todo á sus plantas se rinde:
Armas, cascos y bandejas,
Rencores y bizarrías,
Y el Rey que humilde la besa.
De paz viene, y todo es calma;
Que si de guerra viniera,
Ya de sus bravos leones
Fuera Baza, muerta, presa.
De paz viene, y cambia todo.
Sus armas Belona suelta
O las engrana por gala,
Porque su reina lo vea.
Rompen en aires marciales
Las belicosas trompetas,
Los sangrientos estandartes
Por los aires se despliegan;
Lucen brocados y plumas
Y apostura y gentileza;
El sol arranca á las cotas
Haces de rayos, que ciegan,
Y los férreos escuadrones
Formados en són de guerra,
No braman el *cierra España*
Mas gritan: ¡viva Isabela!
Y aquel huracan de gloria,
Que ruge, brilla y retruena,
Aclamando á la que sabe
Empuñar su propia mesa,
Porque no falte al soldado
El pan con que se mantenga.
Contagia á Baza la mora,
Que en las altas azoteas
Contempla tal espectáculo
Con mezcla de odio y de pena,
De admiración y de angustia,
Y de goso y de soberbia,
Mientras la reina examina
De aquel cerco las trincheras,
Por la parte en que el alarbe
Saliendo más muertes siembra,
Presto sale Cidi-Hiaya
De la altiva fortaleza,
Seguido de sus guerreros,
Que lucen galas de fiesta;
Y mientras los atambores
Cerros y valles atruenan,
Y ministriles y pífanos
Con voz delgada se quejan
Y lucen bordadas tocas,
Y los caballeros vuelan,
Y las marlotas relumbran
Y las plumas gallardean,
El wali caballeresco
Hace mesura á la reina,
Y en corcel, hijo del aire,
Brioso caracolea,
Y manda á su infantería,
En evoluciones diestra,
Que finja sérios combates
Y que se apiñe y disuelva.
Luego los bravos ginetes
Juegan lanzas con destreza,
Y convierten en torneo
Lo que era cerco de guerra;
Con gran placer de las damas
Que gustan de gentileza
Más que de los tajos rudos
De la sangrienta pelea.
¡Oh influjo del heroísmo!
¡Oh majestad de Isabela!
Para tí no hay león fiero
Ni encastillada soberbia.
Hoy el moro Cidi-Hiaya
Sus gallardías te muestra;
Mañana á la fin rendido
Te hará de Baza la entrega.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

Santa Teresa de Jesús

Y DON FRANCISCO DE QUEVEDO

I

PODEROSO interés excita cuanto se refiere á Teresa de Jesús, á un sér tan superior, en cuya inteligencia y espíritu parece haber derramado el cielo todos sus dones. Divina inspiración revelan todos sus pensamientos, y no habiendo estudiado la ciencia que al hombre le es dado alcanzar, ni recibido lecciones, menester es pensar que obtuvo el privilegio de poseer intuitivamente aquella que emana del Hacedor, en quien puso su existencia, su adoración constante y todo el tesoro de un amor purísimo y exaltado. No sorprende que una mujer tan sábia, dechado de toda virtud, de imaginación tan fecunda y doctrina tan admirable, haya llegado á ser una de las más altas glorias de nuestra pátria, de la Iglesia, que puso en su frente la corona de la santidad, y de cuantos admiran esos astros luminosos que aparecen de vez en cuando para honrar la inteligencia humana.

Durante los tres siglos que han transcurrido desde la muerte de la mística doctora, se ha ido extendiendo y acrecentando la fama de sus virtudes, la admiración por los escritos de su docta pluma, llenos de originalidad, sublimes máximas, admirable llaneza, y que encierran, según un acertadísimo apreciador de su mérito (1), una filosofía que podría llamarse la filosofía de Santa Teresa, *la más alta y más generosa*. Así la consideraba, en efecto, el sábio agustino fray Luis de León.

No es nuestro propósito en este paraje reincidir en las alabanzas que se deban al mérito de la esposa de Cristo, ni menos intentar el examen de sus obras ascéticas, para el que somos profanos.

Nuestro deseo se limita, en la ocasión presente, á recordar la famosa controversia que originó en el siglo XVII, cuando ya la religiosa del Carmelo había terminado su peregrinación por el mundo y arribado á aquella patria eterna en que siempre tuvo sus esperanzas, la declaración del Pontífice Urbano VIII de su patronato en nuestros reinos, sin perjuicio del del Apostol Santiago; declaración que en el año 1617 proclamaron las Cortes reunidas en el régio Alcazar de Madrid. La divergencia de opiniones que suscitó la asociación de la ilustre fundadora con el propagador animoso de la fe en nuestro suelo, para la abogacía y patronato del mismo, es asunto curioso y de sumo interés, tanto histórico como literario.

Cuando se han conmemorado todos los sucesos referentes á la ilustre Santa, al cumplirse el tercer centenario de su muerte, no carece de oportunidad, á nuestro juicio, aquel apasionado debate en que terciaron altas dignidades eclesiásticas, hombres de erudición y ciencia, sobre todo el célebre poeta D. Francisco de Quevedo, tan dado á tratar cuestiones difíciles con la habilidad de su ingenio y desenvoltura, decidido defensor del que es llamado *Hijo del trueno*, invocado en las lides por nuestros antiguos soldados, á cuya milicia pertenecía y á quien sólo otorgaba tener bajo su protección los dominios españoles.

Desde el escrito sério, teológico y profundo, hasta la sátira mordaz y agresiva, se emplearon con tal motivo en dilucidar asunto tan difícil y tan ocasionado á apasionamiento, y que aunque en nada amenguaron la gloria de la monja ilustre, porque todos reverenciaban sus virtudes y su sabiduría, en último resultado parecía aminorar los méritos indudables que la hacían acreedora á compartir con el Apostol la veneracion que como á tal compatrona suya le tributaran los hijos de esta nación, en que tanto dominaba entonces un ferviente espíritu religioso.

Si esta empeñada disputa no hubiese salido de los límites que la prudencia aconsejaba, y pasado al terreno de la mortificante sátira y hasta la descortés apreciación, no estando el amor propio empeñado en la lucha hasta descender á la personalidad que tanto ofusca y ciega, hubiera redundado al fin, de un modo más tranquilo y conveniente, en honra del apóstol martir y de la santa carmelita. Pero la contienda fué tomando cuerpo, el ingenio azuzó sus armas, rebuscaron sus argumentos los teólogos, y cada cual se juzgó el más sobrado de razones y tuvo la exigencia de que se diera su parecer como el más acertado. No fué el menos contrariado y ensoberbecido en esta lucha, ni quizás es menos agresivo, el docto D. Francisco de Quevedo. Pretendió que prevaleciera su opinión á despecho de la más general, y no empleó, por cierto, á su vez, la mayor mesura en su satírica comezon de zaherir á sus opositores, algunos de ellos no contenidos tampoco, y áun aventajándole en audacia y en la expresión de sus enojos.

Antes de entrar en el examen de los escritos trazados por la pluma del festivo y popular poeta, hemos de reseñar ligeramente cómo se produjo en uno y otro campo esta controversia sobre el único patronato de Santiago, y el de este Apóstol con el de Santa Teresa de Jesús (1).

La fama de las virtudes de esta mujer admirable se había extendido por España y por otros países de una manera prodigiosa. El Obispo de Salamanca dirigió al Papa Clemente VIII una carta, fechada en 10 de Marzo de 1602, en la que, solicitando su canonización, le expresaba el justo y merecido renombre que se había conquistado. «No sólo en esta diócesis, beatísimo Padre, consignaba, es su santidad conocida; sino que en toda España es grande la fama que hay de ella y la singular devoción con esta Santa, juntamente con el deseo de verla canonizada.» Y como en justificación de sus merecimientos, añadía: «Escribió unos libros, cuya doctrina sobrepuja al talento de mujer, y aun de hombres muy aventajados, y que da buen testimonio del espíritu de Dios que en ella vivía.» Honrosa prueba fué además de la admiración que produjo Teresa en extranjeros países, la carta que el rey de Francia, Luis XIII, dirigió á Paulo V con el mismo objeto que aquel Prelado, en 31 de Enero de 1615. En ella expresaba la extremada reverencia que sus vasallos tenían á la seráfica doctora por el crédito de sus mereci-

(1) D. Juan Valera.

(1) Débense muy curiosas noticias sobre los escritos y documentos que se cruzaron sobre esta cuestión célebre que tanto preocupó en aquellos tiempos á las reunidas por la diligencia y erudición del distinguido literato y académico, D. Aureliano Fernández Guerra, en sus notas á las *Obras de Quevedo*, publicadas en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra



El Bosque

mientos. A esta súplica iba unida otra de la reina, encaminada á igual fin. Estos piadosos deseos se vieron cumplidos en el año 1622, en que la hasta entónces sólo beatificada, alcanzó de la Santa Sede su canonización. Pero antes de esta fecha había de suscitarse la desunión anunciada sobre la conveniencia de su patronato sobre los dominios españoles. El día 24 de Octubre de 1617 hizo petición al reino, en nombre del padre general de Carmelitas descalzos y de toda la Orden, su procurador Fray Luis de San Jerónimo, para que por las Córtes, reunidas entonces en Madrid, fuera admitida la ilustre Virgen del Carmelo por patrona y abogada de las Españas; lo que así fué acordado por aquéllas en 16 de Noviembre del mismo año, siendo el siguiente comunicado tal decreto á las ciudades del reino en cartas de Felipe III y del presidente de Castilla, D. Fernando de Acebedo, Obispo de Burgos, para que tuviese cumplimiento y obediencia.

No la halló ésta por completo del cabildo de la catedral de Granada y su metropolitano Fray-Pedro González de Mendoza, que acordaron esperar la decisión del Santo Padre, en cuanto se refería al rezo y patronato. Esto fué la primera rebeldía ostensible contra la admisión del simultáneo de la Santa monja y el Apóstol pescador de Galilea. No se dejó esperar de igual modo el primer escrito dirigido á Felipe III desde el Sacromonte de Granada, en el referido año 1618, defendiendo el exclusivo patronato de este varón justo, por el metropolitano de Sevilla D. Pedro Vaca de Castro y Quiñones, escrito que fué contestado con decisión por los defensores de la Santa. La voz autorizada de este Prelado hizo que no tuviesen lugar las fiestas preparadas en celebración de dicho acontecimiento.

La lucha, como se vé, estaba ya emprendida, influyendo no poco en uno y otro bando las parcialidades de localidad, y sobre todo, en gran parte, el amor propio de muchos de los empeñados en aquélla. Una prueba de este influjo fué, sin duda, el *Memorial* de la iglesia de Santiago y de su Prelado D. Juan Beltrán de la Cueva, en el que se defendían los fueros de su insigne titular y se alegaba nulidad en lo dispuesto. Dióse á la vez á la prensa un *Parecer* sobre si Santa Teresa podía ser ó no declarada patrona de España, no estando aún canonizada.



El Gaitero

Publicáronse nuevos escritos, y algunos de ellos, como la *Información* en derecho de D. Francisco de la Cueva y Silva, fué recogido por el Santo Oficio. Tan extraña y triste desunión, ya iniciada, y que podía llegar á ser hasta irreverente, preocupó sin duda el ánimo del rey don Felipe III, quien, en carta refrendada por Jorge de Tovar en 12 de Noviembre de 1618, mandó suspender todas las gestiones que se refiriesen al compatronato. Con esta determinación parecía haber tenido su término la controversia entablada, pero en el año 1622, como antes indicamos, la beata Teresa de Jesús fué canonizada solemnemente, lo que hubo de despertar de nuevo la idea en el sucesor de aquel monarca, Felipe IV, sostenida por altos próceres y dignidades eclesiásticas, de confirmar el referido compatronato. El rey, en efecto, dirigió desde Zaragoza una carta al presidente de Castilla, don Fernando de Contreras, en los primeros días de Febrero de 1626, ordenándole se propusiese en las Cortes el compatronato de la seráfica virgen; lo cual fué concedido por los procuradores de aquéllas, de lo que el reino imprimió testimonio el siguiente.

Tanto el rey como el conde-duque de Olivares eran muy afectos á la escritora insigne, y gestionaban en la corte pontificia la decisiva resolución de este asunto en favor de la misma, obteniendo su solemne aprobación. Pruébalo la carta que aquel célebre personaje histórico escribió al conde de Oñate, embajador del rey católico en Roma, para que solicitase del Papa Urbano VIII la bula de confirmación de dicho compatronato. Así lo hizo la suprema dignidad de la Iglesia en *Breve* de 20 de Julio de 1827, pero al determinarlo, declaró ser *sin perjuicio ó innovación del patronato de Santiago Apostol, en todos los reinos de España.*

Las hostilidades que estaban nada más que suspendidas, habían de renovarse con mayor ensañamiento. Felipe IV mandó circular el *Breve* del Pontífice por todas las ciudades del reino, así como el Decreto de las Cortes, del año 1626. No dejó de hacerse esperar entonces un *Memorial* del metropolitano de Santiago, contradiciendo la concesión otorgada, así como un *papel* anónimo, seguido de otro de la misma pluma, á lo que parece de un Prelado ilustre, con el título de *Justa cosa ha sido elegir por patrona de España y admitirla por tal, á la gloriosa Madre Santa Teresa de Jesús.* El clero de Santiago fué el que con mayor insistencia y decisión esgrimió sus armas en esta contienda, celoso por el exclusivo patrocinio del Apostol sobre nuestra patria, y con evidente parcialidad y preferencia por quien daba su título á la ciudad donde se levantaba su Iglesia metropolitana. El Canónigo de la misma, don Alonso Rodríguez de León, combatió de igual

modo, en nuevo *Memorial*, el compatronato. Sucediéronse los *papeles* y las respuestas á éstos, sin tregua alguna, y los de fray Pedro de la Madre de Dios, carmelita descalzo, y sus *Piadosas congeturas* dirigidas al Rey, exponiendo su parecer al Arzobispo compostelano y su Iglesia, no debieron ser de los menos comentados, porque era su autor tío del Duque de Medina de las Torres, yerno del de Olivares, favorito del monarca. También en Andalucía hallaron eco los argumentos de los compostelanos, puesto que un canónigo de Jaén, el licenciado Pedro de Losada y Quiroga, escribió y dió á la prensa en 1628 la *Defensa del único y singular patrono* de Santiago, que no quedó sin la que á su vez hizo un devoto de la Santa. En el mismo año, la iglesia de Badajoz dirigía al rey una carta impresa en oposición al *pretenso* patronato.

Este asunto, de sí tan delicado y difícil de tratar sin peligro de incurrir en inconvenientes irreverencias y aventuradas apreciaciones, fué llevado también á un lugar donde nunca debió resonar el menor eco de las pasiones humanas: á la cátedra sagrada. Bajo la bóveda de los templos se combatió el exclusivo patronato de Santiago, por el padre Francisco Pimentel y fray Francisco Boil, y en el no escaso número de sermones predicados con tal objeto, llegó el apasionamiento de algunos oradores hasta sostener que el Apostol nunca vino á España, aserto que suscitó nueva y animada polémica, y movió á muchos, en discursos y en obras voluminosas, á probar lo contrario.

A tal punto llegaba esta sensible desavenencia y nada edificante espectáculo, cuando en el mismo año de 1628 aparece el *Memorial* de D. Francisco de Quevedo, en que este célebre escritor se pone al lado de los que mantienen el único y exclusivo patronato de Santiago, como uno de los más fuertes y tenaces campeones de su causa.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

Las maravillas del amor

NOVELA POR ANGEL SALCEDO RUÍZ

(Continuación.)

Por mi mente cruzó una horrible sospecha! Si Remedios se habría atrevido...

Bautista continuó:

—Pues sí, señores; aquella tunanta me dijo que un hombre de estas señas y de las otras, vamos, las de Ud., hasta me recordó la forma y el color del traje que Ud. gastaba, y su estatura, y su color, y todo, en fin... Que un señorito de las mismas señas que Ud. era novio de mi señorita, de Angeles... Y chillaba y gesticulaba como un demonio; y él, señores, bajó al jardín, y cuando se hubo enterado de lo que ocurría se puso hecho un basilisco, y preguntó que qué escándalos eran aquellos. Quería buscarle á Ud., digo, al que yo creí que era Ud., y darle un recorrido... Y lo peor es que se encaró conmigo, y me dijo que todos eran líos míos, y que si Ud., ó el otro, ó el que fuera, me habrían dado una peseta... ¡Una peseta á mí, y por tal servicio! Y crea Ud. que eso fué lo que se creyó en la casa; pues cuando salían las señoritas en los días aquéllos, se miraban y se reían, como diciendo de mí... lo que Ud. puede figurarse, lo que yo no quiero ni pensar; porque bueno fuera que un hombre como yo, bien educado, que se crió en pañales de batista, y que estudió latín y otras cosas, descendiese á representar semejantes papeles... Así es el mundo, y la vida del hombre *militia est super terram;* siempre expuesto á la maledicencia y á la calumnia; y del que, como yo, ha venido á menos, todo se cree fácilmente. Por eso decía el señor Obispo de Sigüenza todas las noches: «Que Dios nos libre de las malas lenguas.» Era su última oración á la Divinidad; y yo en eso, como en otras cuestiones, opino como aquel sábio doctor de la Iglesia.

No me cabía duda. Era Remedios la que de un modo tan insólito me había puesto en ridículo. El ridículo ha sido siempre para mí un espectro terrible; he temblado constantemente ante él. Por no caer en ridículo he cometido en mi vida una porción de ridiculeces. Yo comprendí ó adiviné, ó fantasée (mejor dicho), el inmenso ridículo que sobre mí había caído en aquella casa; que para Angeles y para su familia debía yo ser un conocido, un sér real; pero de una realidad cómica, abrumadora. ¡Cuánto se habrían reído de mí! Primero se indignarían, pensaba yo, ante el escándalo dado en su jardín por una mujerzuela; me recordaron, sí, recordaron la tenaz persecución del Viernes Santo; reconstruyeron mi figura escuálida y mal trajeada; recordaron también algunas de mis apariciones por las cercanías del hotel... Una muchacha, aunque sea tan guapa y discreta como Angeles, no olvida nunca las muestras de amor que ha recibido de los hombres, aunque el amante sea mil veces más despreciable que lo era yo... Y hay más: que toda muchacha agradece interiormente esas manifestaciones exteriores de un afecto que la vanidad femenina tiende á suponer siempre sinceras y leales... Angeles, pues, me conocía, y yo le era en algún modo simpático... Pero de repente se levantaron á su alrededor voces que me denostaban. ¡Qué grandísimo pillo! ¡Debe ser un granuja de esos que abundan por Madrid! ¡Qué desvergonzado! ¡Tan joven y ya tan corrompido! ¡Eso sería, indudablemente, lo que de mí diría Angeles en aquella ocasión! Y después, cuando los ánimos se calmaron, la cosa se tomó á risa. Se diría: ¡Pero habráse visto aquel granujilla! Por darse tono con aquella suripanta vieja, fea como un demonio, la fué contando falsas conquistas amorosas. Grandes carcajadas corearían estos juicios. Y ¡yo era la víctima de ellos!

Estas consideraciones me pusieron en tal estado de ánimo, que se me hacía insoportable por lo largo el tiempo de permanecer allí. Temblaba como un reo de muerte al pensar que de un momento á otro podría descorrerse el visillo de una ventana, y aparecer tras el cristal el rostro de Angeles ó de cualquiera otra de las personas de su familia... Quizás fuera yo en aquel instante objeto de contemplación entre airada y burlona... Un edificio es siempre una emboscada para el que está fuera de él; desde cualquier ventana que al exterior parece cerrada, pueden observarlo impunemente. Yo quería poner fin de cualquier modo, y cuanto antes mejor, á mi conversación con Bautista.

—Es curioso, le dije, cuanto Ud. refiere; y lo más curioso de todo es que Ud. me tomase por el personaje á quien...

—Calla, calla,—dijo Bautista;—pues la cosa no podía ser más natural.

—Pero, ¿era yo acaso novio de Angeles?

—¿Y qué importa eso? Yo no sé si lo era usted ó no lo era. Pero que Ud. quería serlo, es indudable.

Esta salida me desconcertó. Yo creía que Bautista estaba en ayunas por completo de mis pretensiones. Es más: creía que mis pretensiones no habían pasado de pensamientos, que no se habían exteriorizado nunca en ninguna forma. Así fué, que cogido de improvido repliqué con poca diplomacia:

—No recuerdo haberle dicho á Ud. nada.

—Pero Ud., amiguito, ¿me ha tomado á mí por un tonto? ¿Porque me vé Ud. de portero se figura que soy un zascandil? Usted no me ha dicho nada, esa es la verdad, si por decir se entiende hablar; pero en este caso para nada tenía usted que hablar; y es más, si Ud. hubiera hablado, me habría ofendido yo; ¡ahí es nada, venirme á mí con esas embajadas! Precisamente, amiguito, me fué Ud. simpático, y me pareció un buen muchacho por su discreción... Porque ciertas cosas no hay que decirlas, porque se ven... ¿Quería Ud. que al cabo de mis años no viese yo que Ud. estaba enamorado de la señorita Angeles, y que por eso, y nada más que por eso, vino Ud. á trabar conversación conmigo, y por eso andaba Ud. un día y otro día calle arriba y calle abajo, y me cogía las vueltas para entrar en el jardín, é importunaba á mi mujer, y se hacía el encontradizo con las señoritas en el mismo jardín, y hasta de noche, lo cual no me hizo gracia, ni á la señorita tampoco, que ya me dijo: «Bautista, el jardín hay que cuidarlo mejor?» Pero yo hice la vista gorda y respeté la discreción de Ud. A cada edad hay que darle lo suyo; tal ha sido siempre mi axioma. El hombre sin rebajarse puede favorecer lo que es justo. Usted, amigo mío, es joven y la señorita Angeles también; *vere dignum et justum est* que se quieran ustedes sin ofender á nadie, y por supuesto, sin comprometer al portero. Esa es una ley natural, *ordinatio rationis ad bonum commune* una ordenación de la razón dirigida, ó sea enderezada, al bien común de la especie humana... *¿Quién cree Ud. que es Bautista?*... Estoy arrollado, estoy fuera de mi centro; pero lo que se aprende bien nunca se olvida. Por eso dijo el Creador: *Creced y multiplicaos.* Yo no me opongo; respeto profundamente ese precepto, como cuantos dimanan de la Divinidad. Aquí, en donde Ud. me vé, aunque pillo, soy ortodoxo. Crezca Ud. y multiplíquese; está en su derecho, y Bautista nada tiene que objetar. Pero no venga Ud. con líos ni con mujerucas á casa de las personas decentes, que ya eso no es razonable ni decoroso.

La charla insustancial de Bautista me anonadaba. Por un lado comprendía que Bautista no era tan tonto como me había parecido; por el otro sus noticias, dando reales contornos á mis sueños, despojaban á éstos de su mayor encanto que era el misterio vaporoso que antes los envolvía y sublimaba. Persistía además en mí la idea del ridículo espantoso en que había caído.

Quería huir; pero al mismo tiempo no quería irme sin que Bautista desembuchase cuanto supiera, si es que sabía más que lo que había dicho. Y no era empresa corta la de hacer desembuchar á Bautista; porque entre citas latinas, aforismos, reflexiones morales y recuerdos autobiográficos, era capaz el buen hombre de hablar seis horas seguidas sin adelantar cosa de sustancia. Pretendiendo conciliarlo todo, esto es, abandonar aquellos lugares y seguir charlando con Bautista, propuse á éste tomar unas copas en la vecina taberna. No se hizo rogar mi hombre, y á los pocos momentos estábamos uno y otro sentados frente á frente, con una mesita entre ambos, y sobre la mesita la indispensable jarra con Valdepeñas hasta los bordes, y sendos vasitos de cristal á uno y otro lado de la jarra.

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA

—De suerte que usted, Bautista, supo desde luego...

—Todo, todo, hombre de Dios. El que ha sido cocinero antes que fraile, lo que pasa en la cocina bien lo sabe. Los pollos no engañan á los recoberos. Y luego, que la naturaleza tiene sus leyes ineludibles, y cada sér sus exigencias; la juventud del hombre, ya lo dijo el sabio, es inconstante; pero inconstante en elección del objeto amado, no en el amor... Usted sintió la picadura del áspid, y amó... ¡Oh, jóvenes incautos! La mujer es nido de escorpiones, licor venenoso, trampa en que cae el inocente... ¡Si supiéramos lo que perdemos amándolas!... ¿Por qué cree usted que me veo yo como me veo? Yo iba para arriba, yo tenía un alto puesto reservado en los destinos del hombre... No es porque yo lo diga; pero me parece que soy instruído, y que no me expreso mal... Yo hubiera sido canónigo, obispo, qué se yo; por otro camino quizás fuera jurisconsulto de fama... Si, señor, jurisconsulto de fama... Como mi condiscípulo Baltasar Zorrilla, que ahorcó los hábitos, y fué de la Audiencia de Pamplona, y ahora tiene cincuenta reales diarios de jubilación... ¡Ahí es nada!... ¡Cincuenta reales diarios... Por supuesto que eso es un abuso, y que no debía ser así... ¿Sirvió usted? Pues tome su sueldo, y en paz. ¿A qué vienen esas jubilaciones? O á todos ó á ninguno. Yo en este punto, amiguito, soy republicano: nada de jubilaciones. Con los cincuenta reales que de bobilis-bobilis se come mi amigo Zorrilla, y con otros cincuenta que se coma otro, podrían remediarse algo los males de este pobre pueblo... Pero es el caso que yo podría hoy comerme otro tanto que Zorrilla... ¿Y por qué no me lo como? Pues porque me enamoré, sí señor, porque me enamoré, y dejé los estudios, y me embrutecí, sí señor, porque hablando en plata, yo soy un grandísimo bruto, y empecé á rodar de arriba para abajo, y...

No pude aguantar más é interrumpí vivamente á Bautista, llamándole á la cuestión:

—Crea usted firmemente, le dije, que hasta este momento, como á nadie había revelado nada, me figuraba que mis sentimientos eran desconocidos por todos... Confieso mi equivocación, y admiro, entre otras cosas, la perspicacia y discreción de usted Es usted, amigo Bautista, un verdadero diplomático Ahora que ya sabemos todos á qué atenernos, yo le agradecería á usted que me refiriese C por B cuanto Angeles y su familia hayan dicho de mí, y acerca de mis sentimientos que no me atrevo á calificar de pretensiones.

Bautista me miró fijamente, y dijo:

—¿Qué quiere usted que yo le diga? ¿Acaso con el portero se iban á poner las señoritas en conversación ni acerca de usted ni de nadie?...

—Pero algo habrá oído usted.

—Poco ó nada. Yo nunca pregunto, ni me gusta ponerme á escuchar. En cambio soy muy observador. Mire usted, cuando yo estaba en en el Seminario...

—Vamos, vamos. Luego me referirá usted eso. Y ¿qué ha observado usted?

—¿Se quiere burlar de mí? Lo que usted sabe mejor que yo.

—Yo se lo juro á usted, Bautista, no sé absolutamente nada.

—Vamos. Quiere usted hacerse el chiquito. ¿Acaso usted no sabe que paseaba la calle un día y otro día?

—Sí, eso sí; pero no sé más.

—Y ¿usted no sabe que Angeles se ponía detrás de los cristales siempre que paseaba usted la calle, y que se hacían ustedes señas, usted desde ahí enfrente, y ella desde el balcón?

No supe que responder. Comprendí que diciendo la verdad á Bautista, esto es, negando lo que él afirmaba, no me creería, y además (y era lo más lamentable para mí) quizás pusiera término á su historia que, como comprenderéis, me interesaba vivamente. Así fué, que me limité á decir:

(*Se continuará.*)

Habiendo estado en un sepulcro algunos meses.

Nuestros lectores recordarán el interesante capítulo *Vuelto á la vida* con que el novelista inglés Charles Dikens empieza «Un cuento de dos ciudades». Casos ocurren en otras partes, que interesan y sorprenden casi tanto como el del prisionero de la Bastilla. En que consiste el secreto de la vida y de qué modo puede someterse á la influencia de un agente conocido por el hombre, es el problema más interesante que tiene que resolver la inteligencia humana. Dejando á un lado ejemplos pertenecientes á lo que se llama la edad de los milagros, podemos dar por seguro que no se ha probado caso alguno de una persona, que estando muerta haya resucitado; pero hay casos en que se ha hecho muy poco menos, y esto puede inspirarnos casi tanta admiración.

Citamos como ejemplo los siguientes hechos:

Hace años que la mujer de William Crocker, South, Tarmington, Nueva Escocia, empezó á sentirse mala. Ni ella ni sus amigos comprendían los síntomas. Tenía mucho dolor de cabeza, mal gusto de boca, las manos y los piés fríos. La piel tomó una apariencia amarillenta ó cobriza y se puso triste, soñolienta é indiferente á cosas que siempre le habían interesado Andando, se observaba algunas veces que vacilaba y tenía que agarrarse de lo que tenía más cerca para no caerse. Con frecuencia tenía náuseas y vomitaba sin causa aparente, sufriendo de extreñimiento, y en la boca un gas caliente y ofensivo. En el otoño de 1884 perdió la salud por completo. Se quejaba de un dolor violento alrededor del corazón y respiraba con dificultad. También tenía un dolor en el costado y mucha debilidad y sensaciones desagradables en la parte inferior de la espalda.

Se puso bajo el cuidado del mejor médico de la localidad, que le hizo un reconocimiento cuidadoso y dijo que el caso podía resultar muy difícil, dándole muy pocas esperanzas «Todo lo que yo puedo hacer,» dijo, «es probar los remedios á mi alcance y esperar en el resultado.» En el espacio de tres meses sus mayores esfuerzos no produjeron ninguno.

No tenia apetito y era admirable que pudiera vivir. Se había puesto tan nerviosa y excitada, que el menor ruido la asustaba como á un niño asusta un cañonazo. Hasta el ruido ordinario de una conversación parecia que la volvia loca. Habia estado gruesa, pero perdidas las carnes, parecia una mera sombra de aquella arrogante mujer, la envidia de muchas en otro tiempo. Viendo que nada se adelantaba con el tratamiento actual, se buscó á otro médico, que hizo cuanto pudo durante cuatro meses. *En todo este tiempo no pudo dormir nunca sin tomar opio.* Tal era su estado, que lo que deseaba era morirse y sus parientes estaban convencidos de que este era el único alivio que habia que esperar. Alguna vez, sin embargo, la enfermedad parecia ceder en un corto intervalo, y entonces la pobre enferma podia leer algunos minutos. En una de estas ocasiones tomó una vez un periódico y al pasar la vista por sus columnas encontró un artículo que describia una medicina llamada Jarabe curativo de la Madre Seigel. Aunque lo que en él se decia no le inspiraba gran confianza mandó á San Juan por una botella, sin decir al médico lo que habia hecho. Después de un par de tomas de la preparacion, vió con gran sorpresa y alegria que le habia hecho un efecto inmediato. A los pocos días podia dormir sin tomar opio y por la primera vez en algunos meses sintió un apetito natural. Lo que comía se lo llevaba el estómago y apenas le daba el menor trabajo.

Renaciendo en ella la esperanza dijo lo que habia hecho, despidió al médico, mandó á Halifax por seis botellas más y lo siguió usando todo el invierno de 1884-85. Se mejoró con rapidez, y al poco tiempo, citando sus palabras: «*Me sentí como si hubiera vuelto á la vida habiendo estado en un sepulcro algunos meses.*» Para cuando llegó la primavera ya podia atender á su trabajo. Ahora tiene 63 años, está buena, ya probable que llegue á una edad avanzada. En una carta reciente la Sra. de Crocker relata su historia con un entusiasmo, que no puede ponerse en letra de imprenta, y dice que debe su restablecimiento desde las mismas puertas del sepulcro al misterioso poder de la medicina que halló descrita en un periódico.

Si el lector se dirige á los Señores A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales, Frasquito, 8 reales.

PREGUNTA Y CONTESTACIÓN

—¿Quieres el chito ó el hongo?
Me dijo ayer Asunción.
—Voy á labarme: *jabón*
de los **Príncipes del Congo.**

Jabonería VICTOR VAISSIER.—París.
De venta en las principales perfumerías.
Depositario: Meliton Boldú, 87, Valverde, Madrid.

MADRID
Establecimiento tipográfico de FELIPE PINTO, Bola, 2
1891

Perfumes muy finos y permanentes para el pañuelo á *7 reales* frasco; la *Mimosa, Heliotropo blanco* y Violeta de Parma, á *2 pesetas.*

Agua de Colonia florida, de higiénico y agradable perfume, *3 pesetas* medio litro, frascos desde *una peseta.*

Jabones finos que no estropean la piel, á 6 y 8 reales caja con tres pastillas.

PERFUMERIA THOMAS
Calle Mayor, 36
á la derecha, entrando por la Puerta del Sol.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK



Querido enfermo. — Pruebe Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así existirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.



ADOPTADOS DE REAL ORDEN POR EL MINISTERIO DE MARINA

PREVIO INFORME DE LA JUNTA SUPERIOR FACULTATIVA DE SANIDAD

RECOMENDADOS POR LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE GRANADA

CURAN INMEDIATAMENTE como ningun otro remedio empleado hasta el dia toda clase de

INDISPOSICIONES DEL TUBO DIGESTIVO,

VOMITOS Y DIARREAS, DE LOS TÍSICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS,

COLERA, TIFUS, DISENTERIA,

VÓMITOS DE LAS EMBARAZADAS Y DE LOS NIÑOS,

CATARROS Y ULCERAS DEL ESTOMAGO,

PIROXIS CON ERUPTOS FÉTIDOS, REUMATISMO Y AFECCIONES HÚMEDAS DE LA PIEL.

Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados, que son la admiración de los enfermos; ninguno tan verdad como nuestros INALTERABLES Y MARAVILLOSOS

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO

Cuidado con las falsificaciones é imitaciones porque no darán el mismo resultado

Exigir la rúbrica y marca de garantía.

De venta en todas las farmacias y droguerías de España y Ultramar.-Vivas Perez, Almería

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

OBRA NUEVA

QUIEN MAL ANDA, ¿CÓMO ACABA?

novela por D. MANUEL POLO Y PEYROLON

Componiendo un volúmen elegantemente impreso de 312 páginas en 8.°, acaba de publicarse con el retrato y apuntes biográficos del autor, notas biográficas acerca de sus libros y un hermoso prólogo ó artículo crítico de D. Jerónimo Forteza. El barón de Benirrafol, cuyo estudio se hace en la novela, es uno de tantos solterones que pasan regocijadamente la vida de flor en flor, como las mariposas, comiéndose su fortuna y divirtiéndose, sin cuidarse para nada de la muerte, la cual lo sorprende repentinamente, poniendo triste término á sus alegres disipaciones.

Véndese, al precio de **2 pesetas** ejemplar, en casa del autor (En Bou, 7, segundo, Valencia), y en todas las librerías católicas.

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mercias, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc.. etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40 SALVADÓ Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

Establecimiento de la Casa real de Baviera para Vidrieras de Colores

F. X. Zettler, Munich, Baviera



Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo.

Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Búrgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Orden.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.

Se ruega fijar la atención en el nombre y dirección de la casa, pues no existe otro Establecimiento de la Casa real para Vidrieras de Colores que el arriba mencionado

POLICARPO RUIZ

13—Tacometreros—13

En esta antigua y acreditada casa encontrará el público un gran surtido en camisería, lanería, lencería, géneros de punto, pañolería, merinos, ropa blanca, corsés, estameñas para hábitos é infinidad de artículos.

Grandioso surtido en percales á REAL, REAL Y MEDIO y DOS REALES. Vuelas fantasía, todo lana, á peseta; batistas y céfiros, á 0'60. Lanas novedad, doble ancho, á 0,75. Piezas tela blanca, 24 varas, á 6 pesetas.

Grandes surtidos.—Precios económicos

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

DISCURSOS ACADÉMICOS

DE

D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Componen este volúmen en 8.° que, elegantemente impreso, acaba de publicarse, los diez discursos que siguen: *Elogio de Santo Tomás de Aquino.—Apostolado de la mujer en las sociedades modernas.—Místicos amores de Santa Teresa de Jesús.—Elogio biográfico del Papa León XIII. - De la verdadera forma primitiva y actual del Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.—El naturalismo en la novela.—Ignorancia religiosa é idolatría científica de los enemigos del Catolicismo.—Las Conferencias de San Vicente de Paul y la cuestión social.—Triple corazón del socio perfecto de las Conferencias de San Vicente de Paul.*

Al precio de **2 pesetas** ejemplar, se vende en todas las librerías católicas.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVI.—TOMO XIV | NÚMERO 18.—Madrid 30 de Septiembre de 1891 | NÚMERO SUELTO, UNA PESETA



La Concepción de Juan de Juanes

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Oviedo.—*Boletín religioso*, por J. F.—*La enseñanza católica de la mujer*, por Antonio Ballón de Unquera.—*Los dos huérfanos*, por Esperanza Orrea.—*Bibliografía*, por Francisco Jiménez Campaña.—*La cuestión del cuadro «Santa Isabel» reina de Hungría*, por Gustavo Fores.—*Santa Teresa de Jesús y D. Francisco de Quevedo*, por Angel Lasso de la Vega: *(conclusión)*.—*La familia cristiana y la Orden tercera de San Francisco*, por Carmelo de Echegaray.

GRABADOS

La Concepción de Juan de Juanes.—Selgas.—Van-Dick y el conde de Bristol: (cuadro de Van-Dick.)—Un desahucio.—Apuntes y recuerdos de Montserrat.—Después del lance.—La venta de un caballo.

LA QUINCENA

Con el último día de Septiembre, puede decirse que termina el verano; la paga que se cobra en los primeros de Octubre ya es en parte para gastos de invierno. Los estudiantes vuelven á los *duros, pero honrosos bancos del aula*, que decía Camús; los tribunales están en funciones desde el 15 de Septiembre; se politiquea en el salon de conferencias y en el despacho del Ministro de la Gobernación. Los que no han regresado aún, merecen ya la nota de retrasados, que es nota *chic*, de suma elegancia: se les supone en París, y suponerle á uno en París, ya es suponerlo algo, tramposo ó millonario, que son las dos profesiones que hoy merecen á las gentes mayor consideración. Lo mismo aprecia nuestra sociedad al que tiene un millón, que al que lo debe. Eso sí, para deber hay que deber mucho: no vale deber 10 000 reales. ¡Infelices de los que adeudan sumas insignificantes! ¡Dichosos los que deben millones!

* * *

Ahora los comerciantes ya no se quejan de que sus parroquianos estén fuera, cantinela que con el zumbido de las moscas es la armonía que nos regala Madrid durante el verano á los que no tenemos la felicidad de abandonarlo. Se lamentan en cambio del poco dinero que á sus dichos parroquianos ha quedado después de tanto dispendio y derroche por playas y montes. Y también se querellan del contrabando de géneros que durante el verano se hace por la frontera francesa. ¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio. Yo he oido decir, aunque no puedo asegurarlo, que algunos de esos comerciantes que truenan contra el contrabando veraniego, reciben en sus almacenes durante el invierno abundantes géneros de contrabando. ¿Será cierto? Lo que es indudable respecto al comercio madrileño, es que la inmensa mayoría de los géneros que espende, es extranjera. Por eso algunos murmuran que á los comerciantes de Madrid mejor cuadraría que este título el de revendedores.

* * *

La primera quincena de Octubre es fecundísima en funciones y solemnidades religiosas de primera magnitud, y de esas que despiertan en el ánimo de los católicos las más dulces y profundas emociones. El día 4 es la fiesta del Rosario, cuya tradición piadosa se enlaza con Santo Domingo de Guzmán, y cuya tradición patriótica nos trae á la memoria uno de los recuerdos más gratos á todo español; el de Lepanto. Santo Domingo es el Santo español por excelencia; el apóstol de lengua de fuego; intolerante con la herejía; valiente hasta el heroismo y el martirio; Lepanto es la cúspide de nuestra grandeza nacional; el rosario es la devoción de nuestros hogares; la más arraigada en el corazón de los españoles; la más fecunda quizás en gracias espirituales; la que caracteriza á las familias católicas.

En los buenos tiempos antiguos, en todas las casas españolas se rezaba el rosario en comunidad de amos y criados. Hoy se ha perdido en gran parte tan hermosa costumbre. No existe fraternidad alguna entre el señor y su siervo. Resucita la esclavitud pagana; no faltarán Spartacos.

¡San Francisco de Borja! ¡Otro santo español que recuerda toda una época de grandezas! La tradición, ó por mejor decir, los noveleros de la historia, han fantaseado de lo lindo acerca de sus años de seglar, y especialmente sobre sus relaciones con la virtuosísima emperatriz Isabel, la esposa augusta de Carlos V. Fué siempre el duque de Gandía modelo de caballeros cristianos, y mucho antes de ingresar en la Compañía ya se le llamaba *el santo* en la corte del César Carlos. Su espíritu huyó del siglo, y se refugió en la celda, no arrepentido de crímenes que jamás cometió, sino anhelante de mayor perfección moral, deseando llegar pronto y de un vuelo á la cumbre de las virtudes cristianas. Y llegó; el que en el siglo fué un angel, en el Colegio de Jesuitas fué un serafín.

La fiesta del Pilar, por último, ¿qué emociones no despierta en todo corazón español? Esa sublime tradición es para nosotros los españoles un *palladium*, un seguro que nos garantiza nuestra fe y nuestra independencia nacionales contra las eventualidades del porvenir. Jamás perecerá la Religión en nuestra España; esta promesa es inmortal, y no perecerá nunca.

* * *

¡Salud, estudiantes! Ya regresásteis de vuestros hogares, bendecidos por vuestras madres, para volver á emprender la senda que os ha de conducir algún día á los destinos que os tenga reservado el cielo. Miles de seducciones han de saliros al paso, y tratar de obstruiros el camino; la vil pereza, la vanidad, la gula, la lujuria, todos los vicios y pasiones, han de tratar de disputaros el triunfo. Pero ya lo sabeis; la victoria es sólo de los que perseveran hasta el término. Nosotros, en este día en que reanudais vuestras tareas y vuestros nobles combates, os saludamos cordialmente... Y ¡si viérais con qué melancolía os vemos entrar en las aulas! ¡Oh qué felices éramos cuando nos contábamos entre vosotros!

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES.

GRABADOS

La Concepción de Juan de Juanes. (Pág. 281).

Si han existido artistas que hayan sabido interpretar rectamente en sus obras el sentimiento religioso, es Juan de Juanes, uno de los más insignes que han florecido en el mundo. No una vez, sino muchas, se han dedicado las páginas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA al justo elogio del gran pintor valenciano. Y es gloria de nuestra publicación la de haber divulgado el descubrimiento de uno de los más lindos retablos de Juan de Juanes, el que se conservaba en la Iglesia parroquial de Bocairente arrumbado en un desván con multitud de trastos viejos. De dicho descubrimiento artístico dió cuenta en nuestras columnas su mismo autor, D. Francisco J. Belda y P. de Nueros, en hermoso artículo descriptivo. Hoy ofrecemos á nuestros lectores otra muestra gallarda del talento y sentimiento artísticos de Juan de Juanes: su celebrada Concepción.

Este sacrosanto Misterio de nuestra religión, si bien no ha sido declarado dogma de la fe católica hasta época muy reciente por el inolvidable Pontífice Pío IX, fué siempre creído piadosamente por la mayoría del pueblo cristiano, y con especialidad en la nación española, de antiguo consagrada por actos expontáneos y solemnes de sus católicos Príncipes al culto de la Concepción Inmaculada. Y este culto fué constantemente entre nosotros un raudal de afectos purísimos para el pueblo, y raudal también de inspiración para nuestros poetas, pintores, escultores y demás artistas. La naturaleza misma del Misterio obligó desde luego á los pintores á buscar para su representación gráfica una forma simbólica; y en esto tuvo ancho campo la fantasía, que buscó y encontró en efecto formas delicadísimas, poéticas y expresivas para simbolizar el alto Misterio que se intentaba celebrar. Sería muy interesante estudio histórico y artístico el que abrazase el de todo ese simbolismo desde la Edad Media hasta Murillo, que fijó, por decirlo así, la forma eterna representativa del Misterio adorable, en cuya virtud preparó el Eterno Padre para su Hijo Unigénito una morada digna en la tierra.

El insigne jesuíta P. Moga ha demostrado que el célebre cuadro de Valdés que se conserva en la Catedral de Sevilla, titulado de la *Gamba*, no es otra cosa sino una representación simbólica de la Concepción de María. En los altos y bajos relieves de las Catedrales de la Edad Media, abundan composiciones que no tienen otro asunto ni tendencia.

El cuadro de Juan de Juanes se parece mucho á los bellísimos de Murillo. El Misterio, como en los del famoso sevillano, está simbolizado en una niña de rostro angelical, en una Virgen de infantiles, purísimas facciones, animadas por una expresión inefable de místico fervor. Nada tan bello, ni que hable al alma tan elocuentemente, como esa expresión de serafín que supo Juan de Juanes comunicar á la imagen sagrada de María. Está rodeada la celestial figura de cuadritos que conspiran todos á la más exacta representación sensible del sublime Misterio. Lo mismo en estas composiciones accesorias que en la principal, resplandecen las cualidades del pintor insigne que supo hermanar admirablemente el misticismo propio de los artistas medio évicos con la corrección de dibujo y vigor de colorido que caracterizan el arte del Renacimiento, ya iniciado y aun desarrollado en el tiempo en que floreció Juanes. La impresión que producen al espectador los rostros pintados por este artista, es profunda y duradera, y de las que elevan verdaderamente el ánimo á las esferas ideales de la belleza suprasensible y eterna. Cuando vivía y trabajaba Juanes, todavía el procedimiento pictórico no había progresado, como lo efectuó después, y el arte conservaba aún algo de la infantil manera de la Edad Media. Pero esta circunstancia aumenta el mérito de Juanes, que con trabajosos procedimientos consiguió resultados tan grandes y de una hermosura tan acabada.

Selgas. (Pág. 284).

Pocos años van transcurridos desde la muerte de Selgas, y ya puede afirmarse que tan éximio escritor ha conseguido el seguro de la fama inmortal, de esa que no dan los gacetilleros á comilona por bombo, ni el compadrazgo político crea y desarrolla en la atmósfera viciada del comité y en las serviles columnas de la prensa de partido, sino de la fama de buena ley que concede la desinteresada y justa posteridad á los que por títulos adecuados se hacen acreedores á ella. Para Selgas empezaron ya esos tiempos de reparación; sus obras se leen hoy más que cuando él vivía; pasa por autoridad indiscutible en materias de lenguaje; su mérito es reconocido universalmente; su nombre se pronuncia con respeto por todos. Y esa gloria es de las que tiran á crecer, y crecerá á medida que pasen los años. Para los venideros, Selgas será un clásico del siglo XIX.

Fué Selgas de humilde linaje y pobre cuna. Nació en los encantados vergeles murcianos, y vino á Madrid, como tantos otros, en busca de renombre y de dinero. No sabía una palabra de ninguna ciencia, ni aun de la del idioma que con tanta soltura y gallardía manejaba. Pero Selgas lo que no sabía lo adivinaba. Su talento era tan agudo y perspicaz, que no había para él misterio ni secretos en cuan-

las cosas caen bajo la jurisdicción intelectual del hombre.

Católico sincero y fervoroso, Selgas propendía, naturalmente, á los partidos tradicionalistas. Indudablemente, hubiera figurado en el carlista á tener algo más de dinero que le hubiera permitido vivir con independencia. Pero afiliarse á un partido como el carlista que ya en 1854, cuando empezó á figurar Selgas, estaba desheredado *ad perpetuam* del poder, es cosa que sólo pueden permitirse ó los muy ricos como el marqués de Cerralbo, ó los artesanos y campesinos, que sólo pueden esperar de los Gobiernos el recibo de apremio y la contribución cada vez más crecida. No tratamos en vida al insigne Selgas, y sentiríamos ofender su memoria suponiendo lo que suponemos; pero á nuestro juicio, fundado en la lectura desapasionada, mejor dicho, entusiasta, de las obras de Selgas, este gran escritor fué carlista de corazón, y por su gusto hubiera sido cortesano de la Magestad Caída y demás oficios sublimes á que se dedican los partidarios de la Ley Sálica. Pero Selgas necesitaba comer y pagar casa, y mantener á su esposa é hijos, todo lo cual, aunque á ciertos héroes no les parezca así, es cosa legítima y propia de varones como Selgas, y resultó de este modo que trazando una línea media entre sus opiniones y sus necesidades, si no fué jamás liberal, tampoco carlista, resultando moderado, muy moderado, un verdadero católico y un verdadero español, y un verdadero monárquico también. ¿Obró mal Selgas? Nosotros, escribiendo quizás con demasiada franqueza, opinamos que hizo perfectamente, y que cumplió con todos sus deberes de ciudadano y de hijo sumiso de la Iglesia, amén de los de esposo y padre. Selgas no había recibido del cielo ninguna misión especial que cumplir al efecto de arreglar el mundo y las cosas de España. Recibió únicamente la misión general que todo escritor trae á la tierra, ó sea la de moralizar, instruir y deleitar honestamente á sus semejantes, y esa misión la cumplió á maravilla y como ninguno, que no hay obras como las de Selgas, tan morales, instructivas y deleitosas.

Soldado de la Iglesia y de la patria fué Selgas en la gran contienda de los tiempos modernos, y su pluma una maravillosa espada que fascinaba con su brillo y hería con su afilada hoja. Sus artículos, coleccionados en libros admirables que llevan por títulos *Hojas sueltas*, *Más hojas sueltas*, *Delicias del Nuevo Paraíso* y otros semejantes, son modelos en su género, aceradas diatribas contra el conjunto de instituciones, cosas y personas á que llamamos «civilización moderna,» y joyas literarias de subido precio. No es aventurado decir, que desde Quevedo nadie había vuelto á escribir de aquel modo en castellano, y que nadie escribió hasta que apareció Selgas. Toda la gracia de Quevedo tenía Selgas, en efecto, y como Quevedo era escritor castizo de buena ley, no arcaico é imitador de los antiguos clásicos, sino clásico moderno que sabía acomodar su prosa á las exigencias y necesidades de la época en que vivía. Por eso algunos le han supuesto devoto de la forma francesa, confundiendo lo ligero y festivo, que es cualidad general y propia de todos los idiomas con el *spirit* transpirenáico. Selgas, aunque escribía en párrafos cortos, no era francés, como no fué español Bossuet porque escribiese en párrafos largos. Ingenio profundamente español, Selgas sentía y escribía en castellano, y puede pasar por autoridad en materias de idioma.

Como era muy aficionado á *la frase*, han creído algunos observar entre Karr y él un parentesco semejante al que en otro terreno une á Heine y á Becquer. Pero los que así han hablado, afectan no recordar que entre nuestros clásicos, desde Cervantes hasta Saavedra Fajardo y Quevedo, abundaron los *frasistas*, y que la índole misma de nuestro idioma convida á la *frase*. Sólo con algunas de las que emplearon los maestros del siglo de oro, está casi lleno nuestro Diccionario. Basta concurrir á cualquier tertulia, para ver cómo brotan frases y frases de los labios de cualquier persona medianamente ingeniosa. No tuvo, pues, Selgas necesidad de acudir á Alfonso Karr para crearse su estilo tan castizo como brillante, verdaderamente deslumbrador. Cuando Selgas decía que *la cara es una cosa en que todos tenemos puestos los ojos*, y cuando aseguraba *que los vagos viven porque no tienen sobre qué caerse muertos*, era frasista y gracioso á lo español, y ni su fraseología ni su gracia tenían nada que ver con Karr ni con ningún otro escritor extranjero.

Como novelista es Selgas inferior á como articulista. Ni *La Montaña de oro*, ni los cuentos ó novelas cortas, pueden compararse á otras creaciones similares de contemporáneos suyos, Alarcón y Fernan Caballero, v. gr. Brillantísimo es el estilo de las narraciones de Selgas, rectísima su tendencia moral; abundan en ellas los pensamientos elevados y las imágenes pintorescas y graciosas; no faltan caracteres bien delineados, y hay páginas perfectas, finalmente, que revelan al gran escritor de las *Hojas sueltas*; pero en conjunto resultan demasiado diluídas y algo confusas, quizás por multiplicarse en ellas los incidentes á la acción principal, embarazosos y perjudiciales á la belleza total de la composición artística.

Pero si como novelista no alcanzó Selgas la primacía, en cambio, como poeta, es uno de los más expontáneos, flexibles y sentidos que han inspirado en este siglo las musas castellanas. ¡Qué pompa de color, y qué perfume tan penetrante y grato el de sus descripciones de las flores en *La Primavera y el Estío*! Para el teatro también escribió, y obtuvo justísimos éxitos.

En su vida privada fué Selgas un varon verdaderamente ejemplar, católico fervorosísimo, caballero intachable, amante esposo y padre solícito, como pocos, del bienestar de sus hijos. En sus amigos ha dejado esa tristísima, pero buena memoria que dejan tras sí los elegidos. Todos los católicos le debemos gratitud imperecedera. Sus amigos y admiradores costearon después de su muerte una edición completa de sus obras, esmeradamente impresa en los talleres de Pérez Dubrull (¡otro muerto de recuerdo inolvidable para los católicos!), y esa edición es hoy el patrimonio principal de los hijos de Selgas. ¡Deber nuestro es procurar que aumente ese patrimonio! Y si así lo hacemos, cumpliremos también el deber de divulgar las buenas lecturas, y de contribuir al progreso de las bellas letras.

Van-Dick y el conde de Bristol. (Cuadro de Van-Dick). (Pág. 285).

En nuestro número anterior publicamos un artículo de nuestra joven colaboradora la señorita doña Esperanza Orrea, acerca de la infancia y primeros pasos artísticos de Van-Dick. Hoy reproducimos uno de los celebrados lienzos del insigne discípulo de Rubens, que se guarda en el Museo del Prado, y que es precisamente el retrato auténtico del pintor, junto con el del Conde de Bristol, su protector. El vigor del gran maestro campea en las dos cabezas de los personajes retratados, y la inteligente fisonomía de Van-Dick no es lo menos admirable de esta joya del arte.

Un Dominico. (Pág. 288).

De seguro que agradará á nuestros lectores la severidad ascética de esta figura de religioso, contemplando en la calavera que sostiene en su diestra, el símbolo de lo deleznable y caduco de la vida humana: flor de heno, á la mañana fresca, y seca á la tarde; lucero que brilla un momento, y luego se apaga en la insondable obscuridad del firmamento. El pensamiento de la muerte es fecundo en resultados para la vida. Quien piensa con frecuencia en su último é irremediable fin, es más virtuoso, más amigo de Dios, y por Dios de los hombres, que el que olvida ese trance, por el que han de pasar inevitablemente todos los nacidos. Pensar en la muerte nos conduce por la mano á pensar en la inmortalidad, en la vida eterna. La muerte es una mentira: no hay muerte, no hay más que la transformación del sér humano; los elementos orgánicos que forman el cuerpo, entran en el gran laboratorio de la naturaleza para constituir nuevos organismos; el espíritu, libre de su envoltura terrestre, queda en las manos de Dios, y empieza para él una vida nueva. «Morir, para quien muere en Jesucristo, escribió Aparisi, es saltar al bajel que aborda á las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.»

Apuntes y recuerdos de Montserrat. (Pág. 289).

Montserrat, la maravilla de la Naturaleza, la montaña sagrada de Cataluña, el imponente y magnífico escabel de Nuestra Señora, es para los catalanes, y en general para todos los españoles, uno de esos lugares venerandos al que se ligan los recuerdos más gratos al corazón, las más consoladoras esperanzas, las glorias más puras de la patria. En Montserrat, escribió un crítico racionalista (don Francisco de P. Canalejas), la Naturaleza vence á la historia con ser esta última tan gloriosa; pero la religión vence á la historia y á la naturaleza. Sentimiento religioso es, en efecto, el que inspiran aquella formidable montaña y aquel solitario templo, y aquella imagen de Nuestra Señora venerabilísima, que hace tantos siglos recibe en su magestuosa y augusta soledad el culto de todo un pueblo.

La historia del santuario de Montserrat, es la historia del Principado de Cataluña, y el culto á la Virgen de la Montaña impreso está en todo corazón catalán digno de tal nombre. Desde su trono de piedra recibe allí Nuestra Señora la adoración de cuatro poderosas provincias españolas, las más ricas quizás por ser las más trabajadoras de cuantas componen la gloriosa monarquía de San Fernando y de don Jaime el Conquistador, de Fernando V y de Isabel la Católica.

Nuestro grabado representa una serie de vistas de los paisajes de Monserrat y de las ermitas que en aquellas abruptas soledades ha ido erigiendo la piedad de sucesivas generaciones.

Después del lance. (Pág. 292).

La venta de un caballo. (Pág. 293).

Hé aquí dos cuadritos de género ó de costumbres: el primero es de malas costumbres, por estar inspirado en la absurda, brutal y sanguinaria del duelo, residuo de los tiempos bárbaros que debiera humillar á nuestra decantada civilización moderna.

ANTONIO DE OLMEDO.

Boletín religioso

Almanaque religioso (primera quincena de Octubre.

1. Juev. El Santo Angel tutelar de España, y San Remigio, obispo.
2. Vier. S. Saturio, ermitaño, y S. Leodegario, obispo y martir.
3. Sáb. S. Cándido, martir, y S. Gerardo, abad.
4. Dom. XX después de Pentecostés. Nuestra Señora del Rosario y S. Francisco de Asís, fundador.

Indulgencia plenaria tantas veces cuantas se visite la capilla del Rosario en cualquier iglesia del Orden de Santo Domingo, ó en otra donde se halle canónicamente establecida.

5. Lun. S. Plácido y 32 compañeros mártires, San Froilán y S. Atilano.
6. Mart. S. Bruno, fundador.
7. Miér. S. Marcos, Papa, y S. Sergio y compañeros mártires.
8. Juev. Santa Brígida, viuda, y S. Simeón, profeta.
9. Vier. S. Dionisio Areopagita, obispo y martir.
10. Sáb. S. Francisco de Borja y S. Luis Beltrán. —*Indulgencia plenaria* como en 23 de Enero.
11. Dom. XXI después de Pentecostés. Nuestra Señora del Remedio, San Fermín y San Nicasio, obispos.
12. Lun. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, S. Félix y S. Cipriano, obispos y mártires, S. Serafín, confesor, y los beatos Camilo, Constancio y Agustín Ota, de la C. de J., y compañeros mártires.
13. Mart. S. Eduardo, rey de Inglaterra.
14. Mier. S. Calixto, Papa y martir.
15. Juev. Santa Teresa de Jesús, fundadora, compatrona de las Españas.

CUARENTA HORAS

1. Parroquia de San Jerónimo.
2, 3 4. Iglesia de San Francisco el Grande.

5, 6. Iglesia de San Pedro de los Naturales.
7, 8. Religiosas de Santa Catalina.
9, 10. Iglesia de Jesús Nazareno.
11, 12. Escuelas Pías de San Fernando.
13, 14. Iglesia de Nuestra Señora de Monserrat.
15, 16. Parroquia de Santa Teresa (Chamberí).

J. F.

La enseñanza católica

DE LA MUJER

Equivocados están ciertos pensadores, al afirmar que antes de nuestros días nadie se preocupaba de la instrucción de la mitad del género humano, en los países católicos. Y si cultivasen algo más la historia de los libros y no la de los discursos y *clubs*, verían sobradas pruebas para convencerse. No fueron jamás los pueblos cristianos como los gentiles (griegos y romanos entre otros, para que no nos dejen mentir); hablando de la instrucción del bello sexo. Cornelio Nepote nos lo asegura; encerradas en el *gineceo*, ¿cómo habían de ir á las escuelas y Academias? Creíase más bien que las mujeres de mala conducta y las libertinas eran las que debían instruirse para ser amigas de Sócrates y Pericles, y no castas esposas de hombres honrados. La Iglesia, al llamar devoto al sexo femenino, jamás le quiso ignorante. ¿Se ha pensado alguna vez en los varios conocimientos que supone atesorados el retrato de la *Mujer fuerte*, conservado en las páginas de la Sagrada Escritura, y que sirvió á nuestro Fr. Luis de León para bordar sobre él las primorosas páginas de la *Perfecta casada*? No, seguramente; los que á sí mismos se llaman y se dejan llamar *pensadores*, no suelen apacentar su alma con lecturas de aquella índole. Sólo con atender á que lo devoto no es, no puede ser lo supersticioso ni lo hipócrita, comprenderáse fácilmente que la mujer debe ser instruída, y con sana instrucción, para no incurrir en semejantes vicios y pecados.

El Salvador escogió á una mujer para que enseñase á los Apóstoles lo que debían saber, después de la gloriosa Resurrección entre los muertos, acerca del paradero del Divino Maestro, y Dios ha colocado en cada familia una madre, para que forme en la Religión el alma de sus pequeñuelos. Se ha observado—decía Napoleón—que los grandes hombres han tenido madre de excepcional mérito; y la misma observación se había hecho respecto á los hombres piadosos y verdaderamente cristianos. Como que á la madre compete la educación doméstica, es natural que ella sea la primera quizá en el camino de la Religión y de la vida futura; la primera persona que dé á conocer al niño que tiene un alma inmortal, y que es indispensable cuidar de ella como Dios ha prescrito, y no de otra suerte, para asegurarle ese inmoral destino.

Los padres descansan en sus consortes de una gran parte de esa tarea, aunque harían mal si se considerasen completamente relevados de ella. Y también los maestros suponen esta común labor, aspirando, cuando más, á ser continuadores de la misma. Lo peor que puede suceder á los padres, á los hijos y á la sociedad en general es que se establezca una lucha, ó siquiera se dibuje una contradicción entre la enseñanza del hogar y la de la escuela; y precisamente á esto tienden los esfuerzos todos de los reformadores, que nada pueden hacer sobre la primera educación de las madres católicas, y dirigen sus baterías á las lecciones que se dan en las escuelas.

Para ello oponen al tipo de la *mujer fuerte*, el de la mujer emancipada, que verdaderamente es y se manifiesta más débil que aquélla. Todos los frenos á la libertad mal entendida llegan á desaparecer de esta suerte, y las diferencias que naturaleza puso entre ambos sexos se desatienden ó se olvidan. La Religión empieza afirmando y continúa siempre manteniendo la distinción, no pudiendo estar más de acuerdo con lo que dicta la sana filosofía. La enseñanza, como el régimen de la vida en general, debe apropiarse, como la edad, al sexo. Sobre este principio organizó la Iglesia sus escuelas. Según el célebre P. Lacordaire, en la *Vida de Santo Domingo de Guzman* dedicó éste toda su atención á la enseñanza de las niñas, procurando libertarlas de la herejía albigense; y con ellas multitud de almas inocentes, que de otra suerte hubieran caído en sus redes y en el abismo de la perdición eterna. Y es que la educación cristiana, como la vida católica, importa una eternidad cuyo valor es incalculable.

No extrañeis, queridos lectores, que la educación católica de las niñas sea hostilizada y perseguida sin tregua, porque los impíos saben lo que vale la instrucción, tanto como nosotros. Ellos quieren conquistar la generación que viene, porque en ella están las esperanzas de la revolución y de la reacción; la suerte, en una palabra, de la patria. Sin nuestros sucesores, nada sería de nuestras obras, buenas ó malas, nada de las reformas que se intenten, de las revoluciones que se operen, de las mejoras que se consigan, nada de cuanto hagamos nosotros. Si el Gobierno preside á la instrucción, como si se confía á las asociaciones ó á los particulares, preciso es absolutamente influir con los que en esto intervengan, para que la enseñanza resulte adecuada á nuestros propósitos. Y como nuestros adversarios trabajan, forzoso es que nosotros también lo hagamos, á fin de que la sociedad se desarrolle en sentido católico, tanto como lo ha hecho á gusto de los escépticos y de los enemigos de la verdad revelada.

La enseñanza irreligiosa se llama libre, mintiendo ó difamando la libre enseñanza. Hay que quitarle esa máscara con que se cubre, porque la libre puede ser católica, y lo es en muchas naciones para uno y otro sexo. La libre rompe las trabas oficiales, que tal vez han sido preparadas por los no católicos; la libre respeta y hace respetar la autoridad paterna frente á la de un ministro, hechura de un partido é ídolo de una secta, que por ventura le ha elevado á aquel puesto, labrándole su fama. La enseñanza libre católica prepara á los O'Connell, á los Mun, á los Windthorst, ante cuya influencia moral cede tantas veces y se confiesa vencida la material de sus adversarios. La enseñanza libre católica para ambos sexos hará que nos aprovechemos de las pretendidas conquistas de la revolución, y que con



SELGAS

fundamento digamos: *Salutem ex omni deis nostris, et de manu omnium qui oderunt nos*. Lo que necesitamos es no tener ministros católicos á medias, ni católicos de partido que abran la puerta á toda clase de doctrinas para que no prevalezcan las contrarias, porque las malas doctrinas, admitido el principio, como vientos á que daba suelta Eolo:

«*Qua data porta suunt et terras turbine perflant.*»

No olvidemos que los más incrédulos é impíos desean que sus mujeres é hijos sean religiosos. Este deseo es una tácita, pero elocuente confesión de lo que valen las creencias católicas. La reina Blanca, diciendo que prefería ver muerto á su hijo antes que cometiendo un pecado mortal, era una joya para su familia y para la nación francesa; con semejantes mujeres se adquiere cuanta felicidad puede lograrse en la vida, y esas heroínas no se forman fuera de la enseñanza y de las escuelas católicas. Imposible parece que haya padres de familia que deseen la Religión para los suyos y no para sí; mas esta es una de las infinitas contradicciones en que el género humano incurre, y los que tal piensan deben favorecer por cuantos medios tengan á su alcance la enseñanza basada en los principios del Catolicismo.

Desde Fenelón á Dupanloup, desde San Jerónimo á Santa Juana Francisca de Chantal, los verdaderos católicos han pensado mucho en la educación de la mujer para reformar las sociedades. Todos proscribieron el predominio de la imaginación, *loca de la casa*, en la enseñanza del sexo femenino, aunque no las artes útiles y de honesto recreo, cuyo cultivo parece destinado principalmente para él. Obras de pura fantasía apenas las tuvieron los antiguos, pero las que poseían estaban cerradas bajo siete llaves para el interior del hogar; en nuestros días cualquier Ovidio de callejuela, libre de ser desterrado al Ponto, está seguro de introducirse hasta el alma de las jóvenes por las puertas, abiertas de par en par, no sólo de la casa, sino también del corazón.

No es, por cierto, la extensión de la enseñanza, sino su espíritu, su general concepto, lo que constituye su verdadera importancia, su recomendación en unos casos y en otros su reprobación. La Naturaleza ha trazado las reglas generales según los se-



VAN-DICK Y EL CONDE DE BRISTOL: *(Cuadro de Van-Dick.)*

xos, edades y temperamentos, y de aquélla han de aprenderlas, que no enseñárselas, los Locke, los Rousseau, los Coudillac, los Pestalozzi y los Frœbel, lo mismo que los que sigan los sistemas entre sí más opuestos. Las grandes dotes que se han reconocido en la mujer, aun respecto á la voluntad y al carácter, hasta en aquellas naciones que menos atendieron á la enseñanza del sexo femenino, demuestran que sólo la instrucción religiosa y católica es capaz de desenvolverlas convenientemente. Los dos tipos de ángel y de demonio que los filósofos han descubierto en el hombre, descúbrense aún más fácilmente en la mujer; la fabulosa antigüedad hizo del mismo sexo á las *Gracias* y á las *Euménides* ó Furias. Dejar sin instrucción á la mujer, ó dársela puramente racionalista, es halagar todos sus malos instintos, y contribuir, en cuanto esté de parte de los descuidados ó sistemáticos, á la perversión de la humanidad.

ANTONIO BALMÍN DE UNQUERA.

Los dos huérfanos

Lo que vamos á referir es una tradición flamenca; y sucedió, según cuentan, en la ciudad de Bleghel, inmediata á la famosa Breda que inmortalizó Velázquez en su cuadro de *Las Lanzas*.

Bleghel es una ciudad pequeña y de labradores; un pueblo grande, una aldea rica y trabajadora.

Corrían los primeros años del reinado de Felipe II. Aún no habían estallado en Flandes las sangrientas revueltas promovidas por la herejía y el espíritu de sedición.

En Bleghel vivía un mísero huérfano que se mantenía de la caridad de los labradores; en una casa le daban de comer, en otra le proporcionaban de vez en cuando alguna prenda de vestir. En casi todas partes le reprendían, porque á pesar de ser ya un mozo hecho y derecho, no se aplicaba al trabajo, no se ajustaba con ningún labrador para zagal de bueyes, ni para el arado del campo, ni para ninguna faena ruda y propia de su mísera condición.

—Eres un vago—le decían.

—No soy vago;—respondía el zagal—Yo tengo oficio.

—¿Tú oficio? ¿Y cuál es?

—Yo soy pintor.

Grandes carcajadas acojían esta salida de tono.

—¿Tú pintor?.. Quita allá... ¿Quién te ha enseñado?

—Yo mismo.

—Ja, ja, ja...

Pero el muchacho entonces exhibía sus obras. Sacaba de debajo de sus andrajos algunas toscas tablitas en que se veían pintarrajeadas algunas figuras. Esta—decía,—es Nuestra Señora; este es el Apostol San Pedro, este Bartolomé, y así sucesivamente.

Los circunstantes se reían como desesperados.

—Vete, vete—le gritaban—sé un vago; pero no te burles de esa manera de la corte celestial.

El pobre huérfano sentía en el alma tan sangrientas puyas. Que le llamasen vago era tolerable; estaba acostumbrado desde la niñez. Pero que se burlasen de ese modo de sus cuadros!!... ¡Ah!... Eso era insufrible, y Pedro (que así era su nombre), lloraba.

—Báh, báh—decían compasivamente las mujeres—dejad en paz al pobre muchacho. Bastante tiene ya el infeliz con no haber conocido á su madre.

Pedro huía de aquellos hogares hospitalarios, pero fríos en que una ligera compasión femenina era el único cariño que se le otorgaba, y se refugiaba enmedio de los campos con sus toscas tablitas y sus groseros pinceles.

Pero no cejaba. Pintaba cada vez más, y á la verdad, con mayor soltura y delicadeza cada vez.

Sus tablas empezaron á llamar la atención en Bleghel. Ya los rudos labradores al contemplarlas, solían mover la cabeza exclamando:

—Pues chico, esto va siendo algo

Y las mujeres (¿cuándo no han sido ellas las precursoras é iniciadoras de todo triunfo?) empezaron á encargarle cuadritos de santos Pedro comía como antes en casa de sus vecinos; pero su comida no era ya una limosna, sino la legítima recompensa de un servicio.

El cura de Bleghel fué para el huérfano Pedro, lo que Mecenas para Horacio y León X. para Miguel Angel. Aquel buen sacerdote cedió á Pedro el rincón de su cocina para que estableciese su taller. Pedro trabajaba sin descansar desde que apuntaba la claridad del día hasta que las sombras del crepúsculo le impedían ver lo que iba pintando. Su reputación salio del estrecho recinto de Bleghel, y de muchas leguas del contorno venían las gentes á encargarle cuadros.

Un comerciante de Breda, admirado de la extraordinaria disposición del joven, se lo llevó á la ciudad, y le hizo visitar la catedral adornada de cuadros magníficos, abriendo nuevos y más dilatados y expléndidos horizontes artísticos al pintor de aldea.

Aquella visita influyó decisivamente en el porvenir de Pedro. Regresó á Bleghel con el alma llena de ilusiones y proyectos. Al mes justo, envió un gran lienzo al comerciante.

El asombro de éste fué extraordinario. En persona fué á fecilitar á Pedro. Puso en manos del joven unas cuantas monedas de oro, y le animó á que le mandase más cuadros.

Cumplió Pedro este encargo, y fué pintando lienzos y más lienzos hasta el número de quince ó veinte.

Cuando concluía una obra, él mismo la llevaba á Breda. Recibía el precio de su trabajo, y enseguida regresaba á Bleghel.

En uno de estos viajes, llevaba Pedro un cuadro que representaba una disputa burlesca entre el Carnaval y la Cuaresma, género entre místico y satírico, muy del gusto del público en aquel tiempo. A la mitad del camino se encontró aquel día con un caballero ricamente vestido, y seguido de un escudero y tres criados.

—¡Ola! muchacho, le dijo el que parecía escudero; ¿á dónde llevas ese cuadro?

—A venderlo á la ciudad.

—Enséñamelo, y si me gusta te ahorrarás el camino. Y habiéndosele dado:

—¿Quién te encarga comisiones tan importantes? le dijo.

—Nadie, porque ese cuadro es mío: lo he pintado yo, y voy á venderlo á mi amigo Jacobo Elías, que me dará por él una pieza de oro.

—Tuyo. ¡Crees que me engañas con esas historias! Pero sea como quiera, el cuadro tiene mucho mérito y vale más de cien piezas: ese precio se dá ya en Flandes por las obras de este artista; del célebre Bleghel.

—Pero, señor caballero, yo no me llamo Bleghel; mi pueblo tiene ese nombre, y tal vez lo haya puesto mi agente en mis cuadros como una firma de un pintor. Yo le juro á Ud. que he pintado yo ese cuadro.

¿Y la torre de Babilonia también?

—Sí señor; y la Degollación de los inocentes; y la conversión de San Pablo, y....

—En tal caso aquí tienes doscientas piezas de oro por ese cuadro, y vuélvete á tu pueblo: quiero tener el gusto de acompañarte y ser tu discípulo por algún tiempo. D. Luis Quijada dijo volviéndose al que le acompañaba, «entregad á este jóven 500 piezas de oro por los dos meses de lecciones que pienso recibir de él.»

—Dos meses ¡esclamó el anciano D. Luis, dos meses, Sr. D. Juan, cuando tenemos que emplearlos en viajar por los Paises Bajos!

—D. Luis, replicó el jóven, ya os he dicho cien veces que si quereis que obedezca esas órdenes que sin cesar alegais, es preciso que sepa de donde emanan: viajo por los Paises Bajos, no por conformarme á esa voluntad anónima que me manifestais, sino porque así es de mi agrado. Ahora quiero ir á Bleghel, y permanecer allí pintando por dos meses. Vos con los criados os quedareis en Breda. Marchad.

Y diciendo esto, D Luis se dirigió á la ciudad, y D. Juan con el joven Pedro al pueblo de Bleghel adonde llegaron en breve; y en donde comprendió perfectamente Pedro que su acompañante no era escudero, sino que más bien el anciano señor era criado del gallardo jóven. En efecto, después que Pedro, cediendo á las instancias de su poderoso protector, le refirió las peripecias de su vida que ya conocen nuestros lectores, el joven Mecenas díjole que se llamaba Juan, y se puso desde luego á contarle los episodios de su vida, tan desgraciada y más interesante sin duda que la del pintor huérfano. ¡También Juan era huérfano ó por lo menos así lo creía él!

Nacido en Ratisbona, y educado bajo los auspicios de D. Luis Quijada y de una señora llamada Bárbara Blomberg, se había visto rodeado desde la cuna de la mayor opulencia: sus menores caprichos eran órdenes para su nodriza, y á los menores antojos se veía nadando en oro. Cuando querían obligarle á ejecutar alguna cosa se le hablaba de órdenes emanadas de personas desconocidas que debían ejercer sobre él un poder sin restricción alguna, y cuando preguntaba los nombres de estos seres misteriosos se le repetía la orden de guardar silencio. Esto es lo que causa mi desdicha, decía D. Juan, daría mis riquezas, y me reduciría á vivir como el más oscuro aldeano, tan solo por poder abrazar á un anciano y decirle ¡padre mío! Pero ¡ah! son dichas estas á que debo renunciar para siempre. Querido Pedro, seamos hermanos, y experimentemos el amor de familia. Con tus lecciones llegaré á ser un pintor célebre, y el mundo admirado, repetirá con entusiasmo los nombres de los huérfanos Pedro y Juan. La gloria es el único objeto que enciende mi espíritu día y noche. Dar brillo y fama á mi nombre desconocido; revestirle de esplendor; adquirirme un blasón y una familia que me ha rehusando el destino; conquistarme armerías y legarlas á mis sucesores; ser el primero de mi estirpe, he aquí lo que anhelo, he aquí lo que hará de mí el arte. Y diciendo esto, tomaba las manos de Pedro, y ambos se juraban una amistad eterna y sin límites.

Una mañana que se entretenían en estas agradables conversaciones, llegó un correo lleno de polvo y con las espuelas ensangrentadas y dió á D. Luis Quijada varios pliegos. En cuanto este los leyó fué á reunirse con D. Juan, y á intimarle la orden de marchar inmediatamente á España; vanas fueron las protestas y resolución de D. Juan de permanecer en Bleghel por dos meses; al fin tuvo que ceder á las súplicas de D. Luis que le aseguraba que si no lo hacían peligraban sus cabezas.

Partamos, pues, exclamó D. Juan; partamos, pues que peligra su existencia. Espero mi ama-

do Pedro que me acompañarás; quiero que participes del cambio próspero á adverso que se va á verificar en mi destino.

Pedro estrechó la mano de D. Juan, y se preparó para la marcha.

Llegados los viajeros á Valladolid, é introducido el huérfano D. Juan á la presencia de Felipe II, tuvo una larga conversación con este monarca, en la que le reveló que era su hermano é hijo natural del emperador Carlos V.

Luego que se vió D. Juan á solas con su amigo Pedro, le dijo con la mayor emoción, después de revelarle el misterio de su nacimiento. «Esta grandeza es para mí un peso que me abruma, porque el rey quiere que reciba las órdenes sagradas, por exigirlo así la política de España. Pero ni la púrpura del cardenalato, ni la tiara misma que se me hace entrever, fascinan mis deseos. Yo quiero servir á mi hermano en el campo de batalla, y quiero hacerme digno hijo del emperador blandiendo su misma espada. Así se lo rogaré al rey hasta que acceda á mis deseos.»

En efecto, no tardó en obtener de Felipe II el honor de marchar contra los moros; y en el mismo día que partió para tomar el mando del ejército, Pedro Bleghel, porque el pintor flamenco había tomado el nombre de su pueblo, tomó el camino de su querida Flandes. Y habiendo llegado á enriquecerse, gracias á su talento y á la munificencia de D. Juan de Austria, su protector, fijó su residencia en Amberes y luego en Bruselas, donde se casó con la hija del célebre pintor Peters Koeck, joven de rara hermosura con quien vivió feliz, muriendo en una edad avanzada, y habiendo dejado dos hijos herederos de su nombre y de su gloria, especialmente Cars conocido con el nombre de Breghel de Velurs, que adquirió gran celebridad. Su hermano Breghel de Lufer se conquistó igualmente un nombre afamado.

Pedro Breghel, es un pintor cuyo mérito alaba muaho Rubens. Este célebre artista lo proponía por modelo á sus discípulos, y se complacía en decir á Teniers, que en efecto nos recuerda el estilo del pintor huérfano:

«Tú serás mi Pedro Breghel»

ESPERANZA ORREA.

Bibliografía

FÁBULAS POLÍTICO-SOCIALES

Un acontecimiento literario es la aparición de las *Fábulas político-sociales*, originales y en verso, del Presbítero don Joaquín de Puerta. No es este un libro cualquiera, ni una coleccion más de fábulas; sino un libro importantísimo por su fondo, su forma y su intención; y unas fábulas que por el fin que persiguen han venido á llenar el vacío que se dejaba sentir en las circunstancias por que atraviesa no solo nuestra patria, sino todo el mundo civilizado.

Creemos que este libro por su originalidad merece los honores que se rindieron en el pasado siglo a las *Fábulas literarias* de don Tomás de Iriarte, y en el presente á las *Ascéticas* de D. Cayetano Fernández. Como el poeta balear y el sevillano, nuestro vate granadino se ha apartado del camino trazado por los antiguos fabulistas griegos y latinos, y ha presentado una labor nueva con toda la gracia y sal de las fábulas, todos los atractivos de la originalidad y todas las fustigaciones que merecen las impiedades y los vicios de la política maquiavélica del siglo XIX. No hay sofisma al que no se le arranque el antifaz; ni monstruosidad que no se delate; ni absurdo, que no se ridiculice, ni corriente extraviada que no se encauce, ni irreverencia, ni desmán, que no paguen su atrevimiento.

Respecto á la factura, como dicen los pintores, de estos frescos, dejaremos la palabra á su prologuista D. Joaquín María de los Reyes y García, Maestro de Retórica en el Instituto Provincial y del buen decir en todos sus filosóficos discursos; el cual prologuista, escaso en alabanzas para con otras obras por él criticadas, no vacila en afirmar de ésta que «versificación facil y agradable, pintura exacta de la índole de los personajes que intervienen en las fábulas, diálogos llenos de naturalidad y gracia, descripciones poéticas, sólida enseñanza, son otras tantas dotes que avaloran esta obra.»

Y no es tan fácil como á primera vista aparece dar con el estilo propio de las fábulas; porque hay que cortar los vuelos á la imaginación, para que no fantasee sin provecho, y cercenar en donde no hagan falta los giros poéticos y la frase deslumbradora para venir á dar en el estilo medio, que es el más característico de este linaje de composiciones.

Ni es tampoco grano de anís sostener los caractéres de los *personajes* de las fábulas, y dar á cada animal su instinto y condición y poner gracia y animación en los diálogos; porque para todos estos primores de la obra debe poseer el fabulista imaginación educada y obediente, que se plegue á la intención del entendimiento, costumbre de versificar con agilidad y desenfado, ingenio agudo para los chistes y sales, invención rica y viva penetración para ver las analogías que pueden existir entre cosas tan distintas como son los hombres y los séres irracionales é insensibles.

Dotes son estas que no se encuentran en cada hijo de vecino, ni en cada poeta hecho de brisas de Abril y flores de Mayo.

Y si á todas aquellas habilidades se une el acierto de haber puesto el dedo en la llaga que corroe á la sociedad actual, como sucede en el libro del ingenioso Sacerdote granadino, resultará de aquí lo que decíamos al principio de estas cortísimas líneas; es á saber, que la aparición de las *Fábulas político-sociales* es un acontecimiento literario, y que por él deben estar de fiesta las musas españolas.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

LA CUESTIÓN DEL CUADRO

SANTA ISABEL, REINA DE HUNGRÍA,

DE MURILLO

EL CUADRO

I

El famoso cuadro *Santa Isabel, reina de Hungría*, obra inmortal de Bartolomé Estéban Murillo, es un lienzo de once piés y siete pulgadas de alto, por ocho y diez respectivamente de anchura.

La composición principal consta de nueve figuras de tamaño natural, situadas sin confusión en el átrio de un suntuoso palacio ú hospital. Sobre un pedestal de madera vése una palangana de plata llena de agua, en la que reverbera el rostro de un muchachuelo medio desnudo, con camisa blanca y bragas verdosas, puesto en pié y apoyado en el pedestal; tiene inclinada la tiñosa cabeza, que la santa Princesa comprime suavemente con sus finas, bellas y blanquísimas manos, haciendo que la tiña caiga á gotas sobre el agua de la palangana. La hermosa figura de la Princesa también está de pié, detrás del pedestal, vestida de negro con un manto forrado de marfas, arremangadas las mangas, y con otra túnica interior de lino, con finísimas tocas y corona en la cabeza. La sirven dos esbeltas y graciosas damas: la una que tiene en las manos un aguamanil dorado, y está ataviada con tunicela de seda de color de ultramar, con mangas de carmesí amoratado; y la otra una bandeja en que están las medicinas, los paños y las hilas, vestida con túnica blanca interior, y con otra exterior de color de lila. Por entre estas dos figuras asoma en oscuro una curiosa dueña con anteojos, pescudando lo que ejecuta su ama.

Las cuatro figuras restantes son de pobres enfermos, repartidas con discreción é inteligencia en la escena. La primera es de un mendigo sentado en el suelo, que se limpia una llaga de su pierna izquierda. La segunda es de una anciana con un palo en la mano, que mira con atención á la Santa. Por detrás está la tercera, de un mozuelo en pié y en mangas de camisa, levantándose con la mano derecha el casquete que cubre las postillas de su cabeza, con tanta viveza y expresión, que parece se oye el chillido que da al arrancársele. Y la cuarta es de un tullido que marcha sobre dos muletas, volviendo la cabeza para ver con admiración la extraordinaria caridad con que Santa Isabel cura los enfermos.

En el fondo se ve repetida en figuras pequeñas otra escena de la caridad de aquella reina.

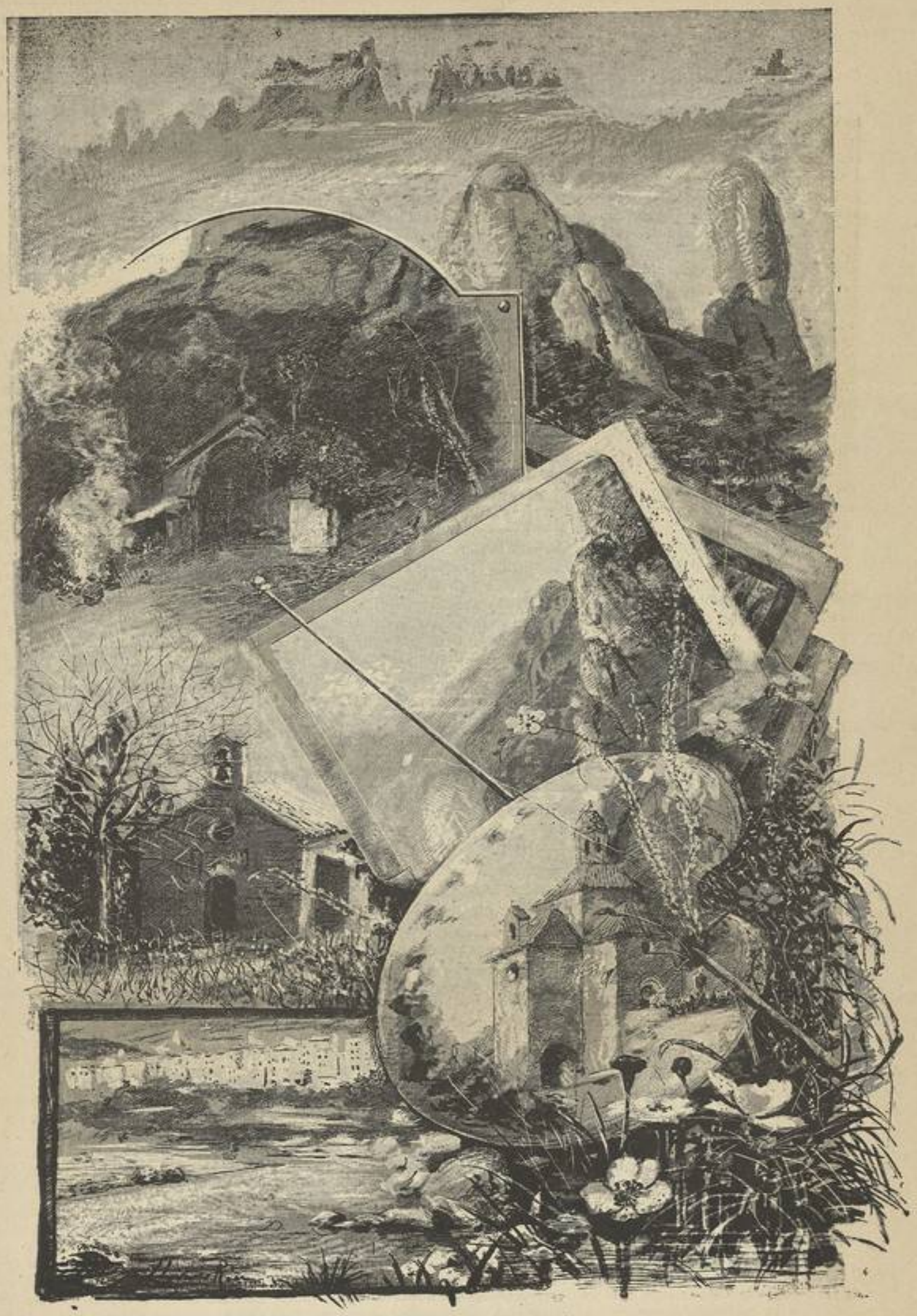
Este episodio ha merecido la censura de algunos críticos, y entre ellos del notable crítico Cea Bermúdez, que le califica de *importuno*, apoyándose en la razón trivial de que no pueden verse á la par, y de una vez, dos diferentes pasajes, acaecidos en distintos instantes de tiempo y ejecutados por unos propios sugetos. En los pintores antiguos, que por cierto no ignorarían lo que sabe cualquier niño, era esta práctico muy admitida, y en nuestro concepto hay en la pintura mística ciertas licencias tradicionales que debieran respetarse en toda época. Más trivial aún aparece Cea Bermúdez cuando, queriendo ser más profundo, dice que Murillo «debiera haber elegido una acción principal más decorosa á la dignidad real, sin faltar á la ardiente caridad característica de la Santa, y sobre todo que no fuese tan repugnante á la vista y estómago del espectador, pues la inimitable exactitud con que están pintadas las cabezas de los dos muchachos, y la llaga de la pierna del mendigo, da náuseas al que las mira.»

Ninguna acción pudo haber escogido Murillo, no sólo más decorosa, sino más gloriosa para la majestad real. Y nada tan profundamente artístico como el contraste entre la hermosa figura de Santa Isabel y las asquerosas de los mendigos. Lo más bello de la naturaleza, que es una mujer hermosa, y lo más feo que es la tiña, únense y abrázanse en la composición de Murillo por el áureo y sobrehumano vínculo de la caridad cristiana. ¡Sublime pensamiento, digno por todo extremo de la grandeza de nuestra Religión y del talento artístico de Murillo! Su cuadro es la unción del arte idealista y del realista, ó sea el arte cristiano en su punto más alto de perfección.

La crítica de Cea Bermúdez ya la había hecho en presencia del mismo pintor, su amigo y compañero de oficio D. Juan de Valdés Leal. *Compadre*, cuentan que dijo á Murillo, *no se*



UN DOMINICO



Apuntes y recuerdos de Montserrat

puede ver esto sin provocar á vómito; á lo que respondió Bartolomé con desenfado: *ni sin taparse las narices lo que tú representaste en esotro cuadro que está á los pies de la Iglesia*. Aludía Murillo á un cuadro de Valdés representando dos atahudes con dos cadáveres en estado de putrefacción.

II

EL LITIGIO

Fué pintado el cuadro *Santa Isabel* por Murillo en el año de 1674, con otros siete que representaban las obras de misericordia, en pasajes del antiguo y del nuevo Testamento, y en figuras del tamaño natural, para la iglesia del hospital de San Jorge, ó de la Caridad de Sevilla. Le pagaron por el de Santa Isabel ocho mil cuatrocientos veinte reales, gran cantidad para aquella época, lo que prueba el aprecio de que ya entonces gozaban sus obras; y muy corta para el que ahora tienen en toda Europa.

La propiedad, por consiguiente, que la Hermandad de la Caridad de Sevilla tiene sobre el cuadro *Santa Isabel*, se funda en un título legítimo, indudable é indiscutible.

Así las cosas, en 1810 invaden los franceses las provincias de Andalucía con un ejército de 70.000 hombres. El mariscal Soult, general en jefe de aquel ejército, establece su cuartel general en Sevilla, y allí trata á la ciudad y á la provincia toda como país conquistado.

Una de sus tiranías es exigir á las corporaciones que le regalen las obras de arte que poseen. Era en vano resistir las exigencias del mariscal. Por una parte, las personas de más energía y valimiento habian huído de Sevilla por no poder soportar el infamante yugo extranjero, y estaban refugiados en Cádiz. Por otra, aunque los que permanecian por aquel entonces en Sevilla hubieran sido héroes, no hubieran podido resistir; porque el mariscal disponia de la fuerza, y á la fuerza sólo la fuerza puede oponerse con fruto.

Así fué que la mayor parte de los cuadros famosos que se guardaban en Sevilla fueron pasando sucesivamente á poder del mariscal. Algunos de ellos, como la más célebre de las Concepciones de Murillo, se perdieron definitivamente para España. Los herederos del mariscal vendieron años adelante la citada Concepción al Gobierno francés, y hoy es el más preciado ornamento del Museo del Louvre.

Los otros cuadros fueron devueltos á la nación española cuando después de seis años de gloriosa lucha, se derrumbó con estrépito el trono napoleónico, y el Gobierno que sucedió al de Bonaparte firmó las paces entre Francia y Europa.

Pero la *Santa Isabel* no volvió á Sevilla. Por disposición de nuestro Gobierno quedó en madrid bajo la custodia de la Real Academia de San Fernando.

La hermandad de la Caridad de Sevilla no se ha conformado nunca con esta determinación. Constantemente ha reclamado contra ella, y solicitado del Gobierno la devolución del famoso lienzo. Recientemente ha formulado con toda energía y urgencia su reclamación en folleto muy bien pensado y escrito, que ha circulado profusamente por Madrid y toda España.

¿Puede negarse el Gobierno á esta petición?

Nosotros creemos que en Derecho civil no hay razones algunas en que poder fundar una negativa. El regalo hecho por la Hermandad al mariscal Soult, es nulo y de ningún valor. ¿Quién hizo ese regalo? En 1810 estaban permitidas en España, eran legales las vinculaciones, y el cuadro de Murillo estaba vinculado; no se podía, pues, legalmente, ni vender, ni enajenar. Por otra parte, aunque hubiera sido posible hacerlo, es nulo todo contrato que se hace sin libertad; y ¿qué libertad cabe en un contrato entre la corporación de una ciudad vencida y su vencedor, un vencedor implacable que dispone de 70.000 hombres?

No, el cuadro *Santa Isabel de Hungría* no fué cedido, fué arrebatado. Fué una presa de conquista. Por eso lo devolvieron los conquistadores cuando les tocó el turno de ser vencidos.

En la más ámplia esfera del Derecho internacional quizás militen algunas razones en favor del Gobierno, si es que éste quiere que el cuadro permanezca en Madrid. Discurriendo á la romana, la conquista crea un perfecto derecho, y destruye los existentes fundados en otros títulos. El mariscal conquistador hizo suyo, por consiguiente, el cuadro adquirido como presa de guerra. Y dicho cuadro volvió á España, no en virtud de una reclamación fundada en un derecho anterior de la Hermandad de la Caridad de Sevilla; volvió por la fuerza de las armas nacionales, por derecho de reconquista. Pertenece, pues, á la nación que á costa de su sangre, y con la ayuda de Dios, supo reconquistarlo. La nación puede hacer de él el uso que mejor le convenga, y si juzga que este cuadro es más útil á los ciudadanos colocado en Madrid que no en Sevilla, puede legítimamente disponerlo así.

Este razonamiento es sólido, y sería concluyente, á nuestro juicio, si en virtud de las reclamaciones de la Hermandad de la Caridad el cuadro de Murillo tuviera que ir á parar á una escondida aldea ó á un monasterio solitario. Pero no; atendiendo aquella reclamación, el cuadro se colocaría en la tercera capital de España, en un emporio de las artes, tan visitado ó más por los extranjeros que Madrid. No existe, por lo tanto, razón alguna de interés público que justifique la detentación del cuadro, y en su virtud, aunque se admite como bueno y valedero el derecho de reconquista, procedería en este caso aplicar el de *postliminio* ó sea volver las cosas al estado que tenían antes de caer en poder del extranjero. Tal es, á nuestro juicio, la justicia; tal es también el interés público.

GUSTAVO FERRAZ

Santa Teresa de Jesús

Y DON FRANCISCO DE QUEVEDO

(Conclusión.)

II

QUEVEDO es sin duda, entre todos nuestros poetas líricos del siglo XVII, aquel cuyo nombre más se ha popularizado, ya que no por el conocimiento de sus obras y de la hidalguía y elevación de sus sentimientos, á causa de la calumniosa manera que tuvo de apreciarle en su tiempo la animosidad de sus enemigos, por el carácter que el vulgo ha aceptado como tradicional, falso á todas luces, pero que le ha impreso un sello desfavorable é injusto, convirtiéndole en el cínico bufón de extraordinario ingenio y agudeza, en el decidor procáz, sin semejante por su desenvoltura, y en el héroe, en fin, del cuentecillo trasnochado, chavacano las más de las veces, á que dá subidísimo color el grosero chiste y las acciones más impropias del que nunca cometió indignidades, ni tuvo hecho deshonroso de qué avergonzarse ó arrepentirse. Sólo el que conozca

P.

todas sus obras podrá rectificar plenamente este absurdo juicio, y ofrecerle como el autor profundo, de sorprendente y vastísima erudición, y poseido de esa sabia filosofía que no puede ser reprensible porque es civilizadora en sus propósitos, y vá encaminada á la virtud, base de todo bien y símbolo de la mayor cultura.

No se alarmen, pues, los que sólo conocen á Quevedo por sus festivas expansiones, sus picarescas *jácaras* y otras obras de este linaje, que asociemos su nombre en esta ocasión al de la virtuosísima esposa de Cristo. El autor de la *Providencia de Dios*, de *La cuna y la sepultura*, de los *Discursos ascéticos y fisolóficos*, y de otras obras debidas á la inspiración cristiana; el docto español y ferviente católico, es figura digna de ofrecerse en eminente lugar, al lado de la santa escritora, en el templo de nuestras glorias literarias, y las que se deben al teólogo, al filósofo y al político, porque todas estas cualidades poseia.

El doctísimo señor de la Torre de Juan Abad, paladín del Apóstol, cuya roja enseña ostentaba en su pecho, juzgándose *parte legítima*, como tal caballero profeso de tan noble milicia, dirige al rey un *Memorial por el patronato de Santiago y por todos los Santos naturales de España en favor de la elección de Cristo Nuestro Señor*. Sutil, sagaz é ingeniosa es la argumentación que emplea para defender las prerogativas de su patrono, exclusivamente gozadas durante 1700 años. Parécele que la concesión hecha á Teresa de Jesús quien según piensa es la que más asiste á la restitución que pretende, equivale á lo que vulgarmente se dice, *para dar á un santo quitar á otro*, y dando feliz muestra de sus conocimientos teológicos y de disciplina eclesiástica, aglomera citas, antecedentes y argumentos en pró de sus razones, algunas veces adornados de su natural gracejo y agudeza, y siempre hijas de un ardiente celo por la causa que defiende con toda la firmeza de su carácter.

Un detenido examen de este prolijo y extenso *Memorial*, seria cansada tarea de escaso interés, pasado el que inspiró en los momentos en que más empeñada se hallaba la célebre controversia.

Laméntase Quevedo del escándalo promovido por esta cuestión, dos veces suscitada, que califica con acierto de inconveniente en estos términos: «Que ha sido escándalo, vése, pues la una vez el Santo Oficio de la Inquisición recogió las informaciones por Santa Teresa, y esta segunda se ha revuelto España toda; no el vulgo sólo, sino las iglesias, las Universidades y toda la órden de su caballería.»

Quevedo se hace cargo, asimismo, para rebatir sus argumentos, del papel sin nombre del autor, de que ya hemos hecho referencia, titulado *Justa cosa ha sido elegir por patrona y admitir por tal á Santa Teresa de Jesús;* reconociendo que este escrito está «dispuesto con tal ingénio que, pareciendo imposible, se hace bien quisto de dos pretensiones tan encontradas como estas.» Es de advertir que nunca la discreta pluma de Quevedo traza frase alguna que pueda menoscabar en algo los merecimientos y el esplendor de la santa religiosa, cuyo patronato combate. Antes bien, todos son elogios á su ciencia divina y á lo prodigioso de su doctrina y virtudes, y áun parece ponerla de parte de su demanda. «Cierto es, dice, que la gloriosa Virgen Santa Teresa (que ella propia tuvo por patron á Santiago, y sus padres y abuelos), no se indigna de que se canten dél sólo los merecimientos, antes, ella es, como de sus obras se colige, la que primero, y en mayor lugar le

exalta.»—«¡Bendita y milagrosa santa, exclama en otra ocasión; bien dije que érades vos quien más solicitaba esta restitución á Santiago, y creo que vos os quitásteis este patronazgo!»

Por parte de los vehementes defensores del mismo, en favor de la Santa, se consignaban aventuradas razones, no todas de poderosa fuerza, ni áun convenientes. En el referido *papel* impreso se dice que «pudiera suceder al señor Santiago que lo que él sólo no puede alcanzar de Dios, lo alcance con ayuda de Santa Teresa.» Tan extraña conjetura dá ocasión á Quevedo de ofrecer ingeniosas razones en su refutación.

Nada más hemos de añadir sobre el extenso y meditado escrito de Quevedo, puesto que en breve hemos de referirnos á otro análogo suyo, á que le estimularon las proporciones que fué tomando tan original divergencia. Daremos, pues, á conocer los que antes que éste se publicase salieron de las prensas sobre el mismo asunto, por unos y otros controvertores. Fueron estos trabajos del ingenio y de la pasión, no de piedad extremada en algunos, varios *papeles* de D. Francisco Lúcio de Espinosa, de D. Fernando Mieres Carvajal, contrario á los religiosos de la Reforma; del Obispo de Córdoba, confesor que fué de la Santa; de D. Francisco Melgar, Canónigo de la doctoral de Sevilla, con igual objeto, del cual escrito se hicieron dos ediciones; de D. Juan Balboa Morgovrejo, catedrático de prima de Cánones en Salamanca, cuya obra tituló *Por la sagrada religión de los carmelitas descalzos*; la respuesta que le dió el doctor Benito Mendez de Andrade, Canónigo de la catedral Santiago, y autor de otros escritos sobre el mismo asunto, y la *Defensa de Santa Teresa*, por Melchor Alfonso Morgovrejo, Axcediano de Olmedo y Canónigo de Avila

Grande era el número de libros y folletos inspirados por materia tan espinosa, y que aún habia de dar sobrada para otros nuevos, cuando apareció un poema á favor del Apóstol Santiago, que se atribuyó desde luego á nuestro satírico poeta, tan abonado para aquel género de composiciones.

III

La composición poética de Quevedo á que nos referimos, concurría en la encarnizada disputa suscitada al mismo fin que su *Memorial*; á enaltecer los méritos y virtudes del Apostol, sin amenguar los de Santa Teresa; antes bien, encomiándolos con entusiasta veneración.

En cambio, con la natural desenvoltura de su frase, no desmintiendo su desenfadado estilo, dice á los del bando opuesto al suyo, refiriéndose á su patrono predilecto:

Pues sin poder tratallo,
Arrojarle quisieron del caballo:
Sepan que en sus locuras
Sus frentes han de ser sus herraduras.

Llevado de su celo, y expresando lo ofendido que había de mostrarse el celeste batallador invocado en nuestras lides, exclama asimismo:

Con Santiago en la boca solía España
Salir á la campaña;
Diciendo en todo estrago:
«¡España cierra! ¡Á ellos, Santiago!»
Mas ya que le hace guerra,
También Santiago con España cierra.

Tal es el carácter de la poesía de Quevedo. Hemos de indicar igualmente el que ofrece la que en su respuesta escribió con más acritud y aun con descortesía, bajo el pseudónimo de *Valerio Vicencio*, el granadino y carmelita descalzo que en el siglo tuvo por nombre el de D. Gaspar León de Tapia, y en el claustro el del Padre Fray Gaspar de Santa María.

No hemos de reproducir todos los apóstrofes que tan bruscamente prodiga á Quevedo el anónimo autor, llamándole, ya el *gran maestro de los Buscones*, ya aquel que *disparando en su libre soltura*, es objeto de la murmuración de todos, y otras lisonjas de semejante jaez, y sí solo de los versos siguientes, porque se juzgue del tono que en toda la composición domina:

Mucho contra esta Virgen bella y pura
Tu lengua se apresura,
Midiendo su grandeza,
De quien Dios solo tiene la certeza.
Así intenta en vano
Tirar la piedra y esconder la mano.
. . . . . .
Este es aquel ingenio peliagudo,
Oh, lector, que hacer pudo
Que le señale el dedo;
Este es el Don *Francisco*, este es Quevedo,
Por cosa mal segura
En poesía, en prosa y en figura.

Basta con los versos copiados para que se juzgue el colorido de esta larga y enojosa polémica, al ser llevada también al campo de la poesía. No necesitaba, ciertamente, Quevedo estímulo alguno, ni aun menos directa provocación, para desatar su lengua; así es que en otro escrito, *La espada por Santiago*, dá cumplida y no mansa respuesta á los conceptos nada benévolos del poema, cuyo autor llamaba al suyo *delírico*, esto es, lleno de delirios. Como su nuevo *Memorial* se halla dirigido al rey Felipe IV, á él habla en estos términos, refiriéndose á dicha producción, y haciéndose cargo de las sátiras y libelos infamatorios de que habían echado mano los enemigos de la causa que defiende.

«Esto verifico con uno que en verso ha hecho contra mí, con nombre supuesto, dice, impreso sin licencia, repartido con pliegos, echado en la estafeta, achacándome liras y respondiéndome cualidades, cuyo título es *Al poema delírico de D. Francisco de Quevedo*. Yo le tengo, que le recibí con porte y lo pagué, que el papel y el autor tienen costumbres del verdugo, que cobran de los azotes que dan. En él se desapoderó la desvergüenza y se desvergonzó la blasfemia y la herejía; llamaba respuesta á mi discurso y Memorial, donde yo ocasioné con alguna libertad tan atroz y sacrílega pluma... Á mí, señor, llámame ignorante, y tonto, y mentecato; esto no es agravio, sino verdad; llamarme por mi nombre es querer que responda. Dice que soy cojo y ciego; si lo negare, mentiría de pies á cabeza, á pesar de mis ojos y de mi paso. Achácame la albarda, y en mí parece gasto gran caudal de pullas; y en lo demás toda la obra sabe el natural del autor en la sátira. Viles son las voces más vocíferas en que escribí los *Sueños* y otras burlas. No niego yo los escribí; libros son de mi niñez y mocedad de apariencia distraida, mas de enseñanza y doctrina sabrosa; así lo dicen las impresiones que se han hecho. Doy que lo sean; yo escribí la *Vida de Santo Tomás de Villanueva* y la *Política de Dios*, que pudieron despertar algo. No lo despiertan; hablaré sólo de lo escandaloso; que dicen éstos que escriben libelos en defensa de la Santa Teresa. ¿Qué sátiras concluyen contra mí? ¿Que he escrito cosas profanas y sátiras? Sea así. Hoy escribo defensas de un Apostol, y ellos maldades y sátiras y blasfemias contra él. Luego he trocado con ellos lo detestable y lo delincuente, y lo que dicen de mí porque lo hice, lo dirán de sí porque lo hacen.»

Extiéndese Quevedo en algunas otras reflexiones sobre la tal poesía, y añade, por último, desdeñosamente: «Papel que tantas canciones tiene, y tan execrables blasfemias canta, creo que dura porque hasta el fuego tiene asco de sus atrocidades.»

Con motivo de los versos del rebozado fraile, una sobrina de Santa Teresa, sor Beatriz de Jesús, carmelita descalza que heredó de ella su discreción con sus virtudes, dirigió cierta carta á Quevedo que demuestra la mayor prudencia y elevación de ánimo al exhortarle que dejare este asunto á la voluntad de Dios.

Muchos fueron los testimonios de simpatía y adhesión que recibió nuestro poeta de altas dignidades eclesiásticas, de las de su orden, y en especial del Prior de Uclés, de los cabildos de Toledo y Santiago, y de algunos caballeros que, como él, llevaban en su pecho la roja cruz del Apostol.

Quevedo, en quien se advierte un fervor extraordinario é incesante en la defensa que tomó á su cargo, dirigió también al Padre Santo en el año 1628, una carta, en la que le rogaba volviese por el Apostol, cerrando con las llaves de San Pedro las puertas de las calumnias, y con la espada de San Pablo ahuyendo á los que descaradamente impugnaban la protección a España, encargada al Santo por Jesucristo.

IV

Antes de dar por terminada la presente reseña sobre la historia y vicisitudes porque pasó en el siglo XVII el compatronato de Santa Teresa, hemos de mencionar, sobre esta materia, otra producción del caballero profeso de la orden del Apostol: *Su espada por Santiago, y la respuesta del Doctor Balboa de Morgovrejo, del año pasado al Doctor Balboa de Morgovrejo de este año*. Es un nuevo Memorial al rey, ya entonces Felipe IV, fechado á 4 de Mayo de 1628, *aquí solo* en la Torre de Juan Abad. Precédele una exposición al Gran Canciller Conde-Duque de Olivares, en la que no puede menos de hacer fijar la atención el párrafo siguiente:

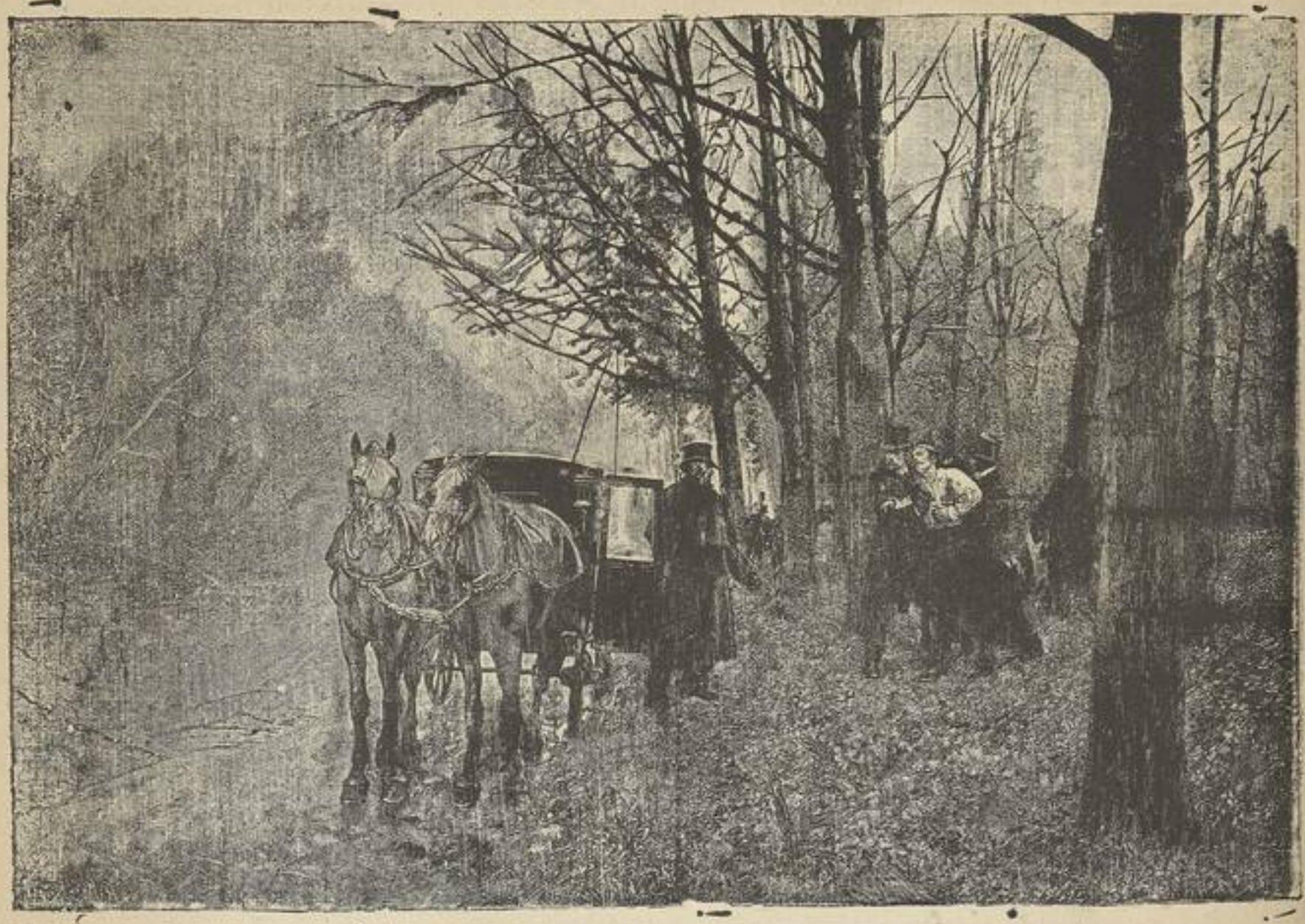
«Yo escribí por Santiago como parte, y padezco libelos donde, sin nota de mi nación, no debí tener respuesta de otra parte sino de Africa. Defiendo yo al Apostol, y persiguen mis costumbres y los estados de que yo tengo arrepentimiento, no satisfacción.»

Este segundo escrito es una ampliación del primero, y su petición al poder real se encamina á que sea atendida su demanda, «antes que el Cielo mire por sus mayores vecinos, y Santa Teresa, ofendida de que se le achaque lo que no pide, y de que la den lo que no quiere, y Santiago de que quiten lo que se le debe, y Cristo Nuestro Señor de que le revoquen lo que dió, nos dejen en poder de nuestra perdición.»

Quevedo divide su discurso en seis tratados (1).

Siguiéronse al *Memorial* de Quevedo *La espada por Santiago*, una multitud de escritos sobre la misma materia, de autores que hemos de mencionar para que se juzgue cuán fecunda fué para las argumentaciones de una y otra parte. El padre jesuita Juan Bautista de Poza escribió el *Memorial á los jueces de verdad y doctrina*. D. Martín de Anaya y Maldonado, canónigo del convento de Santiago de Sevilla, y en consulta de su comunidad, un discurso contrario al compatronato, D. Francisco Morevelli de

(1) Uno de estos es el mismo que escribió Quevedo con el título de *Cuaderno de la verdad*, el año 1627, y sólo lo refundió acomodándolo á sus fines y pretensiones de esta segunda época, en que se renovó la controversia entonces suscitada.



DESPUÉS DEL LANCE

Puebla, en opuesto sentido y respondiendo á Quevedo. Escribióse una *leusam* contra este libro, atribuida al mismo Quevedo, y que pudo ser, en efecto, escrita de su mano.

No tardaron en salir á la defensa de Quevedo contra el sevillano Morovelli, el Dr. Morán y el nieto del famoso Pedro Martín de Anglesia, Juan Pablo Martín Rizo, quien, según observa el ilustrado escritor don Aureliano Fernández Guerra, «en Madrid, su patria, y á 10 de Julio del mismo año, sacó á luz un opúsculo picante y apasionado, con lo que se desquitó al propio tiempo de la que cuatro años antes había publicado Morovelli contra su *Historia de Cuenca*.» Tituló su escrito el defensor del señor de la Torre de Juan Abad, *Defensor de la verdad que escribió D. Francisco de Quevedo Villegas, contra la cisma que imprimió D. Francisco Morovelli de Puebla*.

Morovelli decía de Quevedo en cierta epístola refiriéndose á aquellos que tanto *copleaban y libelaban*, entre otras cosas, lo siguiente, presentando á Quevedo como iniciador de esta célebre controversia: «En el particular de D. Francisco de Quevedo, digo, que mucho hizo vuesa merced en ponerle *in capite calendarii*; pues á fuer de caballero del vencedor gigante (como vuesa merced dice), sin proceder más conciertos que su propia lección.

Musis et apolline nullo,

se hizo capitán de la gloriosa expedición, y fué el primero que en verso y luego en prosa, tocó alarma, haciendo grandes estruendos y asonadas de guerra, con sigular ostentación de las lucientes y bien templadas armas que le ofrecían los abundantes atracones de teología, sagrada escritura, cánones, leyes de Partida y la demás pulida erudición.»

A todo esto, no daban punto los *Memoriales* en que se defendía el antiguo patronato, y el abad de Santiago de Peñalva, dignidad y canónigo de lectura de la iglesia de Astorga, Doctor D. Andrés de Torres, publicaba otro en este sentido. En el mismo aparece por entonces la Defensa del *Defensor de la única protección y patronazgo de Santiago Apostol cuando se trató que fuera de estos reinos el Arcangel San Miguel*, y no tan sólo en nuestro idioma, sino en el del Lácio, corrieron opúsculos como el del Dr. Moran, titulado *Oratio pro nobili Francisco de Quevedo Villegas, inoctivo in novitum Hispanienses Mamun Bilbaus Auctore Doctore Moram Imisnor*. También se publicó una *Reclamación* á la apostólica *protección y patronazgo de Santiago*. A este largo catálogo tenemos que añadir dos obras más, la una del Padre Fray Francisco de Jesús y Jodar *en defensa del patronato en España de Santa Teresa de Jesús*, y la otra de Francisco Pacheco, el poeta y pintor sevillano, que tan ferviente culto rindió á las artes, y tanto influyó en las glorias literarias del suelo en que nació. Este, pues, fué autor de unos repasos al *Memorial* de D. Francisco de Quevedo, defendiendo el exclusivo patronato de Santiago.

Si Quevedo halló poetas satíricos que tratasen de mortificarle, también tuvo quien en el mismo lenguaje de la poesía le tributase sus alabanzas.

Es indudable que el poco favorable concepto del desenfado y satírico autor de romances y *jácaras* de subido color, había de servir para algunos de sus contemporáneos en esta polémica ruidosa, y, para sus enemigos sobre todo, de base de pretexto para extremar su censura aún más, guiados por su ciego ardor religioso, y hasta en términos impropios de los que se hallan revestidos de sagrado carácter. Un espíritu in



La venta de un caballo

transigente y celo piadoso, pero exagerado y fanático, tendía á considerar á Quevedo como profano y sin autoridad ni prestigio para tratar materias de tal índole; siendo así que sobradas dotes poseía para discurrir de ellas con acierto, como lo demuestra en otras obras sérias y religiosas de verdadera importancia, profundidad y elevación.

Pero no se redujeron sólo á escritos más ó menos apasionados, las armas empleadas para mortificar al poeta satírico, sino que otras más dañinas y manejadas con amaño, le hicieron blanco de persecuciones continuas, que llevaron no poca amargura á su espíritu. El año 1628 á que nos referimos, como aquel en que más se ofreció como incansable batallador de la causa del Apostol, fué llevado á prisión por tercera vez en el reinado de Felipe IV. Verdad es que el Conde Duque de Olivares en esta controversia, se asoció á sus enemigos, y según la oportuna observación de D. Aureliano Fernández Guerra «su más acérrimo defensor y panegirista (de Santa Teresa), blanco del *Memorial* de Quevedo, era el Padre Fray Pedro de la Madre de Dios, tio del duque de Mendoza de las Torres; yerno ó mejor dicho, hijo muy amado del favorito.» Aquella prisión trocose en destierro de la corte; gracia que se tomó á gran benevolencia y misericordia.

V

Antes de terminar esta relación del suceso que proporcionó tales sinsabores al escritor, tan profundo en sus obras serias como festivo en las de opuesto carácter, hemos de referir rápidamente, para no incurrir en extrema prolijidad, qué nuevos aspectos fué tomando el ruidoso asunto del compatronato del Apostol Santiago y Santa Teresa.

No habia pesado poco en el ánimo del rey la tenaz oposición de ciertos cabildos y el clamoreo levantado en *Memoriales* y *Papeles*, no debiendo ser de menor influencia aquella tan fuerte que Quevedo manifestaba en los suyos tan llenos de ingenio y erudición sacroprofana, cuando ya en 22 de Noviembre de 1627, dispuso cesasen las pretensiones de los procuradores en Cortes y religiosos carmelitas, en tanto que la córte de Roma no daba resolución á este asunto. En la Ciudad Eterna, se sometía, en efecto, aquella á las altas luces de cardenales y prelados que habian de tener en cuenta las pretensiones de unos y otros. Al cabo, el Pontífice Urbano VIII, en vista de las informaciones que se le dieron, derogó, ó más bien, limitó en 8 de Enero de 1630 el Breve expedido, y dispuso se suspendiesen en los templos toda demostración que pudiera significar otra cosa que el patronato exclusivo del Apostol.

Esta resolución, aceptada por todos, hizo que se suspendieran las hostilidades.

No dejó, sin embargo, de promover ciertas muestras de regocijo en los que tenían por enseña el pendon de Santiago. Al doctor D. Antonio Gayoso de Figueroa y Moscoso, inspiró este suceso una canción. Publicóse otro opúsculo, expresando también igual complacencia, por fray Agustin Durán, lector jubilado y de prima del convento de San Francisco de Salamanca, y, por último, en 1.° de Diciembre de 1631 salió impresa una *Información por el dean y cabildo de la santa iglesia metropolitana de Santiago, único patron de España, en la religión sagrada del Carmen descalzo*, sobre el *Breve* de Urbano VIII. Su autor fué el prior y canónigo de dicha iglesia, licenciado D. Pedro Astorga del Castillo.

Hacía más sensible esta división producida en algunos sin duda, más que por un piadoso anhelo ó una intención agena á toda mira terrestre, por un exceso de humano orgullo y excesivo amor propio, el que la mujer sapientísima y virtuosa que había merecido la aureola de la santidad, parecía vencida en esta lucha, al ménos en esta baja esfera del mundo; pero, á decir verdad, tanto en uno como en otrobando, salvo algunas imprudentes inconveniencias, hijas de las pasiones y faltas de discreción en determina-

dos sujetos, siempre obtuvo aquella eminentísima doctora el prestigio, la admiración y la reverencia de cuantos se enorgullecían en ofrecerla al mundo y á la posteridad como ilustre hija de su patria.

Aquella aventurada proposición suscitada de nuevo desde el público y nacida entonces sólo del enconado antagonismo entre los partidarios de ambas causas, que negaban la venida del Apostol Santiago á nuestro suelo, produjo entonces de un modo incidental otra controversia de antes empren lida, á que se dió no menor importancia. Provocada así por los celosos, pero exagerados defensores del compatronato, aun después de aplacada ya esta contienda, dió ocasión á que en el año 1648 el Dr. D. Miguel Erce y Jiménez, canónigo de la catedral de León y capellan del rey, publicase un abultado libro, que tituló *Prueba evidente de la predicación del Apostol Santiago el Mayor en los reinos de España*.

En este libro, de suma erudición, se leen las palabras siguientes dirigidas por su autor á Felipe IV, en que se recuerda la pasada lucha. Refiérese al triunfo conseguido por el único patronato del Apostol: «Háse alcanzado esta empresa grande y dificultosa, dice, reinando Vuestra Majestad, después de treinta años, y con vos trataron en la corte romana la pacífica y justa posición que gozábamos, sin bastar diligencias muy apretadas, que como es notorio, se hicieron en aquella ocasión, con autoridad del rey D. Felipe III el piadoso, padre de Vuestra Majestad, que esté en el cielo.»

Andando los tiempos, hubo de rehabilitarse de nuevo el compatronato de la Santa ilustre. Habíase renovado en España aquella generación belicosa é intransigente, y ya no existían los acérrimos partidarios de un patronato exclusivo. En el codicilo de Carlos II, otorgado en 30 de Octubre de 1700, y en su cláusula sexta, encargaba este rey á sus sucesores dispusieran el referido compatronato. Ya en nuestro siglo el año 1811, D. Antonio Larrozabal, diputado por Guatemala, hizo una proposición para que la llevasen á efecto las Cortes reunidas en Cádiz, á las que en 21 de Abril del siguiente año dirigió un memorial con igual objeto el prior y comunidad de Carmelitas. Nombrose una comisión especial eclesiástica de las mismas Cortes para que entendiese sobre este asunto y diese su dictamen, lo que efectuó en el siguiente mes. En 20 de Junio de 1812 se estableció, pues, por las Cortes, lo que fué acordado por las de Madrid en 1617 y 1626, y fué declarada solemnemente Santa Teresa de Jesús compatrona de las Españas. Anulado unas veces y otras restablecido este decreto, sólo por circunstancias políticas pasajeras, hoy se encuentra rigiendo en todo su vigor.

Quien reune en sí tan altas prendas de saber virtud y santidad, bien merece ser honrada por los que tienen por patria el suelo donde tuvo su cuna. Diéronle éstos la elevadísim misión de velar por su ventura y prosperidad desde la eterna vida donde esperaba arribar tan de contínuo, y ¿á qué otro sér justo de tan glorioso recuerdo en nuestra historia, tan plagada de hazañas, podía señalarse para dividir en él su patrocinio sobre la nación española?

Aquella disputa sostenida en mucha parte por el espíritu parcial de ciertas comunidades religiosas, de colectividades eclesiásticas ó localidades de marcada ó exclusiva predilección, tanto por el Apostol como por la monja insigne, se dió por completo al olvido, al desaparecer de la vida los que la sustentaban. Hoy, sólo vemos con júbilo honrada también dignamente en tal período á la española ilustre, la mujer virtuosísima, y la mística escritora de castizo lenguaje, que alcanza con justo motivo señalado puesto entre nuestros mejores autores clásicos.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

La familia cristiana

Y LA ORDEN TERCERA DE SAN FRANCISCO (a)

I

Desde la sagrada colina del Vaticano, foco de luz inextinguible, han descendido, no hace aún muchos meses, estas profundas palabras: «La base de las sociedades civiles es la familia, y en gran parte, en el hogar doméstico se prepara el porvenir de los Estados. Por eso los que desean divorciar la sociedad del Cristianismo, poniendo la segur en la raíz, se apresuran á corromper la sociedad doméstica; ni les arredra en tan malvado intento el pensar que no lo podrán llevar á cabo sin grave injuria de los padres, á quienes la misma naturaleza da derecho para educar á sus hijos, imponiéndoles al mismo tiempo el deber de que la educación y enseñanza de la niñez corresponda y diga bien con el fin para el cual el cielo les dió los hijos.» (1).

La conducta que observan los enemigos del nombre cristiano al pretender, según con admirable previsión advierte el Padre Santo, la corrupción de la sociedad doméstica, nos traza la senda que los católicos debemos seguir si queremos alcanzar la restauración cristiana de la sociedad. Siendo, como es base de ésta la familia, á la restauración cristiana de la familia deben encaminarse, en primer término, todos nuestros esfuerzos.

Por eso, la Junta organizadora del Congreso Católico de Zaragoza, discreta y sabiamente ha señalado como séptimo punto de estudio para la sección primera el siguiente: «Dado nuestro estado social, indicar los medios más contundentes para robustecer y afianzar los vínculos de la familia cristiana.»

Ya el inolvidable Congreso Católico de Madrid, dando á este asunto la capitalísima importancia que tiene, votó varias conclusiones enderezadas á la difusión del espíritu cristiano en las familias, y señaló la conveniencia suma de fomentar asociaciones piadosas que, impulsando suavemente á los afiliados en ellas á no separarse del camino de la virtud, les hagan cumplir con religiosa exactitud los deberes de su estado. Pero como el mal que se trata de curar es grave, y por desgracia harto arraigado en muchas almas, es necesario, para cortarlo de raíz, insistir uno y otro día en la proclamación de los medios conducentes á destruirlo.

Obra es esta de incalculable transcendencia para el bienestar y felicidad de los pueblos. Estos, cuando son virtuosos, no son sino una gran familia, en la cual el que ejerce la autoridad hace veces de padre y de hijos los súbditos. Pero para que los pueblos sean virtuosos, es indispensable que las familias lo sean también, porque, y son palabras del glorioso Pontífice reinante, «así como de un tronco corrompido brotan ramas más viciadas y frutos miserables, así la corrupción, que contamina á las familias, viene á contagiar y á viciar desgraciadamente á cada uno de los ciudadanos. Por el contrario, ordenada la familia en vida cristiana, poco á poco se irán acostumbrando cada uno de sus miembros á amar la Religión y la piedad, á aborrecer las doctrinas falsas y perniciosas, á ser virtuosos, á respetar á los mayores, y á refrenar ese esteril sentimiento de egoismo, que tanto enerva y degrada la humana naturaleza.» (2).

II

La causa primordial y eficiente del malestar que aqueja á la sociedad moderna, está en la negación, teórica ó práctica, abierta ó disfrazada del orden sobrenatural. De esa negación se sigue, como consecuencia inmediata, el ansia desapoderada de riquezas, la desmedida ambición de comodidades materiales. No pudiendo éstas satisfacer por sí solas los anhelos del alma humana, que tiende irresistiblemente á la felicidad, la postran cuando ha gustado la copa de todos los placeres, sin conseguir otra cosa que la exacerbación de su mal, en ese desconsolador hastío y en esa terrible desesperación de que nos presenta tantos ejemplos la sociedad contemporánea. Agítase ésta con febril desasosiego en su lecho de dolor; los goces, en vez de calmar su inquietud, la aumentan; y fluctuando entre las ilusiones pueriles del progreso indefinido, y las heladoras negaciones del pesimismo, busca inutilmente un áncora de salvación á que agarrarse en la deshecha tormenta que le hace bambolear. A semejanza de aquella infeliz Magdalena de las cárceles de Milán, de que nos habla Silvio Pellico en sus *prisiones*, la sociedad moderna, pecadora como aquella desventurada mujer, pero no arrepentida como ella, pregunta con angustioso acento:

¿Chi rende alla meschina
La sua felicità?

Pero en vano dirige una y otra vez esta pregunta, y mira á uno y otro lado con dolorosa ansiedad. Sorda á la voz de la historia y á la voz de la razón, y mucho más sorda á la voz salvadora de la Iglesia, no quiere oir sino el canto de sirena de las pasiones, y guiado y dominado por éstas, prosigue su fatal carrera, obrando como si no existiese lo sobrenatural; y obrando así, no es posible que halle jamás el reposo á que aspira.

Ni el aumento de riquezas, ni los adelantos materiales, ni las prodigiosas invenciones de que se gloría nuestra época, son bastantes eficaces para labrar la ventura de las familias y de los pueblos. Cuanto más suba el nivel de los bienes materiales, tanto más debe subir también el de los bienes del espíritu, de tal suerte que siempre sobrenaden éstos como el aceite en el agua. Sin esa subordinación de los intereses terrenales á los del cielo, el egoismo se apoderará de los corazones, y rotos los lazos que unían entre sí á los miembros de la sociedad, correrá ésta á su desquiciamiento y disolución.

Muchos, por desgracia, son hoy en el mundo los que empeñados en no comprender estas clarísimas verdades, y cual si se sintiesen atraídos por el abismo del mal, se dedican con decisión y constancia, dignas de mejor causa, á separar á la sociedad del camino de su salvación, que es el de la Cruz. Para conseguirlo, comienzan por introducir en la familia gérmenes de destrucción, alentando á los hijos á rebelarse contra sus padres, y predicando á la mujer doctrinas que pérfidamente llaman emancipadoras, pero que no tienden á otra cosa sino á sumir al sexo debil en la abyección y en las tinieblas en que viviera antes de la venida del Redentor. *El eritis sicut dii* de la serpiente del paraíso, repetido por los enemigos de la constitución cristiana de la familia y de la sociedad, incita al hijo á desconocer la autoridad de su padre, y á la mujer á emanciparse de su marido, y propende así á convertir la familia en una amalgama de elementos diversos sin vínculo ni cohesión moral. No es medio ineficaz para lograrlo, y bien lo ha comprendido la astucia de los propugnadores de esas dañosas teorías, el fomentar la ambición de los bienes terrenales, porque la posesión de éstos engendra egoismo, mientras que la posesión de los tesoros y de las gracias espirituales engendra amor. Y la razón de esta diferencia es obvia, y la expone el ilustre Manzoni con su acostumbrada discreción y claridad, afirmando que los hombres se encuentran en oposición unos con otros por el amor de los bienes terrenos, que, gozados, aumentan, sí, la sed de poseerlos, pero no la facultad de multiplicarlos; y que esta facultad admirable no pertenece más que á los bienes espirituales, los cuales son absolutamente verdaderos, hasta en esta vida, porque participan del Bien sumo é infinito y porque llevan á poseerle eternamente (1). Por eso, nosotros que

(a) Trabajo escrito para el Congreso Católico de Zaragoza.
(1) Encíclica *Sapientiæ Christianæ*.
(2) Encíclica *Incrustabili*.

(1) Observaciones sobre la Moral Católica. Cap. XV.

aspiramos á hacer cada día más estrechos los lazos que unen á los miembros de la familia, debemos, ante todo, fomentar el ansia de los únicos bienes verdaderos, que son los sobrenaturales; y oponer á ese positivismo que nos invade, amagando con los mismos golpes á la Religión y á la sociedad, la práctica de la vida cristiana, basada en el amor al prógimo y en el abandono y desprecio de todo aquello que nos estorbe para la consecución de nuestro último fin.

III

De los muchos y variados medios que para el logro de nuestros propósitos nos ofrece la divina fecundidad de la Iglesia Católica, solo nos fijaremos en la admirable Orden Tercera de San Francisco, que tiene en su favor las expresivas recomendaciones de varios Pontífices, y especialmente las reiteradas y solemnes del que en la actualidad rige y gobierna con tanta sabiduría como prudencia la Nave Mística de Pedro.

La causa del mal que lamentamos, ya lo hemos indicado; está en el olvido; está en la negación del orden sobrenatural. Su remedio, por lo tanto, estará en la afirmación rotunda, teórica y práctica á la vez, de ese orden, y en someter á él todas las cosas naturales.

Y esto lo realiza á maravilla esa bendita institución, conocida con el nombre de Orden Tercera de San Francisco, escuela santa de paz, de humildad y de amor al prógimo.

No cabe desconocer que uno de los primeros frutos de las doctrinas positivistas hoy predominantes, es el egoismo, es la falta de caridad. Como en el ejercicio de la vida cristiana todas las virtudes se enlazan estrechamente entre sí, no puede florecer la caridad allí donde la humildad no sirve de cimiento; y la humildad necesita, para arraigar en un alma, que ésta se confiese y reconozca como poco más que nada ante la grandeza infinita del Creador. Imposible es que quien no baje rendido su cabeza ante la sublimidad incomparable del orden sobrenatural, aliente en su corazón si no sentimientos de orgullo. Y el que se halle dominado por éstos, difícil es que tenga á su prógimo el amor que ha de tenérsele, ni que se sacrifique por él, ni que obedezca á sus superiores, ni que se mueva á impulsos de lo que no le produce placer. Quien, en cambio, se humilla y se anonada al considerar su poquedad, y reconoce y confiesa que aún eso poco que vale, se lo debe á Dios, ese, si ha de ser lógico, no podrá menos de ver en cada uno de los hombres un hermano suyo, creado por el Supremo Hacedor á su imagen y semejanza, y rescatado por el precio inestimable de la sangre de su Hijo; y esta fraternidad augusta, basada en los fundamentos más sólidos y en los títulos más altos que jamás pudo imaginar el entendimiento humano, estrechará los corazones con lazos indisolubles. Y cuando á esta fraternidad espiritual y excelsa, se agreguen los vínculos de la sangre, entonces no habrá para el hombre cristiano sacrificio que le parezca doloroso, ni obstáculo que juzgue insuperable cuando se trata de servir á aquellos á quienes la Religión y la naturaleza le ordenan que los ame.

¡Cuántos y cuán provechosos frutos obtendría la sociedad, si todos los hombres, convencidos de estas verdades, se dedicasen ahincadamente á ponerlas en práctica! Entonces, al egoismo que separa, sustituiría la caridad que une; al pesimismo desolador que, al no ver realizados sus ideales en la tierra, lleva al suicidio, el optimismo cristiano, que conociendo que este mundo no es si no lugar de tránsito, sufre con resignación y hasta con alegría las adversidades, porque sabe que ni ojo alguno vió, ni oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman (1).

Estos frutos de bendición solo pueden alcanzarse mediante las reglas de vida del Evangelio. Y como la Orden Tercera de San Francisco es una Asociación esspecialmente consagrada á traducir en hechos los preceptos y hasta los consejos evangélicos, de ahí su extraordinaria utilidad en los tiempos presentes.

Lo que en conjunto viene á exigir la Orden á sus afiliados, es obedecer á los mandamientos de Dios y de la Iglesia; abstenerse de pasiones y de luchas; no desaprovechar cuanto cede en beneficio del prójimo; no tomar las armas si no para la defensa de la Religión y de la Patria; ser moderado en el comer y en el vivir; evitar el lujo y abstenerse de las peligrosas seducciones del baile y del teatro.

Cuánta sea hoy la oportunidad de estas reglas de conducta, y cuánto pueden contribuir á la restauración cristiana de la familia, no es necesario encarecerlo. Mediante la obediencia á los mandamientos de Dios y de la Iglesia, entre los cuales hay uno que manda á los hijos que honren á sus padres, y á éstos que enseñen el camino del bien á sus hijos; mediante la abstención de luchas y pasiones, destructoras de la caridad; mediante el aprovechar cuanto cede en beneficio del prójimo, y el no tomar armas si no para la defensa de la Religión y de la Patria, y la moderación en el comer y en el vivir, y la privación del lujo, y el alejamiento de las peligrosas seducciones del baile y del teatro, propende á apartar á la humanidad de los escollos en que generalmente naufraga la paz y la tranquilidad doméstica.

Examinemos, en efecto, el mundo moderno é investiguemos cuáles son los orígenes de casi todas las desavenencias que rompen la unidad de la familia, y veremos que todos ellos están incluídos entre las tendencias viciosas, de las cuales quiere librar la venerable Orden Tercera de San Francisco. No son pocos los padres que no ponen en la educación de sus hijos el cuidado exquisito y la prudencia suma que pondrían si pararan mientes en la gravísima obligación que sobre ellos pesa de velar por las almas de aquéllos y enseñarles á practicar la ley de Dios. Fruto natural de esta desidia de los padres y del espíritu de rebelión que alienta en el fondo de toda doctrina no iluminada por la luz de lo sobrenatural, y que se manifiesta lastimosamente en nuestros días, entre otros síntomas por esa falta absoluta de consideración y respeto á los ancianos, los hijos, á su vez, no quieren someterse al yugo de la autoridad paterna, cuando ésta no se doblega dócilmente á consentirles todos sus caprichos. Y de aquel abandono de los padres y de esta insubordinación de los hijos, surgen males sin cuento para la familia; mérmase y debilítase la autoridad del padre, cabeza y centro de unión de la sociedad doméstica; queda la madre despojada de aquel suave ascendiente que tenía sobre padre é hijo; y éste, ensoberbecido, pierde el amor y el respeto que hácia sus progenitores sentía, y va á buscar, alucinado, satisfacciones y goces no recomendables, en vez de las puras y santas y consoladoras alegrías del hogar, donde hasta las penas se mitigan al sufrirlas en común.

Contribuye también en muchos hombres al abandono y olvido de estas dulces alegrías del hogar, el afán con que se lanzan á las luchas de bandería, que enconando los ánimos, y apoderándose de ellos, por completo, no les dejan tiempo ni para pensar en los séres cariñosos que unidos á ellos por los sagrados lazos del amor y de la sangre, quisieran no trabajar en otra cosa si no en hacerlos felices.

Así como es imposible que quien vive entregado á luchas y pasiones, sea con su familia lo cordial y cariñoso que para mantener la cohesión entre todos los miembros de ella se requiere, así también y con mucha mayor razón es imposible que proceda con con esa cordialidad y cariño quien se siente tentado á tomar las armas sin que lo exijan los gravísimos y supremos intereses de la Religión y de la Patria.

La guerra es, casi siempre, causa de perdición, para innumerables familias; la vida de campaña, de ordinario libre y relajada, tiende á aflojar los lazos domésticos y entibia el fuego sagrado de la caridad, sin el cual, el hombre comienza á sentir despego hácia su prójimo, y á no atenderle en sus necesidades, y acaba por no adorar si no á su propio *yo*, y por sacrificar ante este ídolo todos los intereses, incluso el de la familia. (*Continuará.*)

(1) San Pablo. I. Epístola á los Corintios. Cap. II, vers. 9.



EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DOCTOR

D. Mariano Miguel Gómez

Arzobispo de Valladolid

Prior y señor de Junquera de Ambía, senador del reino, etc., etc.

HA FALLECIDO

á las dos y media de la mañana del 14 Septiembre de 1891, á la edad de 77 años.

R. I. P.

La Ilustración Católica suplica á sus favorecedores rueguen á Dios por el eterno descanso del venerable Prelado.

AVISO

Se ruega á los Señores suscriptores que no hayan satisfecho sus cuotas, lo verifiquen á la brevedad posible; pues con su retraso perjudican la marcha regular de esta Administración.

Igualmente se suplica á los corresponsales en cuyo poder obren fondos, los remitan con expresion de los suscriptores á que pertenecen, á fin de evitar reclamaciones indebidas.

ORIGEN DEL JABON DEL CONGO

En 1883 Victor Vaissier, inventó su incomparable jabón de tocador, llamado **de los Príncipes del Congo**. Este maravilloso jabón, cuya pasta es de una perfecta pureza y su perfume excesivamente agradable, lo usa hoy todo el mundo. Para obtener el verdadero **Congo**, exígid el NOMBRE de VICTOR VAISSIER, de PARIS

MADRID
Establecimiento tipográfico de FELIPE PINTO, Bola, 8
1891

Perfumes muy finos y permanentes para el pañuelo á *7 reales* frasco; la *Mimosa*, *Heliotropo blanco* y Violeta de Parma, á *2 pesetas*.

Agua de Colonia florida, de higiénico y agradable perfume, *3 pesetas* medio litro, frascos desde *una peseta*.

Jabones finos que no estropean la piel, á 6 y 8 reales caja con tres pastillas.

PERFUMERIA THOMAS
Calle Mayor, 36
á la derecha, entrando por la Puerta del Sol.



ADOPTADOS DE REAL ORDEN POR EL MINISTERIO DE MARINA

PREVIO INFORME DE LA JUNTA SUPERIOR FACULTATIVA DE SANIDAD

RECOMENDADOS POR LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE GRANADA

CURAN INMEDIATAMENTE como ningun otro remedio empleado hasta el dia toda clase de

INDISPOSICIONES DEL TUBO DIGESTIVO,

VOMITOS Y DIARREAS; DE LOS TÍSICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS,

COLERA, TIFUS, DISENTERIA,

VÓMITOS DE LAS EMBARAZADAS Y DE LOS NIÑOS,

CATARROS Y ULCERAS DEL ESTOMAGO,

PIROXIS CON ERUPTOS FÉTIDOS, REUMATISMO Y AFECCIONES HÚMEDAS DE LA PIEL.

Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados, que son la admiración de los enfermos; ninguno tan verdad como nuestros INALTERABLES Y MARAVILLOSOS

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones porque no darán el mismo resultado

Exigir la rúbrica y marca de garantía.

De venta en todas las farmacias y droguerías de España y Ultramar.-Vivas Perez, Almería

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, **blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **CERAS PURAS DE ABEJAS** para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. **Cirios y blandones esteáricos** de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40 SALVADÓ Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

POLICARPO RUIZ

15—Tacometros—15

En esta antigua y acreditada casa encontrará el público un gran surtido en camisería, lanería, lencería, géneros de punto, pañolería, merinos, ropa blanca, corsés, estameñas para hábitos é infinidad de artículos.

Grandioso surtido en percales á **REAL, REAL Y MEDIO y DOS REALES.** Vuelas fantasía, todo lana, á **peseta**; batistas y céfiros, á **0'60.** Lanas novedad, doble ancho, á **0,75.** Piezas tela blanca, 24 varas, á **6 pesetas.**

Grandes surtidos.—Precios económicos

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.

Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

EL SAGRADO CORAZON

CASA SALVI

Calle del Clavel, núm. 1 entresuelo.--MADRID

Labores artísticas para Oratorio, salón, sala, gabinete, dormitorio, despacho, comedor, etc., empezadas, terminadas y sólo dibujadas.

Unica casa en labores y materiales para Conventos y Colegios.

Oro, sedas, lanas, felpillas, algodones y toda clase de materiales para la ejecución de labores de señoras.

La casa de más novedad y economía en los precios, siendo sus artículos todos de primera calidad y de la más especial fantasía.

CASA SALVI.—**Clavel, 1, entresuelo.**

ACADEMIA DE SEGUNDA ENSEÑANZA

Leganitos, 40, segundo derecha

Clases de Religión y Moral, Latín, Retórica y Psicología, por un señor Presbítero, Doctor en Letras.

Clases de Derecho, por un Doctor.

Idem de Matemáticas, por un Subdirector de Comunicaciones.

Idem de Física y Química, por un Licenciado.

Idem de Francés é Inglés, por un Intérprete de Lenguas.

VELUTINA FLORA

SIN BISMUTO

Polvo impalpable é invisible para el ojo más perspicaz, exento de toda composición que pueda perjudicar el cutis más delicado, preparado por la casa DORIN, de París, para la

Perfumería Frera

ESPECIAL EN BLANCOS Y TINTOS

1 Carmen 1

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVI.—TOMO XIV NÚMERO 19.—Madrid 15 de Octubre de 1891 NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. F.—*Guallterio y Griselda* (historia italiana), por Esperanza Orvea.—*La cuestión social y el señor Obispo de Madrid Alcalá*, por «El Movimiento Católico» —*Pedro Antonio de Alarcón*, (ensayo de crítica), por Angel Salcedo Ruiz.—*Album de poesías*, por Francisco Jiménez Campaña.—*Bibliografía*, por el Bachiller Alonso.—*Perspectivas de viaje*, por F. Aguilar y Blanca.—*La familia cristiana y la Orden tercera de San Francisco*, por Carmelo Echegaray.

GRABADOS

Bellas Artes: Guido D'Arezzo ensayando un método de canto en presencia del Papa Juan XIX.—*Rubens.*—*Toledo: Puerta de Visagra.*—*Una murga en la Habana.*—*El cartero en Rusia.*—*Los favoritos de la niña.*—*Un pescador.*

LA QUINCENA

El primer asunto de que debemos hoy tratar, es del tan desagradable para los católicos planteado en Roma con motivo de la peregrinación francesa.

Se ha demostrado una vez más, y por modo elocuentísimo, que el Papa no es libre ni aun para recibir la visita de sus fieles hijos los católicos de las diferentes naciones del mundo.

Ya se mire desde el punto de vista religioso, ya desde el punto de vista meramente político é internacional, lo que acaba de suceder en Roma demuestra concluyentemente que el Papa no es libre, ni soberano dentro de su propia casa, porque está expuesto á las iras de un populacho soez, cuyas turbonadas no siempre serán contenidas por un Gobierno que participa de los mismos sentimientos que los perturbadores.

Hasta hoy, el Gobierno italiano ha tenido interés egoista en oponerse al desbordamiento de las turbas; pero mañana puede tener el interés contrario, ó puede sentirse debil ante la corriente de un pueblo que se cree aborrecido de Francia; y en este caso, ¿qué será de la persona de nuestro Santísimo Padre? ¿A quién acudirá para que le defienda? ¿Por dónde podrá siquiera alejarse de una ciudad entregada á las violencias de gentes sin respeto divino ni humano?

Encerrado en su palacio, cada vez que oye gritos subversivos en las calles y plazas de la ciudad, el Vicario de Cristo, Jefe del mundo católico, tiene que preguntarse con la natural desconfianza del encarcelado que depende de la voluntad y el capricho de su alcaíde: ¿Qué hará ese Gobierno? ¿Le *convendrá* defenderme? ¿Le *convendrá* abandonarme?



BELLAS ARTES: *Guido D' Arezzo, ensayando un método de canto*

De donde resulta que la seguridad del Papa estriba única y exclusivamente en la *conveniencia* de su propio enemigo, y quien no tiene más garantías que las que le ofrece la *conveniencia* de su enemigo, es esclavo.

Esto acaba de demostrarse con ocasión de los últimos alborotos. Pero también se ha demostrado que ya el Papa no puede rogar á sus hijos que vayan á oir de sus labios las palabras de vida y de consuelo que emanan de lo alto, ni á recibir de sus sacrosantas manos el Pan de los Angeles, ni á tener la dicha de conocer personalmente al Padre, como desean siempre los buenos hijos que viven apartados de su presencia; antes bien, por no exponerlos á los brutales atentados de la muchedumbre desenfrenada, tendrá que verse en el doloroso trance de decirles que no vayan á Roma... De modo que el Jefe augusto de la cristiandad queda reducido á condición más triste que el peor de los criminales, porque éstos al menos, salvo en los días primeros del sumario, gozan del derecho de comunicarse con quien quiera verlos, y el Papa va á tener que prescindir de toda comunicación personal con sus propios hijos.

¿Puede llegar á más la situación deplorable y misérrima de quien está por encima de todos los poderes humanos? ¿No toca ya la iniquidad en los términos de lo increíble?

***

Las desgracias que afligen á la nación, (inundaciones, choques de trenes, seis), han servido para que se nos ofrezca un espectáculo verdaderamente grato, el de la caridad, acudiendo al socorro de tanta desdicha. La suscripción nacional que pasa ya de tres millones de reales; las promovidas por *El Imparcial*, *El Siglo Futuro* y otros periódicos que alcanzan cantidades muy respetables; los donativos de todas clases, ya en metálico, ya en ropas y efectos con que todas las clases sociales han acudido al remedio de tanto infortunio, son testimonio de la caridad inagotable de nuestro pueblo, y de lo mucho que puede esperarse de nuestra nación, cuando generosos estímulos la mueven y agitan.

***

La Unión Católica ha abierto en sus columnas una suscripción para regalar con su producto una imagen al Convento de religiosos Franciscanos de Consuegra. El pensamiento no puede ser más delicado, ni más digno de ser apoyado por los católicos. Los heróicos frailes de Consuegra merecen cuanto en su honor se haga. «Bien ha hecho el Gobierno, escribe un »periódico tan poco sospechoso en la materia »como *El Imparcial*, en no conceder cruces, »encomiendas, ni ningún otro de los signos de »distinción oficial que se ostentan sobre el traje á los frailes franciscanos de Consuegra. Hubiera hecho mejor en no darles gracias de Real »orden. El documento oficial, firmele quien le »firme, y la condecoración, sea la que fuere, resultan pequeño premio para obra tan grande »como la que han llevado á cabo estos héroes. »En sus rotos y manchados hábitos llevan la »prueba de sus servicios. En el corazón de »Consuegra está perenne el testimonio de la »gratitud cristiana.

»Lo que en una gran cruz hay de santo es el »signo de la religión, que da de si estos admirables espíritus, dispuestos á todo sacrificio.

»Los Frailes Franciscanos de Consuegra no »necesitan premios del Gobierno. Dárselos sería quitar importancia á sus servicios.»

***

Dos hombres notables han desaparecido de la escena política: Boulanger y Parnell.

Parnell y Boulanger desempeñaron papeles simpáticos en el drama público. Los términos de ambos han sido indignos de sus respectivos principios.

La significación de Boulanger, grandemente patriótica, era y tenía que ser efímera por necesidad, pues sólo un verdadero soberano, ó que tenga atribuciones de tal, puede llevar á cabo la difícil empresa de vencer á Alemania.

La significación de Parnell era mucho más consistente. Representaba el pueblo irlandés que no cede desde Daniel O'Connell, de gloriosa memoria, en su empeño de reconquistar su libertad. Y como allí no hay príncipes que puedan enarbolar la bandera de la patria, el pueblo tiene que elegir al que ha de guiarle á la victoria librando las batallas del Parlamento y de la plaza pública.

Parnell era protestante, pero por sus cualidades de actividad, de valor y de elocuencia, los católicos irlandeses le habían levantado sobre el pavés, encomendándole la jefatura de su partido.

Mas hubo un día en que este hombre cayó á los pies de una mujer: la eterna Dalila que corta el cabello al Sansón de todos los siglos.

Saltando por encima de todos los deberes y de todas las consideraciones, el hombre que representaba á Irlanda, y en quien hasta los Obispos católicos habían depositado su confianza, se unió con la adúltera, sacrificando de este modo á su pasión carnal las elevadas obligaciones de su cargo.

Entonces los Obispos irlandeses lo declararon indigno de capitanear el pueblo irlandés, y aunque algunos de sus partidarios personales opusieron tenaz resistencia á aquella solemne desautorización, el católico y honrado pueblo de Irlanda abandonó á su hombre, en la seguridad de que no había de nacerle el cabello como al atleta de los Sagrados Libros.

Una mujer acabó con Boulanger. Otra mujer acabó con Parnell.

Los que creen que entre la vida privada y la pública hay un abismo que no debe salvarse, consideren esos dos ejemplos recientes, si no quieren molestarse en hojear la historia del genero humano.

La vida privada ha matado á esos dos hombres públicos.

Parecían fuertes y valerosos para luchar con adversarios políticos; pero se les puso de frente una pasión vulgar, y sucumbieron ante ella como dos niños ante un juguete.

Ciertamente, más sabio y más grande que ellos era Salomón, á quien Dios había concedido cuanto un monarca puede apetecer en la tierra, y se sujetó al imperio de las mujeres, de tal suerte, que en su locura no temió hacer traición á áquel mismo Dios que le había hecho el más sabio de los hombres y el más glorioso de los reyes.

¡Qué lecciones estas tan elocuentes y saludables para que nadie, por alto que sea, se deje desvanecer por el orgullo, creyéndose superior á sus semejantes, y para que todos cuantos pretenden regir ó gobernar á los pueblos ó á los partidos, vivan siempre alerta contra el embate de las pasiones que de un momento á otro pueden reducirlos al estado de bestia, como Sansón; al de suicidas como Boulanger; al de insignificantes, como Parnell!

El hombre que quiere ser superior á los demás en el orden público, debe, ante todo, ser superior á sí mismo, venciendo sus pasiones y azotando su carne, que es el enemigo más formidable de toda verdadera grandeza.

Esa es la superioridad de los Santos que en en vida y muerte ejercen influencia constante y provechosa sobre el mundo, porque son los hombres del espíritu; y el espíritu y no la carne es el que ha imperado en la inmensa comunión de la humanidad regenerada.

Por eso los reyes mejores han sido los reyes santos, y por eso no hay consejeros ni ministros de los reyes que puedan compararse con San Isidero ó con San Bernardo.

En cuanto á la muerte de Parnell, solo podemos decir que no tiene otra importancia que la de la desaparición de un estorbo más molesto que transcendental.

Tal vez hubiera ocasionado todavía alguna perturbación, porque ciertas influencias no se pierden de un golpe. Pero la actitud enérgica de los Obispos y del Clero irlandés bastaban para neutralizar sus esfuerzos.

Hoy ya no es menester siquiera pensar en ese obstáculo. Dios lo ha quitado de enmedio, y Dios suscitará ahora el hombre que ha de heredar el prestigio y la virtud del inmortal O'Connell para poner glorioso remate á su patriótica obra.

***

Para concluir:

La costumbre de desobedecer toda orden, emane de quien emane, y el afan de olvidar toda prohibición, no es solo española como generalmente se cree. Pruébalo el siguiente hecho.

Hace algún tiempo colocaron las compañías de los ferrocarriles ingleses en sus vagones un cartelito rogando á los viajeros que no apoyasen los pies en los asientos colocados enfrente del que ocupaban, á fin de evitar que se manchasen de barro ó de betún las personas que tuvieran que sentarse en ellos.

Pues bien: el ruego fué inútil, y las Compañías continuaron recibiendo quejas de muchas personas que encontraron manchados los asientos. En visto de ello, y comprendiendo que no hay como disponer una cosa para que se haga la contraria, la Compañía del ferrocarril de Glasgow ha puesto en sus coches un cartel con las siguientes palabras:

«Se ruega á los señores viajeros que pongan los piés en los asientos de los vagones y se sienten en el suelo.»

Todo el mundo ha protestado de tan absurda é irracional exigencia, y desde entonces los viajeros cuídanse mucho de no manchar los almohadones, á fin de contrariar la irritante pretensión expuesta por la Compañía.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES.

GRABADOS

Bellas artes.—Guido D' Arezzo ensayando un método de canto en presencia del Papa Juan XIX. (Pág. 297.)

La Iglesia católica es y ha sido constantemente la protectora decidida y entusiasta de las Bellas artes. Á su bendita sombra han florecido todas las artes, y encontrado asilo, alientos y protección los más eminentes artistas. Los romanos Pontífices han sido desde los primeros tiempos generosísimos y augustos Mecenas, promovedores del progreso en todos los órdenes, y muy especialmente en el del arte.

El bello cuadro de Bertini que reproducimos en la primera página de este número, representa uno de esos episodios gloriosos en que tanto abunda la gloriosísima historia del Pontificado. El célebre compositor Guido D' Arezzo ensaya su método de canto en presencia del Pontí-

fice Juan XIX, el cual asiste á la obra con todo el interés de un verdadero amante de las Bellas artes, con la generosa complacencia de un príncipe magnífico, con el cariño de padre. Todo eso ha sabido Bertini retratarlo en el semblante augusto del Pontífice, y aun son más dignas de elogio desde el punto de vista del arte la severa é inspirada figura del compositor y las delicadas y bellísimas de los niños de coro que ocupan el primer término. La composición del cuadro, nada deja que desear. Guido D' Arezzo, apesar de su colocación en segundo término, es la figura principal, la que desde luego se atrae las miradas del observador. El semblante del maestro es de una incomparable unción artística; se vé allí la inspiración.

Rubens. (Pág. 300.)

No es ahora ocasión, ni hay necesidad de trazar la biografía, ni de escribir un juicio crítico acerca del príncipe de la pintura flamenca, del celebérrimo artista del siglo XVII, Pedro Pablo Rubens. Repetidas veces ha consagrado sus páginas LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA al justo elogio de este coloso, que sólo puede compararse dignamente con algunos maestros italianos del siglo XVI, y con los españoles, contemporáneos suyos. En la página 205 de este mismo tomo publicamos el famoso *Descendimiento de la Cruz*, una de las obras más célebres y hermosas de Rubens.

Nos limitamos hoy á publicar el retrato del insigne pintor, que nuestro monarca Felipe IV, de quien era súbdito, como flamenco, protegió espléndidamente y trajo á España, tratándole como á un príncipe y encargándole difíciles y honrosísimas comisiones, no sólo artísticas, sino políticas.

Toledo.—Puerta de Visagra. Pág. (301).

La antiquísima, insigne y artística ciudad de Toledo, situada sobre una eminencia, del modo más apropósito para constituir una plaza inexpugnable, dadas las condiciones y modo de pelear durante los siglos medios, estuvo en aquel tiempo rodeada de un muro fortísimo, del que aún se conservan restos en distintos parajes del recinto. A este muro correspondían las puertas de la ciudad, algunas de las cuales aún se conservan en pié atestiguando con los demás monumentos que hacen de Toledo un espléndido museo de antigüedades, la opulencia y poderío de la ciudad en los pasados siglos, y el buen gusto artístico de nuestros antepasados.

Las puertas del Cambron, Almagrera, Almofala ó Nueva, la de los Doce Cantos, la de Adabaquin y la de Visagra, recuerdan por sus nombres sonoros, por su especial estructura y por las leyendas á ellas unidas, episodios gloriosos de la historia patria, páginas sangrientas escritas por bárbaros y romanos, por cristianos y árabes; por Castros y Laras, por partidarios de D. Pedro y de D. Enrique, por comuneros y realistas. La poesía romancesca ha contribuído también al embellecimiento moral de esos insignes monumentos. Si no, dígalo Zorrilla cuando nos describe que

Allá por el Miradero,
Por el Cambron y *Visagra*,
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.

¡Cuántas veces atravesaron por esas puertas huestes de infieles y de cristianos, mesnadas de ricos hombres, gentes de armas del rey ó de las ciudades! Cuando se decía *pues que Toledo alza la voz algún gran mal debe afligir al reino;* cuando el común, guiado por Padilla ó por su heroica viuda María de Pacheco, resistía al poder de Carlos V, las puertas de Toledo tenían una importancia extraordinaria militar y política, y tener guarnición en ellas equivalía á ser dueño de Castilla. La puerta de Visagra conserva en gran parte su antiguo carácter; está flanqueada por dos elevados cubos ó torres que le dan un aspecto imponente.

Una murga en la Habana. (Pág. 304).

Hé aquí un cuadro de costumbres cubanas: la murga aristocrática que toca y canta cuando se abre algún establecimiento de lujo ó son los días de algún potentado de la fortuna ó en el orden de la administración. Hasta en los murguistas se refleja la diferencia de colores y razas, que es uno de los caracteres y uno de los mayores males de la sociedad antillana. Los hijos de Cuba son muy aficionados á la música y á la poesía, y sus melodiosos cantos y tocatas populares son aún más dulces que las de Andalucía, que sin embargo recuerdan como el eco recuerda al sonido. «Cuba, decía un viajero, es una Andalucía más andaluza que la de España. Todas las cualidades, bellezas y defectos de nuestras provincias meridionales, aparecen allí agrandados, los defectos más defectuosos, las bellezas embellecidas.»

El cartero en Rusia. (Pág. 305).

De Cuba á Rusia hay bastante distancia. Nuestros grabados la saltan con facilidad, representando el de la pág. 273 un episodio de costumbres rusas, copia del célebre cuadro de Maritotti, titulado como nuestro grabado.

Los favoritos de la niña. (Pág. 308).

Un pescador. (Pág. 309).

Son dos cuadritos de género que confiamos han de agradar á nuestros lectores.

ANTONIO DE OLMEDO.

Boletín religioso

Almanaque religioso (segunda quincena de Octubre.

16. Vier. San Galo, abad, y Santa Adelaida, virgen.

17. Sáb. Santa Eduviges, viuda, y la Beata Margarita de Alacoque, salesa.

18. Dom. XXII después de Pentecostés. San Lucas Evangelista, y San Pablo de la Cruz, fundador.

19. Lun. San Pedro de Alcántara.

20. Mart. San Juan Cancio, presbítero, y Santa Irene, virgen y martir.

21. Miér. San Hilarión, abad, y Santa Úrsula y compañeras, vírgenes y mártires

22. Juev. Santa Salomé, viuda.

23. Vier. San Juan Capistrano y San Pedro Pascual.

24. Sáb. San Rafael Arcangel.

25. Dom. XXIII después de Pentecostés. San Crisanto y su esposa Santa Daria, San Crispíny San Crispiniano, mártires, y San Frutos.

26. Lun. San Evaristo, Papa.

27. Mar. San Vicente, Santa Sabina y Santa Cristeta, mártires de Avila.

28. Miér. San Simón y San Judas Tadeo, Apóstoles.

29. Juev. San Narciso, obispo, y Santa Eusebia, vírgen y martir.

30. Vier. San Claudio y compañeros mártires, y el Beato Alonso Rodríguez, de la C. de J.

31. Sáb. San Quintín, San Nemesio y su hija Santa Lucila, mártires.—Aniversario de la batalla del Salado.—*Ayuno.*

CUARENTA HORAS

15, 16. Parroquia de Santa Teresa (Chamberí).

17, 18. Religiosas Salesas (paseo de Santa Engracia).

19, 20. Iglesia de San Antonio de los Alemanes.

21, 22. Parroquia de San José.

23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31. Iglesia de San Juan de Dios.

J. F.

Gualtero y Griselda

(HISTORIA ITALIANA)

Vamos á contar una antigua historia italiana, referida nada menos que por Petrarca, en cuyo tiempo ya parece que pasaba por historia vieja. Petrarca sacó de ella la moraleja de la perfecta obediencia que las mujeres deben tener á sus maridos, y en este sentido *de obedientia et fide uxoria* la citó Engelgrave, predicador famoso, en una de sus homilias que corren impresas, y muerto Fr. Juan Laguna la insertó en su curioso libro titulado *Casos raros de vicios y virtudes*.

No se precisa la fecha en que ocurrió el suceso. Lo que se cuenta es, que había en Italia un opulento Marques, señor de villas y lugares que habitaba al uso de *illo tempore* en fuerte y suntuoso castillo, servido de pajes escuderos, y gente de armas, gran cazador y buen soldado, y no mal hombre; esto es, que no tiranizaba á sus súbditos, según solían hacer otros de su misma clase. Por eso sus vasallos le amaban casi como á un padre, y se interesaban mucho por su suerte.

Gualtero (que tal era el nombre del señor), había pasado ya de la primera y aun de la segunda juventud; era cuarentón con exceso, y aún no se había casado. Tal circunstancia enojaba á sus buenos vasallos. Dice Petrarca y los que le han copiado, que la causa de tal enojo era la pesadumbre de pensar que caballero de tan ilustre sangre y buenas costumbres quedase sin sucesor. Quizás á tan caritativa consideración se juntase el temor muy natural de que el Marqués, si alguna vez se cansaba de ser bueno, se hiciese pagar sus pecados en honra de sus vasallos, o cual no era temor pueril ciertamente, ni envolvía grave ofensa al Marqués, porque triste experiencia había hecho conocer á todos los súbditos de señores feudales que era muy peligrosa para el honor de sus familias la soltería de sus dueños. Así fué que viendo que pasaban días y días, y aun años y años, y Gualtero no daba señales de querer tomar estado, se decidieron á suplicarle que lo hiciese. Juntáronse á tal efecto los más granados del marquesado, y fuéronse en comisión al castillo en que residía el Marqués, y después de los preámbulos de rúbrica soltáronle un discurso escitándole con toda elocuencia al santo matrimonio, y aun prometiéndole que le buscarían novia si él les honraba con tal encargo.

Oyó Gualtero muy sorprendido el extraño mensaje. Como buen solterón, diría para su coleto: *Me pillaron. De aquí no pasa ya mi libertad amada.* Después en alta voz, dijo: «*Amigos míos:* me obligais á una cosa que siempre ha sido contra mi voluntad, porque yo gozo de toda libertad sin casarme, la que después de casado puede ser que no la tenga; no obstante, de muy buena voluntad me sujeto á la de mis súbditos, confiando en vuestra gran prudencia y fidelidad; pero os perdono el cuidado que me ofreceis poner en buscarme esposa, que ese me le tendré yo, y confío en Dios nuestro Señor que me dará S. D. M. una mujer que sea muy

conveniente para mi quietud y conveniencia. Vuestros deseos los cumpliré cuanto más antes pueda; pero vosotros todos me habeis de prometer que, á cualquiera que yo haya de elegir por esposa, la habeis de tener gran veneración, sin que entre vosotros haya litigios ni controversias sobre la elección que yo tengo de hacer de esposa; porque, cualquiera que ella sea, la habeis de respetar y tener por vuestra legítima señora, como si fuera hija del mismo emperador romano.

Así lo prometieron los diputados del pueblo, y después de algunos días anunció Gualtero que había determinado casarse, y señaló la fecha de la boda.

Había cercana á la corte del Marqués una aldea de pocos vecinos, y entre ellos uno, el más pobre, que se llamaba *Janículo*: éste tenía una sola hija que se llamaba *Griselda*, muy hermosa y gallarda. La infeliz era pastora. Gualtero hacía años que la amaba en silencio. La honestidad le había vedado hasta entonces declararse á ella con torpe fin, y la desigualdad de condiciones le había arredrado ante la idea de pedirla por esposa. Pero ya en el trance de elegir novia, recordó á la gentil Griselda, y resolvió casarse con ella. Pero no la dijo ni una palabra. ¿De dónde saldría la novia del Marqués? Esto se preguntaban todos los súbditos de Gualtero. Y la misma curiosidad reinaba en el mísero hogar de Janículo.

Llegó el día señalado para las bodas. En la corte reinaba esa efervescencia popular que acompaña siempre á los grandes sucesos, aquel día más justificada que nunca; porque al aparato y pompa, propios de la solemnidad, se añadía la natural curiosidad de conocer á la misteriosa novia del potentado. Entre tanto, en la aldea, Griselda entraba en su casa con un cántaro de agua sobre la cabeza, y con ánimo de terminar cuanto antes sus domésticos quehaceres, para formar parte en el público regocijo. Entonces, hé aquí que llega á la puerta de la casa un cortejo magnífico, y á su frente el Marqués, caballero en soberbio potro, y llamando Gualtero por su nombre á Griselda, díjole:

«Griselda, ¿dónde está tu padre?» Y ella, con reverencia y humildad, respondió: «Señor, mi padre está aquí en casa.» Entró el Marqués, y tomando al viejo de la mano, lo apartó un poco de los que venían en su comitiva, y díjole en secreto. «Janículo, yo ya sé que eres hombre honrado y que me quieres mucho, y cualquiera cosa que yo te pida, que sea de mi gusto, juzgo que no me la has de negar; quiero ahora, pues, esperimentar tu buena voluntad para conmigo, que soy tu señor, y esto será en que condesciendas en que yo me case con tu hija Griselda.»

Admirado el buen viejo, sonriéndose, dijo: «Señor, ninguna cosa debo querer ó no querer; sí sólo lo que sea de tu agrado, porque tú eres mi señor, y debo obedecerte en todo lo que quisieres mandarme.» Ea, pues, dijo el Marqués; entremos donde está Griselda los dos solos, que quiero hacerla algunas preguntas en tu presencia.» Toda la comitiva estaba á la parte de afuera esperando en qué vendría á parar este suceso.

Gualtero, hablando con Griselda delante de su padre, la dijo: «Tu padre, Griselda, me ha dado su consentimiento para que seas mi mujer, porque este es mi gusto, y juzgo que este mismo será el tuyo; y en esta suposición quiero preguntarte: ¿si llegando el caso de que estemos los dos casados, si me obedecerás en todo lo que yo te mandase, de tal forma que en todo estés



RUBENS

sujeta á mi voluntad, sin replicar, ni repugnar cosa alguna de las que yo tenga á bien mandarte.»

Griselda, confusa y anonadada, así lo prometió, y fué Marquesa y señora, celebrándose las bodas con aplauso del pueblo que siempre gusta de cualquier espectáculo que se le ofrezca extraordinario.

Aun no cumplido el año parió Griselda una hija, y aunque su marido quisiera más que fuera varon, no obstante, para él y para todos los nobles de su corte fué de gran gozo. Crióla Griselda, y habiéndola ya quitado el pecho, quiso Gualtero probar si su querida esposa le cumplía la promesa y palabra que le había dado de ser obediente sin contradecirle cosa alguna de lo que él quisiese disponer. Llamóla un día á su cuarto, y mostrándose con ella severo, la dijo. «Griselda, yo nocreo que tú te hayas olvidado de tu primer estado y nacimiento; bien te acordarás cómo viniste á mi palacio; bien sabes lo mucho que te quiero; pero también quiero que sepas que no todos mis parientes y nobles de mi corte entraron gustosos en este casamiento, pues se avergüenzan de tener una villana por señosa, y especialmente después que pariste, y todos me dicen que, ya paras hembra ó varon, no se quieren sujetar á los hijos de una villana de baja esfera. A mí, pues, que deseo estar bien con todos, así parientes como vasallos, me toca disponer de tu hija lo que yo quisiere hacer de ella, para que en tiempo ninguno me sirva de rubor ni vergüenza; y esto te lo prevengo, porque, por lo mucho que te que quiero, no me atrevería á disponer cosa alguna de tu hija sin manifestártelo á tí, y así deseo saber tu sentir, y saber si estás constante en la promesa que me hicistes.

Griselda respondió:

«Señor, tú eres mi señor y dueño. Mi hija y yó tuyas somos; dispon de nosotras como te parezca». Gualtero mandó á un criado que tomase á la niña del brazo de la madre. ¿Qué pasaría en aquel momento en el corazón de Griselda?

Tenía el Marqués una hermana casada con un Conde llamado Vanicio, que vivía en otra ciudad no muy distante de aquella en que reinaba Gualtero A tal hermana remitió el Marqués su hija con todo secreto, advirtiéndole que pusiese todo cuidado en criarla y educarla en buenas costumbres, y que en ningún tiempo declarase á persona alguna de quién era hija.

Observó Gualtero la grande conformidad de su mujer, pues ni con palabras ni con lágrimas, ni aun con suspiros, manifestó tener sentimiento de haberle quitado su hija. Pasáronse cuatro años, y hallándose Griselda otra vez preñada, parió á su tiempo un hermosísimo niño, de que Gualtero y todos los nobles (que ignoraban el caso de la primera niña) recibieron grande gozo. Crióló Griselda, y cuando ya el niño tenía dos años, quiso el Marqués hacer segunda vez esperiencia de la constancia de su esposa, y fraguó otra estratagema para probar su paciencia. Díjole que sus vasallos todos estaban mal contentos con el niño que había parido, y que no querían estar sugetos á un señor que, aunque hijo de tan gran príncipe, también era nieto de un hombre tan bajo como Janículo; que contra él se iba tumultuando el pueblo; y que el mejor medio que había para aquietarlos era quitar el niño de delante; y que esto se lo prevenía para que, cuando llegase el caso no fuese mayor su dolor y sentimiento.

Habiendo Griselda escuchado á su marido, le respondió con alegre rostro y semblante sereno: «Ya te dije, señor, y te vuelvo á decir, que yo no puedo querer ni no querer otra cosa, sí sólo lo que tú quieres, que eres mi señor pues desde el instante que puse los pies en este tu palacio, como me despojé de mis pobres vestidos, me despojé también de todos mis afectos y me vestí de los tuyos».

El varón fué enviado á donde antes su hermana primogénita.

Entre el pueblo empezaba á murmurarse. Decíase ya que el Marqués deseaba repudiar á su mujer. Y en efecto; se dejó decir Gualtero que había enviado á Roma una posta, y escrito al Papa le concediese licencia y le dispensase para que, repudiando á la primera mujer que tenía, se pudiese casar con otra, para la quietud de sus vasallos y para aplacar algunas turbulencias que había en sus estados. Divulgose esta voz, y tomando después más cuerpo, corría por el pueblo que el Marqués ya había alcanzado licencia del Pontífice para descasarse y volverse á casar.

¡Cómo estaría el corazon de Griselda oyendo estas voces! Pues no manifestó el más mínimo sentimiento, sino con ánimo varonil é inalterable estuvo siempre obediente á la disposición de su esposo. Convoco éste á los más principales de la corte, y estando todos juntos, llamó á Griselda, y delante de ellos la dijo estas palabras, que parece que no pueden ser de mayor dolor y sentimiento para un corazón inocente y amante como el de Griselda: «Yo, esposa mía, siempre te tuve amor; conozco tus buenas costumbres y lo que me quieres; pero mis parientes y vasallos me fuerzan, y el Papa consiente que yo me case con otra mujer que sea igual á mi linaje: ya está puesta en camino para venir á la corte, y muy cerca para llegar á mi palacio, y así ten ánimo varonil. Ninguna buena fortuna le es perpetua ni eterna al hombre mientras vive en este mundo; y así será necesario que el lugar que ocupas de mi esposa, lo cedas á la que ha de venir, y llevándote el dote que trajiste al matrimonio cuando casaste conmigo, te vuelvas á la casa de tu padre.»

Así lo prometió é hizo Griselda, no llevándose á casa de sus padres ni el anillo nupcial que recibiera en el día solemne de sus bodas. Al entregárselo á su marido, le dijo: «desnuda salí de la casa de mi padre; y desnuda me quiero volver á ella; solo te suplico, señor, que me dejes esta camisa con que se puedan cubrir mis carnes, y el vientre que engendró tus dos hijos y mios.»

Oyendo Gualtero estas palabras de su esposa, no pudo contener las lágrimas, y volviéndola las espaldas, la dijo: ea, pues, quédate con esa camisa, y se fué. Griselda, con la cabeza descubierta, en camisa, y con los piés descalzos se volvió á casa de sus padres, con admiración de todos los que se hallaron presentes, que lloraban compadecidos de la mala suerte de su señora.

El buen viejo Janículo, que siempre tuvo por sospechosas las bodas del repentino casamiento de su hija, tenía guardados en un rincón de su casa los andrajos de que se desnudó cuando le pusieron las ricas galas, y oyendo el ruidoso tumulto de la gente que había concurrido á ver este espectáculo, salió á la puerta, y vió á su hija que iba descalza y en camisa. Vistióla con sus vestidos viejos y se quedó con su padre. Permaneció en su casa algunos días con tanta humildad, y con tan maravillosa igualdad de ánimo, que no manifestó la más mínima señal de sentimiento por verse privada de aquella grandeza en que la puso su fortuna.



TOLEDO: *Puerta de Visagra.*

Ya venía el conde Panicio, á quien el Marqués su cuñado le había avisado que para tal día estuviese en la corte, y que en su compañía se trajese sus dos hijos; habíase también divulgado por la corte, como venía la novia, y que se había señalado día para las nuevas bodas señoriales, y Gualtero aun tuvo ánimo de mandar llamar á Griselda, y ordenarla que sirviese de criada en la casa en que como señora había reinado.

Al día siguiente llegó el conde de Panicio con su comitiva, en la que venía una hermosa joven, que el rumor público designaba como la futura esposa de Gualtero. Griselda, en tanto, como una de tantas criadas. Estaba ya puesta la mesa, cuando la llamó su marido. «¿Y qué tal, le preguntó, mi nueva esposa? ¿Te parece bien?» «Señor, respondió la hija de Janículo: es tan hermosa y tan honesta, que nunca ví en el mundo cosa que se le asemejase. Yo ruego á su Divina Majestad que de á vos y á ella salud y largos años de vida, para que seais eternamente dichosos.»

A estas plabras ya no pudo el Marqués detener sus lágrimas; y maravillado de la constancia que había tenido su esposa en las árduas esperiencias que había hecho para probarla, la dijo: bastantes esperiencias y pruebas he hecho de tu gran fidelidad, querida Griselda, y de la prontitud á obedecerme, y juzgo que debajo del cielo no habrá otra mujer que pueda sufrir las esperiencias que para probarte he hecho contigo, ni que pueda dar mayor ejemplo de la obediencia que deben tener las mujeres casadas á sus maridos; y echándola los brazos al cuello, la dijo: «tu sola querida mía Griselda, eres mi esposa; ni en algún tiempo tuve ni quiero tener otra más que á tí: esta á quien tú veneras por mi esposa, es tu hija, y este que todos juzgaban ser mi cuñado, es tu hijo; con que todo lo que tú ya tenías por perdido, hoy lo has recuperado todo.» Y sepan todos los que hubiesen juzgado mal de mi proceder con mi esposa, que no lo hice con intención de arrojarla de mi casa, sí sólo con el celo de probar su fidelidad: y á mis hijos los oculté, y me privé de su presencia con este mismo fin.

Oyendo esto Griselda, admirada del suceso,

y casi muerta de gozo, abrazó, y besó con lagrimas de alegría á sus dos hijos: y despojándola las damas que estaban presentes de los vestidos pobres que llevaba, la vistieron otras ricas galas que estaban prevenidas: y con esta gran función fué aquel día para todos más célebre que el que tuvieron el día de las bodas. Vivieron después con mucha paz el Marqués y su esposa: llevóse á su suegro á palacio manteniéndole en él con grande honra. A su hija la casó con grandes conveniencias, y al hijo le dejó su heredero y sucesor de todos sus estados y dominios.

Esta historia, dice el Rdo. Fray Juan Laguna, que no se cuenta para que los maridos hagan con sus mujeres semejantes experiencias, si no para que las mujeres aprendamos á ser obedientes á nuestros maridos. Con permiso de tan respetable autoridad y de la de Engelgrave, y de la de Petrarca, opinamos nosotros que la historia, caso de ser cierta, solo probaría que el marqués Gualtero fué un loco de atar, más digno de ser encerrado en un manicomio que de regir un estado, aunque minúsculo, y que la conducta de Griselda no es digna de ser imitada: porque si una madre no tiene derechos sobre sus hijos ¿quién los vá á tener?

ESPERANZA ORREA

LA CUESTIÓN SOCIAL
Y EL SEÑOR OBISPO DE MADRID

Nuestro dignísimo Prelado ha expuesto en varias ocasiones las enseñanzas de la Iglesia y el fruto de sus propias observaciones acerca del gran problema de nuestros días. En el Círculo de la Unión Mercantil y en 14 de Enero de 1885 trató «de la industria contemporánea ante el juicio de la moral católica.» En este discurso expuso las leyes inmutables del trabajo dictadas por el augusto y divino Obrero que hizo tierra y cielo, y cuanto en aquella y este se comprenden, y recordó también aquel texto sagrado en que se dice: «que el buey conoce á su dueño, y el jumento su pesebre, y mi pueblo no me ha conocido á Mí», demostrando la necesidad de que todo trabajador no sólo se resigne al trabajo, sino que lo ame como instrumento de su santificación. Celebra el señor Obispo los antiguos como los actuales inventos, y los triunfos y los resultados de la industria en la prosperidad general; mas observa que de noventa años acá se ha falsificado la importancia de la industria, dándole un carácter material y positivista que contrasta con la doble naturaleza humana. El corazón necesita para sus aspiraciones un círculo máximo mayor del que puede describir el valor lineal de la materia, y su elemento vital, lejos de encontrarlo en lo transitorio, no lo halla más que en el infinito, y de lo infinito se alimenta. El perfeccionamiento racional del hombre no puede hallarse en lo que carece de razón, ni su necesidad de amar en lo que es impotente para amar. La industria, divorciada del espíritu del Catolicismo, es una desventura para los pueblos.

Bien puede asegurarse que el discurso á que nos referimos inauguró nueva época en el Círculo de la Unión Mercantil, donde otros oradores sólo se han inspirado en el criterio materia, y positivo, que tiene su valor, no lo negamos, pero que apreciado aisladamente puede ser un mortífero elemento.

Al inaugurar los trabajos de la Sociedad Protectora de Artesanos en 23 de Marzo de 1890 volvió nuestro sabio Prelado á su tema favorito. Varía el curso, pero no el fondo de la oración, comenzando por recordar que 4 500 artesanos jóvenes han recogido los frutos de tan católica enseñanza. Expone las teorías de la escuela socialista á la vivísima luz producida por los incendios de la *Commune* de París. Censura la indiferencia del Estado moderno respecto á las tentativas de desorganización social. Proclama como superior á todas la ley de la justicia, diariamente recordada por el Romano Pontífice, no menos que el verdadero concepto de la *fraternidad*. Como esta oración se dirigía á los artesanos, la forma del discurso era más accesible á la inteligencia del pueblo; pero como la verdad es una sola, su doctrina es idéntica á la expuesta en el Círculo de la Unión Mercantil.

Con motivo de la Encíclica *Rovarum Nerum* expresa el señor Obispo nuevamente sus opiniones respecto al problema social, ponderando la dificultad de resolverlo, y afirmando que á nada conduciría destruír la propiedad del individuo, y que el mal de las clases obreras no consiste principalmente en las muchas horas de trabajo. Aplaude los antiguos gremios, que necesitaban reforma, pero que no debieron suprimirse cortando por lo sano; censura la fórmula: *derecho al trabajo* proclamando esta otra: *ley obligatoria y universal de trabajar*. Y promete, ultimamente, prestigio y comodidad á los obreros si se mueven dentro del círculo que les trazan la moral católica, su propia conveniencia y la sana razón.

En 14 de Junio del corriente año y en la Sociedad Protectora de Artesanos, hablaba por segunda vez el señor Obispo de la recien publicada Encíclica. La Iglesia es madre de ricos y de pobres, y no puede ni quiere favorecer á una clase, desatendiendo á las demás. Recuerda los peligros de la concurrencia en la producción, y las conferencias de Berlín para dar á la solución del problema un carácter internacional y cosmopolita. Contiene este discurso muy apreciables datos estadísticos, y su principal objeto parece ser demostrar la utilidad que reportan las industrias domésticas sobre las propias de los grandes talleres, así como llama la atención de los economistas acerca del Código Evangélico, donde también hay leyes para los patronos y para los trabajadores.

En la junta general de la Sociedad de San Vicente de Paúl, celebrada en 19 de Julio de este año, trató de los males que puede originar la excesiva acumulación y difícil distribución de las riquezas, que justifican algunas aspiraciones y quejas de la escuela socialista. Rossi y Sismondi son citados, lo mismo que Taparelli y Adam Smith al tratar de lo que deben ser los salarios. En el aspecto internacional de las huelgas, descubre nuestro dignísimo Prelado un vicio también internacional económico. El interés que ofrece este discurso es verdaderamente excepcional, é indudablemente supone un detenido estudio de cuanto los modernos economistas filántropos discurren y proponen para resolver la cuestión social. Recomiéndase el sistema de *participación en las utilidades* como el más digno de aprecio en el actual estado de la ciencia económica; pero como era de esperar, se añade la lección moral propia del Pastor á la indicación del sistema que parece preferible á los economistas.

Indudablemente, los trabajos del señor Obispo de Madrid-Alcalá le dan derecho á figurar entre los Prelados que más conocen los males económicos de nuestra época y que mejor han expuesto su remedio. ¿Si volverán á ser hoy los Obispos, como en la época en que se disolvió el Romano Imperio, los defensores de las ciudades? Por lo menos son los guardas de Israel, con tanto derecho como los Gobiernos y escrito está que si el Señor no custodia la ciudad, en vano vigilan los que tienen el encargo de defenderla.

(De El Movimiento Católico)

Pedro Antonio de Alarcón

(ENSAYO DE CRÍTICA)

Pasaron ya esos primeros días de dolor en que toda crítica es irreverencia y una mala acción toda censura. Los Bossuets al pormenor de las redacciones, han guardado ya para otra vez las lágrimas de talco y las coronas de flores contrahechas con que adornan toda tumba recien abierta. La muerte de Alarcón dejó de ser suceso de *palpitante actualidad*, tan importante por lo menos como la próxima crisis ó el regreso de la corte.

Para la generalidad de nuestros conciudadanos, Alarcón es un muerto más; para los que han hecho del naturalismo una profesión, una carrera como la de comisarios de ferrocarriles ó de ayudantes de obras públicas un escritor que tuvo el mal gusto de sobrevivirse, de no desaparecer de la escena, si no mucho tiempo después de haberse puesto en el horizonte el astro de su gloria. Ixart, hace cuatro ó cinco años, declaraba solemnemente á Pedro A. de Alarcón *pasado de moda*; sólo los que no leen, los que carecen de gusto esquisito por las letras, podían soportarlo, según el crítico barcelonés. Valbuena creía que en *El Niño de la Bola* había enterrado el autor de *El Escándalo* su fama más ó menos legítimamente ganada en otras empresas. Para Valbuena, el lauro más brillante conseguido por Alarcon en su carrera, era el honor de que D. Cándido Nocedal hubiese contestado á su discurso de recepción en la Academia Española. Según otros críticos, por una sola página de Galdós ó de Pereda, podían darse todas las novelas de Alarcón, amén de sus viajes, poesías y artículos de diversos géneros.

Por desgracia, no era insensible Alarcón á estos injustos desaires. Apenábanle por extremo, y sus últimos escritos han sido una queja continua, indigna de su talento y de su fama. Así como el crítico debe ser sereno ante la obra que juzga, el autor debe serlo también ante la crítica que le censura. Estímulo de buena ley es el aplauso, y la consideración ó la admiración de nuestros semejantes, premio condigno de nuestros esfuerzos en cualquier orden de la vida á que consagremos actividad y talentos. Pero el escritor de raza, cuenta ese estímulo y ese premio entre los secundarios. Para él, lo primero es satisfacer el ansia de su espíritu, el deseo de *decir bellamente las cosas*, de revestir las ideas de formas sensibles, de exteriorizar por medio de la palabra el ideal que lleva en el alma. Por eso escribe, aunque no le paguen, aunque le motejen, aunque lo metan en la cárcel del ridículo, aunque le pongan en la picota del escarnio. ¿Dejaría de cantar el ruiseñor, porque la cigarra se riese de su melodioso canto?

En Alarcón se ha observado que sentía los golpes de la crítica más de lo conveniente á la seriedad augusta de un escritor de su talla. Tuvo hasta la debilidad suprema de quejarse en público. Vendía más libros él sólo que todos los naturalistas á *la dérniere*, y se creía postergado por los naturalistas. Se incomodaba de que le llamasen ultramontano después de haber

escrito *El Escándalo*, y de haberse arrepentido en *La Alpujarra*, de su cooperación al movimiento racionalista del siglo. ¿Qué pretendía? En el mundo no hay más remedio que tomar un partido, y cuando uno no se afilia en alguno de los ejércitos beligerantes, se cuidan los demás de hacerlo con todos los requisitos de la ley.

Como pensador, Alarcón era un desgraciado. Educáronle en la región católica, y no abjuró jamás de sus creencias. Pero el deseo de abrirse camino, de subir, de armar ruido, llevároníe muy joven á la vanguardia de los partidos avanzados. Como el infeliz amante de Currita Albornoz, tuvo la debilidad de aceptar un duelo, conspiró, fué desterrado, y él, conservador hasta la médula de los huesos, tradicionalista en el sentido más general y elevado de la palabra, estuvo en Alcolea al lado allá del puente. Verdad es que la política de Alarcón fué como sus escritos, pura poesía, una poesía romancera y aventurera, interesante y amiga del bullicio; la poesía de las impresiones rápidas y de los ensueños vaporosos, del vago crepúsculo vespertino, en que juegan las sombras con la luz, y en que todos los contornos son indecisos, así como todos los colores estenuadas medias tintas. En ese crepúsculo vivió el alma de Alarcón constantemente; no fué como Chateaubriand un republicano teórico y un legitimista práctico; fué á la vez monárquico y republicano, liberal y absolutista, enamorado de la tradición y amigo de novedades, y aún fué más; porque fué al mismo tiempo partidario de Pío IX y de Víctor Manuel, de Cavour y de Antonelli, moro y cristiano, tan severo en punto á moral, que no quiso contribuir al homenaje póstumo á un suicida, y escribió con tal motivo una carta que no se hubiera desdeñado de firmar el P. Manrique; y siendo así, aceptó y sostuvo un duelo, y gustaba de aparecer en sus artículos como un calavera.

El eclecticismo de Alarcón no era filosófico, sino poético. No consistía en creer que fuera todo verdadero, sino en que todo es bello y brillante, según se le mire. No es apropiado llamar á esto *eclecticismo*, sino más bien *fluctuación*. El espíritu de Alarcón vivió fluctuando. Era severo en Esparta, y licencioso en Atenas. Se arrodilló en el Vaticano, y derramó lágrimas de ternura cuando el anciano Pontífice puso sus manos augustas y sagradas sobre su cabeza de peregrino; y antes de eso había admirado á Cavour en Turín, y hecho notar volterianamente lo bien que calentaban y hermoseaban los rayos del sol el suelo feracísimo de un reino excomulgado.

En realidad, esa fluctuación del espíritu alarconesco era común á casi todos sus contemporáneos. Fué la enfermedad general en Europa después de las grandes batallas intelectuales, morales y materiales que presentó al antiguo régimen la Revolución francesa. Alarcón resultó materialmente el intérprete, la voz de toda una generación fluctuante. Casi todos, cuando leían sus artículos y sus narraciones, exclamaban: *¡Pues si esto es lo mismo que yo pienso!* Pero los hombres de espíritu firme y convicciones arraigadas y profundas, no gustaban de Alarcón; encontrábanle fútil, versátil; y concluía por marearles.

Alarcón tenía mucho de analista. Pero su análisis era siempre psicológico; nunca ontológico. No veía las cosas, tales como son en la realidad, sino como se reflejan en el ánimo del espectador. La representación del mundo esterno en su propia alma, tenía para Alarcón extraordinario encanto. «No viajo yo, escribía en una de sus últimas obras, por el placer de viajar; sino por el de haber viajado; por el del recuerdo dulcísimo que de los viajes conservo.» En *La Pródiga* narra con inimitable estilo el gozo inefable que producen al espíritu las emociones que no se esteriorizan por medio de la palabra, ya hablada, ya escrita; los recuerdos que se *monumentalizan* (este verbo fué invención suya) pierden las dos terceras partes de su encanto. Nunca estuvo Alarcón más inspirado que cuando se abandonó á sus memorias, á sus esperanzas, á sus ilusiones, á todo eso que cada hombre lleva dentro de sí, y que guarda cuidadosamente en lo más recóndito de su ser como un tesoro de alegrías y dolores incomunicables. Sirva de ejemplo *La noche buena del poeta*. ¿Quién no ha sentido alguna vez cuanto Alarcón allí narró? Pero pocos se atreven á divulgarlo, y ninguno, aunque se atreva, acierta con la expresión artística, sublimemente literaria, que Alarcón supo dar á sus emociones íntimas.

De aquí que este gran escritor viviese siempre delante de su público, y que sus creaciones artísticas, más que verdaderos personajes sacados de la naturaleza, son emanaciones de la propia esencia del poeta, ó mejor dicho, el mismo poeta puesto en diferentes trances y situaciones de la vida. Soldado del escándalo se llamó á sí mismo Alarcón en letras de molde, y un soldado del escándalo fué el personaje principal de su principal novela: Fabián Conde. Los protagonistas de Alarcón se parecen unos á otros como hermanos gemelos; todos son guapos muchachos, de ojos negros y barba del mismo color muy espesa, brillante y bien cortada; en todas hay algo de lord Byron, y de las criaturas masculinas á que dió lord Byron fantástica vida en sus poemas novelas. Todos tienen buen fondo, y fueron bien educados, y á todos les fué pervirtiendo el mundo más ó menos, hasta convertirles en unos elegantísimos y sensibles calaveras, capaces de las más ruines acciones en materia de amor y de los más sublimes pensamientos del orden moral al mismo tiempo. Este personaje, realmente interesante, fué creado por lord Byron, y Pastor Díaz le hizo gallego en *De Villahermosa á la China*, y Alarcón lo paseó por casi todos sus cuentos y por casi todas sus novelas.

En cuanto á mujeres, son las de Alarcón de las que nunca se olvidan; y sin embargo de las que jamás se ven. ¿Quién sabe lo que fué Gabriela, la esposa de Fabián Conde? Soledad, la de *El Niño de la Bola*, no hace otra cosa en toda la novela, sino escribir una carta. Es que la mujer en las obras de Alarcón, no aparece como tal, sino como ilusión, como ideal del hombre. La obra es masculina; el drama se desarrolla siempre dentro del espíritu de un hombre. La mujer es el premio ó el castigo, el acicate ó el freno, vive vida psicológica en el hombre que la ama. No se mueve jamás á impulso propio. Una vez quiso Alarcón salirse de esta senda, y fracasó: *La Pródiga*. Pero esa vaguedad de las figuras femeninas, ese aparecer allá lejos, fuera del tumulto de la batalla, en una región serena y luminosa, lejos de ser un defecto en Alarcón, es gran belleza. Lo que sus mujeres pierden en precisión de contornos y verdad de colorido, gánanlo superabundantemente en poesía. Enamórase uno de ellas, quizás por lo mismo que no las vé de cerca. Son como aquella muchacha de Padua, que alzó el visillo del balcón, y fijó los hermosos ojos negros en el propio Alarcón que pasaba por la plaza solitaria. ¿Cuál era el destino de la gentil y curiosa paduana? ¿De dónde venía? ¿A dónde iba? Nada se sabe; como diría Campoamor.

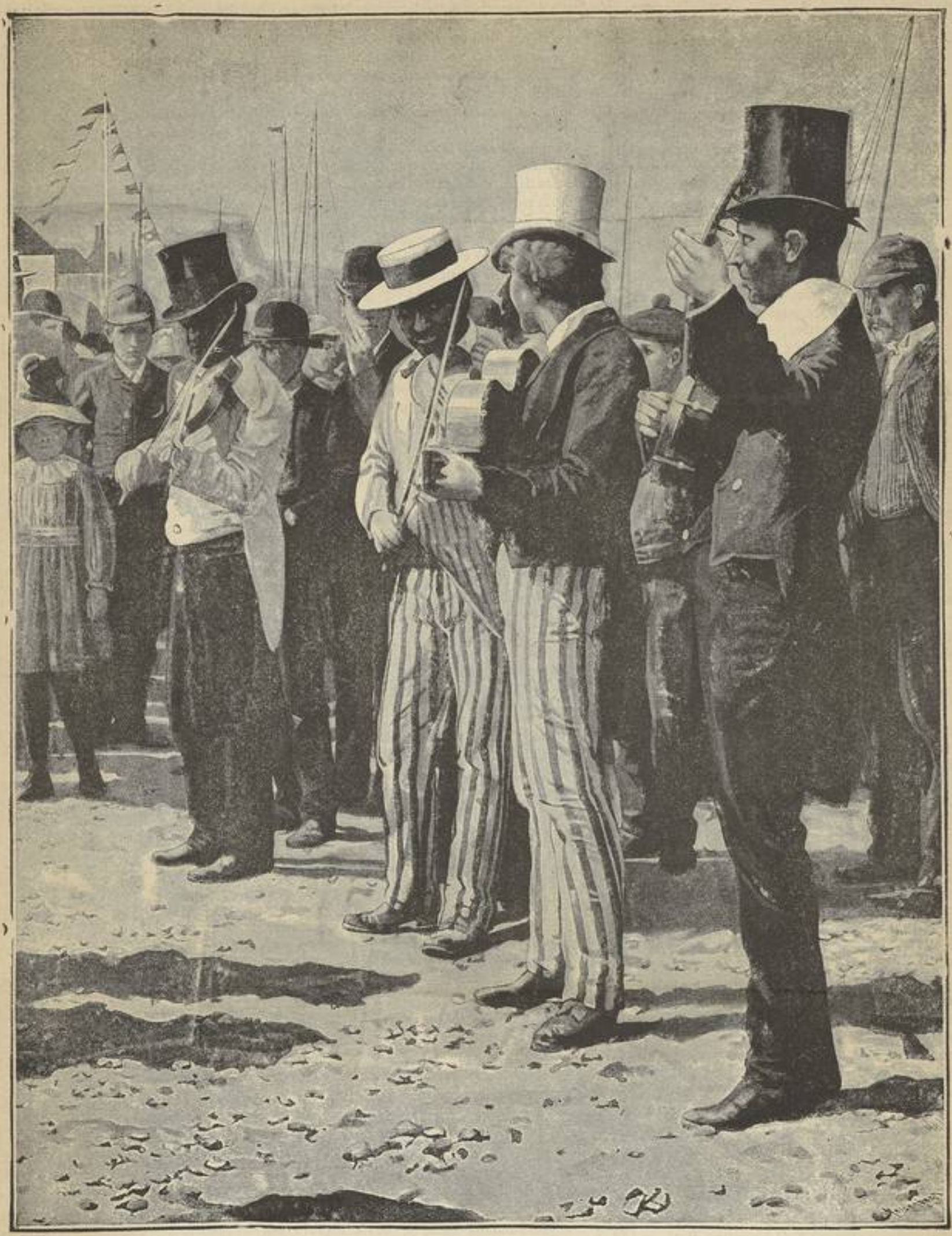
Pero eso mismo hace pensar, sentir y soñar. ¿Quién no desea que su amada sea como Gabriela? Pero ¿cómo era Gabriela? Era joven, robusta, bella y buena. Basta eso: no será Gabriela un documento humano, ni podrá compararsela con las heroinas de Balzac. Pero con ser lo que es y no ser más, es la misma poesía encarnada y por maravilloso modo revelada á la inteligencia. Estoy seguro que han sido muchos, y que muchos han de ser en lo futuro, los enamorados de Gabriela.

Con tantas incertidumbres en el pensamiento, con sus recuerdos y esperanzas, con un solo personaje masculino, y con mujeres que más que mujeres son ilusiones, ha conseguido Alarcón componer una multitud de libros de entretenimiento, que son seguramente los más agradables á la generalidad de los lectores de cuantos se han escrito en castellano en la época moderna. Los materiales serán pobres: pero la obra ha resultado riquísima. ¿Por qué esto? En primer lugar, conviene consignar que Alarcón tenía mucho y bonísimo ingenio. Parecerá esto escaso elogio en un tiempo en que todos se creen más que ingeniosos. Pero en realidad el ingenio abunda muy poco. Brilló en nuestro Cervantes y otros autores españoles del siglo de oro. Después, se ha eclipsado en nuestra raza, y ahora hay que convenir en que son más ingeniosos que nosotros los franceses. Por eso, saben dar á sus libros amenos esa gracia de composición, ese interés (no me refiero al pseudo interés del folletín) que cautiva al lector, y lo va llevando, como por la mano, hasta el fin de la obra. Nuestros modernos novelistas, tan apreciables por otros conceptos, carecen casi en absoluto de esta facultad preciosa. Y Alarcón la poseía en grado eminente. Ya lo notó el malogrado Revilla cuando criticó *La Alpujarra*. Siendo tan español, tan castizo, Alarcón parecía, mirado desde este punto de vista, un buen escritor francés escribiendo en buen castellano. Ninguno de sus contemporáneos españoles ha sabido como él lo que se dice en francés, *hacer un libro*. Por eso algunos le han acusado de falta de solidez. Pero téngase en cuenta que para muchos, *sólido*, en literatura, es sinónimo de *pesado*.

Alarcón componía con una perfección singular. No hay en sus novelas un solo episodio que pueda impunemente trasladarse á otro sitio.

Están admirablemente atados todos los cabos. La acción, como un río majestuoso, aumenta su caudal con su mismo curso, va ensanchando sus riberas, y toda desagua en el desenlace, sin que se pierda una sola gota. Los planes están sólidamente trazados. Después de eso, Alarcón narraba con viveza, con brillantez, con gracia, y derramaba á manos llenas el color sobre sus fantásticas figuras y sus no menos fantásticos paisajes. Con estos ingredientes (como decía la cocinera del cuento) ¿qué guiso puede salir mal?

Pero había en Alarcón algo más. Había verdadera y en ocasiones sublime poesía. Esos recuerdos y esperanzas suyos, esas emociones íntimas que contaba él á su público, concebíales como materia poética, y su poesía se derramaba como áureo licor por todas las páginas de sus libros, ya fuesen novelas, ya descripciones de viaje, y caían también algunas gotas sobre sus artículos, género de literatura en que brilló más que nadie llevándolo á raro término de perfección. «Cosas que fueron», sea el conjunto de sus



Una murga en la Habana.



EL CARTERO EN RUSIA

artículos literarios, es una obra maestra y lo sería aunque se desglosase *La noche buena del poeta*, que es por sí una maravilla.

. . . . . .

. . . . . .

Tal fué, á mi humilde juicio, el escritor que acaba de perder España. En cuanto al hombre, cuantos le conocieron atestiguan unánimemente que fué siempre un cumplido caballero, y que ha muerto como un santo.

ANGEL SALCEDO RUIZ

Madrid 1.° de Agosto de 1891.

Album de Poesías

AL AMARGUILLO

DESPUES DE LA INUNDACION DE CONSUEGRA

Llora, llora, río amargo,
Tus siniestros desafueros;
Llora por toda la vida;
No rías en ningún tiempo,
Que con llanto de cien siglos
De crímenes remordimientos,
No has de expiar tus hazañas
De alevoso y de traicionero,
¡Cuántas ilusiones muertas!
¡Cuántos hogares deshechos!
¡Cuántas vidas agostadas!
¡Cuántos fallidos deseos!
¡Cuántos huérfanos desnudos!
¡Cuántos solitarios viejos
Por tus ondas sin entrañas,
Que á todo mal se atrevieron!
En las ruinas de un puente,
Mirando tu cauce seco,
Una madre, á quien robaste
Sus dos hijos pequeñuelos,
Te maldice con palabras
Que ponen de pié el cabello;
Pues los suyos enterraste
A fuerza del sentimiento,
Y allá hundido entre peñascos,
Que tus ondas cenagosas,
Y entre los restos informes
De rotas casas y templos,
Busca un mancebo demente
La silla de sus deseos,
Que al desaparecer llevóse
La luz de su pensamiento.
Todo es dolores y miseria,
Todos son ayes y duelos,
Todo es dolor que horripila
Y amargo llora sin cuento.
Lágrima, que si en tu cauce
Reunidas fueran cayendo,
Otra vez tu andar corriente
Sembrara el campo de muertos.
Teme, río, ten el paso,
Para siempre queda preso;
Y si alguna vez tus aguas
En ti derramas los cielos,
Canta el heroísmo santo,
Pregona el valor sin miedo
De los bravos, que las víctimas
Te arrancaron cierta á cierto,
Y alaba á la madre patria,
Y bendice al mundo entero,
Que ante la horrible catástrofe
Que tus ondas produjeron,
Tienen lloro para el llorо,
Para los duelos desvelos,
Para las hambres hartura,
Y piedad para los muertos.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA,
de las Escuelas Pías.

Granada 7 de Octubre de 1891.

Bibliografía

VIDA DE SAN LUIS GONZAGA, PATRONO DE LA JUVENTUD. — *Reproducción de la primera edición del P. Virgilio Cesari. S. J., traducida por el P. Juan de Acosta. S. J., aumentada con notas, por el P. Cecilio Gómez Rodeles. S. J.*

Es este libro un verdadero monumento literario y artístico, una joya bibliográfica. El P. Cesari escribió la vida de San Luis Gonzaga con esa sencillez admirable, propia de los maestros, y el P. Juan de Acosta la tradujo al castellano como en su época solían hacerse esas cosas; esto es, convirtiendo el italiano clásico de su hermano en religión, en clásico castellano, de una majestad y dulzura inimitables. Ahora el P. Cecilio Gómez ha enriquecido la obra con notas históricas de subido precio, que la completan, añadiendo al elemento clásico de la narración el elemento crítico propio de nuestro tiempo, y que es hoy indispensable en toda clase de trabajos históricos.

En cuanto á la parte material, nada hemos de decir; porque todo resultaría pálido ante la realidad. Se ha impreso el libro en Nueva York, y lleva un retrato iluminado del Santo, una heliotipia, once grabados impresos aparte y 108 ilustraciones tomadas de documentos auténticos y de monumentos históricos, retratos, escenas, vistas interiores, planos, autógrafos, arbol genealógico de los Gonzaga, etc., etc.

* * *

DE RECTIFICACIONES CONTEMPORÁNEAS.—*Pastoral del Emmo. Sr. Cardenal Monescillo, Arzobispo de Valencia.*

El eminentísimo señor Cardenal Monescillo, Arzobispo de Valencia, ha publicado una notable Pastoral, que titula *De rectificaciones contemporáneas*, y que más parece libro que Pastoral por el número de sus páginas y la calidad de las materias que en ella se trata. Comienza examinando muchos de los males que afligen á nuestra sociedad, sobre todo en cuestiones de enseñanza; combate la excesiva ligereza con que se habla de los más importantes asuntos por los que menos se dedican á su estudio. «Puede suceder, leemos en esta Pastoral, en algún caso, que la mala semilla no dé su natural fruto, ya por no caer en tierra dócil ó preparada, ya porque Dios preserve las almas; pero, de suyo maligna, temeridad fuera darla acogida, aun pasajera, en el corazón y como entretenimiento nunca inocente. Aquello de probar la energía de la virtud al contacto del peligro y en roce con la seducción, pudiera compararse con el acto de graduar la robustez de un sujeto, propinándole en sana salud venenos activos. Siendo de muy superior calidad los bienes del espíritu que los temporales, juntas persuaden la razón y la prudencia atender con mas desvelos y solicitud á la salud eterna que á las dichas temporales. Puede suceder, y á las veces sucede, que no siempre coseche el labrador, mas de seguro que nunca cosecha el que no siembra.»

Después hace S. E. algunas indicaciones acerca de la cuestión social, recomendando para resolverla, no sólo la obediencia á los Pastores legítimos, sino la más completa sumisión á su doctrina, que es la del Evangelio. «El modo de encontrar remedio para los males de la época, es reconocerse miserables, implorando misericordia; no teniéndose por fuertes á estilo de los así llamados porque se sublevan contra Dios, ni á la manera de los que se creen impecables, preciándose de justos, sino en las formas que saben adoptar la verdadera y sólida virtud, á saber: humildemente y abnegación, recatada de alabanzas y lisonjas.» Para la salvación de la juventud recomienda el Sr. Cardenal Monescillo la más íntima unión entre los Prelados y Párrocos por una parte, y los padres de familia por otra. «Dan resueltas á los Gobiernos las cuestiones más árduas el Sacerdote que predica la paz, formando corazones dóciles, y el Misionero que reconcilia pueblos divididos y ánimos enconados; y lo que no alcanzaron á remediar los ejércitos bien disciplinados y la más esquisita vigilancia, lo evita y previene la predicación evangélica.»

Como resumen de su última Pastoral, dice el señor Arzobispo: «Iglesia y Estado. He aquí la complexión de España. El Estado debe á la Iglesia la sociedad doméstica, y la Iglesia agradece al Estado la buena correspondencia propia de sus hijos bien nacidos. De esta relación nacen el orden, el amor al territorio, la honra y el patriotismo, en términos tales, que no se dará caso de trascendencia en el cual no intervengan como natural elemento el Párroco y el alcalde; esto es, la Iglesia y el Estado. No obstante la claridad y lo histórico de estos recuerdos, hemos de sudar sudor de sangre antes de persuadir á los hombres acerca de los órganos y del sostenimiento de la sociedad. Como decía el maestro Fray Luis de León, ni lo pasado asegura, ni el azote quita la confianza; quiero decir, que ni el favorecido de Dios á los principios se descuide asegurándose para lo de adelante, ni el afligido y azotado desmaye pensando que siempre ha de ser azotado.»

La última obra del señor Cardenal Monescillo se distingue de la mayor parte de las Pastorales que se publican, así por su materia ó fondo, como por su forma. No puede concretarse aquél á un sólo asunto, porque trata de muchos, ni emplea únicamente para confirmar las doctrinas los sagrados textos, llamando en apoyo de su causa tanto á los filósofos antiguos como á los antiguos poetas. El señor Cardenal hace lo que recomendaba y practicaba igualmente San Agustín; se aprovecha de la ciencia de los gentiles, á la manera que los hebreos tomaban los vasos de oro y plata de los egipcios, que no dejaban de ser de plata y de oro porque adornasen los palacios y sirviesen en las mesas de los Faraones. La obra del señor Cardenal merece ser conocida por nuestros lectores; pero se la ofrecemos en extracto, porque atendido su volumen, no podemos honrar con ella nuestras columnas.

* * *

PRÁCTICA DE LA VIDA CRISTIANA, *por el Beato Pompilio María, de las Escuelas Pías; traducida al castellano.*

Es este un precioso librito de piedad cristiana; forma un volumen de 120 páginas en 8.°, y el importe de la venta de 1.000 de sus ejemplares se destina al socorro de los inundados.

Hé aquí cómo juzgan esta preciosa obrita los ilustrados redactores de la *Revista Calasancia:*

«El Beato Pompilio María de San Nicolás fué un religioso escolapio del reino de Nápoles, á quien, por disposición divina, destinaron los Superiores de su Orden al ministerio apostólico de la predicación, en el que se ejercitó desde los veintiseis ó treinta años hasta los cincuenta y siete, en que murió lleno de méritos y virtudes. Durante los años de su vida apostólica recorrió muchos pueblos de Italia, y en todos ellos dejó monumentos inequívocos de la gracia que Dios le había dado para atraer á los hombres al sendero de la virtud.

Aun cuando su celo por la gloria de Dios y el bien de las almas era universal, bien puede asegurarse que el fin principal de sus trabajos fué *el aumento de la piedad* entre aquellas personas que, viviendo entregadas á los quehaceres de la vida, disponían de poco tiempo libre para consagrarse á Dios. Esta clase de personas era el objeto principal de sus cuidados, y al provecho de ellas se encaminaron principalmente sus fatigas. Para ellas decía Misa, predicaba y hacía otros piadosos ejercicios todos los días antes de la hora ordinaria de trabajo; y por la tarde, cuando se da de mano á las ocupaciones, volvía á predicar y hacer nuevos ejercicios piadosos

antes de la hora de la cena y del descanso.

Con objeto sin duda de tener una norma por donde guiarse en esos ejercicios, y no ir á lo que saliera, escribió unas devotas oraciones y meditaciones, que probablemente eran las que hacía con el pueblo. Todas ellas están llenas de divina unción, y dan lugar á creer que así como Dios le llamó al apostolado, así también le inspiró los medios de cumplir con él, y, á decir verdad, no revelan otra cosa sus escritos sino que están inspirados por el mismo Dios.»

. . . . . .

«Este libro es utilísimo para toda clase de personas, pero en particular para los señores Párrocos y Sacerdotes que se dedican á fomentar la piedad entre los fieles, dando ejercicios espirituales en las iglesias. Aquí encontrarán meditaciones para las fiestas principales, para el mes de Mayo y para el mes de Junio; método para prepararse y santificar algunas festividades; ejercicios de la buena muerte; novena al Corazón de Jesús; y, sobre todo, práctica para hacer el retiro espiritual una vez al año.»

***

PUBLICACIONES RECIENTES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

La primera es la *Memoria de D. Eduardo de Hinojosa sobre la influencia que tuvieron en el derecho público de su patria, y singularmente en el derecho penal, los filósofos y teólogos españoles anteriores á nuestro siglo.*

La segunda es los *Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en la recepción pública del Doctor D. Marcelino Menéndez y Pelayo.*

La tercera es la *Necrología del Excmo. señor D. Santiago Diego Madrazo, leída por el Ilustrísimo Sr. D. Melchor Salvá.*

Y la cuarta, la *Necrología del Excmo. señor D. Manuel Alonso Martínez, leída por el Excelentísimo Sr. D. Manuel Colmeiro.*

***

ARREGLO PARROQUIAL DE MADRID.—*Guía de las calles con expresión de las Parroquias á que pertenecen, y de las Iglesias, Oratorios, Capillas, Comunidades, Conventos residencias de Religiosos y Religiosas, Hospitales, Asilos, Escuelas católicas y Patronatos de obreros católicos que hay en cada una de dichas Parroquias, publicada por la Secretaría de Cámara y Gobierno del Obispado de Madrid-Alcalá.*

Esta utilísima Guía se halla de venta, al precio de VEINTICINCO céntimos de peseta, en la portería del Palacio Episcopal, calle de San Justo, núm. 2, en las Sacristías de las principales Iglesias y en todas las Parroquias y librerías católicas de esta córte.

***

CURSUS THEOLOGICUS IN USUM SCHOLARUM

El sabio y virtuoso Agustino P. Pedro Fernández y Fernández, profesor de Sagrada Teología, acaba de dar á luz el tomo II del CURSUS THEOLOGICUS IN USUM SCHOLARUM que viene publicando, trabajo magnífico y erudito que no há menester elogios ni recomendaciones para abrirse paso triunfante por entre el no escaso número de obras análogas que en España y el extranjero han visto la luz. El volúmen que examinamos comprende la *Introductio in S. Scripturam*, y está escrito con riguroso método didáctico, pudiendo servir de texto excelente para los alumnos del quinto y sexto año.

***

EL CATECISMO DE LA DOCTRINA CRISTIANA EXPLICADO, *ó explicaciones del* ASTETE, *que convienen también al* RIPALDA, *por el Licenciado D. Santiago José García Mazo. Un tomo en 8.°, impreso en tipos nuevos elzevirianos y adornado con el retrato del autor, y preciosas y adecuadas láminas. Un tomo en pasta, 2 pesetas 25 céntimos; en tela 2 pesetas.*

El éxito de la presente obra es inagotable; desde el año 1837, en que apareció por primera vez, se han expendido cientos de miles de ejemplares.

No necesitamos recomendar esta popularísima obra, de la que se ha hecho la vigésimaquinta edición, de la cual quedan ya muy pocos ejemplares.

BACHILLER ALONSO

PERSPECTIVAS DE VIAJE

DESDE MANILA

Manila 25 de Agosto de 1891.

Supongo que mis lectores no hallarán inconveniente en que, alterando el orden que al parecer debe observarse en el relato de un viaje de Madrid á la capital del Archipiélago filipino, haya comenzado por dedicar mis cartas á asuntos de esta última región. Y no es porque hayan dejado de atraer poderosamente mis miradas los escuetos páramos de la Mancha, los ubérrimos plantíos de Valencia, los esplendores de la industriosa ciudad Condal, el tráfico y las algarabías de puerto Said, las ardorosas polvaredas de Suez, la imponente soledad de Adén, la risueña costa de Ceilán y las idílicas colinas de Singapore; pero de lo primero, de lo que se refiere á nuestra Península, no es preciso hablar por que sería machacar sobre materia sobradamente zarandeada, y de lo segundo, de lo que se refiere á las poblaciones que el genio inglés ha sembrado en las costas de los mares australes, invadiendo islas y continentes, podremos hablar en lo sucesivo y por separado, puesto que seguramente lo merecen.

Por fortuna Manila, aunque fundada por españoles y con muchos de los achaques que caracterizan á nuestra raza, supera á las factorías británicas de que hago mención y que sirven de escala á nuestros buques en su interminable travesía á estas remotas islas. Así lo dije en mi carta anterior y así debo repetirlo ahora. Manila es á no dudarlo, no solo la capital oficial del Archipiélago, sino la capital efectiva de toda la Oceanía, donde se hablan todas las lenguas y dialectos de Europa y de Asia, y donde bullen los comerciantes de todas las partes del mundo. Si fuera posible suprimir en Filipinas los temblores de tierra, los baguíos y las *collas* de agua, Manila sería el París de Oriente.

Descuellan en primer término y cual compete á una población arrancada al salvajismo por los esfuerzos de intrépidas órdenes monásticas, los edificios religiosos, sobre todo dentro de murallas, en lo que propiamente se llama Manila que es la ciudad primitiva, á la cual se han ido agregando nueve pueblos de los alrededores formando hoy otros tantos arrabales ó distritos, y ocupando el conjunto de todos ellos una extensión igual ó superior á la que ocupa Madrid. Por este mismo correo envío una vista del interior del templo de los PP. Agustinos, con objeto de que los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA puedan formarse una idea aproximada del mismo y venir en conocimiento del carácter especial que ofrecen aquí las edificaciones de todo género.

Sorprende desde luego la escasa elevación de las mismas y de consiguiente su configuración achatada: no hay arquitecto que haya descubierto aún la manera de garantir el equilibrio de grandes masas de piedra á determinada altura en un suelo movedizo é inseguro como este. No es posible pensar aquí en construcciones como el Palacio Real, Banco de España, Biblioteca Nacional y tantas otras de que Madrid se vanagloria. El templo y convento de que hacemos mérito en estas líneas es uno de los pocos que conservan toda la fábrica de maciza mampostería, y el único que se mantuvo firme después del horrible y funesto terremoto del 63, que solo consiguió llevarse una de las dos torres que coronaban su fachada. La catedral, hermoso edificio que podremos describir más adelante, solo tiene piedra de sillería en el primer cuerpo: el segundo y tercero son de hierro y madera, material este último de que también se componen las esbeltas columnatas y arcadas del interior del templo. Las iglesias más modernas como la de San Ignacio y la de San Sebastián, recientemente inaugurada, son en su mayor parte de hierro. Tal vez de esta manera conseguiremos ver en Manila edificios de atrevidas dimensiones, y así parece indicarlo el templo que acaban de levantar los PP. Franciscanos en el suntuoso arrabal de *Tondo*, donde también lucen los vistosos edificios del hotel Oriente y de la Estación del ferrocarril de Dagupán.

Los templos y conventos en Manila no solo desempeñan el oficio de casas del Señor, á donde acuden los indígenas con admiración, fervor y trajeados con toda la elegancia del país, sino que en caso necesario podrían servir perfectamente de fortalezas, presentando obstáculos formidables al enemigo que intentara apoderarse de esta plaza así por mar como por tierra. Lo mismo sucede ciertamente con los edificios del Gobierno, de suerte que bien podemos asegurar que Manila se halla doblemente fortificada, y mucho más sería esto exacto si el ya mencionado terremoto del 63 no hubiese arruinado edificaciones tan robustas y extensas como el Palacio real, la Audiencia, el Hospital, San Ignacio y otras, cuyos derrumbaderos denegridos y cubiertos de vegetación, decantan orgullosos la grandeza de la Manila oficial y religiosa antigua.

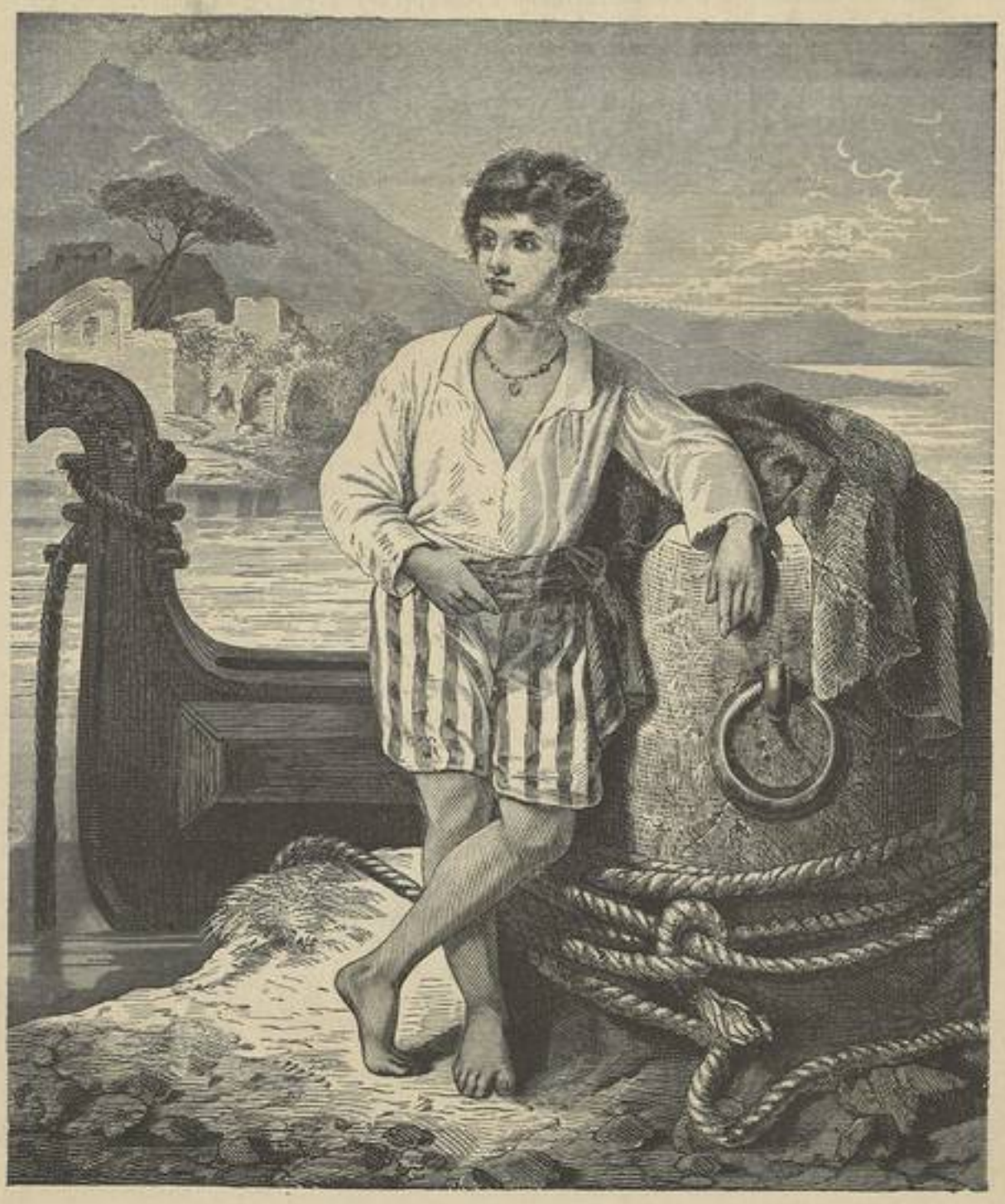
El convento de Santa Clara se extiende junto al parque de artillería, y forma una segunda muralla sobre la margen izquierda del río Pasig. Temible baluarte, desde el cual podría batirse con grandes ventajas toda embarcación de guerra que pretendiese remontar el río para tomar tierra al Oriente de la ciudad y todo ejército que estableciese posiciones en los arrabales de la derecha del Pasig.

El derruído San Ignacio, como el Palacio real y la Audiencia formaban en la misma línea ó flanco que el firme convento de los PP. Agustinos. El primero de estos cuatro edificios ocupaba el ángulo Sudoeste de la población, de modo que dominaba los glacis ó explanadas del levante y mediodía y aun sus ruinas podrían utilizarse como reductos de gran resistencia.

El convento de los PP. Agustinos alza sus pétreos muros sobre la muralla del mediodía y ocupa el promedio entre el referido San Ignacio y Palacio real. La Iglesia es muy espaciosa, se presenta muy ornamentada, con gran gusto y esmero, poseen todas sus capillas bellísimas imágenes y el pavimento de bruñida madera reluce como jaspe. Claro es que no hay que bus-



LOS FAVORITOS DE LA NIÑA



UN PESCADOR

car en este edificio como en ninguno de Manila grandes primores arquitectónicos, pués por los motivos ya expuestos, el arte de edificar pone aquí todo su empeño en estas dos cosas: que el edificio resulte cómodo, espacioso y fresco, y que ofrezca el mayor número posible de probabilidades de mantenerse en pié contra baguios y terremotos. Del baguio del 82 se cuenta que retorció los tres brazos de una farola frente al puente llamado de España, como un niño puede retorcer los ramales de un bramante ¿qué cresterías, remates ni resaltes podrán aventurarse en ninguna edificación?

En cambio las obras de cimentación son costosísimas. El convento de que hablamos, ocupando una área próximamente de 50 metros en cuadro, posee en el subsuelo una capa artificial de mampostería de triple extensión, y lo mismo puede decirse de todos los conventos primitivos los cuales hubieron de empezar por crear suelo sobre que asentarse. Concluiremos diciendo que la facha posterior del convento da frente á la puerta de Santa Lucía, muy bien fortificada, y que desde los ventanas altas de la misma se dominaba toda la bahía y los últimos montes que la ciñen desde Mariveles á Cavite.

F. Aguilar y Biosca

La familia cristiana

Y LA ORDEN TERCERA DE SAN FRANCISCO (a)

El anhelo inmoderado de comodidades, de comer y vivir como opulentos señores, es otro de los males más graves que sufre actualmente la sociedad, y uno de los que exigen más pronto y eficaz remedio. Perderíase la cuenta de las familias que han caído en la miseria arrastradas por ese desaforado anhelo. Contra él y contra el lujo (1), lazo tendido á la virtud de la mujer, claman, no sólo los moralistas y escritores religiosos, sino también los economistas. Quien guste de inquirir los orígenes primeros de las cosas, y sepa penetrar los móviles ocultos del corazón humano, hallará que el lujo que en muchas personas nos deslumbra tiene una historia, por más de un concepto dolorosísima. Esas personas, fascinadas por los esplendores aparentes de otras á quienes conocieron en esfera social, no superior á la suya propia, quieren imitarlas; no hay medios lícitos de que esos deseos se cumplan, y aquí comienza la lucha: la voz de la conciencia, nunca dormida, y menos en un alma que siempre ha sentido horror hacia las seducciones del vicio, les dice que se resignen, y que moderen sus apetitos; pero éstos se levantan cada vez más impetuosos, y á fin de satisfacerlos, empiezan esas personas á querer engañar á su conciencia y á valerse de medios poco delicados para alcanzar la satisfacción de sus ansias; tras de estos medios poco delicados, la conciencia, puesta ya en la peligrosa pendiente que conduce al vicio, va cediendo y vienen los actos y los negocios ilícitos cubiertos con todos los velos necesarios para que las leyes humanas no los puedan castigar, pero no por eso menos reprobables ante las leyes eternas de la moral cristiana. Así sucumben muchas almas, y se ligan á sí mismas con lazos que el día de mañana les impedirán levantarse del abismo en que han caído.

¿Y qué diremos de las peligrosas seducciones del baile, en que tantas jóvenes adquieren aficiones peligrosas, y se acostumbran á estimar en menos los encantos imperecederos y celestiales del alma que los del cuerpo que antes de venir se van? Si pudiera hacerse una estadística de las desavenencias domésticas que han tenido su orígen en un baile, admirarianos ciertamente su número considerabilísimo. ¿Y qué diremos también de las seducciones no menos peligrosas del teatro, convertido hoy, merced á escritores sin conciencia y sin dotes artísticas, en cátedra de licencia, en escuela de perversión? El teatro, abandonando la senda por donde con nuestros inmortales dramaturgos del siglo XVII, y con algunos no menos ilustres del XIX subió á la cumbre de la gloria, se arrastra hoy por el fango de la corrupción, y no pudiendo conmover el alma, se dirige á excitar las pasiones más bajas de la sensualidad. Excepciones hay y excepciones honrosísimas; pero por su mismo carácter de excepciones, confirman más la regla general.

A todos estos males ataca en su misma base la Orden Tercera de San Francisco, y por eso su difusión traería beneficios sin cuento á la familia cristiana: «Si ella floreciese—ha dicho nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII—la fe, la piedad, la honestidad de costumbres florecerían también; este apetito desordenado de cosas perecederas sería destruído, y no se cuidaría sino de reprimir las pasiones por la virtud; lo que la mayor parte de los hombres consideran hoy como el yugo más pesado é insoportable.» (1).

IV

Por otra parte, las lecciones de la historia, de las cuales siempre sabe sacar provecho el ánimo sereno y estudioso, vienen á corroborar estas consoladoras esperanzas.

Para conocer en toda su grandeza la transformación social que se operó mediante las instituciones franciscanas, es necesario examinar cuál era la situación de Europa cuando surgió providencialmente el gran Patriarca de la democracia cristiana, el bienaventurado Serafín de Asís.

Turbulentos, por demás, eran los tiempos en que éste nació. Nubes obscuras, preñadas de tempestades, asomaban por doquier al fenecer el siglo XII. Sectas poderosas imbuidas de los groseros errores maniqueistas y conocidas en la historia con el nombre de albigenses, infestaban el Mediodía de Francia, levantaban sus huestes contra la Iglesia Romana, y cometían toda clase de excesos y crueldades. Otras había que, como la de los valdenses, ostentaban un carácter marcadamente láico y comunista y negaban, aunque ocultamente en un principio, varios de los dogmas de nuestra sacrosanta Religión Ni faltaban tampoco quiénes habiendo bebido en las tradiciones budhistas, importadas del Oriente, aquella enervante y desconsoladora teoría de la aniquilación de la voluntad, reproducida en nuestros días con pretensiones científicas por el pesimismo, buscaban en la nada, á la manera de los nihilistas de hoy, la beatitud suprema, y mostraban horror al matrimonio, como causa de que se perpetuasen las generaciones humanas, sin que esto fuera óbice á que ellos mismos se entregasen á todo linaje de torpezas y promiscuidades nefandas que la pluma se resiste á relatar.

Todas estas sectas, comunistas ó enemigas del matrimonio, atacaban en su base á la sociedad doméstica y tendían á su disolución.

Para agravar esta situación deplorable, hasta la conducta de los que se habían mantenido fieles á las enseñanzas de la Iglesia, dejaba mucho que desear. Los hábitos de guerra en unos, el contacto perniciosísimo con las sectas en otros, y las costumbres de los sarracenos que iban infiltrándose poco á poco, en la vida de los pueblos meridionales de Europa, habían apartado á muchos de la práctica de los preceptos evangélicos, y despertado en ellos afición al regalo y á la molicie. Esa lamentable afición y los vicios que llegaron á manchar aun á aquellos que debían servir de ejemplo á los hombres, á pesar del santo empeño que en arrancar de raiz estos vicios y aficiones pusieron los Sumos Pontífices, dificultaban en gran manera el triunfo de la Iglesia católica y daban extraordinaria fuerza á sus audaces enemigos.

Entonces apareció Francisco. Prodigiosa es en verdad, su vida, y no tiene explicación para quien no sepa sobreponerse á las estrechas doctrinas positivistas. Sin la ayuda poderosa de la gracia divina, con cuyo auxilio sabe la voluntad humana realizar las cosas que parecen más árduas é imposibles, no podía en manera alguna, un hombre como él, enamorado de la pobreza y burlado y despreciado del mundo, acabar por dominar aquel mundo que de él se burlaba, y por entrarlo en las vías de salvación. No pueden leerse sin admiración profunda libros como el encantador de *Las Florecillas*, en que, con ingenuidad candorosa se refiere la vida de San Francisco y el nacimiento y desarrollo de las instituciones franciscanas. Merced á ellas y al espíritu de caridad que supieron difundir por todos los países á donde alcanzó su bienhechora influencia, cambió por completo de faz la sociedad; y á los hombres que eran esclavos de las cosas temporales, y de la sed de mando y de los honores y riquezas, y hacían del poder instrumento de opresión y no tenían caridad para con los ínfimos y pequeñuelos, sucedieron los que, como el bienaventurado Jacopone da Todi, abandonaban todo cuanto poseían, y vistiéndose el hábito franciscano, exclamaban con trasportes de beatífico amor:

Dolce amor di povertade
Quanto ti deggiamo amare!
Povertade poverella
Umiltade é tua sorella...

Muchas fueron entonces las almas que repitieron las palabras que, en edad temprana, y antes de su elevación al Solio Pontificio, había escrito el gran Inocencio III: «Un poco de agua y de pan, abrigo y un vestido; he aquí cuanto ha menester el hombre. Mas ¡qué de necesidades inventa la concupiscencia! La saciedad viene á reemplazar al hambre, y el hastío al deseo de comer; y no porque así lo reclame el sostenimiento de la vida y el mandato de la naturaleza; sino solamente por halagar el paladar y lisonjear el apetito; de donde resulta que ya no hay vida y salud, sino enfermedad y muerte.»

Las almas que así pensaban seguían con verdadera impetuosidad á San Francisco, y pretendían desatarse de todos los lazos que les ligaban al mundo para hacer voto de pobreza, y vestirse el hábito de los frailes mendicantes.

Francisco vió la necesidad de satisfacer los anhelos fervorosos de muchos espíritus á quienes los vínculos matrimoniales impedían vestir el sayal penitente, so pena de deshacer el nudo conyugal, y para ellos instituyó la Orden Tercera, cuyos afiliados reprodujeron en pleno siglo XIII, y á la faz del mundo, las virtudes y perfecciones de los cristianos de los tiempos apostólicos. «Soldados de Cristo, nuevos Macabeos», les llamó la Santidad de Gregorio IX,

(a) Trabajo escrito para el Congreso Católico de Zaragoza.

(1) Lamarre, Senador belga, decía en el Congreso Católico de Lieja de 1887: «La Tercera Orden de San Francisco de Asís es utilísima en la Cruzada contra el lujo. La liga contra el lujo es una necesidad social, y aquella Orden, tan recomendada por el actual Sumo Pontífice, es un medio eficaz para combatir el mal. Los cortesanos, los mismos hombres políticos deberían ingresar en aquella Congregación.

(1) Encíclica *Auspicato*.

por los eminentes servicios que prestaron á la Iglesia. Vióse entonces que los Terciarios, sin necesidad de abandonar su hogar, sino por el contrario, santificando los fines prácticos de la vida, emulaban las virtudes de los frailes, y se convertía cada casa en templo de Dios. ¡Singular virtud de la idea cristiana! Esa idea, que provocaba aquel desbordamiento ascético y contemplativo, que llevaba á los fieles de ambos sexos á abrazar una regla monástica, esa misma idea robustecía y dignificaba los vínculos sagrados de la familia, y al enaltecer la fraternidad evangélica, obligaba al hombre, no bien curado todavía de ciertas dominadoras tendencias propias de pueblos que viven en continua guerra, á mostrarse benigno con la mujer, y á no mirarla como sierva, sino como compañera.

El primer Terciario, en el orden cronológico, fué Luquesio, mercader del Estado de Florencia. Pronto siguió á Luquesio multitud de personas de todas las clases sociales, y la Orden Tercera contó entre sus afiliados individuos de todos los países de Europa. Modelo y dechado de ellos fué San Luis, Rey de Francia, que realizó en la tierra el ideal del caballero cristiano. San Francisco de Asís, entre los Reyes, le ha llamado, con frase acertadísima, el ilustre historiador Cantú; y ciertamente, que hay más de una analogía entre las virtudes del Monarca francés y las del Santo de Asís. La educación cristiana que aquél había recibido de su augusta madre Blanca de Castilla, produjo en su alma, de suyo bien dispuesta, frutos ópimos y abundantes. No hubo pobre que en vano acudiese á él, ni desvalido que solicitase inútilmente su protección, ni injusticia que no reparase, ni violencia que dejase de castigar. Ni los esplendores del trono le cegaron, ni los anhelos y fervores místicos entibiaron en él, antes por el contrario, avivaron el amor castísimo y profundo que profesaba á su esposa Margarita de Provenza, y que se exterioriza en aquellas nobles y hermosas palabras que le sirvieron de divisa en su carrera mortal: *Dios, Francia y Margarita.*

Terciario, como San Luis, y émulo suyo en humildad y ejemplares virtudes, fué su primo San Fernando, una de las glorias más altas, más puras y más imperecederas de la Monarquía española. Terciario fué también el Dante, que modeló en inimitables tercetos el retrato del Santo Patriarca de Asís, y Raimundo Lulio, nuestro venerable compatriota, á quien nadie será osado á negar dotes singularísimas de filósofo y de poeta, y que en su *Libro de las Contemplaciones*, en el *Blanquerna*, y sobre todo en el peregrino y encendido *Cántico del Amigo y del Amado*, inserto en éste, se nos muestra como uno de los maestros más excelsos del misticismo ortodoxo; y Terciarios fueron otros muchos egregios varones de aquella época resplandeciente de la historia del Catolicismo.

Terciaria fué la bienaventurada Isabel de Turingia, cuya vida, escrita con piedad de creyente y saber de maestro, por el Conde de Montalembert, no la leerá quien tenga corazón cristiano sin sentirse embelesado por el deleitoso aroma que, aun á través de las páginas del libro, exhalan las virtudes de aquella Santa Reina, que fué modelo de doncellas, de esposas, de madres, de viudas y de religiosas en los veinticuatro años que transcurrieron entre su nacimiento y su muerte.

Y terciarios fueron, en época más reciente, y por no referirnos sino á glorias españolas, el inmortal Colón y el fecundísimo Lope de Vega, y el inimitable Miguel de Cervantes Saavedra. Y cuando este maravilloso ingenio, abandonado del mundo, sentía aproximarse la hora de su agonía, halló en la Orden Tercera familia que le acompañó en aquellos angustiosos momentos, y le dió socorro con medicinas y palabras de amor y de esperanza de eterna vida. «Todos los hermanos de hábito descubierto y encubierto que pudieran pintarse,—dice una conmovedora narración, publicada en la Revista franciscana en 1873,—pasaron á aquella triste morada, y alternativamente no dejaban de rezar junto al cadaver vestido como ellos, hasta que, llegada la hora del entierro, entraron todos, é hincados de rodillas y divididos en dos coros, rezaron la oración del Santo Sudario, aplicando las indulgencias al alma de Cervantes, y suplicando á Dios le diese el eterno descanso. Llevaron en hombros el cadaver, con la cara descubierta, los Hermanos á la iglesia de las Trinitarias, donde Cervantes quiso tener sepultura, en gratitud afectuosa de haber debido á los Padres de esta Orden ser sacado del cautiverio.. Desde que se acercó á la iglesia el entierro, doblaron las campanas según el rito de la Orden. El paño sobre que el cadaver se puso en el templo, era el de la de San Francisco. Los Hermanos no abandonaron á Cervantes hasta que los oficios solemnes fueron acabados y el cuerpo recibió sepultura. A la salida del templo, el religioso visitador vió á D. Francisco de Urbina y D. Luis Francisco Calderón, los cuales le dijeron que pensaban escribir versos en loor de Cervantes para el *Persiles y Segismunda*, ya que tantos altos poetas le habían abandonado en la muerte.—«Bien me parece el intento, respondió el visitador; pero llamenle en los versos *ingenio cristiano*.»

(Se continuará.)

GENTE AMARRADA A UN POSTE

La mayor parte de la gente tiene que trabajar para vivir con las manos, la cabeza ó con ambas cosas. Bien. Para ganar la vida *necesitamos* poder trabajar tantas horas al día, tanto días á la semana, tantas semanas al año. Bien, otra vez. Supongamos que cada uno de nosotros tiene un enemigo con poder de amarrarlo con una soga cuando le parezca. Hoy nos ata solamente el brazo izquierdo, mañana el derecho, otro día una pierna y así sucesivamente. De cuando en cuando nos amarra á la cama y nos tiene en ella siete días. ¿Cuánto dinero nos costaría al cabo del año? ¿Cuánto más nos valdría poderlo asegurar á una roca ó ahorcarlo con su misma cuerda? Pongamos uno ó dos ejemplos.

Un hombre trabajaba de guarda agujas en un ferrocarril. Todos sabemos qué puesto es este y tenemos idea de su trabajo y responsabilidad. Lo estuvo sirviendo algunos años sin perder un día. Sabía su obligación tan bien como cualquiera y en su sección de la línea todo marchaba bien, pero al fin su enemigo empezó á amarrarlo. Lo cierto es que no comía con gusto, y cuando lo intentaba, se ponía tan malo que parecía que iba á perder la vida. Luego algunas veces le daban mareos y parecía que todo daba vueltas. Si esto hubiera sucedido al tener que hacer señales, hubiese podido haber un choque, lo cual no ha sucedido por fortuna. Con otras cuerdas le ataban; tenía dolores en el pecho y en los costados, estreñimiento, zarro en la boca, mal gusto de boca, flato, debilidad, etc. Los médicos decían que tendría que dejar el trabajo, lo cual no podía ser. Tenía que atender á su mujer y á sus hijos, y no había más que lo que él ganaba. Al fin perdió la salud por completo y estuvo malo algunas semanas, parte del tiempo sin sentido. Podemos decir que entonces estaba atado de piés y manos. El enemigo lo tenía sujeto y estuvo á punto de matarlo. Un día, cuando los médicos lo habían abandonado, recobró el sentido y se acordó de una medicina, como de media botella, que había guardado en un cajón de su garita, y se le había olvidado. La mandó buscar y tomó una dosis. Antes de un mes estaba bueno. Se habían cortado las cuerdas. La medida era el Jarabe curativo de la Madre Seigel y la enfermedad indigestión. Mientras ésta duró le hubiera valido tanto, no, más, haber estado amarrado á un poste.

Hay muchos casos como este en Inglaterra, en todo el mundo. Algunos llegan á nuestra noticia; millones de ellos quedan ignorados. Unas veces es enfermedad del corazón, otras reumatismo, otras tisis, otras debilidad general, otras enfermedad de los riñones ó de la vejiga, otras postración nerviosa, otras enfermedad del hígado. Es decir, los médicos les dan estos nombres, mas en realidad es indigestión, y todas éstas, que se llaman enfermedades, no son más que señales y síntomas de la misma. Si á uno no le diera que hacer el estómago, podría vivir eternamente, en cuanto nosotros sabemos. ¿Pero cómo, en nombre de lo más sagrado, puede trabajar un hombre ó una mujer, con el estómago lleno de alimento en descomposición, que manda por medio de la sangre un veneno á todas las articulaciones, músculo y nervio, con la muerte y la corrupción dentro de su cuerpo? Esto es lo que hace la indigestión. Esta es un veneno lento y seguro, como podría ser una toma diaria de unos cuantos granos de arsénico.

He aquí otro caso de un fogonero de ferrocarril, que escribe de Hurlford. Dice: He sufrido de indigestión durante tres años. He visto á varios médicos y cada vez me he puesto peor. Al fin fuí á un boticario, que me prometió curarme en doce ó catorce días. Me vendió tres botellas de una medicina muy cara, y todo el efecto que sentí fué la pérdida de mi dinero. Entonces encontré una botella del Jarabe curativo de la Madre Seigel y me alivió casi de seguida. ¡Cuánto siento no haberlo usado desde hace años! Podemos dar el nombre del interesado al que lo quiera saber. No ha querido que se imprima. Ha estado como amarrado por mucho tiempo. La enfermedad es una cuerda muy fuerte.

Otro caso más: Mr. R. B. Hopton de Long Weston, dice: Tengo sesenta y ocho años. El Jarabe curativo de la Madre Seigel no me ha vuelto á la juventud, pero me ha curado asma, postración nerviosa y un padecimiento de la garganta, resultado de impureza de la sangre. La enfermedad no me permitía trabajar, y ahora lo hago, gracias á este gran remedio. Puede Vd. hacerlo público. Toda la complicación vino de malas digestiones.

Y de este modo está amarrada la gente hasta que el Jarabe curativo de la Madre Seigel le da la libertad.

Si el lector se dirige á los Señores A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

AVISO

Se ruega á los Señores suscriptores que no hayan satisfecho sus cuotas, lo verifiquen á la brevedad posible; pues con su retraso perjudican la marcha regular de esta Administración.

Igualmente se suplica á los corresponsales en cuyo poder obren fondos, los remitan con expresión de los suscriptores á que pertenecen, á fin de evitar reclamaciones indebidas.

PONGO

en conocimiento de mi numerosa clientela, que he recibido todo el surtido de géneros de invierno, que venderé á precios de fabrica.

Gran depósito de Jerseys, Chalecos de Bayona, Mantas, Colchas, Merinos, Lanas, Chales, Pañuelos, Bayetas, Franelas, Corsés, Abacás, Yutes, Toquillas, Cubre corsés, Refajos, Cuffes, toda clase de generos de punto, y todo cuanto se fabrica en géneros blancos de hilo y algodón.

Estameñas para hábitos. Camisas á la medida.

PRECIOS ECONÓMICOS

JACOMETREZO, 15

POLICARPO RUÍZ

INCONVENIENTES DE LA CELEBRIDAD

El jabón del Congo es de tal modo conocido, que hoy se encuentra en todas las manos. Mas este exquisito jabón tiene numerosos imitadores que emplean diferentes medios *deshonrosos* para su venta, explotando su reputación universal con vulgares y bajos *productos similares*. El verdadero Congo lleva el NOMBRE VICTOR VAISSIER, de PARIS.

PINTO, IMPRESOR, BOLA, 8.—MADRID

ORNAMENTOS DE IGLESIA

GRAN FÁBRICA, desde el hilado del capullo de seda y fundición de metales, hasta la construcción de las prendas.

Propiedad y dirección de **HIJOS DE M. GABÍN**

Casa fundada EN 1820



Privilegio DE INVENCION

Premiada por S. S. Pío IX y Sociedad Amigos del País, de Valencia.

14 PREMIOS EN DISTINTAS EXPOSICIONES NACIONALES Y EXTRANJERAS

Valencia: Cuarte, 26.—**Madrid:** Puerta del Sol, 8, y calle Mayor, 2.—**Barcelona:** Jaime I, 11.—**Sevilla:** Tetuán, 5.—**Zaragoza:** Forment, 10.

Completo surtido en todo lo perteneciente al ramo, desde lo más barato hasta lo más rico.

Casullas construídas desde 25 pesetas en adelante.—**Ornamentos** de todas clases y formas.—**Hábitos** corales.—**Telas** con ramos de metal, desde 5 pesetas en adelante; las hay de seda pura y de seda con plata y oro fino, dibujos á relieve.

Merinos, Cachimires, Paños para hábitos talares.—**Tapicería** de seda pura y con mezcla de lana y algodón, brocados, brocateles, damascos, rasos, etc.—**Cubrecamas** de todas clases; hay de una sola pieza.—**Terciopelos** en negro y colores y demás clases de tejidos, como groses, moirés, tafetanes, rasos, pañuelos, fajas, etc.—**Guantes y medias** lisas, bordadas.

Pasamanería de iglesia y de tapicería.—**Galones, puntillas flecos, borlas** de metales y sedas, **hilos, canutillos, lentejuelas** y demás materiales de bordar.

Ropa blanca.—Albas, roquetes, manteles, etc., etcétera, en toda su su variación de clases, hechuras y precios.

Bordados en blanco de sedas y de oro.

Completo surtido de objetos de **orfería** y **broncería**, como cálices, copones, lámparas, candelabros, candeleros, cruces, etc. Véanse los albums de dibujos y precios en todas nuestras sucursales; en la de Barcelona está la existencia.

Nota importante.—También tenemos un constante surtido de casullas de varios colores y clases, de géneros de saldo ó sean rebajados, que se dan á precios sumamente baratísimos.

Pídanse muestras y presupuestos

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40 SALVADÓ Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

Establecimiento de la Casa real de Baviera para Vidrieras de Colores

F. X. Zettler, Munich, Baviera



Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo.

Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Búrgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuítas de Santander, Bilbao, en Orduña, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Orden.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.

Se ruega fijar la atención en el nombre y dirección de la casa, pues no existe otro Establecimiento de la Casa real para Vidrieras de Colores que el arriba mencionado

LA ARTÍSTICA

ESTAMPERÍA

8, CABALLERO DE GRACIA, 8

Grabados, facsímiles de acuarelas, oleografías, litografías, fotografías, etc.

Surtido en asuntos religiosos.

IMAGENES TÁLLA

Se hacen de encargo.

BANCO DE ESPAÑA

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan á continuación, pueden presentarse en la Caja del mismo, desde mañana 13 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.° del actual.

Inscripciones de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Cédulas hipotecarias del Banco Hipotecario de España al 4 y 5 por 100.

Obligaciones de la Sociedad del tranvía de Estaciones y Mercado al 5 y 6 por 100.

Idem íd. de la Nueva Bolsa de Madrid al 5 por 100.

Idem del Ferrocarril de Alar á Santander.

Idem íd. del Norte de España, 1.ª y 2.ª serie.

Idem íd. de Linares á Almería.

Idem íd. de Asturias, Galicia y León, 1.ª, 2.ª y 3.ª serie.

Idem íd. de Tudela á Bilbao, 1.ª y 2.ª serie.

Idem íd de Córdoba á Málaga.

Madrid 12 de Octubre de 1891.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVI.—TOMO XIV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 7 1/2 pt. fs.
Un año..... 14 »

NÚMERO 20.—Madrid 31 de Octubre de 1891

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 pt. fs.
Un año..... 9 »

MONUMENTOS ESPAÑOLES



Colegiata de Toro.

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*La caridad*, por Manuel Polo y Peyrolon.—*Buen emperador y mal señor cristiano* (leyenda del bajo imperio), por Angel Salcedo y Ruiz.—*Bibliografía*, por el Bachiller Alonso.—*Mr. Harmel*, por Montguyon.—*Album de poesías: Sin hogar*, por Francisco Jiménez Campaña.—*La ópera*, por Fray Eustoquio de Uriarte, Agustino.—*La familia cristiana y la Orden tercera de San Francisco*, por Carmelo Echegaray.—*Boletín religioso*, por J. F.

GRABADOS

Colegiata de Toro.—Juventud y ancianidad.—El general Wolseley.—Buenos amigos.—Monasterio de Nuestra Señora de Ripoll: el ábside de la iglesia.—El claustro.

LA QUINCENA

Huyó el verano, y ya empezaron los días luctuosos, tristísimos que preceden á la entrada del invierno...

Las noches son largas y destempladas... El cierzo y el aguacero azotan los cristales; en el interior doméstico vuelve á reconcentrarse la vida social. .

¡Desgraciados de los que no tienen interior doméstico!

¡Desgraciados los que carecen de ropa de abrigo, y de dinero para comprarla!

El invierno es época que pasan bien los ricos y los medianamente acomodados Para los pobres es un poema de sufrimiento y de dolores. ¡Cuál comparable al de una madre que no tiene con qué abrigar al hijo de sus entrañas!

***

Se habla mucho de crisis. En España la crisis es el estado normal de los Gobiernos. A la sociedad ó nación española, más que la crisis interesa la actitud de Francia, que quiere cerrar á nuestros vinos las puertas de sus mercados. Si así lo hacen, es indudable que han de perjudicarse mucho los franceses mismos; pero á nosotros también nos harán un flaco servicio. ¡Dios ponga tiento en las manos de los franceses y españoles que han de ajustar el futuro tratado de comercio! Entretanto la política se anima: en el salón de Conferencias hay ya grandes corros. Los teatros empiezan á estrenar; en la Princesa, sí, en la Princesa, han soltado ya su adulterio. ¡Pero señor! el adulterio ¿es el único resorte dramático? Hasta por buen gusto debiera suprimirse eso ya. Pero no; si fuera por el buen gusto, no existiría el teatro moderno. ¿Y las piececitas? Eso es ya lo épico de lo insulso, de lo tonto, de lo necio. Parece mentira que haya personas que pierdan su tiempo asistiendo á esas majaderías.

***

Decía Posada Herrera: *Me llaman muchos escéptico porque no creo en ellos*. El país quizás pudiera decir, es seguro que dice á los hombres y partidos políticos lo mismo que decía Posada Herrera:

«Me llamais escéptico porque no creo en vosotros; porque nada espero de vuestras combinaciones, ni de vuestros planes, ni de vuestros propósitos. Me habeis engañado tantas veces, que sería ridículamense cándido dejarme engañar otra vez.»

Los partidos políticos, para hacer bien, necesitan dos cosas: propósito decidido de hacerlo, y fuerza adecuada para la empresa. Los partidos políticos españoles es dudoso que tengan lo primero, y es seguro que carecen de lo segundo.

Por eso la sociedad española está cada vez más divorciada de ellos. Las fuerzas vivas del país no se sujetan á las organizaciones arbitrarias de los partidos. La separación es ya casi absoluta.

¿Es esto un bien?

¿Es un mal?

Contestaremos por ahora con saber que es un hecho.

En el orden religioso, el principal de todos los que constituyen la vida nacional, ¿cabe esperar algo de los partidos políticos? Los sucesos de los últimos años demuestran clara y elocuentemente que la población católica no espera nada de ellos. Toda la tendencia es á constituir organismos católicos de propaganda y de influencia social y de política independientes de la acción de los partidos.

Esa fué la bandera que tremoló en sus principios la Unión Católica: esa es hoy la bandera que se ha defendido en los Congresos de Madrid y de Zaragoza. Esa será probablemente la doctrina que prevalezca en el futuro Congreso de Sevilla. Ningún católico sostiene ya la especie absurda de la separación de la Religión y la política. Se quiere política católica, se quiere que la acción de los católicos se desenvuelva en el terreno político; pero aquella política y esta acción dícese por todos que ha de defenderse y desarrollarse fuera de la órbita estrecha de los partidos, con absoluta independencia de sus programas, jefes y organizaciones.

Pues en el terreno económico es igual el fenómeno. Ya no existen en realidad partidos proteccionistas, ni partidos librecambistas. Las relaciones mercantiles entre las naciones son consideradas como asuntos independientes de los programas de los partidos; son, se dice, negocios nacionales, no de partido. Así vemos á un Gobierno demócrata en Francia tratando de cerrar las fronteras á los géneros extranjeros, sin reparar en que siempre entró el librecambio en el programa de la democracia. Así vemos á un Gobierno doctrinario en España queriendo ajustar tratados de comercio sobre la base de una gran expansión mercantil.

¿Y las relaciones políticas internacionales? El más grave cargo que hoy puede dirigirse á un Gobierno es acusarlo de que dirige esas relaciones sujetándose al criterio de partido. ¿Y el ejército? ¿Y la marina? ¿Y el establecimiento de impuestos? ¿Y la enseñanza? ¿Y los servicios administrativos? En nada de esto se tiene ya en cuenta el interés, ni el criterio de los diferentes partidos. ¿En qué, pues, se apoyan éstos? ¿Cuáles son su ideas? ¿Qué bien pueden traer á la sociedad moderna? Todo se va emancipando de ellos; los hombres formales les abandonan. Apenas si hacen hoy otra cosa que prometer ó que dar destinos. Por eso apenas si son hoy otra cosa que reuniones de compadres, ó empresas de vividores políticos

***

Ha muerto el ilustre escritor católico Gabino Tejado. Discípulo, admirador y coleccionador de las obras de Donoso Cortés vivió Tejado como pensador de la misma vida ó ideas que su maestro. El *Catolicismo Liberal*, obra del discípulo, puede pasar por un comentario ó apéndice al *Ensayo* famoso del maestro. En cuanto al estilo, Tejado era originalísimo; comprendió sin duda mejor que Donoso la índole de nuestra lengua y de nuestra literatura. No fué nunca brillante, en cambio, á ingenioso y castizo escritor, nadie le ha ganado en su tiempo. En su traducción de *I promessi spossi* demostró que sabía más refranes castellanos que el mismo Sancho Panza. Como articulista no tenía rival. Sus cartas desde Francia á *El Siglo Futuro* sobre organización católica, son modelo de estilo persuasivo, fácil, ameno, y en ocasiones nerviosa.

Tejado, como todos los escritores de su escuela, distinguía con su ódio á los católico-liberales y á los que él se figuraba que eran católico-liberales. En este punto no transigía: el famoso texto de *peores que los mónstruos de la Commune*, era en sus manos un arma terrible contra mestizos, conservadores y moderados. El fué el que estrechado en una polémica á que declarase cómo se distinguía un católico liberal de un católico íntegro, contestó que por medio del olfato. El liberalismo exhala un tufillo inconfundible con otro. Un liberal apesta á cien leguas de distancia.

Tejado era un hombre absolutamente sincero. Alma de niño, creía firmemente que los moderados tenían la culpa de todos los males que nos afligen. Durante toda su vida practicó el bien; oró mucho y socorrió á sus hermanos necesitados. Fué, en resúmen, un buen católico, un pensador muy mediano, un polemista incansable y un eminente literato. Ningún católico español debe olvidarlo en sus oraciones, y su memoria debe ser grata para todos.

¡Que en paz descanse!

***

También ha fallecido recientemente el popular empresario de teatros Felipe Ducazcal. Con este motivo algunos periodistas, amigos del finado, han escrito cosas estupendas acerca de los méritos de Ducazcal.

¡Que Dios haya acogido su alma!

***

Una historia sabrosa para concluir:

El canal de San Martín, entre las calles de Vinaigrien y de las Esclusas de San Martín, París, se halla actualmente en separación. La poca profundidad de las aguas en este sitio, (sobre 15 centímetros) permite á los transeuntes ver los peces en el fondo.

Hace unos días, Mr Juan D... burdalés, recientemente llegado á París, donde para en casa de un amigo, fabricante muy reconocido en el muelle de Jemmapes, se paseaba por la orilla del canal, cuando vió un enorme pez.

Corrió al punto á casa de su amigo, descolgó una escopeta que pendía en una panoplia, y volviendo al canal mató al pez de un tiro.

Dejando la escopeta á la orilla del canal, bajó al fondo para cobrar su caza; pero un pillete, testigo del caso, adelantándose al burdalés, se precipitó rápido sobre el pez muerto, y huyó con él en la mano, dejando al cazador con un palmo de narices y hecho una fiera. Mientras esto pasaba dentro del canal, otro granuja, en la orilla, corría también con la escopeta. Y hé aquí á Mr. Juan dudoso entre perseguir al ladrón del pez ó al ladrón de la escopeta, cuando dos guardias de la Paz, cojiéndolo cada uno de un brazo, lo llevaron bonitamente ante el comisario de policía, sin atender á las protestas del detenido, y este magistrado levantó el correspondiente proceso verbal por haber cazado sin licencia.

Verdaderamente que esto es tener buena suerte, y lo demás es música.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES.

GRABADOS

Colegiata de Toro. (Pág. 313.)

Es Toro la ciudad más importante de la provincia de Zamora después de la capital, y aun aventaja á la última por muchos conceptos. Su situación, á orillas del caudaloso y legendario Duero, es privilegiada. Los alrededores de Toro son hermosísimos; el paseo del Espolón es uno de los más amenos de España.

En cuanto á monumentos, es Toro digna rival de sus hermanas, las viejas ciudades de Castilla. Cíñela muro almenado, famoso en los fastos guerreros de la Edad Media, y sus palacios, sus iglesias, hasta sus calles parecen hablar al viajero de aquellos días, ya tan lejanos, de sangre y de gloria, en que nuestros antepasados reconquistaban palmo á palmo el suelo de la patria. Dieciseis iglesias parroquiales cuenta Toro, y todas ellas dignas de la visita del viajero y de la admiración del artista.

Entre esas iglesias descuella la Colegiata, titulada Santa María la Mayor, uno de los más bellos, suntuosos y ricos templos de España. La puerta principal era tan artística y grandiosa, que la convirtieron con buen acuerdo en capilla, y desde entonces se ingresa en la Colegiata por una de las puertas laterales. El cimborrio es elegantísimo. En el interior se mezclan y entrelazan los géneros gótico y bizantino, produciendo sorprendentes y maravillosos efectos. La capilla mayor es una obra maestra del gusto ojival, enriquecida por magníficos sepulcros. En el coro se admiran cuatro estatuas góticas, y en la sacristía muchos y buenos cuadros de la escuela española.

Juventud y ancianidad. (Pág 316.)

No necesita explicación este grabado, composición artística en que ha querido el autor representar por medio de una bella joven en cuyo brazo se apoya el anciano padre, uno de los más bellos espectáculos morales que en el mundo pueden presenciarse: el de la agilidad y la fuerza al servicio de la debilidad y del desamparo de la vejez. Esa hija cumple ciertamente á maravilla sus deberes, y no habrá hombre de corazón que no la vea más hermosa de esa suerte que si la contemplara, vestida de fiestas y coronada de rosas, en suntuoso baile. El fondo melancólico del cuadro, que es el Cementerio, completa el tono triste que quiso dar el autor á su obra para expresar de modo gráfico el dolor de los últimos días de la vida terrena. La joven y el anciano caminan hacia el Camposanto, ese Occeano á que van á parar como otros tantos arroyos las vidas de todos los mortales.

El general Wolseley. (Pág. 317).

Generalmente se aplaude á la marina británica y se vitupera al ejército de la Gran Bretaña como indigno de la grandeza de su nación. Los ingleses, se dice, valen mucho por mar; pero por tierra cualquiera puede con ellos. Tales afirmaciones son insignes vulgaridades. El ejército inglés es menos numeroso que el de otras naciones; pero la calidad y solidez de sus tropas no sólo compite, sino que quizás aventaja á las de las demás naciones europeas.

No hay más que repasar ligeramente la historia del mundo, para convencerse de la extraordinaria aptitud de los ingleses para la guerra terrestre. En las Cruzadas, ningún héroe cristiano eclipsa el valor de Ricardo Corazón de León. En la guerra de los cien años, consiguen los britanos las victorias memorables de Crecci y Azincourt, las más grandiosas y decisivas de la Edad Media. El Príncipe Negro es un precursor heróico del arte militar moderno; atrincherado en las alturas de Poitiers, parece que presagia á Welligton, atrincherado en las alturas de Bella Alianza. Cronwell organiza un ejército que no tiene rival digno entre los ejércitos de su tiempo, si no es en los tercios viejos de infantería española. Más adelante, Guillermo humilla á Luis XIV con sus regimienios ingleses y escoceses, y las victorias de Guillermo son el preludio de las de Malbouroug, que sería el primer general del siglo XVIII á no haber nacido en esa centuria Federico y Napoleón. Y ¿quién puede contar las victorias de los ejércitos ingleses en las guerras napoleónicas? Alejandría, Copenhague, Busaco, La Coruña, Talavera, Arapiles, Albuera, Vitoria, y finalmente Waterlóo, son nombres que no podrán borrarse fácilmente de los anales militares del mundo. Después las armas británicas han brillado en la India, en la Persia, en Crimea, en Abisinia y en Egipto, sin que en parte alguna se haya obscurecido su gloria, ni su reputación.

El ejército inglés no se compone, como el de las naciones del continente, de soldados sacados á la fuerza de sus hogares. Es un ejército de voluntarios pagados; así que la milicia es en Inglaterra, no una función social, sino un oficio como cualquier otro. De aquí dimana, que la hez de la población británica es la que nutre generalmente los cuarteles; pero en cambio, merced á una severísima disciplina, consiguen los oficiales, que son de las mejores familias del Reino Unido, que sus subordinados repriman sus malas inclinaciones en el servicio.

El retrato que publicamos en la página 317, es el de uno de los generales ingleses que han logrado más ventajosa reputación en los últimos tiempos. En muchas campañas se había distinguido, ya como subalterno, ya mandando en jefe; pero su glorioso triunfo en Egipto puso el sello, por decirlo así, á su carrera, y Wolseley es para los ingleses el general de Egipto, como O'Donell era para nosotros el general de Marruecos. La causa de la guerra de Egipto fué, como todos saben, la ambicion de Arabi Bey, que con título de Ministro gobernaba el antiguo imperio de los Faraones, y pretendía, organizando un formidable ejército, ser dueño absoluto de la navegación del canal de Suez. Desde el punto de vista egipcio no faltaba razón al visir del Cairo, pero las potencias europeas que tienen intereses más allá del Mar Rojo, no podían consentir que se les cerrase la gran vía comercial de los tiempos modernos, la puerta de comunicación entre el Oriente y el Occidente. Las naciones interesadas debieron, pues, unirse para desarmar á Arabi; pero las rivalidades que las separan y enemistan, esterilizaron sus propósitos, dando lugar á Inglaterra para que se adelantara y obrase por su cuenta. Y así lo hizo, reuniendo en muy poco tiempo una formidable escuadra delante de Alejandría, y en la escuadra un ejército de 40.000 hombres mandado por Wolseley. Los cañones de la escuadra apagaron pronto los fuegos de Alejandría, y desembarcó fácilmente el ejército de Wolseley. A los pocos días consiguió éste una victoria decisiva sobre el numeroso ejército de los egipcios, y de sus resultas se rindió el Cairo y todo el país, que desde entonces sigue ocupado por los ingleses, á pesar de las protestas de Francia. Es casi seguro que esa ocupación se prolongará indefinidamente, y que el canal de Suez será por siglos un canal inglés.

Inglaterra recompensó generosamente al general que le proporcionó tan señalada ventaja. Le dieron una gran cantidad de dinero, magníficos castillos y deliciosos parques, sin contar con que le elevaron á la dignidad de lord y otras preeminencias. Hoy Wolseley figura entre los aristócratas ricos de la Gran Bretaña. Y además, es el verdadero general en jefe ó director del ejército inglés, pues su influencia es casi siempre la que prevalece, y siempre es atendida con respeto.

Tipos populares: Los Gitanos. (Pág. 320).

¿Quiénes son los gitanos? ¿De dónde proceden? ¿Cuándo aparecieron en Europa? Hé aquí unas preguntas á las que ningún erudito ha contestado todavía satisfactoriamente. Esa raza, nómada en cierto modo, que ha vivido y vive enmedio de los pueblos de Europa sin confundirse con ellos, guarda el secreto de sus orígenes, y es un misterio etnográfico y social del que hasta ahora nadie ha descubierto la clave. Supónenlos unos oriundos del Egipto, resto de la ilustre gente que constituyó un día el imperio faraónico; para otros son indios arrojados de las grandes penínsulas asiáticas en alguna revolución ó guerra ignorada de la generación actual. Lo admirable es, que á través de tantos siglos como llevan viviendo en Europa, no se hayan confundido con la masa de sus pobladores, y que hasta hoy conserven todos sus caractéres típicos. Verdad es que la preocupación desfavorable que contra ellos reina debe contribuir en mucho á unirlos en la común desgracia, como una especie de Estado autónomo dentro de los otros Estados. Pero ocurre preguntar: ¿la preocupación contra los gitanos, es causa ó efecto de sus costumbres singularísimas, de sus vicios geniales, de su apartamiento, en suma, de la sociedad? Nadie puede ya averigüarlo: es un secreto de los siglos. Cuando Cervantes escribía *La Gitanilla*, las costumbres de los gitanos eran exactamente las mismas que hoy observan y profesan. Hay entre ellos una especie de comunidad estrechísima, un vínculo social asaz fuerte para resistir á la curiosidad de las gentes extrañas. En donde los hay en abundancia, se nombran magistrados, que ya con título de reyes, ya con otros más extravagantes, dirimen las contiendas que entre ellos se producen; y hasta se cuenta que imponen castigos, bárbaros muchas veces, fundados en una originalísima jurisprudencia que sólo ellos entienden, y á la que rinden todos singular respeto. Propenden extraordinariamente á la superstición, y es indudable que sus supersticiones responden á algo así como religión exotérica, impenetrable para los profanos. Propagan entre las gentes sencillas las artes ocultas, de las que viven en gran parte, y que parecen pregonar su origen oriental, asiático ó africano. Su lengua, el caló, ha influido no poco en la nuestra, y hasta sus costumbres han traído á las nuestras la moda soez del flamenquismo. En Andalucía viven de antiguo muchos gitanos. Algunos se han establecido, y hasta logrado desahogadas posiciones. Nuestro grabado representa dos tipos de los que frecuentemente encuentra el viajero por las callejuelas y paseos de Sevilla.

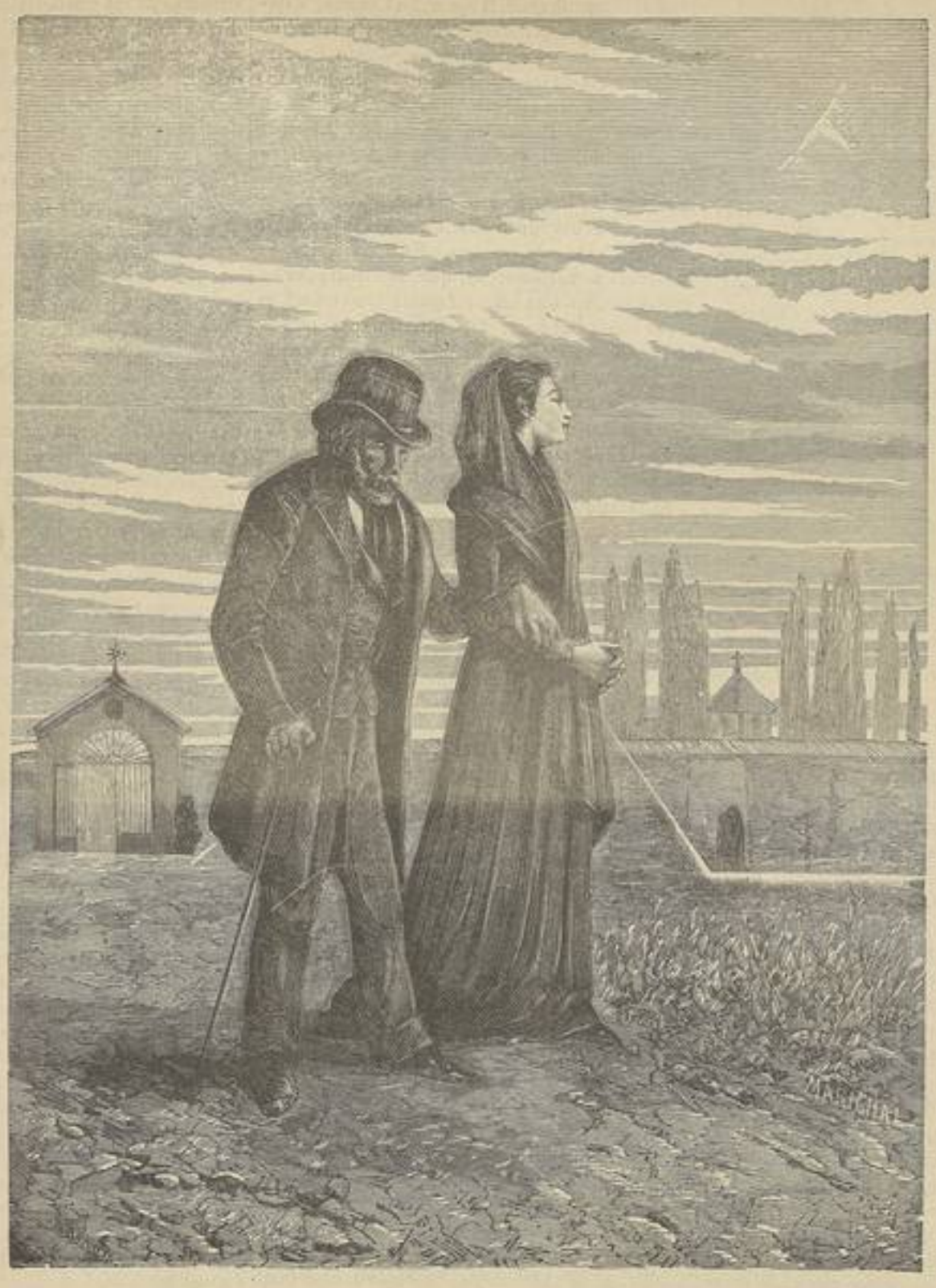
Buenos amigos. (Pág. 321).

Hé aquí un bonito cuadro que pudiéramos llamar de costumbres de cuadra, género al que se muestra muy aficionada la moderna escuela de pintura inglesa. No hay pintor inglés que no sepa pintar bien caballos y perros, y no hay casa inglesa en que los perros y los caballos no campeen en cuadros más ó menos bien pintados. El perro y el caballo son una manía británica. El cuadro que hoy ofrecemos es una combinación del eterno tema: el perro y el caballo.

Monasterio de Nuestra Señora de Ripoll: el ábside de la iglesia. (Pág. 324).

El Claustro. (Pág. 325).

Muchas veces hemos reproducido en nuestras páginas vistas de los célebres monumentos religiosos que encuentra el viajero en las ciudades, villas y montañas de Cataluña, y que juntan por admirable modo la grandiosidad y primor del arte arquitectónico, la venerabilidad de an-



JUVENTUD Y ANCIANIDAD

iguas tradiciones y famosos hechos históricos y la majestad de la naturaleza, tan severa, hermosa é imponente en el antiguo principado de los Borrell y Berenguers; en esa nobilísima tierra catalana, tan ilustre por sus recuerdos de gloria como grande y próspera en los tiempos modernos por el trabajo incansable, inteligente y fecundo de sus hijos. Hoy toca el turno al monasterio de Nuestra Señora de Ripoll. La iglesia es ámplia y muy bella, y su torre gallarda y severa. El claustro es de lo más hermoso que hay en España.

ANTONIO DE OLMEDO.

LA CARIDAD

Sine caritate opus externum nihil prodest.
De Imitatione Christi, lib. I, c. XV, n. 1.

I

El vulgo llama caritativo al que dá limosna; el cristiano, al que misericordioso practica el bien; el místico, al que se abrasa en divino amor; y el filósofo al compasivo, benévolo, beneficioso, etc.

Estas apreciaciones diversas coinciden en un fondo común, y para el vulgo, para el cristiano, para el místico y para el filósofo, el *amor* es elemento esencial de la caridad.

Ama el que dá limosna; ama quien el bien practica; quien arde en amor divino ama también; y por último, compadecerse, querer el bien y obrarlo, ¿qué es sino amar?

Mas según San Agustín, Bossuet y el Padre Senault, los afectos del hombre (pasiones, cuando son exagerados) todos pueden reducirse al amor.

«El odio que se profesa á un objeto, no viene sino del amor que se tiene á otro; el deseo no es más que un amor que se extiende al bien que no se tiene, como la alegría es un amor que se aplica al bien que ya se posee; el atrevimien-

to es un amor que acomete lo más difícil para poseer el objeto amado; la esperanza es un amor que se lisonjea de poseer el mismo objeto, y la desesperación un amor sin consuelo al verse privado de él para siempre; la cólera es un amor irritado, porque nos quieren quitar un bien que nos esforzamos en defender, etc. Por último, quitad el amor, y ya no hay pasiones; poned el amor, y las vereis nacer todas como por encanto (1).

«El deseo es la carrera del amor; el temor es su fuga; el dolor es su tormento y la alegría es su reposo (2).»

«La razón nos obliga á creer que no hay más que una pasión, y que la esperanza y el temor, el dolor y la alegría, son los movimientos ó propiedades del amor (3).»

Si, pues, hasta los afectos malévolos pueden referirse al amor, la simpatía, amistad, cariño, compasión, gratitud, beneficencia, patriotismo, etcétera, afectos todos benévolos, necesariamente tienen que ser elementos constitutivos del amor mismo, sentimiento tan natural al hombre como el canto á los pájaros, complejo es verdad, pero susceptible de escrupuloso análisis. ¿Podremos definirle? No es fácil comprender en una sola fórmula elementos tan distintos, aunque análogos. Leibnitz dice que amar es deleitarse en la contemplación de la felicidad ajena.

Caridad será, pues, ese sentimiento inferior que nos induce á amar el bien en todo orden y á practicarlo. *El bien*, hé aquí el objeto de la caridad; *amarle*, su elemento teórico; *realizarle*, su elemento práctico.

Santa Teresa de Jesús, que ponderaba el horrible estado de Lucifer diciendo: «¡el sinventura *no ama*!» es el tipo más perfecto de la caridad teórica; San Vicente de Paúl el más acabado modelo de la caridad práctica.

No obstante *sine caritate opus externum nihil prodest*, es decir, no hay verdadera caridad donde sólo existen buenas obras: ambos elementos se completan mútuamente. Por consiguiente, no socorre al menesteroso la mano que le arroja una moneda, sino el corazón que determina el movimiento.

II

Considerada la caridad en el orden filosófico es un hábito del alma, en el orden religioso una virtud, estrecho lazo de unión entre la fe y la esperanza, y en el orden social una necesidad práctica.

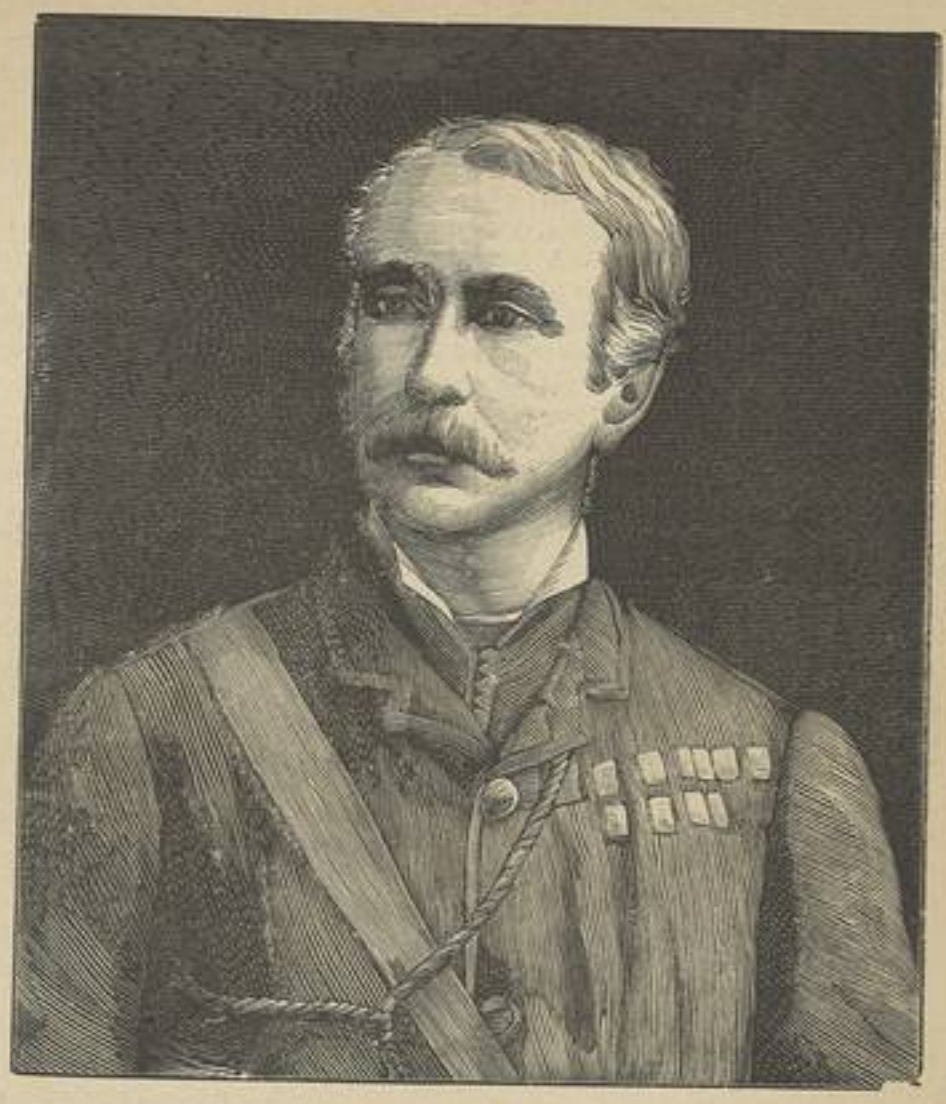
Tanto por ser acto anímico y natural al hombre, cuanto porque su práctica es necesaria á las sociedades, la caridad es un deber.

Los deberes de caridad son, por consiguiente, naturales, y grabados fueron al principio en todo corazón humano, para traducirlos después en el primero y más importante precepto del Decálogo: *Amarás á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á tí mismo*.

Si los deberes de caridad son naturales, obligan á la humanidad entera: y el hombre, por sólo serlo, tenido está á ser caritativo con sus semejantes; esto es, benévolo y beneficioso, que tanto la *benevolencia* como la *beneficencia* son componentes del todo sublime llamado caridad.

Si purificamos nuestro corazón de todo sentimiento que pueda ofender á otro hombre, seremos *benévolos*. Si realizamos el bien, practicando obras de misericordia, seremos *beneficiosos*.

(1) Bossuet.—*De la connaissance de Dieu et de soi meme.*
(2) San Agustín.
(3) P. Senault.—*De l'usage des passions.*



El general Wolseley

So oponen á la benevolencia, el odio, la venganza, la envidia, la cólera, la ingratitud, el orgullo, el egoismo, la desatención, y, en suma, todo afecto malévolo que implica falta de amor á nuestros semejantes.

Opónense á la beneficencia la práctica del mal (estado positivo) y la omisión del bien (estado negativo).

En tesis general y absoluta los malos son en sociedad los menores. No por esto puede afirmarse, que los buenos sean los más. Por desgracia, moralmente hablando, en las sociedades modernas predomina el *indiferentismo*, enemigo el más terrible de la beneficencia.

Otro adalid semejante, monstruo compuesto de cien perversas pasiones, pretende concluir con la benevolencia, que es el más hermoso elemento de la caridad. ¿Qué nombre darle? Fernán Caballero, el primero de los *costumbristas* españoles, le llamó *malevolencia*; y á la verdad que ni áun etimológicamente considerado, puede hallarse nombre más propio.

A la malevolencia pues y al indiferentismo práctico ó inacción, podemos reducir los enemigos capitales de la caridad.

III

Tan general y hondo es el escepticismo que se ha apoderado de las inteligencias y corazones, que no hay verdad, por evidente que sea, ni virtud, por elevada que esté, que nuestro pirronismo práctico moderno no ponga en tela de juicio; y tan connaturalizados estamos todos con la calumnia, la injuria, la murmuración y el juicio temerario, que el que no se encenaga en este lodazal inmundo, cuando menos oye impasible al calumniador y presencia impávido cómo de palabra y obra, delante y detrás, se pisotea la honra de sus semejantes.

Nuestra refinada malicia no perdona la acción más inofensiva é indiferente.

¿No causa verdadero pasmo la ligereza con que esa turba de Tenorios imbéciles, hastiados del mundo, según aparentan, antes de haber llevado á sus labios la copa de la vida, hacen y deshacen reputaciones?

¿Hay autoridad, hombre público, sabio, literato, ministro del altar, ni persona privada siquiera, á quien no alcancen los tiros de la maledicencia?

La caridad es incompatible con semejante gangrena social.

Razón tenía el venerable desterrado de Patmos para sintetizar la doctrina evangélica en su tan repetida frase: «Hijitos míos, amaos los unos á los otros.»

Sí, amémonos mútuamente; es decir, seamos todos benévolos; practiquemos el bien en todo orden; esto es, seamos beneficiosos, y el indiferentismo y la malevolencia desaparecerán de la sociedad.

Manuel Polo y Peyrolón

(Del libro *Páginas edificantes.*)

BUEN EMPERADOR Y MEJOR CRISTIANO

(LEYENDA DEL BAJO IMPERIO)

I

Gobernaba el año de 1206.

Balduino, francés de orígen, reinaba como emperador en Constantinopla.

Los búlgaros, nación entonces bárbara, asolaban algunas de las provincias del imperio.

Uno de los jefes de los bárbaros, llamado Joaniza, reuniendo bajo su mando á las principales y más numerosas bandas, se acercó en actitud amenazadora á las cercanías de Constantinopla.

Balduino salió á campaña.

Después de algunas sangrientas escaramuzas, vinieron ambos ejércitos á batalla campal. El ímpetu de los bárbaros fué tal aquel día, que desordenaron las filas de los imperiales. Al ver esto Balduino, cierra con sus caballeros por lo más espeso de las masas bárbaras, y consigue hacer retroceder á los enemigos. Pero avanza tanto, y le siguen tan pocos guerreros, que advirtiéndolo Joaniza, revuelve contra el emperador con la flor de sus reservas. Los caballeros que asisten á Balduino caen derribados al suelo; el emperador queda solo; un enjambre de bárbaros se precipita sobre él, y sin darle tiempo material á ponerse en cobro, lo abruman á fuerza de golpes, le sujetan con cuerdas y se lo llevan prisionero. Joaniza manda recojer, y se retira con sus tropas del campo de batalla. Ya llevaba buena presa: un emperador no se cautiva todos los días.

II

La muchedumbre de los bárbaros regresa á sus guaridas, á los valles de los Balkanes, en que han fijado sus tiendas. Un antiguo castillo situado sobre una escarpada roca es la residencia señorial de Joaniza. Sube este al monte seguido de los suyos, y con el emperador cautivo cargado de cadenas.

La mujer de Joaniza sale al encuentro del vencedor: ¿Hicístes buena presa, esposo mío?—le pregunta.—Y el bárbaro responde: ¿No oíste tú hablar del emperador de Constantinopla? Es el más poderoso de los hombres, se dice en nuestros valles. Reyes le sirven, y príncipes arreglan los lazos de su sandalia de oro. Cuando yo salí con mis guerreros, tú, esposa mía, me dijiste: ten cuidado con el emperador. Pues bien; mira qué bien cuidado le traigo; porque ese miserable que ves ahí entre cadenas, ese cautivo que si yo se lo mando, me besará el pié, cuya vida puedo cortar en el instante en que se me antoje, ese, ese es el emperador de todo el Oriente. Y yo soy su señor...

El bárbaro se reía á carcajadas en la explosión salvaje de sus odios satisfechos, de su venganza conseguida, de su orgullo mimado por la fortuna. Trajeron junto á él al infeliz cautivo, y siempre riéndose, Joaniza arrimó su groseró pie: calzado de abarca, al desgraciado Balduino, y le disparó una coz; sí, una verdadera coz, si es que los caballos no se ofenden, porque llamemos así á los puntapiés de Joaniza. . Balduino rodó por el suelo; la sangre corrió por su rostro, pero no se le oyó ni un ¡ay! ni una queja...

La mujer de Joaniza (¡al fin mujer, aunque bárbara!) sintió entonces una compasión profunda.

—¡Pobrecito!—dijo.—¿Por qué le tratas así? Vamos, repara que está atado y no puede defenderse.

—¡Valiente bribón!—dijo en su lengua Joaniza.—Con mil vidas que tuviera no pagaría el daño que sus ejércitos imperiales han hecho á nuestra nación. Nada de contemplaciones; es nuestro enemigo...

Y le arrimó otra coz. Tampoco á Balduino se le oyó un lamento.

Lamprida (que así, según la historia, se llamaba la mujer de Joaniza) no pudiendo tolerar en su presencia tanta crueldad, se acercó más al cautivo y ayudó á levantarse del suelo.

—Mira,—dijo á su feroz marido;—mátale si tal es tu gusto, enciérralo, lo que quieras; pero lo que estás haciendo es indigno de tí .. ¡Infeliz! Y miró al prisionero con una ternura infinita...

Al través de la sangre que cubría todo su rostro, los ojos de Balduino se fijaron en Lamprida con agradecimiento.

—Bien,—gruñó Joaniza;—encerradlo. Yo me voy al valle á recibir los parabienes de mis guerreros. En las cuevas del castillo, en la más súcia y obscura de las habitaciones, ponedme á ese César que Dios vengador ha entregado en mis manos.

Y dicho esto, se alejó de allí.

Lamprida, ayudada de sus siervas y de algunos soldados, desató al rendido emperador, y con sus propias manos limpió el rostro de Balduino, que la sangre ocultaba enteramente como una careta de púrpura.

Era Balduino lo que se llama un real mozo. Su origen franco se revelaba en la colosal estatura, digna de Godofredo, en la blancura de la tez, en los ojos azules de dulcísima expresión, en la rubia y abundantísima cabellera que coronaba su frente y le caía por detrás hasta el cuello con tanta majestad como gracia.

¡Infeliz Lamprida! La compasión que había sentido transformábase súbitamente en otra cosa. ¡Qué diferencia entre aquel hombre y su tosco y bárbaro marido!

Por lo pronto, Balduino fué al calabozo que la ferocidad de Joaniza le había reservado; pero la imagen del gallardo vencido quedó flotando entre ráfagas luminosas en la fantasía de Lamprida. No hubiera hecho mayor impresión á la princesa bárbara el mismo emperador si le hubiera visto entre los esplendores del trono, rodeado de sus duques, patricios, senadores, vicarios y prefectos.

A Lamprida sucedía por lo visto como á Campoamor, que *la admiración la quitaba el sueño*. Lo cierto es que la desventurada no podía dormir. ¡Siempre pensando en Balduino! Y no se atrevía á interceder por él con Joaniza. ¡Si no hubiera sentido lo que sentía! Pero el amor (¡y amor era ya el sentimiento de Lamprida!) es de suyo ruboroso. Temía que sólo pronunciando el nombre de Balduino, había de comprender Joaniza lo que pasaba en el fondo de su alma.

III

Por fin un día, al amanecer, la princesa no puede contenerse, y toma el partido más arriesgado, pecaminoso y contrario á su honor: el de visitar á Balduino en su misma prisión.

Desciende á la cueva del castillo, y llega á la puerta del calabozo. Desde allí, por una rendija, puede observar sin ser vista. Palpitándole fuertemente el corazón, Lamprida se pone á contemplar al imperial prisionero.

El calabozo era pequeño; las paredes de piedra sin pulimento ni revoque, de color muy obscuro, reflejaban de un modo harto fantástico la débil luz de la aurora, que penetraba por una claraboya. En el centro de aquella luz veíase á Balduino, hincado de rodillas, las manos cruzadas y levantadas en alto, en actitud de oración fervorosa. Su hermosísimo rostro, iluminado por la suave claridad matinal, parecía despedir reflejos de oro; sus ojos azules, grandes y rasgados, miraban hácia arriba con esa expresión inefable que pone en ellos la contemplación de las cosas del cielo... La luz de la mañana le envolvía como un nimbo. No parecía, no, Balduino un hombre, sino un angel.

Aunque bárbara, Lamprida era cristiana, si bien con cristianismo mezclado de muchas supersticiones. Estaba, pues, en aptitud de comprender y saborear la suprema belleza moral, que unida y venciendo á su misma belleza física, resplandecía entonces en Balduino. Quedó por lo tanto enajenada, muda, absorta en la contemplación de aquel contemplador que sabía convertir los calabozos en celdas y las celdas en cielo; de aquel hombre que era tan augusto en la mazmorra como en el trono. Y mira, mira por la rendija, y no se cansa de mirar, y entra más luz por la claraboya, y mientras que más luz entra, más luminosa se ofrece la figura de Balduino... Por fin desciende de lo alto un rayo de sol, y Balduino ya no es luminoso, sino refulgente... ¡Parece un serafín!

Lamprida abrió la puerta del calabozo. Y como Balduino absorto sin duda en su oración, no lo hubiese advertido, hablóle en estos ó parecidos términos:

—Señor, ya es tiempo de que descanses. Ya es hora de que se mitiguen los sufrimientos de tu cautiverio, tan afrentoso para tu grandeza soberana como indigno de las grandes prendas que te adornan...

Balduino volvió la cabeza sorprendido, se puso en pié, y dijo:

—¿Quién eres?

—¿No me conoces? Yo soy la que restañó la sangre que cubría tu rostro la tarde triste que te trajeron prisionero á este castillo. Yo soy la mujer de Joaniza, tu vencedor. Y soy más, augusto señor, porque soy tu esclava...

Y la infeliz se arrojó á los piés de Balduino.

Al pronto éste no comprendió lo que quería decir Lamprida. En aquel tiempo aún se conservaba la esclavitud, aunque muy mitigada de su primitivo rigor, y los bárbaros que recorrían las diferentes provincias del imperio, robaban mujeres que muchas veces hacían sus esposas. Teniendo en cuenta estas circunstancias, no era extraño suponer, como supuso Balduino, que aquella mujer fuese una antigua esclava, quizás de la misma casa del emperador, cautivada por los bárbaros en alguna de sus excursiones, y que había llegado á ser esposa del jefe de la banda. Así que contestó afable y cariñosamente á Lamprida:

—Levántate, hija mía, yo no tengo esclavos. El único esclavo soy yo. Tu esposo es árbitro de mi suerte. ¿Piensa matarme?... Y continuando en otro tono, como si en vez de hablar con Lamprida hablase consigo mismo, añadió: sí, lo tengo por seguro. A un emperador no se le rescata tan fácilmente. El tesoro imperial quedaría agotado si pagasen mi rescate... Quizás pedirían alguna provincia... Y eso no, nunca... El emperador es para el imperio; pero no el imperio para el emperador. No consentiré nunca en eso; lo que tienen que hacer, es elegir otro emperador que me reemplace, y que liberte á los pueblos de este azote de las invasiones... En cuanto á mí, que me dejen morir aquí .. Ya no soy emperador, sino un mísero cautivo...

—Señor, señor, gritó Lamprida, manda que aquí está tu sierva para obedecerte.

—¿Quieres complacerme verdaderamente? preguntó Balduino á la rendida princesa.

—Señor, señor, manda.

—Bien, levántate ante todo, y haz lo que yo te indique. Entre mis ropas que me quitaron el día de la infausta batalla, hay ó había un rollo de pergamino Yo quiero que ese rollo vaya á Constantinopla...

—Señor, dijo Lamprida, es un favor muy pequeño el que me pides para lo que yo quiero hacer por tí.

—Oh, no lo creas, exclamó Balduino con exaltación; si ese rollo vá á Constantinopla, me dás la felicidad. Hoy soy el hombre más desgraciado de la tierra, y en cuanto yo sepa que el pliego está en mi antigua corte, seré el hombre más dichoso... Si quieres servirme que...

—No digas más, señor, dentro de un momento irá ese rollo.

Y se levantó y salió:

Balduino se quedó pensativo, casi con remordimiento. ¿Habré hecho bien? Esta mujer fué indudablemente esclava de mi casa; hoy es esposa de Joaniza, y quiere por antigua gratitud suavizar en lo posible mi situación. ¿Habré yo abusado de su caridad exigiendo de ella una cosa que puede contrariar los intereses de su marido? Una mujer no debe hacer nada sin consentimiento de su esposo. ¿No será esto una traición?

Si Balduino hubiera podido hablar otra vez con Lamprida, es casi seguro que hubieran vencido sus remordimientos, y que el rollo no habría salido del castillo. Pero no era posible: precisamente Lamprida tenía en su mismo cuarto las prendas de que habian despojado á Balduino, y entre aquellas prendas estaba el rollo de pergamino. Ya lo había ella examinado, y aun había sentido una inmensa curiosidad de saber lo que contenía; pero no era fácil, porque entre los bárbaros búlgaros ni los príncipes sabían leer.

Al coger ahora entre sus manos el pergamino, Lamprida, que no era perversa, sintió también un atroz remordimiento.

¿Si este pliego, pensó, contendrá algo que sabido en Constantinopla sea funesto para los búlgaros y para mi marido? Tentada estuvo de no enviarlo; pero ¿cómo desairar al gallardo cautivo? ¿No se lo había prometido?

El amor, que tan dulce y fortificante para el alma es cuando va estrechamente unido con la virtud, se torna en la más ruín de las pasiones cuando tuerce su curso hácia los cenagales del vicio. Noble y digna fué Lamprida cuando una tierna compasión se apoderó de su alma en favor de un ilustre vencido; irremediable, dadas las circunstancias y la manera de ser de las cosas humanas, la admiración que se despertó en ella hácia el más gallardo de los hombres; pero estos sentimientos, tan puros al principio, se habían ido transformando en otros de mucha peor levadura. Todavía no se habían escrito libros románticos, y aunque se hubieran escrito, es probable, seguro mejor dicho, que Lamprida no los hubiera leído. Pero aun sin leerlos, Lamprida cayó en la cuenta, ó mejor dicho adivinó la especie de que podría amar mucho, muchísimo á Balduíno, sin ofender poco ni mucho á Joaniza. Esa estupidez del amor puro, á pesar de ser adulterino, está al alcance de todas las fortunas intelectuales. Pero, como siempre sucede, duró muy poco en Lamprida esa obsesión, y luego cayó en la cuenta de que lo que ella quería era á Balduino, sin rodeos, cendales, ni tiquis miquis de amor puro, romántico, etc., etcétera. El pensamiento torpísimo del adulterio se fijó en su mente de bárbara, y ya soñaba con huir con Balduíno y gozar en su compañía de toda clase de infernales placeres. Así aquella mujer, por no ponerse en guardia y resistir valerosamente al enemigo que asaltaba su alma, corrompió un sentimiento puro al principio, poniéndose al nivel de la mujer de Putifar y demás hembras desvergonzadas de los antiguos y modernos tiempos.

Y lo mejor, ó lo peor (según se mire), es que ya creía tener logrado el objeto de sus malos deseos.

—Con mandar ese rollo,—se decía,—Balduíno será mi amante...

Ya á velas desplegadas por los mares del pecado, Lamprida, antes tan recatada y pudorosa que no se atrevía ni á pronunciar el nombre de Balduíno delante de Joaniza, se dispuso aquel día á intervenir formalmente en favor del que ya consideraba su mancebo. Y yendo al encuentro de su esposo, después de haber remitido el pliego á Constantinopla con un mensajero de confianza, le habló así:

—No sé esposo mío, por qué tratas tan mal á tu prisionero. ¿No comprendes que puede morir?

—¿Y es otra acaso,—rugió el bárbaro,—la suerte que le espera?

Entoncés Lamprida, haciendo con la voz y con el gesto uno de esos prodigios de hipocresía que sólo saben hacer las mujeres, añadió:

—Tiempo es ya, poderoso Joaniza, que la justa cólera que sientes ceda al justo interés que deben inspirarte tus vasallos y tú mismo. ¿Qué vas á conseguir con que muera Balduino? Elegirán en Constantinopla otro emperador, y en paz. Hoy eres el primer hombre del Oriente, porque tienes en tu poder al César; pero reflexiona que si el César muere, de tu grandeza no quedará más que el recuerdo de haberla tenido. Balduino en tu poder es tu gloria; Balduino otra vez emperador después de haber sido tu siervo, puede ser tu gloria y tu fortuna. Piensa en lo que darian por su rescate. Piensa en tres ó cuatro provincias del imperio, las más fértiles y opulentas de todas, puestas bajo tu cetro. Piensa en tí mismo asociado al imperio por Balduino, reconocido por sucesor suyo, siendo ya emperador de Constantinopla... ¡Qué porvenir el tuyo si sabes aprovecharlo! Y ¿quieres tirarlo, anularlo, borrarlo por el ruin placer de matar á un hombre como otro cualquiera?

—Esposa mía,—gritó entusiasmado Joaniza;—has abierto ante mis ojos unos horizontes que ni siquiera sospechaba. Y has hecho más: has desvanecido en mi alma una duda que me atormentaba cruelmente desde el día que llegué aquí después de mi espléndida victoria. Yo interpretaba mal la solicitud qne te ví desplegar, el interés que observé te merecía mi prisionero. Estos griegos, pensaba yo, incapaces de resistirnos en los campos de batalla, tienen un arte singular para hacerse querer de las mujeres. ¿Si ese emperador cautivo habrá gustado á mi mujer? Nunca comprenderás lo que me ha hecho sufrir esta idea. Pero ahora caigo en todo. Ahora veo, querida Lamprida, que tu marido es tan valiente como bruto. ¡No habérseme á mí ocurrido eso! Y para realizar esos hermosos planes, ¿qué es, dime, lo que debo hacer?

—Pues muy sencillo,—contestó Lamprida—Véte ahora mismo al calabozo de Balduíno, háblale con dulzura, discúlpate de los malos tratamientos que le has dado (la rusticidad de nuestra nación puede servirte de disculpa excelente), hazle salir de la prisión; que dos de tus siervos le ayuden á revestirse otra vez de las vestiduras imperiales; que coma con nosotros, y preparemos en su honor un diario festín; organicemos otras fiestas que le distraigan de su residencia en este para él tan triste paraje, y cuando á fuerza de cariño y de agasajos hayamos conquistado su afecto, tiempo habrá de proponerle cuanto sea conveniente á tu grandeza.

Joaniza quedó maravillado. Yo soy, pensaba, el más valiente de los hombres, y mi mujer la más sábia de las mujeres. Ya se veía emperador del mundo.

Pero aún quedó más maravillado el infeliz Balduino cuando Joaniza puso en ejecución el astuto plan, hipócritamente aconsejado por su mujer. No acertaba el emperador á darse cuenta exacta de lo que le sucedía, cuando el feroz Joaniza le pidió perdón con toda humildad por los pasados agravios, cuando le hizo salir del calabozo y le condujo á una sala del castillo, en que dos sirvientes ó escuderos le ciñeron la espada y le revistieron de sus ornamentos imperiales, y cuando finalmente Joaniza con muy afable tono le dijo:

—Señor; el interés de mi pueblo me impide darte la libertad en este momento, como son mis deseos; pero pronto espero poder acompañarte con lucida escolta de mis valientes á tu ciudad imperial. Entre tanto, dígnate honrar la mesa de este tu siervo con tu augusta presencia.

Balduino respondió:

—No soy más que un cautivo, un esclavo tuyo, según las leyes de la guerra, y según la voluntad de Dios, nuestro Señor. Dispón de mí como quieras. Pero ten la seguridad de que nunca olvidaré la merced que ahora me haces.

Y cambiadas estas finezas, ambos salieron hacia el comedor del castillo.

IV

No era seguramente este comedor como el que tenían en su magnífico palacio de Constantinopla los emperadores de Oriente. Pero Lamprida en su inmenso deseo de agradar á su huésped, había conseguido dar á la vasta pieza un aspecto rico, si no monumental, suntuoso, aunque no artístico. Veíanse sobre las mesas muchos objetos de oro y de plata, fruto de las victoriosas correrías de la banda; de las paredes, colgaban vistosos trofeos de guerra y de caza. Lamprida, vestida á la griega, como una patricia de Bizancio, estaba realmente hermosa.

No hubiera desdecido aquella princesa bárbara de las señoras que paseaban por el Bósforo en góndolas venecianas (1), y que asistían con más ostentación que piedad á las solemnes funciones religiosas de la Basílica de Justiniano. Balduino quedó profundamente sorprendido de la belleza deslumbradora de aquella á que ya consideraba como causa de su cambio de fortuna. Pero, hombre recto hasta el extremo, Balduino no tomaba á malas partes aquella protección; lo que menos se le ocurría pensar de Lamprida era que un torpe amor fuese el motivo de la conducta que con él se observaba. Atribuíalo todo, ó á una gratitud antigua, ó á una gran caridad. ¡Qué diferencia entre Balduino y algunos pisaverdes del día, que se creen adorados por las mujeres en cuanto éstas se dignan hacerles el menor y más usual cumplimiento!

Aprovechando un descuido de Joaniza, Lamprida dijo por lo bajo al emperador:

—Señor, estás servido. Tu pergamino en manos del más fiel de mis criados corre hácia Constantinopla.

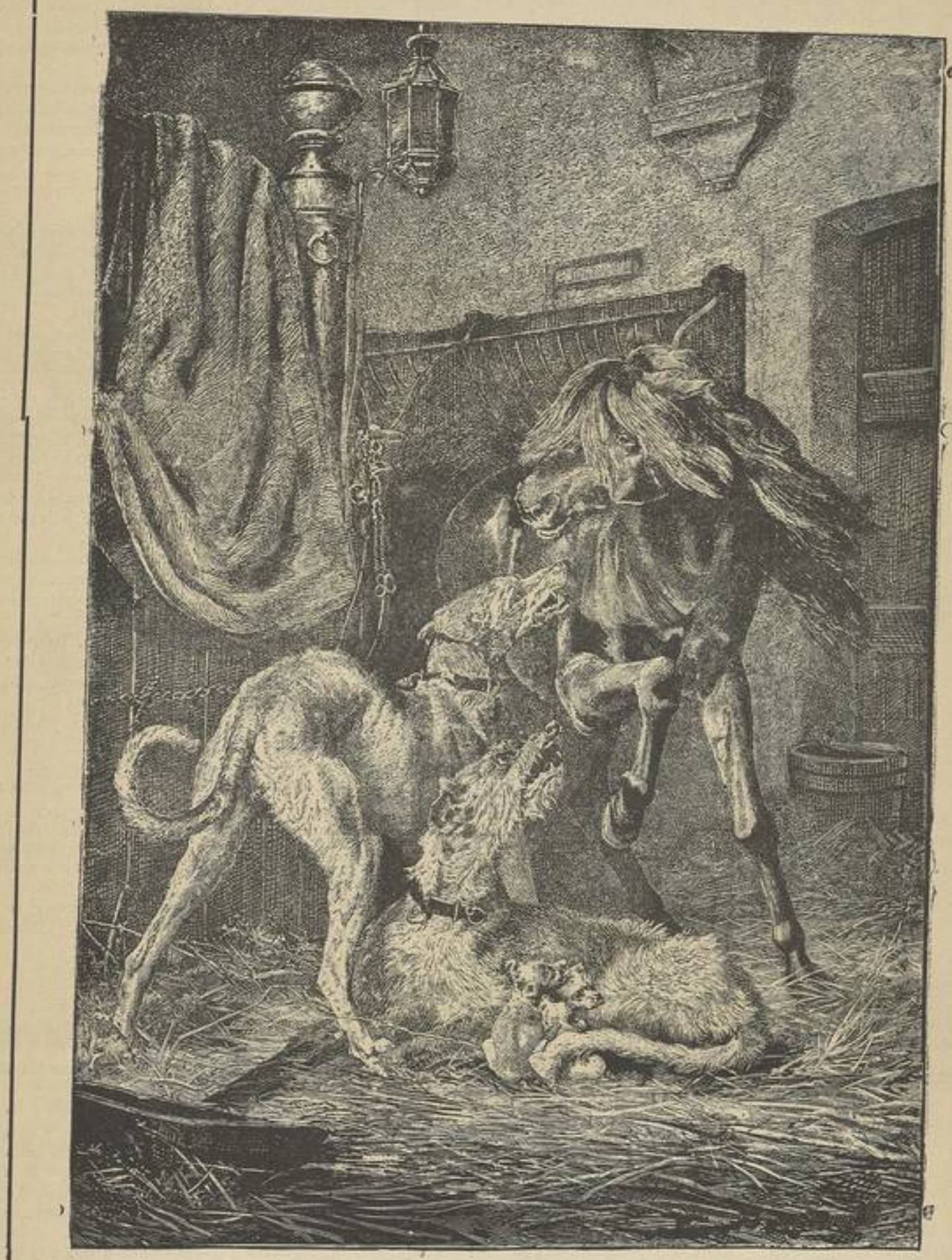
Balduino agradecido mostróse durante la comida fino y obsequioso con sus huéspedes cuanto podía y sabía serlo un francés ingerto en griego, un príncipe del imperio más civilizado que había entonces en el mundo. Su charla encantó á Joaniza, y acabó *de* fascinar á Lamprida. ¡Qué diferencia entre el cultísimo César y el rudo jefe de bárbaros de la montaña!

Y sucedió lo que suele acontecer en estos casos. La cortesía de Balduino era interpretada

(1) En los tiempos á que esta leyenda se refiere, los venecianos eran monopolizadores del comercio y marina del Oriente. Con heroísmo se portaron por cierto en el último y desgraciado sitio de Constantinopla.



TIPOS POPULARES: *Los Gitanos.*



Buenos amigos

por Lamprida como sinceras manifestaciones de amor. Y el inocente emperador, decidido á tomarlo todo en buen sentido, interpretaba á su vez el amor de Lamprida como benevolencia, hija de puro y desinteresado afecto cristiano. Así el torpe deseo de la una acrecentaba con una supuesta correspondencia que la iba quitando poco á poco el pudor sus últimos velos, y por su parte Balduino se engañaba cada vez más acerca del carácter y tendencias de su amiga. ¡Buena mujer! pensaba ¡cómo se esmera en complacerme! parece un pocolibre en sus ademanes y palabras; pero no juzguemos á nadie temerariamente. La infeliz es bárbara, y no puede pedirse á una bárbara lo que á una griega.»

Quince ó veinte días transcurrieron así, y ya la situación se iba haciendo insostenible. Joaniza en su natural impaciencia de ambición quería abordar con su prisionero la grave cuestión de los negocios públicos; mas Balduino se negaba con mucha cortesía, pero con mucha firmeza también, á entrar en ese terreno Lamprida por su parte se empeñaba en estrechar las distancias de su amor; pero tampoco...

...Balduino huía de toda conversación propuesta por ella referente á tan pecaminoso asunto.—¿En qué pensará este hombre?—decían á su vez, y ya coléricos, Joaniza y Lamprida.

Por fin una mañana llega al castillo un mensajero. Era el mismo que Lamprida había enviado á Constantinopla. Casualmente Joaniza paseaba en aquel momento por delante de la puerta. Y viendo al siervo se acercó á él y le dijo:

—¿De dónde vienes?

—Señor, vengo de más allá de los montes, de casa de mis parientes.

El criado no quería descubrir á su señora, que le había encomendado el secreto acerca de su viaje.

—¿Y qué dicen allí las gentes?

—Pues dicen,—continuó el siervo no pudiendo resistir el deseo de ser el primero que comunicase á su dueño las importantes nuevas que sabía,—dicen que allá abajo, en Constantinopla, han elegido un nuevo emperador...

—¿Cómo?—preguntó sobresaltado Joaniza.

—Lo que oyes. Hace cinco días llegó á la ciudad imperial un mensajero de Balduino con su abdicación... Se lo presentó al Prefecto, y enseguida, inmediatamente, el Senado eligió otro César.

Joaniza quedó anonadado. ¡Con que sus planes se derrumbaban todos!...

...¡Con que se había engañado Lamprida! Y volviéndose al mensajero gritó:

—¿Y quién pudo llevar de mi castillo ese mensaje?... Serías tú...

El pobre siervo tembló como la hoja en el arbol cuando la sacude el vendaval... Se juzgó perdido... Su maldita afición á contar cosas que no le importaban, le había matado. Porque él ya se consideraba bajo el hacha de su poderoso y bárbaro señor.

Pero Lamprida, que le había visto venir, y que había corrido á su encuentro y escuchado toda la conversación, vino en su auxilio.

Interviniendo de repente con una de esas salidas de improviso, verdaderos golpes teatrales de que tienen el secreto las mujeres, exclamó, apoyando el brazo con indolente coquetería sobre el hombro de su marido:

—Sí, sí; él es el que ha llevado el mensaje de Balduino. Pero no le culpes, prémialo. Porque fué á Constantinopla por mi mandato, y para que se cumplan, Joaniza querido, los grandes destinos que Dios te tiene reservados.

—¿Cómo?—preguntó el bárbaro en la mayor confusión.

—Sígueme.

Y uniendo acción y palabra arrastró á Joaniza al interior de la fortaleza.

Ya en una sala, continuó la hipócrita mujer hablando de este modo:

—Yo lo he soñado, esposo mío, y mis sueños son proféticos; yo quiero verte emperador de Oriente...

—Sí sí,—interrumpió Joaniza;—pero las trazas no son de eso... Ya ves, han elegido otro emperador... Balduino ha abdicado...

—Pues eso es lo que yo pretendía. Pero no creas que nuestro prisionero ha abdicado... En todo piensa menos en eso... Es una falsa abdicación que yo me he procurado por medio del monje que vive allá arriba en la montaña... Ese monje ha escrito en pergamino lo que esos griegos llaman abdicación, y yo he mandado el rollo á Constantinopla para que allí crean que efectivamente Balduino ya no es emperador, y proclamen á Miguel, como en efecto ya lo habrán proclamado.

—Bien, ¿y qué ganamos con eso?

—Pues lo ganamos todo. Como Balduino es emperador legítimo, porque no ha abdicado, Miguel es un usurpador. De aquí se sigue que es preciso reponer á Balduino. Y el que puede reponerlo, el único, eres tú...

—Pero ¿no hubiera sido mejor no tener que hacer eso?

—No, y mil veces no. Si Balduino se vá de aquí con promesa de entregarte esto ó lo otro, al llegar á su imperio diría que tú le habías forzado, y que te prometió bajo el peso de tus amenazas; y que por lo mismo á nada te estaba obligado. Pero ahora nó; ahora Balduino, para volver necesita un ejército, y ese ejército solo tú puedes proporcionárselo. Reune, pues, tus búlgaros bajo el estandarte del emperador legítimo, y mañana mismo rompe por las tierras del imperio; que Balduino te acompañe, y que desde luego te otorgue el nombramiento de general de sus tropas. Descuida, que el mismo ejército imperial se ha de unir á tus banderas, y los pueblos se han de levantar en tu ayuda, porque Balduino es emperador querido; dentro de dos semanas entrarás en Constantinopla, y repondrás en su trono á Balduino, ahorcas á Miguel por usurpador, y tú te quedas de segundo del imperio...

Como puede observar el lector, Lamprida era una ilustre precursora de Machiavelo.

A Joaniza parecióle muy bien cuanto su mujer le decía, y añadió:

—Veo, querida mía, que eres mucho más lista que yo. Así es que pongo enteramente en tus manos este negocio... ¿Qué es lo que ahora debo hacer?

—Pues ir enseguida á visitar á nuestros hermanos, los otros reyes de la montaña. Que reunan sus tropas, y que pasado mañana lo más tarde estén aquí con sus respectivas bandas... Es preciso que la reunión sea formidable.

—¿Pero no decimos nada á Balduino?

—Ni una palabra. Cuando tú tengas reunido el ejército, entonces. Se le cuenta lo de la abdicación como una maniobra de Miguel para usurparle el trono, y cuando su corazón se halle encendido en justo furor, se le enseña el ejército que está dispuesto á vengarle... En aquel momento todo se le puede pedir; porque todo lo concederá. Y tú marcha ahora mismo. ¡Oh si yo fuera hombre! Marcha, marcha, que yo mientras tanto entretendré á Balduino con mis historias...

V

El engañado Joaniza corre hácia el castillo de su hermano, el poderoso Petronio, jefe de una numerosa banda de búlgaros. Entre tanto Balduino, en la más lujosa cámara del castillo de Joaniza, hincado de rodillas, eleva á Dios su pura oración, tan fervorosa como días antes en la obscura mazmorra. La puerta se abre, y aparece Lamprida.

No se detiene la mujer culpable como aquel día, sino que avanzando resueltamente, pone sus blancas manos sobre el hombro del Emperador, y exclama con acento enérgico y cariñoso al mismo tiempo:

—¡Querido mío, no podemos perder un instante...!

Balduino se levanta sobresaltado. Un vivo carmín colorea sus mejillas, de ordinario tan blancas como pálidas. Retrocede asustado como una doncella ante un audaz libertino.

—¿Qué quieres decir? pregunta.

—Pues que aquel rollo ya llegó á su destino, y que ya no eres emperador; el emperador es Miguel.

—¡Bendito sea el Señor! exclamó Balduino con exaltación, y levantando hácia el cielo sus nervudos, fortísimos brazos de guerrero: ¡Bendito sea el Señor! repitió tres veces. ¡Dios mío, has oido mis ruegos, mi oración te ha merecido gracia .. Eso, eso es lo que yo quería... Miguel salvará á tu pueblo... Y yo aquí estoy dispuesto al sacrificio...

Y cuando decía estas cosas, su semblante se transfiguraba en algo sobrehumano; parecía que la Divinidad se reflejaba directamente sobre él.

—Bien, bien; gritó Lamprida. Yo me alegro, Balduino, de que no seas emperador. Pero ahora es preciso tratar de otra cosa... de nuestra seguridad y de nuestro amor.

Balduino la miró con asombro, y balbuceando, repitió muy lentamente:

—¿De... de... de... nuestro.. amor...?

—Sí; de nuestro amor... ¿Acaso no me amas, Balduino?

—¡Yo!... Te agradezco infinito lo que por mí has hecho; te quiero, y te querré siempre como á una hermana... como á mi providencial bienhechora...

—¡Como á tu hermana!.. ¡Como á tu bienhechora!... Y ahora me lo dices... ¡Después de haberme consentido!...

—¡Yo! exclamó asombrado Balduino.

—Tú; sí, tú...

—Lamprida... Tú deliras.

Lamprida se había exaltado. Su orgullo de mujer padecía horriblemente.

—¿Que yo deliro? dijo: ¿Pues no has admitido mis obsequios? Pues...

—Ya me extrañaba á mí alguna vez,—repuso Balduino,—lo extremado de tus finezas; pero Dios me ha librado hasta ahora de pensar mal de tí, Lamprida... ¡Quiera Dios que de aquí en adelante suceda lo propio! Pero si tú, amiga mía, has abrigado algún pensamiento torpe, yo, por el bien que me has hecho, te ruego que te repongas, y que te vuelvas á Dios y á tu marido, y...

—No sigas,—rugió Lamprida.—¡Me has perdido y me has engañado! Mañana moriré... La venganza de mi esposo será como suya... Pero también caerá sobre tí...

Y entonces, atropelladamente, refirió cuanto había hecho, cómo había engañado á Joaniza, y cómo éste caería sobre ella y sobre Balduino sediento de sangre y loco de furor... No había más que un medio de salvación... Aprovechar

el tiempo de la ausencia de Joaniza, y huir, huir muy lejos, más allá de Constantinopla; todo estaba ya preparado al efecto. Balduino era viudo; Lamprida sería su mujer. Si él quería volver á reinar en Constantinopla, Lamprida le ayudaría; si prefería un retiro ignorado del mundo, Lamprida sería su compañera en él...

Y todo esto se lo decía entre lágrimas, suspiros y gritos de furor ¡Todo menos sufrir la venganza de Joaniza!

Pero Balduino se mantuvo firme.

—No, no,—decía;—por nada en el mundo cometeré un pecado mortal.

Furiosa hasta el delirio Lamprida, agotados sus recursos, llegó, dice la historia, á intentar delante de su víctima la vergonzosa comedia de Friné ante los jueces de Atenas; y como quiera que Balduino cerrase los ojos, en un rapto de locura y despecho, la desventurada se abalanzó al emperador, y cogiendo la espada que llevaba ceñida, la puso desnuda sobre el pecho del heróico cristiano.

—O abres los ojos, ó te mato,—rugió la fiera.

El emperador no se movió. Y la espada entró rápidamente por aquel pecho que las saetas y las lanzas habían respetado tantas veces en los campos de batalla...

Cayó desplomado; pero todavía pudo decir antes de su muerte estas palabras:

—Que Dios te perdone,—querida Lamprida; que Dios te perdone, como te perdono yo.

Y después espiró.

Lamprida huyó del castillo, y ni la historia, ni la leyenda, saben sus ulteriores sucesos. Quizás acabara sus días en un monasterio. Lo que sí se sabe porque lo refiere un antiguo autor, es que Joaniza tomó del cadaver del emperador la más ruín y estúpida de las venganzas; y fué hacer de su cráneo una copa para beber vino.

Andando el tiempo, esta copa, ú otra semejante construída por algún impostor, se reverenciaba como preciosa reliquia en una de las ciudades de Grecia, y la memoria de Balduino era reverenciada por aquel pueblo como la de un nuevo José vencedor, á costa de su propia vida, de las asechanzas de otra mujer de Putifar; como la memoria de un buen emperador y mejor cristiano.

ANGEL SALCEDO RUIZ.

BIBLIOGRAFÍA

Seis novelas cortas, por D. Manuel Polo y Peyrolon.—Valencia: imprenta de Alufre.

Un nuevo libro del Sr. Polo y Peyrolon, es siempre suceso gratísimo para el público católico, en el que tantos admiradores y devotos cuenta el castizo, ingenioso, simpático y cristiano autor de los cuadros de costumbres de la sierra de Albarracín. El volumen que acaba en estos momentos de ver la luz, es una colección de seis novelitas, algunas ya publicadas, otras que por vez primera lo son, al menos en forma de libro, pues si se insertaron fué en periódicos diarios ó revistas literarias. La primera de las novelitas coleccionadas es *Los Mayos*, preciosa joya de la corona que ciñe las sienes del Sr. Polo. A nuestro juicio, esa primorosa narración y *Lo que puede una mujer* incluida en el libro *Realidad poética de mis montañas*, son las mejores producciones del novelista aragonés, verdaderos aciertos de un ingenio verdadero. La novela *Los Mayos* fué traducida al italiano en 1888, y en España con esta reimpresión son cinco las ediciones que corren de ella. Menéndez Pelayo la ennobleció con un prólogo, como suyo, y verdaderamente lisonjero para el Sr. Polo y Peyrolon.

Siguen á *Los Mayos* otras cinco narraciones, todas interesantes, graciosas é instructivas. Tales son *Desventuras de Mari-Pepa*, *La señora de Verruco*, *La novela de un colegial*, *Aventuras de un triciclista* y *Tres en uno*. Es este libro, para concluir de una vez, de los que una vez emprendida la lectura no pueden dejarse hasta leerlos todo, y de los que después de leídos quedan en la biblioteca como queridos amigos de la casa, á los que se pide consuelo en las horas de amargura y honesta distracción en las de aburrimiento. Si los padres y madres de familia conocieran sus verdaderos intereses, libros como éste pondrían de contínuo en manos de sus hijos Nosotros felicitamos al Sr. Polo y á los amantes de las bellas letras por la publicación de este libro.

***

Rosario de Nuestra Señora del Pilar.—Su origen y desarrollo, por Pedro Gascon de Gotor, con un prólogo del Ilmo. Sr. Obispo Auxiliar; poesía á la Virgen por D. Luis Rau de Viu, Baron de Hervés, ilustrado con dibujos á la pluma de A. Gascon de Gotor, fotograbados y zincografías de Joaristi, Mariezcurrena y Laporta: Zaragoza, 1891.

En el larguísimo epígrafe van ya indicadas las cualidades que avaloran este librito, nueva y meritoria empresa de los hermanos Gascon de Gotor, Pedro, literato de valía, y Antonio, pintor, no ya de grandes esperanzas, sino de reputación reconocida por todos Ambos son inteligentes, activísimos y verdaderos católicos, teóricos y prácticos, por lo que su concurso al movimiento católico en Zaragoza es precioso y muy apreciado. Su nueva obra, ó sea el libro que anunciamos, bien lo demuestra. Es dicho libro un pequeño, pero primoroso monumento en honor de Nuestra Señora del Pilar, de la excelsa Patrona de Aragon, gloria de España entera; está muy bien compuesto y escrito con gallarda soltura. Merece que todos los católicos españoles le adquieran y procuren vulgarizarlo.

***

¿Hasta teatro?—Conferencia leida en la inauguración de La Sección dramática de la Academia católica de Sabadell, por D. Félix Sardá y Salvany, Presbítero, Consiliario de la misma y Director de la Revista Popular.

En esta interesante *Conferencia* demuestra el autor el gran valor del teatro como medio educativo, y establece la diferencia entre el teatro bueno y el malo, según que sean malos ó buenos los fines que se propone y los medios con que á dichos fines se dirige, justificando al propio tiempo á las Asociaciones católicas que lo utilizan para la propaganda de las buenas ideas y de las buenas costumbres. Está escrito con el nervio y elegancia peculiares al insigne director de la *Revista Popular*, al Balmes del pueblo, como llaman en Cataluña al Dr. Sardá, con cuyas ideas en orden al problema político contemporáneo podrán no estar conformes todos los católicos, pero cuyas admirables dotes de polemista y literato son reconocidas universalmente.

***

El impuesto de Consumos.—Consideraciones acerca de la necesidad de suprimirle: su sustitución.

Sobre este tema acaba de publicar un interesante folleto el senador D. Fernando Puig. Aunque no estamos completamente de acuerdo con las soluciones que se presentan, consideramos digno de estudio el asunto, y merecedor de aplauso el propósito que anima al representante catalán.

***

Poetas líricos italianos, traducidos en verso castellano por D. Juan Luis Estelrich.

Con este volumen da principio una *Biblioteca literaria* que, en tamaño elegante y á precio reducido (50 céntimos), ha empezado á ver la luz en Palma de Mallorca, por la casa editorial de Amengual y Muntaner.

El tomo presente es una bien escogida colección de poesías líricas de los mejores autores italianos, así antiguos como modernos, que viene á ser como un compendio de la obra voluminosa que el Sr. Estelrich publicó há poco con el título de *Antología de poetas líricos italianos*, y que tantos elogios mereció á distinguidos críticos.

***

Cumandá ó un drama entre salvajes (novela), por D. Juan León Mera, correspondiente de la Real Academia Española en el Ecuador.

La literatura de las Repúblicas de América que hablan, escriben y cultivan nuestra lengua, fué desde muy temprano riquísima en poetas líricos. Sólo de algunos años á esta parte es fecunda en novelas.

Una de las mejores, ó por lo menos que más elogios ha merecido de la crítica, así americana como española, es la titulada *Cumandá*, del Sr. León Mera, distinguidísimo escritor y académico ecuatoriano.

«Muchísimas novelas se han escrito—dice el señor Valera en un hermoso estudio de esta obra—y se siguen escribiendo en toda la América española. No pocas de ellas merecían ser más conocidas y leídas en España, y por todo el mundo. Hay novelas chilenas, argentinas, peruanas, colombianas y mexicanas. Yo he leído ya bastantes, pero declaro que ninguna me ha hecho más impresión hasta ahora, y me ha parecido más española y más americana á la vez, mejor trazada y escrita, que *Cumandá*. Aquello es en parte real, y en parte poético y peregrino.»

«La novela, dice otro crítico que es del género de las de Cooper y Chateaubriand, se desarrolla á principios del presente siglo, en pleno salvajismo.

»Es admirable y grandioso, y está perfectamente descrito, el teatro en que se desenvuelve la acción. Hácenos trepar el autor por las cordilleras de los Andes, pasando el río Chambo, de rauda y poderosa corriente, y oímos el ruido de la catarata de Agoyán, y vemos, desde la empinada cumbre del Abitahua, de un lado la ingente cordillera coronada de hielo, y allá, á los pies, las selvas vírgenes, cruzadas y fecundadas por los ríos Nanay, Tigre, Chambira, Morana, Pastaza y otros.»

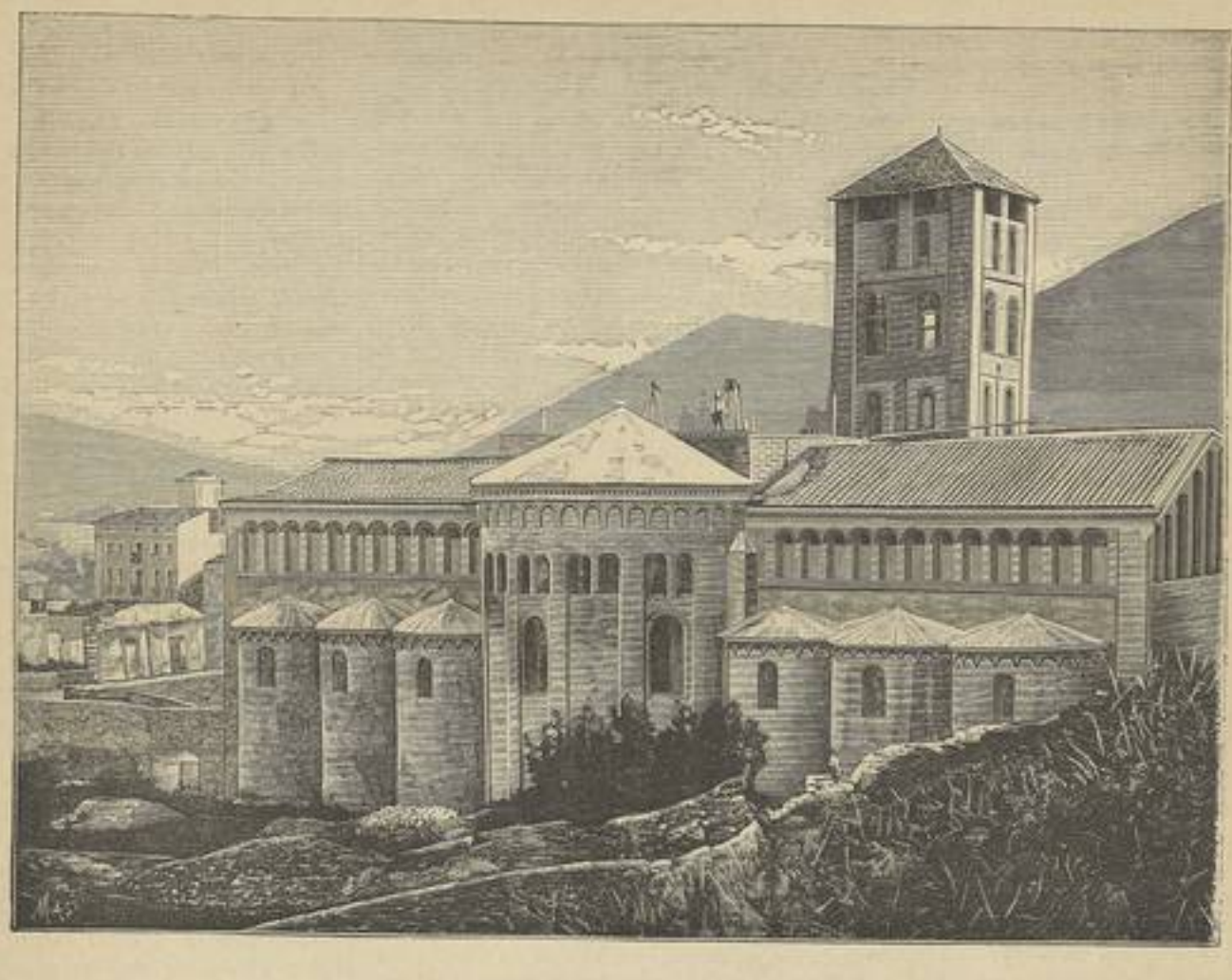
No podemos dar nuestra opinión acerca de *Cumandá*, porque no la hemos leído. Lo confesamos ingenuamente.

BACHILLER ALONSO

Mr. Harmel

No es *El Figaro* de París un periódico del que pueda copiar muchas veces una publicación católica como la nuestra. Debemos hacer hoy sin embargo una excepción para dar lugar en nuestras columnas á

MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE RIPOLL



El ábside de la Iglesia.

un articulito del diario parisien, en que se retrata la fisonomía de uno de los católicos más activos de la vecina república.

Dice así *El Figaro*:

«El nombre de Mr. Harmel es casi ignorado, así como su fisonomía casi desconocida en el mundo religioso, donde ocupa un alto lugar, pues que él es el inventor y el organizador de las peregrinaciones de los obreros á Roma, afirmando, con esa fe que transporta las montañas, que sólo la Religión es capaz de darnos la paz social entre patronos y obreros.

»De mediana estatura, aunque de vigorosa corpulencia, Mr. Harmel, que está en la edad de 55 años, es infatigable en el trabajo de su misión. Se le ve en todas partes, en Francia, sembrando la semilla de su palabra. Con mucha frecuencia, para no perder minuto, despacha su correspondencia desde el coche, viajando por los ferrocarriles. Apenas ha tenido tiempo en una ciudad para ocuparse en los asuntos relativos á su obra y de celebrar una conferencia, cuando sale para otra cuidad. Nadie, incluso su familia, pueden decir con toda certeza en qué punto se halla en un momento dado de sus rápidas correrías: se le cree, por ejemplo, en Caen, y está en Clermont-Ferrand, etc. De esta suerte pasa once meses del año, no concediéndose más que treinta dias de descanso, que pasa en su fábrica de Val-de-Bois, cerca de Reims. Y aun allí, en esos treinta días, trabaja de firme.

»Mr. Harmel asiste asíduamente á los Congresos católicos. Como orador, su voz es demasiado metálica; pero esta primera impresión se olvida pronto; y, como no anda en busca de grandes movimientos oratorios, es un excelente razonador á quien se oye con placer. Defiende, además, con gran denuedo sus teorías, las cuales, al contrario de lo que suele acontecer, él mismo las ha puesto en práctica en su fábrica de Val-des-Bois. Esta es el tipo de la fábrica cristiana, tal como la comprenden los católicos, y en ese concepto merece ser indicada á todos los que se ocupan en la cuestión social.

»La fábrica de Val-des-Bois es de hilados, dirigida por Mr. Harmel y sus hijos, en la cual amos y obreros forman corporación, basada en la idea de las asociaciones religiosas. Hay allí la asociación de hombres mayores de diecisiete años, bajo el patronato de San José; la de jóvencs, desde su primera Comunión hasta la edad de diecisiete años, bajo el patronato de San Juan Bautista de La Salle; la asociación de San Luis Gonzaga, para los niños que no han hecho aún la primera Comunión; la asociación de Santa Ana para las madres de familia; la asociación de las Hijas de María para las doncellas, desde los quince años hasta que contraen matrimonio; la asociación de los Santos Angeles para las niñas, desde la primera Comunión hasta los quince años; y, finalmente, la asociación de Santa Filomena para los que no han hecho aún su primera Comunión. Las doncellas y niñas llevan contínuamente la cinta y la medalla de su asociación, no sólo cuando van á la capilla, sino en el taller ú obrador, en sus casas y en la calle, así el domingo como los demás días de la semana.

»Las instituciones [económicas] comprenden un Consejo general; otro profesional; una sociedad anónima cooperativa (carnecería, panadería y compras directas de mercancías); una Sociedad de Socorros mútuos; una Caja de Ahorros; otra de previsión, otra de anticipos y préstamos; una compañía de bomberos, etc.

»Hay también una Sociedad de *preservación* de la juventud, dividida en secciones.—Lecturas sanas.—Música instrumental.—Coral.—Canto.—Gimnasia.—Declamación.—Tiro.

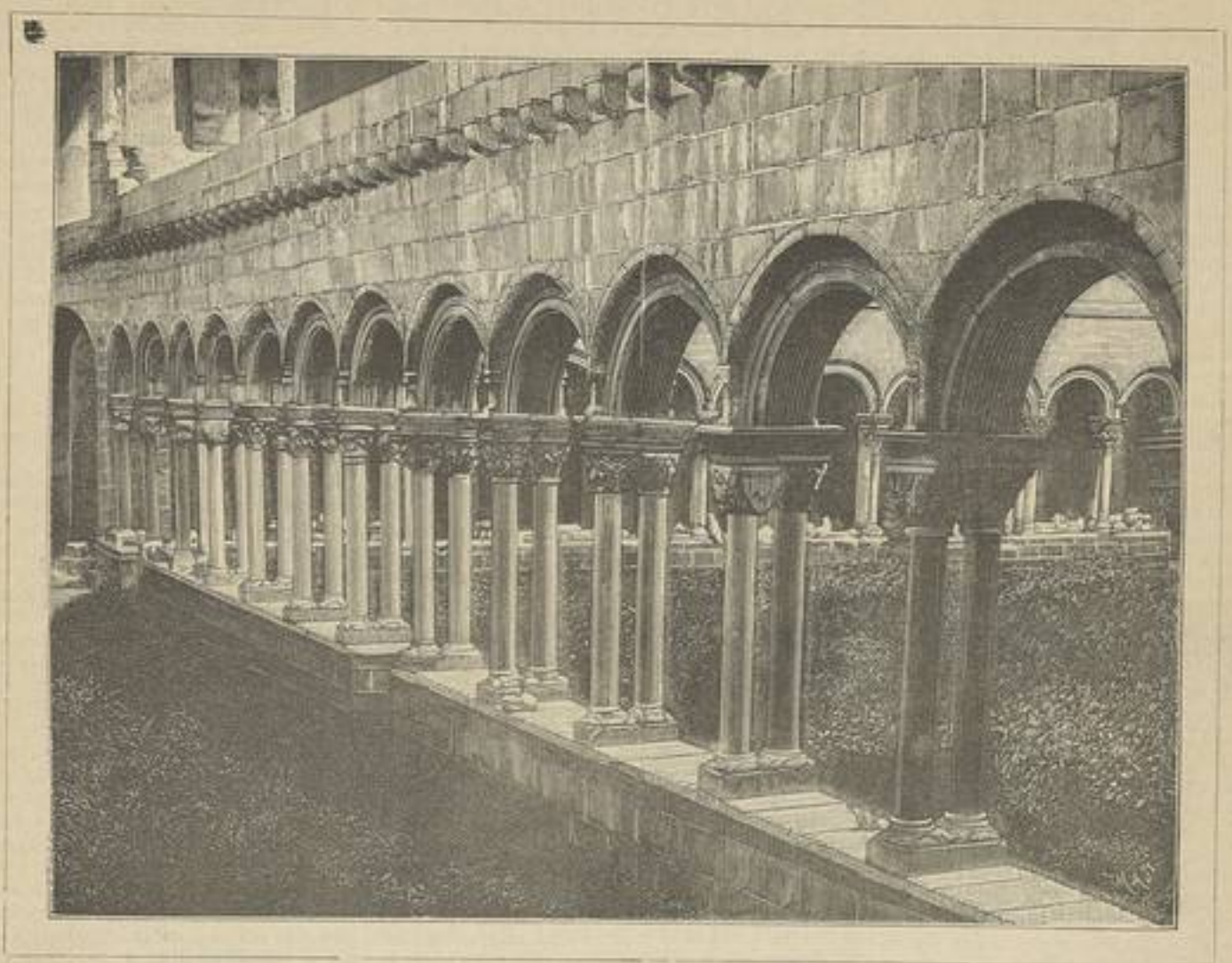
»No se han echado en olvido las obras de piedad, como puede suponerse, y existen allí la Conferencia de San Vicente de Paul, la Cofradía del Santísimo Sacramento, la Tercera Orden de San Francisco, la Cofradía de Nuestra Señora de la Fábrica, la Asociación del Rosario, la Cofradía de San José y el Apostolado de la Oración.

»En París ha fundado M. Harmel la Unión fraternal del Comercio y de la Industria, de la cual dependen la *Secretaría del Pueblo*, y la *Unión cristiana de los talleres de mujeres*. Esta última asociación tiene por objeto lograr que se ejerza por las obreras de más edad una especie de vigilancia sobre las más jóvenes, á fin de que éstas no se desvien del camino recto.

»Por lo que hace á la *Secretaría del pueblo*, es el consultor gratuito de los asociados, y les procura toda clase de informes que pueden necesitar, encargándose también de la correspondencia.

»¿Ha encontrado Mr. Harmel la solución de la cuestión social? No es fácil responder á esta pre-

MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE RIPÓLL



El Claustro.

punta; pero lo que sí es muy cierto, lo que puede afirmarse, es que esos mil quinientos obreros le adoran, y le llaman siempre *el buen Padre*.

MONTOLIOS.

Album de Poesías

SIN HOGAR [1]

Sobre los tristes despojos
De pobre y caído hogar
Lamentando su pesar,
Un anciano está de hinojos
En vano enjuga los ojos,
Que al apartar de su frente
Con febril la mano ardiente,
Parece de campo abierto,
Entre gemidos despierto,
A las aguas de un torrente.

Allí con mengua y desdoro,
Bajo el sudario de cieno
Que el turbión de rabia lleno
Formó, yace su tesoro.
Dote más rico que el oro,
Que entre guijas amarillas
Deja el Darro en sus orillas,
Porque allí están sepultados
Los nietos que, alborozados,
saltaron en sus rodillas.

De aquel árbol corpulento
Que prestó sombra á su cuna,
Y que en lodosa laguna
Ya no es asombro del viento,
Arrancó ciego y violento
A su esposa el fiero río;
Y parece que sonriera
El árbol benido la frente,
Porque pudo la corriente
Más que su amoroso brío.

Aquí del fuego al calor,
Contó á sus nietos leyendas;
Allí nocturnas contiendas
Tuvo de encendido amor;
Allá abundante sudor
Bañó su rostro, en la tierra
El surco abriendo, en que encierra
Del hambriento pueblo el pan;
Y allá vió con hondo afán
Partir un hijo á la guerra.

¡Adios, benditos lugares,
Amados con el cariño
Con que el juego quiere el niño
Y el poeta sus cantares!
¡Adios! Queda entre pesares
En vuestras ruinas presa,
Alma que aun sollozando os besa,
Mientras sobre el corazón
Huérfano, ruda afliccion
Como una montaña pesa.

¡Con cuánta pena el anciano
Manchados de cieno mira,
Y volcados por la ira
Del negro aluvión insano!
Ya su vega es un pantano,
Y cuando la noche cierra,
El aire del alta sierra
Que mueve la mustia parra,
No trae el son de la guitarra,
Sino lamentos de guerra.

Ayes de madres, que errando
Por la ribera del río,
Le están en su desvarío
Por sus hijos preguntando,
Gemido lloroso y blando
De niña de labios rojos,
Que al torrente en sus enojos
A que le arrastre provoca,
Porque quiere con su boca
Cerrar de su amor los ojos.

Y el anciano al Cielo alza
Suplica y triste se inclina
De su hogar en la ruina
Rendido por el dolor;
Sus párpados al rumor
De las hojas, que violento
Hace estremecer el viento,
Cierra trémulo, inconsciente,
Y escucha confusamente
Voz que endulza su tormento.

Es la voz, sonora y grata,
Del pueblo que en lucha fiera
Puso al sol con su bandera
Ancho dosel de escarlata;
Del pueblo que se dilata
Desde Tarifa al Moncayo,
Que hoy parte su pobre sayo
Con Almería desnuda,
Y con su aliento le ayuda
A volver de su desmayo.

Es la voz clara y potente
De los ingenios que viven
En el mundo que concibe
De amor en la esfera ardiente;
Son los genios de alta frente,
Que para allegar sustento
Al pobre almeriense hambriento,
Se arrancan del alma herida,
Y dan con fecunda vida
Los hijos del pensamiento.

. . . . . .

Y el anciano sin hogar,
Que vé á la España cristiana
Que de su pueblo se afana
En lloro triste á enjugar,
Dice, mirando el lugar,
Donde muriendo el placer
Vió á sus nietos fenecer:
Hijos que estais en la gloria,
Rogad, tened en memoria
A la patria que os dió el ser.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA,
De las Escuelas Pías.

(1) Leída la noche del 18 de Octubre en el teatro de Isabel la Católica, en Granada, con motivo de la fiesta organizada por los estudiantes de la Universidad, para socorrer á Almería.

LA ÓPERA NACIONAL ESPAÑOLA

El Sr. Peña y Goñi, en su excelente obra *La ópera española y la música dramática en España en el siglo XIX*, formula la siguiente serie de preguntas: ¿Existe realmente la ópera española? Si existe, ¿dónde están sus orígenes? ¿Cuáles son sus antecedentes artísticos? ¿Dónde y cómo nació, se crió y desarrolló el drama lírico nacional? ¿Quién ó quiénes fueron sus fundadores? ¿Cuáles son los caractéres del estilo español en la ópera? ¿En qué se diferencia de las demás nacionalidades musicales, la nacionalidad musical española? Con razón añade el citado crítico que «la contestación á la primera de esas preguntas exime de contestar ordenadamente á todas las demás, que no son más que consecuencia lógica de aquélla.» Y entrando en el terreno de las afirmaciones categóricas, se atreve á decir sin rebozos ni paliativos, que «la ópera española no existe; la ópera española no ha existido jamás.» Así lo siente el que más ó el que menos de cuantos se interesan por los progresos del arte patrio. Y nosotros, por nuestra parte, encadenaríamos otra serie de preguntas en esta ó parecida forma: ¿Por qué no hay ópera española? ¿Por qué camino deben enderezarse las aspiraciones y los esfuerzos de los compositores? ¿Cuál debe ser la acción secundadora de la crítica, del Gobierno y de las empresas? ¿Cuáles son los caractéres de la nacionalidad en una ópera? La satisfacción á los extremos de ese interrogatorio podrían dar lugar á un libro de alta filosofía musical teórica y práctica; pero por ahora no rebasaremos los límites de un artículo que contenga las observaciones más propias del caso y más conducentes á la consecución del nobilísimo fin que, cuando menos cada lustro, concentra la atención de la crítica y la expectación del *dilettantismo*.

Las tentativas realizadas en España fuera de la zarzuela en estos últimos años, muestran la tendencia á uno de dos caractéres: ó á hacer de la ópera un acervo de canciones populares con muy leves modificaciones, ó á imprimir en la música el sello de la seriedad impersonal. No quiero citar nombres que acuden á la memoria de todos. El primer extremo es desde luego vicioso en cuanto que variando la letra, no puede acomodársele la música sistemáticamente, sin menoscabo de entrambos elementos.

Eso podrá constituir un ramillete de melodías anónimas, una vistosa caja de juguetes, un *potpourri* más ó menos sabroso, pero nunca una construcción musical sólida, maciza, sin adherencias; una obra de compenetración, de fusión, sin mezcla inoportuna, en que los personajes, las situaciones, el medio ambiente, todo conspire á un fin, y haga contemplar sólo un objeto realzado por formas adecuadas, distintas en su modo de ser, pero sin discrepancia en su virtualidad expresiva.

Cuando se habla de ópera nacional, nadie entiende que se trata de un hacinamiento de materiales dispersos, es decir, de trabajo de coleccionista, sino de labor transformadora, de algo que está por crear; por lo menos no se halla en estado de completo desenvolvimiento, sean cualesquiera las bases sobre que se construya.

El otro procedimiento tampoco le juzgan todos adecuado á crear una ópera verdaderamente nacional; y rigurosamente hablando, tienen razón hasta dejarlo de sobra. Pero aquí debe preguntarse: ¿De qué se trata? ¿De crear ópera italiana, francesa ó alemana, ó mejor dicho, de crearla en España, como la hay en Francia, Italia ó Alemania? Nuestras aspiraciones podrían ir más lejos, pero creo que, por hoy, se contentan con eso.

Ahora bien: ¿en qué participan de nacionalidad francesa las obras compuestas en Francia y para Francia? Los que se llaman iniciadores y hasta fundadores de la ópera francesa, ni siquiera fueron franceses. Lulli fué italiano y Gluck alemán. Quiero suponer que Gluck hubiese compuesto su *Alceste*, ó cualquiera de sus *chefs d'oeuvre* en España, y que no hubiese tenido continuadores; es decir, compositores de primera fuerza. Es seguro que lamentaríamos la falta que lamentamos. Por el contrario, supongamos que Gluck hubiese compuesto en España, y que Verdi, Flotow, Glinka, Meyerbeer, Berlioz, Gounod, etc., etc., para citarlos de diversas nacionalidades, se hubiesen domiciliado en España, sin dejar de ser y de sentir como eran ó son, y sin desprenderse de su nota personal al componer: ¿no es seguro que tendríamos hoy la ópera española, como la tienen francesa los franceses é italiana los italianos; es decir, la ópera en España como la tienen en Francia ó en Italia? Luego la conclusión que se impone con lógica abrumadora es: haya buenos compositores, compositores de genio que se eleven del nivel ordinario, y tendremos lo que impropiamente se llamaría ópera española, pero que es indudablemente lo que se busca. De suerte que la música impersonal puede satisfacer las aspiraciones de los españoles. En vez de aisladas tentativas y ensayos, que, por *fas ó nefas*, resultan infructuosos, haya concursos y protección de parte del Gobierno, y buenos libretistas y grandes músicos, que sean á la vez buenos poetas, y crítica desapasionada, que no se encariñe sólo con lo exótico, que encauce la opinión, que no se haga panegirista de las representaciones del género baldío y caduco, tan del agrado de la ínfima clase del público español; ahí están la palanca y el punto de apoyo, y ahí también la llave del santuario de la ópera española.

Eso en cuanto á la consecución inmediata del fin, á lo que podríamos llamar la *hipótesis*; en cuanto al bello ideal, ó sea la *tésis* de la creación de la ópera española, no se alcanza por tan trillados caminos, sino realizando otras aspiraciones.

En un elegante y trascendental folleto (1) publicado recientemente en Barcelona, hemos hallado la fórmula más adecuada de lo que constituye ese bello ideal. Después de citar unas palabras de un insignificante trabajo nuestro, en que se dice que el *lied* es el canto popular trasformado, añade el Sr. Pedrell por cuenta propia: «Ensayando el cuadro de forma y manera que el *lied* adquiera adecuado desenvolvimiento dramático, ¿no se puede afirmar que el *drama lírico nacional* es el mismo *lied* engrandecido? El drama lírico nacional, ¿no es producto de la fuerza de absorción y la virtud creadora que se necesitan para trasformar elementos? ¿No aparecen copiadas en ellos con toda fidelidad, no tan sólo la idiosincrasia artística de cada autor, sino reflejadas por manera admirable todas las manifestaciones artísticas homogéneas de un pueblo?

«El *drama lírico nacional*, pues, es el *lied* desarrollado en proporciones adecuadas al drama; es el canto popular transformado» (2). Y ¿cómo? «...El interés filosófico, literario y etimológico que presenta el canto popular, facilita un orden de utilísimas experiencias que ejercen gran influencia en la imaginación del compositor, reavivando y estimulando su inspiración. Los inapreciables elementos que facilita, bien manejados dentro de las más altas condiciones del arte, y puestos en ejercicio por una inteligencia apta para comprender las diversas tendencias del genio nacional de un pueblo, han sido causa y punto de partida de determinadas escuelas líricas y de obras capitales en la historia del arte... El canto popular presta el acento, el fondo, y el arte moderno presta también lo que tiene: un simbolismo convencional, la riqueza de formas, que es su patrimonio. Perfecta ecuación de un enunciado de encumbradas bellezas dimanada de la relación armónica que existe entre la forma y su contenido (3).

A estas ideas teóricas, ámplia y luminosamente expuestas en su opúsculo, ha juntado el Sr. Pedrell la demostración práctica, componiendo una *Trilogia* que, si hoy está *sub judice*, promete ser, cuando llegue el día, próximo ya, de su representación, pedestal de su futura gloria y base de la regeneración artística que con tanto afán se persigue. Por de pronto, eso de lanzar á los cuatro vientos su programa, y programa tan razonado, rehabilitando las tradiciones olvidadas de Gluck y Wagner, es ya un síntoma inequívoco de que ha dado en el blanco. Lo demás, al tiempo. Afortunadamente, si el plan es vasto y requiere la concurrencia de muchos elementos, nadie como Pedrell ha explorado las profundidades del canto popular español en sus diversas manifestaciones; pocos melodista son tan originales, y su afición al colorido y á los cuadros sinfónicos casi raya en delirio.

No es, pues, aventurado creer que estamos en vísperas de un acontecimiento musical que, mediante poderosos continuadores, nos encumbre de una vez á donde no han llegado todavía las nacionalidades más adelantadas musicalmente. ¿Se desvanecerán como fuegos fátuos tan laudables esfuerzos ante la instabilidad de nuestras impresiones, traidas y llevadas por la moda? Es de temer que no dejemos tan pronto de ser lo que somos. Precisamente en estos días nos anuncian las Agencias el paseo triunfal por el extranjero de una ópera nuestra, aplaudidísima no hace mucho, y hoy completamente olvidada.

Las óperas españolas, envueltas á su aparición en nubes de gloria, no se reproducen ni siquiera como documento histórico. ¿Bastará ahora un solo hombre, una sola *Trilogia*, para conmover de un modo duradero á la opinión, y hacer que tomen cuerpo y se aunen los gérmenes de ideas fecundas que flotan en el ambiente del arte patrio? Se dan casos; pero por si acaso, esperemos un milagro. De todos modos, si la música resulta buena, como es de esperar, mal que pese á nuestras volubilidades meridionales, la crítica tendrá derecho á decir muy alto: los españoles pedian ópera propia, ópera de maestro español, y el Sr. Pedrell ha satisfecho con creces esos deseos regalando gollerías que no se le exigian, dándonos no sólo ópera de un español, sino ópera verdaderamente española; porque cualquiera comprende que el sentido genuino de *nacionalidad artística*, es como la entiende el compositor catalán, puesto que sólo así es posible imprimir fisonomía propia é inconfundible á la música. Y á mayor abundamiento, Pedrell ha razonado vigorosamente lo que puede llamarse su *revelación artística* analizando la significación que ha querido encerrar en cada una de las tres partes de que se compone la obra: *Conde de Foix*, *Rayo de Luna* y *La Jornada de Panissars*.

Del libreto no decimos una palabra, porque no puede elogiarse en justicia, y sin muchas salvedades, una obra en que se falsea la historia y se desfiguran con espíritu sectario personajes dignos de más honrosa mención.

FR. EUSTOQUIO DE URIARTE
Agustiniano.

(1) *Algunas observaciones sobre la magna cuestión de una* ESCUELA LÍRICO NACIONAL, *motivada por la trilogía* (tres cuadros y un prólogo), LOS PIRINEOS, *poema de D. Víctor Balaguer, música del que suscribe, y expuestas por Felipe Pedrell.* (Barcelona, 1891. Enrich y Compañía.) Opúsculo de 134 páginas, de actualidad palpitante, y más nervioso que correcto, ilustrado con numerosos ejemplos de música que vienen á ser una especie de resumen temático de la obra, con indicaciones curiosas acerca de la procedencia de los distintos motivos.

(2) Obra citada, págs. 40 y 41.

(3) Obra citada, pág. 39.

La familia cristiana

Y LA ORDEN TERCERA DE SAN FRANCISCO (a)

(*Continuación.*)

¡Página hermosa de la historia de la Orden Tercera en España! Si el incomparable príncipe de los ingenios españoles no murió en el más absoluto abandono y en la más espantosa soledad, debido fué á los Terciarios de San Francisco, que le acompañaron en los supremos y angustiosos momentos del tránsito de esta vida á la imperecedera de la gloria, y no se separaron de sus restos mortales hasta que éstos quedaron sepultados.

Cerremos con llave de oro esta rápida enumeración histórica, resumiendo, con palabras de nuestro Beatísimo Padre, los inapreciables beneficios que ha reportado á la humanidad la Orden Tercera de San Francisco:

«Era gran apoyo del orden público esta corporación de hombres que, tomando por guía las virtudes y las reglas de su fundador, se aplicaban cuanto podian á hacer revivir en el Estado las honradas costumbres cristianas. Muchas

(a) Trabajo escrito para el Congreso Católico de Zaragoza.

veces, en efecto, su empresa y sus ejemplos han servido para extinguir ó moderar los bandos y parcialidades, arrancar las armas de manos de los furiosos, hacer que desapareciesen las causas de litigios y disputas, procurar consuelos á la miseria y al abandono, y reprimir la lujuria, que es abismo de fortunas é instrumento de corrupción. De aquí que, como de una raíz, nazcan de la Orden Tercera de San Francisco la paz doméstica y la tranquilidad pública, la integridad de las costumbres y la benevolencia, el buen uso y fomento de la hacienda patrimonial, que son los mejores fundamentos de la civilización y de la estabilidad de los Estados; y Europa debe en gran parte á Francisco la conservación de estos bienes.» (1).

V

Para obtener los resultados á que aspiramos, convendría, en nuestro humilde sentir, establecer canónicamente la Orden Tercera en toda población española que tenga más de quinientos habitantes; difundir sus excelencias y explicar cuán numerosas gracias espirituales se alcanzan afiliándose en ella, y la facilidad con que puede observarse la regla de la Orden, la cual, en último término, no viene á ser sino la regla de vida prescrita por el Evangelio; propagar el conocimiento de la vida y virtudes del glorioso Patriarca de Asís, para que de ese conocimiento nazca en las almas el deseo de imitarle; y hacer ver, y esto lo consideramos de suma importancia, que esta Orden á nadie exige que se despoje de los bienes legítimamente adquiridos, sino que se limita á recomendar el espíritu de pobreza, la moderación en el goce de los tesoros materiales, medio por otra parte eficacísimo para desarmar esas muchedumbres hambrientas y desarrapadas que se levantan en son de guerra contra los ricos que hacen ostentación de su fortuna é invierten en diversiones suntuosísimas sumas considerables.

Muchos habrá, desidiosos ó ignorantes, convencidos de que para pertenecer á la Orden Tercera se necesita ser algo así como los Padres del yermo.

Conviene desarraigar á esos sus preocupaciones infundadas, y demostrarles que el cumplimiento y observancia de la regla de la Orden Tercera—que no obliga bajo pecado mortal—se reduce á un método de vida sencillo y ordenado, á la abstención de ciertos placeres y alejamiento de ciertos centros en que puede peligrar la virtud, y á la caridad y á la oración, caño de oro por donde suben al cielo nuestros suspiros para bajar trocados en rocío sobrenatural que refrigera el alma y destierra de ella todas las arideces. Y conviene también inculcar que contra lo que generalmente suponen los apegados al mundo y á sus pompas y vanidades, no se requiere, ni aun para llegar á las cumbres de la perfección cristiana, mostrarse triste y desabrido y huraño, y rechazar el trato de gentes, sino que, por el contrario, nadie puede vivir más santamente alegre que aquel á quien su conciencia no le acusa de haber cometido acto alguno contrario á los Mandamientos de Dios. *Vivid siempre alegres en el Señor: vivid alegres, repito*, decía el Apóstol San Pablo en su Epístola á los Philipenses, dándoles á entender que la paz y alegría verdadera de que nunca goza el hombre carnal, nacen como de su fuente, de la confianza en Dios y de la sumisión á su Divina voluntad.

VI

No faltará quien al considerar la humildad de los medios que hemos propuesto para llegar á tan grandes fines como la restauración cristiana de la familia, manifieste su desconfianza de que por esos medios pueda conseguirse la extinción ó atenuación del grave y profundo mal á que se trata de poner remedio Pero quien tal dice, debe de tener presente que la historia gloriosísima del Cristianismo no es sino la historia del triunfo constante de la humildad. *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles* (1).

Cristo Nuestro Señor, que por darnos ejemplo se humilló á sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz, (2) no escogió para discípulos suyos y predicadores de su doctrina á sabios filósofos ni á oradores elocuentes, ni á capitanes ni príncipes, ni á los poderosos de la tierra. Eligió, por el contrario, á doce humildes pescadores, ayunos de toda sabiduría humana; y los reunió en torno suyo la víspera de su Pasión y Muerte dolorosísima, y después de haberse abajado hasta lavarles los piés, les dijo: «Un nuevo mandamiento os doy, y es que os améis unos á otros; y que del modo que yo os he amado á vosotros, así también os améis recíprocamente. (3) Y aquellos doce humildes pescadores, luego que su Divino Maestro, tras las inenarrables amarguras de su Pasión y Muerte, hubo resucitado y ascendido gloriosamente á los Cielos, se sintieron enardecidos por la gracia del Espíritu-Santo, y comenzaron la propagación de la Buena Nueva, excitando á los hombres á la práctica de aquel mandamiento de amor, que debía sonar de una manera extrañísima en los oídos de una sociedad acostumbrada á las tiránicas leyes de la esclavitud. Y el que hacía de cabeza de ellos fué á asentar su silla en la misma capital del prepotente imperio romano; y con valor que pocas veces puede llamarse con tanta propiedad apostólico, allí, á la faz de los Césares, que se revolcaban en el fango de todas las abominaciones, levantó su ardorosa voz contra los vicios y las iniquidades que se habían enseñoreado de aquella sociedad corrompida. Y vano fué que los sabios, y los filósofos, y los legisladores, combatiesen á aquel oscuro galileo y á sus compañeros con toda clase de armas: con el ridículo, con la befa, con el sarcasmo, y por fin con el martirio.

(Se continuará.)

(1) Encíclica *Auspicato*.

(1) Luc. 1,52.
(2) Ad. Philip. 11,8
(3) Joan XIII,34.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (primera quincena de Noviembre.

1 Dom. XXIV después de Pentecostés.
La Festividad de todos los Santos.

Indulgencia plenaria, concedida por la Santidad de Inocencio XI en 14 de Marzo de 1697, á todos los fieles que confiesen, comulguen y oren en las parroquias, desde hoy á Vísperas hasta mañana puesto el sol, pudiendo aplicarla por las ánimas del Purgatorio. *Jubileo en todas las parroquias.*

2 Lun. La Conmemoración de los fieles difuntos, y Santa Eustaquia, virgen y martir.

3 Mart. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y San Valentín, presbítero.

4 Mier. San Cárlos Borromeo y Santa Modesta, virgen.

5 Juev. San Zacarías y Santa Isabel, padres de San Juan Bautista.

6 Vier. San Severo, obispo y martir, y San Leonardo, obispo.

7 Sáb. San Ernesto, abad en Suevia, San Antonio y compañeros mártires, y San Florencio, obispo.

8 Dom. XXV después de Pentecostés. El Patrocinio de Nuestra Señora, y San Severiano y tres hermanos, mártires.

9 Lun. San Teodoro y San Sotero, mártires, Todos los Santos de la Orden de Predicadores; y la Dedicación de la iglesia del Salvador en Roma, ó sea San Juan de Letrán.—*Indulgencia plenaria* como en 23 de Enero.

10 Mart. San Andrés Avelino.

11 Miér. San Martín, obispo.

12 Juev. San Martín, Papa y martir, San Diego de Alcalá, y San Millán, Presbítero.

13 Vier. San Eugenio III, obispo de Toledo. San Homobono y San Estanislao de Kostka.

14 Sáb. San Serapio, martir, y San Lorenzo, obispo de Dublin.

15 Dom. XXVI después de Pentecostés, San Eugenio, primer arzobispo de Toledo, martir, y San Leopoldo, confesor.

CUARENTA HORAS

1, 2 Oratorio del Caballero de Gracia
3, 4 5, 6, 7, 8, 9. Parroquia de Santa María.
10, 11. Parroquia de San Martín.
12 13. Parroquia de San Millán.
14, 15. Religiosas de Cóngora.

J. F.

PEDRO, YA ES HORA DE ACOSTARTE

Señores, tengo noventa años, y naturalmente no puedo durar mucho. Recientemente, con frecuencia, me ha parecido oir la voz de mi madre, que decía como cuando era niño: «Pedro, ya es hora de acostarte.»

En una comida que poco antes de su muerte se dió en su honor Pedro Cooper, el gran filántropo americano, empleó aquellas palabras sentimentales.

El dolor y los sufrimientos algunas veces arrancan de labios humanos gritos como: ¡Cuánto desearía morirme! ¡Envidio á los que han acabado con este mundo sus miserias y sinsabores! Enfermedades hacen que hablen así. Alíviese el dolor, cúrese la enfermedad atormentadora y vuelven á gozar de la vida, como Dios quiere que se goce.

Hace cuatro ó cinco años que una mujer del Canadá decía á su familia: ¡Cuánto deseo morir! Oyeron su observación en silencio, pues estaban persuadidos de que sólo la muerte podía aliviarla. No podemos hacer más que insinuar lo que la había traído á este estado. La historia de siempre, el cambio grande y misterioso de la salud á la debilidad y enfermedad, habiendo sido hasta entonces fuerte y robusta. La vida le había sido agradable, y la idea de perderla le disgustaba, como disgusta á todo el que está bueno física y moralmente.

Entonces llegó el invierno de sus pesares. Empezó á tener dolores de cabeza, un gusto de boca nauseabundo y extraño: la piel blanca y clara se volvió de un color amarillo ó cobrizo, y ella se volvió estúpida y descuidada en cuanto á sus negocios y obligaciones domésticas. Con frecuencia tenía que vomitar, y sufría estreñimiento é irregularidades. Hasta entonces esta mujer vigorosa apenas sabía si tenía corazón, pues su latido era regular, tranquilo y exacto. Ahora empezó á darse cuenta de él y de un modo que la asustaba. El corazón le palpitaba algunas veces con tanta violencia, que apenas podía respirar. Perdió el apetito y se desarreglaron los nervios por falta de nutrición. Tanto le afectaban los sonidos ó ruidos, que no podía tolerar ni la conversación ordinaria de los miembros de la familia. Unos cuantos pasos más por este camino y el paciente llega por lo regular á un estado que se aproxima mucho á la locura. Esto era síntoma y consecuencia, pero no la verdadera enfermedad.

Al tratar de andar la pobre señora daba traspies, como si el suelo de la habitación hubiera sido la cubierta de un barco en la mar. Perdió las carnes y se quedaba muy delgada. Meses enteros no podía dormir sino bajo la influencia de un narcótico. Tenía las manos y los pies fríos por causa de la débil circulación de la sangre. El estado del cuerpo afectaba, naturalmente, el espíritu, y estaba melancólica y des-

animada con muchos temores. En verdad, el ser compuesto de cuerpo y alma se debilitaba y aniquilaba por la razón más clara y más sencilla del mundo: no podía retener y digerir la comida.

No es más que justicia decir que estaba asistida por los mejores médicos que había, y no estamos seguros de que ningún otro médico de este mundo hubiera podido hacer por esta infeliz más de lo que hicieron los facultativos que la estaban asistiendo. Sin embargo, ellos mismos admitían que sus esfuerzos no daban resultado. Les parecía que, como dice el cínico francés, *el prolongado sueño del cementerio* era único alivio y el único remedio que se podía esperar ó apetecer.

En este estado lamentable se hallaba, cuando un día oyó hablar de una medicina que había dado resultados tan admirables, como podía ser el ponerla buena. Sin decir á su médico una palabra de lo que pensaba, mandó á la población más cerca por una botella y empezó á tomarla en secreto. El efecto se siguió con tal prontitud, que apenas podía dar crédito á sus mismas sensaciones. Dos eran los buenos resultados inmediatos: podía dormir sin tomar drogas, y empezó á sentir que le volvía, naturalmente, el apetito. El cuerpo sintió en seguida el impulso de la nutrición, pues ya no se arrojaba el alimento, sino que el estómago lo aceptaba y lo digería.

Esto parecía contestar á la pregunta ¿qué debo hacer? Confiando en lo que debía de suceder, le dijo al médico que iba á tratarse por sí misma algún tiempo, al menos, y mandó por más botellas. Continuó el nuevo remedio todo el invierno siguiente, y al volver la primavera volvieron las fuerzas y la salud. Los pájaros entre las flores no cantaban mejor que el contento cantaba dentro del corazón de esta mujer. La enfermedad había sido un ataque obstinado de indigestión, y la medicina victoriosa era el Jarabe curativo de la Madre Seigel.

Con gusto mandaremos el nombre y la dirección de esta señora á cualquiera que desee verificar lo que se ha dicho. Tiene ahora sesenta y cinco años de edad y goza de la vida bastante para no querer dejarla antes de que llegue, naturalmente, la distante hora de acostarse.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado de 155 calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias.

Precio del frasco, 11 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España.

Los interesados que tengan en depósito en este Banco Obligaciones del Tesoro al 5 por 100, 2.ª serie, pueden presentarse en las Cajas del mismo, desde el día 31 del actual, á percibir los intereses que vencen en dicha fecha.—Madrid 29 de Octubre de 1891.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

PONGO

en conocimiento de mi numerosa clientela, que he recibido todo el surtido de géneros de invierno, que venderé á **precios de fabrica.**

Gran depósito de Jerseys, Chalecos de Bayona, Mantas, Colchas, Merinos, Lanas, Chales, Pañuelos, Bayetas, Franelas, Corsés, Abacás, Yutes, Toquillas. Cubre corsés. Refajos, Cutíes, toda clase de **generos de punto,** y todo cuanto se fabrica en géneros blancos de hilo y algodón.

Estameñas para hábitos. Camisas á la medida.

PRECIOS ECONÓMICOS

JACOMETREZO, 15

PoLICARPO RUÍZ

IMPORTANTISIMO PARA LA HIGIENE PÚBLICA

El VERDADERO jabón de los Príncipes del Congo lleva el NOMBRE de VICTOR VAISSIER, DE PARIS, su inventor. El público debe desconfiar, porque se venden muchas *imitaciones* y *falsificaciones* de este célebre jabón de tocador, el mejor y más perfumado que se conoce.

Establecimiento tipográfico de FELIPE PINTO, Bolsa, 8

Perfumes muy finos y permanentes para el pañuelo á *7 reales* frasco; la *Mimosa*, *Heliotropo blanco* y Violeta de Parma, á *2 pesetas*.

Agua de Colonia florida, de higiénico y agradable perfume, *3 pesetas* medio litro, frascos desde *una peseta*.

Jabones finos que no estropean la piel, á 6 y 8 reales caja con tres pastillas.

PERFUMERIA TH MAS

Calle Mayor, 36

á la derecha, entrando por la Puerta del Sol.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

LA ARTÍSTICA

ESTAMPERÍA

8, CABALLERO DE GRACIA, 8

Grabados, facsimiles de acuarelas, oleografías, litografías, fotografías, etc.

Surtido en asuntos religiosos.

IMAGENES TÁLLA

Se hacen de encargo.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA

7, Fuencarral, 7

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería: elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Esterina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40 SALVADÓ Y SALA Barcelona,

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVI.—TOMO XIV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS

Un mes	1,50	pts.
Tres meses	4	»
Seis meses	7,50	»
Un año	15	»

CUBA Y PUERTO RICO

Seis meses	2 1/2	pt. fs.
Un año	4	»

NÚMERO 21.—Madrid 15 de Noviembre de 1891

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO

Seis meses	12	francos.
Un año	22	»

FILIPINAS Y AMÉRICA

Seis meses	3	pt. fs.
Un año	5	»



TOMÁS BRETON

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. F.—*Monterola*, por Gustavo Ruiz.—*Blanco y Negro* (apunte novelesco,) por Angel Salcedo y Ruiz.—*Un libro curioso*, por X.—*Album de poesías: ¡Ya llega el tren!* por Fray Cumado Muñoz Sáinz, (Agustiniano).—*Discurso pronunciado por el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de Madrid-Alcalá.*—*La Asunción de María*, por José María Chao, Presbítero.—*La familia cristiana y la Orden tercera de San Francisco*, por Carmelo Echegaray.

GRABADOS

Portada.—*La soberanía de la mujer.*—*Una taberna en Flandes.*—*El mal ladrón.*—*Palaf: de invierno.*—*Un discípulo improvisado.*—*La valenciana.*

LA QUINCENA

Nótase de algún tiempo á esta parte una lamentable recrudescencia de la bárbara costumbre del duelo. No acertamos á explicarnos la causa de ello, pues por una parte la Iglesia Católica, lejos de amortiguar el justo rigor de sus leyes penales sobre la materia, todos los días las recuerda, y recientemente S. S. León XIII las ha ratificado con solemnidad en una carta ya famosa. Y, por otra parte, fuera de las vías católicas, el movimiento positivista de la época no se compadece poco ni mucho con esa estúpida antigualla, resto de los usos de la Edad Media.

En la última quincena, un acontecimiento inusitado, estrafalario pudiéramos añadir, ha llenado de dolor el corazón de los católicos, de aflicción el de todos los amantes de la patria española, de confusión á los políticos y conservadores que apoyan al actual Gobierno. Nos referimos al duelo de uno de los ministros de la Corona con un periodista, por desgracia para él más conocido por la frecuencia con que sostiene tales lances que por su gracia y habilidad de escritor público.

Algo pensábamos hoy escribir sobre este asunto; pero nada nos parece mejor que reproducir el magnífico artículo que á la materia dedicó *El Movimiento Católico*, y en el que luce todas sus raras prendas de gran escritor el señor Gómez, Director del citado periódico.

***

«Suponemos que á estas horas (dice el señor Gómez á las veinticuatro de haberse consumado el delito de duelo), se habrá quedado ya todo el mundo convencido de que la Marina no gasta un real más de lo que debe, de que su administración es un modelo, de que nuestros barcos son los mejores barcos del universo y los más baratos, y de que el ministro del ramo, que lo fué hasta ayer, Sr. Beranger, es una de esas gangas que en forma de gobernantes suelen caernos á los españoles allá de tres en tres ó de cuatro en cuatro siglos, cuando la Divina Providencia quiere sacarnos de algún grave atolladero en que nuestra torpeza nos ha metido.

Ese par de balas que, según dicen los periódicos, se han cruzado inofensivamente entre el Sr. Beranger y el Sr. Suárez de Figueroa, han tenido la extraña virtud de demostrar todo eso que acabamos de decir y mucho más que se supone; de tal suerte, que ya nos libraremos nosotros de poner en adelante ninguna clase de reparos á cuanto se relacione con la Marina, porque después de ese balazo al aire que ha disparado el Sr. Beranger, toda discusión nos parece inútil y toda duda insensata.

Conste, pues, que *no me toquen ustedes á la Marina*, como dice aquel personaje de comedia; conste que el Sr. Beranger es uno, ó ha sido uno de esos ministros que no nos merecemos, ni con mandil ni sin mandil, y que si cualquier Figueroa se atreve á dudarlo, no tiene más que acudir en consulta al de *El Resumen*, el cual, si es lógico, no tendrá más remedio que confesar que en cuanto vió al Sr. Beranger á pocos pasos de distancia con una pistola en la mano, y oyó enseguida la detonación, y se dió cuenta de que no había pasado nada, se convenció hasta los propios tuétanos de que el Sr. Beranger, y la Marina, y su administración, y los barcos, y todo, son... ¡vamos! la mar!

Nosotros no sabemos lo que *El Resumen* le ha dicho al Sr. Beranger; pero calculamos que habrá sido lo mismo, poco más ó menos, que le dijeron todos los españoles hace bastantes años, cuando fué ministro con Ruíz Zorrilla: usted no sirve para el caso.

¿No es esto lo que le ha dicho? Pues si no es esto, habrá sido una cosa parecida; más agria ó más dulce, pero una cosa parecida, de seguro.

Y el Sr. Beranger hizo punto de honor *eso* que le dijo *El Resumen*, y que en el fondo no podía ser otra cosa más sino que no servía para el caso, y se contestó á sí mismo:

—Voy á demostrarle á ese periodista, que yo sirvo para el caso, y para todos los casos que se presenten.

Y, en efecto; se despojó de su carácter ministerial, se fué al campo, y allí ha demostrado... ¡que tampoco tiene puntería!!

Digan ustedes ahora que el duelo no es de lo más útil y razonable que ha podido inventar el ingenio humano.

Anteayer teníamos un ministro de Marina, sobre cuya actitud podía haber alguna divergencia de pareceres; hoy ya todos sabemos positivamente que no da en el blanco.

Gracias. No necesitábamos saber más.

***

Pero hay en todo esto una cuenta mucho más seria que arreglar.

Que el Sr. Beranger, como simple masón despierto ó durmiente, ó como esté, haga de su capa un sayo y quiera romperse el triángulo con cualquier hermano, no es cosa que á nosotros nos deba quitar el sueño. Allá él.

Sentimos que una alma redimida y lavada con el agua del Bautismo haga traición á su fe y esté en camino de perderse para siempre; pero es el sentimiento general que nos causan todas las almas extraviadas, no el que puede causarnos particularmente la del Sr. Beranger, por la cual no tenemos mayor interés que por cualquiera otra de persona desconocida.

Solo que en el Sr. Beranger había, no un individuo cualquiera, no un masón de tres al cuarto, sino un ministro de una Monarquía católica, el cual debía saber que, sobre las numerosas condenaciones que la Iglesia ha lanzado contra el duelo, y sobre lo que las mismas leyes españolas determinan acerca de este punto, existe una carta recientísima, escrita por el actual Romano Pontífice, y publicada por todos los periódicos católicos del mundo, en la cual se reprueba de nuevo tan bárbara costumbre, y se demuestra que quien apela á semejante recurso para defender su honra, ni defiende su honra, ni tiene sentido común.

Pues esa carta acaba de ser hollada y escarnecida por un ministro de la Corona de España, y á la excomunión en que incurren los dualistas y sus padrinos y cómplices, ha añadido ese ministro la pena moral y social que merece quien públicamente y con escándalo menosprecia desde la altura del poder las palabras augustas del Vicario de Jesucristo.

No se diga que para eso dejó de ser ministro; porque quien deja de serlo para tener libertad de menospreciar al Papa y de pisotear las leyes de la Iglesia y del Estado, da claramente á entender que, si como ministro no las hollaba, era por atender á consideraciones de un orden inferior que en nada se relacionan con el sentimiento del deber cristiano.

El ministro y el hombre deben ser igualmente justos, y es absurdo y monstruoso creer que el hombre, con despojarse de su condición de ministro, puede ya impunemente faltar á la justicia.

Una dimisión fundada en una mentira, no quita un átomo del escándalo que produce la bofetada que ese ministro español acaba de dar en la mejilla de Su Santidad.

¡Y qué efecto no habrá producido también esa bofetada en el piadoso corazón de la Reina, al ver que se le ha hecho firmar un decreto que se ha convertido en patente de corso para que uno de sus ministros fuera á quebrantar las leyes divinas y las humanas á la faz del mundo entero!

Es verdad; no ha habido sangre, y de ello nos congratulamos; pero chorrea sangre la moral pública; pero chorrea sangre el respeto debido á Dios y á su Vicario; pero chorrea sangre la ejemplaridad que compete á los actos todos de los hombres políticos; pero chorrea sangre la misma seriedad del Gobierno, uno de cuyos individuos ha contestado á las acusaciones de la prensa, no desde los escaños del Parlamento, ni con datos fehacientes en un comunicado ó en otros artículos de periódico, sino en el supuesto campo del honor y con la boca de una pistola, conducto único por donde ha hablado siempre la barbarie.

Y esa sangre que chorrea, no se restaña tan fácilmente como la de una herida en el cuerpo humano. Es una sangre que mancha á toda una sociedad, y que irá corriendo un año tras otro, y de una en otra clase, agotando las fuerzas morales del organismo político, hasta que una conmoción general ó lo aniquile ó lo purifique.

Que á este fin se va por el menosprecio de las leyes y por los alardes del escándalo.

***

Duros parecerán quizás á muchos los conceptos del anterior artículo; pero dura y pesada es también la burla pública que se ha hecho de la moral cristiana, de los sagrados cánones, del Código Penal, del Pontífice León XIII, de la Reina de España, de las conveniencias sociales, de las prácticas de gobierno y de los elementos católicos del partido conservador.

Todo lo cual no quiere decir, que el general Baranger deje de ser una persona apreciable, ni que se niegue que si ha caído en hecho tan censurable haya sido por error del entendimiento más que por perversión de la voluntad. Estamos casi convencidos de ello: el general ha ido al duelo creyendo que hacía bien. ¡Errores funestos de educaciones torcidas, sostenidos luego por el malsano ambiente que se respira durante la vida! Pero nada de esto quita al hecho su gravedad en el orden religioso, en el moral, en el legal y político de España.

***

La extensión que el asunto anterior nos ha exigido, privanos de tratar otros menos importantes.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES

GRABADOS

Bretón. (Pág. 329).

No es necesario aquí reproducir la biografía tan conocida de D. Tomás Bretón, gloria de nuestros artistas contemporáneos. El autor de *Los Amantes de Teruel* y de otras óperas españolas, el inteligente director y consumado maestro del difícil arte de la Música, es en España popularísimo; pocos no le conocen, y cuantos le conocen, le estiman y aprecian como á uno de los ornamentos de la patria. Por eso nos limitamos á publicar su retrato, seguros de que han de agradecérnoslo todos nuestros lectores.

Bellas Artes. La soberanía de la mujer. (Pág. 332).

Sí, no hay que darle vueltas, ¡oh señores que soñais con la mujer-abogado, con la mujer-médico, con la mujer-académico; esto es, con la mujer-hombre! .. La soberanía de la mujer está en el hogar, y su momento más sublime es este que representa nuestro grabado, cuando con el mismo fuego de sus entrañas alimenta al hijo de su corazón. No quiere esto decir que no haya mujeres excepcionales á las que Dios concede dones de inteligencia en tal grado, que ocultarlos sería un verdadero delito. Siempre han existido tales mujeres, y nunca se les negó el justo aplauso que merecían. Poetisas y filósofas brillaron en la antigüedad, en la Edad Media, y han brillado y brillan en los tiempos modernos. Nada de eso es reprensible; antes bien contribuye al mayor esplendor de la naturaleza, fundado en la variedad asombrosa de sus accidentes y fenómenos. Justo es alabar á Dios cuando concede á ciertos hombres dones superabundantes y superiores á los que otorga á la generalidad. ¿Por qué no alabarlo igualmente cuando tales prendas las pone en una mujer? Pero la mujer sabia y la mujer artista son seres excepcionales, y la excepción no destruye, sino que confirma la regla general. Y la regla general para la mujer, no tiene más que estos dos términos: el claustro y la familia. En el uno, por la virginidad expontánea y valerosamente consagrada á Dios, y por Dios á la humanidad entera, es la mujer un serafín; en la otra es el angel del hogar, lo más noble, lo más útil, lo más sublime que presenta la sociedad. Una mujer que cumpla bien y fielmente sus deberes de esposa y de madre, es cien veces más meritoria que si escribiera un poema ó pintase un cuadro ó llevase á término cualquiera otra obra semejante. ¡Honor y gloria eternas á las buenas madres!

Bellas Artes.—Una taberna en Flandes. (Pág. 333).

Es en los tiempos del ducazo de Alba y de Guillermo el taciturno, en aquella época en que el territorio de Flandes estaba ensangrentado por una triple guerra, religiosa, patriótica y civil. La construcción recuerda la recién terminada Edad Media, y también la grotesca figura del juglar que con la vihuela en una mano, y en la otra la copa, brinda con los dos soldados. Es un cuadro lleno de colorido de época y de sabor local.

El mal ladrón. (Pág. 336).

San Mateo se limita á referir (cap. XVII, versículo 38) que crucificaron al mismo tiempo que á Nuestro Señor, á dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda. Más adelante añade que estos ladrones improperaban á Jesucristo. En los mismos términos refiere el suceso San Marcos (cap. XV, vers. 27 y 28). Más explícito San Lucas (cap. XXIII) cuenta que los malhechores fueron llevados al patíbulo en compañía de Jesucristo, que les crucificaron en la misma posición respectiva que dicen los otros dos evangelistas; esto es, uno á la derecha y otro á la izquierda del Redentor; y que finalmente, uno de aquellos ladrones injuriaba á Nuestro Señor diciendo: «*Si tú eres el Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros*». Pero el otro, volviéndose á su camarada, dijo: *Ni aun tú temes á Dios, estando en el mismo suplicio. Y nosotros en verdad por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecen nuestras obras; pero Este ningún mal ha hecho.*

Este buen ladrón dijo á Jesús: *Señor, acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino.* Lo que mereció del Señor la tan consoladora respuesta: *En verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraíso.* San Juan solo indica ligeramente este acontecimiento que la tradición procura llenar y completar, por ser realmente uno de los más conmovedores de la Pasión, y que mejor explicara algunos sublimes misterios del Cristianismo, como por ejemplo la gracia y la misericordia de Dios. El buen ladrón recibe culto en nuestros altares; el malo, que según la tradición se llamaba Geta ó Gestas, es un mísero testimonio de la impenitencia final, de esa horrible desgracia de algunas criaturas, encenagadas en el vicio y en la corrupción. Su memoria ha servido, sin embargo, al arte, para expresar esos tristes sentimientos que tanto degradan á la especie humana, y que llevan al infierno á los que gozaron un día de las delicias del mundo, y tenían prometidas, como nos sucede á todos, las eternas de la gloria. ¡Quiera Dios preservarnos á todos de tan malaventurada suerte!

Paisaje de invierno. (Pág. 337).

Pasaron ya los hermosos días; el color y la fragancia huyeron de la naturaleza. La nieve tapiza los vastos campos cayendo como un sudario sobre los troncos pelados de los árboles. Pero después del invierno vendrá otra vez la primavera, como después de la muerte viene la vida eterna.

Un discípulo improvisado. (Pág. 339).

El pintor se ha detenido á la puerta de la mísera vivienda, y se apresuran á rodearle los muchachos de la casa y de las vecinas. Y es tan amable, que se presta á indicar al más curioso de ellos algunas de las reglas de su arte. Quizás vacila entre hacerlo su discípulo ó su modelo.

Tipos populares.—La valenciana. (Pág. 340).

Tanto se ha hablado y escrito de tipos populares, que nos concretamos hoy á publicar el grabado, sin dedicar largos párrafos á las costumbres de la mujer valenciana.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Noviembre)

16. Lun. San Rufino y compañeros mártires.
17. Mart. Santa Gertrudis la Magna, virgen, San Acisclo y Santa Victoria, hermanos y mártires, y San Gregorio Taumaturgo, obispo y confesor.
18. Miér. San Román, diácono, martir, y San Máximo, obispo.
19. Juev. Santa Isabel, viuda, hija del rey de Hungría, y San Ponciano, Papa.
20. Vier. San Félix de Valois, fundador.
21. Sáb. La Presentación de Nuestra Señora, San Rufo y San Esteban, mártires.
22. Dom. XXVII después de Pentecostés. Santa Cecilia, virgen y martir.
23. Lun. San Clemente I, Papa y martir.
24. Mart. San Juan de la Cruz, San Crisógono y Santa Flora, mártires.
25. Miér. Santa Catalina, virgen y martir.
26. Juev. Los Desposorios de Nuestra Señora, y San Pedro, obispo de Alejandría y mártires.
27. Vier. San Facundo y San Primitivo, mártires.
28. Sáb. San Gregorio III, Papa —*Ciérranse las velaciones.*
29. Dom. I de Adviento. San Saturnino, obispo y martir.—*Indulgencia plenaria* como en 1.° de Enero.—*Se practica la Bula en Madrid.*
30. Lun. San Andrés, Apostol.

Todos los viernes y sábados de Adviento hay obligación de ayunar, y para cumplir bien este precepto, debe tenerse presente, que se puede tomar, como materia parva, un ligerísimo desayuno que no pase de onza y media á dos, una comida según las necesidades del individuo, y una colación que no exceda de ocho onzas.

Ningún dia de ayuno se puede pernoctar.

CUARENTA HORAS

16, 17, 18. Parroquia de San Justo.
19, 20. Religiosas Trinitarias.
21, 22. Colegio de Niñas de Leganés.
23, 24. Religiosas de Góngora (por las Carmelitas de Santa Ana).
25, 26. Religiosas Salesas (calle de San Bernardo).
27, 28. Colegio de Niñas de Leganés.
29, 30. Parroquia de San Andrés.

J. F.

Manterola

Fué un Sacerdote ejemplar, un orador elocuentísimo, un político cristiano.

No queremos decir con lo último que fué carlista, sino que Manterola fué de los que por medio de la política buscó el triunfo de la religión, y nada más que eso.

Creía él que para conseguir ese triunfo era conveniente que triunfasen D. Carlos y su partido, y por eso se llamó carlista.

¿Acertó? ¿Se equivocó? ¡Vaya Ud. á saberlo!... Lo que sí puede afirmarse es que cabe equivocación en los medios, y acierto en los fines, y que quizás ocurrió eso al P. Manterola

De todas suertes, carlistas y no carlistas, todos los católicos españoles conservarán de Manterola un recuerdo gratísimo.

Su fin ha sido digno de su vida. Murió, puede decirse, en la brecha. Le aguardaba el púlpito cuando lo atrajo el sepulcro.

En Alba de Tormes, la ciudad de las tradiciones teresianas, ha espirado este insigne campeón de la Iglesia.

Sus funerales fueron solemnes. Presidiolos el Sr. Obispo de Salamanca con acompañamiento lucidísimo de autoridades, clero, comunidad de Padres Carmelitas y Hermandad de Santa Teresa, en cuyo nombre se circularon las invitaciones.

El reloj de la villa y las campanas de todas las iglesias que al alba, medio día y oración hicieron señal de duelo, doblaron durante el funeral en que ofició la Capilla que lo ha hecho en los días de festividad.

El catafalco levantado en el crucero de la Basílica Teresiana, se hallaba adornado con esquisito gusto y profusión de luces y coronas.

La orquesta municipal, que asistió á la conducción del cadaver, tocó una marcha fúnebre, escrita expresamente por el director, Sr Santafé.

El cadaver, expuesto desde las primeras horas

de la noche del Sábado en la iglesia de Padres Carmelitas, ha sido visitado por considerable número de personas y velado durante toda la noche por algunas de éstas y los Padres Carmelitas, hallándose con vestiduras sacerdotales, colocado en un elegante féretro de terciopelo con adornos agremán y forrado de raso blanco.

Después del funeral fué conducido al cementerio en hombros de cuatro sacerdotes, llevando las seis cintas los Sres. Alcalde, Juez de primera instancia, Diputado á Cortes, Excmo. Sr. vizconde de Garci-Grande, diputado provincial señor Zúñiga, y mayordomos de la Hermandad Teresiana, Sres. Hernández y Escudero, asistiendo con hachas todos los hermanos de Santa Teresa.

La sepultura ha sido abierta en la capilla del cementerio, donde se colocará una lápida marmórea, sin perjuicio de lo que para perpetuar la memoria del ilustre finado dispongan sus admiradores de esta villa, que son innumerables.

Nació Manterola en San Sebastián el 22 de Enero de 1833, y estudió la carrera eclesiástica en el Seminario de Pamplona, con tal brillantéz, que antes de terminarla obtuvo por oposición uno de los beneficios de la Iglesia parroquial de Irún.

En Toledo obtuvo el grado de licenciado en teología, y el de doctor en Salamanca.

La ilustración y las virtudes de Manterola se hicieron famosas en España, debiendo á esto el que el Eminentísimo Sr. Cardenal Monescillo, Obispo de Calahorra á la sazón, le nombrase su secretario de Cámara.

Al año siguiente ganó por oposición la prebenda de Magistral de Vitoria, en cuyo cargo, merced á su ardiente celo y superior espíritu, logró adquirir tal preponderancia é influencia en toda la región vascongada, que al estallar la revolución en 1868 se temió su estancia en aquellas provincias, donde era tan querido y respetado, y el entonces ministro de Gracia y Justicia, Sr. Romero Ortíz, le ordenó que se presentara en la Corte.

En Madrid estaba aún cuando fué elegido Diputado para las Constituyentes del 69.

En aquellas Cortes fué cuando reveló Manterola en toda su plenitud sus dotes de orador fogoso y ardiente polemista. Sus dicusiones con Castelar constituyen uno de los periodos más brillantes del Parlamento español.

En aquella Asamblea, donde se preconizaron los mayores absurdos y se trató de subvertir los seculares fundamentos del orden social, la palabra enérgica de Manterola se dejó oír para condenar con su irrefutable lógica aquellos desvaríos y lamentables utopias.

Y cuando la cuestión social hizo aparecer en el hemiciclo del Congreso la cuestión religiosa, la figura viril de Manterola acreciose con talla de gigante, y su palabra ardiente y acerada, sus elevados conceptos y noble ademán le hicieron salir de la linea de los oradores, apareciéndose como arrebatador tribuno.

Algún tiempo después ocupó, por oposición, la dignidad de Canónigo magistral de Málaga, y hace pocos años la Penitenciaría de la de Toledo, puesto que desempeñaba actualmente.

Manterola era además un escritor distinguidísimo, de irreprochable gusto literario, y sobre todo, de profundo saber.

Deja escritas, entre otras obras: *Ensayo sobre la tolerancia religiosa en España en la segunda mitad del siglo XIX*, multitud de trabajos publicados por el *Semanario Católico*, periódico que él fundó; *Afirmaciones católicas* y *El satanismo*, obra en la que refutaba las teorías espiritistas.

Estas obras, y su fama de orador, sobrevivirán de seguro al Sr. Manterola, y llegarán tiempos en que nadie ha de acordarse de si fué ó no partidario de la Ley Sálica y de la monarquía más ó menos representativa.

Nosotros pedimos á nuestros lectores una oración por el alma del insigne eclesiástico.

GUSTAVO RUÍZ

Bellas Artes



La soberania de la mujer.

Blanco y Negro

(APUNTE NOVELESCO)

Sucedió en el baile de *Blanco y Negro* del Teatro Real.

María fué vestida de blanco, y Gertrudis de negro. Estaban hermosas de verdad. La tez morena de María, sus grandes, profundos y oscurísimos ojos, su cabello, negro como la noche, y su tan gallardo continente de joven matrona ó de buena moza (como decimos en romance), resaltaban maravillosamente sobre la seda blanca de su traje de Ofelia. En cambio, los cabellos de oro, los ojitos azules, la porcelana fina del cútis, todo aquello en suma, tan diminuto, bonito y gracioso, que hacia de Gertrudis la más linda de las muñequitas alemanas que se lució en paseos y saraos madrileños, tomaba con el severo y elegantísimo traje negro cierta majestad escultórica; la belleza de Gertrudis se engrandecía sin desfigurarse...

Y hé aquí á Daniel (nuestro héroe) perplejo, hecho un mar de confusiones.

Hacía años, muchos, que él quería á las de Pérez. Había jugado con ellas cuando niño. De joven había sido el mejor amigo, casi un hermano de ambas. El señor de Pérez le quería como á un hijo. Doña Micaela miraba siempre

á Daniel con unos ojos que decían claramente: ¿por qué no se decidirá ya este tonto á casarse con una de mis niñas?

Una noche (¡noche memorable!), á Daniel se le ocurrió la misma idea. ¿A dónde iré yo, pensó, que valga más y gaste menos? Mujeres de su casa como ningunas; instruídas, elegantes, virtuosas, y en cuanto á guapas, si María es la reina de las morenas, Gertrudis es la emperatriz de las rubias. Ricas no lo son; pero tampoco están encueros vivos, y yo gano lo suficiente para no pasar por la humillación de venderme... ¿Y los suegros? No serían para mí tales, sino padre y madre de cuerpo entero... Nada, nada, es cosa hecha; yo me caso ó con María ó con Gertrudis.

Pero ¿con cuál de las dos? Daniel se puso á fantasear el idilio de su proyectada boda, y si bonito é interesante le resultaba, poniendo á María por heroína, interesante y bonito á más no poder le salía cuando fingía de protagonista á Gertrudis. El combinaba primero la escena: decoración de interior bien amueblada; es invierno; enorme tronco de encina arde en la chimenea; dos sillones ámplios, cómodos, y lujosos, en uno se sentaba él: pero, ¿y en el otro? Si sentaba á María, parecíale de perlas; pero, ¿y la pobrecita Gertrudis, tan blanca, tan rubita, tan dulce de genio, tan graciosa, que hablaba siempre quedo y melódicamente como una cajita de música? Nada, nada; mejor es Gertrudis. Daniel hacía levantar más que á paso á María. Pero, ¿no era esto un contradiós? ¿A María tan alta, tan esbelta, tan señora, con aquellos ojos de fuego, con aquel tono arrogante, con aquellas pasiones, honradas sí, pero grandes, impetuosas, que debían hervir como un volcán bajo las flores de su feliz inocencia?

No pudo dormir en toda la noche, y ni siquiera pudo gozar mentalmente de las dulzuras de su fantaseado idilio. Su indecisión lo echó todo á perder.

Pero vino otra noche, la del baile de Blanco y Negro, y Daniel se dijo al entrar en el teatro: de esta noche no pasa.

Hace más de un año que ando en estas necias perplegidades ¡Que vida psicológica tan ridícula es la mía! Querer á dos hermanas; querer querer á una sola como cumple á un monógamo convencido, que yo soy, y no poder.. Ni tengo el consuelo de desahogar mi corazón contándole mis cuitas á un amigo, ni aún el de componer versos líricos sobre el tema de mi estraña pasión; porque el amigo me llamaría majadero, y el público, formado de personas que suelen amar sucesiva; pero no simultáneamente como yó, no comprendería mis sentimientos...

El salón del teatro está espléndido; es un oceano de luz y de brillantes colores. ¡Cuánta mujer hermosa! ¡Cuánto gomoso de archicursi elegancia! ¡Cuanta cara alegre! ¡Cuánto rostro aburrido!

Daniel se acerca resueltamente á María. ¡Qué bien te sienta el traje blanco! es su primera esclamación. Vá á seguir, pero dá la casualidad que Gertrudis se interpone, y Daniel no puede contenerse, olvida por un momento á María, y exclama: ¡Ay, Gertrudis.. ¡Qué bien te sienta el traje negro!...

Y tenía razón: ambas estaban guapísimas. Daba gusto ver á las dos. Pero ¿qué adelantaba Daniel con tener razón? Precisamente, eso era lo que le embarazaba, y destruía de raiz sus buenos propósitos.

Por dos ó tres ocasiones intentó Daniel singularizarse, ya con María, ya con Gertrudis; pero en vano; cuando se dirigía á la una, se interponía la otra. Llegó á creer que su amor, como el Aguila del Sacro Imperio, tenía dos cabezas, y se retiró de allí desesperado.

—¡Si una de ellas tuviera novio!—pensó—¡Ojalá! Entonces no quedaría más que una disponible, y esa sería la mía... En el fondo de mi alma quizás quedase algo para la otra, como en el alma de Ivanohe quedó algo para la hermosa hebrea; pero yo soy tan persona decente como pudo serlo Ivanohe, y de mis sentimientos no sabrían nada ni el cielo, ni la tierra. ¿Un poquillo de ilusión, quién no lleva aquí dentro?

Entonces apareció Federico.

Federico hacía días que había dicho á Daniel:

—¿Cuándo me presentas á las de Pérez? Estoy enamorado, ya lo sabes, de la pequeña; de la rubia.

Ahora añadió:

—Mira, Daniel, si quieres complacerme, ahora es la ocasión.

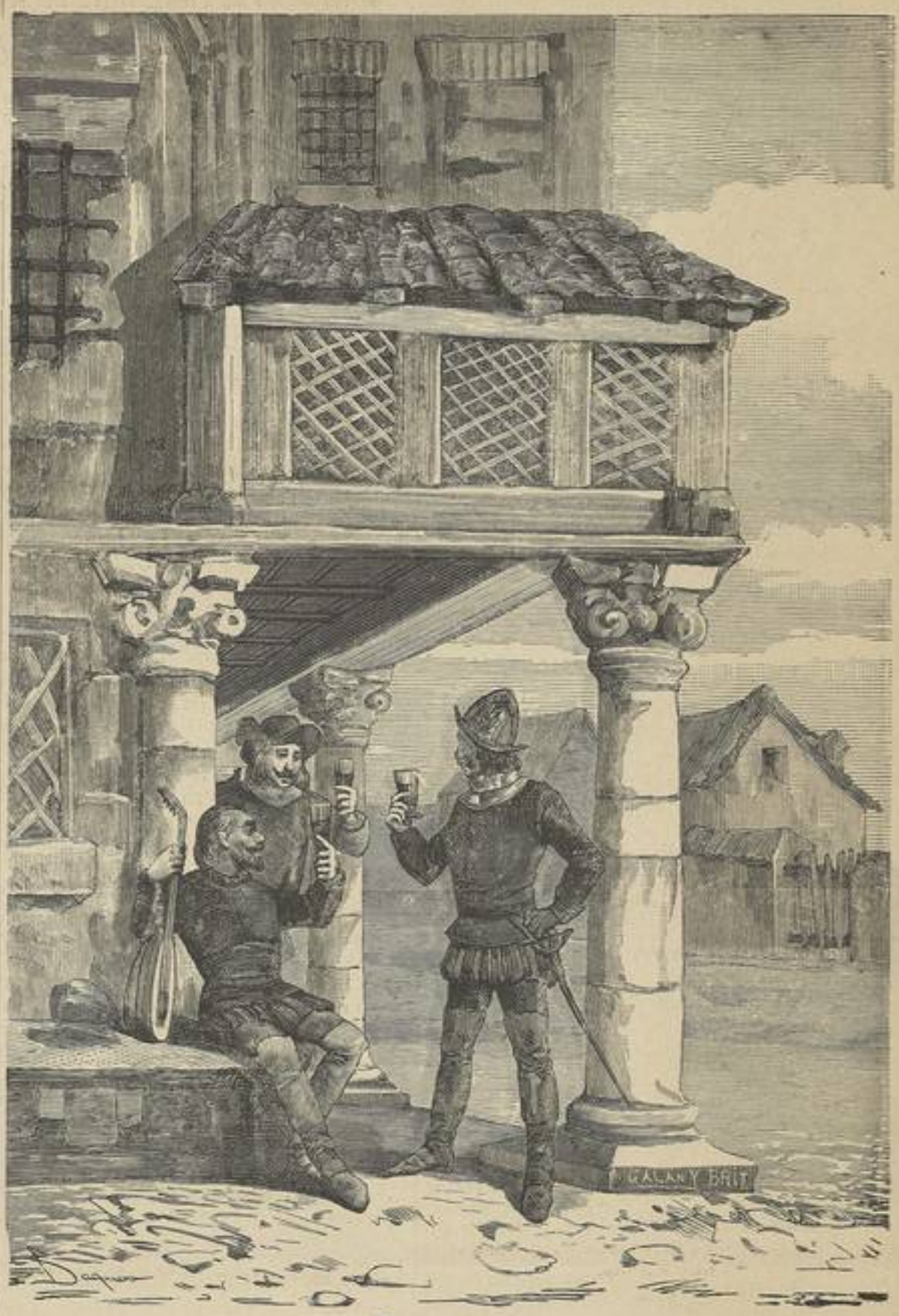
Daniel respondió:

—Ahora mismo vamos.

Y levantándose, se puso en marcha delante de su amigo.

Una hora después, Gertrudis y Federico paseaban por el salón, entretenidos dulcemente en esas deliciosas escaramuzas que son delicado

BELLAS ARTES



Una taberna en Flandes.

preámbulo de los amores finos y honrados.

Detrás marchaban doña Micaela, María y Daniel. Daniel al lado de María, mirándola fija, tenazmente, como si quisiera grabar de un modo indeleble en su alma la hermosa imagen de la muchacha. Y también porque mirando así á María no veía á Gertrudis, ni lo amartelados que iban Gertrudis y Federico. María no miraba á Daniel.

Por fin, rompió él el silencio, y dijo:

—María, quiero hablarte formalmente En realidad, no necesito decirte nada; tú lo sabes ya; siempre te he querido, y no querré á más mujer que á tí. Entre nosotros, comprenderás que una declaración como esta que te hago, no es una tontería.

María se volvió con un ademán de reina ofendida, y dijo vivamente:

—¿Ahora salimos con esas? ¡Hombre...! me gusta tu formalidad y la amistad que nos tienes.. ¿Conque después de hacerle el amor á mi hermana, te declaras á mí? ¿Te ha dado celos tu amigo? No lo estraño; pero sí que me creas capaz de jugarle á mi hermana una mala pasada...

—¿A tu hermana?... Pero si yo á quien he querido siempre ha sido á tí ..

—¿A mí?... ¡Já!... ¡já!... ¡já!... ¡Tiene gracia!

Y María, tomándolo todo á broma, no quiso admitir más parlamento.

Daniel reflexionó:

—Si me dirijo á Gertrudis, es posible que me diga que de quien yo estoy enamorado es de María... Y quizás una y otra tengan razón... Yo soy el que no la tengo de ningún modo.

Y el infeliz comprendió entonces que era un mentecato (¡triste comprensión!), y huyó de allí!

¡Pobre Daniel!

¡Quiso á lo Blanco y á lo Negro al mismo tiempo, y se quedó sin lo uno y sin lo otro!

ANGEL SALCEDO RUIZ

Un libro curioso.

Histoire de l'art dans l'Antiquité, por monsiures Parrot y Chipiez, tomo IV, Judée, Sardaigne, Syrie, Cappadoce, in 4.°, de 832 pages avec. 395 gravures dessinées d'apres les originaux su les documents les plus authentiques, 1887. París, Slachette.

Entre las obras ricamente ilustradas y adornadas que se han publicado en los últimos años, hay cierto número de ellas que interesan el *Arte Cristiano*; pero ninguna tiene más derecho al aprecio del público en este punto, que la obra cuyos autores son los Sres. Perrot y Chipiez, y editor el Sr. Slachette (de París), conocido en toda Europa y fuera de ella.

Esta obra, en curso de publicación desde 1882, no es sino una *historia monumental* del *Arte en la Antigüedad*. El volumen publicado en este año es el cuarto, y termina la primera sección de la obra integral, aquella que debía tratar de las artes Egipcia y Caldea, Fenicia y Judía, Sarda y Sletea, ó en otros términos, de todos los monumentos anteriores á la época en que el estilo y el gusto griego penetraron é hicieron sentir un poco su influencia en todas partes (1). Lo que dá un interés sin igual para nuestros lectores al cuarto volumen de esta obra, aquel de que nos ocupamos hoy, es que la mejor parte del volúmen en cuestión, está consagrada á la historia del *arte judío*, á la enumeración y á la descripción de los monumentos que este arte ha producido, y de que algunos han llegado hasta nosotros (1). Los señores Perrot y Chipiez han buscado y descrito todos estos monumentos con un celo digno de los mejores elogios.

Por lo que concierna especialmente al templo de Salomón, hablan de él con una admiración mezclada de un verdadero sentimiento de piedad. A este particular, ellos se llaman en alta voz cristianos (2); lo que es casi un atrevimiento en nuestros días de impiedad ó de indiferencia religiosa. Pero por desdicha son protestantes: la Biblia no es para ellos un libro ni inspirado, ni divino; no sienten ninguna repugnancia en descubrir en ella exageraciones ó aun errores. Se adivina, por lo tanto, sin que entremos en más detalles, que un católico deberá ponerse en guardia contra algunas de sus aserciones.

Los Sres. Perrot y Chipiez se quejan también en más de un párrafo de la falta de artistas y de monumentos esculturales ó de otro género entre los judíos, culpando de ello á los Profetas y al Decálogo (3). En su aserción hay algo de verdadero; solamente sería fácil de justificar aquí la conducta de Dios y de sus Profetas, y nosotros sentimos que los autores no hayan pensado en este tan conocido adagio: «Quien quiere el fin, debe querer los medios.» Por consiguiente, si *Dios quería* separar al pueblo judío de todo contacto con los pueblos idólatras, debía, como lo hizo, prohibir las esculturas y las estatuas, y por lo tanto, el culto asíduo de las artes plásticas.

Después de estas observaciones críticas, nos complacemos sin embargo en consignar, que el estudio de los Sres. Perrot y Chipiez sobre los monumentos del arte judío, es tan interesante como instructivo.

Las noticias que en esta obra se dan sobre la arquitectura, la escultura, las artes industriales, etcétera, de los judíos, son siempre sacadas de las mejores fuentes, pero es sobre todo el templo de Salomón en su forma primitiva, como en sus reproducciones por Ezequiel, por Ciro y por Herodes, que especialmente llaman la atención de nuestros autores, y les dan ocasión de reformar en más de un punto los sistemas expresados antes de ellos. Pues bien; y serán consultados con gran provecho por los exigentes y los intérpretes de nuestros libros sagrados.

Además del estudio sobre el arte judío, el nuevo volumen de los Sres. Perrot y Chipiez, comprende dos otros estudios, el primero relativo al *arte sardo*, y el segundo relativo al *arte heteo*. Aquel, que tiene por objeto los habitantes primitivos de nuestra isla de Cerdeña, y los monumentos de su civilización, no ofrece nada que sea muy nuevo, y no tiene sino una importancia secundaria (4). Es comó un *colorario* de la historia del arte *Fenicio*, al cual había sido consagrado precedentemente un volúmen especial. Pero el estudio sobre el arte *Heteo* (5), será como una revelación, para la mayor parte de los lectores. En efecto; apenas hay veinte ó treinta años, que se habla de un *arte heteo*.

Hasta entonces no se conocía la existencia de los heteos, sino por la mención que de ellos hacen diez ó doce veces, nuestros libros sagrados.

Los historiadores griegos y latinos parecen haberlos ignorado, en verdad, que los documentos asirios y egipcios recientemente descubiertos habían despertado la atención, puesto que en ellos figuran frecuentemente los heteos, como habiendo sido una raza conquistadora, con la que los egipcios y ninivitas tuvieron guerras perpetuas.

Han sido necesarios, sin embargo, los descubrimientos más recientes todavía de los señores Wright, Sayle, etc., en Hamath, cerca de Damasco, en Cadech, no lejos del Oronte, en Gargamieh, sobre las orillas del Eufrates, además, en Cilicia y en Capadocia, para llegar á reconstituir por el pensamiento, tales como debieron ser nueve ó diez siglos antes de la Era Cristiana; el reino y la civilización hetea de aquellas edades remotas, fácil es adivinar el interés que debe ofrecer la narración de semejantes descubrimientos, y la descripción de los monumentos de arquitectura, escultura, cerámica, etc., que parecen referirse al arte heteo. Pero sin embargo, la parte capital del nuevo volumen de los Sres. Perrot y Chipiez, es sin duda aquella que se refiere á la historia del templo de Salomón y á los ensayos que han sido tratados en el siglo XIX y antes para reproducir aquel famoso monumento.

En lo que toca especialmente al punto de vista artístico, grabados fuera del texto, mapas, planos, reproducciones de bajo relieve, letras adornadas, etc; el volumen nada deja que desear; la corrección del dibujo, la pureza de las líneas, la exactitud de las reproducciones, etc., hacen el mayor honor á los artistas escogidos que la casa de Slachette ha sabido adquirirse y poner á su servicio.

X.

(1) Hist. de l'art., etc., t. IV. p. 126, et. seg.

(1) Hist. de l'art., p. 101-479.
(2) Ibid., p. 225, 477. etc.
(3) Ibid, p. 2, 479. etc.
(4) Hist. de l'art., p. 4-118.
(5) Ibid. p. 481-800.

¡YA LLEGA EL TREN! (1) (a)

¡Ya llega el tren!... Cercano ya á tus muros
Resuena su silbido:
Van á colmarse los ardientes votos
Del olvidado pueblo numantino.

—

¿Cómo no he de alegrarme, patria mía,
Al ver tu regocijo,
Yo, que me tengo por el más amante,
Aunque el menos ilustre de tus hijos?

—

¡Yo, que, lejos de tí, pasé la vida
Enseñando contigo,
Aspirando el aroma de tus prados
Y oyendo los rumores de tus pinos!

—

¡Yo, que en tus muros encerrados veo
Mis recuerdos de niño,
El nido de mis únicos amores,
Trozos de corazón en el Espino! (2)

—

Pero, á decir verdad, si yo me alegro
Tu anhelo al ver cumplido,
Es como, al ver alegres á sus madres,
Se alegran, porque sí, los buenos hijos.

—

(a) Nos tomamos la libertad de reproducir esta hermosa poesía, publicada en la *Revista Agustiniana*, con las notas que su ya ilustre autor ha tenido á bien adornarla. Estamos enteramente conformes con las elevadas ideas fundamentales de esta preciosa composición. (Nota de L. I. C.)

(1) Esta composición, verdadero juguete improvisado, como escrito en una hora, ha de perder al publicarse aquí gran parte del único interés que tiene, y es el que le presta la oportunidad de las circunstancias de lugar y tiempo. Fué leído por su autor en una velada literaria celebrada este verano en el Salón de Actos del Instituto provincial de Soria. Aunque no caiga aquí tan en gracia como tuvo la fortuna de caer á mis paisanos, parécemo que por la transcendencia del asunto no es del todo indigno de figurar en la colección de nuestra Revista, contando con que algunas notas aclararán las alusiones personales y locales. Y sea la primera advertir que por aquellos días se había oído en la ciudad por primera vez el silbido de la locomotora que conducía los materiales de la línea del ferrocarril en construcción de Torralba á Soria. Este hecho fué el que inspiró la composición.

(2) *El Espino* es el título del cementerio de Soria (Nuestra Señora del Espino), donde el autor tiene enterrados á sus abuelos, á su madre y á otras queridas personas de su familia.

Que, pensando en la suerte que á mi patria
Reservará el destino,
al sentir ese tren que á tí se acerca,
Me entusiasmo á la vez, y... me da frío...

—

Yo no sé qué pensar, y perdonadme
Un rasgo *subjetivo*:
Yo soy un hombre condenado siempre,
Fuera de la inocencia, á ser un niño.

—

¡Os reís! Pues oídme en confianza,
Y os lo diré al oído:
Cada vez que paseo por la *Dehesa*. (1)
¡Me entra una tentación de coger grillos!

—

Engendro de poeta y de filósofo,
Mezcla de hombre y de niño,
Todo problema por igual me asusta,
Los del álgebra igual que el socialismo. (2)

—

No siempre el corazón y la cabeza
Están en equilibrio:
Quiero poetizar, y á veces pienso,
Y otras quiero pensar, y poetizo.

—

Venís, noble ciudad, lo que á mis solas,
Como hombre y como niño,
Lo que como filósofo y poeta
Ignoro si he pensado ó si sentido.

—

Allá en el valle, entre las altas copas
De los gallardos pinos,
Asoma el campanario de la aldea
Do la cigüeña colocó su nido.

—

Allí viven felices unos hombres,
Que al través de los siglos
Conservan el sayal y las costumbres
Y el tipo varonil de los celtíberos. (3)

—

Roma no los venció, y hoy se someten
A un cura viejecito,
Que da buenos consejos á los hombres,
Y estampas y confites á los niños.

—

Allí se crece, y se trabaja, y se ama,
Se baila los domingos,
Y la cuestión social tienen resuelta
Con un poco de pan y de cariño.

—

Nunca allí los pesares de la vida
Tienen largo dominio:
Hay una virgen para ahogar los grandes,
Y una guitarra para echar los chicos. (4)

—

Vela la cruz la tumba de los muertos
Y el sueño de los vivos,
Y es cada hogar, á su bendita sombra,
De poderoso amor caliente nido...

—

¡Ay!... Al llegar el tren desaparece
El pintoresco idilio,
Y en viva conmoción bulle la aldea
Como nido de hormigas sorprendido.

—

Y al escuchar las noches temerosas
El penetrante silbo,
Se abrazarán los niños á sus madres
Soñando en los espíritus malignos.

—

¿Qué será ¡oh Dios! de la sencilla aldea
Si á su seno tranquilo
Llega, como la piedra á la laguna,
La agitación febril de nuestro siglo?

. . . . . .

—

Mas no temblemos, no; que no es el hombre
Ludibrio del destino,
Y hay un Dios que regula los sucesos
Y hace brotar la luz de los abismos.

—

Tremenda ley de la existencia humana
Es el luchar continuo,
Y no se alcanzan triunfos sin dolores,
Ni se consigue un bien sin sacrificios.

—

Por eso yo, que lloro cual poeta
Los idilios perdidos,
Cuando vuelvo á pensar como filósofo,
Aplaudo ese progreso y le bendigo.

—

No muere, no, la hermosa poesía;
Si hoy empaña su brillo,
No suponed el vapor los corazones,
Y habiendo corazones habrá idilios.

—

A quien hable, al mirar augustas ruinas
De porvenir sombrío,
Dios le dirá cuando la luz irradie:
«Hombre de poca fe, ¿por qué has temido?»

—

Hay tinieblas también en la existencia:
Cuando se siente el frío,
La triste obscuridad, es que algún túmel
Cruza la humanidad en su camino.

—

¡Ah!... ¡No temblеis!... Parecerán los valles
De esmeralda vestidos,
Donde cantan alegres los jilgueros
Y donde vierte el sol su puro brillo.

—

¡Ah!... ¡No temblеis!... Que de la inmensa ruina
Ha de salvarse un símbolo
Que él sólo basta á redimir al mundo:
¡Se salvará la cruz de Jesucristo!

FRAY CONRADO MUÑOZ SÁENZ,
Agustiniano.

(1) Paseo de Soria á las afueras de la ciudad, centro favorito de los niños, donde el autor ha pasado los días más felices de su infancia cogiendo por sus jardines, y entregándose á los bulliciosos entretenimientos propios de la edad.

(2) Los catedráticos de la sección de Ciencias del Instituto, allí presentes al leerse esta composición, rieron mucho esta estrofa por las abundantes pruebas que poseen de mi miedo cerval á los problemas algebraicos.

(3) Los arqueólogos encuentran gran semejanza entre la tradicional zagarda que usan los aldeanos de la provincia de Soria y el antiguo *sagum* celtíbero. Las hay de varias formas; pero la más común y característica es la usada en los alrededores de Soria y Osma, sumamente parecida al traje litúrgico denominado *dalmática*. Puede verse su figura en el tipo de aldeano del hermoso libro de mi profesor, amigo y paisano D. Nicolás Rabal, dedicado á la provincia de Soria en la colección publicada en Barcelona por Daniel Cortezo, con el título de *España: sus monumentos y artes: su naturaleza é historia*, etc.

(4) La provincia de Soria se distingue, entre otras cosas, del resto de sus hermanas de Castilla la Vieja, por la notable organización musical de sus habitantes. Bien se manifiesta esta particularidad en la preferencia que, como instrumento popular, dan á la guitarra sobre la estrepitosa y chillona dulzaina.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. OBISPO DE MADRID

PRONUNCIADO

en la distribución de premios á los jóvenes obreros
DEL PATRONATO DE SAN JOSÉ
EL DÍA 8 DEL MES ACTUAL

SEÑORES:

No puedo ocultar la gran satisfacción que experimenta mi alma al contemplar esta juventud obrera, perfectamente regimentada y llena de entusiasmo que, bajo el Patronato de exclarecidos sociólogos y católicos prácticos, viene preparándose para ser más tarde un resorte poderoso de la producción nacional y un nuevo elemento de vida para esplendor de las artes.

No se equivocaron estos jóvenes, preciosos vástagos de la democracia cristiana, al buscar en las enseñanzas de la Iglesia las normas del trabajo y las armonías de la economía política con la moral, porque en medio de las teorías sin cuento, inventadas por la ciencia moderna, para curar los fenómenos patológicos que agitan el mundo industrial, solo la Iglesia es la que ha sabido presentar soluciones y principios para poner á salvo los derechos y dignidad del obrero y para señalar justos límites á la acción absorbente del capital.

La incomparable Encíclica de Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII sobre la *Condición de los obreros*, ha venido á disipar las dudas y densas tinieblas que escuelas disidentes habían derramado en el mundo del trabajo, desnaturalizando unas veces los fines altísimos á que debe estar subordinado, organizándole otras sin miramiento alguno al orden moral, y convirtiéndole no pocas en instrumento inductivo á crear situaciones odiosas y á dividir la humanidad en castas, en vez de proclamarle como lazo de unión y ley universal de carácter obligatorio para todos los hombres. Por encima de todas las opiniones y preocupaciones de escuela, el Romano Pontífice ha dado en aquel magistral *Documento* una enseñanza solemne y llena de autoridad, para que, no sólo los economistas católicos, sino también los que, sin serlo, se inspiren siquiera en los principios de justicia y en las luces de la razón social, la tomen como norma y guía segura en los esfuerzos y trabajos que vienen haciendo para dar solución á la cuestión social.

Después de la susodicha Encíclica Pontificia, no cabe dudar que la economía política es una ciencia; que tiene principios fijos, y que lejos de ser todo en ella arbitrario, convencional y mutable, conforme á las exigencias de tiempo y lugar, al contrario, lleva en sí misma bases fundamentales que deben tenerse en cuenta para edificar sobre ella los progresos legítimos de la industria y del comercio, el aumento de las riquezas, la duración del trabajo, la apreciación justa del salario, los deberes que en las diferentes formas de producción afectan la conciencia del obrero y del patrono, el tiempo que ha de destinarse al descanso, á la observancia del día festivo, y en una palabra, todo el orden de relaciones mútuas que existen entre el capital, el trabajo, el producto que surge de la acción de los dos, y la equitativa proporción en que ambos deben participar de la utilidad.

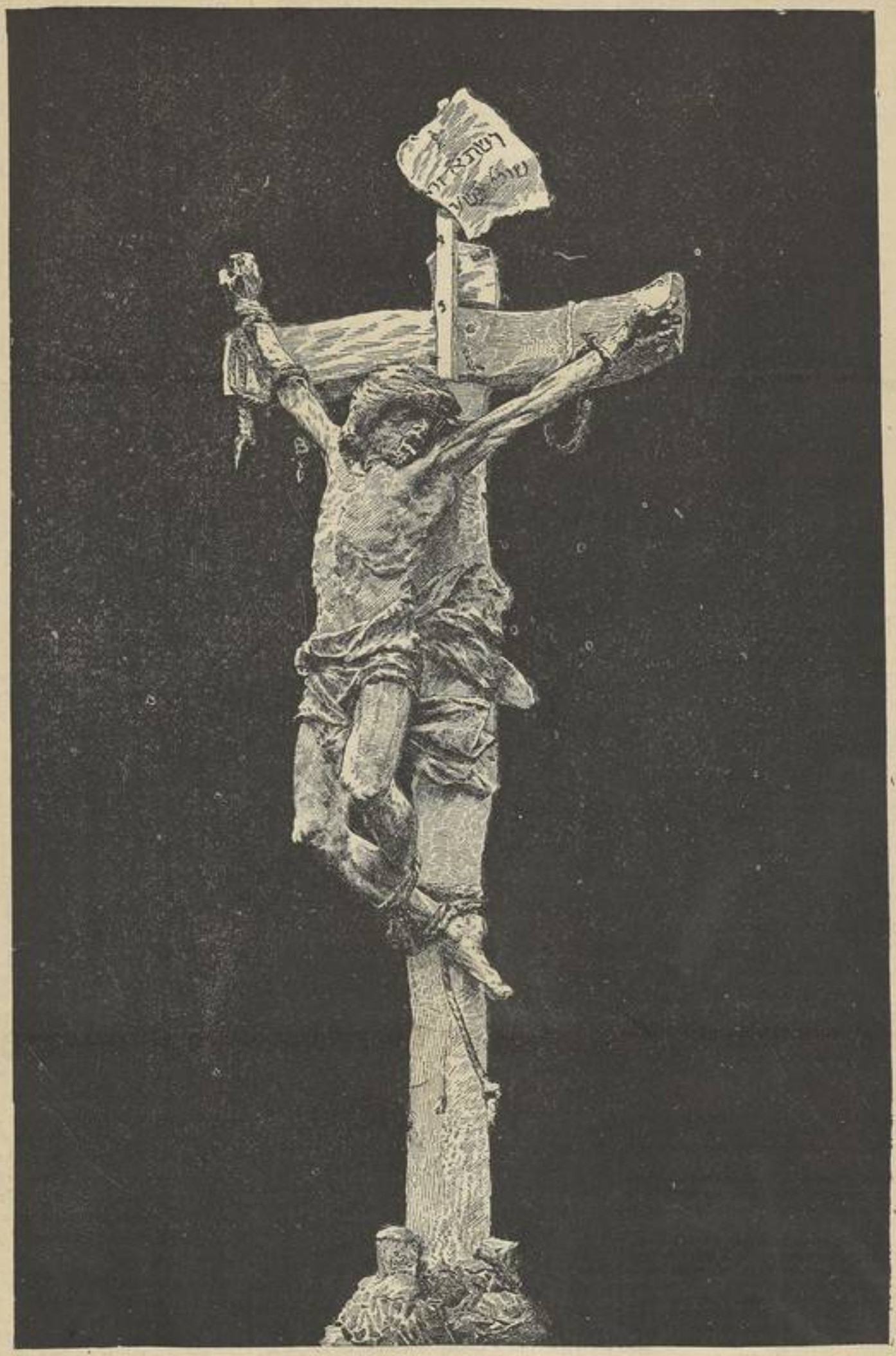
Para evitar lamentables extravíos, atender las quejas de los que se sienten agraviados, contener en los límites de la equidad y de la justicia los deseos de las riquezas, y lograr la paz y armonía en el mundo económico, es de necesidad y de importancia suma el oir la voz del Romano Pontífice, y poner en práctica los medios que ha señalado para resolver el problema social, que tanto preocupa á los pueblos y á los poderes públicos.

Veamos, señores, cuál es, entre otros medios, el que con ese fin recomienda más principalmente Nuestro Santísimo Padre. En su Encíclica *Humanum genus* de 20 de Abril de 1884, se expresa de la manera siguiente: «*Hay una institución, sabiamente fundada por nuestros mayores, y después con el andar del tiempo abandonada, la cual puede servir en nuestros días de modelo y de forma para algo semejante. Hablo de los colegios y corporaciones de artes y oficios, destinados, bajo la guía de la Religión, á la tutela de los intereses y de las costumbres. Muy grato Nós sería que esas corporaciones, adaptadas á estos tiempos, resucitasen en todas partes bajo los auspicios de los Obispos para bien del pueblo.*» Y dirigiéndose posteriormente á una peregrinación de obreros franceses que fueron á ofrecerle el testimonio de obediencia y de amor filial, les dijo: «*Lo que Nós pedimos es que se cimente de nuevo este edificio social, volviendo á las doctrinas y al espíritu del Cristianismo, restaurando, cuando menos en la sustancia, en su virtud bienhechora y múltiple, y bajo todas las formas que permitan las nuevas condiciones de los tiempos, aquellas corporaciones de artes y oficios, que en otras épocas, informadas del espíritu cristiano é inspirándose en la maternal solicitud de la Iglesia, proveían á las necesidades materiales y religiosas de los obreros, les facilitaban trabajo, cuidaban de sus ahorros y economías, defendían sus derechos y apoyaban, en la medida conveniente, sus legítimas reivindicaciones.*»

Y para que no quede duda alguna de la eficacia que contiene el sistema corporativo para mejorar la condición de las clases trabajadoras, insiste Su Santidad en recomendarle y encarecer sus ventajas, diciendo en su incomparable Encíclica de 15 de Mayo último, lo siguiente:

«*Por último, los amos y los mismos obreros pueden hacer mucho para la solución de esta*

BELLAS ARTES



El mal ladron.



PAISAJE DE INVIERNO

contienda, estableciendo medios de socorrer convenientemente á los necesitados y acortar las distancias entre unos y otros. Entre esos medios deben contarse las asociaciones de socorros mútuos... para atender á las necesidades del obrero, á la viudedad de su esposa y á la orfandad de sus hijos... Muchos años duraron entre nuestros mayores los beneficios que resultaban de los gremios de artesanos, los cuales, en hecho de verdad, no sólo fueron excelentemente provechosos á los menestrales, sino á las mismas artes, dándoles el aumento y esplendor de que son testimonio muchísimos documentos. Como este nuestro siglo es mal culto, sus costumbres distintas y mayores las exigencias de la vida cotidiana, preciso es que los tales gremios ó asociaciones de obreros se acomoden á las necesidades del tiempo presente. Con gusto vemos que en muchas partes se forman asociaciones de esta clase, unas de obreros solos, otras de obreros y capitalistas; pero es de desear que crezca su número y actividad.»

Recomendando y elogiando nuestro Santísimo Padre, en los términos laudatorios que lo ha hecho, la restauración de los gremios de obreros sobre las bases que la Iglesia les dió, y con las cuales subsistieron llenos de vida y de prosperidad cerca de seis centurias, no se explica que los partidarios de las escuelas queneyana, phisiócrata, smithniana, malthista, sayerita, ecléctica, sansimossiana, fourierista, y de las diferentes ramas del liberalismo económico contemporáneo, puedan reputar sanas sus teorías estando estas en discordancia con la organización que para el trabajo recomienda el Maestro de la moral, llamado con razón recientemente el *Papa de los obreros*. Desde luego puede predecirse que semejantes sistemas, en el mero hecho de estar en disidencia con las enseñanzas pontificias, no lograrán jamás la paz entre obreros y patronos, porque á la hora presente está en la conciencia de todos los hombres ilustrados é imparciales, que no hay solución posible para el pavoroso problema social sin el concurso de la Iglesia, y fuera de los principios de Religión y moral que la misma enseña, lo mismo al noble que al plebeyo, y así al rico como al potentado.

La soberbia de Tugot y los utopistas de la Asamblea constituyente de Francia para justificar la disolución de los gremios de artesanos, y en odio al régimen antiguo, que á todo trance querían hacer desaparecer, no cesaron de denigrar aquellos respetables organismos, sin considerar que con su eficaz virtud habían sido satisfechas durante siglos enteros todas las exigencias del orden económico, y se había logrado conservar una completa armonía entre el capital y el trabajo, y entre la producción y el consumo. Conviene, por tanto, exponer con espíritu imparcial lo que eran las antiguas asociaciones de artes y oficios, los servicios importantes que prestaron á la sociedad y la condición superior que en ellas tenía el obrero, comparada con la que disfruta en el sistema individualista y en el régimen, que sólo por sarcasmo pudo llamarse de libertad, puesto que se inauguró atacando el derecho natural que todo hombre tiene para asociarse libremente á sus semejantes con la mira de realizar algunos de los fines honestos de la vida.

La necesidad que el hombre aislado y privado de derechos civiles y políticos sentía de defenderse para mejorar su condición social, le obligó á buscar alianzas con otros de su mismo oficio, y por esa ley de conservación fueron sucesivamente constituyéndose las familias profesionales, y surgió la corporación, que fué la forma ordinaria de la actividad industrial con que se hizo fuerte el tercer estado: alcanzó su independencia, ensanchó sus atribuciones, y ejerció inmenso poder, así en el orden administrativo como en el político, hasta que el 1791 en Francia, el 1835 en España, 1869 en Alemania, 1859 en Austria, y con poca distancia de fechas en las demás naciones de Europa, se declaró la libertad del trabajo, y se dejó al arbitrio de cada ciudadano el ejercer la profesión que más le agradase, sin tener necesidad de agremiarse, ni de observar limitación alguna reglamentaria.

En vez de hacer tabla rasa de las antiguas corporaciones profesionales, hubieran obrado con más cordura y criterio más provechoso los Estados modernos decretando la reforma de aquéllas, en la parte que necesitaban de ella para acomodarlas á los progresos de la maquinaria y condición de estos tiempos, y conservando lo que tenían de fundamental, de justo y laudable, así en su organismo interno, como en su vida económica y en su tecnicismo industrial.

El transcurso del tiempo y la experiencia, que es la piedra de toque para averiguar la bondad y utilidad de un sistema, han venido á demostrar que la supresión del trabajo corporativo, tal como la Iglesia le había organizado, sobre haber empeorado la condición del obrero, no ha reportado tampoco al comercio á la industria y á las artes las ventajas deslumbradoras que se esperaban del sistema individualista y de la libertad profesional; y eso es evidente en tal manera que en la actualidad todos los Estados vuelven á fomentar y proteger con disposiciones legales las asociaciones obreras á sancionar reglamentos sobre el trabajo y la producción.

El orden, que es elemento condicional para la prosperidad y realización de todo organismo social, no podía dejar de entrar como factor importantísimo en la constitución de los gremios industriales, y por eso viéronse en éstos desde su origen las categorías de aprendiz, compañero y maestro. El primero, al afiliarse libremente al taller, contraía la obligación de obedecer al maestro, que desde aquel momento se encargaba de su educación profesional; ejercía para con él las funciones de padre, le admitía á comer y dormir en casa, vigilaba sobre su aplicación y sobre su conducta religiosa y moral, le reputaba como miembro de su misma familia, le infundía amor al oficio y á la corporación, le instruía en las prácticas y reglamentos de la misma, y luego que concluía el tiempo del aprendizaje, que era más ó menos largo, según la naturaleza del oficio y capacidad intelectual para aprenderle, el aprendiz era examinado por los síndicos de la corporación; y si éstos le encontraban con la suficiencia necesaria, le expedían certificado para que pudiera pasar al segundo grado de la profesión.

Al ingresar el obrero en el taller en calidad de *compañero*, prestaba juramento de desempeñar fielmente su oficio; tenía derecho á concurrir con el maestro á la formación ó reforma del reglamento, á intervenir en los contratos de admisión del aprendiz, á vivir y comer en casa del maestro, ó recibir de éste diariamente el jornal si quería tomar estado y habitar separadamente en su casa. Era deber suyo denunciar los abusos del taller, cuidar de la perfección de la obra que en él se ejecutaba, evitar la adulteración de los materiales en ausencia del maestro, representarle para todos los actos de la corporación, y después de haber aprendido á su lado y bajo su dirección los conocimientos técnicos del oficio, la administración del taller y los deberes comunes de la corporación, debía ejecutar una obra maestra y someterla á la aprobación del jurado, con cuyo dictamen favorable es como quedaba habilitado para ser recibido en calidad de maestro en el gremio, y principiar á ejercer independientemente la profesión.

La categoría de maestro era el término de la carrera industrial, y daba derecho al artista para abrir el taller en su nombre, para usar marca ó sello propio que debía ponerse en todas sus manufacturas, para admitir aprendices y compañeros en su trabajo conforme á los estatutos del gremio, para tomar parte en la elección de altos cargos del mismo, para ser socorrido en la desgracia, para que en caso de muerte fueran educados sus hijos huérfanos por cuenta de la corporación, para intervenir en la compra y distribución de las primeras materias, en la legalidad de las transacciones, en la policía y vigilancia de los talleres, en la adquisición y venta de los inmuebles del gremio; y en una palabra, gozaba de atribuciones para tomar parte en todo lo que podía afectar á los intereses, al honor y dignidad de la corporación.

Organizados de esa manera los gremios, venían á ser unas vastas familias unidas en común interés, en el mismo espíritu y en el mismo fin, y en ellos el maestro trabajaba lo mismo que el compañero y el aprendiz, enseñándoles con su ejemplo la virtud y la honradez, y con sus conocimientos el esmero y perfección de la obra que habría de ejecutarse en el taller. En el trabajo así organizado, la suerte del obrero, la de su mujer y sus hijos se hallaba asegurada contra la miseria y la enfermedad; no había que lamentar el exceso del trabajo, ni la falta de jornal; eran religiosamente observados los días festivos, y el operario, en vez de verse sólo y abandonado, como se encuentra ahora, luchando contra una concurrencia desesperada, que le deja sin pan, al contrario, tenía en su auxilio los recursos, la fuerza moral y la protección de toda la corporación, que le defendía como miembro de la misma, y le miraba, no como un mero factor de la industria para explotarle, sino como un sér racional con sus derechos, su conciencia, su dignidad, sus deberes morales, sujeto á la misma ley que los demás hombres y criado para el mismo fin.

Funcionando en esa forma el trabajo corporativo, no solamente educaba á las clases obreras en situación ventajosa, que ahora no tienen, sino que favorecía la perfección de las artes, y redundaba en beneficio social del consumidor. Los reglamentos gremiales preceptuaban bajo severas penas la perfección del trabajo y la probidad de la fabricación; al tenor de los mismos, sólo podía explotar una industria ó ser jefe de taller el artista que en examen teórico y en la ejecución de obras maestras hubiera acreditado su capacidad, de donde resultaba que los que estaban al frente del trabajo y de las manufacturas, eran todos verdaderos artistas; y así es como se explican las obras maravillosas ejecutadas en plata, hierro, bronce, madera, tapicería, cerámica, escultura, relojería, grabados, y en otras muchas espléndidas manifestaciones del trabajo, de que nos da cuenta la historia de las artes desde el siglo XIII al XVII.

En este sistema de agremiación, más bien que al interés personal se atendía al interés social, y para lograr tan laudable fin, los estatutos prohibían el acaparamiento de provisiones ali-



UN DISCÍPULO IMPROVISADO

menticias, con la mira de que jamás éstas se acumulasen en avaras manos con perjuicio del pobre, y por igual motivo estaba también prohibido el acaparamiento de las primeras materias industriales, para que las pequeñas fortunas no se vieran arruinadas por los fuertes capitales. Se limitaba á los maestros el número de aprendices y oficiales que habían de emplear en el taller, para evitar el exceso de producción, que en nuestros días ocasiona frecuentemente la paralización del trabajo, y la miseria que es consiguiente, á los operarios.

En beneficio del comprador se prohibía poner en venta mercancías de mala calidad; la perfección y lealtad en el trabajo eran regla del comercio y de los industriales agremiados y constituía delito la falta en la fabricación de los géneros, cuando se aprobaba haber sido cometida con advertencia y deliberación. Ultimamente, era castigado con severas penas reglamentarias el adulterar las primeras materias, el engañar al consumidor en la naturaleza y fabricación de las mercancías, y el anunciar y vender éstas como nuevas, siendo viejas. Nadie, que de prejuicios esté exento, puede desconocer la sabiduría de esos ordenamientos y las ventajas que al público reportaba el trabajo de los antiguos gremios, si se compara éste con el régimen tan acariciado por el liberalismo económico de nuestros días, en que por do quiera se ve el fraude, el engaño y la adulteración, empleados como medio de labrar rápidamente colosales fortunas. Asustado de tantos abusos y de la codicia desmesurada en que se inspira la vida industrial contemporánea, no ha faltado economista, nada sospechoso á las escuelas modernas, que ha encontrado razones para decir que *la libre concurrencia es la divinidad protectora del comercio de mala fe.*

Desvanecidas las esperanzas lisonjeras de los que, destruyendo los antiguos organismos del trabajo, proclaman el régimen de libertad industrial como dogma del progreso social y como iris de paz entre los elementos todos que por diferente manera concurren á la producción, principian á separarse de sus ideales y á confesar la necesidad de agremiar las clases obreras, como único medio de atender á las necesidades de las mismas, y de llenar el inmenso vacío que dejó en ellas la supresión de la corporación. Sin menoscabar lo que haya de laudable en este deseo de restaurar ahora lo que antes se destruyó, es indispensable advertir, que el restablecimiento de los gremios, tal como los quiere el feudalismo industrial, lejos de ser provechoso y conducente á la concordia del trabajo con el capital, al contrario; sólo se logra con él aumentar las distancias y recelos entre obreros y patronos, y allegar mayores elementos de acción al socialismo para su triunfo contra el actual orden económico y contra la propiedad particular.

Fúndase el presagio de tan funesto resultado, en que los estadistas y escuelas económicas que abogan por las corporaciones obreras, no se limitan á reformar en éstas la minuciosa reglamentación con que antiguamente funcionaron, lo que sería, sin duda alguna, razonable, sino que descartan de ellas el principio religioso, que fué el alma de los gremios, en tal manera, que éstos nacieron de las cofradías, y se identificaron con ellas, y antes de unirse los obreros para funcionar en el orden económico, se unieron por la fe, para cumplir deberes religiosos, practicar las virtudes cristianas y asegurar su eterna salvación. Querer la reorganización de las corporaciones de artes y oficios para fines puramente terrenos, para aumentar la producción, para abaratar las sustancias alimenticias, y para conseguir sólo un bienestar temporal y esperar de esos organismos naturalistas abundantes frutos en el orden moral, es pretender un imposible y aspirar á dominar las pasiones y concupiscencias del cuerpo, dejando abandonadas las facultades del alma y los sentimientos del corazón.

La fórmula ordinaria de las asociaciones obreras—dice el ilustrado economista Sr. Tramoveres,—*fué siempre la cofradía; sus ordenanzas y reglamentos nos presentan al obrero cumpliendo un fin religioso. Antes que artesano y miembro de una clase, es cristiano, y se pertenece por entero á su capilla y á su santo patrono. En la antigua sociedad, organizado por grupos con sus leyes especiales, los obreros se hacen fuertes mediante una organización religiosa.* La fe, efectivamente, es el principio informante de todos los estatutos que moderaron la vida y costumbres de los obreros agremiados durante seis siglos. Esas palancas del trabajo, dice el Sacerdote Hananer, *declaraban todos en sus reglamentos que se reunían para ase-*



La Valenciana

gurar la salud de su alma, para promover la gloria de Dios Todopoderoso y de la Virgen Santísima, Reina de los cielos. Los estatutos del gremio de tallistas de piedra de Strasbourgo, establecen que todo cristiano está obligado á meditar en la salvación de su alma, y que ese pensamiento debe preocupar más á los maestros y compañeros de la clase, porque Dios les ha dispensado la gracia de levantar por medio de su arte y su trabajo iglesias suntuosas, otros monumentos preciosos, y el ganar así honradamente el sustento para la vida. La cofradía de plateros de Troyes, al pedir la aprobación de su reglamento, exponen que tenían costumbre de celebrar una función solemne todos los años á San Eloy, y de ir con ese fin á la iglesia de la Magdalena para cumplir devotamente ese deber del culto divino, que después de la Misa y Sermón solían rogar á Dios por la salud de los cofrades, de sus padres, de sus parientes, de sus bienhechores, y por el eterno descanso de los hermanos difuntos; y que, últimamente, estaba en sus usos el hacer una colecta en la casa de la Hermandad, y distribuir la limosna colectada el día de Pascua á los pobres de la ciudad y á los presos de la cárcel. Por precepto reglamentario, la cofradía de sastres de Nantes se obligaba á mandar celebrar una Misa solemne el día de la Santísima Trinidad, y otra de *Requiem* al día siguiente por los hermanos difuntos; y además exigía, como requisito indispensable, á los que libremente solicitaban entrar en la Hermandad, el que fueran de buena vida y costumbres, é imponía severas multas á los blasfemos, expulsándolos de la cofradía si no se arrepentían y enmendaban.

No es solamente en Francia donde se toma la cofradía como base fundamental del gremio, sino que sucedía lo mismo en Alemania, Italia, Aragón y Cataluña.

Era ley común del obrero el inscribirse en la cofradía y hacer profesión de su fe católica antes de ser recibido en el oficio que deseaba aprender; y así se nota que casi todos los estatutos de las Hermandades estaban vaciados en el mismo molde, contenían sustancialmente iguales disposiciones y á veces era idéntica su redacción.

En las Cortes celebradas en Valencia el año 1329, concedió D. Alfonso II grandes privilegios á las cofradías de bonetеros, zapateros, pellejeros, corredores, agricultores, pergamineros y otras varias cofradías de artesanos, y en los ordenamientos de todas ellas se encuentra siempre la fiesta del santo Patrono: misa, sermón, vísperas, plegarias, sufragios, corrección de faltas, limosnas y otras prescripciones encaminadas á conservar la piedad, buena vida y costumbres en los cofrades, á defender la Religión, promover la gloria de Dios, el culto de los Santos y la observancia de los preceptos eclesiásticos.

Del espíritu de piedad y religión, que era el fundamento esencial de las cofradías, brotaron como aguas de la propia fuente las obras de caridad; y así, á la vez que las Hermandades respondían á las necesidades de la vida cristiana, vinieron á ser al propio tiempo asociaciones de socorros mútuos para auxiliar á los cofrades en las enfermedades, en las desgracias y en los oficios de misericordia que son debidos á los cristianos después de la muerte, resultando de esas funciones corporativas una importante lección que nos enseña la necesidad de buscar en fórmulas sencillas, naturales y de abolengo histórico, solución eficaz á los problemas que perturban á la sociedad y afligen á las clases trabajadoras de nuestros días.

Del organismo de las cofradías se deduce, que cuando un miembro de la misma caía enfermo, si era pobre, por la caja de la cofradía se costeaban las medicinas, la asistencia del facultativo y los auxilios que le fueran necesarios; y si no lo era, dos compañeros designados por el preboste estaban obligados á velarle por la noche, y á cuidar de que se le administrasen los Santos Sacramentos si de ello hubiere necesidad.

En caso de fallecimiento, el monitor del gremio avisaba á los cofrades la hora del entierro, al que concurrían todos con cirios encendidos, cerrándose entre tanto los talleres en señal de duelo. Cuatro cofrades llevaban sobre sus hombros el cadaver del difunto, colocado en andas de la Hermandad, y el entierro revestía gran solemnidad, porque además del Clero de la parroquia asistían comisiones de las comunidades religiosas, las familias de las cofrades, el negro pendón con el escudo de la cofradía, el estandarte que ostentaba bordada la imagen del santo patrono, y el acompañamiento de los fieles de la localidad que era siempre numerosa, dado el espíritu de fe de que estaban animados.

Terminados los oficios de sepultura eclesiástica, los cofrades se reunían en la casa gremial, y acordaban que cada uno se encargase de mandar aplicar las Misas y sufragios de reglamento por el difunto; y si éste había dejado familia sin recursos, deliberaban sobre el modo de socorrer á la viuda, de enseñar oficio á los hijos y de dotar á las huérfanas para que á su tiempo pudieran tomar estado, corriendo por cuenta de la corporación el sufragar con esos fines todos los gastos que fueren necesarios. Salta á los ojos que en tan sabia organización del trabajo estaba más garantido por medio del mutualismo el porvenir de los obreros y de sus familias, que lo está en el régimen individualista, tan decantado en nuestros días.

El espíritu de la hermandad y de compañerismo estaba tan arraigado, y era tan poderoso en las cofradías, que no sólo intervenía en los momentos de tribulación y desgracia, sino que se asociaba también á los hechos ordinarios de la vida, en tal manera, que la corporación gremial parecía una gran familia, en cuyos accidentes, ya fueren favorables, ya adversos, tomaban parte todos los miembros de la misma. El día que contraía matrimonio un cofrade, ó alguno de sus hijos, era fiesta en el oficio.

Los compañeros de la clase asistían á la boda, celebraban el acto con demostraciones de júbilo, y se unían á la satisfacción y alegría de la familia en señal del compañerismo y afectuosa lealtad, repitiéndose esos mismos testimonios de amistad y concordia cuando un hijo del cofra-

de cantaba Misa, profesaba en el estado religioso, ó favorecido de la fortuna mejoraba de posición social.

Los estatutos de las cofradías fueron al propio tiempo los de los gremios durante dos siglos, hasta que el siglo XIV, por la diferente manera de ser de la industria en Aragón, Cataluña, Valencia, Francia, é Italia, con cuyas dos naciones sostuvieron contínuas relaciones comerciales muchas ciudades de España, se fueron lentamente modificando sin agitaciones, protestas ni luchas de intereses, para dar á la institución religiosa un carácter técnico y económico más acentuados, y en concepto de corporación gremial habilitarla para el goce de derechos civiles y políticos. De esa manera, conservando siempre el fundamento religioso, fueron los gremios una entidad social y jurídica: tomaron parte en la constitución de los Municipios y en la administración de la ciudad; y como después de la organización eclesiástica no había otras corporaciones mejor reglamentadas, ni más disciplinadas que los gremios, prestaron importantes servicios á los poderes públicos: por encargo de éstos cobraron los tributos del pueblo, y fueron un poderoso elemento para la defensa nacional, á la vez que un principio de vigorosa vitalidad para el aumento de la riqueza y progreso de las artes.

Era tal la importancia y poder de las corporaciones de artes y oficios desde el siglo XIV al XVII, que el Consejo de las ciudades no podía prescindir de contar con aquéllas siempre que se trataba de celebrar algún acontecimiento de interés general. En Valencia eran invitadas al centenario de la entrada del rey D. Jaime I en aquella ciudad y al de la beatificación de San Vicente Ferrer; á las fiestas del nacimiento de príncipes herederos de la corona, á la celebración de las victorias, de las bodas regias y de sucesos extraordinarios; á la procesión del Corpus, á la erección de templos y á la función de los titulares de las parroquias. Solemnísimo y sobremanera admirable era el espectáculo que presentaban esas manifestaciones públicas en que, asociados los tres sentimientos más fuertes que dominan el corazón humano, el amor de la familia, de la Religión y la patria, impulsaban á los gremios de obreros á excederse á sí mismos en dar esplendor á los actos cívico-religiosos.

Al considerar la disgregación y divisiones que existen entre las clases trabajadoras de nuestros días, ¿cómo no admirar aquellas muchedumbres de braceros y artesanos unidos como un sólo hombre, llenos de fe y de entusiasmo, marchando ordenadamente por las calles públicas para tributar homenajes de amor y devoción al que los había precedido en el ejercicio de su profesión, y por las virtudes que practicó en el taller mereció ser primero coronado de gloria en el cielo, y después ser declarado por la Iglesia con derecho á los cultos que se tributan á los Santos en la tierra? Los carpinteros, para alentar su esperanza y estimular su amor al propio oficio, tomaron por patrono á San José, los plateros á San Eloy, los zapateros á San Crispín, los panaderos á San Honorio, los músicos á Santa Cecilia, los caldereros á San Juan Evangelista, los sombrereros á la Virgen del Rosario, los guanteros á San Bartolomé, los albañiles al Santo Sepulcro, los picapedreros á la Virgen de la Misericordia, los pescadores á los Apóstoles San Pedro y San Andrés, los cuberos á Santa Elena, los colchoneros á la Virgen de las Nieves, los traficantes en tijeras á San Cristóbal, los pelaires al Niño Jesús, los torcedores de seda á San Erasmo, y del mismo modo los sastres, pañeros, tejedores, zurradores, chapineros, tintoreros, molineros, arrieros, marineros y cada gremio de menestrales elegía su Santo titular, y colocaba bajo su amparo y protección la salud y prosperidad de los agremiados con sus familias y los intereses todos de la corporación.

Por la grandísima importancia social que las instituciones corporativas alcanzaron, les fueron concedidos ámplios privilegios y atribuciones por los soberanos que necesitaron, á su vez, del apoyo de aquéllas para sostener su autoridad y para escogitar recursos con que atender á los gastos de las guerras contra la nobleza hostil y contra enemigos extranjeros. Cada gremio tuvo su escudo y atributos distintivos, sus estandartes y banderas, sus colores y formas peculiares para no confundirse con los demás, su casa gremial en cuyo frontispicio se ostentaban los blasones del oficio; tuvo su hospital, su escuela profesional, su capilla, su santo Patrono, su presidente, sus mayorales, sus veedores, su escribano, su archivo y su autonomía, y toda la organización que necesitaba para funcionar como autoridad jurídica, administrativa, política, económica y civil. Para cubrir los gastos de la corporación y atender á las necesidades de los agremiados y de las familias de éstos, cada gremio tenía su caja de fondos, que se alimentaba con la cuota de entrada y semanal de los asociados, con los productos de las fincas rústicas y urbanas de la corporación, con el valor de la obra maestra que se exigía á cada compañero para acreditar su capacidad técnica antes de ser admitido al ejercicio del cargo de maestro, con los derechos de exámenes, con la cuota de los aprendices cuando éstos pertenecían á familias acomodadas, con los legados voluntarios hechos al gremio, con las multas impuestas á los asociados por falta de asistencia, por fraudes cometidos en la fabricación y venta de las mercancías y por otras causas señaladas en los estatutos; y, finalmente, con los honorarios devengados por el jurado gremial cuando era llamado á dar dictamen en asuntos de carácter económico, administrativo y judicial.

Si con el trabajo de esa manera organizado las clases obreras encontraron asegurada su subsistencia; si se conservó la armonía entre los patronos y los trabajadores, se evitaron las huelgas, al menos con el carácter anarquista y universal que han tomado en nuestros días; se ejecutaron obras maravillosas de arte que todavía son objeto de asombro y admiración, y se consiguió que el consumidor no fuera víctima del fraude y de la adulteración, por la severa vigilancia ejercida en la fabricación de las manufacturas; ¿por qué destruir el sistema corporativo que, sobre estar basado en el derecho natural que tiene todo hombre de asociarse á sus semejantes para fines lícitos, prestaba tan importantes servicios á la sociedad? Si por la índole de los tiempos y las condiciones diferentes de la industria y del comercio necesitaba de reformas, ¿por qué no se efectuaron éstas en vez de suprimirle, perturbando profundamente las pacíficas relaciones entre el trabajo y el capital? El régimen de libertad industrial con que se ha remplazado la antigua corporación gremial, ¿qué ventajas ha reportado á las clases obreras? ¿Cómo se pretende aquietar las impaciencias de éstas con el nuevo orden económico, en que ven que cada día se encuentran más abandonadas, en que sólo se atiende á producir mucho el aumento del crédito y de la circulación subordinando la dignidad del obrero y su persona á la utilidad puramente material? ¿Cómo extrañar que en defensa propia se levanten contra un progreso, tan falso como deslumbrador, que por su propia naturaleza va acumulando las riquezas en pocas manos, dejándolas á ellas sumidas en la miseria, disminuyéndolas el salario y privándolas de lo necesario para subsistir?

No deben carecer de fundamento las quejas de la clase obrera, puesto que mientras á fines del siglo último y principios del actual los economistas en su mayoría se pronunciaron en contra de la reglamentación del trabajo y de la existencia de los gremios de cuarenta años á esta parte no hay filósofo, estadista, hacendista, político ó Gobierno, que asustado de los funestos resultados del actual orden económico, de los odios y desconfianzas que del mismo han surgido entre obreros y patronos, y de las proporciones espantosas que el pauperismo va tomando en todas las naciones, deje de confesar la necesidad de restablecer las instituciones gremiales, como único medio de mejorar las clases trabajadoras, de reconciliarlas con los príncipes del capital, y de volver á formar de aquéllas y éstos, por medio de patronatos, sindicatos y pactos equitativos, la antigua familia industrial. En pro de esta opinión se expresan hombres doctos en ciencias sociales y económicas de nuestra patria, como los Sres. Cánovas del Castillo, Moret y Prendergast, conde de Torreánaz, García Barzanallana, Sanz y Escartín, Pérez y Pujol, Tramoyeres Blasco, Santa María de Paredes, Piernas y Hurtado, Ventosa, Pareja y Alarcón, y otros muchos escritores, académicos y políticos de todos los partidos, que con laudable celo se vienen ocupando de la cuestión social. En el mismo sentido se pronuncia la opinión de economistas extranjeros como Wagner, Schmoller, Schomberg, Claudio Janet, Carlos Perin, Harmel, conde de Mun, conde de París, Baudrillart, Blanqui, H. Balleroux, Blanc, Dauillard, Leroy-Beaulieu, Laveleye, Brentano, S. Maine, y los Parlamentos todos, así de Europa como de América. Con razón ha podido decir el ilustrado jurisconsulto señor Pérez y Pujol, *que la corporación se impone en el orden económico como recurso necesario para promover los intereses colectivos, hoy totalmente abandonados, y para preparar la solución de los graves problemas que traen agitada la sociedad contemporánea.*

Mas como casi todas esas notabilidades de la ciencia económica, al defender con entusiasmo las asociaciones de obreros, parten de la base de la libertad, excluyendo de la agremiación todo monopolio, todo exclusivismo, todo privilegio, toda jerarquía autoritaria, rechazando igualmente toda limitación á la producción y á la libre concurrencia, sin admitir tampoco los principios reglamentarios de los antiguos gremios, referentes á la calidad de las manufacturas y á las condiciones técnicas y morales de que debían estar adornados el artista y el menestral, es indispensable examinar si el trabajo corporativo, que en esa forma se pretende restablecer, es de suyo eficaz y conducente á encontrar la solución tan deseada para el problema social; y como el desenvolvimiento de ese pensamiento no podría efectuarse en este acto sin abusar demasiado de vuestra atención, me habeis de permitir aplace ese propósito para otra ocasión en que digneis honrarme con vuestra indulgencia.

Entre tanto, os recomiendo, jóvenes aprendices, que prosigais, como lo venís haciendo hasta aquí, poniendo por base de vuestros estudios

profesionales las enseñanzas de la Iglesia, sol hermosísimo que da brillantez á las artes y derrama torrentes de luz en el gran horizonte de las ciencias humanas; que no olvideis jamás la obligación que teneis de ser, antes que todo, buenos cristianos, para que podais ser más tarde artesanos laboriosos y honrados y leales ciudadanos; y finalmente, que considereis que los premios que se os han distribuído esta tarde, á la vez que un estímulo noble y legítimo para la aplicación y la puntual asistencia al estudio, son también una recompensa de vuestra virtud, de vuestras costumbres honestas y de vuestro laudable comportamiento, motivos todos muy poderosos para que os mostreis agradecidos á vuestros bienhechores, y para que os hagais cada día más dignos de su protección.

Banco de España

40.º sorteo para la amortizacion de la Deuda del 4 por 100.

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortizacion de la Deuda al 4 por 100 la suma de 21.726.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 86.904.000 que determina la ley de 9 de Diciembre de 1881, corresponde en justa proporcion por ambos conceptos, á cada una de las cinco séries en que se halla dividida la emision, las cantidades siguientes:

	Pesetas
A la série A.....	880.000
» B.....	3.142.000
» C.....	6 391 500
» D.....	4 525 000
» E.....	6.787 500
En junto.....	21.726 000

Las diferencias que en cada sorteo resulten de más ó de menos en las cuotas trimestrales fijadas para intereses y amortizacion, por la necesidad de acomodarlas á lotes cabales, se toman en cuenta y se compensan convenientemente.

Para cada série se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulacion, y extrayendo á la suerte las que correspondan á la amortizacion del trimestre vencedero en 1.º de Enero próximo, segun el detalle siguiente:

Série	Bolas encontradas	Títulos que representan	Capital — Pesetas nominales	Bolas que han de extraerse	Títulos que representan	Capital que se amortiza — Pesetas	A pagar por intereses — Pesetas	Total de intereses y amortizacion — Pesetas
A.	12.293	122 930	61.465 000	53	530	265.000	614.650	879 650
B.	8.873	87 830	219.575.000	98	980	970.000	2 195.750	3.165.750
C.	8.932	89.330	446 6.0.000	38	870	1.900.000	4.466 000	6.366.000
D.	2.529	25.290	316 125 000	11	110	1.375.000	3.161.250	4.536. 250
E.	1.397	18 970	474.250.000	8	80	2.000.000	4 742.500	6.742.500
	84.434	344 340	1.518.015 000	148	1 480	6.490.000	15.180. 150	21.670.150

En los 89 sorteos verificados hasta el presente, se han amortizado:

De la Série	Títulos	Por un capital de pesetas	Se han satisfecho por intereses — Pesetas	Total satisfecho por intereses y amortizaciones — Pesetas
A.	17 070	8.535 000	25.786.550	34.321.550
B.	19 170	30.425.000	92.100.500	122 525.500
C.	12.980	61.900.000	187 329.000	249.229.000
D.	3.510	43.875.000	132.621.250	176 496.250
E.	2.680	65.750.000	198.925 000	264 675.000
	47.760	210.485.00	636.762 300	847 247.300

Los sorteos tendrán lugar públicamente en el salon de juntas generales del Banco, sito en la calle de Alcalá, núm. 74, el dia 1.º de Diciembre próximo, á la una en punto de la tarde, y los presidirá el gobernador ó un subgobernador, asistiendo además una comision del Consejo, el secretario y el interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su exámen antes de introducirlas en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

La Administracion del Banco anunciará en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortizacion, y dejará expuestas al público, para su comprobacion, las bolas que hayan salido en los sorteos.

Oportunamente se publicarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortizacion.

Madrid 14 de Noviembre de 1891.—El secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

La familia cristiana

Y LA ORDEN TERCERA DE SAN FRANCISCO (a)

(*Conclusión.*)

Murieron ajusticiados aquellos enviados de Cristo, aquellos predicadores de la palabra de vida; pero su sangre fué semilla de cristianos; y no obstante los ingeniosos y diabólicos tormentos inventados por los emperadores de Roma, ciegos y crudelísimos, para borrar hasta el recuerdo de la ley de Gracia, multiplicáronse de tal manera los discípulos de ésta, que siglo y medio después del suplicio de San Pedro en el Monterio, pudo Tertuliano lanzar al rostro de los dominadores del mundo esta valiente afirmación: «Somos de ayer, y ya llenamos todo lo que era vuestro: las ciudades, las islas, los castillos, los municipios, las asambleas, los campamentos, las tribus, las decurias, el palacio, el Senado, el foro (1).» Y apenas había transcurrido un siglo más, cuando la Cruz, oculta hasta entonces en la obscuridad de las Catacumbas, subió triunfante y gloriosa á la cima del Capitolio.

La Religión cristiana, que salvó á la sociedad cuando se hallaba sumida en las nieblas espesísimas del paganismo, y cuando el amor á la sensualidad y á los goces materiales habían ahogado hasta el gérmen de todo sentimiento noble y puro, puede salvarla otra vez, por más que en contra de esa Religión sacrosanta se conjuren todas las potestades del infierno. Sean nuestra divisa aquellas palabras del Apóstol San Pablo: *Instaurare omnia in Christo*, y no desmayemos jamás. Puesta la confianza en Dios, entremos en lid, armados con las armas espirituales de la oración y de la caridad, y firmemente persuadidos de que al consagrar nuestros esfuerzos al triunfo del Catolicismo, trabajamos por la causa de la civilización verdadera. Preparemos humildemente el suelo, y arrojemos en él un grano de mostaza, que luego vendrá sobre este grano la bendición del cielo, y germinará y se convertirá á la larga en árbol frondosísimo, á cuya sombra se cobijen las futuras generaciones.

Ni nos arredre el número, ni la calidad de los enemigos, que nunca han de ser ni tantos ni tan poderosos como los que se levantaron contra los primeros cristianos. Tomemos de éstos ejemplo, y seamos como ellos sufridos, pacientes, y dispuestos á sacrificarlo todo por la gloria de Cristo. Y no olvidemos que la transformación admirable que aquellos obraron en la sociedad, comenzó por la transformación de la familia. De hecho no existió ésta antes del Cristianismo. Fué nuestra Religión Santísima la que, dignificando á la mujer, y poniéndola al nivel del hombre, cimentó sobre base indestructible la sociedad doméstica con la institución del vínculo perpétuo é indisoluble del matrimonio.

El mundo pagano, asentado en sombras de muerte, no conoció la sublime dignidad de la doncella, de la esposa y de la madre, según hoy la conoce la sociedad cristiana. Quien medite y considere atentamente cuáles eran las ideas que en orden á la familia dominaban en la sociedad cuando vino el Cristianismo á renovar la faz de la tierra, no podrá menos de admirar si ha de ser sincero, y sean cuales fueren sus creencias, el sobrehumano poder de esa Religión augusta que, á las absurdas y extrañísimas teorías de génios tan admirables como Platón y Arístides, lumbreras de la filosofía griega, los cuales, al tratar de la condición social de la mujer, incurrían en monstruosos y hoy casi increibles extravíos, opuso la noble, alta y civilizadora doctrina, de que *entre nosotros lo que no es lícito á las mujeres, no lo es á los maridos, igual es la condición de ambos* (1). La emancipación de la mujer—ha dicho con frase elocuentísima un ilustre escritor contemporáneo,—se operó en las cumbres del Gólgota; apareció el Redentor, y Eva, la madre pecadora, y la triste esclava de los serrallos de Oriente, y la adúltera Semíramis, la ébria bacante, la meretriz de Grecia, Helena, Safo, Friné, Aspasia, la disoluta matrona, la sibila de Delfos y la de Cumas, la de Eritrea y la de Libia, trayendo en sus libros sagrados las profecías y las esperanzas de redención que habían recogido en las playas del mar Tirreno y del Egeo, al pié de las encinas de Dadona, en los golfos de Corinto, en las grutas de Pausílipo, se reunieron en coro junto á la cruz salvadora, y personificadas

(a) Trabajo escrito para el Congreso Católico de Zaragoza.

(1) Apolog. núm. 37.

(1) San Jerónimo.

en Magdalena, deploraron sus culpas, se arrepintieron de sus crímenes, lloraron junto á la Virgen María, y Cristo contestó á cada una de ellas, como á la mujer adúltera: «Vete, te perdono; y no peques en adelante.» Y la mujer pagana se cubrió con el velo de la virgen cristiana, derramó por el mundo tesoros de castidad y de virtud, amó á su esposo con amor eterno, amó á sus hijos con amor de madre, huyó llena de horror de los escándalos del divorcio, de la infamia, del adulterio; consagró la indisolubilidad del matrimonio, cubriendo, cuando viuda, de lágrimas y suspiros la tumba de su esposo, y anhelando como felicidad suprema en la tierra los abrazos de un solo amor casto y puro; y así abrazándose, como á su áncora de salvación, á las leyes sublimes del matrimonio cristiano, dió á conocer al mundo los tiernos encantos del corazón de esposa y de madre. (1)

Hoy quiere olvidarse por muchos esta verdad profunda, y se difunden dañosísimas teorías que pretenden apartar á la mujer de la consideración de los misterios del Calvario, y con los seductores nombres de libertad y de emancipación sepultaría de nuevo en las tinieblas del paganismo, para conseguir así el imperio de la sensualidad.

Contra esas perniciosas teorías levantemos nosotros nuestra voz uno y otro día, y proclamemos las excelencias y perfecciones de la familia cristiana. Y no temamos que sea como voz del que clama en el desierto. Podrá la humanidad extraviada y alucinada por engañosos espejismos correr por algún tiempo por senderos de perdición y de muerte; pero más temprano ó más tarde, las nubes del error se desvanecerán ante el sol de la verdad, y la humanidad, cansada de vivir en tinieblas, acudirá ansiosa á bañarse en la luz esplendorosa de aquel sol. Tenemos de ello seguridad plenísima, basada en promesa infalible. Cristo nos ha dicho que las puertas del infierno no prevalecerán contra su Iglesia. Y la palabra de Cristo, por más que cambien de fronteras las naciones, y caigan en el polvo los imperios más poderosos, y en el descrédito las más decantadas teorías y los sistemas más famosos y encomiados, no pasará nunca, y será siempre bálsamo eficacísimo que cure todos los dolores, rayo brillantísimo de luz que deshaga todas las tinieblas, manantial fecundísimo de amor que borre todos los odios y todas las discordias, fuerza poderosísima que aliente á los débiles para sobrellevar con ánimo sereno todas las contrariedades de la vida. Y el nombre de Cristo, ante quien se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo, es el único que nos ha sido dado para salvarnos.

CARMELO DE ECHEGARAY

San Sebastián Julio de 1890.

(1) *El matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social*, por Joaquín Sánchez de Toca.

SE PUSO EN LA ALACENA

Qué trabajo es estar malo, especialmente durante mucho tiempo. Se cansa uno de que lo cuiden, de tomar esto ó lo otro, de creerse que está uno un poco mejor, de tomar precauciones para no empeorar. Se cansa uno de sufrir y empieza á creer que mientras más pronto lo entierren será mejor para uno y para los demás.

He aquí una historia que ha contado hace poco una mujer.

[COPIA]

«Yo María Jones, 3, Galtón Street, Great Howard Street, Liverpool, declaro lo siguiente:

»He padecido toda mi vida de debilidad de estómago y poca actividad del hígado. Siempre me sentía cansada y desanimada, sufriendo con frecuencia dolores de cabeza. Comía poco. Nunca sentía apetito y no hacía buenas digestiones. Siempre tenía mal gusto de boca, que estaba cubierta así como los dientes de una sustancia pegajosa; de tal manera, que tenía que limpiarla antes de comer. Cuando joven era muy débil y me desmayaba al sentarme á comer. El corazón me temblaba, sentía el pecho oprimido, me dolían los costados y me daban unos mareos extraños. Al andar por la calle tenía que pararme á descansar por miedo de caerme. Estaba tan débil, que tenía que abandonar el trabajo para sentarme á descansar. Algunas veces me daba tos con dolor en los pulmones. Había visto muchos médicos, que me habían estado curando más de doce años. Uno decía que tenía dilatación del hígado, otro enfermedad del corazón, otro que tenía congestión de los pulmones y no podía curarme. Creyendo que estaba tísica, fuí á un hospital especialista, en donde estuve algún tiempo. Los médicos al reconocerme el pecho me dijeron que estaba tísica y que tenía afectado el pulmón izquierdo. Me daban aceite de hígado de bacalao y otros medicamentos, sin que me pusiera mejor.

En Julio de 1890, después de un desmayo, me puse tan mala que tuve que acostarme y estuve un mes bajo el cuidado de tres médicos. El primero que me vió dijo que no podía restablecerme. El estómago me dolía mucho y no podía hacerse funcionar, á pesar de varios medios que se intentaron. No podía tomar más que alimento líquido, y me moría, considerándome incurable el médico y la enfermera. Por entonces Mr. Parry, el boticario de Great, Howard Street, habló á mi marido de una medicina llamada Jarabe curativo de la Madre Seigel, y nos dieron también un libro que describía un caso como el mío, que había curado. Mi marido compró una botella de esta medicina, y empecé á tomarla. Con unas cuantas dosis hice una deposición negra, que me produjo mucho alivio, y al poco tiempo sentí ganas de comer. Cuando el médico vino al día siguiente, notó en mí mucho cambio y me dijo: Señora, al fin hemos acertado con la medicina. Creyó que el cambio se debía á su medicina última, que por el contrario, se había puesto en la alacena sin tocarla. Seguí con el Jarabe de la Madre Seigel, y con gran alegría de mi padre, mi marido y la enfermera nunca volví atrás. Poco á poco me abandonó el dolor del corazón y del pecho, y al cabo de catorce días pudieron llevarme á un puerto de mar, y desde entonces gozo de buena salud.

«Nunca me he sentido mejor en toda mi vida que ahora. Mis amigos consideran esta una cura milagrosa y deseo que otros sepan por qué medios se salvó mi vida. No tengo dificultad en que los Srs. A. J. White hagan el uso que gusten de esta declaración, para lo cual quedan autorizados.

«Fechado en 3 de Abril de 1891.

(Firmado) «MARY JONES.»

No hay milagro alguno en el restablecimiento de esta señora, aunque pudo ser, y efectivamente lo es, notable. Esto no es más que lo que siempre pasa en la naturaleza. Había padecido de indigestión toda la vida y de esto solo procedían los demás padecimientos. No podía digerir, y la ponzoña del estómago y falta de nutrición arruinaban toda la economía. El Jarabe de la Madre Seigel hizo su obra, llevándose la materia corrompida y haciendo funcionar naturalmente los órganos digestivos (hígado, estómago é intestinos). Como consecuencias necesarias siguieron inmediatamente mejoría y completo restablecimiento.

El lector debe notar especialmente la semejanza entre los síntomas de la indigestión crónica y los de la tisis, lo cual da lugar constantemente á equivocaciones muy lamentables. No debe creerse que está uno tísico en tanto que no esté seguro de que lo que tiene no es indigestión. Las probabilidades son de que se llegue á un resultado como el del caso de la señora Jones.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

SE EXPLOTA MI REPUTACIÓN

Prevengo á mi elegante y numerosa clientela que se les vende *imitaciones falsificadas* de un famoso jabon de tocador. El VERDADERO **jabon de los Príncipes del Congo** que yo solo fabrico y es tan apreciado por la dulzura de su perfume y la fineza de su pasta, lleva mi NOMBRE VICTOR VAISSIER, DE PARIS.

AVISO

Se ruega á los Señores suscriptores que no hayan satisfecho sus cuotas, lo verifiquen á la brevedad posible; pues con su retraso perjudican la marcha regular de esta Administración.

Igualmente se suplica á los corresponsales en cuyo poder obren fondos, los remitan con expresion de los suscriptores á que pertenecen, á fin de evitar reclamaciones indebidas.

PONGO

en conocimiento de mi numerosa clientela, que he recibido todo el surtido de géneros de invierno, que venderé á **precios de fabrica.**

Gran depósito de Jerseys, Chalecos de Bayona, Mantas, Colchas, Merinos, Lanas, Chales, Pañuelos, Bayetas, Franelas, Corsés, Abacás, Yutes, Toquillas, Cubre corsés, Refajos, Cutíes, toda clase de **generos de punto**, y todo cuanto se fabrica en géneros blancos de hilo y algodón.

Estameñas para hábitos. Camisas á la medida.

PRECIOS ECONÓMICOS

JACOMETREZO, 15

PoLICARPO RUÍZ

MADRID

—

PINTO, IMPRESOR, CALLE DE LA BOLA, NÚMERO 8

1891

BANCO DE ESPAÑA

El Consejo de gobierno ha acordado elevar á 4 1|2 por 100 el interés de las operaciones de préstamo y crédito con garantía de efectos públicos, conservando el tipo de 4 por 100 para los descuentos de efectos comerciales.

Madrid 9 de Noviembre de 1891.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

NO MÁS CASPA NI CANAS
ni enfermedades de la cabeza
EL TRICOFERO PADRÓ

que es el tónico más antiguo de España y más acreditado, hace crecer el pelo sano, limpio y con su color natural.

Cincuenta años de éxito, á pesar de un sinnúmero de falsificaciones é imitaciones nacionales y extranjeras.

De venta en todas las buenas farmacias y perfumerías de la Península y Ultramar.

Doctor Jimeno, sucesor de **Padró**. Farmacia del Globo, Plaza Real, 4, Barcelona.

De venta en todas las farmacias, droguerías y perfumerías de la Península.

MONTERA 28
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G.° GIROD
Sucesor de Losada.

LA ARTÍSTICA
ESTAMPERÍA
8, CABALLERO DE GRACIA, 8

Grabados, facsimiles de acuarelas, oleografías, litografías, fotografías, etc.

Surtido en asuntos religiosos.

IMAGENES TÁLLA

Se hacen de encargo.

FÁBRICA DE GUANTES
J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA
7, Fuencarral, 7

HIERRO QUEVENNE 50 AÑOS de EXITO
Unico aprobado por la ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS para curar Anemia, Pobreza de la Sangre, Dolores de Estomago.
Exigir la firma QUEVENNE y el Sello de «l'UNION des FABRICANTS».- Paris, 14, r. Beaux-Arts.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

Perfumes muy finos y permanentes para el pañuelo á *7 reales* frasco; la *Mimosa*, *Heliotropo blanco* y Violeta de Parma, á *2 pesetas*.

Agua de Colonia florida, de higiénico y agradable perfume, *3 pesetas* medio litro, frascos desde *una peseta*.

Jabones finos que no estropean la piel, á 6 y 8 reales caja con tres pastillas.

PERFUMERIA THOMAS
Calle Mayor, 36
á la derecha, entrando por la Puerta del Sol.

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS
ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1859. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona,
Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.



ACEITE DE HOGG
de HIGADO FRESCO de BACALAO
NATURAL Y MEDICINAL
EL MEJOR que existe puesto que ha obtenido la MAS ALTA RECOMPENSA en la EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1889

Recetado desde 40 años por los primeros médicos del mundo entero, á las Personas débiles y Niños raquíticos, contra las Enfermedades del Pecho, Tos, Humores, Erupciones del cútis, etc.

Es mucho mas activo que las Emulsiones, las cuales contienen mitad de agua.

Se vende solamente en frascos Triangulares. — Exigir sobre el envoltorio el sello de la Union de los Fabricantes.
SOLO PROPIETARIO: HOGG, 2, Rue de Castiglione, PARIS, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVI.—TOMO XIV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 pt. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 22.—Madrid 30 de Noviembre de 1891

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pt. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

TEXTO

La gulacena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. F.—*San Juan de la Cruz*, por Gustavo Fernz.—*Desde Manila: La fiesta del Rosario*, por Francisco de A. Aguilar.—*Bibliografía*, por el Bachiller Alonso.—*Últimas escritas de Alarcón*, por X.—*Album de poesías: La Asunción de María*, por José María Chao, Presbítero.—*Atalia*, traducción de Victor Suárez Capalleja.

GRABADOS

D. Eduardo Dato Iradier.—Vista de Suo-hin.—Paisaje.—Panadero.—Antecámara de la Inquisición en Venecia.—Ribera.—Estatua de Ribera en Valencia.

LA QUINCENA

Las crísis han dejado de ser, hace mucho tiempo, fenómenos anormales, extraordinarios, en la vida política de los pueblos. Son fiestas obligadas y corrientes del calendario político; como todos los años llega el Carnaval, llega también la crísis. No se concibe sociedad moderna sin crísis periódicas; mejor se pasaría la tierrra sin lluvias que el país de los políticos sin su crísis más ó menos á plazo fijo, más ó menos difícil de resolver, más ó menos preñada de peligros para lo porvenir.

Quitad á un político de profesión la esperanza de sucesivas crisis, y es como quitarle las esperanzas todas de adelantar en su carrera, el pan futuro de sus hijos, sus ilusiones de notoriedad con su propósito de fama póstuma. El político de oficio vive de la crísis; los ministerios que mueren son los que le alimentan. Como el pescador, apetece el río revuelto, y en eso está su ganancia.

Se ha dicho muchas veces: el Carnaval, culto de la mentira, encierra la verdad suprema de la sociedad. El que se viste de payaso, no se disfraza, sino que adopta su traje natural, el que no debía abandonar nunca.

La crísis es como un Carnaval político. Se abandonan las ceretas; cada uno adopta la faz que le corresponde. Aquel señor, modelo de seriedad y de corrección, que pronuncia detrás de la mesa de su despacho palabras sentenciosas de un desinterés profundo, en cuanto percibe el calorcillo agradable de poltrona vacía, deja su aparatosa seriedad, y se lanza como un vulgar pretendiente sobre las huellas del presidente del Consejo; adula bajamente á los periodistas para que indiquen su nombre en las últimas horas; expone sus méritos con impertinente monotonía en los corrillos del salón de Conferencias, baja, sube, corre de un lado para otro, y se revela en todas partes como lo que es, como un ambiciosillo de la peor catadura imaginable.



DON EDUARDO DATO IRADIER

La crísis que en las alturas es cómica, en las profundidades sociales es horriblemente trágica. Allí se manifiesta relacionada con las miserias de la credencial en peligro y con las ilusiones, engañosas casi siempre, de la credencial esperada. Cada noticia de la crísis que llega al hogar del empleado, se traduce por un suspiro de temor ó de angustia; para el cesante suele ser una esperanza.

Y ahora que se acaba de resolver una crísis, se comenzará á preparar la inmediata. Todo gobierno, decía Thiers, comete excesos, y sólo perece cuando llega al colmo de ellos. En la sociedad contemporánea, todo Gobierno, al nacer, debe haber cometido ya el colmo de los excesos, porque todo Gobierno nace muerto. Un ministerio no es más que el preámbulo del que le va á suceder. La política se desliza por una serie inacabable de prólogos, de introducciones, de prolegómenos; nunca llegamos al libro. En lo definitivo no se entra jamás.

Pensándolo bien, si el Gobierno, como algunos creen, debe ser reflejo de la sociedad, y no luz de ella, este modo de gobernar es aceptable y bueno. A una sociedad definitivamente asentada y organizada sólidamente, corresponde un Gobierno definitivo y sólido. A una sociedad como la nuestra, perpetuamente en crísis,

corresponde un Gobierno en crísis perpetua. Nuestro modo de ser social es la crísis; crísis religiosas, crísis económica crísis internacionales, crísis literaria... A todo esto no le sienta bien otro vestido que el de la crísis política.

***

No vamos á escribir una homilía contra el lujo, ni siquiera un preámbulo posible á una hipotética ley suntuaria. De sobra sabemos que no se ha de promulgar ley ni decreto referente á esta materia; y en cuanto á homilías, no nos creemos autorizados para componerlas.

Pero el caso es que el lujo es... no hay más remedio que decirlo con frase vulgar... el cancer de la sociedad moderna. El lujo es la soberbia del rico, la ambición del mediano, la desesperación del miserable.

La sociedad moderna está enamorada de las apariencias. Las prefiere á las realidades. Nadie cree ya en la olla de onzas enterrada en un ángulo del corral. El que tiene dinero lo disfruta; disfrutar es satisfacer las pasiones; el orgullo es una pasión común; luego el rico la satisface; no es rico, por consiguiente, el que no invierte gran parte de su caudal en la ostentación y el fausto.

Tal es el cálculo de muchos; otros, los más, discurren de este modo: el rico es bien mirado y atendido, no porque tenga dinero, sino porque parece que lo tiene. El dinero, aunque cosa tan material de suyo, asemójase á los espíritus ó á los fluídos que antes se llamaban imponderables, por su invisibilidad; se aprecian los resultados que produce; la causa es ignorada. Nadie permite á su vecino que haga balance de su caja. Si, teniendo en cuenta todo esto, un hombre ó una familia consiguen pasar por ricos, es lo mismo que si lo fueran para los efectos del aprecio social. Conviene, pues, al que no es rico, aparentar que lo es.

De estos cálculos brota el lujo moderno, y no del amor al arte, ni del deseo de favorecer á los trabajadores, como piensan algunos economistas cándidos. El lujo es, ó un medio de ostentar lo que se tiene, ó de aparentar lo que no se tiene. El rico ostenta; el mediano aparenta.

Aparentar cuesta más que ostentar, y moralmente hablando, es más reprensible. Sobre ser un dispendio loco, tiene toda la malicia de la mentira. Un tapíz colgado á la entrada de la alcoba, una mullida alfombra, unos muebles primorosos en una casa que carece de fondos metálicos, os engañan haciéndoos creer que allí hay lo que falta precisamente, para desgracia de los moradores de aquella mansión. Y la mentira puede ser oficiosa; esto es, de aquellas que no van á ninguna parte; pero también es posible que llegue un día en que el propietario de la casa os pida mil pesetas prestadas, y vosotros penseis: «Una familia que vive con tanto lujo, ¿no ha de poder responder á un crédito de mil pesetas?» Las prestais, y hé aquí que el tapiz, la alfombra y los muebles han sido instrumentos de una vil estafa.

Pero lo más común, es que la familia que *aparenta* sacrifique á ello lo más real y substancioso de la vida.

El presupuesto no se desnivela; pero al capítulo de *representación social* se transfieren con lamentable frecuencia las partidas del capítulo de lo indispensable. En otros términos: para *aparentar*, no se come ó se come muy mal. La mesa del comedor es de roble, y de la misma madera, artísticamente trabajada, el aparador y los sillones. Preciosos cuadros adornan las paredes; pesadas cortinas de terciopelo cubren los huecos; los piés se hunden en la alfombra, y la lámpara que cuelga del techo es una maravilla de riqueza y de gusto. Pero ¿qué comen en esa pieza digna de un palacio? Nadie lo sabe, porque en esas casas el acto de comer es un misterio impenetrable á los profanos; pero lo que se ve es que los varones de la familia, cuando tienen algún peculio particular, después de comer se van al café, no á tomar una tacita de este delicioso digestivo, sino á devorar una ración de carne; lo que se ve es que las niñas están anémicas, tan delgadas, pálidas y ojerosas, que semejan estatuillas de yeso, y que de esa flaqueza y palidez se echa luego toda la culpa á este maldito clima de Madrid, al Guadarrama, á las alcantarillas, á todo menos al lujo, cuando éste es realmente el culpable, la causa efectiva de la degeneración de nuestra raza, del agotamiento de la vida en nuestras entrañas...

¡Pero vaya usted con esas á los hombres y á las mujeres, á quienes ha cogido el demonio del lujo! El *contigo pan y cebolla* no es tan ilusorio como se figuran muchos; la mayor parte de nuestras jóvenes casaderas aceptan el *pan* y la *cebolla*, y aun el pan solo, del elegido de su corazón. Pero el *contigo estera de esparto y sillas de Vitoria*, sí que es romántico alarde incomprensible para casi todas las niñas del día. Se puede prescindir de comer, pero no de *aparentar*. El estómago es más heróico que la vanidad.

Y si en ese altar se sacrifica el indispensable sustento de la vida, ¿cómo no sacrificar otras cosas que parecen, y quizás sean realmente, menos importantes? ¿Quién piensa, v. gr., en una educación seria y provechosa para sus hijos? Eso cuesta muy caro, dice el padre, que se gasta la mitad de su paga en un armario de luna, y que toma fiados del sastre pantalones y levitas por docenas. Así los niños van creciendo hechos unos asnos entre paredes ricamente vestidas, sobre suelos magnificamente cubiertos, bajo techos soberbiamente paramentados. En todo lo que les rodea hay lujo; la pobreza se ha refugiado en sus inteligencias...

Y lo peor es que ese lujo se ha convertido para ellos en imprescindible necesidad, en segunda naturaleza. Llegarán hasta la vileza por sostenerlo; quizás no vacilen ante el crimen por recuperarlo, si es que alguna vez lo pierden Se lanzarán á la vida como lobos hambrientos, no de carne, sino de seda, terciopelo, tapices y butacas.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES

GRABADOS

D. Eduardo Dato Iradier. (Pág. 345).

Seguir la carrera de abogado y obtener por remate de ella el grado de doctor en Jurisprudencia, son cosas muy fáciles en España, empresas en que nadie naufraga por falta de aptitudes. Pero abrir un bufete, y lograr que concurran á él clientes; tener pleitos que defender ante los Tribunales de Justicia; vivir, en suma, de la profesión de *abogar por otros*, que dicen las Partidas, eso sí que es dificultosísimo, casi imposible para la generalidad de nuestros letrados. De aquí que la mayoría ni siquiera lo intente, y que el título de abogado sólo sirva por lo común ó como ejecutoria de una aptitud científica en que nadie cree, ó como medio de obtener un destino de 12.000 reales al año en cualquiera de las innumerables oficinas que mantiene el Estado español. En los últimos tiempos sólo Eduardo Dato y algún otro joven han conseguido acreditarse en Madrid como abogados, y sólo Dato ha logrado tener un bufete que compita en condiciones ventajosas con los de los políticos de primera, que son los que aquí se llevan la flor de las ganancias que proporciona la curia.

Hace diez años que Dato aboga en Madrid, y por lo menos hace seis que pasa por uno de nuestros primeros abogados. No ha necesitado para ello ir al Congreso, ni acreditarse previamente de parlamentario sagaz y elocuente; no ha heredado ningún bufete; no ha tenido, como vulgarmente se dice, quien le diera la mano para subir en el mundo del papel sellado. A los veintiun años concluyó su carrera, y entró de pasante en el bufete del Sr. Aguilar, canonista muy distinguido, pero obscuro, que nunca brilló en el foro cuanto parecían pedir sus méritos profesionales. En cuanto á su familia, ningún apoyo serio podía esperar; su padre, bizarro y pundonoroso coronel, de seguro que no podría darle consejo alguno para que se las campaneara entre el laberinto de procuradores, escribanos y clientes. Un primo suyo, y muy ilustre por cierto, el viajero africanista Iradier, mejor le hubiera guiado ribera arriba del Senegal que no por los pasillos del antiguo convento de las Salesas y de la casa de Canónigos. Dato, sin apoyo de ninguna clase, sin relaciones forenses, no bien concluyó su práctica, abrió el bufete, y ¡oh maravilla! al bufete empezaron á ir los clientes por docenas, y lo que es más sorprendente, los buenos clientes.

No es de la índole de nuestro periódico seguir paso á paso la carrera profesional de Eduardo Dato. En una revista técnica sentaría bien decir que defendiendo al bolsista Carballo, consiguió establecer una jurisprudencia racional, fundada en el derecho natural, sobre las ventas de títulos de la Deuda, jurisprudencia que pasó al Código vigente de Comercio, y que ha defendido innumerables pleitos, casi siempre con buen éxito.

Ya siendo abogado de gran reputación, entró Dato en la política, siendo diputado en las últimas Cortes del reinado de D. Alfonso XII, y en las que actualmente legislan. Distinguióse en las primeras por su defensa enérgica y razonada de la amortización de los montes públicos; en la segunda ha sido auxiliar eficacísimo del Gobierno en la Comisión de actas. Como orador, Dato es sencillo, lógico, razonador, más aficionado á calmar tempestades que no á provocarlas. Su fuerza principal está en las simpatías prontas y profundas que inspira, debido á su benevolencia con todos, á su fino trato y á su modestia. Como jurisconsulto, su fama está muy alta; en su bufete se han formado ya jóvenes que gozan de reputación envidiable, y alguien ha observado que en más de una oposición á plazas de abogados, los pasantes de Dato han conseguido los primeros puestos.

Vista de Sua-kin. (Pág. 348).

El Egipto es una comarca de las que siempre han de ocupar en el mundo un puesto predominante. «Abuela de las naciones» llamó un historiador á la nobilísima que constituyó el antiguo imperio de los Faraones. Destruída aquella monarquía antiquísima por los persas, pasa pronto á poder de los griegos, y forma el reino helénico de los Tolomeos. Entonces su principal ciudad marítima, Alejandría, es la primera del Oriente y una de las principales del mundo. Augusto, vencidos Cleopatra y Antonio, agrega el Egipto al imperio romano, y el valle del Nilo es una de las más ricas, florecientes é ilustradas provincias del vasto cuerpo latino, hasta que pasa á componer la región más opulenta del bizantino. Los árabes la con-

quistan, y es centro de poderío musulmán, ante el cual se estrellan las armas de las naciones occidentales, y cae prisionero San Luis.

Napoleón triunfa en Egipto; Mehemet-Alí lo hace independiente de Constantinopla, y Lesseps, abriendo el istmo, lo convierte en la primera estación mercantil del mundo moderno; Arabi Bey intenta substraerlo al dominio de los pueblos cristianos, y Wolseley inaugura en él la dominación inglesa, que Dios solo sabe cuándo y cómo terminará. La ciudad de Sua kin, cuya vista ofrecemos á nuestros lectores, conserva todavía en su parte principal el carácter mahometano que tantos siglos de dominación le han impreso; sus calles son estrechas y tortuosas, y sus casas de muy poca apariencia, ó sea de humildísimas fachadas, aunque en el interior sean algunas suntuosas y confortables. Como todas las ciudades árabes es blanquísima, lo que le da vistosos lujos.

Paisaje. (Pág. 349.)

Creemos que agradará á nuestros lectores este paisaje de escuela inglesa, bien sentido y dibujado *con amore*. El artista ha querido poner algo dramático en su obra para que resalte mejor el lirismo de la naturaleza.

Pensativa. (Pág. 352).

Los pintores modernos son muy aficionados á este género de composiciones con una sola figura, en cuyo semblante tratan de retratar las más vivas y contrarias impresiones del ánimo, las pasiones que tanto contribuyen á nuestra felicidad ó desgracia (á esto último casi siempre) en este valle de lágrimas. Hablando en general, no somos partidarios de este género de pintura que tantos admiradores cuenta hoy. El cuadro que publicamos está bien compuesto é indudablemente *sentido*; hay algo de dramático en el rostro y actitud de su heroína.

Antecámara de la Inquisición en Venecia. (Pág. 353).

Venecia era república, y á pesar de eso, uno de los Estados más despóticos que se han conocido en la historia. La Inquisición veneciana no era religiosa, sino política. Se llamaba Inquisición de Estado. ¡Infeliz del que pasaba por desafecto á la oligarquía dominante en la hermosa ciudad de las lagunas y de los canales! Invisibles y misteriosos delatores lo denunciaban; infames esbirros arrebatábanle de su hogar y del cariño de deudos y amigos, y le sepultaban en lóbregos calabozos, de los que no solía salir sino para ser ajusticiado sigilosamente, ahogado en las lagunas ó estrangulado, si era noble, con un cordón de seda. ¡Y luego hablarán nuestros republicanos de la tiranía de los reyes! Nuestro grabado representa una de las patéticas escenas á que daba lugar frecuentemente aquel sombrío y cruel gobierno republicano.

Ribera.—Estatua de Ribera en Valencia. (Págs. 356 y 357).

Ribera es uno de los grandes pintores de la gloriosísima escuela española. Nació en Játiva en 1588, muriendo en Nápoles en 1656. Discípulo de Ribalta, distinguióse muy pronto entre sus contemporáneos españoles é italianos. Hoy damos su retrato, y la estatua que le han erigido los valencianos sus compatricios.

ANTONIO DE OLMEDO

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (primera quincena de Diciembre)

1. Mart. Santa Natalia, viuda de San Adrián, martir.
2. Miér. Santa Bibiana, virgen y martir, San Pedro Crisólogo, Obispo, y Santa Elisa, virgen y martir.
3. Jueves, San Francisco Javier, apóstol de las Indias, de la C. de J., San Claudio y su esposa Santa Hilaria.
4. Vier. Santa Bárbara, virgen y martir.—*Ayuno.*
5. Sáb. San Sabas, abad, San Anastasio, martir, y los Beatos Jerónimo de Angelis y Simón Jempo, martires, de la C. de J.—*Ayuno.*
6. Dom. II de Adviento. San Nicolás de Bari, Obispo de Mira.—*Indulgencia plenaria* como en 1.° de Enero.
7. Lun. San Ambrosio, Obispo y doctor.

Desde las Vísperas hasta ponerse el sol, se gana mañana *Indulgencia plenaria* visitando cualquier iglesia dedicada á la Virgen. Exige confesión y comunión.

8. Mart. FIESTA ENTERA. *La Purísima Concepción de Nuestra Señora*, Patrona de las Españas.

Indulgencia plenaria para los socios de San Vicente de Paul, como en la Dominica 1.ª de Cuaresma.

Cuarto creciente á las 4 y 59 minutos de la tarde en Piscis. Grandes nieblas.

9. Miér. Santa Leocadia, virgen y martir.
10. Juev. Nuestra Señora de Loreto, San Melquiades, Papa, y Santa Eulalia de Mérida.
11. Vier. San Dámaso, Papa.—*Ayuno.*
12. Sáb. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, y los Santos Hermógenes, Donato y compañeros mártires.—*Ayuno.*
13. Domingo III de Adviento. Santa Lucía, virgen y martir, y el Beato Juan de Marinonio, teatino.—*Indulgencia plenaria* como en 1.° de Enero.
14. Lun. San Nicasio, Obispo y martir.
15. Mart. San Eusebio, Obispo y martir.

CUARENTA HORAS

1, 2. Iglesia de Nuestra Señora de la Buena Dicha.
3, 4. Parroquia de San Marcos.
5, 6. Religiosas Jerónimas de la Concepción (calle de Lista).
7, 8. Religiosas Capuchinas.
9, 10. Religiosas de la Latina.
11, 12. Parroquia de San Pedro.
13, 14. Religiosas Salesas (calle de San Bernardo).
15, 16. Iglesia de la Concepción (barrio de Salamanca).

J. F.

San Juan de la Cruz

I

El 14 de Diciembre del corriente año se cumplen trescientos años de su gloriosa muerte.

En la capilla bautismal de la parroquia de Fontiveros, obispado de Avila, se lee la siguiente inscripción:

EN ESTA PILA SE BAUTIZÓ EL MYSTICO
DOR. S. J. DE LA CRUZ
PRIMER CARMELITA DESCALZO
LUSTRE Y HONRA DE ESTA NOBILÍSIMA VILLA
POR AVER SIDO NATURAL DE ELLA
NACIÓ EL AÑO DE 1542 Á 24 DE JUNIO
e
MURIÓ EL DE 1591 Á CATORCE DE—
x
HIZOSE SIENDO CURA EL LDO. JOSEPH VELADO
AÑO DE 1680.

Los padres del Santo, Gonzalo de Yepes y Catalina Alvárez, fueron virtuosísimos cristianos. Murió el padre dejando á Juan de corta edad, al amparo de su madre. Abandonaron á Fontiveros, trasladándose á Medina, en donde el futuro reformador y gran poeta empezó sus estudios con gran pobreza. A los veintiún años tomó el hábito de carmelita en el convento de Medina.

Desde el noviciado comenzó de nuevo á trabajar en el ejercicio santo de la oración y demás virtudes de la Religión con tal fervor, que á él, que era aún novicio, se le consideraba como muy anciano y experimentado en todos los caminos de la vida espiritual y religiosa. En su presencia se componían y moderaban sus hermanos; tal era la veneración que inspiraba el fervoroso novicio.

Pasado con estos fervores y aprovechamiento el año de noviciado, profesó en el de 1564 en el mismo convento de Santa Ana, siendo General de la Orden el M. Rvdo. P. Fr. Juan Bautista Rubeo de Rávena, y Provincial de Castilla el M. Rvdo. P. Fr. Angel de Salazar, en cuyas manos hizo la profesión. Viéndose ya nuestro Santo unido con su Dios en virtud de la profesión religiosa, después de dar al Señor las más humildes y rendidas gracias por tan insigne beneficio, ya no pensó en otra cosa sino en conformar su vida á la del divino modelo Jesucristo crucificado, guardando además con toda la perfección posible y con licencia de sus Prelados la regla de la Orden, que había sido mitigada por el Santo Pontífice Eugenio IV. Aunque en lo exterior se conformaba con los demás, en lo secreto guardaba exactamente la regla primitiva declarada por Inocencio IV.

En 1567 se ordenó de Sacerdote, contando veintiún años de edad.

Algún tiempo después deseó Fr. Juan de Yepes ingresar en el monasterio del Paular de Segovia; pero Santa Teresa, que conocía sus virtudes, afanosa porque se reformase la Orden de frailes carmelitas en el sentido que ya ella había iniciado respecto á las monjas, procuró persuadirle de que debía encargarse de tal obra, hasta que Fr. Juan, convencido por la Santa, se decidió á hacerlo exclamando: «Reconozco en vos la imagen de esa Virgen á quien tanto adoro;» y dirigiéndose á un lugar llamado Duruelo, fundó el primer convento de Carmelitas Descalzos, que describe elocuentísimamente Santa Teresa, diciendo:

«Cuando entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí, y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. Tenía tantas cruces, tantas calaveras; nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía para el agua bendita, que estaba en ella pegada una imagen de papel con un Christo, que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada.

El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las horas; mas habíanse de baxar mucho para entrar y para oir Misa.

Tenía á los rincones ácia la iglesia dos ermitillas, adonde no podían estar sino sentados ó echados, llenas de heno, porque el lugar era muy frío, y el texado casi les daba en la cabeza, con dos ventanillas al altar y dos piedras por cabecera, y allí sus cruces y calaveras.

....

Los mercaderes que habían ido conmigo me decían que por todo el mundo no quisieran dejar de haber ido allí. Qué cosa es la virtud, que más les agradó aquella pobreza, que todas las riquezas que ellos tenían y les hartó y consoló su alma.»

No hay aquí para qué hablar de las grandes persecuciones que sufrió San Juan de la Cruz; su santa muerte tuvo lugar en Ubeda al sonar

la primera campanada de maitines del día 14 de Diciembre de 1591.

«Bañóse entonces la estancia, dice una crónica del Santo, de una luz resplandeciente y pura que oscureció la de las velas, y circundó como una corona la frente del difunto; despidió el cadáver un olor suave que dejó embargados y suspensos los sentidos, y acaecieron en el exterior hechos maravillosos que no pudieron explicarse sin suponer que hubiese mediado en ellos el alma de Fr. Juan al remontarse al cielo.»

I

RETRATO DEL SANTO

Lo hace el P. Fr. Jerónimo de San José, en su *Compendio de la vida de San Juan de la Cruz*:

«Era nuestro Beato Padre de estatura entre mediana y pequeña, bien trabado y proporcionado el cuerpo, aunque flaco por la mucha y rigurosa penitencia que hacía. El rostro de color trigueño, algo macilento, más redondo que largo; calva venerable, con un poco de cabello delante. La frente ancha y espaciosa, los ojos negros con mirar suave, cejas bien distintas y formadas, nariz igual que tiraba un poco á aguileña, la boca y labios con todo lo demás del rostro y cuerpo en su debida proporción. Era todo un aspecto grave, apacible y sobremanera modesto, en tanto grado, que sola su presencia componía á los que miraban, y representaba en el semblante una cierta vislumbre de soberanía celestial que movía á venerarle y amarle juntamente.»

El V. P. Fr. Eliseo de los Mártires lo describe de la siguiente manera:

«Conocí al P. Fr. Juan de la Cruz, y le traté, y le comuniqué muchas y diversas veces. Fué hombre de mediano cuerpo, de rostro grave y venerable, algo moreno y de buena fisonomía; su trato y conversación apacible, muy espiritual y provechosa para los que le oían y comunicaban. Y en esto fué tan singular y profundo, que los que le trataban, hombres ó mujeres, salían espiritualizados, devotos y aficionados á la virtud. Supo y sintió altamente de la oración y trato con Dios; y á todas las dudas que le proponían acerca de estos puntos, respondía con alteza de sabiduría, dejando á los que le consultaban muy satisfechos y aprovechados. Fué amigo de recogimiento, y de hablar poco: su risa, poca y muy compuesta. Cuando reprendía como superior (que lo fué muchas veces) era con dulce severidad, exhortando con amor fraternal, y todo con admirable serenidad y gravedad.»

«Fr. Juan de la Cruz, escribía Santa Teresa, es un hombre celestial y divino... No he hallado en toda Castilla otro como él ni que tanto afervore en el camino del cielo. No creerá la soledad que me causa su falta; miren que es un gran tesoro el que tienen allá en ese Santo; y todas las de esa casa traten y comuniquen sus almas, y verán cuán aprovechadas están, y se hallarán muy adelante en todo lo que es espíritu y perfección, porque le ha dado el Señor para todo esto particular gracia.»

(*Carta de Santa Teresa de Jesús á la V. Ana de Jesús, Priora del convento de Carmelitas Descalzas de Veas*).

También solía decir Santa Teresa que el Padre Juan de la Cruz era una de las almas más puras y santas que Dios tenía en su Iglesia, y que le había infundido Nuestro Señor grandes tesoros de luz y de sabiduría del cielo.

La misma Santa Teresa de Jesús, en carta á Felipe II en 1577, decía: «Que San Juan de la Cruz era Santo, y que, en su opinión, siempre lo había sido.»

Nuestro Santísimo Padre León XIII, en el Breve para la celebración del Centenario de San Juan de la Cruz, ha escrito estas notables palabras:

«San Juan de la Cruz es llamado con razón segundo Padre de la Orden de Carmelitas, varón santísimo, que con sus trabajos, doctrinas y asiduidad laboriosa prestó insignes servicios á la Orden y la ilustró con el esplendor de sus esclarecidas virtudes.

Como Santa Teresa, fué instruído divinamente en explicar por escrito los arcanos de la teología mística.»

III

EL POETA

Cedamos aquí la palabra á Menéndez Pelayo, que en su discurso de recepción en la Academia Española, juzga con altísima crítica y estilo por extremo gallardo á San Juan de la Cruz.

Después de haber expuesto lo pertinente respecto á Fr. Luis de León, exprésase así el insigne académico, gloria de España:

«Pero aún hay una poesía más angélica, celestial y divina, que ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios, y eso que es más ardiente de pasión que ninguna poesía profana, y tan elegante y exquisita en la forma, y tan plástica y figurativa, como los más sabrosos frutos del Renacimiento. Son las *Canciones Espirituales* de San Juan de la Cruz, la *Subida del monte Carmelo*, la *Noche oscura del alma*. Confieso que me infunden religioso terror al tocarlas. Por allí ha pasado el espíritu de Dios, hermoseándolo y santificándolo todo:

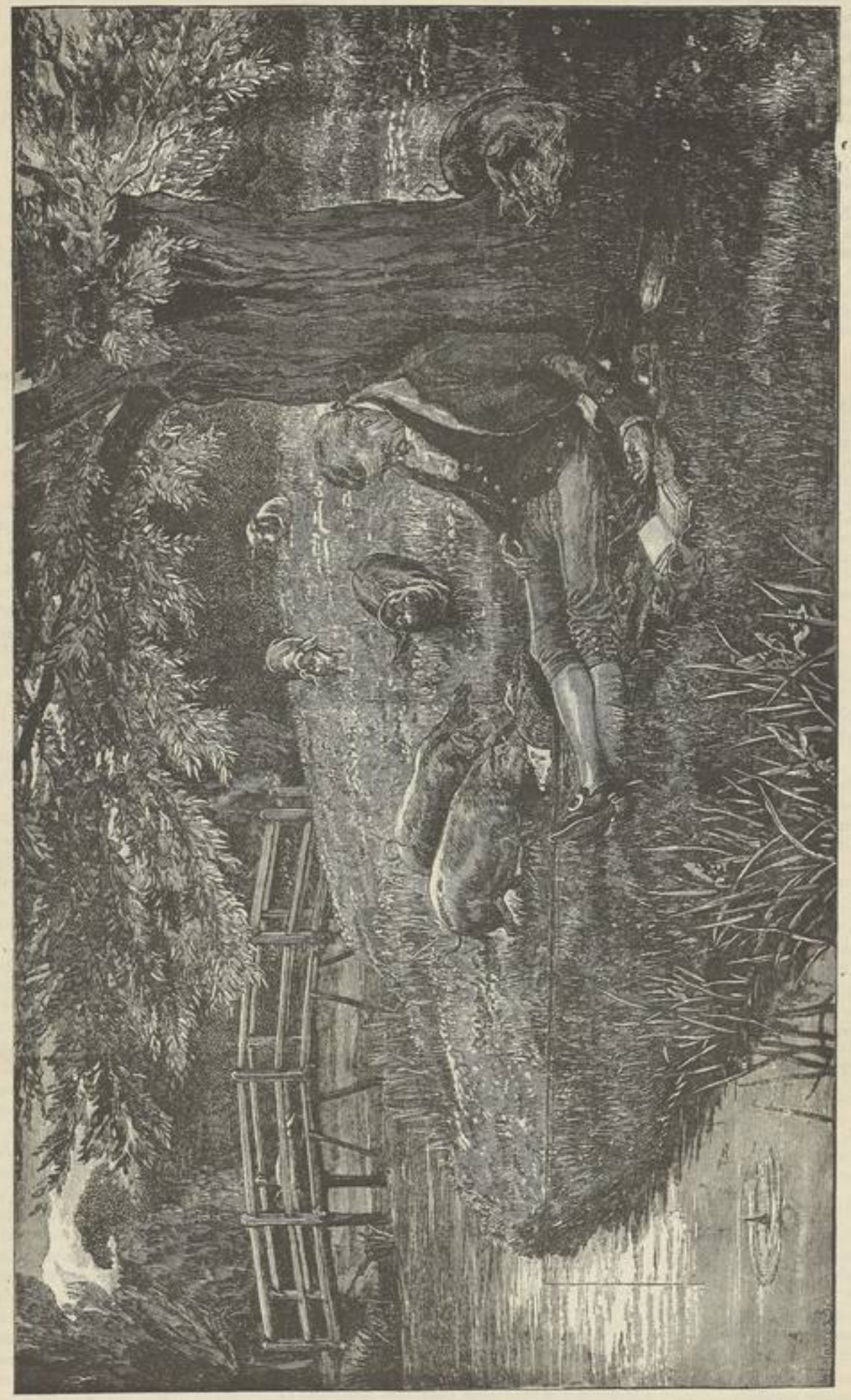
Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

Juzgar tales arrobamientos, no ya con el criterio retórico y mezquino de los rebuscadores de ápices, sino con la admiración respetuosa con que analizamos una oda de Píndaro ó de Horacio, parece irreverencia y profanación. Y sin embargo, el autor era tan artista, aun mirado con los ojos de la carne, y tan sublime y perfecto en su arte, que tolera y resiste este análisis, y nos convida á exponer y desarrollar su sistema literario, vestidura riquísima de su estático pensamiento.

La materia de sus canciones es toda de la más ardorosa devoción y de la más profunda teología mística. En ellas se canta la dichosa ventura que tuvo el alma en pasar por la oscura noche de la fe, en desnudez y purificación suya, á la unión del amado; la perfecta unión del amor con Dios cual se puede en esta vida, y las propiedades admirables de que el alma se reviste cuando llega á esta unión, y los varios y tiernos afectos que engendra la interior comunicación con Dios. Y todo esto se desarrolla, no en forma dialéctica, ni aun en la pura forma lírica de arranques y efusiones, sino en metáfora del amor terreno, y con velos y alegorías tomados de aquel divino epitalamio en que Salomón prefiguró los místicos desposorios



VISTA DE SUA-KIN



PAISAJE

de Cristo y su Iglesia. Poesía misteriosa y solemne, y sin embargo, lozana y pródiga y llena de color y de vida; ascética, pero calentada por el sol meridional; poesía que envuelve las abstracciones y los conceptos puros en lluvia de perlas y de flores, y que, en vez de abismarse en el centro del alma, pide imágenes á todo lo sensible, para reproducir, aunque en sombras y lejos, la inefable hermosura del Amado. Poesía espiritual, contemplativa é idealista, y que con todo eso nos comunica el sentido más arcano, y la más penetrante impresión de la naturaleza, en el silencio y en los *miedos veladores* de aquella noche, *amable más que el alborada*, en el *ventalle de cedros*, y el aire del almena que orea los cabellos del Esposo:

Mi amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos.
La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora.
. . . . . .
Deténte, cierzo muerto,
Ven, Austro que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacerá mi amado entre las flores.
. . . . . .
Gocémonos, amado,
Y vámonos á ver en su hermosura
El monte y el collado,
Do mana el agua pura:
Entremos más adentro en la espesura.
Y luego á las subidas
Cavernas de las piedras nos iremos
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustaremos.
Nuestro lecho florido
De cuevas de leones enlazado,
De púrpura teñido,
En paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
Á zaga de tu huella,
Los jóvenes discorren el camino,
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.

Por toda esta poesía oriental, trasplantada de la cumbre del Carmelo y de los floridos valles de Siona, corre una llama de afectos y un encendimiento amoroso, capaz de derretir el mármol. Hielo parecen las ternezas de los poetas profanos al lado de esta vehemencia de deseos y de este fervor en la posesión que siente el alalma después que bebió el vino de la bodega del Esposo:

Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.
. . . . . .
Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el amado,
Cesó todo y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

¿Y aquel otro rasgo, que está en el *Cantar de los Cantares*, y que, no obstante, es admirable de verdad y de sentimiento:

Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían?
. . . . . .

Y todo esto es la corteza y la sobrehaz, porque penetrando en el fondo, se halla la más alta y generosa filosofía que los hombres imaginaron (como de Santa Teresa escribió Fray Luis), y tal que no es lícito dudar que el Espíritu Santo regía y gobernaba la pluma del escritor. ¿Quién le había de decir á Garcilasso que la ligera y gallarda estrofa inventada por él en Nápoles, cuando quiso domar por ajeno encargo la esquivez de doña Violante Sanseverino, había de servir de *fermosa cobertura* á tan altos pensamientos y suprasensibles ardores? Y en efecto, el hermoso comentario qne en prosa escribió San Juan de la Cruz á sus propias canciones, nos conduce desde la desnudez y desasimiento de las cosas terrenas, y aun de las imágenes y apariencias sensibles, á la noche oscura de la mortificación de los apetitos que entibian y enflaquecen el alma, hasta que, libre y sosegada, llega á gustarlo todo, sin querer tener gusto en nada, y á saberlo y poseerlo todo, y aun á serlo todo, sin querer saber ni poseer ni ser cosa alguna. Y no se aquieta en este primer grado de purificación, sino que entra en la vía iluminativa, en que la noche de la fe es su guía, y como las potencias de su alma son fauces de mónstruo abiertas y vacías, que *no se llenan menos que con lo infinito*, pasa más adelante, y llega á la union con Dios en el *fondo de la sustancia del alma*, en su *cetro más profundo*, donde *siente el alma la respiración de Dios*; y se hace tal unión cuando Dios da alma á esta merced soberana, que todas las cosas de Dios y el alma son una en transformación participante, y el alma más parece Dios que alma; y aun es Dios por participación, aunque conserva su sér natural unida y transformada, «como la vidriera le tiene distinto del rayo, estando de él clarificada». Pero no le creamos iluminado ni ontologista, ó partidario de la intuición directa, porque él sabrá decirnos, tan maravillosamente como lo dice todo, que en esta vida «sólo comunica Dios ciertos avisos entre-oscuros de su divina hermosura, que hacen codiciar y desfallecer al alma con el deseo de lo restante.» Ni le llamemos despreciador y enemigo de la razón humana, aunqne aconseje desnudarse del propio entender, pues él escribió que «más vale un pensamiento del hombre que todo el mundo», y estaba muy lejos de creer permanente, sino transitorio y *de paso*, aquel éxtasis de alta contemplación, del cual misteriosamente cantaba:

Entréme, donde no supe,
Y quedéme no sabiendo,
Toda ciencia transcendiendo.
. . . . . .

Hasta aquí Menendez Pelayo. Después de eso nada hay que añadir.

Gustavo Ferraz

Desde Manila

LA FIESTA DEL ROSARIO

Manila 16 de Octubre de 1891.

La Virgen del Rosario es la patrona especial del Archipiélago filipino, y los festejos de toda índole, religiosos y civiles, públicos y privados, con que Manila solemniza anualmente en la primera quincena del mes de Octubre aquella santa y poética Advocación de la Reina de los ángeles, son conocidos en todas las islas con el glorioso lema de *La Naval*, porque recuerdan uno de los triunfos más señalados obtenidos por flotas españolas en estos mares sobre naves enemigas, en aquellos tiempos en que las escuadras holandesas podían permitirse el lujo de disputar á las de naciones poderosas (1) la ocupación y dominio de territorios ultramarinos. Alcanzamos esta victoria como poco antes habíamos conseguido la memorabilísima de Lepanto, en cuya consecución intervino también de un modo prodigioso, como saben nuestros lectores, el Rosario, mandado rezar pública y procesionalmente por el Papa San Pío V en Roma mientras la cruenta batalla se estaba librando entre cristianos y turcos.

Los protagonistas de esta gran festividad filipina son, como es natural, los Padres dominicos, á los cuales se asocian para mayor esplendor del culto católico las demás órdenes religiosas, y desde luego todo el pueblo maniñelo y comarcano, insular y peninsular. El templo de Santo Domingo con su espacioso convento se levanta en un ángulo de la población intramuros, formando calle al norte y poniente con los respectivos lienzos de la muralla que la circuye: al mediodía, la fachada lateral derecha del templo y la principal del convento, precedida esta última de un extenso atrio embaldosado y enverjado, á que da también el frontispicio del primero; dominan ambos edificios la anchurosa plaza de Santo Tomás, lo cual les permite gozar de una agradable perspectiva, al paso que lo espacioso del lugar contribuye á facilitar de un modo decisivo el tránsito y concurrencia del gentío que en tales días se agolpa en aquellas inmediaciones.

En la traspuesta del edificio, y con intermedio de una plazoleta enjardinada, aíslase la bonita construcción de fábrica maciza, llamada *Aduana antigua*, que hoy sirve de Intendencia general, edificio rigurosamente cuadrado y simétrico como ninguno otro en Manila, y aun estoy por decir que en Madrid; todo lo cual importaría muy poco para el objeto de esta carta, si la especial orientación de este palazuelo no diese lugar á una explanada de regulares dimensiones, salpicada de broza y de césped, la cual no solamente comunica con un muelle rudimentario de tres pequeños embarcaderos en el Pasig, sino que sirve de real ó solar á la feria-verbena del Rosario.

Esta feria-verbena, á la cual nada tienen que envidiar las que antes celebraba la coronada villa en el paseo de Atocha, en los alrededores del Casón del Retiro, y aun en el propio Salón del Prado, consta de dos partes esencialmente diferentes, lo mismo que aquéllas; es á saber, parte artística y parte culinaria, mejor ó peor hermanadas. Respondiendo á esta distinción cardinal de menesteres, se construyen con la debida anticipación dos hileras de tinglados con postes de bambú, techos de hierro galvanizado y ondulado y marquesinas de cañizo, con lo cual dicho se está que estos indios arquitectos se quedarían asombrados si viesen los cobertizos de nuestros feriantes madrileños: en los tenderetes de la primera fila sólo se expenden objetos de arte para todos los usos y edades, en los cuales brilla el ingenio y la paciencia de los chinos y de los malabares; en la segunda fila se guisa para todos los gustos y para todas las horas del día, y preciso es confesar que si poco limpios y escrupulosos estos tágalos en las manipulaciones preparatorias, saben en cambio dar buen aspecto á las cazuelas y hacer despedir á los manjares olores incitantes, constituyendo mayor mérito para su trabajo el que carecen de cacharros y utensilios para los diferentes guisos, y de carbón para alimentar la lum-

(1) Sabido es que los holandeses desde que se sublevaron contra España hasta el protectorado Cromwel en Inglaterra constituyeron la primera potencia marítima de Europa, y que todo su poderío emplearonlo contra España.

N. de La I. C.

bre. Verdad es que en Manila apenas hay más carbón que el que guardan los buques en sus bodegas, y que no sueltan ni á tres tirones.

De noche resulta el espectáculo que ofrece Santo Domingo y sus avenidas un tanto fantástico. La fachada del convento, el frontispicio de la iglesia y su fachada lateral aparecen profusamente iluminados con infinidad de vasos encendidos, cuyas líneas se entrelazan en juegos caprichosos y sorprendentes desde los remates de las torres hasta la cornisa del zócalo. En el promedio del átrio gallardea un templete de fantasía, revestido de ramaje, cuajado de luces y engalanado con mil gallardetes, ostentando los colores nacionales, de que aquí se hace siempre un patriótico derroche. Alrededor de la alta verja que lo circuye, asoman palmeras improvisadas, cada una de las cuales arroja del fondo de su penacho su correspondiente bandera gualda y roja. Desde el anochecer una banda de música militar ejecuta piezas escogidas dentro del encantado recinto, y la abigarrada muchedumbre, compuesta de blancos, pardos, negros, cobrizos, amarillos y cetrinos, barbudos y lampiños, militares y paisanos, coletudos y rapados, descalzos y calzados, se arremolina en las bocacalles fronteras para contemplar las luminarias atrevidas y escuchar los acordes de pundonorosa orquesta. Dentro del templo, inundado de luces y flores, con la graciosa imagen de la Virgen en el centro del altar mayor, flotando entre olas de gumamelas rojas de oloroso ilan-ilan, de blancas sampaguitas y otras mil plantas tropicales, una diestrísima capilla de músicos en combinación con los misteriosos acentos del órgano, interpreta magistralmente los pasajes sacrosantos y las inspiraciones místicas del Catolicismo. Además, el recinto viene saturado de perfumes finos, que la índole del clima demanda, y todo junto parece como que le trasladan á uno á paraísos desconocidos, de que sentimos perpetua nostalgía: no hay que decir que el templo permanece repleto de concurrencia hasta la terminación de la fastuosa ceremonia, no admitiendo más comparación en estos momentos que con los templos de Madrid en la tarde de Jueves Santo.

La verbena funciona aparte y por diferente estilo. Acuden á ella muchos europeos á tomar *soda* (gaseosa) ó limonada, y conviene confesar que las indias que regentean las espendedurías al aire libre, procuran hacer los honores de la casa con la mayor amabilidad posible, y eso que las indias son amables de suyo. Uno de los efectos teatrales que he podido observar desde el ferial, es el que ofrece la puerta de la *Aduana*, que taladra por medio de oscura bóveda la ancha muralla, permitiendo vislumbrar á la vuelta los fulgores de los focos eléctricos de los muelles, y á su límpida claridad los mástiles, masteleros y amuras de los inquietos barcos amarrados al lecho del Pasig. El mugido de las bocinas que lanzan los vaporcs y vaporcitos, subiendo y bajando contínuamente por el río, dá á la fiesta un realce especial y originalísimo: son dos mundos diversos el del lado de acá de la muralla y el del lado de allá; aquí es Manila, allí es Binondo, el arrabal traficante de esta población indescriptible.

Por las mañanas, desde muy temprano, el real de la verbena parece una égloga de Virgilio: se contempla á las mujeres indias arrobadas en una intensa inocencia, que no sé por qué rarísimo resorte hace acudir las lágrimas á los ojos. Salen del templo con los mejores ropajes y avalorios, é irresistiblemente, como si una corriente mágica las arrastrase, acuden á los tinglados de la segunda fila, se las ve rebosar de contento, y con una elegancia casi impropia de sus costumbres, de pié, y sin quitarse una prenda, toman un chocolate, que debe de saberles á gloria; y después de inspeccionar las tiendas de juguetes y husmear todas las cantinas, se retiran comentando sabrosamente cuanto han visto y oido. Doblaban una esquina una anciana y una chaborra, cuando se pararon frente á la verbena: la anciana se deshacía en ruegos á la joven paara que se determinara á internarse en la tendalera. Se le hacían los dientes agua. La joven rehusó repetidas veces, y toda contristada, la anciana volvió la espalda y siguió calle arriba con la joven al lado. La pobre vieja tágala habría ganado con seguridad diez años de vida si su testaruda hija hubiese sido complaciente.

Pero el gran golpe de la fiesta es la procesión que corona el novenario, verificada el domingo día 11 de los corrientes. En ninguna ciudad de España hay ni remota idea de lo que es la procesión del Rosario en Manila. Algunos sevillanos confiesan que las de Semana Santa en la ciudad del Bétis tienen algunas cosas mejores, pero que en conjunto resulta ésta más esplendorosa. Desde el sábado al anochecer varias bandas de música recorren trasnochando las calles de la Manila propia, y se estacionan frente á las casas habitadas por personas de alta posición ó que forman parte integrante de la fiesta. Lo mismo sucede el domingo hasta poco antes de prepararse la procesión magna, la cual verdaderamente regresa á Santo Domingo sin haber terminado de organizarse aún.

Hay que advertir que aquí, así como no es de día hasta las seis, siquiera salgan á un tiempo alba, aurora y sol, así también es de noche á las seis, siquiera á las cinco de la tarde haga un calor abrasante y reine una claridad en todo el furor del medio-día del mes de Agosto en Madrid. A las cinco, pues, comienza á organizarse la procesión del Rosario, recuerdo solemnísimo de las victorias de nuestras armas, y aparecen encendidos todos los mil farolitos de Santo Domingo y de su espacioso átrio: las músicas acuden de diferentes partes tocando marciales pasos dobles, entre los cuales descuella cómo siempre el de la zarzuela nacional *Cadiz*. Los preparativos indican la grandiosidad del acto que se va á realizar. Yo me coloqué sobre la escalinata de la catedral, que enfila perfectamente con la puerta lateral de Santo Domingo, que había de dar salida á la procesión; quería espiar todos los pormenores y las impresiones de los indígenas.

Estos desembocan en compactas multitudes, varones y hembras, con velas en las manos, y se apostan en puntos convenientes para agregarse á la procesión cuando les llegue el turno, conforme á la reseña que trazo al final. Veo algunos pelotones de chinos escalonados en la gradería de la catedral, que contemplan absortos la imponente ceremonia; los Padres Dominicos corren de un extremo á otro de la primera calle que da salida el templo, ajustando distancias y distribuyendo providencias. Entre tanto, la numerosa banda de artillería ejecuta algunas piezas frente al Gobierno civil, á lo que da realce el frondoso jardín de la Plaza de Palacio. Después aparece de entre la arremolinada muchedumbre una escuadra de lanceros, dirigida por un cabo peninsular, y la procesión rompe la marcha.

Fuíme á tomar puesto desde donde pudiera dominar la mayor extensión posible: se hizo casi repentinamente de noche, y centenares de millares de puntos luminosos centellearon á lo largo de las dos calles que podía abarcar. Después lo indescriptible. Desde los miradores se encendieron luces de bengala de diversos colores, los campanarios del tránsito echaron las campanas al vuelo, y aquello parecía una Babilonia de gloria. En cada bocacalle el número de los espectadores era inmenso, y todos los carruajes de Manila se hallaban en ellas repletos de personas ávidas de contemplar el espectáculo. Admirados estaban algunos franceses é ingleses que procuraban chapurrar el castellano junto á algunos españoles que por casualidad nos habíamos reunido; asombrábales tanta música, toda desempeñada por indios uniformados con elegancia.

Para dar una idea de la procesión en general, ahí va una nota del orden en que desfilaba:

Paisanos de todas clases y edades.

Estudiantes de segunda enseñanza de las escuelas privadas, con sus respectivos maestros á la cabeza.

Id. íd del Colegio de Letrán.

Id. íd. de la Universidad.

Id. de las carreras de aplicación.

Id. de ampliación á las carreras de Derecho, Medicina y Farmacia.

Estudiantes de Farmacia, Medicina, Derecho y de Sagrada Teología.

Los españoles que deseen asistir.

Colegiales del Colegio de Letrán, de uniforme, en cuerpo.

Alumnos del Seminario de San Cárlos.

Comunidad de Santo Domingo.

Dos filas de mujeres y señoras.

ORDEN DE LA PROCESIÓN EN EL CENTRO.

Cuatro soldados del escuadrón de caballería con su cabo.

Bandera.

Música.

La imagen del glorioso patriarca San José.

Música militar.

Un estandarte del Rosario.

Cuatro colegiales de San Juan de Letrán con cirios.

La imagen de San Vicente Ferrer, Confesor.

Música militar.

Un estandarte del Rosario.

Cuatro colegiales de Santo Tomás alumbrando.

La imagen de Santo Tomás de Aquino, doctor.

Música militar.

Un estandarte del Rosario.

Cuatro colegiales de San Juan de Letrán.

La imagen de San Pedro de Verona, martir.

Música militar.

Un estandarte del Rosario.

Capilla de músicos.

Cuatro colegiales de Santo Tomás.

La imagen de San Antonio de Florencia, arzobispo.

Música militar.

Un estandarte del Rosario.

Cuatro colegiales de San Juan de Letrán.

La imagen de San Pio V, Papa.

Música militar.

Un estandarte del Rosario.

Cuatro colegiales de Santo Tomás.

La imagen de Nuestro Padre Santo Domingo, patriarca y fundador.

Música militar.

La Venerable Orden Tercera en cuerpo.

Un estandarte del Rosario.

Capilla de músicos.

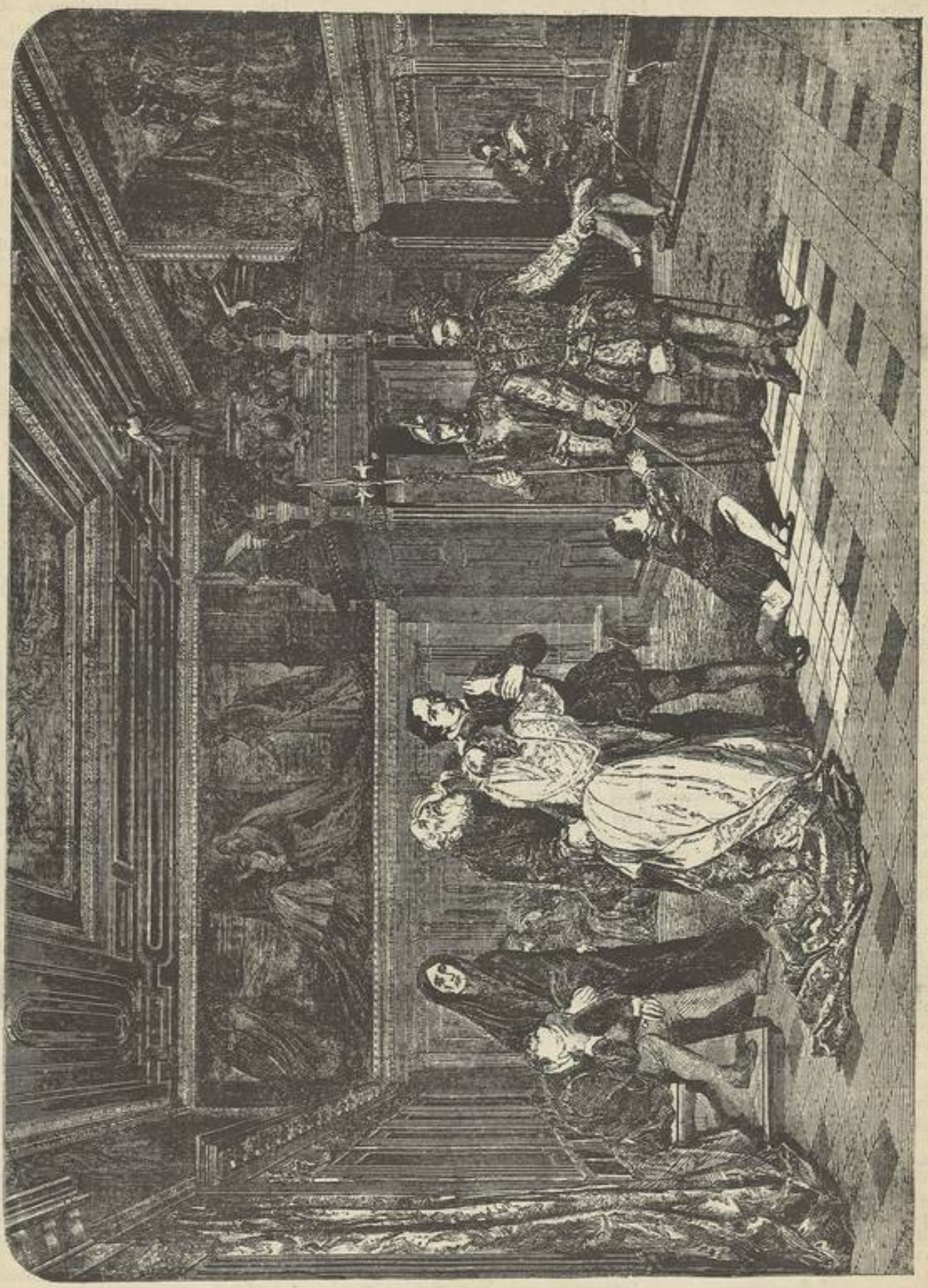
Ocho colegiales de Santo Tomás.

El carro triunfal de la Virgen, tirado por colegiales de Santo Tomás, y á sus lados una escuadra de gastadores.

Un estandarte del Rosario.



PENSATIVA



ANTECÁMARA DE LA INQUISICIÓN EN VENECIA

Cuatro colegiales de San Juan de Letrán.
La imagen de Santa Catalina de Riccis.
Música militar.
Dos estandartes del Rosario.
Capilla de músicos.
Cuatro colegiales de San Juan de Letrán.
La imagen de Santa Inés Montepoliciano.
Música militar.
Dos estandartes del Rosario.
Cuatro colegiales de San Juan de Letrán.
La imagen de Santa Rosa de Lima.
Música militar.
Dos estandartes del Rosario.
Cuatro colegiales de San Juan de Letrán.
La imagen de Santa Catalima de Sena.
Música militar.
Un estandarte del Rosario.
El estandarte de la Virgen.
El Preste y á sus lados el diácono y subdiácono.
Música militar con su banda de cornetas.
Un piquete de tropa armada.

El lujo de todas las imágenes, el gusto de las esculturas, muy especialmeute la de la Virgen del Rosario, la profusión y distribución de los farolillos de los tabernáculos, sobre toda ponderación. Los indios estupefactos, los extranjeros absortos. Daba irresistible tentación de gritar con voz gigantesca: ¡España ha sido grande y España volverá á serlo!

FRANCISCO AGUILAR Y BIOSCA.

BIBLIOGRAFÍA

Manual bíblico ó Curso de Sagrada Escritura para uso de los Seminarios, por M. M. Bagner y J. Vigouroux, traducido al castellano por D. Vicente Calatayud y Boumatí.—Tomo I. Introducción general. Pentateuco.

El Sr. Calatayud que tantos servicios ha prestado á la Iglesia con sus excelentes trabajos literarios, acaba de prestar otro, y realmente inestimable, vertiendo al castellano la obra cuyo título queda transcrito. El venerable Sr. Obispo de Orihuela en una hermosa carta que encabeza la obra, dice de ella que «solo el nombre de Vigouroux es por sí solo, en todo lo que concierne á la crítica y exégesis de los Libros Sagrados, recomendación valiosísima, y autoridad de primer orden.»

En cuanto á la traducción, opina el mismo venerable Prelado que «podrá remediar ventajosamente la escasez de buenos libros de textos que se experimenta en nuestros Seminarios, respecto á las importantes asignaturas del 5.° y 6.° de Teología; para las cuales no contamo. con otro texto que esté á la altura de la crítica moderna, y en consonancia con los adelantos de las ciencias naturales, que el *Manuale Isagogicum* del malogrado Caminero.» Sigue el señor Obispo ponderando los méritos de la obra que anunciamos, y los que ha contraído el traductor, vertiéndola á nuestra lengua, para facilitar al Clero español y á todos los hombres estudiosos, un medio de profundizar en el conocimiento de las Sagradas Escrituras; disciplina del espíritu provechosísima y de tan gran utilidad que, como decía donosa y profundamente Cervantes, con ninguna otra podía compararse. Nosotros nos limitamos á felicitar al Sr. Calatayud por el éxito de su trabajo, y a manifestar nuestro deseo de que pronto vean la luz los siguientes tomos de su excelente traducción.

***

La Sagrada Comunión es mi vida ó Cánticos de amor del alma fervorosa cuyas delicias cifran en la Sagrada Comunión, por Huberto Lehón.

Los sucesores de Aguado han publicado la 10.ª edición castellana de este precioso libro, esmerada y primorosamente impreso, en excelente papel y hermosa encuadernación.

***

Obras de la Librería Católica de Gregorio del Amo:

Clave de Teología Moral, por D Domingo Díez, 5.ª edición, diligentemente corregida y añadida en muchos puntos, especialmente con la explicación de la Bula *Apostolicæ Sedis*, de nuestro Santísimo Padre Pío IX, y demás Contituciones que han emanado de las Sagradas Congregaciones hasta el presente.

Martirologio romano, nueva traducción castellana, por algunos Padres de la Compañía de Jesús, conforme á la última edición latina hecha en Roma, bajo la protección del Papa Pío IX.

Obras espirituales, del Padre Juan Eugenio de Nieremberg.

Aprecio y estima de la Divina Gracia. Consta de dos tomos.

De la hermosura de Dios y su amabilidad. Un tomo.

Prodigio del Amor Divino y finezas de Dios con los hombres.

De la adoración en espíritu y verdad, esto es, del espíritu verdadero con que en la ley de gracia se debe servir á Dios.

***

La Creación, según que se contiene en el primer capítulo del Génesis, por el Padre Juan Mir y Noguera, S. J. Segunda edición corregida y aumentada.

Sale á la luz pública la segunda edición de esta obra por contentar los deseos de los que con ansiedad la buscan. Fuera de toda esperanza ha sido el despacho de la primera. De su mérito han juzgado las publicaciones nacionales y extranjeras. De éstas van á continuación algunos extractos.

La Civiltà Cattolica, revista de notoria autoridad, que se publica en Roma á vista de los Papas, ha calificado *La Creación* por «obra señalada, fruto de mucho amor y de largo estudio.»—«Todas las graves cuestiones, añade, son expuestas en este libro con abundancia de autores antiguos y modernos; las interpretaciones bíblicas van discutidas con gran claridad, y reivindicadas de los asaltos de la crítica moderna. Por el vasto campo de las controversias discurre el autor con competencia nada común, aun en nuestros días, tocante á ciencias naturales.» (21 Febrero 1891). *La Civiltà*, cuyo juicio crítico reprodujo *La Civilización* (28 Febrero 1891), sólo censura con detención los libros italianos; y, con todo, ha honrado con especial distinción nuestro libro español, en razón de que creyó importaba darlo á conocer.»

***

Almanaque católico para el año bisiesto de 1892, por Santiago Yubero de la Torre, Presbítero. Con la favorable censura eclesiástica.

El libro que con el título precedente presentamos y ofrecemos al público, es altamente útil y recomendable á los muy respetables y dignos Ministros del Santuario, y al pueblo cristiano. El mejor elogio que de él puede hacerse, es manifestar su contenido, que es como sigue: Epocas célebres.—Cómputo eclesiástico.—Témporas.—Velaciones.—Letanías.—Días en que hay obligación de ayunar.—Bulas y Sumarios.—Limosnas de los Sumarios é Indultos.—Jubileos de *Cuarenta Horas*.—Visitas de la *Corte de María* para todos los meses del año de 1892 en Madrid.—Explicación de abreviaturas para mejor comprender las que hay en el *Almanaque católico*.—Santoral bastante extenso, y en cada día una advocación de B. V. María, intercalando en el mismo noticias curiosas de las festividades principales y en sus días correspondientes.—Ayunos, abstinencia de carnes, y en los que se pueden ganar Indulgencias.—Contiene, además, ortos y ocasos del sol; lunas y cuartos de las mismas, con las variaciones atmosféricas y eclipses de sol y luna.—Termina con la piadosísima devoción á la Sagrada Familia.—Indice alfabético de Santos, el más completo hasta el día.—Campanadas para los casos de incendio en Madrid.

Todo lo ya expuesto consta en un volumen de 160 páginas en 8.°, con buen papel é impresión esmerada.

***

Homenaje á San Juan de la Cruz, por D. León Carbonero y Sol.

El Sr. Carbonero y Sol es infatigable en la defensa de la verdad y cultivo de las bellas letras. Después de haber llevado á cabo tantos meritorios trabajos en su juventud y edad madura, encuentra en su gloriosa vejez energía y aplicación suficientes para emprender otros nuevos que ilustren todavía más su esclarecido nombre. La serie de homenajes que ha publicado últimamente en loor de Santos y héroes, bastaría para acreditar un apellido: son tales homenajes verdaderos monumentos de erudición y buen gusto. El consagrado á San Juan de la Cruz es completísimo y hermoso.

BACHILLER ALONSO

UN ACONTECIMIENTO LITERARIO

ÚLTIMOS ESCRITOS DE PEDRO ANTONIO ALARCÓN

Manos piadosas é inteligentes han recogido entre los papeles que dejó inéditos el gran novelista algunos que se podían publicar, y con ellos han formado un tomo en el cual vive y alienta el espíritu de Alarcón.

Son recuerdos de sus mocedades, narración de las primeras impresiones que recibió cuando abandonó su querido hogar de Guadix y salió por esos mundos á correr aventuras, y pensamientos de su edad madura, en los que se demuestra la triste experiencia de la vida.

Los cuadros de Granada, de Málaga y de Almería, son notas riquísimas de color. Los viajes en burro, en galera y en diligencia, nos recuerdan la España de nuestros padres, la de principios del afianzamiento del régimen constitucional, aquella en que eran jóvenes y bonitas las respetables señoras que hoy tienen nietas casaderas.

El entusiasmo de Alarcón al ver el mar por vez primera, su patriótica indignación ante Gibraltar, revelan el alma del poeta y del soldado que peleó por la patria en los campos de Africa.

Reproducimos de esta preciosa colección de artículos la primera parte del titulado *Las horas*, consagrado á describir la mañana.

En esas líneas encontrarán los admiradores de Alarcón todos los rasgos de su estilo, las originalidades, las bellezas que le han hecho tan justamente celebrado.

El tomo, que pertenece á la *Colección de autores castellanos*, contiene los trabajos siguientes:

«Más viajes por España: De Guadix á Granada.—De Guadix á Almería.—De Granada á

Málaga.—De Málaga á Cádiz.—Las horas.—Prólogo á las poesías de Ros de Olano.—La fuerza social y moral.—Necrología de Cruzada Villaamil.—La Redacción de *El Belen*.—Amistades hispano americanas.—*Los Lunes de El Imparcial*.—Pensamientos sueltos.—Diciembre.—Versos.»

LA MAÑANA

¿A qué hora principia la *mañana*?

Dicho se está que principia á la variable hora del *amanecer*; y como hasta los más baratos *Almanaques* expresan el minuto y el segundo en que sale el sol cada día del año, según la longitud y la latitud del punto de que se trate, no tengo necesidad de entrar en más pormenores astronómicos...

Pero no hay que confundirse, caballeros. Todo esto se refiere á la *mañana natural*.—La *mañana convencional*, ó de cada hombre, depende de otras reglas menos seguras ó simétricas

Comprobación: Para las buenas gentes del campo, y para las malas, que son algunillas, comienza la mañana antes del primer bostezo de la aurora... Cuando Dios echa sus luces ya sale humo por el cañón de toda rústica chimenea, pues ya están haciendo las migas ó las gachas en los hogares pastoriles y agrícolas, así como en las posadas, ventas y paradores... El repiqueteo del almirez suena, por consiguiente, antes que el canto de las aves, exceptuando al gallo, y á las tórtolas y palomas, que toman las vísperas con más tiempo.

Y aquí me será lícito, y á vosotros muy agradable, traer á la memoria algunas de las cosas bellísimas, cuanto ciertas, que dice nuestro maestro fray Luis de León, en *La perfecta casada*, acerca de las ventajas y las delicias del madrugar.

—Celebra primeramente con Salomón á la solícita labradora *que gano por la mano al lucero y amaneció antes que el sol*, y añade que «ha de madrugar la casada para que madrugue su familia. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo y ella el alma dél, y que como los miembros no se mueven si no son movidos del alma, así sus criadas, si no las menea ella, y las levanta y mueve á sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiéndose su ama, y no la teniendo por testigo, es peor que madruguen; porque entonces la casa... es como pueblo sin Rey ni ley, y como comunidad sin cabeza, y no se levantan á servir, sino á robar y destruir, y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos...»—Discurre luego este fino amante de la naturaleza acerca de lo saludable y grato que es levantarse *á aquella hora en que despierta el mundo todo junto*; y en que *la luz nueva, saliendo, abre los ojos á los animales todos*; censura á los que *hacen honra y estado y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni aun en esto, el concierto que Dios les pone... y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida, que es la mañana*, y describe esta hora con los vivos, hermosos y naturales colores que vais á ver:

—«...Entonces la luz, como viene después de las tinieblas, y se halla después de ser perdida parece ser otra, y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo, y el colorear de las nubes, y el descubrirse la aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosa), y el aparecer de la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entoces más dulcemente? Y las flores, y las hierbas, y el campo todo despide de sí un tesoro de olor. Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad se endereza y hermosea toda ella..., así los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos, á la venida del sol, se alegran, y como para recibirle, se hermosean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes... El fresco del aire en tonces templa con gran deleite el humor calentado con el sueño; y cria salud, y lava las tristezas del corazón, y no sé en qué manera lo despierta á pensamientos divinos antes de que se ahogue en los negocios del día.»

Después de este himno al amanecer, tan propio del cantor de la vida en su huerto y de la noche serena, reanudo yo mi árida enumeración, y declaro que otra de las mayores complacencias matutinas es oir, en ásperos y exrranjeros montes, al cabo de largas horas de obscuridad y desamparo, pasadas bajo militar tienda de lona, el toque de la *diana de campaña*... ¡Nada tan alegre y triunfante, nada tan gozoso y bendito; resucítase juntamente á la vida y al afán de gloria, pareciendo dicha envidiable morir de día, abrazado á la bandera de la patria, en comparación de la pasada noche de angustia y abandono... De cuantos sueños se pueden dormir en tales campamentos, ninguno parece más dulce que el sueño de una honrosa muerte.

Pero dulce es también vivir; dulce es, entre los lances propios de la *mañana* tomar, en tiempo de paz y de invierno, chocolate con pan recién salido del horno, y sentarse muy tempranito en la mesa de despacho, bien forrados de ropa y con muchos cigarrillos de papel al alcance de la mano, a escribir ensoñadas historias, sin miedo á visitas importunas de personajes de carne y hueso...

Dulce es, en tanto que ensillan vuestro caballo para que continuéis larga caminata por tierras moriscas no conquistadas del todo, tomar el aguardiente á la luz de un candil, aun no siendo arriero, y salir de lóbrega venta, como segnndo D. Quijote, á entrar en posesión de un mundo que comienza á esclarecer las risas de la aurora...—Porque la verdad es que el alcohol, si bien implacable en lo de arruinar el sistema nervioso, despierta en el alma ideas é intuiciones de indefinible lucidez y atrevimiento, como lo demuestran las obras de Edgard Poe y de algunos grandes poetas alemanes... y las aventuras de ciertos candidatos á la Diputación por su país.

Y dulce es una *Misa de pastores* en vísperas de Navidad, en Andalucía, con acompañamiento de zambombas y panderetas, cuando uno no ha descendido todavía de niño á hombre: dulce el *toque del alba* en Granada la católica, ó sea aquellas tres majestuosas campanadas de la catedral, que ponen ahora término á las señales con que durante toda la noche sigue la vieja campana de *La Vela*, como en los tiempos de Boabdil, regulando los riegos de la extendida vega, que fué de los moros; dulce levantarse con estrellas y salirse traidoramente á los nativos campos, con vastísimas redes de hilo bramante, á cazar chamarines, alondras y otros pajarillos dormidos, que luego, al salir el sol, dan brincos bajo las tendidas, mallas, como peces recién sacados del mar..., dulce es, á propósito de esto último, la pesca de salmones sorprendidos en sus madrigueras, al comienzo de las rías del Cantábrico, entre el agua de marina y el agua fluvial, aunque al propio tiempo llueva sobre vosotros el agua del cielo...; y dulce, en fin, son los paseos matutinos la *Fuente de la Salud* que tiene tiene cada pueblo del globo, paseos en que seguramente halláis por primavera infinidad de pálidas niñas, que á la vuelta son rozagantes mujeres, por resultas de haberse bebido cada una tres vasos de agua del acreditado manantial...

Todo esto ocurre en la primera ó segunda *hora* de la mañana, según la estación... Entre tanto, suenan ya los golpes del trabajo de artesanos y obreros, en cuyo concierto lleva la voz cantante el martillo del herrador; repican en las malsanas capitales muy populosas las campanillas de las burras de leche ó de los carros de limpieza; ábrense las casas y salen las cocineras á la compra, mucho más peinadas que lavadas; grita el fatídico enterrador llamado trapero; bárrense las calles; tocan á misa en las pocas iglesias que van quedando (hablo de Madrid), y regresan á su domicilio los trasnochadores de todas clases, después de comerse al paso media docena de buñuelos ó una ensaimada aquellos que no han perdido en el garito hasta el último ochavo...

A las *siete* se levantan los niños, por muy principales que sean su familia, y á las *ocho* están ya camino del colegio, aunque llueva ó nieve, con sus bufanditas al cuello y la enorme carpeta de libros pendiente del hombro, en busca de la pícara sabiduría, que á tal ó cual de ellos podrá muy bien servirle de algo, pero que no es indispensable, seguramente, para llegar á ser rico y poderoso, ni muchísimo menos para ser feliz ..

A las *nueve* tiene que estar de pie todo empleado del Gobierno ó de empresa particular; con lo que, á las diez ó las once, se hallará cada uno en su respectiva oficina, medianamente almorzado y contento, y provisto de aquella manguilla de percalina negra que les sirve á todos estos ennucos pecuniarios para no estropear la levita propia, en su contacto con los millones públicos ó ajenos...

A las *diez* han entrado ya alevosamente por debajo de las puertas (seguimos en esta villa y corte) los periódicos de la mañana, como una notificación malévola de muchas más desgracias que venturas; comienzan á saltar del lecho las personas no desarregladas del todo, de las clases aristocráticas ó eminentemente política, y entra á engañarlas en su cuarto de lavarse la madrugadora adulación, llevando á remolque la injustificada solicitud, sin considerar que, en definitiva, tiene más de escarnio que de premio la consiguiente largueza del vanidoso lisonjeado...; siguen durmiendo en el ínterin otros magnates de ambos sexos y los demás ciudadanos y ciudadanas que, de grado ó por fuerza, tienen trocadas las *horas*; y quién sueña todavía con el baile, quién con el juego, quién con la comedia ó novela que está escribiendo, quién con el robo, quién con la amorosa cita, quién con la orgía brutal de la noche anterior..., hasta que suenan las críticas *doce* y concluye la verdadera *mañana*...

Es el *medio día*, aunque para estos últimos principie el día en aquel momento.

Es la hora del pasajero descanso, la hora de la tregua, la hora de ..

Pero estas son cosas que pertenecen ya á otro capítulo.

Album de poesías

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

¡Vedla! ¡Cuán bella y mágica
El aire blando hiende,
Y hacia la cumbre célica
Su noble vuelo tiende,
Al son del canto armónico

De rubio serafín!
La cercan turbas fúlgidas
De incomparables vestes;
Do quier sonoros cánticos
Y espíritus celestes;
Do quier nubes de gloria
Y tinte de carmín.

La luna triste y pálida
Sus piés humilde besa;
La noche melancólica
Y la enramada espesa;
Fulgor extraño báñalas
De misteriosa luz,
Los genios que custodian
Las verdes arboledas.
Muestran sonrisa plácida;
Cantan las aves ledas.
Y pulsa el mar undísono
Su líquido laud.

Naturaleza unánime
Festeja á su Señora;
Gentil Favonio elévase
Con voz arrulladora,
Y esparce el rico bálsamo
Del lirio y del clavel.
Y ella entre tanto mágica
Los aires va surcando;
Rie la estrella trémula
El uno y otro bando
Del celestial ejército
Alaban á Emmanuel.

Y en tanto el coro angélico
Su Reina victorea:
¡Viva! mil voces gritanle:
¡Viva! bendita sea;
¡Viva! repite el ámbito
De la región azul.
Mas ¡oh! los cielos ábrense:
Giran las puertas de oro:
Ya salen mil espíritus
En rutilante coro,
Y lánzase al espacio
de fino y suave tul.

Y en pos pulsa su cítara
David con sabia mano:
Toda la corte célica
Se lanza al aire vano...
Adan lleno de júbilo,
Judith, la bella Esther.
Más ¿quién será aquel Príncipe
De frente majestuosa,
De vestes preciosísimas,
De mano y pié de rosa,
Y en cuya diestra agítase
La insignia del poder?—
—En sus cabellos áureos
Se posa blandamente
Una diadema espléndida,
Con perlas mil luciente
Y en cuyo cerco léese:
Soy de la gloria el Rey.
El es Jesús, altísimo
Señor de tierra y cielo,
Y de la prole adámica
Vida, salud, consuelo:
El que del astro al órbita
Da movimiento y ley.

¡Cuál hiende el aire límpido
Y abre sonriendo el brazo,
Y llega al carro fúlgido
Y dále un suave abrazo,
Y en su alba frente imprímela
Un beso de alto amor!.....
Los escuadrones rútilos
Baten sus alas de oro;
Sube al Eterno un cántico,
De suavidad tesoro;



RIBERA

Suena el laud davídico,
Y embarga su dulzor.

.....

Tornan con vuelo plácido
En medio de armonías
A las estancias céticas
De venturosos días.....
Ya los umbrales áureos
María atravesó.....
Canta, querub bellísimo
De noble inteligencia,
Aquellas horas plácidas
Con inspirada ciencia,
En que la estancia olímpica
María penetró.

Canta, querub, que es mísero
El numen de este suelo:
Sus alas son muy débiles,
Y débil es su vuelo
Y ronca, pobre, mísera
La voz de su laud.

¡Querub! suene tu cántico
Que es noble el argumento:
Escúchante con ansia
Desde terrestre asiento
Fieles que esperan socios
Ser tuyos en tu luz.

JOSÉ MARIA CHAO,
Presbítero.

Villalba de Galicia, Agosto 1882.

ATALIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

(TOMADA DE LA SAGRADA ESCRITURA)

por RACINE

ARGUMENTO

Jorám, rey de Judá, de la raza de David, había casado con Atalia, hija de Achab, rey de Israel y de Jezabel, los dos famosos, y en especial esta última por sus persecuciones contra los profetas.

Muerto Jorám, su hijo Ochozías, instigado por Atalia, imitó la impiedad de Achab. Pero Dios le envolvió en la ruina y en la matanza de los príncipes de Israel, ordenada por Jehú, á quien los profetas fieles habían consagrado rey de Samaria.

Atalia, por ambición y venganza, hizo perecer á su vez á los hijos de Ochozías, nietos suyos, creyendo reinar desde luego sin perturbación alguna en Jerusalen.

Pero Josabeth, hermana de Ochozías, aunque de diferente madre que Atalia, salvó en medio de la matanza á Joas, que todavía mamaba, y le confió con su nodriza al gran sacerdote Joad, su marido, que le educó secretamente en el templo, esperando colocarle en el trono de sus padres.

El argumento de esta tragedia es la coronación de Joas y la revolución que precipitó á Atalia del trono, después de algunos años de reinado.



ESTATUA DE RIBERA EN VALENCIA

PERSONAJES

JOAS, rey de Judá, hijo de Ochozías.
ATALIA, viuda de Jorán, abuela de Joas.
JOAD ó JOIADA, sumo sacerdote.
JOSABETH, tía de Joas, esposa del sumo sacerdote.
ZACARÍAS, hijo de Joad y Josabeth.
SALOMITH, hermana de Zacarías.
ABNER, uno de los principales funcionarios de los reyes de Judá.
AZARÍAS, ISMAEL y otros tres jefes de sacerdotes y levitas.
MATHAU, sacerdote apóstata y sacrificador de Baal.
NABAL, confidente de Matham.
AGAR, mujer del acompañamiento de Atalia.
Acompañamiento de Atalia.
La nodriza de Joas.
Coro de jóvenes de la tribu de Levi.

La escena es en el templo de Jerusalen, en un vestíbulo de las habitaciones del sumo sacerdote.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

JOAD, ABNER

ABNER

Para adorar á Dios al templo acudo;
Sí, vengo á él, según costumbre antigua,
A celebrar en la compaña tuya
Con festejos solemnes el famoso
Momento en que la ley nos fué otorgada
En el Siná. ¡Qué tiempos tan diversos!
En el instante en que el clarín sagrado
El retorno nunciaba de este día,
El pueblo santo en gran turbión llenaba
Los pórticos del templo, por doquiera
Ornado con magníficos festones;
Y todos con mucho orden acercándose
Al ara, y en sus manos ostentando
De sus campiñas los novicios frutos,
A Dios tales primicias ofrecian;
A tanto sacrificio los ministros

Del templo no bastaban. Mas la audacia
De una mujer, á tal concurso dique,
Ha transformado en tenebrosos días
Tan espléndidos soles. Ya muy pocos
Devotos fieles osan presentarnos
De tiempos primitivos leve sombra:
La multitud se olvida tristemente
De su Dios y Señor, y hasta apiñándose
De Baal ante las aras, participa
De sus misterios torpes, y blasfema
Del nombre, que sus padres invocaron.
Temor abrigo, para serte franco,
De que Atalia á tí del santo templo
Te arranque, y que por fin en tí termine
Sus venganzas funestas, olvidando
El forzado respeto que aun le queda.

JOAD

¿Cómo hoy te ocurre augurio tan siniestro?

ABNER

¡Pues qué! ¿serás impune santo y justo?
Há tiempo que odia esa firmeza rara
Que acrece en tí de la tiara el lustre;
Hace ya mucho tiempo que tu celo
Por la fé de Israel se considera
Rebelde y sedicioso. Ya Atalia,
Celosa de los méritos brillantes,
En especial profesa gran inquinia
A Josabeth, tu noble amante esposa;
Que si es Joad del sumo sacerdote
Aaron el sucesor, también hermana
Es Josabeth de nuestro rey postrero.
Matham, por otra parte, ese sacrílego
Ministro, más perverso que Atalia;
Matham, vil desertor de nuestras aras,
Perseguidor sañoso de los justos,
La asedia é importuna á cada paso.
No satisface á ese levita infame
La sien ceñida de extranjera mitra,
A la deidad de Baal prestar oficios:
Le irrita el templo, y su impiedad quisiera
Aniquilar al Dios que ha abandonado.
No hay medio á que no acuda por perderte;
A veces por tí gime, y otras hasta
Elogia tu virtud; por tí simula
Dulcedumbre falaz; y así ocultando
De su hiel la negrura, ya á la reina
Te presenta temible; ya sabiendo
La sed que por el oro la consume,
Le finge que, en un sitio que tú solo
Conoces, hay ocultos preciosísimos
Tesoros por David amontonados.
En fin, dos días há que la soberbia
Atalia parece sumergida
En siniestra zozobra. La veía
Ayer, y contemplaba las ardientes
Coléricas miradas que sus ojos
A nuestro santo templo dirigían,
Cual si en su fondo Jehová ocultase
Un vengador á castigarla pronto.
¡Oh! créeme, sí: cuanto más pienso en esto
Abrigo menos dudas de que estalle
Muy presto su furor en tu cabeza.
Y que de Jezabel la fiera hija
A Dios ataque hasta en su templo mismo.

JOAD

Quien al furor del mar ha puesto frenos,
Sabe también desbaratar los planes
Inícuos. Con respeto sometido
A su ley santa, yo, querido Abner,
A Dios tan solo temo. Sin embargo,
Gracias te doy por tu oficioso celo,
Que me advierte de todos los peligros;
Ya veo que en secreto la injusticia
Te causa enojos, y que aún conservas
Un corazón magnánimo en tu pecho.
¡Oh! ¡sea Dios bendito! Pero, dime,
¿Tú te contentas con secreta cólera?
¿Y esa virtud ha de quedar estéril?
¿Será la fé sin obras fé sincera?
Ocho años han corrido desde que una
Extranjera malvada usurpa el solio
Y los derechos de David: la horrenda
Y cruel matadora de sus nietos
Se baña impune en sangre de los reyes
De Israel, y se atreve, hasta Dios mismo,
A levantar su aborrecido brazo;
Y tú, sostén de aqueste pueblo débil,
Tú, nutrido en las tropas del bendito
Rey Josafat, tú, jefe del ejército
De su hijo Joram, que devolviste
La paz á nuestros pueblos alarmados,
Cuando del rey la muerte no prevista
Ante Jehú las tropas dispersaba:
«Yo temo á Dios, me dices: me conmueve
Su verdad». Pues escucha lo que dice
Por mi labio el Eterno: «¿De qué os vale
Del celo de mi ley el adornaros?
¿Pensais honrarme con inertes votos?
¿De qué me sirven vuestros holocaustos?
Yo necesito sangre de becerros,
No de machos cabríos ¡Oh! la sangre
De vuestros reyes clama, y no es oída.
Romped, romped con la impiedad los pastos:
Exterminad de en medio de mi pueblo
Los crímenes, y luego apresuraos
A venir á inmolarme vuestras víctimas.»

ABNER

¿Qué puedo hacer con pueblo tan cobarde?
La tribu de Judá virtud no tiene,
Y la de Benjamín no tiene aliento»:
El día que extinguirse vió la raza
De sus señores, apagó los bríos
De su antiguo valor. «Dios mismo, dicen,
Por siempre se ha alejado de nosotros:
El, tan celoso en los pasados tiempos,
Del honor de Israel vé sin turbarse
Su grandeza en el polvo; y su clemencia
Se ha cansado por fin; ya no miramos
Que en nuestra pró su mano terrorífica
Con prodigios innúmeros espante
A los mortales; muda se halla el arca
Santísima, y oráculos no anuncia.»

JOAD

¿Y qué tiempo jamás fué tan fecundo
En maravillas? ¿Cuándo ha revelado
Dios su poder con pruebas más brillantes?
¡Qué! pueblo ingrato, ¿tú tendrías siempre
Ojos para no ver? ¡Qué! ¿los mayores
Prodigios oirás sin conmoverte?
Abner, ¿será preciso memorarte
La serie de milagros celebérrimos
En nuestra edad cumplidos, las famosas
Desgracias de los déspotas del pueblo,
A Dios constante siempre en sus venganzas,
A Achab impío muerto, y con su sangre
Bañado el campo que usurpara el crimen,
A Jezabel sacrificada cave
Ese campo fatal, y pisoteada,
Ella le reina, bajo el duro casco
De los caballos, los sedientos canes
En su inhumana sangre ya saciados;
Los miembros rotos de su cuerpo horrible,
La confusión de los profetas falsos,
El descenso al altar del fuego célico,
Y á Elías dominando, cual monarca,
Los elementos, y la etérea bóveda
Por él cerrada y convertida en bronce;
Y el suelo sin las lluvias, ni rocío
Por un trienio; y á los ya sepultos,
Alzándose al mandato de Eliseo?
Abner, admite en estos rasgos fúlgidos
Un Dios, que hoy vive cual en otros días:
El, cuando quiere, su poder ostenta,
Y de su pueblo nunca se ha olvidado.

ABNER

Mas ¿dónde está ese honor tan prometido
Al rey David, y á más profetizado
A Salomón su hijo? ¡Ay! de esa raza
Feliz nuestra esperanza ver creía
Salir inmensa serie de monarcas:
Que en toda tribu y sobre todo pueblo
Su cetro extendería un hijo suyo,
Calmando por doquiera la discordia
Y guerras y domando á todo el orbe.

JOAD

¿Y por qué renunciar á cuanto el cielo
Nos tiene prometido?

ABNER

Mas ¿en dónde
De David hallaremos ese vástago?
El mismo cielo puede los destrozos
Reparar de ese tronco ya marchito
En sus raíces mismas. Atalia
Ha ahogado hasta los niños en su cuna.
Resucitan los muertos, hace ocho años;
Si en su furor tal vez se equivocara.
Si alguna gota de la sangre regia
Se le hubiera escapado...

JOAD

¿Qué? ¿qué harías?

ABNER

¡Qué hermoso día para mí! ¡con qué ansia
A mi rey yo volara! Abrigas dudas
De que á sus piés las tribus presurosas...
Mas ¿á qué lisonjearme con quimeras?
Ochozías, tristísimo heredero
De victoriosos reyes, con su prole
Quedaba solamente, y yo le he visto
Por flechas de Jehú lanzar la vida;
Y tú á sus hijos muertos por la madre.

JOAD

Mis labios sello: pero cuando el día,
Haya corrido un tercio de su curso,
Y al rezo llame la tercera hora,
Regresa al templo con el mismo celo,
Dios podrá demostrarte con grandiosos
Ejemplos que no muda su palabra,
Ni engaña nunca. Adios: me es necesario
Para tan gran momento hallarme pronto:
Ya la cima del templo albea el díar

ABNER

¡Oh! ¿cuál será ese bien que no comprendo?
La ilustre Josabeth á tí se acerca:
Me voy á unir con la piadosa turba
Que á celebrar la fiesta al ara acude.

(*Se continuará.*)

NADIE QUIERE SEMEJANTE ANILLO

Por más de cien años una cierta familia de trabajadores, que vivía en París, ha venido suicidándose. De padre á hijo y de madre á hija ha descendido un anillo de oro, que se ha encontrado en el dedo de cada uno de estos suicidas después de muertos. El año pasado se trajo á la *Morgue* el cadaver de un joven, que se había suicidado y que tenía en el dedo el fatal anillo de oro. Este era el último de su raza. El anillo se enterró con el cadaver, y nadie que sepa la historia se atreverá á quitárselo.

La afección mental de esta familia procedía de un antepasado lejano, y fué haciéndose más intensa conforme se fué reconociendo, hasta llegar á ser una fuerza irresistible, y se aceptaba el anillo con la obligación de que el que lo poseía se suicidara, siguiendo el ejemplo del que antes lo había llevado. Esta clase de manía se origina generalmente en un desarreglo del sistema nervioso, que á su vez procede de anemia ó pobreza de sangre, uno de los resultados de nutrición defectuosa.

Una carta reciente de un caballero que vive en Norfolk contiene lo siguiente: *Deseaba la muerte.*

Tenía miedo de la noche. Tenía miedo de estar solo y aborrecía la sociedad. Temía que en una de esas horas de depresión y aburrimiento atentaría á mi vida con mis propias manos, sabiendo que muchos lo han hecho con igual motivo. Las horas de la noche eran para él horas de terror, según él dice. Se volvía y revolvía en la cama, pensando si podría amanecer de nuevo. En este caso no eran remordimientos de conciencia, puesto que no había cometido ningún delito: la causa es puramente física; sin embargo, muy general en Inglaterra, indigestión arrastrando su larga cadena de consecuencias, y entre ellas el desarreglo nervioso.

Dice que la piel y los ojos habían perdido hacía años su color, y con frecuencia estaban de un color amarillo fantástico y repugnante. Esto se debía á la presencia de la bilis en la sangre y en los tejidos, en donde nada tenía que hacer. Pero como el hígado torpe y débil no podía deshacerse de ella, no había otro resultado posible que el que experimentaba nuestro amigo. Con frecuencia le dolía la cabeza, como si los enemigos hubieran establecido en ella un obrador, y unos dolores se sucedían á otros en todo su cuerpo, como si tuviera por lo menos la mitad de las enfermedades, de que se ocupan los libros populares de medicina.

Una cosa y solamente una tenía la culpa de todos estos males: es decir, la ponzoña llevada á la sangre por el alimento descompuesto en el estómago y los intestinos. Los pies fríos, la pérdida de apetito y ambición, la depresión mental, la sensación de cansancio, el mal gusto de boca, tos seca, mareos, palpitación, debilidad, son polluelos que se han criado en un mismo nido, y la madre es siempre la indigestión.

El tiempo pasa de cualquier modo como siempre, ya riamos, ya lloremos, y este hombre se llegó á cansar de una vida tan penosa. Deseaba llegar al fin, lo que no es de extrañar. La última carilla de la carta está escrita de otra manera. Dice: «Cuando me acuerdo de lo que era y de lo que soy, apenas puedo comprender el cambio. Hace seis meses que estoy tomando una preparación llamada Jarabe curativo de la Madre Seigel, que ha operado una revolución completa en toda mi economía. Uno de mis arrendadores me lo recomendó, y lo he probado por darle gusto. Ahora lo alabo yo y doy gracias al que lo hace y lo anuncia. Mis trabajos han terminado, y á los cincuenta y siete años me siento tan ligero, alegre y animado como un muchacho en sus vacaciones. Digo á los médicos que una vieja enfermera alemana los ha derrotado en su carrera, y en cuanto á mí se refiere, no me lo pueden negar. Ya no me asaltan pensamientos horribles de suicidio por encontrar muchos placeres en la vida. Mi agradecimiento no puede expresarse.»

El autor de esta carta consiente en que se publique todo lo que llevamos impreso, pero no quiere que se haga uso de su nombre, al menos por ahora, por razones que debemos respetar, pero la sinceridad evidente de la historia llevará el convencimiento á toda persona despreocupada.

Si el lector se dirige á los Señores A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco Hispano-Colonial.

BILLETES HIPOTECARIOS DE LA ISLA DE CUBA

Emisión de 1886.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.° del real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el vigésimo segundo sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.° de Diciembre, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.181.924 billetes hipotecarios, que se hallan en circulación.

Los 1.181.924 billetes hipotecarios en circulación, se dividirán, para el acto del sorteo, en 11.820 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo trece bolas en representación de las trece centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 4.210.000 títulos emitidos y los 1.181.924 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la real orden de 9 del actual expedida por el ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.613 bolas sorteables, deducidas ya las 207 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo, además, la comisión ejecutiva, director gerente, contador y secretario general.

Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sugetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.° de Enero próximo.

Barcelona 14 de Noviembre de 1891.

El Secretario general.
ARÍSTIDES DE ARTIÑANO.

Banco Hispano-Colonial

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

Cuarto sorteo de amortización.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.° del real decreto de 27 de Septiembre de 1890, tendrá lugar el cuarto sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, el día 10 de Diciembre, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 340.000 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 340.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 3.400 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo cuatro bolas, en representación de las cuatro centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.750.000 títulos emitidos y los 340.000 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la real orden de 12 del actual, expedida por el ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto se expondrán al público las 3.388 bolas sorteables, deducidas ya las doce amortizadas en los tres sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público, y lo presidirá el presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo además la comisión ejecutiva, director gerente, contador y secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.° de Enero próximo.

Barcelona 21 de Noviembre de 1891.

El Secretario general.
ARÍSTIDES DE ARTIÑANO.

Banco Hispano-Colonial

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

Debiendo verificarse el día 1.° de Diciembre próximo el 23.° sorteo para la amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, con arreglo á lo que previene el real decreto de 10 de Mayo del mismo año y la real orden de 11 de Septiembre siguiente, ha dispuesto el ministerio de Ultramar, según real orden que publica la *Gaceta* que se amorticen en el expresado acto 1.300 billetes, que es la parte proporcional en centenas completas que corresponde á la mencionada cifra, comprendiéndose por consiguiente los números 1 al 1.182.000, previa deducción de los 20 700 que han sido ya favorecidos por la suerte.

De estos títulos 1.181.94 están en circulación.

Correspondencia

CON LOS SEÑORES SUSCRIPTORES

Aranda de Duero.—F. de la M.—Recibida libranza.
Burgos.—G. L. M.—Idem, íd.
Montefrío.—J. de F.—Idem, íd.
Montefrío.—A. J. V.—Idem, íd.
Montefrío.—M. J. V.—Idem, íd.
Alfaro.—Casino.—Idem, íd.
Gibaja.—L. G.—Idem, íd.
Valladolid.—P. R. M.—Idem, íd.
Ceinos de Campos.—S. G.—Idem, íd.
Cervatos de la Cueza.—F. M.—Idem, íd.
Bilbao.—A. E.—Idem, íd.
Onteniente.—Círculo C.—Idem, íd.
Zamora.—A. F.—Idem, íd.
Palencia.—G. R.—Idem, íd.
Venialbó.—M. L.—Idem, íd.
Villanueva de los Caballeros.—P. B.—Idem, íd.

Todo el mundo prefiere los perfumes del Congo

Hoy todo el mundo verifica su limpieza con el **jabón de los Príncipes del Congo,** cuyo perfume es tan dulce, tan agradable y la fineza de su pasta tan preciosa para la belleza del rostro como para la blancura del cutis. Exigir siempre el NOMBRE de VICTOR VAISSIER, DE PARIS, que es el inventor de este delicioso é incomparable jabón.

MADRID

PINTO, IMPRESOR, CALLE DE LA BOLA, NÚMERO 8
1891

PONGO

en conocimiento de mi numerosa clientela, que he recibido todo el surtido de géneros de invierno, que venderé á **precios de fabrica.**

Gran depósito de Jerseys, Chalecos de Bayona, Mantas, Colchas, Merinos, Lanas, Chales, Pañuelos, Bayetas, Franelas, Corsés, Abacás, Yutes, Toquillas, Cubre corsés, Refajos, Cuties, toda clase de **generos de punto,** y todo cuanto se fabrica en géneros blancos de hilo y algodón.

Estameñas para hábitos. Camisas á la medida.

PRECIOS ECONÓMICOS

JACOMETREZO, 15

POLICARPO RUÍZ

COLÓN Y LA RÁBIDA

POR EL

M. R. P. Fr. José Coll

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.° de 368 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca tambien la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

BANCO DE ESPAÑA

El Consejo de gobierno ha acordado que desde el viernes 20 del actual, y hasta nuevo aviso, que se fijará en su caso, en las respectivas oficinas, se admitan en negociación por el Banco y sus Sucursales los cupones del vencimiento de 1.° de Enero próximo venidero, y de los anteriores, de la Deuda perpetua al 4 por 100 exterior, y de los Billetes Hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, así como estos mismos Billetes amortizados, con la bonificación de doce y setenta y cinco céntimos por ciento.

Los interesados que tengan en depósito ó en garantía de operaciones en el Banco y en las Sucursales títulos de la Deuda exterior ó Billetes Hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, podrán percibir desde el lunes 23 del corriente el importe de los cupones ó Billetes amortizados con la bonificación expresada, sin otro requisito que la presentación del correspondiente resguardo de depósito ó póliza de préstamo ó de crédito con garantía.

Madrid 18 de Noviembre de 1891.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

LA ARTÍSTICA

ESTAMPERÍA

8, CABALLERO DE GRACIA, 8

Grabados, facsimiles de acuarelas, oleografías, litografías, fotografías, etc.

Surtido en asuntos religiosos.

IMAGENES TÁLLA

Se hacen de encargo.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 28

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.° GIROD

Sucesor de Losada.

Perfumes muy finos y permanentes para el pañuelo á *7 reales* frasco; la *Mimosa*, *Heliotropo blanco* y Violeta de Parma, á *2 pesetas*.

Agua de Colonia florida, de higiénico y agradable perfume, *3 pesetas* medio litro, frascos desde *una peseta*.

Jabones finos que no estropean la piel, á 6 y 8 reales caja con tres pastillas.

PERFUMERIA THOMAS

Calle Mayor, 36

á la derecha, entrando por la Puerta del Sol.



Establecimiento de la Casa real de Baviera para Vidrieras de Colores

F. X. Zettler, Munich, Baviera

Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo.

Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Búrgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Orden.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.

Entre los trabajos salidos recientemente de los talleres de este Instituto, se encuentran dos grandes pinturas sobre vidrios destinadas á reemplazar en la caja de la escalera del Papa en el Vaticano, las ventanas, con las figuras colosales de los Santos Pedro y Pablo, recientemente destruidas por la explosión de pólvora á Roma.

Su Santidad el Papa León XIII confió á dicho Instituto la reposición de estas ventanas.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA

7, Fuencarral, 7

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias, Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona,

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVI.—TOMO XIV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS

Un mes	1,50 pts.
Tres meses	4 »
Seis meses	7,50 »
Un año	15 »

CUBA Y PUERTO RICO

Seis meses	9 1/2 pt. fs.
Un año	18 »

NÚMERO 23.—Madrid 15 de Diciembre de 1891

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO

Seis meses	11 francos.
Un año	22 »

FILIPINAS Y AMÉRICA

Seis meses	3 pt. fs.
Un año	5 »



FACHADA PRINCIPAL DE LA SEO DE URGEL

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. V.—*La corte de Luis XV*, por el P. Luis Coloma.—*Anécdotas ejemplares* por D. Manuel P. Peyrolón.—*San Juan de la Cruz*, por Enrique G. Bravo.—*Los alevadores de la Rábida*, por P. José Coll.—*El Adviento-Pastoral*.

GRABADOS

Fachada principal de la Seo de Urgel.—Palacio de Oriente.—Un hogar en ciudad moya.—Quietismo musulmán.—En las ruinas de Pompeya.—Monasterio de Bugedo.—El pastor. (regreso á la aldea).

LA QUINCENA

El mes de Diciembre es el más solemne y el más alegre del año.

Durante sus días se celebran los más augustos y consoladores misterios de la Religión. Las familias están unidas; el hogar doméstico es el centro de la vida, como en los tiempos patriarcales. Muchos españoles se acuestan veintitres noches con la grata ilusión de que ha de tocarles el premio gordo de Navidad. Los comerciantes sueñan con el balance; los de humildes oficios con las propinas de Noche Buena. Al que le fué bien durante el año transcurrido, lisonjéanle sus propios recuerdos. El que pasó la pena negra, ó varias penas negras, exclama no sin cierta satisfacción: veremos si en el año que viene me va mejor. Para los estudiantes y profesores no hay vacaciones más sabrosas que las de Navidad. El que hizo favores espera que le regalen algunos pavos. Los médicos y abogados ahora cobran el segundo semestre del año. A los militares y empleados les adelantan una paga. Y hasta los más infelices piensan que del gran festín que se prepara, caerán para ellos algunas migajas.

¡Cuántos niños están ya contando los días que faltan para el de Noche Buena! ¡Cuántos adolescentes preparan sus maletas para volver al paterno hogar en cuanto se pronuncie la palabra *vacaciones*, esa palabra mágica, según el P. Coloma!

Para las personas piadosas los primeros días de este mes se llenan con la novena en honor de María Inmaculada, y con la poética y popular devoción á que llaman en Andalucía las *jornaditas*, ó sea la conmemoración del viaje de María Santísima y San José desde las montañas de Galilea hasta el establo de Belén, en que nació el Redentor de los hombres. Pío IX declaró dogmática la creencia en la concepción Inmaculada de María, pero el pueblo de Alonso Cano y de Murillo siempre contó aquella creencia entre los dogmas fundamentales de su fe. ¡Todavía se recuerda el entusiasmo con que fué acogida en nuestras ciudades y aldeas la declaración de Pío IX!

Desde entonces, este Pontífice venerable fué para nuestro pueblo uno de esos personajes singularmente queridos, cuyo nombre no puede pronunciarse sin que se conmuevan hondamente todas las fibras del corazón; nombre que por sí solo ennoblece el estilo y anima la elocuencia, y al que todo público español saluda siempre con una salva de aplausos.

¿Quién no recuerda aquellas sesiones de la Juventud Católica, en que el nombre de Pío IX y las bendiciones á Pío IX vibraban entre las evocaciones de nuestra pasada grandeza, entre nuestros recuerdos de gloria más gratos, como si se tratara de otra gloria nuestra singular, de algo que nos perteneciera exclusivamente, que fuera parte de nuestro propio sér racional?

No hay devoción que más excite las imaginaciones juveniles, que las Jornaditas. Aquel viaje de que los libros sagrados hablan tan poco, ha sido embellecido por la poesía con leyendas piadosas que no se oponen á la fe ni á la historia, aunque vayan más allá de lo que la historia nos refiere y la fe nos impone. La torva figura del de piadado mesonero que asomado á la ventana, con el candil en la mano, y cubierta la cabeza de puntiagudo gorro catalán, despide cruelmente á los infelices viajeros por no tener con que pagar el hospedaje, esa figura, decimos, flota en la fantasía de los niños y de las gentes sencillas como una típica representación cruel del desamparo, como el símbolo de la inhospitalidad, tan repulsiva á nuestras costumbres.

Los campesinos de Andalucía creen firmemente que al cerrar la ventana el avariento mesonero se saltó un ojo con el picaporte, y de ahí innumerables cantares en que se celebra su desgracia, como un justísimo milagro del Omnipotente. El paisaje, despojado de todas sus galas por el invierno, la montaña cubierta de blanco y brillante sudario de nieve, los caminos enfangados, los árboles como esqueletos, las luces del hogar brillando por entre los agujeros é intersticios de las ventanas en las míseras casas de campo, todo eso forma el fondo severo y triste sobre el cual ve nuestro pueblo á la Reina de los Angelos y á su bendito Esposo atravesar las tierras de Israel en su prodigiosa peregrinación al lugar del Nacimiento.

***

Raquel no gustó. Es lástima que un compositor, de indudable talento, de risueñas esperanzas, no haya acertado en esta ocasión decisiva; y es tanto más de sentir cuanto que este fracaso ha proporcionado argumentos á los pesimistas y á los librecambistas del arte.

Para los primeros es lógico deducir del fracaso del Sr. Santa María el de toda tentativa para crear una escuela seria de música española.

Para los segundos es absurda política la que impone á la empresa del Real la obligación de poner en escena todos los años una ópera española. ¡No parece sino que en Italia, en Francia y en Alemania no hay fracasos musicales! ¡No parece sino que en aquellos pueblos son éxitos todos los estrenos!

¿Quién negará que los españoles poseemos una escuela dramática digna de compararse, por el mérito y abundancia de sus producciones, no ya á las de las naciones modernas más aventajadas, sino al teatro clásico griego y romano?

Pues yo no he conocido temporada sin fracaso ruidoso, y nunca uno solo. Los mejores autores han sufrido silbas. La vida literaria de García Gutiérrez fué una alternativa de triunfos y reveses. Le aplaudían una comedia, y la inmediata solía ser silbada.

En la protección al arte, como en la industrial, no se consigue ningún resultado satisfactorio si no hay perseverancia.

Triunfamos en la guerra de la Independencia á fuerza de derrotas. Los españoles de aquella época eran tan ignorantes—dice Thiers—que no se daban cuentas de que los derrotaban los franceses.

Algo de aquella sublime ignorancia necesitamos los españoles hoy; no debemos enterarnos de nuestros fracasos, y pelear siempre como si siempre venciéramos. Sólo por ese camino se llega á la gloria.

***

Después de *Pequeñeces* publica el P. Coloma la biografía de la duquesa de Villahermosa; después de Currita una Santa; después del hedor el perfume. *Pequeñeces* es una novela triste y amarga como la realidad más desconsoladora. La biografía será una historia dulce y poética como la más bella de las novelas. No cabe decir que lo real es más hermoso que lo fingido, porque en *Pequeñeces*, por desgracia, no hay ficción. Pero anima al espíritu pensar que tampoco la biografía es inventada. Historia y novela son reales y positivas, como lo son el vicio y la virtud, la inocencia y la perversión, el cielo y el infierno.

En el mismo medio social nacieron y se desarrollaron Currita y la duquesa. En cuna de oro se mecieron ambas; una y otra hollaron ricas alfombras, tuvieron por docenas los servidores, fueron ricas, tituladas, elegantes y distinguidas. Y, sin embargo, una fué ángel y otra demonio. Crucificaron con Nuestro Señor á dos ladrones: uno á su diestra, á su siniestra el otro; para Dimas el patíbulo fué antesala del paraiso; para Gestas cruel anticipación del tormento eterno.

En todos los lugares, condiciones, estados y clases de la vida se va notando la misma profunda desigualdad de los destinos humanos, resaltando sobre la igualdad del medio externo; en el mismo trono se sentaron San Luis y Felipe el Hermoso, San Fernando y Enrique IV. La misma espada ciñen el héroe que el tirano. El mismo prestigio rodea al agitador que al restaurador. No se puede afirmar que O'Connel fuese más elocuente que Mirabeau. Los justos y los pecadores, hablando en general, viven bajo el mismo cielo, se calientan á los rayos del mismo sol; para unos y para otros tiene flores la primavera y frutos regalados el otoño, y como se lee en *El Eclesiastes*, la misma tierra cubre sus restos mortales, y en el mismo polvo se disuelven sus huesos y su carne.

El libre albedrío en sus misteriosas relaciones con la gracia divina, establece aquí abajo las grandes diferencias. Hay almas que por generoso estímulo de sí propias, obedientes á la voz cariñosa que las llama desde arriba, suben y suben y no se cansan de subir.

Hay otras que, desoyendo el silbido del pastor, se descarrian fácilmente, y van saltando, alegres y contentas, al parecer, de corrupción en corrupción, hasta caer en la oscura sima de la degradación vergonzosa. Ahí está todo; y que no vengan los criminalistas al uso con las influencias exteriores que podrán, si se quiere, atenuar ó agravar la responsabilidad moral en los diferentes casos; pero que en ninguno la suprimen enteramente. Es bueno el que quiere serlo; es malo el que en ello pone decidido empeño.

Currita y la duquesa de Villahermosa, además de ofrecérsenos como ejemplos patentes de las verdades apuntadas, son símbolos vivos de una clase social que el sentimiento democrático de las generaciones contemporáneas ha sometido á severa crítica, y que más de una vez ha condenado con exceso de rigor quizás. Lo cierto es que cuando esa clase se personifica en Currita, no hay bajo el cielo cosa que más repugne, institución que con más fuerza excite en su contra la ira de los hombres de bien, lazo para las almas sencillas más hábilmente

preparado por el demonio, envilecimiento igual para las naciones que las soportan.

La corrupción dorada es triple corrupción. El vicio vestido de seda, valsando con elegancia á compás de suavísima música, es el vicio supremo; ante él caen los más firmes caractéres y se desvanecen como sombras las vocaciones más decididas; es el demonio coronado de rosas y con cetro de oro en la mano, señor del mundo, que convierte con su presencia y con su soberanía en un aquelarre. Las grandes degradaciones de los pueblos y de las razas empiezan siempre por la degradación de las familias patricias; el viento de muerte que sopla desde las alturas lo agosta todo. Un cotillón hace perder á un pueblo heróico lo que ganó en cien batallas; el abanico llega á predominar sobre la espada; un motín pesa más que un grave discurso, y todo se va derrumbando por abismos cubiertos de flores, hasta que no queda más que el desierto, y en el desierto la estátua cívica de la prostitución, á cuyo pie alguien escribe este epitafio vergonzoso: *así acabó esta raza*.

En cambio, cuando la aristocracia es espejo, modelo y fuente de virtudes, ¿quién puede dudar que contribuye poderosamente al progreso moral de la patria, y aun de todo el género humano? Dadnos una docena de duquesas de Villahermosa en cada generación, y el mundo se ha salvado. Toda mujer buena es un Apóstol; pero, ¿cuánta mayor no será la eficacia del apostolado ejercido por una mujer colocada en lugar eminente, cuyas virtudes tienen que ser necesariamente observadas por la muchedumbre, á despecho de la modestia más sincera y más profunda? Una mujer así, contrarresta á favor del bien todo el mal que veinte Currítas pueden hacer. Esa mujer forma una familia modelo, esa familia puede formar toda una clase, y esa clase es capaz de convertir á toda una nación. Es hermosa la virtud unida á la pobreza; pero la pobreza es ya por sí una predestinación. Al que es humillado por los demás, hasta por interés mundano le conviene ser humilde.

El interés del que no come está en ser sóbrio. Pero aquel á quien en todos los órdenes de la vida se ofrecen la hartura y el placer, y al placer y á la hartura renuncia con generoso desprendimiento, ese es verdaderamente héroe; porque siendo rico se hace pobre por el espíritu, y en el banquete ayuna, y sobre el lecho blando y caliente se mortifica, y oyendo de contínuo que es á todos los hombres superior por el nacimiento, por la riqueza y por el poder, de todos los hombres se hace hermano por amor de Cristo... ¿Cabe mayor grandeza?

Por eso nosotros no creemos ni en la aristocracia, ni en la democracia, consideradas en sí mismas como clases sociales, ni como instrumentos de Gobierno. No creemos más que en Cristo. La democracia cristiana... ¡qué hermosura! La aristocracia cristiana... ¡qué grandeza! Al revés; la democracia de Robespierre nos inspira horror, y la aristocracia de Currita nos infunde asco.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES

GRABADOS

Fachada principal de la Seo de Urgel. (Pág. 361.)

URGEL es una ciudad episcopal, situada al pié de los Pirineos, muy cerca de los ríos Segre y Balira, de antiquísimo abolengo, y muy célebre en el transcurso de los siglos por los diferentes sitios y asaltos que su proximidad á la frontera le ha proporcionado, y por lo mucho que modernamente en nuestras contiendas civiles ha intervenido.

Lo más notable que en su recinto encierra, es sin duda la Iglesia Catedral, que reune á los méritos que da la antigüedad, los que proporciona el arte. Exteriormente mirada, se la puede considerar como un precioso ejemplar de arquitectura románica, presentando una fisonomía especial, que la hace distinguir de las demás que hay en su clase en Cataluña Su fachada, que es lo que nuestro grabado representa, tiene en los lados sencillas puertas de arcos en degradación, sin resalto alguno en la línea de los muros, mas el cuerpo central se caracteriza por presentarse dividido en secciones, merced á una línea de boceles, relieves y dentellones que corren en sentido horizontal. En la parte inferior ábrese la puerta principal, adornada con columnas de historiados capiteles, llevando en el arco exterior toscos dibujos. En la primera división superior hay tres ventanas, la del centro mayor que las laterales, apoyándose sus arcos en unas columnitas. La segunda y última división aparece distribuida en tres espacios por medio de dos columnas empotradas que descienden de las arcuaciones de la cornisa; en el espacio central se despliega una elegante ventana, adornada en sus diferentes arcos por cabezas de clavos, y en los laterales perforan el muro unos tragaluces circulares. Las fachadas laterales, divididas por contrapuertas, contribuyen á dar severidad al conjunto de la fachada de la Seo de Urgel, cuyo interior es en mucho parecida al de las iglesias de los dos últimos siglos.

Conserva esta Seo aún bastante de su gran riqueza en alhajas y ornamentos del culto siendo también celebradísimo su archivo, que guarda documentos antiquísimos, algunos de los que se remontan á la época de los emperadores francos.

Paisaje de Oriente. (Pág. 364).

Con fidelidad grandísima está representado en este grabado uno de esos paisajes sublimes tan abundantes en la cuna del género humano y de la civilización, en el Oriente, en que no se puede menos de admirar la grandeza de Dios y de recordar dónde ocurrió el acontecimiento más trascendental de la Historia, el nacimiento del Mesías, cuya festividad está cercana, y da, por tanto, cierto caracter de oportunidad al grabado.

Un bazar en ciudad mora. (Pág. 365).

Animada escena. Armas, cueros, curtidos, esteras, cestas de palma, tisús de lana y de pelo de camello, en revuelta confusión son ofrecidos por hombres y mujeres con la falsa solicitud del comerciante á mujeres y hombres que desean hacer provisiones para su próxima peregrinación, á la Meca quizá, y que miran los objetos con ese aire de desconfianza que caracteriza al comprador, y sobre todo al comprador que es moro.

Quietismo musulmán. (Pág. 368).

La enervación, el estacionamiento, el quietismo, en fin, se hallan tan arraigados en los pueblos que profesan el mahometismo, que hay que admitirlos como los rasgos más característicos del pueblo musulmán. La civilización basada en el Cristianismo, hijo del espíritu, no encuentra término en el inmenso campo de sus conquistas morales; lo contrario que á la civilización fundada en el mahometismo ocurre; pues limitando sus aspiraciones al reducido horizonte de la materia, su progreso no puede durar más tiempo que aquel que necesita para esplorar algún nuevo goce con que halagar los sentidos, lo que embrutece al hombre, cerrando á los que tal doctrina siguen el bienestar que lleva consigo el progreso triunfante y la libertad que éste necesita indispensablemente. De lo dicho, del fatalismo que la religión musulmana y del despotismo político que la tal religión establece, es consecuencia el estacionamiento, la enervación, el quietismo que tan bien se halla representado en nuestro grabado por una figura de musulmán de las que tanto abundan en las ciudades de Oriente, y admirando al activo viajero cristiano.

En las ruinas de Pompeya. (Pág. 369).

Muchos de nuestros lectores serán los que se hayan recreado con la vista de la ciudad hermosa, que con su hermana Herculano un día cubriera espantosa erupción del Vesubio, permaneciendo ocultas hasta los tiempos modernos, en que los trabajos de concienzudos arqueólogos han puesto al descubierto las grandezas que las antiguas ciudades encerraban, admirando al viajero que en su presencia siente, allá en las interioridades de su alma, emoción grande y respeto grandísimo contemplando los restos de una civilización ya muerta. Una de las vistas de Pompeya es lo que representa nuestro grabada, rindiendo así un tributo de respeto y admiración al arte de los antiguos.

Monasterio de Bugedo. (Pág. 372.)

Real exmonasterio de Santa María de Bugedo.—Doña Sancha Díaz de Frias donó al señor de San Cristobal de Iveas en 1168 un palacio, antes posesión real, que tenía en Bugedo, para que se fundase allí, según se verificó, un monasterio de premostratenses con la Regla de San Agustín.

Hasta el año de 1584 habitaron las monjas el palacio de Doña Sancha; pero aumentándose la comunidad y creciendo las rentas, construyéronse en el propio sitio el monasterio que ha subsistido hasta la última exclaustración.

De la parte antigua del palacio, sólo queda un torreon que se aprovechó para torre de la Iglesia.

La obra del monasterio se ejecutó, como decimos, en 1584, por Baltasar y Matías de Castañeda, vecinos el primero de Burgos y el segundo de Oña, siendo Abad el ilustre y muy reverendo Padre fray Gabriel Bernaldo.

El precioso retablo mayor de la Iglesia, en la que todavía se admira, lleno de mutilaciones y destrozos, el sepulcro de la fundadora, se hizo en 1576 por el escultor Diego Marquina, vecino de Miranda de Ebro; pero se arrojó al suelo y rasparon sus adornos en 1842 para extraer la capa de oro de que estaban revestidos.

Este magnífico convento ha seguido la suerte de muchos otros: abandonado y destruido, es hoy una página de nuestras desventuras, en la que grabó su huella el vandalismo moderno.

El pastor: *(regreso á la aldea).*—(Pág. 374).

Simbólica y nunca vieja ni prosáica figura la del pastor, represéntale nuestro grabado regresando contento y satisfecho á la aldea donde le esperan quizá los abrazos y besos de sus padres y las miradas y sonrisas de su novia impaciente. Poética figura la suya, no podemos menos de recordar al ocuparnos de él las sentidísimas églogas que en todos tiempos, desde Virgilio á Garcilaso y Meléndez, ha inspirado á los poetas, y lamentar que el positivismo y materialismo de los tiempos modernos haya hecho desaparecer casi por completo la poesía bucólica que tantas dulzuras encierra y tan notables repre-

sentantes tiene en muchos de nuestros más gloriosos poetas.

ANTONIO DE OLMEDO

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Diciembre)

16. Miér. San Valentín, martir y Santa Adela.—*Indulgencia plenaria* como en 1.° de Enero.—*Ayuno.—Témpora.*

17. Juev. San Lázaro, Obispo, y San Franco de Sena.

18. Vier. Nuestra Señora de la O.—*Indulgencia plenaria* como en 1.° de Enero.—*Ayuno.—Témpora.*

19. Sáb. San Nemesio, martir.—*Indulgencia plenaria* como en 1.° de Enero.—*Ayuno.—Témpora.—Ordenes.*

20. Dom. IV de Adviento. Santo Domingo de Silos, abad y confesor.—*Indulgencia plenaria* como en 1.° de Enero.

21. Lun. Santo Tomás, Apostol.

CURENTA HORAS

17, 18. Oratorio del Espíritu Santo.
19, 20. Parroquia de San Martín.
21, 22. Parroquia de San Justo.
23, 24, 25. Parroquia de San Luis.
26, 27. Oratorio de Cañizares.
28, 29. Religiosas Salesas (paseo de Santa Engracia.)
30, 31 Parroquia de San Millán.

La corte de Luis XV

(Del libro del P. Coloma "La Duquesa de Villahermosa")

Dos faros luminosos, pero de luz siniestra y diabólica, alumbraban en 1769 la alta sociedad francesa: Voltaire y la Du Barry: la soberbia y la carne; los dos ojos del demonio fijos en un solo punto, la sociedad de París, para magnetizarla y subyugarla y extender ó mantener luego su dominio sobre toda la Francia y sobre toda la Europa, y una sobre el mundo entero.

Imperaba la una en la corte; dictaba el otro sus leyes al mundo filosófico, y las corrientes de elegante depravación que de aquélla venian, y las de pedantesca impiedad que manaban de éste fundíanse en una sola catarata, que se pretendía anegar, sabiéndolo y queriéndolo todos, el dogma y la moral católica, y había de derruir, sin saberlo y sin quererlo muchos, el Trono y el orden social reinantes: porque la piedra fundamental de toda sociedad ha sido siempre la piedra de un altar; y, cuando esta piedra se remueve ó se derrumba, la sociedad se remueve también ó se derrumba con ella.

El 24 de Junio de 1768 entregó su santa alma á Dios la buena reina María Leczinska en aquella crapulosa corte de Versalles donde había vivido siempre pura y aislada, como una flor en mitad de un pantano. Era aquélla la tercera vez que en el espacio de dos años y medio visitaba la muerte del palacio de Versalles: el Delfín Luis y la delfina María Josefa de Sajonia, padres de Luis XVI, habian muerto durante este tiempo, sin que lograran tan tremendos golpes arrancar á Luis XV, viejo ya de cincuenta y ocho años, de aquella vida de libertinaje insensato que ha inmortalizado el *Parc aux Cerfs* como una inmunda picota en que la historia hubiese grabado su nombre.

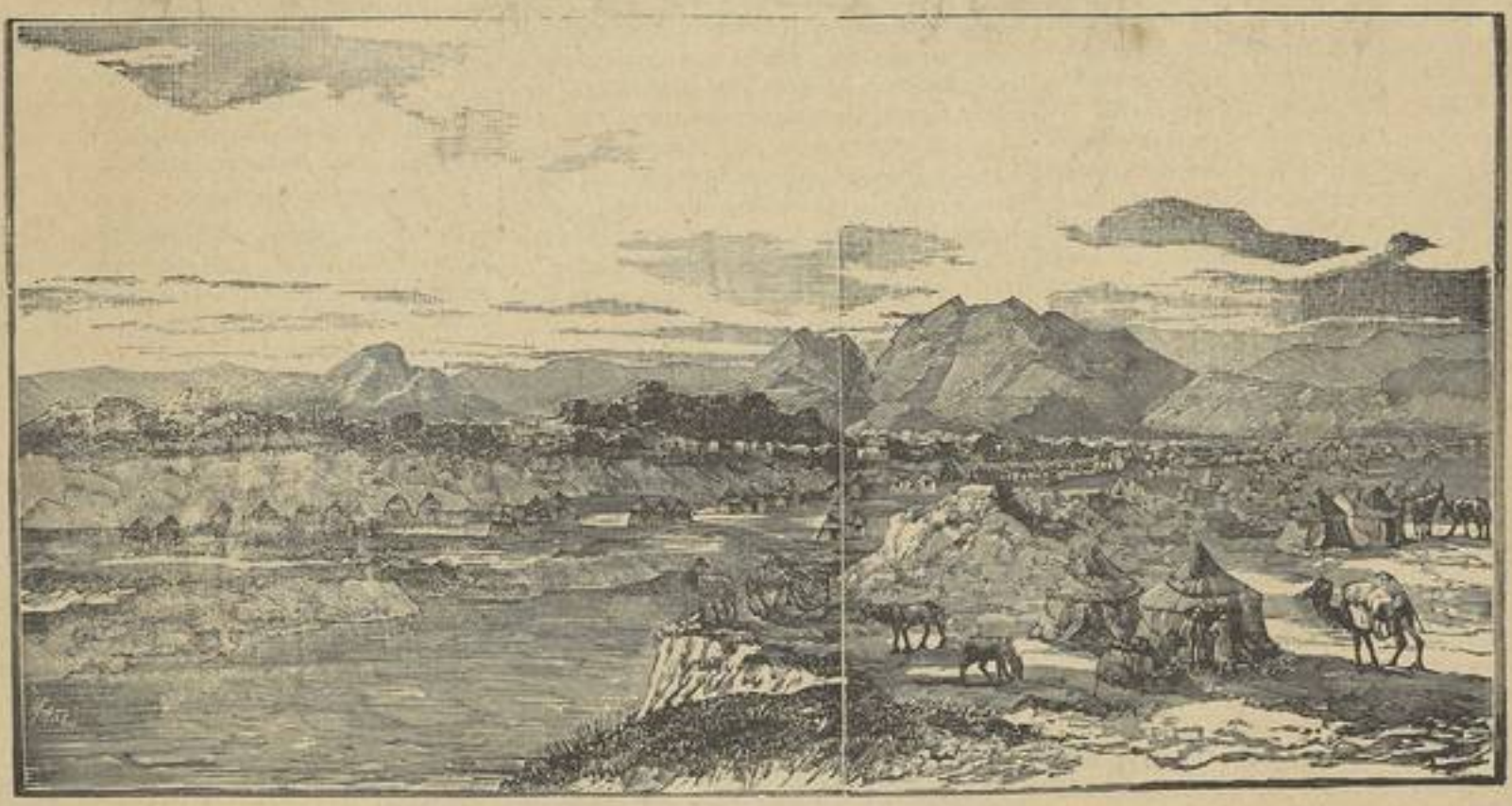
A los veinte días de muerta la Reina María Leczinska, la desvergonzada modistilla Juanita Bécu, disfrazada de condesa Du Barry, reemplazaba en el escalafón de las regias vergüenzas de Luis XV á la marquesa de Pompadour, como ésta había reemplazado años antes á la duquesa de Chateauroux. Federico de Prusia, el Rey filósofo y taimado, cuyas bufonadas hacian reir á toda Europa, bautizó á esta cronología de barraganas ilustres con los nombres de Cotillón I, Cotillón II y Cotillon III.

Grande fué la oposición del duque de Choiseul, ministro entonces, á que la condesa Du Barry fuese presentada en la corte. Triunfó al fin la favorita, y verificóse la presentación oficial el 22 de Abril de 1769, ocupando desde luego la intrusa en el segundo piso del palacio de Versalles un lujoso departamento, situado justamente sobre las habitaciones que el Rey mismo ocupaba.

Cuéntase que, cuando un año después llegó á Versalles la Archiduquesa María Antonieta, Delfina ya de Francia, Luis XV en persona la presentó á la Du Barry. La angelical Delfina, que aún no contaba catorce años, y jamás había encontrado en la severa y patriarcal corte de la gran María Teresa mujeres semejantes, preguntó ingenuamente á su camarera mayor, aquella marquesa de Noailles á quien la Delfina misma puso el gracioso mote de Mad. Etiqueta:

—¿Y qué cargo tiene en la corte esa condesa Du Barry?...

Turbóse un momento la de Noailles, viendo en aquella pregunta el peligro tras la inocencia.



PAISAJE DE ORIENTE

22. Mart. San Demetrio y compañeros mártires.

23 Miér. Santa Victoria, virgen y martir, y el beato Nicolás Factor, confesor.

24 Juev. San Gregorio, presbítero y martir.—*Indulgencia plenaria* como en 1.° de Enero.—*Ayuno con abstinencia de carne.*

25 Vier. FIESTA ENTERA. *La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo,* y Santa Anastasia y 270 compañeros mártires.

Indulgencia plenaria por la Bula de la Santa Cruzada, y en cada una de las tres Misas que se celebran en este dia.—También pueden ganarla los pobres socorridos por las Conferencias de San Vicente de Paul practicando lo prevenido en 19 de Marzo.

26. Sáb. San Esteban, protomartir.—*Indulgencia plenaria* como en 1.° de Enero.

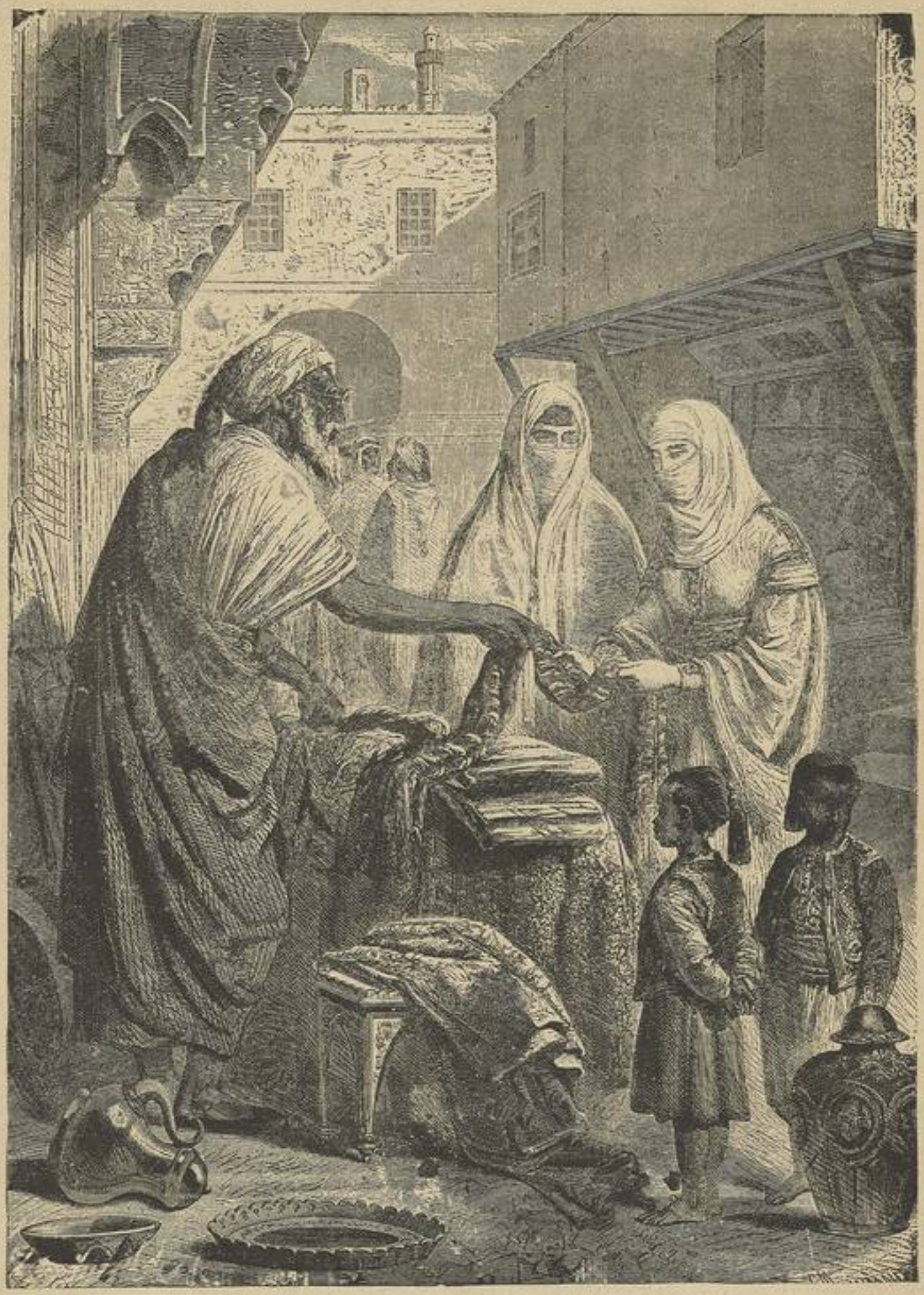
27. Dom. Infraoctava de la Natividad San Juan Apostol y Evangelista.—*Indulgencia plenaria* como en 1.° de Enero.

28. Lun. Los Santos Inocentes.—*Indulgencia plenaria* cómo en 1.° de Enero.

29. Mart. Santo Tomás Cauteriense, Obispo y martir.

30 Miér. La Traslación del cuerpo de Santiago Apostol, y San Sabino y compañeros mártires.

31. Juev. San Silvestre, Papa.



UN BAZAR EN CIUDAD MORA

y contestó al cabo, con aplomo de palaciega vieja:

—El de divertir al Rey, señora.

Igual pregunta pudo hacer en su inocencia la duquesa de Villahermosa cuando por primera vez vió en la capilla de Versalles, oyendo misa frente á Luis XV y acompañada de la mariscala de Luxemburgo y la duquesa de Aiguillon, cual si fuese una Reina, á la indigna favorita que, según la enérgica expresión de un contemporáneo, deshonraba el Trono con sus carcajadas, y había de deshonrar más tarde el cadalso con sus lágrimas.

La presentación de la condesa Du Barry tomó las proporciones de un acontecimiento europeo, y fué causa de que el nombre de la duquesa de Villahermosa figurase por primera vez en los manejos políticos y las intrigas de corte.

Dividióse ésta en dos bandos contrarios: formaba uno el partido de Choiseul, *loco de mucho talento*, como le llamaba Benedicto XIV; hombre alegre, según Jobez, que tomaba los negocios públicos como una diversión que halagaba su vanidad y distraía sus ocios. Enfrente estaba la Du Barry, sirviendo de pantalla, á la vez que de instrumento, al duque de Aiguillon, al abate Terray y al canciller Maupeau. La impiedad y la ignominia eran iguales por ambas partes, y Lafontaine hubiera dicho con razón:

D'animaux malfaisants c'etait un fort bon plat (1).

Breve fué la lucha: el abanico de la Du Barry pudo más que la espada de Choiseul, y un día, madura ya la intriga, participó la favorita á Luis XV que había despedido á su cocinero, y añadióle, con sus chavacanas gracias de modista ingerta en condesa:

—Conque ya ves, Francia, que he despedido á mi Choiseul... ¿Cuándo despides tú al tuyo?...

Luis XV obedeció al deseo de la Du Barry, y el 24 de Diciembre de 1770 escribía á su ministro lo mismo que la favorita hubiera podido escribir á su cocinero.

«Primo mío:

El desagrado que me causan vuestros servicios me obliga á desterraros á Chanteloup, para donde saldreis en el término de veinticuatro horas. Mucho más lejos os enviaría si no tuviera en cuenta el aprecio particular que la señora de Choiseul me merece, cuya salud me interesa en extremo. Cuidad que vuestra conducta no me obligue á tomar otra determinación. Pido á Dios que así sea, primo mío, y que os tenga en su santa guarda.

Firmado: Luis.»

Al Ministerio de Choiseul sucedió el del duque de Alguillon, formando parte el abate Terray, el canciller Maupeau y el señor de Boynes. A poco circulaba por París, y llegaba á Versalles el siguiente epigrama, harto exacto por desgracia:

Amis, connaissez-vous l' enseigne ridicule
Q' un peintre de Saint-Luc fait pour les parfumeurs?
Il met dans un flacon, en forme de pilules,
Boynes-Maupeau-Terray, sous leurs propres couleurs;
Il y joint D'Aguillon, et puis il l' intitule:
Vinaigre des quatre voleurs! (2).

El duque de Choiseul salió para Chanteloup, soberbio palacio construido por la princesa de los Ursinos, no lejos de Amboise, y vióse entonces el extraño caso, rara vez registrado en los anales de la corte, de la fidelidad siguiendo á la desgracia. Los más altos personajes de la nobleza, del ejército y la magistratura corrieron á despedir al ministro caído, y el conde de Fuentes, embajador de S. M. Católica, y tan acérrimo partidario de Choiseul, que, no obstante su intimidad con el Rey, se negó por mucho tiempo á despachar personalmente con D' Aiguillón acudió también presuroso en compañía del duque de Villahermosa, su yerno, á dar al desterrado un último abrazo.

No paró aquí la cosa: el primer viento revolucionario, *viento de Fronda*, como le llama el conde de Ségur en sus Memorias, comenzaba ya á soplar en París, manifestándose en sistemática oposición á la corte. La peregrinación á Chanteloup púsose de moda, y en su magnífico parque, no lejos de una bella pagoda levantada por el mismo duque, erigióse una columna donde los ilustres peregrinos esculpían sus nombres como muestra de protesta contra el Rey y de afecto al desterrado. Esta columna puede considerarse como el primer monumento revolucionario, y, sin duda porque Dios ciega á los que quiere perder, fué levantada por aquella misma nobleza que había de sufrir las primeras y más terribles consecuencias de la revolución. Conservóse intacta hasta 1821, en que el *chateau* Chanteloup fué destruido por completo, y entre los mil nombres ilustres en ella grabados, leíanse también los del conde y la condesa de Fuentes y el duque y la duquesa de Villahermosa.

Luis XV lo supo; y sin atreverse á manifestar su desagrado al embajador del Rey Católico, que tan grandes preeminencias gozaba en la corte, guardólo dentro de su pecho: en cambio, la Delfina María Antonieta, que jamás transigió con la Du Barry, y apoyaba por lo mismo á Choiseul, redobló sus muestras de afecto á la familia toda del conde de Fuentes.

Creció con esto la importancia de París, á medida que menguaba en consideración la corte, y aquella *cabeza* que encontraba ya Enrique III *demasiado gruesa*, trocóse en cabeza monstruosa, que llevaba dentro de sí todos los delirios del vértigo. Los filósofos pusieron la impiedad de moda, tornáronse en *esprits forts* los *bels esprits*, tan encomiados en Francia, y hasta aquellos petimetres insustanciales, abates frívolos y damiselas presumidas que corrían antes de salón en salón, cargados con enormes sacos llamados *ridículos*, en que llevaban un verdadero arsenal de labores, estuches, costureros, juguetillos, cajas de lunares, de colorete, de tabaco, de bombones, de olores, de pastillas; que ocupaban su vida entera en contar historias, entonar arietas, recortar estampas, bordar en tapicería, deshilachar brocados, descifrar logogrifos y componer charadas, erigiéronse también en Areópago, riéronse de Cristo y de su Iglesia, y repitieron en tono de madrigal las horrendas blasfemias que esparcían Voltaire desde Ferney y Diderot y D' Alembert desde los salones más famosos.

Porque en ellos, y á la sombra de las mujeres políticas, sabias ó pretenciosas, era donde la impiedad había entronizado sus cátedras, y entonces comenzaron aquellos famosos *soupers*, tan característicos de la época, que igualaban en lubricidad á las escandalosas cenas del Regente, y establecieron la comunicación íntima de trato, de ideas y de sentimientos entre los filósofos y los grandes señores. «Los filósofos—dice un autor—eran los héroes del día: aún no habían penetrado sus doctrinas en las masas populares; pero en la aristocracia, en la alta magistratura, en la clase media rica, y en el mundo de las letras y la banca, eran ellos los señores y hablaban recio y sin recato».

Encontrábaseles en todas las Academias, en todos los palacios de la alta nobleza, en todas las fiestas y cenas elegantes, y aun se acusaba á ciertos Prelados de fraternizar con ellos.

Había pasado la moda de los petimetres para dar lugar á la de los filósofos, y tan indispensable era un salón de buen tono, uno de éstos con todas sus ideas subversivas, como una araña con todas sus bujías. La Harpe imperaba en el salón de la orgullosa mariscala de Luxemburgo, el más aristocrático de su tiempo, donde conservaba ella intacto el fuego sacro de su proverbial urbanidad francesa.

Las duquesas de Choiseul y de Grammont, la princesa de Beauvau, la condesa de Boufflers y otras muchas grandes señoras de la corte tenían á gala reunir en sus salones á los oráculos de la filosofía, Condorcet, Diderot, Marmontel, Chanfort, Raynal, D' Alembert, Helvetius, Holbach, y alimentaban ellas mismas el incendio que había de devorar la sociedad entera, considerándolo como un pensamiento, una distracción, una elegancia, unos lindos fuegos artificiales que tenían la plácida brillantez de una luz de bengala. Había, sin embargo, una razón que el cinismo de la época ponía á la vista, sin que fuera necesario ir á buscarla en lo más recóndito de aquellas almas.

El libertinaje buscaba un salvoconducto en la impiedad: Dios estorbaba, y preciso era suprimirlo; porque debajo de todo aquel brillante conjunto, que la elegancia encubría con plumas y encajes, y la filosofía con chistes blasfemos y pedantescas sentencias, había una sola cosa, un solo interés común entre hombres y mujeres: carne.

Y no se limitaban los filósofos á brillar de prestado en los salones aristocráticos: tenían también sus salones propios, donde los dueños eran ellos, y los grandes señores los convidados. Era el más antiguo el de la vieja marquesa Du Deffanda, aristócrata de raza, la *mujer Voltaire*, como la llamaron en su tiempo, ciega de los ojos del cuerpo y también de los del espíritu. Clavada día y noche en el sillón, que llamaba *su tonel*, era aquella vieja extraordinaria el árbitro de las reputaciones, el alma de un centro filosófico y político á que acudían los diplomáticos extranjeros en busca de la solución de todos los enigmas y el hilo de todas las intrigas.

Seguía luego el salón de Mlle. de Lespinasse, la amiga harto íntima de D' Alembert, con quien vivía; mujer liviana y ardiente, que encontraremos más tarde, por haber sido ella el origen de grandes pesadumbres sufridas por la duquesa de Villahermosa.

Mas el salón característico de aquella época, el que puede considerarse como una verdadera institución del siglo XVIII, era por aquel entonces el de madame Geoffrin. Fué esta mujer de oscurísimo nacimiento, casada con un fabricante de espejos, hombre de tan cortas luces, que leyendo un tomo de la *Enciclopedia*, impreso en dos columnas, hacíalo saltando de la línea de una á la línea de otra, y aseguraba después haber encontrado el libro *muy bueno, aunque algo abstracto*; marido de tan escasa importancia en su propia casa, que echándole de menos, después de una larga ausencia, cierto personaje, asiduo tertuliano de su esposa, preguntó á ésta:

—¿Qué ha sido de aquel señor viejo que se sentaba siempre al extremo de la mesa, y no hablaba nunca con nadie?...

(1) Era un excelente guisado de animales dañinos.

(2) Amigos, habeis visto la extraña muestra que un pintor de San Lucas ha hecho para los perfumistas?... Ha pintado con sus propios colores á Boynes, Maupeau, Terray y D'Aguillon dentro de un frasco, en forma de píldoras, y encima ha puesto un rótulo que dice: «Vinagre de los cuatro ladrones.»

—¡Ah! Ya sé quién dice usted—respondió Mad. Geoffrin.—Ha muerto.

—¿Sí?.. ¿Y quién era?

—Mi marido.

No era Mad. Geoffrin más letrada que éste, y cuantos contemporáneos hablan de ella la presentan siempre ignorante, hasta el punto de desconocer la ortografía: exacta apreciación ésta que podemos comprobar con un dato auténtico. Entre los abundantes y preciosos documentos que la bondad de cierta gran señora nos ha proporcionado para escribir la signiente historia, existe un billetito autógrafo, un *besa la mano* que diríamos hoy, de Mad. Geoffrin al duque de Villahermosa. Hállase escrito con caractéres garabatescos, en un papelillo de dos pulgadas de alto por tres de ancho, cerrado con gruesa oblea encarnada, y dice á la letra:

Mme. Geoffrin fait mille, et mille remerciments,
á monsieur le Duc de Villahermoza
de la bonne nouvelle qúil luy a donné sur
la zante de monsieur de mora,
elle est bien touchée et bien reconoissante
de cette attention de sa part,
elle prend la liberté d'embrasser monsieur
le Duc de tout son coeur,
elle presente ces hommages a madamé
la Duchesse.
ce dimanche matin. (1).

Y en el sobrescrito:

a Monsieur
Monsieur le Duz
de Villahermoza
al hotel de monsieur
lembassadeur Despagne
rue de luniversité.

Y, sin embargo, esta mujer ignorante, sin talento, sin belleza, sin juventud, porque en la época á que nos referimos contaba ya setenta años, había fundado un célebre salón en toda Europa, donde tuvo realmente lugar la íntima y funesta alianza de los grandes señores con los impíos filósofos, comunicando éstos á aquéllos sus impías máximas, siguiendo á aquéllos éstos en sus depravadas costumbres y su elegante libertinaje.

El Rey de Polonia, Estanislao Poniatowski, que durante su permanencia en París había frecuentado mucho el trato de Mad. Geoffrin, llamábala *su querida mamá*; Catalina II y Federico de Prusia la escribían familiarmente, y hasta María Teresa, la grande y piadosa María Teresa, el *único Rey*, según un historiador, que ocupaba entonces un trono en Europa, hizo detener su carroza, en mitad de las calles de Viena, para saludar al paso á la *fabricante de espejos*. Las recepciones de Mad. Geoffrin eran diarias, y á ellas acudían las damas más ilustres de la corte. Dos veces por semana, lunes y miércoles, celebrábanse aquellos famosos *soupers* de hombres solos, que ella presidía, y en los cuales sólo tenía entrada otra mujer, mademoiselle de Lespinasse.

Los lunes reunía á los artistas, y los miércoles á los escritores: á estos últimos, por una extravagancia cuyo origen no hemos podido averiguar, ni tampoco comprender, regalaba invariablemente la vieja anfitriona un gorrito de terciopelo. La mesa de Mad. Geoffrin no era muy espléndida: Marmontel, que tantas veces se sentó á ella, dice: «Las viandas exquisitas no abundaban; reducíase todo ordinariamente á un pollo, espinacas y una tortilla.»

Semejante notoriedad en tal mujer, observa uno de sus biógrafos, hay que explicarla siempre por alguna cosa... En otro país cualquiera, creemos nosotros sería necesario este trabajo; mas en Francia, bastará quizá recordar aquella pincelada maestra con que al pintar Tito Livio á los galos de su tiempo, retrató á los franceses de todas las épocas. *Nata at vanos tumultus gens* (1). Por otra parte, la industria de los espejos daba mucho. Madame Geoffrin, era rica, y era tambien quien suministraba con mano generosa los fondos necesarios para la costosa obra de la *Enciclopedia*.

Nada tiene, pues, de extraño que los enciclopedistas ensalzaran y se agruparan en torno de aquella extraña vieja en cuyo bolsillo habían encontrado el manantial de Pactolo. Cuando se leen las entusiastas alabanzas de Mlle. de Lespinasse á Mad. Geoffrin, en su continuación al *Viaje sentimental* de Sterne, debe tenerse en cuenta que la heroína ensalzada pasó por muchos años una pensión de 1.000 escudos á la autora del panegírico, como la pasó también á otros muchos, Thomas y Marmontel entre ellos, al cual último solía llamar *querido vecino*, porque le daba albergue en su propia casa.

Esta era la sociedad, así en Versalles como en París, donde á los quince años había de comenzar la duquesa de Villahermosa á conocer á los hombres, porque ésta era la sociedad que su padre, su esposo, sus hermanos y hasta su misma madre la condesa de Fuentes frecuentaban, obligados unas veces por su alta posición oficial, arrastrados otras por el imperio de la moda, que tan amenudo finge deberes, acalla escrúpulos y adormece conciencias. En aquellos salones vió la duquesa de Villahermosa adelantarse y crecer á la revolución, vistiendo casaca de terciopelo y chorrera de encaje antes de vestir la Carmañola; caminando sobre los tacones encarnados de los elegantes de la corte antes de cobijarse bajo el gorro rojo de los *sans culotte* del 93.

Mas aquellas cabezas empolvadas se enderezaban á veces con extremecimiento de terror, y las mejillas palidecían bajo el obligado colorete, porque el instinto avisaba á intervalos la proximidad del peligro, porque la muerte se encargaba de cuando en cuando de tumbar por tierra alguna de las grandezas humanas; porque la víctima lanzaba al caer un grito de espanto que ponía pavor en los ánimos y despertaba en torno el remordimiento... Un día, de repente, corrió la voz de que la viruela había atacado á Luis XV. Versalles quedó desierto: el delfín y sus hermanos huyeron: sólo quedaron al lado del Rey sus tres hijas Adelaida, Victoria y Sofía, modelos de amor filial, cuya memoria ajó cruelmente la liviandad de su padre, por aquello de que á donde no llega la maldad, llega la calumnia. Algunos cortesanos, obligados por la imperiosa ley de la etiqueta, cuchicheaban medrosamente en las antecámaras más lejanas. También la ambición desafió el riesgo, y junto á su lecho de muerte vió el Rey estallar, más fiera que nunca, la lucha entre el partido de Choiseul y el de la Du Barry.

Oponíanse ésta y D' Aiguillon á que el Rey recibiera los Sacramentos, porque había de ser aquella la señal del destierro de la favorita y de la caída del ministro. Choiseul, por el contrario, el impío Choiseul, el encarnizado perseguidor de los jesuítas, quería que se le administrasen sin pérdida de tiempo, como medio de derrotar al bando enemigo. Era horrible aquella lucha de ambiciosos y cortesanas disputándose un girón de poder ante el terror de la muerte y la majestad de los Sacramentos.

Un hombre enérgico y virtuoso, el arzobispo de París, monseñor Beaumot, dirimió la contienda: presentóse en Versalles solo, sin aparato, dispuesto á pagar con el mayor de los beneficios la afrenta que le había hecho el Rey desterrándole. La camarilla de la favorita presintió su derrota. El mariscal de Richelieu (dice un testigo del hecho), viejo libertino, resto podrido de la Regencia, salió precipitadamente al encuentro del arzobispo, y le detuvo en la sala de guardias.

Sentáronse en una banqueta: el mariscal hablaba con gran vehemencia y gestos muy animados; el arzobispo le contestaba con entereza: levantóse al fin de repente, y, sin hacer caso de Richelieu, entróse en la cámara regia.

El Rey no se sorprendió al verle, mas tampoco se apresuró á pedir los Sacramentos. Á las cuatro de la tarde, la Du Barry en persona vino á tentar por última vez al viejo Rey en su lecho de muerte; mas él la mandó retirar con suaves palabras, y la favorita salió de Versalles para no volver nunca. Quedó el Rey muy postrado y abatido, y á eso de la media noche mandó llamar al abate Mondou, confesóse con grandes muestras de arrepentimiento, y al romper el alba recibió el Viático y los Santos Oleos. La proximidad de la muerte despertaba su fervor, y, al entrar el Viático en la cámara, arrojó con presteza las sábanas y arrodillóse con gran trabajo, apoyado en la barandilla del lecho.

El médico quiso obligarle á cubrirse; mas él, con mucha humildad, contestó:

—Cuando el Dios del cielo viene á visitar á un miserable como yo, lo menos que puede hacerse es recibirle con respeto.

Entonces el Cardenal de la Roche-Aytar, gran limosnero de la corte, leyó por orden del Rey estas palabras, en que el pecador se arrepentía, el escandaloso daba satisfacción, y el Monarca de derecho divino sostenía hasta el borde del sepulcro sus prerrogativas de Ungido: «Aunque el Rey no tiene que dar cuenta de su conducta más que á Dios, declara que se arrepiente de haber escandalizado á sus súbditos, y que hubiera deseado vivir tan sólo para sostener la Religión y hacer el bien de sus pueblos».

Debilitóse aquí la voz del Cardenal, y el Rey, con la lengua ya trabada, dijo angustiosamente:

—Repetid, señor Cardenal, repetid esas palabras...

Y ya no dijo más: á las dos y media de la tarde espiró Luis XV. Oyóse entonces un gran tumulto que resonó en todo el palacio: eran los cortesanos, que abandonaban las antecámaras aplicando á sus narices pomitos de enérgicos desinfectantes, ligeros como el que deja al fin una carga, alborotados como el que rompe el freno de largo y forzado silencio...

Quedó solo aquel muerto que había sido Rey cincuenta y nueve años; envolviéronle precipitadamente en las mismas sabanas del lecho, y arrojáronle en un triple ataúd de encina y de plomo. Aguardaron á la noche, encubridora de todos los crímenes y de todas las vergüenzas; colocáronle en una de las carrozas de caza, y al trote largo, á galope casi, llevároule á San Dionisio. Escoltábale treinta pajes y otros tantos palafreneros, que llevaban antorchas y no vestían luto. El cortejo no osó atravesar por París y por el bosque de Boulogne dió la vuelta.

(1) Madame Geoffrin da mil y mil gracias al señor duque de Villahermosa por la buena noticia que le ha dado sobre la salud del señor de Mora. Queda muy conmovida y muy agradecida por esta atención de su parte: se toma la libertad de abrazar al señor duque con todo su corazón, y presenta sus homenajes á la señora duquesa.—Hoy domingo por la mañana.—Al señor duque de Villahermosa, en el hotel del señor embajador de España, calle de la Universidad. (Archivo de Villahermosa).

(1) Gente nacida para entusiasmos inocentes.



QUIETISMO MUSULMÁN



EN LAS RUINAS DE POMPEYA

El pueblo repetía á su paso aquel grito ridículo, hecho popular, con que el difunto Rey solía perseguir á los ciervos.

—¡Taiaut!... ¡Taiaut!... ¡Taiaut!...

PADRE LUIS COLOMA, S. J.

Anécdotas ejemplares

I

RESPUESTA EDIFICANTE

Ciertos protestantes, por sacar de quicio á un muchacho católico, preguntáronle:

—¿Tú sabes el *Padre nuestro*?

—Sí, señores.

—Dílo.

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

—Perfectamente; pero si está en los cielos, ¿cómo te atreves á sostener que es á también en el Sacramento del altar?

—¿Y ustedes saben el Credo?—preguntó el chico, desentendiéndose al parecer de contestar categóricamente.

—Muy bien.

—Díganlo, pues.

—Creo en Dios Padre, todopoderoso...

—Si, como ustedes dicen, Dios es omnipotente, ¿por qué no ha de poder estar á la vez en el cielo y en el altar?

Aquellos herejes no supieron qué replicar á un niño de tan pocos años, y alejáronse cariacontecidos.

II

IR POR LANA Y SALIR TRASQUILADO

En cierto coche-diligencia de los Estados Unidos viajaban un Obispo católico, muy conocido en el país por su modestia y caridad, y un ministro protestante con varios seglares.

—Hola, Ilmo. Señor (dijo el ministro al Obispo) parece que también gusta V. S. I. de las comodidades de los coches.

Estoy girando visita á las parroquias de mi diócesis, y no tengo más remedio que utilizar los medios usuales de locomoción.

—Pues yo creí, que el señor Obispo viajaba siempre á caballo.

—Efectivamente; pero se me ha muerto la jaca.

—Por supuesto, se habrá ido al otro barrio con todos los Sacramentos.

—No quise administrárselos, porque era protestante.

El pastor no volvió á importunar con cuchufletas al Obispo, y los viajeros riéronse á expensas del ministro evangélico.

III

LA GALLINA DE CARLOS V.

Cuando el emperador de Alemania y rey de España Carlos V supo que Enrique VIII había suprimido los monasterios y conventos todos de Inglaterra, incautándose de los bienes de los frailes, exclamó ingeniosamente:

—¡Qué disparate! Ha matado la gallina que diariamente le ponía un huevo de oro.

Y en efecto; desde entonces el número de pobres y mendigos creció extraordinariamente, y hoy día el pauperismo es uno de los cánceres que corroen las entrañas de la sociedad inglesa.

IV

LA CASUALIDAD

Érase un ateo bocapán, que se vanagloriaba de no creer en la existencia de Dios. Kirker, el célebre astrónomo alemán, se propuso demostrarle que la razón misma nos sugiere la idea del Soberano Autor de la naturaleza, y sabiendo que iba á ser visitado por el ateo, hizo colocar en su despacho un magnífico globo celeste.

Apenas lo vió el visitante, preguntó:

—¿Quién ha fabricado tan hermoso globo?

—No lo sé (repuso el astrónomo): la casualidad quiso que me lo encontrase ya hecho y tan hermoso como lo veis en mi casa.

—¡Verdaderamente es admirable un globo que se ha hecho á sí mismo!

—Pero, hombre, ¿y la casualidad?...

—¡Qué casualidad, ni qué calabazas! Mentira parece que un sabio como Ud. pueda creer...

—No comprendo ese asombro. Ud. mismo ha escrito y sostiene que Dios no existe; y, por lo tanto, el mundo, el hombre, los animales, el cielo, los astros y el universo todo, algo más admirable que ese globo terráqueo, existen casualmente, sin que nadie los haya creado ó fabricado.

—¿Y por qué nó?

—Porque parece mentira que un hombre tan instruido como Ud. atribuya al acaso las obras de la creación, y no admita la fabricación casual ó expontánea de este globo.

El ateo no supo cómo salir de aquel mal paso, y se refugió en el silencio por no confesarse vencido.

V

LA GRANDEZA HUMANA

Refiérese del célebre Saladino, conquistador de muchas naciones asiáticas, que ordenó lo siguiente:

«Cuando yo muera y mi cuerpo sea conducido á la tumba, que uno de mis cortesanos preceda al acompañamiento y recorra toda la capital, ostentando en el alto de una pica mi mortaja, y gritando: *¡Ved todo lo que Saladino el Grande lleva consigo de tantos imperios como conquistó!*»

Palabras que debían aprender de memoria los potentados orgullosos, para que recordemos todos oportunamente que el hombre es polvo, y en polvo nos hemos de convertir.

M. POLO Y PEYROLÓN

A SAN JUAN DE LA CRUZ

EN EL TERCER CENTENARIO DE SU GLORIOSA MUERTE

Un cántico sonoro
De honor y de alabanza,
Hoy quisiera entonar con plecto de oro;
La inspiración imploro,
Prenda de paz, de amor y bienandanza.

—

Inspiración altiva,
Que haga vibrar con mágicos acentos
A la lira cautiva,
E inflame al corazón con sentimientos
De llama de amor viva.

—

Llama de amor que al centro
De amor al alma llame,
Y cuanto más la acerque más la inflame;
Y al llevarla hacia adentro,
Rompa la tela de tan dulce encuentro.

—

¿Mas quién allí pudiera,
En cautiverio suave
Y regalada llaga, aunque quisiera,
Llegar sin obtener antes la clave
De ese *toque que á vida eterna sabe?*

—

Sólo tú, feliz Santo,
Por el amor rendido,
Pudiste percibir en dulce encanto
El resplandor que iluminara tanto
Las profundas cavernas del sentido.

—

Sólo tú mereciste
En deliciosas horas,
En que *tan delicadamente te enamoras*,
Llegar á donde fuiste,
Y á do con el Amado siempre moras.....

—

Reformador dichoso
De la Orden del Carmelo:
Desde el trono esplendente que glorioso
Ocupas en el cielo,
Ruega benigno por tu patrio suelo.

ENRIQUE GARCÍA BRAVO

23 Noviembre 1891.

LOS ALREDEDORES DE LA RÁBIDA

Hoy que tan grande como justa resonancia ha llegado á alcanzar en uno y otro hemisferio el convento de Santa María de la Rábida, creemos que se leerán con interés los siguientes apuntes histórico-geográficos. Dista el convento de la Rábida de la capital de Huelva de cinco á seis kilómetros en línea recta, y un doblado trayecto lo separa del mar, cuyas aguas salobres se mezclan con las del Odiel y del Tinto, ríos ambos que verifican su confluencia un poco antes de llegar á aquel convento.

El Odiel, que corre hacia la parte más occidental, nace catorce leguas más arriba, y como quiera que recibe en su curso el tributo de gran número de corrientes, antes de llegar á Huelva es ya muy ancho y caudaloso, de suerte que tiene fondo suficiente para los bastimentos de mayor calado. El río Tinto baña por el Oriente y Sur á Niebla, y por Norte á Moguer y Palos, confundiéndose luego con el Odiel, como hemos dicho, poco antes de enfilar con el referido convento, cuyas riberas lame. Los dos ríos, á medida que se van aproximando pausada y majestuosamente el uno al otro, van sesgando la tierra y formando un *Cabo* que llaman la *Punta del Sebo*, de la figura de un corazón, con el cono ó extremidad hacia el *Sur*. Frente á este Cabo hay otro que mira á la parte opuesta, esto es, al Norte, el cual partiendo del Atlántico sube dividiendo los dos ríos. En este segundo Cabo existe un soberbio torreón, conocido con el nombre de la *Torre del Arenilla*, el cual, según dice el Sr. Moro en su *Huelva ilustrada*, fué edificado en 1577, y sirve de atalaya á los carabineros apostados en aquel sitio para interceptar el tránsito del matute, pues que siendo ahora Huelva de tanta consideración y su puerto y la ciudad tan frecuentados de los ingleses y otros extranjeros dedicados á la explotación de los riquísimos mineros de Río Tinto, dicho se está que no ha de faltar en aquella zona el contrabando.

Y aquí debemos notar, que no puede verse sin pena el sistema adoptado para el alojamiento de los carabineros, destinados á la vigilancia de aquella costa. Nosotros hemos visitado repetidas veces aquel punto, y, francamente, el rostro se nos enrojecía de vergüenza al recorrer aquella especie de aduar ó vivienda, más propia de beduinos que no de honrados servidores de la patria, de soldados que militan bajo las banderas de una nación civilizada. Dieciocho son los carabineros que habitan hoy junto á la *Torre del Arenilla*, en aquella especie de península llamada Villafría, nombre que si es verdad lo que se cuenta, llevaba un pueblo de cuya existencia ni aun los cimientos se conocen; los dieciocho carabineros, precisa-

mente, son casados, y no cuentan con otro ni más albergue, que el de un tugurio muy ruinoso y agrietado, mal sostenido en sus cuatro ángulos por gruesos puntales, donde se anidan, como pueden las dos familias del cabo y del sargento; todas las demás viven miserablemente hacinadas en siete ú ocho barracas de juncos.

Increible parece que los treinta y seis rapazuelos de uno y otro sexo que, como plantas silvestres vegetan por aquellos andurriales, no se ahoguen dentro de las chozas en los días de grandes aguaceros, ó que no les devore el incendio á que tan expuestos se hallan en unas habitaciones formadas, desde la base hasta su cúspide, de un combustible que, á la menor chispa, arde como la yesca. Cuatro de aquellas chozas fueron pasto de las llamas durante el año de 1890.

Otro grave inconveniente hay en hacer vivir en tales condiciones á las cincuenta y cuatro personas de que hemos hablado, cual es: el de las muchas víboras que en aquellos arenales se crían. De uno de los carabineros sabemos que llegó á juntar en una botella hasta cien viboreznos. ¡Bonito regalo por cierto para figurar en un gabinete de Historia Natural! ¿Qué se va á decir de nosotros? ¿Qué dirán los extranjeros cuando lleguen á visitar el convento de la Rábida, que está frente por frente, á muy pocos pasos de distancia de la *Torre del Arenilla*, y se aperciban de aquel rancho de gitanos? ¿No han leído ustedes, entre otras, la obra francesa titulada *Christophe Colomb devant le taureaux?* Peor que á toros, peor que á fieras nos tratan algunos; se necesita toda la mansedumbre de un David para no rechazar con indignación los insultos y las villanías que nos dirigen escritores que jamás pisaron el suelo español. ¡Y qué de libelos no vomitará la prensa contra nosotros! ¡Qué cosas no dirán los hispanófobos después que hayan visitado el acuartelamiento de nuestros carabineros en la *Torre del Arenilla!*

Llamamos muy particularmente la superior atención del excelentísimo señor Director general del cuerpo de Carabineros, no dudando pondrá pronto remedio al triste espectáculo que ofrece el aposentamiento de sus subordinados en el punto insinuado.

Otra de las cosas que son de notar en los alrededores de la Rábida es el estero de Domingo Rubio, formado por cuatro arroyos: el primero de éstos se halla al E. N. O., y se llama la Previca; el segundo al E., y se le nombra la Grulla; el tercero y cuarto están al E. S. E., y se dicen del Milanillo. Siguen todos la dirección S., donde está el mar, como á tres millas, hasta el sitio de los Llanos, uniéndose por el S. E. el arroyo de la Becerra, y por el N. el de la cañada del Tremedar, el de Don Bernabé y el del Prado de las Huertas. Dejando ya los términos de Moguer para entrar en el de Palos, atraviesa los montes del Conde de Montijo, con agua de una braza; recibe más adelante las aguas del arroyo de los Coladeros, y ya desde allí comienza á llamarse de Domingo Rubio.

Aquí engruesa notablemente hasta medir cuatro brazas de profundidad, é inclinándose al S. S. E. desagüa en el Tinto por entre el convento de la Rábida y Torre del Arenilla. El estero de Domingo Rubio recorre una extensión de unos 12 kilómetros, siendo vadeable en los cuatro ó cinco primeros hasta pasar el arroyo Culebras.

Fácil y agradable es la entrada de la Rábida cuando se llega á ella por la parte del Oriente, ó sea de Palos, y comunicaciones vecinas; no sucede otro tanto para los que proceden de cada uno de los otros tres puntos cardinales, N., S. y O., puesto que ó vienen por agua ó por tierra; si lo primero, después de dejar el Odiel y el Tinto, entran en el estero de Domingo Rubio, y de allí desembarcan en el muelle de madera, construído en 1882 con motivo de la visita que hizo al convento el rey D. Alfonso XII. Adelantada la hermosa carretera que, partiendo de las marismas de la Rábida ha de enlazar á ésta con Palos, Moguer y estación del ferrocarril de San Juan del Puerto, esperamos que no se quedará en zaga el muelle de hierro sobre el Tinto, que es de donde arranca aquella vía, y que será en adelante el punto de embarque y desembarque.

Si los que van en demanda de la Rábida llegan por la ribera, ora bajen de la parte de Palos, ora suban de la mar, necesitan atravesar las marismas, especie de yermos cuajados de juncales, cuyas puntas hieren como alfileres. Pero esto es lo de menos: lo peor del caso es lo muy peligroso del camino por la multitud de charcas y canales de que está inundado, gracias á las invasiones del Tinto, pues como el nivel del terreno es tan bajo, las aguas de las mareas han abierto en él muchas y profundas cortaduras.

Y no vaya alguno á creer que en el área que dejan libre las mareas bajas se podrá caminar con seguridad y desembarazo, nada de eso; pues en todo el lecho que abandonan las aguas periódicamente, queda un cieno tan pegajoso, que se atascan los hombres hasta las rodillas; con la particularidad de que, dentro de este desleído fango se encierran muchos mariscos de corte tan afilado y penetrante, que destrozan los pies del infeliz que llega á pisarlos. Y por apéndice y remate, viene después la escueta y molesta pendiente que conduce al convento.

Por todo lo cual decimos, que Cristóbal Colón, al salvar en 1484 el trayecto de unos tres kilómetros que hay desde el embarcadero de Palos á la Rábida, no pudo dirigirse á este último por las marismas, sino que tuvo precisión de ladearse como unos quinientos ó más pasos hacia el monte. Esto es lo que procede, viniendo desde el que fué un día renombrado puerto de Palos, hasta llegar á la casa guardianal del honorable y simpático Padre Fr. Juan Pérez.

Plegue al cielo que el heróico pueblo de los Pinzones haya en lo porvenir la suerte que merecen sus servicios prestados á la patria y á la humanidad entera, gracias á los cuales se duplicó el mundo entonces conocido. Y plegue también á lo alto, que el convento de la Rábida, dentro de cuyos muros se incubó la idea de descorrer el velo que ocultaba infinidad de pueblos y naciones, logre en no lejanos días ver restablecido el cotidiano sacrificio incruento de nuestros altares, y que resuenen bajo sus bóvedas las alabanzas al Supremo Hacedor del mundo antiguo y del mundo nuevo, así como de todo cuanto existe, visible é invisible.

Para conclusión, diremos que el anterior párrafo de felices augurios é invocaciones al Altísimo, trazábalo nuestra mano á principios de 1889, época en que apenas nadie se acordaba de la Rábida ni de Palos. Gracias á Dios, estamos ahora mismo tocando la realidad de lo que entonces parecía un sueño ó quizá una aberración de nuestra mente. Miles de alabanzas y adoraciones al Omnipotente, bajo cuyos amorosos designios tan faustos vaticinios formuló nuestro corazón, inflamado en el amor de la Religión y de la patria.

FR. JOSÉ COLL, *Franciscano.*

El Adviento (1)

✠

ANTOLÍN, POR LA MISERICORDIA DIVINA, DE la santa romana iglesia Presbítero Cardenal Monescillo y Viso, del título de San Agustín, in urbe, Arzobispo de Valencia, etc., etc.

A nuestro venerable Cabildo Metropolitano, al Clero parroquial y beneficial, al Seminario, Institutos religiosos, Corporaciones y pueblo fiel, salud, paz y bendición en Cristo Jesús, Señor nuestro.

HIJOS MÍOS CARÍSIMOS:

Magníficat... Benedictus... Nunc dimittis...

Luc. I et II.

Muchas veces, en varios tiempos y de diferentes maneras, hablando Dios por los Profetas, últimamente nos habló por su Hijo Unigénito, á Quien constituyó su Heredero y por Quien los tiempos y todas las cosas fueron hechas. Y en verdad, la divina palabra del Verbo encarnado vive en los siglos y ella es *alfa* y *omega*, principio y fin de cuanto se mueve y ha de consumarse. En su virtud, el curso de las naciones, el camino de las gentes y el sustento, así del corazón como de la inteligencia, de Jesucristo reciben dirección, y en El vivimos, en El estamos, y ser nuestro por gracia son el alma, la vida, la santa humanidad y la divinidad sacratísima del Redentor.

Ahora por gracia suya y después por gloria, se inician y coronan las obras meritorias del cristiano, si van siempre acompañadas de la docilidad del alma, de la sumisión del espíritu y de los arreglos de conducta sazonados con voluntarias humillaciones, origen de glorias inmortales; y de tal modo presienten los pueblos y los reinos la excelencia de tal virtud, que, unidos en celebrar las fiestas del nacimiento del Salvador, á lado de la cuna rústica de Belén, depositan como entre las humildes pajas de un pesebre convertido en altar lo que las tierras y las regiones tienen por más precioso y peregrino.

Así el Infante Jesús, Hijo de David según la carne, Hijo de Dios desde la eternidad, como Dios de Dios que es, recibe el triunfo y los homenajes propios y debidos á la majestad. Y con descontento de las envidias y pavor de las ambiciones, se acercan los tiranos de la tierra allí donde ya llegaron aquellos que, acelerando el paso y ganando jornadas, dieron testimonio de adoración á un recien nacido. Pasmo son todos los hechos y accidentes en la venida del Salvador. Al nacer se conmueve el cielo, y los ángeles entonan el himno de regocijo, *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad*. Siguen á los actos de adoración las fatigas propias de una huída penosa y arriesgada; y el Egipto convertido en país hospitalario, da providencial asilo á una purísima Doncella, á un Santo Anciano y á un *Pequeñuelo, Parvulus datus est nobis*, donde van escondidos los tesoros de ciencia y de sabiduría eternas.

Su gloria, rodeada de gracia y de verdad, revela cómo el Unigénito del Padre viene á soltar ligaduras, á borrar padrones de ignomia y á convertir en hijos de adopción á los que el pecado había hecho hijos de ira; y aún adolescente, llevando señales de circunciso, como observante de la ley, se presenta en el templo donde

(1) Transcribimos esta sonbrillante y gallarda Pastoral, obra de un Príncipe de la Iglesia, honra de España, en la seguridad de que agradará á nuestros lectores.



MONASTERIO DE BUGEDO

es oído con asombro de los Doctores, y donde cual piedra angular de edificación deja el fundamento de su magisterio perpétuo.

Y como nunca vieron las gentes tales cosas, ni oyeron jamás los siglos semejante enseñanza, de allí sale el Doctor admirado con todos los honores de la divinidad, para luego ocultarla por espacio de dieciocho años en el taller de un artesano.

Cómo esto sucedió, lo ha revelado la divina Providencia con sólo dar treguas á que pudieran enlazarse las lecciones dadas en el templo con las que habían de brotar de labios de Jesús en edad provecta.

Empieza entonces la vida pública del Hombre Dios, y pasando por todas partes haciendo el bien lo mismo en las villas y en las ciudades, que en el campo y en las sinagogas, en los caminos que en las barquillas pescadoras, deja huellas adorables de su benignidad y de sus misericordias. Serena los vientos y aplaca las tempestades, y por completo le obedece la naturaleza, su obra. ¿Quién es éste á quien obedecen los elementos? ¿Quién, como El, trató con los pecadores, elevando la compasión á la alteza de una caridad inefable?

No eran habilidades, ni experiencia, ni talento, ni táctica de escuela lo que acreditaba la misión de Jesús. Con solo decir *hágase*, todo quedaba hecho, fuera en el orden físico, fuera en el moral. Los enfermos eran curados, los tullidos adquirían agilidad, veían los ciegos y resucitaban los muertos; y leyendo en lo interior de los corazones, desbarataba las maquinaciones de sus enemigos calificándolos de hipócritas.

Manso también y humilde de espíritu llamaba *sepulcros blanqueados y raza de víboras* á los fariseos y malvados; y como eran ciegos y guías de ciegos los daba á conocer como tales para evitar la ruina de los sencillos. ¡Con qué bondad, con qué tierna compasión levantaba á los caídos, absolviendo culpables! Los acusadores quedaban confundidos con las sentencias pronunciadas por Jesús apiadado de las flaquezas humanas. *¿Dónde están los que te acusaban?* dijo á la mujer adúltera. *¿Nadie te condena? Pues yo te perdono. Ve y no vuelvas á pecar.* ¿Y qué se hizo de aquel conciliábulo de malignantes? ¿Cuál de ellos tomó la primera piedra para apedrear á la acusada? ¿Había por ventura alguno limpio de pecado? ¿En qué autos leyó Jesús el proceder de uno y de otra? ¿Dónde tomó informaciones para fallar? ¿Quién fué su asesor y quién su consejero?

En aquél caso, como en todos, señaladamente en el coloquio con la Samaritana, manifestando secretos del corazón, y perdonando pecados, sus palabras eran de vida eterna. *Venid y vereis* á un hombre que ha descubierto los senos de mi corazón. Por allá se tenía como profeta no sólo al que anunciaba lo futuro, sino á quien hacía prodigios y maravillas; y Jesús, siendo el objeto de las profecías, como Profeta era aclamado. Y por otro lado, ¿cuál de los hombres dominó las contingencias del tiempo y de las cosas para predecir y señalar lo porvenir? ¿Por ventura dejó de cumplirse lo que el Salvador anunció sobre la ruina de Jerusalén, sobre el establecimiento de la Iglesia y la duración perpétua del edificio? Eligiendo la piedra angular sobre la cual se fundó, ¿han bastado á quebrantarla, ó siquiera á removerla los sofismas ni los ódios, las envidias, los cismas y las herejías?

Con una sola mirada dejó caer rostro en tierra á los judíos, sus verdugos. Y con sólo querer, al sufrir la muerte por nuestra salud, ¿no pudo evitarla hasta con el exterminio de sus enemigos? La obra de padecer y de morir para resucitar afianzando nuestra creencia en la Divinidad, envolvía también un designio de resurrecciones morales para el linaje humano; y pasando Jesús de la muerte á la vida por virtud propia, cumplía en la naturaleza humana, que había tomado para rehabilitarla, la promesa de resucitar al día tercero de consumar en la cruz el plan de redimirnos.

Así, entregado el Hijo del hombre á ser mofado y escarnecido, llevó al patíbulo de la cruz todas las cosas, haciendo tributarios del espan-

to y del dolor á los cielos y á la tierra pasmados y extremecidos, pues moría el autor de la vida. A su vez las afrentas é ignominias sufridas por el Salvador bien atestiguaban que la irritación del Señor, en vista de las prevaricaciones humanas, requería para ser aplacada un sacrificio grande, generoso y de precio infinito, que sólo cabía en la benignidad de un Hombre-Dios. Mas en la sabiduría eterna se concertaban de modo tan adorable las misericordias con la santidad de la justicia, que á lado de la clemencia y del perdón sonaban las increpaciones, los ayes y quejidos de Jesús. ¡Ay de tí Corozaín! ¡Ay de tí Betsaida! ¡Ay de vosotros fariseos! ¡Ay de los hipócritas! ¡Ay de Jerusalén! ¡Jerusalén, Jerusalén, que das muerte á los Profetas, y á mis enviados! ¡Cuántas veces quise reunirte bajo mi amparo, al modo que la gallina guarda bajo sus alas los polluelos, y te negaste! ¿Veis la hermosura de esa ciudad y la grandeza de su templo? Pues de fabricación tan fastuosa no quedará piedra sobre piedra. Y lo que Jesús decía á sus discípulos, conmovidas sus entrañas de Padre y de Redentor, le hacía derramar lágrimas de ternura, nacidas de amor divino.

La misericordia divina convertida en Providencia del género humano, llamó cerca de sí á los escogidos para continuar en la tierra la obra de la Redención, y les dijo: sereis llevados á los tribunales; y compareciendo ante los reyes y jueces, no penseis en qué términos habeis de hablar, ni de qué manera, pues en aquella sazón sereis instruídos. Yo os envío como ovejas entre lobos..... Sereis odiados á causa de mi nombre.... Id, predicad, enseñad á todas las gentes... Recibid el Espíritu Santo. Aquéllos á quienes perdoneis los pecados, les serán perdonados; y aquellos otros á quienes no les perdonareis los pecados, no les serán perdonados... Para llenar estos ministerios de doctrina y de santificación, *yo estoy con vosotros hasta el fin de las cosas*.

Cada palabra de Jesús era un ejemplo y un milagro. Apenas oída, producía actos de abnegación nunca registrados en la historia. Las redes, las tiendas, el país natal, las afecciones de patria y de familia, no muertas ni abandonadas en el corazón humano, se transformaron ante la vocación al apostolado en renuncias voluntarias y en sacrificio aceptable; y preguntando Pedro á Jesús qué sería de los que todo lo habían dejado por seguirle, respondióle el Divino Maestro: «En verdad, en verdad os digo que en premio de vuestra abnegación, sobre la casa, sobre padre y madre, sobre campos y hacienda, por mi nombre, recibireis ciento por uno.» Y en esto no se ajustaban cuentas, ni había cambios ni cómputos. Por tiempo breve de tribulación, y por momentos de angustia, les prometía, para darla, una vida eterna en posesión de eterna gloria.

Así eran trocados los llantos, la pobreza, los trabajos y la opresión por la Bienaventuranza. ¡De un día á otro qué santa mudanza! Los tenidos por insensatos y dementes fueron contados entre los hijos de Dios, gozando de la dicha de los Santos. ¿Qué plan ó qué designio es comparable con las obras de Dios? ¡Adorado sea el nombre de Jesús!

Jesucristo, señal de vida y signo cierto de paz y de abundancia para los que creen en Él, inmortal permanece con la virtud propia de su divinidad para iluminar gentes y dirigir y reinar por medio de un reinado que no tendrá fin; y conversando con los hombres, y á ellos semejante, saca de los tesoros de su humildad sacratísima la riqueza inefable de sus piedades. No más; pero ni tanto podía buscar la insaciable codicia del corazón, humano siempre inquieto; y siendo potestativo en el Hijo de Dios cuanto lo es en el Eterno Padre, sin embargo desciende de la omnipotencia á tomar flaquezas y enfermedades, suspendiendo de este modo la perseverante acción de lo celestial, para levantar por medio de humillaciones misteriosas lo que miserablemente había caído. Así los méritos infinitos del Crucificado, deificando con adorables abatimientos la naturaleza humana, antes desheredada en pena del pecado, consuma en la tierra la obra de redención, pues siguiendo al rescate las delicias de la profesión cristiana, el mundo se ve convertido de hijo de ira en hijo de adopción.

¡Gloria á Dios en las alturas; y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!

Himnos y bendiciones, saludos de paz y de fraternidad santa suceden dichosamente al grito de las venganzas. *¡Vae Victis!* y el eco de la tentación que clamó: *Sereis como Dioses.... Subiré al cielo y seré semejante al Altísimo*, queda confundido en el madero de la Cruz donde fueron consumadas todas las cosas y proclamados todos los perdones. De allí al sepulcro y del sepulcro á la resurrección, quedando en las escuelas del mundo la doctrina de los limpios de corazón, de los pacíficos, de los que profesan aun en la grandeza el espíritu de abnegación, la mansedumbre y la humildad, y de los que padecen, sufren y lloran resignados.

¡Qué cambios! Desde entonces se predica amor y perdón, y prohibido es entre cristianos el tanto por tanto de venganza, un ojo por otro, diente por diente, injuria por injuria, fuerza por fuerza, pues no habrá perdón para quien no perdona. *Beati misericordes!* Preferible es la misericordia al sacrificio. *Misericordiam volo, et non sacrificium*. Matth. 12, 7.

Entre elevaciones y ternura nos lleva el Santo Evangelio desde la generación eterna del Verbo Divino hasta el Nacimiento temporal del Emmanuel predicho por Isaías, ya entre nosotros, y al conmemorar tan feliz suceso, pueblos, gentes, reinos y familias guiados de santo regocijo á porfía cantan y celebran el nombre de Jesús, que, siendo excelente de un modo singular sobre todo nombre, en El y por El se obró la redención del género humano; y nadie puede sentar otro edificio de salvación en la tierra ni puede mover el levantado por Cristo Jesús.

Constantemente repetido este adorable nombre, dulce invocación de los cristianos, El forma las delicias de los que saben amar, y saben lo que aman; y así como al discutir con los gentiles y naturalistas se les arguye con las razones y por medio de los supuestos que admiten, de la misma manera hablamos con los hijos del Evangelio el lenguaje de la revelación divina, y en el tono glorioso de la *sobreeminente* ciencia de la caridad de Jesucristo, único saber que llenaba los deseos del apostol San Pablo.

Debe ser, pues, nuestra conversación acerca de las cosas celestiales, subordinando las de acá abajo á la veneración que inspira el gran Sacramento de la Encarnación divina en naturaleza humana. San Agustín llamó al comercio de la criatura con su criador una herencia y una riqueza. *Divites nos facit conversatio Majestatis*. Dicha es, á ninguna comparable, la de vivir incorporados á Cristo Jesús, compradas nuestras almas á precio de sangre divina, logrando ser á un tiempo hijos, hermanos y consanguíneos del Rey de los siglos, Excelso sobre todas las gentes, y cuyo reinado no tendrá fin.

Téngase presente y como de paso que hay dos clases de personas que sin advertirlo muchas veces de nada hablan con más vehemencia que de Dios, de la religión y de los misterios, á saber, los buenos creyentes y los incrédulos. Tratan los unos de lo que aman, los otros de lo que temen. *Positus est Jesus in ruinam, et in resurrectionem multorum*.

Sin entrar en el *cómo*, en la *forma* y en la medida de la sabiduría de Dios, permitido es sin embargo darle gloria con un *amén* contínuo, ya que hablándonos por su mismo Hijo nos ha legado en testamento vivo de sus piedades palabras de vida eterna selladas con sangre de cordero inmaculado. De ayer, de hoy, y para enseñanza invariable de los siglos, gozamos, pues, de un tesoro inagotable, donde las flaquezas humanas encuentran además del socorro de la conformidad evangélica, las riquezas de una sabiduría infinita.

Parece oirse á cada paso la voz del Salvador, que dice á las gentes engreídas y á las naciones ingratas: dejad que los párvulos vengan á mí, pues de ellos es el reino de los cielos; y también parece tenerse á la vista el cuadro de tierna majestad que ofrecía Jesús á la expectación pública tomando un niño para presentarlo como ejemplar de las gentes. Llevado de la mano, y dándolo á conocer, advertía que á no semejarse al candor de aquel angel no habría entrada en el reino de los cielos. ¡Qué lección y qué modelo! Recomendada la sencillez de tan viva manera, se mostraba el Hijo de Dios verdadero, Hijo igualmente del hombre, que enamorado de las gracias de la niñez en ellas ensalzaba el encanto de las caricias. Con esto quería ahogar en el mecer de una cuna los celos y las envidias que traen revuelto el mundo.

Tales artes de persuadir y de mover, propias de las industrias divinas, levantan los corazones sobre las nubes para cantar con Zacarías el *Benedictus*, y el *Nunc dimittis* con el anciano Simeón, después de entonado el *Magnificat* de María.

Hé aquí uno después de otro los tres admirables cánticos.—Bienaventurada la que creyó en lo que de parte del Señor le fué anunciado, exclama entre arrobada y sorprendida.—«Mi alma glorifica al Señor. Y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios Salvador mio. Porque ha puesto los ojos en la humanidad de su esclava: por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque en mí ha hecho cosas grandes Aquel que es omnipotente, y cuyo Nombre es santo. Y su misericordia se difunde de generación en generación sobre los que le temen. Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazón de los soberbios. Derribó del solio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. Colmó de bienes á los hambrientos, y despidió vacíos á los ricos. Acordándose de su misericordia acogió á Israel, su siervo, como había prometido á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia por los siglos de los siglos.» A su vez Zacarías exclamó: «Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo: y nos ha suscitado un poderoso Salvador en la casa de David, su siervo, según lo tenía anunciado por boca de sus Santos Profetas que han florecido en todos los siglos pasados: para librarnos de nuestros enemigos, y de las manos de cuantos nos aborrecen, ejerciendo su misericordia con nuestros padres, y teniendo presente su alianza santa, conforme al juramento con que juró á nuestro padre Abraham que nos otorgaría la gracia de que libertados de nuestros enemigos les sirvamos sin temor,



EL PASTOR: *regreso á la aldea.*

con *verdadera* santidad y justicia, ante su acatamiento, todos los días de nuestra vida. Y tú, ¡oh niño! tú serás llamado Profeta del Altísimo: porque irás delante del Señor á preparar sus caminos, enseñando la ciencia de la salvación á su pueblo, para que obtenga el perdón de sus pecados, por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que ha hecho que ese *Sol* naciente haya venido á visitarnos de lo alto *del cielo*, para alumbrar á los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte: para dirigir nuestros pasos por el camino de la paz.» Tomando después Simeón en sus brazos al Niño Jesús, bendijo á Dios diciendo: «Ahora, Señor, *ahora sí que* sacas en paz de este mundo á tu siervo, según tu promesa. Porque ya han visto mis ojos al Salvador que nos has dado, al cual tienes destinado para que expuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz *brillante* que ilumine á los gentiles y la gloria de tu pueblo Israel.»

Vienen á turbar este concierto de santos cantares y de alegres fiestas, mil alborotos y desmanes indignos de pueblos cultos, tales como los que de plazo en plazo se consuman en la Ciudad Eterna con escándalo del derecho de gentes. Pues nadie ignora cómo la terquedad sectaria, envidiando las glorias del Pontificado, se afana día y noche por impedir, á impulsos de asonadas y de motines, la acción filial con que los católicos acuden á consolar al Papa rindiendo á Su Santidad en estos días de aflicción el homenaje de veneración debido al Vicario de Jesucristo. A este fin, valiéndose las gentes desalmadas del favor que les dispensa la *tolerancia oficial*, se declaran agresores salvajes frente á los peregrinos que en uso de su derecho arriban á la ciudad santa movidos de fervor religioso; y para no mencionar hechos desaforados, que acota la historia, limitándonos al reciente del día 2 de Octubre hemos de consignar, como hijos heridos de pesares y dolor, una protesta viva contra las profanaciones cometidas en el Panteón y contra los insultos de que fué objeto la peregrinación francesa, portadora, cerca del Padre Santo, de mensajes, de saludos, de ofrendas y de lágrimas. Lo cual produjo en el ánimo de los *patriotas italianos* una irritación sólo comparable con los celos diabólicos propios del despecho.

Trátase ahora de levantar, con alegría del universo, y para gloria de Dios, en honor del Patriarca San Joaquín y para complacencia espiritual del Papa, un templo digno de la piedad católica en conmemoración del jubileo episcopal que ha de celebrarse en Febrero de 1893.

Y como tales demostraciones mortifican en lo vivo del encono los designios de la impiedad masónica, sale ella fuera de sí, como realmente ofendida, y cae con el séquito de todas sus arterías y con el fuego de sus iras allí donde la religión, la Iglesia, el Papa y las fiestas cristianas reportan honor y alabanzas.

Confidos nosotros en promesas que no han de faltar, y en las piedades del pueblo cristiano, esperamos y pedimos el óbolo de los fieles en forma de sacrificio voluntario hecho en honor de San Joaquín, y en forma también de protesta contra la impiedad y la injusticia. Creemos además que las naciones cristianas deben mostrarse parte interesada, no en lo que se llama litigio de exhibiciones, sino en reivindicar los sagrados derechos de la Santa Sede, con repetición conculcados, y en defender la Augusta Persona del Vicario de Jesucristo, Tutor y Curador de intereses altísimos, nuestro Padre y Maestro.

Aplaudiendo de antemano las obras de vuestra filial observancia al Papa os bendecimos en el nombre de Dios, † Padre, y de Dios † Hijo, y de Dios † Espíritu Santo.

De nuestro Palacio Arzobispal de Valencia, en la fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, día 21 de Noviembre de 1891.

† A., Cardenal Monescillo y Viso,
Arzobispo de Valencia.

Por mandado de S. Emsa. Rma. el Cardenal Arzobispo mi Señor:

Dr. Fureo Carrasco,
Secretario.

Esta Pastoral se leerá en todas las iglesias del Arzobispado los domingos 1.º y 2.º de Adviento.

Poco de la escopeta y nada del perro

Según la leyenda americana, cuando Rip Van Winkle despertó de su sueño en las montañas Catskill de América, se encontró hecho un viejo. El perro se había muerto hacía mucho tiempo y de la escopeta no quedaba más que el cañón y la llave. Cuando volvió al pueblo Falling Water, en que había vivido, nadie le reconoció. Su mujer, creyéndolo muerto, se había casado con el posadero, y había hecho bien, pues Rip se había estado durmiendo *veinte años* en la ladera de la montaña.

Sueño largo, mas me parece que preferiría estar durmiendo de una vez la mitad de mi vida á estar despierto y pasarlo mal. Sin embargo, aquí hay una mujer que dice: «Puedo decir con verdad que en diez y ocho años no me he visto libre de dolores un día siquiera.»

Misericordia! Piénsese en esto. ¿Qué manera tan desgraciada de vivir? Pues supongo que hay millones que pasan de este modo en este mundo. No porque lo deseen, sino porque no lo pueden remediar. Esta era su situación, y un ejército de mujeres, además de una muchedumbre de hombres, pueden comprenderla.

Dice la interesada: Más de veinte años he estado débil y enfermiza. Al principio tenía mal gusto de boca, poco apetito y una sensación desagradable en el pecho y en los costados, que frecuentemente hacía por aliviar, sujetándomelos con las manos. Después de comer, me daban dolores; sentía como un peso en el pecho, que no podía tolerar hasta que no vomitaba. Me sentía desfallecer por falta de alimento, y *me daba miedo de comer*. Algunas veces me daban calambres, que me doblaban, y me hacían andar de un lado á otro de la casa horas enteras, pues ni aun sentarme podía. Por supuesto apenas dormía; y por las mañanas estaba tan cansada y tan débil, que no sabía cómo levantarme y bajar. *Durante diez y ocho años no me he visto un sólo día libre de dolores.*

He visto á un médico y á otro y he tomado muchas medicinas, sin que me hayan hecho provecho. No me decía la causa de mi enfermedad. Me iba consumiendo, y no creía que podía vivir mucho, cuando un día de 1881, Mr. Joseph Cooper de Bourne habló á mi marido de una medicina llamada Jarabe curativo de la Madre Seigel, que dijo haberlo curado. «Si puedo,» le dije á mi marido, «lo probaré.» Así lo hice, y antes de concluir la primera botella estaba mejor, y con

cuatro botellas más estaba completamente buena y fuerte.

De esto hace ahora diez años, y desde entonces he gozado de salud, tomando de cuando en cuando una dósis de jarabe. Después de mi restablecimiento, el cura dijo á mi marido: su mujer de V. está muy diferente de como estaba; y él le dijo, que el Jarabe de la Madre Seigel había hecho la cura. La gente me dice que estoy mejor que hace veinte años, y me siento tan fuerte que puedo cavar patatas y trabajar con cualquiera, á pesar de tener sesenta y cinco años de edad.

Mi marido sufría horriblemente de flujo y reumatismo, y ha encontrado mucho alivio en la misma medicina. Dice que hace mucho lo hubieran enterrado, si no hubiera sido por el Jarabe de la Madre Seigel. De mí sé decir que me ha salvado la vida, y deseo que otros sepan lo que ha sucedido conmigo y mi familia. Firmado.—Esther Air, mujer de William Air de Thurlby, cerca de Bourne, Lincolnshire, Inglaterra.

De esta manera breve y sencilla esta mujer cuenta una historia, cuyos detalles llenarían un libro. ¡Qué esperanzas y qué temores! Cuántas horas de hondo pesar y de densa oscuridad ha debido experimentar! Verdaderamente. Nadie más que los que pertenecen á la hermandad del sufrimiento, pueden imaginarlo. Cuando habla de un síntoma de su enfermedad, podía haber mencionado doce, pues la enfermedad, la horriblemente fatal y común indigestión, tiene tantos síntomas y formas, como la imaginación caprichos ó el cielo nubes. De ella, como del pecado, proceden mil angustias y dolores para atormentar y destruir á la pobre humanidad. Viendo lo que su descubrimiento ha hecho en este, como en otros muchos casos análogos, ¡qué buena amiga ha sido la Madre Seigel! Rip Van Winkle despertó de su letargo y se encontró viejo. Esther Air despertó de su larga noche de enfermedad y se encontró joven de nuevo. ¿La lección no es bien clara para los millones que sufren en este país?

Si el lector se dirige á los señores A. J White Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales Frasquito, 8 reales.

A LOS QUE NO QUIERAN SER ROBADOS

El **jabón de los Príncipes del Congo** es el más conocido, más perfumado, el mejor y el más higiénico de todos los jabones de tocador. Cuando pidáis este producto maravilloso exigid siempre el NOMBRE de VICTOR VAISSIER, DE PARIS, su inventor. Desconfiad: se os engaña vendiéndoos por verdadero **Congo**, groseras y perjudiciales *imitaciones* de este perfecto cosmético.

Depositario en España, M. BOLDÚ. Rambla de Cataluña, 7, Barcelona.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día de mañana se descontarán por el Banco y sus Sucursales, á razón de 4 por 100 anual, los cupones de 31 del corriente de las obligaciones del Tesoro, y los de 1.° del próximo mes de Enero de la Deuda perpetua interior, y de la amortizable al 4 por 100 y títulos de ésta amortizados.

También se descontarán los intereses del citado vencimiento de 31 del corriente, de las Obligaciones del Tesoro que fueron prorrogadas hasta esta fecha, y que carecen de cupón.

El mínimum de percepción por descuento, será el importe correspondiente á catorce días, no bajando, en ningún caso, de 15 céntimos de peseta por cada factura.

Para verificar el indicado descuento cuando los títulos estén depositados ó en garantía de operaciones en el Banco ó en las Sucursales, bastará la presentación de los resguardos ó pólizas respectivos, y cuando se trate de las Obligaciones del Tesoro que carecen de cupón, se deberá presentar éstas para estampar en ellas el correspondiente cajetín.

Madrid 4 de Diciembre de 1891.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día 10 del actual, y bajo facturas que se facilitarán en la Caja del Banco, se pueden presentar para su señalamiento al cobro los cupones de Obligaciones del Tesoro al 5 por 100 anual, vencimiento 31 Diciembre, y los de títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100, vencimiento de 1.° de Enero próximo.

En igual forma se presentarán los títulos á que haya correspondido la amortización en virtud del sorteo celebrado en este día.

Encargándose el Banco de cobrar por los depositantes los títulos amortizados de los valores depositados en sus Cajas, los interesados que deseen retirarlos para presentarlos por sí al cobro, deberán avisarlo por escrito hasta el día 5 inclusive del corriente mes.

Madrid 1.° de Diciembre de 1891.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

Banco Hispano Colonial

ANUNCIO

EMISIÓN DE 1886

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba

SORTEO 22

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el 22 sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el art. 1.° del real decreto de 10 de Mayo de 1886 y real orden de 9 de Noviembre de este año, han resultado favorecidas las trece bolas

Números 1.469—1.985—2.283—2.774—2.824—3.622—4.587—5.260—6.323—8.046—9.397—7.476 y 10.498.

En su consecuencia, quedan amortizados los mil y trescientos billetes números 146.801 al 146.900—198.401 al 198.500—223.201 al 223.300—277.301 al 277.400—282.001 al 282.100—362.101 al 362.200.—458.601 al 458.700—525.901 al 526.000—632.201 al 632.300—804.501 al 804.600—939.601 al 939.700—947.501 al 947.600 y 1.049.701 al 1.049.800.

Lo que en cumplimiento de lo dispuesto en el referido real decreto se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.° de Enero próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 1.° de Diciembre de 1891.

El Secretario general,

ARISTIDES DE ARTIÑANO.

Banco Hispano Colonial.

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1886.

ANUNCIO

Venciendo en 1.° de Enero próximo el cupón número 22 de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres en casa de los Sres. Baring Brothers y C.ª Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 2 al 19 de Enero, y transcurrido este plazo se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 1.° de Diciembre de 1891.

El Secretario general,

ARISTIDES DE ARTIÑANO.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1

1891



Querido enfermo, — Pase Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así viva Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.





LLOBET Y RENART
escultura y pintura religiosa

CASA ESPECIAL
en ¡laconstrucción de imágenes en madera, altares y oratorios.
EXPORTACIÓN
á provincias y Ultramar.
Regomir, núms. 7 y 9 (**Barcelona**)—*Representante en* **Madrid**: *D. Trinidad Díaz, Colón, 8, primero.*

LA ARTÍSTICA

ESTAMPERÍA

8, CABALLERO DE GRACIA, 8

Grabados, facsimiles de acuarelas, oleografías, litografías, fotografías, etc.

Surtido en asuntos religiosos.

IMAGENES TÁLLA

Se hacen de encargo.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE **G.° GIROD**

Sucesor de **Losada.**

GRANJA DEL ATANOR

Paseo de Melancólicos, 4 (Ronda de Segovia) y calle de Moreno Nieto, 1 (izqda. de la calzada del Puente de Segovia) Madrid

Grandes y escogidas colecciones, á la vista y á elección de los compradores, de arboles frutales, de sombra y de adorno, y coníferas de todas clases, variedades y tamaños. Arbustos de hoja persistente y caediza. Especialidad en rosales ingertos Construcción y arreglo de jardines, parques y paseos. Plantaciones en grande y pequeña escala dentro y fuera de Madrid. Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141) y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

SEÑORAS

Si queréis **Sombreros elegantes** y de poco precio ir á la casa de Mad. Pernette. Tiene precioso surtido de **sombreros redondos y de castor** y toquillas de mañana á **70 y 80 reales**. Para vestir, elegantes modelos de capotas y sombreros desde **6 duros**. Precios fijos.

Mad. Pernette, BARQUILLO, 27

Perfumes muy finos y permanentes para el pañuelo á *7 reales* frasco; la *Mimosa*, *Heliotropo blanco* y Violeta de Parma, á *2 pesetas*.

Agua de Colonia florida, de higiénico y agradable perfume, *3 pesetas* medio litro, frascos desde *una peseta*.

Jabones finos que no estropean la piel, á 6 y 8 reales caja con tres pastillas.

PERFUMERIA THOMAS

Calle Mayor, 36

á la derecha, entrando por la Puerta del Sol.



Establecimiento de la Casa real de Baviera para Vidrieras de Colores

F. X. Zettler, Munich, Baviera

Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo.

Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Búrgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Orden.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.

Entre los trabajos salidos recientemente de los talleres de este Instituto, se encuentran dos grandes pinturas sobre vidrios destinadas á reemplazar en la caja de la escalera del Papa en el Vaticano, las ventanas, con las figuras colosales de los Santos Pedro y Pablo, recientemente destruidas por la explosión de pólvora á Roma.

Su Santidad el Papa León XIII confió á dicho Instituto la reposición de estas ventanas

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA

7, Fuencarral, 7

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1868. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona,

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVI.—TOMO XIV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS

Un mes	1,50 pts.
Tres meses	4 »
Seis meses	7,50 »
Un año	15 »

CUBA Y PUERTO RICO

Seis meses	2 150 pt. fs.
Un año	4 »

NÚMERO 24.—Madrid 31 de Diciembre de 1891

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO

Seis meses	11 francos.
Un año	22 »

FILIPINAS Y AMÉRICA

Seis meses	3 pt. fs.
Un año	5 »



La Noche

SUMARIO

TEXTO

Belén, por el Marqués de Valdeflores.—*Grabados*, por Antonio de Olmedo.—*Boletín religioso*, por J. V.—*Desde Filipinas*, por Francisco Aguilar.—*Corrientes marítimas*, por C. P. M.—*Una excursión á Tenerife* por Felipe Rodríguez.—*Album de poesías*, por F. Jiménez Campaña.—*Atalía*, tragedia en cinco actos, por Racine.

GRABADOS

La noche.—*D. José Gisbert Pascual, † 17 Julio 91.*—*San Juan Evangelista.*—*Colegio de Calatrava en Salamanca.*—*Costumbres Romanas.* (Encuentro de dos Cardenales en Monte-Pincio.)—*La cocina popular en Nápoles.*—*Vista de Elche*, en la provincia de Alicante.—*María Inmaculada.*—*Ir por lana....*—*Las Joyas del Sultán.*—*Ruinas sagradas.*—*Un argonauta atrevido.*

LA QUINCENA

BELÉN

En toda la tierra famosa por haber sido el lugar del nacimiento de nuestro Salvador, la ciudad de Belén está situada en un valle, que ha debido ser muy fértil, como indica el mismo nombre de Belén, que significa *Casa de Pan*. «No he encontrado, escribe Chateaubriand, la decantada feracidad del valle de Belén; bien es verdad, sin embargo, que bajo el Gobierno turco, cualquier comarca floreciente se convierte á los pocos años en un desierto.»

Perteneció Belén á la tribu de Judá, y en ella nació el Rey-Poeta, que constituyó, según Lacordaire, el término más puro de la monarquía de Israel. A pesar de su sabiduría y de su opulencia, Salomón no eclipsó la gloria de su padre; nunca se llamó al Redentor de los hombres *el hijo de Salomón*, sino *el hijo de David*. El poder y la ciencia no valen en la Historia Sagrada, ni en la profana, lo que el corazón puro, el espíritu ardiente y la dulce poesía que brotaba de los labios y del arpa de David. Aquella maravillosa arpa es el símbolo de la poesía hebráica y de la cristiana. Otros hombres célebres han nacido en Belén; San Matías, Apóstol, era paisano de su Divino Maestro. En más antiguos tiempos allí nació Booz, y convienen los críticos en colocar en el delicioso valle de Belén el escenario de la égloga de Ruth.

El pesebre de Belén fué naturalmente uno de los santuarios más venerados por los cristianos desde los primeros tiempos. Erigióse allí un oratorio, que mandó derribar el emperador Adriano para emplazar sobre sus ruinas un santuario de Adonis. ¿Quién se acuerda hoy ni de Adriano ni de Adonis? La historia del uno y la fábula del otro han desaparecido enteramente de sobre la haz de la tierra. Santa Elena derribó ídolo y templo, haciendo construir en lugar del último la iglesia que aún hoy subsiste, aunque modificada en su parte arquitectónica por varias y sucesivas reformas. San Jerónimo se retiró á Belén; los cruzados de Godofredo reconquistaron la pequeña ciudad, que por Saladino volvió al yugo de los infieles. Desde aquella época, los Frailes franciscanos constituyen en Belén la guardia de honor de la cuna de Jesucristo.

El convento, contiguo á la iglesia del Pesebre, es el monumento por excelencia de Belén. La iglesia es como la de Asís, alta y subterránea. La primera se divide en tres naves, siendo la principal propiedad de la secta de los armenios. La nave, consagrada á los Reyes Magos, es de los griegos.

Para descender á la iglesia subterránea en que se venera el Santo Pesebre, hay dos escaleras de caracol, de á quince peldaños cada una. El venerable santuario es de figura irregular, como irregular era la traza del establo ó portal en que nació el Redentor de los hombres; es una gruta de treinta y siete pies y medio de largo, once y tres pulgadas de ancho y nueve de alto, practicada en la piedra y revestida de ricos mármoles, legado atribuido á la cristiana magnificencia de la madre de Constantino. No recibe el santuario luz alguna del exterior; alúmbranle treinta y dos lámparas, regaladas por diferentes príncipes. En el fondo, hácia el Oriente, está el lugar en donde la Virgen Santísima dió á luz al Divino Salvador, lugar señalado por un mármol, rodeado de una orla de plata con rayos en forma de sol, alrededor del cual se lee:

Hic de virgine Maria
Jesus Christus natus est.

Una mesa de mármol que sirve de altar se levanta sobre el sitio en que nació el Mesías. A siete pasos hácia el Sur se halla el Pesebre. Bájase á él por dos escalones, porque no está



DON JOSÉ GISBERT PASCUAL
† 17 Julio 1891.

al nivel de la gruta; es una bóveda de escasa altura practicada en el peñasco. Un trozo de mármol blanco que sobresale un pie del suelo, y escavado en forma de cuna, indica el lugar en que el Rey de los cielos estuvo acostado sobre la paja.

Mil veces que recordemos estos pormenores, tienen siempre para nosotros el atractivo de la más original y hermosa poesía. El nombre de Belén, perpétuamente unido al nacimiento del Redentor de los hombres, suena en todas las lenguas modernas como algo asociado á las ideas de inocencia y de candidez; es un nombre singularmente grato á los niños y á las almas sencillas y puras, que sienten más que razonan; el sublime recuerdo que evoca tiene mucho de la frescura de la égloga, es un recuerdo idílico que atrae á nuestra memoria las ideas más altas de la Teología, combinadas con los dulces sones de instrumentos pastoriles, con la fragancia de las florecillas silvestres, con el augusto reposo de la media noche en medio del campo solitario, con el mágico resplandor lejano de las estrellas reflejándose sobre los dormidos campos que el invierno ha cubierto de escarcha, y la nocturna leyenda de misterios; la mula y el buey, los animales mansos y útiles al hombre, son personajes de ese idilio encantador, en que los pastores obtuvieron la primera y suprema revelación de lo alto, para demostrarnos que la sencillez del espíritu es á los ojos de Dios más grata que la vana sabiduría de que se envanecen los hombres. El misterio de Belén y la fiesta de Noche Buena son una compensación y un triunfo para los humillados en la tierra; constituyen la apoteósis de la pobreza, y nos enseñan que no hay cruel desamparo que Dios no llene con legiones de ángeles y gracia superabundante. Belén, para decirlo de una vez y con una sola palabra, es el origen del Cristianismo, de la Religión que ha dicho: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos.»

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES

GRABADOS

La Noche. (Pág. 377.)

El dulcísimo pincel de Corregio trazó este hermoso cuadro, que representa la escena culminante de aquella noche *que fué nuestro día*, según feliz expresión de Lope de Vega. La Santísima Virgen presenta al Divino Niño á la adoración de los pastores, mientras que numerosos coros de ángeles entonan en las alturas el sublime cántico: *gloria á Dios en los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*. El cuadro está compuesto admirablemente, resaltando las figuras principales como es justo, y mostrando muy bien agrupadas las accesorias ó subalternas. El fondo es diáfano y luminoso, y la decoración del portal de Belén muy pintoresca y apropiada á la idea tradicional de aquel sitio venerable. La expresión del rostro de Nuestra Señora es inefable, pues en ella se distinguen por sublime manera la veneración de la criatura á su Creador y el deliquio de la madre que arrobada contempla al hijo de sus entrañas; esto es, todos los sentimientos altísimos que en aquel momento embargarían el ánimo de nuestra excelsa Soberana.

D. José Gisbert Pascual (*† 17 Julio 1891*). (Pág. 378).

El humilde y modestísimo Sacerdote D. José Gisbert Pascual, cuyo retrato publicamos en nuestro número de hoy, falleció á la prematura edad de cuarenta y cinco años, robando glorias literarias y científicas á la patria, para ir á aumentar el reino de los justos. Vivió obscurecido dentro de la grandeza moral de su extremada modestia, una de las virtudes que más caracterizaron su vida. Sus trabajos doctrinales que salían á luz en la *Revista de Alcoy*, semanario católico literario que él mismo dirigía, son gallarda muestra de su talento analítico y del fecundo celo con que hostigaba el Sr. Gisbert á los enemigos de la Iglesia.

En dicha *Revista*, de la cual se puede decir que era este ejemplar Sacerdote el único colaborador, publicó, en la época en que la desdichada polémica entre los católicos de España era más viva, una serie de treinta y ocho artículos con el título de *Cuál es el liberalismo que es pecado y cuál es el liberalismo que no lo es*, que no vacilamos en decir que es de lo más profundo y completo que se hapublicado en orden á escritos político-religiosos. La colección de estos artículos forma un libro de inestimable mérito.

Los que se sintieron desenmascarados por la lógica y el sentido moral empleados en los escritos del Sr. Gisbert, pusieron el grito en el cielo, tildaron de heresiarca y trataron como apestado al insigne Sacerdote, proporcionándole inmensos disgustos y amargando los último

años de su vida, y quizá acelerando su muerte, como aceleraron en otro tiempo la muerte de Balmes, y como causaron quizá la muerte de Urquinaona (1).

Con la muerte del Sr. Gisbert hemos tenido que deplorar también la desaparición del estadio de la prensa católica española de una de las Revistas que más la honraban, celosa, incansable y activa en martillear á toda clase de enemigos, francos ó encubiertos, de la Iglesia y del Catolicismo, y á todo género de sectarios amamantados en las logias ó inspirados en el espíritu del racionalismo contemporáneo y de las llamadas libertades modernas.

¡Dios habrá recompensado el celo y las virtudes del preclaro Sacerdote!

San Juan Evangelista. (379.)

Es cuadro de nuestro gran pintor Alonso Cano, y representa al Evangelista en el sublime momento de la inspiración, cuando Dios mismo le dicta las páginas de su Evangelio ó de su Apocalipsis. San Juan era hijo de Zebedeo, y hermano de Santiago el Mayor; ejercía la humilde profesión de pescador cuando Jesucristo le llamó al Apostolado. Nuestro Señor le distinguió entre los demás Apóstoles con singular predilección, debida, según los Santos Padres, á la inocencia en que vivía, y á su virginidad jamás contaminada, no ya por el pecado, sino ni aun por el lícito uso del matrimonio. Conocidas son las circunstancias de la vida de San Juan durante la del Redentor de los hombres, su presencia é intervención en el drama del Calvario, y la palabra pronunciada por Jesucristo, que lo constituyó en guardian, amparo y compañía de la soledad de la Vírgen Santísima. Predicó el Evangelio en el Asia Menor, y fué desterrado por orden de Domiciano á la isla de Pathmos, en donde escribió el Apocalipsis. Fué el último de los Evangelistas que publicó su Evangelio, á la edad, según San Epifanio, de más de noventa años. De aquí deducen los escritores que San Juan debió escribir su Evangelio en Efeso, de vuelta del destierro de Pathmos; y en apoyo de dicha conjetura se aduce la tradición, autorizada por varios escritores antiguos, de haberse conservado en Efeso como preciosa reliquia hasta el siglo VII el original del Evangelio de San Juan. Distínguese el relato de la vida de Jesús, escrito por el Discípulo Amado, de los otros tres Evangelios, canónicos por su tendencia metafísica ó teológica; San Juan escribió para demostrar la divinidad de Jesucristo contra los herejes Cerinto, Ebión y otros que la negaban. Murió San Juan en Efeso, ya centenario, reinando el emperador Trajano.

Colegio de Calatrava en Salamanca. (Pág. 380.)

La antigua Universidad era, como todos saben, una reunión de Colegios llamados mayores y menores, en que se cursaban las diversas ciencias según el plan trazado por los fundadores de aquellos establecimientos, generalmente magníficos. A los Colegios mayores de la Universidad de Salamanca disputaban la primacía los cuatro Colegios especiales de las Ordenes militares fundados en 1534, el de San Juan por el gran Prior D. Diego de Toledo; en el mismo año el de Santiago, ó del Rey, así llamado por haber nacido bajo los auspicios de Carlos I; y en 1552, el de Alcántara y el de Calatrava. A espaldas de San Estéban vése aún el suntuoso edificio que ocupó en otros días el Colegio de *frailes* y *clérigos* de Calatrava. Su lienzo se dilata sobre una grada corrida entre dos pabellones ó cuerpos avanzados, elevando sus pilastras hasta la cornisa ceñida de balaustres, y abriendo en el piso principal balcones adornados con pechinas y acroteras. En el siglo pasado, so pretesto de restauración, se despojó á este edificio de gran parte de sus singularidades ó rarezas arquitectónicas.

(1) Lo dicho es puramente para enaltecer los méritos del Sr. Gisbert; no en sentido de prejuzgar la cuestión de fondo por el ventilada, y en la que no tiene para qué entrar ni salir nuestra Revista.

(Nota de LA I. C.)



SAN JUAN EVANGELISTA

Costumbres romanas. *(Encuentro de dos Cardenales en Monte Pincio.* (Pág. 381.)

Un asunto por demás sencillo, trivial mejor dicho, ha servido al pintor francés Fernando Heilbut, condecorado con la cruz de la Legión de honor, para desarrollar un hermoso cuadro, inundado de luz y rico en colores, al que el magnífico cielo de la Italia central sirve de fondo y la grandiosa cúpula de San Pedro, la gigantesca concepción de Miguel Angel, de lejana y característica perspectiva. Los venerables Príncipes de la Iglesia, seguidos de lacayos galoneados, encuéntranse y se saludan afectuosamente, sirviendo á Heilleut de motivo para pintar una deliciosa tarde italiana.

La cocina popular en Nápoles. (Pág. 383.)

Nápoles es la mayor y más populosa de las ciudades meridionales de Europa, y sin duda la más pintoresca del mundo por sus innumerables y variadísimos tipos, cuadros y escenas populares de singular colorido. La cocina popular plantada en cualquier esquina, ofrece abundante materia de observación al curioso y al viajero, viéndose al rededor del móvil hogar reunidos muchos de aquellos extraños cuanto bellos tipos de paisanos y paisanas del famoso Massaniello.

Elche. (Pág. 384.)

Varias veces hemos dado algunas vistas de las muchas y preciosas que ofrecen los alrededores de Elche, especialmente del famoso cuanto bellísimo bosque de palmeras que es admiración de los extranjeros y orgullo legítimo de los naturales de la ciudad española. Pertenece esta hoy á la provincia de Alicante, y su antigüedad es tal que ya figuró entre las colonias romanas. Restos de murallas y otras venerables reliquias históricas atestiguan su esplendor en los tiempos clásicos; hoy es ciudad abierta, contando cerca de veinte mil habitantes. Sus casas son de buena construcción, tiene algunas plazas desahogadas, y dos bonitos paseos. El Ayuntamiento es un hermoso edificio, y también muy sólida y bella construcción arquitectónica la iglesia parroquial de Santa María. Pero el principal ornamento de Elche está en sus palmeras; por el vigor y lozanía compiten con las de Sión y Mauritania, sus troncos nacen rectos, alcanzando alturas prodigiosas, y los magníficos penachos entrelázanse de tal modo que los bosques semejan bóvedas de una catedral. El viajero se cree transportado á Oriente; las cercanías de Elche parecen un trozo del valle del Nilo perdido en la Península ibérica. Sólo un poeta del genio y tendencias de Jacinto Verdaguer, podria explicarnos cómo y cuándo se verificó un tan extraordinario prodigio geográfico.



COLEGIO DE CALATRAVA EN SALAMANCA

María inmaculada. (Pág. 385.)

Montañés, el insigne escultor andaluz que tan maravillosas obras de estatuaria polícroma nos ha legado, llenas todas de unción religiosa, fué el autor de esta bellísima Concepción que representa el alto misterio bajo la figura de María, niña inocentísima, con los ojos bajos, respirando candor y castidad sobrehumanos. Es esta seguramente una de las obras maestras del arte cristiano.

Ir por lana.... (Pág. 387.)

Cuadrito de género, y de costumbres infantiles; en el rostro del niño exprésanse bien las sensaciones de asombro y terror que la fiereza imprevista del ave le han producido.

Las joyas del Sultán. (Pág. 388.)

El extraordinario poderío de los emperadores ó sultanes de Constantinopla, y las inmensas riquezas acaparadas en tantas conquistas y en tantas piraterías, han hecho de la corona de Turquía una de las más espléndidas en lujo y fastuosidad. Hay que distinguir entre el Tesoro y el Joyero de la corona del Sultán. El Tesoro es un inmenso almacén de monedas y barras de metales preciosos que se reserva para los supremos apuros del erario, y que no se enseña á los curiosos para no estimular la avaricia de nadie, y para que no caigan en la tentación de proponer su venta ó circulación los tenedores de Deuda turca, numerosos y mal pagados por lo general. No sucede así con el Joyero, que constituye, por decirlo así, un museo de la Corona, ante cuyos escaparates y vitrinas se extasían los súbditos del Sultán, mahometanos, judíos y cristianos de todas las confesiones y sectas. En dichos escaparates aparecen rigorosamente ordenados y clasificados multitud de trajes ricos, turbantes, gorros bordados en oro y piedras preciosas, capas, jaiques, banderas, y una magnífica colección de armas, recomendables unas por su antigüedad y recuerdos históricos, otras por la riqueza de la materia y primor artístico de la construcción. En este museo se conserva el famoso estandarte verde que, según tradición mahometana, tremolaba el Profeta en sus batallas, y que, cuidadosamente guardado sólo se muestra al público una vez cada año con grandes ceremonias y preparativos, y constituyendo la exhibición una fiesta solemne en que se permiten todo género de aspavientos y rarezas los fanáticos sectarios del Korán. Sólo el Sultán es digno de tocar tan reverenciado estandarte, y el acto de cojerlo y ondearlo se estima entre los turcos como *la declaración solemne de la guerra santa*, ó sea de la guerra á los perros cristianos, como ellos nos llaman. Durante la prosperidad militar de Turquía tremolaron muchas veces los Sultanes el estandarte verde, y á dicho acto seguían inmediatamente las terribles invasiones que llevaron á Solimán el Magnífico, hasta los muros de Viena, y que hicieron á los almirantes turcos dueños de la mitad del Mediterráneo y terror de la otra mitad. Pero desde que nuestros antepasados propinaron á Selin II la paliza de Lepanto, principio de una série de gloriosas victorias para la cristiandad, convenciéronse los turcos de que sacar á las batallas el estandarte del Profeta era lo mismo que rascarse la barriga, y lo dejaron quieto en su funda de seda y en sus estuches de maderas preciosas; pero hoy mismo, la plebe de Constantinopla y de Asia cree firmemente que si van tan mal los negocios de la Sublime Puerta, y que si han perdido la Rumania, la Servia, el Montenegro, la Bulgaria, el Egipto, la Grecia, las islas del Mediterráneo y las costas de Arabia, se debe únicamente á no haber sacado el estandarte en las batallas tenidas con los cristianos. ¡Extraña ceguedad la del fanatismo!... Volviendo al Museo de las joyas, diremos para concluir que es muy pintoresco espectáculo el que ofrecen sus salones en días de exhibición pública; vénse allí griegos, turcos á la antigua y á la moderna, judíos, y no pocos occidentales curiosos, ingleses y alemanes, admirando aquellos suntuosos restos del poder político y militar de la Sublime Puerta.

Ruinas sagradas. (Pag. 389.)

Siempre son venerables y melancólicas las ruinas; pero ningunas excitan más poderosamente la compasión que las de los antiguos templos; un templo en ruinas es de por sí una poesía elegiaca de superior efecto en los ánimos nobles. Nuestro grabado es la cifra de esa poesía augusta que puede resumirse así: por aquí pasaron ó el vandalismo ó el abandono, esos dos enemigos crueles é implacables de la humanidad.

Un argonauta atrevido. (Pág. 391.)

Lo es seguramente ese infantil navegante que con nave tan mal dispuesta y aparejada se lanzó á la corriente del río. Por fortuna la playa está muy cercana, y el naufragio, caso que sobrevenga, limitará sus efectos á un remojón más ó menos completo.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

(Primera quincena de Enero.)

1 Vier. FIESTA ENTERA. *La Circuncisión del Señor*, y santa Martina, virgen y martir.

Indulgencia plenaria, que se puede ganar, teniendo la Bula de la Santa Cruzada, visitando cinco altares, ó en su defecto uno cinco veces, y rogando á Dios por los fines expresados en la misma Bula.

2 Sáb. San Isidoro, obispo, y San Macario, abad.—*Abrense los tribunales.*

En Zaragoza se celebra la Aparición de Nuestra Señora del Pilar.

3 Dom. San Antero, papa y martir, y Santa Genoveva, virgen.

4 Lun. San Aquilino, martir, San Tito y San Timoteo, obispos.

5 Mart. San Telesforo, papa y martir; San Simeón Stilita y Santa Amelia.

6 Miér. FIESTA ENTERA. *La adoración de los santos Reyes*, San Melanio y San Nilamón.—Indulgencia plenaria como en 1.° de este mes.

7 Juev. San Julián, martir, y San Teodoro, monje.—*Abrense las relaciones.*

8 Vier. San Severino, San Luciano y compañeros mártires.



COSTUMBRES ROMANAS (*Encuentro de dos Cardinales en Monte-Pincio.*)

9 Sáb. San Julián, martir, Santa Basilisa, su esposa, virgen, y San Marcelino, obispo.

10 Dom. Infraoctava y primero después de la Epifanía; San Nicanor, martir, y el beato Gonzalo de Amarante, confesor.

11 Lun. San Higinio, papa y martir.

12 Mart. San Benito, abad y confesor, y San Victoriano, abad.

13 Mier. San Gumersindo y San Servideo, mártires.

14 Juev. San Hilario, obispo, y San Félix, presbítero de Nola.

15 Vier. San Pablo, primer ermitaño, y San Mauro, abad.

CUARENTA HORAS

1, 2. Parroquia de Santa María, calle del Sacramento.

3, 4. Religiosas de Nuestra Señora de la Piedad (vulgo Vallecas), Isabel la Católica.

5, 6. Parroquia de San Ginés, Arenal.

7, 8. Asilo del Niño Jesús, paseo de Luchana.

9, 10. Religiosas de Don Juan de Alarcón, Puebla.

11, 12, 13, 14, 15. Parroquia de San Martín, Desengaño.

J. F.

Desde Filipinas

LA LLEGADA DEL GENERAL

Manila 19 de Noviembre 1891.

Momentos de angustia pasamos el lunes 16 del corrriente los habitantes más ó menos transeuntes de esta capital. El vapor correo *Isla de Luzón*, el mejor buque que posee la Trasatlántica en la línea de Filipinas, hace la travesía de Singapore á este puerto en cuatro singladuras y media, y habiendo zarpado de las aguas de la colonia inglesa á las dos de la tarde del miércoles 11 del actual, claro es que lo esperábamos en nuestra bahía para la madrugada del referido día 16.

Pero el hombre propone y Dios dispone, como dice el adagio español. Precisamente á las tres poco más ó menos de la noche, cuando el estampido del cañón debía haber anunciado la llegada del barco, el Observatorio metereológico repartía á sus abonados una nota con el laconismo de siempre, participando que un temporal se avecinaba rodeado de caractéres alarmantes. Algunas rachas de viento huracanado que se adelantaron sacudiendo puertas y ventanas y silbando sobre las planchas de las techumbres, nos convencieron de que nos íbamos á hallar pronto en pleno *baguío*. A las 7 de la mañana el feroz meteoro cruzaba por el Sur de la población, y según la costumbre admitida y escrupulosamente observada en tales casos, procedimos á correr las compuertas de los miradores, echar cerrojos y pestillos, y á recluirnos en los respectivos aposentos, aburriéndonos en espera de bonanza. Gracias que el siniestro entreacto suele amenizarse con la caida de alguna teja, el desplome de alguna tapia vieja, los trotes de varias chimeneas, el revuelo de planchas metálicas, el tronchamiento del arbolado y otros atractivos de la misma calaña.

Las conjeturas sobre el paradero del vapor correo menudearon en todas partes: unos le suponían fondeado al amparo del temporal en Cavite, otros daban por seguro que había vuelto grupas y escapaba con rumbo á las costas de China. Ni en el Gobierno General, ni en la Capitanía del puerto se sabía una palabra. Nueva nota del Observatorio nos comunicó que nada se divisaba en bahía, á causa de la densidad de la lluvia y de los remolinos del vendabal. Al anochecer amainó la tormenta, y se supo positivamente que el *Isla de Luzón* no parecía por ninguna parte.

Afortunadamente, á la una de la madrugada del martes sonó el cañonazo de ordenanza, y ya no cupo duda de que el gallardo buque había conseguido entrar en nuestras aguas. Al amanecer el paseo de la playa se llenó de curiosos, unos en coche, otros á pié, ávidos de cerciorarse por sus propios ojos de la presencia del barco: allí estaba en efecto, mostrando su enorme mole, con sus mástiles enhiestos y sus dos chimeneas humeando, rodeado de vaporcitos que se rebullían como pigmeos á sus piés. El capitan D. Manuel Diez acreditaba una vez más su pericia en el difícil manejo de estos mónstruos de hierro y fuego.

Súpose pronto que el nuevo Gobernador General de estas islas había designado la hora de las tres de la tarde para efectuar el desembarco, manifestando deseos de que se molestase lo menos posible á las tropas de la guarnición, dado el estado del piso y lo lluvioso del tiempo. Procedióse urgentemente á reanudar los preparati-

vos del recibimiento, interumpidos primero y estropeados después por la borrasca del día anterior. La plaza de Magallanes, con su esbelto monumento al insigne navegante y descubridor, semejaba un campo de batalla después de reñida lucha: los *ponos* ó macollas de bambúes aparecían tristemente desgreñados aquí, tronchados y dislocados allá: los setos y senderos atestados y obstraidos por el ramaje desgajado, y la tierra cruzada por los surcos que la impetuosidad de la lluvia había abierto en todas direcciones.

En poco tiempo quedó todo limpio y recompuesto, mientras algunos *sangleyes* (ciertos chinos) se afanaban en dar la última mano al Kiosco ó templete donde el general debía recibir las primeras salutaciones y homenajes, y en afianzar el *pantalan* ó desembocadero tendido sobre barcas al pié de la escalinata del muelle, donde debía atracar la falúa real.

A las tres en punto de la tarde lanzó su primer rugido el Armstrong de guardia en la muralla, extremeciendo á toda la población y haciendo trepidar el suelo. El entusiasmo se propaga; no hay manileño ni manileña que no se apresure á echarse á la calle, y la emoción aumenta á medida que la batería repite sus disparos, y que los batallones, vestidos de gala, con sus músicas al frente, desembocan por todas las calles y se van situando en sus puestos. La falúa real tardará media hora en recorrer el espacio que media entre el fondeadero del *Isla de Luzón* y el muelle de la plaza de Magallanes.

Esta se halla vistosamente cuajada de gentio que hormiguea febril bajo el toldo de los bambúes y se agolpa preferentemente alrededor del desembarcadero, dando no poco que hacer á la guardia civil veterana, que no descansa un momento; dos filas de alabarderos, gallardamente uniformados, y tendidas desde el kiosco hasta el borde del pantalán, dan la guardia de honor.

Rio arriba el gran puente de España ofrece un espectáculo grandioso: los habitantes de extramuros, en apiñadas columnas, se precipitan por él para cojerse mútuamente la delantera y llegar antes á la anchurosa explanada en que desemboca, y que preside la estatua en bronce de Isabel II. La innumerable multitud de trajes blancos, característicos de estos países, comunican á la fiesta un aspecto originalmente pintoresco, casi fantástico. Parece mentira que nos hallemos á tantos centenares de la Metrópoli y de Europa

Sin embargo, nada puede compararse á la indescriptible perspectiva que presenta el Pasig en la extensión de un kilómetro. La amplitud y profundidad del cauce, del cual cuidan dos poderosas dragas casi en constante movimiento, permiten remontar la corriente á embarcaciones de considerable tonelaje, y los senos que el mismo forma, aprovechando los recodos de las murallas, dan lugar á que en determinados puntos se aglomeren gran número de veleros de abigarrados cascos y barcazas de extrañas figuras y denominaciones nunca oidas: de ahí la animación que reina siempre en este favorecido río.

Hoy esta animación llega al colmo. La marina mercante filipina se halla dignamente representada por gran número de esbeltos vapores, alineados á lo largo de los malecones del río, entre ellos los de una opulenta casa, que andan pintados de blanco, y como si se hallasen dispuestos á transformarse en buques de guerra á la menor indicación. La *Salvadora*, que nos trae los correos de las *malas* inglesa y francesa yendo y viniendo de Singapore, tiene la popa casi tocando al *pantalán*, y ha suspendido sus trabajos de carena. También se hallan fondeados, aunque más cerca de la barra, algunos vapores extranjeros de mediano bordo. Los mástiles de unos y otros forman un verdadero bosque, bosque tanto más frondoso cuanto que casi todos tienen las velas desplegadas para secarlas de la mojadura de ayer; esto impide dominar el paisaje, y tenemos que contentarnos con divisar unos treinta ó cuarenta metros río abajo, pero adivinamos lo que sucede más allá, por el sordo y nutrido rumor que llega inundando la plaza de Magallanes. Los peninsulares que se hallan presenciando aquel imponente cuadro, no aciertan á pronunciar palabra: de los indígenas no hay que hablar: adoran á España.

Las cubiertas de los buques mercantes dejan de ser tales cubiertas para convertirse en miradores, por los cuales asoman tantas caras como pespuntes pueda hacer la aguja más delicada en el espacio que ocupan: ondean tantas banderas, fiámulas y gallardetes con los colores nacionales, que todo junto parece una inmensa bandera española sirviéndonos de toldo y cobijándonos á todos bajo las grandezas que en el mundo ha realizado y sancionado. Los indígenas asaltan las embarcaciones de sus amigos ó conterráneos, y las bajas cubiertas de las mismas parecen una inacabable sementera de cabezas humanas. ¡Cómo se dilata el pecho pensando lo que aún puede España!

Mas no es hora de pensar, sino de sentir, y preciso es confesar que á todos nos embarga un dulcísimo é indefinible sentimiento. Los cien mil séres humanos que circunvalamos el Pasig, estrechándole como si quisiéramos ahogarlo, mirando sus ondas que amansa la marea ascendente, sentimos el mismo entusiasmo y nos entusiasmamos por idéntico motivo. Algunas veces parece que un abrazo inmenso nos va á fundir á todos en una sola persona.

Un solemne silencio se impone á todos: ni una voz se escapa de los lábios de tantos millares de espectadores, que por un momento afectan el temperamento de estatuas; algunos, pocos, representantes de las autoridades civil y militar, salen del kiosco, descienden por la escalinata del muelle y se adelantan hasta el borde del *pantalán*. Algo como una intensa conmoción eléctrica paraliza la respiración de todos, y el silencio se hace más imponente. Aparece la proa de la falúa real con no sé qué augusta majestad, y se detiene hacia el promedio del desembarcadero. El general, es decir, España, va de pié en ella y se apresura á pasar desde allí al pantalán; el gobernador civil de Manila le sale al encuentro y le da la bienvenida en nombre de la provincia. El general está emocionado y parece asombrarse del espectáculo. Se adelanta hacia la escalinata del muelle, y al punto ensordecen los aires los ingentes de la Marcha real española.

Se acabó toda compostura: no sé sabe quién dió el primer grito de ¡viva España! ¡viva el general! pero lo que se sabe es que ese grito ahogó los ecos de las músicas, se extendió como una inmensa oleada de uno á otro lado del Pasig, y retumbó con gigantesco estruendo en el espacio hasta que el representante de la patria hubo traspuesto la plaza de Magallanes para efectuar su entrada en la ciudad por la puerta de Panian.

Y yo repito aquí: ¡Viva España! ¡Viva el general, su representante! dejando que el programa oficial diga lo demás. (1)

F. Aguilar y Biosca

(1) Nuestro ilustrado y entusiasta corresponsal nos remite el programa oficial á que aquí alude, y que no publicamos por creerlo de poco interés para nuestros lectores. Lo verdaderamente interesante es esta bella carta que con las que ya hemos publicado del Sr. Aguilar formaría de seguro excelente base para un libro sobre Filipinas. Animamos al Sr. Aguilar á que lo escriba completo, y así tendríamos una hermosa fotografía de la fisonomía moral y de la vida política y social de nuestro rico imperio del extremo Oriente.

(N. de la I. C.)

Corrientes marítimas

La Naturaleza, avara de sus tesoros, ha opuesto constante y tenaz resistencia á los esfuerzos ímprobos que el hombre, en sus diversas etapas, ha hecho para desentrañar y conocer los misterios que esa «hija de Dios», como ha dicho un ilustre pensador francés, encierra y guarda con amoroso interés, cual si se propusiera con ello mantener viva la curiosidad del hombre. Sin embargo, éste persistente en su tarea ha llegado á descubrir algunos, y entre estos pocos seguramente tan maravillosos como las corrientes marítimas, «esa circulación regular é incesante que, en todas las estaciones y en todos los momentos, sigue su complicada ruta como impulsada por una fuerza misteriosa, con la misma exactitud con que verifica sus movimientos la máquina construída por el más hábil mecánico,» como elocuentemente ha dicho un laborioso é ilustre geógrafo español.

Seguramente todos los que hayan tenido algun, aunque sea pequeño, roce con las ciencias, y especialmente con las ciencias físicas, habrán fijado la atención en tan curioso como complejo fenómeno.

El número de las corrientes es indefinible, pues no sólo en los grandes Océanos Pacífico y Atlántico se han observado, sino que también se dan en los mares secundarios, así en los del hemisferio septentrional como en los del meridional; pero es lo malo que hasta el día no se ha dicho la última palabra sobre su origen, pues á pesar de la grandísima importancia que entrañan, no se ha llegado á explicar el por qué de tal fenómeno que el mar «matriz donde se engendra y concibe toda la vida orgánica», (como exagerando, á nuestro parecer, ha dicho Schleiden), oculta cuidadoso á los maravillados ojos del geógrafo y del sábio.

En efecto, ¿quién ha podido explicar la llamada corriente ecuatorial por causa de los límites, dentro de los cuales se nota, y cuya existencia reconociera aquel génio que se llamo Cristóbal Colón, cuando decía elegantemente en sus Memorias, refiriéndose á su dirección, «que tenía por cierto que las aguas iban con los cielos del E. al O., según el movimiento aparente del sol, la luna y demás astros?» Y téngase presente que esta corriente, cuya velocidad, según Humboldt, excede de 10 millas marinas francesas por cada veinticuatro horas, se desarrolla en el Gran Océano, en el Atlántico y en el Indico, dando lugar á otra porción de corrientes secundarias en estos mares, tan importantes como la llamada corriente negra ó Korosivo de los japoneses en el primero, la conocida por los ingleses con el nombre de Gulf-Stream ó corriente del Golfa en el segundo, y la denominada por Malte-Brun de las Agullas en el tercero, cuyos efectos múltiples en las costas que bordean serían materia suficiente para llenar muchas páginas, pero que no pueden tener cabida en un escrito de las pretensiones del presente. Baste saber que los geógrafos atribuyen al Korosivo esas terribles tempestades que en las costas del Japón se desencadenan, y que traen como aditamento, por lo regular, ciclones que arrasan cuanto encuentran á su paso, y se-



La cocina popular en Nápoles

pultan cuantos buques tienen la desgracia de atravesar la zona de su devastadora carrera. Antítesis de ella por sus efectos parece la del Gulf Stream, que Humboltd ha comparado con mucho tino á un gran rio, y que además de ofrecer por su medio la navegación menos peligros y menos gastos, elevan la temperatura en las regiones septentrionales de Europa por la parte occidental, es decir, por Irlanda, Escocia y Noruega, haciendo posible el cultivo de plantas que en las mismas latitudes no lo son. En los últimos tiempos creen algunos ha variado algo hácia el N. su dirección, pues no se comprende que en Irlanda, isla situada cerca de las regiones polares, haya mejorado la temperatura en los últimos años sino por una desviación de la misma corriente hacia el Norte.

Han descrito los geógrafos, además de las anteriores, otras dos corrientes notables también, así por sus efectos como por las causas que generalmente se les achaca; las corrientes polares observadas en uno y otro polo, y atribuídas al derretimiento de enormes cantidades de hielo en los mares polares y á la gran cantidad de evaporación que se produce en las aguas marinas de la zona tórrida, todo lo que obedeciendo á las leyes generales del equilibrio determinan de un lado la corriente polar del Norte en dirección al Ecuador, y la corriente polar del Sur en dirección diametralmente opuesta hácia los mares también de la zona tórrida.

Omitiendo más pormenores acerca de ellas y de sus derivadas, hay que fijarse ya, una vez conocidas sus rutas y efectos, en lo que es objeto principal de este estudio físico-geográfico, en las teorías que para explicar estos fenómenos se han expuesto sin que hasta el presente hayan dejado satisfecha la curiosidad de los que en el adelanto de las ciencias físicas y en el progreso de los conomientos humanos tienen interés.

.....

Un ilustre sabio alemán, Guillermo Humboltd, á quien tanto debe el estudio de los problemas de la Geografía física, dice que las corrientes oceánicas dependen del concurso simultáneo de un gran número de causas más ó menos importantes, debiéndose contar entre ellas la propagación sucesiva de la marea en su movimiento alrededor del globo, la duración y la fuerza de los vientos reinantes, las variacio-



VISTA DE ELCHE EN LA PROVINCIA DE ALICANTE

nes que experimenta el peso específico de las aguas del mar, según la latitud, la profundidad la temperatura, el grado de salobridad, y otras mil causas como las variaciones horarias de la presión atmosférica tan regulares en los trópicos, y que se propagan sucesivamente de Este á Oeste.

Pero quien ha dado más luz sobre las corrientes marítimas, recogiendo con laboriosidad indecible el fruto de anteriores estudios y completándolos con muchas y luminosas observaciones, ha sido Maury, el ilustre marino norteamericano, que con su obra *Geografía física del mar* hizo dar á la ciencia un paso de gigante en el camino del progreso. La teoría que expone está fundada en las leyes generales de la gravedad, que, según él, ejerce la mayor influencia en la corriente que se establece entre los mares polares y los de la zona ecuatorial. La ruptura del equilibrio en los mares, sostiene, es causada por la diferencia de densidad que tienen sus aguas, debido, ora al diverso grado de salsedumbre, ora á la desigual temperatura ó estado termométrico, según el paralelo que se considere, siendo justo consignar que la aplicación que de tal teoría hizo á las tempestades y ciclones que en el Océano se desarrollan, ha venido á evitar grandes catástrofes á los marinos, produciendo así bienes inmensos á la navegación, abreviando los caminos hasta aquí seguidos para el comercio, y evitando, en fin, en gran parte, los desastrosos efectos de las tempestades.

A pesar de todo, no ha faltado quien se haya opuesto á semejante teoría, negando el efecto que Maury atribuye á la salsedumbre y á la temperatura en la diferencia de densidad de las aguas del Océano; pues James Esott, después de un examen concienzudo de la teoría de Maury, viene á decir que las dos causas no pueden ser coexistentes, sino una ú otra separadas, lo que origina las corrientes.

Carpenter, estudioso geógrafo francés, afirma que los fríos glaciales del polo, y los abrasadores calores del Ecuador, bastan para explicar las corrientes marítimas; opinión que combate el sabio Dr. Thomsom, á pesar de la ingeniosísima explicación que de su sistema dá aquél, valiéndose de un baño ó vasija con agua, á la que aplica por un lado un chorro de vapor constante y por el otro un pedazo de hielo, para deducir de su aplicación los efectos que en el mar se producen; pues al establecerse la circulación que es consecuencia natural, el agua templada corre por la superficie hácia la extremidad fría, y el agua enfriada por debajo en sentido opuesto; de cuya experiencia deduce que las aguas ecuatoriales se deslizan por la superficie hácia los polos, y las polares por el fondo hacia el Ecuador. Y no tan sólo niega tan curiosa teoría el Dr. Thomsom, sino que por su parte afirma deben considerarse como los primeros factores de las corrientes, los vientos.

Del examen de la obra del ilustrado marino francés Mr. Ausas, titulada *Ensayo sobre la mecánica de los vientos y corrientes*, dedúcese que considera las corrientes marítimas como asunto esencialmente mecánico y matemático, atribuyendo al calor el principal papel en estos fenómenos, no de una manera gratuita, sino ilustrando su opinión con el cálculo matemático, aunque su punto de vista especial y exclusivo le ha hecho olvidar agentes y causas sin las cuales no se explica el complejo fenómeno.

Dignas de consideración, aunque no de tanta como las anteriores, son las teorías expuestas por el alemán Ruff el teniente de marina brasileño Calheiros, y el laborioso geógrafo español Martín Ferreiro, principalmente la que expone el último, curiosísima hasta el extremo. Así Buft, como Calheiros, suponen que la temperatura de la costra terrestre en el fondo de los mares, como consecuencia del fuego central del planeta, determinan en las aguas del Océano un estado térmico capaz de producir las diversas corrientes que se observan en las distintas zonas; suposición que no está muy conforme con las experiencias de los últimos tiempos.

La imposibilidad de resolver el problema de las corrientes marinas sin tener en cuenta una multitud de datos y consideraciones sobre la causa primordial que ha de explicar en su día todos los fenómenos de la física moderna, y la impresión que le produjera la obra del médico francés M. Rouquairol Saint Román, titulada *El globo considerado como ser viviente*, le determinó al Sr. Ferreiro á reconocer que la vida de la tierra, su fuerza originaria, por decirlo así, es lo que explica todos los fenómenos que se observan en cada una de sus partes, en la sólida como en la líquida, en los continentes como en los mares; afirmando, por consecuencia, que todos los movimientos del mar, así como los de la atmósfera y de la materia ígnea, van á compás, no siendo más que una su causa: el movimiento ordenado de la materia que se traduce en luz, en calor, en electricidad, en fuerza; la vida, en fin, *sui géneris* del globo terrestre. Y esta, y no otra, asegura ser la causa de las corrientes.

C. P. M.



María Inmaculada

Reseña de una ascensión

AL PICO DE TENERIFE *(Canarias.)*

El archipiélago de las islas Canarias es sin disputa una de las más bellas provincias entre las que constituyen el territorio español. Sus elevadas montañas, sus feracísimos y pintorescos valles, y sobre todo su constante y agradable temperatura, hacen que el clima de aquella región sea lo más

apropósito para establecer en ella una estación de invierno á la que las personas ricas que viven constantemente en climas fríos puedan ir á reponer su quebrantada salud disfrutando de los beneficios de aquella tierra.

Así lo han comprendido particularmente los ingleses, y acuden en gran número á las dichas islas, donde viven ocho ó nueve meses del año en medio de una constante primavera.

La isla de *La Madera*, que se halla situada á unas cuantas leguas más al N. que las del archipiélago canario, y que hasta hace muy pocos años era el sitio, único en aquella región, donde se hacían tales estaciones, ha sido sustituída con ventaja por el archipiélago de las Canarias, particularmente las islas de Tenerife, Gran Canaria y Palma. Esto es debido no solamente á las ventajas que su clima tiene sobre el de La Madera, sino también á las magníficas fondas establecidas en aquellas islas, y que pueden rivalizar con las mejores montadas en Europa.

Hay en suma en aquel territorio algo muy hermoso, algo puramente español, no sólo porque españoles somos los que la poblamos, sino también porque su cielo y sus claros horizontes recuerdan el cielo de la madre patria, y sus encantadores valles tienen mucho de las vegas granadina y sevillana. Pero preciso es confesar que también hay algo superior á toda ponderación, y es el sin igual *Valle de Orotava*, en Tenerife, cuya descripción es imposible, y ante cuya belleza se ha prosternado todo el que ha tenido la suerte de visitarlo. El eminente Barón de Humboldt descubrió su cabeza la primera vez que lo visitó, saludándole como uno de los más hermosos del mundo.

No es de gran extensión, aunque tiene la suficiente para dar asiento á cuatro importantes pueblos, cuales son *El Puerto*, La Villa y los Realejos. Su temperatura se mantiene casi constante todo el año oscilando; entre *La Villa* y el *Puerto* en el sitio denominado *El Durazno*, viven plantas de todas partes del mundo sin que la estufa se emplee para nada. Al lado de un helecho arbóreo, vegetan los jinos, plátanos y otras plantas especiales y características de las más opuestas zonas.

En suave declive se extiende el suelo de aquel valle desde la costa que baña el Atlántico, hasta lo alto de las cordilleras qne rodean el Pico de Tenerife, que sirven de precioso remate á tan encantadora región. Esta forma del terreno hace posible elegir el clima que se quiera; pudiendo llegar hasta la región de las nieves que cubren durante el invierno sus elevadas cimas, y á pesar de lo cual el espectáculo de una nevada es completamente desconocido en las poblaciones.

Los enfermos del pecho acuden en gran número buscando en aquellos aires puros alivio á sus dolencias, lo que muchísimas veces consiguen; pero son muchos también los que sin estar enfermos abandonan los nebulosos y frios lugares de la Gran Bretaña para gozar de tan privilegiados climas. Aquellos viajeros llegan allí con ese tipo característico del inglés *touriste*, conocido por todo el mundo, sin abandonar jamás el tradicional gorro y los indispensables anteojos, no dejando nada por ver, ya en lo más profundo de sus quebrados barrancos, ya en lo más alto de las elevadas cimas de sus montañas, entre las que sobresale el renombrado Pico de Teide ó de Tenerife.

A pesar de lo accidentado de aquellas islas, ó quizás por lo mismo, sus naturales son poco dados á hacer ascensiones á sus montañas, por el simple placer de hacerlas, y mucho menos al Teide. Por esta razón la gran mayoría cree que subir al *Pico* es obra de romanos, y que se necesita un arrojo y una valentía sin igual para atreverse á ello. Nada más erróneo, cuando la subida se verifica en el verano ó en otoño, época en que ya las nieves que cubren su cima se han fundido, y por consiguiente puede seguirse la ruta sin temor alguno. Con seguridad que no existe montaña de igual altura cuya subida ofrezca menos peligros, y sin embargo sucede lo que dejo apuntado; parece que este miedo á la subida es como algo heredado de los primitivos habitantes de aquel archipiélago, llamados *guanches*, que creían que el *infierno* tenía su asiento en aquel cráter, y no se atrevían á llegar á él. Dábanle el nombre de *Echeide* (infierno), de donde viene el de *Teide* con que hoy se le conoce en la localidad.

No queremos decir con esto que ningun natural del país haya subido á visitar el cráter, hay bastantes que lo han hecho, y tenemos la honra de contarnos entre éstos; pero lo corriente no es esto. Lo que es corriente es que lo verifiquen los ingleses; pues apenas han pisado aquel suelo parece que les falta tiempo para emprender la subida. Este es motivo para que los campesinos de todos aquellos lugares bauticen con el nombre de *inglés* á todo mortal que tenga el capricho de visitar aquel volcán.

Nosotros, ya lo hemos dicho, pertenecemos á esta clase de *pseudo ingleses*, y nos proponemos hacer en unas cuantas cuartillas una simple reseña de una de estas ascensiones.

Generalmente se hacen estas muy deprisa, cabalgando en mulas acostumbradas á marchar sobre aquellas peñas, y empleando (á partir de la villa de la Orotava que es el pueblo mas próximo) solamente dos días en ir y volver.

De esta suerte resulta el viaje bastante molesto y muy poco agradable, por no poder disfrutar más horas de los variados espectáculos que la naturaleza ofrece á cada momento cuando se la contempla en medio de aquellas imponentes rocas.

La subida que nosotros hemos hecho, ha sido á pié y con la calma suficiente para medir y hacer un cróquis del camino, y otra multitud de curiosas observaciones, puesto que formábamos una comisión nombrada por el Museo de historia natural de Santa Cruz de Tenerife (gabinete científico), y dirigida por su presidente D. Juan Bethencourt y Alfonso. Despojaré este relato de gran parte de esas observaciones, por que la índole de este periódico así lo requiere.

Lo primero que hicimos fué instalarnos en la Villa de la Orotava en la fonda del Sr. Fumagallo, que es una especialidad para tratar bien á sus huéspedes. Una vez allí compramos todas las provisiones que habíamos de llevar, porque nada de esto ha de encontarse durante el camino. Contratamos un guía y unos cuantos arrieros con sus bestias, para conducir los equipajes. En este no debe escasear, á más del agua, el vino y el rom, pues lo bajo de la temperatura en algunas horas del día y de la noche, hace indispensable el uso de aquellas bebidas. No deben tampoco olvidarse de las más variadas y sabrosas, tan comunes allí, pues son muy refrescantes y mitigan mucho la sed, que se hace sentir particularmente al atravesar las cañadas y al subir el lomo tieso.

Desde el punto en que comenzamos la caminata, que ya hemos dicho es la fonda del señor Fumagallo, ya no se ve el *gigante*, porque la proximidad de las montañas lo impiden. Nosotros partimos del punto indicado el sábado 12 de Septiembre del año 1885, á las dos de la tarde por las calles y caminos que conducen á las afueras y en lo más alto de la población al sitio denominado *La Cruz del Teide*, porque en aquel lugar hay una ermita donde se venera la Santa Cruz. Desde aquí se sigue por el llamado *Camino de la Perdoma*, y desde este punto comenzamos á hacer las observaciones y medidas que continuamos haciendo durante todo el viaje.

El termómetro marcaba 25° centígrados. Como íbamos haciendo el cróquis del camino no podíamos andar sino muy despacio, de tal suerte que á las 5 horas y 30 minutos de la tarde solamente habíamos llegado al barranco llamado de 15 *ménimo*, que solamente dista de la Villa 4.000 metros, y junto al cual determinamos pasar la noche. Montamos nuestra casa de campaña, hicimos las observaciones que deseábamos, y entra ellas las del termómetro, que acusó una temperatura de 19.° y el hipsómetro una altura sobre el nivel del mar de 1.150 metros.

Este sitio tan elevado es un punto de vista delicioso, pues desde él se ve gran parte del valle, dominando á vista de pájaro la hermosa población de la Villa, con sus casas escalonadas y rodeadas de preciosos jardines; más lejos, allá junto á la faja blanca que la espuma del mar hace contra la costa, una mancha sumamente blanca nos indicaba el sitio donde se asienta el Puerto de la Orotava, tan pintoresco como el antes citado, y entre ambas la masa verde y apiñada de los gigantescos árboles del jardín Botánico, que se distinguen entre los infinitos que cubren con su follaje aquel suelo tan privilegiado. Todo esto se hacía más hermoso por la perspectiva tan delicada de color que le imprime el sol, ya próximo al horizonte de la mar, con su disco color de sangre que dentro de pocos momentos ha de hundirse en aquella enorme masa azul formada por las aguas del Océano Atlántico.

El espectáculo de una puesta de sol por el horizonte de la mar es uno de los más grandiosos que pueden contemplarse en el mundo, y mucho más cuando se está en terreno montañoso, pues las tintas de que va cubriéndose la tierra de una manera insensible, el rojo color del disco solar, que puede impunemente mirarse cara á cara, y que lentamente marcha hacia la línea azul del horizonte tras el cual ha de hundirse á los pocos momentos, deja en el ánimo una impresión tal que no es posible en aquellos instantes dedicarse á faena alguna, sino quedarse en muda contemplación hasta que la última molécula—si vale la frase—de aquel gigantesco círculo ha desaparecido de nuestra vista para ser la primera chispa precursora del dia en el opuesto hemisferio.

Las tinieblas no tardaron mucho en invadir aquella región; hicimos nuestra cena y nos acostamos sobre el duro suelo, mitigado en lo posible con multitud de mantas extendidas sobre una capa de hojas de maiz que llevamos preparadas al efecto, que nos ponía también á cubierto de la humedad del terreno.

A la mañana siguiente nos levantamos bien temprano; pero sin embargo, no salimos de allí hasta las nueve de la mañana, á causa de las observaciones y de tener que embalar los bártulos para su más fácil conducción. El termómetro de mínima expuesto á la intemperie durante la noche marcaba 2° centígrado.

Seguimos nuestra marcha en la misma forma que el día anterior; la temperatura era de 20° y aunque el terreno se presentaba sumamente empinado, la marcha no se hacía molesta, tanto porque íbamos muy despacio para po-

der medir el terreno, como porque una suave y agradable brisa que venía del S. O. refrescaba la atmósfera y hacía más llevadero el camino; también contribuía mucho á esto lo hermoso del paisaje que distraía nuestro ánimo y nos hacía olvidar lo accidentado del camino.

Atravesamos así la región llamada de *Benijo*, y al llegar á los 5 kilómetros de camino (téngase en cuenta que en lo sucesivo todas las distancias están contadas á partir de la Cruz del Teide) entramos en el llamado *monte verde*, que es un bosque de apiñados brezos y codezos, de no mucha altura y formando una faja estrecha que atraviesa las laderas de aquella cordillera.

La niebla posada sobre aquellos arboles nos impedía ver á alguna distancia; pero nos ofrecía el raro espectáculo de contemplar los brezos plateados á causa de llenarse sus hojas filamentosas de menudas gotas de agua, donde se reflejaban los rayos del sol que á intérvalos y en diversos sitios lograban penetrar á través de las rupturas que la brisa hacía en aquella masa de vesículas acuosas.

Pronto se atraviesa esta faja de árboles, y al salir de ella se entra en la región llamada *Llanos de Gaspar*, que de todo tiene menos de llanura. Lo primero que se presenta á nuestra vista es la hermosa cima del Pico, que como atalaya nos indica la dirección que debemos seguir; pero bien pronto esta atalaya deja de ser visible á causa de las depresiones del terreno; no hay que apurarse por eso, nuestro guia Ignacio conoce perfectamente el terreno, y no le arredraría conducirnos aun en medio de la noche más obscura. Cuenta este guía por centenares las veces que ha subido al Pico acompañando á los ingleses.

A la una de la tarde habíamos llegado al *Lomo de los Charquitos*, con una temperatura en la atmósfera de 27° que se dejaba sentir bastante. La vegetación va poco á poco disminuyendo, y solamente se ven algunos *Codeços* esporádicos, y al llegar á los 10.000 metros de camino empiezan á verse algunos ejemplares de la célebre retama del Teide (*citiens nubigenus*.) Esta región se llama *El Juradillo*, y en el cauce del barranco del mismo nombre, al abrigo de las rocas sentamos nuestros reales, repitiendo la faena de la tarde anterior.

El reloj marcaba las 3 h. y 15 m. y el termómetro 24°; la altura del terreno según el hipsometro era de 1.550 metros.

Es notable el contraste de esta región comparándola con la del Barranco de Ménimo donde acampamos la tarde anterior; pues en ésta todo era verdura y exuberancia de vegetación, y aquí no se divisan sino rocas quemadas por todas partes; allí el sol se manifestaba radiante sobre un cielo azul purísimo, y aquí el sol se había ocultado tras la gran masa de nubes que se amontonaban, no sobre nuestras cabezas, sino á algunos metros bajo nuestros pies.

Este singular panorama sorprende á todo el que lo presencia por vez primera; pues parece que un inmenso y alborotado mar de espuma se ha formado de pronto á nuestras plantas, con sus terribles rompientes contra las crestas de las rocas que consiguen rebasar aquella altura, formando una movible costa con sus profundos golfos y sus salientes cabos, que por momentos varían de forma, dado lo inestable del extraño elemento que las limita.

La temperatura había descendido bastante, y nos fué necesario echar mano de nuestros abrigos y encender una hoguera con restos de retama que por allí abundan, tanto para calentarnos, cuanto para preparar nuestra cena, en la



IR POR LANA.....

que entró como elemento principal un asado de cabra que por el día había matado nuestro jefe de expedición, y que se encuentran con frecuencia en estado salvaje en todas aquellas montañas.

Estos animales deben su origen á cabras descarriadas de los rebaños que en regiones más bajas cuidan los pastores, y que se reproducen en estas alturas sin tener más dueño que aquel que logra cazarlas.

A las seis de la mañana del nuevo día ya estábamos en marcha, y á los 14.000 metros entramos en la región llamada *Las Cañadas*, que es una inmensa llanura circular con el suelo formado por escorias volcánicas, pómez en su mayoría, y rodeada de altas montañas traquíticas acantiladas en unos dos tercios de su circunferencia, dejando por tanto abierto ese circo por el lado que mira al pueblo de *Icod de los vinos*.

La línea de circunvalación de estas montañas es de unas diez leguas, y su altura sobre el nivel del mar varía entre los 2.522 y 2.910 metros.

En diversos sitios se notan algunas bruscas depresiones en la línea de sus crestas, formando desfiladeros y portillos por donde se hace accesible el paso á la llanura de las Cañadas, que de otra suerte serían infranqueables.

Los portillos más notables son los siguientes:

El de *Guajara* por la parte meridional.

El de *Ucanca*, que es de difícil tránsito por los peligrosos desfiladeros que contiene, y que solamente frecuentan los pastores de *Chasma*.

Las bocas de Tauce al Sur del Pico.

El paso de Güimar que utilizan los habitantes de este pueblo para venir á la Orotava, y el de la *Villa ó Paso de los guancheros*, que es el de más fácil tránsito, y por donde nosotros penetramos en la ya citada llanura.

En el suelo movedizo de este gran circo vegetan mejor que en ningún otro sitio la ya nombrada retama, exclusiva de este paraje; preciosa planta de metro y medio á dos metros de altura, con ramas color verde gris, sumamente apiñadas, formando su conjunto una semiesfera, lo que da al paisaje un aspecto *sui géneris*.

(Continuará.)

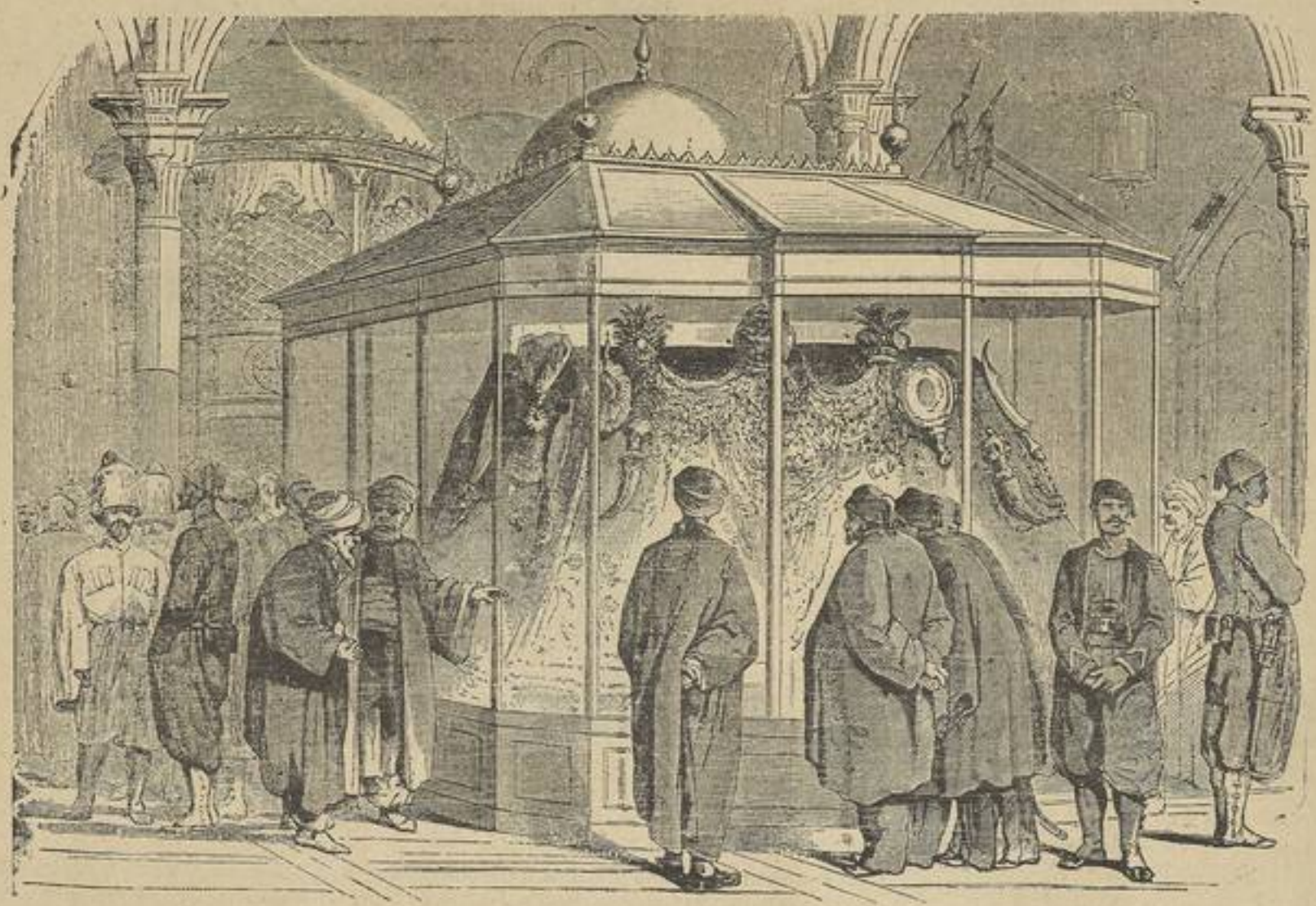
FELIPE RODRÍGUEZ

ALBUM DE POESÍAS

EL ARTE CRISTIANO

ODA

¡Oh Cruz, signo divino,
Que las santas básilicas coronas!
¡Melancólica luz, que te difundes,
Envolviendo en tu lánguido misterio
El lienzo á que dió vida
La esperanza en amar entretenida!
¡Suspirante salterio,
Cuya continua y vigorosa nota
Es el llanto del alma,
Que impulsos del dolor candente brota!
¡Oh poderosa Cruz! deja un momento
Al errabundo y triste peregrino
Posar en tí la frente,
Porque huyan del loco pensamiento
Las ideas y sombras del camino,
Y, arrebatado el corazón humano,
Cante las artes con ardor cristiano.
Pecó Adam y ardió el rayo
En las manos de Dios; al ronco trueno
El pecador huyó despavorido
Del Eden, y al tornar de su desmayo
Miró muy lejos el Eden perdido,
Mansión de las delicias inocentes,
Selva que embalsamabas los jardines
Y arrullaban los pájaros y fuentes;
De entonces el hombre con tenaz porfía,
Allí do el pié detiene en su carrera,
Dando forma á su vago pensamiento,
Remeda la hechicera
Morada del Eden; y es vano intento;
Que como solo su placer ansía
Y el placer es la sombra siempre inquieta,
Jamás á sus deseos le sujeta.



VITRINA DE LAS JOYAS DE LA CORONA DE TURQUÍA

¡Jamás! Los aromáticos pensiles
Do reclina la frente Babilonia,
Hambrienta de placer, son el hastío
De su estragado corazón impuro.
En vano Tebas á la dicha abierta
De su robusto muro
Tiene cien anchas y elevadas puertas;
Que en numerosa y luenga caravana
Entran los vicios locos ó rastreros
De su manto en los pliegues ocultando
Las negras penas que el placer no doma;
Y en su tropel el paso embarazando
A la dicha, que el rostro pudorosa,
Por una y otra puerta muda asoma.
En vano andar Nerón busca la dicha
En su *Casa de oro*,
En donde la ambición, siempre sedienta,
Reina de un hemisferio,
Con pupila gozosa, mira y cuenta
Reunidas las delicias de su imperio;
Que cansados los ojos
Y ansiando el corazón nuevos placeres,
Que lo diviertan con febril halago,
A la imperial ciudad la prende fuego,
Porque le arrulle su violento estrago.
Sólo en las naves hondas y sombrías
De las santas basílicas cristianas
Llenas de majestad y de misterios,
Do se eleva la Cruz y roncas suenan
De salmos las rotundas harmonías,
Que á las locas pasiones encadenan
El arte imitar pudo
La sublime belleza
De aquel Eden dichoso,
De la inocencia nido pudoroso.
Que el genio, descendiendo
De la cima del Gólgota, en que espira
Desnudo el Redentor, entre la aleve
Saña del pueblo, que hasta Dios se atreve,
Aquella desnudez contrito llora;
Y mientras rueda el llanto de sus ojos,
Nacido de su amor, que siente y crea,
Surge la nave altiva y gigantesca
Y la atrevida cúpula corona
Un templo, en que al Señor que nos redime,
En vez de los ultrajes y silbidos,
Cerque la inspiración santa y sublime,
Por las notas del órgano rompiendo
En un raudal hirviente de gemidos.
Y buscando no más la gloria augusta
Del Dios, que en una Cruz espirar quiso,
Creó el arte el perdido paraiso.
Vedlo: las anchas bóvedas se enlazan
Como las ramas de la hojosa selva;
Reina la soledad; el aire fresco
En la nave murmura,
Transportando los ecos resonantes;
Y la lumbre del sol, en mil cambiantes
Descompuesta en la gótica ventana,
Por los vidrios el paso se procura.
El ambiente se mira perfumado
De flores con que el templo se engalana
Por los ricos aromas;
Y como cuelgan de la torre el nido,
Se deleita el vido
Con el dulce arrullar de las palomas.
Envuelto entre la sombra, arrodillado
Delante del altar, en donde fijos
Tiene los tristes ojos,
El justo habla con Dios y penitente
Halla en las hondas lágrimas la dicha,
Que Adam en el Eden, siendo inocente.
Y porque más en la virtud se afane
Y más profunda su ventura sea,
Debajo de su planta,
En la cripta sombría,
Do el vicio teme y la pasión se arredra,
El martir duerme el sueño de los siglos,
Mientras su imagen santa
Dibujada en el lienzo ó en la piedra,
Ceñida del laurel de la victoria,
Señala con el dedo la alta cúpula,
Do andar el genio retrató la gloria.
Y como descendiendo de la altura
A iluminar el gótico recinto
De la añosa basílica sagrada,
Envuelta en manto azul como los cielos,
De fúlgidas estrellas coronadas
Y surgiendo del seno esplendoroso
De las cándidas nubes,
Donde alígeros vuelan los querubes,
Las manos de azucena
Cruzadas sobre el pecho,
Y la mirada extática y serena,
Donde brilla el amor divino y puro,
Contemplando en lejanos horizontes
El inmortal seguro;
Lucero de bonanza
De este encrespado mar de negras alas;
Ancora de esperanza;
Espanto del infierno;
Del alcazar eterno
Resplandeciente brillo,
Está la Inmaculada de Murillo,
Formando la basílica sombría
En claro, hermoso y sonriente día.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA
de las Escuelas Pías.

ATALIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

(TOMADA DE LA SAGRADA ESCRITURA)

por RACINE

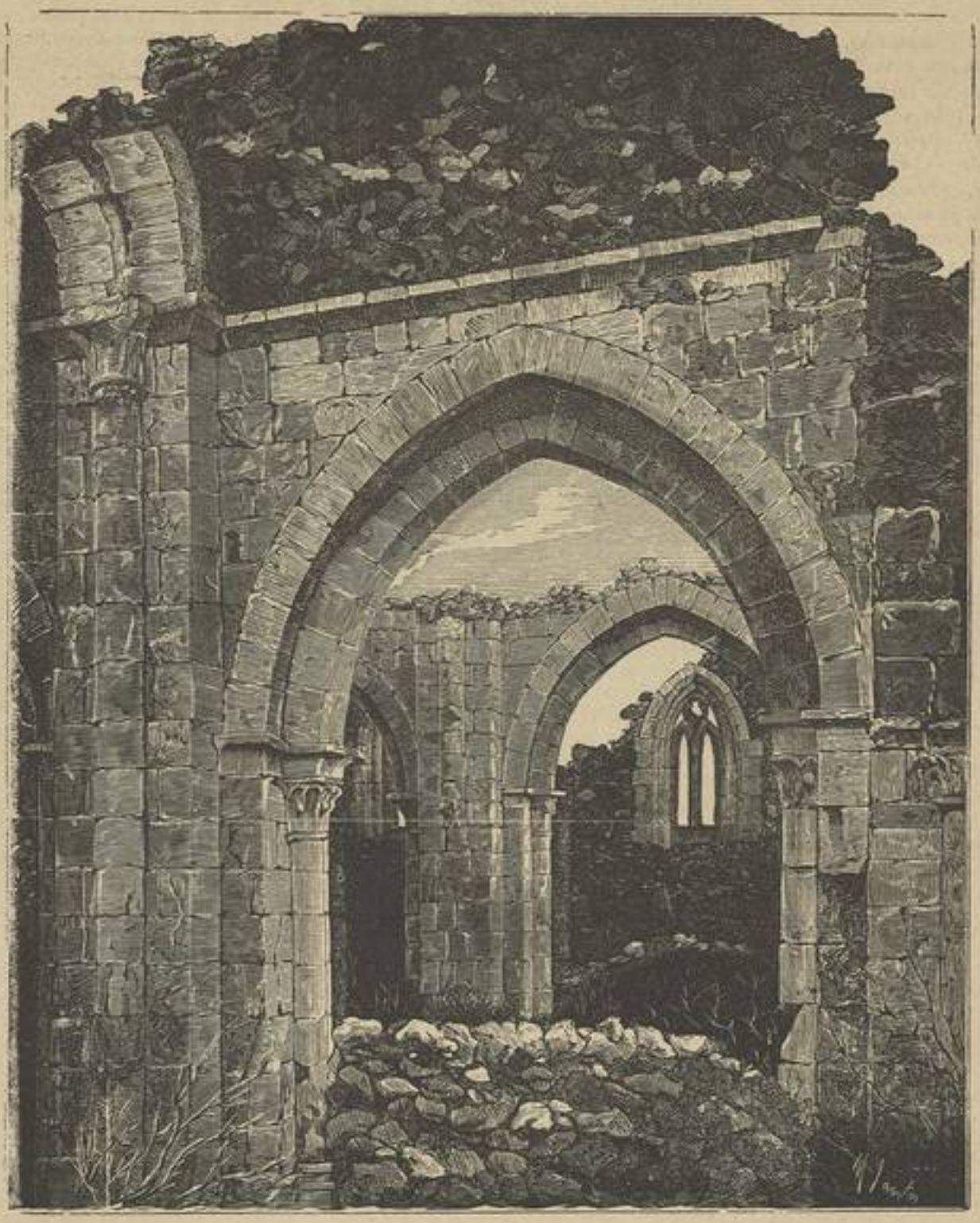
(Continuación.)

ESCENA II

JOAD, JOSABETH

JOAD

Princesa, ya los tiempos se cumplieron;
Ya debemos hablar: que no se puede
Tu secuestro feliz tener oculto
Ya por más tiempo. El insolente impío
Abusa del silencio que el Eterno
Por tantos días guarda, y hasta acusa
De falaz sus promesas. Mas ¿qué digo?
El éxito alentando sus furores,



RUINAS SAGRADAS

Hasta pretende tu madrastra injusta
Brindar incienso á Baal en nuestras aras:
Al niño rey mostremos que tus manos
Salvaron, y que aquí criado ha sido
Bajo las alas del Señor. Los bríos
Tendrá de nuestros príncipes hebreos,
Y ya á sus años su talento excede.
Antes de que le exponga su fortuna,
Voy á ofrecerle al Dios por quien gobiernan
Los reyes; y al momento congregando
Nuestros levitas, nuestros sacerdotes,
Les mostraré al legítimo heredero.

JOSABETH

¿Sabe su nombre y su destino augusto?

JOAD

Al nombre de Eliacin tan solo atiende,
Y piensa ser un niño abandonado
Por su madre cruel, y que movido
De compasión servíle aquí de padre.

JOSABETH

De qué peligros, ¡ay! librarle pude,
Y en qué peligro, ¡ay! se halla todavía.

JOAD

¡Qué! ¿ya tu fe se asombra y descaece?

JOSABETH

Señor, á tu prudencia yo me entrego.
Desde el instante en que arranque á la muerte
Al niño rey, he puesto su destino
En tus celosas manos, hasta el punto
Que de mi amor temiendo los extremos,
Evito, en lo posible, su presencia,
Porque indiscreta turbación al verle
No aclare mi secreto con mí llanto.
Por él he consagrado á preces santas
Y á lágrimas, tres días y tres noches
Completas. Sin embargo, ¿yo podría
Hoy preguntarte con qué amigos cuentas
A secundar tu empresa aparejados?
Abner, el bravo Abner, volaría
A defendernos. ¿Hizo juramento
De presentarse al lado del monarca?

JOAD

Aunque seguro estoy del noble Abner,
Siquiera sabe que un monarca habemos.

JOSABETH

Mas ¿á quién fías que custodie á Joas?
A Obed, á Ammon tal gloria corresponde.
Los muchos beneficios que sobre ellos
Mi padre ha derramado...

JOAD

A la perversa
Atalia los dos están vendidos.

JOSABETH

¿Y qué vas á oponer á sus sicarios?

JOAD

¿No te lo he dicho ya? Nuestros levitas
Y nuestros sacerdotes.

JOSABETH

Bien conozco
Que previsor tu celo ha duplicado
Aquí su multitud con gran secreto,
Y que por tí entusiastas, y á Atalia
Odiando de antemano, un juramento
Solemne han pronunciado, sujetándose
Al que hijo de David ha de aclamarse.
Mas cualquiera que fuese el entusiasmo
Que su pecho atesore, ¿bastarían
A vengar ellos solos al monarca?
¿Su celo es harto á empresa tan grandiosa?
¿No temes que Atalia, á los primeros
Rumores de que aquí se encuentra oculto
Un hijo de Ochozias, congregando
Las cohortes de sus rudos extranjeros,
Asedie el templo y rompa sus dinteles?
Serán bastante á detener su rabia
Los santos sacerdotes que, encumbrando
A Dios sus manos puras, solo saben
Gemir y suplicar por nuestras culpas,
Y que nunca más sangre han derramado
Que la del sacrificio. Tal vez Joas
Herido de mil golpes, en sus brazos...

JOAD

¿Y en nada consideras al Eterno
Que por nosotros lucha, á Dios que ampara
La inocencia del huérfano, y que sabe
Demostrar su poder en la flaqueza;
A Dios, que á los tiranos aborrece;
Que en Jezrael juró, de rabia lleno,
De Jezabel y Achab el esterminio;
A Dios Omnipotente que, vengándose
En Joram, el esposo de la hija,
Persiguió á su familia hasta en su hijo;
A Dios, cuya venganza, por un poco
De tiempo suspendida, no ha cesado
De amenazar á aquesta raza impía?

JOSABETH

La severa justicia que ha ejercido
Con todos esos reyes, me espavece
De mi hermano infeliz por el retoño.
¿Quién sabe si arrastrado por su crimen
Con ellos, al nacer fué condenado
También el niño? Dios, al separarle
De raza aborrecida, habrá querido,
En favor de David, hacerle gracia?
¡Ay! El horrible estado en que las cielos
Me lo ofrecieron, viene á cada paso
Mi espíritu á aterrar. Estaba henchida
La habitación de asesinados príncipes;
La feroz Atalia, acero en mano,
Animaba á sus bárbaros esbirros
A la matanza, y perseguía ardiente
El curso de sus crímenes horrendos.
Joas, á quien por muerto ya dejaran,
Hirió súbitamente mis pupilas;
Aún me figuro ver su desolada
Nodriza que le había inútilmente
Arrojado á los piés de sus verdugos,
Y débil le abrigara en su regazo.
Ya todo ensangrentado cojí al niño.
Calentando su faz mi ardiente lloro,
Le hizo recobrar el sentimiento,
Y fuera espanto aún, caricias fueran,
Me ví oprimida por sus tiernos brazos.
¡No permitas, ¡gran Dios! que mi cariño
Funesto pueda serle! Es el precioso
Resto del fiel David; alimentado
En tu sagrada casa, en el afecto
De tu ley, no conoce todavía
Más que á tí como padre. Si en el punto
En que homicida reina nos ataque,
Mi fe se acobardare ante el peligro;
Si la carne y la sangre hoy agitadas
Son la causa mayor de aqueste llanto
Que por él vierto, guarda al heredero
De tus promesas santas, y no vengues
Mas que en mí sola todas mis flaquezas.

(Continuará)

¿SE HA ENCENDIDO PARA UD. ESTE FARO?

«Creo que el Gobierno debía erigir inmediatamente un nuevo faro en el punto de la costa de Florida, que he marcado. Es lugar peligroso en que los buques pueden aconcharse contra la costa y perderse.»

Así escribe un Capitán al Gobierno de los Estados Unidos. Se refiere á un punto de la costa de América y no hay duda de que tiene razón. No puede haber demasiados avisos contra los peligros. La siguiente carta, que se imprime con las mismas palabras, del que la escribió, puede ser una especie de faro para muchos de nuestros lectores. La escribe la señora Plowright, mujer de William Plowright de Lincolnshire Bakery, Cheetham Street 23, North Street, Cheetham, Manchester.

La señosa dice: En la primavera de 1889 padecía de enfermedad del corazón y debilidad general, llevando así desde Abril á Septiembre. Al principio la enfermedad se apoderó de mí sin que casi me diese cuenta. Me sentía languidecer, me cansaba á poco que hiciera, me faltaba la respiración y me desmayaba. No podía comer, ni dormía bien. Siempre había tenido un genio alegre, pero se efectuó un cambio y pronto me ví cansada y desanimada. Sentía mucho dolor en el pecho y región del corazón y no podía comer nada sin disgusto. Hasta para tragar un poco de agua sentía dolor.

Así pasaron algunas semanas, atendiendo al trabajo de la tienda y de la casa, pero sintiéndome muy abatida. Probé medicinas simples (pues soy muy contraria á medicinarme) más creí que debía hacer algo para aliviarme. No poniéndome mejor, consulté al médico de la casa, persona que tiene mucha clientela y está muy bien considerada. Después de un examen cuidadoso me dijo que tenía congestión del hígado, enfermedad del corazón y debilidad. Me estuvo asistiendo algunos meses. Me daba medicinas, que por el momento me hacían provecho y luego caía en mi estado anterior. De cuando en cuando *el corazón dejaba de latir y tenía toda la apariencia de estarme muriendo.* Esto me llenaba de alarma, pero á poco revivía y me sentía mejor.

Esto me dijeron que era lo que se llama angina pectoris y se dice enfermedad incurable. Así seguí hasta fines de Agosto, cuando mi marido y otros amigos me persuadieron á que probara el Jarabe curativo de la Madre Seigel. Mi marido había tomado ya un poco de una botella de esta medicina, y yo había leído algo sobre ella en un libro que habían dejado en la tienda. Sin embargo, no creía que me haría mucho provecho. Empecé tomando quince gotas, y como no daban buen resultado, tomé treinta gotas, siguiendo lo que se aconseja. Esta dosis parecía conveniente, pues después de una botella empecé á sentirme más fuerte. Los dolores en el pecho y en los costados desaparecieron gradualmente, y al cabo de las dos botellas se había restablecido mi salud. Ahora estoy muy buena, y no me ha vuelto á dar trabajo el corazón.

Esta es la relación que hace la señora Plowright en calma y desapasionadamente. No le hemos añadido nada, ni nada le hemos quitado. El lector preguntará cómo es que una persona que más de una vez ha tenido la apariencia y se ha sentido en estado de muerte, ha podido recobrar tan pronto la salud con una sola medicina después de no haber dado resultado el tratamiento de un médico hábil. A esta pregunta estamos obligados á dar una contestación razonable y satisfactoria. No estamos en la época de la magia ni de los milagros. El Creador obra por medio de sus leyes, y deja á los hombres que averiguen lo que son por medio de la experiencia y la observación. La enfermedad real de esta señora era indigestión, producida sin duda por un trabajo excesivo y posiblemente por falta de precaución con respecto á la comida y al sueño. En esta enfermedad común y peligrosa el estómago está constantemente más ó menos inflamado por un gas, que se produce por el alimento en descomposición y fermentación. Esto hace que el estómago oprima al corazón, que está por encima, produciéndose así la palpitación irregular, la parálisis y el desmayo.

El remedio empleado, Jarabe curativo de la Madre Seigel, atacó este estado alarmante de cosas, curando la verdadera enfermedad que lo ocasionaba, indigestión y estreñimiento. Este caso debe servir de aviso contra la tendencia á equivocar los síntomas por la causa. Esta señora ha tenido la fortuna de emplear el único remedio existente antes de que la situación se hiciera más crítica de lo que ya era.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado de 155 calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias.

Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

EL VERDADERO Y EL FALSO

Solo hay un buen jabon de tocador: el **jabón de los príncipes del Congo**, cuya reputación es universal. Este exquisito jabón deliciosamente perfumado, lleva siempre el NOMBRE de su inventor VICTOR VAISSIER, DE PARIS. Desconfiad: se venden *imitaciones*. El **Congo** *falsificado* no lleva el NOMBRE de VICTOR VAISSIER.

Depositario en España, M. BOLDÚ, Rambla de Cataluña, 71, Barcelona.

BANCO DE ESPAÑA

Los tenedores de las Obligaciones del Tesoro al 5 por 100, que vencen el día 31 del corriente, pueden presentarlas en las oficinas del Banco en Madrid ó en sus Sucursales, bajo factura que se facilitará en las respectivas oficinas, desde el día 21 del actual, para su pago el del vencimiento.

Los que las tengan depositadas en las Cajas del Banco, podrán retirarlas, si gustan, hasta el día 23, para presentarlas por sí al cobro, en la inteligencia de que, pasado este día, el Banco las hará efectivas á su tiempo, teniendo los libramientos correspondientes á disposición de los depositarios, desde el día 28.

Las Obligaciones entregadas en garantía de operaciones se podrán sustituir por otros valores de los admitidos en este concepto en cualquier tiempo.

Madrid 18 de Diciembre de 1891.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

Por acuerdo del Consejo de gobierno se modifican las reglas establecidas hasta ahora para las operaciones de crédito con garantía de efectos públicos, en la forma siguiente:

1.ª La comisión será de diez céntimos por ciento, ó sea uno por mil, hágase ó no uso del crédito; suprimiendo la condición relativa al abono de los gastos en caso de no hacer uso del mismo crédito.

2.ª El interés se graduará por el que rija en el día que se hagan efectivos los talones contra el crédito, ó en que se acrediten las entregas.

3.ª Las entregas en la cuenta corriente, para reintegrar los fondos de que haya dispuesto el concesionario, se acreditarán, valor al día siguiente de recibidas en las Cajas del Banco.



UN ARGONAUTA ATREVIDO

Madrid 29 de Diciembre de 1891.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día 31 del actual y 2 de Enero próximo, de once de la mañana á tres de la tarde, se pagarán por este Banco los intereses correspondientes al vencimiento de 31 del corriente de las Obligaciones del Tesoro al 5 por 100, y los que vencerán el 1.° de Enero próximo de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100, y los de la Deuda perpetua al 4 por 100 interior, depositados en las Cajas del mismo ó entregados en garantías de operaciones.

Los interesados pueden presentarse en la Caja de este Banco á percibir el importe de los intereses, por el orden siguiente:

Jueves 31 de Diciembre de 1891.—Obligaciones del Tesoro al 5 por 100.

Deuda amortizable al 4 por 100

Sábado 2 de Enero de 1892.—Garantías de operaciones, depósitos intrasmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Martes 5 de íd.—Depósitos trasmisibles, resguardos números 170.223 á 240.000.

Viernes 8 de íd.—Idem íd. núms. 240.001 á 271.000.

Lunes 11 de íd.—Idem íd. núms. 271.001 á 288.000.

Miércoles 13 de íd.—Idem íd. números 288.001 á 294.244.

Deuda perpetua al 4 por 100 interior

Lunes 4 de Enero de 1892.—Garantías de operaciones, depósitos intrasmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Jueves 7 de íd.—Depósitos trasmisibles, resguardos núms. 181.580 á 223.000.

Sábado 9 de íd.—Idem íd. núms. 223.001 á 251.000.

Martes 12 de íd.—Idem íd. núms. 251.001 á 266.000.

Jueves 14 de íd.—Idem íd. núms. 266.001 á 277.000.

Viernes 15 de íd.—Idem íd. números 277.001 á 285.000.

Sábado 16 de íd.— Idem íd. números 285.001 á 291.000.

Lunes 18 de íd.—Idem íd. núms. 291.001 á 293.866.

Los depósitos en Deuda amortizable al 4 por 100, que por resultado del sorteo de 1.° del actual contengan títulos amortizados, necesitan ser retirados por los depositantes, á fin de poder hacer efectivo el importe de aquellos con el libramiento que se les entregará en equivalencia de los mismos.

Madrid 28 de Diciembre de 1891.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

Habiéndose recibido de la Dirección general de la Deuda pública, los talones de los resguardos hasta el número 1.950 expedidos por aquel centro en representación de cupones de Deuda perpetua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.° de Enero de 1892, presentados en aquella Dirección, los portadores de los citados resguardos pueden presentarlos al cobro en las cajas de este Banco en la forma siguiente:

Día 2 de Enero.—Resguardos números 1 á 400.

Día 4 de íd.—Id. íd. 401 á 800.

Día 5 de íd.—Id. íd. 801 á 1.200.

Día 7 de íd.—Id. íd. 1.201 á 1.600.

Día 8 de íd.—Id. íd. 1.601 á 1.950.

En los días sucesivos se pueden presentar al cobro en las mismas cajas, sin previo anuncio, los resguardos cuya numeración exceda de la última señalada, que serán satisfechos en el acto, siempre que el Banco haya recibido de la Dirección general de la Deuda, los talones correspondientes.

Madrid 28 de Diciembre de 1891.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8

1891



LA ARTÍSTICA

ESTAMPERÍA

8, CABALLERO DE GRACIA, 8

Grabados, facsimiles de acuarelas, oleografías, litografías, fotografías, etc.

Surtido en asuntos religiosos.

IMAGENES TÁLLA

Se hacen de encargo.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.° GIROD

Sucesor de Losada.

GRANJA DEL ATANOR

Paseo de Melancólicos, 4 (Ronda de Segovia) y calle de Moreno Nieto, 1 (izqda. de la calzada del Puente de Segovia) Madrid

Grandes y escogidas colecciones, á la vista y á elección de los compradores, de árboles frutales, de sombra y de adorno, y coníferas de todas clases, variedades y tamaños. Arbustos de hoja persistente y caediza. Especialidad en rosales ingertos. Construcción y arreglo de jardines, parques y paseos. Plantaciones en grande y pequeña escala dentro y fuera de Madrid. Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141) y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

SEÑORAS

Si queréis **Sombreros elegantes** y **más baratos** que en parte alguna, ver la gran colección de esta casa. Precioso surtido **de tocas y sombreros redondos** de mañana á **70 y 80 reales**. Para vestir, elegantes modelos de capotas y sombreros desde **6 duros**. Precios fijos.

Mad. Pernette, BARQUILLO, 27

Perfumes muy finos y permanentes para el pañuelo á *7 reales* frasco; la *Mimosa*, *Heliotropo blanco* y Violeta de Parma, á *2 pesetas*.

Agua de Colonia florida, de higiénico y agradable perfume, *3 pesetas* medio litro, frascos desde *una peseta*.

Jabones finos que no estropean la piel, á 6 y 8 reales caja con tres pastillas.

PERFUMERIA THOMAS

Calle Mayor, 36

á la derecha, entrando por la Puerta del Sol.

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE

EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS

y coronas.

DE

G. KUHN SEIS SALONES Piezas principales. CRUZ, 42

Sección 1.ª—Flores para vestir. 2.ª—Ornato de salón.—3.ª Flor para iglesia.—4.ª Flor para cementerio.—5.ª Material para flores.—6.ª Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA

7, Fuencarral, 7

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.